

EL AUMENTO DE LA SOMBRA

LA RUEDA DEL TIEMPO - 4

ROBERT JORDAN

Los sellos de Shayol Ghul se han debilitado y la presencia del Oscuro se hace cada vez más evidente. En Tar Valon, Min es testigo de hechos portentosos que vaticinan un horrible futuro. Los Capas Blancas buscan en Dos Ríos a un hombre con los ojos dorados y siguen el rastro de Dragón Renacido. Mientras tanto, Rand al'Thor se dedica a tomar sus propias y sorprendentes decisiones.

Robert Jordan

El aumento de la sombra

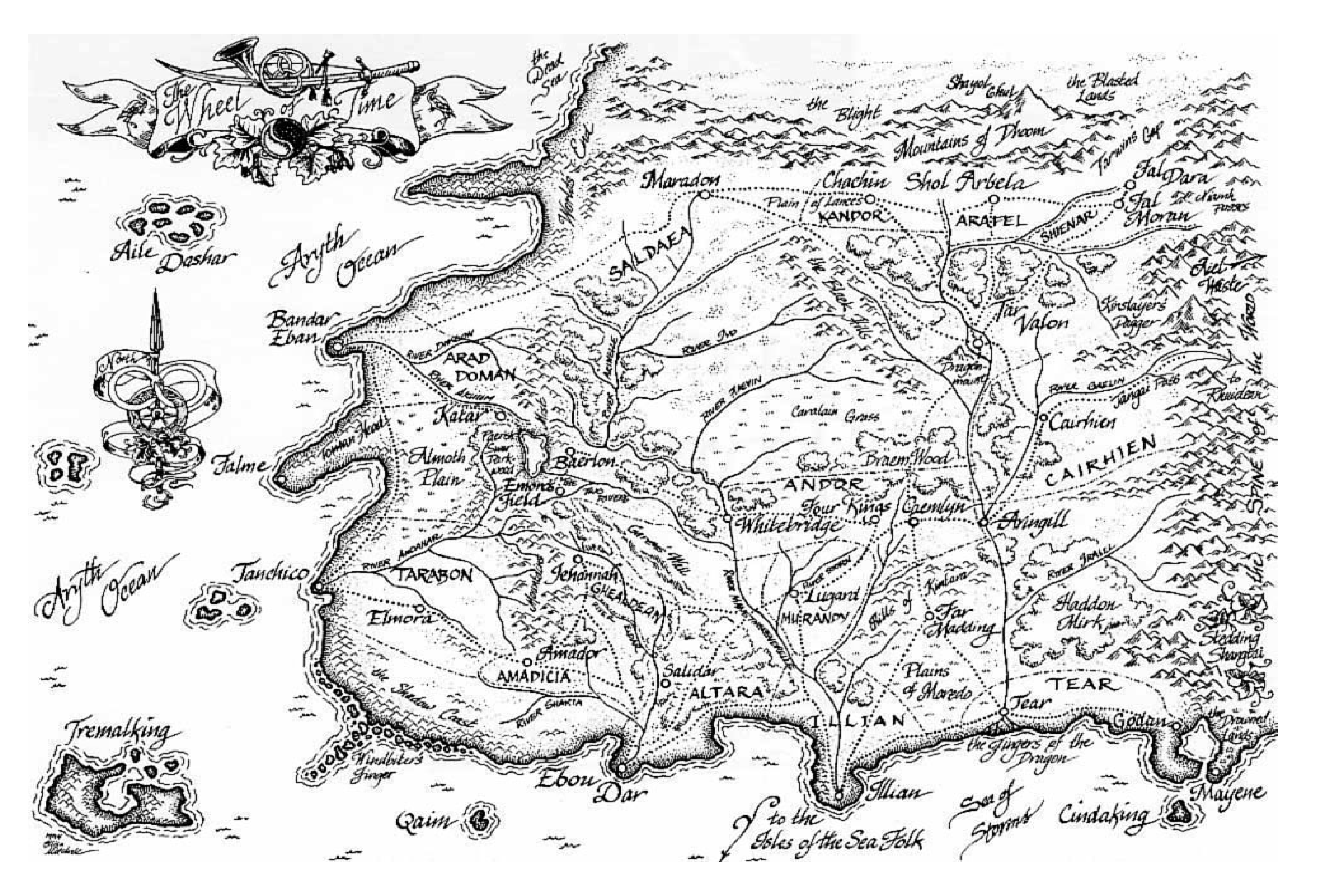
La Rueda del Tiempo 4

ePUB v2.2
Siwan 03.06.12

Título original: *The Shadow Rising*
Robert Jordan, septiembre de 1992.
Traducción: Mila López
Diseño/retoque portada: Siwan

Editor original: Siwan (v1.0 a v2.2)
Corrección de erratas: Garland
ePub base v2.0

Dedicado a Robert Marks,
escritor, maestro, erudito, amigo y fuente de inspiración.



The Wheel of Time
the Dead Sea
World's End
the Blight
Shayol Ghul
the Blasted Lands
Mountains of Dhoom
Tarwin's Gap
Maradon
Chachin
Shol Arbela
Plain of Lances
KANDOR
ARAFEL
Fal Dara
Fal Moran
SHIENAR
SALDAEA
the Black Hills
Aiel Waste
Kinslayer's Dagger
Tar Valon
Dragonmount
Aile Dashar
Aryth Ocean
Bandar Eban
ARAD DOMAN
River Dhagon
River Arinelle
River Io
River Erinin
River Gaelin
Jangai Pass
to Rhuidean
Katar
Toman Head
Falme
Almoth Plain
Baerlon
Emond's Field
Caralain Grass
Cairhien
CAIRHIEN
Braem Wood
ANDOR
Four Kings
Caemlyn
Whitebridge
Aringill
Spine of the World
Tanchico
TARABON
Jehannah
GHEALDAN
Garen's Wall
River Iralell
Lugard
MURANDY
Hills of Kintara
Far Madding
Haddon Mirk
Stedding Shangtai
Elmora
Amador
AMADICIA
Salidar
ALTARA
Plains of Maredo
TEAR
Tear
ILLIAN
the Shadow Coast
River Shakta
Tremalking
Windbiter's Finger
Ebou Dar
Qaim
Illian
to the Isles of the Sea Folk
the Fingers of the Dragon
Sea of Storms
Cindaking
Godan
the Drowned Lands
Mayene

«La Sombra resurgirá en todo el mundo y lo entenebrecerá hasta el último confín y no habrá Luz ni cobijo. Y aquel que nacerá de Alba, de la Doncella, según las profecías, alargará las manos hacia la Sombra para atraparla, y el mundo doliente clamará por la salvación. Gloria al Creador, a la Luz y a aquel que ha de renacer. Que la Luz nos guarde de él.»

Extraído de *Comentarios sobre el Ciclo de Karaethon*, de Sereina dar Shamelle Motara, Hermana Consejera de Comaelle, reina suprema de Jaramide, alrededor del 325 DD, Tercera Era.

1



La semilla de las sombras

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en los pastos de Caralain. El viento no fue el inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el noroeste bajo las primeras luces del día, a través de infinitas extensiones de ondulada hierba y desperdigados sotos, y pasó ante el colmillo mellado del Monte del Dragón, el risco legendario que surge sobre las suaves ondulaciones de la llanura, tan alto que las nubes se enroscan en sus laderas a mitad de camino de la humeante cima. Es la montaña donde murió el Dragón y con él, según algunos, la Era de Leyenda, y donde la profecía dice que renacerá. O que ha renacido. El viento sopló hacia el noroeste, a través de los pueblos de Jualdhe, Dairein y Alindaer, donde unos puentes de piedra labrados de manera tan exquisita que semejaban encajes se elevaban en arco hacia las Murallas Resplandecientes, los enormes muros blancos de la que muchos decían era la urbe más grandiosa del mundo: Tar Valon. La ciudad a la que rozaba apenas la sombra alargada del Monte del Dragón cada anochecer.

Dentro de esas murallas, los edificios construidos por los Ogier hace más de dos mil años daban la impresión de ser algo vivo que brotaba del suelo en lugar de obras de albañilería, o ser el resultado del trabajo de erosión del viento y del agua en vez de haber salido de las manos de los fabulosos albañiles Ogier. Algunos semejaban aves remontando el vuelo; otros, conchas enormes procedentes de mares lejanos. Altas torres ahusadas, estriadas o en espiral se comunicaban entre sí con puentes que a menudo no tenían barandilla, a decenas de metros del suelo. Sólo quienes llevaban mucho tiempo en Tar Valon no se quedaban mirando boquiabiertos como palurdos que jamás han salido de sus granjas.

La mayor de esas torres, la Torre Blanca, que relucía al sol como marfil pulido,

dominaba la ciudad, «La Rueda del Tiempo gira en torno a Tar Valon, y Tar Valon gira en torno a la Torre» decían sus habitantes. La primera visión de la ciudad que captaban los viajeros antes de que sus caballos tuvieran a la vista los puentes, antes de que los capitanes de los barcos fluviales avistaran la isla, era la Torre reflejando el sol como un faro. No es pues de extrañar que, a la sombra de la imponente construcción, la gran plaza que rodeaba sus jardines amurallados pareciera más pequeña de lo que realmente era, y que las personas que pasaban por ella semejaran meros insectos. Empero, aunque la Torre Blanca hubiera sido la más pequeña de Tar Valon, habría seguido inspirando un temeroso respeto en la ciudad de la isla por el hecho de ser el núcleo del poder de las Aes Sedai.

A pesar de ser muchos los que deambulaban por la plaza, la gente no se acercaba a la zona central y se limitaba a caminar por el perímetro empujándose entre sí para abrirse paso camino de sus quehaceres cotidianos; en los aledaños de los jardines había aún menos personas, y su número se reducía progresivamente hasta quedar una franja de casi diez metros de suelo pavimentado completamente vacía. Las Aes Sedai imponían un gran respeto, y más en Tar Valon, por supuesto. La Sede Amyrlin dirigía la ciudad al igual que dirigía a las Aes Sedai, pero casi nadie quería estar más cerca de su poder de lo que fuera necesario. Había una diferencia entre sentirse orgulloso de tener una gran chimenea en el salón de casa y meterse de cabeza en el fuego.

Eran muy pocos los que se acercaban más a la amplia escalinata que conducía a la Torre propiamente dicha y a sus puertas profusamente talladas, lo bastante anchas para permitir el paso de doce personas a la vez. Esas puertas estaban abiertas, como dando la bienvenida. Siempre había gente que necesitaba ayuda o una respuesta que creía que sólo las Aes Sedai podían dar; estas personas venían de lugares próximos y lejanos por igual: de Arafel y Ghealdan, de Saldaea e Illian. Muchos encontraban ayuda o guía en el interior de la Torre, aunque, a menudo, no del modo que pensaban o esperaban.

Min no se quitó la amplia capucha de la capa que mantenía oculto su rostro. Pese a que hacía una temperatura agradable, la prenda era de un tejido lo bastante ligero para no llamar la atención sobre una mujer cuya timidez saltaba a la vista; lo cierto es que eran muchos los que se sentían tímidos cuando iban a la Torre. En su aspecto no había nada que llamara la atención. Su oscuro cabello era más largo de como lo tenía la última vez que había estado allí, aunque todavía no le llegaba a los hombros, y su vestido de color azul, con finas puntillas de encaje de Jaerecuz rematando los bordes del cuello y las mangas, sería el apropiado para la hija de un acomodado granjero que se había puesto sus mejores galas para ir a la Torre, como ocurría con las otras mujeres que se acercaban a la amplia escalinata. Min confiaba en que su aspecto fuera más o menos como el de ellas, y tuvo que contenerse para no mirarlas fijamente y comprobar si caminaban o actuaban de manera distinta de ella.

«Puedo hacerlo», se dijo para sus adentros.

No había llegado tan lejos para dar media vuelta ahora. El vestido era un buen disfraz. Los que la conocían por haberla visto en la Torre antes la recordarían como una joven con el pelo muy recortado y vestida siempre con ropas de chico, nunca de mujer. Ojalá fuera un buen disfraz; tenía que serlo, porque no le quedaba más remedio que llevar a cabo la tarea que le aguardaba, le gustara o no.

El hormigueo en el estómago aumentó a medida que se acercaba a la Torre, así que apretó con más fuerza el bulto que llevaba sujeto contra el pecho. Era su ropa habitual, y sus estupendas botas, y todas sus posesiones a excepción del caballo, al que había dejado en una posada cercana a la plaza. Con suerte, estaría de nuevo a lomos del castrado dentro de unas horas, camino del puente de Osenrein y la calzada hacia el sur.

A decir verdad no tenía muchas ganas de volver a montar a caballo tan pronto, después de varias semanas subida a la silla sin un solo día de descanso, pero estaba deseando marcharse de aquel sitio. Nunca había considerado hospitalaria la Torre Blanca, y ahora mismo le parecía casi tan espantosa como la prisión del Oscuro en Shayol Ghul. Sufrió un escalofrío y deseó no haber pensado en el Oscuro.

«¿Creerá Moraine que he venido sólo porque ella me lo pidió? ¡La Luz me valga, estoy comportándome como una chiquilla estúpida, haciendo estupideces por un estúpido hombre!»

Subió los peldaños no sin dificultad, ya que eran tan anchos que tenía que dar dos pasos para acceder al siguiente. A diferencia de los demás, Min no hizo un alto para mirar pasmada la pálida e imponente silueta de la Torre. Quería acabar cuanto antes con esto.

En el interior, el amplio y redondo vestíbulo estaba rodeado casi por completo de accesos abovedados, pero los peticionarios se apiñaban en el centro de la estancia y rebullían con nerviosismo debajo de la plana cúpula del techo. La blanca piedra del suelo estaba desgastada y pulida por el roce de incontables pies nerviosos a lo largo de siglos. Nadie pensaba en otra cosa que no fuera el lugar donde se encontraba y el motivo que lo había llevado allí. Un granjero y su esposa, vestidos con burdas ropas de lana, se aferraban las callosas manos y rozaban con el hombro a una mercader engalanada de terciopelo y sedas, a la que acompañaba una doncella que estaba pegada a sus talones y que sostenía entre las manos crispadas un cofrecillo repujado en plata que debía de ser el regalo de su señora para la Torre. En cualquier otro sitio, la mercader habría mirado con altanería a la pareja de granjeros por acercarse tanto, y probablemente ellos habrían agachado la cabeza y se habrían retirado mientras pedían disculpas. Pero no en aquel momento. No allí.

Había pocos hombres entre los peticionarios, cosa que no sorprendió a Min. La mayoría se ponían muy nerviosos cuando estaban cerca de las Aes Sedai. Todo el

mundo sabía que había sido un varón Aes Sedai, cuando todavía los había, el responsable del Desmembramiento del Mundo. Los tres mil años transcurridos no habían borrado ese recuerdo, aunque el tiempo sí había cambiado muchos de los detalles. A los niños todavía los asustaban los cuentos sobre hombres que podían encauzar el Poder Único; hombres abocados a la locura por causa del *Saidin*, la mitad masculina de la Fuente Verdadera y que el Oscuro había corrompido. Peores eran las historias sobre Lews Therin Telamon, el Dragón, el Verdugo de la Humanidad, que había provocado el Desmembramiento. A decir verdad, tales historias asustaban incluso a los adultos. Según las profecías, el Dragón volvería a nacer en la hora de mayor necesidad de la humanidad para luchar contra el Oscuro en el Tarmon Gai'don, la Última Batalla, pero tal cosa no hacía cambiar de parecer a la mayoría respecto a la conexión entre los hombres y el Poder. En la actualidad, cualquier Aes Sedai daría caza a un hombre capaz de encauzar; de los siete Ajahs, el Rojo se dedicaba a ello casi de manera exclusiva.

Ni que decir tiene que todo eso no tenía nada que ver con buscar ayuda de las Aes Sedai; empero, pocos hombres se sentían cómodos con la idea de estar relacionados de un modo u otro con las Aes Sedai y con el Poder. La excepción eran los Guardianes, pero cada cual estaba vinculado a una Aes Sedai concreta; además, los Guardianes tenían muy poco que ver con los hombres corrientes. Según el dicho: «Para quitarse una espina clavada, un hombre se cortará la mano antes que pedir ayuda a una Aes Sedai». Las mujeres lo decían para comentar la obstinada necedad de los hombres, pero Min había oído manifestar a algunos varones que la pérdida de la mano sería la mejor elección.

Se preguntó qué harían esas personas si supieran lo que sabía ella. Quizás echar a correr mientras gritaban. Y si supieran la razón por la que estaba allí, tal vez no sobreviviría hasta que los guardias de la Torre la prendieran y la metieran en una celda. Contaba con amigas en la Torre, pero no tenían poder ni influencia. Si su propósito se descubría, era más fácil que las arrastrara con ella a la horca o al tajo en vez de que ellas pudieran ayudarla. Y eso, siempre y cuando viviera para que la juzgaran, por supuesto; probablemente, su boca quedaría cerrada para siempre mucho antes de que hubiera un juicio.

Min se exhortó a alejar esos pensamientos de su cabeza.

«He conseguido entrar, y conseguiré salir. ¡Que la Luz fulmine a Rand al'Thor por meterme en esto!»

Tres o cuatro Aceptadas de la edad de Min o quizás un poco mayores deambulaban por la estancia redonda y hablaban en voz queda a los peticionarios. Sus vestidos eran blancos, sin adornos, salvo por las siete bandas de color en el repulgo, una por cada Ajah. De vez en cuando, una novicia, una muchacha aun más joven o incluso una niña, vestida completamente de blanco, se presentaba para

conducir a alguien al interior de la Torre. Los peticionarios seguían siempre a las novicias con una sensación mezcla de ansiedad y renuencia.

Los dedos de Min se crisparon con fuerza sobre el paquete cuando una de las Aceptadas se paró delante de ella.

—Que la Luz te ilumine —dijo la mujer de cabello rizoso de manera rutinaria, por encima—. Me llamo Faolain. ¿En qué puede ayudarte la Torre?

El rostro moreno y redondo de Faolain denotaba la paciencia de quien lleva a cabo un trabajo tedioso cuando le apetecería estar haciendo otra cosa; estudiar, por ejemplo, por lo que Min sabía de las Aceptadas. Aprendiendo a ser Aes Sedai. Sin embargo, lo importante era que en sus ojos no había atisbo de haberla reconocido. Aunque de manera breve, Min y la Aceptada se habían conocido en la Torre antes.

Aun así, Min agachó la cabeza con fingida timidez. Hacer tal cosa no era extraño, ya que mucha gente del campo no entendía la gran diferencia entre ser una Aceptada y una Aes Sedai. Ocultando los rasgos bajo el embozo de la capucha, Min esquivó la mirada de Faolain.

—Hay una pregunta que he de hacer a la Sede Amyrlin —empezó, pero enmudeció de repente cuando tres Aes Sedai se pararon para echar una ojeada al interior del vestíbulo, dos desde uno de los accesos en arco y la tercera desde otro.

Las Aceptadas y las novicias hacían una reverencia si en su recorrido pasaban cerca de una de las Aes Sedai, pero por lo demás proseguían con su tarea, puede que con un poco más de entusiasmo. Nada más. Pero no ocurrió lo mismo con los peticionarios, que parecieron quedarse sin respiración. Lejos de la Torre Blanca, lejos de Tar Valon, tal vez hubieran pensado que las Aes Sedai eran tres mujeres cuya edad no sabían calcular, tres mujeres en la flor de la vida y, sin embargo, con un aire de madurez que no concordaba con sus tersas mejillas. Dentro de la Torre, empero, no había lugar a duda. El tiempo no dejaba huella en una mujer que había trabajado durante mucho tiempo con el Poder Único, como ocurría con las demás. En la Torre, nadie tenía que ver un anillo dorado de la Gran Serpiente para reconocer a una Aes Sedai.

Una oleada de reverencias se extendió entre el grupo arracimado, en tanto que los escasos hombres inclinaban la cabeza con gesto torpe, vacilante. Incluso hubo dos o tres personas que se hincaron de rodillas en el suelo. La rica mercader parecía asustada; la pareja de granjeros que estaba a su lado miraba embobada a las leyendas hechas realidad. El trato con las Aes Sedai era cosa de oídas para la mayoría; no parecía probable que ninguno de los presentes, a excepción de los que vivían en Tar Valon, hubiera visto una Aes Sedai hasta ahora, y seguramente los vecinos de la ciudad nunca habían estado tan cerca de una de ellas.

Pero no fueron las Aes Sedai quienes hicieron enmudecer a Min. A veces, no muy a menudo, veía cosas cuando miraba a la gente, imágenes y aureolas que por lo

general rutilaban un instante para después desaparecer. De tanto en tanto sabía lo que significaban, pero ello era poco frecuente, mucho menos frecuente que la percepción de imágenes. Sin embargo, cuando comprendía el significado, nunca se equivocaba.

A diferencia de la mayoría de la gente, las Aes Sedai, así como sus Guardianes, siempre tenían aureolas e imágenes, y en ocasiones eran tan numerosas y cambiantes que mareaban a Min. Empero, el hecho de que fueran numerosas no influía en la interpretación; sabía lo que significaban para las Aes Sedai tan raramente como para el resto de la gente. Pero esta vez supo más de lo que hubiera querido, y ello la hizo estremecerse.

Una mujer esbelta, con el negro cabello colgando hasta la cintura, la única de las tres que reconoció —se llamaba Ananda y pertenecía al Ajah Amarillo— tenía un halo de un enfermizo color marrón, arrugado y partido por fisuras putrefactas que se ensanchaban y alargaban a medida que se descomponían. La otra Aes Sedai que estaba al lado de Ananda, una mujer baja con el cabello rubio, era del Ajah Verde a juzgar por el color de los flecos del chal que llevaba. Cuando la mujer se giró, en su espalda apareció un instante la Llama Blanca de Tar Valon; y en el hombro, como cobijada entre las hojas de parra y las ramas de manzanos en flor bordados en el chal, había una calavera humana, una calavera de mujer, limpia y blanquecina. La tercera Aes Sedai, una mujer bonita y regordeta que se encontraba al otro lado de la estancia redonda, no llevaba chal; la mayoría de las Aes Sedai sólo lo llevaban en las ceremonias. La barbilla alzada y la postura erguida de los hombros denotaban un carácter fuerte y orgulloso. Parecía estar contemplando a los peticionarios con los fríos ojos azules ocultos por un velo de sangre hecho jirones y flámulas carmesí que le corrían cara abajo.

Sangre, calavera y halo desaparecieron entre las danzantes imágenes que ondeaban en torno a las tres mujeres, aparecieron y volvieron a desvanecerse. Los peticionarios las miraban con sobrecogido respeto, viendo sólo a tres mujeres que tenían acceso a la Fuente Verdadera y podían encauzar el Poder Único. Nadie salvo Min vio el resto. Nadie salvo Min supo que esas tres mujeres iban a morir, y todas en el mismo día.

—La Amyrlin no puede ver a todo el mundo —dijo Faolain con un tono de impaciencia apenas disimulado—. Su próxima audiencia pública no tendrá lugar hasta dentro de diez días. Dime qué quieres y haré los arreglos oportunos para que veas a la hermana que mejor te pueda atender.

Min bajó los ojos hacia el bulto que llevaba en los brazos y no los movió de allí, en parte para no volver a ver lo que ya había visto. ¡Las tres! ¡Oh, Luz! ¿Qué probabilidades había de que tres Aes Sedai murieran el mismo día? Pero lo sabía. Lo sabía.

—Tengo derecho a hablar con la Sede Amyrlin. En persona. —Era un derecho

rara vez exigido porque ¿quién iba a atreverse?, pero existía—. Cualquier mujer tiene ese derecho, y yo lo pido.

—¿Es que crees que la propia Sede Amyrlin puede ver a todo el mundo que viene a la Torre Blanca? Sin duda otra Aes Sedai podrá ayudarte. —Faolain daba énfasis a los títulos como si con ello intentara apabullar a Min—. Y ahora, dime qué te ha traído aquí. Y cómo te llamas, para que la novicia sepa a quién ha de conducirte.

—Me llamo… Elmindreda. —Min se encogió sin poder remediarlo. Siempre había odiado su nombre completo, pero la Amyrlin era una de las pocas personas vivas que lo habían oído. Ojalá lo recordara—. Tengo derecho a hablar con la Sede Amyrlin. Y mi petición sólo la oirá ella. Estoy en mi derecho.

—¿Elmindreda? —La Aceptada enarcó una ceja, y sus labios se curvaron en un atisbo de sonrisa divertida—. Y reclamas tu derecho. De acuerdo. Avisaré a la Guardiana de las Crónicas que quieres ver a la Sede Amyrlin en persona, Elmindreda.

Min deseó abofetear a la mujer por el modo en que recalcó «Elmindreda», pero en lugar de ello se obligó a musitar:

—Gracias.

—No me las des. Sin duda pasarán horas antes de que la Guardiana tenga tiempo para responder, y seguramente será para decir que tendrás que hacer tu petición en la próxima audiencia de la madre. Espera con paciencia, Elmindreda. —Le dedicó a Min una sonrisa tirante, casi una mueca burlona, mientras se alejaba.

Prietos los dientes, Min cogió el bulto y se dirigió hacia una pared entre dos de los arcos, donde procuró pasar lo más inadvertida posible.

«No confíes en nadie, y evita llamar la atención hasta que estés ante la Amyrlin», le había dicho Moraine, y ella era una Aes Sedai de la que se fiaba. Casi siempre. En cualquier caso, era un buen consejo. Lo único que tenía que hacer era llegar ante la Amyrlin, y todo habría terminado. Podría volver a ponerse sus ropas, ver a sus amigos, y marcharse. Ya no haría falta que se escondiera.

Sintió alivio al ver que las Aes Sedai se habían marchado. Tres Aes Sedai muertas en un mismo día. Imposible; era la única palabra que podía definirlo. Y, sin embargo, iba a ocurrir. Ella no podía hacer ni decir nada para cambiarlo, ya que cuando sabía el significado de una imagen, ocurría, pero tenía que contárselo a la Amyrlin. Podía ser incluso tan importante como la información que traía de Moraine, aunque tal cosa era difícil de creer.

Otra Aceptada vino a reemplazar a una que estaba allí, y en esta ocasión Min vio unas barras flotando delante de su lozano rostro, como los barrotes de una jaula. Sheriam, la Maestra de las Novicias, se asomó al vestíbulo y echó una ojeada; Min agachó la cabeza y clavó los ojos en el suelo, no sólo porque Sheriam la conocía muy bien, sino porque había visto el rostro de la pelirroja Aes Sedai contusionado y magullado. No era una imagen real, desde luego, pero aun así Min tuvo que morderse

los labios para contener una exclamación. Sheriam, con su tranquila autoridad y su aire de seguridad, era tan indestructible como la Torre. Nada podía hacer daño a Sheriam, sin duda. Pero algo se lo iba a hacer.

Una Aes Sedai que llevaba el chal del Ajah Marrón y a la que Min no conocía acompañó a la puerta a una fornida mujer que vestía ropas de fina lana roja. La mujer caminaba con la ligereza de una niña, el rostro resplandeciente y casi riendo de contento. La hermana del Ajah Marrón también sonreía, pero su halo se disipó como la llama de una vela consumida.

Muerte. Heridas, cautividad y muerte. Para Min estaba tan claro como si lo viera escrito en una hoja de papel.

Bajó los ojos al suelo otra vez; no quería ver nada más.

«Haz que lo recuerde. ¡Oh, Luz, haz que recuerde ese estúpido nombre!» pensó. No se había sentido desesperada en ningún momento durante el largo viaje desde las Montañas de la Niebla, ni siquiera en las dos ocasiones en que alguien intentó robarle el caballo. Pero ahora sí.

—¿Señora Elmindreda?

Min se sobresaltó. La novicia de cabello negro que estaba delante de ella apenas era lo bastante mayor para haber abandonado su casa, unos quince o dieciséis años, aunque se esforzaba mucho por aparentar un aire de dignidad.

—Sí. Ése es mi… Así me llamo.

—Soy Sahra. Si tenéis la bondad de acompañarme, la Sede Amyrlin os recibirá ahora en su estudio. —En la aflautada voz de Sahra había un timbre de asombro.

Min soltó un suspiro de alivio y siguió a la novicia.

La amplia capucha de la capa todavía le cubría el rostro, pero no le impedía ver, y cuanto más veía, más ansiosa se sentía por llegar ante la Amyrlin. Había pocas personas por los amplios corredores que ascendían en espiral, con sus baldosas de brillantes colores, sus tapices y sus candelabros dorados —la Torre se había construido para albergar muchas más personas de las que acogía ahora—, pero casi todas con las que se cruzó mientras subía tenían alguna imagen o halo que le hablaba de violencia y peligro.

Algunos Guardianes pasaron junto a ellas sin apenas dirigirles una rápida ojeada; eran hombres que se movían como los lobos en una partida de caza, la espada una simple extensión de su naturaleza mortífera, pero a los ojos de Min sus rostros estaban ensangrentados y tenían horribles heridas. Espadas y lanzas se agitaban alrededor de sus cabezas, amenazadoras, y sus halos destellaban violentamente, titilando al aguzado filo de la muerte. Min veía hombres muertos caminando, y supo que perecerían el mismo día que las Aes Sedai del vestíbulo o como mucho al día siguiente. Hasta algunos sirvientes, hombres y mujeres con la Llama de Tar Valon en el pecho y que se movían diligentes en sus tareas, mostraban signos de violencia. Una

Aes Sedai a la que atisbó de refilón en un pasillo lateral tenía cadenas a su alrededor, flotando en el aire; y otra, que avanzaba delante de Min y su guía por el corredor, parecía llevar una collar plateado alrededor del cuello. Min se quedó sin respiración al ver eso y sintió ganas de gritar.

—Puede resultar algo abrumador para quien lo ve por primera vez —dijo Sahra, que intentaba, sin éxito, dar la impresión de que para ella la Torre era una cosa tan corriente como su pueblo natal—. Pero aquí estáis a salvo. La Sede Amyrlin lo arreglará todo, ya veréis. —Su voz se quebró un poco al mencionar a la Amyrlin.

—La Luz lo quiera —masculló Min.

La novicia le dedicó una sonrisa destinada a tranquilizarla. Cuando entraron en el vestíbulo que daba al estudio de la Amyrlin, Min tenía el estómago hecho un nudo y caminaba tan deprisa que casi pisaba los talones de Sahra. Si no fuera porque tenía que fingir que era nueva aquí, hacía rato que habría echado a correr, adelantándola.

Una de las puertas de los aposentos de la Amyrlin se abrió, y un hombre joven y con el cabello de un tono rubio rojizo salió por ella y estuvo a punto de tropezar con Min y su acompañante. Era alto y fuerte, de buen porte, y vestía una chaqueta azul con profusos bordados en oro en las mangas y en el cuello; era Gawyn, de la casa Trakand, el hijo mayor de la reina Morgase de Andor, y todo en él denotaba el orgulloso joven noble que era. Un joven noble enfurecido. Min no tuvo tiempo de agachar la cabeza.

Gawyn la miraba fijamente a la cara, y sus ojos se abrieron mucho en un gesto de sorpresa, aunque enseguida se estrecharon, reduciéndose a meras rendijas azules, frías como el hielo.

—Así que has vuelto. ¿Sabes adónde han ido mi hermana y Egwene?

—¿No están aquí? —Un pánico repentino hizo que Min olvidara toda precaución. Sin darse cuenta de lo que hacía, lo agarró por las mangas y lo obligó a retroceder un paso mientras lo miraba con apremio—. Gawyn, ¡salieron para la Torre hace meses! Elayne y Egwene, y también Nynaeve. Iban con Verin Sedai y… Oh, Gawyn, yo…, yo…

—Tranquilízate —dijo él, que le soltó las manos crispadas de su chaqueta con suavidad—. ¡Luz, no era mi intención asustarte así! Llegaron sanas y salvas, aunque no quisieron decir una palabra de dónde habían estado o por qué. Al menos, a mí no. ¿Por casualidad lo sabes tú? —Min creyó mantener el gesto impasible, pero Gawyn la miró y dijo—: Lo suponía. En este lugar hay más secretos que… Han desaparecido otra vez. Y también Nynaeve. —Añadió el último nombre como de improviso; tal vez era amiga de Min, pero para él no significaba nada—. Y de nuevo sin avisar. ¡Sin avisar! Supuestamente están en una granja, en alguna parte, como castigo por escapar, pero no he conseguido descubrir dónde. La Amyrlin no me ha dado una respuesta concreta.

Min se encogió; por un momento, unos regueros de sangre reseca habían convertido el rostro de Gawyn en una sombría máscara. Fue como un doble mazazo: sus amigas se habían marchado —la idea de que estaban allí había hecho más fácil su viaje a la Torre—, y Gawyn iba a resultar herido el mismo día en que las Aes Sedai morirían.

A pesar de todo cuanto había visto desde que había entrado en la Torre, a pesar de su temor, nada de ello la había afectado personalmente hasta ahora. El desastre que se abatiría sobre la Torre se extendería más allá de Tar Valon, pero ella no pertenecía a este lugar y nunca lo haría. Sin embargo, Gawyn era alguien a quien conocía, a quien apreciaba, e iba a salir mucho más herido de lo que indicaba la sangre que había visto, más profundamente que con cualquier herida física. Tuvo la revelación de que, si la catástrofe alcanzaba a la Torre, no sólo saldrían heridas unas Aes Sedai con las que nada tenía que ver, mujeres con las que nunca estaría unida, sino también sus amigas. Ellas sí pertenecían a la Torre.

En cierto modo, se alegró de que Egwene y las otras no estuvieran allí; se alegró de no poder mirarlas y tal vez ver indicios de sus muertes. Y, sin embargo, quería mirarlas para estar segura, para no ver nada en ellas o ver que vivirían. En nombre de la Luz, ¿dónde estaban? ¿Por qué se habían marchado? Conociendo a las tres, creyó posible que, si Gawyn no sabía adónde habían ido, era porque no querían que lo supiera. Podía ser eso.

De repente recordó dónde estaba y por qué, y que no se encontraba sola con Gawyn. Sahra parecía haber olvidado que conducía a Min a presencia de la Amyrlin; parecía haber olvidado todo excepto al joven noble, a quien miraba con ojos tiernos, bien que él no lo notaba. Con todo, ya era inútil fingir que no conocía la Torre. Estaba ante la puerta de la Amyrlin, y ya no había nada que la pudiera detener.

—Gawyn, no sé dónde se encuentran, pero si están cumpliendo penitencia en una granja, sin duda estarán sudando a mares y con barro hasta la cintura, así que tú serías la última persona que querrían que las viera. —En realidad, estaba tan intranquila como Gawyn por la ausencia de sus amigas. Habían pasado muchas cosas, y estaban ocurriendo muchas más, y la mayoría tenía relación con ellas y consigo misma. Pero cabía en lo posible que las hubieran enviado a un lugar apartado como castigo—. No las ayudarás irritando a la Amyrlin.

—Ignoro si es cierto que están en una granja. Ni siquiera sé si están vivas. ¿A qué viene tanto secreto y tanta evasiva si sólo están arrancando malas hierbas? Como le ocurra algo a mi hermana… O a Egwene… —Bajó la vista al suelo con gesto ceñudo —. Se supone que he de cuidar de Elayne, pero ¿cómo voy a protegerla si ni siquiera sé dónde está?

—¿Crees que necesita que la cuiden? ¿Cualquiera de ellas? —Min suspiró. Claro que, si la Amyrlin las había enviado a alguna parte, quizá sí lo necesitaban. La

Amyrlin era capaz de enviar a una mujer a la guarida de un oso sin mudar siquiera el gesto si ello convenía a sus propósitos. Y esperaría que la mujer regresara con la piel del oso o tirando del animal por una traílla, dependiendo de sus instrucciones. Pero decirle eso a Gawyn sólo conseguiría avivar su mal humor y aumentar su preocupación—. Gawyn, se han comprometido con la Torre, y no te agradecerán que te inmiscuyas.

—Sé que Elayne ya no es una niña —dijo el joven noble con paciencia—, a pesar de que a veces actúe como tal y otras juegue a ser una Aes Sedai. Pero es mi hermana, y, ante todo, es la heredera del trono de Andor. Será mi reina, después de mi madre. El reino la necesita sana y salva para que ocupe el trono y que no ocurra otra Sucesión de Andor.

¿Jugar a ser una Aes Sedai? Por lo visto, Gawyn no se daba cuenta del alcance del talento de su hermana. Desde que existía el reino, todas las herederas del trono de Andor habían sido enviadas a la Torre para ser entrenadas, pero Elayne era la primera con suficiente talento para alcanzar el título y ser una poderosa Aes Sedai. Probablemente, Gawyn tampoco sabía que el poder de Egwene era igualmente fuerte.

—¿Así que la protegerás lo quiera o no? —dijo con voz inexpresiva a fin de hacerle comprender que estaba cometiendo un error, pero él no se dio cuenta de su insinuación y asintió con la cabeza.

—Tal ha sido mi misión desde el día en que nació. Derramar mi sangre antes que se derrame la suya. Dar mi vida para salvar la de ella. Hice ese juramento cuando todavía casi no alcanzaba a verla por el borde de la cuna. Gareth Bryne tuvo que explicarme lo que significaba. Y no pienso romperlo ahora. Andor la necesita a ella más que a mí.

Lo dijo con tranquila certeza, un reconocimiento pleno de algo natural y justo que hizo estremecer a Min. Siempre había pensado en él como un muchacho risueño y bromista, pero ahora lo veía como alguien extraño. Pensó que el Creador debía de estar cansado cuando llegó el momento de hacer a los hombres; a veces casi no parecían seres humanos.

—¿Y Egwene? ¿Qué juramento hiciste con ella?

Su semblante permaneció impávido, pero movió los pies con nerviosismo.

—Estoy preocupado por Egwene, desde luego. Y por Nynaeve. Lo que les ocurra a las compañeras de Elayne también puede ocurrirle a ella. Doy por hecho que siguen juntas, ya que cuando se encontraban aquí rara vez veía a una sin la compañía de las otras.

—Mi madre me dijo siempre que me casara con un pobre mentiroso, y tú cumples todos los requisitos, salvo porque otro se te adelantó.

—Hay cosas que están predestinadas —repuso él en voz queda—, y otras que jamás ocurrirán. Galad está deshecho por la ausencia de Egwene. —Galad era su

hermanastro, y ambos habían ido a Tar Valon para entrenarse con los Guardianes, siguiendo otra tradición andoriana. Galadedrid Damodred era la clase de hombre que llevaba al extremo el hacer siempre lo correcto, según el punto de vista de Min, pero Gawyn no le veía ninguna falta. Y jamás revelaría sus sentimientos por una mujer en la que Galad había puesto su corazón.

Min habría querido sacudirlo, hacerlo entrar en razón, pero ahora no había tiempo para eso, con la Amyrlin esperando y con todo lo que tenía que contarle. Y menos aún estando Sahra presente, mirara o no con ojos de cordero al joven.

—Gawyn, la Amyrlin me está esperando. ¿Dónde podemos encontrarnos cuando haya acabado de hablar con ella?

—Estaré en el patio de entrenamiento. El único momento en que olvido mi preocupación es mientras practico esgrima con Hammar. —Hammar era el Maestro de Armas y el Guardián que enseñaba esgrima—. Casi todos los días estoy allí hasta que el sol se pone.

—Entonces, de acuerdo. Iré tan pronto como me sea posible. Y procura tener cuidado con lo que dices. Si has hecho que la Amyrlin se enfade contigo, puede que repercuta en perjuicio de Elayne y Egwene.

—Eso no puedo prometerlo —dijo firmemente—. Algo va mal en el mundo. Cairhien se desangra en una guerra civil. Lo mismo, y aun peor, ocurre en Tarabon y en Arad Doman. Surgen falsos Dragones. Hay problemas y rumores por todas partes. No digo que la Torre esté tras ello, pero incluso aquí las cosas no son como deberían ser. O como parecen. La desaparición de Elayne y de Egwene no es el meollo de todo, pero sí una parte que me concierne. Descubriré dónde están, y si han sufrido algún daño… Si han muerto…

Su gesto se tornó ceñudo y por un instante su rostro volvió a ser aquella máscara sangrienta. Ahora, además, una espada flotaba encima de su cabeza, y detrás ondeaba una bandera. El arma, de empuñadura larga para asirla con las dos manos, muy semejante a las que utilizaban los Guardianes, tenía una garza grabada en su hoja ligeramente curvada, el símbolo de un maestro de la esgrima, y Min no estaba segura de si le pertenecía a Gawyn o lo amenazaba. El estandarte lucía el sello de Gawyn, el Jabalí Blanco, pero sobre campo verde, en lugar del rojo de Andor. Tanto la espada como la bandera desaparecieron con la sangre.

—Ten cuidado, Gawyn. —Lo dijo con doble sentido: cuidado con lo que decía y cuidado por algo que no podía explicar, ni siquiera a sí misma—. Debes ser muy prudente.

Los ojos del joven escudriñaron su rostro con atención, como si hubiera captado un significado más profundo en su advertencia.

—Lo intentaré —dijo finalmente. Esbozó una sonrisa, casi igual a la que ella recordaba, pero saltaba a la vista que era forzada—. Supongo que será mejor que

regrese al patio de entrenamiento si no quiero quedarme retrasado con Galad. Conseguí alzarme con dos victorias de cinco contra Hammar esta mañana, pero Galad tuvo tres la última vez que se molestó en ir a los entrenamientos. —De repente dio la impresión de que la veía por primera vez, y su sonrisa se tornó sincera—. Deberías llevar vestido más a menudo. Te sienta bien. Y recuerda, estaré allí hasta la puesta de sol.

Mientras se alejaba caminando con un estilo muy parecido a la peligrosa gracia de un Guardián, Min reparó en que estaba alisándose el vestido sobre las caderas, y de inmediato dejó de hacerlo.

«¡Que la Luz fulmine a todos los hombres!», rezongó para sus adentros.

Sahra soltó el aire como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Es muy apuesto, ¿verdad? —dijo soñadoramente—. No tan atractivo como lord Galad, desde luego. Y lo conocéis, ¿no? —Era casi una pregunta, pero sólo casi.

Min hizo eco del suspiro de la novicia. La muchacha hablaría con sus amigas en los aposentos de las novicias, y el hijo de la reina era un tema habitual, sobre todo siendo apuesto y teniendo ese aire de héroe de una historia de juglar. El que conociera a una extraña mujer serviría de acicate para dar un nuevo interés a las especulaciones, pero no podía hacerse nada para remediarlo. En cualquier caso, ya no podía perjudicarlo.

—La Sede Amyrlin estará preguntándose por qué no hemos entrado —dijo.

Sahra volvió a la realidad con un respingo; tragó saliva con esfuerzo. Agarró a Min por una manga, se apresuró a abrir una de las puertas, y tiró de Min hacia el interior. En el momento en que estuvieron dentro, la novicia hizo una precipitada reverencia y el pánico la hizo hablar atropelladamente:

—La he traído, Leane Sedai. Es la señora Elmindreda. ¿Desea la Sede Amyrlin recibirla?

La mujer alta, de tez cobriza, que había en la antesala llevaba la estola de un palmo de ancho propia de la Guardiana de las Crónicas, de color azul para mostrar que procedía del Ajah de ese color. Con los puños en las caderas, esperó a que la jovencita terminara de hablar.

—Mucho has tardado en hacerlo, muchacha. Regresa a tus quehaceres —la despidió.

Sahra hizo una última reverencia y se escabulló con tanta rapidez como había entrado.

Min permaneció con la mirada gacha, la capucha todavía echada sobre la cabeza. Meter la pata delante de Sahra ya había sido bastante malo, aunque por lo menos la novicia no sabía su nombre, pero Leane la conocía mejor que cualquier otra persona de la Torre a excepción de la Amyrlin. Min estaba segura de que a estas alturas poco importaba ya, pero, después de lo ocurrido en el pasillo, tenía intención de atenerse a

las instrucciones de Moraine hasta que se encontrara a solas con la Amyrlin.

Esta vez sus precauciones no sirvieron de nada. Leane adelantó dos pasos, le retiró la capucha, y gimió como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Min levantó la cabeza y le sostuvo la mirada con actitud desafiante, intentando fingir que su intención no era pasar inadvertida. El cabello liso y oscuro, sólo un poco más largo que el suyo propio, enmarcaba el rostro de la Guardiana; la expresión de la Aes Sedai era una mezcla de sorpresa y desagrado por haberse dejado sorprender.

—Así que eres Elmindreda —dijo Leane enérgicamente—. He de decir que te sienta mejor ese vestido que tu ropa… habitual.

—Llamadme Min, Leane Sedai, por favor. —Min se las arregló para guardar la compostura, aunque le costaba evitar mirar duramente a la Guardiana, en cuya voz había un timbre zumbón. Si su madre había querido ponerle el nombre de un personaje de un relato ¿por qué tuvo que ser el de una mujer que estaba todo el tiempo dedicando suspiros a los hombres o despertando su inspiración para componer canciones referentes a sus ojos o a su sonrisa?

—De acuerdo, Min. No preguntaré dónde has estado ni por qué has vuelto ataviada con un vestido y con la aparente intención de hacer una pregunta a la Amyrlin. Al menos, de momento no. —Su expresión dejaba muy claro que pensaba hacerlo más adelante y que no se conformaría con cualquier respuesta—. Supongo que la madre sabe quién es Elmindreda, ¿verdad? Sí, por supuesto. Debí suponerlo cuando ordenó que se te hiciera pasar de inmediato, y sola. Sólo la Luz sabe por qué te soporta. —Hizo una pausa y frunció el entrecejo—. ¿Qué pasa, muchacha? ¿Estás enferma?

Min se esforzó por mantener un gesto inexpresivo.

—No. No, estoy bien. —Durante un instante la Guardiana la había mirado a través de una máscara transparente de su propio semblante, una máscara crispada en un grito—. ¿Puedo entrar ya, Leane Sedai?

Leane la observó intensamente un momento más y después señaló la puerta de la cámara con un gesto brusco de la cabeza.

—Pasa —dijo.

La premura con que Min obedeció la orden habría satisfecho a la persona más exigente.

El estudio de la Sede Amyrlin había estado ocupado por muchas mujeres importantes y poderosas a lo largo de los siglos y la estancia estaba llena de recordatorios al respecto, desde una alta chimenea totalmente construida con mármol dorado de Kandor, ahora apagada, hasta el revestimiento de las paredes con entrepaños de una madera pálida y de extraño veteado, dura como el hierro y, aun así, trabajada con tallas que representaban bestias fabulosas y aves de singular plumaje. Dichos paneles se habían traído de las tierras misteriosas que había más allá del

Yermo de Aiel, hacía más de un milenio, y la chimenea era el doble de antigua. Las baldosas de piedra roja pulida procedían de las Montañas de la Niebla. Los altos ventanales de medio punto se abrían a una balconada; la piedra tornasolada que enmarcaba los ventanales brillaba como perlas, y había sido rescatada de las ruinas de una ciudad que se hundió en el Mar de las Tormentas durante el Desmembramiento del Mundo; nunca se había visto cosa parecida.

La actual ocupante, sin embargo, Siuan Sanche, era hija de un pescador de Tear, y los muebles que había elegido eran austeros aunque bien construidos y pulidos por el tiempo y la cera. Estaba sentada en una sólida silla, detrás de una mesa grande y tan simple que no habría desentonado en una granja. La única otra silla que había en el estudio era igualmente sencilla, y por lo general estaba colocada a un lado, pero ahora se encontraba delante de la mesa, encima de una pequeña alfombra teariana con un simple diseño en colores azul, marrón y dorado. Media docena de libros descansaban, abiertos, sobre atriles repartidos por la estancia. Eso era todo. Encima de la chimenea colgaba una pintura que representaba pequeños botes de pesca faenando en los cañaverales de los Dedos del Dragón, como lo había hecho el bote de su padre.

A primera vista y a despecho de sus suaves rasgos, Siuan Sanche tenía la misma apariencia sencilla que sus muebles. También era recia, más atractiva que hermosa, y el único adorno de su atuendo era la ancha estola de la Sede Amyrlin que llevaba, con una franja de cada color de los siete Ajahs. Como ocurría con cualquier Aes Sedai, era imposible determinar su edad; en su oscuro cabello no había el menor atisbo de canas. Pero sus penetrantes ojos azules no admitían tonterías, y su firme mandíbula denotaba la férrea determinación de la mujer más joven que había sido elegida Sede Amyrlin. Durante más de diez años, Siuan Sanche había convocado a dirigentes y a poderosos, y ellos habían acudido a su llamada aun en el caso de que odiaran y temieran a la Torre Blanca y las Aes Sedai.

Mientras la Amyrlin rodeaba la mesa hacia la parte delantera, Min soltó el bulto en el suelo e inició una torpe reverencia, mascullando para sus adentros por tener que hacerlo. No es que quisiera ser irrespetuosa —tal cosa ni siquiera se le pasaba por la cabeza a cualquiera que estuviera frente a una mujer como Siuan Sanche— pero la inclinación que habría hecho normalmente con su atuendo habitual resultaría absurda llevando vestido, y sólo tenía una ligera idea de cómo se hacía una reverencia.

Con la rodilla medio doblada y las faldas extendidas, se quedó paralizada como una rana a punto de saltar. Siuan estaba en pie ante ella tan regia como cualquier soberana, pero durante un instante Min la vio tendida en el suelo, desnuda. Aparte de no llevar nada puesto, había algo chocante en la imagen, pero se desvaneció antes de que Min pudiera captar qué era. Era la visión más fuerte que jamás había experimentado y, sin embargo, no tenía la menor idea de su significado.

—Otra vez vuelves a ver cosas, ¿no es cierto? —dijo la Amyrlin—. Bien, no te

quepa duda de que sacaré partido de esa habilidad tuya, como podría haberlo hecho durante todos los meses que has estado ausente. Pero no hablemos de ello. Lo hecho, hecho está. La Rueda teje los hilos a su voluntad. —Esbozó una sonrisa tirante—. Mas, si vuelves a marcharte, me haré unos guantes con tu piel. Levántate, muchacha. Leane me atosiga con tanta ceremonia en un solo mes que cualquier mujer sensata tendría de sobra para un año. Además, no tengo tiempo para eso, y menos en la actualidad. Bien ¿qué es lo que acabas de ver?

Min se levantó lentamente. Era un alivio encontrarse de nuevo con alguien que sabía lo de su talento, aunque ese alguien fuera la propia Sede Amyrlin. Con ella no tenía que ocultar lo que había visto. Todo lo contrario.

—Estabais… No llevabais nada de ropa. Yo no… no sé lo que significa, madre.

Siuan soltó una risa corta, seca.

—Sin duda voy a tener un amante. Pero tampoco tengo tiempo para eso. No lo hay para guiñar el ojo a los hombres cuando se está ocupada achicando agua para que no se hunda la nave.

—Tal vez —repuso Min lentamente. Podría significar eso, pero lo dudaba—. Simplemente, lo ignoro. Pero, madre, he estado viendo cosas desde el primer momento en que entré en la Torre. Va a ocurrir algo malo, algo terrible.

Empezó relatando lo de las Aes Sedai del vestíbulo y siguió con todo cuanto había visto, así como su significado cuando estaba segura de ello. No obstante, omitió gran parte de lo que Gawyn le había dicho; no tendría sentido su recomendación de que no enfureciera a la Sede Amyrlin si lo hacía ella al contarle ciertas cosas. Todo lo demás lo expuso tal como lo había visto, con total rigor. Dejó entrever parte de su temor al sacarlo a la luz, como si volviera a verlo; la voz le temblaba cuando acabó de hablar.

La expresión de la Amyrlin no se alteró en ningún momento.

—Así que has hablado con el joven Gawyn —dijo cuando Min terminó—. Bien, creo que podré convencerlo para que guarde silencio. Y en cuanto a Sahra, si lo que recuerdo de ella es correcto, convendrá que pase algún tiempo trabajando en el campo. No podrá propagar chismes mientras cava un huerto con la azada.

—No comprendo —dijo Min—. ¿Por qué tiene Gawyn que guardar silencio? ¿Acerca de qué? Yo no le conté nada. ¿Y Sahra? Madre, quizá no he sabido explicarme bien. Van a morir Aes Sedai y Guardianes, y eso tiene que significar una batalla. Y, a menos que mandéis lejos a un montón de Aes Sedai y de Guardianes, así como sirvientes, porque también vi sirvientes muertos y heridos… A menos que toméis esa medida, la batalla tendrá lugar aquí. ¡En Tar Valon!

—¿Es eso lo que viste? —demandó la Amyrlin—. ¿Una batalla? ¿Lo sabes por tu… tu talento o sólo es una suposición?

—¿Y qué otra cosa podía ser? Al menos cuatro Aes Sedai pueden darse por

muertas. Madre, sólo he puesto los ojos en nueve personas, incluida vos, desde que entré, ¡y cuatro de ellas van a morir! Eso sin contar a los Guardianes… ¿Qué más podría significar?

—Muchas cosas. Más de las que quisiera imaginar —repuso Siuan con aire sombrío—. ¿Cuándo? ¿Cuánto falta para que ocurra… eso?

—No lo sé. —Min sacudió la cabeza—. Gran parte de ello ocurrirá en el transcurso de un día, puede que dos, pero igual podría ser mañana que dentro de un año. O diez.

—Recemos para que sean diez. Si fuera mañana, poco podría hacer para evitarlo.

Min se encogió. Sólo otras dos Aes Sedai aparte de Siuan Sanche sabían lo de su talento: Moraine y Verin Mathwin, que había intentado estudiar su talento. Una y otra sabían tanto como ella de cómo funcionaba, es decir, nada, aparte de que no tenía nada que ver con el Poder. Quizá fuera sólo por ese motivo por lo que Moraine parecía capaz de aceptar el hecho de que, cuando sabía el significado de una visión, ocurría.

—Tal vez sean los Capas Blancas, madre. Estaban por todas partes en Alindaer cuando crucé el puente. —No creía que los Hijos de la Luz tuvieran algo que ver con lo que se avecinaba, pero era reacia a decir lo que pensaba. Lo que pensaba, no lo que sabía; empero, ya era bastante malo.

Pero la Amyrlin estaba sacudiendo la cabeza antes de que terminara de hablar.

—Intentarían algo si estuvieran en disposición de hacerlo, no me cabe la menor duda. Les encantaría atacar la Torre, pero Elmon Valda no actuará abiertamente sin órdenes directas del capitán general, y Pedron Niall no atacará a menos que crea que estamos debilitados. Conoce muy bien nuestra fuerza para cometer una necedad. Durante mil años los Capas Blancas han actuado así: cazones en las redes, que aguardan un atisbo de sangre Aes Sedai en el agua. Pero hasta ahora no nos han visto heridas ni lo harán si yo puedo evitarlo.

—Sin embargo, si Valda intentara algo por su cuenta…

—Sólo cuenta con quinientos hombres en las inmediaciones de Tar Valon, muchacha —la interrumpió Siuan—. Despachó al resto hace semanas, a ocasionar problemas en otra parte. Las Murallas Resplandecientes rechazaron a los Aiel, y también a Artur Hawkwing. Valda jamás entrará en Tar Valon a menos que la ciudad se desmorone desde dentro. —El timbre de su voz no cambió al proseguir—: Pones mucho interés en convencerme de que los problemas vendrán por parte de los Capas Blancas. ¿Por qué? —En sus ojos no había rastro de dulzura.

—Porque es lo que quiero creer —farfulló Min. Se humedeció los labios y articuló las palabras que no deseaba pronunciar—: El collar de plata que vi en una de las Aes Sedai, madre, parecía… Parecía uno de los que… de esos que los seanchan utilizan para… para controlar a las mujeres capaces de encauzar. —Su voz se fue

apagando a medida que la boca de Siuan se torcía en un gesto de asco.

—Unos objetos repugnantes —gruñó la Amyrlin—. Claro que mucha gente no cree ni una cuarta parte de lo que se cuenta de los seanchan. Es distinto tratándose de los Capas Blancas. Si los seanchan vuelven a desembarcar en cualquier parte, lo sabré en cuestión de días mediante palomas mensajeras, y hay un largo trecho desde el mar hasta Tar Valon. Si reaparecen, se me avisará con tiempo suficiente. No, me temo que lo que has visto sea algo aun peor que los seanchan. Me temo que sólo puede tratarse del Ajah Negro. Únicamente un puñado de nosotras estamos enteradas de su existencia, y no quiero pensar lo que ocurrirá cuando la noticia sea de dominio público, pero ellas son la mayor y más inmediata amenaza para la Torre.

Min se dio cuenta de que estaba aferrando la falda con tanta fuerza que las manos le dolían; tenía la boca seca como estropajo. La Torre Blanca siempre había negado la existencia de un Ajah secreto, dedicado al Oscuro. El modo infalible para encolerizar a una Aes Sedai era hacer una simple mención al respecto; en consecuencia, el que la Sede Amyrlin admitiera con tanta naturalidad que el Ajah Negro era algo real, hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Min.

Como si no hubiera dicho nada fuera de lo normal, la Amyrlin prosiguió:

—Pero no has venido desde tan lejos sólo para tener tus visiones. ¿Qué noticias traes de Moraine? Sé que el caos reina desde Arad Doman hasta Tarabon, por no hablar de cosas peores. —Sí, aquello no era lo peor, desde luego; los hombres que apoyaban al Dragón Renacido luchaban contra los que se oponían a él, y los dos países se debatían en una guerra civil mientras ellos todavía combatían por el dominio del llano de Almoth. El tono de Siuan desestimó todo eso como un pormenor —. Pero hace meses que no sé nada de Rand al'Thor, y él es foco de todo. ¿Dónde está? ¿En qué lo tiene ocupado Moraine? Siéntate, muchacha. Siéntate. —Señaló la silla que había frente a la mesa.

Min se acercó sosteniéndose apenas en las temblorosas piernas y se dejó caer en ella pesadamente. «El Ajah Negro. ¡Oh, Luz!» Se suponía que las Aes Sedai eran representantes de la Luz. Aunque nunca hubiera confiado realmente en ellas, tal premisa era algo que siempre había dado por hecho. Las Aes Sedai, y su poder, representaban la Luz contra la Sombra. Sólo que ahora tal cosa había dejado de ser verdad.

—Va camino de Tear —respondió, aunque apenas si se oyó a sí misma.

—¡A Tear! Entonces, su objetivo es *Callandor*. Lo que intenta Moraine es que saque la Espada que no Puede Tocarse de la Ciudadela de Tear. ¡Juro que la colgaré a secar al sol! ¡Haré que desee volver a ser una simple novicia! ¡Rand no puede estar preparado todavía para dar ese paso!

—No fue… —Min tuvo que aclararse la garganta—. No fue idea de Moraine. Rand se marchó en mitad de la noche, solo. Los otros lo siguieron, y Moraine me

envió para que os lo dijera. A estas alturas es posible que hayan llegado a Tear. Por lo que sé, *Callandor* podría estar en su poder en este momento.

—¡Condenado sea! —bramó Siuan—. ¡En este momento podría estar muerto! Ojalá no hubiera oído una palabra de las Profecías del Dragón. Si estuviera en mi mano evitar que se enterara de algo más, lo haría.

—Pero ¿es que no tiene que cumplir las Profecías? No lo entiendo.

La Amyrlin se recostó en la mesa con aire cansado.

—¡Como si alguien entendiera la mayoría de ellas! No son las Profecías lo que lo hacen ser el Dragón Renacido; lo único que hace falta es que él lo admita, y tiene que haberlo hecho cuando va por *Callandor*. El propósito de las Profecías es anunciar al mundo quién es él para prepararlos, tanto al uno como al otro, para lo que se avecina. Si Moraine es capaz de ejercer algún control sobre Rand, lo guiará hacia las Profecías de las que tenemos certeza cuando esté preparado para hacerles frente. En cuanto a lo demás, tendremos que confiar en que lo que haga sea suficiente. Esperemos. La Luz lo quiera. Por lo que sé, ya ha hecho realidad algunas Profecías que ninguna de nosotras comprendemos.

—Así que tenéis intención de controlarlo. Dijo que intentaríais utilizarlo, pero ésta es la primera vez que os he oído admitirlo. —Min sintió un gran frío en su interior. Furiosa, añadió—: No lo habéis hecho muy bien hasta ahora, vos y Moraine.

El cansancio pareció resbalar por los hombros de Siuan, que se puso de pie y miró fijamente a Min.

—Harías bien en esperar que lo consiguiéramos. ¿Acaso piensas que podemos dejarlo a su libre albedrío? Terco y obstinado, indisciplinado, falto de preparación. Puede que esté volviéndose loco ya. ¿Crees que podemos confiar al Entramado, a su destino, el que conserve la vida como en un bonito cuento? Esto no es un relato y él no es un héroe invencible. Si su hilo se rompe en el Entramado, la Rueda del Tiempo no notará su ausencia, y el Creador no realizará milagros para salvarnos. Si Moraine es incapaz de tomar rizos a sus velas, es muy probable que Rand consiga que lo maten, y entonces ¿dónde estaremos? ¿En qué situación se encontrará el mundo? La prisión del Oscuro está debilitándose. Volverá a tocar el mundo; sólo es cuestión de tiempo. Si Rand al'Thor no está para hacerle frente en la Última Batalla, si ese testarudo y necio joven consigue que lo maten antes, el mundo está condenado. La Guerra del Poder se repetirá, y esta vez sin Lews Therin y sus Cien Compañeros. Y sólo habrá fuego y oscuridad para siempre. —Enmudeció de repente y observó a Min de hito en hito—. Vaya, así que por ahí sopla el viento, ¿no? Rand y tú. No esperaba esto.

Min sacudió la cabeza enérgicamente; sintió arderle las mejillas.

—¡Por supuesto que no! Sólo estaba… Es por lo de la Última Batalla y lo del Oscuro. ¡Luz! Sólo pensar que el Oscuro pueda quedar libre debe bastar para helarle

la médula a un Guardián. Y lo del Ajah Negro…

—No intentes disimular —instó la Amyrlin bruscamente—. ¿Crees que es la primera vez que veo a una mujer asustada por la vida de su hombre? ¿Por qué no lo admites?

—De acuerdo —masculló finalmente Min, que rebulló en la silla. Los ojos de Siuan la taladraban, astutos e impacientes—. Os lo diré todo, aunque no sé de qué puede servirnos a ninguna de las dos. La primera vez que encontré a Rand, vi tres rostros de mujer, y uno de ellos era el mío. Nunca había visto nada sobre mí misma antes ni he vuelto a verlo después, pero supe lo que significaba: iba a enamorarme de él. Las tres lo amábamos.

—Tres. ¿Y quiénes son las otras dos?

—Los rostros estaban borrosos. —Min esbozó una sonrisa amarga—. No sé quiénes son.

—¿Y hay algo respecto a que él corresponda a tu amor?

—¡Nada! Ni siquiera me ha mirado dos veces. Creo que me considera como… como una hermana. ¡Así que no penséis en utilizarme para atarlo corto, porque no funcionará!

—Sin embargo, lo amas.

—No tengo elección en eso. —Min procuró hablar con un tono menos tétrico—. He intentado enfocarlo con humor, pero se me han terminado las risas. Puede que no me creáis, pero cuando sé lo que algo significa, ocurre.

La Amyrlin se dio golpecitos con el dedo en los labios mientras miraba a Min pensativamente.

Aquella mirada preocupó a Min. No había querido pasar a ocupar un primer plano en esta entrevista ni revelar tantas cosas; nada más lejos de su intención. No lo había contado todo, pero a estas alturas debería saber que no se debía dar una palanca a una Aes Sedai aun cuando ésta no supiera cómo utilizarla. Eran muy expertas en descubrir el modo de hacerlo.

—Madre, os he transmitido el mensaje de Moraine y os he dicho todo cuanto sé sobre el significado de mis visiones. No hay razón para que no pueda ponerme mis ropas y marcharme.

—¿Marcharte adónde?

—A Tear. —Después de hablar con Gawyn y asegurarse de que no hiciera una tontería. Hubiera querido preguntarle dónde estaban Egwene y las otras dos; pero, si la Amyrlin no se lo había dicho al hermano de Elayne, menos aún se lo diría a ella. Y Siuan Sanche todavía tenía aquella mirada penetrante en los ojos—. O dondequiera que esté Rand. Puede que sea una estúpida, pero no soy la primera mujer que hace el tonto por un hombre.

—Pero sí la primera que hace el tonto por el Dragón Renacido. Será peligroso

estar junto a Rand al'Thor cuando el mundo descubra quién es y lo que es. Y si ahora empuña *Callandor*, el mundo lo sabrá muy pronto. La mitad querrá matarlo a toda costa, como si acabando con él pudiera impedir la Última Batalla o que el Oscuro quedara en libertad. Muchos cercanos a él morirán. Más te valdría quedarte aquí.

La Amyrlin se mostraba compasiva, pero Min no la creyó. No la creía capaz de tener ese sentimiento.

—Correré el riesgo. Tal vez pueda ayudarlo con mis visiones. Y la Torre tampoco ofrece mucha más seguridad, no mientras esté en ella una hermana Roja. Verán un hombre capaz de encauzar y olvidarán la Última Batalla y las Profecías del Dragón.

—Igual que harán muchos otros —comentó Siuan, calmosa—. Es difícil desarraigar las viejas ideas, tanto para las Aes Sedai como para los demás.

Min la miró perpleja. Siuan parecía estar de su parte en esto ahora.

—No es un secreto que soy amiga de Egwene y Nynaeve, y tampoco que ellas son del mismo pueblo que Rand. Para el Ajah Rojo, será conexión suficiente. Cuando la Torre descubra quién es él, probablemente me arrestarán antes de que acabe el día. Y lo mismo ocurrirá con Egwene y Nynaeve si no las ocultáis en alguna parte.

—En tal caso, nadie debe reconocerte. No se capturan peces si éstos ven la red. Sugiero que te olvides de tu chaqueta y tus pantalones de hombre durante un tiempo. —La Amyrlin sonreía como un gato sonríe a un ratón.

—¿Y qué pez esperáis pescar conmigo? —preguntó Min con un hilo de voz. Creía saberlo, y esperaba de todo corazón estar equivocada.

Pero su esperanza no impidió que la Amyrlin respondiera:

—Al Ajah Negro. Huyeron trece, pero temo que queden algunas más. No estoy segura de en quién puedo confiar; durante un tiempo tuve miedo de fiarme de alguien. No eres una Amiga Siniestra, lo sé, y tu peculiar talento podría sernos de ayuda. Al menos, serás otro par de ojos de confianza.

—Lo habéis planeado desde el momento en que entré, ¿verdad? Por eso es por lo que queríais que Gawyn y Sahra no lo comentaran. —La ira creció en su interior como el vapor de una tetera. Esta mujer decía «rana» y esperaba que la gente saltara. Y el que tal cosa ocurriera casi siempre sólo empeoraba las cosas. Pero ella no era ninguna rana ni la marioneta de nadie—. ¿Es eso lo que hicisteis con Egwene, Elayne y Nynaeve? ¿Enviarlas en busca del Ajah Negro? ¡Sois capaz de cualquier cosa!

—Tú lanza tus redes, muchacha, y deja que esas chicas lancen las suyas. En lo que a ti concierne, se encuentran en una granja de trabajo como castigo. ¿Me he explicado con claridad?

Aquella firme mirada hizo que Min rebullera en la silla. Era fácil desafiar a la Amyrlin… hasta que empezaba a mirarte con aquellos penetrantes y fríos ojos azules.

—Sí, madre. —La mansedumbre de esta respuesta la sacaba de quicio, pero una simple ojeada a la Amyrlin la convenció de que era mejor dejarlo estar. Pellizcó la

fina lana de su vestido, como quitando motitas de polvo—. Supongo que no me moriré si llevo esto un poco más de tiempo. —De repente, Siuan parecía divertida, y Min sintió que se le ponía de punta el pelo de la nuca.

—Me temo que eso no será suficiente. Min con vestido sigue siendo Min para cualquiera que te mire de cerca. No puedes llevar puesta una capa con el embozo echado a todas horas. No, tienes que cambiar todo lo que sea factible. Para empezar, seguirás siendo Elmindreda. Después de todo, es tu nombre. —Min dio un respingo —. Tu cabello es casi tan largo como el de Leane, lo bastante para que lleves rizos. En cuanto al resto… Nunca me han gustado el colorete, los polvos y las pinturas, pero Leane recuerda cómo utilizarlos.

A Min se le habían abierto unos ojos como platos desde que sonó la palabra «rizos».

—Oh, no —exclamó.

—Nadie te identificará como la Min que viste pantalones una vez que Leane te haya convertido en una perfecta Elmindreda.

—¡Oh, no!

—En cuanto al motivo por el que te quedas en la Torre… ya encontraremos una razón adecuada para una vanidosa jovencita cuyo aspecto y forma de ser no tienen nada que ver con Min. —La Amyrlin frunció el entrecejo, sin hacer caso de los intentos que hacía Min para hablar—. Sí. Haré correr el rumor de que la dama Elmindreda alentó a dos pretendientes hasta el punto de que ha tenido que buscar refugio en la Torre hasta que decida a cuál de ellos elige. Todavía hay algunas mujeres que piden asilo cada año, y en ocasiones por motivos igualmente absurdos. —Su rostro se endureció, y la mirada de sus ojos se volvió más penetrante—. Si todavía estás pensando en ir a Tear, reflexiona. Ten en cuenta dónde podrás ser de más ayuda para Rand, si allí o aquí. Si el Ajah Negro echa abajo la Torre o, lo que es peor, se hace con el control, Rand perderá hasta el pequeño apoyo que puedo darle. Bien. ¿Qué eres? ¿Una mujer o una chiquilla ciegamente enamorada?

Estaba atrapada. Min lo veía tan claro como si llevara una argolla en el tobillo.

—¿Siempre conseguís saliros con la vuestra, madre?

—Casi siempre, muchacha. Casi siempre. —La sonrisa de la Amyrlin era aun más fría esta vez.

Elaida se acomodó el chal de flecos rojos mientras contemplaba pensativamente la puerta del estudio de la Amyrlin por la que las dos jóvenes acababan de entrar. La novicia salió casi de inmediato, echó un vistazo al rostro de Elaida y soltó un gemido que recordaba el balido de una oveja asustada. Elaida creyó reconocerla, aunque no conseguía acordarse de su nombre. Su tiempo estaba ocupado con asuntos más importantes que enseñar a unas miserables muchachas.

—¿Cómo te llamas?

—¡Sahra, Elaida Sedai! —La respuesta de la chiquilla fue un graznido entrecortado. Elaida no estaba interesada en las novicias, pero ellas la conocían, y también su reputación.

Ahora recordó a la chica. Una novelera con moderada habilidad que jamás llegaría a ser verdadero poder. No parecía probable que supiera algo más de lo que Elaida ya había oído y visto, o que recordara otra cosa que no fuera la sonrisa de Gawyn. Una estúpida. Elaida hizo un gesto con la mano, despidiéndola.

La chica saludó con una reverencia tan pronunciada que casi tocó las baldosas y luego se alejó a todo correr.

Elaida ni siquiera la vio marcharse. La hermana Roja se había dado media vuelta, la novicia olvidada ya. Echó a andar a paso vivo por el corredor sin que sus suaves rasgos denotaran la menor alteración, bien que su mente era un hervidero de ideas. Ni siquiera reparó en los sirvientes, las novicias y las Aceptadas que se apartaban precipitadamente de su camino y hacían una reverencia a su paso. Una vez estuvo a punto de chocar con una hermana Marrón que caminaba absorta, con la nariz metida en un fajo de notas. La regordeta Marrón reculó de un brinco al tiempo que soltaba un chillido sobresaltado que Elaida no oyó.

Con vestido o sin él, había reconocido a la joven que entró a ver a la Amyrlin. Era Min, la que había pasado tanto tiempo con Siuan Sanche en su primera visita a la Torre, aunque nadie sabía el motivo; la que era amiga íntima de Elayne, Egwene y Nynaeve. La Amyrlin estaba ocultando el paradero de esas tres. Elaida estaba segura de ello. Todos los informes respecto a que estaban haciendo penitencia trabajando en una granja le habían llegado de tercera o cuarta mano, procedentes de Siuan Sanche; aquello era suficiente para solapar cualquier juego de palabras destinado a eludir una mentira rotunda. Eso, por no mencionar el hecho de que todos los esfuerzos de Elaida para localizar esa granja habían sido infructuosos.

—¡Así la fulmine la Luz! —La ira se reflejó en su rostro un breve instante. No estaba segura de si su exabrupto iba dirigido a Siuan Sanche o a la heredera del trono, aunque vendría al caso a cualquiera de las dos. Una esbelta Aceptada la oyó, la miró de hito en hito y se quedó tan blanca como su vestido; Elaida siguió caminando sin reparar en ella.

Aparte de todo lo demás, la encolerizaba no poder localizar a Elayne. De vez en cuando, Elaida realizaba predicciones; aunque vaga y ocasionalmente, tenía la habilidad de ver acontecimientos futuros, cosa que no hacía ninguna otra Aes Sedai desde Gitara Moroso, muerta hacía ahora veinte años. Lo primero que Elaida predijo, cuando todavía era una Aceptada —y entonces ya estaba lo bastante advertida para no revelarle su habilidad a nadie— fue que el linaje real de Andor sería la clave para derrotar al Oscuro en la Última Batalla. Se había vinculado con Morgase tan pronto como se hizo patente que ella sería la sucesora en el trono, y había cimentado su

influencia año tras año, pacientemente. Y ahora todos sus esfuerzos, todos sus desvelos y sacrificios —quizás habría sido Amyrlin de no haber dedicado todas sus energías a Andor— podían frustrarse por la desaparición de Elayne.

Hizo un gran esfuerzo para concentrarse de nuevo en lo que era importante ahora. Egwene y Nynaeve procedían del mismo pueblo que aquel extraño joven, Rand al'Thor; y Min lo conocía también, aunque había intentado ocultarlo por todos los medios. Rand al'Thor era el centro de todo.

Elaida sólo lo había visto una vez; se suponía que era un pastor de Dos Ríos, en Andor, pero tenía toda la apariencia de un Aiel. La predicción le llegó al verlo. Era un *ta'veren*, una de las contadas personas que, en lugar de ser tejidas en el Entramado a voluntad de la Rueda del Tiempo, obligaban al Entramado a tejer los hilos vitales a su alrededor, al menos durante un tiempo. Y Elaida había visto caos en torno a él, división y contiendas en Andor, y quizás en más partes del mundo. Pero Andor debía mantenerse incólume, ocurriera lo que ocurriera; aquella primera predicción la convenció de ello.

Había más hilos, suficientes para atrapar a Siuan en su propia red. Si se daba crédito a los rumores, había tres *ta'veren*, no sólo uno, todos ellos del mismo pueblo, Campo de Emond, y todos más o menos de la misma edad, hecho lo bastante extraño para levantar un montón de chismes en la Torre. Y en el viaje de Siuan a Shienar, hacía casi un año, los había visto e incluso había hablado con ellos: Rand al'Thor, Perrin Aybara y Matrim Cauthon. Se decía que era mera coincidencia, un hecho fortuito. Eso era lo que se comentaba. Quienes lo decían, ignoraban lo que Elaida sabía.

Cuando Elaida vio al joven al'Thor, fue Moraine quien se lo había llevado de manera clandestina y quien lo había acompañado a él y a los otros dos *ta'veren* a Shienar. Moraine Damodred, que había sido la mejor amiga de Siuan Sanche cuando eran novicias. Si Elaida fuera de las que hacían apuestas, habría apostado que nadie más en la Torre recordaba esa amistad. El día que adquirieron el rango de Aes Sedai, al final de la Guerra de Aiel, Siuan y Moraine se habían separado y después se comportaron casi como si fueran desconocidas. Pero Elaida había sido una de las Aceptadas encargadas de aquellas dos novicias, les había impartido las enseñanzas y las había reprendido por su pereza en las tareas, según recordaba. Casi no daba crédito al hecho de que su confabulación viniera desde tan lejos —al'Thor debía de haber nacido poco antes de eso—, pero aquél era el único eslabón que los conectaba a todos. Y para ella bastaba.

Lo que quiera que fuera que Siuan se traía entre manos, había que impedirlo. El tumulto y el caos se multiplicaban por doquier. El Oscuro acabaría escapando de su prisión —la sola idea hizo que Elaida sintiera un escalofrío y tuvo que ajustarse el chal— y la Torre tenía que mantenerse apartada de las disputas mundanales para

hacer frente a aquello. La Torre había de tener libertad para tirar de los hilos a fin de que las naciones permanecieran unidas, libres de los problemas que Rand al'Thor causaría. Fuera como fuera, había que impedirle que destruyera Andor.

No le había contado a nadie lo que sabía de al'Thor, ya que tenía intención de encargarse de él discretamente, si ello era posible. El consejo de la Antecámara de la Torre ya había hablado de vigilar e incluso guiar a estos *ta'veren*; jamás acordarían deshacerse de ellos, de uno de ellos en particular, del único modo que debía hacerse. Por el bien de la Torre. Por el bien del mundo.

Hizo un sonido gutural, casi un gruñido. Siuan había sido siempre testaruda, hasta en sus tiempos de novicia; siempre se había dado mucha importancia para ser la hija de un pobre pescador, pero ¿cómo podía ser tan necia para mezclar a la Torre en esto sin informar a la Antecámara? Ella sabía tan bien como cualquiera lo que se avecinaba. Sólo había una cosa que podía ser peor…

Elaida se paró en seco y se quedó mirando al vacío. ¿Sería posible que ese tal al'Thor tuviera capacidad de encauzar? ¿O alguno de los otros dos? Ellos, no; en todo caso, al'Thor. No. Imposible. Ni siquiera Siuan tocaría a uno de ésos. No podía.

—¿Y quién sabe lo que esa mujer es capaz de hacer? —masculló—. Jamás fue la persona adecuada para el puesto de Sede Amyrlin.

—¿Hablando con vos misma, Elaida? Sé que vosotras, las Rojas, nunca tenéis amigas fuera de vuestro Ajah, pero dentro de él vos sí las tendréis, ¿verdad?

Elaida volvió la cabeza para mirar a Alviarin. La Aes Sedai de cuello de cisne sostuvo su mirada con la insufrible frialdad propia del Ajah Blanco. No había cariño entre las hermanas Rojas y las Blancas; habían mantenido posiciones enfrentadas en la Antecámara de la Torre desde hacía un millar de años. Las Blancas estaban de parte de las Azules, y Siuan había pertenecido al Ajah Azul. Pero el Ajah Blanco se preciaba de proceder por la desapasionada imparcialidad de la lógica.

—Acompañadme —dijo Elaida. Alviarin vaciló un instante antes de aceptar y echar a andar a su lado.

Al principio, la hermana Blanca enarcó una ceja con gesto despectivo al escuchar lo que Elaida tenía que decirle respecto a Siuan, pero antes de que acabara de hablar su frente estaba fruncida en una expresión concentrada.

—No tenéis prueba de nada… impropio —adujo cuando Elaida se calló finalmente.

—Aún no —respondió la Roja con firmeza. Se permitió esbozar una sonrisa tirante cuando Alviarin asintió en silencio. Era un comienzo. De un modo u otro, se pararía a Siuan antes de que destruyera la Torre.

Escondido entre los árboles caducos de un frondoso soto, en lo alto de la margen septentrional del río Taren, Dain Bornhald echó hacia atrás su blanca capa con el emblema de un ardiente sol dorado en el pecho, y atisbó por las lentes del tubo de

cuero endurecido. Una nube de minúsculos bitemes zumbaba alrededor de su rostro, pero hizo caso omiso de ellos. En el pueblo de Embarcadero de Taren, al otro lado del río, las casas altas se alzaban sobre elevados cimientos como protección de las inundaciones que se repetían cada primavera. Los habitantes del pueblo se asomaban a las ventanas y salían a los pórticos para ver a los treinta jinetes de blancas capas montados en sus caballos y luciendo petos y cotas de malla. Una delegación de hombres y mujeres sostenía una entrevista con los jinetes o, por lo que Bornhald alcanzaba a ver, más bien escuchaba a Jaret Byar, lo que era mucho mejor.

Bornhald casi podía escuchar la voz de su padre: «Si les dejas que crean que hay una oportunidad, algún necio intentará aprovecharla. Entonces habrá que matar a ese necio, y otro intentará vengar al primero, así que habrá que volver a matar. Infunde en ellos el temor a la Luz desde el principio, hazles comprender que nadie sufrirá daño si hacen lo que se les dice, y no tendrás problemas».

Su mandíbula se puso tensa al pensar en su padre, ahora muerto. Iba a hacer algo al respecto, y pronto. Estaba seguro de que solamente Byar sabía por qué se había apresurado a aceptar esta misión en una comarca perdida en lo más remoto de Andor, y Byar no diría una palabra. El oficial había sido tan fiel al padre de Dain como un perro guardián, y había traspasado toda esa lealtad al hijo. Bornhald no había dudado un solo instante en nombrar a Byar su segundo cuando Elmon Valda le encargó esta misión.

Byar hizo volver grupas a su caballo y regresó cabalgando al transbordador. De inmediato, los hombres que manejaban la barcaza soltaron amarras y empezaron a tirar de los cabos para hacerla avanzar a través del caudaloso cauce. Byar observaba ceñudo a los hombres de los cabos, y ellos le echaron miradas nerviosas mientras hacían el recorrido completo hacia atrás y volvían a la parte delantera para coger los cables y empezar a tirar de nuevo. Todo parecía normal.

—Lord Bornhald…

Dain bajó el catalejo y volvió la cabeza. El hombre de rostro severo que había aparecido detrás de él estaba firme, mirando al frente bajo el yelmo cónico. A pesar del duro viaje desde Tar Valon, en el cual Bornhald había metido prisa kilómetro tras kilómetro, su armadura relucía tan impecable como su nívea capa con el rutilante sol dorado.

—¿Qué ocurre, Ivon?

—Me envía el centurio Farran, milord. Son los gitanos. Ordeith estaba hablando con tres de ellos, milord, y ahora han desaparecido los tres.

—¡Rayos y centellas! —Bornhald giró sobre sus talones y regresó precipitadamente hacia los árboles, seguido de cerca por Ivon.

Fuera de la vista del río, varios jinetes Capas Blancas cubrían los huecos entre los árboles, sosteniendo la lanza con despreocupada familiaridad o con el arco presto y

apoyado sobre la perilla de la silla. Los caballos pateaban con impaciencia y sacudían las colas. Los jinetes aguantaban la espera con más estoicismo; ésta no sería la primera vez que cruzaban un río para entrar en territorio desconocido, y en esta ocasión nadie intentaría impedírselo. En el amplio claro que se abría detrás de los jinetes había una caravana de los Tuatha'an, el Pueblo Errante. Gitanos. Cerca de un centenar de carromatos tirados por caballos, semejantes a pequeñas casas cuadradas sobre ruedas, ofrecían un panorama de abigarrados colores que hacía daño a los ojos: rojo, verde, amarillo y cualquier tonalidad imaginable en combinaciones que sólo podían ser del agrado de un gitano. Ellos mismos vestían ropas que hacían palidecer el aspecto de los carros. Estaban sentados en el suelo, en un gran grupo arracimado, y contemplaban a los hombres a caballo con una extraña calma que irritaba; el débil llanto de un niño fue acallado enseguida por su madre. Cerca, los cadáveres de unos mastines formaban un montón sobre el que ya zumbaban las moscas. Los gitanos no levantarían una mano para defenderse, y los gruñidos de los perros habían sido más un alarde que agresividad, pero Bornhald no quiso correr riesgos.

Seis hombres era lo que consideró necesario para vigilar a los gitanos. A pesar del gesto rígido de sus semblantes, parecían azorados. Nadie miraba al séptimo jinete montado en un caballo cerca de los carros, un hombrecillo flaco con una gran nariz que llevaba una chaqueta gris que parecía demasiado grande para él a pesar de la calidad de su corte. Farran, un hombretón barbudo que a pesar de su gran tamaño era muy ágil, miraba ferozmente a los siete por igual. El centurio llevó la mano enguantada al pecho en un saludo, pero dejó que fuera Bornhald el que llevara toda la conversación.

—Quiero hablar con vos, maese Ordeith —dijo Dain en tono quedo. El hombrecillo flaco ladeó la cabeza y contempló largamente a Bornhald antes de desmontar. Farran gruñó, pero Dain mantuvo el tono de voz bajo—. Tres de los gitanos han desaparecido, maese Ordeith. ¿Acaso habéis puesto en práctica vuestra propia sugerencia?

Las primeras palabras que habían salido de la boca de Ordeith cuando vio a los gitanos fueron: «Matadlos. No son de utilidad». El propio Bornhald había matado a muchos hombres, pero jamás alcanzó esa indiferencia con que el hombrecillo había hablado.

Ordeith se frotó la larga nariz con un dedo.

—Vaya, ¿y por qué iba a matarlos? Sobre todo después de la reprimenda que me echasteis por sugerirlo. —Su acento lugareño era más acentuado hoy; aparecía y desaparecía sin que él pareciera advertirlo, otro detalle acerca de él que incomodaba a Bornhald.

—¿Los dejasteis pues escapar?

—Bueno, en cuanto a eso, me llevé a unos cuantos a un sitio donde pudiera

descubrir lo que sabían. Sin que nadie me molestara, ¿comprendéis?

—¿Lo que sabían? En nombre de la Luz, ¿qué van a saber unos gitanos que nos interese?

—Eso nunca se sabe hasta que se pregunta, ¿no es cierto? No hice gran daño a ninguno de ellos, y les dije que regresaran a los carros. ¿Quién iba a imaginar que tendrían arrestos para huir habiendo tantos hombres vuestros por los alrededores?

Bornhald se dio cuenta de que estaba rechinando los dientes. Sus órdenes habían sido que se reuniera cuanto antes con este tipo extraño, el cual tendría más órdenes para él. A Bornhald no le gustaba ninguna de ellas, aunque tanto unas como otras llevaban el sello y la firma de Pedron Niall, capitán general de los Hijos de la Luz.

Eran muchas las cosas que no habían quedado claras, empezando por el rango exacto de Ordeith. El que el tal Ordeith estuviera bajo su mando también había sido algo impreciso, y no le gustaba la marcada implicación de que debería tomar en cuenta el consejo de este individuo. Hasta el motivo de enviar a tantos Hijos a este lugar atrasado había sido vago. Eliminar Amigos Siniestros, por supuesto, y difundir la Luz; eso se daba por entendido. Pero que casi media legión entrara en territorio andoriano sin permiso… La orden corría un gran riesgo si la noticia llegaba a oídos de la reina en Caemlyn; demasiado, tomando en cuenta las escasas explicaciones dadas a Bornhald.

Todo volvía a Ordeith. Bornhald no comprendía por qué el capitán general confiaba en este hombre, con sus astutas sonrisas, sus malos humores y sus miradas altivas; nunca se sabía con qué tipo de hombre se estaba hablando. Por no mencionar su acento cambiante a mitad de una frase. Los cincuenta Hijos que habían acompañado a Ordeith eran los tipos más hoscos y ceñudos que Bornhald había visto nunca. Estaba convencido de que Ordeith en persona los había elegido uno por uno para conseguir tantos gestos avinagrados, y ello decía mucho de la clase de hombre que escogería a gente así. No se salvaba ni su nombre, Ordeith, que en la Antigua Lengua significaba «ajenjo». Con todo, Bornhald tenía sus propias razones para estar allí. Cooperaría con el hombre, ya que tenía que hacerlo. Pero sólo hasta donde fuera su obligación.

—*Maese* Ordeith —dijo, cuidando de dar a su voz un tono inexpresivo—, este transbordador es la única vía para entrar o salir de la comarca de Dos Ríos. —Eso no era del todo cierto. Según el mapa que tenía en su poder, no había ningún otro modo de cruzar el Taren excepto éste, y los tramos altos del Manetherendrelle, que bordeaban la región por el sur, no tenían vados, mientras que hacia el este se extendían ciénagas y pantanos. Aun así, tenía que haber una vía por el oeste, a través de las Montañas de la Niebla, aunque su mapa terminara al borde de la cordillera. Empero, en el mejor de los casos sería un cruce duro al que muchos de sus hombres no sobrevivirían, y no estaba dispuesto a permitir que Ordeith conociera esa pequeña

posibilidad—. Cuando llegue el momento de regresar, si me encuentro con soldados andorianos defendiendo esta orilla del río, vos estaréis en primera fila para cruzar. Encontraréis muy interesante comprobar de cerca lo difícil que es abrirse camino a la fuerza a través de un río con la anchura de éste, ¿no creéis?

—Ésa es vuestra primera orden, ¿verdad? —En la voz de Ordeith había un timbre burlón—. Puede que esto figure como parte de Andor en un mapa, pero Caemlyn no ha enviado recaudadores de impuestos hasta tan lejos al oeste desde hace generaciones. Aunque estos árboles hablaran, ¿quién daría crédito a tres gitanos? Si pensáis que el riesgo es tan grande, recordad de quién es el sello plasmado en vuestras órdenes.

Farran dirigió una mirada a Bornhald e hizo intención de llevar la mano a la espada, pero Dain sacudió la cabeza levemente, y el oficial detuvo el gesto de la mano.

—Tengo intención de cruzar el río, maese Ordeith. Lo haré aunque la siguiente noticia que reciba sea que Gareth Bryne y los guardias de la reina estarán aquí al anochecer.

—Por supuesto —convino Ordeith, que de repente adoptó una actitud conciliatoria—. Habrá tanta gloria aquí como en Tar Valon, os lo aseguro. —Sus oscuros y profundos ojos adquirieron una mirada vidriosa, contemplando algo en la distancia—. Hay cosas en Tar Valon que yo también quiero.

Bornhald sacudió la cabeza. «He de cooperar con él.»

Jaret Byar paró juntó a Farran y desmontó. Era tan alto como el centurio, su rostro era alargado, y tenía los ojos oscuros y muy hundidos. En su cuerpo no había ni un gramo de grasa.

—El pueblo está asegurado, milord, y Lucellin está atento para que nadie se escabulla. Faltó poco para se ensuciaran encima cuando mencioné a los Amigos Siniestros, y dijeron que no había ninguno en el pueblo. No obstante, entre la gente de más al sur sí que puede haberlos, según ellos.

—De más al sur ¿eh? —dijo Bornhald enérgicamente—. Veremos. Que trescientos crucen el río, Byar. Primero los hombres de Farran, y el resto cruzará después de que lo hayan hecho los gitanos. Y aseguraos de que no escapa ninguno más, ¿de acuerdo?

—Limpiaremos a fondo Dos Ríos —intervino Ordeith. Su estrecho rostro estaba crispado y la saliva le salía por la comisura de los labios—. ¡Los azotaremos, los desollaremos, les arrancaremos el alma! ¡Se lo prometí! ¡Ahora vendrá a mí! ¡Vendrá!

Bornhald indicó con un gesto a Byar y a Farran que cumplieran sus órdenes. «Es un demente. El capitán general me ha atado a un loco. Pero al menos encontraré el camino que me llevará hasta Perrin de Dos Ríos. ¡Cueste lo que cueste, vengaré a mi

padre!»

Desde una terraza porticada en lo alto de una colina, la Augusta Señora Suroth contemplaba el ancho y torcido cuenco del puerto de Cantorin. Los lados afeitados de la cabeza le dejaban una ancha cresta de cabello negro que le colgaba por la espalda. Sus manos reposaban ligeramente sobre la suave balaustrada de piedra, tan blanca como su prístina vestidura con sus centenares de pliegues. Sus dedos producían un apagado y rítmico golpeteo al tamborilearlos de manera inconsciente con las larguísimas uñas, de las cuales las dos primeras de cada mano estaban pintadas de azul.

Una suave brisa soplaba del Océano Aricio y traía un penetrante olor a sal en su frescor. Las dos jóvenes arrodillas contra la pared, detrás de la Augusta Señora, sostenían abanicos de plumas blancas, prestas para utilizarlos si la brisa dejaba de soplar. Otras dos mujeres y cuatro hombres jóvenes completaban la fila de figuras agachadas, esperando para servirla. Los ocho iban descalzos y vestían ropas finas y ligeras para complacer los gustos estéticos de la Augusta Señora con las límpidas líneas de sus miembros y la gracia de sus movimientos. En este momento, Suroth no reparaba en sus sirvientes, que bien podrían haber formado parte del mobiliario.

A los que sí veía era a los seis Guardias de la Muerte a cada extremo de la columnata, rígidos como estatuas, con sus lanzas adornadas con borlas negras y sus escudos lacados también en negro. Simbolizaban su triunfo; y su peligro. La Guardia de la Muerte sólo servía a la emperatriz y a sus representantes escogidos, y matarían o morirían con idéntico fervor si era preciso lo uno o lo otro. Había un dicho: «En las altas esferas, los caminos están pavimentados con dagas».

Las uñas de la Augusta Señora siguieron tamborileando sobre la balaustrada de piedra. ¡Qué estrecho era el filo de cuchilla por el que caminaba!

Los bajeles de los Atha'an Miere, los Marinos, abarrotaban el puerto interior, detrás del malecón; hasta los más grandes parecían demasiado estrechos para lo largos que eran. Los aparejos cortados hacían que las vergas y los botalones estuvieran ladeados en ángulos pronunciados. Las cubiertas aparecían vacías, ya que las tripulaciones estaban en tierra, bajo vigilancia, como todos los que en estas islas estuvieran capacitados para navegar por mar abierto. Fuera del puerto, montones de grandes navíos seanchan estaban anclados al otro lado de la bocana. Uno de ellos, con las listadas velas hinchadas por el viento, escoltaba a un gran número de pequeños pesqueros de vuelta al puerto. Si se hubieran dispersado, algunos de ellos habrían podido escapar, pero el navío seanchan llevaba a bordo a una *damane*, y una demostración de su poder había puesto freno a cualquier idea de huida. El casco quemado y destrozado de un bajel de los Marinos seguía encallado en un bajío legamoso, cerca de la bocana del puerto.

Suroth ignoraba hasta cuándo podría ocultar a los demás Marinos —y a los

malditos del continente— que estas islas estaban en su poder. «El tiempo suficiente. Tiene que ser suficiente», pensó.

Podía decirse que había sido un milagro el que consiguiera reunir a la mayoría de las fuerzas seanchan después del desastre al que los había conducido el Augusto Señor Turak. A excepción de un puñado, todos los navíos que habían escapado de Falme estaban bajo su control, y nadie había cuestionado su derecho a ostentar el mando de los hailene, los Precursores. Si el milagro resistía, nadie en el continente sospecharía que estaban allí, a la espera de recobrar las tierras que debían reclamar por orden de la emperatriz, a la espera de llevar a cabo el *Corenne*, el Retorno. Sus espías ya exploraban el camino; no sería necesario volver a la Corte de las Nueve Lunas y pedir perdón a la emperatriz por un fracaso del que ni siquiera era responsable.

La idea de tener que disculparse ante la emperatriz la hizo estremecerse. Tal cosa era siempre humillante y, por lo general, dolorosa, pero lo que le daba escalofríos era la posibilidad de que le fuera negada la muerte al final, de que se la obligara a continuar como si nada hubiera ocurrido mientras que todos, plebeyos y aristócratas por igual, conocían su degradación. Un joven y apuesto sirviente apareció a su lado; llevaba un vestido de color verde pálido adornado con el brillante y exótico plumaje de los pájaros del sol. Alargó las manos hacia la prenda, prestando tan poca atención al sirviente como si sólo fuera un pegote de barro que hubiera junto a sus zapatillas de terciopelo.

Para evitar esa disculpa, debía recuperar lo que se había perdido hacía un milenio; y para conseguir tal cosa tenía que vérselas con ese hombre que, según las informaciones de sus espías, proclamaba ser el Dragón Renacido. «Si no hallo el modo de ocuparme de él, el enojo de la emperatriz será el menor de mis problemas.»

Dio media vuelta suavemente y entró en la larga estancia que daba a la terraza; la pared exterior estaba totalmente ocupada por puertas y ventanales para dejar pasar la brisa. A Suroth le encantaba la pálida madera que revestía las paredes, suave y brillante como seda, pero había mandado retirar los muebles del antiguo propietario, el Atha'an Miere que había sido el último gobernador de Cantorin, y los había sustituido por unos cuantos biombos altos, casi todos ellos adornados con pinturas de pájaros y flores. Dos eran distintos. Uno de ellos representaba un gran felino moteado de Sen T'jore, grande como un poni, y el otro, un águila imperial negra con la cresta erizada a semejanza de una pálida corona y las alas, níveas las puntas, extendidas en su envergadura de más de dos metros. Estos biombos se consideraban vulgares, pero a Suroth le gustaban los animales. Puesto que no había sido posible llevarse consigo su colección de animales salvajes a través del Océano Aricio, había hecho que pintaran en los biombos a sus dos especies favoritas. Nunca le había hecho gracia que le negaran un capricho.

Tres mujeres la esperaban en el mismo sitio donde las había dejado, una postrada en el desnudo y pulido suelo, taraceado con dibujos de madera clara y oscura. Las que estaban arrodilladas llevaban los vestidos azul oscuro de las *sul'dam*, con apliques de paño rojo en la pechera y los laterales de la falda, en los que había bordados unos rayos plateados y zigzagueantes. Una de las dos, Alwhin, una mujer de cara afilada, ojos azules y permanente gesto ceñudo, tenía el lado izquierdo de la cabeza afeitado, mientras que el resto del pelo le colgaba hasta el hombro en una trenza de color castaño claro.

Suroth apretó los labios un momento al ver a Alwhin. Ninguna *sul'dam* había ascendido jamás a la categoría de *so'jhin*, la hereditaria alta servidumbre de la Sangre, y mucho menos a Voz de la Sangre. Empero, hubo razones para hacerlo en el caso de Alwhin. Sabía demasiado.

Aun así, fue a la mujer tendida boca abajo en el suelo, vestida completamente de gris, a quien Suroth dirigió su atención. Un ancho collar de metal plateado rodeaba la garganta de la mujer e iba unido por una brillante cadena a un brazalete del mismo material que llevaba puesto en la muñeca la otra *sul'dam*, Taisa. El conjunto del collar y el brazalete, conocido como *a'dam*, permitía a Taisa controlar a la mujer de gris. Y había que controlarla. Era una *damane*, una mujer capaz de encauzar la energía y, por ende, demasiado peligrosa para dejarla en libertad. El recuerdo de los Ejércitos de la Noche permanecía indeleble en la mente de los seanchan al cabo de mil años de su destrucción.

Los ojos de Suroth pasaron de una a otra *sul'dam* con inquietud; ya no confiaba en ninguna de las de su clase, pero no tenía más remedio que fiarse de ellas. No había nadie más capaz de controlar a las *damane*, pero sin las *damane*… La misma idea era inconcebible. El poder de los seanchan, el del propio Trono de Cristal, se basaba en las *damane* controladas. Había muchas cosas en las que Suroth no tenía elección; demasiadas para su gusto. Como por ejemplo, lo de Alwhin, que actuaba como si hubiera sido *so'jhin* toda su vida. No, más bien como si perteneciera a la aristocracia y estuviera arrodillada sólo porque quería.

—Pura. —La *damane* se llamaba de otra manera cuando era una de las odiadas Aes Sedai, antes de caer en manos de los seanchan, pero Suroth no sabía cuál era ese nombre ni le importaba. La mujer de gris se puso en tensión, pero no levantó la cabeza; su adiestramiento había sido particularmente duro—. Te lo preguntaré otra vez, Pura. ¿Cómo controla la Torre Blanca a ese hombre que se hace llamar el Dragón Renacido?

La *damane* movió ligeramente la cabeza, sólo lo suficiente para lanzar una atemorizada ojeada a Taisa. Si su respuesta no era satisfactoria, la *sul'dam* le infligiría dolor sin necesidad de mover un solo dedo, a través del *a'dam*.

—La Torre no intentaría controlar a un falso Dragón, Augusta Señora —contestó

Pura, jadeante—. Lo capturaría y lo amansaría.

Taisa miró a la Augusta Señora con un gesto interrogante e indignado. La respuesta había eludido la pregunta de Suroth y quizás hasta implicaba que una aristócrata había dicho una mentira. Suroth sacudió ligeramente la cabeza, pues no deseaba tener que esperar a que la *damane* se recuperara del castigo, y Taisa hizo un gesto de conformidad.

—Una vez más, Pura, ¿qué sabes de las Aes Sedai…? —Los labios de Suroth se crisparon al mancharse con ese nombre, y Alwhin soltó un gruñido de asco—. ¿… las Aes Sedai que ayudan a ese hombre? Te lo advierto. Nuestros soldados lucharon contra mujeres de la Torre, mujeres que encauzaban el Poder, en Falme, así que no trates de negarlo.

—Pura…, Pura no lo sabe, Augusta Señora. —En la voz de la *damane* había un timbre de apremio, de irresolución; lanzó otra ojeada a Taisa. Era evidente que deseaba con toda su alma que la creyeran—. Tal vez… Tal vez la Amyrlin o la Antecámara de la Torre… No, no lo harían. Pura no lo sabe, Augusta Señora.

—Ese hombre es capaz de encauzar el Poder —dijo Suroth en tono cortante. La mujer tendida en el suelo gimió, aunque ya había oído antes las mismas palabras en boca de Suroth, a quien repetirlas hizo que se le revolviera el estómago, pero no lo dejó entrever. Muy poco de lo ocurrido en Falme había sido obra del encauzamiento de Poder por parte de mujeres; la *damane* podía percibirlo, y la *sul'dam* que portaba el brazalete siempre sabía lo que su *damane* sentía. Ello significaba que tenía que haber sido obra de un hombre. Y también que ese hombre era tremendamente poderoso. Tanto que Suroth se había sorprendido a sí misma preguntándose en un par de ocasiones, sintiéndose acosada por la náusea, si sería realmente el Dragón Renacido. «Eso es imposible», se dijo con firmeza. En cualquier caso, lo mismo daba para sus planes.

—No puedo creer que la Torre Blanca permita que un hombre así esté libre. ¿Cómo lo controlan?

La *damane* permaneció tendida de bruces, callada, los hombros sacudidos por los sollozos.

—¡Responde a la Augusta Señora! —instó Taisa duramente. No se movió pero Pura dio un respingo y se encogió como si le hubieran azotado las caderas. Era un golpe descargado a través del *a'dam*.

—P… Pura no lo sa… sabe. —La *damane* extendió una mano vacilante como queriendo tocar el pie de Suroth—. Por favor. Pura ha aprendido a obedecer. Pura sólo dice la verdad. Por favor, no castiguéis a Pura.

Suroth retrocedió un paso suavemente, sin demostrar la irritación que sentía porque una *damane* la hubiera obligado a moverse, por haber estado a punto de que la tocara una mujer que podía encauzar la energía. Sentía la necesidad de bañarse, como

si el contacto se hubiera producido realmente.

Los oscuros ojos de Taisa se desorbitaron en un gesto ultrajado por el descaro que había mostrado la *damane*, la vergüenza tiñó de púrpura sus mejillas por haber permitido que tal cosa ocurriera mientras ella portaba el brazalete de la mujer. Estaba dividida entre el impulso de postrarse junto a la *damane* para pedir perdón a la Augusta Señora y el de castigar a la mujer en ese mismo instante. Alwhin observaba la escena con los labios apretados en un gesto de desdén; cada rasgo de su semblante ponía de manifiesto que cosas así no ocurrían cuando ella llevaba el brazalete.

Suroth levantó ligeramente un dedo en un pequeño gesto que todo *so'jhin* conocía desde la infancia, una simple orden de retirarse.

Alwhin tardó un poco en interpretarlo, y después intentó disimular su desliz volviéndose bruscamente hacia Taisa.

—Quita a esta… criatura de la vista de la Augusta Señora Suroth. Y, cuando la hayas castigado, ve a Surela y dile que controlas a tus *damane* como si nunca hubieras portado el brazalete. Dile que te debe…

Suroth puso una barrera entre la voz de Alwhin y su cerebro. Nada de aquello era orden suya a excepción de que se retiraran, pero ella estaba por encima de las disputas entre *sul'dam*. Pura se las estaba ingeniando para ocultar algo; sus espías le habían informado que las mujeres de la Torre Blanca no podían mentir. Había resultado de todo punto imposible conseguir que Pura dijera la más pequeña mentira, como que un pañuelo blanco era negro, pero aquello no bastaba como prueba concluyente. Habría quien aceptaría las lágrimas de la *damane* y sus protestas de incapacidad, le hiciera lo que le hiciera la *sul'dam*; pero ninguno de los que lo aceptaran habría sido designado para dirigir el Regreso. Tal vez a Pura le quedaba algo de voluntad, o era lo bastante lista para aprovechar la creencia de que era incapaz de mentir. Ninguna de las mujeres sujetas por el collar que procedían del continente era totalmente obediente ni de fiar, como lo eran las *damane* traídas de Seanchan. Ninguna de ellas aceptaba realmente lo que eran, como lo hacían las *damane* seanchan. ¿Quién sabía los secretos que podía ocultar una que se proclamaba Aes Sedai?

No por primera vez, la Augusta Señora Suroth deseó tener a la otra Aes Sedai capturada en Punta de Toman. Habiendo dos a las que interrogar habría resultado más fácil coger las mentiras y los subterfugios, pero era un deseo irrealizable. La otra podía estar muerta, ahogada en el mar, o exhibida en la Corte de las Nueve Lunas. Algunos de los barcos que Suroth no había conseguido agrupar se las habían arreglado para regresar a través del océano, y en uno de ellos podía ir la mujer.

La propia Suroth había enviado un navío con informes cuidadosamente redactados hacía seis meses, tan pronto como se aseguró su posición al mando de los Precursores. A bordo del navío viajaban un capitán y tripulantes cuyas familias

habían estado al servicio de la suya desde que Luthair Paendrag se proclamó a sí mismo emperador, casi mil años antes. Enviar el barco había sido una jugada arriesgada, ya que la emperatriz podía mandar a alguien para que ocupara el puesto de Suroth. Sin embargo, no hacerlo habría sido mucho más arriesgado; en tal caso sólo una victoria absoluta y aplastante la habría salvado. Puede que ni siquiera eso. En consecuencia, la emperatriz estaba enterada de lo de Falme, del desastre provocado por Turak y de la intención de Suroth de proseguir con la misión. Pero ¿qué opinaría de todo ello y qué medidas estaría tomando al respecto? Eso era un tema mucho más preocupante que cualquier cosa que estuviera relacionada con una *damane*, fuera lo que fuera antes de que se la sometiera con el collar.

Pero la emperatriz no lo sabía todo. Lo peor no podía confiarse a ningún mensajero, por muy leal que éste fuera. Únicamente pasaría directamente de los labios de Suroth a los oídos de la emperatriz, y Suroth se había esmerado en mantenerlo en secreto. Sólo quedaban vivas cuatro personas que estaban enteradas de ello, y dos de ellas jamás se lo contarían a nadie por propia voluntad.

—Únicamente tres muertes asegurarían su impenetrabilidad.

Suroth no se dio cuenta de que había mascullado esto último en voz baja hasta que Alwhin dijo:

—Y, no obstante, necesitáis vivas a las tres. —La mujer había adoptado una actitud adecuadamente sumisa, e incluso la estratagema de mantener agachados los ojos de manera que podía atisbar el más mínimo gesto de Suroth. También el tono de su voz era humilde—. ¿Quién sabe, Augusta Señora, lo que la emperatriz, ¡larga vida tenga!, podría hacer si se enterara del intento de ocultarle semejante información?

En lugar de responder, Suroth volvió a hacer el leve gesto con el que despedía a la *sul'dam*. De nuevo Alwhin vaciló, y en esta ocasión sólo podía deberse a una mera renuencia a marcharse; la mujer se estaba creciendo cada vez más. Después hizo una profunda reverencia y se retiró.

Suroth tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse. La *sul'dam* y las otras dos era un problema que no estaba en condiciones de resolver ahora, pero la paciencia era condición indispensable para los miembros de la Sangre. Aquellos que no la tenían estaban abocados a terminar en la Torre de los Cuervos.

En la terraza, los sirvientes arrodillados acentuaron un poco más su postura inclinada cuando la aristócrata reapareció en ella. Los soldados mantenían la vigilancia para asegurarse de que nadie la molestara. Suroth regresó al lugar que ocupaba antes en la balaustrada, y esta vez contempló el mar, en la dirección donde se encontraba el continente, cientos de kilómetros al este.

Ser la persona que tuviera éxito dirigiendo a los Precursores, los que iniciaban el Retorno, le procuraría muchos honores. Puede que incluso la adopción en la familia de la emperatriz, aunque tal honor no estaba exento de complicaciones. Ser también

quien capturara al tal Dragón, ya fuera falso o real, junto con los recursos obtenidos con el control de su increíble poder…

«Pero cuando lo capture, si lo capturo, ¿se lo entregaré a la emperatriz? Ésa es la cuestión.»

Sus largas uñas empezaron a tamborilear de nuevo sobre la balaustrada de piedra.

2



Torbellinos en el Entramado

Tierra adentro soplaba un caluroso aire nocturno a través del vasto delta llamado Dedos del Dragón, un sinuoso laberinto de canales anchos y estrechos, algunos de ellos saturados de plantas acuáticas. Amplias extensiones de cañaverales separaban agrupaciones de islas bajas en las que crecían apretadas florestas de una especie de árbol cuyas raíces aéreas semejaban arañas y que sólo crecía en esta zona. Finalmente el delta daba paso a su fuente, el río Erinin, cuyo ancho cauce aparecía salpicado con las luces de las pequeñas embarcaciones de pesca con linterna. Tanto las barcas como las luces se mecieron con violencia, súbita e inesperadamente, y los pescadores más ancianos murmuraron sobre las cosas malignas que pasaban por la noche. Los jóvenes se rieron, pero tiraron de las redes con más ahínco, ansiosos por regresar a casa y alejarse de la oscuridad. Los cuentos populares aseguraban que el mal no podía traspasar el umbral de un hogar a menos que se lo invitase a entrar. Eso era lo que decían los cuentos, pero cuando se estaba en medio de la negrura de la noche…

El aroma a sal se había desvanecido por completo en el aire cuando éste llegó a la gran ciudad de Tear, erigida a orillas del río, donde las posadas y los comercios techados con tejas se alzaban al abrigo de los imponentes palacios que brillaban a la luz de la luna. Con todo, ninguno de esos palacios era la mitad de alto que la inmensa mole, semejante a una montaña, que se extendía desde el centro de la ciudad hasta el borde del agua: la Ciudadela de Tear, la legendaria fortaleza más antigua de la humanidad, erigida en los tiempos del Desmembramiento del Mundo. Mientras naciones e imperios ascendían y se desmoronaban sustituidos por otros que caían a su vez, la Ciudadela perduraba. Era la roca contra la que muchos ejércitos habían roto lanzas, espadas y corazones a lo largo de tres mil años. Y en todo ese tiempo jamás había sucumbido a las fuerzas invasoras. Hasta ahora.

Las calles de la ciudad, las tabernas y las posadas aparecían casi desiertas en la húmeda y sofocante oscuridad, ya que la gente se mantenía dentro de sus casas, prudentemente. Aquel que tenía en su poder la Ciudadela era el señor de la ciudad y de la nación. Así había sido siempre y así lo habían aceptado siempre las gentes de Tear. Con la luz del día, aclamarían a su nuevo señor con entusiasmo, como habían

aclamado al anterior; de noche, se acurrucaban entre sí, temblando a pesar del bochornoso viento que aullaba sobre los tejados gimiendo como un millar de voces dolientes. En sus mentes bullían nuevas y extrañas esperanzas; esperanzas que ningún teariano se había atrevido a albergar desde hacía cien generaciones; esperanzas entremezcladas con miedos tan antiguos como el Desmembramiento.

El viento sacudió la alargada y blanca bandera que reflejaba la luna en lo alto de la Ciudadela, como si quisiera arrancarla de cuajo. A lo largo del estandarte ondeaba una figura sinuosa que parecía cabalgar al viento, semejante a una serpiente con patas, coronada con una leonina melena de oro y cubierta de escamas carmesí y doradas. Era un estandarte de profecías temidas y esperadas, el estandarte del Dragón. Del Dragón Renacido, presagio de la salvación del mundo y heraldo de la llegada de un nuevo Desmembramiento. Como ultrajado por semejante desafío, el viento se abalanzó contra los pétreos muros de la Ciudadela. El estandarte del Dragón ondeó en la noche, inadvertido, esperando mayores tormentas.

En una estancia localizada en la mitad superior de la Ciudadela, en la cara sur, Perrin estaba sentado sobre el arcón que había a los pies de su lecho y observaba a la joven de cabello oscuro que paseaba por el cuarto de un lado para otro. En sus ojos dorados había un brillo de cautela. Por lo general, Faile bromeaba con él y hasta le tomaba un poco el pelo por su actitud circunspecta, pero esa noche no había pronunciado ni diez palabras desde que había cruzado la puerta. Percibía el aroma a los pétalos de rosa que se habían puesto en sus ropas dobladas después de lavarlas y que era como sus señas de identidad. Y, en aquel aroma a limpio, Perrin olfateaba nerviosismo. Faile casi nunca estaba nerviosa, y se preguntó por qué le hacía sentir ahora aquella especie de picazón entre los hombros que no estaba motivada por el calor de la noche. La falda estrecha y abierta hacía un ruido seco con cada paso que daba.

Perrin se rascó la barba de dos semanas con irritación; era más rizosa incluso que su cabello. Y le daba calor. Por enésima vez, pensó que tenía que afeitarse.

—Te va —dijo de repente Faile, que interrumpió sus idas y venidas.

Turbado, encogió los anchos hombros fortalecidos por largas horas de trabajo en la forja. De vez en cuando, la mujer parecía adivinar sus pensamientos.

—Me pica —murmuró, y nada más decirlo deseó haber hablado con más firmeza. Al fin y al cabo, la barba era suya y podía afeitársela cuando quisiera.

Ella lo miró atentamente, con la cabeza un poco ladeada. Su prominente nariz y sus pómulos altos daban un aire fiero a su escrutinio, en contraste con la suavidad de su voz.

—Te sienta bien —aseguró.

Perrin suspiró y volvió a encogerse de hombros. No le había pedido que se dejara la barba y no lo haría, pero el joven supo que pospondría el afeitado para más

adelante. Se preguntó cómo habría manejado su amigo Mat esa situación. Probablemente, con un pellizco y un beso y algún comentario que la hiciera reír hasta conseguir que cambiara de opinión y coincidiera con la de él, pero Perrin sabía que no tenía la desenvoltura de Mat para tratar con las chicas. Su amigo jamás se encontraría en la situación de estar sudando por llevar crecida la barba sólo porque una mujer opinaba que debía dejársela. Claro que Faile no era una mujer cualquiera. Perrin estaba convencido de que el padre de la joven debía de lamentar profundamente que se hubiera marchado de casa, y no sólo porque fuera su hija. Era el principal comerciante en pieles de Saldaea, según Faile, y a Perrin no le costaba imaginársela obteniendo el precio que quería en cada ocasión.

—Hay algo que te incomoda, Faile, y no es mi barba precisamente. ¿De qué se trata?

La expresión de la joven se tornó cautelosa, y su mirada fue de un lado para otro sin detenerse en él y observando con desdén el mobiliario.

Figuras de leopardos, leones, halcones lanzados en picado y escenas de caza decoraban todos ellos, desde el alto armario y las columnas de la cama, tan gruesas como una pierna de Perrin, hasta el banco de asiento acolchado que había delante de la apagada chimenea de mármol. Algunos de los animales tenían los ojos hechos con granates.

Había tratado de convencer a la gobernanta de que quería un cuarto sencillo, pero no pareció entenderlo, y no porque fuera estúpida o torpe. La gobernanta dirigía un ejército de sirvientes más numeroso que el de los Defensores de la Ciudadela; mandara quien mandara en la fortaleza, la ocupara quien la ocupara, ella era la que se encargaba de los asuntos cotidianos que hacían que las cosas funcionaran. Pero contemplaba el mundo según su punto de vista teariano, y dedujo que, a pesar de sus ropas, Perrin tenía que ser algo más que el joven campesino que aparentaba porque en la Ciudadela jamás se albergaban plebeyos, salvo los Defensores y la servidumbre, naturalmente. Además, formaba parte de la comitiva de Rand, y era un amigo o un seguidor o alguien próximo al Dragón Renacido de un modo u otro. Para la gobernanta, ello situaba a Perrin al mismo nivel que cualquier Señor de la Tierra como mínimo, si no con uno de los Grandes Señores. Ya se había mostrado bastante escandalizada con tener que instalarlo aquí, en unos aposentos sin antesala; Perrin estaba convencido de que se habría desmayado si hubiera insistido en su petición de un cuarto más sencillo, algo parecido a los aposentos de la servidumbre o los Defensores. Por lo menos, en esta habitación no había nada dorado a excepción de los candelabros.

La opinión de Faile, empero, no coincidía con la suya.

—Tendrías que estar instalado en un sitio mejor. Te lo mereces. Y puedes apostar hasta tu última moneda a que Mat tiene un cuarto mejor que éste.

—A Mat le gustan las cosas ostentosas.

—No haces valer tus derechos.

Perrin guardó silencio. El olor a desasosiego e irritación que exudaba tenía tan poco que ver con el cuarto como con su barba.

—El lord Dragón parece haber perdido interés en ti —dijo Faile al cabo de un momento—. Ahora dedica todo su tiempo a los Grandes Señores.

El hormigueo entre los hombros se intensificó; ahora sabía lo que la incomodaba.

—¿El lord Dragón? —Procuró dar un tono ligero a su voz—. Hablas como un teariano. Él se llama Rand.

—Es amigo tuyo, Perrin Aybara, no mío. Si es que un hombre así tiene amigos. —Inhaló aire profundamente y continuó en un tono más moderado—: He pensado marcharme de la Ciudadela, de Tear. No creo que Moraine intente impedírmelo. Ya hace dos semanas que las nuevas sobre… sobre Rand han trascendido fuera de la ciudad, y no puede esperar mantener el secreto acerca de él durante más tiempo.

—Tampoco yo creo que te lo impida. —Perrin soltó otro suspiro—. En todo caso, creo que te considera una complicación y probablemente te dé dinero para que te pongas en camino.

Faile se plantó delante de él, con los puños en las caderas, y lo miró duramente.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —inquirió.

—¿Y qué esperas que diga? ¿Que quiero que te quedes? —La ira de su propia voz lo sobresaltó. Estaba furioso consigo mismo, no con ella. Y lo estaba porque no había visto llegar esto, porque no sabía cómo encararlo. Le gustaba pensar bien las cosas; era fácil hacer daño a la gente cuando se actuaba con precipitación, y eso era lo que acababa de hacer él. Los oscuros ojos de ella estaban desorbitados por la impresión, y Perrin trató de suavizar sus palabras—: Quiero que te quedes, Faile, aunque quizá deberías partir. Sé que no eres cobarde, pero el Dragón Renacido, los Renegados… —Dentro de poco no habría ningún sitio que fuera realmente seguro, pero cualquiera lo sería más que la Ciudadela. Al menos, durante un tiempo. Empero, Perrin no era tan estúpido como para decírselo de esa manera, aunque a Faile no parecía importarle el enfoque que le diera.

—¿Quedarme? ¡La Luz me ilumine! Cualquier cosa es mejor que quedarse aquí sentado de brazos cruzados, pero… —Se arrodilló delante de él y apoyó las manos en sus rodillas—. Perrin, no me gusta estar preguntándome cuándo voy a toparme con un Renegado al dar la vuelta a una esquina, y tampoco cuándo va a matarnos a todos el Dragón Renacido. Al fin y al cabo, ya lo hizo en el Desmembramiento. Acabó con todos sus seres queridos.

—Rand no es el Verdugo de la Humanidad —protestó Perrin—. Es decir, sí es el Dragón Renacido, pero no… Él no… —Dejó la frase en el aire, sin saber cómo terminarla. Rand era Lews Therin Telamon vuelto a la vida; eso era lo que significaba

ser el Dragón Renacido, pero ¿significaba también que Rand estaba destinado a sufrir la misma suerte que Lews Therin? No sólo en cuanto a perder la razón, ya que cualquier hombre que encauzaba la energía parecía abocado a ese desenlace y después a sufrir una espantosa muerte descomponiéndose en vida, sino también en lo de asesinar a todos aquellos que lo querían.

—He hablado con Bain y Chiad, Perrin.

Aquello no era una sorpresa. Faile pasaba mucho tiempo en compañía de las Aiel. Dicha amistad le había acarreado más de un problema, pero a la joven parecían gustarle las mujeres Aiel tanto como despreciaba a las nobles tearianas de la Ciudadela. No obstante, Perrin no veía la relación que guardaba eso con la conversación que estaban sosteniendo, y así se lo dijo.

—Me comentaron que a veces Moraine les pregunta dónde estás. O dónde está Mat. ¿Es que no te das cuenta? No tendría que preguntarlo si pudiera vigilarte con el Poder —explicó Faile.

—¿Vigilarme con el Poder? —Nunca se le había pasado por la cabeza tal cosa.

—No puede. Vente conmigo, Perrin. Estaremos a más de treinta kilómetros al otro lado del río cuando nos eche en falta.

—No puedo hacer eso —respondió tristemente. Quiso darle un beso para que olvidara tal idea, pero ella se incorporó tan brusca y rápidamente que Perrin estuvo a punto de caer de bruces al suelo. No tenía sentido ir tras ella, ya que la joven se había cruzado de brazos, como poniendo una barrera.

—No me digas que le tienes miedo. Sé que es una Aes Sedai y que os tiene a todos vosotros bailando al son que os toca, como marionetas. Tal vez tenga al… a Rand tan atado que no puede soltarse, y la Luz sabe que ni Egwene ni Elayne ni siquiera Nynaeve quieren que las suelte, pero tú puedes romper las ataduras si lo intentas.

—No tiene nada que ver con Moraine. Es por mí mismo, porque es mi obligación. Yo…

—No me vengas ahora con patochadas varoniles sobre el deber de un hombre de pelo en pecho —lo interrumpió—. Sé tan bien como tú lo que significa cumplir con el deber. Puede que seas un *ta'veren*, aunque yo no lo veo, pero el Dragón Renacido es él, no tú.

—¿Quieres escucharme? —gritó a pleno pulmón, y la joven dio un respingo. Jamás le había gritado así, de ese modo. Levantó la barbilla y cuadró los hombros en un gesto orgulloso, pero guardó silencio, y él continuó—: Creo que, de algún modo, formo parte del destino de Rand. Y Mat igualmente. Creo que no podrá llevar a cabo lo que tiene que hacer a menos que nosotros cumplamos también con nuestra parte. Ése es mi deber. Y ahora dime: ¿cómo voy a marcharme si ello podría significar el fracaso de Rand?

—¿Podría? —En su voz había un atisbo de exigencia, pero apenas perceptible, y Perrin se preguntó si no convendría gritarle más a menudo—. ¿Eso te lo dijo Moraine? A estas alturas deberías saber que hay que analizar con mucho detalle lo que dice una Aes Sedai.

—Es una conclusión a la que he llegado yo. Creo que los *ta'veren* se atraen entre sí. O tal vez sea Rand el que nos atrae a nosotros, a Mat y a mí. Se supone que es el *ta'veren* más poderoso desde Artur Hawkwing, puede que desde el Desmembramiento. Mat ni siquiera admite el hecho de que es un *ta'veren*, pero cada vez que intenta alejarse acaba siempre volviendo con Rand, como si algo lo arrastrara hacia él. Loial asegura que no se había oído hablar nunca de tres *ta'veren* a la vez, todos de la misma edad y de la misma población.

Faile resopló con desdén.

—Loial no lo sabe todo, y es joven en los cómputos de su raza.

—Tiene más de noventa años —replicó Perrin a la defensiva, a lo que ella esbozó una sonrisa de superioridad. Para un Ogier, noventa años significaba aproximadamente la edad de Perrin en un humano. Puede que incluso menos. El joven no sabía gran cosa acerca de los Ogier, pero, en cualquier caso, Loial había leído más libros de los que él había visto en su vida; tantos, que a veces Perrin pensaba que Loial había leído todos los libros que existían—. Y sabe más que tú y que yo, y cree que quizás he dado en el clavo. Lo mismo piensa Moraine. No, no se lo he preguntado, pero ¿por qué si no sigue pendiente de mí? ¿Piensas que quiere que le haga un cuchillo de cocina?

Faile permaneció callada un momento, y cuando habló lo hizo en tono compasivo:

—Pobre Perrin. Me marché de Saldaea en busca de aventuras, y ahora que estoy metida hasta el cuello en una, la más importante desde el Desmembramiento, lo único que se me ocurre es largarme a otra parte. Tú sólo deseas ser un herrero, y vas a acabar formando parte de la historia lo quieras o no.

El joven miró a otro lado, aunque el aroma de la muchacha seguía metido en su cabeza. No consideraba probable que se hicieran relatos que hablaran de él, a menos que su secreto se propagara mucho más allá de los pocos que ya lo conocían. Faile creía saberlo todo acerca de él, pero se equivocaba.

En la pared de enfrente había apoyados un hacha y un martillo, ambos sencillos y funcionales, con el mango tan largo como su antebrazo. El hacha tenía una mortífera hoja en forma de media luna por un lado, mientras que el otro iba rematado con una punta recurvada que le daba equilibrio a la par que servía de arma. Con el martillo podía hacer —y había hecho— cosas en una forja. La cabeza de la herramienta pesaba más del doble que la hoja del hacha, pero a él le daba la sensación de que ésta pesaba mucho más cada vez que la cogía. Con el hacha había… Frunció el entrecejo;

no quería pensar en eso. Faile tenía razón; lo único que deseaba era ser un herrero, regresar a casa, volver a ver a su familia y trabajar en la forja. Pero tal cosa era imposible, y él lo sabía.

Se puso de pie para coger el martillo y luego volvió a sentarse. Sostenerlo le proporcionaba una sensación reconfortante.

—Maese Luhhan decía siempre que uno no puede dar la espalda a su deber. —Habló muy deprisa al darse cuenta de que lo que decía se aproximaba mucho a lo que ella llamaba patochadas varoniles—. Es el herrero de mi pueblo, con el que trabajaba como aprendiz.

Para su sorpresa, la joven no aprovechó la oportunidad para recordárselo. De hecho, guardó silencio y se limitó a mirarlo, como si esperara algo. Perrin tardó un momento en comprender lo que era.

—Entonces ¿te marchas? —preguntó.

Ella se incorporó y se sacudió la falda. Durante varios segundos interminables permaneció callada, como si estuviera decidiendo qué responder.

—No lo sé —dijo por último—. En buen lío me has metido.

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

—Bueno, si no lo sabes, ten por seguro que yo no voy a decírtelo.

Perrin se rascó de nuevo la barba mientras miraba el martillo que sostenía en la otra mano. Sin duda Mat sabría exactamente a lo que se refería la muchacha. Hasta el viejo Thom Merrilin lo sabría. El canoso juglar afirmaba que nadie entendía a las mujeres; pero, cuando salió de su pequeño cuarto en el centro de la Ciudadela, a poco tenía a una docena de chicas lo bastantes jóvenes para ser sus nietas suspirando y escuchando cómo tocaba el arpa mientras desgranaba sublimes historias de hazañas y amores románticos. Faile era la única mujer a quien Perrin quería, pero a veces se sentía como un pez tratando de entender a un pájaro.

Era consciente de que ella esperaba y quería que se lo preguntara. Hasta ahí llegaba. Luego Faile le respondería o no, pero se suponía que él tenía que preguntar. Obstinado, mantuvo la boca cerrada. Esta vez tenía intención de dejarla esperando hasta que se cansara.

Fuera, en la oscuridad, sonó el canto de un gallo. Faile tuvo un escalofrío y se rodeó con sus propios brazos.

—Mi nodriza decía que si un gallo cantaba de noche anunciaba la muerte de alguien. No es que lo crea, desde luego.

Perrin abrió la boca para mostrarse de acuerdo en que tal cosa era una necedad a pesar de que también él se había estremecido, pero volvió la cabeza bruscamente al oír un ruido rasposo y un golpe sordo. El hacha se había caído al suelo. Sólo tuvo tiempo de fruncir el entrecejo mientras se preguntaba qué la había hecho caerse antes de que el arma se moviera por sí misma y saliera disparada directamente contra él.

Interpuso el martillo sin pensar; el estruendo de metales al chocar ahogó el grito de Faile. El hacha cruzó volando la habitación, rebotó en la pared y salió disparada de nuevo en su dirección, con la hoja por delante. Perrin tuvo la sensación de que todo el vello de su cuerpo estaba erizado.

En el momento en que el hacha pasaba veloz junto a ella, Faile se abalanzó y agarró el mango con las dos manos. El arma se retorció entre los dedos de la muchacha y se descargó contra su rostro. Perrin saltó y tiró el martillo para agarrar el hacha justo a tiempo, evitando por poco que la hoja de media luna mordiera la carne de Faile. Creyó morirse al pensar que el hacha, su hacha, le hiciera daño a la joven. Dio un tirón tan fuerte que faltó poco para que el pesado pico del arma se le hincara en el pecho, pero su único afán era impedir que el hacha la hiriera. Mas, con una sensación de abatimiento, Perrin empezó a pensar que tal vez no le sería posible.

El arma asestaba golpes como si tuviera vida propia, un ser con una voluntad malévola. Lo quería a él —Perrin estaba tan seguro de ello como si el hacha se lo hubiera gritado a la cara— pero actuaba con astucia. Cuando tiró del hacha para apartarla de Faile, el arma se valió de su propio movimiento para descargarse sobre él; cuando la obligó a apartarse, intentó alcanzar a la muchacha, como si supiera que con eso lo forzaba a dejar de empujar. Por muy fuerte que sujetara el mango, el hacha giraba entre sus manos y lo amenazaba con la afilada hoja y con el aguzado pico. Las manos le dolían ya por el esfuerzo, y sus fornidos brazos temblaban por la tensión muscular. El sudor le resbalaba por la cara. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar antes de que el hacha se soltara de sus manos. Esto era una locura, una situación aberrante en la que no se tenía tiempo para pensar.

—Vete —masculló, prietos los dientes—. ¡Sal de la habitación, Faile!

El semblante de la joven estaba demudado, pero sacudió la cabeza y siguió forcejando con el hacha.

—¡No! ¡No te dejaré solo!

—¡Nos matará a los dos!

Ella volvió a sacudir la cabeza.

Perrin emitió un hondo gruñido al tiempo que soltaba una mano —el otro brazo tembló por el esfuerzo de sujetar el arma; el mango le quemaba la palma con la constante fricción— y apartó a Faile a la fuerza. La muchacha chilló mientras la empujaba hacia la puerta, pero hizo caso omiso de sus gritos y de los puñetazos que le propinaba, la sujetó contra la pared con el hombro hasta que consiguió abrir la puerta y la sacó al pasillo de un empellón.

Cerró tras ella de un portazo y apoyó la espalda en la hoja de madera mientras corría el cerrojo con la cadera y aferraba el hacha de nuevo con las dos manos. La pesada hoja, reluciente y afilada, tembló a pocos centímetros de su cara. Arduamente, logró apartar el arma a la distancia del brazo extendido. Los gritos apagados de Faile

llegaban a través de la gruesa puerta, y la sentía aporrear la madera, pero apenas era consciente de ello. Sus ojos amarillos parecieron relucir, como si reflejaran hasta el último retazo de luz del cuarto.

—Ahora estamos solos tú y yo —gruñó—. ¡Rayos y truenos, cómo te odio! —En su interior, un parte de él estuvo a punto de prorrumpir en una carcajada histérica. «Se supone que es Rand quien ha de perder la razón, y aquí estoy, hablando con un hacha. ¡Oh, Rand! ¡Maldito seas!»

Enseñando los dientes por el esfuerzo, obligó al hacha a apartarse un paso de la puerta. El arma vibraba, luchando por alcanzar su carne; casi podía sentir su sed de sangre. Con un rugido, Perrin tiró de repente del mango hacia sí al tiempo que retrocedía. Si el hacha hubiera sido realmente un ser vivo, estaba seguro de que la habría oído lanzar un grito de triunfo cuando se descargó sobre su cabeza, centelleante. En el último momento, Perrin hizo un quiebro y el hacha le pasó rozando y se embebió en la puerta con un golpe seco.

Sintió cómo la vida —no sabía de qué otro modo describirlo— abandonaba el arma embebida. Poco a poco, retiró las manos del mango; el hacha siguió donde estaba, de nuevo acero y madera únicamente. No obstante, la puerta parecía un buen sitio donde dejarla de momento. Se enjugó el sudor de la cara con la temblorosa mano. «Locura. La locura surge allí donde se encuentra Rand.»

De pronto, cayó en la cuenta de que ya no se oían los gritos de Faile ni los golpes contra la puerta. Descorrió el cerrojo y abrió precipitadamente. Un arco de reluciente acero asomaba por la parte exterior de la gruesa hoja de madera, brillando a la luz de las espaciadas lámparas del pasillo.

Faile estaba allí, con las manos levantadas, petrificada en el gesto de golpear la puerta. Con los ojos desorbitados, se tocó la punta de la nariz.

—Un par de centímetros más y… —dijo con un hilo de voz.

Luego se arrojó en sus brazos y, estrechándolo prietamente contra sí, le cubrió de besos el cuello y las barbudas mejillas a la par que emitía murmullos incoherentes. Tan súbitamente como se había abalanzado sobre él, se apartó y le pasó las manos por los brazos y por el pecho.

—¿Estás herido? ¿Tienes algún corte? ¿Te…?

—Estoy bien, pero ¿y tú? No quería asustarte.

—¿De verdad no estás herido?

—Ni un rasguño. Yo…

El bofetón retumbó en su cabeza como el golpe de un martillo contra el yunque.

—¡Estúpido zoquete velludo! ¡Creí que estabas muerto! ¡Temí que te hubiera matado! ¡Pensé que…! —Enmudeció cuando Perrin paró en el aire su segunda bofetada.

—No vuelvas a hacer eso, por favor —pidió él en voz queda. La clara marca de

su mano le ardía en la mejilla, y estaba convencido de que la mandíbula le estaría doliendo lo que quedaba de noche.

La agarró por las muñecas con tanta delicadeza como si fuera un pajarillo, pero, aunque la muchacha se debatió para soltarse, los dedos del joven no cedieron un ápice. Comparado con manejar un martillo en la forja a lo largo de todo el día, sujetarla no significaba el menor esfuerzo, aun después de la lucha contra el hacha. Inesperadamente, la joven pareció cansarse de forcejear y lo miró fijamente a los ojos; ninguno de los dos pestañeó.

—Te podría haber ayudado. No tenías derecho a…

—Tenía todo el derecho —replicó firmemente él—. No me habrías podido ayudar. Si te hubieras quedado, los dos estaríamos muertos ahora. Me habría sido imposible luchar como tuve que hacerlo y protegerte al mismo tiempo. —Ella abrió la boca para protestar, pero Perrin levantó la voz y continuó—: Sé que detestas esa palabra, e intentaré no tratarte como si fueras de porcelana; pero, si esperas que me quede de brazos cruzados cuando corres peligro, te ataré como a un corderillo y te enviaré con la señora Luhhan. Es una mujer que no consiente esas tonterías.

Se tocó un diente con la punta de la lengua, preguntándose si no estaba suelto, y casi deseó poder ver a Faile intentando imponerse a Alsbet Luhhan. La esposa del herrero mantenía a raya a su marido sin apenas más esfuerzo que el que necesitaba para llevar la casa. Hasta Nynaeve había tenido buen cuidado con su afilada lengua cuando estaba cerca de la señora Luhhan. Por fin llegó a la conclusión de que el diente no se le movía.

Faile se echó a reír de repente, con una risa baja, honda.

—Lo harías, ¿verdad? Pero, si lo intentas, ten por seguro que al punto estarás bailando con el Oscuro.

Perrin estaba tan sorprendido que la soltó. No veía diferencia entre lo que acababa de decir y lo que le había dicho antes, pero lo primero la había encolerizado mientras que esto último lo había aceptado… con cariño. Y no es que se tomara a broma su amenaza de matarlo. Faile llevaba cuchillos escondidos por toda su persona, y sabía cómo utilizarlos.

La joven se frotó las muñecas de manera ostentosa y murmuró algo entre dientes. Perrin alcanzó a entender «buey peludo», y se prometió que se afeitaría aquella estúpida barba. Lo haría.

—El hacha —dijo Faile en voz alta—. Era él, ¿verdad? El Dragón Renacido, que intentaba matarnos.

—Tiene que haber sido Rand. —Puso énfasis en el nombre. No le gustaba pensar en él de otro modo. Prefería recordar al Rand con el que había crecido en Campo de Emond—. Pero no tratando de matarnos. Él no.

La joven le dedicó una sonrisa que era más una mueca tirante.

—Pues si no lo estaba intentando, espero que nunca lo haga.

—No sé qué pretendía, pero pienso decirle que deje de hacerlo, y ahora mismo.

—No sé por qué me intereso por un hombre al que le preocupa tan poco su propia seguridad —rezongó ella.

Perrin frunció el entrecejo y la miró desconcertado, preguntándose qué habría querido decir con eso, pero ella se limitó a enlazar el brazo en el suyo. El joven seguía dándole vueltas a lo mismo cuando echaron a andar por los pasillos de la Ciudadela. Dejó el hacha en el mismo sitio, hincada en la puerta, donde no haría daño a nadie.

Sujetando el largo cañón de una pipa entre los dientes, Mat se abrió un poco más la chaqueta e intentó concentrarse en las cartas colocadas boca abajo delante de él y en las monedas esparcidas en el centro de la mesa. Vestía la chaqueta roja de corte andoriano hecha con la mejor lana y bordados dorados en espiral alrededor de los puños y del largo cuello, pero el calor le recordaba día tras día que Tear se encontraba mucho más al sur que Andor. El sudor le resbalaba por la cara y le pegaba la camisa a la espalda.

Ninguno de sus compañeros sentados alrededor de la mesa parecía notar el calor ni poco ni mucho a pesar de sus chaquetas, que tenían aspecto de ser mucho más gruesas que la suya, con aquellas mangas anchas y abultadas, sedas y brocados acolchados y franjas de satén. Dos hombres vestidos con libreas rojas y doradas se ocupaban de que las copas de plata de los jugadores estuvieran llenas de vino en todo momento, y llevaban bandejas pequeñas de plata con aceitunas, queso y frutos secos. El calor tampoco parecía afectar a los sirvientes, aunque de vez en cuando uno de ellos bostezaba con disimulo tras la mano levantada cuando creía que nadie lo miraba. La noche estaba avanzada.

Mat contuvo el impulso de alzar sus cartas para comprobarlas de nuevo; seguirían siendo las mismas. Tres soberanos, las cartas más altas de tres de los cinco palos, ya eran suficiente para ganar a la mayoría de las jugadas.

Se habría sentido más a gusto con los dados; no solía haber juego de naipes en los lugares que frecuentaba, donde la plata cambiaba de manos en cincuenta partidas de dados diferentes, pero estos jóvenes aristócratas tearianos preferirían llevar harapos antes que jugar a los dados, algo que sólo hacían los patanes según su opinión, aunque tenían cuidado de no decirlo cuando Mat pudiera oírlo. No es que temieran su mal genio, sino a quienes pensaban que eran amigos suyos. Este juego llamado tajo era a lo que jugaban hora tras hora, noche tras noche, utilizando cartas pintadas y laqueadas a mano por un hombre de la ciudad que se había hecho rico a costa de estos tipos y otros como ellos. Sólo las mujeres y los caballos los apartaban de sus naipes, aunque no por mucho tiempo.

Aun así, Mat había aprendido el juego bastante deprisa, y, aunque no era tan

afortunado en las cartas como con los dados, bastaba. Una bolsa abultada yacía sobre la mesa, cerca de sus cartas, y en su bolsillo guardaba otra todavía más hinchada de monedas. En otros tiempos, allá en Campo de Emond, lo habría considerado una fortuna, suficiente para vivir lujosamente el resto de su vida. Pero, desde que había salido de Dos Ríos, su idea sobre lo que eran lujos había cambiado. Los jóvenes nobles guardaban su dinero en brillantes montones apilados, con descuido, pero Mat no tenía intención de cambiar algunas de sus viejas costumbres. En las tabernas y posadas había veces que uno tenía que salir por pies.

Cuando tuviera bastante para vivir como quería, se marcharía de la Ciudadela igualmente deprisa, antes de que Moraine supiera lo que planeaba. Por su gusto haría días que se habría ido, pero allí había posibilidad de hacerse con un poco de oro. En una sola noche a esta mesa podía ganar más que en una semana jugando a los dados en las tabernas; si la suerte le sonreía, claro está.

Frunció levemente el ceño y chupó la pipa con gesto preocupado para dar la impresión de que no estaba seguro de si sus cartas eran bastante buenas para continuar. Dos de los jóvenes nobles también sujetaban sendas pipas entre los dientes, pero éstas tenían incrustaciones de plata y las boquillas eran de ámbar. En el cargado aire de la estancia, sus perfumados tabacos olían como si se hubiera prendido fuego en el vestidor de una dama, y no es que Mat hubiera estado nunca en uno de esos vestidores. Una enfermedad que casi le costó la vida le había dejado tantas lagunas en la memoria como agujeros había en un buen encaje, pero a pesar de ello estaba seguro de que se acordaría de algo así. «Ni siquiera el Oscuro sería lo bastante retorcido para hacerme olvidar eso.»

—Un bajel de los Marinos atracó hoy —masculló Reimon sin soltar la pipa. Era un joven ancho de hombros, con una barba untada con aceites y recortada en punta. Era la última moda entre los jóvenes nobles, y Reimon seguía las modas con tanto entusiasmo como iba a la caza de mujeres, lo que significaba un poco menos de entusiasmo que el que dedicaba al juego. Echó una corona de plata sobre el montón que había en el centro de la mesa para que le sirvieran otra carta—. Dicen que son los navíos más veloces. Más que el viento, dicen. Me gustaría comprobarlo. Diantre, vaya que me gustaría. —No se molestó en mirar la carta que había comprado; nunca lo hacía hasta que tenía las cinco.

El hombre rollizo y de sonrojadas mejillas que estaba sentado entre Reimon y Mat soltó una risita jocosa.

—¿Dices que quieres ver el barco, Reimon? ¿No será a las chicas? Esas exóticas bellezas, con sus anillos y bujerías y sus andares contoneantes. —Puso una corona y cogió su carta; hizo un mohín de desagrado cuando la miró. Tal cosa no significaba nada; de juzgarlo por su cara, las cartas de Edorion eran siempre bajas y desparejas, aunque en realidad ganaba más veces de las que perdía—. Bueno, tal vez tenga mejor

suerte con las chicas de las islas de los Marinos.

El que daba las cartas, un tipo alto y delgado que estaba sentado al otro lado de Mat y que lucía una barba puntiaguda aún más llamativa que la de Reimon, se puso un dedo junto a la nariz.

—¿Crees que tendrás suerte con ellas, Edorion? Del modo con que guardan las distancias serás muy afortunado si consigues oler su perfume. —Olisqueó el aire y soltó un exagerado suspiro, que provocó las risas de los demás nobles, incluido Edorion.

Un joven de rasgos vulgares llamado Estean se rió con más ganas que nadie mientras se retiraba el liso cabello que no dejaba de caerle sobre la frente. Cambiándole la cara chaqueta amarilla por otra de burda lana, habría pasado por un granjero en lugar del hijo de uno de los Grandes Señores con la mayor fortuna de Tear; de todos los reunidos a la mesa, era el más acaudalado. También bebía mucho más vino que cualquiera de los otros. Asomándose por delante del hombre que tenía a su lado, un tipo afectado llamado Baran que siempre miraba con aires de superioridad, Estean dio unos golpecitos al que repartía las cartas con un dedo no del todo firme. Baran se echó hacia atrás y su boca se torció sobre la boquilla de la pipa en un gesto de asco, como si temiera que Estean fuera a vomitar.

—Eso ha estado muy bien, Carlomin —gorjeó Estean—. Y tú piensas lo mismo, ¿verdad, Baran? Edorion no olerá siquiera su perfume. Si quiere tentar a la suerte… arriesgarse… debe ir tras las mozas Aiel, como Mat. Todas esas lanzas y cuchillos. Diantre. Es como pedir un baile a una leona. —Un pesado silencio cayó sobre la mesa. Nadie coreó las risas de Estean, que parpadeó y se pasó los dedos por el pelo otra vez—. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo? ¡Oh! Sí, claro. Ellas.

Mat contuvo a duras penas un exabrupto. Este necio había tenido que sacar a colación a las Aiel. Sólo había algo peor: nombrar a las Aes Sedai; cualquiera preferiría tener a las Aiel recorriendo los pasillos y mirando con desprecio a cualquier teariano que se cruzara en su camino que a una sola Aes Sedai, y en esta ciudad había cuatro por lo menos. Sacó una moneda andoriana de plata de la bolsa y la echó en el montón. Carlomin le tendió la carta lentamente.

Mat la levantó con cuidado, utilizando la uña del pulgar, y ni siquiera pestañeó. El Soberano de Copas, el Gran Señor de Tear. Los soberanos en una baraja variaban dependiendo del país donde se hacían los naipes, pero el dirigente de la nación era siempre el Soberano de Copas, la carta más alta. Estos naipes eran antiguos. Ya había visto barajas nuevas con el rostro de Rand, o algo que se le parecía, en el Soberano de Copas, junto con el estandarte del Dragón. Rand, el dirigente de Tear; aquello todavía le parecía tan ridículo que le daban ganas de pellizcarse. Rand era un pastor, un buen tipo con quien divertirse cuando no se ponía en plan serio y responsable. Ahora era Rand el Dragón Renacido; aquello era suficiente para que una vocecilla en su interior

lo tachara de majadero por seguir sentado allí, donde Moraine podía echarle mano cuando quisiera, esperando ver qué haría Rand a continuación. Quizá Thom Merrilin quisiera acompañarlo. O Perrin. Sólo que Thom parecía haberse instalado en la Ciudadela como si no tuviera intención de marcharse nunca, y Perrin no iría a ningún sitio a menos que Faile hiciera un gesto con el dedo. En fin, estaba dispuesto a viajar solo si no quedaba otro remedio.

Sin embargo, había plata en el centro de la mesa y oro delante de los nobles, y si le tocaba el quinto soberano tendría la baza más alta del tajo, aunque realmente no hacía falta. De repente sintió que la suerte lo tocaba; no se parecía en nada al cosquilleo que percibía jugando a los dados, por supuesto, pero ahora tenía la seguridad de que nadie iba a ganar a sus cuatro soberanos. Los tearianos habían estado apostando fuerte toda la noche, más o menos el precio de diez granjas encima de la mesa y cambiando de manos en las partidas más rápidas.

Pero Carlomin estaba mirando fijamente el mazo de naipes que tenía en la mano en lugar de comprar su cuarta carta, y Baran chupaba la pipa frenéticamente mientras apilaba las monedas que tenía delante como si se dispusiera a meterlas en los bolsillos. Reimon tenía un gesto hosco, y Edorion se miraba las uñas, ceñudo. Sólo Estean parecía tranquilo; sonrió a sus compañeros de mesa con inseguridad, tal vez olvidado ya lo que había dicho. Por lo general se las arreglaban para poner buena cara cuando salía a relucir el tema de las Aiel, pero ya era muy tarde y el vino había corrido generosamente.

Mat se devanó los sesos buscando el modo de hacer que se quedaran y no se llevaran su oro ahora que tenía tan buenas cartas. Una simple ojeada a sus semblantes le bastó para comprender que cambiar de tema no sería suficiente. Pero había otro modo. Si conseguía hacerlos reír a costa de las Aiel… «¿Merece la pena que también se rían de mí?» Mordió la boquilla de la pipa y trató de discurrir otra cosa.

Baran cogió un montón de monedas de oro en cada mano e hizo intención de guardarlas en los bolsillos.

—Quizá pruebe suerte con las mujeres de las islas de los Marinos —se apresuró a decir Mat, que se quitó la pipa de los labios para gesticular con ella—. Pasan cosas raras cuando se anda detrás de las chicas Aiel. Muy raras. Como ese juego al que llaman el Beso de las Doncellas. —Había despertado su interés, pero Baran no había soltado las monedas y Carlomin no daba señal de comprar una carta.

Estean soltó una risotada que denotaba su embriaguez.

—Te besan las costillas con el acero, supongo. Son las Doncellas Lanceras, ¿comprendéis? Acero. Una lanza en tus costillas. Diantre. —Ninguno de los otros se rió, pero escuchaban atentos.

—No exactamente. —Mat consiguió esbozar una sonrisa. «Demonios. Después de lo que he dicho ya, tanto da si cuento el resto»—. Rhuarc me dijo que si quería

llevarme bien con las Aiel, tenía que pedirles que jugaran conmigo al Beso de las Doncellas. Me aseguró que era el mejor modo de llegar a conocerlas. —Todavía sonaba como uno de los juegos de besos en el pueblo, como Besar las Margaritas. Nunca había imaginado que el jefe de clan Aiel fuera de la clase de hombres que gastan bromas pesadas. La próxima vez tendría más cuidado con él. No sin esfuerzo, consiguió acentuar la sonrisa—. Así que me dirigí a Bain y… —Reimon frunció el entrecejo con impaciencia. Ninguno de ellos conocía otros nombres Aiel aparte del de Rhuarc, ni querían saberlos. Mat dejó a un lado lo de los nombres y prosiguió—: Fui como un estúpido inocente y les pedí que me enseñaran el juego. Debería haber imaginado algo al ver sus amplias sonrisas; como gatos a los que un ratón invita a bailar. Antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, tenía un puñado de lanzas rodeándome la garganta como un collar. De haber estornudado, me habría hecho un buen afeitado.

Sus compañeros de mesa estallaron en carcajadas, desde el resuello siseante de Reimon al rebuzno empapado en alcohol de Estean.

Mat no se sumó al jolgorio. Casi podía sentir de nuevo las afiladas puntas de lanza que le habrían agujereado el cuello con que sólo hubiera movido el dedo meñique. Bain, que no dejó de reír durante todo el incidente, le dijo que de hecho era el primer hombre que les había pedido jugar al Beso de las Doncellas.

Carlomin se atusó la barba y aprovechó el momento de vacilación de Mat.

—No puedes dejarlo ahí. Continúa. ¿Cuándo fue eso? Apuesto a que hace dos noches, cuando no viniste a jugar y nadie sabía dónde te habías metido.

—Esa noche estaba con Thom Merrilin jugando a las damas —se apresuró a decir Mat—. Lo otro ocurrió hace varios días. —Se alegraba de ser capaz de mentir manteniendo el gesto serio—. Hay que dar un beso a cada una, eso es todo. Si considera que es un buen beso, entonces retiran las lanzas. Si no, aprietan un poco más para, digamos, estimularte. Y no hay nada más que contar, salvo que acabé con menos arañazos que cuando me afeito.

Volvió a ponerse la pipa entre los dientes. Si querían saber más, podían ir en persona y pedirles que jugaran con ellos. Albergó la esperanza de que alguno de ellos fuera lo bastante necio para intentarlo. «Condenadas mujeres Aiel con sus condenadas lanzas.» No se había metido en su cama hasta el alba.

—Eso sería más de lo que podría aguantar —dijo Carlomin—. ¡Que la Luz consuma mi alma si miento! —Echó una moneda de plata en el centro de la mesa y se sirvió otra carta—. El Beso de las Doncellas. —Sus hombros se estremecieron, sacudidos por otro ataque de risa, y las carcajadas estallaron de nuevo alrededor de la mesa.

Baran compró su quinta carta, y Estean cogió torpemente una moneda del montón desperdigado que tenía delante; miró el naipe que le había tocado en suerte. Ya no

dejarían el juego.

—Salvajes —masculló Baran sin quitarse la pipa de la boca—. Salvajes ignorantes. Eso es lo que son todos ellos, demontre. Viven en cuevas, allá en el Yermo. ¡En cuevas! Sólo un salvaje podría vivir en el Yermo.

—Al menos sirven al lord Dragón —dijo Reimon—. Si no fuera por eso, cogería a un centenar de Defensores y los sacaría a rastras de la Ciudadela.

Baran y Carlomin lanzaron feroces gruñidos de conformidad con sus palabras.

A Mat no le costó trabajo mantener el gesto impasible. Había oído lo mismo muchas veces. Fanfarronear era fácil cuando nadie esperaba que llevaras a cabo lo que decías. ¿Un centenar de Defensores? Aun en el caso de que Rand no participara por alguna razón, unos cuantos cientos de Aiel defendiendo la Ciudadela resistirían contra cualquier ejército que Tear lograra reunir. Y no es que tuvieran realmente interés en la Ciudadela; Mat sospechaba que estaban allí sólo porque estaba Rand. No creía que a ninguno de estos petimetres se le hubiera ocurrido pensarlo —ponían gran empeño en actuar como si los Aiel no existieran— pero dudaba que saberlo mejorara su opinión sobre ellos.

—Mat. —Estean abrió en abanico las cartas sobre una de las manos y las colocó como si no acabara de decidir en qué orden debían ir—. Mat, hablarás con el lord Dragón, ¿verdad?

—¿Acerca de qué? —preguntó el joven con cautela. Muchos de estos tearianos, demasiados para su gusto, sabían que Rand y él habían crecido juntos, y por lo visto pensaban que se pasaba pegado a él todo el tiempo, en cuanto lo perdían de vista. No sabía por qué, pero debían de pensar que era más tonto que ellos, porque ninguno de los presentes se habría acercado a su propio hermano si éste fuera capaz de encauzar.

—Ah, ¿no te lo dije? —El joven de rasgos vulgares escudriñó sus cartas y se rascó la cabeza; luego se le iluminó el semblante cuando pareció recordar—. Oh, sí. Su proclama, Mat. La del lord Dragón. La última, donde afirmó que los plebeyos tenían derecho a llevar a los señores ante un magistrado. ¿Quién oyó nunca que un magistrado llame a comparecer a un lord? ¡Y por requerimiento de un plebeyo!

Mat apretó la bolsa hasta que las monedas que había dentro rechinaron entre sí.

—Sí —dijo fríamente—, sería una vergüenza que te juzgaran sólo porque has abusado de la hija de un pescador o porque has hecho que apaleen a un granjero que te ha salpicado la capa de barro.

Los otros rebulleron incómodos al percibir su mal humor, pero Estean asintió con tanta energía que su cabeza pareció a punto de caer rodando al suelo.

—Exacto. Aunque nunca se llegará a eso, por supuesto. ¿Un noble ser juzgado ante un magistrado? Desde luego que no. Imposible. —Soltó una risa de borracho—. Además, nadie abusaría de hijas de pescadores. Por mucho que las laves huelen a pescado, ¿comprendes? Una rolliza muchacha granjera es mejor.

Mat se dijo para sus adentros que había ido allí a jugar y que tenía que hacer caso omiso de los desatinos de este necio; se recordó el montón de oro que sacaría de la bolsa de Estean, pero su lengua no escuchó tales razonamientos.

—Quién sabe en qué acabaría eso. Tal vez en ahorcamientos.

Edorion lo miró de reojo, cauteloso e incómodo.

—¿Tenemos que hablar sobre…, sobre plebeyos, Estean? ¿Por qué no mejor acerca de las hijas del viejo Astoril? ¿Has decidido ya con cuál de ellas vas a casarte?

—¿Qué? Oh. Oh, bueno, lanzaré una moneda al aire, supongo. —Estean miró ceñudo sus cartas, cambió una y volvió a fruncir el ceño—. Medore tiene un bonito par de peras. Puede que con Medore.

Mat echó un largo trago de su copa de vino para no soltar un puñetazo en su cara de campesino. Ésta era todavía la primera copa que tomaba; los dos sirvientes habían renunciado ya a rellenarla. Si golpeaba a Estean, ninguno levantaría un dedo para impedírselo. Ni siquiera el propio interesado. Y todo porque era amigo del lord Dragón. Deseó encontrarse en una taberna en cualquier otro sitio de la ciudad, donde algún trabajador de los muelles podría poner en duda su buena suerte y sólo una frase ingeniosa o una rápida carrera o unas manos ágiles podrían sacarlo del problema. Vaya, ésa sí que era una idea estúpida.

Edorion miró de reojo otra vez a Mat, valorando su mal humor.

—Hoy me ha llegado un rumor. He oído decir que el lord Dragón va a llevarnos a la guerra contra Illian.

Mat se atragantó con el vino.

—¿A la guerra? —farfulló.

—A la guerra —corroboró Reimon alegremente, sin soltar la pipa.

—¿Estáis seguros? —preguntó Carlomin.

—Pues yo no he oído nada —añadió Baran.

—Lo escuché hoy mismo, de tres bocas distintas. —Edorion parecía absorto en sus cartas—. Quién sabe qué habrá de cierto en ello.

—Tiene que ser verdad —intervino Reimon—. Con el lord Dragón dirigiéndonos, blandiendo *Callandor*, ni siquiera tendremos que luchar. Haremos que sus ejércitos huyan en desbandada y entraremos en Illian. Una pena. Diantre, vaya si lo es. Me gustaría tener la oportunidad de medir mi espada contra los illianos.

—No la tendrás yendo el lord Dragón a la cabeza —dijo Baran—. Caerán de rodillas tan pronto como vean el estandarte del Dragón.

—Y, si no lo hacen —añadió Carlomin con una risa—, el lord Dragón descargará rayos sobre ellos y los aplastará en el sitio.

—Primero Illian —dijo Reimon—. Y después… Después conquistaremos el mundo para el lord Dragón. Díselo así, Mat. El mundo entero.

Mat sacudió la cabeza. Un mes antes se habrían horrorizado con sólo pensar en un

hombre capaz de encauzar el Poder, un hombre abocado a perder la razón y destinado a sufrir una muerte espantosa. Ahora estaban dispuestos a seguir a Rand en la batalla y a confiar en su poder para alzarse con la victoria. Confiar en el Poder, aunque jamás lo expresarían así. Con todo, imaginaba que tenían que agarrarse a algo; la invulnerable Ciudadela estaba en manos de los Aiel, el Dragón Renacido se encontraba en sus aposentos, treinta metros por encima de sus cabezas, y tenía a *Callandor* en su poder. Tres mil años de creencias e historia teariana se habían hecho añicos, y el mundo se había vuelto del revés. Se preguntó si él lo habría asimilado mejor; su propio mundo se había tambaleado en poco más de un año. Hizo girar una moneda teariana de oro por encima de sus dedos. Por bien que lo hubiera hecho, no regresaría.

—¿Cuándo marcharemos, Mat? —preguntó Baran.

—No lo sé —respondió lentamente—. No creo que Rand emprenda una guerra. —A menos que ya se hubiera vuelto loco, por supuesto. No soportaba pensar algo así.

Los otros lo miraban como si hubiera dicho que el sol no saldría mañana.

—Todos somos leales al lord Dragón, por supuesto. —Edorion miró sus cartas pensativo—. Sin embargo, fuera de la ciudad… He oído comentar que algunos de los Grandes Señores, unos pocos, estaban intentando reunir un ejército para recuperar la Ciudadela. —De repente ninguno miraba ya a Mat, aunque Estean seguía intentando colocar sus cartas—. Pero, cuando el lord Dragón nos dirija hacia la guerra, todas esas ideas se quedarán en nada. Sea como sea, aquí, en la Ciudadela, todos somos leales. Los Grandes Señores también, estoy convencido. Los pendencieros son sólo esos pocos del campo.

Su lealtad duraría mientras durara su miedo al Dragón Renacido. Por un momento Mat tuvo la sensación de que planeaba abandonar a Rand en un nido de víboras. Después recordó lo que era Rand. Más bien era dejar a una comadreja en un gallinero. Rand había sido su amigo, pero el Dragón Renacido… ¿Quién podía ser amigo del Dragón Renacido? «No estoy abandonando a nadie. Seguramente podría derrumbar la Ciudadela sobre sus cabezas si quisiera. Pero no lo hará sobre la mía.» Una vez más, se dijo que había llegado el momento de marcharse.

—Nada de hijas de pescadores —farfulló Estean—. ¿Hablarás con el lord Dragón?

—Te toca, Mat —intervino Carlomin con premura. Parecía algo asustado, aunque no había forma de saber si lo que le daba miedo era que Estean lo encolerizara de nuevo o que la conversación volviera al tema de la lealtad—. ¿Vas a comprar la quinta carta o te retiras?

Mat comprendió que no había estado prestando atención al juego. Todos salvo él y Carlomin tenían cinco cartas, aunque Reimon había echado las suyas boca abajo junto al montón de monedas como señal de que se retiraba. Mat vaciló, fingiendo que

lo pensaba; después suspiró y echó otra moneda en el montón.

Mientras la corona de plata saltaba girando sobre sí misma, de repente sintió que su suerte aumentaba a raudales. Cada toque de la plata contra la madera del tablero resonó claramente en su cabeza; habría podido apostar a cara o cruz y habría acertado cómo caía la moneda en cada salto. Igual que sabía con toda certeza cuál era su próxima carta antes de que Carlomin la dejara delante de él.

Recogió los cinco naipes y los abrió en abanico en una mano. La Soberana de las Llamas se encontraba junto a los otros cuatro triunfos; la Sede Amyrlin lo contemplaba con una llama ondeando sobre su mano, aunque no se parecía en nada a Siuan Sanche. Fuera cual fuera la opinión de los tearianos sobre las Aes Sedai, reconocían el poder de Tar Valon, aun cuando las Llamas eran el palo más bajo.

¿Qué probabilidades habría de tener los cinco triunfos? Tenía mejor suerte con otros juegos de azar, como los dados, pero tal vez la fortuna empezaba a sonreírle también con las cartas.

—Que la Luz me fulmine si no es así —masculló. O eso es lo que tenía intención de decir.

—Ahí tienes —gritó Estean—. Ahora no lo puedes negar. Eso era la Antigua Lengua. Algo de la Luz y de fulminar. —Sonrió a sus compañeros de mesa—. Mi tutor estaría orgulloso. Debería enviarle un regalo, si es que consigo descubrir adónde se fue.

Se suponía que los nobles tenían que saber hablar la Antigua Lengua, aunque en realidad muy pocos sabían algo más de lo que Estean parecía conocerla. Los jóvenes aristócratas empezaron a discutir acerca de lo que Mat había dicho exactamente. Por lo visto pensaban que había sido un comentario que se le había escapado en el acaloramiento de la conversación.

A Mat se le puso la carne de gallina mientras intentaba recordar las palabras que acababa de pronunciar. Una sarta de jerigonzas, aunque tenía la sensación de que casi podía entenderlo. «¡Condenada Moraine! Si me hubiera dejado en paz, ahora no tendría tantas lagunas en la memoria ni estaría mascullando… ¡lo que quiera que sea ese galimatías!» También estaría ordeñando las vacas de su padre en lugar de recorrer el mundo con una bolsa llena de oro, pero se las ingenió para no pensar en esa parte de la historia.

—¿Habéis venido a jugar —los interrumpió bruscamente— o a cotorrear como viejas mientras hacen calceta?

—A jugar —repuso Baran en tono cortante—. ¡Aumento tres coronas de oro! —Echó las monedas en el montón.

—Y otras tres más. —Estean hipó y añadió seis coronas de oro en el bote.

Conteniendo una sonrisa, Mat olvidó por completo la Antigua Lengua. Qué fácil iba a ser; no quería ni pensarlo. Además, si empezaban con apuestas tan fuertes,

podría ganar suficiente en esa mano para poder marcharse por la mañana. «Y si está tan loco como para emprender una guerra, me marcharé aunque tenga que hacerlo andando.»

Fuera, en la noche, un gallo cantó. Mat rebulló inquieto y se reprendió por ser un necio. Nadie iba a morir.

Bajó los ojos a sus cartas y parpadeó sorprendido. La llama de la Amyrlin había sido sustituida por un cuchillo. Mientras se decía que estaba cansado y veía cosas raras, la figura le hincó la minúscula hoja en la palma de la mano.

Con un ronco grito, arrojó las cartas y brincó hacia atrás tan bruscamente que volcó la silla y golpeó la mesa con los pies al caer al suelo. El aire pareció volverse tan espeso como la miel. Todo se movía como si el tiempo transcurriera muy lentamente, pero al mismo tiempo todo parecía ocurrir a la par. Otros gritos corearon el suyo; unos gritos huecos que resonaban dentro de una caverna. La silla se movía atrás y adelante; la mesa empezó a elevarse.

La Soberana de las Llamas flotaba en el aire y crecía más y más, mientras lo miraba con una cruel sonrisa. Ahora casi de tamaño natural, empezó a salir de la carta; seguía siendo una imagen pintada, sin profundidad, pero alargó el cuchillo hacia él, enrojecido con su sangre como si ya se lo hubiera hincado en el corazón. A su lado, el Soberano de Copas empezó a crecer, y el Gran Señor teariano sacó su espada.

Mat flotaba en el aire, pero de algún modo consiguió alcanzar la daga que llevaba bajo la manga izquierda y la arrojó al punto, directamente al corazón de la Amyrlin. Si es que esa cosa tenía corazón. La segunda daga se deslizó en su mano suavemente y salió lanzada con más suavidad aún. Las dos armas surcaron el aire con la lenta ligereza de vilanos al viento. Mat habría querido gritar, pero el primer bramido de rabia y sorpresa todavía salía de su boca. La Soberana de Bastos estaba creciendo al lado de las primeras dos cartas; la reina de Andor aferraba el bastón como un garrote, y su cabello rubio rojizo enmarcaba una mueca demencial.

Todavía estaba cayendo, todavía soltaba aquel grito prolongado hasta el infinito. La Amyrlin había salido de su carta, y el Gran Señor se desprendía de la suya enarbolando la espada. Las figuras planas se movían casi tan lentamente como él. Casi. Tenía la prueba de que las armas que empuñaban podían cortar, y sin duda el garrote era capaz de aplastar un cráneo. El suyo.

Las dagas que había arrojado se movían como si atravesaran gelatina. Ahora estaba seguro de que el gallo había cantado por él. Dijera lo que dijera su padre, el augurio había sido verdad. Pero no se resignaría a morir como un cordero. Sin pensar cómo, consiguió sacar otras dos dagas de debajo de la chaqueta, una en cada mano. Mientras bregaba para retorcerse en el aire, para ponerse de pie, lanzó una de las dagas a la figura de cabello dorado que blandía el garrote. La otra la conservó en la

mano al tiempo que intentaba girarse, caer en el suelo de pie para enfrentarse a…

El mundo volvió a su movimiento normal, y Mat cayó sobre un costado con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Se puso de pie precipitadamente al tiempo que sacaba otra daga de debajo de la chaqueta. Thom decía que no debería llevar demasiadas encima; ahora ya no necesitaba ninguna.

Por un momento pensó que las cartas y las figuras se habían desvanecido en el aire. O quizá lo había imaginado todo; tal vez era él quien se estaba volviendo loco. Entonces vio las cartas, otra vez con su tamaño normal, ensartadas en uno de los oscuros paneles de la pared con sus dagas, que todavía se cimbreaban. Inhaló profunda, temblorosamente.

La mesa estaba tirada de lado, las monedas rodaban por el suelo, donde estaban agachados los nobles petimetres y los sirvientes, entre las cartas desparramadas. Miraban boquiabiertos a Mat y a sus dagas, las que aún tenía en las manos y las clavadas en la pared. Estean cogió una copa de plata que, a saber cómo, no se había volcado y se echó al coleto el vino que quedaba en ella, parte del cual se derramó por su barbilla y por el pecho.

—Sólo porque no tengas buenas cartas para ganar —empezó Edorion con voz ronca—, no hay motivo para que te… —Enmudeció, estremecido.

—Vosotros lo habéis visto también. —Mat envainó las dagas. Un hilillo de sangre resbalaba de la minúscula herida abierta en la palma de su mano—. ¡No finjáis que no!

—No vi nada —dijo Reimon con voz inexpresiva—. ¡Nada! —Empezó a gatear por el suelo recogiendo monedas de oro y plata, concentrándose en ellas como si no hubiera en el mundo nada más importante. Los otros hicieron lo mismo, salvo Estean, que gateó buscando alguna otra copa que no se hubiera volcado y en la que aún hubiera vino. Uno de los sirvientes se tapaba la cara con las manos; el otro, con los ojos cerrados, parecía rezar en un susurro gemebundo.

Mascullando una maldición, Mat se dirigió a la pared donde sus dagas tenían clavadas las cartas contra el panel de madera. De nuevo volvían a ser naipes corrientes, simple papel rígido con la capa de lacado transparente resquebrajada. Pero la figura de la Amyrlin sostenía todavía la daga en lugar de una llama. Saboreó sangre y entonces cayó en la cuenta de que se chupaba el corte de la mano.

Sacó precipitadamente las dagas y partió por la mitad las cartas antes de enfundar las armas. Al cabo de un momento, rebuscó entre los naipes tirados en el suelo hasta encontrar al Soberano de Oros y al de los Vientos, y también los rompió en pedazos. Se sentía un poco estúpido por hacerlo; al fin y al cabo, todo había pasado ya y los naipes eran de nuevo cartas corrientes, pero no pudo evitar romperlas.

Ninguno de los jóvenes nobles, que seguían moviéndose a gatas por el suelo, intentó impedírselo. Se apartaban con premura de su camino, sin siquiera mirarlo. El

juego se había terminado por aquella noche, y quizá durante las noches venideras. Al menos para él. Lo que quiera que hubiera pasado iba dirigido directamente contra él, sin lugar a dudas. Y más evidente todavía era que estaba relacionado con el Poder Único. Sus compañeros de juego no querían tener nada que ver con eso.

—¡Maldito seas, Rand! —masculló entre dientes—. ¡Si tienes que volverte loco, no me metas a mí en ello!

Su pipa estaba rota en dos trozos, con la boquilla limpiamente partida por un mordisco. Furioso, Mat cogió su bolsa de dinero, que estaba tirada en el suelo, y salió airado del cuarto.

En la oscuridad del dormitorio, Rand daba vueltas en un lecho lo bastante amplio para acoger a cinco personas. Estaba soñando.

Moraine lo azuzaba con un afilado palo a través de un bosque tenebroso hacia el lugar donde la Sede Amyrlin esperaba sentada en el tocón de un árbol, agarrando por la punta una cuerda que él llevaba atada al cuello como un dogal. Entre los árboles se atisbaban vagamente unas figuras imprecisas, acechantes, persiguiéndolo; allí, vislumbró el destello de una cuchilla a la mortecina luz; más allá, atisbó fugazmente unas cuerdas preparadas para amarrarlo. La esbelta Moraine, que apenas le llegaba al hombro, mostraba una expresión que Rand nunca había visto en su semblante: miedo. Sudorosa, la Aes Sedai lo azuzó con más urgencia intentando que se diera prisa. Amigos Siniestros y Renegados agazapados en las sombras; la traílla de la Torre Blanca al frente; y Moraine, detrás. Esquivando con un quiebro el palo de la Aes Sedai, Rand huyó.

—Demasiado tarde para eso —gritó Moraine a su espalda.

Pero tenía que regresar. Volver a casa.

Murmurando, Rand rebulló en el lecho y después se quedó quieto y su respiración se tornó más regular durante unos instantes.

Estaba de vuelta en el Bosque de las Aguas, en casa; los rayos de sol penetraban oblicuos entre los árboles y arrancaban destellos en el estanque que había delante de él. A este lado del estanque las rocas aparecían cubiertas con una capa de verde musgo, y en el opuesto crecía un pequeño arco de flores silvestres. Aquí había sido donde, siendo niño, aprendió a nadar.

—Podrías zambullirte ahora.

Giró bruscamente sobre sus talones. Min estaba allí, sonriente, con sus ropas de chico, y a su lado se encontraba Elayne, sus ondulados cabellos rojizos en contraste con un vestido de seda verde muy apropiado para lucirlo en el palacio de su madre.

Había sido Min la que le había hablado, pero Elayne añadió:

—Dan ganas de meterse en el agua, Rand. Nadie nos molestará aquí.

—No sé —empezó, poco convencido.

Min lo interrumpió enlazando las manos detrás de su nuca, puesta de puntillas, y lo besó.

—Nadie nos molestará aquí —repitió las palabras de Elayne en un suave murmullo. Se retiró un paso y se quitó la chaqueta; a continuación desató los lazos de su camisa.

Rand miraba asombrado, y más cuando se percató de que el vestido de Elayne yacía tirado en el suelo. La heredera del trono estaba inclinada, con los brazos cruzados, y subía el repulgo de su camisola.

—¿Qué estáis haciendo? —demandó con voz estrangulada.

—Preparándonos para nadar contigo —respondió Min.

Elayne le dedicó una sonrisa y luego se pasó el borde de la camisola por la cabeza.

Rand se puso de espaldas apresuradamente, aunque no deseaba hacerlo. Y se encontró cara a cara con Egwene, cuyos grandes y oscuros ojos lo contemplaban tristemente. Sin decir una palabra, la joven se dio media vuelta y desapareció entre los árboles.

—¡Espera! —le gritó Rand—. Puedo explicarlo.

Echó a correr; tenía que encontrarla. Pero cuando llegaba al borde de los árboles la voz de Min lo hizo detenerse.

—No te marches, Rand.

Elayne y ella ya estaban metidas en el agua, sólo con la cabeza fuera, mientras nadaban lentamente en el centro del estanque.

—Vuelve —lo llamó Elayne al tiempo que sacaba un esbelto brazo y le hacía señas para que regresara—. ¿Acaso no te mereces tener lo que deseas, para variar?

Rand cambió el peso del cuerpo de uno a otro pie alternativamente, con nerviosismo, deseando moverse pero incapaz de decidir hacia qué lado. Tener lo que deseaba. Sonaba raro. Pero ¿qué era lo que quería? Se llevó una mano a la cara para limpiar lo que creía que era sudor. Al retirarla, la marca de la garza que tenía en la palma estaba casi cubierta por la supuración de la carne ulcerada; entre los bordes enrojecidos de las llagas se veía el blanco del hueso.

Se incorporó de un salto y despertó; estaba en la cama, tiritando en medio de la bochornosa oscuridad. El sudor empapaba su ropa interior y las sábanas de lino. Le ardía el costado, allí donde estaba la vieja herida que no había terminado de curarse bien. Pasó los dedos por la irregular cicatriz, un círculo de casi tres centímetros de diámetro, todavía sensible después de tanto tiempo. Ni siquiera el poder curativo de Moraine era capaz de sanarlo en condiciones. «Pero todavía no me estoy pudriendo. Y tampoco estoy loco. Aún no.» Aún no. Con eso quedaba dicho todo. Le entraron ganas de reír, y se preguntó si tal cosa no significaría que ya estaba algo enajenado.

El haber soñado con Min y con Elayne, soñar con ellas de esa forma… Bueno, no

era una locura, pero sí una necedad. Ninguna de ellas lo había mirado como una mujer mira a un hombre cuando estaba despierto. Y con Egwene podía decirse que estaba comprometido desde que eran unos niños. Las palabras de compromiso no se habían pronunciado en el Círculo de Mujeres, pero todo el mundo en Campo de Emond y sus alrededores sabía que algún día se casarían.

Ese día no llegaría nunca, desde luego; ahora no, considerando el destino que le aguardaba a un hombre que encauzaba el Poder. Egwene también debía de haberlo comprendido así. Tenía que haberse dado cuenta. Además, estaba absorta en su propósito de convertirse en Aes Sedai. Con todo, las mujeres eran raras; tal vez pensaba que podía ser una Aes Sedai y casarse con él de todos modos, encauzara o no el Poder. ¿Cómo decirle que ya no deseaba casarse con ella, que la quería como a una hermana? Claro que tampoco tenía por qué decírselo así. Podía justificarse con lo que era, y ella tendría que comprenderlo. ¿Qué hombre le pediría a una mujer que se casara con él sabiendo que sólo le quedaban, con suerte, unos pocos años antes de enloquecer, antes de empezar a descomponerse en vida? A despecho del calor, lo sacudió un escalofrío.

«Necesito dormir.» Los Grandes Señores estarían de regreso por la mañana y maniobrarían para ganarse su favor. El favor del Dragón Renacido. «Quizás esta vez no sueñe.» Empezó a girarse en la cama para buscar un sitio en el que las sábanas estuvieran secas; se quedó petrificado, escuchando unos leves crujidos en la oscuridad. No estaba solo.

La Espada que no es una Espada estaba al otro extremo de la habitación, fuera de su alcance, sobre un pedestal que semejaba un trono y que los Grandes Señores le habían regalado con la esperanza, sin duda, de que mantendría a *Callandor* fuera de su vista. «Es alguien que quiere robar a *Callandor*», dedujo. De pronto se le ocurrió otra idea. «O que quiere matar al Dragón Renacido.» No le hacía falta oír las advertencias susurradas de Thom para saber que la declaración de imperecedera lealtad de los Grandes Señores no eran más que palabras dictadas por la necesidad.

Se concentró en la llama y el vacío para dejar la mente en blanco; no le costó trabajo hacerlo, y se encontró flotando en la fría nada de su interior, ideas y emociones abandonadas fuera; buscó el contacto con la Fuente Verdadera. Esta vez la alcanzó fácilmente, lo que no siempre ocurría.

El *Saidin* lo inundó como un torrente de ardiente calor y luz, impregnándolo de vida, enfermándolo con la corrupción del contacto del Oscuro, semejante a la espuma de una cloaca flotando sobre una corriente pura y limpia. El torrente amenazaba con arrastrarlo, envolverlo, consumirlo.

Debatiéndose contra la corriente, consiguió dominarla a fuerza de voluntad y bajó del lecho; encauzó el Poder en el momento en que sus pies tocaron el suelo en la postura con la que se iniciaba la maniobra de esgrima llamada *Flores de manzano al*

viento. Sus enemigos no debían de ser numerosos o, de lo contrario, habrían hecho más ruido; la maniobra de dulce denominación estaba pensada para utilizarse contra más de un adversario.

Cuando sus pies tocaron la alfombra tenía en las manos una espada con la empuñadura larga y la hoja ligeramente curva, de un solo filo cortante. Parecía estar hecha de fuego y, sin embargo, su tacto no era siquiera cálido. La imagen de una garza resaltaba negra en contraste con el amarillo rojizo de la hoja. En ese mismo momento, todas las velas y lámparas de la habitación se encendieron de golpe, y su luz aumentó al reflejarse en los pequeños espejos que tenían detrás. Otros espejos más grandes de pared y dos de pie la reflectaron con mayor intensidad, de manera que Rand habría podido leer cómodamente en cualquier punto de la amplia habitación.

Callandor, una espada aparentemente de cristal, empuñadura y hoja por igual, continuaba en su sitio, un pedestal tan alto y ancho como un hombre, hecho de madera y adornado con tallas, dorados e incrustaciones de piedras preciosas. Asimismo, todo el mobiliario —cama, sillas, bancos, armarios, arcones y palanganero— estaba cubierto con pan de oro y recamado con joyas. La jofaina y la palangana eran de porcelana dorada de los Marinos, tan fina como hojas. La gran alfombra tarabonesa, con dibujos y espirales de colores carmesí, dorados y azules, habría dado de comer a todo un pueblo durante meses. Las delicadas porcelanas de los Marinos ocupaban casi todas las superficies horizontales, aunque también había copas, bandejas y adornos de oro con incrustaciones de plata o de plata con embutidos de oro. Sobre la ancha repisa de mármol de la chimenea había una escultura de unos noventa centímetros de altura que representaba a dos lobos de plata, con rubíes por ojos, que intentaban derribar a un ciervo dorado. Las cortinas de las ventanas, de seda carmesí con águilas bordadas en hilo de oro, se mecían impulsadas por el débil viento. En todos los huecos disponibles se veían libros encuadernados en piel o en madera, algunos deteriorados y todavía con la capa de polvo acumulado en las más recónditas estanterías de la biblioteca de la Ciudadela.

En lugar de los asesinos o ladrones que esperaba encontrar, Rand vio a una hermosa joven de pie en medio de la alfombra, desconcertada, con el negro cabello cayendo en relucientes ondas sobre sus hombros. Mas que tapar, la fina y blanca túnica resaltaba sus formas. Berelain, la dirigente de la ciudad-estado de Mayene, era la última persona que imaginaba encontrar.

Tras dar un respingo de sobresalto, la joven hizo una graciosa reverencia que ajustó más si cabe la tela al cuerpo.

—Estoy desarmada, mi señor Dragón. Si dudáis de mi palabra, podéis registrarme. —Su sonrisa le hizo sentir un repentino apuro al caer en la cuenta de que sólo iba vestido con su ropa interior.

«Que me condene si cree que voy correr para ponerme algo encima. No la invité a entrar en mi cuarto. A colarse», pensó, flotando más allá del vacío. La rabia y la turbación se deslizaron también por los bordes del vacío, y la sangre se le agolpó en la cara; aunque de un modo vago, fue consciente de ello, del ardor de sus mejillas encendidas. Dentro del vacío, todo él era calma y frialdad, pero fuera… Podía notar cada gota de sudor resbalándole por el pecho y la espalda. Le costó un gran esfuerzo de voluntariosa obstinación permanecer allí plantado, a la vista de la mujer. «¿Que la registre, dice? ¡La Luz me valga!»

Relajó la postura y dejó que la espada desapareciera, pero mantuvo el estrecho flujo que lo conectaba con el *Saidin*. Era como beber por un pequeño agujero abierto en un dique cuando toda la tierra de la presa amenazaba con ceder a la presión del agua; un agua tan dulce como el néctar del vino y a la vez tan nauseabunda como un reguero que atraviesa un estercolero.

No sabía gran cosa de esta mujer, salvo que se movía por la Ciudadela como si fuera su palacio de Mayene. Thom decía que la Principal de Mayene no dejaba de hacer preguntas a todo el mundo. Preguntas acerca de Rand. Cosa que quizás era lógica considerando quién era él, pero eso no lo hacía sentirse mejor. Además, no había regresado a Mayene, y eso sí que distaba de ser normal. Aunque no de manera oficial, había permanecido prisionera durante meses, hasta la llegada de Rand, completamente aislada de su trono y del gobierno de su pequeña nación. Cualquiera en su situación habría aprovechado la primera oportunidad para escapar; y para alejarse de un hombre capaz de encauzar el Poder.

—¿Qué hacéis aquí? —Sabía que su tono era cortante, pero no le importaba—. Había guardias Aiel apostadas en esa puerta cuando me retiré a dormir. ¿Cómo burlasteis su vigilancia?

Las comisuras de los labios de Berelain se curvaron un poco más; a Rand le pareció que el calor del dormitorio aumentaba de manera repentina.

—No lo hice. Me dejaron pasar de inmediato, cuando les dije que el lord Dragón me había mandado llamar.

—¿Que os había mandado llamar? ¡Yo no he mandado llamar a nadie! —«Acaba con esta situación. Es una reina, o algo muy parecido, y tú sabes tanto de reinas como de volar», se exhortó para sus adentros. Procuró comportarse con cortesía, sólo que no tenía la más ligera idea del tratamiento que debía darle a la Principal de Mayene —. Milady… —Tendría que conformarse con eso—. ¿Por qué iba a mandaros llamar a estas horas de la noche?

Ella soltó una risa grave, ronca; aun encontrándose protegido en el imperturbable vacío, aquella risa despertó un hormigueo en su piel, le puso carne de gallina. De repente se fijó bien en el ajustado atuendo, como si lo viera por primera vez, y sintió que se ponía colorado otra vez. «No estará insinuando… ¿O sí? ¡Luz, nunca he

cambiado más de dos palabras con ella!»

—Quizá deseo hablar con vos, mi señor Dragón. —Dejó caer al suelo la delicada vestimenta, quedándose con otra prenda blanca y mucho más fina que sólo podía ser un camisón. Le dejaba los hombros al aire y gran parte de los suaves y pálidos pechos. Rand se preguntó cómo se sostenía la prenda sin caerse; era muy difícil no mirar—. Estáis muy lejos de casa, como yo. Uno se siente solo, sobre todo por la noche.

—Mañana tendré mucho gusto en hablar con vos.

—Pero durante el día estáis rodeado de gente a todas horas. Peticionarios, Grandes Señores, Aiel. —Se estremeció, y Rand se dijo que tenía que apartar los ojos de Berelain, pero dejar de mirarla le resultaba tan imposible como dejar de respirar. Jamás había sido tan consciente de sus reacciones encontrándose envuelto en el vacío —. Los Aiel me asustan, y no me gustan los señores tearianos de ningún tipo.

En lo referente a los tearianos podía creerla, pero no le parecía una mujer que se asustara por nada ni nadie. «¡Diantre, pero si está en el dormitorio de un desconocido en mitad de la noche, sólo medio vestida, y soy yo el que está tan despavorido como gato perseguido por una jauría de perros, con vacío o sin él!» Era hora de poner fin a esta situación antes de que llegara demasiado lejos.

—Sería mejor que regresarais a vuestros aposentos, milady. —Una parte de él deseaba decirle también que se cubriera con una capa. Con una capa bien gruesa. Pero sólo una parte de él—. Es…, es muy tarde para hablar. Mañana, cuando sea de día.

La mujer le lanzó una mirada sesgada, interrogante.

—¿Habéis adoptado ya los remilgados modos tearianos, mi señor Dragón? ¿O esa reticencia es propia de vuestro Dos Ríos? En Mayene no somos tan… ceremoniosos.

—Milady… —Trató de dar un tono de formal cortesía a su voz; si no le gustaba guardar las formas, a él sí le apetecía—. Estoy prometido con Egwene al'Vere, milady.

—¿Os referís a la Aes Sedai, mi señor Dragón? Si es que realmente es una Aes Sedai. Es muy joven, quizá demasiado, para llevar el anillo y el chal. —Berelain hablaba como si Egwene fuera una chiquilla, aunque ella misma no debía de ser mucho mayor que Rand, un año a lo más, y él sólo sacaba dos años y pico a Egwene —. Mi señor Dragón, mi intención no es interponerme entre los dos. Casaos con ella, si pertenece al Ajah Verde. Yo jamás aspiraría a contraer nupcias con el Dragón Renacido. Disculpadme si me he sobrepasado, pero, como os he dicho ya, en Mayene no somos tan ceremoniosos. ¿Puedo llamaros Rand?

Rand se sorprendió al soltar un suspiro pesaroso. En los ojos de la mujer había habido un destello, un leve cambio de expresión que enseguida desapareció, cuando mencionó lo de casarse con el Dragón Renacido. Si no se lo había planteado antes, lo

había hecho ahora. Con el Dragón Renacido, no con Rand al'Thor; con el hombre de la profecía, no con el pastor de Dos Ríos. No es que se sintiera dolido realmente; algunas chicas del pueblo se volvían locas por quienquiera que demostraba ser más rápido o más fuerte en los juegos de Bel Tine y del Día Solar, y de vez en cuando alguna mujer ponía los ojos en el hombre que poseía los campos más productivos o los rebaños más grandes. Pero habría sido agradable pensar que deseaba a Rand al'Thor.

—Es hora de que os marchéis, milady —dijo en voz queda.

Ella se acercó.

—Puedo sentir vuestros ojos en mí, Rand. —Su voz era ardiente—. No soy una chica de pueblo sujeta a las faldas de su madre, y sé que deseáis…

—¿Creéis que soy de piedra, mujer?

Su grito sobresaltó a Berelain, pero al instante cruzaba el tramo de alfombra que los separaba, tentándolo, sus ojos cual oscuros estanques que podían arrastrar a un hombre a sus profundidades.

—Vuestros brazos parecen serlo. Si creéis que tenéis que ser duro conmigo, sedlo entonces, siempre y cuando me estrechéis contra vos. —Sus manos le acariciaron el rostro; de sus dedos parecieron saltar chispas.

Sin pensar lo que hacía, Rand encauzó la energía a la que seguía conectado y, de repente, la mujer reculó a trompicones, con los ojos desorbitados por la sorpresa, como si una pared de aire la empujara. Y era aire, comprendió Rand; eran más las veces que hacía cosas sin saber cómo ni por qué que las que lo sabía. Al menos, una vez hechas, por lo general era capaz de recordar cómo hacerlas de nuevo.

El muro invisible levantó ondas en la alfombra al avanzar, barrió la bata que Berelain se había quitado, una bota que Rand había dejado tirada al desnudarse, y un atril de cuero rojo sobre el que descansaba un volumen abierto de *La historia de la Ciudadela de Tear*, de Eban Vandes, arrastrándolos consigo al tiempo que empujaba a la mujer hacia la pared y la rodeaba. A una distancia segura de él. Rand cortó y amarró el flujo de aire —era la única descripción que se le ocurría para lo que hizo— de manera que ya no tuvo que mantener el escudo por sí mismo. Durante un instante estudió lo que había realizado hasta estar seguro de que sería capaz de repetirlo. Le parecía útil, sobre todo lo de cortar y amarrar.

Berelain, con los oscuros ojos todavía desorbitados, tanteó los límites de su prisión invisible con manos temblorosas. Su tez estaba casi tan blanca como el ligero camisón de seda. El atril, la bota y el libro yacían a sus pies, enredados con la bata.

—Por mucho que lo lamente —le dijo Rand—, no volveremos a hablar a no ser en público, milady. —Realmente lo lamentaba. Fueran cuales fueran los motivos de la mujer, era muy hermosa. «¡Maldita sea, soy un estúpido!» No sabía muy bien en qué sentido lo decía, si por pensar en su belleza o por rechazarla—. De hecho, será

mejor que hagáis los preparativos para vuestro viaje de regreso a Mayene lo antes posible. Os prometo que Tear no volverá a molestar a Mayene. Tenéis mi palabra.

Era una promesa válida sólo durante los años que viviera, puede que sólo hasta que se marchara de la Ciudadela, pero tenía que darle algo. Una venda para su orgullo herido, un regalo para borrar el miedo de su mente.

Pero la mujer ya tenía bajo control su temor, al menos en apariencia. Su semblante reflejaba ahora sinceridad y franqueza, todo esfuerzo de seducción olvidado por completo.

—Perdonadme. He llevado mal este asunto. No era mi intención ofenderos. En mi país, una mujer puede decir lo que piensa a un hombre francamente, o él a ella. Rand, habéis de saber que sois un hombre apuesto, alto y fuerte. Yo tendría que ser de piedra si no lo viera ni lo admirara. Por favor, no me alejéis de vos. Os lo suplicaré, si así lo deseáis. —Se arrodilló con grácil suavidad, como haciendo un paso de baile. Su expresión seguía poniendo de manifiesto que actuaba con franqueza, confesándolo todo; pero, por otro lado, al arrodillarse se las había arreglado para que la ligera prenda, sujeta ya de manera precaria, se deslizara más hacia abajo hasta dar la impresión de que iba a caer del todo—. Por favor, Rand.

A pesar de estar en el resguardo del vacío, Rand la miró boquiabierto, y ello no tenía nada que ver con su hermosura o con que estuviera casi desnuda. Bueno, casi nada. Si los Defensores de la Ciudadela hubieran demostrado la mitad de decisión que esta mujer, la mitad de firmeza en su propósito, ni diez mil Aiel habrían logrado tomar jamás la Ciudadela.

—Me siento halagado, milady, creedme —repuso diplomáticamente—. Pero no sería justo para vos, ya que no puedo daros lo que merecéis. —«Y que lo interprete como guste.»

Fuera, en la noche, se oyó el canto de un gallo.

Para sorpresa de Rand, Berelain miró detrás de él con los ojos desorbitados, boquiabierta. Su esbelto cuello se contrajo para lanzar un alarido que no se produjo. Rand giró sobre sus talones rápidamente, con la espada ígnea de nuevo en sus manos.

Al otro lado del cuarto uno de los espejos de pie le devolvía su imagen reflejada, un hombre joven de cabello rojizo y ojos grises, vestido sólo con la ropa interior de lino y enarbolando una espada hecha de fuego. El reflejo salió del espejo a la alfombra y levantó el arma.

«He perdido la razón», fue lo primero que pensó. «No. Ella lo ha visto también. ¡Es real!»

Por el rabillo del ojo captó un movimiento a su izquierda; se volvió sin pensarlo, situando la espada en la posición de *La luna saliendo sobre el agua*. El arma asestó una estocada a la figura —la suya— que salía de un espejo de la pared. La forma ondeó, se deshizo en fragmentos tan diminutos como motas de polvo en el aire y

desapareció. El reflejo de Rand apareció de nuevo en el espejo y en ese mismo instante puso las manos en el marco de la luna. Rand advirtió movimiento en todos los espejos de la habitación.

Desesperado, arremetió contra la luna; ésta se hizo añicos, pero Rand tuvo la impresión de que la imagen se rompía antes. Le pareció oír un grito distante dentro de su cabeza, su propia voz desvaneciéndose progresivamente. Los fragmentos de cristal no habían terminado de caer al suelo cuando Rand atacó con el Poder Único. Todos los espejos del cuarto explotaron en silencio y dispersaron una lluvia de cristales sobre la alfombra. El grito agónico que sonaba en su cabeza se repitió una y otra vez, helándole la espina dorsal. Era su voz; casi no podía creer que no fuera él mismo quien emitía aquel sonido.

Se giró bruscamente para hacer frente a otra imagen que había salido de un espejo, justo a tiempo de parar su ataque con la posición *Desplegar el abanico contra la avalancha de rocas*. La imagen retrocedió de un salto y, de repente, Rand se dio cuenta de que no estaba sola. A pesar de la prontitud con que había roto los espejos, otros dos reflejos habían escapado a tiempo y ahora le hacían frente tres copias exactas de sí mismo, hasta en la cicatriz fruncida del costado; todas ellas lo miraban fijamente, los rostros contraídos en un rictus de odio y desprecio que proyectaba una extraña ansia. Únicamente sus ojos parecían vacíos, sin vida. En un visto y no visto, se abalanzaron sobre él.

A pesar de que los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo se le clavaban en los pies desnudos, Rand se desplazó de lado, siempre de lado, de posición en posición y de imagen en imagen, procurando enfrentarse sólo a una de ellas cada vez. Recurrió a todo aquello que Lan, el Guardián de Moraine, le había enseñado en sus prácticas diarias con la espada.

De haber coordinado sus ataques las tres figuras, de haber aunado esfuerzos, Rand habría perecido antes de un minuto, pero cada cual luchaba contra él por separado, como si las demás no existieran. Con todo, le fue imposible parar todos sus golpes con eficacia y, a no tardar, la sangre corría por su rostro, su pecho y sus brazos. La vieja herida se abrió, y el rojo fluido vital manchó su ropa interior. Las imágenes no sólo tenían sus rasgos, sino también su habilidad, y eran tres contra uno. Sillas y mesas fueron derribadas; la valiosa porcelana de los Marinos se hizo añicos sobre la alfombra.

Rand notaba que empezaban a fallarle las fuerzas. Ninguno de los cortes era importante en sí mismo, salvo la vieja herida, pero sumados todos… En ningún momento se le pasó por la cabeza pedir ayuda a las Aiel que montaban guardia al otro lado de su puerta; esto tenía que hacerlo solo. Combatió desde el frío aislamiento del vacío donde no cabían emociones, pero el miedo arañaba en sus confines como las ramas agitadas por el viento azotan una ventana en la noche.

La espada salvó la defensa de uno de sus adversarios y Rand arremetió de frente para hundirla en la cara, justo debajo de los ojos —no pudo evitar encogerse ya que, al fin y al cabo, era su propio rostro— pero el doble retrocedió lo suficiente para que el golpe no fuera definitivo. La sangre que manó de la herida puso un velo carmesí sobre las mejillas y la boca, pero la expresión del rostro no se alteró y los inexpresivos ojos ni siquiera pestañearon. La imagen deseaba su muerte del mismo modo que un hambriento desea comida.

«¿Habrá algo que los mate?» Los tres sangraban por las heridas que había conseguido infligirles, pero la pérdida de sangre no parecía debilitarlos como le estaba ocurriendo a él. Procuraban esquivar su espada, aunque no daban señales de notar que los había herido. «Si es que lo he hecho» pensó lúgubremente. «¡Luz, si sangran, entonces es que se los puede lastimar! ¡Tiene que ser así!»

Necesitaba un momento de respiro para recuperar el aliento, para recobrar fuerzas. De repente, se apartó de ellos de un salto y se zambulló en la cama, sobre la que rodó de lado a lado. Más que ver, sintió las espadas descargándose sobre el edredón, casi rozándolo. Cayó de pie al otro lado del lecho, tambaleante, y se agarró a una mesita para mantener el equilibrio. El brillante cuenco de oro y plata que estaba encima se bamboleó. Uno de sus dobles se había encaramado a la destrozada cama y sus pies levantaron las plumas de ganso al cruzar por encima, con la espada presta. Los dos restantes rodearon el lecho lentamente, todavía ajenos a la presencia del otro, absortos en él. Sus ojos relucían como cristal.

Rand se estremeció al sentir un dolor en la mano que tenía apoyada en la mesita. Una imagen de sí mismo, no mayor de quince centímetros, sacó la pequeña espada que le había hincado. En un gesto instintivo, Rand agarró la figura antes de que pudiera acuchillarlo otra vez. Forcejeó entre sus dedos, enseñándole los dientes. El joven percibió movimiento por toda la habitación; numerosos reflejos pequeños de sí mismo salían de la pulida plata. Notó que la mano se le empezaba a quedar dormida y fría, como si el minúsculo doble estuviera absorbiendo la temperatura de su cuerpo. El calor del *Saidin* aumentó en su interior hasta colmarlo; la impetuosa corriente llegó a su cabeza y el calor fluyó a su gélida mano.

De pronto, el diminuto doble estalló como una burbuja, y Rand notó que algo fluía dentro de sí tras el estallido, como si recobrara una pequeña parte de su fuerza perdida. Se sacudió cuando lo acribillaron minúsculos pinchazos de vitalidad.

Al levantar la cabeza, sorprendido de no estar muerto, las pequeñas imágenes que un momento antes había atisbado fugazmente habían desaparecido. Los tres dobles más grandes fluctuaron, como si la fuerza que había recuperado se la hubiera quitado a ellos. Aun así, afirmaron los pies en el suelo y reanudaron la aproximación, bien que con más cautela.

Rand retrocedió a la par que amenazaba con su espada primero a uno y después a

otro; entre tanto su mente trabajaba a marchas forzadas. Si seguía luchando contra ellos igual que hasta ahora, acabarían matándolo antes o después. Lo sabía con tanta certidumbre como sabía que estaba sangrando. Empero, entre las imágenes existía un vínculo. Al absorber a la pequeña —la sola idea le daba náuseas, pero era exactamente lo que había ocurrido— no sólo había arrastrado consigo a las demás sino que también había afectado a las grandes, aunque sólo durante un momento. Si lograba hacer lo mismo con una de ellas, tal vez destruiría a las tres.

Imaginar absorberlas le produjo una vaga sensación de náusea, pero no se le ocurría otro modo de acabar con ellas. «Ignoro cómo lo conseguí. ¿Qué es lo que hice? ¡Luz! ¿Qué fue lo que hice?» Tenía que luchar cuerpo a cuerpo con una de ellas o, al menos, tocarla; de algún modo, eso era algo que sabía con absoluta certeza. No obstante, si se acercaba tanto, las tres espadas lo atravesarían en un visto y no visto. «Reflejos. ¿Hasta qué punto siguen siéndolo?»

Confiando en no estar actuando como un necio —en tal caso, muy pronto sería un necio muerto— hizo desaparecer su espada. Estaba presto para hacerla reaparecer al instante; pero, cuando la curvada arma de fuego se desvaneció, también lo hicieron las otras. Una fugaz expresión de desconcierto se plasmó en los semblantes de los dobles, uno de ellos destrozado y ensangrentado. No obstante, antes de que tuviera tiempo de atrapar uno de los reflejos, los tres saltaron sobre él y los cuatro cayeron al suelo en un revoltijo de miembros y rodaron sobre la alfombra sembrada de cristales.

El frío lo atenazó, se propagó por sus miembros y le penetró en los huesos entumeciéndolo hasta el punto de dejar de sentir los fragmentos cortantes de cristal y porcelana que se clavaban en su carne. Una sensación muy parecida al pánico rozó los límites del vacío que lo rodeaba. Tal vez había cometido un error fatal. Estos reflejos eran mayores que el que había absorbido y le estaban arrebatando más calor. Aunque eso no era lo peor. A medida que el frío se apoderaba de él, los vidriosos ojos grises prendidos en los suyos iban cobrando vida, y supo con aterradora certeza que su muerte no pondría fin a la lucha, que los tres dobles se volverían unos contra otros hasta que sólo quedara uno, y ese uno tendría su vida, sus recuerdos; sería él.

Continuó luchando porfiadamente, resistiéndose con más denuedo cuanto mayor era su debilidad. Se aferró al *Saidin* y tiró de él tratando de llenarse de su calor. Hasta la nauseabunda degradación fue bienvenida, puesto que cuanto más la notaba más *Saidin* lo henchía. Si se le revolvía el estómago significaba que estaba vivo, y si estaba vivo podía luchar. «Pero ¿cómo? ¿Cómo? ¿Qué fue lo que hice antes?» La energía del *Saidin* seguía entrando a raudales en él hasta el punto de que Rand temió que, aunque sobreviviera a sus atacantes, perecería consumido por el Poder. «¿Cómo lo hice?» Sólo le quedaba seguir absorbiendo energía y resistir… aguantar… no cejar…

Uno de los tres desapareció y Rand sintió cómo se deslizaba dentro de él; fue

como si cayera de bruces en un suelo de piedra desde una gran altura. Y después lo siguieron los otros dos juntos. El impacto lo tiró de espaldas, y allí se quedó, tumbado boca arriba, contemplando el techo de escayola con sus relieves dorados, solazándose en el simple hecho de que aún respiraba.

El Poder todavía henchía hasta el último resquicio de su ser apremiándolo a vomitar toda la comida que había ingerido en su vida. Se sentía tan vivo que, en comparación, cualquier forma de existencia que no estuviera impregnada del *Saidin* le parecía una sombra de vida. El olor de la cera de las velas y del aceite de las lámparas le inundaba las fosas nasales. Percibía en su espalda el tacto de cada fibra de la alfombra. Sentía todos y cada uno de los cortes en su carne, cada marca, cada rasguño, cada contusión. Pero siguió en contacto con el *Saidin*.

Uno de los Renegados había intentado matarlo. O quizá todos ellos. No había otra explicación; a menos que el Oscuro estuviera libre ya, en cuyo caso no creía que este enfrentamiento hubiera sido tan fácil ni tan sencillo. En consecuencia, se mantuvo conectado a la Fuente Verdadera. «A no ser que lo haya provocado yo mismo. ¿Odiaré lo que soy hasta el punto de haber intentado matarme sin ser consciente de ello? ¡Oh, Luz, he de aprender a controlarlo! ¡Tengo que hacerlo!»

Atenazado por el dolor se incorporó y fue cojeando, dejando marcadas las huellas de los pies con sangre, hasta el pedestal donde descansaba *Callandor*. La sangre que manaba de cientos de heridas lo cubría. Levantó la cristalina espada, que centelleó en toda su longitud al fluir en ella el Poder. La Espada que no es una Espada. Aquella cuchilla, aparentemente de cristal, cortaba tan bien como la mejor hoja de acero y, sin embargo, *Callandor* no era realmente una espada, sino más bien una reliquia de la Era de Leyenda, un *sa'angreal*. Con la ayuda de uno de los relativamente escasos *angreal* que, por lo que se sabía, habían sobrevivido a la Guerra de la Sombra y al Desmembramiento del Mundo, era posible encauzar el flujo del Poder Único que de otro modo habría reducido a cenizas al encauzador. Con uno de los aún más escasos *sa'angreal*, el flujo de energía podía centuplicarse al ser cien veces más poderoso que un *angreal*. Y *Callandor*, limitado su uso a un solo hombre, vinculada al Dragón Renacido a lo largo de tres mil años de leyenda y profecías, era uno de los *sa'angreal* más poderosos jamás creados. Sosteniendo a *Callandor* en sus manos, Rand podía arrasar de golpe las murallas de una ciudad. Con ella en sus manos, Rand podía enfrentarse incluso a un Renegado. «Han sido ellos. ¡Tienen que haber sido ellos!»

De pronto cayó en la cuenta de que no había oído a Berelain hacer el menor ruido. Temiendo encontrarla muerta, se dio media vuelta.

La mujer, que seguía arrodillada, se encogió. Se había puesto la bata y se arrebujaba en ella como si se protegiera con un peto de acero o con un escudo. Tenía el semblante más blanco que la nieve; se pasó la lengua por los labios.

—¿Cuál ha…? —Tragó saliva y empezó de nuevo—. ¿Cuál…? —No le fue

posible terminar la frase.

—Soy el único que queda —respondió él suavemente—. El mismo a quien tratabais como si estuviéramos desposados.

Lo dijo con intención de tranquilizarla, incluso de arrancarle una sonrisa; una mujer con la fortaleza que había mostrado ella podría sonreír a pesar de encontrarse frente a un hombre lleno de sangre. Pero Berelain se inclinó hasta tocar el suelo con la frente.

—Mis más humildes disculpas por ofenderos tan gravemente, mi señor Dragón. —Su voz entrecortada sonaba humilde y atemorizada, como si perteneciera a otra persona—. Os suplico que olvidéis mi ofensa y la perdonéis. No volveré a molestaros, lo juro, mi señor Dragón. Por la memoria de mi madre y por la Luz, lo juro.

Rand liberó la energía atada, y la pared invisible que la confinaba se desvaneció como un soplo fugaz que agitó sus ropas.

—No hay nada que perdonar —dijo, abatido. Se sentía muy cansado—. Podéis marcharos.

Berelain se incorporó indecisa, alargó una mano y soltó un respingo de alivio al no tocar nada. Recogió el repulgo de sus faldas y empezó a caminar con cuidado sobre la alfombra cuajada de cristales, que crujían bajo sus zapatillas de terciopelo. Cerca ya de la puerta se paró y se volvió a mirarlo haciendo un obvio esfuerzo. Sus ojos esquivaron los de Rand en todo momento.

—Si queréis, os mandaré a las Aiel que están de guardia. También puedo hacer llamar a una de las Aes Sedai para que atiendan vuestras heridas.

«No tendría tantas ganas de salir corriendo de aquí si estuviera ante un Myrddraal o ante el propio Oscuro, pero hay que reconocer que no es pusilánime», adivinó Rand.

—Os lo agradezco, pero no —respondió quedamente—. Os agradecería que no contarais a nadie lo que ha ocurrido en este cuarto. Al menos por ahora. Yo me ocuparé de lo que haga falta hacer. —«Tuvieron que ser los Renegados», se repitió para sus adentros.

—Como ordene mi señor Dragón. —Hizo una brusca reverencia y salió precipitadamente, quizá temiendo que cambiara de opinión sobre dejarla marchar.

—Más ganas que si fuera el Oscuro en persona —musitó él cuando la puerta se cerró tras la mujer.

Se dirigió, renqueando, hacia el arcón que había a los pies de la cama, tomó asiento en él, y colocó a *Callandor* atravesada sobre las rodillas, con las ensangrentadas manos descansando encima de la reluciente hoja. Teniéndola empuñada, hasta un Renegado lo temería. Dentro de un momento mandaría llamar a Moraine para que le curara las heridas. Dentro de un momento hablaría con las Aiel

que estaban de guardia al otro lado de la puerta, y volvería a ser el Dragón Renacido. Pero, hasta entonces, sólo deseaba quedarse sentado y recordar a un pastor llamado Rand al'Thor.

3



Reflejos

A pesar de la hora avanzada muchas personas recorrían presurosas los amplios corredores de la Ciudadela, un continuo ir y venir de hombres y mujeres vestidos con las ropas negras y doradas de los sirvientes de la fortaleza o con las libreas de uno u otro Gran Señor. De vez en cuando aparecían uno o dos Defensores, con la cabeza descubierta y desarmados, incluso alguno con la chaqueta sin abrochar. Los sirvientes hacían reverencias o se inclinaban al cruzarse con Perrin y Faile y de inmediato seguían su camino presurosos, sin apenas pararse. La mayoría de los soldados se sorprendía al verlos; algunos hacían una rígida inclinación, con la mano en el pecho, pero todos ellos apresuraban el paso, aparentemente ansiosos por alejarse de los dos jóvenes.

Sólo una de cada tres o cuatro lámparas estaba encendida, y en los amplios huecos que mediaban entre ellas las sombras volvían imprecisos los dibujos de los tapices en las paredes y ocultaban los arcones que, muy de vez en cuando, había contra la pared. Pero no para los ojos de Perrin, que relucían como oro pulido en aquellos tramos oscuros del pasillo. Caminaba rápidamente de una lámpara a otra y mantenía la vista agachada a menos que se encontrara a plena luz. Casi toda la gente de la Ciudadela estaba enterada, de un modo u otro, del extraño color de sus ojos, pero nadie lo mencionaba, por supuesto. Hasta Faile parecía dar por hecho que ese color era resultado de estar asociado a las Aes Sedai; era así y había que aceptarlo, simplemente, sin buscarle explicación. Empero, Perrin siempre sentía un cosquilleo en la espalda cada vez que notaba que un desconocido había reparado en que sus ojos brillaban en la oscuridad. Su silencio, el que no hicieran comentarios, dejaba patente el rechazo que sentían hacia él.

—Ojalá no me miraran así —murmuró cuando un canoso Defensor que le duplicaba la edad se alejó presuroso nada más cruzarse con ellos—, como si me tuvieran miedo. Antes no pasaba; no tanto como ahora. ¿Y qué hace levantada tanta gente a esta hora de la noche?

Una mujer que iba cargada con un cubo y un friegasuelos hizo una brusca

reverencia y se escabulló, gacha la cabeza. Faile, enlazada a su brazo, levantó los ojos hacia él.

—Por lo que sé los guardias no tienen que estar en esta parte de la Ciudadela a menos que se encuentren de servicio. Es una buena hora para achuchar a una doncella sentado en la silla del señor y quizá pretender que son el señor y la señora mientras éstos duermen. A lo mejor les preocupa que los denuncies. En cuanto a la servidumbre, hace casi todo su trabajo por la noche. ¿Quién querría tenerlos descalzos, fregando suelos, quitando el polvo y sacando brillo a plena luz del día?

Perrin asintió aunque sin convencimiento. Imaginaba que la joven sabía esas cosas por la casa de su padre. Era lógico que un mercader próspero tuviera sirvientes y guardias para sus carretas. Aliviaba pensar que si estas personas no estaban en la cama no era porque les había ocurrido lo mismo que a él. De ser así, habrían salido de la Ciudadela atropellándose y seguramente no habrían dejado de correr todavía. ¿Entonces por qué había sido él el único blanco del ataque? No estaba ansioso por encontrarse cara a cara con Rand, pero tenía que saberlo. Faile tuvo que acelerar el paso para no quedarse rezagada.

A pesar de su esplendor, de los dorados, las excelentes tallas y los recamados, el interior de la Ciudadela había sido concebido para la guerra tanto como el exterior; los techos de las intersecciones de los pasillos estaban plagados de agujeros desde los que disparar y arrojar armas, y en algunos puntos de los corredores había saeteras que nunca se habían utilizado y desde las que se cubrían los pasillos en toda su extensión. Perrin y Faile remontaron varias escaleras de caracol angostas, todas ellas construidas en el interior de los muros o, si no, cerradas, con más saeteras abiertas a los pasillos que había debajo. Ninguna de estas defensas había sido traba para los Aiel, el primer enemigo que había pasado de la muralla exterior.

Mientras subían a todo correr una de esas escaleras de caracol —Perrin no se daba cuenta de que iban trotando, aunque se habría movido con mayor rapidez de no llevar a Faile colgada del brazo— captó una bocanada de sudor rancio mezclado con un perfume empalagosamente dulzón, pero su mente lo registró de manera inconsciente, ya que estaba absorto en lo que le iba a decir a Rand. No era fácil preguntarle por qué había intentado matarlo y si es que ya estaba volviéndose loco. Tampoco esperaba que las respuestas fueran sencillas.

Al entrar en un oscuro corredor, casi en lo alto de la Ciudadela, se encontró mirando las espaldas de un Gran Señor y de dos de sus guardias personales. Sólo a los Defensores se les permitía llevar armas dentro de la Ciudadela, pero estos tres llevaban espadas al costado. Tal cosa no era inusitada, claro, pero su presencia aquí, en este piso, en la oscuridad y vigilando atentamente la intensa luz que brillaba al final del largo pasillo, no era normal. La luz procedía de la antesala que daba a los aposentos adjudicados a Rand; o elegidos por él. O quizá los que Moraine le había

instado a ocupar.

Perrin y Faile no habían puesto ningún cuidado en remontar la escalera en silencio, pero los tres hombres estaban tan atentos a la luz del fondo que ninguno de ellos advirtió al principio la llegada de los dos jóvenes. Entonces, uno de los guardias de chaqueta azul giró la cabeza como para aliviar un tirón en la nuca; se quedó boquiabierto al verlos. Conteniendo una maldición, el tipo se volvió bruscamente hacia Perrin y desenvainó la espada más de un palmo. El otro se movió un instante después, sin irle a la zaga. Los dos estaban en tensión, listos para atacar, pero sus ojos se movieron con nerviosismo, hurtándolos a los de Perrin. Emitían un acre olor a miedo. Igual ocurría con el Gran Señor, aunque mantenía su temor firmemente refrenado.

El Gran Señor Torean, la negra barba puntiaguda surcada con mechones canosos, se movió lánguidamente, como si estuviera en un salón de baile. Sacó de la manga un pañuelo impregnado de un perfume demasiado dulzón y se lo llevó a la prominente nariz, que no parecía tan grande comparada con sus orejas. Vestía una fina chaqueta de seda con puños de satén rojo, que acentuaba aun más la vulgaridad de sus rasgos. Examinó a Perrin, que iba en mangas de camisa, y se llevó de nuevo el pañuelo a la nariz con gesto despectivo.

—La Luz os ilumine —saludó cortés. Su mirada encontró los amarillos ojos del joven y dio un respingo, bien que su expresión no se alteró—. Os encontráis bien, espero —añadió, quizá con demasiada amabilidad.

A Perrin le importaba poco el tono del hombre, pero el modo en que Torean miraba a Faile de arriba abajo, con descarado interés, le hizo apretar los puños. No obstante, se las compuso para hablar con voz tranquila, inexpresiva.

—Que la Luz os ilumine a vos, Gran Señor Torean. Me alegra ver que contribuís a vigilar la seguridad del lord Dragón. Otros hombres en vuestro lugar estarían resentidos por su presencia aquí.

Las cejas de Torean se agitaron.

—La profecía se ha cumplido, y Tear ha cumplido su parte en esa profecía. Quizás el Dragón Renacido conduzca a Tear a un destino más grandioso. ¿Qué hombre estaría resentido por eso? Ah, pero ya es tarde. Buenas noches a ambos. —Su mirada se detuvo de nuevo en Faile; el hombre frunció los labios y echó a andar pasillo adelante, quizás a un paso un poco rápido, alejándose de la luz de la antesala. Sus guardias personales fueron en pos de él como perros bien entrenados.

—No tenías por qué ser descortés —lo reprendió Faile cuando el Gran Señor estuvo lo bastante lejos para no oírla—. Hablabas como si tu lengua fuera un pedazo de hierro helado. Si tienes intención de quedarte aquí, más te vale aprender a llevarte bien con los señores.

—Te estaba mirando como si quisiera sentarte en sus rodillas. Y no me refiero a

como lo haría un padre.

—No es el primer hombre que se fija en mí. —Levantó la barbilla con altivez—. Pero si hubiera intentado llegar más lejos, lo habría puesto en su sitio con sólo una mirada y frunciendo el ceño. No necesito que me defiendas, Perrin Aybara. —No obstante, no parecía disgustada del todo.

Perrin se rascó la barba y siguió con la mirada a Torean hasta que él y sus guardias personales se perdieron de vista al girar en una esquina del pasillo. Se preguntó qué harían los señores tearianos para no sudar.

—¿Te fijaste, Faile? Sus perros de presa no apartaron las manos de las espadas hasta que estuvieron a más de diez pasos de nosotros.

La joven lo miró con el entrecejo fruncido, y después dirigió la vista hacia el corredor y asintió lentamente.

—Tienes razón. Pero no lo entiendo. No se inclinaron como hacen ante él, y sin embargo todo el mundo actúa con tanta cautela en presencia tuya o de Mat como delante de las Aes Sedai.

—Quizá ser amigo del Dragón Renacido no da tanta protección como solía.

Faile no insistió en que debían marcharse, al menos no con palabras, pero sus ojos hablaban por sí mismos. Perrin tuvo más éxito en hacer caso omiso a esta propuesta no formulada que a la planteada anteriormente en voz alta.

Antes de que llegaran al final de pasillo, Berelain salió precipitadamente de la iluminada antesala, arrebujándose en una fina bata. La Principal de Mayene caminaba tan deprisa que casi iba corriendo.

Para demostrar a Faile que podía ser tan cortés como el que más, Perrin hizo una inclinación que Mat difícilmente habría mejorado. Por su parte, la reverencia de Faile se limitó a un leve cabeceo y a doblar apenas la rodilla. Perrin no reparó en ello pues, cuando Berelain pasó junto a los dos, sin dirigirles siquiera una mirada, exudaba tal olor a miedo, rancio y penetrante como una herida infestada, que las aletas de su nariz se agitaron. Comparado con el de la mujer, el miedo de Torean no era nada. Éste era un pánico irracional refrenado a duras penas y a punto de estallar. Se irguió lentamente, siguiéndola con la mirada.

—¿Regalándote los ojos? —preguntó Faile con suavidad.

Absorto en Berelain, preguntándose qué la habría empujado casi al borde de la locura, habló sin pensar:

—Olía a…

A lo lejos, en el pasillo, Torean salió de repente por un corredor lateral y cogió a Berelain del brazo. Habló mucho y rápidamente, pero Perrin sólo consiguió entender unas cuantas palabras sueltas, algo acerca de sobreestimarse en su orgullo y algo más que parecía una oferta de Torean para protegerla. La respuesta de la mujer fue sucinta y cortante, e incluso más ininteligible, expresada con la barbilla bien alta. Luego, la

Principal de Mayene se soltó con un brusco tirón y se marchó, la espalda recta y aparentemente recuperado en parte el dominio de sí misma. Torean iba a ir tras ella, pero en ese momento vio a Perrin observándolos. Tocándose la nariz con el pañuelo, el Gran Señor desapareció de nuevo por el corredor lateral.

—Me importa poco si olía a Esencia de Aurora —replicó Faile amenazadoramente—. A ésa no le interesa cazar un oso por muy bonita que luciera la piel estirada sobre una pared. Va a la caza del sol.

—¿Del sol? —La miró perplejo—. ¿Un oso? ¿De qué estás hablando?

—Sigue tú solo. Creo que me voy a la cama.

—Si es lo que quieres —respondió Perrin lentamente—, pero pensé que estabas tan ansiosa como yo de saber lo que pasó.

—Me parece que no. He estado evitándolo hasta ahora, así que no fingiré que estoy deseosa de encontrarme con el… con Rand. Y menos después de lo que ha pasado. Vosotros dos disfrutaréis de una charla amena sin mí, sobre todo si hay vino.

—No entiendo nada —murmuró él—. Si te apetece irte a la cama, hazlo, pero me gustaría que hablaras de forma comprensible.

Durante un momento la joven lo miró a la cara, como estudiándolo, y después, inopinadamente, se mordió el labio. Daba la impresión de que procuraba contener la risa.

—Oh, Perrin, a veces creo que es tu inocencia lo que más me gusta de ti. —Efectivamente, en su voz había ribetes jocosos—. Anda a reunirte con… tu amigo, y me lo cuentas mañana. Si no todo, lo que quieras. —Le hizo agachar la cabeza para darle un suave y rápido beso en los labios y después regresó corriendo pasillo abajo.

Perrin sacudió la cabeza y siguió a la joven con la mirada hasta que desapareció por la escalera sin que Torean diera señales de vida. A veces era como si Faile hablara en otro idioma. Perrin se encaminó hacia las luces.

La antesala era una estancia redonda de unos cincuenta pasos de diámetro. Un centenar de lámparas doradas colgaban del alto techo suspendidas por cadenas igualmente doradas. Unas columnas de piedra roja pulida configuraban un anillo interior, y daba la impresión de que el suelo estaba hecho con una única y enorme losa de mármol negro veteada con oro. Ésta había sido la antesala de los aposentos reales en los tiempos en que hubo reyes en Tear, antes de que Artur Hawkwing se erigiera único soberano de todas las tierras desde la Columna Vertebral de Mundo hasta el Océano Aricio. Los reyes tearianos no regresaron después de que el imperio de Hawkwing se derrumbó, y durante mil años los únicos habitantes de estos aposentos fueron ratones moviéndose entre el polvo. Ningún Gran Señor había poseído nunca suficiente poder para reclamarlos para sí.

Un anillo de cincuenta Defensores, en posición de firmes, ocupaba el centro de la estancia, los petos y yelmos relucientes, y las lanzas inclinadas exactamente en el

mismo ángulo. Se suponía que, estando apostados de cara a todas las direcciones, protegían al actual señor de la Ciudadela de los intrusos. Su oficial al mando, un capitán que se distinguía del resto por dos plumas cortas de color blanco en el yelmo, mantenía una postura algo menos rígida; una de sus manos reposaba en la empuñadura de la espada mientras que la otra se apoyaba en la cadera, en una actitud prepotente. Todos ellos olían a miedo e incertidumbre, como quienes viven bajo un risco inestable y casi se han convencido de que nunca se desplomará. Por lo menos, durante esta noche. O durante la próxima hora.

Perrin entró en la antesala haciendo resonar los tacones de sus botas al caminar. El oficial hizo intención de salirle al paso, pero vaciló al ver que Perrin no se paraba. Por supuesto sabía, como cualquier otro teariano, quién era: un compañero de viaje de las Aes Sedai y amigo del lord Dragón. Un personaje al que un simple oficial de los Defensores de la Ciudadela no debía cerrar el paso. Había que tener en cuenta su aparente cometido de velar por el descanso del lord Dragón, desde luego; pero, a pesar de que seguramente no lo admitiría siquiera ante sí mismo, el capitán tenía que saber que su pose bizarra y su armadura brillante sólo eran fachada. Los verdaderos guardias eran los que encontró Perrin cuando dejó atrás las columnas y se acercó a la puerta de los aposentos de Rand.

Habían permanecido sentadas tras las columnas, tan inmóviles que se confundían con la piedra, si bien sus chaquetas y calzones —en tonos grises y pardos para servirles de camuflaje en el Yermo— resaltaron tan pronto como se movieron. Seis Doncellas Lanceras, mujeres Aiel que habían preferido la vida de guerreras a la del hogar, se interpusieron entre él y las puertas; se movían sin hacer ruido gracias a las suaves botas atadas con cordones que les llegaban a las rodillas. Eran altas para ser mujeres; la de más talla debía de medir un palmo menos que el propio Perrin. Tenían la piel curtida por el sol y llevaban el cabello muy corto, de color rubio o rojizo o de tonalidades intermedias. Dos de ellas sostenían arcos curvados con las flechas encajadas en la cuerda, pero sin tensar. Las demás llevaban pequeñas adargas de cuero y tres o cuatro lanzas cortas cada una; cortas pero con la punta lo bastante larga para atravesar a un hombre y sobrar todavía varios centímetros.

—No puedo dejarte entrar —manifestó una mujer de cabello de un fuerte tono pelirrojo, que esbozó una leve sonrisa para quitar hierro a sus palabras. Los Aiel no sonreían tanto como otros pueblos y tampoco demostraban sus sentimientos—. Al parecer no quiere ver a nadie esta noche.

—Voy a pasar de todos modos, Bain.

Sin tomar en cuenta sus lanzas la cogió por la parte superior de los brazos. Entonces no le fue posible hacer caso omiso de las armas, pues la mujer se las había ingeniado para poner la punta de una de ellas contra su garganta. Por si fuera poco, otra mujer de cabello más rubio llamada Chiad le puso una de sus lanzas al otro lado

del cuello, como si tuvieran intención de hacer que las puntas se encontraran en un punto intermedio de su gaznate. Las demás mujeres se limitaron a mirarlos, seguras de que Bain y Chiad eran capaces por sí mismas de hacer lo que fuera preciso. Aun así, Perrin mantuvo la calma.

—No tengo tiempo para discutir contigo, aparte de que, si no recuerdo mal, no eres de las que escuchan a quienes opinan de manera distinta. Voy a entrar. —Con la mayor delicadeza posible, levantó en vilo a Bain y la apartó a un lado.

La lanza de Chiad apretaba su garganta de tal manera que sólo necesitaba una leve presión para hacerle sangre, pero Bain, tras abrir mucho los azules ojos por la sorpresa, apartó la suya y sonrió.

—¿Te gustaría aprender un juego llamado el Beso de las Doncellas, Perrin? Creo que sabrías jugarlo muy bien. Por lo menos aprenderías algo.

Otra de las Aiel se echó a reír, y Chiad apartó la lanza de su cuello. Perrin inhaló profundamente; confiaba en que no se hubieran dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración desde que las puntas de las lanzas lo habían tocado. No llevaban cubierto el rostro —sus *shoufa* aparecían enrollados en torno a sus cuellos cual oscuras bufandas— pero Perrin ignoraba si las Aiel tenían que cubrirse con él antes de matar, aunque sí sabía que ponérselo significaba que estaban listas para hacerlo.

—Quizás en otro momento —contestó amablemente. Todas ellas sonreían como si Bain hubiera dicho algo divertido, y el hecho de que él no lo entendiera era parte del chiste. Thom tenía razón. El hombre que intentara comprender a las mujeres acabaría volviéndose loco, fueran del país que fueran y pertenecieran a la clase social que pertenecieran; eso era lo que decía Thom.

Alargaba la mano hacia el tirador dorado de la puerta que tenía forma de león rampante cuando Bain añadió:

—¡Allá tú! Ya ha ahuyentado a quien la mayoría de los hombres consideraría mucho mejor compañía que tú.

«¡Ah, claro, Berelain! Venía de aquí. Esta noche todo anda revuelto», pensó mientras abría la puerta.

Perrin olvidó completamente a la Principal de Mayene en el momento en que echó un vistazo al dormitorio. Los espejos colgaban rotos de las paredes y el suelo estaba sembrado de fragmentos de cristal y de porcelana, así como de plumas del relleno del cobertor desgarrado. Varios libros abiertos yacían entre el revoltijo de sillas y bancos volcados. Y Rand estaba sentado a los pies de la cama, recostado contra uno de los postes del lecho con los ojos cerrados y las manos fláccidas sobre *Callandor*, que descansaba sobre sus rodillas. Y estaba cubierto de sangre.

—¡Traed a Moraine! —instó bruscamente a las Aiel. No sabía si Rand seguía vivo, pero si lo estaba necesitaba los dones curativos de la Aes Sedai—. ¡Decidle que

se apresure!

Oyó que daban un respingo y enseguida sonó la precipitada carrera de unas suaves botas alejándose. Rand levantó la cabeza. Su rostro era una máscara embadurnada de sangre.

—Cierra la puerta.

—Moraine estará aquí enseguida, Rand. Ella te…

—Cierra la puerta, Perrin.

Las ceñudas Aiel murmuraron protestas, pero se retiraron, y Perrin cerró la puerta en sus narices cortando así el grito interrogante del capitán de las plumas blancas.

El cristal crujió bajo sus botas cuando cruzó la alfombra dirigiéndose hacia Rand. Desgarró un trozo de una de las sábanas de lino, que estaban completamente destrozadas, y lo apretó contra la herida del costado de Rand a modo de tapón; las manos de su amigo se tensaron sobre la espada transparente al sentir la presión y después se relajaron. La sangre empapó la tela casi de inmediato. Tenía todo el cuerpo repleto de cortes y cuchilladas, desde las plantas de los pies hasta la cabeza; en muchos de ellos, brillaban fragmentos de cristal. Perrin encogió los hombros en un gesto de impotencia; no sabía qué más hacer hasta que viniera Moraine.

—En nombre de la Luz, Rand, ¿qué intentabas hacer? ¿Desollarte vivo? Y también estuviste a punto de matarme a mí. —Pensó que Rand no iba a contestarle.

—Yo no —respondió finalmente su amigo con un susurro casi inaudible—. Fue uno de los Renegados.

Perrin procuró relajar los músculos que, sin darse cuenta, se le habían puesto en tensión, pero sólo lo consiguió en parte. Había mencionado a los Renegados cuando habló con Faile y no había sido por pura casualidad; había procurado no pensar demasiado en lo que los Renegados harían cuando descubrieran el paradero de Rand. Si uno de ellos lograba acabar con el Dragón Renacido, él o ella estaría muy por encima de los demás cuando el Oscuro saliera de su prisión. Y la Última Batalla estaría perdida aun antes de librarse.

—¿Estás seguro? —preguntó también en voz baja.

—Tuvo que ser eso, Perrin. Tuvo que serlo.

—Si otro de ellos vino también por mí… ¿Dónde está Mat, Rand? Si sigue con vida y pasó por lo que yo, estará pensando igual: que fuiste tú. A estas alturas ya debería estar aquí para pedirte cuentas.

—O a lomos de un caballo camino de las puertas de la ciudad. —Rand bregó para sentarse erguido. La sangre reseca se agrietó, y en su pecho y sus hombros manaron nuevos hilillos—. Si Mat ha muerto, harás bien en irte lo más lejos posible de mí. Creo que Loial y tú tenéis razón en cuanto a eso. —Hizo una pausa, estudiando a Perrin—. Mat y tú debéis pensar que ojalá no hubiera nacido. O por lo menos no haberme conocido.

Perrin decidió que no tenía sentido ir a comprobar si a Mat le había ocurrido algo; si tal era el caso, a estas alturas ya no tendría remedio. Además, algo en su interior le decía que su improvisado apósito presionando el costado de Rand lo mantendría con vida hasta que Moraine llegara.

—No parece importarte la posibilidad de que se haya marchado. ¡Demonio, también él es importante! ¿Qué vas a hacer si se ha ido? O si ha muerto, la Luz no lo quiera.

—Lo que menos se esperan. —Los ojos de Rand tenían un velo febril que nublaba sus iris y les otorgaba un tono gris azulado. En su voz había un timbre cortante—. Es lo que habré de hacer en cualquier caso. Lo que menos se espera nadie.

Perrin respiró lenta y profundamente. Rand tenía motivos para estar en tensión, así que sus palabras no podían tomarse como indicio de una locura incipiente. Y él debería dejar de estar al acecho de señales de demencia, porque hacerlo sólo le daría dolor de estómago. Si llegaba lo que temía, ya habría indicios de sobra.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, sin alzar la voz.

—Sólo sé que he de cogerlos desprevenidos. —Cerró los ojos—. A todo el mundo —masculló ferozmente.

Una de las hojas de la puerta se abrió para dar paso a un alto Aiel cuyo rojizo cabello mostraba hebras grises. A su espalda, el oficial teariano de las plumas se empinaba de puntillas para mirar al tiempo que discutía con las Doncellas; seguía discutiendo cuando Bain cerró la puerta.

Rhuarc registró la habitación con sus penetrantes ojos azules, como si sospechara que había enemigos escondidos detrás de cada cortina o de cada mueble volcado. El jefe del clan Taardad no parecía ir armado aparte del cuchillo que llevaba a la cintura, pero la autoridad y seguridad en sí mismo que irradiaba su persona eran armas tan reales como si las llevara enfundadas junto al puñal. Y tenía el *shoufa* sobre los hombros; por poco que se conociera a los Aiel, cualquiera consideraría peligroso el mero hecho de que lo llevara de forma que en cualquier momento podría cubrirse el rostro.

—Ese necio teariano de ahí fuera avisó a su comandante que había pasado algo en esta habitación —dijo Rhuarc—, y los rumores se propagan ya como el moho en una cueva profunda. Los hay para todos los gustos, desde que la Torre Blanca ha intentado mataros hasta que la Última Batalla se ha librado aquí dentro. —Perrin iba a decir algo, pero Rhuarc se anticipó levantando una mano—. Por casualidad topé con Berelain, y su aspecto era el de alguien a quien le han dicho el día que morirá. Me contó lo ocurrido. Y parecía que decía la verdad, aunque no puedo creerlo.

—Mandé llamar a Moraine —intervino Perrin. Rhuarc asintió. Era lógico que lo supiera ya que las Doncellas le habrían dicho todo cuanto sabían.

Rand soltó una corta y dolorida carcajada.

—Le dije que guardara silencio. Por lo visto, el lord Dragón no manda en Mayene. —Su tono era más de divertido sarcasmo que otra cosa.

—Tengo hijas mayores que esa jovencita —dijo Rhuarc—. Dudo que se lo cuente a nadie más, y me parece que ella preferiría olvidar lo que ha pasado esta noche.

—Y a mí me gustaría saber qué ha ocurrido —dijo Moraine que en ese momento entraba en la habitación. Era una mujer ligera y esbelta, de modo que Rhuarc parecía empequeñecerla tanto como el hombre que venía tras ella, Lan, su Guardián; pero la Aes Sedai era quien dominaba en la habitación. Debía de haber venido corriendo para llegar tan pronto, pero se mostraba tan tranquila como un lago helado. No resultaba tarea fácil hacer que Moraine perdiera la serenidad. Llevaba un vestido azul con cuello alto de encaje y mangas arracadas en terciopelo de un tono más oscuro, pero el calor no parecía afectarla. Una pequeña joya azul que descansaba sobre su frente, suspendida de una fina cadena de oro que ceñía su oscuro cabello, reflejaba la luz y resaltaba la ausencia total de transpiración.

Como ocurría cada vez que se encontraban, los gélidos ojos azules de Lan y de Rhuarc casi soltaron chispas al trabarse. Una correa de cuero trenzado sujetaba el oscuro cabello de Lan, que en las sienes mostraba pinceladas grises. Su semblante severo y anguloso parecía tallado en roca, y la espada colgaba a su costado como parte de su cuerpo. Perrin no estaba seguro de cuál de los dos hombres era más letal, pero si un ratón tuviera que alimentarse con la diferencia se moriría de hambre.

Los ojos del Guardián se volvieron hacia Rand.

—Te creía lo bastante mayor para afeitarte sin necesidad de que alguien te guiara la mano.

Rhuarc esbozó un atisbo de sonrisa, pero aunque leve era la primera que Perrin veía en su semblante estando Lan presente.

—Todavía es joven. Aprenderá.

Lan miró de nuevo al Aiel y le devolvió la sonrisa, aunque igualmente leve.

Moraine lanzó a los dos hombres una mirada breve, desdeñosa. Cruzó la alfombra recogiéndose el repulgo del vestido, sin dar la impresión de mirar dónde pisaba, pero caminaba con tanta ligereza que ni un solo fragmento de cristal crujió bajo sus zapatillas. Recorrió con la mirada la habitación abarcando hasta el más pequeño detalle, de eso estaba seguro Perrin. Durante un instante lo observó —Perrin eludió sus ojos; sabía demasiado sobre él para que se sintiera cómodo bajo su escrutinio— pero la Aes Sedai se acercó a Rand cual una silenciosa avalancha, fría e inexorable.

Perrin aflojó la mano y se apartó de su camino. La sangre coagulada dejó el trozo de tela pegado al costado de Rand, y en todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, empezaba a secarse en manchas y reguerillos oscuros; los fragmentos de cristal clavados en su piel relucían a la luz de las lámparas. Moraine tocó el pedazo de tela

empapada de sangre con las puntas de los dedos pero retiró al punto la mano, como si hubiera cambiado de idea respecto a ver lo que había debajo. Perrin no entendía cómo la Aes Sedai era capaz de mirar a Rand sin encogerse, pero lo cierto es que su terso semblante no acusaba emoción alguna. Emitía un leve aroma a jabón de esencia de rosas.

—Por lo menos estás vivo. —Su voz era melodiosa, aunque en este instante tenía una cadencia fría e iracunda—. Ya hablaremos después de lo que ha ocurrido. De momento intenta entrar en contacto con la Fuente Verdadera.

—¿Para qué? —preguntó Rand, cansado—. No me es posible curarme a mí mismo, aunque supiera cómo hacerlo. Nadie puede. De eso estoy seguro.

Durante un instante habríase dicho que Moraine iba a entregarse a un estallido de cólera por extraño que pudiera ser en alguien como ella, pero un segundo después la envolvía de nuevo una calma tan profunda que no parecía posible que pudiera resquebrajarse.

—Sólo parte de la energía de la Curación procede de quien posee el Talento. El Poder es capaz de reponer lo que procede de la persona afectada. Sin él, mañana te pasarás el día entero tumbado, y puede que también pasado mañana. Vamos, entra en contacto con el Poder si estás en condiciones de hacerlo, pero no hagas nada con él, limítate a sujetarlo. Utiliza esto si es preciso. —No tuvo que agacharse mucho para tocar a *Callandor* con los dedos. Rand retiró la espada del contacto de su mano.

—Que me limite a sujetarlo, decís. —Parecía a punto de estallar en risas—. De acuerdo.

Perrin no vio que ocurriera nada, aunque tampoco lo esperaba. El aspecto de su amigo recordaba el de un superviviente de una batalla perdida, la mirada fija en la Aes Sedai. Moraine ni siquiera parpadeó, bien que en dos ocasiones se frotó ligeramente las manos, aparentemente sin advertirlo. Pasado un tiempo Rand suspiró.

—Me es imposible incluso alcanzar el vacío, como si fuera incapaz de concentrarme. —Una fugaz mueca resquebrajó la sangre reseca de su rostro—. No entiendo por qué. —Un grueso hilo rojo resbaló por encima de su ojo izquierdo.

—En tal caso lo haré como siempre. —Moraine tomó la cabeza de Rand entre sus manos sin hacer caso de la sangre que resbaló por encima de sus dedos.

El joven se incorporó de un brinco al tiempo que soltaba un ronco gemido, como si los pulmones se le hubieran vaciado de aire bruscamente, y arqueó la espalda con tal violencia que su cabeza casi escapó de las manos de la Aes Sedai. Uno de sus brazos se alzó hacia un lado con los dedos extendidos y doblados hacia atrás hasta el punto de dar la impresión de que se le romperían; la otra mano se crispó sobre la empuñadura de *Callandor* y los músculos de ese brazo se tensaron como cables. Todo él se sacudía como un trapo zarandeado por un vendaval. La sangre reseca se desprendió de su cuerpo en minúsculas escamas y los fragmentos de cristal cayeron

sobre el arcón y el suelo a medida que los cortes se cerraban y restañaban.

Perrin tiritó como si aquel vendaval lo azotara a él. Había visto llevar a cabo la Curación otras veces y en heridas mayores y más graves, pero nunca le agradaba presenciar el uso del Poder ni saber que se estaba utilizando aunque fuera para esto. Las historias sobre las Aes Sedai que había oído contar a guardias y cocheros de mercaderes se habían imbuido en su mente muchos años antes de que conociera a Moraine. Rhuarc emitía un penetrante olor a desasosiego. Sólo Lan lo tomaba como algo natural. Él y Moraine.

Todo terminó en un visto y no visto. La Aes Sedai retiró las manos y Rand se tambaleó; tuvo que agarrarse a la columna de la cama para sostenerse en pie. Era difícil asegurar a qué se aferraba con mayor tenacidad, si a la columna o a *Callandor*, y, cuando Moraine intentó coger la espada para colocarla de nuevo en su pedestal, él la apartó de la mujer firmemente, casi con rudeza.

La Aes Sedai apretó los labios una fracción de segundo, pero se conformó con quitar el improvisado tapón de tela del costado del joven y lo utilizó para limpiar algunas de las manchas de sangre que había alrededor. La vieja herida volvía a ser una cicatriz tierna; en cambio las demás habían desaparecido por completo, y cualquiera habría pensado que la sangre seca que todavía lo cubría pertenecía a otra persona.

—Sigue sin responder —murmuró Moraine como si hablara consigo misma; tenía fruncido el ceño—. No acaba de curarse del todo.

—Ésa será la que me mate, ¿no es cierto? —le preguntó Rand quedamente y después recitó—: «Su sangre en las rocas de Shayol Ghul, lavando el estigma de la Sombra, en sacrificio por la salvación del hombre».

—Lees demasiado —replicó ella con dureza—, y entiendes poco.

—¿Y vos entendéis más? En tal caso, explicádmelo.

—Lo único que intenta el muchacho es encontrar su camino —acotó Lan de improviso—. A ningún hombre le gusta salir corriendo a ciegas sabiendo que hay un precipicio al frente, en alguna parte.

Perrin dio un respingo de sorpresa. Rara vez Lan se mostraba en desacuerdo con Moraine o, al menos, no lo hacía cuando alguien podía oírlo. Sin embargo, Rand y él habían pasado mucho tiempo juntos practicando esgrima.

Los oscuros ojos de Moraine centellearon, pero eso fue todo.

—Necesita estar en cama —dijo—. ¿Haces el favor de pedir que le preparen otro dormitorio y que le lleven agua para lavarse? Esta habitación necesita una limpieza a fondo y ropa de cama nueva.

Lan asintió y asomó la cabeza a la antesala; dijo algo en voz baja.

—Dormiré aquí, Moraine. —Rand soltó el poste de la cama, se sentó erguido, y plantó la punta de *Callandor* en la alfombra llena de cristales, con las dos manos

reposando en la empuñadura. Si estaba apoyado en la espada, no daba esa impresión —. No me harán salir corriendo de ningún sitio nunca más, ni siquiera de un dormitorio.

—*Tai'shar Manetheren* —murmuró Lan.

Esta vez, hasta Rhuarc se sobresaltó; pero, si Moraine oyó el cumplido de Lan dirigido al joven, no dio señales de ello. La Aes Sedai tenía clavada la mirada en Rand; su rostro estaba impasible pero sus ojos soltaban chispas, mientras que él exhibía una leve sonrisa de curiosidad, como si se preguntara qué pensaría hacer a continuación Moraine.

Perrin se dirigió hacia la puerta sin llamar la atención; si Rand y la Aes Sedai iban a hacer un pulso de voluntades, no pensaba quedarse para presenciarlo. A Lan no parecía preocuparle, aunque resultaba difícil asegurarlo ya que, a juzgar por aquella postura tan suya, la espalda recta y relajada al mismo tiempo, igual podía estar tan aburrido como para quedarse dormido de pie como a punto de desenvainar su espada; su actitud sugería tanto una cosa como la otra, o ambas. Con Rhuarc ocurría otro tanto, aunque el Aiel también echaba ojeadas a la puerta.

—¡Quédate donde estás! —Moraine no apartó los ojos de Rand, y su índice extendido apuntaba a medio camino entre Rhuarc y Perrin, pero en cualquier caso el joven se paró en seco, y el Aiel se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre el pecho.

»Terco —rezongó Moraine, esta vez dirigiéndose a Rand—. De acuerdo. Si tienes intención de quedarte aquí plantado hasta desplomarte, podrías aprovechar el tiempo que te queda antes de irte de bruces al suelo para contarme qué ha pasado aquí. No está en mi mano enseñarte, pero si me lo explicas quizá sepa discernir qué es lo que hiciste mal. No lo veo muy factible, pero tal vez pueda. —Su voz se tornó cortante—. Tienes que aprender a controlarlo, y no lo digo sólo por cosas como ésta. Si no aprendes a controlar el Poder, te matará. Lo sabes. Te lo he advertido muchas veces. Y has de aprenderlo por ti mismo, hallando las respuestas en tu interior.

—Todo cuanto hice fue sobrevivir —replicó él duramente. Moraine abrió la boca para hablar, pero Rand se le anticipó—. ¿Acaso pensáis que sería capaz de encauzar sin darme cuenta? No lo hice mientras dormía. Esto ocurrió estando despierto. —Se tambaleó y buscó apoyo en la espada.

—No podrías encauzar nada dormido salvo en el dominio del Espíritu, y esto no podría achacarse a eso —repuso Moraine fríamente—. Iba a preguntarte qué había pasado.

Perrin notó que los pelos se le ponían de punta a medida que Rand relataba los acontecimientos. Lo del hacha había sido horrible, pero al menos el arma era un objeto tangible, algo real. Que tus propios reflejos se abalanzaran sobre ti desde unos espejos… Sin darse cuenta de lo que hacía, movió los pies para no tener debajo

ningún fragmento de cristal.

A poco de empezar a hablar, Rand echó una fugaz ojeada hacia atrás, al arcón, como con disimulo. Un instante después los fragmentos de cristal que había esparcidos sobre la tapa del arcón se movieron y cayeron a la alfombra como barridos por una escoba invisible. Rand intercambió una mirada con Moraine y después se sentó lentamente antes de proseguir. Perrin no estaba seguro de cuál de los dos había limpiado la tapa del arcón. En el relato de su amigo no se mencionó a Berelain.

—Tuvo que ser uno de los Renegados —terminó Rand—. Quizá Sammael. Dijisteis que estaba en Illian. A menos que uno de ellos se encuentre aquí, en Tear. ¿Podría Sammael llegar a la Ciudadela desde Illian?

—No, ni aunque blandiera a *Callandor* —le aseguró Moraine—. Existen ciertos límites, y Sammael sólo es un hombre, no el Oscuro.

¿Sólo un hombre? A Perrin no le parecía una descripción buena. Un hombre capaz de encauzar pero que, de algún modo, no había enloquecido; al menos de momento, que se supiera. Un hombre quizá tan poderoso como Rand, sólo que su amigo estaba intentando aprender mientras que Sammael sabía ya todos los trucos de sus talentos. Un hombre que había pasado tres mil años encarcelado en la prisión del Oscuro y que se había pasado al bando de la Sombra por propia voluntad. No, «Sólo un hombre» no acertaba a describir, ni por asomo, a Sammael o a cualquiera de los Renegados, hombre o mujer.

—Entonces uno de ellos está aquí, en la ciudad. —Rand agachó la cabeza para apoyarla sobre las muñecas, pero volvió a ponerse derecho bruscamente y miró desafiante a los que estaban en la habitación—. No estoy dispuesto a que se me persiga otra vez. A partir de ahora seré el rastreador y no la presa. Lo encontraré, o la encontraré, y le…

—No creo que fuera un Renegado —lo interrumpió Moraine—. Lo ocurrido era demasiado sencillo y, al mismo tiempo, demasiado complejo.

—Dejaos de adivinanzas, Moraine —instó Rand calmoso—. Si no fue obra de un Renegado, entonces ¿de quién o de qué?

La Aes Sedai mantuvo el gesto impasible, pero se advirtió cierta vacilación, ya fuera porque no estaba segura de la respuesta o porque estaba decidiendo hasta dónde debía revelar lo que sabía.

—Puesto que los sellos que cierran la prisión del Oscuro se están debilitando —dijo al cabo de un tiempo—, tal vez sea inevitable que alguna… miasma escape aunque él siga atrapado. Como las burbujas que salen a la superficie de cosas que se pudren en el fondo del estanque. Pero estas burbujas van a la deriva a través del Entramado hasta que se prenden a uno de los hilos y estallan.

—¡Luz! —A Perrin se le escapó sin querer la exclamación. Moraine volvió los ojos hacia él—. ¿Queréis decir que lo que le ha pasado a Rand podría empezar a

ocurrirle a todo el mundo?

—No a todos. Por lo menos, todavía no. Creo que al principio sólo serán unas pocas burbujas las que escaparán a través de las grietas a las que tiene acceso el Oscuro. Más adelante ¿quién sabe? Y al igual que los *ta'veren* tejen los hilos del Entramado que hay a su alrededor, creo que quizá también atraigan a esas burbujas con más fuerza que los demás. —Su expresión ponía de manifiesto que sabía que Rand no era el único que había tenido una mala experiencia esta noche. Un fugaz atisbo de sonrisa que desapareció casi sin darle tiempo a verlo le dijo a Perrin que podía callar si quería y guardarlo en secreto para los otros, pero que ella lo sabía—. No obstante, en los próximos meses, o años si somos tan afortunados de disponer de tanto tiempo, me temo que mucha gente empezará a ver cosas que la harán encanecer, si es que sobrevive.

—Mat —dijo Rand de repente—. ¿Sabéis si él…? ¿Si ha…?

—Lo sabré pronto —contestó Moraine sosegada—. Lo hecho, hecho está, pero no hay que perder la esperanza. —A pesar de su tono impasible, Perrin olió en ella la inquietud hasta que Rhuarc habló:

—Se encuentra bien. O se encontraba. Me topé con él cuando venía hacia aquí.

—¿Adónde se dirigía? —En la voz de la Aes Sedai había un timbre afilado.

—Me pareció que se encaminaba hacia las dependencias de la servidumbre —contestó el Aiel. Rhuarc sabía que los tres eran *ta'veren* aunque intentara no admitirlo ante sí mismo, y conocía a Mat lo suficiente para añadir—: Pero no iba a los establos, Aes Sedai, sino en dirección contraria, hacia el río. En los muelles de la Ciudadela no hay barcas. —No se atascó al pronunciar las palabras «muelles» y «barcas» como le ocurría a la mayoría de los Aiel, a pesar de que en el Yermo esas cosas sólo existían en los cuentos.

Moraine asintió como si aquello no la sorprendiera. Perrin sacudió la cabeza; la Aes Sedai estaba tan habituada a ocultar lo que pensaba realmente, que ya lo hacía por costumbre.

De repente se abrió una de las hojas de la puerta y entraron Bain y Chiad, sin las lanzas. Bain llevaba una palangana grande y una ancha jofaina de la que salía vapor. Chiad acarreaba toallas dobladas debajo de un brazo.

—¿Por qué lo traéis vosotras? —demandó Moraine.

—La criada no quería entrar —respondió Chiad encogiéndose de hombros.

Rand soltó una seca carcajada.

—Hasta los sirvientes son lo bastante listos para no acercarse a mí. Dejadlo en cualquier parte.

—Se te está acabando el tiempo, Rand —dijo Moraine—. Los tearianos se están acostumbrando a ti, después de la novedad, y nadie teme lo que le es familiar como ocurre con lo desconocido. ¿Cuántas semanas, o días, pasarán antes de que alguien

intente clavarte una flecha en la espalda o echar veneno en tu comida? ¿Cuánto falta para que alguno de los Renegados ataque u otra burbuja se deslice por el Entramado?

—Dejad de meterme prisa, Moraine. —Estaba sucio de sangre, medio desnudo, más apoyado en *Callandor* que en sus piernas, pero se las compuso para dar a sus palabras un timbre de autoridad—. No me precipitaré ni siquiera por vos.

—Elige pronto tu camino. Y esta vez infórmame sobre lo que piensas hacer. Mis conocimientos no te serán útiles si rehúsas aceptar mi ayuda.

—¿Vuestra ayuda? —La voz de Rand sonaba agotada—. Será bienvenida, pero cuando yo lo decida, no vos. —Miró a Perrin como si tratara de comunicarle algo sin palabras, algo que no quería que los otros oyeran. Perrin no tenía ni idea de qué era. Al cabo de un instante, Rand suspiró y sus hombros se hundieron levemente—. Quiero dormir. Idos, todos vosotros, por favor. Hablaremos mañana. —De nuevo dirigió una mirada a Perrin con la que subrayó sus palabras.

Moraine cruzó el cuarto hacia Bain y Chiad, y las dos Aiel acercaron las cabezas para que hablara con ellas sin que la oyeran los otros. Perrin sólo captó un zumbido y se preguntó si la Aes Sedai estaría utilizando el Poder para impedirle que escuchara, ya que conocía su agudeza auditiva. Sus sospechas se confirmaron cuando Bain respondió en un susurro y tampoco logró entender nada. Pero Moraine no había tomado medidas contra su olfato; las Aiel miraban a Rand mientras escuchaban, y olían a recelo, no a miedo, como si Rand fuera un animal grande que podría resultar peligroso si daban un paso en falso.

La Aes Sedai se volvió hacia Rand.

—Hablaremos mañana. No puedes quedarte sentado como una perdiz esperando la red del cazador. —Fue hacia la puerta antes de que Rand tuviera tiempo de contestar. Lan miró al joven y dio la impresión de que quería decirle algo, pero fue en pos de Moraine sin abrir la boca.

—Rand… —llamó Perrin.

—Hacemos lo que ha de hacerse. —No levantó los ojos de la transparente empuñadura a la que se aferraban sus manos—. Todos. —Olía a miedo.

Perrin asintió y salió de la habitación detrás de Rhuarc. A Moraine y Lan no se los veía ya por ningún sitio. El oficial teariano estaba contemplando fijamente la puerta desde una distancia de diez pasos, procurando simular que estaba tan retirado por propio gusto y no a causa de las cuatro Aiel que lo vigilaban. Perrin cayó entonces en la cuenta de que las otras dos Doncellas seguían dentro del dormitorio, y escuchó voces dentro:

—Marchaos —dijo Rand, cansado—. Soltad eso en alguna parte y salid de aquí.

—Si podéis sosteneros en pie, nos iremos —respondió Chiad alegremente—. Vamos, hacedlo.

Se oyó el ruido de agua al verterse en la palangana.

—Ya hemos atendido heridos antes —dijo Bain utilizando un tono tranquilizador —. Y yo solía bañar a mis hermanos cuando eran pequeños.

Rhuarc cerró la puerta y las voces dejaron de oírse.

—No lo tratáis del mismo modo que los tearianos —dijo Perrin quedamente—. Nada de reverencias ni cortesías tontas. Si no recuerdo mal, no os he oído a ninguno llamarlo lord Dragón.

—El Dragón Renacido es una profecía vuestra. La nuestra es El que Viene con el Alba.

—Creía que era la misma. De otro modo ¿por qué vinisteis a la Ciudadela? Demonios, Rhuarc, los Aiel sois el Pueblo del Dragón, como dice la Profecía. Lo admitisteis, aunque no lo dijerais en voz alta.

Rhuarc hizo oídos sordos a esto último.

—En vuestra Profecía del Dragón la caída de la Ciudadela y la toma de *Callandor* proclaman que el Dragón ha renacido. La nuestra dice sólo que la Ciudadela tiene que caer antes de que El que Viene con el Alba aparezca para conducirnos a lo que era nuestro. Puede que sea un solo hombre, pero dudo que ni siquiera las Mujeres Sabias lo sepan con seguridad. Si Rand es el anunciado, hay cosas que aún tiene que hacer para demostrarlo.

—¿Qué cosas?

—Si es el anunciado, él lo sabrá y las hará. Si no lo es, entonces tendremos que seguir buscando.

Algo indescifrable en la voz del Aiel cosquilleó en los oídos de Perrin.

—¿Y si no es él al que buscáis, entonces qué, Rhuarc?

—Que vuestro sueño sea profundo y tranquilo, Perrin. —El Aiel se alejó sin que sus suaves botas hicieran el menor ruido sobre el negro mármol.

El oficial teariano seguía mirando más allá de las Doncellas; olía a miedo, y no conseguía enmascarar en su rostro la rabia y el odio. Si los Aiel decidían que Rand no era El que Viene con el Alba… Perrin observó al oficial teariano e imaginó que las Doncellas no estaban allí, que en la Ciudadela no había Aiel, y un escalofrío lo estremeció. Tenía que asegurarse de que Faile se marchara. Era lo único que le importaba. Que ella decidiera marcharse, y que lo hiciera sin él.

4



Cometas al viento

Thom Merrilin esparció arena sobre lo que había escrito para secar la tinta y después, con cuidado, volvió a echar la arena en el recipiente y cerró la tapa. Revolvió entre los revueltos montones de papeles esparcidos sobre la mesa —seis velas de sebo eran un peligro de incendio, pero necesitaba la luz— y seleccionó una hoja arrugada y vieja que tenía una mancha de tinta. La comparó minuciosamente con la que acababa de escribir y después se atusó un lado del blanco bigote con el pulgar en un gesto satisfecho, a la par que una sonrisa asomaba a su curtido rostro. Hasta el propio Gran Señor Carleon habría creído que era de su puño y letra:

Tened cuidado. Vuestro esposo sospecha.

Sólo esas palabras, y sin firma. Ahora, si podía arreglarlo para que el Gran Señor Tedosian lo encontrara donde su esposa, lady Alteima, pudiera haberlo dejado por descuido…

Sonó una llamada a la puerta que lo hizo dar un brinco de sobresalto. Nadie acudía a verlo a esas horas de la noche.

—Un momento —contestó mientras recogía precipitadamente plumas, tinteros y papeles seleccionados y los guardaba en una destartalada escribanía—. Me estoy poniendo una camisa.

Cerró el estuche de la escribanía y la metió debajo de la mesa, donde pasaba inadvertida a menos que se buscara a propósito; luego echó un rápido vistazo a su pequeño cuarto sin ventana para comprobar si había dejado fuera algo que no debía estar a la vista. La estrecha y revuelta cama estaba llena de aros y bolas para juegos malabares, y entre sus cosas de afeitar, sobre un estante, había varitas mágicas de fuego y pequeños objetos para la prestidigitación. Su capa de juglar, cubierta de parches sueltos de multitud de colores, colgaba de un gancho en la pared junto con su muda de ropa y las fundas de cuero duro que guardaban su arpa y su flauta. Un pañuelo femenino de roja seda transparente aparecía atado alrededor de la correa de

la funda del arpa, pero podría pertenecer a cualquier mujer.

No recordaba quién lo había atado allí; procuraba prestar igual atención a todas las mujeres, siempre con un trato alegre y divertido. Su lema era hacerlas reír e incluso suspirar, pero evitando compromisos; no tenía tiempo para eso. Era el razonamiento que siempre se hacía.

—Ya voy. —Se dirigió a la puerta renqueando, irritado. Hubo un tiempo en que arrancaba exclamaciones a personas que, a pesar de estar viéndolo, no podían creer que un enjuto y canoso viejo fuera capaz de hacer piruetas y acrobacias con la rapidez y la agilidad de un muchacho. La cojera había acabado con eso, y lo odiaba. La pierna le dolía más cuando estaba cansado. Abrió la puerta de un tirón y parpadeó por la sorpresa.

—Vaya. Entra, entra, Mat. Te creía trabajando de firme para aligerar las bolsas de los petimetres aristócratas.

—No querían jugar más esta noche —repuso Mat amargamente mientras se dejaba caer en una banqueta de tres patas. Llevaba la chaqueta desabrochada y el cabello alborotado. Sus castaños ojos lanzaban rápidas miradas a un lado y a otro, sin detenerse en un sitio mucho tiempo, pero no había en ellos su habitual expresión risueña que sugería que había visto algo gracioso que a los demás les había pasado por alto.

Thom lo observó fruncido el entrecejo, pensativo. Mat no cruzaba jamás este umbral sin lanzar alguna pulla respecto al pobre aspecto del cuarto. Aceptaba la explicación de Thom de que ocupar este dormitorio próximo a las dependencias de la servidumbre contribuiría a que la gente olvidara que había llegado bajo los auspicios de las Aes Sedai, pero Mat no era de los que dejaban pasar una ocasión para hacer una broma. Si además se daba cuenta de que el cuarto también servía para que nadie pensara que Thom tenía algo que ver con el Dragón Renacido, siendo Mat como era probablemente pensaría que era un deseo razonable. A Thom le habían bastado dos frases pronunciadas rápidamente en uno de los raros momentos en los que nadie miraba para hacer comprender a Rand la verdadera razón. Todo el mundo escuchaba y miraba a un juglar, pero nadie lo veía en realidad ni recordaba con quién hablaba siempre y cuando sólo fuera eso, un juglar, con sus números de prestidigitación adecuados para gentes del campo, sirvientes y, tal vez, para divertir a las damas. Así era como lo veían los tearianos. Después de todo, no era un bardo.

¿Qué preocupaba al muchacho para que apareciera a esa hora? Seguramente algo relacionado con una u otra jovencita o con alguna mujer más madura que se había dejado engatusar por su traviesa sonrisa. No obstante, actuaría como si ésta fuera una de las habituales visitas de Mat hasta que el muchacho dijera lo contrario.

—Iré por el tablero de damas. Es tarde, pero tenemos tiempo para echar una partida. —No pudo evitar añadir—: ¿Te apetece que hagamos una apuesta? —Jamás

apostaría ni una moneda de cobre con Mat jugando a los dados, pero con las damas era otro cantar; consideraba que en este juego había demasiado orden y movimientos para que la extraña suerte de Mat funcionara.

—¿Qué? Ah, no. Es demasiado tarde para juegos. Thom, ¿ha…? ¿Ha pasado… algo aquí abajo?

Thom dejó el tablero apoyado contra la pata de la mesa y cogió la bolsa del tabaco y la pipa larga que estaban entre el montón de cosas que quedaban todavía encima de la mesa.

—¿Cómo qué? —preguntó mientras llenaba la cazoleta y apretaba el tabaco con la yema del pulgar. Le dio tiempo a enrollar un trozo de papel, acercarlo a la llama de una de las velas, encender la pipa y soltar una bocanada de humo antes de que Mat contestara.

—Como que Rand se haya vuelto loco, a eso me refiero. No, no lo habríais tenido que preguntar si hubiera pasado algo.

Un hormigueo en la espalda hizo que Thom moviera los hombros, pero soltó el humo azulado con tanta calma como le fue posible y se sentó en la silla con la pierna dañada estirada ante sí.

—¿Qué ha pasado?

Mat respiró hondo y luego soltó todo de un tirón:

—Los naipes de la baraja intentaron matarme. La Amyrlin, y el Gran Señor, y… No lo he soñado, Thom. Por eso es por lo que esos pretenciosos grajos no quieren jugar más conmigo. Tienen miedo de que vuelva a pasar. Thom, estoy pensando marcharme de Tear.

La picazón era ahora tan fuerte que tenía la sensación de que una fila de hormigas negras le estuviera bajando por la espalda. ¿Por qué no se habría marchado él de Tear mucho antes? Habría sido lo más sensato. Había cientos de pueblos ahí fuera, esperando a que un juglar los entretuviera y los divirtiera. Y todos ellos con una posada o dos llenas de vino con el que ahogar los recuerdos. Pero, si lo hiciera, Rand no tendría a nadie aparte de Moraine para impedir que los Grandes Señores lo arrinconaran o incluso le cortaran el cuello. La Aes Sedai podía hacerlo, por supuesto. Con métodos distintos de los suyos. Era de Cairhien, lo que significaba que seguramente habría mamado el Juego de las Casas en la leche de su madre. Y de paso tendería otro hilo alrededor de Rand a favor de la Torre Blanca, enredándolo en sus redes de Aes Sedai de tal modo que jamás podría escapar. Claro que si el chico empezaba ya a volverse loco…

«Necio», se increpó para sus adentros. Solamente un completo estúpido seguiría mezclado en esto por algo que había ocurrido quince años atrás. Con quedarse no lo cambiaría; lo hecho, hecho estaba. Tenía que ver a Rand cara a cara, a pesar de lo que le había dicho sobre mantenerse alejado de él. Quizá nadie consideraría demasiado

raro que un juglar pidiera interpretar una canción que había sido para el lord Dragón, una canción compuesta expresamente para esta ocasión. Se sabía un canto kandorés de contenido ambiguo en el que se alababa a un señor sin nombre por su grandeza y valor en un estilo ostentoso que no precisaba del todo proezas ni lugares. Seguramente lo había encargado un señor cuyas gestas no merecían proclamarse. En fin, ahora le sería de utilidad. A menos que a Moraine le pareciera extraño. Eso sería tan malo como que a los Grandes Señores les llamara la atención. «¡Soy un completo necio! ¡Tendría que marcharme de aquí esta misma noche!»

Estaba tan nervioso que sentía ardor en la boca del estómago, pero había pasado muchos años aprendiendo a mantener el gesto impasible antes de echarse sobre los hombros la capa de juglar. Hizo tres anillos de humo, unos dentro de los otros.

—Estás pensando en marcharte de Tear desde el mismo día en que pisaste la Ciudadela —dijo después.

Sentado al borde de la banqueta, Mat le lanzó una mirada furiosa.

—Y es lo que tengo intención de hacer. Lo es. ¿Por qué no venís conmigo, Thom? Hay ciudades en las que se piensa que el Dragón Renacido sigue siendo una leyenda, donde nadie se ha acordado de las malditas Profecías del maldito Dragón desde hace años, si es que han pensado alguna vez en ellas. Lugares donde creen que el Oscuro es un cuento de viejas, y los trollocs, relatos de viajeros chiflados, y los Myrddraal un recurso para asustar a los niños. Vos podríais tocar el arpa y relatar vuestras historias, y yo podría encontrar una buena partida de dados. Viviríamos como grandes señores, viajando cuando quisiéramos, quedándonos donde nos apeteciera, sin que nadie intentara matarnos.

Aquello se acercaba mucho a la verdad para sentirse cómodo. En fin, era un necio y no había vuelta de hoja; sólo le quedaba actuar lo mejor que supiera.

—Si realmente tienes intención de irte, ¿por qué no lo has hecho?

—Moraine me vigila —repuso Mat amargamente—. Y, cuando no es ella, algún otro se ocupa de hacerlo.

—Lo sé. A las Aes Sedai no les gusta soltar a alguien una vez que le han echado mano. —Sabía que había algo más de lo ya sabido, pero al parecer Mat no pensaba admitirlo; y ninguno de los que conocía tampoco soltaba prenda, si es que alguien lo sabía aparte de Moraine. Tampoco importaba. Le gustaba Mat e incluso, en cierto sentido, tenía un deber con él. Pero Mat y sus problemas eran una simple rareza comparado con lo de Rand—. Pero la verdad es que no creo que te tenga vigilado todo el tiempo.

—Como si lo estuviera. Siempre está preguntando a la gente dónde estoy, qué hago. No me quita ojo. ¿Sabéis de alguien que no le diga a una Aes Sedai lo que quiere saber? Yo no. Como si me tuviera vigilado, igual.

—Se puede eludir la vigilancia si uno se lo propone. Y nunca he conocido a

alguien que sepa escabullirse mejor que tú. Tómalo como un cumplido.

—Siempre surge algo —murmuró—. Aquí se mueve mucho oro. Y en las cocinas hay una chica de grandes ojos a la que le gustan los besos y las carantoñas, y una de las doncellas tiene el cabello sedoso y largo hasta la cintura y los senos más… —Dejó sin terminar la frase al darse cuenta de lo estúpido que debía de sonar lo que decía.

—¿Has considerado que a lo mejor es por…?

—Si mencionáis la palabra *ta'veren*, Thom, me voy.

—¿… que a lo mejor es porque Rand es amigo tuyo y no quieres abandonarlo? —acabó Thom, que había cambiado lo que iba a decir.

—¡Abandonarlo! —El muchacho se incorporó con tanta brusquedad que derribó la banqueta—. ¡Thom, es el condenado Dragón Renacido! Por lo menos es lo que dicen él y Moraine. Tal vez lo sea, ya que puede encauzar y tiene esa jodida espada que parece de cristal. ¡Profecías! No lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es de que hace falta estar tan loco como estos tearianos para quedarse aquí. —Hizo una pausa—. ¿Vos qué opináis, Thom? ¿Creéis que Moraine me estará reteniendo en la Ciudadela, con el Poder?

—Dudo que pueda hacerlo —respondió lentamente el juglar. Sabía bastante sobre las Aes Sedai, lo suficiente para comprender lo mucho que ignoraba, y creía que tenía razón en esto.

Mat se pasó los dedos por el pelo.

—Thom, la idea de marcharme está siempre presente en mi cabeza, pero… me asaltan esas extrañas sensaciones, casi como si fuera a pasar algo. Algo… grave, ésa es la palabra. Es como saber que habrá fuegos artificiales el Día Solar, sólo que ignoro qué es lo que barrunto. Me ocurre cada vez que pienso seriamente en marcharme y, de repente, encuentro un motivo para quedarme otro día más. Siempre es un solo jodido día más. ¿No os suena a manejos de las Aes Sedai?

Thom se tragó la palabra *ta'veren* y se quitó la pipa de la boca para mirar fijamente el tabaco prendido de la cazoleta. No sabía mucho acerca de los *ta'veren*. Claro que nadie sabía gran cosa a excepción de las Aes Sedai o quizás algunos de los Ogier.

—Nunca se me ha dado bien ayudar a otros con sus problemas. —«Y menos teniendo los míos propios», pensó—. Teniendo a mano una Aes Sedai, aconsejaría a la mayoría que le pidiera ayuda a ella. —«Consejo que yo mismo no seguiría.»

—¡A Moraine, decís!

—Supongo que eso queda descartado en este caso, pero Nynaeve era tu Zahorí en Campo de Emond. Las Zahoríes están acostumbradas a responder las preguntas de la gente y ayudarla con sus problemas.

Mat soltó una seca risotada.

—¿Y aguantar uno de sus sermones sobre la bebida, el juego y…? Thom, me trata como si tuviera diez años. A veces pienso que cree que me casaré con una bonita chica y me instalaré en la granja de mi padre.

—Algunos hombres no pondrían objeciones a llevar esa clase de vida —comentó el juglar quedamente.

—Bueno, pues yo sí. Quiero algo más que vacas, ovejas y tabaco para el resto de mi vida. Quiero… —Mat sacudió la cabeza—. Todas estas lagunas en la memoria. A veces creo que podría llenarlas, que sabría… ¡Diantre, no sé lo que sabría, pero sí sé que deseo saberlo! Parece un acertijo embrollado, ¿verdad?

—Ni siquiera estoy seguro de que una Aes Sedai pueda ayudarte en esto, pero desde luego un juglar no puede.

—¡He dicho que nada de Aes Sedai!

—Cálmate, chico. —Thom suspiró—. No estaba sugiriendo que lo hicieras.

—Me marcho. Tan pronto como haya recogido mis cosas y encuentre un caballo. Ni un minuto más.

—¿En mitad de la noche? Podrás esperar hasta mañana por la mañana, ¿no? —«Si es que realmente te marchas», se abstuvo de añadir—. Siéntate y tranquilízate. Jugaremos una partida de damas. Tengo una jarra de vino en alguna parte.

Mat vaciló y echó un vistazo a la puerta.

—Esperaré hasta mañana. —Había incertidumbre en su voz, pero recogió la banqueta volcada y la colocó junto a la mesa—. Pero no tomaré vino —añadió mientras volvía a sentarse—. Bastantes cosas raras me pasan cuando estoy sobrio. Quiero tener la cabeza despejada.

Thom mostró un talante pensativo mientras colocaba el tablero y la bolsa de las fichas. Con qué facilidad se había distraído el chico. Arrastrado por otro *ta'veren* más fuerte, Rand al'Thor, a su modo de ver. Se le pasó por la cabeza la idea de que a lo mejor le ocurría lo mismo a él. Su vida no iba encaminada hacia la Ciudadela de Tear y a este pequeño cuarto cuando conoció a Rand, pero desde entonces había estado dando bandazos como una cometa a la que tiran de la cuerda. Si decidía marcharse, por ejemplo porque Rand se volviera realmente loco, ¿encontraría razones para aplazarlo?

—¿Qué es esto, Thom? —Mat había dado con la bota en la escribanía que estaba debajo de la mesa—. ¿Puedo quitarlo de aquí?

—Por supuesto. —Se encogió por dentro cuando Mat empujó la caja a un lado con el pie, sin demasiadas contemplaciones. Confiaba en haber cerrado bien los tapones de los tinteros—. Elige —ofreció al tiempo que tendía las manos cerradas.

Mat tocó la izquierda, y Thom la abrió mostrando una suave ficha negra de piedra. El chico rió satisfecho de ser el primero en mover, y puso la ficha en el tablero de casillas cruzadas. Nadie que viera el brillo de entusiasmo en sus ojos

habría dicho que un momento antes estaba ansioso por marcharse. Una grandeza que rehusaba admitir pegada a su espalda, y una Aes Sedai resuelta a conservarlo como una de sus mascotas. El chico estaba pillado y bien pillado.

Si también lo estaba él, decidió Thom, valdría la pena ayudar a que un hombre, al menos, se librara de las Aes Sedai. Valdría la pena para saldar la deuda que tenía desde hacía quince años.

Sintiendo una repentina y extraña satisfacción, colocó su ficha blanca.

—¿Te he contado alguna vez —empezó sin quitarse la pipa de la boca— lo de la apuesta que hice con una domani? Tenía unos ojos en los que un hombre podía perder el alma, y una extraña ave de plumas rojas que había comprado en un barco de los Marinos y que, según ella, sabía leer el futuro. Esta ave tenía un grueso y enorme pico amarillo casi tan largo como el cuerpo, y…

5



Interrogatorios

Ya tendrían que estar de vuelta. —Egwene agitó enérgicamente el abanico de seda, contenta de que al menos por las noches no hiciera tanto calor como durante el día. Las mujeres tearianas llevaban abanicos a todas horas (por lo menos las nobles y las acomodadas) pero, por lo que había comprobado, no servían para nada salvo después de ponerse el sol, y aun entonces tampoco para mucho. Hasta las lámparas, unos objetos grandes, dorados y con espejos, colocados en soportes de pared plateados, contribuían a incrementar el calor—. ¿Qué los habrá entretenido? —Una hora, les había prometido Moraine, por primera vez desde hacía días, y luego, antes de cinco minutos, se había marchado sin dar explicaciones—. ¿Dijo algo que apuntara para qué querían verla, Aviendha? ¿O quién la mandó llamar?

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, los verdes ojos resaltando en contraste con la tez morena, la Aiel se encogió de hombros. Vestía chaqueta, calzones y suaves botas, y llevaba el *shoufa* enrollado al cuello; aparentemente, no iba armada.

—Careen le dio el mensaje en voz baja, y no habría sido correcto escuchar. Lo lamento, Aes Sedai.

Egwene se sintió culpable y empezó a juguetear con el anillo de la Gran Serpiente que llevaba en la mano derecha, el ofidio dorado que se mordía su propia cola. En su condición de Aceptada debería haberlo llevado en el dedo corazón de la mano izquierda, pero la pequeña artimaña hacía creer a los Grandes Señores que tenían a cuatro Aes Sedai dentro de la Ciudadela y por ende los obligaba a mantener los buenos modales o lo que los nobles tearianos entendían como tal. Moraine no mentía, por supuesto; nunca dijo que fueran más que Aceptadas, pero tampoco decía que lo eran, y dejaba que cada cual pensara lo que quisiera pensar y creyera lo que le parecía ver. Moraine no podía mentir, pero era capaz de dar a la verdad una interpretación muy particular.

No era la primera vez que Egwene y las otras habían fingido que pertenecían ya a la hermandad desde su salida de la Torre, pero cada vez se sentía más incómoda por engañar a Aviendha. Le gustaba la Aiel y creía que podrían ser amigas si tuvieran la oportunidad de conocerse, pero tal cosa no parecía posible mientras Aviendha creyera

que Egwene era Aes Sedai. La Aiel estaba allí a instancias de Moraine, que había dado la orden con algún propósito que sólo conocía ella. Egwene sospechaba que la razón era proporcionarles una guardia personal Aiel, como si ellas no supieran defenderse. Aun así, aun en el caso de que Aviendha y ella se hicieran amigas, no podría decirle la verdad. Moraine había dejado bien claro que el mejor modo de guardar un secreto era evitar que lo descubriera quien no tenía por qué saberlo. En ocasiones Egwene había deseado que la Aes Sedai se equivocara de manera notoria, aunque sólo fuera una vez. Nada que acabara en desastre, desde luego. Ésa era la pega.

—Tanchico —murmuró Nynaeve. La gruesa trenza de oscuro cabello le colgaba por la espalda hasta la cintura. Se encontraba asomada a una de las estrechas ventanas que estaban abiertas para que entrara el más leve soplo de aire nocturno. Allá abajo, en el ancho cauce del río Erinin, se mecían las linternas de las escasas barcas de pesca que no se habían aventurado corriente abajo, pero Egwene dudaba que Nynaeve las viera—. Al parecer no hay más remedio que ir a Tanchico. —Sin ser consciente de ello dio un tirón a su vestido verde de escote lo bastante amplio para dejar al aire sus hombros; era un gesto que repetía muy a menudo. Si Egwene se lo hubiera insinuado, habría negado que llevaba ese vestido por Lan, el Guardián de Moraine, pero el verde, el azul y el blanco parecían ser los colores favoritos de Lan en las mujeres, y cualquier vestido que no fuera de esas tonalidades había desaparecido del armario de Nynaeve—. No hay más remedio. —No parecía complacerle la perspectiva.

Egwene se sorprendió dando también un tirón a su vestido. Se sentía rara con este tipo de vestimenta sujeta sólo a los hombros. Por otro lado, estaba segura de que no habría soportado llevar otra prenda que la tapara más. A pesar de su ligereza, el lino rojo pálido daba la impresión de ser lana. Deseó tener el coraje suficiente para ponerse los atuendos de sutiles tejidos que llevaba Berelain. No los consideraba apropiados para estar en público, pero debían de ser frescos.

«Deja de preocuparte por la comodidad y céntrate en el asunto que tenemos entre manos», se reprendió para sus adentros.

—Tal vez —contestó en voz alta—, pero no estoy convencida de ello.

Una mesa larga y estrecha que relucía a fuerza de frotarla con cera ocupaba el centro de la habitación. En el extremo más próximo a Egwene había una silla de respaldo alto, de talla delicada y con alguno que otro toque dorado, bastante sencilla para los gustos de Tear; la altura del respaldo de las sillas de los laterales disminuía de manera progresiva, de forma que las que estaban al final parecían poco más que bancos. Egwene ignoraba el uso que los tearianos habían dado a esta estancia. Ellas la habían utilizado para interrogar a dos prisioneras capturadas durante la caída de la Ciudadela.

Era incapaz de bajar a las mazmorras, aunque Rand había ordenado que todos los

instrumentos que habían decorado las paredes de la sala de guardia fueran fundidos o quemados. Tampoco Nynaeve ni Elayne se mostraron ansiosas por regresar allí. Además, esta estancia tan luminosa, con sus limpias baldosas verdes y sus paneles de pared luciendo tallas de las Tres Lunas Crecientes del estandarte de Tear, ofrecía un marcado contraste con la lúgubre piedra gris de las celdas, todas ellas tan oscuras, húmedas y sucias. Aquello había de tener cierto efecto debilitante en las dos mujeres, con sus ropas de prisioneras hechas con burda lana.

No obstante, únicamente esa prenda de color pardo habría dado a entender a cualquier persona que Joiya Byir, de pie y dando la espalda a la mesa, era una prisionera. Había pertenecido al Ajah Blanco y no había perdido en lo más mínimo la fría arrogancia de las Blancas cuando se pasó al Ajah Negro. Su actitud ponía de manifiesto que si estaba en aquella postura rígida, sin apartar los ojos de la pared del fondo, era por propia elección y no por otras razones. Sólo una mujer capaz de encauzar habría vislumbrado el flujo del elemento Aire, del grueso de un pulgar, que mantenía los brazos de Joiya contra los costados y los tobillos sujetos entre sí. Una jaula tejida también con Aire la obligaba a tener los ojos fijos al frente, e incluso los oídos los tenía tapados para que no pudiera escuchar lo que decían hasta que quisieran que lo oyera.

Egwene volvió a revisar el escudo tejido del elemento Energía que impedía que Joiya entrara en contacto con la Fuente Verdadera. Resistía, como sabía que lo haría. Ella misma había tejido todos los hilos alrededor de Joiya y los había atado para que se sustentaran, pero no se sentía tranquila estando en la misma habitación con una Amiga Siniestra que tenía la habilidad de encauzar, aunque estuviera aislada. No sólo era una Amiga Siniestra. También pertenecía al Ajah Negro, y el asesinato era el menor de sus crímenes. Se habría doblado bajo el peso de los juramentos quebrantados, las vidas destrozadas y las almas mancilladas que podían achacársele.

La otra prisionera, hermana también del Ajah Negro, carecía de su fortaleza. De pie al otro extremo de la mesa, con los hombros hundidos y la cabeza gacha, Amico Nagoyin pareció encogerse bajo la mirada de Egwene. No era preciso levantar un escudo a su alrededor; Amico había sido neutralizada durante su captura. Capaz todavía de percibir la Fuente Verdadera, jamás volvería a tocarla, jamás volvería a encauzar. El deseo, la necesidad, permanecería con tanta intensidad como el respirar, y tendría presente su pérdida durante el resto de su vida, el *Saidar* fuera de su alcance para siempre. Egwene hubiera querido sentir un retazo de piedad, pero tampoco se esforzó en ello.

Amico murmuró algo sin alzar la vista del tablero de la mesa.

—¿Qué? —inquirió Nynaeve—. ¡Habla alto!

Amico levantó la cabeza sumisamente. Seguía siendo una mujer hermosa de oscuros y grandes ojos, pero había algo distinto en ella que Egwene no acababa de

definir. No se trataba del miedo que la hacía aferrar su burda ropa de prisionera con ambas manos. Era algo más. Amico tragó saliva trabajosamente antes de contestar.

—Deberíais ir a Tanchico.

—Nos has dicho eso veinte veces —replicó Nynaeve con dureza—. Cincuenta. Cuéntanos algo nuevo, dinos nombres que no sepamos ya. ¿Quién más hay en la Torre Blanca que sea del Ajah Negro?

—No lo sé. Debéis creerme. —Amico hablaba cansinamente, con un aire de absoluta derrota, una actitud completamente diferente de la que había mostrado cuando ellas eran las prisioneras y Amico la carcelera—. Antes de que abandonáramos la Torre sólo sabía de Liandrin, Chesmal y Rianna. Nadie conocía a más de dos o tres de las otras, creo, salvo Liandrin. Os he dicho todo cuanto sé.

—Entonces es que eres extremadamente ignorante para ser una mujer que esperaba gobernar parte del mundo cuando el Oscuro escapara de su prisión —intervino Egwene, que cerró el abanico de golpe para dar más énfasis a sus palabras. Todavía la sorprendía su facilidad para decir eso ahora. El estómago todavía se le encogía y un escalofrío le recorría la espina dorsal, pero ya no sentía deseos de gritar o echarse a llorar. Uno acababa acostumbrándose a todo.

—Oí por casualidad aquella conversación de Liandrin con Temaile —empezó Amico la misma historia que les había contado infinidad de veces. Los primeros días de su cautividad intentó mejorarla, pero cuanto más complicada la hacía más se enredaba en sus propias mentiras. Ahora casi siempre la contaba igual, palabra por palabra—. Si hubieseis visto el semblante de Liandrin cuando me descubrió… Me habría matado allí mismo si hubiera creído que había oído algo. Y a Temaile le gusta hacer daño a la gente. Disfruta con ello. Pero sólo las había oído un poco cuando me vieron. Liandrin dijo que había algo en Tanchico, algo peligroso para… para él. —Se refería a Rand. Era incapaz de pronunciar su nombre, y la mención del Dragón Renacido era suficiente para que estallara en llanto—. Liandrin dijo que también era peligroso para cualquiera que lo utilizara. Casi tanto como para… él. Por eso no había ido ya por ello. Dijo: «Cuando lo encontremos, su corrompida habilidad lo someterá a nosotras». —Tenía el rostro sudoroso, pero tiritaba violentamente.

No había cambiado ni una palabra. Egwene abrió la boca para decir algo, pero Nynaeve se adelantó.

—Ya estoy harta de oír lo mismo. Veamos si la otra tiene algo nuevo que contar.

Egwene la miró duramente, y Nynaeve le devolvió la mirada con igual intensidad; ninguna pestañeó.

«A veces actúa como si todavía fuera la Zahorí y yo la chica de pueblo a la que enseña las propiedades de las hierbas», pensó Egwene, sombría. «Debería darse cuenta de que las cosas han cambiado.» Nynaeve era muy fuerte en el Poder, más que ella, pero sólo cuando se las componía para encauzar; y, si no estaba furiosa, no lo

conseguía.

Por lo general, Elayne se ocupaba de calmar los ánimos cuando se llegaba a este punto, y lo hacía con más frecuencia de lo que sería aconsejable. Para cuando la propia Egwene pensó en suavizar la tensión, la cosa había llegado demasiado lejos, e intentar una aproximación conciliadora en ese momento sería ceder. Así lo entendería Nynaeve, estaba segura. No recordaba que la antigua Zahorí hubiera cedido jamás, así que ¿por qué iba a hacerlo ella? Esta vez Elayne no estaba presente; Moraine había indicado con una palabra y un gesto a la heredera del trono que siguiera a las Doncellas que habían venido en su busca. Sin ella, la tensión se prolongó, mientras ambas Aceptadas esperaban a que la otra parpadeara. Aviendha contenía la respiración; ponía un especial empeño en no inmiscuirse en sus enfrentamientos. Sin duda consideraba que lo prudente era mantenerse aparte.

Cosa curiosa, fue Amico quien acabó con la situación de punto muerto esta vez, aunque su intención realmente era demostrar su voluntad de cooperar. Se volvió de cara a la pared del fondo, esperando pacientemente que la ataran.

Lo absurdo de la situación fue un impacto para Egwene. Era la única mujer en la habitación capaz de encauzar —a no ser que Nynaeve se encolerizara o que el escudo de Joiya fallara— y tanteó el tejido de Energía de nuevo, sin pensar; se dio el gusto de enzarzarse en una contienda de miradas mientras Amico esperaba que la atara. En otro momento se habría reído de su reacción. En lugar de ello, se abrió por completo al *Saidar*, el brillante calor que nunca se veía, que siempre se notaba y que en todo momento parecía atisbarse por el rabillo del ojo. El Poder Único entró a raudales en ella, como algo gozosamente vivo y redoblado, y Egwene tejió los hilos alrededor de Amico.

Nynaeve se limitó a gruñir; no parecía estar tan furiosa como para percibir lo que Egwene estaba haciendo —no podía si no perdía los estribos—, pero sí vio que Amico se ponía tensa cuando la tocaron los hilos de Aire, y después se quedó fláccida, medio sujeta por la energía, como queriendo demostrar que no oponía la menor resistencia.

Aviendha se estremeció como tenía por costumbre hacer cada vez que sabía que estaban encauzando el Poder cerca de ella.

Egwene tejió obstrucciones para los oídos de Amico —interrogarlas por separado no serviría de nada si escuchaban lo que decía la otra— y se volvió hacia Joiya. Se cambió el abanico de mano para secarse el sudor de las palmas en el vestido; se paró de golpe, con un gesto de asco. El sudor no tenía nada que ver con la temperatura que hacía en la habitación.

—Su rostro —dijo de repente Aviendha. Era sorprendente que hablara, ya que no lo hacía a menos que Moraine o alguna de las otras se dirigieran a ella—. El rostro de Amico. No tiene el mismo aspecto; antes el tiempo no parecía dejar huella en él, y

ahora sí. ¿Es porque se la ha… neutralizado? —Acabó la frase muy deprisa y en un tono casi susurrante. Se le habían pegado ciertas costumbres al estar tanto tiempo junto a ellas. Ninguna mujer de la Torre podía hablar de la neutralización sin sufrir un escalofrío.

Egwene fue hacia el extremo de la mesa, desde donde podía ver el rostro de Amico de perfil y al mismo tiempo seguir fuera del campo visual de Joiya. Los ojos de esa mujer hacían que el estómago se le hiciera un nudo.

Aviendha tenía razón; ésa era la diferencia que había notado y no había sabido concretar. Amico parecía joven, quizá más de lo que correspondía a su edad, pero no daba esa sensación de intemporalidad de las Aes Sedai que habían trabajado durante años con el Poder Único.

—Tienes muy buena vista, Aviendha, pero ignoro si esto tiene algo que ver con la neutralización. Sin embargo, supongo que así debe de ser. No sé qué otra cosa podría causarlo.

Se dio cuenta de que no estaba hablando como una Aes Sedai, que por lo general hablaban como si lo supieran todo; cuando una Aes Sedai admitía que no sabía algo, casi siempre se las componía para dar la impresión de que esa ignorancia ocultaba conocimientos sin cuento. Mientras se estrujaba el cerebro buscando algo apropiadamente portentoso, Nynaeve acudió a su rescate.

—Son relativamente pocas las Aes Sedai que se han consumido, Aviendha, y aún menos las que han sido neutralizadas.

«Consumirse» se decía cuando ocurría por accidente; oficialmente, la neutralización era resultado de un juicio y su sentencia. Para Egwene no tenía sentido tal diferenciación; era como tener dos términos para describir una caída por la escalera dependiendo de si se había tropezado o se había recibido un empujón. En realidad, la mayoría de las Aes Sedai parecían considerarlo lo mismo, salvo cuando impartían clases a las novicias o las Aceptadas. De hecho, eran tres las palabras. A los hombres se los «amansaba», y había que hacerlo antes de que se volvieran locos. Sólo que ahora estaba Rand, y la Torre no osaba amansarlo.

Nynaeve había adoptado un tono algo pedante y erudito, sin duda con la intención de parecer una Aes Sedai. Estaba imitando a Sheriam en clase, comprendió Egwene, con las manos enlazadas a la altura de la cintura y sonriendo levemente como si todo fuera tan sencillo cuando se aplicaba a uno mismo.

—Neutralizar no es una materia que cualquiera elegiría estudiar, ¿comprendes? —continuó Nynaeve—. Por lo general se acepta como algo irreversible. Lo que capacita a una mujer para encauzar no puede recuperarse una vez que se ha quitado, del mismo modo que una mano que ha sido cortada no puede reaparecer mediante la Curación. —Al menos, nadie había podido curar la neutralización, aunque se habían hecho intentos. Lo que decía Nynaeve era verdad en su conjunto, aunque algunas

hermanas del Ajah Marrón estudiarían cualquier cosa si tuvieran la oportunidad de hacerlo, y algunas hermanas Amarillas intentarían aprender a curar lo que fuera. Pero ni siquiera se había dado un atisbo de éxito en la curación de una mujer que hubiera sido neutralizada—. Aparte de esa dura circunstancia demostrada, se sabe muy poco. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez viven más de unos pocos años. Dan la impresión de haber perdido el deseo de vivir, se dan por vencidas. Como ya he dicho, es un tema desagradable.

—Sólo pensé que podía deberse a eso —musitó Aviendha, que rebulló intranquila.

Egwene era de su misma opinión. Decidió preguntarle a Moraine. Si es que la veía alguna vez sin que Aviendha estuviera también presente. Se le ocurrió que su engaño era un estorbo para ellas tanto como una ayuda.

—Veamos si Joiya también sigue contando lo mismo. —Sin embargo, tenía que estar bien segura antes de retirar los hilos de Aire tejidos alrededor de la Amiga Siniestra.

Joiya debía de estar entumecida por llevar tanto tiempo inmóvil, pero se volvió suavemente hacia ellas. El sudor que le perlaba la frente no mermaba su dignidad y aplomo, del mismo modo que el burdo vestido tampoco atenuaba la impresión de que estaba allí por decisión propia. Era una mujer hermosa con un aire maternal en el semblante a despecho de su tersura intemporal, algo confortante. Pero los oscuros ojos de aquel rostro hacían que la mirada de un halcón pareciera afable. Les sonrió, sin que el gesto llegara a sus ojos.

—Que la Luz os ilumine. Que la mano del Creador os cobije.

—Te prohíbo que digas eso. —La voz de Nynaeve sonaba tranquila, pero se echó la coleta por encima del hombro y aferró la punta con el puño apretado como solía hacer cuando estaba enfadada o intranquila. Egwene no creía que fuera esto último; no daba la impresión de que Joiya le pusiera la piel de gallina a Nynaeve como le ocurría a ella.

—Estoy arrepentida de mis pecados —repuso Joiya con dulzura—. El Dragón ha renacido, y sostiene en sus manos a *Callandor*. La Profecía se ha cumplido y el Oscuro tiene que fracasar. Ahora lo comprendo. Mi arrepentimiento es sincero. Nadie puede caminar bajo la Sombra tanto tiempo que no pueda volver a la Luz.

El semblante de Nynaeve se había ido ensombreciendo a medida que la mujer hablaba. Egwene tenía el convencimiento de que estaba tan furiosa que ahora podría encauzar, pero si lo hacía seguramente estrangularía a Joiya. Tampoco Egwene daba crédito al supuesto arrepentimiento de la mujer, por supuesto, pero su información sí podía ser cierta. Joiya era muy capaz de tomar fríamente una decisión y cambiar al que pensaba que sería el bando vencedor. O tal vez sólo estaba ganando tiempo, mintiendo con la esperanza de que llegara el rescate.

Mentir no era posible para una Aes Sedai, incluso para una que había perdido todo derecho a llamarse así. El primero de los Tres Juramentos, pronunciados con la Vara Juratoria en la mano, se ocupaba de eso. Pero, fueran cuales fueran los juramentos prestados al Oscuro al unirse al Ajah Negro, parecían romper los Tres Juramentos por completo.

Bien. La Amyrlin las había enviado para dar caza al Ajah Negro, a Liandrin y las otras doce que habían asesinado y huido de la Torre. Y lo único que tenían para seguir adelante ahora era lo que estas dos pudieran, o quisieran, revelarles.

—Cuéntanos otra vez tu historia —ordenó Egwene—. Pero en esta ocasión utiliza palabras distintas. Estoy cansada de escuchar relatos aprendidos de memoria. —Si mentía, había más posibilidades de que cometiera un desliz si lo contaba de otra manera—. Estamos esperando. —Esto último lo dijo en beneficio de Nynaeve, que soltó un resoplido y después asintió con brusquedad.

—Como deseéis. —Joiya se encogió de hombros—. Veamos. Palabras distintas. El falso Dragón, Mazrim Taim, que fue capturado en Saldaea, es capaz de encauzar con una fuerza increíble. Quizá tanta como Rand al'Thor o casi, si se da crédito a las informaciones recibidas. Liandrin tiene intención de liberarlo antes de que se lo lleven a Tar Valon para ser amansado. Será proclamado el Dragón Renacido, dándole el nombre de Rand al'Thor, y después llevará a cabo una destrucción a tal escala como el mundo no ha conocido desde la Guerra de los Cien Años.

—Eso es imposible —la interrumpió Nynaeve—. El Entramado no admitirá un falso Dragón, ahora que Rand se ha proclamado a sí mismo.

Egwene suspiró. Ya habían pasado por lo mismo antes, pero Nynaeve rebatía siempre este punto. No estaba segura de que la antigua Zahorí creyera que Rand era el Dragón Renacido, dijera lo que dijera y a pesar de la Profecía y de *Callandor* y de la caída de la Ciudadela. Nynaeve tenía unos cuantos años más que Rand, los bastantes para haber cuidado de él cuando era un niño, igual que había hecho con Egwene. Era un joven de Campo de Emond, y Nynaeve seguía considerando su principal obligación el proteger a la gente de su pueblo.

—¿Es eso lo que os ha dicho Moraine? —preguntó Joiya con cierto desdén—. Moraine ha pasado poco tiempo en la Torre desde que alcanzó el grado de Aes Sedai, y tampoco ha compartido mucho más con sus hermanas. Supongo que conoce bien el funcionamiento de la vida en los pueblos y puede que incluso sepa algo de la política entre naciones, pero habla con demasiada certidumbre de asuntos que conoce sólo a través de estudios y de conversaciones con quienes son expertos en la materia. Aun así, puede que tenga razón y a Mazrim Taim le resulte imposible autoproclamarse. No obstante, si otros lo hacen por él, ¿qué diferencia hay?

Egwene deseó que Moraine hubiera regresado. Joiya no hablaría con tanta seguridad en su presencia; el hecho de que supiera que Nynaeve y ella sólo eran

Aceptadas la hacía crecerse.

—Continúa —instó Egwene en un tono casi tan cortante como el de su compañera—. Y recuerda: con otros términos.

—Desde luego. —Por su actitud, se diría que Joiya respondía a una cortés invitación, pero sus ojos relucían como cuentas negras de vidrio—. Las consecuencias son obvias. Rand al'Thor será culpado de los desmanes de… Rand al'Thor. Ni siquiera la prueba de que son dos hombres diferentes será tomada en consideración porque ¿quién sabe las artimañas que el Dragón Renacido tiene a su alcance? Hasta podría encontrarse en dos sitios a la vez. Incluso el tipo de hombre que siempre se ha unido a las tropas de un falso Dragón dudará ante la matanza indiscriminada y cosas peores que presenciará. Aquellos que no se acobarden por semejante carnicería buscarán al tal Rand al'Thor que se refocila en un baño de sangre. Las naciones se unirán como lo hicieron en la Guerra de Aiel… —Dispensó una sonrisa de disculpa a Aviendha que resultaba incongruente en contraste con aquellos ojos implacables—, aunque sin duda no tardarán tanto en esta ocasión. Ni siquiera el Dragón Renacido puede resistir algo así y cederá antes o después. Antes de que se inicie la Última Batalla habrá sido aplastado por los mismos a los que intentaba salvar. El Oscuro quedará libre, llegará el día de Tarmon Gai'don, y la Sombra cubrirá el mundo y reconstruirá el Entramado para siempre. Ése es el plan de Liandrin. —En su voz no había indicio alguno de satisfacción, pero tampoco de horror.

Era una historia verosímil, más que la de Amico, que se basaba en unas pocas frases oídas por casualidad, pero Egwene la creía a ella, no a Joiya. Tal vez porque no quería creerla. Era más fácil enfrentarse a una amenaza vaga en Tanchico que a este plan con impostor y calculado al detalle para volver a todos contra Rand. «No, Joiya miente. Estoy segura», pensó. Sin embargo, no podían permitirse el lujo de pasar por alto ninguna de las dos historias. Y tampoco involucrarse en ambas y confiar en tener éxito.

La puerta se abrió bruscamente y Moraine entró en la estancia seguida por Elayne. La heredera del trono tenía el ceño fruncido y miraba el suelo, absorta en sus pensamientos, pero Moraine… Por una vez, la serenidad de la Aes Sedai se había desvanecido; la ira afloraba a su semblante sin restricciones.

6



El umbral

¡Rand al'Thor es… es… —masculló Moraine en un susurro tenso—, un necio voluntarioso más terco que una mula!

Elayne levantó la cabeza, iracunda. Su nodriza, Lini, solía decir que antes se hilaría seda de las cerdas de los puercos que conseguir que un hombre dejara de actuar como tal. Pero eso no disculpaba a Rand.

—En Dos Ríos los criamos así. —De repente, Nynaeve era todo sonrisas contenidas a medias y satisfacción. Rara vez disimulaba su desagrado por la Aes Sedai ni la mitad de bien de lo que ella pensaba—. Las mujeres de Dos Ríos nunca tenemos problemas con ellos. —A juzgar por la mirada sorprendida que le lanzó Egwene, tal afirmación era una mentira lo bastante grande para lavarle la boca con jabón.

Moraine arqueó las cejas en un gesto que apuntaba su intención de replicarle duramente. Elayne rebulló intranquila, pero no se le ocurrió nada que decir para cortar el enfrentamiento. Rand no se le iba de la cabeza. ¡No tenía derecho! Mas, ¿qué derecho tenía ella?

—¿Qué ha hecho ahora, Moraine? —preguntó Egwene.

Los ojos de la Aes Sedai se volvieron hacia la muchacha; la mirada era tan dura que Egwene dio un respingo, abrió el abanico de golpe y lo agitó con nerviosismo dándose aire en la cara. Empero, la mirada de Moraine se quedó clavada en Joiya y en Amico; la primera la observaba cautelosamente, y la segunda, aislada y atada, estaba ajena a todo salvo la pared del fondo.

Elayne se llevó un pequeño sobresalto al reparar en que Joiya no estaba atada, e hizo una rápida revisión del escudo que obstaculizaba el contacto con la Fuente Verdadera. Confiaba en que las demás no hubieran advertido su respingo; Joiya despertaba en ella un miedo cerval, pero Egwene y Nynaeve le tenían tan poco temor como Moraine. A veces resultaba muy difícil ser tan valerosa como tendría que ser una heredera del trono de Andor; con frecuencia deseaba componérselas tan bien como sus dos compañeras.

—Vi que la guardia seguía en el pasillo —murmuró la Aes Sedai como hablando consigo misma—, y ni siquiera se me pasó por la cabeza. —Se alisó los pliegues del vestido y recobró la compostura merced a un gran esfuerzo de voluntad. Elayne no había visto nunca a Moraine tan fuera de sí como aquella noche. Claro que la Aes Sedai tenía motivos de sobra. «Los mismos que yo. ¿O tengo más?» Se sorprendió al darse cuenta de que evitaba mirar a Egwene.

De haber sido Egwene o Nynaeve o Elayne quienes estuvieran alteradas, Joiya habría dicho algo sutil y con doble sentido, calculado para irritarlas un poco más. O, al menos, si hubieran estado solas. Pero, encontrándose presente Moraine, se limitó a observar en silencio, desasosegada.

Recobrada ya la calma, Moraine se encaminó al extremo de la mesa. Joiya era la más alta de las dos, unos treinta centímetros; pero, aun en el caso de que hubiera estado vestida con sedas, no habría cabido duda de cuál de ellas era la que dominaba la situación. Joiya no se amilanó exactamente, pero sus manos aferraron, crispadas, la falda del sayón un instante antes de que consiguiera controlarlas.

—He arreglado las cosas para enviaros dentro de cuatro días río arriba, a Tar Valon y a la Torre —anunció Moraine, sosegada—. Allí no os darán un trato tan benévolo como nosotras. Si hasta entonces no habéis dilucidado la verdad, hacedlo antes de llegar al Puerto del Sur o tened por seguro que acabaréis en la horca del Patio de los Traidores. No volveré a hablar con vos a menos que mandéis aviso de que tenéis algo que decir. Y no quiero saber nada de vos, ni una palabra, a menos que sea algo nuevo. Creedme, os ahorrará sufrimientos en Tar Valon. Aviendha, ¿querrás decir al capitán que traiga a dos de sus hombres?

Elayne parpadeó cuando la Aiel se incorporó y desapareció por la puerta; a veces Aviendha se quedaba tan quieta y callada que uno olvidaba que estaba allí.

Dio la impresión de que Joiya se disponía a decir algo, pero Moraine la miró de hito en hito y, finalmente, la Amiga Siniestra volvió los ojos a otro lado; relucían como los de un cuervo, rebosantes de negra ansia asesina, pero la mujer contuvo la lengua.

Elayne percibió el resplandor dorado que envolvía a Moraine de forma repentina; era el halo de una mujer abrazando el *Saidar*. Sólo otra mujer entrenada para encauzar podía percibirlo. Era más fuerte que Moraine, al menos potencialmente. En la Torre, las mujeres encargadas de su enseñanza casi no habían dado crédito a su potencial, así como al de Nynaeve y al de Egwene. La más fuerte de las tres era Nynaeve; cuando fuera capaz de encauzar a voluntad, se entendía. Sin embargo, Moraine poseía la experiencia. Lo que ellas todavía estaban aprendiendo a hacer, Moraine podía llevarlo a cabo medio dormida. A pesar de ello, había ciertas cosas que las tres jóvenes eran capaces de hacer que estaban fuera del alcance de Moraine. Significaba una pequeña satisfacción a la vista de la facilidad con que la Aes Sedai

acobardaba a Joiya.

Liberada, y por tanto recuperada su capacidad auditiva, Amico se volvió y advirtió la presencia de Moraine por primera vez. Soltó un chillido de sobresalto y a continuación hizo una reverencia tan pronunciada como la de cualquier novicia reciente. Joiya tenía fija la mirada en la puerta, evitando los ojos de cualquiera. Nynaeve, cruzada de brazos y con los nudillos blancos de apretar tanto la punta de la trenza, asestaba a Moraine una mirada tan funesta como la de Joiya. Egwene jugueteó con los pliegues de la falda y observó, ceñuda, a la Amiga Siniestra. Por su parte, Elayne frunció el entrecejo, deseando ser tan valiente como Egwene, y deseando también no tener la sensación de que estaba traicionando a su amiga. En ese momento entró el capitán, seguido de cerca por dos Defensores vestidos de negro y oro. Aviendha no venía con ellos; por lo visto había aprovechado la oportunidad para dar esquinazo a las Aes Sedai.

El canoso oficial, con el distintivo de dos cortas plumas blancas en el yelmo, hurtó los ojos cuando se encontraron con los de Joiya, a pesar de que la mujer ni siquiera parecía verlo. La mirada del capitán fue de una mujer a otra, con incertidumbre. El ambiente de la habitación era tenso, y cualquier hombre listo evitaría verse envuelto en un problema entre esta clase de mujeres. Los dos soldados sujetaban las largas picas al costado casi como si temieran que tendrían que usarlas para defenderse. Puede que realmente lo pensaran.

—Llevaos a las dos prisioneras a las celdas —ordenó Moraine al oficial secamente—. Repetid vuestras instrucciones. No quiero errores.

—Sí, Ae… —El temor constriñó la garganta del capitán. Tragó saliva y entonces pudo respirar—. Sí, mi señora —dijo, observándola ansiosamente para ver si ese tratamiento era el adecuado. Puesto que la mujer siguió callada, esperando a que continuara, soltó un sonoro suspiro de alivio—. Las prisioneras no hablarán con nadie salvo conmigo, ni siquiera entre ellas. Habrá veinte hombres en la sala de guardia y otros dos en la puerta de cada celda en todo momento, que serán cuatro si la puerta de una de las celdas tiene que abrirse por alguna razón. Yo personalmente vigilaré la preparación de su comida y se la llevaré. Todo como habéis ordenado, mi señora. —En su voz se advertía un leve timbre intrigado. Por la Ciudadela corrían cientos de rumores respecto a las prisioneras y el motivo de que las dos mujeres hubieran de estar tan fuertemente vigiladas. Y se contaban en voz baja historias sobre las Aes Sedai, cada cual más tenebrosa que la anterior.

—Muy bien —dijo Moraine—. Lleváoslas.

No se sabía quiénes estaban más ansiosos por salir de la sala, si las prisioneras o los guardias. Hasta Joiya caminó deprisa, como si no soportara seguir callada un momento más ante Moraine.

Elayne estaba convencida de que había mantenido el gesto impasible desde que

había entrado en la estancia, pero Egwene se acercó a ella y le echó el brazo por los hombros.

—¿Qué ocurre, Elayne? Parece que estás a punto de llorar.

La preocupación que revelaba su voz hizo que Elayne sintiera unas ganas horribles de dar rienda suelta a las lágrimas. «¡Luz! No seré tan necia. ¡De eso nada!» «Una mujer llorosa es un balde sin fondo», era otro de los numerosos refranes de Lini.

—¡Tres veces! —espetó Nynaeve a Moraine—. ¡Sólo tres veces habéis consentido en ayudarnos con el interrogatorio, y esta última os habéis marchado antes de empezar! ¿Y ahora venís y anunciáis tranquilamente que las enviáis a Tar Valon? ¡Si no estáis dispuesta a ayudarnos, al menos no interfiráis!

—No abuséis demasiado de la autoridad conferida por la Amyrlin —replicó la Aes Sedai fríamente—. Os habrá encomendado la persecución de Liandrin, pero seguís siendo una Aceptada, nada más, y lamentablemente ignorante, por mucha carta de autorización que llevéis. ¿O acaso pensabais prolongar los interrogatorios indefinidamente sin acabar de tomar una decisión? Las gentes de Dos Ríos parecéis muy propensas a eludir decisiones que han de tomarse. —Nynaeve, con los ojos desorbitados, abría y cerraba la boca como preguntándose a qué acusación responder primero, pero Moraine se volvió hacia Egwene y Elayne—. Tranquilízate, Elayne. No sé cómo piensas llevar a cabo las órdenes de la Amyrlin si piensas que todos los países tienen las mismas costumbres que en tu tierra natal. Y no entiendo por qué estas tan disgustada. No permitas que tus sentimientos hieran a otros.

—¿A qué os referís? —preguntó Egwene—. ¿De qué costumbres habláis?

—Berelain estaba en los aposentos de Rand —dijo Elayne con un hilo de voz, sin poder contenerse. Sus ojos lanzaron una fugaz ojeada a Egwene, con expresión culpable. Esperaba no haber dejado entrever sus sentimientos.

Moraine le asestó una mirada de reproche y suspiró.

—Te habría ahorrado esto si hubiera podido, Egwene. Si Elayne no hubiera dejado que su repulsión contra Berelain le obnubilara la razón. Las costumbres de Mayene tampoco son como las de tu tierra. Egwene, sé lo que sientes por Rand, pero a estas alturas tienes que haberte dado cuenta que vuestra relación no devendrá en nada. Él pertenece al Entramado, y a la historia.

En apariencia sin hacer caso de la Aes Sedai, Egwene miró a Elayne a los ojos. La heredera del trono de Andor quería eludir los suyos, pero le era imposible. De repente, Egwene se le acercó, se tapó la boca con la mano y le susurró al oído:

—Lo quiero como a un hermano. Y a ti como a una hermana. Te deseo lo mejor con él.

Los ojos de Elayne se abrieron de par en par, y una sonrisa iluminó su semblante. Respondió al abrazo de Egwene estrechándola con todas sus fuerzas.

—Gracias —musitó quedamente—. También yo te quiero, hermana. Oh, gracias.

—Lo interpretó erróneamente —comentó Egwene más para sí misma que para el resto; su sonrisa era radiante—. ¿Alguna vez os habéis enamorado, Moraine?

Qué pregunta tan chocante. Elayne era incapaz de imaginar a la Aes Sedai enamorada. Moraine era del Ajah Azul, y se decía que las hermanas Azules volcaban toda su pasión en las causas.

Pero la esbelta mujer no estaba en absoluto desconcertada. Durante unos instantes interminables observó impasible a las dos muchachas, la una rodeando con el brazo a la otra.

—Apostaría a que conozco el rostro del hombre con el que me casaré mejor que cualquiera de vosotras conoce el de su futuro esposo —dijo finalmente.

Egwene dio un respingo de sorpresa.

—¿Quién? —preguntó Elayne, boquiabierta.

La Aes Sedai parecía pesarosa de haber hablado.

—Quizá sólo me refería a una ignorancia compartida. No saquéis demasiadas conclusiones de unas cuantas palabras. —Miró a Nynaeve, pensativa—. Si en alguna ocasión elijo a un hombre, y sólo he dicho si elijo, no será Lan. Eso sí puedo asegurarlo.

Esto último era un claro soborno para aplacar a Nynaeve, pero no pareció que a la antigua Zahorí le gustara oírlo. Nynaeve tenía lo que Lini habría llamado «un pedazo de tierra duro para cavar» por amar no sólo a un Guardián, sino a un hombre que intentaba negar que la correspondía. Era un completo necio, con sus argumentos sobre la guerra contra la Sombra en la que tenía que combatir y que jamás podría ganar, y que rehusaba condenar a Nynaeve a vestir el traje de viuda en la fiesta de los esponsales. Cosas tontas como ésas. Elayne no entendía cómo lo aguantaba Nynaeve, que no era de las que tenían mucha paciencia.

—Si habéis terminado la cháchara sobre hombres —dijo Nynaeve con acritud, como para demostrar que esto último era verdad—, ¿nos ocupamos de nuevo de cosas importantes? —Apretó los dedos sobre la punta de la trenza, y fue cobrando impulso y fuerza a medida que hablaba, como la rueda de un molino de agua con los engranajes destrabados—. ¿Cómo vamos a decidir cuál de ellas miente si las enviáis a Tar Valon? ¿O si mienten las dos? ¿O no miente ninguna? Si albergamos dudas y nos cuesta tomar una resolución no es por mi gusto, Moraine, penséis lo que penséis, pero me he metido en demasiadas trampas para que me apetezca caer en otra. Y tampoco quiero ir corriendo tras un fuego fatuo. Fue a mí… a nosotras, a las que la Amyrlin envió tras Liandrin y sus arpías. Puesto que vos no parecéis considerarlas lo bastante importantes para dedicar unos minutos a ayudarnos a interrogarlas, lo menos que podéis hacer es no ponernos zancadillas.

Parecía a punto de arrancarse la trenza de cuajo y estrangular con ella a la Aes

Sedai; por su parte, Moraine hacía gala de una calma peligrosamente fría que sugería la posibilidad de que estuviera presta a enseñarle de nuevo la lección de contener la lengua como había hecho con Joiya. Elayne decidió que había llegado el momento de intervenir. Ignoraba cómo había acabado convirtiéndose en la mediadora de estas mujeres —a veces le entraban ganas de cogerlas a todas por el cuello y sacudirlas— pero su madre decía siempre que en un estado de ira jamás se tomaba una buena decisión.

—Deberías añadir a la lista de lo que quieres saber por qué se nos hizo ir a los aposentos de Rand, ya que fue allí donde nos llevó Careen. Afortunadamente ya está bien. Moraine lo curó. —No pudo evitar un escalofrío al evocar la fugaz ojeada que había echado al dormitorio, pero su táctica de diversión funcionó a las mil maravillas.

—¿Que ya está bien? —Nynaeve dio un respingo—. ¿Qué le pasó?

—Estuvo a punto de morir —respondió la Aes Sedai con tanta calma como si hubiera dicho que Rand tenía un resfriado.

Elayne notó que Egwene temblaba al escuchar el desapasionado informe de Moraine, pero quizá los temblores eran en gran parte suyos. Burbujas malignas colándose entre el Entramado. Reflejos saltando de espejos. Rand al'Thor cubierto de sangre y heridas. Casi como si se le hubiera ocurrido en el último momento, la Aes Sedai añadió que estaba segura de que Perrin y Mat también habían tenido alguna experiencia parecida, aunque hubieran salido ilesos. Esta mujer debía de tener hielo en las venas en vez de sangre. «No, estaba demasiado furiosa por la tozudez de Rand. Y no hablaba con frialdad cuando se refirió al matrimonio por mucho que pretendiera lo contrario.» Empero, a juzgar por su actitud, ahora podría estar discutiendo si una pieza de seda era del color más apropiado para un vestido.

—¿Y esas… cosas continuarán? —inquirió Egwene cuando Moraine terminó—. ¿No podéis hacer nada para impedirlo? ¿O Rand?

La pequeña gema azul que colgaba sobre la frente de la Aes Sedai se meció cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Él no podrá hacer nada hasta que aprenda a controlar sus habilidades. Puede que ni siquiera entonces. Ignoro incluso si será lo bastante fuerte para rechazar el miasma que lo afecte a él. Sin embargo, al menos estará mejor preparado para defenderse.

—¿No podéis hacer algo para ayudarlo? —demandó Nynaeve—. Sois la única de nosotras que se supone lo sabe todo o que pretende saberlo. ¿No podéis enseñarle? Si no todo, por lo menos una parte. Y no citéis proverbios sobre pájaros enseñando a volar a peces.

—Tendríais que saber la respuesta a eso si hubierais aprovechado mejor vuestros estudios de lo que lo habéis hecho. Tendríais que saberlo. Queréis aprender a utilizar el Poder, pero no os interesa conocer el Poder. El *Saidin* no es el *Saidar*. Los flujos

son distintos, la forma de tejer es diferente. El pájaro tiene más posibilidades.

Esta vez fue Egwene quien se encargó de aliviar la tensión.

—¿Y cuál ha sido la cabezonada de Rand esta vez? —Nynaeve abrió la boca para decir algo, pero Egwene se adelantó—: En ocasiones puede ser más terco que una mula.

Nynaeve cerró la boca con un chasquido; todas sabían cuán cierto era eso. Moraine las miró pensativa. En ciertos momentos Elayne no sabía a ciencia cierta hasta qué punto confiaba en ellas la Aes Sedai. O en cualquier otra persona.

—Tiene que moverse —dijo al cabo Moraine—. En lugar de ello, se queda aquí sentado, y los tearianos ya empiezan a perderle el miedo. Se queda sentado, y cuanto más tiempo pase sin hacer nada más audaces se volverán los Renegados, que interpretarán su pasividad como una señal de debilidad. El Entramado cambia y fluye; sólo los muertos están inmóviles. Tiene que actuar o, de lo contrario, morirá. Con la saeta de una ballesta clavada en la espalda, o con veneno en su comida, o porque los Renegados aúnen fuerzas para desgarrarle cuerpo y alma. Tiene que actuar o morirá.

Elayne se encogió con todas y cada una de las amenazas reseñadas por Moraine; y lo peor es que eran reales.

—Y vos sabéis lo que tiene que hacer, ¿verdad? —inquirió Nynaeve, tirante—. Tenéis planeada esa acción.

—Así es. ¿Acaso preferís que vuelva a marcharse solo y tengamos que seguirle la pista de nuevo? Esta vez podría morir, o algo peor, antes de que diera con él.

Eso era cierto. Rand apenas sabía lo que hacía. Y Elayne estaba segura de que Moraine no deseaba que perdiera la poca guía que todavía le daba. La poca que él permitía que le diera.

—¿Queréis compartir con nosotras ese plan que tenéis para él? —pidió Egwene. A la joven no le cabía duda de que en ese momento no estaba ayudando nada a suavizar la tensión del ambiente.

—Sí, hacedlo —abundó Elayne, que se sorprendió a sí misma por el tono empleado, fiel reflejo del timbre frío de su amiga. El enfrentamiento no era su estilo si podía evitarse; su madre decía siempre que era mejor guiar a la gente que intentar enderezarla a golpes.

Pero si la actitud de las dos jóvenes molestó a Moraine, ésta no lo acusó.

—Lo haré, siempre y cuando comprendáis que debéis mantenerlo en secreto. Un plan revelado está destinado a fracasar. Sí, veo que lo entendéis.

Elayne sí, desde luego; era un plan peligroso y Moraine no tenía la certeza de que funcionara.

—Sammael está en Illian —continuó la Aes Sedai—. Los tearianos están dispuestos siempre a entrar en guerra con los illianos, y viceversa. Llevan mil años

matándose unos a otros, y hablan de ello como otros hombres lo hacen del próximo día festivo. Dudo que ni siquiera la presencia de Sammael cambie las cosas, sobre todo teniendo al Dragón Renacido para conducirlos a la batalla. Tear seguirá a Rand con entusiasmo en esa empresa, y si consigue derrotar a Sammael, él…

—¡Luz! —exclamó Nynaeve—. ¡No sólo queréis que inicie una guerra, queréis que luche con un Renegado! No me extraña que se muestre reticente. No es tan necio, aunque sea hombre.

—Al final tendrá que enfrentarse al Oscuro —apuntó Moraine con voz sosegada —. ¿Creéis de verdad que puede esquivar a los Renegados? En cuanto a la guerra, ya hay conflictos sin que intervenga él, y todos ellos inútiles.

—Cualquier guerra es inútil —empezó Elayne, entonces enmudeció al caer de repente en la cuenta. La tristeza y el pesar debían reflejarse en su semblante, pero también la comprensión. Su madre le había hablado a menudo sobre cómo dirigir una nación con tan buen tino como se la gobernaba, dos cosas muy distintas pero ambas necesarias. Y en ocasiones había que hacer cosas muy desagradables para llevar a cabo tanto lo uno como lo otro, aunque el precio por no hacerlas era aun peor.

Moraine le dirigió una mirada compasiva.

—No siempre resulta agradable, ¿verdad? Supongo que tu madre empezó a enseñarte, tan pronto como fuiste lo bastante mayor para comprender, lo que necesitabas saber para gobernar después de ella. —Moraine se había criado en el Palacio Real de Cairhien, no destinada a reinar pero emparentada con la familia regente, y sin duda había oído ese tipo de lecciones—. A veces se tiene la impresión de que sería mejor vivir en la ignorancia, ser una campesina que desconoce todo lo que está más allá de los límites de sus campos.

—¿Más acertijos? —intervino Nynaeve, despectiva—. La guerra solía ser algo de lo que oía hablar a los buhoneros, algo lejano que en realidad no comprendía. Ahora sé lo que es. Hombres que se matan entre sí. Hombres que se comportan como animales, perdida su condición humana. Pueblos quemados, granjas y campos arrasados. Hambre, enfermedad y muerte, tanto para los inocentes como para los culpables. ¿Qué hace que esta guerra vuestra sea mejor, Moraine? ¿Qué la hace ser más limpia?

—Elayne… —invitó quedamente la Aes Sedai.

La joven sacudió la cabeza —no quería ser la que lo explicara— pero dudaba que ni su propia madre, sentada en el Trono del León, hubiera guardado silencio teniendo los oscuros y apremiantes ojos de Moraine clavados en ella.

—La guerra tendrá lugar tanto si la inicia Rand como si no —dijo de mala gana. Egwene retrocedió un paso, mirándola con tanta incredulidad como la plasmada en el semblante de Nynaeve; tal expresión se borró en los rostros de las dos jóvenes cuando prosiguió—: Los Renegados no se quedarán ociosos, esperando. Sammael no

puede ser el único de ellos que haya tomado las riendas de una nación en sus manos, aunque sea el único del que tenemos noticia. Al final vendrán por Rand, tal vez en persona, pero desde luego apoyados por todos los ejércitos que tengan a su mando. ¿Y las naciones libres de los Renegados? ¿Cuántas de ellas se pondrán bajo el estandarte del Dragón y lo seguirán al Tarmon Gai'don, y cuántas de ellas se convencerán de que la caída de la Ciudadela es mentira y que Rand no es más que otro falso Dragón al que hay que derrotar, un falso Dragón tal vez lo bastante poderoso para amenazarlas si no lo atacan antes? De un modo u otro, habrá guerra. —Calló de manera brusca. Había más, pero no podía, no quería hablarles de esa parte.

Moraine no era tan reticente.

—Muy bien —dijo, asintiendo—, pero incompleto. —La mirada que le dirigió a la joven dejaba bien claro que sabía que Elayne había callado lo que ella tenía en mente. Enlazó las manos sobre la cintura con sosiego, y se dirigió a Nynaeve y a Egwene—. No hay nada que haga a esta guerra mejor ni más limpia. Salvo que aglutinará a los tearianos con él, y los illianos acabarán siguiéndolo como ahora lo hacen los tearianos. ¿Cómo no lo van a hacer, una vez que el estandarte del Dragón ondee sobre Illian? Simplemente la noticia de su victoria podría decidir el resultado de las guerras en Tarabon y en Arad Doman a su favor; habrá guerras que terminarán por él.

»De un golpe, será tan fuerte en cuanto a hombres y espadas que sólo una coalición de todas las restantes naciones desde aquí a la Llaga podría derrotarlo, y al mismo tiempo demostrará a los Renegados que no es un pichón cebado al que echar la red. Tiene que hacer el primer movimiento, ser el martillo, no el clavo. —La Aes Sedai hizo una ligera mueca, y un atisbo de su anterior cólera estropeó la calma de la que hacía gala—. Tiene que moverse primero. ¿Y qué hace? Lee. Lee y se enreda en mayores conflictos.

Nynaeve estaba conmocionada, como si estuviera contemplando todas las batallas y las muertes anunciadas; los oscuros ojos de Egwene estaban desorbitados por el horror de la comprensión. Elayne se estremeció al mirarlas. Una de ellas había visto crecer a Rand; la otra había crecido a su lado. Y ahora lo veían a punto de iniciar guerras. No al Dragón Renacido, sino a Rand al'Thor.

La lucha interna de Egwene era patente, y se aferró a la parte más insignificante, lo más inconsecuente de lo dicho por Moraine.

—¿Por qué leer puede ocasionarle conflictos? —preguntó.

—Ha decidido averiguar por sí mismo lo que anuncian las Profecías del Dragón. —Moraine mantenía el gesto frío y tranquilo, pero de repente pareció tan cansada como se sentía la propia Elayne—. Estaban prohibidas en Tear, pero el bibliotecario mayor tenía nueve traducciones distintas guardadas bajo llave en un arcón. Ahora Rand las tiene todas. Hice referencia al verso que venía al caso en esta situación, y él

lo citó, tomado de una antigua traducción del kandorés:

El poder de la Sombra dio forma a la carne humana,
despierta el desorden, los conflictos y la perdición.
El Renacido, marcado y sangrante,
blande la espada en sueños y brumas,
encadena al esbirro de la Sombra a su voluntad,
desde la ciudad, perdida y abandonada,
conduce las lanzas a la guerra una vez más,
rompe las lanzas y les abre los ojos,
la verdad largo tiempo oculta en el antiguo sueño.

—Es aplicable a esta situación como a cualquier otra. —La Aes Sedai hizo una mueca—. Illian en poder de Sammael es indudablemente una ciudad perdida. Dirigir las lanzas tearianas a la guerra, encadenar a Sammael, y habrá cumplido el verso. El antiguo sueño del Dragón Renacido. Pero él no lo verá. Tiene incluso una copia en la Antigua Lengua, como si entendiera más de dos palabras. Persigue sombras, y Sammael o Rahvin o Lanfear podrían cogerlo por el cuello antes de que me dé tiempo a convencerlo de su error.

—Está desesperado. —El tono afable de Nynaeve no iba dirigido a Moraine, de eso no le cabía duda a Elayne, sino a Rand—. Desesperado e intentando hallar su camino.

—También yo estoy desesperada —repuso firmemente la Aes Sedai—. He dedicado mi vida a encontrarlo, y no permitiré que fracase si puedo evitarlo. Estoy casi tan desesperada como para… —Calló de repente y frunció los labios—. Baste decir que para hacer lo que debo.

—Pero a mí no me basta —intervino Egwene, cortante—. ¿Qué haríais?

—Tienes otras cosas de las que preocuparte. El Ajah Negro…

—¡No! —La voz de Elayne sonó imperativa y tan cortante como la hoja de un cuchillo; sus manos crispadas apretaban con tanta fuerza la falda azul que los nudillos estaban blancos—. Guardáis muchos secretos, Moraine, pero éste debéis decírnoslo. ¿Qué pensáis hacerle? —Sintió el fugaz impulso de coger a la Aes Sedai y sacudirla hasta arrancarle la verdad si ello era necesario.

—¿Hacerle? Nada. Oh, está bien. No hay razón para que no lo sepáis. ¿Habéis visto lo que los tearianos llaman la Gran Reserva?

Cosa rara, tratándose de gente que temía tanto al Poder, los tearianos conservaban en la Ciudadela una colección de objetos conectados con el Poder a la que sólo superaba la de la Torre Blanca. Elayne era de la opinión de que la tenían por la única razón de haberse visto obligados a guardar *Callandor* durante tanto tiempo, lo quisieran o no. Hasta La Espada que no es una Espada podía parecer menos

imponente si se encontraba entre muchos otros objetos de su misma condición. Pero los tearianos jamás tuvieron el coraje de exhibir sus trofeos. La Gran Reserva se guardaba en una serie de sucias habitaciones abarrotadas que estaban ubicadas a mayor profundidad que las mazmorras. Cuando Elayne las vio por primera vez, la herrumbre había sellado los cerrojos de aquellas puertas que aguantaban todavía a los estragos de la podredumbre.

—Pasamos un día entero allí abajo —dijo Nynaeve—, para comprobar si Liandrin y sus amigas habían cogido algo. No creo que lo hicieran. Todo estaba enterrado bajo una gruesa capa de polvo y moho. Harán falta diez barcos fluviales para transportarlo todo a la Torre. Tal vez allí sepan descubrir su utilidad, cosa imposible para mí. —Por lo visto, la tentación de pinchar a Moraine era demasiado grande para resistirse a ella, ya que añadió—: Sabríais todo esto si nos hubieseis dedicado un poco más de tiempo.

La Aes Sedai no se dio por aludida. Parecía estar sumida en hondas reflexiones, analizando sus propios pensamientos, y cuando habló lo hizo más para sí misma que para las otras.

—Hay un *ter'angreal* en particular en la Reserva, una especie de marco de puerta de piedra roja que da la sensación de estar torcido cuando se lo mira. Si no consigo que Rand tome alguna decisión, puede que tenga que cruzar a través de él. —La pequeña gema azul que reposaba sobre su frente titiló, emitiendo destellos. Por lo visto la Aes Sedai no estaba ansiosa por dar aquel paso.

La mención del *ter'angreal* hizo que Egwene se llevara instintivamente la mano al corpiño del vestido. Ella misma había cosido un pequeño bolsillo allí para guardar el anillo de piedra. Ese anillo era un *ter'angreal*, poderoso a su manera aunque pequeño, y Elayne era una de las tres únicas mujeres que sabían que lo tenía. Moraine no se encontraba entre esas tres mujeres.

Los *ter'angreal* eran objetos extraños, reliquias de la Era de Leyenda, como los *angreal* y los *sa'angreal*, aunque más numerosos. Los *ter'angreal* utilizaban el Poder en lugar de magnificarlo, y aparentemente cada uno de ellos se había hecho para una única utilidad; pero, aunque se usaban algunos hoy en día, nadie tenía la certeza de si el uso que se les daba era el mismo para el que se los había creado. La Vara Juratoria, sobre la que una mujer pronunciaba los Tres Juramentos al alcanzar la categoría de Aes Sedai, era un *ter'angreal* que hacía de tales juramentos parte de su carne y su sangre. La última prueba que pasaba una novicia al ascender a la categoría de Aceptada se encontraba dentro de otro *ter'angreal* que desentrañaba sus más profundos temores y los hacía parecer realidad, o quizá la trasladaba a un lugar donde en verdad eran reales. Con los *ter'angreal* podían suceder cosas muy raras. Se habían dado casos de Aes Sedai que se habían consumido o habían muerto o simplemente habían desaparecido mientras los estudiaban. Y mientras los utilizaban.

—Vi ese umbral —dijo Elayne—. En la última habitación al final del pasillo. Mi lámpara se apagó, y me caí tres veces antes de llegar a la puerta. —Un ligero rubor le tiñó las mejillas—. Me dio miedo encauzar allí, ni siquiera para volver a encender la lámpara. La mayoría de los objetos parecían desechos, desde mi punto de vista, y creo que los tearianos se limitaron a recoger cualquier cosa que alguien apuntara que podría estar conectada con el Poder, pero pensé que si encauzaba podía canalizar accidentalmente la energía en algo que no fuera simple basura, y quién sabe lo que hubiera ocurrido.

—¿Y si al tropezar en la oscuridad hubieras caído a través del umbral torcido? —replicó secamente Moraine—. Ahí no es necesario encauzar, sólo cruzarlo.

—¿Con qué propósito? —quiso saber Nynaeve.

—Para obtener respuestas. Tres respuestas, todas verídicas, acerca del pasado, del presente y del futuro.

Lo primero que le vino a la cabeza a Elayne fue el cuento infantil *Bili debajo de la colina*, pero sólo por lo de las tres respuestas. De inmediato otra idea le vino a la mente, y no sólo a ella. Se adelantó por poco a Nynaeve y a Egwene, que ya abrían la boca para hablar.

—Moraine, eso resolvería nuestro problema. Podríamos preguntar si es Joiya o es Amico quien dice la verdad, y dónde están Liandrin y las otras. Y los nombres de las del Ajah Negro que todavía quedan en la Torre…

—Podemos preguntar qué es eso que significa un peligro para Rand —intervino Egwene.

—¿Por qué no nos lo dijisteis antes? —añadió Nynaeve—. ¿Por qué habéis dejado que siguiéramos escuchando las mismas historias día tras día cuando podríamos tenerlo resuelto a estas alturas?

La Aes Sedai se encogió y levantó las manos.

—Vosotras tres os lanzáis ciegamente hacia algo en lo que Lan y un centenar de Guardianes irían con pies de plomo. ¿Por qué creéis que no lo he cruzado ya? Hace días podría haber preguntado qué tenía que hacer Rand para sobrevivir y triunfar, cómo podía derrotar a los Renegados y al Oscuro, cómo podía aprender a controlar el Poder y mantener a raya la locura el tiempo suficiente para llevar a cabo lo que ha de hacer. —Esperó, con los brazos en jarras, a que las jóvenes comprendieran el significado de lo que acababa de decir. Ninguna de ellas habló—. Existen reglas —prosiguió—, y peligros. Nadie puede cruzarlo más de una vez. Sólo una. Se pueden hacer tres preguntas, pero hay que hacerlas y oír las respuestas antes de poder marcharse. Las preguntas frívolas se castigan, al parecer, pero también parece ser que lo que es serio para una persona podría ser frívolo viniendo de otra. Y, lo más importante, las preguntas conectadas con la Sombra tienen terribles consecuencias.

»Si preguntas sobre el Ajah Negro, cabe la posibilidad de que regreses muerta o

salgas farfullando como una demente, si es que sales. En cuanto a Rand… No estoy segura de que sea posible plantear una pregunta sobre el Dragón Renacido que no esté conectada con la Sombra de un modo u otro. ¿Os dais cuenta? A veces hay motivos para ser cautelosa.

—¿Cómo sabéis todo eso? —demandó Nynaeve, plantada delante de Moraine con los brazos en jarras—. Los Grandes Señores no habrán permitido nunca que las Aes Sedai estudien ninguna de las cosas que hay en la Reserva. A juzgar por la suciedad que los cubre, ninguno de esos objetos debe de haber visto la luz del día en un siglo.

—Yo diría que más —contestó Moraine sin alterarse—. Dejaron de hacer colección de objetos hace casi trescientos años. Adquirieron este *ter'angreal* justo antes de interrumpir por completo dicha actividad. Hasta entonces había sido propiedad de los Principales de Mayene, que utilizaban sus respuestas para evitar que Mayene cayera en poder de Tear. Y permitieron que las Aes Sedai lo estudiaran. En secreto, por supuesto; Mayene nunca osó enfrentarse de manera tan abierta a Tear.

—Si tan importante era para Mayene —planteó Nynaeve con desconfianza—, ¿por qué está aquí, en la Ciudadela?

—Porque los Principales han tomado decisiones tanto malas como buenas en su intento de mantener a Mayene independiente de Tear. Hace trescientos años, los Grandes Señores planeaban construir una flota a fin de seguir a los barcos mayenienses y encontrar los caladeros de los cardúmenes de peces clavo. Halvar, por aquel entonces Principal, subió el precio del aceite mayeniense para lámparas muy por encima del establecido para el aceite procedente de las aceitunas de Tear, y para convencer más si cabe a los Grandes Señores de que Mayene antepondría los intereses de Tear a los suyos, les entregó como presente el *ter'angreal*. Él ya lo había utilizado, de manera que no le servía para nada, y era casi tan joven como lo es ahora Berelain, con un largo reinado por delante, aparentemente, y muchos años de necesitar la buena voluntad teariana.

—Era un necio —masculló Elayne—. Mi madre jamás cometería semejante error.

—Tal vez no. Claro que Andor no es una nación pequeña acorralada por otra mucho más grande y poderosa. En cualquier caso, Halvar era un necio, como se demostró, ya que los Grandes Señores lo mandaron asesinar al año siguiente, pero su necedad me proporciona una oportunidad, si necesito recurrir a ella. Es peligrosa, pero siempre es mejor que nada.

Nynaeve murmuró entre dientes, quizá desilusionada porque la Aes Sedai no hubiera dado un paso en falso.

—Eso nos deja a nosotras como estábamos antes —suspiró Egwene—. Sin saber quién de ellas miente o si lo hacen las dos.

—Interrogadlas otra vez, si queréis —dijo Moraine—. Tenéis tiempo hasta que se las suba al barco, aunque dudo mucho que ninguna de ellas cambie ahora su historia.

Mi consejo es que os concentréis en Tanchico. Si Joiya dice la verdad, entonces harán falta Aes Sedai y Guardianes para custodiar a Mazrim Taim, no sólo vosotras tres. Envié una paloma con un mensaje para la Amyrlin nada más oír la versión de Joiya la primera vez que la contó. De hecho, envié tres palomas para asegurarme que una de ellas llega a la Torre.

—Muy amable de vuestra parte mantenernos informadas —murmuró fríamente Elayne. La Aes Sedai seguía haciendo las cosas a su modo, sin contar con nadie. El que ellas tres no fueran realmente Aes Sedai no era motivo suficiente para dejarlas al margen. La Amyrlin les había encomendado a ellas, no a Moraine, ir tras la pista del Ajah Negro.

Moraine hizo una leve inclinación, como si pensara que le daba las gracias de verdad.

—No hay de qué. Recordad que sois las rastreadoras que la Amyrlin ha enviado tras el Ajah Negro. —Su sonrisa apenas insinuada ante el gesto sorprendido de Elayne puso de manifiesto que sabía perfectamente lo que la joven estaba pensando —. La decisión de cuál ha de ser el siguiente paso os corresponde a vosotras. Y eso también me lo habéis hecho notar a mí —añadió, cortante—. Confío en que sea una decisión más fácil que la mía. Y asimismo confío en que durmáis bien en las pocas horas que quedan para que apunte el día. Buenas noches.

—Oh, esa mujer… —rezongó Elayne cuando se hubo cerrado la puerta tras la Aes Sedai—. A veces la estrangularía. —Se dejó caer pesadamente en una de las sillas colocadas a la mesa, con la mirada fija en las manos enlazadas sobre el regazo.

Nynaeve respondió con un gruñido, quizá corroborando sus palabras, y se dirigió a una mesa estrecha que estaba contra la pared y en la que había copas de plata, tarros con especias y dos jarros. Uno de ellos, lleno de vino, descansaba dentro de un brillante cuenco que contenía hielo ahora casi derretido y que se había traído desde la Columna Vertebral del Mundo metido en arcones, entre serrín. Hielo en verano para enfriar la bebida de un Gran Señor; algo así era casi inimaginable para Elayne.

—Un refresco antes de acostarnos nos vendrá bien —dijo Nynaeve mientras mezclaba vino, agua y especias.

Elayne levantó la cabeza cuando Egwene se sentó a su lado.

—¿Lo que dijiste sobre Rand era en serio, Egwene? —La otra joven asintió, y Elayne soltó un suspiro—. ¿Recuerdas las bromas de Min, respecto a tener que compartirlo? A veces me pregunto si no tendría una visión de la que no nos habló. Creía que se refería a que nosotras dos lo amábamos y que ella lo sabía. Pero tú tenías derecho a su amor, y yo no sabía qué hacer. Y sigo sin saberlo. Egwene, él te quiere a ti.

—Pues tendré que ser franca y dejarle las cosas claras —respondió firmemente la joven—. Cuando me case, lo haré porque quiero, no sólo porque un hombre crea que

lo amo. Se lo diré con delicadeza, Elayne, pero cuando haya acabado de hablar, sabrá que es libre, lo quiera o no. Mi madre dice que los hombres son diferentes de nosotras. Dice que las mujeres queremos estar enamoradas, pero sólo del elegido, mientras que un hombre necesita estar enamorado, pero que amará a la primera mujer que le llegue al corazón.

—Todo eso está muy bien —adujo Elayne con voz tensa—, pero Berelain estuvo en su habitación.

Egwene resopló con desdén.

—Fueran cuales fueran sus intenciones, Berelain no estará interesada por un hombre el tiempo suficiente para conseguir que la ame. Hace dos días no le quitaba los ojos de encima a Rhuarc. Y, dentro de dos, estará sonriendo a algún otro. Es como Elsa Grinwell, ¿la recuerdas? Esa novicia que se pasaba todo el día en los patios de entrenamiento coqueteando con los Guardianes.

—Pues no creo que coquetear fuera lo único que hacía Berelain a esas horas en su dormitorio. ¡Llevaba aun menos ropa de lo que es habitual en ella, si tal cosa es posible!

—Entonces ¿vas a dejar que le eche el lazo?

—¡No! —Elayne lo dijo fieramente, y muy en serio, pero un instante después la desesperación se había adueñado de ella—. Oh, Egwene, no sé qué hacer. Lo amo. Quiero casarme con él. ¡Luz! ¿Qué dirá mi madre? Preferiría pasar toda una noche en la celda de Joiya que oír los sermones que me echará mi madre.

Los nobles andorianos, incluso los de la familia real, contraían matrimonio con plebeyos lo bastante a menudo para que apenas se levantaran comentarios —al menos en el propio Andor—, pero Rand no era exactamente lo que se consideraba un plebeyo. Morgase era muy capaz de mandar a Lini a buscar a su hija para que la llevara a casa de una oreja.

—Tu madre difícilmente puede decir nada al respecto si se da crédito a lo que cuenta Mat —la animó Egwene—. Aun cuando sólo sea cierto la mitad. El tal lord Gaebril por el que tu madre bebe los vientos no parece precisamente la mejor elección de una mujer que piensa con la cabeza.

—Estoy segura de que Mat exagera —repuso Elayne con remilgo. Su madre era demasiado sagaz para hacer el tonto por ningún hombre. Si lord Gaebril, del que nunca había oído hablar hasta que Mat lo nombró, si ese individuo pensaba que obtendría poder a través de Morgase, la reina lo sacaría de su error sin contemplaciones.

Nynaeve trajo a la mesa tres copas —por las que resbalaban gotitas de condensación— llenas de vino aromatizado con especias, y pequeños tapetes de paja tejida en colores verdes y dorados para poner las copas y que la humedad no estropeara el pulimento de la mesa.

—Bien —dijo al tiempo que cogía una silla—, así que has descubierto que estás enamorada de Rand, Elayne, y Egwene que no lo está.

Las dos jóvenes la miraron boquiabiertas, una morena y la otra rubia, pero casi una imagen duplicada de perplejidad.

—Tengo ojos en la cara —continuó Nynaeve con expresión complacida—. Y oídos, cuando no os molestáis en cuchichear. —Tomó un sorbo de su copa—. ¿Qué piensas hacer al respecto? Si esa Berelain le echa la zarpa, no será fácil que lo suelte. ¿Estás segura, Elayne, de que quieres meterte en esto? Sabes lo que es él. Sabes lo que le espera, incluso dejando las Profecías a un lado. La locura. La muerte. ¿Cuánto tiempo le queda? ¿Un año? ¿Dos? ¿O empezará antes de que acabe el verano? Es un hombre que puede encauzar. —Pronunció cada palabra con total crudeza—. Recuerda lo que te enseñaron. Recuerda lo que es.

Elayne levantó la cabeza en un gesto resuelto y sostuvo fijamente la mirada de Nynaeve.

—No me importa. Tal vez debería importarme, pero no es así. Quizá sea una estúpida, pero me da igual. No puedo cambiar mis sentimientos por imposición, Nynaeve.

De improviso, la antigua Zahorí sonrió.

—Tenía que estar segura —dijo cariñosamente—. Tú tenías que estar segura. No es fácil amar a un hombre, pero amar a éste será aún más duro. —Su sonrisa se borró a medida que hablaba—. Todavía no has contestado a mi primera pregunta. ¿Qué piensas hacer? Puede que Berelain parezca frágil, y desde luego se las compone para que los hombres la vean así, pero ten por seguro que no lo es. Luchará por lo que quiere. Y es de las que agarran con fuerza hasta lo que no les interesa, especialmente sólo porque hay otra que quiere lo mismo.

—Me gustaría meterla dentro de un barril —dijo Egwene, que apretó su copa como si fuera el cuello de la Principal—, y mandarla en un barco de vuelta a Mayene. En lo más profundo de la bodega.

La trenza de Nynaeve se meció cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Todo eso está muy bien, pero procura discurrir algo que sirva de ayuda. Si no se te ocurre nada, guarda silencio y deja que ella decida lo que tiene que hacer. —Como Egwene le clavó una mirada irritada, añadió—: Ahora es Elayne la que tiene que entendérselas con Rand, no tú. Te has echado a un lado, ¿recuerdas?

El comentario tendría que haber suscitado la sonrisa de Elayne, pero no ocurrió así.

—Se suponía que todo esto tenía que ser diferente. —Suspiró—. Creí que encontraría a un hombre, que aprendería a conocerlo con el transcurso de los meses o los años, y que poco a poco me daría cuenta de que lo amaba. Así es como siempre pensé que pasaría. Apenas conozco a Rand. No he hablado con él más de una docena

de veces a lo largo de todo un año. Pero supe que lo amaba cinco minutos después de verlo. —Eso sí que era una tontería. Pero era verdad, y no le importaba que fuera una estupidez. Así se lo diría a su madre a la cara, y a Lini. Bueno, a Lini tal vez no. Lini tenía unos métodos muy drásticos para ocuparse de las tonterías, y creía que Elayne seguía teniendo diez años—. Sin embargo, tal y como están las cosas, ni siquiera tengo derecho a estar enfadada con él. O con Berelain. —Pero lo estaba. «¡Me gustaría darle de bofetadas hasta que los oídos le estuvieran pitando durante un año! ¡Me gustaría ir azotándola todo el camino hasta el barco que la llevara de vuelta a Mayene!» Sólo que no tenía derecho a hacerlo, y eso era lo peor. Estaba fuera de sí, y su tono sonó entre desesperado y suplicante—: ¿Qué puedo hacer? Nunca se ha fijado en mí.

—En Dos Ríos —dijo lentamente Egwene—, si una mujer quiere que un hombre sepa que le interesa, le pone flores en el cabello en Bel Tine o en el Día Solar. O le borda una camisa de fiesta en cualquier otra fecha. O pone empeño en pedirle que baile con ella, y no lo hace con nadie más. —Elayne la miraba con incredulidad, y se apresuró a añadir—: No estoy sugiriendo que le bordes una camisa, pero hay formas de darle a entender lo que sientes por él.

—Pues las mayenienses prefieren ir al grano. —La voz de Elayne sonaba quebrada—. Quizá sea el mejor sistema. Decírselo a las claras. Al menos sabría lo que siento. Al menos, tendría cierto derecho a…

Cogió la copa de vino aromatizado y se lo echó al coleto. ¿Ir al grano? ¿Como cualquier pelandusca mayeniense? Soltó la copa vacía sobre el pequeño tapete y respiró hondo.

—¿Qué dirá mi madre? —musitó.

—Lo que importa es qué vas a hacer cuando tengamos que marcharnos de aquí —intervino Nynaeve, afectuosa—. Ya sea a Tanchico o a la Torre o a cualquier otra parte, tendremos que irnos. ¿Qué harás cuando acabas de decirle que lo amas y tienes que marcharte y dejarlo? ¿Y si te pide que te quedes con él? ¿Y si es eso lo que quieres?

—Me marcharé. —No hubo vacilación en la respuesta de Elayne, aunque sí un timbre de aspereza. Nynaeve no tendría que habérselo preguntado—. Si he de aceptar que es el Dragón Renacido, él tendrá que aceptar lo que soy yo, que tengo mis obligaciones. Deseo ser Aes Sedai, Nynaeve. No es una simple diversión para mí. Y tampoco lo es el trabajo que nosotras tres hemos de realizar. ¿De verdad pensaste que iba a abandonaros a Egwene y a ti?

Egwene se apresuró de asegurarle que tal idea no se le había pasado por la cabeza en ningún momento; y lo mismo hizo Nynaeve, pero lo bastante despacio para preparar la mentira.

Elayne miró a la una y a la otra.

—Para ser sincera, os diré que temía que me dijeseis que era una estúpida por preocuparme por una cosa así cuando tenemos el problema del Ajah Negro.

Un leve parpadeo de Egwene reveló que tal idea se le había ocurrido a la joven.

—Rand no es el único que puede morir el año próximo o al mes que viene —dijo Nynaeve—. También puede pasarnos a nosotras. Los tiempos han cambiado, y nosotras también. Si nos quedamos sentadas pensando en lo que deseamos, puede que no lo veamos cumplido a este lado de la tumba.

Era un planteamiento que tenía poco o nada de tranquilizador, pero Elayne asintió. No era ninguna estúpida. Ojalá el tema del Ajah Negro pudiera solucionarse tan fácilmente. Apretó la copa vacía de plata contra su frente, buscando la frescura del metal. ¿Qué iban a hacer?

7



Jugando con fuego

A la mañana siguiente, cuando el sol apenas apuntaba por encima del horizonte, Egwene se presentó ante la puerta de los aposentos de Rand seguida por una reacia Elayne. La heredera del trono lucía un vestido de seda azul claro con manga larga y escote bajo, de corte teariano, que había accedido a ponerse sólo después de una pequeña discusión. Un collar de zafiros, de un tono profundo como un cielo matutino, y otra sarta del mismo color entretejida en los ondulados cabellos rubio rojizos hacían resaltar el azul de sus ojos. A despecho del pegajoso calor, Egwene llevaba un pañuelo rojo oscuro, grande como un chal, sobre los hombros. Aviendha se lo había proporcionado, así como los zafiros. Era chocante pero, a saber cómo, la Aiel disponía de un considerable surtido de este tipo de cosas.

A pesar de que sabía que estaban allí, Egwene se sobresaltó cuando los guardias Aiel se pusieron de pie con pasmosa rapidez. Elayne dio un respingo, pero enseguida los contempló con aquel aire regio que se le daba tan bien adoptar. No pareció surtir efecto en estos hombres curtidos por el sol. Los seis eran Shae'en M'taal, Soldados de Piedra, y mostraban un aire relajado para ser Aiel, lo que significaba estar echando ojeadas hacia todos lados y parecer dispuestos a moverse en cualquier dirección.

Egwene se irguió también siguiendo la pauta de Elayne; deseó para sus adentros saber hacerlo tan bien como la heredera del trono.

—Deseo… Deseamos comprobar cómo están las heridas del lord Dragón —anunció.

La excusa era absurda y los Aiel se habrían dado cuenta si hubieran conocido bien el funcionamiento de la Curación, pero por suerte tal posibilidad era improbable; poca gente sabía gran cosa al respecto, y seguramente los Aiel menos aún que la mayoría. Egwene no tenía intención de dar explicaciones de su presencia allí —bastaba con su supuesta condición de Aes Sedai—, pero, cuando los Aiel surgieron como si brotaran repentinamente del negro suelo de mármol, a la joven le pareció una buena idea. Y no es que hubieran hecho la menor intención de cerrarles el paso, desde luego, pero estos hombres tan altos y de rostros tan impasibles como si estuvieran tallados en piedra imponían, y sostenían aquellas lanzas cortas y los arcos como si

utilizarlos fuera tan natural —y tan simple— como respirar. Sus claros ojos, la escrutadora e intensa mirada prendida en ella, traían a la memoria los cuentos de los implacables y crueles Aiel de rostro velado, de la Guerra de Aiel y de hombres como éstos, que habían destruido hasta el último de los ejércitos enviados contra ellos y que regresaron al Yermo sólo después de combatir durante tres sangrientos días con sus noches contra las naciones aliadas a las puertas de la mismísima Tar Valon hasta llegar a un punto muerto y dejar la batalla en tablas. Faltó poco para que Egwene recurriera al *Saidar*.

Gaul, el jefe de los Soldados de Piedra, asintió en silencio; había respeto en el modo en que miró a Egwene y Elayne. Era un hombre apuesto, a su modo tosco, y algo mayor que Nynaeve, con unos ojos tan verdes y claros como gemas talladas, y largas pestañas tan oscuras que parecían perfilar sus párpados con una raya negra.

—Deben de dolerle. Está de un humor pésimo esta mañana. —Gaul esbozó una sonrisa, un fugaz destello de los blancos dientes, como comprendiendo ese estado de ánimo cuando uno está herido—. Ya ha despachado con cajas destempladas a esos Grandes Señores, y a uno de ellos lo sacó a empujones él mismo. ¿Cómo se llamaba?

—Torean —apuntó otro Aiel, aún más alto. Llevaba el arco corto y curvado con una flecha encajada en actitud casi despreocupada. Sus grises ojos se detuvieron un momento en las dos mujeres para de forma inmediata volver a la vigilancia hacia las columnas de la antesala.

—Sí, Torean —convino Gaul—. Pensé que iría deslizándose por el suelo hasta aquellas bonitas estatuas… —Señaló con la lanza al círculo de tiesos Defensores—. Pero se quedó corto en casi tres metros. Perdí un buen tapiz teariano lleno de halcones bordados en hilo de oro que había apostado con Mangin. —El hombre más alto esbozó una breve y satisfecha sonrisa.

Egwene parpadeó desconcertada al imaginar a Rand echando a empujones a un Gran Señor y haciéndolo rodar por el suelo. Nunca había sido violento; todo lo contrario. ¿Hasta qué punto habría cambiado? Ella había estado demasiado ocupada con Joiya y Amico, y él, con Moraine o Lan o los Grandes Señores, para tener algo más que una conversación de pasada, unas cuantas palabras sobre el hogar y cómo habría sido la fiesta de Bel Tine este año y cómo sería la del Día Solar. Todo muy breve. ¿Cuánto habría cambiado?

—Hemos de verlo —dijo Elayne con un leve temblor en la voz.

Gaul inclinó la cabeza al tiempo que bajaba la punta de la lanza al suelo de mármol negro.

—Por supuesto, Aes Sedai.

Egwene y Elayne entraron en los aposentos de Rand con cierta inquietud; el rostro de la heredera del trono decía de manera inequívoca lo mucho que le costaba dar esos pocos pasos.

No quedaba rastro de la violencia de la noche anterior, a no ser la ausencia de espejos; los recuadros de tono más claro en la madera de los paneles señalaban los lugares donde habían estado colgados. Tampoco es que reinara el orden en el dormitorio, ni mucho menos; había libros por todas partes, encima de cualquier sitio, algunos de ellos abiertos como si los hubieran dejado abandonados a mitad de una página; y la cama seguía sin hacer. Las cortinas carmesí estaban corridas en todas las ventanas, orientadas a poniente y al río, que era la arteria principal de la ciudad. *Callandor* refulgía como cristal pulido sobre un enorme pedestal dorado con ornamentación excesivamente recargada. Egwene pensó que el pedestal era la cosa más fea que había visto en su vida decorando una habitación, aunque cambió de idea al fijarse en la escultura que representaba dos lobos de plata acosando a un ciervo dorado y que estaba sobre la repisa de la chimenea. La ligera brisa procedente del río mantenía increíblemente fresco el dormitorio en comparación con el resto de la Ciudadela.

Rand estaba en mangas de camisa, arrellanado en un sillón, con una pierna por encima del reposabrazos y un libro encuadernado en cuero apoyado en la rodilla. Al oír el ruido de sus pasos cerró el libro de golpe, lo tiró entre los otros sobre la alfombra, y se puso de pie de un salto, listo para luchar. El gesto ceñudo de su rostro se borró al ver quiénes eran.

Por primera vez desde que estaba en la Ciudadela, Egwene lo miró buscando cambios en él, y los halló. ¿Cuántos meses hacía desde que lo había visto antes de reunirse en Tear? Los suficientes para que su rostro adquiriera una expresión más dura, para que se borrara la franqueza que reflejaba en otros tiempos. También se movía de forma diferente, un poco como Lan, como los Aiel. Con su estatura y su rojizo cabello, y los ojos que ahora parecían azules en lugar de grises al reflejarse la luz en ellos, su apariencia recordaba mucho a la de un Aiel; tanto que despertaba inquietud. Pero, aparte de estos cambios físicos, ¿qué otros había experimentado?

—Creía que erais… otras personas —farfulló a la par que su mirada azorada iba de una muchacha a la otra. Éste era el Rand que Egwene conocía; hasta el rubor que teñía sus mejillas cada vez que sus ojos se posaban en una u otra—. Cierta… gente quiere cosas a las que no puedo avenirme. Cosas a las que no accederé. —Una repentina sospecha le ensombreció el semblante, y su tono se endureció—. ¿Qué queréis? ¿Os ha enviado Moraine? ¿Venís a convencerme de que haga lo que quiere?

—No seas cretino —replicó secamente Egwene sin pensar lo que decía—. ¡Yo no quiero que empieces una guerra!

—Venimos para… —añadió Elayne en tono suplicante—, para ayudarte si está en nuestras manos. —Ésa era una de las razones, y la más fácil de sacar a colación, que se habían planteado durante el desayuno.

—Conocéis sus planes de… —empezó hoscamente Rand, pero enseguida cambió

de táctica—. ¿Ayudarme? ¿Cómo? Eso es lo que Moraine me dice siempre.

Egwene, el gesto severo, se cruzó de brazos sujetando el pañuelo con fuerza del mismo modo que solía hacer Nynaeve cuando hablaba con los miembros del Consejo del Pueblo y estaba resuelta a salirse con la suya por muy obstinados que se mostraran. Ya era demasiado tarde para empezar la conversación de otra manera; sólo le quedaba proseguir en la línea marcada con sus primeras palabras.

—Te repito que no seas cretino, Rand al'Thor. Puede que tengas a los tearianos lamiéndote las botas, pero todavía recuerdo cuando Nynaeve te sacudió el trasero con una vara por dejar que Mat te convenciera para robar un jarro de licor de manzana.

Elayne mantuvo la compostura de manera impecable; demasiado impecable, en opinión de Egwene, que dedujo que su amiga estaba haciendo un gran esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas. Ni que decir tiene que Rand no lo notó. Los hombres nunca se daban cuenta de esas cosas. El joven le sonrió a Egwene, también a punto de echarse a reír.

—Acabábamos de cumplir trece años —recordó—. Nos encontró dormidos detrás del establo de tu padre, y teníamos un dolor de cabeza tan espantoso que apenas si sentimos los vardascazos que nos propinó. —No era así, ni mucho menos, como lo recordaba Egwene—. Bien distinto de lo que pasó cuando le tiraste aquel cuenco a la cabeza, ¿te acuerdas? Te preparó una infusión de genciana porque llevabas abatida una semana, y tan pronto como probaste un sorbo le tiraste a la cabeza su mejor cuenco. ¡Luz, cómo chillabas! ¿Cuándo fue eso? Hará unos dos años el próximo…

—No estamos aquí para hablar de los viejos tiempos —lo interrumpió Egwene; se ajustó el pañuelo con gesto irritado. Era de lana muy fina, pero aun así daba demasiado calor. En verdad, Rand tenía la mala costumbre de acordarse de cosas de lo más inoportunas.

El joven sonrió como si supiera lo que estaba pensando.

—Decís que estáis aquí para ayudarme —dijo de mucho mejor humor—. ¿Haciendo qué? Supongo que no sabréis el método para lograr que un Gran Señor no falte a su palabra en cuanto le quito la vista de encima. Ni cómo impedir que tenga ciertos sueños. No me vendría mal tener ayuda con… —Sus ojos pasaron rápidamente de Elayne a ella, y empezó de nuevo dándole otro enfoque—. ¿Qué me decís de la Antigua Lengua? ¿Aprendisteis algo en la Torre Blanca? —Sin esperar respuesta empezó a revolver entre los volúmenes esparcidos sobre la alfombra—. Tengo aquí una copia, en alguna parte, de…

—Rand. —Egwene levantó la voz—. Rand, no sé leer la Antigua Lengua. —Lanzó una rápida mirada admonitoria a Elayne, advirtiéndole que no admitiera tener dicho conocimiento. No habían venido para traducirle las Profecías del Dragón. El leve cabeceo de asentimiento de la heredera del trono hizo destellar los zafiros que adornaban su cabello—. Tenemos otras cosas que aprender.

El joven dejó de buscar entre los libros y suspiró.

—Era mucho esperar —comentó. Pareció que iba a decir algo más, pero se quedó mirando sus botas.

Egwene se preguntó cómo se las componía para tratar con los Grandes Señores, tan arrogantes, si ellas dos lograban turbarlo con tanta facilidad.

—Vinimos para ayudarte con el encauzamiento —le dijo—. Con el Poder. —Lo que afirmaba Moraine se daba por cierto; tan imposible era que una mujer enseñara a un hombre a encauzar como a que diera a luz un hijo. Pero Egwene no estaba tan segura de ello. Una vez había percibido algo tejido por el *Saidin*. O, más bien, había sentido algo que obstruía sus propios flujos, tan cierto como que un dique represa el agua. Pero fuera de la Torre había aprendido tanto como dentro; sin duda, entre sus conocimientos habría algo que podría enseñarle, cierta guía que ofrecerle.

—Si podemos —añadió Elayne.

De nuevo una sombra de sospecha cruzó su rostro. Resultaban inquietantes los bruscos cambios en su estado de ánimo.

—Hay más probabilidades de que yo sepa leer la Antigua Lengua que de que vosotras podáis… ¿Seguro que esto no es obra de Moraine? ¿Os envió aquí? Cree que podrá convencerme utilizando medios indirectos, ¿verdad? ¿Algún ardid de Aes Sedai que no veré hasta que esté atrapado en él? —Soltó un gruñido amargado, y recogió la chaqueta verde oscuro que tenía tirada en el suelo, detrás de una de las sillas; se puso la prenda precipitadamente—. He aceptado recibir a otros Grandes Señores esta mañana. Si no los tengo vigilados, encuentran el modo de soslayar lo que he ordenado. Aprenderán antes o después. Ahora soy yo quien manda en Tear. Yo. El Dragón Renacido. Ya les enseñaré. Tenéis que disculparme.

Egwene sentía un terrible deseo de sacudirlo. ¿Que mandaba en Tear? Bueno, quizá sí, tan orgulloso como un gallo de corral porque ha ahuyentado al zorro que intentaba colarse en él. Era un pastor, no un rey, e incluso si tenía derecho a darse aires, no era bueno para él hacerlo. Estaba a punto de decírselo a la cara, pero Elayne se le adelantó.

—Nadie nos ha enviado —dijo, furiosa—. Vinimos porque… porque te apreciamos. Tal vez no funcione, pero al menos podrías probar. Si me… Si nos preocupas lo suficiente para que lo intentemos, tú también tendrías que intentarlo. ¿Tan poco te importa que no puedes dedicarnos ni una hora? ¿Ni siquiera por tu vida?

Rand dejó de abotonarse la chaqueta y se quedó mirando a Elayne tan intensamente que por un momento Egwene pensó que se había olvidado de ella. El joven apartó los ojos con un estremecimiento. Miró de soslayo a Egwene, cambió el peso del cuerpo de uno a otro pie, y bajó la vista al suelo, fruncido el ceño.

—De acuerdo —murmuró—. No servirá de nada, pero lo intentaré. ¿Qué queréis que haga?

Egwene respiró hondo. No había pensado que convencerlo iba a ser tan fácil; Rand había sido siempre tan inamovible como una roca cuando decidía no dar su brazo a torcer, cosa que ocurría con sobrada frecuencia.

—Mírame —dijo, al tiempo que conectaba con el *Saidar*. Dejó que el Poder la hinchiera más que nunca, más plenamente, aceptando hasta la última gota que podía asumir; fue como si la luz bañara cada partícula de su ser. Se obligó a hablar—: ¿Qué ves? ¿Qué sientes? ¡Mírame, Rand!

Él levantó la cabeza poco a poco, todavía con el ceño fruncido.

—Te veo a ti. ¿Qué se supone que tengo que ver? ¿Estás tocando el Poder? Egwene, Moraine ha encauzado en mi presencia un centenar de veces, y jamás he visto nada. Salvo lo que hacía. No funciona así. Hasta yo sé eso.

—Soy más fuerte que Moraine —respondió firmemente—. Ella estaría tendida en el suelo, quejándose o inconsciente, si intentara absorber tanto como hay dentro de mí ahora. —Era verdad, aunque hasta ahora no había hecho una estimación tan aproximada de la habilidad de la Aes Sedai.

Este Poder, que palpitaba en sus venas con más fuerza que su propia sangre, clamaba por ser utilizado. Con tal cantidad, podría realizar cosas que Moraine no imaginaría hacer ni en sueños. La herida en el costado de Rand que la Aes Sedai nunca podía curar del todo. Ella no sabía cómo llevar a cabo la Curación, ya que era mucho más complicado que todo lo que había hecho hasta ahora, pero había visto cómo curaba Nynaeve y, tal vez, con esta inmensa cantidad de Poder que la llenaba, sería capaz de ver algún modo de cómo podría sanarse. No llevarlo a cabo, desde luego, sino sólo verlo.

Con cuidado, irradió un abanico de flujos, finos como cabellos, de Aire, Agua y Energía, los Poderes utilizados para la Curación, y tanteó la vieja herida. Un roce y echó marcha atrás, convulsa, retirando la urdimbre; tenía el estómago tan revuelto como si quisiera vomitar hasta la última comida que había ingerido en su vida. Daba la impresión de que toda la oscuridad del mundo estuviera agazapada allí, en el costado de Rand, toda la maldad del mundo dentro de una llaga purulenta, cubierta sólo por una tierna cicatriz. Una cosa como ésa empaparía los fluidos de Curación como gotas de agua en la seca arena de un desierto. ¿Cómo podía soportar Rand el dolor? ¿Por qué no lloraba?

Sólo había pasado un segundo desde la primera idea concebida a la acción. Estremecida, y procurando por todos los medios ocultarlo, continuó sin hacer una pausa:

—Eres tan fuerte como yo. Lo sé; tienes que serlo. Siéntelo, Rand. ¿Puedes sentirlo? —«¡Luz! ¿qué puede curarle eso? ¿Habrá algo que pueda?»

—No siento nada —murmuró, sin dejar de mover los pies—. La piel de gallina. Y no me extraña. No es que no me fíe de ti, Egwene, pero no puedo evitar ponerme

nervioso cuando una mujer encauza cerca de mí. Lo siento.

No se molestó en explicarle la diferencia entre encauzar y simplemente conectar con la Fuente Verdadera. Eran tantas las cosas que ignoraba, incluso comparándolo con sus limitados conocimientos. Era un ciego intentando hacer funcionar un telar al tacto, sin saber nada de colores ni del aspecto de los hilos e incluso del telar.

No sin esfuerzo, soltó el *Saidar*; y le costó mucho trabajo. Una parte de su ser quería llorar por la pérdida.

—Ahora no estoy tocando la Fuente, Rand. —Se acercó un poco más a él y lo miró a los ojos—. ¿Sigues teniendo carne de gallina?

—No. Pero es porque me lo has dicho. —Se encogió de hombros bruscamente—. ¿Lo ves? Nada más pensar en ello, y ya se me han puesto los pelos de punta.

Egwene esbozó una sonrisa de triunfo. No necesitó mirar a Elayne para estar segura de lo que ya había percibido, lo que habían acordado hacer antes de venir.

—Los tienes porque percibes que una mujer está en contacto con la Fuente, Rand. Es lo que está haciendo Elayne en este preciso momento. —El joven observó intensamente a la heredera del trono, con los ojos entrecerrados—. Da igual que lo veas o no. Lo sientes. Algo hemos conseguido. Veamos qué más podemos descubrir. Rand, entra en contacto con la Fuente Verdadera. Da entrada al *Saidin*. —Su voz sonó enronquecida. También habían acordado esto Elayne y ella. Al fin y al cabo era Rand, no el monstruo de los relatos, y las dos habían estado de acuerdo. Con todo, pedir a un hombre que… Lo extraño es que hubiera sido capaz de pronunciar siquiera las palabras—. ¿Ves algo? —le preguntó a Elayne—. ¿Sientes algo?

Rand seguía repartiendo miradas entre una y otra joven, y algunas veces bajaba la vista al suelo y otras hasta se sonrojaba. ¿Por qué se turbaba tanto? Elayne, observando fijamente al joven, sacudió la cabeza.

—No noto absolutamente nada. Podría estar ahí plantado, sin más. ¿Seguro que está haciendo algo?

—Puede que sea cabezota, pero no necio. Al menos, no lo es casi nunca.

—Bueno, sea cabezota o necio o cualquier otra cosa, no siento nada.

—Dijiste que harías lo que te pidiéramos, Rand. —Egwene tenía la frente fruncida—. ¿Lo estás haciendo? Si tú sentiste algo, lo mismo tendría que haberme pasado a mí, y no… —Se interrumpió con un grito sofocado. *Algo* le había pellizcado el trasero. Las comisuras de los labios de Rand temblaban en un claro intento de contener la sonrisa—. Eso no ha tenido gracia —espetó, tajante.

El joven trataba de conservar la expresión de inocencia, pero finalmente acabó sonriendo.

—Dijiste que querías sentir algo, y pensé que… —Su repentino bramido hizo que Egwene diera un salto. Con la mano frotándose la nalga izquierda, Rand empezó a girar en círculo, cojeando dolorido—. ¡Rayos y truenos, Egwene! No era necesario

que me… —Bajó la voz a un murmullo incomprensible, que la joven se alegró de no entender.

Aprovechó la oportunidad para darse un poco de aire con el pañuelo, y compartió una fugaz sonrisa con Elayne. El fulgor que rodeaba a la heredera del trono perdió intensidad. Las dos muchachas estuvieron a punto de echarse a reír mientras se frotaban el trasero con disimulo. Eso le enseñaría. Pagarle con la misma moneda, salvo que multiplicado por cien, según el cálculo de Egwene.

Se volvió hacia Rand con toda la seriedad que pudo dar a su rostro.

—Eso lo habría esperado de Mat. Creía que tú, al menos, habías madurado. Vinimos para ayudarte si podíamos, así que procura cooperar. Haz algo con el Poder, pero algo que no sea infantil. Quizá seamos capaces de sentirlo.

Encorvado, Rand les asestó una mirada iracunda.

—Que haga algo, dices —rezongó—. No tenías derecho a… Voy a estar cojo durante… Así que quieres que haga algo, ¿no?

De repente, Egwene se levantó en el aire, y Elayne también; se miraron la una a la otra, los ojos desorbitados por la sorpresa, mientras flotaban a casi un metro del suelo. Nada las sostenía, ningún flujo que Egwene pudiera ver ni sentir. Nada. Apretó los labios. No tenía derecho a hacerles esto. Ninguno en absoluto, y era hora de que aprendiera la lección. El mismo tipo de escudo de Energía que había aislado a Joiya de la Fuente Verdadera también serviría para él; las Aes Sedai lo utilizaban con los contados hombres que encontraban que eran capaces de encauzar.

Se abrió al *Saidar* y sintió un vacío en la boca del estómago. El *Saidar* estaba allí, sentía su calor y su luz, pero entre ella y la Fuente Verdadera se interponía algo, nada, una ausencia que la separaba de la Fuente Verdadera como un muro de piedra. Se sentía vacía por dentro hasta que el pánico la colmó. Un hombre estaba encauzando, y ella estaba atrapada en ello. Era Rand, sí, pero estando allí, suspendida como un cesto, indefensa, en lo único que pensó fue que un varón estaba encauzando y en la contaminación existente en el *Saidin*. Quiso gritarle, pero sólo emitió una especie de graznido.

—¿Quieres que haga algo? —bramó Rand. Las patas de un par de mesitas se doblaron en ángulos extraños y la madera crujió; empezaron a dar tumbos de un lado para otro en una horrenda parodia de baile, esparciendo por el suelo laminillas doradas—. ¿Te gusta esto? —El fuego se prendió en la chimenea de costado a costado, ardiendo sobre las piedras limpias de cenizas—. ¿O esto? —La escultura del ciervo y los lobos empezó a reblandecerse y a desmoronarse. Regueros de plata y oro resbalaron de la masa informe, se afinaron hasta semejar hilos brillantes que serpenteaban y se tejían entre sí formando un estrecho paño de tejido metálico; la pieza de reluciente material colgó en el aire mientras crecía, el extremo superior unido todavía a la escultura que se derretía poco a poco sobre la repisa de la

chimenea—. Haz algo. ¡Haz algo! ¿Tienes idea de lo que es tocar el *Saidin*, encauzarlo? ¿La tienes? ¡Puedo sentir la locura acechando, infiltrándose dentro de mí!

De repente, las mesitas saltarinas estallaron en llamas, como antorchas, sin dejar de bailar; los libros dieron vueltas en el aire, mientras las páginas pasaban y se agitaban; el cobertor de la cama reventó esparciendo plumas por la habitación como si estuviera nevando. Las que cayeron sobre las mesas prendidas impregnaron el aire de un penetrante y repulsivo olor a hollín.

Durante un momento, Rand miró de hito en hito, con cara de loco, las mesitas en llamas. Entonces, lo que quiera que sostenía a Egwene y a Elayne desapareció, junto con el escudo; los pies de ambas tocaron la alfombra en el mismo instante en que las llamas se extinguían como si las hubiera absorbido la madera que estaban consumiendo. El fuego de la chimenea se apagó, y los libros cayeron al suelo en un revoltijo mayor que antes. El trozo de paño dorado y plateado también cayó junto con hebras de metal fundido, aunque ya no eran líquidas y ni siquiera estaban calientes. Sólo quedaban tres bultos de tamaño regular, dos de plata y uno de oro, encima de la repisa de la chimenea, fríos e irreconocibles.

Egwene se había acercado, tambaleándose, a Elayne nada más pisar el suelo. Se agarraron la una a la otra buscando apoyo, pero Egwene notó que su amiga estaba haciendo exactamente lo mismo que ella, abrirse al *Saidar* lo más deprisa posible. En cuestión de segundos, tenía preparado un escudo para lanzarlo alrededor de Rand no bien viera el menor indicio de que iba a encauzar; pero el joven estaba inmóvil, estupefacto, contemplando fijamente las mesitas abrasadas mientras las plumas seguían cayendo sobre él y se le quedaban prendidas en la chaqueta.

Ahora no parecía ofrecer peligro, pero el dormitorio estaba hecho un completo desastre. Egwene tejió pequeños flujos de Aire para recoger todas las plumas que flotaban y las que ya habían caído sobre la alfombra. Como si se le ocurriera en el último momento, también incluyó las que Rand tenía en la chaqueta. Podría encargarle a la gobernanta que se ocupara del resto o hacerlo él mismo.

Rand se encogió cuando las plumas pasaron flotando ante él para ir a posarse sobre el destrozado cobertor. El olor a plumas y madera quemada persistía, pero al menos el cuarto estaba más arreglado, y la débil brisa que entraba por las ventanas abiertas empezaba a disminuir el tufo.

—A lo mejor la gobernanta no quiere darme otro —dijo Rand con una risa tensa —. Un cobertor diario es más de lo que está dispuesta a… —Evitaba mirarla a ella y a Elayne—. Lo lamento. Quizá sea mejor que os marchéis. Ésa parece ser la frase que repito más últimamente. —Se puso colorado otra vez y carraspeó para aclararse la garganta—. No estoy tocando la Fuente Verdadera, pero tal vez sería mejor que os marchaseis.

—Todavía no hemos terminado —dijo Egwene dulcemente; con más dulzura de la que sentía realmente.

Habría querido tirarle de las orejas por levantarla así en el aire, por aislarlas a ambas de la Fuente. Pero Rand estaba pasando un mal momento, al borde de… No sabía de qué y tampoco quería saberlo, en esa oportunidad ni allí. Con tantos aspavientos sobre su fuerza —todas decían que Elayne y ella se contarían entre las Aes Sedai más poderosas, si no las más, desde hacía un milenio—, había dado por hecho que eran tan fuertes como él. O al menos, casi. Acababan de sacarla de su error sin contemplaciones. Tal vez Nynaeve se acercara más si se ponía lo bastante furiosa, pero Egwene sabía que ella jamás sería capaz de hacer lo que él había hecho, diversificar los flujos de aquel modo, realizar tantas cosas a la vez. El esfuerzo de trabajar con dos flujos a un tiempo era más del doble que hacerlo sólo con uno de igual magnitud, y trabajar tres, más del cuádruple de hacerlo con dos. Y él debía de haber estado tejiendo una docena. Ni siquiera parecía cansado, aunque la brega con el Poder consumía energía. Mucho se temía que Rand era capaz de manejarlas a Elayne y a ella como dos gatitos recién nacidos. Gatitos a los que quizá decidiera ahogar si se volvía loco.

Pero no podía marcharse sin más. Sería lo mismo que darse por vencida, y ella no era de las que se rendían fácilmente. Tenía intención de hacer aquello para lo que había ido allí —todo— y no iba a dejar que la echara por las buenas. Ni él ni nada.

Los azules ojos de Elayne rebosaban resolución y, cuando Egwene se calló, tomó la palabra con voz mucho más firme.

—Y no nos iremos hasta que hayamos acabado. Dijiste que lo intentarías, así que tienes que hacerlo.

—Lo dije, ¿verdad? —rezongó él al cabo de un momento—. Por lo menos, tomemos asiento.

Evitando mirar las mesas negras de hollín y el trozo de paño metálico caído sobre la alfombra, las condujo, todavía cojeando ligeramente, a unas sillas de respaldo alto que estaban cerca de las ventanas. Tuvieron que quitar los libros que ocupaban los mullidos asientos de seda roja para poder sentarse; en la de Egwene estaba el duodécimo volumen de *Los tesoros de la Ciudadela de Tear*; un polvoriento libro encuadernado en madera con el título *Viajes por el Yermo de Aiel*, con diversos comentarios sobre sus salvajes habitantes; y un grueso tomo con encuadernación en piel titulado *Tratos con el territorio de Mayene, del 500 al 750 de la Nueva Era*. El lote que ocupaba la silla de Elayne era aun más grande, pero Rand se apresuró a quitarlos, junto con los que ocupaban su silla, y los puso todos en el suelo, donde el montón no tardó en desplomarse. Egwene dejó los suyos, ordenados, al lado de los demás.

—¿Qué queréis que haga ahora? —Se sentó al borde de la silla, con las manos

sobre las rodillas—. Prometo que esta vez no haré nada que no me hayáis pedido.

Egwene se mordió la lengua para no decirle que esa promesa llegaba un poco tarde. Quizás había sido un poco imprecisa en lo que le había pedido, pero eso no lo disculpaba. Aun así, ello era algo de lo que ocuparse en otro momento. Se dio cuenta de que de nuevo pensaba en él como Rand, simplemente; claro que él actuaba como si acabara de salpicarle de barro su mejor vestido y temiera que no creyese que había sido un accidente. Empero, Egwene no había interrumpido el contacto con el *Saidar*, como tampoco Elayne. Lo contrario habría sido una necedad.

—Esta vez —dijo—, sólo queremos que hables. ¿Cómo te abres a la Fuente Verdadera? Explícanoslo. Hazlo paso a paso, sin prisa.

—Más que abrirme yo diría que es una pugna. —Gruñó—. ¿Paso a paso? Bueno, pues primero imagino una llama, y a continuación vuelco todo en ella: odio, miedo, nerviosismo. Todo. Cuando se han consumido por completo surge un vacío dentro de mi cabeza. Yo estoy en medio de él, pero también soy parte de lo que quiera que sea en lo que estoy concentrado.

—Eso me suena familiar —comentó Egwene—. He oído a tu padre hablar sobre cierta táctica para concentrarse que utiliza en las competiciones de arco para ganar. La llama y el vacío, creo que lo llama.

Rand asintió, al parecer tristemente. La joven imaginó que echaba de menos su hogar y a su padre.

—Tam me lo enseñó, pero Lan también lo usa, con la esgrima. Selene, alguien a quien conocí, lo llamaba la Unidad. Por lo visto hay mucha gente que lo conoce, sea cual sea el nombre que le dé. Pero yo descubrí que estando dentro del vacío percibía el *Saidin*, como una luz atisbada por el rabillo del ojo. En esa nada sólo estamos la luz y yo. Las emociones, y hasta los pensamientos, se quedan fuera. Anteriormente tenía que absorberlo poco a poco, pero ahora me llega de golpe. O la mayor parte. La mayoría de las veces.

—La nada —repitió Elayne, estremecida—. Ausencia de emociones. Eso apenas guarda parecido con lo que hacemos nosotras.

—Oh, ya lo creo que sí —discutió Egwene—. Rand, lo hacemos de un modo un poco diferente, eso es todo. Yo imagino una flor, un capullo de rosa, y me concentro en él hasta que yo soy el capullo. En cierto sentido, es como tu vacío. Los pétalos del capullo se abren a la luz del *Saidar* y dejo que me llene, todo fulgor y calor y vida y éxtasis. Me rindo a él y, al hacerlo, lo controlo. En realidad, ésa fue la parte más difícil de aprender: cómo dominar al *Saidar* sometiéndome a él. Pero ahora parece algo tan natural que ni siquiera pienso en ello. Ésa es la clave, Rand. Estoy segura. Tienes que aprender a rendirte, y…

El joven sacudía la cabeza enérgicamente.

—Eso no se parece en nada a lo que hago yo —protestó—. ¿Dejar que me llene?

Tengo que tender la mano hacia el *Saidin* y agarrarlo. A veces no hay nada cuando lo hago, nada que pueda tocar, pero si no lo busco podría quedarme allí para siempre y no ocurriría nada. Me llena, y cómo, una vez que lo he cogido, pero ¿rendirme a él? —Se pasó los dedos por el pelo—. Egwene, si me rindiera, aunque sólo fuera un minuto, el *Saidin* me consumiría. Es como un río de metal fundido, un océano de fuego, toda la luz del sol concentrada en un punto. He de luchar para conseguir que haga lo que quiero, para que no me devore. —Suspiró.

»Sin embargo, sé a lo que te refieres con lo de llenarte de vida, incluso con la contaminación que me revuelve el estómago. Los colores son más definidos; los olores, más intensos. Todo es más real, en cierto sentido. No quiero soltarlo una vez que lo tengo, ni siquiera cuando intenta devorarme. Pero, lo demás… Enfréntate a los hechos, Egwene. La Torre tiene razón respecto a esto. Acéptalo como algo incontrovertible, porque lo es.

—Lo aceptaré cuando se me demuestre —objetó ella, aunque en su voz no había la seguridad que quería dar a entender ni la que antes tenía. Lo que Rand había explicado semejaba una versión distorsionada de lo que hacía ella, donde las similitudes destacaban por las diferencias. Pero había semejanzas, y no estaba dispuesta a darse por vencida—. ¿Distingues los flujos por separado? ¿Aire, Agua, Energía, Tierra, Fuego?

—En ocasiones —respondió lentamente—. No por regla general. Me limito a coger lo que necesito. O, más bien, tanteo, la mayoría de las veces. Es muy extraño. De manera esporádica necesito hacer algo, y lo hago, sin más, pero sólo después sé lo que hice o cómo. Es casi como recordar algo que había olvidado. Pero después no se me borra de la memoria. Casi nunca.

—Sin embargo, ahora lo recuerdas —insistió ella—. ¿Cómo prendiste fuego a las mesitas? —En realidad, quería saber cómo había conseguido que bailaran, pues creía conocer un modo utilizando Aire y Agua, pero prefirió empezar con una pregunta más sencilla; encender una vela y apagarla era lo primero que aprendía una novicia.

Una expresión dolida asomó al rostro de Rand.

—No lo sé. —Parecía turbado—. Cuando necesito fuego para encender una lámpara o prender la chimenea, lo hago y ya está, pero no sé cómo. En realidad no necesito pensar para trabajar con fuego.

Tal cosa era comprensible. De los Cinco Poderes, el Fuego y la Tierra habían sido los más predominantes en los varones durante la Era de Leyenda, y el Aire y el Agua en las mujeres; la Energía se había repartido a partes iguales entre unos y otras. Egwene apenas necesitaba pensar para hacer uso del Aire o el Agua una vez que hubo aprendido el modo de realizar cosas con ellos, se entiende. Esta circunstancia, sin embargo, no los hacía avanzar en su propósito.

—¿Sabes cómo lo extinguiste? —Fue Elayne la que lo presionó ahora—. Me dio

la impresión de que pensabas algo antes de apagarlo.

—Eso sí lo recuerdo, porque creo que no lo había hecho nunca hasta ahora. Tomé el calor de las mesitas y lo esparcí por las piedras de la chimenea; una cantidad de calor así pasa inadvertida en un hogar.

Elayne dio un respingo y se sujetó el brazo izquierdo sin ser consciente de lo que hacía; Egwene también se encogió. Aún recordaba cuando el brazo de su amiga era una masa de ampollas porque la heredera del trono había hecho lo que Rand acababa de describir, con la diferencia de que ella lo hizo sólo con una lámpara de su cuarto. Sheriam la amenazó con dejar que las ampollas se curaran por sí mismas; no cumplió la amenaza, pero la admonición existió. Era una de las advertencias que se les daban a las novicias: jamás manejar fuego contra fuego. Una llama podía extinguirse utilizando Aire o Agua, pero usar Fuego para consumir el calor significaba el desastre en cualquier caso, fuera cual fuera el tamaño de la llama. No era cuestión de fuerza, les dijo Sheriam; una vez que se había dado vida al calor, ni siquiera la mujer más poderosa en la historia de la Torre era capaz de librarse de él. Existían casos de mujeres que se habían abrasado de esa forma, estallando en llamas. Egwene soltó el aire entrecortadamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Rand.

—Creo que acabas de demostrarme la diferencia. —La joven suspiró.

—Oh. ¿Significa eso que te das por vencida?

—¡No! —Procuró suavizar el tono. No estaba enfadada con él. No exactamente. Estaba enfadada, pero no sabía con quién—. Quizá mis maestras tenían razón, pero ha de haber un modo. Alguna manera de hacerlo, sólo que ahora no se me ocurre ninguna.

—Lo intentasteis, y os lo agradezco. No es culpa vuestra que no funcionara.

—Tiene que haber un modo —insistió Egwene.

—Y lo encontraremos. Ya verás —murmuró Elayne.

—Por supuesto que sí. —El tono animoso de Rand era forzado—. Pero hoy no. —Vaciló un instante—. Supongo que tenéis que marcharos. —Lo dijo de un modo entre pesaroso y aliviado—. Esta mañana he de aclararles unas cuantas cosas sobre los impuestos a los Grandes Señores. Por lo visto creen que pueden exigir a un granjero la misma cantidad un año pobre en cosechas sin que por ello se arruine y se convierta en un pordiosero. E imagino que vosotras tenéis que volver a interrogar a esas Amigas Siniestras. —Frunció el entrecejo.

No había hecho ningún comentario, pero Egwene estaba convencida que le habría gustado mantenerlas alejadas lo más posible del Ajah Negro. En realidad le sorprendía que aún no hubiera tratado de mandarlas de regreso a la Torre. A lo mejor era porque sabía que Nynaeve y ella le soltarían una buena reprimenda si lo intentaba.

—Sí, tenemos que hacerlo, pero no ahora mismo —respondió con firmeza—.

Rand…

Había llegado el momento de sacar a colación el otro asunto que las había llevado allí, pero le resultaba todavía más difícil de lo que había imaginado. Esto iba a dolerle; aquello ojos tristes, cautos, parecían anunciarlo, pero no había más remedio. Se ajustó más el pañuelo; la cubría desde los hombros hasta la cintura.

—Rand, no puedo casarme contigo.

—Lo sé.

Egwene parpadeó. No lo estaba tomando tan mal como esperaba. Se dijo que era lo mejor que podía pasar.

—Lo comprendo, Egwene. Sé lo que soy. Ninguna mujer querría…

—¡Pedazo de zoquete! ¡Majadero! ¡Mentecato! —lo insultó—. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que puedas encauzar. ¡Es que no te amo! Al menos, no del modo que tendría que amarte para casarme contigo.

Rand estaba boquiabierto.

—¿Que no…? —farfulló—. ¿Que no me amas? —Parecía realmente sorprendido. Y dolido.

—Por favor, trata de entenderlo —pidió en un timbre mucho más afable—. La gente cambia, Rand. Y los sentimientos. Cuando las personas se separan, ocurre que a veces también se distancian sentimentalmente. Te quiero como a un hermano, quizá más que a un hermano, pero no como a mi futuro esposo. ¿Lo entiendes?

El joven se las compuso para sonreír tristemente.

—En verdad soy un majadero. No se me ocurrió que también tú podías cambiar. Egwene, tampoco yo quiero casarme contigo. No quería que pasara, pero ocurrió. Si supieras cuánto significa esto para mí, no tener que fingir, no tener miedo de herir tus sentimientos. No habría querido hacerte daño por nada del mundo, Egwene. Jamás.

La joven estuvo a punto de sonreír. Qué entereza estaba demostrando; casi resultaba convincente.

—Me alegro de que te lo tomes tan bien —le dijo dulcemente—. Tampoco yo quería hacerte daño. Y ahora, tengo que marcharme sin falta. —Se levantó de la silla y se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Encontrarás a otra.

—Claro —respondió mientras se ponía de pie; la mentira era patente en su voz.

—Ya verás que sí.

Salió del dormitorio con una sensación de satisfacción y cruzó presurosa la antesala, desconectando con el *Saidar* mientras se quitaba el pañuelo. Qué calor daba la maldita prenda.

Rand estaba en la disposición propicia para que Elayne lo recogiera como un cachorrillo perdido si sabía como manejarlo de la forma que habían hablado. Creía que Elayne sabría llevarlo bien, ahora y en adelante, hasta donde llegara ese en adelante. Había que hacer algo respecto a su control del Poder. Estaba dispuesta a

admitir que lo que le habían dicho era cierto —ninguna mujer podía enseñarle; peces y pájaros—, pero no significaba que hubiera que renunciar a ello. Había que hacer algo, así que era necesario encontrar un modo. Aquella horrible herida y la locura eran problemas a los que enfrentarse más adelante, pero también se ocuparían de ellos. De una u otra forma. Se decía que los hombres de Dos Ríos eran testarudos, pero ni por asomo tanto como sus mujeres.

8



Intransigencia

Tras salir Egwene, Rand miraba absorto la puerta con una expresión tan desconcertada que Elayne dudaba que el joven se hubiera dado cuenta de que ella seguía en el cuarto. De tanto en tanto sacudía la cabeza como si discutiera consigo mismo o tratara de aclarar sus ideas.

A la muchacha no le importaba esperar; cualquier cosa le parecía bien con tal de retrasar un poco más el momento de hablar. Se concentró en guardar la compostura de cara al exterior, con la espalda recta y la cabeza alta, las manos enlazadas al frente y en el semblante una expresión sosegada que habría rivalizado con la más depurada de Moraine.

Sin embargo, tenía los nervios de punta, y no era porque temiera que Rand encauzara. Ella había desconectado con el *Saidar* en el momento que Egwene se levantó de la silla para marcharse. Quería confiar en él; debía confiar en él. Lo que la hacía temblar por dentro era aquello que deseaba que ocurriera. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tocar la sarta de zafiros enlazada en su cabello. ¿Sería demasiado fuerte su perfume? No. Egwene dijo que le gustaba el olor a rosas. ¿Y el vestido? Sintió el deseo de tirar del escote hacia arriba, pero…

Rand se volvió —Elayne apretó los labios al reparar en la leve cojera del joven al andar— y al verla sentada en la silla dio un respingo y abrió desmesuradamente los ojos en un gesto casi de pánico. La muchacha se alegró de ello; el esfuerzo de mantener un aire sereno se había multiplicado por diez tan pronto como los ojos de Rand se habían posado en ella. Aquellos iris tenían ahora un tono azul como el de un brumoso cielo matinal.

Rand reaccionó de inmediato e hizo una reverencia de todo punto innecesaria al tiempo que se pasaba las manos por la chaqueta, como si se limpiara el sudor.

—No me había dado cuenta de que aún… —Enmudeció y se puso colorado; podría tomar como un insulto que hubiera olvidado su presencia—. Quiero decir… No me… En fin, yo… —Respiró hondo y volvió a empezar—. No soy tan estúpido como pueda parecer, pero no todos los días le dicen a uno que ya no lo aman, mi señora.

—Si vuelves a llamarme así —replicó ella con fingida severidad—, me dirigiré a

ti con el título de lord Dragón. Y te haré una reverencia. Hasta la reina de Andor debería hacerla ante ti, y yo sólo soy la heredera del trono.

—¡Luz! No hagáis eso. —La advertencia parecía provocarle una intranquilidad desmedida.

—No lo haré, Rand —dijo en un tono más serio—, si tú me tuteas y me llamas por mi nombre, Elayne. Dilo.

—Elayne. —Lo pronunció con cierto embarazo pero también con agrado, como si saboreara las sílabas.

—Estupendo. —Qué absurdo sentirse tan complacida; al fin y a la postre, sólo había dicho su nombre. Había algo que tenía que saber antes de poder proseguir—: ¿Te dolió mucho? —No era una pregunta clara, comprendió, ya que podía interpretarse en dos sentidos—. Me refiero a lo que te dijo Egwene.

—No. Sí. Algo. Bueno, no lo sé. Las cosas son como son, después de todo. —Su leve sonrisa quitó hierro a su actitud cautelosa—. Vuelvo a hablar como un necio, ¿no es así?

—A mi modo de ver, no.

—Le dije la pura verdad, pero dudo que me creyera. Supongo que yo tampoco quería creerla a ella. Si eso no es una estupidez, no sé qué puede considerarse como tal.

—Si vuelves a repetir que eres un necio, acabaré creyéndolo. —«No va a intentar aferrarse a ella, así que no tendré que preocuparme en ese sentido.» Hablaba con tranquilidad y con la ligereza suficiente para que comprendiera que en realidad no lo decía en serio—. Una vez vi a un lord cairhienino que me pareció un necio; llevaba una ridícula chaqueta de rayas que le estaba muy grande y que iba adornada con campanillas. Te consideraría un estúpido si llevaras campanillas.

—Supongo que sí —convino tristemente—. Lo tendré en cuenta. —Esta vez su sonrisa fue más amplia y se reflejó en su rostro.

El nerviosismo la instaba a darse prisa, pero la joven se entretuvo en alisarse los pliegues de la falda. Tenía que ir despacio, andar con pies de plomo. «En caso contrario, me tomaría por una chiquilla tonta. Y tendría razón.» El nerviosismo se le había agarrado a la boca del estómago.

—¿Quieres una flor? —preguntó Rand inesperadamente.

—¿Una flor? —Elayne parpadeó, desconcertada.

—Sí. —Fue hacia la cama y cogió un puñado de plumas del cobertor destrozado; se las tendió a la joven—. Anoche hice una para la gobernanta. Cualquiera habría dicho que le había regalado la Ciudadela. Pero la tuya será mucho más bonita —se apresuró a añadir—. Mucho más, lo prometo.

—Rand, yo…

—Tendré cuidado. Sólo hace falta una pizca de Poder. Sólo un hilillo. Y lo haré

con mucho cuidado.

Confianza. Debía tener fe en él. Fue una pequeña sorpresa darse cuenta de que, efectivamente, confiaba en Rand.

—Me gustaría mucho.

Pasaron varios segundos durante los cuales Rand contempló fijamente el puñado de plumas, con el entrecejo fruncido. De repente, las dejó caer y se sacudió las manos.

—Flores —dijo—. Ése no es un regalo digno de ti. —Elayne se sintió conmovida; saltaba a la vista que Rand había intentado abrazar el *Saidin* y no lo había conseguido. Disimulando el desengaño con un revuelo de actividad, el joven se dirigió presuroso, todavía cojeando, hacia el paño metálico y empezó a recogerlo—. Esto sí es un regalo digno de la heredera del trono de Andor. Podrías encargar a una costurera que… —Vaciló al no saber qué podría sacar una costurera de un paño de oro y plata de poco más de un metro de largo por sesenta de ancho.

—Estoy segura de que a una costurera se le ocurrirán varias ideas —le dijo diplomáticamente. Sacó de la manga un pañuelo azul claro de seda y se arrodilló para recoger las plumas que él había tirado.

—Las doncellas se encargarán de eso —adujo Rand mientras la joven guardaba el pequeño paquete en la bolsita que colgaba de su cinturón.

—Bueno, esto ya está hecho. —¿Cómo iba a entender él que guardaría las plumas porque había querido hacer una flor con ellas? Rand movió los pies con nerviosismo, sosteniendo el paño metálico como si no supiera qué hacer con él—. La gobernanta debe de tener costureras. Se lo daré a una de ellas. —Rand sonrió animado, y Elayne no vio razón de explicarle que su idea era darlo de regalo. No podía contener el nerviosismo mucho más tiempo—. Rand, ¿te…, te gusto?

—¿Que si me gustas? —Frunció el entrecejo—. Por supuesto que sí. Mucho.

¿Por qué tenía que actuar como si no se enterara de nada?

—Yo siento un gran aprecio por ti, Rand. —La sobresaltó el hecho de decirlo con tanta tranquilidad, ya que el estómago amenazaba con subírsele a la garganta, y tenía las manos heladas—. Más que aprecio. —Ya estaba bien; no pensaba comportarse como una estúpida. «Primero tendrá que decir algo más que "gustar".» Estuvo en un tris de soltar una risa histérica. «No perderé el control. No dejaré que me vea comportarme como una chiquilla tonta que lo mira arrobada. Ni hablar.»

—También yo te aprecio —dijo él lentamente.

—No suelo ser tan atrevida. —Mal. Eso podía hacerle pensar en Berelain. Se había puesto colorado; en efecto, estaba pensando en esa mujer. ¡La Luz lo cegara!—. Tendré que marcharme de Tear dentro de poco, Rand. —Su voz sonaba suave como la seda—. Puede que no vuelva a verte durante meses. —«O nunca», dijo una vocecita en su cabeza, pero Elayne se negó a escucharla—. No podía marcharme sin

confesarte lo que siento. Te… Te aprecio mucho.

—Elayne, yo te aprecio a ti. Siento… Quiero… —El rubor de sus mejillas se acrecentó—. Elayne, no sé qué decir, cómo…

De pronto fue ella la que se ruborizó. Rand debía de pensar que intentaba obligarlo a decir algo más. «¿Y no es así?», se burló la misma vocecilla de antes, lo que hizo que el rubor alcanzara la categoría de sofoco.

—Rand, no te pido que… —¡Luz! ¿Cómo decirlo?—. Sólo quería que supieras lo que siento. Eso es todo. —Berelain no se habría parado allí. Berelain ya le habría echado los brazos al cuello a estas alturas. Diciendo para sus adentros que una descocada medio desnuda no iba a ser mejor que la heredera del trono, se acercó a él, le quitó el paño metálico del brazo y lo tiró a la alfombra—. Rand… Rand, quiero que me beses. —Ya estaba. Ya lo había dicho.

—¿Que te bese? —repitió el joven como si no supiera qué significaba tal cosa—. Elayne, no quiero comprometerte más de… Quiero decir, que no es como si estuviéramos prometidos. Y con eso no sugiero que debiéramos estarlo. Es sólo que… Elayne, yo te aprecio. Más que eso. Pero no quiero que pienses que yo…

La joven no pudo menos de reír al verlo tan aturullado, ansioso por explicarse y sin conseguirlo.

—No sé cómo hacéis estas cosas en Dos Ríos, pero en Caemlyn no hay que esperar a estar prometidos para besar a una chica. Y tampoco significa que por hacerlo tengan que prometerse. Claro que, a lo mejor, no sabes cómo…

Rand la estrechó entre sus brazos casi con rudeza, y sus labios se aplastaron contra los suyos. A Elayne empezó a darle vueltas la cabeza, y los dedos de los pies parecieron querer apelotonarse dentro de las zapatillas. Al cabo de un tiempo —no estaba segura de cuánto— fue consciente de estar recostada contra su pecho, sintiendo temblorosas las rodillas, y boqueando para coger aire.

—Perdona que te haya interrumpido —dijo él. Elayne se alegró de advertir un cierto jadeo en su voz—. Sólo soy un torpe pastor de Dos Ríos.

—Eres desmañado —musitó contra su camisa—, y no te has afeitado esta mañana, pero yo no diría que eres torpe.

—Elayne, yo…

Ella le puso los dedos sobre los labios.

—No quiero oírte decir una sola cosa más si no lo haces de todo corazón —manifestó firmemente—. Ni ahora ni nunca.

Rand asintió, no como si entendiera el porqué, pero al menos sí se dio cuenta de que hablaba en serio. Se atusó el cabello —la sarta de zafiros estaba tan enredada en los mechones que no podría arreglarla a menos que tuviera un espejo—, y rompió el cerco de sus brazos aunque de mala gana; con lo fácil que sería seguir así, pero ya había sido más descarada de lo que habría imaginado nunca. Decir esas cosas que

había dicho; pedirle un beso. ¡Pedírselo! Ella no era Berelain.

Berelain. Quizá Min había tenido una visión, y lo que Min veía, ocurría. Pero no pensaba compartirlo con Berelain. Tal vez hacía falta que hablara con más claridad. O al menos con indirectas lo bastante claras.

—Supongo que no te faltará compañía cuando me marche. Recuerda únicamente que algunas mujeres miran a un hombre con el corazón, mientras que otras lo hacen como si fuera un adorno para lucir, igual que un collar o un brazalete. Recuerda que volveré y que soy de las que miran con el corazón. —Al principio, él pareció desconcertado, y después algo alarmado. Había dicho mucho, y muy deprisa. Tenía que distraerlo—. ¿Sabes algo que no has hecho? No has intentado ahuyentarme aduciendo lo peligroso que eres. No lo hagas ahora, porque ya es demasiado tarde.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. —Pero sí se le ocurrió otra cosa, y sus ojos se estrecharon en un gesto desconfiado—. ¿Tramasteis esto entre Egwene y tú?

Elayne se las arregló para adoptar una expresión entre estupefacta y ofendida.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar algo así? ¿Es que imaginas que íbamos a pasarte de una a otra como si fueras un bulto? Me parece que te das demasiada importancia. ¿Sabes que a la gente así se la llama presuntuosa? —Ahora estaba turbado. Estupendo—. ¿Lamentas lo que nos hiciste, Rand?

—No era mi intención asustaros —respondió vacilante—. Egwene me puso furioso, cosa que siempre ha logrado sin tener que esforzarse mucho. Pero eso no me sirve de disculpa, lo sé. Dije que lo sentía, y es verdad. Me dejé dominar por la ira y fíjate en lo que acabó: mesas quemadas y otro cobertor destrozado.

—¿Y… lo del pellizco?

De nuevo se puso colorado, pero a pesar de ello le sostuvo la mirada firmemente.

—No. No, eso no lo lamento. Las dos estabais hablando de mí como si fuera un trozo de madera sin oídos ni sentimientos. Os estuvo bien empleado, a las dos, y no pienso cambiar de opinión.

Se quedó mirándolo unos instantes. El joven se frotó los brazos cuando Elayne abrazó de repente el *Saidar*. No sabía cómo realizar la Curación, pero había aprendido un poco de aquí y otro de allí que le daba cierta idea. Encauzó la energía y calmó el dolor que le había causado con el pellizco. Rand abrió mucho los ojos por la sorpresa, y cambió el peso de uno a otro pie como probando si había dejado de dolerle.

—Por ser sincero —le dijo la joven.

Sonó una llamada en la puerta, y Gaul se asomó. Al principio el Aiel mantuvo agachada la cabeza, pero tras echarles un rápido vistazo la levantó. El rubor tiñó las mejillas de Elayne al ser consciente de que el Aiel temía haber interrumpido algo que no debía ver. Faltó poco para que la heredera del trono entrara de nuevo en contacto

con el *Saidar* y le diera una lección.

—Los tearianos está aquí —anunció Gaul—. Los Grandes Señores que esperabais.

—Entonces me marcho —le dijo Elayne a Rand—. Tienes que hablar con ellos sobre… impuestos, ¿no es así? Piensa en lo que te he dicho. —Nada de «piensa en mí», pero estaba segura de que tendría el mismo efecto.

Alzó una mano como si pensara detenerla, pero la joven la esquivó y se escabulló. No estaba dispuesta a montar un espectáculo delante de Gaul. Era un Aiel, pero ¿qué pensaría de ella, perfumada y luciendo zafiros a esa hora de la mañana? Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no tirar hacia arriba del escote del vestido.

Los Grandes Señores entraron cuando ella llegaba a la puerta; era un puñado de hombres que ya peinaban canas, con barbas puntiagudas y ataviados con lujosas chaquetas de mangas abullonadas. Le abrieron paso con precipitación y se inclinaron de mala gana; ni sus rostros complacientes ni sus murmullos corteses ocultaron el alivio que sentían por su marcha.

Echó una ojeada hacia atrás desde la puerta. Joven, alto, de hombros anchos, vestido con una sencilla chaqueta verde en medio de los Grandes Señores con sus sedas y perifollos, Rand parecía una cigüeña entre pavos reales; sin embargo, tenía algo, una apostura que ponía de manifiesto que él estaba al mando por propio derecho. Los tearianos lo percibían y, aunque a regañadientes, inclinaron las orgullosas testas ante él. Seguramente Rand pensaba que lo hacían porque era el Dragón Renacido, y puede que ellos también creyeran lo mismo. Pero Elayne conocía hombres, como Gareth Bryne, el capitán general de la guardia de su madre, que habrían dominado una habitación aun vistiendo harapos, sin un título y sin que nadie los conociera. Rand no lo sabría, pero era ese tipo de hombre. No lo era cuando los conoció, pero sí ahora. Cerró la puerta al salir.

Los Aiel que estaban de guardia la miraron de reojo, y el capitán al mando del anillo de los Defensores situado en el centro de la antesala la observó con nerviosismo, pero Elayne no reparó en ellos. Estaba hecho. O, por lo menos, se había dado el primer paso. Disponía de tres días antes de que Joiya y Amico fueran embarcadas en ese barco; cuatro días como mucho para asentarse en los pensamientos de Rand tan firmemente que no hubiera lugar para Berelain. Y, si no tanto, lo bastante firme para estar presente en ellos hasta que tuviera ocasión de hacer algo más. Jamás se le había ocurrido que haría algo así, acechar a un hombre como haría un cazador con un jabalí. Los nervios le atenazaban todavía el estómago, pero por lo menos había conseguido ocultárselo a él. Se le ocurrió que ni una sola vez había pensado en lo que diría su madre. Morgase tenía que aceptar que su hija era ya una mujer; eso era todo.

Los Aiel se inclinaron cuando pasó ante ellos, y la joven respondió con un grácil

gesto de la cabeza que habría enorgullecido a su regia madre. Hasta el capitán teariano la observaba como si advirtiera la serenidad que irradiaba ahora. La joven dudaba que nunca más sintiera el pinchazo de los nervios en el estómago. Por culpa del Ajah Negro, tal vez, pero no por Rand.

Sin hacer caso al semicírculo de ansiosos Grandes Señores, Rand contempló, maravillado, cómo se cerraba la puerta detrás de Elayne. El que un sueño se hiciera realidad, aunque sólo fuera en parte, le producía inquietud. Un baño en el Bosque de las Aguas era una cosa, pero otra era soñar con que ella viniera a él así. Se había mostrado tan sosegada, tan segura de sí misma, mientras que él no dejaba de balbucir. Y Egwene, sincerándose y haciéndose eco de sus propios pensamientos, preocupada sólo de que pudiera herirlo. ¿Por qué las mujeres se venían abajo o montaban en cólera por una nimiedad y sin embargo ni siquiera pestañeaban con lo que dejaba boquiabierto a un hombre?

—Mi señor Dragón… —murmuró Sunamon, más tímidamente de lo que era habitual en él. La noticia ya debía de haberse propagado por la Ciudadela aquella mañana; el primer grupo casi había salido corriendo de la habitación, y no parecía probable que Torean se dejara ver o hiciera sus sucias insinuaciones estando Rand presente.

Sunamon esbozó una sonrisa zalamera que contuvo de inmediato al tiempo que se secó el sudor de sus regordetas manos cuando Rand volvió la vista hacia él. Los demás simularon no ver las mesitas quemadas ni el cobertor destrozado ni las informes masas medio derretidas sobre la repisa de la chimenea que antes eran dos lobos y un ciervo. A los Grandes Señores se les daba muy bien ver sólo lo que querían ver. Carleon y Tedosian, que hacían gala de una falsa modestia pretendiendo quedar en un segundo plano, cosa de todo punto imposible con sus orondas anatomías, ni siquiera se daban cuenta de que resultaba chocante su empeño manifiesto de no mirarse el uno al otro. Claro que Rand no habría reparado en el detalle a no ser por la nota de Thom que encontró en un bolsillo de la chaqueta que acababan de traerle limpia.

—¿Deseabais vernos, lord Dragón? —consiguió articular Sunamon.

¿Lo habrían planeado entre Elayne y Egwene? No, claro que no. Las mujeres tampoco hacían esas cosas. ¿O sí? No, debía de ser una coincidencia. Elayne había oído que estaba libre de su compromiso y decidió hablar con él. Sí, eso tenía que ser.

—Los impuestos —bramó. Los señores tearianos no movieron un solo músculo, pero dio la impresión de que se echaban hacia atrás. Cómo detestaba tratar con estos hombres; y qué ganas tenía de enfrascarse de nuevo en los libros.

—Es un mal precedente bajarlos, mi señor Dragón —dijo un hombre delgado y canoso con voz zalamera. Meilan era alto para la media teariana, sólo un palmo más

bajo que Rand, y tan duro como cualquier Defensor. Mantenía una postura algo inclinada en presencia de Rand; sus oscuros ojos dejaban traslucir que odiaba tener que hacerlo. Pero también le molestó cuando Rand les dijo que dejaran de agacharse ante él. Ninguno de ellos se irguió, pero sobre todo a Meilan no le gustó que le recordaran que mostraba una actitud sumisa—. Los campesinos siempre han cumplido con los pagos; pero, si bajamos los impuestos, cuando llegue el día que volvamos a subirlos al nivel actual los muy necios protestarán tan destempladamente como si les hubiéramos doblado los diezmos establecidos ahora. Podrían estallar desórdenes ese día, mi señor Dragón.

Rand cruzó la estancia y se plantó delante de *Callandor*; la espada de cristal relucía de tal modo que eclipsaba el brillo de los dorados y las gemas que la rodeaban. Un recordatorio de quién era él y el poder que podía manejar. Egwene. Qué tontería sentirse herido por decirle que ya no lo amaba. ¿Por qué esperaba que albergara unos sentimientos hacia él que él no sentía hacia ella? Aun así, dolía. Era un alivio, pero no agradable.

—Tendréis desórdenes si expulsáis a esos hombres de sus granjas.

Había tres libros apilados casi a los pies de Meilan. *Los tesoros de la Ciudadela de Tear*, *Viajes por el Yermo*, y *Tratos con el territorio de Mayene*. Las claves estaban en ellos, y en las diversas traducciones de *El Ciclo Karaethon*; sólo tenía que hallarlas y hacer que encajaran donde correspondían. Desechó estas ideas y se obligó a prestar atención a los Grandes Señores.

—¿Creéis que se quedarán sin hacer nada mientras sus familias se mueren de hambre?

—Los Defensores de la Ciudadela ya han sofocado revueltas antes, mi señor Dragón —apuntó Sunamon sosegadamente—. Y nuestros propios guardias pueden mantener el orden en el campo. Los campesinos no os molestarán, os lo aseguro.

—Y hay campesinos de sobra tal como están las cosas. —Carleon se encogió ante la mirada feroz que le asestó Rand—. Es por la guerra civil de Cairhien, mi señor —se apresuró a explicar—. Los cairhieninos no pueden comprar trigo, y los graneros están a reventar. La cosecha de este año se perderá tal como van las cosas. Y el año que viene… Diantres, mi señor Dragón, lo que necesitamos es que algunos de esos campesinos interrumpan su incesante cavar y sembrar. —Por lo visto se dio cuenta de que había hablado más de la cuenta, aunque era evidente que no sabía por qué lo había hecho.

Rand se preguntó si tendría la más ligera idea de cómo o por qué llegaba la comida a su mesa. ¿Veía algo más que no fuera el oro y el poder?

—¿Qué haréis cuando los cairhieninos vuelvan a comprar trigo? —inquirió fríamente—. En cualquier caso, ¿no hay otros países que necesiten grano? —¿Por qué habría hablado Elayne en esos términos? ¿Qué era lo que esperaba de él? Había

dicho que lo apreciaba. Las mujeres sabían jugar con las palabras como las Aes Sedai. ¿Habría querido decir que lo amaba? No, eso era completamente absurdo. Una presunción excesiva por su parte.

—Mi señor Dragón —intervino Meilan en una actitud en parte servil y en parte prepotente, como si estuviera explicando algo a un niño—, si la guerra civil acabara hoy, Cairhien seguiría sin poder comprar más que la carga de unas cuantas gabarras durante dos o incluso tres años. Y siempre hemos vendido nuestro trigo a Cairhien.

Siempre significaba veinte años, desde la Guerra de Aiel. Estaban tan condicionados a lo que habían hecho siempre que eran incapaces de ver lo que era tan simple. O no les interesaba verlo. Cuando las coles crecían tan abundantes como la mala hierba en Campo de Emond era casi seguro que había caído una tormenta de granizo o había una plaga de orugas blancas en Deven Ride o en Colina del Vigía. Cuando en Colina del Vigía había demasiados nabos, en Campo de Emond habría escasez, o en Deven Ride.

—Ofrecédselo a Illian —les dijo. ¿Qué esperaba Elayne?—. O a Altara. —Le gustaba mucho, pero igual le gustaba Min. O eso creía. Le resultaba imposible determinar lo que sentía por la una y por la otra—. Tenéis navíos para el mar así como barcos fluviales y gabarras, y si no hay suficientes, alquiládselos a Mayene. —Las dos mujeres le gustaban, pero aparte de eso… Se había pasado casi toda su vida bebiendo los vientos por Egwene, y no estaba dispuesto a caer en lo mismo otra vez hasta estar muy seguro. Seguro de algo. Si se daba crédito a lo dicho en Tratos con el territorio de Mayene… «Basta de elucubraciones. Estáte atento a estas comadrejas o encontrarán resquicios por los que escabullirse y de paso darte una dentellada», se exhortó—. Pagad con grano; estoy seguro de que la Principal se mostrará bien dispuesta si se le ofrece un buen precio. Puede que incluso se avenga a firmar un acuerdo, un tratado… —Ése era un buen término, de los que gustaban de utilizar ellos—, por el que nos comprometamos a dejar en paz a Mayene a cambio de barcos. —Se lo debía a Berelain.

—Apenas tenemos intercambio comercial con Illian, mi señor Dragón. Son unos buitres, escoria. —Tedosian parecía escandalizado, como también Meilan, que añadió:

—Siempre hemos tratado con Mayene desde una posición de fuerza, mi señor Dragón. Jamás con la rodilla hincada.

Rand inhaló profundamente, y los Grandes Señores se pusieron tensos. Siempre se llegaba al mismo punto muerto. Rand intentaba razonar con ellos y siempre fracasaba en su empeño. Thom decía que los Grandes Señores tenían la cabeza tan dura como la piedra de la Ciudadela, y estaba en lo cierto. «¿Qué sentimientos me inspira? Mira que soñar con ella… Es realmente guapa.» Ni él mismo sabía si se refería a Elayne o a Min. «¡Basta ya! Un beso sólo es un beso. ¡Basta ya!» Alejó de

su mente a las mujeres con determinación, y se dispuso a explicar a estos estúpidos testarudos lo que tenían que hacer.

—En primer lugar, bajaréis los impuestos a los granjeros a una cuarta parte de lo que pagan ahora, y a la mitad al resto. ¡No discutáis! ¡Hacedlo, y basta! En segundo lugar, id a hablar con Berelain y preguntadle, ¡preguntadle!, su precio para alquilar los…

Los Grandes Señores escucharon con falsas sonrisas y rechinando los dientes; pero escucharon.

Egwene iba pensando en Joiya y Amico cuando Mat apareció y se puso a caminar a su lado pasillo abajo como si por casualidad llevaran el mismo camino. Estaba ceñudo, y llevaba el cabello despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él. La miró de soslayo una o dos veces, pero no habló. Los sirvientes con los que se cruzaban hacían reverencias o se inclinaban, al igual que los contados Grandes Señores o damas que encontraron, aunque con mucho menos entusiasmo. Las miradas despectivas de Mat a los nobles le habrían ocasionado problemas si no hubiera estado ella, aunque fuera amigo del lord Dragón.

Estar callado no era propio de él, del Mat que Egwene conocía. A excepción de su excelente chaqueta roja —arrugada como si hubiera dormido con ella puesta— no parecía diferente del antiguo Mat, pero sin duda todos ellos habían cambiado. Su silencio resultaba incómodo.

—¿Te preocupa algo ocurrido anoche? —le preguntó finalmente.

Mat perdió el ritmo del paso un momento.

—¿Lo sabes? Bueno, es lógico que lo sepas. No, no me preocupa. Tampoco fue para tanto. En cualquier caso, ya ha pasado, y me trae al fresco.

Egwene fingió creerle.

—Nynaeve y yo apenas te vemos. —Eso era una estimación más que generosa.

—He estado ocupado —masculló encogiéndose de hombros con desasosiego y mirando a cualquier parte menos a ella.

—¿Con los dados?

—No, cartas. —Una doncella rellenita que iba cargada con toallas les hizo una reverencia, miró a Egwene y, pensando por lo visto que la joven no la estaba mirando, le guiñó el ojo a Mat. Él le sonrió—. He estado muy ocupado jugando a las cartas.

Egwene enarcó las cejas manifiestamente. La doncella debía de tener por lo menos diez años más que Nynaeve.

—Entiendo. Deben de llevar mucho tiempo esas cosas. Jugar a las cartas, quiero decir. Demasiado para que dediques unos minutos a los viejos amigos.

—La última vez que estuve contigo, Nynaeve y tú me atasteis con el Poder como

si fuera un cochino listo para llevar al mercado y así poder rebuscar en mi habitación tanto como quisisteis. Los amigos no se roban entre sí. —Hizo una mueca—. Además, estás siempre con esa engreída Elayne, que va apuntando con la nariz al cielo. O con Moraine. No me gusta… —Carraspeó para aclararse la garganta y la miró de soslayo—. No me gusta hacerte perder el tiempo. Estás muy ocupada, por lo que he oído comentar. Interrogando a las Amigas Siniestras y haciendo toda clase de cosas importantes, imagino. Sabes que los tearianos creen que eres una Aes Sedai, ¿verdad?

Sacudió la cabeza tristemente. Lo que a Mat no le gustaba eran las Aes Sedai. Por mucho mundo que viera, jamás cambiaría su manera de pensar.

—Yo no considero robar el recuperar algo que se había prestado —le respondió.

—No recuerdo que dijeras nada sobre que fuera un préstamo. Ah, ¿para qué me sirve a mí una carta de la Amyrlin? Sólo para ocasionarme problemas. Pero podrías habérmela pedido.

Egwene se contuvo para no recalcar que era eso exactamente lo que habían hecho. No quería discutir ni que se marchara de mal humor. Aunque él no lo admitiría, desde luego. Esta vez dejaría que se saliera con la suya, sin discutir su versión.

—Bueno, me alegro de que sigas queriendo hablar conmigo. ¿Hay alguna razón especial hoy?

Mat se pasó los dedos entre el pelo y masculló entre dientes. Lo que le estaba haciendo falta era que su madre lo cogiera por la oreja y le diera una buena charla. Egwene se exhortó a tener paciencia. Podía hacerlo cuando se lo proponía. No diría una sola palabra si él no hablaba antes, aunque reventara.

El pasillo desembocó en una galería con columnas de mármol blanco que se asomaba a uno de los contados jardines de la Ciudadela. Unas grandes flores blancas cuajaban las copas de unos cuantos árboles pequeños de hojas suculentas y soltaban un aroma más dulce que los macizos de rosas rojas y amarillas. La leve brisa no conseguía mover las colgaduras de la parte interior del muro, pero sí aliviaba el creciente bochorno matinal. Mat tomó asiento en la ancha balaustrada, con la espalda apoyada en una columna y el pie encaramado delante de él. Contempló un momento el jardín antes de hablar.

—Yo… necesito consejo.

¿Le estaba pidiendo consejo a ella? Lo miró sin salir de su asombro.

—Haré cuanto pueda para ayudarte —musitó. Mat volvió la cabeza hacia ella, y Egwene se esforzó para adoptar una actitud sosegada lo más parecida posible a la que tendría una Aes Sedai—. ¿Sobre qué necesitas consejo?

—No lo sé.

Había una caída de nueve metros al jardín. Además, allí abajo había hombres

quitando malas hierbas entre los rosales. Si lo empujaba, con un poco de suerte caería encima de uno de ellos. De uno de los jardineros, no de un rosal.

—Entonces ¿cómo voy a aconsejarte? —preguntó.

—Estoy… decidiendo qué hacer.

Parecía turbado y, en opinión de Egwene, tenía motivos para estarlo.

—Confío en que no estarás pensando en marcharte. Sabes lo importante que eres. No puedes escapar a tu destino, Mat.

—¿Crees que no lo sé? Dudo incluso que pudiera marcharme aun en el caso de que Moraine me dijera que me fuera. Créeme, Egwene, no voy a ninguna parte. Sólo quiero saber qué va a pasar. —Sacudió la cabeza bruscamente, y el timbre de su voz se tornó tenso—. ¿Qué es lo siguiente? ¿Qué se esconde en esas lagunas de mi memoria? Hay partes de mi vida que ni siquiera están ahí, no existen, como si nunca hubieran ocurrido. ¿Por qué de repente empiezo a mascullar en una jerga que no entiendo? La gente dice que es la Antigua Lengua, pero para mí sólo es un galimatías. Quiero saber, Egwene, tengo que saber, antes de que me vuelva tan loco como Rand.

—Rand no está loco —replicó de manera automática. Así que Mat no intentaba escapar. Aquello era una agradable sorpresa; siempre había eludido las responsabilidades, pero su voz dejaba traslucir dolor y preocupación. Mat nunca se había preocupado o no había demostrado que lo estuviera—. No conozco las respuestas, Mat —respondió dulcemente—. Quizá Moraine…

—¡No! —Se puso de pie de un salto—. ¡Nada de Aes Sedai! Quiero decir… Tú eres diferente. Te conozco, y no eres… ¿No te enseñaron en la Torre algún truco que sirviera para este caso?

—Oh, no, Mat, cuánto lo siento. De veras.

La risa que soltó el joven le recordó a Egwene su infancia juntos. Así se había reído siempre cuando sus mayores expectativas se iban al garete.

—En fin, supongo que no importa. Todavía queda la Torre como último recurso. No te des por ofendida. —Era quejarse por una astilla clavada en un dedo y soportar la cura de una pierna rota como si fuera algo nimio.

—Puede que haya un modo —dijo Egwene lentamente—. Si Moraine da su visto bueno, cosa que probablemente hará.

—¡Moraine! ¿Es que no has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho? No quiero que Moraine se entrometa. ¿Qué modo?

Mat siempre había sido impulsivo. Pero sólo quería lo mismo que ella: saber. Ojalá actuara alguna vez con un poco de sentido común y prudencia. En ese momento pasó por la galería una noble teariana de oscuras trenzas enroscadas a la cabeza y vestido amarillo que le dejaba los hombros al aire; les hizo una ligera reverencia mirándolos inexpresivamente y siguió rápidamente su camino con la espalda muy recta. Egwene la siguió con la mirada hasta que se encontró a bastante distancia para

no oírlos. Volvían a estar solos, a no ser que contaran los jardineros que trabajaban allá abajo. Mat la observaba expectante.

Al final le habló del *ter'angreal,* el retorcido umbral que ofrecía respuestas al otro lado. Puso especial énfasis en los peligros que entrañaba: las consecuencias de hacer preguntas necias o que estuvieran relacionadas con la Sombra; y los posibles peligros desconocidos incluso por las Aes Sedai. Se sentía muy halagada de que hubiera recurrido a ella, pero su amigo tenía que demostrar un poco de sentido común.

—Tienes que recordar, Mat, que las preguntas frívolas pueden acarrearte la muerte, así que si decides utilizarlo tendrás que actuar con seriedad, para variar. Y no debes hacer ninguna pregunta que esté relacionada con la Sombra.

El joven la escuchaba con creciente incredulidad y, cuando Egwene terminó de hablar, exclamó:

—¿Tres preguntas? Es decir, que entras como Bili, el del cuento, pasas una noche allí y cuando vuelves han transcurrido diez años y llevas una bolsa que siempre está llena de oro y…

—Matrim Cauthon —espetó—, por una vez en tu vida no te comportes como un necio. Sabes muy bien que los *ter'angreal* no son cuentos y que hay que estar advertido del peligro que conllevan. Tal vez las respuestas que buscas se encuentran dentro de éste, pero no se te ocurra intentarlo hasta que Moraine diga que puedes hacerlo. Tienes que prometérmelo o te juro que te llevaré ante ella como una trucha ensartada en una cuerda. Sabes que soy capaz de hacerlo.

Mat resopló con desdén.

—Sería un necio si lo intentara, me dé o no Moraine su permiso. ¿Que me meta en un condenado *ter'angreal*? Me seduce tanto como tener algo que ver con el Poder. Olvídalo.

—Es lo único que se me ocurre, Mat.

—Gracias, pero no —repuso firmemente—. Prefiero no tener opción a probar con ésa.

A despecho de su tono displicente, Egwene deseó rodearlo con el brazo y animarlo, pero seguramente él haría algún comentario chusco a sus expensas e intentaría tomarle el pelo. Era incorregible desde el día en que nació. Pero había acudido a ella buscando ayuda.

—Lo siento, Mat. ¿Qué vas a hacer?

—Oh, jugar a las cartas, supongo. Si es que alguien quiere jugar conmigo. Echar partidas de damas con Thom. Los dados en las tabernas. Al menos todavía puedo ir a la ciudad. —Su mirada fue hacia una sirvienta que pasaba, una muchacha delgada de oscuros ojos, más o menos de su edad—. Encontraré algo con lo que ocupar las horas.

Egwene sentía unas ganas tremendas de darle una bofetada, pero en lugar de ello

dijo con desconfianza:

—Mat, de verdad no estás pensando marcharte, ¿no?

—Y, si así fuera, ¿se lo dirías a Moraine? —Levantó las manos previniendo el posible cachete de su amiga—. No será menester. Ya te lo he dicho, no pienso marcharme. Y no fingiré que no me gustaría, pero no lo haré. ¿Te basta con eso? —Frunció la frente en un gesto pensativo—. Egwene, ¿alguna vez deseas estar de vuelta en casa? ¿Que nada de esto hubiera pasado?

Era una pregunta sorprendente viniendo de él, pero la joven sabía la respuesta.

—No. A pesar de todo lo ocurrido, no. ¿Y tú?

—Sería un tonto si lo deseara, ¿no crees? —Se echó a reír—. Me gustan las ciudades, y ésta servirá de momento. Egwene, no le contarás a Moraine lo que hemos hablado, ¿verdad? Lo de pedir consejo y todo lo demás, ya sabes.

—¿Por qué no quieres que se lo cuente? —preguntó, desconfiada. Al fin y al cabo, la persona que tenía delante era Mat. Él se encogió de hombros, turbado.

—He procurado mantenerme lejos de ella con más empeño aún que de… En fin, que la he estado evitando, especialmente cuando quería hurgar dentro de mi cabeza. Si le cuentas lo que hemos hablado a lo mejor piensa que estoy dando mi brazo a torcer. No se lo dirás, ¿verdad?

—No lo haré si me prometes que no te acercarás al *ter'angreal* sin antes pedirle permiso. Ahora me arrepiento de haberte hablado de ello.

—Lo prometo. —Sonrió—. No me acercaré a esa cosa a menos que mi vida dependa de ello, lo juro —terminó con fingida solemnidad.

Egwene sacudió la cabeza. Por mucho que cambiara todo, Mat seguiría siendo el mismo.

9



Decisiones

Hubo tres días de bochorno en los que el calor y la humedad dejaron aplanados incluso a los tearianos. La ciudad se sumió en una especie de letargo que aún era más acusado en la Ciudadela. Las criadas parecían a punto de dormirse mientras trabajaban, y la gobernanta les tiraba de las trenzas con frustración, pero ni siquiera ella tenía fuerza suficiente para darles en los nudillos o tirarles de la oreja. Los Defensores de la Ciudadela dormitaban en sus puestos como velas medio derretidas, y los oficiales mostraban mucho más interés en una copa de vino frío que en hacer las rondas. Los Grandes Señores pasaban la mayor parte del tiempo en sus aposentos y dormían durante las horas más calurosas del día; unos cuantos se marcharon de la Ciudadela buscando la relativa frescura de las haciendas que poseían en el lejano este, en las estribaciones de la Columna Vertebral del Mundo. Cosa curiosa, los forasteros, a los que afectaba el calor más que a nadie, eran los únicos cuya actividad no había bajado de ritmo por no decir que era aun más febril. El terrible calor no los agobiaba tanto como el imparable transcurrir de las horas.

Mat no tardó en descubrir que no se había equivocado respecto a la reacción de los jóvenes nobles que estaban presentes cuando los naipes trataron de matarlo. No sólo lo esquivaban sino que divulgaron lo ocurrido, a menudo tergiversándolo, entre sus amigos; cualquiera de la Ciudadela que dispusiera de dos monedas lo esquivaba cuando se encontraba con él tras mascullar unas palabras de disculpa. Los rumores habían trascendido fuera del círculo de nobles, y más de una criada que había aceptado gustosa sus abrazos ahora también lo rechazaba; incluso dos de ellas, muy nerviosas, llegaron a decirle que habían oído comentar que era peligroso quedarse a solas con él. Perrin estaba absorto en sus propios problemas, y Thom solía desaparecer como por arte de magia; Mat no tenía la menor idea de qué era lo que tenía tan ocupado al juglar, pero no había forma de localizarlo, ni de noche ni de día. Por el contrario, a Moraine, la persona que Mat habría querido que se olvidara de él, se la encontraba cada vez que se daba la vuelta; o se cruzaba con él o pasaba a lo lejos por un pasillo, pero sus ojos se clavaban en los del joven cada vez que se veían, y por su expresión habríase dicho que sabía lo que Mat estaba pensando y lo que

quería, pero que conocía el modo de conseguir en cambio que hiciera lo que quería ella. Aun así, nada de esto influyó en cierto aspecto de su conducta: siguió encontrando excusas para retrasar la partida un día más. A su modo de ver, no le había prometido a Egwene que se quedaría. Pero lo hizo.

En una ocasión bajó con una lámpara a las entrañas de la Ciudadela, a lo que llamaban la Gran Reserva, y llegó a la puerta carcomida que había al final del estrecho corredor. Sin traspasar el umbral del oscuro cuarto escudriñó las borrosas formas cubiertas con fundas polvorientas, las cajas y los barriles amontonados sin orden cuyas tapas servían de repisas para infinidad de estatuillas y tallas y extraños objetos de cristal y de metal; fueron suficientes unos minutos para que saliera presuroso de allí.

—¡Tendría que ser un redomado majadero para intentar algo así! —rezongó.

No obstante, nada le impedía deambular por la ciudad; y no había la menor posibilidad de encontrarse con Moraine en las tabernas del Maule, el barrio portuario, ni en las posadas de Chalm, donde las trastiendas y almacenes eran a menudo unos lugares sucios, escasamente iluminados y abarrotados de gente, donde se consumía vino barato y mala cerveza, había alguna que otra pelea, y se jugaban interminables partidas de dados. Las apuestas eran pequeñas comparadas con las que acostumbraba hacer, pero ése no era el motivo de que acabara regresando siempre a la Ciudadela al cabo de unas horas. Procuraba no pensar qué era lo que lo impelía a volver allí, cerca de Rand.

Perrin veía a Mat de vez en cuando en las tabernas del puerto, bebiendo vino barato en exceso y jugando a los dados como si no le importara gran cosa perder o ganar; en una ocasión sacó un cuchillo con presteza cuando un fornido marinero comentó con insistencia la frecuencia con que ganaba. No era propio de Mat ser tan irascible, pero Perrin lo eludió en lugar de preguntarle por qué estaba de tan mal humor; no había ido allí para beber ni jugar a los dados, y los que pensaron provocarlo para iniciar una pelea cambiaron de idea al fijarse bien en sus anchos y fornidos hombros, y en sus ojos. En cambio invitaba a cerveza barata a los marineros vestidos con amplios pantalones de cuero y a los marchantes que lucían finas cadenas de plata sobre las pecheras de sus chaquetas y a cualquier hombre que tuviera aspecto de proceder de un país lejano. Iba a la caza de rumores, algo que pudiera alejar a Faile de Tear. De él.

Estaba seguro de que, si le encontraba alguna aventura, algo que apuntara la posibilidad de que su nombre entrara en la historia, la muchacha se marcharía. Hacía como si entendiera la razón de que él tuviera que quedarse, pero de vez en cuando todavía insinuaba que quería marcharse y que esperaba que él quisiera acompañarla. Perrin estaba convencido de que el cebo apropiado la atraería con bastante fuerza para hacerla partir; sin él.

Como le ocurría a él, Faile identificaría la mayoría de los rumores como versiones tergiversadas de la verdad que se habían quedado anticuadas. Se decía que la guerra que se extendía por el Océano Aricio era obra de unas gentes de las que nadie había oído hablar hasta entonces y que se llamaban sanchin o senchan o algo parecido —había oído distintas variantes de los numerosos informadores—, un pueblo extraño que podría ser el ejército de Artur Hawkwing que regresaba al cabo de miles de años. Un tipo, un tarabonés tocado con un gran sombrero rojo y que lucía un bigote espeso como un cepillo, le aseguró solemnemente que el propio Hawkwing en persona dirigía a estas gentes, con la legendaria espada *Justicia* enarbolada en su mano. Corrían rumores de que se había encontrado el Cuerno de Valere, cuya llamada sacaría a los héroes legendarios de sus tumbas para luchar en la Última Batalla. En Ghealdan habían estallado revueltas por todo el país; Illian padecía una epidemia de locura colectiva; en Cairhien la hambruna estaba aminorando el ritmo de las matanzas; en alguna parte de las Tierras Fronterizas se habían incrementado las incursiones de los trollocs. Perrin no podía enviar a Faile a ninguno de estos conflictos ni siquiera para sacarla de Tear.

La información respecto a unos disturbios en Saldaea parecía prometedora —su propia tierra tenía que resultarle atractiva, y Perrin se había enterado de que Mazrim Taim, el falso Dragón, estaba a buen recaudo en manos de las Aes Sedai—, pero nadie conocía el alcance ni el motivo de dichos disturbios. Inventarse algo no daría resultado; antes de ir tras cualquier información que le diera él, Faile llevaría a cabo sus propias pesquisas para asegurarse. Además, cualquier disturbio en Saldaea podía ser tan peligroso como los otros conflictos de los que se hablaba.

Y tampoco podía decirle a la joven adónde iba cuando se ausentaba porque entonces le preguntaría la razón. Sabía que no era como Mat, que a él no le gustaba pasarse las horas muertas en tabernas. Nunca se le había dado bien mentir, así que eludía sus preguntas con evasivas, de modo que Faile empezó a asestarle largas miradas de soslayo sin decir una palabra. En esta situación, sólo le restaba redoblar sus esfuerzos para encontrar una historia lo bastante tentadora para alejarla de la Ciudadela. Tenía que apartarla de él antes de que la mataran por su culpa. No había más remedio.

Egwene y Nynaeve pasaron más horas con Joiya y Amico, aunque sin el menor resultado. Las historias de las dos mujeres no sufrieron ninguna variación. A pesar de las protestas de Nynaeve, Egwene probó incluso a contarle a cada una de ellas lo que había dicho la otra para ver si así soltaban la lengua. Amico la miró de hito en hito y gimoteó que no había oído ni una palabra de semejante plan para añadir de inmediato que cabía la posibilidad de que fuera verdad. Tal vez. La ansiedad por complacerlas la hacía sudar. Por su parte, Joiya le respondió que fueran a Tanchico si querían.

—He oído comentar que se ha convertido en una ciudad muy peligrosa —dijo

sosegadamente, con los negros ojos reluciendo—. El rey conserva en su poder poco más que la urbe propiamente dicha, y tengo entendido que ya no se vela por el orden público. Ahora son la fuerza bruta y las armas las que mandan en Tanchico. Pero, si os apetece, id.

No se había recibido ninguna noticia de Tar Valon e ignoraban si la Amyrlin estaba ocupándose de la posible amenaza de liberar a Mazrim Taim. Desde que Moraine había enviado las palomas había transcurrido tiempo de sobra para que llegara un mensaje, ya fuera en un barco fluvial o a través de un jinete que cabalgara de continuo cambiando de caballo; suponiendo que la Aes Sedai las hubiera enviado realmente. Egwene y Nynaeve discutieron respecto a esto; la antigua Zahorí admitía que la Aes Sedai no podía mentir, pero intentaba encontrar algún doble sentido a sus palabras. Moraine no parecía preocupada por la falta de noticias de la Amyrlin, aunque era difícil adivinar qué había bajo la fría calma tras la que se escudaba.

Egwene sí estaba preocupada por eso y por si la historia de Tanchico era una pista falsa o real o una trampa. En la biblioteca de la Ciudadela había libros sobre Tarabon y Tanchico; pero, aunque leyó hasta que le dolieron los ojos, no encontró ninguna clave respecto a algo peligroso para Rand. El calor y la zozobra la condujeron a un estado de irritación tal que a veces estaba tan irascible como Nynaeve.

Algunas cosas iban bien, por supuesto. Mat continuaba en la Ciudadela; obviamente estaba madurando y aprendiendo a ser responsable. Lamentaba no haber podido ayudarlo, pero dudaba que ninguna otra mujer de la Torre hubiera podido hacer más por él. Comprendía su ansiedad de saber porque a ella le ocurría igual, aunque en su caso era otro tipo de conocimiento, el que sólo podía aprender en la Torre, las cosas que quizá descifraría y que nadie había descubierto cómo llevar a cabo, la sabiduría perdida que tal vez sacaría de nuevo a la luz.

Aviendha empezó a visitarla, aparentemente por propia iniciativa. Si al principio la mujer se mostró cautelosa, era comprensible ya que al fin y a la postre era Aiel y creía a Egwene una Aes Sedai. Con todo, su compañía resultaba muy agradable aunque en ocasiones Egwene tenía la sensación de que vislumbraba en sus ojos preguntas no planteadas. A pesar de que Aviendha mantenía cierta reserva, enseguida se hizo evidente que poseía mucho ingenio y un sentido del humor muy semejante al de Egwene; a veces acababan riendo tontamente como dos chiquillas. Empero, las costumbres Aiel eran por completo desconocidas para Egwene, como el rechazo de Aviendha a sentarse en una silla y su sobresalto al encontrar a la joven de Dos Ríos metida en una bañera plateada que la gobernanta había hecho traer a su cuarto. La reacción no se debía a que la otra mujer estuviera desnuda —de hecho, al advertir el desasosiego de Egwene se despojó de sus ropas y se sentó en el suelo para hablar— sino porque estaba metida en agua hasta el pecho. Lo que hizo que sus ojos parecieran a punto de salirse de las órbitas fue el hecho de que estuviera ensuciando

tanta cantidad de agua. Por otro lado, Aviendha no comprendía por qué Elayne y ella no habían tomado medidas drásticas con Berelain ya que ambas deseaban quitársela de en medio. A una guerrera le estaba totalmente prohibido matar a una mujer que no se hubiera desposado con la lanza; pero, puesto que ni Elayne ni Berelain eran Doncellas Lanceras, en opinión de Aviendha era totalmente aceptable que Elayne retara a la Principal de Mayene a un duelo con cuchillos o zanjar el asunto con un combate a puñetazos y patadas. Desde su punto de vista, lo de los cuchillos era lo mejor. Berelain parecía el tipo de mujer que no renunciaría a su propósito aunque la derrotaran varias veces y, por lo tanto, el camino más directo y seguro era retarla y matarla. O Egwene podía hacerlo en su nombre, como amiga y casi hermana.

A pesar de estas diferencias, era muy agradable tener alguien con quien hablar y reír. Elayne estaba ocupada casi todo el tiempo, por supuesto; y Nynaeve, a quien afectaba tanto como a Egwene ver que se les acababa el tiempo, dedicaba sus ratos libres a dar paseos a la luz de la luna por las almenas, con Lan, y a preparar platos que eran del agrado del Guardián; sin mencionar las invectivas y maldiciones que hacían salir corriendo a las cocineras de la cocina. Nynaeve no era una experta en la preparación de viandas. De no ser por Aviendha, Egwene no sabía lo que habría hecho durante las bochornosas horas entre interrogatorio e interrogatorio a las Amigas Siniestras; las habría pasado sudando, indudablemente, y preocupada por si podría hacer algo para no tener pesadillas.

Habían acordado entre las tres que Elayne no estuviera presente durante los interrogatorios, ya que al fin y a la postre otro par de oídos no habría servido de mucho. En lugar de ello, cada vez que Rand disponía de un momento libre daba la casualidad de que la heredera del trono se encontraba cerca para hablar con él un rato o simplemente para pasear agarrada de su brazo, aunque sólo fuera desde la estancia donde había sostenido una entrevista con algún Gran Señor hasta otra sala donde lo aguardaban otros, o para hacer una rápida inspección a las dependencias de los Defensores. Se hizo una experta en encontrar rincones apartados donde los dos podían hacer un alto y quedarse solos. Por supuesto, Rand llevaba siempre una escolta Aiel siguiéndole los pasos, pero Elayne enseguida dejó de dar importancia a lo que pudieran pensar, lo mismo que no le importaba lo que pensara su madre. Incluso llegó a existir una especie de conspiración entre ella y las Doncellas Lanceras, que parecían conocer hasta el último rincón oscuro de la Ciudadela y que le avisaban en cuanto Rand se quedaba solo. Por lo visto les resultaba divertido aquel juego.

La sorpresa fue que Rand le hizo preguntas sobre cómo gobernar una nación y escuchó todas sus explicaciones. Eso sí que le habría gustado que lo viera su madre. Más de una vez Morgase se había echado a reír, aunque en su risa había un componente de desesperación, y le había dicho que tenía que aprender a concentrarse.

Qué oficios proteger y cómo, y cuáles no y por qué, podían ser tareas pesadas y aburridas pero tan importantes como atender a los enfermos. Llevar a un testarudo lord o mercader a hacer lo que no quería de manera que creyera que había sido idea suya podía ser divertido; alimentar al hambriento podía ser reconfortante; pero si había que dar de comer a los menesterosos era preciso decidir cuántos funcionarios, conductores y carretas hacían falta. Otros podían encargarse de esas cosas, pero en tal caso nunca se sabría que habían cometido un error hasta que ya fuera demasiado tarde. Rand la escuchaba y a menudo seguía su consejo. Elayne pensó que sólo por eso podría amarlo. Berelain no salía de sus aposentos, y Rand había empezado a sonreír tan pronto como la veía; no podía haber nada mejor en el mundo. Salvo que los días dejaran de pasar.

Tres cortos días que se les escapaban entre los dedos como si fueran agua. Se enviaría a Joiya y Amico hacia el norte y ya no habría razón para seguir en la Ciudadela; habría llegado la hora de que Egwene, Nynaeve y ella se pusieran también en camino. Partiría cuando llegara ese momento; nunca se había planteado lo contrario. Saberlo la hacía sentirse orgullosa de ser toda una mujer, no una niña; saberlo hacía que se le saltaran las lágrimas.

¿Y Rand? Se reunía con los Grandes Señores en sus aposentos e impartía órdenes. Los sorprendía haciendo acto de presencia en reuniones secretas entre tres o cuatro de ellos, de las que le informaba Thom, con el único propósito de reiterar algún punto de sus últimas órdenes. Los nobles sonreían y se inclinaban y sudaban y se preguntaban qué sabía exactamente. Había que dar salida a la energía de los Grandes Señores antes de que alguno de ellos decidiera que si era imposible manipular a Rand entonces había que asesinarlo. Pero, costara lo que costara distraerlos, no estaba dispuesto a empezar una guerra. Si tenía que enfrentarse a Sammael, que así fuera; pero no iniciaría un conflicto.

Establecer su plan de acción, no dar tregua a los Grandes Señores, lo ocupaba la mayor parte del tiempo. Algunas ideas las tomaba de los libros que los bibliotecarios le traían a montones a sus aposentos, y también de las charlas con Elayne. Los consejos de la joven le resultaban muy útiles con los Grandes Señores; se daba cuenta de que hacían una nueva evaluación sobre él cuando hacía gala de conocimientos sobre ciertas cosas que ellos sólo sabían a medias. Elayne lo hizo cambiar de idea cuando quiso dejar claro que el mérito era suyo.

—Un mandatario inteligente se deja aconsejar —le dijo sonriente—, pero nunca tiene que dejar ver que sigue esas recomendaciones. Que crean que sabes más de lo que realmente sabes. Eso no los perjudicará y a ti te favorece.

De todos modos, la joven parecía complacida de que Rand lo hubiera pensado. Por su parte, él no tenía la certeza de que estuviera aplazando tomar una decisión por causa de Elayne. Tres días de hacer planes, de intentar descifrar qué era lo que

todavía pasaba por alto; porque había algo. No debía reaccionar contra los Renegados, sino que tenía que empujarlos a que tomaran la iniciativa ellos. Tres días, y al cuarto Elayne se marcharía —de vuelta a Tar Valon, esperaba—, pero en el momento en que él actuara tenía la sospecha de que sus breves encuentros acabarían. Tres días de besos robados, cuando conseguía olvidar todo aparte de que era un hombre abrazando a una mujer. Comprendía que el motivo era absurdo, aunque cierto. Era un alivio que aparentemente Elayne sólo deseara su compañía, pero en esos ratos que estaban a solas podía olvidarse de las decisiones pendientes, de la suerte que aguardaba al Dragón Renacido. Más de una vez acarició la idea de pedirle que se quedara, pero no sería justo alentar sus esperanzas cuando él ignoraba si quería algo más de ella aparte de tenerla cerca. Eso, en el caso de que Elayne albergara esperanzas respecto a él, naturalmente. Mejor imaginar que simplemente eran un hombre y una mujer jóvenes que salían juntos un día festivo por la tarde. De ese modo todo resultaba más sencillo; en ocasiones olvidaba que ella era la heredera del trono y él un pastor. Pero ojalá no tuviera que irse. Tres días. Tenía que tomar una decisión; en una dirección que nadie esperaba.

El sol descendió lentamente hacia el horizonte la tarde del tercer día. Las cortinas a medio echar del dormitorio de Rand amortiguaban el resplandor rojizo del ocaso. *Callandor* brillaba en su ornamentado soporte con la luminosidad del más puro cristal.

Rand contempló intensamente a Meilan y a Sunamon y después lanzó en su dirección un rollo de pergaminos atados. Era un tratado, cuidadosamente caligrafiado y redactado, al que sólo le faltaban firmas y sellos. Golpeó a Meilan en el pecho, y el noble lo cogió en un movimiento reflejo; se inclinó como si lo considerara un honor, pero su sonrisa tirante dejó a la vista los dientes apretados.

Sunamon cargaba el peso ora en un pie ora en otro mientras se secaba el sudor de las manos.

—Todo se ha hecho como ordenasteis, mi señor Dragón —manifestó con ansiedad—. El grano para cargar en barcos…

—Y dos mil tearianos alistados —lo interrumpió Rand—, para «asegurarse de que se haga una distribución correcta del grano y velar por los intereses tearianos». —Su voz era fría como el hielo, pero por dentro estaba a punto de reventar; casi temblaba por el esfuerzo de contenerse para no dar de puñetazos a estos necios—. Dos mil hombres. ¡Al mando de Torean!

—El Gran Señor Torean tiene interés en los asuntos relacionados con Mayene, mi señor Dragón —apuntó Meilan sosegadamente.

—¡Oh, sí! ¡El interés de imponer la aceptación de sus atenciones a una mujer que no desea ni verlo! —bramó Rand—. Grano cargado en barcos, dije. Nada de soldados. ¡Y desde luego nada del maldito Torean! ¿Habéis hablado siquiera con

Berelain?

Lo miraron desconcertados, como si no entendieran sus palabras. Esto era demasiado. Aferró el *Saidin*, y los pergaminos que Meilan sostenía entre los brazos se prendieron fuego. El noble chilló y arrojó el rollo llameante al hogar y se sacudió precipitadamente las chispas y las marcas chamuscadas de su chaqueta de seda roja. Sunamon contemplaba boquiabierto el rollo de pergaminos, que crepitaba y se volvía negro.

—Iréis a hablar con Berelain —les dijo, sorprendido de hablar con tanta calma—. Para mañana a mediodía le habréis ofrecido el trato que quiero o a la puesta de sol haré que os cuelguen a los dos. Si es preciso que ahorque Grandes Señores cada día, de dos en dos, lo haré. Enviaré hasta el último de vosotros a la horca si no me obedecéis. Y, ahora, quitaos de mi vista.

El tono tranquilo de su voz pareció afectarlos más que sus gritos. Hasta Meilan denotaba inquietud cuando retrocedieron hacia la puerta, inclinándose a cada paso y farfullando afirmaciones de eterna lealtad. Le daban asco.

—¡Fuera! —bramó, y los nobles abandonaron toda dignidad y casi se empujaron para abrir la puerta. Salieron corriendo. Uno de los guardias Aiel se asomó un momento al dormitorio para comprobar si Rand se encontraba bien antes de cerrar la hoja de madera.

Rand temblaba sin poder contenerse. Le daban casi tanto asco como el que sentía por sí mismo. Amenazar con ahorcar hombres si no hacían lo que les ordenaba. Y lo peor era que lo había dicho en serio. Todavía recordaba cuando no tenía un genio tan irascible o, al menos, cuando esos accesos de ira surgían en contadas ocasiones y se las componía para refrenarlos.

Cruzó la habitación hacia donde *Callandor* brillaba con la luz que entraba por las cortinas entreabiertas. La hoja parecía hecha del más puro cristal, absolutamente transparente; tenía el tacto del acero en las puntas de sus dedos, y afilado como una cuchilla. Había faltado poco para cogerla y ocuparse de Meilan y Sunamon, aunque ignoraba si la habría usado como una espada o le habría dado su verdadera utilidad. Las dos posibilidades lo horrorizaban. «Aún no me he vuelto loco. Sólo estoy furioso. ¡Luz, y de qué modo!»

Mañana. Mañana embarcarían a las Amigas Siniestras, y Elayne partiría. Y Egwene y Nynaeve, por supuesto. De regreso a Tar Valon, deseó fervientemente; con Ajah Negro o sin él, la Torre debía de ser el lugar más seguro que había en la actualidad. Mañana. Se acabaron las excusas para seguir retrasando lo que tenía que hacer. Hasta pasado mañana, como mucho.

Volvió las manos hacia arriba para contemplar la garza grabada en cada una de las palmas. Las había examinado tan a menudo que sería capaz de dibujar de memoria todas y cada una de aquellas líneas a la perfección. Las Profecías las anunciaban:

Dos veces será marcado,
dos veces para vivir y dos veces para morir.
Una vez la garza, para señalar su camino.
Dos veces la garza, para darle su verdadero nombre.
Una vez el Dragón, para el recuerdo perdido.
Dos veces el Dragón, por el precio que ha de pagar.

Pero, si las garzas le daban «su verdadero nombre», ¿para qué entonces los Dragones? Ya puestos, ¿qué era un Dragón? El único del que había oído hablar era Lews Therin Telamon. El Verdugo de la Humanidad había sido el Dragón, el Dragón era el Verdugo de la Humanidad. Excepto que ahora era él, y no podía ser marcado consigo mismo. Quizá la imagen del pendón era un Dragón; ni siquiera las Aes Sedai sabían con certeza qué clase de criatura era.

—Has cambiado desde la última vez que te vi. Te has hecho más fuerte. Más duro.

Giró rápidamente sobre sus talones y se quedó mirando atónito a la joven que estaba junto a la puerta; era alta, de tez clara y tenía los ojos y el cabello negros. Iba vestida de blanco y plata. Enarcó una ceja al reparar en los bultos informes de metal dorado y plateado que había sobre la repisa del hogar. Rand los había dejado allí a propósito, para que le recordaran lo que podía pasar cuando actuaba sin reflexionar, cuando perdía el control. Aunque, para lo que había servido…

—Selene —exclamó mientras iba presuroso hacia ella—. ¿De dónde sales? ¿Cómo has entrado? Creía que todavía estabas en Cairhien o… —Se calló, reacio a confesar su temor de que estuviera muerta o pasando calamidades como otros refugiados.

Un cinturón de plata le ceñía la esbelta cintura, y unos peinecillos plateados con incrustaciones de estrellas y medias lunas brillaban en su cabello, que le caía sobre los hombros en negras cascadas. Seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida. Elayne y Egwene sólo eran bonitas comparadas con ella. Sin embargo, por alguna razón, no lo impresionaba tanto como antes; tal vez se debía a los largos meses transcurridos desde que se habían visto por última vez en un Cairhien todavía ajeno a los estragos de la guerra civil.

—Voy donde quiero estar. —Frunció el entrecejo al mirar su rostro—. Te han marcado, pero no importa. Fuiste mío y lo sigues siendo. Cualquier otra no es más que un pasatiempo circunstancial cuyo tiempo ha quedado atrás. Reclamaré lo que es mío públicamente, ahora.

La miró de hito en hito. ¿Marcado? ¿Se refería a sus manos? ¿Y qué quería decir con lo de que era suyo?

—Selene —empezó suavemente—, vivimos juntos días placenteros y también otros muy duros. Jamás olvidaré tu valor ni tu ayuda, pero en ningún momento hubo

entre nosotros algo más que camaradería. Fuimos compañeros de viaje, punto. Te quedarás en la Ciudadela, en los mejores aposentos, y cuando la paz vuelva a Cairhien me ocuparé de que tus propiedades de allí te sean devueltas, si está en mi mano.

—Vaya si te han marcado. —Sonrió irónicamente—. ¿Mis propiedades de Cairhien, dices? Puede que en un tiempo las tuviera en esas tierras. El mundo ha cambiado tanto que ya nada es como antes. Selene sólo es un nombre que a veces utilizo, Lews Therin. El que he hecho verdaderamente mío es Lanfear.

Rand soltó una risa forzada.

—Esa broma no tiene gracia, Selene. Casi tan poca como decir que el Oscuro es uno de los Renegados. Y me llamo Rand.

—Nosotros nos autodenominamos los Elegidos —repuso la mujer reposadamente —. Elegidos para gobernar el mundo para siempre. Viviremos eternamente. Y tú también puedes.

Rand la miró preocupado, con el ceño fruncido. De verdad creía que era… Las fatigas para llegar a Tear debían de haberla trastornado. Empero, no actuaba como alguien que ha perdido la razón; se mostraba tranquila, fría, segura. Sin darse cuenta de lo que hacía, buscó el contacto con el *Saidin,* tendió la mano y… topó con un muro que no veía ni percibía salvo porque le impedía llegar a la Fuente Verdadera.

—No puede ser —musitó. Ella sonrió—. Luz, realmente eres uno de ellos.

Retrocedió lentamente. Si conseguía coger a *Callandor* por lo menos dispondría de un arma. Tal vez no funcionara como un *angreal*, pero sí como una espada. Aun así, ¿sería capaz de utilizarla contra una mujer, contra Selene? No, contra Selene no. Contra Lanfear, contra uno de los Renegados.

Se dio un fuerte encontronazo con algo; miró hacia atrás para ver qué era. No había nada. Un muro de nada contra el que apretaba la espalda. *Callandor* brillaba a menos de tres pasos de distancia, al otro lado de la barrera invisible. Frustrado, descargó contra ella un puñetazo; era tan dura como una roca.

—Todavía no puedo fiarme completamente de ti, Lews Therin. —Se acercó más, y Rand consideró saltar sobre ella y agarrarla. Era, con mucho, más corpulento y fuerte… Pero, aislado de la Fuente como estaba, la mujer lo envolvería con el Poder como un gatito enredado en un ovillo de cuerda—. Y, desde luego, no con eso en tus manos —añadió, señalando con una mueca a *Callandor*—. Solamente hay dos más poderosos que un hombre puede utilizar. Que yo sepa, al menos uno existe todavía. No, Lews Therin, todavía no me fío de ti para permitir que cojas eso.

—Deja de llamarme así —gruñó—. Mi nombre es Rand. Rand al'Thor.

—Eres Lews Therin Telamon. Oh, en el aspecto físico el único parecido es la altura, pero reconocería quién está tras esos ojos aunque te hubiera encontrado cuando aún dormías en tu cuna. —Se echó a reír inesperadamente—. Todo habría

sido mucho más fácil si te hubiera encontrado entonces. Si hubiera sido libre para… —Su jovialidad dio paso a la ira—. ¿Quieres ver mi verdadero aspecto? Tampoco lo recuerdas, ¿verdad?

Rand intentó responder que no, pero la lengua no le obedecía. Una vez había visto a dos Renegados juntos, Aginor y Balthamel, los primeros que habían escapado después de pasar tres mil años encerrados tras los sellos en la prisión del Oscuro. Uno de ellos estaba tan consumido que era inexplicable cómo podía seguir vivo, y el otro ocultaba el rostro tras una máscara para tapar hasta la última brizna de su carne como si no soportara verla o que la vieran.

El aire rieló alrededor de Lanfear y la mujer cambió. Era mayor que él desde luego, aunque mayor no era el término adecuado. Más madura. Más en sazón. Y más hermosa que antes, si ello era posible. Una flor en su esplendor comparada con un capullo. Aun sabiendo lo que era, a Rand se le quedó la boca seca y la garganta constreñida.

Los oscuros ojos de la mujer lo observaron intensamente, rebosantes de seguridad y, no obstante, con un atisbo de interrogación, como si se preguntara qué vería él. Lo que quiera que percibiera pareció satisfacerla, y volvió a sonreír.

—Estuve enterrada profundamente, en un letargo sin sueños donde el tiempo no fluye. Las vueltas de la Rueda me pasaron de largo. Ahora me ves como realmente soy, y te tengo en mis manos. —Recorrió el contorno de su mandíbula con la uña de un dedo, lo bastante fuerte para que Rand diera un respingo—. El tiempo de juegos y subterfugios ha quedado atrás, Lews Therin. Muy atrás.

—Entonces, ¿tienes intención de matarme? —El estómago se le encogió—. Así te consuma la Luz, yo…

—¿Matarte? —repitió con incredulidad—. Lo que quiero es tenerte. Para siempre. Eras mío mucho antes de que esa remilgada de cabello pálido te echara el lazo. Antes de que te conociera. ¡Tú me amabas!

—¡Y tú amabas el poder! —Sintió un fugaz vértigo. Las palabras sonaban a verdad, sabía que eran verdad, pero ¿de dónde habían salido?

Selene —Lanfear— parecía tan sorprendida como él, pero se recuperó enseguida.

—Has aprendido mucho, y has hecho mucho más de lo que te habría creído capaz, pero todavía sigues caminando a tientas a través de un laberinto en tinieblas, y tu ignorancia podría acarrearte la muerte. Algunos de los otros te temen demasiado para esperar. Sammael, Rahvin, Moghedien. Puede que haya más, pero esos tres es seguro. Vendrán por ti y no para intentar cambiar tu corazón. Llegarán a escondidas, para destruirte mientras duermes, empujados por el miedo. Pero hay otros que podrían enseñarte, mostrarte lo que supiste una vez. Entonces ninguno osaría oponerse a ti.

—¿Enseñarme? ¿Quieres que deje que me enseñe uno de ellos? —Uno de los

Renegados. Un varón que había sido Aes Sedai en la Era de Leyenda, que conocía las directrices para encauzar, que sabía cómo eludir las trampas, que… Lo mismo ya le había sido ofrecido antes—. ¡No! Aunque me lo ofrecieran, lo rechazo, y no tienen motivos para hacerlo. Estoy en contra de ellos… ¡y de ti! Detesto todo lo que habéis hecho, todo lo que representáis. —«¡Estúpido! Estás atrapado, y te muestras desafiante como el héroe idiota de un cuento a quien ni se le pasa por la imaginación que está encolerizando tanto a su carcelero que se lo va a hacer pagar.» A pesar de este razonamiento se sentía incapaz de retirar lo dicho. Obstinado, adelantó un paso y lo empeoró aún más—. Os destruiré, si está en mis manos. ¡A ti, al Oscuro y hasta el último Renegado!

Un brillo colérico pasó fugaz por los negros ojos de la mujer.

—¿Sabes por qué algunos de los nuestros te temen? ¿Tienes la más mínima idea? Porque les da miedo que el Gran Señor de la Oscuridad te ponga por encima de ellos.

Rand se sorprendió a sí mismo consiguiendo soltar una risa.

—¿El Gran Señor de la Oscuridad? ¿Tampoco vosotros podéis pronunciar su verdadero nombre? No es posible que temáis atraer su atención, como le ocurre a la gente decente. ¿O sí?

—Sería una blasfemia —respondió simplemente—. Sammael y los demás tienen razón de estar asustados. El Gran Señor te quiere. Desea elevarte a una posición eminente, sobre el resto de la humanidad. Me lo dijo.

—¡Eso es ridículo! El Oscuro continúa en Shayol Ghul o en caso contrario ahora mismo estaríamos dirimiendo el Tarmon Gai'don. Y, si sabe de mi existencia, lo que querría es verme muerto. Mi intención es combatirlo.

—Oh, lo sabe. El Gran Señor sabe más de lo que imaginas. Y hablar con él es posible. Si vas a Shayol Ghul, a la Fosa de la Perdición, puedes… oírlo. Puedes… impregnarte de su presencia. —Otra luz iluminaba ahora su semblante. El éxtasis. Respiraba con los labios entreabiertos, casi jadeante, y por un momento pareció que contemplaba algo lejano y maravilloso—. No hay palabras para describirlo. Tienes que experimentarlo para entenderlo. Tienes que hacerlo. —De nuevo sus grandes ojos estaban enfocados en él, oscuros, insistentes—. Arrodíllate ante el Gran Señor y te pondrá por encima de todos. Te dará libertad para que reines como desees siempre y cuando hinques la rodilla ante él una sola vez. Para agradecérselo, nada más. Me lo dijo así. Asmodean te enseñará a dominar el Poder sin que te mate y lo que puedes hacer con él. Déjame ayudarte. Podemos destruir a los otros. Al Gran Señor no le importará. Podemos destruirlos a todos, incluso a Asmodean una vez que te haya enseñado todo lo que necesitas saber. Tú y yo podemos gobernar el mundo juntos, bajo el Gran Señor, para siempre. —Su voz se redujo a un susurro de ansiedad y miedo a partes iguales—. Se crearon dos poderosos *sa'angreal* justo antes del final, uno que puedes usar tú, y otro que puedo usar yo. Mucho más poderosos que esa

espada. Su poder es inimaginable. Con ellos podríamos desafiar hasta… al Gran Señor mismo. ¡Incluso al Creador!

—Estás loca —espetó con voz ronca—. Así que el Padre de las Mentiras dice que me dará libertad de acción ¿no? Nací para combatirlo, por eso estoy aquí, para cumplir las Profecías. ¡Y lo combatiré a él y a todos vosotros, hasta la Última Batalla! ¡Hasta mi último aliento!

—No tienes que hacerlo. Una profecía no es más que la manifestación de la esperanza de la gente. Cumplir las Profecías te obligará a seguir un curso que conduce al Tarmon Gai'don y a tu muerte. Moghedien o Sammael pueden destruir tu cuerpo. El Gran Señor de la Oscuridad puede destruir tu alma. Un fin total y definitivo. ¡Jamás volverás a nacer por muchas vueltas que dé la Rueda del Tiempo!

—¡No!

Lo observó durante lo que pareció un largo rato; Rand casi podía ver los platillos de la balanza sopesando alternativas.

—Podría llevarte conmigo —dijo finalmente la mujer—. Podría entregarte al Gran Señor en contra de lo que quieras o de lo que creas. Hay modos.

Hizo una pausa, tal vez para ver si sus palabras surtían efecto. El sudor le corría a Rand por la espalda, pero mantuvo el gesto inflexible. Tenía que hacer algo, aunque no tuviera posibilidades de éxito. Un nuevo intento de alcanzar el *Saidin* se frustró al topar con la barrera invisible. Desvió los ojos como si estuviera reflexionando. *Callandor* estaba detrás, tan lejos de su alcance como si se encontrara al otro extremo del Océano Aricio. Su daga estaba sobre una mesilla, junto a la cama, al lado de la figura a medio tallar de un zorro en la que había estado trabajando. Los bultos informes de metal encima de la repisa de la chimenea parecían mofarse de él; un hombre vestido con ropas anodinas entraba a hurtadillas por la puerta con un cuchillo en la mano; los libros tirados por doquier. Se volvió hacia Lanfear, en tensión.

—Siempre fuiste obstinado —murmuró ella—. Esta vez no te llevaré. Quiero que vengas conmigo por tu propia voluntad. Y lo conseguiré. ¿Qué ocurre? ¿Por qué frunces el ceño?

Un hombre entrando a hurtadillas por la puerta con un cuchillo en la mano; sus ojos habían pasado sobre el individuo casi sin verlo. Instintivamente apartó a Lanfear de un empellón y buscó el contacto con la Fuente Verdadera; la barrera que lo aislaba desapareció al tocarla, y al momento tenía su espada en la mano como una llama dorada rojiza. El hombre se abalanzó sobre él con el cuchillo bajo y apuntando hacia arriba para asestar un golpe mortal. Incluso entonces resultaba difícil no perder de vista al individuo, pero Rand giró suavemente y *El viento sopla sobre la pared* cercenó la mano que empuñaba el cuchillo y terminó atravesando el corazón del agresor. Rand permaneció un instante mirando aquellos ojos apagados —sin vida aun cuando el corazón seguía latiendo— y después sacó la espada de un tirón.

—Un Hombre Gris. —Rand inhaló como si hiciera horas que no respiraba. El hombre muerto a sus pies estaba sucio, desangrándose sobre la alfombra, pero ya no resultaba difícil mantener los ojos en él. Siempre ocurría lo mismo con los asesinos de la Sombra; cuando se reparaba en ellos, casi siempre era demasiado tarde—. Esto no tiene sentido. Podrías haberme matado sin dificultad. ¿Por qué distraerme para que un Hombre Gris cayera sobre mí a hurtadillas?

Lanfear lo miraba con cautela.

—No utilizo los servicios de los Sin Alma. Te dije que existen… diferencias entre los Elegidos. Por lo visto me equivoqué en un día en mis cálculos, pero todavía hay tiempo para que vengas conmigo. A aprender. A vivir. Esa espada… —resopló casi con sorna—. No sabes ni la décima parte de lo que puedes hacer. Ven conmigo, y aprende. ¿O es que tienes intención de intentar matarme ahora? Te liberé para que te defendieras.

El timbre de su voz, su actitud, ponían de manifiesto que esperaba un ataque o, al menos, que estaba preparada para responder a él, pero no fue eso lo que detuvo a Rand, como tampoco el que ella hubiera roto las ataduras. Era uno de los Renegados; había servido al mal durante tanto tiempo que a su lado una hermana Negra parecía un recién nacido. No obstante, era una mujer. Rand se llamó a sí mismo estúpido de doce maneras diferentes, pero era incapaz de hacerlo. Tal vez si ella intentara matarlo, aunque sólo tal vez. Pero Lanfear se limitaba a estar allí plantada, observando, esperando. Sin duda lista para hacer cosas con el Poder que él ni siquiera sabía que fueran posibles, en caso de que intentara sorprenderla. Rand había conseguido aislar a Elayne y a Egwene, pero aquello había sido una de esas cosas que realizaba sin pensar, como si fuera algo que tuviera olvidado en algún rincón de su mente. Y sólo recordaba lo que había hecho, no cómo. Por lo menos estaba conectado con el *Saidin*; Lanfear no volvería a sorprenderlo de ese modo. La náusea en el estómago por la contaminación no importaba; el *Saidin* era vida, tal vez en más de un sentido.

Una repentina idea afloró a su mente, abrasadora como una fuente termal. Los Aiel. Hasta para un Hombre Gris habría sido de todo punto imposible escabullirse a través de unas puertas guardadas por media docena de Aiel.

—¿Qué les hiciste? —demandó con voz rechinante mientras retrocedía hacia la puerta sin quitar ojo a la mujer. Si utilizaba el Poder a lo mejor captaba algo que lo pusiera sobre aviso—. ¿Qué les hiciste a los Aiel que estaban de guardia?

—Nada —replicó fríamente—. No salgas ahí fuera. Esto podría ser una prueba para ver hasta qué punto eres vulnerable, pero hasta una prueba te mataría si actúas como un necio.

Rand abrió de golpe la hoja izquierda de la puerta y se encontró con una escena dantesca.

10



La Ciudadela resiste

A los pies de Rand yacían los cuerpos de los Aiel, enredados con los cadáveres de tres hombres de aspecto corriente vestidos con chaquetas y calzones anodinos. Hombres de aspecto corriente, excepto que seis Aiel, toda la guardia, habían sido asesinados, algunos evidentemente antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba, y que cada uno de esos hombres corrientes tenía como mínimo dos lanzas Aiel ensartadas.

Pero eso no era todo, ni mucho menos. Nada más abrir la puerta lo asaltó el estruendo de la batalla: gritos, aullidos, el choque metálico de armas entre las columnas de piedra roja. Los Defensores de la antesala estaban luchando a vida o muerte bajo las lámparas doradas contra figuras corpulentas embutidas en cotas de malla negras, figuras mucho más altas que ellos, como hombres gigantescos pero con rostros deformes de los que crecían cuernos o plumas, con hocicos o picos en lugar de boca y nariz. Trollocs. Muchos caminaban sobre garras o pezuñas y otros sobre pies calzados con botas. Mataban a los hombres con extrañas hachas, lanzas con la punta retorcida y espadas semejantes a cimitarras con la parte curvada al lado contrario. Y con ellos estaba un Myrddraal, un ser de apariencia humana pero con la piel tan blanca como la de un cadáver, vestido con una armadura negra.

En alguna parte de la Ciudadela resonó el toque de alarma de un gong y al momento cesó con letal instantaneidad. Otro lo reemplazó, y lo secundó otro, y otro más, con tañidos estrepitosos.

Los Defensores luchaban y todavía superaban en número a los trollocs, pero había más hombres muertos que monstruos. Rand vio cómo el Myrddraal arrancaba la mitad del rostro al capitán teariano con la mano desnuda mientras que con la otra atravesaba con una mortífera hoja negra la garganta de un Defensor y esquivaba las arremetidas de las lanzas de los otros Defensores como una serpiente. Los soldados tearianos se enfrentaban a lo que creían que sólo eran historias de viajeros para asustar a los niños; estaban a punto de dejarse vencer por el pánico. Un hombre que había perdido su yelmo tiró la lanza e intentó huir, pero la enorme hacha de un trolloc le hendió la cabeza como un melón. Entonces otro de los soldados miró al Myrddraal y salió corriendo lanzando alaridos. El Myrddraal se movió, sinuoso y veloz como un

relámpago, para interceptarlo. Dentro de un momento todos los hombres saldrían huyendo.

—¡Fado! —gritó Rand—. ¡Inténtalo conmigo, Fado!

El Myrddraal se paró como si no se hubiera movido del sitio y su rostro lívido, carente de ojos, se volvió hacia él. Una oleada de miedo acosó a Rand bajo aquella mirada y resbaló sobre la burbuja de fría calma que lo envolvía cuando estaba en contacto con el *Saidin*; en las Tierras Fronterizas decían: «La mirada de los Seres de Cuencas Vacías es puro terror». Hubo un tiempo en que creyó que los Fados cabalgaban a lomos de las sombras como si éstas fueran caballos y que se esfumaban cuando cambiaban de dirección. Esas extrañas creencias no andaban muy desencaminadas.

El Myrddraal se deslizó hacia él, y Rand saltó por encima de los cadáveres apilados a la puerta para hacerle frente; sus botas resbalaron en la sangre al tocar el suelo de negro mármol.

—¡Todos por la Ciudadela! —gritó mientras saltaba—. ¡La Ciudadela resiste! —Eran los gritos de guerra que había oído la noche en que la Ciudadela no resistió.

Creyó escuchar un insultante grito, «¡Necio!», procedente del dormitorio, pero no tenía tiempo para preocuparse por Lanfear ni por lo que la mujer hiciera. El resbalón estuvo a punto de costarle la vida; la espada reluciente apenas si desvió la negra del Myrddraal cuando el joven todavía luchaba para recuperar el equilibrio.

—¡Por la Ciudadela! ¡La Ciudadela resiste! —Tenía que mantener unidos a los Defensores o en caso contrario se encontraría luchando solo contra el Fado y veinte trollocs—. ¡La Ciudadela resiste!

—¡La Ciudadela resiste! —oyó que alguien le hacía eco, y después llegaron otros—: ¡La Ciudadela resiste!

El Fado se movía con la rápida gracilidad de una serpiente, ilusión que reforzaban las láminas superpuestas en el peto de la armadura negra. Empero, ni siquiera una víbora atacaba tan rápido. Durante un tiempo Rand tuvo que emplearse a fondo para que la hoja negra no alcanzara su desprotegido cuerpo. Aquel metal oscuro ocasionaba heridas que se infestaban y que eran casi tan difíciles de curar como la que ahora martirizaba su costado. Cada vez que el negro metal forjado en Thakan'dar, en las entrañas de Shayol Ghul, chocaba con la hoja amarillo rojiza forjada con el Poder, saltaban destellos como relámpagos que iluminaban la antesala, un fogonazo blanco azulado que hacía daño a los ojos.

—Esta vez morirás —le dijo el Myrddraal con aquella voz rasposa que semejaba hojas secas quebrándose—. Entregaré tu cuerpo a los trollocs para que lo devoren y tomaré a tus mujeres para mí.

Rand luchaba con tanta frialdad como siempre, y con idéntica desesperación. El Fado sabía cómo utilizar una espada. Entonces surgió la ocasión de golpear

directamente a la espada enemiga, no sólo desviarla. La hoja reluciente hendió la negra con un siseo semejante al del hielo al caer sobre metal al rojo vivo. Su siguiente arremetida separó aquella cabeza sin ojos de los hombros; el impacto del golpe al hender hueso repercutió en sus brazos. Del cuello decapitado brotó un surtidor de sangre negra. Aun así, el ser no se desplomó. La figura descabezada avanzó a trompicones asestando estocadas al azar.

En el momento en que la cabeza del Myrddraal rodó por el suelo, también cayeron los restantes trollocs, aullando, pateando y dándose tirones a la cabeza con sus peludas manos. Era el punto débil de los Myrddraal y los trollocs. Puesto que los Fados no se fiaban de estas criaturas, a menudo las vinculaban a ellos de algún modo que Rand no entendía y que aparentemente aseguraban la lealtad de los trollocs; pero los que estaban vinculados a un Myrddraal no sobrevivían mucho a la muerte de éste.

Los Defensores que seguían en pie, menos de dos docenas, no esperaron. De dos en dos o de tres en tres se lanzaron sobre los trollocs y los ensartaron repetidamente con las lanzas hasta que dejaron de moverse. Algunos de ellos derribaron al Myrddraal, pero el ser siguió agitándose por mucho que le hincaran las lanzas. Al cesar los aullidos de los trollocs se oyeron los gemidos y los sollozos de los hombres heridos. Seguía habiendo más soldados humanos que Engendros de la Sombra caídos en el suelo. El mármol negro estaba resbaladizo por la sangre, casi invisible sobre la oscura piedra.

—Dejadlo —les dijo Rand a los Defensores que intentaban rematar al Myrddraal —. Ya está muerto. Si se mueve es porque los Fados se resisten a admitir la derrota. —Lan se lo había explicado hacía… Le pareció que había sido mucho tiempo atrás. Ésta no era la primera vez que veía la reacción de un Myrddraal al morir—. Ocupaos de los heridos.

Los soldados contemplaron un momento más la figura decapitada que seguía retorciéndose a pesar de que el torso estaba cosido a lanzadas; estremecidos, se apartaron al tiempo que mascullaban algo sobre los Perseguidores. Así llamaban a los Fados en Tear, en los cuentos pensados para niños. Algunos empezaron a buscar supervivientes entre los hombres caídos; a los que no estaban en condiciones de sostenerse por su propio pie los apartaban a un lado, y ayudaban a levantarse a los que estaban en condiciones de hacerlo. Muchos, demasiados, quedaron tendidos donde estaban. Por el momento lo único que podía hacerse por los heridos era un rápido vendaje con tiras de sus propias camisas ensangrentadas.

Los tearianos habían perdido su apariencia gallarda; los petos y espaldares de sus armaduras ya no brillaban, y presentaban abolladuras y rasponazos; los bonitos uniformes negros y dorados parecían andrajos, desgarrados y manchados de sangre. Algunos habían perdido el yelmo, y no pocos se apoyaban en las lanzas como si fuera lo único que los sostenía de pie; y tal vez lo era. Respiraban entre jadeos, y la

expresión de sus rostros era esa mezcla de puro miedo y ciega insensibilidad que afecta a los hombres en la batalla. Miraban a Rand con nerviosismo, ojeadas huidizas y temerosas, como si hubiera sido él el que había hecho aparecer a estas criaturas de la Llaga.

—Limpiad las puntas de las lanzas —les dijo—. La sangre de un Fado corroe el acero como si fuera ácido si se la deja actuar el tiempo suficiente.

Los soldados obedecieron lentamente, de mala gana, utilizando lo que tenían a mano: las mangas de las chaquetas de sus compañeros muertos.

El sonido de más combates llegaba por los pasillos; gritos distantes, el apagado choque metálico de las armas. Lo habían obedecido en dos ocasiones, y era el momento de comprobar si lo hacían otra vez. Les dio la espalda y miró a través de la antesala en la dirección de donde procedía el ruido de la batalla.

—Seguidme —ordenó. Levantó la espada de fuego para recordarles quién era, confiando en que ese recordatorio no indujera a alguno a clavarle la lanza en la espalda, pero tenía que correr el riesgo—. ¡La Ciudadela resiste! ¡Por la Ciudadela!

Durante unos segundos sus pasos resonantes fueron los únicos que se oyeron en la estancia de las columnas; después, más pisadas se sumaron a su espalda.

—¡Por la Ciudadela! —gritó un soldado.

—¡Por la Ciudadela y por el lord Dragón! —añadió otro.

—¡Por la Ciudadela y por el lord Dragón! —corearon más voces.

Rand apretó el paso hasta convertirlo en trote y condujo a su ensangrentada tropa de veintitrés hombres hacia la parte inferior de la Ciudadela.

El joven se preguntó dónde estaría Lanfear y qué papel había jugado en esto, pero no tuvo mucho tiempo para perderse en elucubraciones. Empezaron a encontrar cadáveres por los pasillos de la fortaleza tendidos en charcos de su propia sangre, uno aquí, dos o tres un poco más adelante; Defensores, sirvientes, Aiel. También había mujeres, nobles con camisones de lino y criadas con ropas de lana por igual, que habían encontrado la muerte mientras huían. A los trollocs les daba igual a quién mataban, y además disfrutaban con ello. Y los Myrddraal eran aun peores; los Semihombres se recreaban infligiendo dolor y muerte.

Más abajo de la fortaleza, la Ciudadela de Tear era un hervidero. Grupos de trollocs corrían desmandados por los pasillos, a veces dirigidos por un Myrddraal y a veces solos, luchando contra Aiel o Defensores, asesinando a los desarmados, persiguiendo a otros a los que matar. Rand condujo a su reducida tropa contra cualquier Engendro de la Sombra que se cruzaba en su camino; su espada hendía con igual facilidad carne y cotas de malla negras. Sólo los Aiel se enfrentaban a un Fado sin encogerse; los Aiel y Rand. El joven pasaba de largo a los trollocs para llegar a los Fados; en ocasiones el Myrddraal de turno arrastraba a una o dos docenas de trollocs a la muerte con él, y otras veces, ninguno.

Algunos Defensores de su tropa cayeron para ya no levantarse nunca, pero se les unieron Aiel y su número casi se duplicó. Grupos de hombres se dividían en feroces combates que se alejaban en la distancia levantando un estruendo de gritos y estrépito metálico que recordaba una forja en la que todos se hubieran vuelto locos. Otros hombres se sumaron al grupo de Rand, se separaron, fueron reemplazados, y así hasta que no quedó ninguno de los que habían empezado con él. De vez en cuando luchaba solo o corría por un pasillo que estaba vacío a excepción de él y los muertos, siguiendo el sonido de combates distantes.

En una ocasión en que estaba acompañado por dos Defensores en una galería de columnas que se asomaba a un amplio vestíbulo con muchas puertas vio a Moraine y a Lan rodeados de trollocs. La Aes Sedai aguantaba firme, con la cabeza erguida como una reina de fábula, y las criaturas bestiales estallaban en llamas a su alrededor, aunque enseguida las reemplazaban otras que entraban en tropel por una u otra puerta. La espada de Lan daba cuenta de los trollocs que escapaban al fuego de Moraine. El Guardián tenía sangre en ambos lados de la cara, pero se movía entre las bestias con tanta frialdad como si estuviera practicando delante de un espejo. Entonces uno de los trollocs de hocico lobuno arremetió con una lanza teariana contra la espalda de Moraine. Lan giró sobre sí mismo, como si tuviera ojos en la nuca, y seccionó por la rodilla la pierna del trolloc. El ser cayó, aullando de dolor, pero se las compuso para asestar un lanzazo al Guardián en el mismo momento en que otro trolloc descargaba torpemente un golpe con la parte plana del hacha en la cabeza de Lan, cuyas rodillas se doblaron por el impacto.

Rand no pudo hacer nada porque en ese instante cinco trollocs cayeron sobre él y sus dos compañeros como una pesadilla de hocicos, colmillos de jabalí y cuernos de carnero que los sacó de la galería por el simple empuje de su embestida. Cinco trollocs no habrían tenido mucha dificultad para acabar con tres hombres, excepto porque uno de ellos era Rand y blandía una espada que cortaba sus cotas de malla como si fueran de paño. Uno de los Defensores murió y el otro desapareció en pos de un trolloc herido, el único superviviente de los cinco. Cuando Rand regresó presuroso a la galería percibió un fuerte hedor a carne quemada procedente del piso inferior; en el suelo había muchos cadáveres calcinados, pero ni rastro de Moraine o de Lan.

Así se dirimía la contienda por la Ciudadela; o por la vida de Rand. Las luchas estallaban en un punto y se desplazaban hacia otro sitio o finalizaban cuando uno de los bandos era derrotado. Los hombres no combatían únicamente contra trollocs y Myrddraal; también lo hacían contra otros hombres. Había Amigos Siniestros entre las filas de los Engendros de la Sombra, unos tipos vestidos con ropas toscas que tenían pinta de antiguos soldados y de camorristas de taberna. Parecían tan atemorizados por los trollocs como los propios tearianos, pero mataban tan indiscriminadamente como ellos allí donde se les presentaba la oportunidad. De

hecho, en dos ocasiones Rand vio trollocs luchando contra trollocs; la única explicación que se le ocurrió era que los Myrddraal habían perdido el control sobre ellos y su naturaleza sanguinaria había prevalecido sobre todo lo demás. Que se mataran si querían; él no iba a impedírselo.

Entonces, solo de nuevo, giró en una esquina y se dio de bruces con tres trollocs tan corpulentos como él pero mucho más altos. Uno de ellos, que tenía un pico de águila sobresaliendo de un rostro por lo demás humano, estaba cortando un brazo al cadáver de una noble teariana mientras que los otros dos lo observaban anhelantes, lamiéndose los hocicos. Los trollocs comían cualquier cosa mientras fuera carne. El encuentro sorprendió a Rand tanto como a ellos, pero el joven fue el primero en reaccionar.

El del pico de águila se desplomó con un corte transversal que abría cota de malla y músculos por igual. La maniobra de esgrima llamada *El lagarto en el espino* tendría que haber dado buena cuenta de los otros dos, pero Rand se tambaleó cuando el primer trolloc caído, en una de sus sacudidas, le dio un golpe en el pie que le hizo perder el equilibrio, y la espada sólo hendió la cota de malla de un adversario; el traspié lo puso justo en el camino del trolloc moribundo cuyo hocico lobuno chascó en el aire al lanzarle una dentellada. El monstruoso ser lo arrastró en su caída y lo aplastó contra las baldosas con el peso de su corpachón, inmovilizando la espada y el brazo con el que la manejaba. El que seguía de pie levantó el hacha al tiempo que una mueca maligna dejaba a la vista sus colmillos de jabalí. Rand bregó desesperadamente para moverse, para poder respirar.

Una espada curvada hendió el hocico del trolloc del hacha y se hundió hasta la garganta.

El trolloc que había aparecido tan de improviso forcejeó para sacar el arma y le gruñó enseñando los dientes de cabra y agitando las orejas bajo los cuernos. Entonces se marchó corriendo; las pezuñas repicaron sobre las baldosas.

Rand salió trabajosamente de debajo del peso muerto del trolloc, medio atontado. «Me ha salvado un trolloc. ¡Un trolloc!» La sangre de las bestias, densa y oscura, lo cubría. Al fondo del largo pasillo, en dirección contraria por la que había huido el trolloc cabruno, saltaron destellos blanco azulados al aparecer dos Fados que luchaban entre sí en un vertiginoso remolino de acometidas y paradas. Uno retrocedió hacia un corredor lateral obligado por el violento ataque del otro, y la relampagueante luz se perdió de vista. «Me he vuelto loco. Tiene que ser eso. Estoy loco y esto sólo es producto de mi mente delirante.»

—Pusiste todo en peligro al lanzarte ciegamente a la batalla con esa… esa espada.

Rand se volvió hacia Lanfear. De nuevo su aspecto era el de una muchachita de la misma edad que él o incluso más joven. Se recogió el repulgo de la blanca falda para pasar por encima del cuerpo descuartizado de la noble teariana; por la impasibilidad

de su semblante habríase dicho que saltaba sobre un tronco caído.

—Construyes un chozo pudiendo tener palacios de mármol con sólo chascar los dedos —continuó—. Estaba en tus manos apoderarte de las vidas y las almas de los trollocs sin apenas esfuerzo y, en cambio, ha faltado poco para que te maten. Tienes que aprender. Únete a mí.

—¿Esto fue obra tuya? —demandó—. Lo del trolloc que me salvó la vida, lo de los Myrddraal luchando entre sí, ¿has sido tú?

Lanfear lo observó un instante antes de sacudir ligeramente la cabeza, como lamentándolo.

—Si reconozco que te he ayudado esperarás que lo haga de nuevo, y tal cosa no sólo sería un error flagrante, sino mortífero. Ninguno de los otros sabe con certeza de qué lado estoy, y me gusta que sea así. No esperes que te preste ayuda abiertamente.

—¿Que no espere tu ayuda? —bramó—. Quieres que me entregue a la Sombra. No conseguirás que olvide lo que eres con palabras amables. —Encauzó el Poder y la mujer se estrelló contra una pared con bastante fuerza para hacerle soltar un gemido. La mantuvo allí, con los brazos en cruz contra un tapiz que representaba una escena de caza, a varios centímetros del suelo y con el vestido extendido y estirado. ¿Cómo había aislado a Egwene y a Elayne? Tenía que recordarlo.

De repente salió lanzado por el aire y fue a estrellarse contra la pared opuesta a la que estaba Lanfear, aplastado como un insecto por algo que casi le cortaba la respiración.

La mujer no parecía tener problemas en ese sentido.

—Cualquier cosa que hagas, Lews Therin, también la hago yo. Y mejor. —A pesar de estar atrapada contra la pared se mostraba impertérrita. La algarabía de un combate sonó en alguna parte, cerca, y después se perdió en la distancia—. Utilizas la mitad de la más pequeña fracción de tu capacidad real, y te apartas de lo que te permitiría aplastar a todos cuantos se te opusieran. ¿Dónde está *Callandor*, Lews Therin? ¿Sigue en tu dormitorio, como un adorno inútil? ¿Crees que tu mano es la única que puede blandirla ahora que has roto el escudo que la hacía inaccesible a los demás? Si es Sammael el que está aquí, la tomará y la utilizará contra ti. Hasta Moghedien la cogería para impedirte usarla; sería muy provechoso para ella negociar su entrega con cualquiera de los varones Elegidos.

Rand se debatía contra lo que quiera que lo tenía inmovilizado, pero sólo conseguía girar la cabeza a uno y otro lado. Imaginar a *Callandor* en manos de uno de los Renegados lo volvía medio loco de miedo y frustración. Encauzó de nuevo en un intento de romper las ataduras que lo sujetaban, pero fue en vano. Y entonces, de repente, desaparecieron; Rand salió lanzado hacia adelante, todavía forcejeando, antes de darse cuenta de que estaba libre. Y no como consecuencia de nada que hubiera hecho él.

Miró a Lanfear. Seguía colgada allí, tan tranquila y apacible como si estuviera tomando el aire en la orilla de un río. Obviamente su intención era engatusarlo, convencerlo, ablandarlo. Rand no estaba seguro de qué hacer con los flujos que la sujetaban. Si los ataba y la dejaba allí, era muy capaz de echar abajo media Ciudadela intentando liberarse; eso si algún trolloc no la mataba antes creyendo que era una mujer de la fortaleza. Tal posibilidad no tendría que desasosegarlo —al fin y al cabo, sería la muerte de uno de los Renegados—, pero la idea de abandonar a una mujer, o a cualquier persona, indefensa a la brutalidad de los trollocs le repugnaba. Una ojeada a su calma imperturbable acabó con sus dudas; nadie ni nada le haría daño mientras pudiera encauzar. Si encontrara a Moraine para que la aislara…

De nuevo fue Lanfear quien decidió por él. El impacto de los flujos al partirse lo sacudió brutalmente; la mujer descendió suavemente al suelo y se apartó de la pared al tiempo que se arreglaba los pliegues de la falda con absoluta tranquilidad. Rand no daba crédito a sus ojos.

—No puedes hacer eso —exclamó tontamente, y ella sonrió.

—No necesito ver un flujo para desenredarlo siempre y cuando sepa qué es y dónde está. ¿Te das cuenta? Tienes mucho que aprender. Pero me gustas así. Siempre fuiste demasiado porfiado y seguro de ti mismo para sentirme cómoda a tu lado. Era mejor cuando te mostrabas algo inseguro. Entonces ¿te olvidas de *Callandor*?

Rand seguía vacilando. Allí había un Renegado y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Se volvió y corrió en busca de *Callandor*. La risa de Lanfear lo siguió pasillo adelante.

Esta vez no se desvió para combatir contra trollocs o Myrddraal ni aminoró la marcha mientras subía a los pisos altos de la Ciudadela a menos que le salieran al paso. En tales casos su espada de fuego despejaba su camino. Vio a Perrin y a Faile, él con el hacha y ella guardándole la espalda con sus cuchillos; los trollocs se mostraban igualmente reacios a enfrentarse a los ojos amarillos del joven como a la gran hoja del hacha que manejaba. Rand los dejó atrás sin dedicarles más de una mirada; si uno de los Renegados cogía a *Callandor* ninguno de ellos viviría para ver el siguiente amanecer.

Falto de respiración atravesó la antesala de columnas saltando por encima de los cadáveres de Defensores y trollocs que seguían tirados en el suelo en su afán por llegar hasta *Callandor*. Abrió de un empellón las puertas. La Espada que no es una Espada se encontraba en su soporte dorado e incrustado de joyas, reflectando los rayos del sol poniente. Esperándolo.

Ahora que la tenía a la vista, a salvo, era reacio a tocarla. La había utilizado una sola vez con el propósito para el que había sido creada. Sabía lo que le esperaba cuando volviera a cogerla, a usarla para absorber el Poder de la Fuente Verdadera hasta unos límites que ningún ser humano podría alcanzar por sí mismo. Le costó un

esfuerzo ímprobo abandonar la espada de fuego; cuando desapareció estuvo a punto de hacerla materializarse otra vez.

Rodeó el cadáver del Hombre Gris arrastrando los pies, y puso las manos sobre la empuñadura de *Callandor* lentamente. Estaba fría, como un cristal que llevara mucho tiempo en la oscuridad, pero no tenía tan suave el tacto como para que los dedos resbalaran sobre ella.

Algo lo hizo levantar la vista. En la puerta había un Fado, indeciso, con las cuencas vacías prendidas en *Callandor*.

Rand absorbió el *Saidin* a través de *Callandor*. La Espada que no es una Espada refulgió fieramente en sus manos como si éstas sostuvieran la luz de mediodía. El poder lo hinchió penetrando en él como un rayo demoledor. La infección recorrió su cuerpo como una negra oleada; por sus venas corría lava ardiente; el frío de su interior habría congelado el sol. Tenía que usarlo o reventaría como un melón podrido.

El Myrddraal dio media vuelta, dispuesto a huir, y súbitamente las ropas negras y la armadura cayeron al suelo; únicamente quedaron motitas flotando en el aire.

Rand ni siquiera fue consciente de haber encauzado hasta que todo hubo acabado; habría sido incapaz de decir lo que había hecho aunque en ello le fuera la vida. Pero nada lo amenazaría mientras sostuviera a *Callandor* en sus manos. El Poder palpitaba dentro de él como el latido del mundo. Con *Callandor* en sus manos cualquier cosa era posible. El Poder lo martilleaba con la fuerza de un mazo que demolería montañas. Un hilo de la energía encauzada barrió de un soplo los restos flotantes del Myrddraal así como las ropas y la armadura hacia el centro de la antesala; un hililo de flujo incineró ambas cosas. Salió del dormitorio para dar caza a quienes habían venido a cazarlo a él.

Algunos habían llegado hasta la antesala. Otro Fado y un puñado de acobardados trollocs estaban plantados delante de las columnas al lado opuesto, contemplando fijamente las cenizas que flotaban en el aire, los últimos fragmentos del Myrddraal y su atuendo. Los trollocs aullaron como alimañas al ver a Rand con la relampagueante *Callandor* en sus manos. El Fado se quedó paralizado por la impresión. Rand no les dio ocasión de escapar; manteniendo deliberadamente el acompasado y lento ritmo de sus pasos hacia ellos, encauzó, y el fuego surgió del negro mármol bajo los Engendros de la Sombra tan abrasador que tuvo que levantar una mano para resguardarse la cara. Cuando llegó allí las llamas se habían consumido y en el mármol sólo quedaban unos círculos deslustrados.

Regresó a los pisos bajos de la Ciudadela, y todos los trollocs y Myrddraal que vio fueron consumidos por una llamarada. Los abrasó mientras luchaban con Aiel o tearianos y mataban sirvientes que intentaban defenderse con lanzas o espadas que habían cogido a los muertos. Los carbonizó mientras corrían, ya fuera en pos de más

víctimas o huyendo de él. Empezó a avanzar más deprisa, primero trotando y finalmente corriendo, y dejó atrás a los heridos, que a menudo yacían desatendidos, y dejó atrás a los muertos. No era bastante; no se movía suficientemente deprisa. A pesar de que mataba trollocs a puñados, seguían quedando más que continuaban asesinando en su afán por escapar.

Se frenó en seco en un ancho pasillo, rodeado de muertos. Tenía que hacer algo; algo más efectivo. El Poder se deslizaba por sus huesos, la pura esencia del fuego. Algo más. El Poder lo heló hasta la médula. Algo que los matara a todos a la vez, de golpe. La mácula del *Saidin* lo abrumó cual una montaña de restos putrefactos que amenazaba con enterrar su alma. Levantó a *Callandor* y bebió en la Fuente Verdadera, absorbió energía hasta que tuvo la impresión de que debería bramar gritos de fuego helado. Tenía que matarlos a todos.

Debajo del techo y justo por encima de su cabeza el aire empezó a girar más y más deprisa en un torbellino, arremolinándose en franjas rojas, negras y plateadas. Se espesó y se hundió hacia adentro, reduciéndose, comprimiéndose, aullando mientras giraba y se reducía más y más.

El sudor corría por el rostro de Rand, que lo miraba fijamente. No tenía ni idea de qué era, pero aquellos flujos incontables lo unían a la masa; era un peso que aumentaba a medida que esa *cosa* se retraía y comprimía sobre sí misma. El resplandor de *Callandor* seguía aumentando, demasiado brillante para mirarlo directamente; cerró los ojos, y la luz pareció abrasarle las pupilas a través de los párpados. El Poder fluía por él como un torrente inmensurable que amenazaba con arrastrarlo hacia el remolino. Tenía que soltarlo. Tenía que hacerlo. Se obligó a abrir los ojos, y fue como mirar todas las tormentas del mundo concentradas en una bola del tamaño de la cabeza de un trolloc. Tenía que…, tenía…

«Ahora.» La idea flotó como una risa restallante en el límite de su conciencia. Cortó los flujos que salían de él y soltó el remolino, que todavía rotaba y aullaba como un taladro perforando hueso. «Ahora.»

Y saltaron los rayos, relampagueando a lo largo del techo a izquierda y derecha cual riachuelos de plata. Un Myrddraal salió de un corredor lateral y, antes de que tuviera tiempo de dar otro paso, se precipitó sobre él una docena de llameantes descargas que lo hicieron saltar en pedazos. Los otros rayos continuaron desplazándose, desplegándose por cada bifurcación del corredor, reemplazados por más y más que brotaban del núcleo en fracciones de segundo.

Rand no tenía la más remota idea de lo que había hecho o cómo funcionaba. Sólo le quedaba aguantar allí, vibrando con el Poder que lo henchía, necesitando utilizarlo. Aunque lo destruyera. Percibía la muerte de trollocs y Myrddraal, sentía a los rayos descargarse y matar. Rand se sentía capaz de matarlos en todas partes, en cualquier rincón del mundo. Lo sabía. Con *Callandor* podía hacer cualquier cosa. Y supo con

igual certeza que intentarlo acabaría con su vida.

Los rayos perdieron intensidad y se apagaron con el último Engendro de la Sombra; la masa giratoria implosionó con el seco estampido de una onda de aire invertida. Pero *Callandor* continuaba resplandeciendo como el sol, y él se sacudía con la fuerza del Poder.

Moraine estaba allí, a una docena de pasos, mirándolo intensamente. Sus ropas estaban limpias y arregladas, cada pliegue de la falda de seda azul en su sitio, pero tenía el cabello despeinado. Parecía cansada… e impresionada.

—¿Cómo…? De no haberlo visto no habría creído posible lo que has hecho, Rand. —Lan apareció por el pasillo casi trotando, con la espada en la mano, el rostro ensangrentado, la chaqueta desgarrada. Sin quitar los ojos de Rand, Moraine levantó una mano y detuvo al Guardián a corta distancia de ella. Y a cierta distancia de Rand. Como si fuera demasiado peligroso para que incluso Lan se acercara a él—. ¿Estás… bien, Rand?

El joven apartó los ojos de la Aes Sedai con esfuerzo. Su mirada se detuvo en el cuerpo de una chiquilla de cabello oscuro, casi una niña, que yacía despatarrada en el suelo, boca arriba, con los ojos muy abiertos y fijos en el techo; la sangre oscurecía la pechera de su vestido. Tristemente, se inclinó para apartar los mechones de pelo caídos sobre la cara. «¡Luz, es una niña! Actué demasiado tarde. ¿Por qué no lo hice antes? ¡Es sólo una niña!»

—Me encargaré de que alguien se ocupe de ella, Rand —dijo Moraine suavemente—. Tú no puedes ayudarla ahora.

La mano que sostenía *Callandor* tembló tan violentamente que casi dejó escapar la espada.

—Con esto puedo hacer cualquier cosa. —Su voz le sonaba áspera, dura—. ¡Cualquier cosa!

—¡Rand! —El tono de Moraine era apremiante.

No quiso escucharla. El Poder estaba dentro de él. *Callandor* resplandecía, y él era el Poder. Encauzó la energía y dirigió los flujos hacia el cuerpo de la chiquilla, buscando, tanteando; la pequeña se incorporó de golpe, con una rigidez antinatural en los brazos y las piernas.

—¡Rand, no puedes hacer esto! ¡No!

«Aire. Necesita respirar.» El pecho de la niña empezó a subir y a bajar. «El corazón. Tiene que latir.» La sangre, ya oscura y espesa, manó de la herida del pecho. «¡Vive! ¡Vive, maldita sea! ¡No fue mi intención llegar demasiado tarde!» Sus ojos lo miraban vidriosos, sin vida. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Rand.

—¡Tiene que vivir! Cúrala, Moraine, yo no sé cómo hacerlo. ¡Cúrala!

—La muerte es irremediable, Rand. No eres el Creador.

Sin apartar la mirada de aquellos ojos muertos, Rand retiró lentamente los flujos.

El cuerpo se derrumbó, rígido. Un cadáver. Rand echó la cabeza hacia atrás y soltó un alarido salvaje, como un trolloc. Llamas trenzadas chisporrotearon contra paredes y techo al descargar su frustración y su pena.

Lenta, muy lentamente, soltó el *Saidin*, lo empujó lejos de sí; fue como retirar un peñasco, como renunciar a la vida. La fuerza abandonó su cuerpo junto con el Poder. Sin embargo, la infección permaneció cual una mácula que lo hundía con el peso de su oscuridad. Tuvo que plantar la punta de *Callandor* en las baldosas del suelo y apoyarse en ella para sostenerse en pie.

—¿Y los otros? —Le costaba trabajo hablar; le dolía la garganta—. Elayne, Perrin y los demás. ¿También actué demasiado tarde para ellos?

—No llegaste tarde —repuso Moraine, serena, pero no se acercó más. Lan parecía listo para plantarse de un salto ante ella—. No te culp…

—¿Están vivos? —preguntó a voz en grito Rand.

—Lo están —le aseguró la Aes Sedai.

Asintió con alivio. Procuraba no mirar el cadáver de la niña. Tres días retrasando una decisión para disfrutar de unos cuantos besos robados. Si hubiera actuado tres días antes… Pero había aprendido cosas en esos días que podría utilizar; si era capaz de hacerlas encajar. Todo parecía estar condicionado por ese «si». Al menos, no había sido demasiado tarde para sus amigos.

—¿Cómo entraron los trollocs? Dudo que escalaran las murallas como hicieron los Aiel, habiendo aún luz del sol. ¿Ha anochecido ya? —Sacudió la cabeza para despejar la bruma que lo embotaba—. Bah, no importa. Los trollocs. ¿Cómo entraron?

Fue Lan el que respondió.

—Ocho grandes barcazas de las que cargan grano amarraron en los muelles de la Ciudadela a última hora de la tarde. Por lo visto a nadie le llamó la atención que unas barcazas cargadas con trigo vinieran río abajo. —Su voz rebosaba cólera—. Ni por qué atracaban en la Ciudadela. Ni por qué las tripulaciones dejaron cerradas las escotillas hasta que el sol casi se había puesto. También llegó una caravana de treinta carretas, hará unas dos horas, que supuestamente traían cosas del campo pertenecientes a un noble u otro que regresa a la Ciudadela. Cuando las lonas se retiraron, las carretas también estaban llenas de Semihombres y de trollocs. Si entraron por algún otro sitio, no lo sé. Todavía.

Rand volvió a asentir, y el esfuerzo le dobló las rodillas. Al punto Lan estaba a su lado; pasó el brazo del joven por encima de sus hombros y lo sostuvo. Moraine tomó su rostro entre las manos. Una sensación de frío le recorrió todo el cuerpo; no el helor penetrante de una Curación completa, sino una especie de frescor que arrastraba el agotamiento a su paso. O casi todo el agotamiento. Algo quedó, como si hubiera estado el día entero trabajando con la azada en el campo de tabaco. Se retiró del

apoyo que ya no precisaba. Lan lo observó atentamente para ver si realmente podía sostenerse por sí mismo; o quizá porque el Guardián no estaba seguro de hasta qué punto era peligroso o hasta dónde llegaba su cordura.

—No te libré de todo el cansancio a propósito —explicó Moraine—. Necesitas dormir esta noche.

Dormir. Había demasiado que hacer para echarse a dormir. Sin embargo, asintió una vez más. No quería tenerla pegada a él como una sombra.

—Lanfear estuvo aquí —le dijo—. Esto no ha sido obra de ella. Me lo aseguró, y la creo. No parecéis sorprendida, Moraine. —¿La sorprendería la oferta de Lanfear? ¿La sorprendería algo?—. Estuvimos hablando. No intentó matarme ni yo a ella. Y vos no estáis sorprendida.

—Dudo que pudieras matarla. Todavía. —Sus oscuros ojos lanzaron un fugaz vistazo, apenas perceptible, a *Callandor*—. Sin ayuda, no. Y también dudo que ella intente matarte. Todavía. No sabemos gran cosa sobre los Renegados, y de Lanfear la que menos, pero sí sabemos que amó a Lews Therin Telamon. Decir que no corres peligro por ella sería decir demasiado. Hay muchas cosas con las que podría hacerte tanto daño como quitándote la vida, pero no creo que intente matarte mientras crea que puede recobrar a Lews Therin.

Lanfear lo quería. La Hija de la Noche, a quien las madres que sólo creían a medias en ella utilizaban para amedrentar a sus hijos. A él sí lo asustaba, desde luego. La idea casi lo hizo reír. Siempre se había sentido culpable por mirar a otra mujer que no fuera Egwene, y Egwene no lo quería, pero la heredera del trono de Andor quería besarlo, por lo menos, y una Renegada afirmaba que lo amaba. Era casi hilarante. Pero sólo casi. Lanfear parecía estar celosa de Elayne, esa remilgada de cabello pálido, como la había llamado. Era una locura. Todo era una locura.

—Mañana. —Empezó a alejarse de ellos.

—¿Mañana, qué? —preguntó Moraine.

—Mañana os diré lo que voy a hacer. —Parte de ello, desde luego. Imaginar la cara que pondría Moraine si le contaba todo le dio ganas de echarse a reír. Aunque tampoco él lo sabía todo. Aún. Sin saberlo, Lanfear le había proporcionado casi la última pieza del rompecabezas. Le quedaba dar un paso más, esa misma noche. La mano con la que sostenía a *Callandor* junto al costado tembló. Con ella podría hacer cualquier cosa. «Aún no estoy loco. No lo bastante para hacer eso»—. Hasta mañana. Que tengáis buena noche, si la Luz quiere.

Al día siguiente empezaría a soltar otra clase de relámpagos. Otros rayos que podrían salvarlo. O matarlo. Todavía no estaba loco.

11



Lo que está oculto

Egwene se encontraba en su cuarto, en camisón; respiró hondo y dejó el anillo de piedra junto al libro abierto, encima de la mesita de noche. Estaba completamente cubierto de puntos y vetas marrones, rojas y azules, y era un poco grande para llevarlo en el dedo. Parecía mal hecho, ya que el aro plano se hallaba retorcido de tal manera que, si se pasaba la yema del dedo a lo largo del borde, se daba la vuelta tanto a la parte interior como a la exterior antes de volver al punto donde se había empezado. Por imposible que pareciera, tenía sólo un canto. No había dejado el anillo allí porque existiera la posibilidad de que no lo lograra sin él o porque deseara fracasar. Tenía que intentarlo sin el anillo antes o después, o en caso contrario nunca pasaría de patalear en el agua cuando su meta era nadar. Éste era tan buen momento como cualquier otro. Ésa era la razón. Lo era.

El grueso volumen encuadernado en piel era *Viaje a Tarabon*, escrito por Eurian Romavni, de Kandor, hacía cincuenta y tres años según la fecha dada por el autor en la primera línea, pero en ese corto periodo no debía de haber ocurrido nada trascendente en Tanchico. Además, era el único libro que había encontrado que tuviera ilustraciones útiles. La mayoría de los libros sólo tenían retratos de reyes o interpretaciones imaginarias de batallas, realizadas por hombres que no las habían presenciado.

La oscuridad era completa al otro lado de las ventanas, pero las lámparas le proporcionaban suficiente luz. Una vela alta ardía en un candelabro dorado sobre la mesilla. Había ido a buscarla ella misma; no era aquélla una noche para mandar a una doncella que trajera una vela. Casi todos los criados estaban atendiendo a los heridos o llorando la muerte de sus seres queridos o recibiendo cuidados ellos mismos. Había habido demasiados heridos para tratarlos con la Curación, salvo a los que hubieran muerto de no utilizarla.

Elayne y Nynaeve aguardaban junto a unas sillas de respaldo alto pegadas a cada lado de la amplia cama; procuraban ocultar su ansiedad con más o menos éxito. Elayne simulaba una pasable actitud de majestuosa calma que quedaba menoscabada por el ceño fruncido y el gesto de morderse los labios cuando creía que Egwene no la

miraba. Nynaeve hacía un alarde de enérgica seguridad, la clase de actitud que hacía que uno se sintiera a gusto y reconfortado cuando estaba enfermo en la cama y lo arropaba, pero Egwene había aprendido a leer en sus ojos, y éstos decían que estaba asustada.

Aviendha estaba sentada en el suelo junto a la puerta, cruzada de piernas; sus ropas pardas y grises resaltaban llamativamente en contraste con el intenso color azul de la alfombra. En esta ocasión la Aiel llevaba el cuchillo de hoja larga a un costado y una aljaba con flechas al otro; sobre sus rodillas descansaban cuatro lanzas cortas. En el suelo, al alcance de su mano, estaba la rodela de cuero duro, encima de un estuche de cuero repujado, con correas para colgarlo a la espalda, y en el que guardaba su arco de hueso. Después de lo ocurrido esta noche, Egwene no la culpaba por querer ir armada. Ella misma habría querido tener un rayo presto para ser arrojado.

«Luz, ¿qué era lo que hizo Rand? Así lo ciegue la Luz. Me asustó tanto como los propios Fados o puede que incluso más. No es justo que tenga capacidad para hacer algo así mientras que yo ni siquiera veo los flujos de energía.»

Se subió a la cama y puso el libro de piel sobre sus rodillas; examinó el mapa impreso de Tanchico con el ceño fruncido. En realidad había pocas indicaciones de interés. Una docena de castillos que rodeaban el puerto y protegían la ciudad desde las tres penínsulas montañosas: la de Verana al este; la de Maseta en el centro, y la de Calpen, que era la más próxima al mar abierto. De ninguna utilidad. Varias plazas grandes, algunas áreas abiertas que parecían ser parques, y distintos monumentos erigidos en memoria de gobernantes convertidos en polvo desde hacía mucho. Todo inútil. Unos cuantos palacios y cosas de aspecto extraño, como por ejemplo el Gran Anfiteatro, en la península de Calpen. Sobre el mapa sólo era un anillo, pero maese Romavni lo describía como una construcción de gran tamaño con capacidad para miles de personas que acudían para presenciar carreras de caballos o espectáculos de fuegos artificiales creados por los Iluminadores. También había un Anfiteatro Real, en Maseta, más grande incluso que el Gran Anfiteatro; y un Anfiteatro de la Panarch, en Verana, un poco más pequeño. También estaba indicada la sede de la Corporación de Iluminadores. Nada de todo esto les servía. Y tampoco en el texto había nada útil.

—¿Estás segura de querer intentarlo sin el anillo? —preguntó Nynaeve en voz queda.

—Completamente —respondió Egwene con tanta calma como le fue posible, aunque tenía el estómago tan revuelto como cuando había visto al primer trolloc esa noche, sosteniendo a aquella pobre mujer por el pelo y degollándola como a un conejo; lo cierto era que los chillidos de la mujer sonaban como los de un gazapo cogido por las orejas. Matar al trolloc no le sirvió de nada; ya estaba muerta para entonces. Pero sus agudos gritos no se le iban de la cabeza a Egwene—. Si no

funciona, siempre me queda el recurso de intentarlo de nuevo con el anillo. —Se inclinó sobre la vela para hacerle una marca con la uña—. Despertadme cuando se haya consumido hasta aquí. ¡Luz, ojalá tuviéramos un reloj!

Elayne rió su comentario; un alegre trino que casi sonaba espontáneo.

—¿Un reloj aquí? Mi madre posee docenas de relojes, pero nunca oí que hubiera uno en un dormitorio.

—Bueno, pues mi padre tiene uno, el único que hay en todo el pueblo —rezongó Egwene—. Ojalá lo tuviera aquí ahora. ¿Creéis que la vela se habrá consumido hasta la señal en una hora? No quiero dormir más de ese tiempo, así que tenéis que despertarme tan pronto como la llama llegue a la marca. ¡No bien llegue!

—Lo haremos —le aseguró Elayne en tono tranquilizador—. Te lo prometo.

—El anillo de piedra —intervino inesperadamente Aviendha—. Puesto que no lo vas a usar tú, Egwene, ¿podría utilizarlo otra persona, alguna de nosotras, para acompañarte?

—No —musitó la joven. «Luz, ojalá vinieran todas conmigo»—. Pero gracias por pensarlo, de todos modos.

—¿Sólo lo puedes usar tú, Egwene? —preguntó la Aiel.

—Cualquiera de nosotras podría —contestó Nynaeve—, incluso tú, Aviendha. No es preciso que una mujer tenga capacidad de encauzar. Es suficiente con dormir con el anillo tocándote la piel. Pero no conocemos el *Tel'aran'rhiod* tan bien como Egwene, y tampoco sus reglas.

—Entiendo. —Aviendha asintió—. Una mujer puede cometer errores cuando no conoce los procedimientos, y sus errores pueden causar tanto su muerte como la de otros.

—Exacto —repuso Nynaeve—. El Mundo de los Sueños es un lugar peligroso. Eso sí que lo sabemos.

—Pero Egwene tendrá cuidado —añadió Elayne, dirigiéndose a Aviendha pero para que lo oyera Egwene—. Lo promete. Mirará en derredor, ¡con mucho cuidado!, y nada más.

Egwene estaba concentrada en el mapa. Tener cuidado. Si no hubiera guardado con tanto celo su anillo de piedra —lo consideraba suyo; la Antecámara de la Torre posiblemente disentiría, pero ignoraban que lo tuviera en su poder—, si hubiera estado dispuesta a que Elayne o Nynaeve lo utilizaran más de una o dos veces, ahora sabrían bastante para acompañarla. Empero, no era remordimiento por lo que evitaba mirarlas, sino porque no quería que vieran el miedo en sus ojos.

El *Tel'aran'rhiod*. El Mundo Invisible. El Mundo de los Sueños. No los sueños de la gente corriente, aunque a veces entraban fugazmente en él y experimentaban sueños que parecían tan reales como la vida misma. Y lo parecían porque lo eran. Lo que ocurría en el Mundo Invisible era real, aunque en un modo extraño. Nada de lo

que pasaba allí afectaba a lo que era —una puerta abierta en el Mundo de los Sueños seguiría estando cerrada en el mundo real; un árbol talado allí, aquí seguiría en pie— y, sin embargo, una mujer podía morir o ser neutralizada allí. «Extraño» era un término que distaba mucho de describirlo. En el Mundo Invisible el mundo entero estaba al alcance y puede que también otros mundos; cualquier lugar era accesible. O, al menos, lo era su reflejo en el Mundo de los Sueños. Allí, alguien que supiera cómo hacerlo podía leer el tejido del Entramado: pasado, presente y futuro. Un Soñador. No había habido Soñadoras en la Torre Blanca después de Corianin Nedeal, hacía casi quinientos años.

«Cuatrocientos setenta y tres años, para ser exactos —pensó Egwene—. ¿O son ya cuatrocientos setenta y cuatro? ¿Cuándo murió Corianin?» Si hubiera tenido ocasión de terminar su adiestramiento como novicia en la Torre y estudiar como Aceptada, tal vez ahora lo sabría. Y también muchas otras cosas más.

En la bolsita del *ter'angreal*, lo bastante pequeña para meterla en un bolsillo, Egwene guardaba una lista de los *ter'angreal* que las componentes del Ajah Negro habían robado cuando huyeron de la Torre. Las tres tenían una copia. Al lado de trece de aquellos *ter'angreal* robados se había escrito «aplicación desconocida» y «último estudio realizado por Corianin Nedeal». Pero, si Corianin Sedai no había sido capaz de descubrir su utilidad, Egwene conocía uno de sus usos: daban acceso al *Tel'aran'rhiod*; quizá no con tanta facilidad como con el anillo de piedra, y tal vez no sin encauzar, pero lo hacían.

Habían recuperado dos de Joiya y Amico. Uno era un disco de hierro de unos siete centímetros, con una prieta espiral en cada lado; el otro era una lámina del tamaño de su mano, con el aspecto de un trozo de ámbar claro pero tan dura como para rayar el acero, y con la figura de una mujer dormida tallada de algún modo en su interior. Amico había hablado sin reparos sobre ellos, y también lo hizo Joiya después de una sesión a solas con Moraine en su celda, de la que la Amiga Siniestra salió pálida y casi con un comportamiento cortés. Si se canalizaba un hilo de Energía en cualquiera de los dos *ter'angreal*, la persona se sumía en el sueño y luego en el *Tel'aran'rhiod*. Elayne había probado brevemente con los dos y había funcionado, aunque lo único que vio fue el interior de la Ciudadela y el Palacio Real de Caemlyn.

Egwene no quería que lo intentara por breve que fuera la visita, pero no a causa de los celos. Sin embargo, había sido incapaz de oponerse de manera convincente, pues temió que Elayne y Nynaeve captaran en su voz lo que trataba de ocultar: el miedo.

Haber recuperado dos significaba que todavía quedaban otros once en poder del Ajah Negro, y su oposición se basó en ese argumento, aunque sin extenderse en detalles. Once *ter'angreal* capaces de conducir a una mujer al *Tel'aran'rhiod*, y todos ellos en manos de las hermanas Negras. Cuando Elayne había hecho sus cortos viajes

al Mundo Invisible podría haberse encontrado al Ajah Negro esperándola o toparse con ellas antes de percatarse de su presencia. La idea le ponía un nudo en el estómago. ¿Y si estaban esperándola ahora? No lo creía muy probable. No obstante, aunque no fuera a propósito —¿cómo iban a saber que pensaba entrar allí?—, sí cabía la posibilidad de que estuvieran por casualidad. A una era capaz de hacerle frente, a menos que la cogiera por sorpresa, y no estaba dispuesta a que tal cosa ocurriera. Pero ¿y si aparecían dos o tres juntas? ¿O Liandrin y Rianna, Chesmal Emry y Jeane Caide y todas las demás al mismo tiempo?

Sin levantar los ojos del mapa, fruncido el entrecejo, se obligó a aflojar las manos que había apretado con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos. Lo ocurrido esta noche hacía que todo fuera urgente. Si los Engendros de la Sombra habían podido asaltar la Ciudadela, si una Renegada había aparecido de repente allí, Egwene no podía dejarse vencer por el miedo. Tenían que saber qué hacer, decidir adónde ir. Tenían que tener algo más que la vaga historia de Amico. Algo, cualquier cosa. Si hubiera podido descubrir dónde se encontraba encerrado Mazrim Taim o entrar de algún modo en los sueños de la Amyrlin y hablar con ella… A lo mejor hacer esas cosas estaban al alcance de una Soñadora, pero si era así ella no sabía cómo llevarlas a cabo. Tenía que conformarse con Tanchico.

—He de ir sola, Aviendha. No queda más remedio. —Creía que su voz había sonado tranquila y firme, pero Elayne le dio unos golpecitos en el hombro.

Egwene no sabía por qué seguía mirando el mapa con tanta intensidad. Lo conocía de memoria, de punta a rabo. Todo cuanto existía en este mundo existía en el Mundo de los Sueños, y, desde luego, a veces incluso más. Su punto de destino estaba decidido. Pasó las hojas del libro hasta llegar al único grabado que mostraba el interior de un edificio cuyo nombre aparecía en el mapa: el Palacio de la Panarch. Sería un grave inconveniente encontrarse en una habitación si no tenía idea de en qué parte de la ciudad estaba. De todos modos, puede que nada de esto sirviera de mucho. Rechazó tal idea de inmediato. Tenía que pensar que había alguna oportunidad.

El grabado mostraba una amplia habitación de techo alto. Un cordón unía entre sí varios postes de unos ochenta o noventa centímetros de altura y formaba una especie de barrera que impedía que nadie se acercara demasiado a los objetos expuestos en vitrinas y estuches abiertos que había a lo largo de las paredes. La mayoría de esas piezas expuestas no se apreciaban, salvo lo que había al otro extremo de la sala. El artista se había esmerado en dibujar con todo detalle el inmenso esqueleto que se erguía como si el resto de la criatura acabara de desaparecer. Tenía cuatro patas, de huesos macizos, pero por lo demás no se parecía a ningún animal que Egwene conociera. Para empezar, de pie debía de medir unos tres metros y medio, más del doble de alto que ella. El redondo cráneo, situado en un ángulo muy bajo respecto a los hombros, como el de un toro, parecía lo bastante amplio para que un niño cupiera

dentro, y en el dibujo parecía tener cuatro cuencas oculares. Este esqueleto diferenciaba la sala de todas las demás; era el centro de ella, sin lugar a duda, y no dejaba margen de error. Fuera lo que fuera. Si Eurian Romavni lo sabía, no lo había nombrado en estas páginas.

—Por cierto, ¿qué es una Panarch? —preguntó mientras dejaba a un lado el libro. Había estudiado el grabado una docena de veces—. Estos escritores parecen dar por sentado que uno tiene que saberlo ya.

—La Panarch de Tanchico tiene la misma autoridad que el rey —explicó Elayne como si recitara una lección—. Es la responsable de recaudar los impuestos, los aranceles y las tasas; y él, de que se gasten correctamente. Ella controla la Fuerza Civil y los tribunales de justicia, excepto el Tribunal Supremo, que es prerrogativa del rey. También lo es el ejército, por supuesto, excepto la Legión de la Panarch. Ella…

—En realidad no tenía interés en saberlo. —Egwene suspiró. Sólo lo había preguntado por decir algo, por demorar un poco más lo que tenía que hacer. La vela seguía quemándose; estaba perdiendo un tiempo precioso. Sabía cómo salir del sueño cuando quería, cómo despertarse por sí misma, pero el tiempo discurría de modo diferente en el Mundo de los Sueños, y era fácil despistarse—. Tan pronto como llegue a la marca, recordad —repitió, a lo que Elayne y Nynaeve musitaron de nuevo palabras de asentimiento.

Se recostó en los almohadones de plumas; al principio sus ojos se quedaron fijos en el techo, pintado como un cielo azul, con nubes y *Golondrina*s en vuelo, mirándolo sin ver.

Últimamente casi todos sus sueños eran muy desagradables. Rand aparecía en ellos, por supuesto. Tan alto como una montaña, caminando a través de una ciudad, aplastando edificios bajo sus pies mientras las personas, pequeñas como hormigas, gritaban y huían a todo correr. En otro estaba encadenado, y era él el que gritaba. O bien construía un muro, con él a un lado y al otro ella y Elayne y otros que no alcanzaba a distinguir. «Es preciso —decía mientras apilaba las piedras—. No dejaré que me detengas ahora.» No todas las pesadillas eran sobre Rand. También había soñado con los Aiel luchando entre sí, matándose unos a otros, y hasta arrojando lejos sus armas y echando a correr como si se hubieran vuelto locos. O Mat forcejeando con una seanchan que lo ataba con una cadena invisible. Con un lobo, aunque estaba segura de que era Perrin, luchando contra un hombre cuyo rostro cambiaba de manera constante. Con Galad, que se envolvía con un lienzo blanco, como si se estuviera amortajando él mismo; y Gawyn, cuyos ojos rebosaban dolor y odio. Y su madre sollozando. Eran ese tipo de sueños vívidos, los que sabía que significaban algo. Eran horribles, y no entendía el mensaje que guardaban. ¿Cómo pretendía, pues, encontrar algún significado o clave en el *Tel'aran'rhiod*? Pero no había otra alternativa. A no ser

la ignorancia, y eso no lo aceptaba.

Estaba tan agotada que, a despecho de su nerviosismo, quedarse dormida no fue un problema. No tuvo más que cerrar los ojos y respirar regular y profundamente. Enfocó su mente en la sala del Palacio de la Panarch y en el enorme esqueleto. Inhalar profunda, regularmente. Recordaba bien la sensación cuando utilizaba el anillo, el paso al *Tel'aran'rhiod*. Inhalar… profunda… regularmente.

Egwene retrocedió al tiempo que daba un respingo, llevándose la mano a la garganta. Así, de cerca, el esqueleto parecía aun más grande de lo que lo había imaginado, con los huesos blanquecinos y resecos. Estaba exactamente delante de él, por dentro del cordón, que era blanco, tan grueso como su muñeca y aparentemente de seda. No le cabía duda alguna de que esto era el *Tel'aran'rhiod*. Los detalles tenían la precisión de la realidad, incluso en las cosas atisbadas por el rabillo del ojo. El hecho de ser consciente de las diferencias entre éste y un sueño real bastaba para ratificar dónde se encontraba. Además, la sensación era… de ser lo correcto.

Se abrió al *Saidar*. Un arañazo en el meñique en el Mundo de los Sueños seguiría estando allí al despertar; y no habría despertar si recibía un golpe mortal con el Poder o incluso con una espada o un garrote, así que no tenía intención de ser vulnerable ni por un momento.

En lugar de su camisón, llevaba puesto algo mucho más parecido al atuendo de Aviendha, pero hecho con seda roja brocada; hasta las suaves botas, atadas a la rodilla, eran de flexible piel roja, más adecuada para guantes, con pespuntes dorados y puntillas. Se rió quedamente de sí misma. En el *Tel'aran'rhiod* las ropas que uno vestía eran como uno quería que fuesen. Por lo visto, parte de su mente quería estar preparada para moverse con rapidez, mientras que otra parte deseaba estar preparada para un baile. Pero no era adecuado. El color rojo se apagó en tonos grises y pardos; la chaqueta, los calzones y las botas se convirtieron en copias exactas de los de una Doncella. En realidad, tampoco era lo más indicado para una ciudad. Repentinamente, su atuendo era un calco de los vestidos que Faile llevaba siempre: oscuros, con faldas estrechas y abiertas, mangas largas y corpiño alto ajustado. «Es absurdo preocuparse por eso. Nadie va a verme salvo en sueños, y son pocos los sueños corrientes que llegan aquí. Daría igual si fuera desnuda.» Y desnuda se quedó de golpe. Su rostro enrojeció por la vergüenza; no hubo nadie que la viera desnuda como si estuviera en el baño antes de que hiciera reaparecer el oscuro vestido, pero se reprochó no haber recordado el efecto directo que tenía cualquier pensamiento allí, sobre todo cuando se estaba abrazando el Poder. Elayne y Nynaeve la consideraban una experta en esto. Sabía algunas de las reglas del Mundo Invisible, y también que existían cientos, miles más que ignoraba. Tendría que aprenderlas, de un modo u otro, si es que iba a ser la primera Soñadora en la Torre desde Corianin.

Observó con más detenimiento el enorme cráneo. Se había criado en un pueblo y conocía el aspecto de las osamentas de los animales. Después de todo, no eran cuatro cuencas oculares; dos parecían una especie de cuernos, a cada lado de donde había estado la nariz. Tal vez una clase de monstruoso jabalí, aunque la forma del cráneo no tenía el aspecto de este tipo de animales. Daba la impresión de ser antiguo, muy antiguo.

Con el Poder dentro de ella, podía percibir ese tipo de cosas. La habitual intensificación que experimentaban sus sentidos estaba presente, por supuesto. Veía minúsculas grietas en el dorado de los relieves de escayola del techo, quince metros más arriba, y el suave pulimento del blanco suelo. Grietas infinitesimales, invisibles en otras circunstancias, se extendían también a través de las baldosas.

Era una sala enorme, de unos doscientos pasos de largo y casi la mitad de ancho, con filas de finas columnas blancas, y con el cordón blanco extendiéndose a todo lo largo del perímetro excepto donde había puertas, con dobles arcos ojivales. Más cordones rodeaban soportes y expositores que contenían otras piezas en la parte central de la sala. Una ornamentada franja de minúsculos motivos cincelados perforaba las paredes un poco más abajo del techo y dejaba pasar abundante luz. Por lo visto, se había soñado en Tanchico cuando era de día.

«Una gran exposición de objetos de Eras muy antiguas, de la Era de Leyenda y más atrás, abierta para todos, incluso el pueblo llano, tres días al mes y los festivos», había escrito Eurian Romavni. Describía en términos ponderativos los valiosos *cuendillar*, seis piezas expuestas en una caja con los laterales de cristal que había en el centro de la sala, siempre vigilada por cuatro soldados de la guardia personal de la Panarch cuando estaba abierto al público, y se había extendido a lo largo de dos páginas refiriéndose a los huesos de bestias fabulosas «que jamás vieron vivas ojos humanos». Egwene localizó algunos de ellos. A un lado de la estancia estaba el esqueleto de algo que tenía cierto parecido con un oso, en el caso de que un oso tuviera dos dientes centrales tan largos como su antebrazo, y justo enfrente estaba el esqueleto de alguna bestia de cuatro patas con un cuello tan largo que el cráneo llegaba hasta la mitad de la pared. Había más repartidos a lo largo de las paredes de la sala, igualmente fantásticos. Todos ellos daban la sensación de ser tan antiguos como para hacer de la Ciudadela de Tear una construcción reciente. Se agachó para pasar por debajo del cordón y caminó a lo largo de la sala lentamente, mirando a un lado y a otro.

Una escultura de piedra muy desgastada, que representaba una mujer desnuda pero envuelta en los cabellos que le llegaban hasta los tobillos, en apariencia no parecía diferente de las otras que compartían el expositor, ninguna de ellas mayor de un palmo. Pero daba una sensación de suave calor que Egwene reconoció. Era un *angreal*, estaba segura; se preguntó por qué la Torre no había hecho algo para

recuperarla de la Panarch. Un collar finamente engastado y dos brazaletes de un metal oscuro y opaco, que ocupaban un soporte para ellos solos, le provocaron un escalofrío; percibía oscuridad y dolor asociados a ellos; un dolor muy, muy viejo, y agudo. Un objeto de plata de otro expositor, como una estrella de tres puntas dentro de un círculo, estaba hecho de un material que no conocía; era más blando que el metal, estaba arañado y abollado, pero era incluso más antiguo que los esqueletos. Desde diez pasos de distancia se percibía el orgullo y la vanidad que irradiaba.

Una de las cosas le resultó familiar, aunque no sabría decir por qué. Metida en un rincón de un expositor, como si quien la había puesto allí no hubiera estado seguro de si merecía la pena exhibirla, yacía la mitad superior de una figura tallada en algún tipo de brillante piedra blanca, una mujer que sostenía una esfera de cristal en la mano levantada, el rostro sereno y solemne, rebosante de sabia autoridad. De estar completa habría medido unos treinta centímetros. Pero ¿por qué le parecía tan familiar? Casi tenía la impresión de que la instaba a cogerla.

Hasta que los dedos de Egwene se cerraron sobre la estatuilla rota, la joven no fue consciente de haber saltado el cordón. «Qué estupidez, sin saber qué es», pensó, pero ya era tarde.

Nada más agarrarla, el Poder entró a raudales en ella, pasó a la estatuilla y después de vuelta a ella, una y otra vez. La esfera de cristal emitió pulsantes destellos esporádicos, espeluznantes; cada destello repercutía en su cerebro como si le clavaran agujas. La joven sollozó de dolor, soltó la figura y se llevó las manos a la cabeza.

La esfera de cristal se hizo añicos al caer la figurilla al suelo, y los pinchazos desaparecieron dejando únicamente un sordo recuerdo del dolor y una debilidad que le doblaba las rodillas. Apretó los ojos con fuerza para no ver la sala moviéndose. La figura tenía que ser un *ter'angreal*, pero ¿por qué le había hecho daño sólo por tocarlo? Tal vez era porque estaba roto; quizás, al estar incompleto, no podía hacer aquello para lo que había sido creado. No quería pensar siquiera para qué había servido; probar un *ter'angreal* era peligroso. Por lo menos ahora debía de estar roto y no ofrecer peligro. «¿Por qué parecía llamarme?»

La sensación de náusea pasó y abrió los ojos. La figura estaba de nuevo en el expositor, exactamente igual que cuando la había visto por primera vez, sin nada roto. En el *Tel'aran'rhiod* ocurrían cosas extrañas, pero esto era aún más raro. No había ido allí para entretenerse. Lo primero que tenía que hacer era encontrar la salida del Palacio de la Panarch. Pasó de nuevo por encima del cordón, y salió presurosa de la sala, procurando no correr.

El palacio estaba desierto, sin señales de vida. De vida humana, al menos. Unos peces de colores nadaban en grandes fuentes cuyos chorros cantaban alegremente en los patios rodeados de exquisitas columnatas y galerías cubiertas con delicada piedra tallada cual encaje de bolillos. En el agua flotaban nenúfares y otras flores blancas tan

grandes como platos. En el Mundo de los Sueños, un sitio era igual a como era en el, así llamado, mundo real. Excepto por la gente. En los pasillos había ornamentadas lámparas doradas, con los pabilos sin quemar, pero se percibía el olor a aceite en ellas. Los pies de la joven no levantaban ni una sola mota de polvo de las llamativas alfombras que sin duda no habían sido sacudidas nunca.

Una vez vio a otra persona caminando delante de ella, un hombre cubierto con una armadura dorada, y con un yelmo puntiagudo y también dorado, rematado por un penacho de plumas de garza blanca, cogido bajo el brazo.

—¿Aeldra? —llamó, sonriendo—. Aeldra, ven y mírame. Me han nombrado capitán de la Legión de la Panarch. ¿Aeldra?

Siguió caminando sin dejar de llamar y, de repente, desapareció. No era un Soñador. Ni siquiera alguien que utilizara un *ter'angreal* como su anillo de piedra o el disco de hierro de Amico. Sólo era un hombre cuyo sueño había tocado un lugar del que no era consciente, con peligros que ignoraba. Gente que moría de repente mientras dormía a menudo había entrado en sueños en el *Tel'aran'rhiod* y había encontrado la muerte de verdad allí. Éste ya estaba fuera, a salvo en un sueño corriente.

En Tear, la vela ardía junto al lecho. Se le estaba acabando el tiempo de permanencia en el *Tel'aran'rhiod*.

Apresuró el paso y llegó a unas puertas altas y talladas que conducían al exterior, a una amplia escalinata y a una gran plaza desierta. Tanchico se extendía en todas direcciones sobre altas colinas, edificios y más edificios blancos brillando bajo el sol, centenares de esbeltas torres y un número casi igual de cúpulas, algunas doradas. El Anfiteatro de la Panarch, un alto muro circular de piedra blanca, estaba a plena vista a poco más de quinientos metros de distancia, un poco más abajo que el palacio. El Palacio de la Panarch se erguía en la cumbre de una de las colinas más altas. Desde la parte superior de la escalinata tenía una visión panorámica; alcanzaba a ver el brillo de agua, hacia el oeste, ensenadas que la separaban de otras prolongaciones montañosas en las que se extendía el resto de la ciudad. Tanchico era más grande que Tear, puede que incluso más que Caemlyn.

Una gran extensión en la que buscar, y ni siquiera sabía qué. Algo que apuntara la presencia del Ajah Negro o algo que indicara alguna clase de peligro para Rand, si es que había lo uno o lo otro. De haber sido una verdadera Soñadora, adiestrada en el uso de su Talento, sin duda habría sabido qué buscar, cómo interpretar lo que veía. Pero no quedaba nadie que pudiera enseñarle. Se suponía que las Sabias Aiel sabían descifrar los sueños. Aviendha se había mostrado tan reacia a hablar sobre las Sabias que Egwene no había preguntado a ninguna otra Aiel. Tal vez una Sabia podría enseñarle. Si era capaz de encontrar una.

Dio un paso hacia la plaza y, de repente, se encontró en otro lugar.

Grandes agujas de piedra se alzaban a su alrededor en medio de un calor abrasador que resecaba la boca. El sol le quemaba a través del vestido, y la brisa que rozaba su rostro parecía venir de un horno. Unos árboles achaparrados salpicaban un paisaje en el que no crecía otro tipo de vegetación salvo unos pocos parches de dura hierba y plantas espinosas que le eran desconocidas. Sin embargo sí reconoció al león, aunque no había visto nunca uno en carne y hueso. Estaba tumbado en una grieta de las rocas, a menos de veinte pasos, moviendo perezosamente la cola rematada en un mechón negro; no la miraba a ella, sino a algo que había un centenar de pasos más allá. El enorme jabalí, cubierto de duras cerdas, hozaba y olisqueaba en la base de un arbusto espinoso, sin advertir la presencia de la Aiel que se aproximaba sigilosamente con una lanza presta para arrojar. Vestida como las Aiel de la Ciudadela, llevaba el *shoufa* alrededor de la cabeza, pero con la cara descubierta.

«El Yermo —pensó Egwene sin salir de su asombro—. ¡He saltado al Yermo de Aiel! ¿Cuándo aprenderé a tener cuidado con lo que pienso cuando estoy aquí?»

La Aiel se quedó paralizada. Sus ojos estaban prendidos ahora en Egwene, no en el jabalí. Si es que era un jabalí; su forma no parecía del todo correcta.

Egwene estaba convencida de que esta mujer no era una Sabia. Vestía como una Doncella; por lo que le habían contado, una Doncella Lancera que quisiera convertirse en Sabia tenía que «renunciar a la lanza». Tenía que ser una Aiel dormida que al soñar había entrado en el *Tel'aran'rhiod*, como el hombre de palacio. También él la habría visto si se hubiera dado media vuelta. Egwene cerró los ojos y se concentró en la imagen de Tanchico que conocía con todo detalle, el enorme esqueleto de la gran sala.

Cuando volvió a abrirlos, se encontró mirando los inmensos huesos. Esta vez se fijó en que estaban sujetos con alambre unos a otros. Con mucha habilidad, por cierto, ya que los alambres apenas se notaban. La media estatuilla con su esfera de cristal seguía en el rincón de su expositor. No volvió a acercarse a ella, como tampoco al collar y los brazaletes negros que irradiaban tanto dolor y sufrimiento. El *angreal*, la mujer de piedra, era toda una tentación. «¿Y qué vas a hacer con ella? ¡Luz, estás aquí para buscar, eso es todo! ¡Ponte a ello, mujer!», se recriminó para sus adentros.

Esta vez encontró enseguida la salida a la plaza. El tiempo transcurría de manera distinta allí; Elayne y Nynaeve la despertarían en cualquier momento, y ni siquiera había empezado. No podía perder ni un minuto más, y debía tener mucho cuidado con lo que pensaba de ahora en adelante. Se acabó dar vueltas al tema de la Sabias. Hasta el reproche hizo que fluctuaran las imágenes a su alrededor. «Piensa sólo en lo que haces», se dijo firmemente.

Echó a andar por la calle desierta a paso rápido, a veces trotando. Las calles sinuosas y pavimentadas subían y bajaban, torcían hacia uno y otro lado, vacías de

vida salvo las palomas de espalda verde y las grises gaviotas que levantaban el vuelo con fuertes aleteos cuando se aproximaba. ¿Por qué aves y no personas? Las moscas zumbaban en el aire, y vio cucarachas y escarabajos escabulléndose en las sombras. Un puñado de perros flacos, todos de distintos colores, cruzaron la calle al trote a lo lejos. ¿Por qué insectos? ¿Por qué perros?

Se obligó a centrarse de nuevo en lo que la había llevado allí. ¿Qué podría tomarse por una señal del Ajah Negro o del supuesto peligro para Rand, si es que existía? La mayoría de los edificios blancos estaban enlucidos, con la capa de yeso resquebrajada de manera que a menudo dejaba a la vista la madera ajada o el ladrillo marrón claro que había debajo. Sólo las torres y los grandes edificios, probablemente palacios, estaban construidos de piedra también blanca. Pero hasta la piedra tenía fisuras minúsculas, demasiado diminutas para que las percibiera el ojo humano; no obstante, merced al Poder ella sí las veía como finas telarañas que cubrían bóvedas y torres. Quizá significaba algo. O tal vez no.

Se llevó un sobresalto cuando un hombre cayó del cielo hacia la calle delante de ella, gritando. Egwene sólo tuvo tiempo de distinguir unos pantalones con pliegues de color blanco y un espeso bigote tapado con un velo transparente antes de que desapareciera, a un palmo del suelo. De haberse estrellado en el pavimento allí, en el *Tel'aran'rhiod*, lo habrían encontrado muerto en su cama.

«Supongo que tiene tan poco que ver en este asunto como las cucarachas», pensó.

A lo mejor era algo que había dentro de los edificios. Era una remota probabilidad, pero estaba lo bastante desesperada para intentarlo todo. O casi todo. El tiempo era su enemigo. ¿Cuánto le quedaría? Empezó a correr de puerta en puerta, asomando la cabeza en tiendas, posadas y casas.

Las mesas y los bancos de las tabernas aguardaban la llegada de clientes, bien colocadas, como las jarras de peltre con su brillo opaco y los platos en los estantes. Las tiendas se encontraban limpias como si el tendero acabara de abrir; sin embargo, las mesas de trabajo de un sastre estaban ocupadas con rollos de tela, tijeras e hilos; en una carnicería los ganchos colgaban vacíos y en los mostradores tampoco había carne. Si pasaba un dedo por cualquier parte no le quedaba el menor rastro de polvo en él; todo estaba tan limpio que hasta su madre habría dado el visto bueno.

En las calles más estrechas había casas, pequeños y sencillos edificios enlucidos de techos planos y sin ventanas a la calle, dispuestos para que las familias entraran y tomaran asiento en bancos frente a hogares apagados o alrededor de mesas estrechas de patas talladas, donde la mejor fuente o cuenco del ama de casa tenía un lugar de honor. En las perchas colgaban ropas; de los techos, cazuelas y ollas; en los bancos había herramientas e instrumentos de trabajo, aguardando.

Tuvo una corazonada y desanduvo sus pasos unas cuantas puertas más atrás sólo para echar otra ojeada a lo que era el hogar de una mujer en el mundo real. Las cosas

seguían casi igual, como antes. Pero sólo casi. El cuenco con rayas rojas que estaba antes sobre la mesa ahora era un jarrón estrecho de color azul; uno de los bancos sobre el que había un arnés roto y las herramientas para arreglarlo y que antes estaba cerca del hogar, ahora se encontraba junto a la puerta y encima tenía un cestillo de costura y un vestido de niño bordado.

«¿Por qué cambia? —se preguntó—. Claro que ¿por qué iba a seguir igual? ¡Luz, no entiendo nada!»

Al otro lado de la calle se alzaba un establo cuyo enlucido descascarillado dejaba a la vista grandes parches de ladrillos. Fue presurosa hacia allí y abrió una de las grandes puertas. El suelo de tierra estaba cubierto de paja, como en todos los establos que conocía, pero las cuadras estaban vacías. No había caballos. ¿Por qué? Algo rebulló entre la paja, y Egwene comprendió que, a fin de cuentas, el establo no estaba vacío. Ratas. A docenas, mirándola descaradamente, levantando el hocico para husmear su olor. Ninguna de ellas huyó ni se asustó; actuaban como si tuvieran más derecho que ella a estar allí. A despecho de sí misma, retrocedió. «Palomas, gaviotas, perros, moscas y ratas. A lo mejor una Sabia conocería el motivo.»

En un visto y no visto se encontró de vuelta en el Yermo.

Cayó de espaldas en el suelo y gritó al ver que el peludo animal semejante a un jabalí venía corriendo hacia ella; parecía tan grande como un poni. No era un cerdo, comprobó cuando saltó ágilmente por encima de ella; el hocico era estrecho y tenía un montón de dientes puntiagudos, y en cada pata había cuatro dedos. Lo pensó tranquilamente, pero se estremeció cuando la bestia se alejó trotando entre las rocas. Era lo bastante grande para haberla pisoteado y haberle roto huesos o algo peor; aquellos dientes eran capaces de perforar y desgarrar como los de un lobo. Habría despertado con las heridas, o ni siquiera se habría despertado.

El suelo de grava debajo de su espalda abrasaba como la placa de una estufa. Se incorporó rápidamente, furiosa consigo misma. Si no era capaz de mantener la mente en lo que estaba haciendo no conseguiría nada positivo. Se suponía que tenía que estar en Tanchico; debía concentrarse en esa idea y en nada más.

Dejó de sacudirse la falda cuando vio que la Aiel la observaba con sus penetrantes ojos azules a diez pasos de distancia. Era más o menos de la edad de Aviendha, no mucho mayor que ella, pero los mechones de cabello que escapaban de debajo del *shoufa* eran tan pálidos que casi parecían blancos. La lanza que llevaba en la mano estaba presta para ser arrojada, y a esa distancia no parecía probable que fallara.

Se decía que los Aiel eran muy rudos con quienes entraban al Yermo sin permiso. Egwene sabía que podía envolver a la mujer con flujos de Aire e inmovilizarla, pero ¿aguantarían los hilos el tiempo suficiente cuando ella empezara a desvanecerse? ¿O la encolerizaría tanto como para que arrojara la lanza en el momento en que estuviera

libre y antes de que ella hubiera acabado de marcharse? De poco serviría regresar a Tanchico si llevaba una lanza Aiel ensartada. Si ataba los hilos dejaría a la mujer atrapada en el *Tel'aran'rhiod* hasta que se desenredaran, indefensa ante el león o ante la bestia semejante a un jabalí, si ésta regresaba.

No. Lo que tenía que conseguir era que la mujer bajara la lanza el tiempo suficiente para estar segura mientras cerraba los ojos y regresaba a Tanchico. Donde se suponía que tenía que estar; haciendo lo que debía hacer. No tenía tiempo para estas ilusiones. No sabía con absoluta certeza si alguien que sólo había llegado por casualidad al *Tel'aran'rhiod* en su sueño normal podía hacerle daño como podían otras cosas de este mundo, pero no estaba dispuesta a correr el riesgo de hacer la prueba con una punta de flecha Aiel. La mujer debía de estar a punto de desaparecer, y hasta entonces tenía que hacer algo para desconcertarla.

Cambiar su atuendo resultó sencillo; tan pronto como lo pensó, Egwene vestía ropas grises y pardas semejantes a las de la mujer.

—No es mi intención hacerte daño —dijo con aparente calma.

La mujer no bajó el arma, y su gesto se tornó ceñudo.

—No tienes derecho a vestir el *cadin'sor*, muchacha —manifestó, y de repente Egwene se encontró completamente desnuda, con el sol cayendo a plomo en lo alto y el suelo abrasándole los pies descalzos.

Se quedó boquiabierta, sin salir de su asombro, levantando los pies alternativamente para no quemarse. Ignoraba que era posible provocar cambios en otras personas. Eran muchas las posibilidades, las reglas que desconocía. Precipitadamente se imaginó con el calzado fuerte y el vestido oscuro de falda pantalón al mismo tiempo que hacía desaparecer las ropas de la mujer. Tuvo que recurrir al *Saidar* para conseguirlo; la Aiel debía de haber estado concentrada en mantenerla desnuda. Egwene preparó un hilo de energía para inmovilizar la lanza si la mujer hacía intención de arrojarla.

Ahora era la Aiel la que parecía no dar crédito a sus ojos; dejó caer la lanza a su lado, y Egwene aprovechó el momento para cerrar los ojos y trasladarse de nuevo a Tanchico, junto al esqueleto del gigantesco jabalí. O lo que quiera que fuera. Esta vez apenas si le dedicó una mirada; se estaba hartando de criaturas que parecían jabalíes y no lo eran. «¿Cómo hizo eso? ¡No! Pensar el cómo y el por qué es lo que me está apartando de lo que he venido a hacer. Esta vez no pienso desviarme de mi propósito.»

A pesar de su empeño, vaciló. En el momento en que había cerrado los ojos le pareció atisbar otra mujer detrás de la Aiel, que las estaba observando. Una mujer de cabello dorado que sostenía un arco de plata. «Ahora te estás dejando llevar por tu imaginación desbordada. Has oído demasiados cuentos de Thom Merrilin.» Birgitte llevaba muerta mucho tiempo y no podía regresar hasta que el Cuerno de Valere

sonara para sacarla de la tumba. Era imposible que una mujer muerta, aunque se tratara de una legendaria heroína, se soñara en el *Tel'aran'rhiod*.

Sin embargo no se perdió en elucubraciones; desestimó tales ideas y volvió corriendo a la plaza. ¿Cuánto quedaba para que la vela se quemara hasta la marca? Toda una ciudad que registrar y el tiempo corría sin que hubiera descubierto la más mínima pista. Si por lo menos supiera qué era lo que tenía que buscar o dónde buscarlo… Correr no le causaba cansancio en el Mundo de los Sueños, pero por mucha prisa que se diera no cubriría toda la ciudad antes de que Elayne y Nynaeve la despertaran. Y no quería tener que regresar aquí otra vez.

Una mujer apareció repentinamente entre la bandada de palomas que se habían reunido en la plaza. Llevaba un vestido verde de tela muy fina y lo bastante ajustado para complacer a Berelain; el oscuro cabello estaba tejido en docenas de finas trenzas, y un velo transparente como el del hombre que había caído le cubría el rostro hasta los ojos. Las palomas alzaron el vuelo y la mujer las siguió y se deslizó con ellas por encima de los tejados más próximos antes de que desapareciera en un abrir y cerrar de ojos.

Egwene sonrió. Ella soñaba cada dos por tres que volaba como un pájaro y, al fin y al cabo, esto era un sueño. Se remontó en el aire y ascendió hacia los tejados. Dio un bandazo al pensar lo absurdo de la situación —¡la gente no volaba!— pero enseguida recuperó la estabilidad al obligarse a cobrar confianza en sí misma. Estaba volando y eso era lo que contaba. Estaba en un sueño y volaba. El viento le azotaba la cara y la joven sintió unos locos deseos de reír.

Planeó a ras del Anfiteatro de la Panarch; las filas de bancos de piedra se sucedían en escalones desde la parte alta del muro hasta el amplio espacio abierto central de tierra apisonada. Qué cantidad de gente cabía allí, reunida para contemplar el espectáculo de fuegos artificiales preparado por la Corporación de Iluminadores. En su tierra los fuegos artificiales eran un acontecimiento excepcional. Se contaban con los dedos de una mano las veces que los había habido en Campo de Emond desde que tenía uso de razón, y a los adultos les entusiasmaban tanto como a los niños.

Planeó por encima de los tejados como un halcón, sobre palacios y mansiones, viviendas humildes y comercios, almacenes y establos. Sobrevoló cúpulas rematadas con veletas de bronce y agujas doradas; pasó junto a torres circundadas por balcones de piedra trabajada a semejanza de un encaje. Los carros salpicaban los patios de carretas, a la espera. Los barcos abarrotaban el enorme puerto y las ensenadas que se extendían entre las penínsulas de la ciudad, Ocupando todos los muelles en apretadas hileras. Todo parecía encontrarse en estado de conservación deficiente, desde los carros hasta los barcos, pero nada de lo que vio apuntó la presencia del Ajah Negro. Desde su punto de vista, claro.

Sopesó la idea de evocar a Liandrin —conocía demasiado bien aquella cara de

muñeca, con su multitud de trenzas rubias, sus ojos castaños y su boca carnosa curvada por una sonrisa burlona— con la esperanza de trasladarse allí donde estuviera la hermana Negra. Pero si funcionaba también podía encontrarse ante Liandrin y otras de ellas. No estaba preparada para eso.

Se le ocurrió de repente que si alguna de las hermanas del Ajah Negro se encontraba en Tanchico, en el Tanchico del *Tel'aran'rhiod*, estaba haciendo su presencia demasiado ostentosa. Cualquiera que mirara al cielo vería a una mujer volando; una mujer que no desaparecía al cabo de pocos segundos. Descendió por debajo de la altura de los tejados y se desplazó a lo largo de las calles más despacio que antes, pero aun así a una velocidad superior al galope de un caballo. Tal vez se precipitaba hacia ellas, pero era incapaz de pararse y esperar a que aparecieran.

«¡Necia! —se reprochó, furiosa—. ¡Necia! Puede que sepan que estoy aquí. Tal vez están preparándome una trampa.» Se planteó salir del sueño, volver a su cama en Tear, pero todavía no había descubierto nada. Si es que había algo que descubrir.

De repente apareció una mujer alta parada al fondo de la calle, más adelante; vestía una amplia falda marrón y una blusa blanca suelta, con un chal también marrón alrededor de los hombros y un pañuelo doblado alrededor de la frente para sujetar el cabello blanco que le llegaba a la cintura. A pesar de sus ropas sencillas llevaba muchos collares y brazaletes de oro y marfil. Puesta en jarras, miraba a Egwene con gesto ceñudo.

«Otra tonta a la que su sueño ha traído donde no debe estar y que no da crédito a lo que ve», pensó la joven. Tenía la descripción de todas las mujeres que se habían ido con Liandrin, y ésta no encajaba ni por asomo con ninguna de ellas. Pero la mujer no desaparecía, sino que seguía allí plantada mientras Egwene se acercaba velozmente hacia ella. «¿Por qué no se desvanece? ¿Por qué…? ¡Oh, Luz! ¡Es realmente…!» Tomó precipitadamente los flujos para tejer rayos, para inmovilizar a la mujer con Aire, actuando torpemente en su premura.

—Baja de una vez al suelo, muchacha —bramó la mujer—. Ya me he molestado bastante en encontrarte otra vez para que ahora levantes el vuelo como un pájaro cuando lo he conseguido.

Egwene dejó de volar bruscamente. Sus pies tocaron con violencia el pavimento y la joven se tambaleó. Era la voz de la Aiel, pero esta mujer era mayor. No tanto como Egwene había creído al principio —de hecho, parecía mucho más joven de lo que sugería su cabello blanco— pero por la voz y por aquellos penetrantes ojos azules estaba segura de que se trataba de la misma persona.

—Estáis… distinta —dijo.

—Aquí uno puede tener el aspecto que quiera. —La mujer parecía turbada, pero sólo un poco—. A veces me gusta recordar… Bah, no importa. ¿Eres de la Torre Blanca? Ha pasado mucho tiempo desde que tuvieron una caminante de sueños.

Mucho. Soy Amys, del septiar Nueve Valles del clan Taardad Aiel.

—¿Sois una Sabia? ¡Lo sois! ¡Y conocéis los sueños, conocéis el *Tel'aran'rhiod*! Podéis… Me llamo Egwene. Egwene al'Vere. Yo… —Hizo una profunda inhalación; Amys no tenía el aspecto de una mujer a quien conviniera engañar—. Soy Aes Sedai, del Ajah Verde.

La expresión de la Aiel no cambió, salvo por un leve gesto de estrechar los ojos, quizá denotando escepticismo. Egwene no parecía lo bastante mayor para haber alcanzado el grado de Aes Sedai. Sin embargo Amys se limitó a comentar:

—Tenía intención de dejarte en cueros hasta que pensaras en un atuendo más apropiado. Ponerse el *cadin'sor* de ese modo, como si fueras… Me sorprendiste al liberarte de aquella manera, volviendo contra mí mi propia lanza. Pero aún te falta adiestramiento, y no eres demasiado poderosa. De otro modo no te habrías dejado caer en mitad de mi cacería de ese modo, donde era evidente que no querías estar. ¿Y a qué viene lo de volar de aquí para allí? ¿Acaso has venido al *Tel'aran'rhiod* simplemente a contemplar la ciudad, sea cual sea?

—Es Tanchico —dijo Egwene con un hilo de voz. ¡La mujer no sabía dónde estaban! Entonces ¿cómo la había seguido y encontrado? Era evidente que conocía el Mundo de los Sueños mucho, muchísimo más que ella—. Podríais ayudarme. Estoy intentando encontrar a unas mujeres del Ajah Negro, Amigas Siniestras. Creo que se encuentran aquí, y tengo que comprobar si están o no.

—Así que es cierto que existe —musitó Amys—. Un Ajah de Seguidoras de la Sombra en la Torre Blanca. —Sacudió la cabeza—. Pareces una muchacha que acaba de casarse con la lanza y que se cree capaz de sostener una lucha cuerpo a cuerpo con los hombres y saltar montañas. En el caso de ella el peligro se reduce a unos cuantos moretones y una valiosa lección de humildad. En el tuyo, aquí, podría significar la muerte. —Amys echó una ojeada a los edificios blancos del entorno e hizo una mueca de desagrado—. ¿Tanchico? ¿En… Tarabon? Esta ciudad se está muriendo, devorándose a sí misma. Aquí hay una oscuridad, un mal. Algo peor de lo que podrían hacer los hombres o las mujeres. —Observó a Egwene fijamente—. Tú no lo ves ni lo percibes, ¿verdad? ¿Y pretendes dar caza a Seguidoras de la Sombra en el *Tel'aran'rhiod*?

—¿Un mal? —repitió precipitadamente—. Tal vez sean ellas. ¿Estáis segura? Si os digo qué aspecto tienen, ¿podríais confirmármelo? A una de ellas sería capaz de describírosla hasta en el más mínimo detalle.

—Igual que una niña que le pide un brazalete de plata a su padre de inmediato sin saber nada del comercio ni del proceso de creación de los brazaletes —rezongó Amys —. Tienes mucho que aprender. Mucho más de lo que puedo empezar a enseñarte ahora. Ven a la Tierra de los Tres Pliegues. Haré correr la voz por los clanes de que ha de traerse a mi presencia a una Aes Sedai llamada Egwene al'Vere, en el dominio

Peñas Frías. Da tu nombre y muestra tu anillo de la Gran Serpiente y tendrás paso franco. Ahora no estoy allí, pero habré regresado de Rhuidean antes de que llegues.

—Por favor, tenéis que ayudarme. Necesito saber si están aquí. He de saberlo.

—Pero no puedo decírtelo. No las conozco y tampoco este sitio, Tanchico. Tienes que venir a mí. Lo que haces es peligroso, mucho más de lo que imaginas. Tienes que… ¿Dónde vas? ¡Alto ahí!

Algo pareció tirar de Egwene y sumergirla en la oscuridad.

Sonó la voz de Amys, hueca y perdiéndose en la distancia:

—Tienes que venir a mí y aprender. Tienes que…

12



Tanchico o la Torre

Elayne soltó un entrecortado suspiro de alivio cuando finalmente Egwene rebulló y abrió los ojos. A los pies de la cama, el semblante de Aviendha perdió la expresión de frustración y ansiedad, y la Aiel le dedicó una fugaz sonrisa que Egwene le devolvió. La vela había pasado de la marca hacía minutos, aunque parecía que hubiera sido una hora.

—No te despertabas —dijo Elayne, temblorosa—. Te sacudimos y te zarandeamos, pero no te despertabas. —Soltó una risita corta—. Oh, Egwene, hasta Aviendha estaba asustada.

Egwene le puso la mano en el brazo y le dio un apretón para tranquilizarla.

—Ahora ya estoy aquí. —Su voz sonaba cansada, y tenía el camisón empapado de sudor—. Supongo que había una razón para permanecer un poco más de lo que habíamos planeado. La próxima vez tendré más cuidado, lo prometo.

Nynaeve soltó la jarra en el palanganero con tanta brusquedad que derramó parte del contenido. Había estado a punto de echarle el agua a la cara. Mantenía el gesto impasible, pero la jarra traqueteó contra la jofaina y el agua goteó sobre la alfombra sin que ella hiciera nada por impedirlo.

—¿Fue porque descubriste algo o porque…? Egwene, si el Mundo de los Sueños te puede retener de un modo u otro, tal vez es demasiado peligroso hasta que hayas aprendido más sobre él. Quizá resulta más difícil regresar cada vez que se va allí. Quizá… No sé. Pero no podemos correr el riesgo de que te quedes perdida allí.

—Lo sé —repuso la joven en una actitud sumisa que hizo que Elayne arqueara las cejas bruscamente. Su amiga nunca se había mostrado sumisa con Nynaeve. Todo lo contrario.

Egwene se levantó de la cama con esfuerzo, rehusando la ayuda de Elayne, y se dirigió al palanganero para mojarse la cara y los brazos con el agua relativamente fresca. Elayne buscó un camisón limpio en el armario mientras su amiga se quitaba el empapado en sudor.

—Me encontré con una Sabia, una mujer llamada Amys. —La voz de la

muchacha sonó amortiguada hasta que sacó la cabeza por el cuello de la prenda limpia—. Me dijo que tenía que acudir a ella, a aprender acerca del *Tel'aran'rhiod*, en un sitio del Yermo que se llama el dominio Peñas Frías.

Elayne advirtió que Aviendha parpadeaba al oír el nombre de la Sabia.

—¿La conoces? ¿Conoces a esa tal Amys? —preguntó.

El cabeceo de asentimiento de la Aiel sólo podía describirse como renuente.

—Es una Sabia, una caminante de sueños. Amys fue *Far Dareis Mai* hasta que renunció a la lanza para ir a Rhuidean.

—¡Una Doncella! —exclamó Egwene—. Así que por eso me dijo que… No importa. Dijo que se encontraba en Rhuidean ahora. ¿Sabes dónde está ese dominio Peñas Frías, Aviendha?

—Por supuesto. Peñas Frías es el dominio de Rhuarc. Él es el marido de Amys. Solía ir de visita allí, de vez en cuando. Mi madre segunda, Lian, es hermana conyugal de Amys.

Elayne intercambió una mirada desconcertada con Egwene y Nynaeve. Hubo un tiempo en que la heredera del trono creía saber mucho sobre los Aiel de todo lo aprendido de sus maestros en Caemlyn, pero desde que conocía a Aviendha se había dado cuenta de lo poco que sabía en realidad. Las costumbres y parentescos eran un confuso laberinto. Hermana primera significaba que tenían la misma madre; excepto que cabía la posibilidad de que unas amigas se convirtieran en primeras hermanas haciendo el juramento ante las Sabias. Hermana segunda significaba que las madres eran hermanas; si los padres eran hermanos, entonces eran hermanas paternas, y no se consideraba un parentesco tan próximo como hermanas segundas. A partir de ahí, la cosa se complicaba de manera increíble.

—¿Qué significa «hermana conyugal»? —preguntó, vacilante.

—Que se tiene el mismo marido. —Aviendha frunció el entrecejo ante el respingo de Egwene y la forma en que Nynaeve abrió desmesuradamente los ojos. Elayne casi esperaba esa respuesta, pero a pesar de todo empezó a colocarse la falda, que estaba perfectamente recta y en su sitio—. ¿No tenéis esa costumbre? —preguntó la Aiel.

—No —repuso Egwene con un hilo de voz—. No, no la tenemos.

—Pero Elayne y tú os queréis como hermanas primeras. ¿Qué habríais hecho si una de vosotras no hubiera querido renunciar a Rand al'Thor? ¿Luchar por él? ¿Permitir que un hombre desbaratara los vínculos que hay entre vosotras? ¿No habría sido mejor que las dos os hubieseis casado con él?

Elayne miró a Egwene. La idea de… ¿Habría sido capaz de hacer algo así? ¿Incluso tratándose de Egwene? Sentía las mejillas arreboladas. Por su parte, Egwene sólo parecía sobresaltada.

—Pero yo quise renunciar a él —dijo la muchacha de Dos Ríos.

La heredera del trono sabía que el comentario iba dirigido tanto a Aviendha como

a ella, pero la idea no se le iba de la cabeza. ¿Había tenido Min una visión? «Si es Berelain, la estrangularé. ¡Y a él también! Si tiene que haber alguien más, ¿por qué no puede ser Egwene? ¡Luz! ¿Qué estoy pensando?» Su sofoco había aumentado de tal manera que sentía que las mejillas le ardían, y para disimular habló con un tono superficial:

—Lo dices como si el hombre no tuviera elección en el asunto.

—Puede decir que no —manifestó Aviendha como si fuera algo evidente—; pero, si quiere casarse con una, debe hacerlo con ambas si ellas lo piden. Por favor, no os ofendáis, pero me escandalicé cuando me enteré que en vuestra tierra un hombre puede pedir a una mujer que se case con él. Un hombre debe dar a entender su interés y después esperar a que la mujer tome la decisión. Por supuesto, algunas mujeres hacen que un hombre comprenda hacia dónde apuntan sus intereses, pero el derecho de decidir es de ella. En realidad no sé mucho acerca de estas cosas. Desde niña quise ser *Far Dareis Mai*. Todo lo que quiero en esta vida es la lanza y mis hermanas de lanza —terminó con timbre fiero.

—Nadie intenta obligarte a que te cases —quiso tranquilizarla Egwene. Aviendha la miró sin salir de su asombro.

Nynaeve se aclaró la garganta con un sonoro carraspeo. Elayne se preguntó si habría estado pensando en Lan; desde luego, tenía las mejillas algo arreboladas.

—Supongo, Egwene —dijo Nynaeve con un timbre algo más enérgico de lo habitual—, que no encontraste lo que buscabas o, a estas alturas, ya habrías hablado de ello.

—No, no descubrí nada —repuso Egwene, pesarosa—. Pero Amys dijo que… Aviendha ¿qué clase de mujer es Amys?

La Aiel miraba la alfombra con tanto interés que parecía estar estudiando el dibujo.

—Amys es tan dura como las montañas y tan implacable como el sol —contestó sin alzar la vista—. Es una caminante de sueños. Puede enseñarte. Una vez que te ponga las manos encima, te arrastrará del cabello hacia donde ella quiera. Rhuarc es el único que le planta cara. Hasta las otras Sabias se andan con cuidado cuando Amys habla. Pero puede enseñarte.

Egwene sacudió la cabeza.

—A lo que me refiero es a si estar en un sitio extraño la pondría nerviosa, como por ejemplo en una ciudad. ¿Vería cosas que sólo están en su imaginación?

—¿Nerviosa? —La risa de Aviendha fue seca y corta—. Si al despertar encontrara un león en su cama no perdería los nervios. Era una Doncella, Egwene, y no se ha ablandado, eso tenlo por seguro.

—¿Y qué vio esa mujer? —quiso saber Nynaeve.

—No era exactamente algo que hubiera visto —contestó lentamente la joven—.

Eso creo. Dijo que había un mal en Tanchico. Algo peor de lo que pudieran hacer los hombres. Tal vez sea el Ajah Negro. No discutas conmigo, Nynaeve —añadió con más firmeza—. Los sueños hay que interpretarlos. Podría ser eso, ¿por qué no?

La antigua Zahorí había fruncido el entrecejo tan pronto como Egwene mencionó el mal en Tanchico, y su ceño se marcó aun más cuando la joven le dijo que no discutiera. A veces Elayne hubiera querido sacudirlas a las dos. Se interpuso rápidamente entre ellas antes de que la mayor saltara.

—Sí, podría ser, Egwene —dijo—. Así que descubriste algo, después de todo. Más de lo que Nynaeve o yo pensábamos. ¿No es cierto, Nynaeve? ¿No crees que podría ser eso?

—Sí, tal vez —admitió a regañadientes.

—Tal vez. —Egwene no parecía muy conforme. Respiró hondo—. Nynaeve tiene razón. Tengo que aprender lo que estoy haciendo. Si supiera lo que debería, no tendrían que haberme dicho lo del mal. Podría haber localizado la propia habitación en la que estaba Liandrin. Amys puede enseñarme… Y por eso tengo que ir con ella.

—¿Con ella? —Nynaeve estaba horrorizada—. ¿Al Yermo?

—Aviendha puede conducirme hasta ese dominio Piedras Frías. —La mirada de la joven, en parte desafiante y en parte anhelante, saltó de Elayne a Nynaeve—. Si estuviera segura de que se encuentran en Tanchico no os dejaría ir solas allí, si es que decidís hacerlo. Pero con la ayuda de Amys tal vez sea capaz de descubrir dónde están. Quizá podría… Bien, dejémoslo. Ni siquiera sé qué sería capaz de hacer, pero de lo que estoy segura es de que será más de lo que estoy haciendo ahora. Sería distinto si os abandonara. Podéis llevaros el anillo. Conocéis bastante la Ciudadela para regresar aquí en el *Tel'aran'rhiod*, o yo puedo trasladarme a Tanchico y veros allí. Todo lo que aprenda de Amys os lo enseñaré. Por favor, decid que lo entendéis. Es mucho lo que puedo aprender de Amys y después utilizarlo para ayudaros. Será como si las tres hubiéramos estado entrenándonos con ella. Una caminante de sueños; ¡una mujer que *sabe*! Liandrin y las otras serán como niñas; no sabrán ni una cuarta parte que nosotras. —Se mordió el labio en un gesto pensativo—. No penséis que os estoy dejando en la estacada, ¿verdad? En ese caso, no iré.

—Pues claro que tienes que ir —le dijo Elayne—. Te echaré de menos, pero nadie nos prometió que estaríamos juntas hasta que todo esto acabe.

—Pero ir las dos solas… Debería acompañaros. Si realmente están en Tanchico, debería estar con vosotras.

—Tonterías —cortó Nynaeve—. Lo que te hace falta es entrenamiento. Eso nos vendrá mucho mejor a la larga que tu presencia en Tanchico. Ni siquiera tenemos la certeza de que estén allí. Si es así, Elayne y yo nos las compondremos bien entre las dos, pero también podría pasar que lleguemos allí y descubramos que ese mal es simplemente la guerra, después de todo. La Luz sabe que una guerra es mal más que

suficiente para cualquiera. Podríamos estar de vuelta en la Torre antes que tú. Pero debes tener cuidado en el Yermo —añadió con actitud práctica—. Es un lugar peligroso. Aviendha, ¿cuidarás de ella?

Antes de que la Aiel tuviera tiempo de abrir la boca sonó una llamada en la puerta, que al punto se abrió dando paso a Moraine. La Aes Sedai abarcó con una sola mirada que sopesaba, evaluaba y consideraba a todas las jóvenes y cuanto habían estado haciendo; todo ello sin que el más leve gesto delatara las conclusiones a las que había llegado.

—Joiya y Amico han muerto —anunció.

—¿Era ése entonces el motivo del ataque? —dijo Nynaeve—. ¿Tanto jaleo para matarlas? ¿O quizá para acabar con ellas si no se las podía liberar? Estaba convencida de que Joiya se mostraba tan segura porque esperaba el rescate. Después de todo, nos ha estado mintiendo. Jamás di crédito a su supuesto arrepentimiento.

—Tal vez no fuera el motivo principal —contestó Moraine—. El capitán, con muy buen tino, mantuvo a sus hombres en sus puestos de las mazmorras durante el ataque. No vieron en ningún momento a un solo trolloc ni a un Myrddraal, pero posteriormente las encontraron muertas a las dos, degolladas de oreja a oreja, y después de haberles clavado la lengua en la puerta de la celda. —Por su indiferencia habríase dicho que estaba charlando sobre el arreglo de un vestido.

La descripción, concisa y fría, le revolvió el estómago a Elayne.

—No habría querido que tuvieran ese final —dijo—. No con una muerte así. Que la Luz ilumine sus almas.

—Las vendieron a la Sombra hace mucho tiempo —manifestó Egwene rudamente, aunque tenía las manos apretadas sobre el estómago—. ¿Cómo…? ¿Cómo ocurrió? ¿Fueron Hombres Grises?

—Dudo que ni siquiera ellos hubieran podido hacerlo —repuso la Aes Sedai secamente—. Por lo visto la Sombra tiene recursos que escapan a nuestro conocimiento.

—Sí. —Egwene se alisó el camisón y suavizó la voz—. Si no hubo intento de rescate, entonces significa que las dos decían la verdad. Las mataron por haber hablado.

—O para impedir que lo hicieran —añadió Nynaeve—. Hemos de confiar en que no saben que esas dos nos contaron algo. Quizá Joiya estaba arrepentida, pero no lo creo.

Elayne tragó saliva con esfuerzo al imaginarse en una celda, con la cara aplastada contra la puerta de manera que pudieran sacarle la lengua y… Se estremeció.

—Cabe la posibilidad de que las mataran como castigo por dejarse capturar —sugirió, dominando el momento de debilidad. No compartió la idea de que el asesinato tuviera como propósito hacerles creer que lo que quiera que Joiya y Amico

les hubieran contado era cierto; ya tenían bastantes dudas para echar más leña al fuego—. Tres posibilidades distintas, y sólo una apunta a la eventualidad de que el Ajah Negro sabe que han revelado algo. Puesto que todas caben dentro de lo posible, lo más probable es que lo ignoren.

—¿Para castigarlas? —repitió Nynaeve con incredulidad. Ella y Egwene estaban conmocionadas.

Ambas eran mucho más duras que ella en muchos sentidos —y las admiraba por ello— pero no habían crecido presenciando las maniobras de la corte en Caemlyn, escuchando conversaciones del modo cruel con que cairhieninos y tearianos participaban en el Juego de las Casas.

—Creo que el Ajah Negro es capaz de mostrarse muy cruel con cualquier tipo de fracaso —les dijo—. No me cuesta imaginar a Liandrin dando la orden. Y Joiya lo habría hecho sin pestañear siquiera. —Moraine la miró brevemente, como evaluándola de nuevo.

—Liandrin —musitó Egwene en un tono inexpresivo—. Sí, a mí tampoco me cuesta imaginarla a ella o a Joiya dando esa orden.

—En cualquier caso no os quedaba mucho tiempo para interrogarlas —comentó Moraine—. Iban a ser embarcadas mañana a mediodía. —Su voz dejaba traslucir un dejo iracundo, y Egwene comprendió que la Aes Sedai contemplaba la muerte de las hermanas Negras como una forma de eludir la justicia—. Confío en que toméis una decisión pronto. Tanchico o la Torre.

Los ojos de Elayne se encontraron con los de Nynaeve, y la joven hizo un leve gesto de asentimiento, al que la antigua Zahorí respondió de igual manera antes de volverse hacia la Aes Sedai.

—Elayne y yo nos pondremos en camino a Tanchico tan pronto como encontremos un barco que nos lleve. Un bajel rápido, espero. Egwene y Aviendha se dirigirán al dominio Peñas Frías, en el Yermo de Aiel. —No dio explicaciones y Moraine enarcó las cejas.

—Jolien puede acompañarla —intervino la Aiel aprovechando el momentáneo silencio. Evitaba mirar a Egwene—. O Sefela o Bain o Chiad. Yo… he pensado ir con Elayne y Nynaeve. Si hay guerra en Tanchico necesitarán una hermana que les guarde las espaldas.

—Si es eso lo que quieres, Aviendha —dijo lentamente Egwene.

Parecía sorprendida y dolida, pero no tan sorprendida como la heredera del trono, que pensaba que las dos se habían hecho muy amigas.

—Me complace que quieras ayudarnos, Aviendha, pero tendrías que ser tú quien condujera a Egwene al dominio Peñas Frías.

—No irá ni a un sitio ni al otro —intervino Moraine al tiempo que sacaba una carta del bolsillo y desdoblaba las páginas—. Me entregaron esto hace una hora. El

joven Aiel que lo trajo me informó que se lo habían dado hacía un mes, antes de que cualquiera de nosotras hubiera llegado a esta ciudad y, sin embargo, va dirigido a mi nombre, a la Ciudadela de Tear. —Miró la última página—. Aviendha, ¿conoces a Amys, del septiar Nueve Valles del Taardad Aiel; a Bair, del septiar Haido de los Shaarad Aiel; a Melaine, del septiar Jhirad de los Goshien Aiel; y a Seana, del septiar Riscos Negros de los Nakai Aiel? Son quienes han firmado la carta.

—Todas son Sabias, Aes Sedai. Todas caminantes de sueños. —La actitud de Aviendha se había vuelto cautelosa, aunque no parecía ser consciente de ello. Daba la impresión de estar presta a luchar o a huir.

—Caminantes de sueños —musitó Moraine—. Quizás eso lo explica todo. He oído hablar de las caminantes de sueños. —Volvió a la segunda página de la carta—. Aquí está lo que dicen sobre ti. Lo que decían quizás antes de que se te pasara por la imaginación venir a Tear: «Entre las Doncellas Lanceras que se encuentran en la Ciudadela de Tear hay una muchacha voluntariosa y rebelde, llamada Aviendha, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Tiene que presentarse ante nosotras sin más retrasos ni excusas. Estaremos esperándola en las vertientes de Chaendaer, más arriba de Rhuidean». Hay más cosas respecto a ti, pero principalmente es para decirme que debo ocuparme de que acudas sin demora a su emplazamiento. Estas Sabias vuestras dan órdenes como la Amyrlin. —Resopló con enojo, lo que hizo que Elayne se preguntara si las Sabias habrían intentado dar órdenes también a la Aes Sedai. No lo creía probable. Y más inverosímil todavía que tuvieran éxito si lo intentaban. A pesar de todo, había algo en la carta que irritaba a Moraine.

—Soy *Far Dareis Mai* —manifestó Aviendha, encorajinada—. Yo no acudo corriendo como una chiquilla en cuanto alguien me llama, y si quiero iré a Tanchico.

Elayne frunció los labios en un gesto meditabundo. Ésta era una faceta nueva de la Aiel. No su reacción iracunda —había visto furiosa a Aviendha otras veces, aunque no hasta este punto— sino el trasfondo de sus palabras. Sólo se le ocurría la palabra encorajinada para describirlo. Era tan absurdo como imaginar a Lan perdiendo los papeles por una rabieta, pero no había vuelta de hoja.

También Egwene lo advirtió, y le dio unas palmaditas a Aviendha en el brazo.

—No pasa nada —intentó tranquilizarla—. Si quieres ir a Tanchico, estaré encantada de que protejas a mis amigas.

La Aiel la miró como si se sintiera muy desdichada. Moraine sacudió la cabeza levemente, pero de manera deliberada.

—Le enseñé esto a Rhuarc. —Aviendha abrió la boca con gesto airado, pero la Aes Sedai alzó la voz y prosiguió con sosiego—: Siguiendo las instrucciones dadas en la carta. Por supuesto, sólo le mostré lo relacionado contigo. Parecía muy resuelto a que hicieras lo que se pide en la misiva. Lo que se ordena. Creo que lo más sensato es acatar los deseos de Rhuarc y de las Sabias, Aviendha. ¿No estás de acuerdo?

La joven Aiel miró en derredor desesperada, como si estuviera metida en una trampa.

—Soy *Far Dareis Mai* —musitó, y se dirigió hacia la puerta sin pronunciar una palabra más.

Egwene dio un paso y levantó a medias la mano para detenerla; la bajó cuando la hoja se cerró con un violento portazo.

—¿Qué quieren de ella? —demandó a Moraine—. Siempre sabéis más de lo que dais a entender. ¿Qué es lo que ocultáis esta vez?

—Sea cual sea el motivo de las Sabias —replicó fríamente la Aes Sedai—, es algo que sólo les concierne a ellas y a Aviendha. Si ella hubiera querido que lo supierais os lo habría contado.

—No paráis de intentar manipular a la gente, es superior a vuestras fuerzas —intervino Nynaeve con acritud—. Estáis manipulando a Aviendha para que haga algo ¿verdad?

—Yo no. Las Sabias. Y Rhuarc. —Moraine dobló la carta y la guardó de nuevo en el bolsillo; en sus movimientos se advertía un atisbo de aspereza—. Siempre le queda la opción de decirle que no. Un jefe de clan no es como un rey, por lo que sé acerca de las costumbres Aiel.

—¿Puede negarse? —preguntó Elayne. Rhuarc le recordaba a Gareth Bryne. El capitán general de la Guardia Real de su madre rara vez se plantaba, pero cuando lo hacía ni siquiera Morgase era capaz de persuadirlo, como no recurriera a su autoridad como reina. Ahora no habría una orden real… y Morgase nunca había hecho uso de esta prerrogativa con Gareth Bryne cuando el consejero había decidido que tenía razón, ahora que lo pensaba. Aun así, esperaba que Aviendha fuera a las vertientes de Chaendaer, más arriba de Rhuidean—. Al menos te acompañaría en el viaje, Egwene. Dudo mucho que Amys pueda reunirse contigo en el dominio Peñas Frías si tiene previsto esperar a Aviendha en Rhuidean. Podríais ir juntas al encuentro de Amys.

—Pero no quiero que venga si ella no lo desea —arguyó tristemente Egwene.

—Sea lo que sea —intervino Nynaeve—, tenemos trabajo que hacer. Necesitarás muchas cosas para un viaje al Yermo, Egwene. Lan me dirá qué equipo hace falta. Y Elayne y yo tenemos que iniciar los preparativos para ir en barco a Tanchico. Supongo que encontraremos pasaje mañana, pero en tal caso esta noche hay que decidir qué equipaje llevar.

—Hay un bajel de los Atha'an Miere en los muelles del Maule —les informó Moraine—. Un bergantín. No hay barco más veloz. Eso es lo que queréis, ¿no?

Nynaeve asintió con un gruñido.

—Moraine, ¿qué va a hacer Rand ahora? —preguntó la heredera del trono—. Después de este ataque… ¿Emprenderá la guerra que queréis vos?

—Yo no quiero una guerra —replicó la Aes Sedai—. Quiero lo que lo conserve

vivo para dirimir el Tarmon Gai'don. Me dijo que mañana nos informaría sobre lo que piensa hacer. —Una leve arruga se marcó en su tersa frente—. Mañana todos sabremos más de lo que sabemos esta noche.

Se marchó de manera repentina, sin añadir nada más.

«Mañana —pensó Elayne—. ¿Qué hará cuando le cuente que emprendo el viaje? ¿Qué dirá? Tiene que entenderlo.» Su expresión se tornó resuelta, y fue a reunirse con las otras para hablar sobre los preparativos.

13



Rumores

En la taberna reinaba el mismo ambiente que en cualquier otro establecimiento del Maule, una jaula de grillos en la que las voces de los parroquianos competían con las notas estridentes de tres tambores, dos timbales y una chirimía que emitía quejumbrosos trinos. Las camareras, uniformadas con vestidos oscuros de faldas hasta el tobillo y cuellos altos hasta la barbilla, así como blancos delantales, se afanaban entre las mesas abarrotadas llevando varias jarras de loza en cada mano, con los brazos levantados para poder abrirse paso entre el gentío. Estibadores descalzos y vestidos con chalecos de cuero se mezclaban con individuos que llevaban chaquetas ajustadas a la cintura y con tipos que iban con el torso al aire y lucían anchos fajines de abigarrados colores con los que sujetaban los calzones de pliegues. Tan cerca de los muelles, los atuendos extranjeros abundaban entre la multitud; cuellos altos del norte y cuellos largos del oeste; cadenas de plata sobre las chaquetas y campanillas en los chalecos; botas de media caña y botas altas; collares y pendientes en hombres y puntillas y encajes en chaquetas o camisas. Un tipo ancho de hombros y vientre prominente lucía una barba rubia partida por la mitad; otro se había untado algo en el bigote de modo que brillaba a la luz de las lámparas y lo llevaba enroscado hacia arriba, a los lados de su enjuto rostro. Los dados rodaban y repicaban en tres esquinas de la sala y sobre los tableros de varias mesas; el dinero cambiaba de manos rápidamente entre gritos y risas.

Mat estaba sentado solo de espaldas a la pared, desde donde tenía a la vista todas las puertas, aunque la mayoría del tiempo su mirada estaba prendida en una copa de oscuro vino que seguía intacta. No se había acercado siquiera a donde se jugaban partidas de dados y tampoco había echado una ojeada a los tobillos de las camareras. Estando la taberna tan atestada, de tanto en tanto algún parroquiano pensaba compartir la mesa con él, pero una simple mirada a su semblante lo hacía cambiar el rumbo de sus pasos para dirigirse a uno de los bancos abarrotados, donde preferían sentarse.

Humedeció el dedo en el vino y empezó a dibujar al tuntún en el tablero de la mesa. Estos necios no tenían ni idea de lo que había ocurrido esa noche en la

Ciudadela. Había oído a algunos tearianos mencionar algo sobre un problema, de pasada y poniendo fin al comentario con una risita nerviosa. No lo sabían y tampoco querían saberlo. Casi deseó estar en la misma ignorancia que ellos. No. Lo que querría era entender mejor lo que había ocurrido. Las imágenes seguían pasando relampagueantes por su cabeza, a través de las lagunas de memoria, sin pies ni cabeza.

El fragor de la lucha en alguna parte, a lo lejos, levantaba ecos en el corredor, apagados por las colgaduras de las paredes. Sacó su cuchillo del cadáver de un Hombre Gris con mano temblorosa. Un Hombre Gris que iba por él. Tenía que haber ido por él. Los Hombres Grises no deambulaban por ahí matando al azar; se dirigían directos a su blanco, tan certeros como una flecha. Se volvía para huir y allí estaba un Myrddraal, dirigiéndose hacia él como una serpiente con piernas. La mirada de aquellas cuencas vacías en el rostro lívido lo estremeció hasta la médula de los huesos. Cuando estaba a treinta pasos arrojó el cuchillo directamente al punto donde tendría que haber un ojo; a esa distancia era capaz de acertar en un blanco de ese tamaño cuatro de cada cinco lanzamientos.

Sin perder el paso, el Fado movió velozmente la negra espada y desvió el cuchillo casi con indiferencia. «Te ha llegado la hora, tocador del Cuerno.» Su voz era el seco siseo de una víbora, heraldo de la muerte.

Mat retrocedió. Ahora tenía un cuchillo en cada mano, aunque no recordaba haberlos sacado. Tampoco los cuchillos servirían de mucho contra una espada, pero echar a correr significaba acabar con esa negra cuchilla ensartada en la espalda, tan seguro como que cinco seises ganan a cuatro treses. Deseó tener a mano una buena barra. O un arco; ya le gustaría ver a este malnacido intentando desviar una flecha disparada por un arco largo de Dos Ríos. Deseó encontrarse en cualquier otro lugar. Iba a morir.

Inesperadamente doce trollocs irrumpieron por un pasillo lateral y se arrojaron sobre el Fado en un frenesí de hachas descargando tajos y espadas asestando cuchilladas. Mat miraba sin dar crédito a sus ojos. El Semihombre luchaba como un negro torbellino, y más de la mitad de los trollocs habían muerto o yacían moribundos cuando finalmente el Fado se desplomó en el suelo en un informe bulto que no dejaba de sacudirse; a tres pasos del cuerpo uno de los brazos se retorcía cual una serpiente en los estertores de la muerte, empuñando todavía aquella espada negra.

Un trolloc de cabeza cabruna miró hacia donde estaba Mat y levantó el hocico para husmear el aire. Gruñó, enseñándole los dientes, y después gimió y empezó a lamerse el largo corte que hendía cota de malla y brazo peludo por igual. Los otros remataron a sus compañeros heridos degollándolos, y uno de

ellos gritó unas cuantas palabras guturales. Sin dedicar otra mirada a Mat se dieron media vuelta y se alejaron corriendo, las pezuñas y las botas resonaron sobre el suelo de piedra.

Lejos de él. Mat se estremeció al recordarlo. Trollocs al rescate. ¿En qué lo había metido ahora Rand? Se fijó en lo que había dibujado con el vino —una puerta abierta — y lo borró, rabioso. Tenía que marcharse de allí. Tenía que irse. Y al mismo tiempo sentía aquella urgencia en lo más recóndito de su mente, avisándole que era hora de regresar a la Ciudadela. La rechazó con rabia, pero siguió notándola.

Escuchó por casualidad un retazo de la conversación que se sostenía en la mesa que había a su derecha, donde el tipo de rostro enjuto y bigote retorcido decía con un fuerte acento lugardeño:

—Bueno, seguro que este Dragón vuestro es un gran hombre, no lo niego, pero no se puede comparar con Logain. Vaya, Logain tenía a todo Ghealdan en pie de guerra, y a la mitad de Amadicia y de Altara. Hizo que la tierra se tragara ciudades enteras que se le resistían, os lo aseguro. Edificios, gente y todo lo demás. ¿Y el de Saldaea, Maseem? Vaya, dicen que paró al sol en su curso hasta que derrotó al ejército del Señor de Bashere. Eso dicen quienes lo presenciaron.

Mat sacudió la cabeza. La Ciudadela tomada y *Callandor* en manos de Rand, y este idiota todavía pensaba que era otro falso Dragón. Había vuelto a dibujar la puerta. La borró otra vez con la mano, cogió la copa de vino, y se paró cuando se la llevaba a la boca. En el barullo había captado un nombre familiar pronunciado en la mesa vecina. Retiró el banco en el que estaba sentado y, con la copa en la mano, se encaminó hacia allí.

La gente que había alrededor componía esa extraña mezcla que se daba en las tabernas del Maule: dos marineros descalzos que llevaban chaquetas engrasadas sobre la piel desnuda, uno de ellos luciendo una gruesa cadena de oro al cuello. Un hombre en otros tiempos gordo con varias papadas desinfladas y que vestía una chaqueta oscura de corte cairhienino y acuchilladuras en el pecho de tonos rojos, oro y verde que podrían indicar que era noble, aunque una de las mangas estaba desgarrada por el hombro; muchos refugiados cairhierninos habían viajado muy al sur. Una mujer canosa, envuelta toda ella en ropas azul oscuro, de rostro duro y ojos penetrantes, con gruesos anillos de oro en los dedos. Y el que estaba hablando, el tipo de barba rubia partida por la mitad, que llevaba en una oreja un rubí del tamaño de un huevo de paloma. Las tres cadenas plateadas que cruzaban la ajustada pechera de su oscura chaqueta rojiza lo señalaban como un mercader kandorés. En Kandor había una corporación de mercaderes.

La conversación se interrumpió y todos los ojos se volvieron hacia Mat cuando el joven se paró junto a la mesa.

—Os he oído mencionar Dos Ríos.

El de la barba partida lo examinó con una rápida ojeada: el cabello revuelto, la expresión tensa del rostro y la copa de vino en la mano, las brillantes botas negras, la chaqueta verde con los bordados en oro, abierta a la altura de la cintura para dejar a la vista una camisa de lino, blanca como la nieve; pero tanto la chaqueta como la camisa estaban muy arrugadas. En pocas palabras, un joven noble divirtiéndose un rato entre la plebe.

—Lo mencioné, mi señor —respondió de buena gana—. Estaba diciendo que apostaría a que no se recibiría tabaco de allí este año. Tengo dos barriles de la más fina hoja de Dos Ríos, sin embargo, la mejor de la comarca. Comprada a un precio excelente a finales de año. Si mi señor desea un barril para estar abastecido… —Se dio un tirón de una de las puntas de la barba rubia—, estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo para…

—Así que apostaríais a que no habrá tabaco de Dos Ríos este año —lo interrumpió Mat—. ¿Por qué no?

—Vaya, por los Capas Blancas, mi señor. Los Hijos de la Luz.

—¿Qué pasa con ellos?

El mercader dirigió una mirada a los que estaban a la mesa como buscando ayuda; en el tono calmoso del joven se advertía un timbre peligroso. Los marineros parecían dispuestos a salir pitando si hubieran tenido agallas para hacerlo. El cairhienino miraba de hito en hito a Mat, sentado en una postura demasiado rígida mientras se alisaba la desgastada chaqueta, un poco tambaleante; la jarra vacía que había ante él no debía de ser la primera que tomaba. La mujer canosa se llevó la jarra a los labios y sus penetrantes ojos observaron a Mat por encima del borde con expresión calculadora.

Componiéndoselas para hacer una inclinación a pesar de estar sentado, el mercader dio a sus palabras un tono insinuante:

—Según el rumor que corre, mi señor, los Capas Blancas han entrado en Dos Ríos, a la caza del Dragón Renacido, se dice. Aunque, naturalmente, tal cosa es imposible puesto que el lord Dragón está aquí, en Tear. —Estudió a Mat para ver cómo tomaba la información; el semblante del joven se mantuvo impasible—. Este tipo de rumores va creciendo sin freno, mi señor. Quizá sólo se trate de un bulo. El mismo rumor afirma que los Capas Blancas andan también tras un Amigo Siniestro de ojos amarillos. ¿Habéis oído alguna vez que un hombre tenga los ojos de ese color? Yo no, desde luego. Lo dicho: una tormenta en un vaso de agua.

Mat dejó la copa en la mesa y se inclinó sobre el hombre.

—¿A quién más persiguen? Según ese rumor, claro. Al Dragón Renacido, a un hombre con ojos amarillos ¿y a quién más?

La frente del mercader se llenó de gotitas de sudor.

—A nadie más que yo sepa, mi señor. Sólo son rumores. Palabras al viento, nada

más. Una bocanada de humo que enseguida se dispersa. Si mi señor tiene a bien que lo obsequie con un barril del tabaco de Dos Ríos, sería una honor para mí, un gesto de aprecio… para expresar mi…

Mat echó una corona de oro sobre la mesa.

—Para que bebáis a mi salud hasta que se gaste.

Mientras se alejaba escuchó los murmullos de la mesa:

—Pensé que me iba a cortar el cuello. Ya sabéis cómo se comportan estos cachorros de noble cuando el vino les sale por las orejas. —Eso lo dijo el mercader de la barba partida.

—Un joven extraño —fue el comentario de la mujer—. Y peligroso. No intentes uno de tus trucos con tipos como ése, Paetram.

—Pues a mí no me parece que sea un noble, ni mucho menos —añadió otro hombre con irritación.

El cairhienino, dedujo Mat. Frunció los labios con desprecio. ¿Un noble? No lo sería aunque se lo ofrecieran. «Capas Blancas en Dos Ríos. ¡La Luz nos valga!»

Se abrió camino hacia la puerta no sin trabajo, y allí cogió un par de zuecos de madera del montón que había apilado contra la pared. No tenía ni idea de si eran los que había llevado puestos —todos parecían iguales— y tampoco le importaba. Le entraban con las botas y eso era suficiente.

Fuera había empezado a llover otra vez; era una lluvia fina que hacía más profunda la oscuridad. Se subió el cuello de la chaqueta y recorrió chapoteando las embarradas calles del Maule a paso rápido, entorpecido por los zuecos; dejó atrás estruendosas tabernas, posadas bien iluminadas, y casas de ventanas oscuras. Cuando el barro dio paso a los adoquines del pavimento, junto a la muralla que rodeaba la ciudad interior, se quitó los zuecos de una patada y echó a correr, dejándolos tirados en la calle. Los Defensores que vigilaban la puerta más cercana de la Ciudadela lo dejaron pasar sin decir palabra; sabían quién era. Corrió todo el camino hasta la habitación de Perrin y entró sin llamar, sin apenas reparar en la marca astillada de la puerta. Las alforjas de viaje de Perrin estaban sobre la cama, y el joven metía camisas y calcetines en ellas apresuradamente. Sólo había una vela encendida, pero él no parecía advertir la falta de luz.

—Entonces, ya lo sabes —dijo Mat.

—¿Lo de casa? Sí. —Perrin siguió con lo que estaba haciendo—. Fui a la ciudad para enterarme de algún rumor que despertara el interés de Faile. Después de lo de esta noche, con más razón he de sacarla de… —Soltó un profundo gruñido que le puso los pelos de punta a Mat; recordaba un lobo enfurecido—. No importa. Quizás esto pueda servir.

«¿Servir, para qué?», pensó Mat.

—¿Crees que es verdad? —preguntó.

Perrin levantó la cabeza un momento; sus ojos absorbieron la luz de la vela y brillaron como oro líquido.

—A mi modo de ver, no cabe duda. Tiene demasiados visos de realidad.

—¿Lo sabe Rand? —Mat rebulló con nerviosismo. Perrin se limitó a asentir y siguió haciendo el equipaje—. Bueno ¿y qué dice?

Perrin hizo una pausa y se quedó mirando fijamente la capa que acababa de doblar.

—Empezó a mascullar para sí mismo. «Dijo que lo haría. Lo dijo. Tendría que haberle creído.» O algo por el estilo. No tenía sentido. Después me cogió por el cuello de la camisa y dijo que tenía que hacer «lo que no esperaban». Quería que lo entendiera, pero no estoy seguro de que lo entienda ni él mismo. No pareció importarle si me marchaba o me quedaba. No, retiro lo dicho. Creo que fue un alivio para él saber que me iba.

—Maldita sea, no piensa hacer nada al respecto. ¡Luz, con *Callandor* podría acabar con un millar de Capas Blancas! Ya viste lo que hizo con los malditos trollocs. Así que te vas, ¿no? ¿A Dos Ríos? ¿Solo?

—A menos que quieras acompañarme. —Perrin metió la capa a empujones en la alforja—. ¿Vas a venir?

En lugar de responder, Mat paseó por el pequeño cuarto de un extremo a otro, el rostro en sombras o alumbrado por la vela con cada cambio de dirección. Sus padres estaban en Campo de Emond, y también sus hermanas, pero los Capas Blancas no tenían motivos para hacerles daño. Si regresaba a casa, tenía la sensación de que jamás volvería a salir de allí, que su madre lo haría casarse antes de que le hubiera dado tiempo a sentarse. Pero si no iba, si los Capas Blancas les hacían daño… Lo de los Capas Blancas sólo eran bulos, según le habían dicho. Pero entonces ¿por qué corrían rumores sobre ellos? Hasta los Coplins, unos tipos mentirosos y pendencieros donde los haya, apreciaban a su padre. Todo el mundo apreciaba a Abell Cauthon.

—No tienes por qué ir —musitó Perrin—. No se te mencionaba en nada de lo que he oído contar. Sólo a Rand y a mí.

—Maldita sea, claro que… —Fue incapaz de terminar. Pensarlo era fácil, pero decirlo… Era como si la garganta se le contrajera y le impidiera pronunciar las palabras—. ¿A ti te resulta fácil, Perrin? Volver, quiero decir. ¿No… notas nada? ¿Algo que te retiene? ¿Algo que te da mil razones por las que no debes ir?

—Cientos de ellas, Mat, pero sé que tiene que ver con Rand y con ser *ta'veren*. Pero tú no admites tal cosa, ¿verdad? Un centenar de razones para quedarse, pero la única que hay para ir tiene más peso que todas las otras. Los Capas Blancas están en Dos Ríos, y harán daño a la gente en su afán por encontrarme. Puedo impedirlo si voy.

—¿Y por qué iban a quererte los Capas Blancas hasta el punto de hacer daño a

otras personas? ¡Luz, si van preguntando por alguien con ojos amarillos nadie en Campo de Emond sabrá a quién se refieren! ¿Y cómo piensas impedir que hagan cualquier cosa? Un par de manos más no servirá de mucho. ¡Ja! Esos Capas Blancas han dado en hueso si creen que pueden intimidar a la gente de Dos Ríos.

—Saben cómo me llamo —dijo Perrin en voz queda. Su mirada fue hacia el hacha colgada en la pared, el cinturón atado alrededor del mango y enganchado en la percha. O quizás era el martillo lo que miraba fijamente, apoyado contra la pared debajo del hacha; Mat no habría sabido decirlo—. Darán con mi familia. En cuanto al porqué, ellos tienen sus propios motivos, Mat. Igual que yo tengo los míos. ¿Quién puede afirmar cuáles son los mejores?

—¡Que me aspen, Perrin! ¡Que me aspen! Quiero i… ¿Te das cuenta? Ni siquiera soy capaz de decirlo. Es como si mi cabeza supiera que, si lo digo, lo haré, y no me deja. ¡Lo tengo presente en todo momento, no logro librarme de ello!

—Llevamos caminos distintos. Ya nos han puesto en diferentes sendas con anterioridad.

—¡Y una mierda con tus caminos distintos! —exclamó Mat—. Estoy harto de Rand y de Aes Sedai. Estoy harto de que me empujen por sus jodidos caminos. ¡Quiero ir a donde me dé la gana, para variar, y hacer lo que me apetezca! —Se volvió hacia la puerta, pero la voz de Perrin lo hizo detenerse:

—Elijas el camino que elijas, deseo que sea feliz, Mat. Que la Luz te envíe muchachas bonitas y muchos necios con ganas de jugar.

—Diantre, Perrin. Que la Luz te dé también lo que deseas.

—Es lo que espero. —No parecía feliz con la perspectiva.

—¿Les dirás a mis padres que estoy bien? Mi madre siempre se preocupa por mí. Y cuida de mis hermanas. Solían espiarme y luego le iban con el cuento a mi madre, pero no querría que les ocurriera nada malo.

—Lo prometo, Mat.

El joven cerró la puerta al salir y empezó a caminar por los corredores sin rumbo fijo. Sus hermanas. Eldrin y Bodewhin siempre habían estado prestas para ir gritando: «Mamá, Mat se ha metido en líos otra vez. Mat está haciendo algo que no debe, mamá». Sobre todo Bode. Ahora debían de tener dieciséis y diecisiete años. Seguramente empezarían a pensar en el matrimonio a no mucho tardar, con algún granjero lerdo al que ya habrían escogido lo supiera o no el pobre tipo. ¿De verdad hacía tanto tiempo que se había marchado? A veces no lo parecía. En ocasiones tenía la impresión de haber salido de Campo de Emond sólo una o dos semanas antes. Otras veces le parecía que habían transcurrido años que casi habían borrado de su memoria el recuerdo. Se acordaba que Eldrin y Bode sonreían con malicia cuando lo habían azotado con la vara, pero sus rasgos no eran precisos al evocarlos. Los rostros de sus propias hermanas. Esas malditas lagunas en su memoria, como agujeros

negros en su vida.

Vio a Berelain venir hacia él y sonrió a despecho de sí mismo. A pesar de los aires que se daba, era toda una mujer. Aquella prenda de seda blanca tan ajustada era lo bastante fina para servir como pañuelo; por no mencionar que el escote era tan bajo que dejaba a la vista buena parte de unos estupendos y blancos senos.

Le dedicó su mejor reverencia, elegante y solemne.

—Buenas noches tengáis, mi señora. —La Principal iba a pasar sin dirigirle siquiera una mirada, y Mat se enderezó malhumorado—. ¿Estáis ciega además de sorda, mujer? No soy una alfombra sobre la que pisar, y he escuchado mi voz hablando claramente. ¡Si os pellizco el trasero podéis abofetearme, pero hasta entonces espero unas palabras corteses en respuesta a otras igualmente corteses!

Berelain se paró en seco y clavó en él esa mirada que tienen las mujeres y con la que podría haberle dicho su talla y peso, por no mencionar cuándo se bañó por última vez. Después se dio media vuelta mascullando en voz baja. Lo único que Mat alcanzó a oír fue «demasiado semejante a mí».

El joven la siguió con la mirada, sin salir de su asombro. ¡No le había dirigido la palabra! Ese rostro, esos andares y esa nariz casi apuntando el techo; lo extraño era que sus pies tocaran el suelo al caminar. Eso era lo que conseguía por hablar con personas de la clase de Berelain y Elayne, nobles que pensaban que alguien era basura a menos que tuviera un palacio y un linaje que se remontara hasta Artur Hawkwing. En fin, conocía a una ayudante de cocina, rellenita en el punto justo, que no lo consideraba basura. Dara tenía un modo de mordisquearle la oreja que…

Sus reflexiones se interrumpieron bruscamente. Estaba planteándose la posibilidad de ver si Dara estaba despierta y con ganas de pasar un rato agradable. Se había planteado incluso coquetear con Berelain. ¡Berelain! Y, además, lo último que le había dicho a Perrin: «Cuida de mis hermanas». Como si ya hubiera tomado una decisión, como si ya supiera lo que iba a hacer. Sólo que no lo sabía. No estaba dispuesto a dejarse arrastrar tan fácilmente, meterse de cabeza en ello como si tal cosa. Aunque, a lo mejor, había un modo de decidirlo.

Sacó del bolsillo una moneda de oro, la lanzó al aire, y la cogió sobre el envés de la otra mano. Era una moneda de Tar Valon que veía por primera vez, y estaba mirando la Llama de Tar Valor, estilizada como una lágrima.

—¡La Luz consuma a todas las Aes Sedai! —maldijo en voz alta—. ¡Y que consuma a Rand al'Thor por meterme en esto!

Un criado con librea negra y dorada se paró bruscamente y lo miró sobresaltado. La bandeja de plata que llevaba iba llena a rebosar de rollos de vendas y frascos de ungüentos. Tan pronto como el hombre se dio cuenta de que Mat lo había visto, dio un respingo. El joven echó en la bandeja la moneda de oro.

—De parte del mayor imbécil del mundo. Y gástala bien, en mujeres y en vino.

—G… gracias, mi señor —balbució el criado, sin salir de su asombro.

Mat lo dejó plantado en el pasillo. «El mayor imbécil del mundo. ¡Eso es exactamente lo que soy!»

14



Costumbres de Mayene

Perrin sacudió la cabeza mientras la puerta se cerraba detrás de Mat. Su amigo se golpearía el cráneo con un martillo antes que regresar a Dos Ríos. No volvería hasta que le llegara el momento de hacerlo. Perrin deseó que existiera algún modo de que él tampoco tuviera que ir a casa, pero no lo había; era un hecho tan innegable como la propia existencia y aún más implacable. La única diferencia entre Mat y él era que Perrin estaba dispuesto a aceptarlo aunque no le gustara.

A pesar del cuidado que puso, cuando se quitó la camisa soltó un gruñido. Un cardenal de considerable tamaño, que ya había adquirido tonalidades amarillas y marrones, ocupaba todo el hombro izquierdo. Un trolloc había esquivado su hacha, y sólo la rápida reacción de Faile con el cuchillo había logrado que sólo quedara en una contusión. Hasta lavarse le causaba dolor, pero por lo menos no había escasez de agua fría en Tear.

Tenía todo preparado y guardado en las alforjas de viaje, excepto la muda de ropa que se pondría por la mañana. Tan pronto como saliera el sol iría a buscar a Loial. No había razón para molestar al Ogier esa noche; seguramente estaría ya acostado, cosa que Perrin tenía intención de hacer muy pronto. Faile era el único problema al que todavía no sabía cómo hacer frente. Hasta quedarse en Tear sería mejor para ella que acompañarlo en este viaje.

La puerta se abrió, sorprendiéndolo. Una bocanada de perfume inundó sus fosas nasales cuando la hoja de madera gimió; le recordaba el olor de campanillas trepadoras en una noche de verano. Un aroma sugestivo, tenue para cualquiera que no fuera él, pero no del tipo que Faile se pondría. Su sorpresa aumentó considerablemente cuando Berelain entró en su cuarto.

Sin soltar el borde de la puerta la mujer parpadeó, y ello hizo comprender a Perrin hasta qué punto la luz debía de ser escasa para ella.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó, vacilante, Berelain.

Al trasluz del resplandor de las lámparas del pasillo costaba mucho trabajo no mirarla fijamente.

—Sí, mi señora. —Hizo una inclinación sin demasiada soltura pero lo mejor que

supo. Faile podía resoplar todo lo desdeñosamente que quisiera, pero Perrin no veía razón para no ser cortés—. Por la mañana.

—Yo también. —Cerró la puerta y se cruzó de brazos de manera que su busto resaltó aún más. Para que no creyera que la observaba con descaro, Perrin apartó la vista, aunque siguió mirándola de reojo. La mujer no reparó en su reacción; la llama de la vela se reflejaba en sus oscuros ojos—. Después de lo de esta noche… Mañana partiré en un carruaje hacia Godan, y desde allí tomaré un barco hacia Mayene. Debería haberme ido hace días, pero pensé que tenía que haber algún modo de resolver las cosas. Pero no lo había, naturalmente. Tuve que haberme dado cuenta antes. Lo de esta noche me ha convencido. El modo en que él… Todos esos rayos descargándose por los pasillos… Saldré mañana.

—Mi señora, ¿por qué me contáis esto? —preguntó, desconcertado.

La forma en que la mujer sacudió la cabeza le recordó a una yegua que a veces herraba en Campo de Emond; era un animal con el que había que tener cuidado porque en cualquier momento intentaría darte un mordisco.

—Para que se lo digas al lord Dragón, por supuesto.

Tampoco tenía sentido esa explicación, a su entender.

—Podéis decírselo vos misma —contestó, bastante exasperado—. No dispongo de tiempo para transmitir mensajes antes de emprender el viaje.

—Yo… Dudo mucho que quiera verme.

Cualquier hombre querría; era una hermosa visión para los ojos, y ella sabía tanto lo uno como lo otro. A Perrin se le ocurrió que quizá sus palabras apuntaban otra cosa. ¿Tanto se habría asustado con lo ocurrido en el dormitorio de Rand? ¿O con el ataque y el modo en que Rand le había puesto fin? Tal vez, pero ella no era el tipo de mujer que se amedrentaba tan fácilmente, a juzgar por la fría calma con que lo estaba observando.

—Dad vuestro mensaje a un criado, porque dudo que vea a Rand antes de marcharme. Cualquier sirviente puede llevarle una nota.

—Tendrá una acogida mejor si viene de ti, un amigo del…

—Dádselo a un criado. O a uno de los Aiel.

—¿No harás lo que te pido? —preguntó con incredulidad.

—No. ¿Es que no me habéis escuchado?

La mujer sacudió de nuevo la cabeza, pero esta vez fue diferente aunque el joven no sabría decir en qué sentido. Sin dejar de observarlo de hito en hito, musitó casi para sí misma:

—Qué ojos tan impresionantes.

—¿Qué? —De pronto se dio cuenta de que estaba desnudo de cintura para arriba. El intenso escrutinio de la mujer recordaba el modo de examinar a un caballo antes de comprarlo. Lo próximo que haría sería tantearle los tobillos e inspeccionarle la

dentadura. Cogió bruscamente la camisa que tenía preparada para la mañana siguiente y se la metió por la cabeza—. Dadle vuestro mensaje a un sirviente. Ahora querría irme a la cama, porque tengo intención de levantarme pronto, antes del alba.

—¿Adónde te marchas?

—A casa. A Dos Ríos. Es muy tarde, y si pensáis partir mañana también supongo que querréis dormir un poco. Yo por lo menos estoy cansado. —Bostezó abriendo la boca cuanto pudo, pero ella no hizo intención de ir hacia la puerta.

—¿Eres herrero? Me hace falta uno en Mayene, para trabajos de forja ornamentales. ¿No te apetecería una corta estancia antes de volver a Dos Ríos? Mayene te resultaría… entretenido.

—Regreso a casa —le dijo firmemente—, y vos, a vuestros aposentos.

El leve encogimiento de hombros de la mujer hizo que Perrin apartara la vista de nuevo, precipitadamente.

—En fin, tal vez en otra ocasión. Al final siempre consigo lo que quiero. Y lo que ahora quiero… —Hizo una pausa y su mirada lo recorrió de la cabeza a los pies—, son trabajos de forja ornamentales. Para las ventanas de mi dormitorio. —Su sonrisa fue tan inocente que el joven sintió repicar los gongs de alarma en su cabeza.

En ese momento la puerta se abrió de nuevo y entró Faile.

—Perrin, fui a la ciudad a buscarte y oí un rumor… —Se quedó paralizada, muda, con los ojos clavados duramente en Berelain.

La Principal hizo caso omiso de ella. Se acercó a Perrin y le pasó la mano por el brazo y el hombro. Por un instante el joven pensó que iba a tirar para hacerle bajar la cabeza y darle un beso —de hecho, había alzado el rostro hacia el suyo—, pero se limitó a acariciarle el cuello y luego se apartó.

—Recuerda —musitó, como si estuvieran solos—, siempre consigo lo que quiero. —Pasó junto a Faile sin mirarla y salió del cuarto.

Perrin esperaba que la muchacha estallara, pero en lugar de ello Faile echó un vistazo a las alforjas llenas que había sobre la cama.

—Veo que ya te has enterado —dijo—. Sólo es un rumor, Perrin.

—Lo de los ojos amarillos hace que sea algo más que eso. —Tendría que estar soltando sapos y culebras por la boca. ¿Por qué se mostraba tan serena?

—Muy bien. Entonces Moraine es el problema inmediato. ¿Intentará detenerte?

—No si no lo sabe. Y, si lo intenta, me iré de todos modos. Tengo familia y amigos, Faile, y no los dejaré al capricho de los Capas Blancas. Sin embargo, confío en que no lo descubra hasta que me encuentre lejos de la ciudad. —Hasta sus ojos estaban tranquilos, cual oscuros estanques del bosque. Se le puso carne de gallina.

—Tienen que haber pasado semanas para que ese rumor haya llegado a Tear, y tardarás varias más en llegar a Dos Ríos. Para entonces los Capas Blancas pueden haberse ido. En fin, hace tiempo que deseo que te marches de aquí, así que no debería

protestar. Sólo quiero hacerte ver la realidad.

—No tardaré semanas por los Atajos —le dijo—. Dos, puede que tres días. —Dos días. Suponía que no había forma de acortarlo.

—Estás tan loco como Rand al'Thor —musitó, sin dar crédito a sus oídos. Se sentó pesadamente a los pies de la cama, con las piernas cruzadas, y se dirigió a él empleando un tono de voz adecuado para sermonear a un niño—: Entra en los Atajos y saldrás completamente demente, si es que sales, lo que no creo probable. Los Atajos están contaminados, Perrin. Han permanecido a oscuras durante… ¿cuánto, trescientos años? ¿Cuatrocientos? Pregunta a Loial, él podrá decírtelo. Fueron Ogier quienes los construyeron o los crearon o lo que quiera que hicieran. Ni siquiera ellos los utilizan. Aun en el caso de que consiguieras salir ileso de la aventura, sólo la Luz sabe dónde aparecerías.

—He viajado por ellos, Faile. —Y había sido una experiencia aterradora—. Loial sabe leer los postes indicadores y podrá guiarme, como ocurrió la vez anterior. Lo hará por mí cuando sepa lo importante que es. —También el Ogier estaba ansioso por marcharse de Tear; parecía temer que su madre supiera dónde se encontraba. Perrin estaba seguro de que lo ayudaría.

—En fin —dijo Faile mientras se frotaba las manos enérgicamente—. Buscaba una aventura, y ésta indudablemente lo es. Dejar la Ciudadela de Tear y al Dragón Renacido y viajar por los Atajos para luchar contra los Capas Blancas. Me pregunto si podríamos persuadir a Thom Merrilin para que nos acompañara. Si no disponemos de un bardo, habrá que conformarse con un juglar. Podría componer un relato con nosotros dos como personajes principales. Ni Dragón Renacido ni Aes Sedai que acaparen protagonismo. ¿Cuándo nos marchamos? ¿Por la mañana?

El joven respiró profundamente para dar firmeza a su voz.

—Iré solo, Faile. Únicamente me acompañará Loial.

—Nos hará falta un animal de carga —continuó ella como si no lo hubiera oído —. Mejor dos. Los Atajos son oscuros, así que necesitaremos linternas y mucho aceite. Tus paisanos, las gentes de Dos Ríos, ¿qué son, granjeros? ¿Se enfrentarán a los Capas Blancas?

—Faile, he dicho que…

—Te he oído —lo cortó bruscamente. La penumbra del cuarto le otorgaba una apariencia peligrosa con sus altos pómulos y sus ojos rasgados—. Te he oído. Y es una estupidez. ¿Y si esos granjeros no luchan o no saben cómo hacerlo? ¿Quién les enseñará, tú? ¿Solo?

—Haré lo que sea menester —contestó pacientemente—. Sin ti.

La muchacha se incorporó de un salto, tan veloz que Perrin pensó que se le iba a echar al cuello.

—¿Acaso crees que Berelain querrá acompañarte? ¿Que sabrá guardarte las

espaldas? ¿O es que prefieres que se siente en tus rodillas, chillando como una rata asustada? ¡Métete la camisa por los pantalones, pedazo de zoquete peludo! ¿Hace falta que esté tan oscuro aquí dentro? A Berelain le gusta la penumbra, ¿es eso? ¡Valiente ayuda tendrías con ella contra los Hijos de la Luz!

Perrin abrió la boca para protestar, pero cambió de parecer y dijo todo lo contrario a lo que tenía pensado:

—Debe de ser muy agradable tener a esa Berelain entre los brazos. ¿Qué hombre no desearía sentarla en sus rodillas? —La expresión dolida de la muchacha fue como si una banda de hierro le presionara el pecho, pero se obligó a continuar—: Cuando haya acabado el asunto que me lleva a casa, a lo mejor me paso por Mayene. Me ha pedido que vaya, y tal vez lo haga.

Faile no dijo una palabra; lo miraba fijamente, como si su rostro se hubiera tornado piedra, y entonces se dio media vuelta y echó a correr, cerrando tras de sí con un violento portazo.

A despecho de sí mismo dio unos pasos para seguirla, pero después se paró y aferró el marco de la puerta fuertemente, hasta que los dedos le dolieron. Con los ojos prendidos en la madera astillada, donde se había clavado su hacha, se encontró explicándole lo que no podía explicarle a ella:

—Maté Capas Blancas porque, de no hacerlo, ellos me hubieran matado a mí, pero aun así lo llaman asesinato. Regreso a casa para morir, Faile. Es el único modo de impedir que hagan daño a mi gente, dejándoles que me cuelguen. No puedo permitir que lo veas. No puedo. Serías capaz de tratar de impedirlo, y entonces ellos…

Apoyó la cabeza en la puerta. Ahora ya no lamentaría no volver a verlo; era lo único que importaba. Iría en busca de su aventura en alguna otra parte, a salvo de Capas Blancas, *ta'veren* y burbujas del mal. Era lo único que importaba. Ojalá no sintiera un nudo en la garganta. Ojalá no tuviera ganas de gritar de desesperación.

Faile avanzó por los pasillos a paso vivo, casi corriendo, ajena a las personas que dejaba atrás o a las que tenían que apartarse precipitadamente de su camino. Perrin. Berelain. Perrin. Berelain. «Así que quiere una arpía de tez lechosa que va por ahí medio desnuda, ¿no? ¡Qué sabrá ese cernícalo peludo! ¡Payaso! ¡Pedazo de mendrugo! ¡Herrero! Y esa descarada puerca, Berelain. ¡Esa altanera gata en celo!»

No fue consciente de hacia dónde se dirigía hasta que vio a la Principal caminando un poco más adelante en el pasillo con andares sinuosos y con ese vestido que no dejaba nada a la imaginación, contoneándose como si esa manera de andar suya no fuera deliberadamente calculada para hacer que a los hombres se les salieran los ojos de las órbitas. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Faile había echado a correr; adelantó a Berelain y se volvió en la confluencia de dos pasillos para mirarla

cara a cara.

—Perrin Aybara es mío —barbotó—. ¡Guardad vuestras sonrisas para otros y mantened vuestras manos lejos de él! —Se puso colorada hasta las orejas al oír lo que había dicho. Se había jurado que jamás haría algo así, que nunca pelearía por un hombre como una campesina revolcándose en el polvo y tirándose de los pelos.

—¿Que es tuyo? —Berelain habló fríamente, enarcando las cejas—. Qué extraño, no me fijé que llevara ningún dogal al cuello. Vosotras, las sirvientas… ¿o eres hija de un granjero?… tenéis unas ideas de lo más peculiares.

—¿Sirvienta? ¡¿Sirvienta?! Soy… —Faile se mordió la lengua para contener las iracundas palabras que iba a pronunciar. La Principal de Mayene, ¡vaya cosa! Había haciendas en Saldaea más extensas que Mayene. No duraría ni una semana en la corte de Saldaea. ¿Acaso era capaz de recitar poemas pregonando mercancías? ¿Podía pasarse el día cazando a caballo y después jugar al envite real toda la noche mientras se discute cómo hacer frente a las incursiones de los trollocs? Así que pensaba que conocía a los hombres, ¿no? ¿Sabía el lenguaje del abanico? ¿Sabía cómo decirle a un hombre que viniera o se marchara o se quedara y un centenar de cosas más, todas ellas con el giro de muñeca y la postura de un abanico de encaje? «La Luz me valga, ¿qué demonios estoy pensando? Juro que no volveré a coger un abanico en toda mi vida!» Pero había otras costumbres saldaeninas. Se sorprendió al ver el cuchillo en su mano; le habían enseñado a no empuñarlo si no tenía intención de utilizarlo.

»Las campesinas de Saldaea tienen una forma muy directa de ocuparse de las mujeres que birlan a otras sus hombres. Si no juráis dejar en paz a Perrin Aybara, os dejaré la cabeza tan monda como un huevo. ¡A lo mejor entonces los pinches de cocina babean por vos!

No supo muy bien qué hizo Berelain para agarrarle la muñeca pero, de repente, se encontró volando por el aire. El golpe de espaldas contra el suelo le dejó vacíos los pulmones.

Berelain sonreía mientras se daba suaves golpecitos en la palma de la mano con el cuchillo de Faile.

—Es una disciplina de Mayene. A los tearianos les encanta contratar asesinos, y los guardias no siempre están a mano cuando hacen falta. Detesto que me ataquen, campesina, así que esto será lo que haga: te quitaré al herrero y lo tendré como un perrillo faldero mientras me divierta. Éste es juramento Ogier, campesina. Es realmente encantador, con esos hombros y esos brazos, por no mencionar sus ojos; y, si es un poco inculto, yo remediaré su ignorancia. Mis cortesanos pueden enseñarle a vestir bien y a quitarle ese pelo de dehesa, además de esa horrible barba. Vaya a donde vaya, lo encontraré y haré que sea mío. Podrás tenerlo cuando me canse de él. Si es que aún te quiere, claro.

Consiguiendo finalmente inhalar, Faile se puso de pie y sacó otro cuchillo.

—¡Os llevaré a rastras hasta él una vez que haya hecho jirones esa túnica que vestís, por decir algo, y os haré confesarle que no sois más que una puerca! —«¡La Luz me valga, estoy comportándome y hablando como una campesina!» Y lo peor era que lo decía en serio.

Berelain adoptó una actitud cautelosa. Era evidente que tenía intención de utilizar las manos, no el cuchillo. Lo sujetaba como si fuera un abanico. Faile avanzó apoyada sólo en la parte delantera de los pies.

De improviso Rhuarc apareció entre las dos, empequeñeciéndolas con su estatura, y les arrebató las armas antes de que ninguna de ellas fuera plenamente consciente de su presencia.

—¿No habéis visto suficiente sangre esta noche? —inquirió fríamente—. ¡Sois las últimas personas que habría esperado encontrarme provocando altercados!

Faile lo sorprendió. Sin previo aviso, giró sobre sí misma y le lanzó un puñetazo en las costillas falsas. Hasta el hombre más duro acusaría ese golpe.

El Aiel pareció moverse sin mirarla, le agarró la mano, le bajó el brazo junto al costado a la fuerza, y se lo retorció a la espalda. La joven tuvo que estirarse cuanto le fue posible, esperando que no siguiera empujando y le dislocara el hombro. Como si no hubiera ocurrido nada, Rhuarc se dirigió a Berelain:

—Id a vuestro cuarto y no salgáis de él hasta que el sol esté sobre el horizonte. Me ocuparé de que no se os sirva desayuno mañana. Un poco de hambre os hará recordar que hay un momento y un lugar para pelearse.

Berelain se encrespó, indignada.

—Soy la Principal de Mayene. A mí nadie me va dando órdenes como si yo fuera…

—Id a vuestro cuarto. Ahora —repitió Rhuarc, tajante. Faile se preguntó si podría darle una buena patada. Debió de tensar los músculos, porque, tan pronto como lo pensó, el Aiel aumentó la presión en su muñeca y ella tuvo que ponerse de puntillas —. Si no lo hacéis —siguió diciéndole a Berelain—, repetiremos la primera conversación que ambos mantuvimos, aquí mismo.

El semblante de Berelain se puso lívido y se encendió sucesivamente.

—Está bien —dijo al cabo, muy estirada—. Si insistes, quizá me…

—No os he ofrecido discutirlo. Si aún seguís aquí cuando cuente tres… Uno.

La Principal dio un respingo, se recogió las faldas y echó a correr. Se las compuso para contonearse incluso en estas circunstancias.

Faile la siguió con la mirada sin salir de su asombro. Casi merecía la pena tener el brazo medio dislocado. Rhuarc también observaba a Berelain, y una leve sonrisa apreciativa curvó sus labios.

—¿Es que no piensas soltarme en toda la noche? —demandó. El Aiel la soltó y se guardó sus cuchillos en el cinto—. ¡Eh, son míos!

—Están requisados. El castigo de Berelain por pelearos ha sido que en tu presencia alguien la haya mandado a la cama como una niña malcriada. El tuyo es quedarte sin estos cuchillos que tanto aprecias. Sé que tienes más, y si discutes es posible que también te quedes sin ellos. No permitiré que nadie altere el orden.

La muchacha le asestó una mirada furibunda, pero estaba convencida de que el Aiel hablaba en serio. Aquellos cuchillos se los había hecho expresamente para ella un hombre que conocía bien su trabajo; el equilibrio era perfecto.

—¿Qué «primera conversación» fue la que mantuviste con ésa? ¿Por qué ha salido corriendo?

—Eso es algo entre ella y yo. No te acerques a esa mujer otra vez, Faile. No creo que fuera ella quien iniciara esto; sus armas no son los cuchillos. Si alguna de las dos vuelve a causar dificultades, os pondré a sacar los desperdicios. Algunos de los tearianos creyeron que podían seguir sosteniendo sus duelos después de que me ocupara de mantener el orden de este lugar, pero el hedor de los carros de basura les enseñó enseguida lo equivocados que estaban. Ve con cuidado si no quieres aprenderlo del mismo modo que ellos.

Faile esperó hasta que Rhuarc se perdió de vista para frotarse el hombro. Le recordaba a su padre, y no porque éste le hubiera retorcido nunca el brazo, pero tenía tan poca paciencia como el Aiel con quienes ocasionaban problemas, ocuparan la posición que ocuparan, y nadie lo pilló nunca por sorpresa. Se preguntó si podría tenderle una trampa a Berelain para que incurriera en la ira del Aiel, sólo para ver a la Principal de Mayene sudando en medio de los carros de basura. Pero Rhuarc había dicho que si una hacía algo lo pagarían las dos. También su padre era de los que no hablaban por hablar. Berelain. Algo que había dicho la Principal pugnaba por venirle a la memoria. Sí, eso era: un juramento Ogier. Ningún Ogier rompía jamás un juramento. Decir «Ogier incumplidor de juramentos» era como decir «valeroso cobarde» o «avispado necio».

Se echó a reír sin poder evitarlo.

—Así que me lo vas a arrebatar, ¿no, idiota presumida? Para cuando quieras volver a verlo, si es que lo ves otra vez, ya será mío otra vez.

Con una queda risita echó a andar alegremente, y, de tanto en tanto, frotándose el hombro.

15



A través del umbral

Mat alzó la lámpara y escudriñó el angosto corredor, en lo más profundo de la Ciudadela. «Prometí que no lo haría a menos que mi vida dependiera de ello. Bueno pues, ¡que me aspen si no es así!»

Antes de que las dudas se apoderaran de él otra vez, echó a andar a buen paso y cruzó ante puertas carcomidas y desvencijadas, y ante otras que eran meros restos de madera colgados de goznes herrumbrosos. Habían barrido el suelo recientemente, pero el aire olía todavía a polvo antiguo y a moho. Algo se escabulló en la oscuridad, y sacó una daga antes de caer en la cuenta de que sólo era una rata que huía de él hacia algún agujero de salida que conocía.

—Muéstrame esa salida —le susurró al roedor—, e iré contigo. —«¿Por qué hablo en susurros? Aquí abajo no hay nadie que pueda oírme.» Sin embargo, parecía que el sitio requería silencio. Sentía todo el peso de la Ciudadela sobre su cabeza, aplastante.

Egwene le había dicho que era en la última puerta. También ésa colgaba ladeada. La abrió de una patada, y se hizo añicos. El cuarto se hallaba repleto de formas imprecisas, con cajas y barriles y cosas apiladas contra las paredes y en el resto del suelo. Y también estaba llena de polvo. «¡La Gran Reserva! ¡Pues parece el sótano de una granja abandonada, sólo que peor!» Le sorprendía que Egwene y Nynaeve no se hubieran puesto a quitar el polvo y asear este sitio mientras habían estado allí. Las mujeres siempre estaban limpiando y colocando cosas, hasta las que no hacía falta limpiar. Había huellas de pies que se cruzaban de un lado para otro en el suelo, algunas de botas; claro que habrían traído hombres para que movieran los objetos más pesados. Nynaeve siempre encontraba el modo de hacer trabajar a un hombre; probablemente había pillado a unos pobres tipos que se estaban divirtiendo.

Encontró lo que buscaba entre el mare mágnum. Un marco de puerta alto de piedra roja se erguía, imponente, ante él, resaltando de forma extraña con las sombras y luces arrojadas por la lámpara. Cuando se acercó le siguió pareciendo extraño, como torcido de algún modo. Prefirió no examinarlo con detenimiento; las esquinas no estaban bien encajadas, y el hueco rectángulo daba la impresión de que se iría al

suelo de un soplido. Sin embargo, cuando le dio un leve empujón para probar, aguantó firme. Empujó un poco más fuerte, sin saber a ciencia cierta si su intención era echar aquella cosa abajo, y aquel lado soltó un chirrido. El vello de los brazos se le puso de punta. Quizás estaba sujeto por la parte de arriba con algún alambre, suspendido del techo. Alzó la lámpara para mirar. No había ningún alambre. «Al menos no se caerá mientras estoy dentro. Luz, voy a entrar ahí ¿no es cierto?»

Un montón de figurillas y pequeños objetos, envueltos en trozos de tela podrida, atestaban la tapa de un barril alto que había cerca. Mat empujó el revoltijo a un lado para poner la lámpara allí, y examinó el umbral. El *ter'angreal*. Ojalá Egwene supiera de lo que hablaba; así era, probablemente, ya que tenía que haber aprendido todo tipo de cosas raras en la Torre, por mucho que lo negara. «Pues claro que lo negaría. Está preparándose para ser Aes Sedai, ¿no? Pero, aun así, no me ocultó esto, ¿verdad?» Si lo miraba con los ojos entrecerrados, tenía el aspecto de un marco de puerta corriente con el pulido apagado, y más aun debido al polvo. Un simple marco de puerta liso. Bueno, no tan liso; tenía tres líneas sinuosas, profundamente cinceladas, que se extendían desde el extremo superior al inferior. Los había visto más adornados en granjas. Seguramente lo cruzaría y descubriría que seguía en ese cuarto polvoriento.

«No lo sabré hasta que lo cruce, ¿verdad? ¡Que haya suerte!» Hizo una profunda inhalación —con lo que el polvo lo hizo toser— y dio un paso a través del umbral.

Fue como si pasara a través de una cortina de luz blanca y brillante; infinitamente brillante e infinitamente densa. Durante un momento que se le antojó eterno se quedó ciego; un ruido atronador le hirió los oídos, como si todos los sonidos del mundo se hubieran concentrado en un único estruendo. Y todo ello en el trecho de un paso inmensurable.

Avanzó otro paso, tambaleándose, y miró en derredor con pasmado asombro. El *ter'angreal* continuaba allí, pero este lugar no era el mismo donde había echado a andar. El retorcido marco de piedra se encontraba en el centro de una sala circular con un techo tan alto que se perdía en las sombras. Extrañas columnas espirales de color amarillo ascendían, sinuosas, hacia la penumbra semejando gigantescas enredaderas enroscadas sobre postes que hubieran sido arrancados posteriormente. Una tenue luz emanaba de unas esferas situadas encima de unos soportes también enroscados sobre sí mismos, pero hechos de algún tipo de metal blanco. No de plata, ya que el brillo era demasiado mortecino. Y, respecto a la luz, ni el menor indicio de cuál era la fuente; no se parecía a una llama. Las esferas brillaban, simplemente. Las baldosas del suelo arrancaban del *ter'angreal* en espirales de franjas blancas y amarillas. El aire estaba cargado de un fuerte olor, seco, penetrante y no precisamente agradable. Mat estuvo tentado de dar media vuelta y regresar al punto de partida.

—Hace mucho tiempo.

Mat dio un brinco al tiempo que su mano sacaba una de las dagas, y escudriñó

entre las columnas buscando de dónde había salido aquella voz susurrante con un acento fuerte.

—Mucho tiempo, pero los buscadores vuelven de nuevo por respuestas. Los consultantes acuden otra vez. —Una figura se movió detrás de las columnas; un hombre, pensó Mat—. Bien. No has traído lámparas ni antorchas, como el acuerdo era, lo es y siempre lo será. ¿No llevas hierro? ¿Ni instrumentos de música?

La figura entró en el círculo, alta, descalza y con el cuerpo, brazos y piernas envueltos en capas de tela amarilla, y de repente Mat ya no estuvo tan seguro de que fuera un hombre o si era siquiera humano. A primera vista lo parecía, aunque quizá sus movimientos resultaban demasiado gráciles, y daba la impresión de ser excesivamente delgado para su estatura, aparte de ese rostro estrecho y alargado. La piel, y hasta el liso cabello negro, reflejaban la tenue luz de un modo que recordaba las escamas de las serpientes. Y aquellos ojos, con unas pupilas que eran unas aberturas verticales, completamente negras. No, no era humano.

—Hierro. Instrumentos de música. ¿Traes alguno?

Mat se preguntó qué pensaría que era la daga; desde luego, no parecía en absoluto preocupado por ella. Bueno, la hoja era de un excelente acero, no de hierro.

—No. Ni hierro ni instrumentos de… ¿Por qué…? —Se calló bruscamente. Egwene había dicho tres preguntas, y no estaba dispuesto a desperdiciar una relacionada con «hierro» ni «instrumentos de música». «¿Por qué habría de importarle si traigo una docena de músicos en el bolsillo y a un herrero cargado a la espalda?»—. He venido aquí en busca de respuestas verdaderas. Si no eres el que las da, llévame ante quien lo hace.

El hombre —Mat había decidido que al menos eran varón— esbozó una sonrisa. No se le vieron dientes.

—Conforme al acuerdo. Ven. —Hizo un gesto con una mano de dedos larguísimos—. Sígueme.

Mat hizo desaparecer la daga debajo de la manga.

—Muestra el camino, que yo te sigo. —«Tú ve delante de mí y a plena vista. Este sitio me pone la piel de gallina.»

No había ni una sola superficie recta visible a excepción del propio suelo. Hasta el techo era abovedado en todo momento, y las paredes se combaban hacia afuera. Los pasillos mantenían un continuo trazado sinuoso; los marcos de las puertas eran redondos; las ventanas, círculos perfectos. Las baldosas creaban dibujos espirales y ondulados, y lo que parecían enrejados de bronce engastados a intervalos en el techo mostraban todos ellos motivos de complicadas volutas. No había cuadros ni pinturas ni colgaduras en las paredes. Sólo dibujos y siempre de trazos curvados.

Mat no vio a nadie salvo a su silencioso guía; habríase dicho que el lugar estaba desierto a excepción de ellos dos. En algún rincón de su mente se insinuaba el

recuerdo de unos pasillos que no habían hollado pies humanos en centenares de años, y esto le daba la misma sensación. Con todo, a veces atisbaba un fugaz movimiento por el rabillo del ojo; pero, por muy rápido que volviera la cabeza, nunca veía a nadie. Simuló frotarse los brazos para comprobar que seguía llevando las dagas metidas debajo de las mangas de la chaqueta.

Lo que se divisaba a través de aquellas ventanas redondas era aún peor. Árboles altos que por copa tenían una especie de sombrilla de ramas lacias, y otros que semejaban inmensos abanicos de hojas finas como encajes, una maraña vegetal que recordaba el corazón de una espesura estrangulada con zarzas, todo ello bajo una luz mortecina de un día encapotado a pesar de que no parecía haber nubes en el cielo. Las ventanas se sucedían sin interrupción, siempre al mismo lado del sinuoso pasillo; a veces cambiaba el lado, pero, en lugar de dar a patios o habitaciones, lo hacían al mismo bosque extraño. En ningún momento vislumbró alguna otra parte de este palacio, o lo que quiera que fuera, a través de las ventanas ni ningún otro edificio, salvo…

Al otro lado de una de estas aberturas redondas divisó tres altas y ahusadas torres plateadas que se curvaban hacia adentro, como buscándose, de modo que sus afilados remates apuntaban hacia el mismo lugar. Eran invisibles desde la siguiente ventana, tres pasos más adelante, pero al cabo de pocos minutos, después de que su guía y él hubieran girado en suficientes curvas para mirar en otra dirección, volvió a verlas. Trató de convencerse de que eran otras torres, pero en el espacio que había entre ellas y la ventana se alzaba uno de aquellos árboles con forma de abanico que tenía colgando una rama rota; un árbol que había visto en el mismo sitio la primera vez. Después de divisar las torres y el extraño árbol de la rama quebrada por tercera vez, en esta ocasión diez pasos más adelante pero al otro lado del pasillo, procuró no mirar lo que había en el exterior.

La caminata parecía no tener fin.

—¿Dónde…? ¿Vamos a…? —Mat apretó los dientes. Tres preguntas. Era difícil enterarse de nada sin hacerlas—. Confío en que me conduzcas a quienes pueden responder a mis preguntas. Rayos y truenos, eso espero. Por mi propio bien y por el tuyo, la Luz sabe que es verdad lo que digo.

—Aquí —dijo el extraño individuo envuelto en ropajes amarillos mientras señalaba con una de sus afiladas manos a un marco redondo, el doble de grande de cuantos Mat había visto hasta el momento. Sus peculiares ojos estudiaron intensamente al joven. Abrió la boca e inhaló larga y profundamente. Mat lo miró ceñudo, y el extraño individuo se encogió de hombros como retorciéndose—. Aquí puede que encuentres tus respuestas. Entra. Entra y pregunta.

También Mat respiró hondo, pero hizo un gesto de desagrado y se frotó la nariz. Aquel olor fuerte y penetrante resultaba repulsivo. Dio un paso vacilante hacia la alta

puerta y miró en derredor buscando a su guía, pero el tipo había desaparecido. «¡Luz! No sé por qué me sorprende nada de este sitio a estas alturas. Bueno, que me aspen si creen que voy a echarme atrás ahora.» Procurando no pensar si sería capaz de encontrar el *ter'angreal* por sí mismo, entró.

Era otra estancia redonda, con baldosas que dibujaban espirales rojas y blancas bajo un techo abovedado. No tenía columnas ni ningún tipo de mobiliario excepto tres gruesos y retorcidos pedestales alrededor del arranque de las espirales del suelo. Mat no veía otro modo de llegar a la parte superior a no ser trepando por las revueltas del trazado y, sin embargo, en lo alto de cada pedestal había un hombre igual a su guía sentado con las piernas cruzadas, sólo que envueltos en telas de color rojo. Tras una segunda ojeada decidió que no todos eran hombres; dos de aquellos rostros alargados de extraños ojos tenían un inconfundible aire femenino. Sus intensas y penetrantes miradas estaban clavadas en él, y respiraban profunda y entrecortadamente, casi jadeando. Se preguntó si despertaría en ellos cierto nerviosismo. «Ni por lo más remoto. Pero desde luego a mí me están poniendo los nervios de punta con su maldito escrutinio.»

—Ha pasado mucho tiempo —dijo la mujer de la derecha.

—Mucho —abundó la mujer de la izquierda.

—Pero vuelven a venir —asintió el hombre.

Los tres tenían el mismo tipo de voz susurrante que el guía —de hecho casi no se distinguían entre sí— y la manera áspera de pronunciar las palabras. Los tres hablaron al unísono, dando la impresión de que los sonidos los hubiera modulado una sola boca:

—Entra y pregunta, conforme al antiguo acuerdo.

Si Mat creyó que antes se le había puesto la piel de gallina, ahora no le cabía duda de que tenía todo el vello de punta. Se obligó a aproximarse un poco más. Con cuidado —con mucho tiento para no decir nada que sonara ni por lo más remoto a una pregunta— les expuso la situación. Los Capas Blancas estaban seguramente en su pueblo, sin duda dando caza a amigos suyos y posiblemente buscándolo a él también. Uno de sus amigos iba a hacerles frente, y otro, no. Su familia probablemente no corría peligro, pero con los condenados Hijos de la Luz rondando por allí… Un *ta'veren* que tiraba de él de tal modo que casi no podía moverse. No vio razón para dar nombres ni mencionar que Rand era el Dragón Renacido. Su primera pregunta —y en realidad las otras dos también— las había preparado antes de bajar a la Gran Reserva.

—¿Debería ir a casa para ayudar a mi gente? —planteó por fin.

Los tres pares de ojos con pupilas en forma de rendija se apartaron de él —de mala gana, aparentemente— y contemplaron el vacío. Al cabo, la mujer de la izquierda dijo:

—Debes ir a Rhuidean.

Nada más pronunciar las palabras, los ojos de los tres se volvieron hacia Mat, los cuerpos se echaron hacia adelante y la respiración trabajosa se reanudó. En ese preciso momento repicó una campana, un sonido estrepitoso y urgente que retumbó en la estancia. Las tres figuras se enderezaron y se miraron entre sí, después al vacío de nuevo y, por último, otra vez a Mat.

—Ése es otro —musitó la mujer de la izquierda—. El tirón. La tensión.

—El sabor —dijo el hombre—. Ha pasado mucho tiempo.

—Todavía hay tiempo —les dijo la otra mujer. Su tono sonaba tranquilo, como el de los otros dos, pero en su voz había un timbre cortante cuando se volvió hacia el joven—. Pregunta. Pregunta.

Mat los miró furioso. «¿A Rhuidean? ¡Luz!» Eso estaba en alguna parte del Yermo, sólo la Luz y los Aiel sabían dónde. Era todo su conocimiento sobre ese sitio. ¡En el Yermo! La rabia dejó en segundo plano las preguntas sobre cómo escapar de las Aes Sedai y cómo recobrar las partes perdidas de su memoria.

—¡Rhuidean! —bramó—. ¡Que la luz me abrase si quiero ir a Rhuidean! ¡Y que mi sangre se derrame si lo hago! ¿Por qué iba a hacerlo? No estáis respondiendo a mis preguntas. ¡Se supone que tenéis que responder, no ofrecerme acertijos!

—Si no vas a Rhuidean, morirás —dijo la mujer de la derecha.

La campana sonó otra vez, en esta ocasión más fuerte; Mat notó las reverberaciones en la planta de los pies. Las miradas que intercambiaron los tres eran evidentemente ansiosas. Abrió la boca, pero no le prestaban la menor atención.

—El tirón —adujo una de las mujeres precipitadamente—. El esfuerzo es demasiado grande.

—Su sabor —agregó la otra—. Ha pasado demasiado tiempo.

—La tensión es demasiado fuerte —manifestó el hombre sin casi darle tiempo a terminar de hablar—. Demasiada. Pregunta. ¡Pregunta!

—Así os consuma un deseo insaciable —gruñó Mat—. ¡Pues claro que preguntaré! ¿Por qué moriré si no voy a Rhuidean? Seguramente acabaré muerto si voy, así que da lo…

El hombre lo interrumpió hablando muy deprisa:

—Porque habrías eludido el hilo del destino, dejarías el sino que tienes marcado a la deriva de los vientos del tiempo, y serías asesinado por aquellos que no quieren que ese destino se cumpla. Ahora, vete. ¡Tienes que marcharte! ¡Deprisa!

El guía de ropajes amarillos apareció de repente al lado de Mat y le tiró de la manga con aquellas manos demasiado largas.

Mat se soltó de un tirón.

—¡No! ¡No pienso irme! Me habéis apartado de las preguntas que quería hacer y me habéis dado respuestas sin sentido. No podéis dejarlo así, sin más. ¿De qué

destino habláis? ¡Al menos quiero una respuesta clara de vosotros!

Un tercer toque de campana resonó lúgubre, y toda la estancia se sacudió.

—¡Vete! —gritó el hombre—. ¡Ya tienes tus respuestas! ¡Debes marcharte antes de que sea demasiado tarde!

De pronto, como saliendo de la nada, una docena de hombres vestidos de amarillo rodeó a Mat y trataron de empujarlo hacia la puerta. El joven se resistió con puños, codos y rodillas.

—¿Qué destino? ¡Así se abrasen vuestros corazones! ¿Qué destino? —La propia estancia repicó, el suelo y las paredes se estremecieron con tanta violencia que casi tiraron a Mat y a sus atacantes—. ¿Qué destino?

Los tres estaban de pie en lo alto de los pedestales, y el joven no supo cuál de ellos chilló qué respuesta.

—¡Casarte con la Hija de las Nueve Lunas!

—¡Morir y renacer y volver a vivir una parte de lo que fue!

—¡Renunciar a la mitad de la luz del mundo para salvar el mundo!

Después sus voces se unieron, sonando como un chorro de vapor a presión al escapar:

—¡Ve a Rhuidean, hijo de las batallas! ¡Ve a Rhuidean, embaucador! ¡Ve, jugador! ¡Ve!

Los atacantes de Mat lo levantaron en vilo por brazos y piernas y corrieron sosteniéndolo sobre sus cabezas.

—¡Soltadme, hijos de cabra descoloridos! —gritó sin dejar de forcejear—. ¡La Luz os ciegue! ¡Que la Sombra devore vuestras almas! ¡Soltadme! ¡Os arrancaré las entrañas y haré con ellas una cincha para mi silla de montar!

Pero por mucho que gritó y maldijo aquellos dedos mantuvieron firme su presa cual cepos de hierro. La campana repicó otras dos veces, o tal vez fuera el propio palacio. Todo temblaba como si hubiera un terremoto; las paredes reverberaban ensordecedoramente, en cada ocasión con más fuerza que la anterior. Los apresadores de Mat se tambaleaban, a punto de caer, pero no detuvieron su atropellada carrera. El joven no veía siquiera hacia dónde lo llevaban hasta que se frenaron bruscamente y lo incorporaron en el aire. Entonces se encontró delante del marco retorcido, el *ter'angreal*, y lo atravesó volando.

La luz blanca lo cegó; el estruendo llenó su cabeza hasta que salió al otro lado.

Cayó pesadamente sobre el polvoriento suelo en medio de la penumbra y llegó rodando al pie del barril sobre el que estaba su lámpara, en la Gran Reserva. El barril se tambaleó y las figurillas y los paquetes se precipitaron contra el suelo con un ruido de piedra, porcelana y marfil roto. Se incorporó de un brinco y se abalanzó contra el marco de piedra.

—¡Malditos, no podéis echarme…!

Lo cruzó y chocó violentamente contra las cajas y los barriles que había al otro lado. Sin esperar un instante volvió a saltar a través de él, con el mismo resultado. Esta vez se agarró al barril de la lámpara, que estuvo a punto de caer sobre los añicos de las piezas rotas esparcidos por el suelo. La cogió a tiempo, se quemó la mano, y la soltó en otra superficie más firme.

«¡Que me condene si tengo malditas las ganas de quedarme aquí abajo en medio de la oscuridad! —pensó mientras se chupaba los dedos quemados—. ¡Luz, con la suerte que estoy teniendo, seguro que se habría prendido fuego y me habría achicharrado!»

Lanzó una mirada enconada al *ter'angreal*. ¿Por qué no funcionaba? Tal vez los tipos del otro lado lo habían cerrado de algún modo. No entendía prácticamente nada de lo que había ocurrido. Lo de la campana, y el pánico que se había apoderado de ellos. Habríase dicho que tenían miedo de que el techo se desplomara sobre sus cabezas. Pensándolo bien, poco había faltado para que se les viniera encima. Y lo de Rhuidean y todo lo demás. Como si lo del Yermo fuera poco, resulta que estaba destinado a casarse con alguien llamada la Hija de las Nueve Lunas. ¡Casarse! Y con una noble, por lo que parecía. Antes se casaría con una cerda que con una noble. Como lo de morir y volver a vivir. «¡Muy amable por su parte añadir ese detalle!» Si algún Aiel de rostro velado lo mataba de camino a Rhuidean, descubriría hasta qué punto era cierto eso. Todo ello tonterías sin sentido, y no creía ni una sola palabra. Sólo que… El maldito marco lo había llevado a alguna parte, y sólo habían accedido a contestar tres preguntas, como le había dicho Egwene.

—¡Pues no pienso casarme con una maldita noble! —le gritó al *ter'angreal*—. ¡Contraeré matrimonio cuando sea tan viejo que no me queden ganas de divertirme! ¡A la mierda con Rhuidean y…!

Por el retorcido marco de piedra apareció una bota, seguida de inmediato por el resto de Rand, con aquella ardiente espada en la mano. El arma desapareció cuando estuvo fuera completamente; entonces Rand soltó un suspiro de alivio. A pesar de la mortecina luz Mat advirtió que estaba preocupado. Se sobresaltó al reparar en su presencia.

—¿Curioseando, Mat, o también lo cruzaste?

Mat lo observó con cautela un momento. Por lo menos ya no llevaba la espada. Tampoco parecía que estuviera encauzando —aunque ¿cómo demonios podía saberlo ni él ni nadie?— y tampoco tenía aspecto de estar demente. De hecho, se parecía mucho al Rand que Mat recordaba. Tuvo que repetirse para sus adentros que ya no estaban en casa y que Rand no era el mismo de antes.

—Oh, ya lo creo que crucé. Un puñado de mentirosos, si quieres que te dé mi opinión. ¿Qué son? Me recordaban a las serpientes.

—No creo que sean mentirosos. —Lo dijo como si deseara que lo fueran—. No,

eso no. Desde el principio noté que me tenían miedo. Y cuando esa campana empezó a repicar… La espada los mantuvo a raya; ni siquiera podían mirarla. La rehuían, se tapaban los ojos. ¿Obtuviste tus respuestas?

—Nada que tuviera sentido —rezongó Mat—. ¿Y tú?

De pronto Moraine apareció en el *ter'angreal* dando la impresión de que surgía de la nada con un grácil paso, como si flotara. Si no hubiera sido Aes Sedai habría resultado la compañera ideal para un baile. Apretó los labios al verlos allí.

—¡Vosotros! Los dos estuvisteis dentro. ¡Por eso fue por lo que…! —Soltó un siseo furioso—. Con uno de vosotros ya habría sido bastante malo, pero dos *ta'veren* al mismo tiempo… Habríais podido romper la conexión por completo y quedar atrapados allí. Condenados muchachos, jugando con cosas cuyo peligro desconocéis. ¡Perrin! ¿Está también ahí dentro? ¿Ha compartido vuestra… *hazaña*?

—La última vez que lo vi estaba a punto de irse a la cama —contestó Mat. A lo mejor Perrin lo desmentía siendo el siguiente en cruzar el condenado umbral, pero por lo menos procuraría desviar la ira de la Aes Sedai si estaba en sus manos. No había necesidad de que Perrin tuviera que sufrirla también. «A lo mejor él consigue librarse de Moraine, por lo menos, si se marcha antes de que descubra lo que se propone. ¡Maldita mujer! Apuesto a que es noble de nacimiento.»

Que la Aes Sedai estaba furiosa no cabía la menor duda. Tenía las mejillas pálidas, y sus ojos eran oscuros berbiquíes que taladraban a Mat.

—Por lo menos habéis escapado con vida. ¿Quién os habló de esto? ¿Cuál de ellas fue? Haré que desee que la hubiera despellejado.

—Me lo dijo un libro —repuso Rand calmosamente. Se sentó al borde de un cajón que crujió de manera alarmante bajo su peso, y se cruzó de brazos. Todo ello con una fría calma; Mat deseó poder emularlo—. De hecho, un par de libros. *Los tesoros de la Ciudadela* y *Tratos con el territorio de Mayene*. Sorprendente lo que uno puede sacar de los libros si lee el tiempo suficiente, ¿no os parece?

—¿Y tú? —Volvió aquella mirada taladradora hacia Mat—. ¿También lo leíste en un libro?

—Leo de vez en cuando —replicó, cortante. No le habría desagradado que a Egwene y a Nynaeve les hubieran arrancado un poco de piel después de lo que habían hecho con él para obligarlo a revelar dónde había escondido la carta de la Amyrlin; atarlo con el Poder ya era malo de por sí, ¡pero el resto! Sin embargo, resultaba más divertido pellizcarle la nariz a Moraine—. *Tesoros*. *Tratos*. Los libros guardan muchas cosas. —Por suerte, la Aes Sedai no hizo hincapié en que había repetido los títulos; Mat no había prestado atención una vez que Rand sacó a colación lo de los libros.

En lugar de ello, Moraine se volvió hacia Rand.

—¿Y tus respuestas?

—Son para mí —contestó Rand, que frunció el entrecejo—. Pero no resultó fácil. Trajeron una… mujer para que hiciera de intérprete, pero se expresaba como un libro antiguo. Me costó entender algunas palabras. No se me pasó por la cabeza que hablaran otro idioma.

—La Antigua Lengua —le aclaró Moraine—. Utilizan la Antigua Lengua o, más bien, un burdo dialecto, para comunicarse con los hombres. ¿Y tú, Mat? ¿Se le entendía bien a tu intérprete?

Al joven se le había quedado la boca seca de repente.

—¿La Antigua Lengua? ¿Era eso lo que hablaban? No me trajeron intérprete. De hecho, no tuve ocasión de hacer mis preguntas. Esa campana empezó a sonar y las paredes temblaron, y entonces me sacaron de allí precipitadamente como si fuera una vaca soltando un reguero de excrementos sobre la alfombra. —Seguía mirándolo intensamente, y sus ojos hurgaban dentro de su cabeza. Sabía que algunas veces se le escapaban palabras en la Antigua Lengua—. Alguna que otra palabra me sonaba familiar, pero no lo bastante para descifrarlas. Rand y vos obtuvisteis respuestas. ¿Qué sacaron a cambio esas serpientes con patas? Cuando subamos esas escaleras no vamos a encontrarnos con que han transcurrido diez años, como Bili en el cuento, ¿verdad?

—Sensaciones —respondió la Aes Sedai haciendo una mueca de asco—. Sensaciones, emociones, experiencias. Revuelven en ellas, y uno percibe cómo lo hacen, y se le pone la piel de gallina. Tal vez se nutren de ellas de algún modo. La Aes Sedai que estudió este *ter'angreal* cuando lo guardaban en Mayene escribió sobre el intenso deseo de bañarse después. Desde luego, es lo que pienso hacer yo.

—¿Pero sus respuestas son verdaderas? —quiso saber Rand cuando ella se daba media vuelta para marcharse—. ¿Estáis segura? Los libros dan a entender que es así, pero ¿realmente pueden dar respuestas ciertas acerca del futuro?

—Las respuestas son ciertas —afirmó lentamente Moraine—, en cuanto se refiere a tu propio futuro. Eso es indiscutible. —Observó a Rand y a Mat como sopesando el efecto que tenían en ellos sus palabras—. En cuanto al cómo, sin embargo, sólo existen especulaciones. El mundo se… dobla sobre sí mismo de un modo extraño. No puedo explicarlo con más claridad. Tal vez sea eso lo que les permite leer el hilo de la vida humana, las formas distintas en que puede tejerse en el Entramado. O quizá sea un talento de esos seres. No obstante, a menudo las respuestas son oscuras. Si necesitáis ayuda para discurrir el significado de las vuestras, podéis contar conmigo. —Sus ojos fueron del uno al otro, y faltó poco para que Mat mascullara una maldición. No había creído que no le habían dado respuestas. A menos que se tratara simplemente de una sospecha de la Aes Sedai. Rand esbozó lentamente una sonrisa.

—¿Y vos me contaréis lo que preguntasteis y lo que os respondieron?

Por toda contestación Moraine le devolvió una mirada intensa, escrutadora, y

después se dirigió a la puerta. Súbitamente apareció flotando delante de ella una pequeña bola de luz, tan brillante como una linterna, que le alumbró el camino.

Mat sabía que lo mejor era dejar las cosas como estaban. Que se fuera, y, con suerte, que olvidara que lo había visto allí abajo. Pero una ardiente ira bullía todavía dentro de él. Todas esas estupideces que le habían dicho. Bueno, si Moraine lo decía a lo mejor eran ciertas, pero habría querido coger a esos tipos por el cuello o lo que quiera que taparan aquellas envolturas de tela, y obligarlos a aclarar unas cuantas cosas.

—¿Por qué no se puede entrar más de una vez, Moraine? —preguntó a la Aes Sedai—. ¿Por qué no? —Estuvo en un tris de preguntar también por qué les preocupaban el hierro y los instrumentos musicales, pero se mordió la lengua a tiempo. No habría sabido esos detalles si no entendía lo que decían.

Moraine se detuvo ante la puerta que daba al pasillo y volvió la cabeza. Era imposible determinar si lo miraba a él o al *ter'angreal* o a Rand.

—Si lo supiera todo, Matrim, no necesitaría hacer preguntas. —Siguió escudriñando el interior del cuarto un momento más, aunque en realidad sus ojos estaban fijos en Rand, y después se alejó sin decir una palabra.

Durante un rato los dos jóvenes se miraron en silencio.

—¿Descubriste lo que querías saber? —preguntó Rand finalmente.

—¿Y tú?

Una reluciente llama cobró vida, suspendida sobre la palma de Rand, en absoluto semejante al suave fulgor de la esfera de la Aes Sedai, sino tan brillante como la de una antorcha. Rand daba el primer paso hacia la puerta cuando Mat hizo otra pregunta:

—¿De verdad no vas a mover un dedo para impedir que los Capas Blancas hagan lo que quieran en casa? Sabes que se dirigen hacia Campo de Emond, si es que ya no se encuentran allí. Ojos amarillos, el maldito Dragón Renacido… Demasiado, en cualquier caso.

—Perrin hará… lo que tenga que hacerse para salvar Campo de Emond —respondió Rand con un timbre apenado en la voz—. Y yo haré lo que he de hacer, o no será sólo Campo de Emond lo que caerá, y en manos peores que las de los Capas Blancas.

Mat se quedó mirando cómo la luz de la llama se iba alejando pasillo adelante hasta que recordó dónde estaba. Entonces recogió su lámpara y echó a andar a paso vivo. «¡Rhuidean! Luz, ¿qué voy a hacer?»

16



Despedidas

Tendido sobre las sábanas empapadas en sudor, con la mirada prendida en el techo, Perrin vio cómo la oscuridad daba paso a la penumbra gris del amanecer. A no tardar el sol asomaría por el horizonte. La mañana. Un momento para nuevas esperanzas; un tiempo de levantarse y hacer cosas. Nuevas esperanzas. Casi se echó a reír. ¿Cuánto llevaba despierto? Una hora o más, seguro. Al rascarse la rizosa barba hizo un gesto de dolor. El hombro contusionado se le había quedado rígido, y se sentó muy despacio en la cama; el sudor humedeció su rostro mientras se obligaba a mover el brazo. Siguió haciéndolo, empero, conteniendo gemidos y mordiéndose la lengua de vez en cuando para tragarse las maldiciones, hasta que fue capaz de moverlo con cierta libertad aunque seguía doliéndole.

Había dormido poco y mal, a ratos. Estando despierto, veía el rostro de Faile, la acusadora mirada de sus oscuros ojos, la expresión dolida de la que era responsable y que lo hacía encogerse por dentro. Cuando se quedó dormido, soñó que subía a una horca y que Faile lo estaba presenciando o, lo que era peor, que intentaba impedirlo haciendo frente a los Capas Blancas y a sus lanzas y sus espadas, y que él gritaba mientras la cuerda se ceñía alrededor de su cuello; gritaba porque estaban matando a Faile. A veces veía que lo colgaban con una sonrisa de feroz satisfacción. No era de extrañar que estos sueños lo hicieran despertarse sobresaltado. Una de las veces soñó que los lobos salían corriendo del bosque para salvarlos a Faile y a él, pero eran ensartados por las lanzas de los Capas Blancas y derribados con sus flechas. No había descansado en toda la noche. Se lavó y se vistió a toda prisa, y abandonó la habitación como si con ello esperara dejar atrás el recuerdo de sus sueños.

Apenas quedaban señales del ataque de la noche anterior; aquí, un tapiz desgarrado por el filo de una espada; allí, un arcón con una esquina astillada por un hacha; o un trozo más claro en las baldosas del suelo, donde habían retirado la alfombra manchada de sangre. La gobernanta tenía a todo su ejército de sirvientes uniformados en pleno trabajando —aunque muchos llevaban vendajes—, barriendo, fregando, retirando cosas y reemplazando otras. Caminaba cojeando, apoyada en un bastón; ofrecía una curiosa estampa, una mujerona, con el cabello gris enroscado

hacia arriba como un gorro a causa del vendaje que le ceñía la cabeza, dando órdenes con voz firme, resuelta a hacer desaparecer hasta el último vestigio de la segunda violación sufrida por la Ciudadela. Vio a Perrin e hizo una mínima reverencia casi inapreciable. Hasta los Grandes Señores conseguían poca cosa más de ella incluso cuando se encontraba bien. A pesar de la exhaustiva limpieza, bajo el olor a ceras y pulimentos y jabones Perrin percibía un débil aroma a sangre: el intenso y metálico de sangre humana; el fétido de la de trolloc; el acre de los Myrddraal, con su fetidez que le irritaba las fosas nasales. Sería un descanso salir de aquí.

La puerta del cuarto de Loial tenía un metro ochenta de anchura y más de tres y medio de alto, con una manilla enorme en forma de enredaderas entrelazadas que estaba a la altura de la cabeza de Perrin. La Ciudadela tenía varios aposentos para invitados Ogier que se utilizaban en contadas ocasiones, pero era una nota de prestigio emplear constructores de esta raza, al menos de vez en cuando. Perrin llamó a la puerta, y cuando una voz que sonaba como una lenta avalancha respondió «¡Adelante!» giró la manilla y entró.

Las medidas de la habitación estaban en relación con las de la puerta; aun así, Loial, de pie en medio de la alfombra de motivos florales, en mangas de camisa y con una larga pipa sujeta entre los dientes, otorgaba a las grandes dimensiones la apariencia de un tamaño normal. El Ogier era más alto que un trolloc, aunque no tan corpulento. Calzaba unas botas anchas de pala, altas y ajustadas a las piernas; la chaqueta de color verde oscuro iba abotonada desde el cuello hasta la cintura; allí se acampanaba y llegaba hasta la embocadura de las botas como unas faldillas, por encima de unos pantalones de pliegues. Su aspecto ya no le resultaba chocante a Perrin, pero una sola mirada bastaba para darse cuenta de que éste no era un hombre normal en una habitación normal. La nariz del Ogier era tan ancha que parecía un hocico, y las cejas semejaban largos bigotes que colgaban a los lados de unos ojos grandes como tazas. Sus orejas, rematadas por un mechón de pelos, asomaban entre el greñudo y negro cabello que le llegaba casi a los hombros. Cuando sonrió al ver a Perrin, sin soltar la pipa de los dientes, dio la impresión de que su rostro se partía en dos.

—Buenos días, Perrin —retumbó, soltando la pipa—. ¿Has dormido bien? No habrá sido fácil después de una noche así. Yo me he pasado la mitad del tiempo levantado, poniendo por escrito lo que había ocurrido. —En la otra mano llevaba una pluma, y sus dedos, gruesos como salchichas, estaban manchados de tinta.

Había libros por todas partes, sobre las sillas de tamaño Ogier, en la inmensa cama y en la mesa, tan alta que le llegaba al pecho a Perrin. Lo de los libros no era de extrañar, pero lo que sí le sorprendió fueron las flores, de todo tipo y color. Jarrones, cestos, ramilletes atados con cintas e incluso con cuerdas, jardineras del tamaño de arriates. Perrin no había visto nada parecido dentro de una habitación; el aroma

saturaba el aire. Empero, lo que atrajo la atención del joven fue el hinchado bulto en la cabeza de Loial y su pronunciada cojera al caminar. Si el Ogier no estaba en condiciones de viajar… Se avergonzó por pensar de ese modo, ya que Loial era su amigo, pero no le quedaba otro remedio.

—¿Te hirieron? Moraine podría curarte, estoy seguro.

—Oh, puedo moverme sin problema, y hay muchos que realmente necesitan ayuda. No querría molestarla. Además, no es tan grave que me impida seguir con mi trabajo. —Loial miró la mesa donde yacía abierto un libro encuadernado con tela, grande para Perrin pero que entraría sin dificultad en uno de los bolsillos de la chaqueta del Ogier, al lado de un tintero abierto—. Espero haberlo escrito todo correctamente. Anoche no vi gran cosa hasta que todo hubo acabado.

—Loial es un héroe —dijo Faile levantándose detrás de una de las jardineras. Tenía un libro en las manos.

Perrin dio un brinco de sobresalto; las flores habían encubierto totalmente su olor. Loial chasqueó la lengua al tiempo que sus orejas se doblaban y retorcían con turbación; movió las grandes manos para que la muchacha se callara, pero ella prosiguió:

—Reunió a todos los niños que pudo, y a alguna de sus madres, en una habitación grande y defendió la puerta él solo contra trollocs y Myrddraal a lo largo de toda la batalla. —Su voz sonaba serena, pero sus ojos, clavados en el rostro de Perrin, eran como brasas—. Estas flores las han enviado las mujeres de la Ciudadela para agradecer su admirable valentía y su inquebrantable lealtad. —Pronunció las dos últimas palabras de manera que sonaron como los chasquidos de un látigo.

Perrin se las compuso para no encogerse, aunque a costa de un gran esfuerzo. Había hecho lo correcto, pero no podía esperar que ella lo entendiera. Aun en el caso de que supiera la razón, no lo comprendería. «Hice lo que debía. No tenía otra opción.» Sólo que le habría gustado sentirse a gusto consigo mismo; era injusto que, teniendo razón, la sensación fuera de estar equivocado.

—Bah, no tuvo importancia. —Las orejas de Loial se agitaban frenéticamente—. Los niños no podían defenderse por sí mismos, eso es todo. Nada de héroe. Ni hablar.

—Tonterías. —Faile puso el dedo para señalar la página antes de cerrar el libro y se acercó al Ogier. Ni siquiera le llegaba al pecho—. Si fueras de nuestra raza, no habría una sola mujer en toda la Ciudadela que no quisiera casarse contigo, Loial, y algunas lo harían de todos modos. Te pusieron un nombre adecuado, porque la lealtad forma parte de tu naturaleza. Cualquier mujer apreciaría eso.

Las orejas del Ogier se pusieron tensas en un gesto de alarma, y Perrin esbozó una mueca. Saltaba a la vista que Faile se había pasado toda la mañana echando flores a Loial con la esperanza de que el Ogier accediera a llevarla con ellos lo quisiera Perrin o no, pero sin saberlo lo que había conseguido era que sus lisonjas

surtieran justo el efecto contrario al que pretendía.

—¿Has recibido noticias de tu madre, Loial? —preguntó.

—No. —Loial consiguió que su tono sonara aliviado y preocupado por igual—. Pero ayer vi a Laefar en la ciudad. Fue un encuentro que nos sorprendió a los dos, ya que no es habitual ver Ogier en Tear. Venía del *stedding* Shangtai para negociar la reparación de unas obras de cantería Ogier en uno de los palacios. Estoy seguro de que sus primeras palabras cuando regrese al *stedding* serán: «Loial se encuentra en Tear».

—Qué mal asunto —comentó Perrin, a lo que el Ogier asintió con desaliento.

—Laefar dice que los Mayores me han declarado fugitivo y que mi madre ha prometido hacer que me case y me establezca. Tiene incluso elegida a la novia, aunque Laefar no sabe quién es, o eso dijo. Por lo visto le parece muy divertido todo el asunto. Mi madre podría estar aquí dentro de un mes.

El semblante de Faile era la viva imagen del desconcierto, cosa que casi hizo sonreír a Perrin otra vez. Creía que conocía el mundo mucho mejor que él —bueno, en realidad así era— pero no conocía al Ogier. El *stedding* Shangtai era el hogar de Loial, en la Columna Vertebral del Mundo, y puesto que tenía poco más de noventa años no era lo bastante mayor para marcharse sin permiso. Los Ogier eran muy longevos; en los cómputos de su raza, Loial era tan joven como Perrin, puede que incluso más. Pero se había marchado para ver mundo, y su mayor temor era que su madre lo encontrara y se lo llevara a rastras de vuelta al *stedding* para casarlo y no volver a salir jamás de allí.

Mientras Faile se esforzaba por entender lo que estaba pasando, Perrin rompió el silencio:

—Tengo que volver a Dos Ríos, Loial. Tu madre no te encontraría allí.

—Sí, eso es cierto. —El Ogier se encogió de hombros, incómodo—. Pero mi libro, la historia de Rand… Y la tuya, y la de Mat. Ya tengo muchas notas tomadas, pero… —Rodeó la mesa y miró con los ojos entrecerrados el libro abierto, las páginas llenas de su pulcra escritura—. Seré quien escriba la verdadera historia del Dragón Renacido, Perrin. El único libro de alguien que viajó con él, que de hecho lo vio desarrollarse, revelarse como tal. *El Dragón Renacido*, por Loial, hijo de Arent, nieto de Halan, del *stedding* Shangtai. —Arrugó la frente y se inclinó sobre el libro al tiempo que mojaba la pluma en el tintero—. Eso no es del todo correcto. Más bien fue…

Perrin puso la mano sobre la página en la que Loial iba a escribir.

—No escribirás ningún libro si tu madre te encuentra. Al menos, no sobre Rand. Y te necesito, Loial.

—¿Que me necesitas? No te entiendo, Perrin.

—Hay Capas Blancas en Dos Ríos. Quieren darme caza.

—¿Por qué? —Loial estaba tan desconcertado como antes lo estaba Faile. Por otro lado, la muchacha había adoptado una expresión de satisfecha complacencia que resultaba preocupante.

—La razón es lo de menos. Lo que cuenta es que están allí. Podrían hacer daño a la gente, a mi familia, con tal de encontrarme. Conociendo a los Capas Blancas, sé que lo harán. En mi mano está impedirlo, si llego a tiempo, pero ha de ser muy pronto. Sólo la Luz sabe qué habrán hecho ya. Necesito que me lleves allí, Loial, por los Atajos. Una vez me dijiste que había una puerta en Tear, y sé que existía otra en Manetheren. Tiene que seguir allí, en las montañas que se alzan junto a Campo de Emond. No hay nada que pueda destruir una puerta a los Atajos, según tus propias palabras. Te necesito, Loial.

—Vaya, pues claro que te ayudaré. Los Atajos. —Soltó un borrascoso suspiro, y sus orejas flojearon levemente—. Quiero escribir sobre aventuras, no vivirlas, pero supongo que por una más no va a pasar nada. Así lo ha querido la Luz —acabó fervorosamente.

Faile carraspeó con delicadeza.

—¿No te olvidas de algo, Loial? Prometiste que me llevarías a los Atajos cuando te lo pidiera y que sería la primera, antes que nadie.

—Te prometí que te enseñaría una puerta a los Atajos y cómo son por dentro —la contradijo Loial—. Lo podrás hacer cuando Perrin y yo nos marchemos. Supongo que podrías acompañarnos, pero viajar por los Atajos no es fácil. De hecho, yo no entraría en ellos si Perrin no lo necesitara.

—Faile no viene —manifestó firmemente el joven—. Sólo iremos tú y yo, Loial.

La muchacha hizo caso omiso de él y sonrió al Ogier como si éste estuviera tomándole el pelo.

—Me prometiste algo más que una simple ojeada, Loial. Dijiste que me llevarías a donde quisiera, cuando quisiera y antes que nadie. Lo juraste.

—Lo hice, sí —protestó—, pero sólo porque no creías que era verdad que pensara enseñártelo. Dijiste que si no lo juraba no lo creerías. Cumpliré mi promesa, pero no querrás anteponerte a la necesidad que ahora tiene Perrin.

—Lo juraste —repitió Faile calmosamente—. Por tu madre, por la madre de tu madre, y por la madre de la madre de tu madre.

—Sí, Faile, lo hice, pero Perrin…

—Lo prometiste, Loial. ¿Es que vas a quebrantar un juramento?

El Ogier era la viva imagen del ser más desdichado del mundo: los hombros hundidos y las orejas caídas, las comisuras de la boca curvadas hacia abajo y las puntas de las largas cejas rozándole las mejillas.

—Te ha tendido una trampa, Loial. —Perrin se preguntó si oirían el rechinar de sus dientes—. Te ha engañado deliberadamente.

Los pómulos de Faile se tiñeron de rojo, pero la muchacha todavía tuvo el valor de decir:

—Sólo porque no me quedaba más remedio, Loial. Sólo porque un estúpido piensa que tiene derecho a organizar mi vida a su antojo. No lo habría hecho de no ser así, tienes que creerme.

—¿Y el que te haya engañado no cambia las cosas? —demandó Perrin, a lo que Loial sacudió la cabeza tristemente.

—Los Ogier nunca faltan a su palabra —intervino Faile—. Y Loial va a llevarme a Dos Ríos, o por lo menos a la puerta de los Atajos que hay en Manetheren. Me apetece conocer esa región.

Loial enderezó los hombros.

—Pero en tal caso todavía puedo ayudar a Perrin. Faile, ¿por qué no lo has dicho antes, en lugar de tenerme en ascuas sin necesidad? Ni siquiera a Laefar le habría parecido divertido. —Había un dejo de rabia en su voz, y un Ogier no se enfadaba así como así.

—Si lo pide —repuso ella, resuelta—. Era parte del trato, Loial. Nadie salvo tú y yo, a menos que me lo pidieran. Tiene que pedírmelo.

—No —le dijo Perrin antes de que el Ogier abriera la boca—. No, no lo pediré. Antes prefiero ir cabalgando hasta Campo de Emond. ¡Hasta caminando! Así que ya puedes olvidarte de esta estupidez. Mira que engañar a Loial, intentar meterte a la fuerza en… En lo que no te llaman.

La calma de la muchacha se desvaneció para dejar paso a la ira.

—Y para cuando quieras llegar allí, Loial y yo ya nos habremos ocupado de los Capas Blancas. Todo habrá terminado. Pídemelo, cabeza dura de herrero. Pídelo y podrás venir con nosotros.

Perrin se obligó a mantener la calma. No había ningún argumento que la convenciera para ver las cosas a su modo, pero no estaba dispuesto a suplicar. Faile tenía razón; tardaría semanas en llegar a Dos Ríos a caballo, mientras que por los Atajos podrían estar allí en un par de días. Pero no se lo pediría. «¡Y menos después de la mala pasada que le ha jugado a Loial y de intentar obligarme a bajar las orejas!»

—Entonces viajaré solo por los Atajos hasta Manetheren. Os seguiré. Si me mantengo lo bastante retrasado para no formar parte de vuestro grupo, no romperé el juramento de Loial. No puedes impedirme que os siga.

—Eso es peligroso, Perrin —intervino el Ogier, preocupado—. Los Atajos son oscuros, y si te equivocas en un giro o tomas un puente equivocado por accidente, podrías perderte y quedarte atrapado allí para siempre. O hasta que te alcance el Machin Shin. Pídeselo, Perrin. Ha dicho que puedes venir si lo pides. Hazlo.

La profunda voz del Ogier tembló al pronunciar el nombre de Machín Shin, y Perrin también sintió un escalofrío en la espalda. El Machín Shin. El Viento Negro.

Ni siquiera las Aes Sedai sabían si era un Engendro de la Sombra o algo que había surgido de la corrupción de los Atajos. Era lo que hacía de los viajes a través de los Atajos una aventura peligrosa en la que uno se arriesgaba a morir; eso era lo que decían las Aes Sedai. Lo único que Perrin sabía con certeza era que el Viento Negro se alimentaba de almas. Con todo, mantuvo la voz firme y el gesto impasible. «Que me aspen si cree que pienso doblegarme.»

—No puedo, Loial. O mejor, no quiero.

—Faile, será muy peligroso para él si intenta seguirnos. Por favor, transige y deja que…

—No —lo cortó bruscamente la joven—. Si es tan porfiado como para no pedirlo, ¿por qué voy a dar yo mi brazo a torcer? —Se volvió hacia Perrin—. Puedes viajar cerca de nosotros, cuanto haga falta, siempre y cuando quede claro que nos estás siguiendo. Irás siguiendo mi rastro como un cachorrillo hasta que cedas. ¿Por qué no lo pides?

—Testarudos humanos —rezongó el Ogier—. Impetuosos y obstinados hasta cuando la precipitación os hace meteros en un avispero.

—Me gustaría partir hoy mismo, Loial —dijo Perrin sin mirar a Faile.

—Sí, lo mejor será partir cuanto antes —se mostró de acuerdo el Ogier, que echó una mirada pesarosa al libro abierto en la mesa—. Supongo que podré pasar mis notas a limpio durante el viaje. Sólo la Luz sabe lo que me perderé al encontrarme lejos de Rand.

—¿Has oído lo que te he dicho, Perrin? —demandó Faile.

—Iré a recoger mi caballo y algunas provisiones, Loial. Podemos estar en camino a media mañana.

—¡Rayos y truenos, Perrin Aybara, respóndeme!

Loial miraba a la muchacha muy preocupado.

—Perrin, ¿estás seguro de que no podrías…?

—No —lo interrumpió el joven sin alzar la voz—. Es terca como una mula y le gusta hacer trampas. No bailaré al son que ella toca para darle diversión. —Hizo caso omiso del gruñido que sonaba en la garganta de Faile, como el de un gato que ve a un perro desconocido y está a punto de lanzarle un zarpazo—. Te avisaré tan pronto como lo tenga todo preparado. —Se encaminó a la puerta.

—El momento de partir es decisión mía, Perrin Aybara —espetó Faile a su espalda—. Mía y de Loial. ¿Me has oído? Más te vale estar preparado dentro de dos horas o te dejaremos atrás. Reúnete con nosotros en el establo de la Puerta del Muro del Dragón, si es que por fin vienes. ¿Me has oído?

El joven la sintió moverse y cerró la puerta tras él justo en el momento en que algo golpeaba fuertemente contra ella. Dedujo que era un libro. Loial le echaría un buen rapapolvo por eso. Más le valía a uno golpear al Ogier en la cabeza que

maltratar uno de sus libros.

Se recostó un instante en la puerta, desesperado. Después de todo lo que había hecho, de todo por lo que había tenido que pasar para conseguir que lo odiara, y al final iba a estar allí para verlo morir. El único consuelo era pensar que a lo mejor ahora disfrutaría con ello. «¡Testaruda! ¡Cabezota!»

Cuando iba a echar a andar vio acercarse a un Aiel, un hombre alto de cabello rojizo y verdes ojos que podría haber sido un primo mayor de Rand o un tío joven. Lo conocía, y le caía bien aunque sólo fuera porque Gaul nunca había hecho el menor gesto de reparar en sus ojos amarillos.

—Que encuentres sombra donde resguardarte esta mañana, Perrin. La gobernanta me dijo que te había visto venir hacia aquí, aunque sospecho que estaba ansiosa por ponerme en las manos una escoba. Esa mujer es tan dura como una Sabia.

—Que encuentres sombra donde resguardarte esta mañana, Gaul. Si quieres saber mi opinión, todas las mujeres lo son.

—Tal vez, si no sabes cómo buscarles las vueltas. Tengo entendido que viajas hacia Dos Ríos.

—¡Luz! —gruñó Perrin antes de que el Aiel tuviera oportunidad de decir nada más—. ¿Es que lo sabe toda la Ciudadela? Si Moraine se entera…

—No. —Gaul sacudió la cabeza—. Rand al'Thor hizo un aparte conmigo y me lo contó, pidiéndome que no se lo dijera a nadie. Creo que ha hablado con varios más, pero no sé cuántos querrán acompañarte. Llevamos mucho tiempo a este lado de la Pared del Dragón, y muchos añoran la Tierra de los Tres Pliegues.

—¿Acompañarme? —Perrin estaba perplejo. Si contaba con los Aiel… Existían posibilidades que no había osado abrigar antes—. ¿Rand te pidió que vinieras conmigo? ¿A Dos Ríos?

—No. Sólo dijo que ibas allí, y que había hombres que querían matarte. Pero mi intención es acompañarte, si me lo permites.

—¿Que si te lo permito? —Perrin casi se echó a reír—. Por supuesto. Estaremos en los Atajos dentro de pocas horas.

—¿Los Atajos? —La expresión de Gaul no varió, pero el Aiel parpadeó.

—¿Cambia eso las cosas?

—La muerte llega a todos los hombres, Perrin. —No era una respuesta muy alentadora.

—No puedo creer que Rand sea tan cruel —le dijo Egwene a Elayne.

—Al menos no intentó detenerte —añadió Nynaeve.

Las dos estaban sentadas en la cama de la antigua Zahorí, terminando de repartir el oro que Moraine les había proporcionado. Cuatro bolsas llenas para cada una que llevarían en bolsillos cosidos bajo las camisas, y otra también para cada una, más

pequeña para no llamar la atención, que se colgarían del cinturón. Egwene había cogido menos, ya que el oro no era tan útil en el Yermo.

Elayne miró con el ceño fruncido los dos bultos pulcramente atados y el portafolios de cuero con los implementos para escribir que estaban al lado de la puerta. Contenían todas sus ropas y otros utensilios. Estuche con tenedor y cuchillo, cepillo y peine, agujas, alfileres, hilo, dedal, tijeras. Un yesquero y otro cuchillo, más pequeño que el que llevaba en el cinturón. Jabón y polvos de tocador y… Era absurdo repasar otra vez la lista; el anillo de Egwene iba guardado en su bolsita. Estaba preparada para partir; no había nada que la retuviera.

—No, no lo hizo. —La heredera del trono se sentía orgullosa de la calma y la seguridad que traslucía su voz. «¡Parecía aliviado! ¡Aliviado! Y yo fui tan necia de entregarle esa carta en la que le abrí mi corazón. Por lo menos no la leerá hasta que me haya ido.» Dio un brinco al sentir el contacto de la mano de Nynaeve en su hombro.

—¿Querías que te pidiera que te quedaras? Sabes cuál habría sido tu respuesta, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —Apretó los labios—. Pero tampoco tenía que parecer contento de que me marchara. —El comentario se le escapó sin querer.

—En el mejor de los casos, los hombres son difíciles. —Nynaeve la miraba comprensivamente.

—Todavía no puedo creer que fuera tan…, tan… —Egwene empezó a rezongar en voz baja, y Elayne no supo lo que iba a decir su amiga porque en ese momento la puerta se abrió tan violentamente que chocó contra la pared.

Elayne abrazó el *Saidar* cuando todavía daba un respingo de sobresalto y experimentó una breve turbación cuando la puerta, al rebotar, se frenó contra la mano extendida de Lan. Un instante después decidió mantener el contacto con la Fuente un poco más. El Guardián ocupaba todo el vano con sus anchos hombros; la expresión de su rostro era tormentosa. Si sus ojos hubieran podido descargar los relámpagos que traslucía la mirada amenazadora que había en ellos, habrían derribado a Nynaeve. El brillante halo del *Saidar* también envolvía a Egwene sin menguar un ápice su intensidad.

Lan sólo parecía ver a Nynaeve.

—Dejaste que creyera que regresabas a Tar Valon —dijo con voz áspera.

—Puede que lo creyeras —respondió calmosa—, pero yo nunca lo dije.

—¿Que nunca lo dijiste? ¡Que nunca lo dijiste! Hablaste de que partías hoy, y siempre relacionabas tu marcha con la decisión de enviar a esas Amigas Siniestras de vuelta a Tar Valon. ¡Siempre! ¿Qué querías que pensara, si no?

—Pero nunca dije que…

—¡Cuidado, mujer! —bramó—. ¡No intentes conmigo ese juego de palabras!

Elayne intercambió una mirada preocupada con Egwene. Este hombre poseía un férreo autocontrol, pero estaba a punto de estallar. Nynaeve era de las que a menudo daba rienda a sus ataques de furia, pero ahora le hizo frente con frialdad, la cabeza alta, y los ojos, serenos, con las manos descansando sobre la falda de seda verde.

Fue evidente el gran esfuerzo que Lan tuvo que hacer para dominarse. Su semblante adquirió la misma expresión impasible de siempre y el mismo aire de autocontrol; Egwene estaba convencida de que sólo era una fachada.

—No me habría enterado de hacia dónde te dirigías si no hubiera oído que habías ordenado preparar un carruaje que te llevará a un barco con destino a Tanchico. Para empezar, ignoro por qué la Amyrlin os permitió abandonar la Torre o por qué Moraine os ha implicado en el interrogatorio de unas hermanas Negras, pero las tres sois Aceptadas. Aceptadas, no Aes Sedai. Y en este momento Tanchico es un lugar sólo para una Aes Sedai con un Guardián que guarde sus espaldas. ¡No permitiré que te metas en algo así!

—Vaya —dijo Nynaeve en tono ligero—. Así que ahora pones en tela de juicio las decisiones de Moraine y también las de la Sede Amyrlin. A lo mejor tenía un concepto de los Guardianes totalmente equivocado. Creía que jurabais aceptar y obedecer, entre otras cosas. Lan, entiendo tu preocupación, y te estoy agradecida, más que agradecida, por ello; pero todos tenemos tareas que llevar a cabo. Nos vamos, y debes aceptarlo como un hecho.

—¿Por qué? ¡Por el amor de la Luz, al menos dime por qué! ¡A Tanchico!

—Si Moraine no te lo ha contado, tal vez tenga sus razones —adujo Nynaeve dulcemente—. Cada cual debe cumplir con su cometido, y tú tienes el tuyo.

Lan tembló —¡tembló!— y apretó los dientes con rabia. Cuando habló, su voz sonaba extrañamente vacilante:

—Necesitarás a alguien que te ayude en Tanchico, alguien que impida que un ladrón tarabonés te clave un cuchillo en la espalda para quitarte la bolsa. Tanchico era esa clase de ciudad antes de la guerra y por todo lo que he oído ahora es aún peor. Yo… podría protegerte, Nynaeve.

Elayne enarcó las cejas bruscamente. No estaría sugiriendo… No, imposible. Nynaeve no pareció sorprendida, como si Lan no hubiera dicho algo fuera de lo normal.

—Tu sitio está con Moraine.

—Moraine. —Los duros rasgos del Guardián se cubrieron de gotitas de sudor; de nuevo vaciló, como enredándose con las palabras—. Puedo… Debo… Nynaeve, yo… Yo…

—Te quedarás con Moraine hasta que te libre de tu vínculo —lo interrumpió, cortante, la antigua Zahorí—. Es una orden y debes obedecer. —Sacó de un bolsillo un papel cuidadosamente doblado y se lo puso en las manos bruscamente. El

Guardián frunció el ceño, leyó, parpadeó y volvió a leerlo.

Elayne sabía lo que ponía:

«Lo que hace el portador de este documento lo hace bajo mis órdenes y mi autoridad. Obedeced y guardad silencio, siguiendo mi mandato.

»Siuan Sanche,
»Vigilante de los Sellos,
»Llama de Tar Valon,
»La Sede Amyrlin.»

En el bolsillo de Egwene iba guardado otro documento igual, aunque ninguna de ellas estaba segura de que sirviera de mucho en el lugar hacia el que se dirigía ella.

—Pero esto te permite hacer cualquier cosa que quieras —protestó Lan—. Te autoriza a hablar en nombre de la Amyrlin. ¿Por qué iba a dar algo así a una Aceptada?

—No me hagas preguntas que no puedo responder —manifestó Nynaeve, añadiendo con un atisbo de sonrisa—: Y considérate afortunado de que no te haya ordenado que bailes para mí.

Elayne también tuvo que contener una sonrisa, y Egwene hizo un ruido ahogado al tragarse una carcajada. Eso era lo que había dicho Nynaeve cuando la Amyrlin les entregó los documentos: «Con esto, podría hacer que un Guardián se pusiera a bailar». Ninguna de ellas albergó la menor duda sobre el Guardián al que se refería.

—¿Y no es eso lo que has hecho? Me has despachado de un modo muy habilidoso, recurriendo a mi vínculo, a mis juramentos y a este documento. —Había un brillo peligroso en los ojos de Lan que Nynaeve no parecía advertir mientras recuperaba la carta y la guardaba de nuevo en el bolsillo.

—Te tienes en mucho, al'Lan Mandragoran. Hacemos lo que debemos, como lo harás tú.

—¿Que me tengo en mucho, Nynaeve al'Meara? ¿Que yo me tengo en mucho? —Lan se movió hacia la mujer tan rápidamente que Elayne estuvo a punto de envolverlo en flujos de Aire antes de pensar lo que hacía. En un visto y no visto, Nynaeve, que sólo había tenido tiempo para mirar boquiabierta al hombre alto que se abalanzaba sobre ella, se encontró suspendida en el aire, a un palmo del suelo, y recibiendo un intenso beso. Al principio le pateó las espinillas y lo golpeó con los puños al tiempo que emitía ahogados sonidos de furiosa protesta, pero las patadas y los golpes bajaron de ritmo hasta cesar por completo, y después enlazó los brazos a su cuello y no hubo más protestas.

Egwene agachó los ojos, azorada, pero Elayne observó con gran interés. ¿Había

sido así con ella cuando Rand…? «¡No! No pensaré en él.» Se preguntó si tendría tiempo de escribirle otra carta desdiciéndose de todo lo que ponía en la primera y dejándole claro que no podía jugar con ella. Pero ¿lo deseaba realmente?

Al cabo de un tiempo Lan soltó a Nynaeve en el suelo. La mujer se tambaleó levemente mientras se arreglaba el vestido y se atusaba el cabello con rabia.

—No tienes derecho a… —empezó, casi sin aliento. Tragó saliva—. No permitiré que se me maltrate de este modo delante de todo el mundo. ¡No lo permitiré!

—No ha sido delante de todo el mundo —repuso él—. Pero si las dos pueden ver, también pueden oír. Te has metido en mi corazón, donde creía que no había lugar para nadie. Has hecho que crezcan flores donde cultivaba polvo y piedras. Recuerda esto durante el viaje que insistes en hacer: si mueres, no te sobreviviré mucho tiempo. —Le dedicó una de sus contadas sonrisas—. Y recuerda también que no siempre soy tan dócil a unas órdenes, incluso con una carta de la Amyrlin. —Hizo una elegante reverencia; de hecho, Elayne pensó por un instante que iba a hincar la rodilla en el suelo y a besar el anillo de la Gran Serpiente de Nynaeve—. Tú ordenas —musitó—, y yo obedezco. —No quedó muy claro si lo decía con sorna o en serio.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado tras él, Nynaeve se sentó pesadamente al borde de la cama como si las rodillas ya no la sujetaran. Contempló intensamente la puerta con la frente fruncida en un gesto meditabundo.

—«Hasta el perro más sumiso muerde si lo golpeas a menudo» —citó Elayne—. Y Lan no es precisamente sumiso. —Nynaeve le asestó una mirada cortante.

—En ocasiones es inaguantable —opinó Egwene—. Nynaeve, ¿por qué hiciste eso? Estaba dispuesto a ir contigo. Sé que lo que más deseas es ver roto su vínculo con Moraine, y no trates de negarlo.

La mujer no lo intentó, y se dedicó a arreglarse el vestido y a alisar las arrugas del cobertor.

—De ese modo, no —dijo al cabo—. Quiero que sea mío. Por completo. No estoy dispuesta a que recuerde constantemente haber roto su juramento a Moraine. No quiero que eso se interponga entre nosotros. Por su propio bien y también por el mío.

—¿Y qué diferencia hay en que lo empujes a pedirle a Moraine que lo libere de su vínculo? —quiso saber Egwene—. Lan es esa clase de hombre que lo vería igual. La única solución es conseguir que ella lo libere voluntariamente, *motu proprio*. ¿Cómo vas a lograr eso?

—No lo sé. —Nynaeve se obligó a dar firmeza a su voz—. Aunque lo que debe hacerse, puede hacerse. Siempre hay algún modo. Pero no es el momento de ocuparse de ello. Tenemos cosas que hacer y estamos aquí sentadas discutiendo sobre hombres. ¿Has comprobado si tienes cuanto necesitas para el Yermo, Egwene?

—Aviendha está preparándolo todo —respondió la joven—. Aún tiene ese aire desdichado, pero dice que podemos llegar a Rhuidean en poco más de un mes, si

tenemos suerte. Para entonces vosotras ya estaréis en Tanchico.

—Puede que antes —comentó Elayne—, si lo que cuentan sobre los bergantines Marinos es cierto. ¿Tendrás cuidado, Egwene? Aunque Aviendha sea tu guía, el Yermo no es un lugar seguro.

—Lo tendré. Y espero que vosotras también. En la actualidad, Tanchico no es mucho más seguro que el Yermo.

De repente las tres empezaron a abrazarse unas a otras mientras reiteraban sus advertencias de ser prudentes y confirmaban que todas recordaban el plan para encontrarse en la Ciudadela del *Tel'aran'rhiod*. Elayne se enjugó las lágrimas que le humedecían las mejillas.

—Menos mal que Lan se marchó. —Soltó una risita trémula—. Habría pensado que somos unas tontas.

—No, ni mucho menos —la contradijo Nynaeve al tiempo que se remangaba la falda para guardar una bolsa de oro en el bolsillo preparado para tal fin—. Aunque sea un hombre no es completamente idiota.

La heredera del trono decidió que tenía que sacar tiempo de donde fuera entre la habitación y el carruaje para encontrar papel y pluma. Nynaeve tenía razón; a los hombres había que tratarlos con mano dura. Le haría saber a Rand que no iba a salir de ésta tan bien librado como pensaba, y que no le resultaría fácil volver a ganarse sus favores.

17



Imposturas

Thom hizo una reverencia de manera que la rigidez de la pierna derecha apenas se notara, acompañándola por un revoloteo de su capa de múltiples parches de colores. Le escocían los ojos y los sentía irritados, pero se obligó a dar un tono ligero a sus palabras:

—Buenos días tengáis. —Se irguió y se atusó el bigote con gesto ostentoso.

Los criados uniformados en negro y dorado parecieron sorprenderse. Dos jóvenes musculosos, que estaban inclinados para levantar un arcón lacado en rojo y tachonado en oro cuya tapa estaba rota, se irguieron, mientras que las tres mujeres dejaron de fregar. El pasillo estaba vacío a excepción de ellos, y cualquier excusa era buena para hacer un alto, sobre todo a estas horas. Tenían el aspecto de estar tan cansados como el propio Thom, con los hombros hundidos y las marcadas ojeras.

—Buenos días a vos, juglar —respondió la mujer de más edad. Aunque estaba un poco rellenita y sus rasgos eran algo vulgares, tenía una bonita sonrisa—. ¿Podemos ayudaros?

Thom sacó de la amplia manga de la chaqueta cuatro bolas y empezó a hacer juegos malabares con ellas.

—Estoy haciendo un recorrido con intención de levantar los ánimos a la gente. Es la labor de un juglar. —Habría utilizado más de cuatro bolas, pero estaba tan fatigado que incluso manejar éstas le costaba un gran esfuerzo de concentración. ¿Cuánto hacía desde que había estado a punto de dejar caer la quinta? ¿Dos horas? Contuvo un bostezo y se las ingenió para convertirlo en una sonrisa—. Ha sido una noche terrible, y todos necesitamos animarnos.

—El lord Dragón nos salvó —dijo una de las criadas jóvenes. Era bonita y estaba delgada, pero en sus oscuros ojos asomaba un brillo depredador que le aconsejó que moderara su sonrisa. Por supuesto, la muchacha podría serle útil si fuera codiciosa y honrada por igual, es decir, que la tendría comprada una vez que le hubiera pagado. Nunca venía mal contar con otro par de manos que dejaran una nota, con otra lengua que le contara lo que había oído y dijera lo que él quisiera cuando quisiera. «¡Viejo

estúpido! ¡Ya tienes manos y oídos de sobra, así que deja de fijarte en un buen trasero y recuerda la expresión de sus ojos!» Lo curioso era que su comentario parecía sincero, y uno de los jóvenes asintió en conformidad con sus palabras.

—Sí —abundó Thom—. Me preguntaba cuál de los Grandes Señores estaba a cargo de los muelles ayer. —Estuvo a punto de dejar caer las bolas en su irritación consigo mismo por sacar el tema de forma tan directa. Estaba demasiado cansado, y debería encontrarse en la cama desde hacía horas.

—Los muelles son responsabilidad de los Defensores —le informó la mujer de más edad—. Claro que vos no podríais saberlo. Los Grandes Señores no se preocupan de esas cosas.

—¿De veras? Bueno, no soy teariano, claro está. —Cambió el ejercicio de girar las bolas en un círculo simple a otro doble en bucle; parecía más difícil de lo que era realmente, y la muchacha de mirada depredadora aplaudió. Ya que había entrado en el tema, lo mejor era seguir adelante, pero después de esta gestión se iría a la cama y dormiría toda la noche. O, mejor dicho, todo el día, ya que el sol estaba saliendo—. Aun así, es una lástima que nadie se preocupara de preguntar por qué se encontraban esas barcazas en los muelles. Con las escotillas cerradas y todos esos trollocs dentro. Y no quiero decir con esto que alguien supiera que los trollocs estaban allí. —El bucle se tambaleó y Thom volvió al círculo simple. ¡Luz, qué cansado estaba!—. Aunque uno no puede evitar pensar que alguno de los Grandes Señores debería haber preguntado.

Los dos jóvenes intercambiaron una mirada pensativa, y Thom sonrió para sus adentros. Otra semilla plantada, y con facilidad a pesar de su torpeza. Otro rumor puesto en marcha, a pesar de que estuvieran convencidos de quiénes eran los responsables de los muelles. Y los rumores se propagaban —y uno como éste no se detendría en los límites de la ciudad— de modo que ya había otra pequeña brecha de desconfianza entre la plebe y los nobles. ¿Y a quién otro se volvería la plebe salvo a aquel al que sabía que los nobles odiaban? El mismo hombre que había salvado a la Ciudadela de los Engendros de la Sombra: Rand al'Thor, el lord Dragón.

Había llegado el momento de marcharse para que surtieran efecto las dudas que había sembrado. Si habían enraizado, ya no habría nada que las pudiera arrancar. Esa noche había realizado el mismo trabajo en otros sitios, pero no le convenía que alguien descubriera que había sido él el sembrador.

—Los Grandes Señores combatieron con valentía anoche. Vaya, si vi a… —Dejó la frase en el aire cuando las criadas volvieron de repente al fregado y los dos jóvenes cogieron el arcón y se alejaron presurosos.

—También puedo encontrar algún trabajo para un juglar —dijo la voz de la gobernanta a sus espaldas—. Unas manos paradas son unas manos ociosas, sean de quien sean.

Thom se dio media vuelta garbosamente, considerando su cojera, y le dedicó una profunda reverencia. La mujer no le llegaba al hombro, pero debía de pesar bastante más que él. Su rostro era como un yunque, y el vendaje de la frente incrementaba el parecido; tenía doble papada y sus hundidos ojos eran negros trozos de pedernal.

—Buenos días tengáis, mi encantadora señora. Aceptad un presente en este nuevo día que nace.

Realizó un florido aleteo de manos e hizo aparecer un capullo de rosa amarillo que estaba un poco mustio de llevarlo guardado en la manga, y se lo puso en el pelo, por encima del vendaje. La mujer se lo quitó bruscamente, por supuesto, y lo examinó con desconfianza, pero eso era exactamente lo que buscaba el juglar, que aprovechó su momento de vacilación para dar tres raudos y renqueantes pasos; cuando la gobernanta gritó algo a su espalda, Thom no hizo caso ni dejó de caminar rápidamente.

«¡Qué mujer tan horrible! —pensó—. Si la hubiéramos soltado contra los trollocs, los habría puesto a fregar y a barrer.»

Se llevó la mano a la boca y soltó un bostezo tan enorme que las mandíbulas le crujieron. Noches sin dormir, batallas, maquinaciones. Estaba demasiado viejo para esas cosas. Debería estar viviendo tranquilamente en alguna granja, con gallinas. En las granjas siempre había gallinas. Y ovejas. No tenía que ser muy difícil ocuparse de ellas; los pastores siempre estaban repantigados y tocando el caramillo. Él tocaría el arpa, naturalmente, no un caramillo. O su flauta; el tiempo no era bueno para el arpa. Y habría una ciudad en las proximidades, con una posada donde podría entretener a los parroquianos. Hizo revolotear su capa cuando se cruzó con dos criados. El único motivo de que la llevara puesta con el calor reinante era que la gente supiera su condición de juglar. Ni que decir tiene que se animaron al verlo, esperando que se detuviera para ofrecerles un poco de entretenimiento. Muy halagador. Sí, una granja tenía sus ventajas: un sitio tranquilo, sin gente que lo molestara. Siempre y cuando hubiera cerca una ciudad.

Abrió la puerta de su cuarto y se frenó en seco. Moraine levantó la cabeza con calmosa parsimonia, como si tuviera todo el derecho a estar revolviendo en los papeles que había esparcidos sobre la mesa, y se arregló la falda tras tomar asiento en una banqueta. Era una mujer muy hermosa, poseedora de todos los encantos que un hombre podría desear, entre ellos el reír sus chistes. «¡Necio! ¡Viejo loco! Es una Aes Sedai, y estás demasiado cansado para pensar con tino.»

—Buenos días tengáis, Moraine Sedai —saludó mientras colgaba la capa en la percha. Evitó mirar hacia la escribanía, que seguía metida bajo la mesa, donde la había dejado. No tenía sentido hacerle ver que era importante; y, pensándolo bien, tampoco lo tenía revisarla después de que ella se hubiera marchado. Estaba tan agotado que sería incapaz de recordar si había dejado algo incriminatorio en su

interior. O en cualquier otra parte. Aparentemente todo estaba en su sitio, pero no creía que hubiera sido tan necio como para dejar a la vista nada comprometedor. En las dependencias de la servidumbre ninguna puerta tenía cerraduras—. Os ofrecería un refresco, pero me temo que sólo me queda agua.

—No tengo sed —respondió en un timbre melodioso y agradable. Se echó un poco hacia adelante; el cuarto era lo bastante reducido para que con ese gesto llegara a posar la mano sobre su rodilla derecha. Un cosquilleo lo estremeció—. Ojalá hubiera estado cerca una buena Curadora cuando ocurrió esto. Ahora ya es demasiado tarde para remediarlo, me temo.

—No habrían bastado ni una docena de Curadoras —le respondió—. Es obra de un Semihombre.

—Lo sé.

«¿Y qué más sabe?», se preguntó. Se volvió para acercar la única silla que había junto a la mesa y se tragó una maldición. Se sentía tan descansado como si hubiera dormido toda la noche de un tirón, y el dolor de la rodilla había remitido. La cojera persistía, pero la articulación no había estado tan desentumecida desde que lo habían herido. «Ni siquiera me preguntó si quería que me la curara. Rayos y truenos, ¿qué se traerá entre manos?» Se negó a doblar la pierna. Si no le preguntaba, él no se daría por enterado.

—Un día interesante el de ayer —dijo la mujer cuando Thom se hubo sentado.

—Yo no calificaría de interesante la presencia de los trollocs y los Semihombres —replicó secamente.

—No me refería a eso, sino a lo ocurrido antes, que el Gran Señor Carleon muriera en un accidente de caza. Al parecer su buen amigo Tedosian lo confundió con un oso, o puede que fuera un ciervo.

—No lo sabía. —Mantuvo un tono tranquilo. Aunque hubiera visto la nota era imposible que la relacionara con él. Hasta el propio Carleon habría creído que estaba escrita de su puño y letra. No lo creía probable, pero se recordó que esta mujer era Aes Sedai. Como si necesitara recordárselo teniendo ante sí aquella hermosa y tersa cara, esos oscuros ojos serenos que lo contemplaban como si conocieran todos sus secretos—. Las habladillas proliferan en las dependencias de la servidumbre, pero apenas les presto oídos.

—¿De veras? —musitó suavemente—. Entonces tampoco sabréis que Tedosian cayó enfermo antes de que pasara una hora desde su regreso a la Ciudadela, justo después de que su esposa le diera una copa de vino para pasar el polvo de la cacería. Se cuenta que lloraba cuando se enteró que iba a cuidarlo ella en persona y a alimentarlo con sus propias manos. Sin duda eran lágrimas de alegría por el amor que le profesa. He oído comentar que ella ha jurado no apartarse de su lado hasta que se levante. O hasta que haya muerto.

Lo sabía. Cómo, no tenía ni idea; pero lo sabía. Sin embargo, ¿por qué se lo insinuaba?

—Una tragedia. —Su tono igualaba la afabilidad del de ella—. Rand necesita contar con todos los Grandes Señores que le son leales, y cuantos más, mejor.

—Dudo que Carleon y Tedosian pudieran contarse entre ellos. Y, por lo visto, tampoco había mucha lealtad entre ambos. Eran los cabecillas de la facción que quiere matar a Rand y olvidar que existió alguna vez.

—¿Eso creéis? Casi no presto atención a tales comidillas. Los asuntos de los poderosos no competen a un simple juglar.

Su mueca divertida casi fue una corta risa, pero cuando habló lo hizo como si estuviera leyendo una página:

—Thomdril Merrilin, llamado en tiempos el Zorro Gris por alguien que lo conocía bien. Bardo de la corte en el Palacio Real de Andor, en Caemlyn. Amante de Morgase durante un tiempo, tras la muerte de Taringail. Una muerte afortunada para Morgase. Imagino que jamás descubrió que él tenía intención de matarla para proclamarse el primer rey de Andor. Pero hablábamos de Thom Merrilin, un hombre que, según los rumores, sabía cómo participar en el Juego de las Casas hasta dormido. Qué lástima que un hombre así se defina a sí mismo como un simple juglar, aunque resulta arrogante por su parte conservar el mismo nombre.

Thom tuvo que poner gran empeño en disimular su conmoción. ¿Cuánto sabía de él esta mujer? Demasiado, aun en el caso de que no supiera nada más de lo ya dicho. Empero, no era ella la única que estaba enterada de ciertas cosas.

—Y, ya que hablamos de nombres —dijo Thom en actitud coloquial—, resulta sorprendente las conclusiones que pueden sacarse de algunos, como por ejemplo Moraine Damodred. Lady Moraine de la casa Damodred de Cairhien, hermanastra pequeña de Taringail y sobrina del rey Laman. Ah, y Aes Sedai, no lo olvidemos. Una Aes Sedai que está ayudando al Dragón Renacido desde antes de que pudiera saber que era algo más que otro pobre necio con capacidad de encauzar. Una Aes Sedai con contactos en la Torre Blanca, alguien importante diría yo, o en caso contrario no habría arriesgado su posición. ¿Alguien de la Antecámara de la Torre? Estoy por jurar que hay más de una persona implicada. Sí, tiene que ser así. Si tal cosa se hiciera pública el mundo se tambalearía en sus cimientos. Sin embargo, ¿por qué buscar problemas? Tal vez sería mejor dejar en paz a un viejo juglar escondido en su agujero de las dependencias de los criados. Un simple juglar achacoso que toca su arpa y cuenta sus relatos. Relatos que no perjudican a nadie.

Si sus palabras la habían sorprendido o puesto nerviosa, Moraine no dio señales de ello.

—Especular sin disponer de hechos probados resulta peligroso —respondió, sosegada—. Si no utilizo el apellido de mi linaje no es por capricho. La casa

Damodred no tenía, merecidamente, muy buena reputación antes de que Laman talara *Avendoraldera* y perdiera así su trono junto con su vida, pero desde la Guerra de Aiel fue aun peor, también merecidamente.

¿Es que no había nada que alterara a esta mujer?

—¿Qué queréis de mí? —demandó Thom, encrespado.

—Elayne y Nynaeve embarcan hoy con destino a Tanchico —informó sin pestañear siquiera ante su estallido de rabia—. Una ciudad peligrosa. Vuestros conocimientos y habilidades podrían salvarles la vida.

Así que era esto. Lo que quería era apartarlo de Rand, dejarlo desprotegido a sus manejos.

—Como bien decís, Tanchico es un lugar peligroso ahora, pero siempre lo ha sido. Les deseo lo mejor a esas jóvenes, pero no me atrae la idea de meter la cabeza en un nido de víboras. Soy demasiado viejo para esas cosas. De hecho, llevo un tiempo pensando en retirarme a una granja y llevar una vida tranquila, exenta de peligros.

—Opino que esa clase de vida os mataría. —Su tono era sin duda divertido. Las manos pequeñas y delicadas se afanaron en el arreglo de los pliegues de la falda. Thom tenía la impresión de que había agachado la cara para ocultar una sonrisa—. Tanchico en cambio no lo hará, eso os lo garantizo, y, por el Primer Juramento, sabéis que digo la verdad.

A pesar de todos sus esfuerzos por mantener el gesto impasible, el juglar la miró con el entrecejo fruncido. Lo había dicho, y no podía mentir, pero ¿cómo estaba tan segura? Sabía que Moraine no tenía el Talento de la Predicción; estaba seguro de haberla oído negar que tuviera ese don. Pero lo había dicho. «¡Condenada mujer!»

—¿Por qué habría de ir a Tanchico? —preguntó.

—¿Qué tal para proteger a Elayne, la hija de Morgase?

—Hace quince años que no he visto a Morgase. En aquel entonces, cuando me marché de Caemlyn, Elayne era una niña.

La Aes Sedai vaciló, pero su voz sonó implacablemente firme cuando habló.

—Tengo entendido que el motivo de que os marchaseis de Andor fue lo ocurrido con un sobrino vuestro llamado Owyn, creo. Uno de esos pobres necios, según vos, que son capaces de encauzar. Se suponía que las hermanas Rojas tenían que llevarlo a Tar Valon, como a cualquier varón de su clase, pero en lugar de ello lo amansaron y lo dejaron allí mismo, abandonado a merced de la… clemencia de sus vecinos.

Thom se levantó con tanta violencia que tiró la silla patas arriba, pero tuvo que agarrarse a la mesa porque las piernas no lo sostenían. Owyn no había sobrevivido mucho después de ser amansado; lo echaron de su casa unos supuestos amigos que ni siquiera soportaban que viviera cerca de ellos un hombre que ya no podía encauzar. Nada de lo que hizo Thom evitó que a Owyn se le quitaran las ganas de vivir ni

impidió que su joven esposa lo siguiera a la tumba antes de un mes.

—¿Por qué…? —Carraspeó con fuerza, intentando que su voz no sonara tan ronca—. ¿Por qué me habláis de eso?

La expresión de Moraine era compasiva y… ¿de remordimiento, tal vez? Pues claro que no. Al fin y al cabo era una Aes Sedai. Y la compasión también tenía que ser fingida.

—¡Así os ciegue la Luz! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Si vais con Elayne y Nynaeve os daré los nombres de aquellas hermanas Rojas cuando volvamos a vernos, así como el nombre de la persona de quien recibieron las órdenes. No actuaron por cuenta propia. Y volveremos a vernos, porque no moriréis en Tarabon.

Inhaló entrecortada, temblorosamente.

—¿Y de qué me servirá saber sus nombres? —dijo con voz inexpresiva—. Nombres de unas Aes Sedai, protegidas con todo el poder de la Torre Blanca.

—Un diestro y peligroso participante del Juego de las Casas sabría sacarle provecho a ese conocimiento —repuso Moraine sosegadamente—. No debieron hacer lo que hicieron ni merecieron el perdón que se les otorgó.

—Dejadme solo, por favor.

—Os demostraré que no todas las Aes Sedai somos como esas Rojas, Thom. Debéis daros cuenta de ello.

—Por favor.

Permaneció de pie, apoyado en la mesa, hasta que Moraine salió del cuarto pues no quería que lo viera derrumbarse ni las lágrimas que rodaron por sus marchitas mejillas. «Oh, Luz, Owyn. —Había enterrado aquel suceso lo más profundamente posible—. No pude llegar allí a tiempo. Estaba demasiado ocupado con el maldito Juego de las Casas.» Se limpió las lágrimas a manotazos, encolerizado. Moraine sabría competir con los mejores del Juego. Hurgando de ese modo en viejas heridas que él creía cerradas y ocultas para los demás. Owyn. Elayne. La hija de Morgase. Ya sólo sentía cariño por la reina; tal vez algo más que eso, pero le costaba trabajo desentenderse de una joven que de niña había brincado en su rodilla jugando al caballito. «¿Y esa muchacha va a ir a Tanchico? Una ciudad así la devoraría incluso sin haber guerra. Ahora debe de ser un cubil de lobos rabiosos. Además, Moraine me dirá los nombres.» Lo único que tenía que hacer era dejar a Rand en manos de la Aes Sedai, igual que había hecho con Owyn. Lo tenía cogido como a una serpiente con una vara ahorquillada, que por mucho que se retorciera no tenía escapatoria. «¡Maldita mujer!»

Min metió el brazo por el asa del cestillo de bordar, se recogió las faldas con la otra mano, y abandonó el comedor después de desayunar dando pasos tan livianos

que en lugar de andar parecía deslizarse, y con la espalda bien recta. Habría sido capaz de llevar una copa rebosante de vino encima de la cabeza sin derramar una sola gota. En parte se debía a que le era imposible caminar a su ritmo habitual con el vestido de seda azul pálido, con corpiño ajustado, mangas y falda tan larga que el repulgo bordado habría arrastrado por el suelo si no lo llevara recogido. En parte también era porque notaba los ojos de Laras clavados en su espalda.

Una ojeada hacia atrás confirmó sus sospechas. La Maestra de las Cocinas, un barrilete con patas, la contemplaba sonriendo de oreja a oreja, aprobadoramente, desde el umbral del comedor. Nadie habría dicho que aquella mujer había sido una belleza en su juventud o que en su corazón hubiese habido un hueco para jovencitas coquetas y bonitas; «Vivarachas», como las llamaba ella. ¿Quién habría sospechado que decidiría tomar bajo su firme ala a «Elmindreda»? Difícilmente podía considerarse una situación cómoda. Laras mantenía una protectora vigilancia sobre Min, y era tan estrecha que la tenía localizada en cualquier parte del recinto de la Torre. Min le devolvió la sonrisa y retocó el cabello, ahora una melena redonda de rizos. «¡Condenada mujer! ¿Es que no tiene que nada que cocinar o alguna maritornes a la que gritar?»

Laras agitó una mano, y Min respondió con un gesto igual. No podía permitirse el lujo de ofender a alguien que la tenía tan vigilada, sobre todo cuando no tenía ni idea de si estaba cometiendo pocos o muchos errores. Laras conocía hasta el último truco de las chicas «vivarachas», y esperaba enseñarle a Min cualquiera qué no supiera ya.

Mientras tomaba asiento en un banco de mármol, al pie de un alto sauce, Min pensó que lo del bordado había sido un completo error. No desde el punto de vista de Laras, sino del suyo. Sacó la labor del cestillo y examinó tristemente el trabajo del día anterior, varios bodoques torcidos de color amarillo y lo que tendría que ser un capullo de rosa amarillo pálido, aunque nadie lo adivinaría al mirarlo. Con un suspiro, se puso a deshacer las puntadas. A lo mejor Leane tenía razón; una mujer podía pasarse horas bordando y observando todo y a todos sin que a nadie le extrañara. Sin embargo, habría sido más fácil si hubiera tenido la más ligera idea de bordar.

Por lo menos hacía una mañana perfecta para estar al aire libre. El dorado sol acababa de salir por encima del horizonte en un cielo donde unas cuantas nubes algodonosas parecían colocadas a propósito para que el cuadro fuera perfecto. Una ligera brisa traía el perfume de las rosas y mecía los arbustos altos de flores rojas y blancas. Dentro de poco los paseos de grava cercanos al árbol estarían llenos de gente yendo de aquí para allí en sus quehaceres, desde Aes Sedai hasta caballerizos. Una mañana perfecta, y un sitio perfecto desde el que observar sin ser vista. A lo mejor ese día descubría algo útil.

—Elmindreda…

Min dio un brinco de sobresalto y se llevó el dedo que se había pinchado a la boca. Se giró sobre el banco, dispuesta a emprenderla contra Gawyn por acercarse a hurtadillas para sorprenderla, pero se tragó las palabras. Galad estaba con él. Más alto que Gawyn, de piernas largas, se movía con la gracia de un bailarín y la fuerza de un cuerpo esbelto y nervudo. También sus manos eran largas, elegantes a la par que fuertes. Y su rostro… Resumiendo, era el hombre más guapo que había visto en su vida.

—Dejad de chuparos el dedo —le dijo Gawyn, sonriente—. Sabemos que sois una niñita preciosa y no tenéis que demostrárnoslo.

La joven se sonrojó y bajó la mano con precipitación; contuvo a duras penas una mirada furiosa que no habría encajado en absoluto con Elmindreda. No fueron necesarias amenazas ni órdenes de la Amyrlin para que Gawyn guardara su secreto, ya que sólo tuvo que pedírselo, pero el joven aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para tomarle el pelo.

—No está bien hacer burla, Gawyn —lo reconvino Galad—. No fue su intención ofenderos, mi señora Elmindreda. Disculpadme, pero ¿no nos hemos visto antes? Cuando mirasteis a mi hermano con esa expresión tan furiosa aunque breve, tuve la impresión de que nos conocíamos.

Min bajó los ojos recatadamente.

—Oh, jamás habría olvidado un encuentro con vos, mi señor Galad —repuso en su mejor papel de muchachita tonta. El sonido del tono remilgado y la rabia por su desliz contribuyeron a que el sonrojo aumentara, dando así más veracidad a su disfraz.

Su aspecto no tenía nada que ver con ella, y el vestido y el peinado sólo eran parte del artificio. Leane había adquirido en la ciudad cremas, polvos y un increíble surtido de cosas perfumadas y la había estado instruyendo hasta que fue capaz de utilizarlas hasta dormida. Sus pómulos estaban más marcados ahora, y el tono rojo de sus labios era más intenso que el que le había dado la naturaleza. Un líquido oscuro delineaba el borde de las pestañas, y unos finos polvos las hacían más espesas, de manera que sus ojos parecían más grandes. Nada que ver con ella. Algunas de las novicias le habían alabado, admiradas, por lo hermosa que era, e incluso algunas Aes Sedai decían que era «una hermosa criatura». Cómo lo odiaba. Admitía que el vestido era bastante bonito, pero detestaba todo lo demás. No obstante, no tenía sentido preparar un disfraz si no se tiene intención de usarlo.

—Estoy seguro de que lo recordaríais —dijo Gawyn secamente—. No era mi intención interrumpiros con vuestro bordado de… *Golondrina*s, ¿no? ¿*Golondrina*s *amarillas*? —Min guardó precipitadamente la labor en el cestillo—. Pero quería pediros vuestra opinión sobre esto. —Le puso en las manos un libro pequeño encuadernado en piel, viejo y manoseado, y de repente su voz sonó muy seria—.

Decidle a mi hermano que no son más que estupideces. Quizás a vos os haga caso.

Min examinó el libro. *El camino de la Luz*, de Lothair Mantelar. Lo abrió al azar y leyó: «Por lo tanto, renuncia a todo placer, pues la bondad es un concepto puramente abstracto, un ideal perfecto y cristalino que se oscurece con las emociones básicas. No cedas a la carne, que es débil, mientras que el espíritu es fuerte. La carne es inútil allí donde el espíritu demuestra su firmeza. El pensamiento puro se ahoga en las sensaciones, y el acto justo se entorpece con las pasiones. Que todo tu gozo venga de la rectitud, y sólo de ella». A su entender era una completa estupidez.

Min le sonrió a Gawyn y hasta se las compuso para soltar una risita tonta.

—Oh, son demasiadas palabras. Me temo que apenas sé nada sobre libros, mi señor Gawyn. Siempre tuve intención de leer uno… Y aún la tengo. —Suspiró—. Pero dispongo de tan poco tiempo libre… Vaya, pero si sólo arreglarme el pelo como es debido me lleva horas. ¿Os parece un peinado bonito? —La expresión de escandalizada estupefacción de Gawyn casi le hizo soltar una carcajada, pero se las arregló para convertirla en otra risita. Era una satisfacción ser ella la que le tomaba el pelo, para variar; tendría que procurar hacerlo más a menudo. Este disfraz le daba posibilidades que no había tenido en cuenta. Su estancia en la Torre se había convertido en un continuo aburrimiento, cuando no fastidio. Se merecía un poco de diversión.

—Lothair Mantelar, fundador de los Capas Blancas —dijo Gawyn con voz tensa—. ¡Los Capas Blancas!

—Fue un gran hombre —manifestó Galad firmemente—. Un filósofo con nobles ideales. Y eso no lo cambia el que quizá los Hijos de la Luz hayan actuado con… exceso de celo posteriormente.

—Oh, vaya, los Capas Blancas —exclamó Min con voz ahogada, y añadió con un pequeño estremecimiento—: Unos hombres muy rudos, por lo que he oído. No imagino a un Capa Blanca bailando. ¿Creéis que harán algún baile aquí? Tampoco a las Aes Sedai parece interesarles mucho el baile, y a mí me encanta. —Era delicioso ver la expresión de frustración plasmada en el semblante de Gawyn.

—No lo creo probable —contestó Galad al tiempo que le cogía el libro de las manos—. Las Aes Sedai están demasiado ocupadas con…, con sus propios asuntos. Si me entero de que se celebra algún baile adecuado en la ciudad, os escoltaré a él si lo deseáis. Podéis estar tranquila, que ninguno de esos dos brutos os molestará. —Le sonrió, inconsciente de lo que hacía, y el hecho de que Min se quedara de repente sin respiración no fue algo fingido. No debería estar permitido que los hombres tuvieran esas sonrisas.

De hecho, tuvieron que pasar unos segundos antes de que la joven recordara a qué dos brutos se refería. Eran los dos hombres que supuestamente pedían en matrimonio a Elmindreda y casi habían llegado a las manos porque ella no acababa de decidirse

por el uno o el otro, y que habían llegado a presionarla hasta tal punto que tuvo que buscar refugio en la Torre; además de que ella era incapaz de dejar de coquetear y dar esperanzas a los dos. Ésa era la excusa de su estancia aquí. «Es por culpa de este vestido —pensó—. Sería capaz de pensar con sensatez si tuviera puesta mi ropa de siempre.»

—He reparado en que la Amyrlin habla con vos a diario —dijo de improviso Gawyn—. ¿Os ha mencionado a nuestra hermana Elayne? ¿O a Egwene al'Vere? ¿Ha comentado algo sobre dónde están?

Min deseó darle un buen puñetazo en el ojo. El joven ignoraba el motivo de que ella fingiera ser quien no era, claro está, pero había accedido a ayudarla a hacerse pasar por Elmindreda, y ahora la estaba relacionando con mujeres que muchos de la Torre sabían que eran amigas de una chica llamada Min.

—Oh, la Sede Amyrlin es una mujer maravillosa —dijo dulcemente al tiempo que le enseñaba los dientes al sonreír—. No deja de preguntarme si lo estoy pasando bien y siempre alaba mis vestidos. Supongo que espera que tome pronto una decisión entre Darvan y Goemal, pero me resulta imposible. —Abrió mucho los ojos, confiando en que ello le diera aspecto de una muchacha indefensa y confusa—. Los dos son tan tiernos. ¿Por quién me habéis preguntado? ¿Por vuestra hermana, mi señor Gawyn? ¿La mismísima heredera del trono? Me parece que la Sede Amyrlin nunca la ha mencionado. ¿Cómo era el otro nombre? —Podía oír perfectamente cómo rechinaban los dientes de Gawyn.

—No deberíamos molestar a la señora Elmindreda con esas cosas —intervino Galad—. Es problema nuestro, Gawyn. Nos corresponde a nosotros desvelar la mentira y ponerle remedio.

Apenas le prestó atención porque, de repente, había visto a un hombretón de largo y rizoso cabello que le llegaba a los hombros hundidos, y que deambulaba sin propósito por uno de los paseos, entre los árboles, y bajo la atenta vigilancia de una Aceptada. Había visto a Logain con anterioridad, un hombre de rostro triste que antaño había sido jovial, siempre acompañado por una Aceptada. Ésta tenía como misión impedir que se matara, e igualmente prevenir su huida; a despecho de su corpulencia, no daba la impresión de estar tramando esto último. Pero nunca lo había visto con un halo alrededor de la cabeza, de un radiante color entre dorado y azul. Sólo duró un instante, pero fue suficiente.

Logain se había proclamado el Dragón Renacido, lo habían capturado y lo habían amansado. Fuera cual fuera la gloria alcanzada como un falso Dragón, ahora había quedado muy atrás. Lo único que permanecía era la desesperación de los amansados, como la de un hombre al que le han quitado la vista, el gusto y el oído y desea la muerte, un deseo que satisfacían inevitablemente, en pocos años, todos los hombres como él. Así pues, ¿por qué lo rodeaba aquel halo que pregonaba gloria y poder

venideros? Tenía que contárselo a la Amyrlin.

—Pobre hombre —murmuró Gawyn—. No puedo evitar compadecerlo. Luz, sería un acto de misericordia dejarle que pusiera fin a su sufrimiento. ¿Por qué lo obligan a seguir viviendo?

—No merece compasión —manifestó Galad—. ¿Acaso has olvidado lo que fue y lo que hizo? ¿Cuántos miles de personas murieron antes de que lo apresaran? ¿Cuántas ciudades ardieron? Que viva, y así servirá de advertencia para otros.

Gawyn asintió aunque de mala gana.

—Sin embargo hubo hombres que lo siguieron. Y algunas de esas ciudades fueron incendiadas después de declararse partidarias suyas.

—He de irme —anunció Min mientras se levantaba del banco; de inmediato, Galad fue todo solicitud.

—Disculpadnos, mi señora Elmindreda. No era nuestra intención asustaros. Logain no puede haceros daño, os doy mi palabra.

—Yo… Sí, verlo me ha hecho sentirme indispuesta. Excusadme, pero realmente he de ir a tumbarme un rato.

La expresión de Gawyn no podía ser más escéptica, pero recogió el cesto de costura antes de que la joven tuviera tiempo de tocarlo.

—Al menos dejadme que os acompañe un trecho —dijo, y la voz rezumaba fingida preocupación—. El cesto ha de ser demasiado pesado para vos, estando tan mareada. No querría que os desmayaseis.

A Min le habría gustado arrebatarle él cesto de un tirón y darle un buen golpe con él, pero ésa no sería una reacción propia de Elmindreda.

—Oh, gracias, mi señor Gawyn. Sois muy amable. Muy amable. No, no, mi señor Galad, no quisiera molestaros a los dos. Sentaos aquí y leed vuestro libro. Prometedme que lo haréis o no podré soportarlo. —Incluso pestañeó con cierta coquetería.

Se las compuso para que Galad se acomodara en el banco de mármol y dejarlo allí, aunque no pudo quitarse de encima a Gawyn. Eran exasperantes las largas faldas; habría querido recogerlas hasta las rodillas y echar a correr, pero Elmindreda jamás correría ni mostraría tanto las piernas a no ser bailando. Laras la había sermoneado duramente a ese respecto; con que echara a correr una sola vez mandaría completamente al traste la imagen de Elmindreda. ¡Y Gawyn…!

—Dame ese cesto, cretino con cerebro de mosquito —gruñó tan pronto como perdieron de vista a Galad, y se lo arrebató bruscamente sin darle tiempo a protestar —. ¿A santo de qué me preguntaste por Elayne y Egwene delante de él? Elmindreda no las conoce ni le importan un rábano. ¡Elmindreda no quiere que se la relacione con ellas! ¿Es que no lo entiendes?

—No. No, porque no quisiste explicármelo. Pero lo lamento. —En su voz no

había bastante arrepentimiento para complacer a Min—. Lo que ocurre es que estoy muy preocupado. ¿Dónde están? Las noticias que llegan río arriba sobre un falso Dragón en Tear no contribuyen precisamente a tranquilizarme. Están ahí fuera, en alguna parte, la Luz sabe dónde, y no dejo de preguntarme ¿y si se encuentran en medio de una conflagración semejante a la desatada por Logain en Ghealdan?

—¿Y si no es un falso Dragón? —inquirió con cautela.

—¿Te refieres a los cuentos que corren por las calles acerca de que ha tomado la Ciudadela de Tear? Los rumores siempre encuentran el modo de exagerar los acontecimientos reales. Lo creeré cuando lo vea, y, en cualquier caso, hará falta algo más para convencerme. No me bastaría siquiera que la Ciudadela hubiera caído. Luz, en realidad no creo que Elayne y Egwene se encuentren en Tear, pero esta falta de información no me deja vivir. Si le ocurre algo…

Min no sabía a cuál de ellas se refería, y sospechaba que tampoco él lo tenía muy claro. A pesar de su costumbre de tomarle el pelo, se sintió conmovida por su preocupación, pero ella no podía hacer nada para tranquilizarlo.

—Si fueras capaz de hacer caso a lo que te vengo repitiendo…

—Ya. ¡Que confíe en la Amyrlin! ¡Que confíe! —exhaló larga y lentamente—. ¿Sabes que Galad ha estado bebiendo en las tabernas con Capas Blancas? Cualquiera puede cruzar los puentes si viene en son de paz, incluso los malditos Hijos de la Luz.

—¿Galad? —repitió con incredulidad—. ¿En tabernas? ¿Y bebiendo?

—Sólo una o dos copas, estoy seguro. No se permitiría salirse de sus normas más allá, ni siquiera el día de su onomástica. —Gawyn frunció el entrecejo como si se planteara si este comentario podría conllevar una crítica a Galad—. La cuestión es que está hablando con Capas Blancas. Y conozco ese libro. De acuerdo con la dedicatoria se lo ha entregado el propio Elmon Valda. «Con la esperanza de que encontréis el camino.» Valda, Min. El hombre que está al mando de los Capas Blancas al otro lado de los puentes. La falta de información también reconcome a Galad. Y está prestando oídos a esos individuos. Si algo le ocurriera a nuestra hermana o a Egwene… —Sacudió la cabeza—. ¿Sabes dónde están, Min? ¿Me lo dirías si lo supieras? ¿Por qué te escondes aquí?

—Porque volví locos a dos hombres con mi belleza y soy incapaz de decidirme por uno u otro —respondió con acritud.

El joven soltó una corta y seca risa que enmascaró con una mueca.

—Bueno, eso sí que lo creo. —Rió bajito y pasó suavemente el índice bajo la barbilla de Min—. Eres una muchachita muy hermosa, Elmindreda. Una niñita guapa y muy lista.

Min le soltó un puñetazo dirigido al ojo, pero el joven hizo un ágil y rápido movimiento hacia atrás mientras que ella tropezaba con las largas faldas, a punto de irse de bruces al suelo.

—¡Pedazo de buey, cabeza hueca! —gruñó.

—Qué gracilidad de movimientos, Elmindreda —rió—. Qué dulzura de voz, como el trino de un ruiseñor o el arrullo de una paloma al atardecer. ¿Qué hombre no quedaría prendado al poner sus ojos en Elmindreda? —El timbre jocoso desapareció de su voz y la miró con gran seriedad—. Si te enteras de algo, infórmame, por favor. ¿Lo harás? Te lo pediré de rodillas si es necesario, Min.

—Te lo diré —contestó. «Si puedo. Si con ello no las pongo en peligro. Luz, cómo odio este sitio. ¿Por qué no puedo volver junto a Rand, sin más?»

Dejó allí a Gawyn y entró sola en la Torre propiamente dicha, ojo avizor a la aparición de alguna Aes Sedai o Aceptada que podría extrañarse de verla en los pisos altos y preguntarle adónde iba. La información sobre Logain era demasiado importante para esperar hasta que la Amyrlin se hiciera la encontradiza con ella en algún momento a última hora de la tarde, como era habitual. Ésa era la razón que se daba a sí misma, al menos. La impaciencia la consumía y amenazaba con salirle por los poros.

Por suerte sólo vio unas pocas Aes Sedai a lo lejos, girando una esquina o entrando en algún cuarto. Nadie se presentaba en los aposentos de la Sede Amyrlin para hacer una simple visita. Las contadas criadas con las que se cruzó, todas ellas afanadas en sus tareas, no le preguntaron nada, por supuesto, y tampoco la miraron más de dos veces salvo para hacer una breve reverencia casi sin detenerse.

Cuando empujó la puerta del estudio de la Amyrlin llevaba preparada una tonta excusa en caso de que hubiera alguien más con Leane, pero la antesala estaba vacía. Se acercó presurosa a las puertas interiores y asomó la cabeza por ellas. La Amyrlin y la Guardiana se hallaban sentadas a cada lado de la mesa, que estaba cubierta de pequeñas tiras de fino papel. Giraron las cabezas velozmente en su dirección, con unas miradas tan afiladas como cuchillas.

—¿Qué haces aquí? —espetó la Amyrlin—. Se supone que eres una muchacha necia que ha pedido refugio, no una amiga de mi infancia. No tiene que haber contacto entre nosotras que no sea casual, de pasada. Si es preciso haré que Laras te tenga vigilada como una niñera a un bebé. Eso le gustaría mucho, creo, pero dudo que a ti te ocurriera lo mismo.

Min se estremeció al pensarlo. De repente el asunto de Logain no le pareció tan urgente; era improbable, por no decir imposible, que alcanzara poca ni mucha gloria en los próximos días. Empero, él no era realmente la razón por la que había venido, sino una excusa, y ahora no podía volverse atrás. Cerró la puerta tras ella, y explicó entre balbuceos lo que había visto y su significado. Todavía no se sentía cómoda hablando de su don delante de Leane.

—Otra preocupación más. —La Amyrlin sacudió la cabeza con gesto de cansancio—. La hambruna en Cairhien. Una hermana desaparecida en Tarabon. Los

ataques de trollocs incrementándose de nuevo en las Tierras Fronterizas. Ese necio que se hace llamar el Profeta provocando disturbios en Ghealdan, al parecer predicando que el Dragón ha reencarnado en un lord shienariano —enumeró con incredulidad—. Hasta las cosas más insignificantes son malas. La guerra en Arad Doman ha cortado el comercio con Saldaea, y las estrecheces están causando desasosiego en Maradon. Hasta es posible que Tenobia pierda el trono por ello. Las únicas noticias buenas que he tenido son que la Llaga ha retrocedido por alguna razón. Una franja verde de casi cuatro kilómetros más allá de las marcas fronterizas sin el más leve rastro de corrupción o pestilencia, desde Saldaea hasta Shienar. Que se recuerde, es la primera vez que ocurre tal cosa. Pero supongo que las buenas noticias tienen que compensarse con las malas. Cuando una barca tiene una vía de agua, seguro que no será la única. Ojalá hubiera un ten con ten. Leane, ordenad que se refuerce la vigilancia a Logain. No veo qué problema podría causar ahora, pero no quiero descubrirlo. —Volvió aquellos penetrantes ojos azules hacia Min—. ¿Por qué viniste revoloteando aquí arriba como una gaviota espantada para traer una noticia así? Lo de Logain podría haber esperado, ya que no es muy probable que alcance gloria y poder antes de la puesta de sol.

Las palabras que eran casi un eco de lo que pensaba ella consiguieron que Min rebullera con inquietud.

—Lo sé —respondió. Las cejas de Leane se enarcaron en un gesto admonitorio, y se apresuró a añadir—: Madre. —La Guardiana asintió aprobadoramente.

—Eso no es una respuesta, muchacha —dijo Siuan.

—Madre, nada de lo que he visto desde el primer día ha sido importante —empezó Min, sacando fuerzas de flaqueza—. Desde luego no he vislumbrado nada que apunte al Ajah Negro. —Pronunciar aquel nombre todavía le daba frío—. Os he contado todo lo que sé sobre cualquier desastre al que las Aes Sedai vais a enfrentaros, y todo lo demás es inútil. —Tuvo que hacer un alto y tragar saliva ante la penetrante mirada de la Amyrlin—. Madre, no hay razón para que me quede y sí para que me marche. Quizá Rand podría sacar verdadero provecho de mis habilidades. Si es que es cierto que ha tomado la Ciudadela… Madre, podría necesitarme. —«¡Al menos yo sí lo necesito a él, así me abrase por ser una necia!»

La Guardiana se estremeció ante la mención del nombre de Rand. Siuan, por otro lado, resopló con desdén.

—Tus visiones han sido muy útiles. Es importante saber lo de Logain. Has descubierto al mozo de cuadra que estaba robando antes de que las sospechas recayeran en cualquier otra persona. ¡Y qué me dices de esa novicia pelirroja que iba a quedarse embarazada…! Sheriam se ocupó de que no pasara tal cosa, y esa chica no volverá a pensar en los hombres hasta que haya acabado su entrenamiento, pero de no ser por ti no lo habríamos sabido hasta que hubiera sido demasiado tarde. No, no

puedes irte. Antes o después tus visiones me dibujarán una carta de navegación que conduzca al Ajah Negro, pero hasta entonces pagan de sobra tu pasaje.

Min suspiró y no sólo porque la Amyrlin tuviera intención de retenerla allí. La última vez que había visto a la novicia pelirroja fue cuando la chica se escabullía a escondidas hacia una zona boscosa del recinto acompañada por un musculoso guardia. Estarían casados quizás antes del final de verano; Min lo supo tan pronto como los vio juntos, a pesar de que a una novicia jamás se le había permitido marcharse hasta que la Torre lo decidía así, aun en el caso de una mujer que no podía adelantar más en su entrenamiento. Había una granja en el futuro de la pareja, y un montón de chiquillos, pero no tenía sentido decirle tal cosa a la Amyrlin.

—¿Podríais al menos hacer saber a Gawyn y Galad que su hermana y Egwene se encuentran bien, madre? —Le fastidiaba tener que pedirlo, y su tono de voz lo hacía patente. Parecía una niña que suplica una galleta cuando le han negado un trozo de tarta—. Por lo menos contadles algo más que esa historia ridícula de que están castigadas trabajando en una granja.

—Te he dicho que eso no es de tu incumbencia. No me obligues a tener que repetírtelo.

—Tampoco ellos se han tragado esa historia —manifestó Min antes de que la hiciera enmudecer la seca sonrisa de la Amyrlin; una sonrisa en la que no había asomo de regocijo.

—Así que sugieres que cambie la versión sobre el sitio donde se supone que están, ¿no? ¿Después de que todo el mundo da por hecho que se encuentran en una granja? ¿No crees que tal cosa haría enarcarse más de una ceja? Todos aceptan la historia salvo esos dos chicos. Y tú. En fin, Coulin Gaidin tendrá que hacerlos trabajar mucho más duro. Los músculos doloridos y sudar un poco más de la cuenta es suficiente para que a la mayoría de los hombres se les vaya de la cabeza cualquier idea peregrina. Y lo mismo ocurre con las mujeres. Haces demasiadas preguntas, y he decidido comprobar qué resultado tienen contigo unos cuantos días restregando ollas en las cocinas. Prefiero prescindir de tus servicios durante dos o tres días a que estés metiendo la nariz donde no debes.

—Ni siquiera sabéis si están en peligro, ¿verdad? Ni ellas ni Moraine. —En realidad no estaba pensando en la Aes Sedai.

—Muchacha —dijo Leane en tono admonitorio, pero Min no pensaba pararse ahora.

—¿Por qué no se han recibido noticias? Los rumores llegaron aquí hace dos días. ¡Dos días! ¿Por qué ninguna de esas tiras de papel que hay sobre vuestra mesa contiene un mensaje de ella? ¿Es que no dispone de palomas? Creía que las Aes Sedai tenían gente con palomas mensajeras repartida por todas partes. Si no hay alguien así en Tear, debería haberlo. Por otro lado, un jinete habría llegado a Tar

Valon a estas alturas. ¿Por qué…?

El seco palmetazo de Siuan sobre el tablero de la mesa la hizo callar.

—Obedeces con una prontitud encomiable —comentó irónicamente—. Muchacha, hasta que no nos informen de lo contrario, da por sentado que ese joven se encuentra bien. Reza para que sea así. —Leane volvió a estremecerse—. En el Maule hay un dicho —continuó la Amyrlin—. «No hurgues en un problema mientras no sea problema para ti.» Tenlo muy presente, muchacha.

Sonó una tímida llamada a la puerta.

La Amyrlin y la Guardiana intercambiaron una mirada; después los dos pares de ojos se volvieron hacia Min. Su presencia representaba un problema. No había ningún sitio donde pudiera esconderse; hasta el balcón era claramente visible desde el interior de la estancia.

—¿Ves por qué no deberías estar aquí? —rezongó Siuan—. Tu imprudencia no te hace mucho mejor que la necia jovencita que se supone que eres. Leane, id a abrir. —La Guardiana y ella se incorporaron al mismo tiempo, y Siuan rodeó la mesa mientras Leane se dirigía a la puerta—. Toma asiento en esa silla, muchacha. Vamos, muévete. Bien, ahora asume una expresión enfurruñada. ¡Furiosa no, enfurruñada! Frunce los labios y mira fijamente el suelo. Tal vez te haga llevar cintas en el cabello, enormes lazos rojos, sí. Preparada, Leane. —La Amyrlin se puso en jarras y levantó la voz—. Y si vuelves a presentarte aquí así, sin antes anunciarte, muchacha, te…

Leane abrió la puerta y se encontró con una oscura novicia que se encogió ante la iracunda diatriba de Siuan; después hizo una profunda reverencia.

—Mensajes para la Amyrlin, Aes Sedai —anunció la muchacha con lo que semejaba un graznido—. Han llegado dos palomas al sobrado. —Era una de las que le habían alabado su hermosura a Min e intentó echar una ojeada a lo que ocurría detrás de la Guardiana.

—Esto no te concierne, muchacha —dijo Leane en tono cortante mientras cogía los pequeños cilindros de hueso que la chica llevaba en la mano—. Regresa al palomar. —Antes de que la novicia se hubiera erguido, cerró la puerta y se recostó en ella soltando un suspiro—. Me sobresalta cualquier ruido desde que me dijisteis… —Recobró la compostura y regresó a la mesa—. Otros dos mensajes, madre. ¿Queréis que…?

—Sí, abridlos —ordenó la Amyrlin—. Será que Morgase ha decidido invadir Cairhien después de todo. O que los trollocs han lanzado un ataque en masa a las Tierras Fronterizas. Cualquiera de las dos cosas estaría en consonancia con el resto.

Min siguió sentada, sin hablar; Siuan había sido muy convincente con aquellas amenazas.

Leane examinó el sello de cera roja que había en el extremo de los pequeños cilindros, no mayor que la articulación de uno de sus dedos, y después de comprobar

que nadie lo había manipulado lo rompió con la uña de pulgar. Extrajo el papel enrollado que había dentro con un fino palillo de marfil.

—Algo casi tan malo como lo de los trollocs, madre —anunció tan pronto como empezó a leer—. Mazrim Taim ha escapado.

—¡Luz! —exclamó Siuan—. ¿Cómo?

—Aquí sólo dice que se lo llevaron a hurtadillas al amparo de la noche, madre. Dos hermanas han muerto.

—Que la Luz ilumine sus almas. Pero no tenemos tiempo para llorar a los muertos cuando alguien como Taim sigue vivo y sin amansar. ¿Dónde fue, Leane?

—En Denhuir, madre. Un pueblo situado al este de la Colinas Negras, en la calzada de Maradon, más arriba de las cabeceras del Antaeo y el Luan.

—Tienen que haber sido algunos de sus seguidores. Necios. ¿Por qué no admiten que han sido derrotados? Elegid a una docena de hermanas de confianza, Leane… —La Amyrlin torció el gesto—. De confianza —rezongó—. Si supiera quién es más de fiar que un cazón no tendría los problemas que ahora tengo. Hacedlo lo mejor que podáis, Leane. Una docena de hermanas y quinientos guardias. No, mejor que sean mil.

—Madre —empezó la Guardiana, preocupada—. Los Capas Blancas…

—No intentarían cruzar los puentes aunque los dejara completamente desguarnecidos. Sospecharían que era una trampa. No hay modo de saber qué ocurre exactamente allí arriba, y deseo que quienquiera que sea a quien envíe esté preparado para cualquier cosa. Y, Leane… Mazrim Taim ha de ser amansado tan pronto como se lo vuelva a capturar.

Los ojos de la Guardiana se desorbitaron por la impresión.

—Pero, la ley…

—Conozco la ley tan bien como vos, pero no correré el riesgo de tenerlo libre nuevamente sin que esté amansado. No me arriesgaré a tener otro Guaire Amalasan, encima de todo lo demás.

—Sí, madre —contestó Leane débilmente.

La Amyrlin cogió el segundo cilindro y lo partió en dos con un seco chasquido; sacó el mensaje.

—Por fin buenas noticias —exclamó aliviada, y una sonrisa le iluminó el rostro —. Buenas noticias. «La honda ha sido utilizada. El pastor blande la espada.»

—¿Rand? —preguntó Min, a lo que Siuan asintió.

—Por supuesto, muchacha. La Ciudadela ha caído. Rand al'Thor, el pastor, tiene en su poder a *Callandor*. Ahora podemos movernos. Leane, quiero que se convoque a la Antecámara de la Torre esta tarde. No, mejor esta mañana.

—No entiendo —dijo Min—. Sabíais que los rumores se referían a Rand. Entonces ¿por qué convocáis ahora a la Antecámara? ¿Qué podéis hacer ahora que no

pudierais hacer antes?

Siuan se echó a reír como una chiquilla.

—Lo que puedo hacer ahora es decirles abiertamente que a través de una Aes Sedai he recibido la noticia de que la Ciudadela de Tear ha caído y que un hombre ha empuñado a *Callandor*. La profecía se ha cumplido. Suficiente para mi propósito, al menos. El Dragón ha renacido. Se encogerán de miedo, discutirán, pero ninguna puede oponerse a mi declaración de que la Torre debe guiar a ese hombre. Por fin puedo involucrarme con él abiertamente. En casi todo.

—¿Estamos haciendo lo correcto, madre? —dijo bruscamente Leane—. Lo sé… Si tiene a *Callandor*, debe de ser el Dragón Renacido, pero puede encauzar, madre. Un hombre capaz de encauzar. Sólo lo vi una vez, pero incluso entonces había algo extraño en él, algo más que ser *ta'veren*. Madre, si se piensa, ¿qué diferencia hay entre él y Taim?

—La diferencia está en que es el Dragón Renacido, hija —respondió la Amyrlin en voz queda—. Taim es un lobo, y quizás un lobo rabioso. Rand al'Thor es el sabueso que utilizaremos para derrotar a la Sombra. Mantened su nombre en secreto, Leane. Más vale no revelar demasiado antes de tiempo.

—Como ordenéis, madre —asintió la Guardiana, pero su inquietud no había menguado.

—Poneos a ello. Quiero que la Antecámara se haya reunido dentro de una hora. —Siuan observó pensativamente a la alta mujer mientras ésta se marchaba—. Puede que haya más resistencia de la que sería de mi agrado —musitó cuando la puerta se cerró tras ella.

—¿Queréis decir que…? —Min la miraba de hito en hito.

—Oh, nada serio, muchacha. No mientras ignoren desde cuándo estoy involucrada con el chico al'Thor. —Leyó de nuevo la tira de papel, y después la soltó sobre la mesa—. Ojalá Moraine hubiera sido más explícita.

—¿Por qué no dice nada más? ¿Y por qué no hemos sabido nada de ella antes?

—Más preguntas sin respuesta. Tendrás que hacérselas a Moraine. Siempre ha sido de las que hacen las cosas a su modo. Pregúntale a ella, muchacha.

Sahra Covenry empleaba la azada de manera irregular, mirando, ceñuda, los pequeños brotes de malas hierbas que asomaban entre las filas de coles y remolachas. No es que la señora Elward fuera muy exigente en el cumplimiento de sus tareas —no era más severa que su propia madre, y desde luego mucho menos que Sheriam— pero Sahra no había ido a la Torre Blanca para acabar otra vez en una granja cultivando verduras cuando el sol apenas había salido. Su blanco vestido de novicia estaba guardado; ahora llevaba puesto uno de lana marrón que podría haber cosido su madre, con la falda remangada hasta las rodillas para que no arrastrara por la tierra. Qué injusto era todo. No había hecho nada para merecer este castigo.

Hundió los dedos de los pies descalzos en la tierra removida y miró con ferocidad a las rebeldes malas hierbas; encauzó con intención de abrasarlas. Saltaron chispas alrededor de la mata, que se marchitó. Arrancó la planta precipitadamente y arrinconó lo ocurrido en su mente. Si había justicia en el mundo, lord Galad pasaría por la granja mientras iba de caza.

Apoyada en la azada, empezó a soñar despierta con que curaba las heridas que Galad había sufrido al caer del caballo —no por su culpa, naturalmente; era un fabuloso jinete—, y después el apuesto joven la subía al caballo delante de él y manifestaba que sería su Guardián —entraría en el Ajah Verde, por supuesto— y…

—¿Sahra Covenry?

La muchacha dio un brinco al escuchar la seca voz, pero no era la señora Elward. Hizo una reverencia lo mejor que supo considerando que llevaba las faldas recogidas.

—Buen día tengáis, Aes Sedai. ¿Habéis venido para llevarme de vuelta a la Torre?

La Aes Sedai se acercó más sin preocuparse de que el repulgo del vestido arrastrara sobre la tierra de la huerta. A pesar del calor de esa mañana estival, llevaba puesta una capa con el embozo echado de manera que dejaba su rostro en sombras.

—Justo antes de que abandonaras la Torre, llevaste a una mujer a presencia de la Sede Amyrlin. Una mujer que dijo llamarse Elmindreda.

—Sí, Aes Sedai —respondió Sahra con un ligero timbre de interrogación en la voz. No le había gustado el modo en que había dicho eso, como si se hubiera marchado de la Torre para siempre.

—Cuéntame todo cuanto viste y oíste, muchacha, desde el momento en que te encargaste de conducir a esa mujer. Todo.

—Pero no oí nada, Aes Sedai. La Guardiana me mandó marcharme tan pronto como… —Un espantoso dolor la atenazó, haciendo que hundiera los pies en la tierra y que su espalda se arqueara; el espasmo duró sólo unos segundos, pero le pareció una eternidad. Jadeando para coger aire, cayó en la cuenta de que tenía la mejilla pegada contra el suelo, y que sus dedos, todavía temblorosos, se clavaban en la tierra removida. No recordaba haber caído. Veía el cesto de la colada de la señora Elward tirado de costado, cerca de la casa de piedra, la ropa blanca, húmeda, desparramada en un montón. En su aturdimiento pensó que aquello era raro; Moria Elward jamás dejaría tirada la colada de ese modo.

—Todo, muchacha —repitió fríamente la Aes Sedai. Estaba de pie junto a Sahra, sin hacer el menor gesto para ayudarla. Le había hecho daño; y se suponía que no debía ocurrir algo así—. Cada persona que habló con Elmindreda, cada palabra que dijo, cada matiz y cada gesto.

—Habló con lord Gawyn, Aes Sedai —sollozó Sahra—. Es todo lo que sé, Aes Sedai. Todo. —Su llanto se volvió desconsolado, pues estaba segura de que no era

suficiente para satisfacer a aquella mujer. Y tenía razón. Estuvo gritando sin parar un buen rato; y, cuando la Aes Sedai se marchó, el silencio envolvía a la granja salvo por el piar de las gallinas. Ningún otro ruido; ni siquiera el de una respiración.

18



Por los atajos

Perrin dejó de abotonarse la chaqueta y miró el hacha, todavía asegurada a la pared, tal como la había dejado desde que la sacó de la puerta. No le gustaba la idea de llevar el arma otra vez, pero aun así desató el cinturón de la percha y se lo ciñó alrededor de la cintura. El martillo lo ató a las alforjas, llenas ya a reventar. Después de echarse al hombro la manta enrollada y las alforjas, cogió la aljaba llena de flechas y el arco largo que había en un rincón del cuarto.

El sol saliente arrojaba calor y luz a través de las angostas ventanas. La cama deshecha era la única prueba de que había habido alguien allí. De hecho, la habitación había perdido su aire personal; incluso parecía oler a vacía a pesar del efluvio corporal impregnado en las sábanas. Nunca se había quedado en ningún sitio el tiempo suficiente para considerarlo como algo más que un lugar de paso que no tardaría en abandonar. Nunca el tiempo suficiente para echar raíces ni hacer de ese sitio algo parecido a un hogar. «Bueno, ahora vuelvo a casa.»

Dio la espalda a la habitación ya desocupada y salió.

Gaul se incorporó ágilmente de donde había estado en cuclillas contra la pared, debajo de un tapiz que representaba unos hombres a caballo cazando leones. Llevaba encima todas sus armas, además de dos cantimploras de cuero, una manta enrollada y un pequeño puchero, todo ello colgado en bandolera a la espalda, junto al estuche de cuero repujado que guardaba su arco. Estaba solo.

—¿Y los otros? —preguntó Perrin, a lo que Gaul sacudió la cabeza.

—Demasiado lejos de la Tierra de los Tres Pliegues. Te lo advertí, Perrin. Estas tierras vuestras son demasiado húmedas; en vez de aire parece que uno respira agua. Y hay demasiada gente, toda demasiado junta. Han visto lugares extraños más que de sobra.

—Entiendo —respondió Perrin, aunque lo que comprendía realmente era que, después de todo, no habría rescate, ninguna compañía Aiel que expulsara de Dos Ríos a los Capas Blancas. Pero ocultó su decepción. Era duro, después de pensar que había escapado a su suerte, pero no podía decir que no se había preparado para la otra alternativa. No tenía sentido llorar cuando el hierro se quebraba; lo que uno hacía era

volver a forjarlo—. ¿Tuviste algún problema para hacer lo que te encargué?

—Ninguno. Le dije a un teariano que llevara todo lo que querías al establo de la Puerta del Muro del Dragón y que no le dijera una palabra a nadie; se habrán visto allí, pero pensarán que las cosas son para mí, y guardarán silencio. Da la sensación de que la Pared del Dragón, la Columna Vertebral del Mundo como decís vosotros, está ahí al lado, en vez de a cien leguas o más de distancia. —El Aiel vaciló—. La chica y el Ogier no han hecho ningún secreto de sus preparativos para la marcha, Perrin. Ella ha estado intentando encontrar al juglar y contándole a todo el mundo que va a viajar por los Atajos.

Perrin se rascó la barba y respiró sonoramente, casi un gemido.

—Si consigue que Moraine me descubra, juro que no podrá sentarse durante una semana.

—Es muy hábil con esos cuchillos —comentó Gaul con un tono inexpresivo.

—No lo bastante. No si me ha descubierto. —Perrin vaciló. Ninguna compañía Aiel. La horca seguía esperándolo—. Gaul, si algo me ocurriera, si te digo que lo hagas, llévate lejos a Faile. Puede que no quiera marcharse, pero llévatela de todos modos. Sácala de Dos Ríos y ponla a salvo. ¿Me lo prometes?

—Haré cuanto esté en mi mano, Perrin. Lo juro por la deuda de sangre que tengo contigo. —Se advertía incertidumbre en la voz de Gaul, pero Perrin dudaba que los cuchillos de Faile fueran la razón de la inquietud del Aiel.

Fueron por los pasillos más retirados y las angostas escaleras utilizadas por el servicio. Perrin pensaba que era una pena que los tearianos no tuvieran corredores destinados también a los criados. Aun así, ni siquiera los amplios pasillos, con sus lámparas doradas y ornamentadas colgaduras, estaban concurridos. Vieron muy pocas personas, entre las que no había ningún noble.

Hizo un comentario sobre esa ausencia.

—Rand al'Thor los ha convocado en el Corazón de la Ciudadela —dijo Gaul.

Perrin se limitó a asentir con un gruñido, pero confiaba en que Moraine se encontrara entre los convocados. Se preguntó si éste sería el modo en que Rand lo ayudaba a escapar de la Aes Sedai. Fuera por la razón que fuera, se alegraba de contar con tal ventaja.

Salieron del último y estrecho hueco de escalera a la planta baja de la Ciudadela, donde los cavernosos pasadizos, anchos como calzadas, conducían a las puertas exteriores. Allí no había colgaduras ni tapices. Unas lámparas de hierro negro, sobre soportes también de hierro instalados en lo alto de las paredes, iluminaban las galerías carentes de ventanas; el suelo estaba pavimentado con grandes e irregulares piedras sin desbastar, adecuadas para resistir el continuo desgaste de los cascos herrados de los caballos. Perrin apretó el paso hasta convertirlo en un trote; los establos se veían al final del enorme túnel, así como la propia Puerta del Muro del

Dragón, abierta justo detrás y con sólo un puñado de Defensores guardándola. Moraine no podía interceptarlos ya, a no ser que tuvieran muy mala suerte.

La puerta del establo, un arco de quince pasos de anchura, estaba abierta. Perrin cruzó el umbral y se detuvo.

El aire estaba cargado del olor a heno y paja mezclado con el de trigo y avena, cuero y estiércol de caballo. Las cuadras, ocupadas con los corceles tearianos muy valorados en todas partes, se alineaban a lo largo de las paredes y en filas interiores que ocupaban el amplio espacio interior. Había docenas de mozos de cuadra en plena faena limpiando pesebres, cepillando animales y arreglando arreos. Sin dejar de trabajar, uno u otro echaba una ojeada de vez en cuando hacia donde estaban Faile y Loial, vestidos con ropas y calzado de viaje. Y junto a ellos, Bain y Chiad, equipadas como Gaul con armas, mantas, cantimploras y pucheros.

—¿Son ellas la razón de que sólo dijeras que harías cuanto estaba en tu mano? —preguntó Perrin en voz baja.

—Haré lo que pueda, pero ellas se pondrán de su parte. —Gaul se encogió de hombros—. Chiad es Goshien.

—¿Y que sea de ese clan influye en algo?

—Entre su clan y el mío existe una rencilla hereditaria, y no soy precisamente una hermana de lanza para ella. Aunque quizá los juramentos de agua la contengan. No bailaré la danza de las lanzas con ella a menos que lo provoque.

Perrin sacudió la cabeza. Extraño pueblo. ¿Qué serían los juramentos de agua?

—¿Por qué están con ella? —preguntó en cambio.

—Según Bain, quieren conocer más tierras vuestras, pero creo que lo que les fascina es la disputa entre Faile y tú. Les cae bien, y cuando supieron lo del viaje decidieron ir con ella en lugar de contigo.

—Bueno, mientras le impidan meterse en líos. —Le sorprendió que Gaul echara la cabeza hacia atrás y prorrumpiera en carcajadas, cosa que le hizo rascarse la barba con preocupación.

Loial se encaminó hacia ellos agitando las largas cejas ansiosamente. Los bolsillos de su chaqueta estaban muy abultados, como siempre que emprendía viaje, principalmente con las formas angulares de libros. Por lo menos la cojera no era tan pronunciada.

—Faile se está impacientando, Perrin. Presumo que dará la orden de partir en cualquier momento. Por favor, date prisa. Ni siquiera podrías encontrar la puerta a los Atajos sin mi ayuda. Cosa que desde luego no deberías intentar. Vosotros, los humanos, me causáis tales sobresaltos que apenas si soy capaz de encontrar mi propia cabeza. Apresúrate, por favor.

—No voy a dejarlo en la estacada —gritó Faile—. Aunque sea tan testarudo y tan necio como para no pedir un simple favor. Si insiste en esa postura, podrá seguirme

como un cachorrillo perdido. Prometo rascarle las orejas y cuidar de él. —Las Aiel se doblaban de la risa.

Inesperadamente, Gaul saltó hacia arriba mientras pateaba el aire, a más de metro y medio del suelo, al tiempo que hacía girar una de sus lanzas.

—Os seguiremos como pumas al acecho —gritó—. Como lobos a la caza. —Aterrizó ligera, ágilmente. Loial lo miraba boquiabierto.

Por otro lado, Bain se peinó el corto y rojizo cabello con los dedos.

—Tengo una bonita piel de lobo para mi cama en el dominio —le comentó a Chiad con actitud aburrida—. A los lobos se los caza más fácilmente.

Un gruñido profundo retumbó en la garganta de Perrin y atrajo las miradas de las dos mujeres hacia él. Bain parecía a punto de añadir algo, pero frunció el ceño al reparar en sus ojos amarillos y guardó silencio, no asustada pero sí repentinamente cautelosa.

—Este cachorro no está aún bien adiestrado —confesó Faile a las Aiel.

Perrin rehusó mirarla y en lugar de ello se dirigió a la cuadra donde estaba su semental pardo, con una alzada igual a la de cualquiera de los animales tearianos, pero más ancho de pecho y lomo. Despidió con un ademán al mozo y se ocupó él mismo de embridarlo y sacarlo de la cuadra. Los mozos lo habían hecho caminar, por supuesto, pero el animal había estado encerrado el tiempo suficiente para que cabrioleara con el paso vivo e impaciente que había motivado el nombre que Perrin le había puesto. El joven lo tranquilizó con la seguridad del hombre que ha herrado muchos caballos. No tuvo el menor problema para cinchar la silla de arzones altos ni para sujetar detrás las alforjas y la manta enrollada.

Gaul lo observaba con gesto impasible. No montaba a caballo a menos que no le quedara más remedio, y entonces no daba un solo paso más de lo absolutamente necesario. Pasaba igual con todos los Aiel, y Perrin no entendía el motivo. Orgullo, quizá, de su destreza para correr largas distancias. Los Aiel hacían que pareciera algo más que eso, pero el joven sospechaba que ninguno de ellos habría sido capaz de explicarlo.

Había que preparar también al caballo de carga, por supuesto, pero la tarea apenas llevó tiempo ya que todo lo que Gaul había encargado se encontraba apilado en un ordenado montón. Víveres y odres de agua. Avena para los caballos. No había disponible nada de esto en los Atajos. Y unas cuantas cosas más, como trabas para atar las patas de las monturas, algunos remedios para los caballos por si acaso, yesqueros de repuesto, y cosas por el estilo. La mayoría del espacio de los cuévanos de mimbre iba ocupado con cantimploras de cuero semejantes a las que los Aiel utilizaban para agua, sólo que más grandes y llenas de aceite de lámparas. Los preparativos terminaron una vez que las linternas, montadas en largos palos, estuvieron atadas junto con lo demás.

Perrin metió el arco bajo la cincha de la silla, cogió el ronzal del animal de carga, y montó a *Brioso*. Y tuvo que esperar, hirviendo de rabia por dentro.

Loial ya estaba montado en un enorme caballo cernejudo, varios palmos más alto que cualquiera de los animales que había en el establo, aunque las largas piernas del Ogier, colgando a sus costados, lo reducían casi al tamaño de un poni. Hubo un tiempo en que Loial se había mostrado tan reacio a montar como los Aiel, pero ahora parecía sentirse en casa a lomos del caballo. Fue Faile la que se tomó las cosas con calma, examinando su montura como si jamás hubiera visto a la negra y lustrosa yegua, a pesar de que Perrin sabía que había probado al animal antes de comprarlo, poco después de que llegaran a la Ciudadela. La yegua, llamada *Golondrina*, era un estupendo animal de la cría caballar teariana, con finos tobillos y cuello arqueado, de temperamento fogoso y estampa de ser veloz y resistente por igual, aunque estaba herrada demasiado livianamente para el gusto de Perrin; esas herraduras no durarían. Fue otra maniobra más de Faile para ponerlo en su sitio, fuera cual fuera el que creyera que le correspondía.

Cuando Faile montó finalmente, con su habitual falda pantalón, condujo a la yegua hacia Perrin. Era una buena amazona que acoplaba sus movimientos a los del animal, como si fueran un todo.

—¿Por qué no puedes pedirlo, Perrin? —musitó—. Trataste de mantenerme al margen apartándome de lo que es mi sitio, así que ahora tienes que pedirlo. ¿Cómo puede resultarte tan difícil algo tan sencillo?

La Ciudadela retumbó como una monstruosa campana, el suelo del establo se sacudió, y el techo tembló a punto de venirse abajo. *Brioso* se encabritó, relinchando, agitando la cabeza arriba y abajo; Perrin tuvo que esforzarse para que no lo desmontara. Los mozos, que habían caído al suelo, se incorporaron a duras penas y corrieron desesperadamente a tranquilizar a los caballos que corcoveaban y relinchaban intentando salir de las cuadras. Loial se aferró al cuello de su enorme montura, pero Faile aguantó firme a lomos de *Golondrina* mientras la yegua brincaba y resoplaba, aterrorizada.

Rand. Perrin sabía que era él. Notaba el tirón del *ta'veren*, dos remolinos en una corriente que se atraen el uno hacia el otro. El polvo que se desprendía del techo lo hizo toser y sacudió la cabeza enérgicamente para resistir el impulso de desmontar y correr de vuelta a los pisos altos de la Ciudadela.

—¡Partamos! —gritó mientras los temblores seguían sacudiendo la fortaleza—. ¡Partamos ahora mismo, Loial! ¡Ya!

Por lo visto Faile no veía razón para retrasar más la marcha, de modo que espoleó a la yegua y salió del establo al lado de Loial y su alto caballo, tirando de los dos animales de carga, todos lanzados a galope antes de llegar a la Puerta del Muro del Dragón. Los Defensores los vieron venir y se apartaron con precipitación, algunos

todavía a gatas; su deber era impedir que la gente entrara en la Ciudadela, y no tenían órdenes de prohibir que estas personas salieran. En cualquier caso, tampoco estaban en condiciones de pensar normalmente en este momento para tomar medidas aun en el caso de que hubieran tenido esa orden, cuando los temblores empezaban a amainar y la Ciudadela seguía gimiendo encima de sus cabezas.

Perrin venía a continuación, llevando de las riendas a su animal de carga, deseando que el caballo del Ogier pudiera correr más deprisa, deseando poder dejar atrás a la sobrecargada montura de Loial y escapar del tirón que intentaba hacerlo volver, la atracción de un *ta'veren* a otro. Galoparon juntos por las calles de Tear hacia el sol naciente, sin apenas reducir el paso para esquivar los carruajes y los carros. Hombres vestidos con chaquetas ajustadas y mujeres con grandes delantales, todavía despavoridos por el temblor de tierra, los miraban aturdidos, a veces sin tiempo apenas para saltar a un lado.

En la muralla del núcleo interior de la ciudad los adoquines dieron paso a la tierra, las chaquetas y los zapatos a pies descalzos y torsos desnudos con anchos fajines que sujetaban pantalones fruncidos. Pero aquí la gente tuvo que esquivarlos con idéntica precipitación, porque Perrin no estuvo dispuesto a frenar a *Brioso* hasta que hubieron dejado atrás la muralla exterior de la ciudad, las sencillas casas y tiendas de piedra que se apiñaban fuera ya de la urbe propiamente dicha, las granjas y sotos en campo abierto, y el tirón del *ta'veren*. Sólo entonces, respirando casi tan fatigosamente como su caballo cubierto de espuma, tiró del bocado y puso a *Brioso* al paso.

Las orejas de Loial estaban rígidas por la impresión. Faile, la tez lívida, se humedeció los labios y su mirada fue del Ogier a Perrin.

—¿Qué ha pasado? ¿Fue… él?

—No lo sé —mintió Perrin. «Tengo que irme, Rand, lo sabes. Me miraste a la cara cuando te lo dije, y me contestaste que debía hacer lo que creía que tenía que hacer.»

—¿Dónde están Bain y Chiad? —preguntó Faile—. Tardarán una hora en alcanzarnos. Ojalá hubieran querido montar. Les ofrecí comprarles caballos, pero parecieron ofenderse. Bueno, de todos modos nuestras monturas necesitan ir al paso después de esa galopada para que se refresquen.

Perrin omitió decirle que no conocía tan bien a los Aiel como creía. Desde donde estaba, el joven veía las murallas de la ciudad, y la Ciudadela elevándose sobre ella como una montaña. Distinguía incluso la forma sinuosa del estandarte ondeando en lo alto de la fortaleza, y los pájaros dando vueltas a su alrededor, asustados; ninguno de los otros dos tenía una vista tan penetrante. No tuvo que esforzarse para divisar a tres personas corriendo hacia ellos con largas zancadas que acortaban distancias; su fácil gracilidad desmentía la velocidad del paso. No se creía capaz de correr tan deprisa

durante tanto tiempo, pero los Aiel tenían que haber mantenido ese mismo ritmo desde la Ciudadela para encontrarse tan cerca.

—No tendremos que esperar tanto —anunció.

Faile miró hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿Son ellos? ¿Estás seguro? —Inesperadamente la mirada ceñuda se volvió hacia él momentáneamente como retándolo a responder. Hacerle esa pregunta era tanto como admitir que formaba parte del grupo, naturalmente—. Se jacta mucho de su vista penetrante —le dijo a Loial—, pero no tiene tan buena memoria. A veces creo que olvidaría encender una vela por la noche si no se lo recordara. Imagino que lo que ha visto es a una pobre familia que huye de lo que cree un terremoto, ¿no te parece?

Loial rebulló, incómodo, en su silla, soltó un borrascoso suspiro, y rezongó algo sobre los humanos, seguramente nada halagüeño, sospechó Perrin. Ni que decir tiene que Faile ni se dio cuenta.

Al cabo de unos minutos, Faile miró de hito en hito al joven cuando los tres Aiel estuvieron lo bastante cerca para que ella los reconociera, pero no dijo nada. En su estado de ánimo actual, no admitiría que tenía razón en nada, ni siquiera si decía que el cielo era azul. Los Aiel respiraban a un ritmo normal cuando se pararon junto a los caballos.

—Qué pena que no haya sido una carrera más larga. —Bain compartió una sonrisa con Chiad, y las dos lanzaron una mirada maliciosa a Gaul.

—Si no, habríamos dejado tirado a este Soldado de Piedra —dijo Chiad como conclusión a la frase de su compañera—. Ésa es la razón de que los Soldados de Piedra juren no retroceder nunca. Los huesos de piedra y las cabezas duras les pesan demasiado para correr.

Gaul no se dio por ofendido, si bien Perrin advirtió que se había quedado en un sitio desde el que tenía vigilada de continuo a Chiad.

—¿Sabes por qué se utiliza tan a menudo a las Doncellas como exploradoras, Perrin? Porque pueden correr muy lejos. Y eso viene de su temor a que algún hombre quisiera casarse con ellas. Una Doncella es capaz de correr más de cien kilómetros con tal de evitar tal cosa.

—Muy inteligente por su parte —comentó Faile, cáustica—. ¿Necesitáis descansar? —les preguntó a las Aiel, y pareció sorprenderse cuando ellas dijeron que no. Aun así se volvió hacia Loial—. ¿Estás en condiciones de continuar? Bien. Encuentra esa puerta a los Atajos para mí, Loial. Llevamos parados aquí demasiado tiempo. Si dejas que un cachorro extraviado esté cerca de ti, empieza a pensar que vas a cuidar de él, y eso es un error.

—Faile —protestó el Ogier—, ¿no estás llevando demasiado lejos este asunto?

—Lo llevaré tan lejos como sea preciso, Loial. ¿Y la puerta a los Atajos?

Con las orejas gachas, el Ogier soltó un hondo suspiro e hizo girar a su caballo de nuevo hacia el este. Perrin esperó a que Faile y él dieran una docena de pasos antes de seguirlos Gaul y él. Tenía que jugar con las reglas de la joven, pero lo haría tan bien como ella.

Las granjas, unos lugares pequeños y míseros con burdas casas de piedra que Perrin no habría utilizado ni para albergar animales, se fueron haciendo más dispersas y los bosquecillos más reducidos a medida que avanzaban hacia el este, hasta que llegó un momento en que no hubo granjas ni sotos, sólo una extensa pradera de suaves colinas en la que la hierba se extendía hasta el horizonte, una alfombra rota sólo esporádicamente por parches de matorrales en alguna que otra colina.

También había caballos en las verdes laderas, en pequeños grupos familiares o en manadas de centenares de individuos; era la famosa yeguada teariana. Grande o pequeño, todos los grupos de caballos estaban bajo la vigilancia de uno o dos chiquillos descalzos que montaban a pelo. Los chicos manejaban látigos de mango largo que utilizaban para mantener unida la manada o guiarla, chasqueándolos con pericia para hacer dar media vuelta a algún animal descarriado sin rozar la piel del animal. Mantenían alejados a los caballos de los desconocidos, haciéndolos retroceder si era preciso, pero observaban el paso del extraño grupo —dos humanos y un Ogier montados, además de tres feroces Aiel, que según se contaba habían tomado la Ciudadela— con la descarada curiosidad de los muy jóvenes.

Era una estampa agradable de contemplar para Perrin, a quien le gustaban los caballos. En parte había pedido ser aprendiz de maese Luhhan para tener la oportunidad de trabajar con estos animales, aunque en Campo de Emond no había tantos como aquí ni eran tan buenos.

Por su parte, Loial no disfrutaba en absoluto del panorama. El Ogier empezó rezongando entre dientes, y su tono fue subiendo cuanto más avanzaban a través de las herbosas colinas, hasta que por último estalló con su profunda y retumbante voz:

—¡Desaparecidos! ¡Todos ellos! ¿Y para qué? Para que haya hierba. Antaño esto era una arboleda Ogier. No realizamos grandes obras aquí, sobre todo comparado con Manetheren o con la ciudad a la que llamáis Caemlyn, pero sí lo suficiente para plantar una arboleda. Árboles de todo tipo, originarios de todos los lugares y países. Los Grandes Árboles, que se elevan ciento cincuenta metros hacia el cielo. Todos cuidados con absoluta dedicación, para recordar a mi pueblo los *stedding* que abandonamos para construir cosas a los humanos. Vosotros pensáis que son las obras de cantería lo que valoramos, pero eso es una nadería, algo aprendido durante el largo Exilio, tras el Desmembramiento del Mundo. Son los árboles lo que amamos. Los humanos consideran Manetheren la obra cumbre de mi pueblo, pero para nosotros nuestro mayor triunfo fue la arboleda que había allí, ahora desaparecida. Como ésta. Y se ha perdido para siempre.

Loial contemplaba fijamente las colinas, desiertas salvo por la hierba y los caballos, con gesto duro y las orejas tiesas y echadas hacia atrás, pegadas contra el cráneo. Olía a… cólera. Casi todos los relatos decían de los Ogier que eran pacíficos, casi tanto como el Pueblo Errante; pero en algunos, pocos, los describían como enemigos implacables. Perrin sólo había visto furioso a Loial una vez. Tal vez también se había sulfurado la noche anterior, mientras defendía a los niños. Al mirar su rostro, le vino a la mente un viejo dicho: «Encolerizar a los Ogier y echar abajo montañas». Todos lo entendían como intentar hacer algo imposible. Perrin pensó que tal vez el significado había cambiado con el paso de los años, y que al principio el dicho decía realmente: «Encoleriza a los Ogier y habrás derrumbado las montañas sobre ti». Difícil de llevar a cabo, pero mortal cuando se conseguía. Jamás querría que Loial —el afable, desmañado Loial, con su ancha nariz metida siempre en algún libro— se enfureciera con él.

Fue el Ogier quien se puso a la cabeza del grupo una vez que llegaron al lugar donde antaño se alzaba la arboleda, y giraron un poco a la derecha. No había hitos en el terreno, pero sabía bien hacia dónde se dirigía, y esa seguridad aumentó con cada paso de los caballos. Los Ogier sentían una puerta a los Atajos, la percibían de algún modo, y la encontraban con la certera precisión con que una abeja encuentra su colmena. Cuando finalmente Loial desmontó, la hierba le llegaba poco más arriba de las rodillas. Cerca había sólo un denso parche de matorrales, arbustos frondosos tan altos como el Ogier. Los partió casi con pesar y los apartó en un montón a un lado.

—A lo mejor los chiquillos de los caballos pueden utilizarlos para encender lumbre cuando estén secos.

Y allí se encontraba la puerta a los Atajos.

Recostada contra la falda de la colina tenía más aspecto de un tramo de muralla gris que de una puerta; de la muralla de un palacio, más exactamente, con profusión de hojas y enredaderas tan exquisitamente talladas que casi parecían estar tan vivas como los arbustos que la habían ocultado. Llevaba allí al menos tres mil años, pero su superficie no mostraba el menor rastro de erosión. Aquellas hojas daban la impresión de que se agitarían con el siguiente soplo de aire.

Todos la contemplaron en silencio un momento, hasta que Loial suspiró profundamente y puso la mano sobre una hoja que era distinta de todas las demás: la hoja trifoliada de *Avendesora*, el legendario Árbol de la Vida. Hasta el instante en que la enorme mano del Ogier la tocó, parecía formar parte de la talla tanto como el resto, pero se separó fácilmente de la piedra.

Faile dio un respingo, y hasta los Aiel musitaron algo. El aire estaba cargado de olor a inquietud, pero no resultaba fácil distinguir de cuál de ellos provenía. Quizá de todos.

Ahora las hojas de piedra parecían agitarse con una brisa inexistente, y

adquirieron una tonalidad verde, de vida. Poco a poco, apareció una abertura en el centro, y las dos mitades de la puerta se abrieron, dejando a la vista no la colina que había detrás, sino un brillo mortecino que reflejaba débilmente sus imágenes.

—Se dice —musitó Loial— que hubo un tiempo en que las puertas a los Atajos relucían como espejos, y que quienes recorrían los Atajos caminaban bajo el sol y el firmamento. Ahora eso ha desaparecido también, como la arboleda.

Perrin se apresuró a coger de su animal de carga una de las linternas con palo que estaba llena de aceite, y la prendió.

—Hace mucho calor aquí fuera —dijo—. Un poco de sombra será de agradecer. —Dio con los talones en los ijares de *Brioso* y lo condujo hacia la puerta a los Atajos. Le pareció oír que Faile daba otro respingo.

El semental pardo se plantó al acercarse a su reflejo, pero Perrin lo azuzó para que siguiera adelante. Despacio, recordó. Había que hacerlo despacio. El belfo del caballo tocó, vacilante, su imagen, y después desapareció como si pasara a través de un espejo. Perrin se aproximó a sí mismo, tocó su reflejo… Un frío gélido se deslizó sobre toda su piel, lo envolvió cabello a cabello; el tiempo pareció estirarse.

El frío desapareció como una burbuja pinchada, y el joven se encontró en medio de una negrura insondable; la luz de su linterna semejaba un estanque represado a su alrededor. *Brioso* y el caballo de carga relincharon con nerviosismo.

Gaul atravesó la puerta tranquilamente y empezó a preparar otra linterna. Tras él había lo que parecía una lámina de cristal ahumado; al otro lado se veía a los demás: Loial montaba de nuevo en su caballo; Faile sujetaba bien las riendas; todos sus movimientos eran lentísimos. El tiempo transcurría de forma distinta dentro de los Atajos.

—Faile está enfadada contigo —dijo Gaul una vez que hubo prendido su linterna, que no incrementó mucho la iluminación. La oscuridad se bebía la luz, se la tragaba —. Por lo visto cree que has roto alguna clase de acuerdo. Bain y Chiad… No dejes que te pillen a solas. Tienen pensado darte una lección en nombre de Faile, y no podrás sentarte en ese animal fácilmente si consiguen hacer lo que planean.

—Yo no hice ningún acuerdo, Gaul. Me veo en esta situación por causa de sus manejos. Dentro de poco no nos quedará más remedio que seguir a Loial, como quiere ella, pero mientras tanto tengo intención de ir a la cabeza mientras me sea posible. —Señaló una ancha línea blanca que había bajo los cascos de *Brioso*. Estaba llena de hoyos y partida, pero se extendía hacia adelante, para desaparecer en la oscuridad a pocos pasos de distancia—. Eso conduce al primer poste guía. Tendremos que esperar allí a que Loial lo lea y decida cuál puente hay que tomar, pero Faile tendrá que seguirnos a nosotros ese trecho.

—Puente —repitió Gaul, meditabundo—. Conozco esa palabra. ¿Hay agua aquí dentro?

—No. No es exactamente esa clase de puente. Su aspecto es igual, más o menos, pero… Quizá Loial pueda explicártelo.

—¿Seguro que sabes lo que haces, Perrin? —preguntó el Aiel mientras se rascaba la cabeza.

—No —admitió el joven—, pero Faile no tiene por qué enterarse.

Gaul estalló en carcajadas.

—Es divertido ser tan joven, ¿verdad, Perrin?

Con el entrecejo fruncido, sin tener muy claro si el Aiel se reía de él, Perrin taconeó a *Brioso* y tiró del ronzal del caballo de carga. La luz de la linterna no sería visible a veinte o treinta pasos de distancia. Quería haber desaparecido cuando Faile entrara; que pensara que había decidido marcharse sin ella. Estar preocupada durante unos pocos minutos, hasta que descubriera que los esperaba junto al poste guía, era lo menos que se merecía.

19



El Tajador de olas

Cuando el dorado sol asomaba apenas sobre el horizonte, el carruaje, lacado en negro y conducido por un tiro de cuatro corceles grises, se detuvo en el arranque del muelle, y el cochero, un tipo larguirucho y moreno, vestido con una chaqueta a franjas negras y doradas, bajó del pescante de un salto para abrir la puerta. Ningún emblema adornaba la puerta, naturalmente; los nobles tearianos prestaban ayuda a las Aes Sedai sólo por obligación aunque se lo pidieran con la más efusiva de las sonrisas, y ninguno de ellos deseaba que su nombre o el de su casa se viera ligado a la Torre.

Elayne descendió de buena gana, sin esperar a Nynaeve, y se arregló la capa de viaje, de fino lino azul adecuado para el verano; las calles del Maule tenían surcos de carros y carretas, y los muelles del carruaje no eran muy buenos. La leve brisa que soplaba del Erinin proporcionaba una sensación de frescura después del calor de la Ciudadela. La heredera del trono estaba decidida a no demostrar los efectos del incómodo trayecto, pero cuando estuvo de pie en la calle no pudo menos de frotarse los riñones. «Por lo menos la lluvia de anoche mantiene el polvo reposado», pensó. Tenía la sospecha de que les habían proporcionado un carruaje sin cortinas a propósito.

Al norte y al sur de su posición había más muelles que penetraban en el río como anchos dedos de piedra. El aire olía a cáñamo y brea, a pescado, especias y aceite de oliva, a cosas indecibles pudriéndose en las aguas estancadas entre los muelles, y a unas extrañas frutas alargadas, amarillas y verdes, que había apiladas en grandes montones delante del almacén de piedra que había detrás de ella. A pesar de la hora temprana, hombres con chalecos de cuero sobre los torsos desnudos iban presurosos de aquí para allí, cargando a la espalda enormes bultos o empujando carretillas llenas de barriles o cajas. Ninguno de ellos le dedicó más de una breve y hosca ojeada, y enseguida agachaban los oscuros ojos, con resentimiento, doblados bajo el peso de su carga. La mayoría ni siquiera levantó la cabeza. La entristeció verlo.

Estos nobles tearianos habían tratado mal a su pueblo. Mejor dicho, no se habían ocupado en absoluto de él. En Andor habría recibido alegres sonrisas y una palabra

amable de saludo ofrecidas de buen grado por hombres que caminaban erguidos y que eran tan conscientes de su importancia como ella. Aquello casi la hizo lamentar su partida. La habían educado para que algún día dirigiera y gobernara a un pueblo orgulloso, y sentía la imperiosa necesidad de enseñar a estas gentes un poco de dignidad. Pero ésa era tarea de Rand, no suya. «Y, si no lo hace bien, entonces le daré mi opinión. Y sin medias tintas.» Al menos había empezado a gobernar siguiendo su consejo. Y tenía que admitir que Rand sabía cómo tratar a su pueblo. Sería interesante ver qué había hecho a su regreso. «Si hay motivo para que vuelva aquí.»

Desde donde estaba se veía una docena de barcos, y había más detrás, pero uno de ellos, amarrado al final del muelle en el que se encontraba, con la afilada proa apuntando río arriba, atrajo por completo su atención. El bergantín de los Marinos debía de tener unos treinta metros de eslora, un tercio más largo que el siguiente velero que había a la vista, con tres altos palos en el entrepuente y otro más corto en el castillo de popa. Ya había viajado en barcos, pero no tan grandes, y nunca en uno que fuera a poner rumbo a mar abierto. El mero nombre de los dueños del velero evocaba tierras lejanas y extraños puertos. Los Atha'an Miere. Los Marinos. Los relatos más exóticos siempre se referían a los Marinos, salvo los relacionados con los Aiel.

Nynaeve asomó por la puerta del carruaje atándose al cuello la verde capa de viaje y rezongando entre dientes contra el cochero.

—¡Zarandeándonos como si fuéramos gallinas atrapadas en un vendaval! ¡Sacudidas como alfombras polvorientas! ¿Cómo habéis conseguido pasar sobre todas las rodadas y baches que hay de la Ciudadela aquí, buen hombre? Hace falta una gran destreza para lograr algo así. Lástima que no seáis tan hábil dirigiendo caballos.

El cochero, con un gesto hosco en el rostro alargado, intentó ayudarla a bajar, pero ella lo rechazó. Elayne suspiró y duplicó la cantidad de monedas de plata que estaba sacando de la bolsa.

—Gracias por traernos rápidamente y sin incidentes. —Sonrió mientras apretaba la mano del hombre y dejaba en ella las monedas—. Os dijimos que os dieseis prisa y habéis seguido nuestras instrucciones. El estado de las calles no es culpa vuestra, e hicisteis un trabajo excelente habida cuenta de las malas condiciones.

Sin mirar las monedas, el hombre le hizo una profunda reverencia y le ofreció una mirada agradecida.

—Gracias, mi señora —musitó, y Elayne tuvo la seguridad de que lo decía no sólo por las monedas, sino también por su trato afable. Sabía desde hacía tiempo que una pequeña alabanza y una palabra amable eran tan bien acogidas como el dinero, si no más. Aunque nadie le hacía ascos a éste, por supuesto.

»Que la Luz haga vuestro viaje seguro, mi señora —añadió. Una fugaz mirada de

reojo a Nynaeve puso de manifiesto que su deseo no se hacía extensivo a ella. La antigua Zahorí tenía que aprender a ser más comprensiva y considerada con los demás; de verdad que le hacía falta.

Una vez que el cochero hubo bajado todos los bultos del equipaje, hizo que el tiro de caballos diera media vuelta y emprendió el regreso.

—No tendría que haber sido tan desconsiderada con ese hombre, supongo —reconoció Nynaeve—. Nadie habría sido capaz de hacer un recorrido más fácil por esas calles, pero después de estar zarandeándome todo el camino hasta aquí me siento como si hubiera cabalgado una semana seguida.

—No es culpa suya si te duele el… la espalda —comentó Elayne con una sonrisa para quitar hierro a sus palabras, mientras empezaba a recoger sus bultos. Nynaeve soltó una risita irónica.

—Ya lo he admitido antes, ¿no? No querrás que vaya corriendo tras él para pedirle disculpas. Ese puñado de monedas de plata que le diste mitigará cualquier daño moral que haya podido causarle. De verdad, tienes que aprender a ser más cuidadosa con el dinero, Elayne. No disponemos de los recursos del reino de Andor. Una familia entera podría vivir cómodamente durante un mes con lo que das a cualquiera que hace el trabajo por el que se le ha pagado.

La heredera del trono no respondió, pero le asestó una mirada de fría indignación —Nynaeve tenía por costumbre pensar que debían vivir en peores condiciones que los criados a menos que hubiera una razón para no hacerlo, en lugar de ser al contrario, como era lógico— pero la antigua Zahorí no pareció reparar en aquella expresión que siempre ponía firmes a los hombres de la Guardia Real. En cambio, recogió los bultos y bolsas de su equipaje y se volvió hacia el muelle. —Al menos la travesía en este velero no será tan brusca. Eso espero. ¿Embarcamos?

Las dos echaron a andar muelle adelante, abriéndose paso entre los estibadores, los barriles apilados, y las carretillas llenas de mercancías.

—Nynaeve, los Marinos suelen ser quisquillosos hasta que lo conocen a uno. ¿Te importaría tratar de actuar con un poco más de…?

—¿De qué?

—De tacto, Nynaeve. —Elayne tuvo que dar un brinco cuando alguien escupió delante de ella. No había modo de saber cuál de los hombres lo había hecho, pues al mirar a su alrededor todos ellos tenían gachas las cabezas y se afanaban con su trabajo. Maltratados o no por los Grandes Señores, habría dicho unas cuantas palabras mordaces que el culpable no habría olvidado fácilmente si lo hubiera descubierto—. Podrías intentar ser un poco menos brusca para variar.

—Por supuesto. —Nynaeve empezó a subir la pasarela, cerrada a los lados por pasamanos de cuerda—. Siempre y cuando no me zarandeen más.

Lo primero que pensó Elayne cuando estuvo a bordo fue que la cubierta del

bergantín parecía muy estrecha para la longitud del velero; no sabía mucho sobre barcos, a decir verdad, pero le parecía una gigantesca astilla. «Oh, Luz, este trasto va a dar más bandazos que el carruaje, por muy grande que sea.» Su segunda reflexión fue para la tripulación. Había oído historias acerca de los Atha'an Miere, pero hasta ahora no había visto a ninguno. En realidad, esos relatos no contaban gran cosa. Era un pueblo muy reservado que guardaba las distancias, casi tan misterioso como el Aiel. Sólo las tierras allende el Yermo podían ser más desconocidas, y lo único que se sabía de ellas era que los Marinos traían marfil y seda de allí.

Estos Atha'an Miere eran de tez oscura, iban descalzos y con el torso desnudo, todos ellos bien afeitados; tenían el cabello liso y negro y las manos tatuadas, y sus gestos traslucían la seguridad de quienes conocen su trabajo lo bastante bien para llevarlo a cabo sin tener que estar pendientes de lo que hacen, pero que ponen los cinco sentidos en realizarlo. Sus movimientos poseían una grácil cadencia, como si, a pesar de estar quieto el barco, siguieran percibiendo el balanceo del mar. Casi todos llevaban collares de oro y plata al cuello, así como pendientes en las orejas, en ocasiones dos o tres en cada una, y algunos con brillantes piedras.

También había mujeres entre la tripulación, tantas como hombres, tirando de los cabos y enrollándolos codo con codo junto a sus compañeros varones, con las manos también tatuadas, vestidas con el mismo tipo de pantalones fruncidos de cierto tipo de tela oscura y engrasada que sujetaban con estrechos fajines de colores y sueltos en el tobillo. Pero ellas llevaban blusas sueltas de vivos colores, rojas, azules y verdes, y lucían tantos o más collares y pendientes que los hombres. Elayne reparó, estupefacta, en que dos o tres de ellas llevaban pendientes incluso a un lado de la nariz.

La gracilidad de sus movimientos superaba la de sus compañeros, y trajo a la mente de Elayne ciertos comentarios que había oído de pequeña escuchando a hurtadillas conversaciones de adultos. Según esas historias, la mujeres Atha'an Miere eran la personificación de la belleza seductora e incitante que colmaba los sueños de todo hombre. En realidad, las mujeres de este barco no eran extraordinariamente hermosas, pero observando sus movimientos Elayne daba crédito a tales historias.

En el alto alcázar de popa había dos mujeres que obviamente no eran tripulantes corrientes. También iban descalzas, y su atuendo era del mismo estilo, pero el de una de ellas era de seda azul con brocados, y el de la otra, de color verde. La mayor de las dos, la de verde, lucía cuatro pendientes pequeños de oro en cada oreja, y otro en el lado izquierdo de la nariz, que relucían con el sol matinal. Una fina cadena, de la que pendía una sarta de diminutos colgantes de oro, unía el minúsculo pendiente de la nariz con uno de la oreja; en otra de las cadenas que llevaba al cuello colgaba una cajita de oro con un labrado tan fino que semejaba un encaje, y de vez en cuando se la llevaba a la nariz para olerla. La otra mujer, la más alta, llevaba sólo seis pendientes

en total, y menos medallones, pero la cajita perforada que olisqueaba era una pieza de oro trabajada tan exquisitamente como la de su compañera. Realmente exóticas. Elayne hizo un gesto de dolor sólo de pensar en aquellos pendientes en la nariz. ¡Y en esa cadena!

Algo raro en la cubierta de popa llamaba su atención, pero al principio no supo exactamente qué. Entonces cayó en la cuenta. No había caña de timón. Detrás de las dos mujeres se veía una especie de rueda cuyos radios sobresalían de la circunferencia a guisa de mangos, y estaba atada para evitar que girara; pero no había caña de timón. «¿Cómo guiarán el barco?» Todos los barcos fluviales en los que había viajado la tenían, como también la tenían el resto de las embarcaciones alineadas en los muelles cercanos. Estos Marinos le parecían cada vez más misteriosos.

—Recuerda lo que dijo Moraine —advirtió mientras se aproximaban a la cubierta de popa. Tampoco había sido mucho, ya que ni las Aes Sedai sabían gran cosa sobre los Atha'an Miere. Sin embargo Moraine les había dado a conocer las expresiones correctas, lo que había que decir para demostrar buenos modales—. Y recuerda lo de tener tacto —añadió en un firme susurro.

—Lo recordaré —replicó bruscamente Nynaeve—. Sé tener tacto cuando es preciso.

Elayne confió en que tal cosa fuera cierta. Las dos mujeres Atha'an Miere las esperaban al final de la escalera; mejor dicho, de la escala, se recordó la joven, aunque fuera una escalera. No entendía por qué en los barcos las cosas corrientes tenían que llamarse de forma distinta. Un suelo era un suelo, en un establo o en una posada o en un palacio. ¿Por qué no en un barco? El olor a perfume envolvía a las dos mujeres, un aroma almizclado que provenía de las cajitas de oro. Los tatuajes de sus manos eran estrellas y aves marinas rodeadas de los bucles y volutas de estilizadas olas. Nynaeve hizo una inclinación de cabeza.

—Soy Nynaeve al'Meara, Aes Sedai del Ajah Verde. Busco a la Navegante de este velero, y pasaje en él, si la Luz lo quiere. Ésta es mi compañera y amiga, Elayne Trakand, también Aes Sedai del Ajah Verde. Que la Luz os ilumine a vos y a vuestro barco, y envíe buenos vientos para una singladura veloz.

Aquello era casi exactamente las frases que Moraine les había dicho que utilizaran. No lo de las Aes Sedai del Ajah Verde —Moraine pareció aceptar más resignadamente eso que todo lo demás, y encontrar divertida la elección del Ajah—, pero sí el resto.

La mujer mayor, con algunas hebras grises en el negro cabello y finas arrugas en las comisuras de los grandes ojos castaños, respondió con otra inclinación de cabeza igualmente formal. Aun así, dio la impresión de abarcar de una sola mirada hasta el último detalle de su apariencia, en especial el anillo de la Gran Serpiente que ambas

llevaban en la mano derecha.

—Soy Coine din Jubai Vientos Borrascosos, Navegante del *Tajador de olas*. Ésta es Jorin din Jubai Ala Blanca, mi hermana de sangre y Detectora de Vientos del *Tajador*. Tal vez haya pasaje, si la Luz lo quiere. Que la Luz os ilumine, y os lleve sanas y salvas a vuestro destino.

Resultaba sorprendente que fueran hermanas. Elayne advirtió el parecido entre ambas, pero Jorin era mucho más joven aparentemente. Deseó que su viaje se llevara a cabo en el *Tajador*; ambas mujeres mostraban idéntica reserva, aunque Jorin tenía cierto aire que le recordaba a Aviendha. Una idea absurda, por supuesto. Estas mujeres no eran más altas que ella, sus ropas de llamativos colores no podían ser más distintas de las de las mujeres Aiel, y la única arma que llevaban a la vista era el macizo cuchillo metido en el fajín, que a despecho del mango tallado y taraceado con hilos de oro parecía de buena manufactura. De todas formas y a pesar de las diferencias, Elayne no podía remediar percibir cierta similitud entre Jorin y Aviendha.

—Hablemos pues, Navegante, si os parece bien —dijo Nynaeve, siguiendo el guión dado por Moraine—, sobre singladuras y puertos, y del regalo del pasaje. —Los Marinos no cobraban por transportar personas, según Moraine; era un regalo que, casualmente, se cambiaría por otro de igual valor.

Coine apartó la vista, y después sus ojos fueron hacia tierra, a la Ciudadela y el blanco estandarte que ondeaba en ella.

—Hablaremos en mi camarote, Aes Sedai, si gustáis. —Señaló la escotilla abierta que había detrás de la extraña rueda—. Os doy la bienvenida a mi barco, y que la gracia de la Luz sea con vos hasta que abandonéis su cubierta.

Otra estrecha escalera —escala— descendía hasta una estancia ordenada, más amplia y alta de lo que esperaba Elayne por su experiencia con otros barcos más pequeños; tenía ventanas a todo lo ancho de la popa, y unas lámparas montadas en las paredes con un sistema de balancines. Casi todo parecía haber sido construido dentro de la habitación excepto unos cuantos arcones lacados de diferentes tamaños. La cama era grande y baja, y estaba colocada debajo de las ventanas de popa; en el centro de la habitación había una mesa estrecha, rodeada de sillones.

No había apenas cosas a la vista. Unas cuantas cartas de navegación enrolladas encima de la mesa, unas pocas tallas de marfil que representaban extraños animales sobre las estanterías equipadas con pequeñas barandillas, y media docena de espadas de diversas hechuras, con las hojas desnudas, descansaban sobre ganchos en las paredes. En una viga colgaba sobre la cama un extraño gong de bronce de forma cuadrada, mientras que justo delante de las ventanas, como ocupando un lugar de honor, un yelmo descansaba sobre una cabeza de madera tallada sin rasgos y especialmente para ese propósito; el yelmo parecía la cabeza de un monstruoso insecto, y estaba lacado en rojo y verde, con una fina pluma blanca a cada lado, una

de ellas, rota. Elayne reconoció el yelmo.

—Seanchan —farfulló sin pensar lo que decía. Nynaeve le asestó una mirada iracunda, y con razón; habían acordado que sería más convincente y parecería más lógico que ella, al ser la mayor, estuviera al mando y llevara el peso de las conversaciones. Coine y Jorin intercambiaron una mirada indescifrable.

—¿Los conocéis? —dijo la Navegante—. Por supuesto. Es de esperar que las Aes Sedai sepan estas cosas. En esta zona tan oriental nos llegan montones de historias, de las cuales la que se aproxima más a la verdad sólo es cierta a medias.

Elayne sabía que tendría que dejar las cosas así, pero la curiosidad pudo más que ella.

—¿Puedo preguntaros cómo conseguisteis el yelmo?

—El *Tajador* tuvo un encuentro con un navío seanchan el año pasado —respondió Coine—. Querían apresarlo, pero no estaba dispuesta a rendirlo. —Se encogió levemente de hombros—. Guardo el yelmo para no olvidar el episodio. El mar se llevó a los seanchan, la Luz se apiade de todos los que navegan. Jamás me volveré a acercar a un barco de velas con varillaje.

—Tuvisteis suerte —intervino Nynaeve secamente—. Los seanchan mantienen cautivas a mujeres capaces de encauzar y las utilizan como armas. Si hubieran llevado a una en ese barco, todavía estaríais lamentando haberlo visto.

Elayne le hizo un gesto de advertencia, pero ya era demasiado tarde. No había modo de saber si el tono de Nynaeve había ofendido a las mujeres del pueblo de los Marinos. La pareja mantuvo el mismo gesto impasible, pero la heredera del trono se estaba dando cuenta de que no eran de las que dejaban que las emociones se reflejaran en sus rostros, y menos delante de gente extraña.

—Hablemos del pasaje —dijo Coine—. Si así lo quiere la Luz, quizá podamos hacer escala en el puerto al que deseáis ir. Todo es posible, por la gracia de la Luz. Sentémonos.

Las sillas que rodeaban la mesa no se desplazaban; tanto éstas como la mesa estaban sujetas al suelo. En lugar de ello, los brazos se abrían como puertas y encajaban en su sitio una vez que se había tomado asiento. Tales arreglos parecían confirmar los peores temores de Elayne respecto a cabeceos y sacudidas. Ella lo aguantaba bien, pero el excesivo movimiento de un barco fluvial le revolvía el estómago a Nynaeve. En el océano tenía que ser mucho peor que en un río, por fuerte que soplara el viento, y el mal genio de la antigua Zahorí empeoraba en proporción al malestar de su estómago. Nynaeve mareada e iracunda: pocas cosas eran más temibles, según la experiencia de Elayne.

Las dos tomaron asiento a un lado de la mesa, mientras que la Navegante y la Detectora de Vientos lo hicieron a los extremos. Al principio le pareció extraño, hasta que cayó en la cuenta de que su amiga y ella tendrían que mirar a la que estuviera

hablando, de manera que la otra podría observarlas sin reparo. «¿Actuarán así siempre con el pasaje o lo hacen porque somos Aes Sedai? Es decir, porque creen que lo somos.» Era una advertencia de que las cosas no serían tan sencillas con esta gente como habían esperado. Confiaba en que Nynaeve se hubiera dado cuenta de ello.

Elayne no había visto que se diera la orden, pero una esbelta joven, con sólo un pendiente en cada oreja, apareció con una bandeja en la que traía una tetera de bronce y tazas grandes sin asa, no de la fina porcelana de los Marinos como habría podido pensarse, sino de burda loza. Más difícil de que se rompieran con los balanceos de una mar picada, fue la desoladora conclusión a la que llegó. Sin embargo su atención se centró en la joven, y faltó poco para que diera un respingo. Iba desnuda de cintura para arriba, como los hombres de la tripulación. Elayne disimuló la sorpresa bastante bien, pero Nynaeve aspiró aire por la nariz ruidosamente.

La Navegante esperó hasta que la muchacha hubo servido el té, tan fuerte que tenía un color casi negro, antes de hablar:

—¿Hemos salido a la mar, Dorele, sin que me haya percatado? ¿No hay tierra a la vista?

La joven se puso colorada hasta la raíz del cabello.

—La hay, Navegante —musitó, desolada.

—Bien. Hasta que no haya tierra a la vista y se haya dejado de ver durante un día completo, trabajarás limpiando las sentinas, donde la ropa es un estorbo. Puedes marcharte.

—Sí, Navegante —respondió la muchacha, más afligida. Se volvió y desató el fajín rojo abatidamente mientras salía por la puerta, al otro lado del camarote.

—Si os place, compartid con nosotras este té —ofreció Coine. Dio un sorbo de su taza y siguió bebiendo mientras Elayne y Nynaeve probaban la infusión—. Os pido que disculpéis cualquier ofensa, Aes Sedai. Ésta es la primera singladura de Dorele fuera de las islas. Los jóvenes olvidan a menudo las costumbres de los confinados en tierra. La castigaré con más dureza si os ha ofendido.

—No es necesario —se apresuró a decir Elayne, aprovechando la excusa para dejar la taza en la mesa. El té era aún más fuerte de lo que apuntaba su aspecto, estaba muy caliente, y nada endulzaba su amargor—. De verdad, no nos hemos ofendido. Hay costumbres distintas en pueblos distintos. —«Quiera la Luz que no tengan muchas tan diferentes como ésa. ¿Y si van desnudos del todo cuando salen a alta mar? ¡Luz!»—. Sólo un necio se ofende por costumbres que difieren de las suyas.

Nynaeve le lanzó una mirada penetrante, lo bastante suave para encajar con las Aes Sedai que pretendían ser, y tomó un buen sorbo de té.

—Por favor, olvidaos de ello —fue cuanto dijo. Difícil discernir si hablaba con Elayne o con las mujeres de los Marinos.

—Entonces hablemos del pasaje, si os parece bien —propuso Coine—. ¿A qué puerto deseáis ir?

—A Tanchico —repuso Nynaeve en un tono un poco más enérgico de lo normal —. Sé que es posible que no tengáis pensado navegar hacia allí, pero necesitamos ir rápidamente, tan rápidamente como sólo puede hacerlo un bergantín, y sin escalas, si es posible. Os ofrezco este pequeño presente por las molestias. —Sacó un papel de la bolsa del cinturón, lo desdobló sobre la mesa y lo empujó hacia la Navegante.

Moraine se lo había dado, y otro igual a éste; eran «cartas de valores». Cada una de ellas permitía al portador obtener de banqueros y prestamistas de varias ciudades hasta tres mil coronas de oro, si bien era más que probable que ninguno de esos hombres y mujeres supieran que era dinero de la Torre Blanca lo que guardaban en depósito. Elayne había mirado con ojos desorbitados la suma escrita, mientras que Nynaeve se quedó boquiabierta, pero Moraine les dijo que quizá fuera necesaria para convencer a la Navegante de que renunciara a hacer las escalas previstas.

Coine tocó con un dedo la carta de valores y la leyó.

—Una considerable suma para regalo de pasaje —musitó—, aun considerando que me pedís que altere mis planes de navegación. Ahora estoy mucho más sorprendida que antes. Sabéis que rara vez llevamos pasajeras Aes Sedai. Muy rara vez. De todos los que piden pasaje, sólo se le puede negar a una Aes Sedai, cosa que ocurre casi siempre, como ha ocurrido desde el primer día de la primera singladura. Las Aes Sedai lo saben, de modo que casi nunca lo piden. —Miraba su taza, no a ellas, pero Elayne echó una rápida ojeada al otro lado y pilló a la Detectora de Vientos estudiando sus manos extendidas sobre la mesa. No. Lo que examinaba eran sus anillos.

Moraine no les había comentado nada de esto. Había dicho que el bergantín era el velero más rápido que había en los muelles, y las animó a que embarcaran en él. Además, les había dado estas cartas de valores con las que, seguramente, tendrían de sobra para comprar una flota de barcos como éste. Bueno, por lo menos, varios barcos. «¿Lo hizo porque sabía que necesitaríamos esa cantidad para convencerlas de que nos llevaran?» Pero ¿por qué se había guardado esa información? Qué pregunta tan estúpida; Moraine siempre tenía secretos. Sin embargo, ¿para qué hacerles perder tiempo?

—¿Queréis decir que nos negáis el pasaje? —Nynaeve había dejado a un lado el tacto para dar paso a la franqueza—. Si no lleváis Aes Sedai, ¿por qué nos hicisteis bajar aquí? ¿Por qué no decírnoslo arriba y no perder tiempo?

La Navegante soltó uno de los brazos de su silla, se puso de pie y se acercó a las ventanas de popa para contemplar la Ciudadela. Los pendientes y los colgantes que cruzaban sobre su mejilla izquierda relucieron con la luz del sol saliente.

—Puede encauzar el Poder, según me han contado, y ha tomado la Espada que no

Puede Tocarse. Los Aiel han cruzado la Pared del Dragón acudiendo a su llamada; he visto a varios de ellos por las calles, y se dice que llenan la fortaleza. La Ciudadela de Tear ha caído, y la guerra se extiende por las naciones del mundo. Los que antaño mandaron han vuelto, y se los ha rechazado por primera vez. La Profecía se está cumpliendo.

Nynaeve parecía tan desconcertada como se sentía la propia Elayne por este brusco cambio de tema.

—¿Las Profecías del Dragón, queréis decir? —preguntó la heredera del trono pasado un instante—. Sí, se están cumpliendo. Él es el Dragón Renacido, Navegante. —«Es un obstinado que oculta sus sentimientos tan profundamente que soy incapaz de encontrarlos, ¡eso es, ni más ni menos!»

—Las Profecías del Dragón, no, Aes Sedai. —Coine se volvió—. La Profecía Jendai, la profecía del Coramoor. No aquel que vosotros esperáis y teméis, sino el que nosotros buscamos, el heraldo de una nueva Era. Al ocurrir el Desmembramiento del Mundo nuestros antepasados huyeron buscando la seguridad del mar mientras que la tierra firme se sacudía y se rompía como hacen las olas en una tormenta. Se cuenta que no sabían nada de los barcos que cogieron para huir, pero la Luz estaba con ellos, y sobrevivieron. No volvieron a ver tierra hasta que cesó el cataclismo, y, para entonces, mucho había cambiado. Todo, el mundo entero, iba a la deriva al agua y a los vientos. Fue en los años siguientes cuando se dio a conocer la Profecía Jendai. Debemos errar por las aguas hasta que el Coramoor regrese, y servirlo a su llegada.

»Estamos estrechamente vinculados al mar; el agua salada corre por nuestras venas. La mayoría de nosotros no pone pie en tierra firme excepto para esperar otro barco, otra singladura. Hombres hechos y derechos rompen a llorar cuando tienen que prestar servicios en tierra. Las mujeres embarazadas que están en tierra suben a un barco para dar a luz, a un bote de remos si no disponen de otra embarcación, porque debemos nacer en el mar, como también hemos de morir en él y ser entregados a él cuando expiramos.

»La Profecía se está cumpliendo. Él es el Coramoor. Lo sirven Aes Sedai. Vosotras sois la prueba, el que estéis en esta ciudad. Eso también se dice en la Profecía: "La Torre Blanca se romperá por su nombre, y las Aes Sedai se arrodillarán para lavar sus pies y secarlos con sus cabellos".

—Os aguarda una larga espera si confiáis en verme a mí lavándole los pies a ningún hombre —replicó secamente Nynaeve—. ¿Qué tiene esto que ver con nuestro pasaje? ¿Pensáis llevarnos o no?

Elayne se encogió, pero la Navegante se limitó a responder con otra pregunta igualmente directa:

—¿Por qué queréis ir a Tanchico? En la actualidad es un puerto de escala muy desagradable. Atraqué allí el invierno pasado. Un enjambre de costeños asaltó mi

barco pidiendo pasaje para salir de allí, a cualquier parte. No les importaba dónde mientras fuera lejos de Tanchico. Dudo mucho que las condiciones hayan mejorado a estas alturas.

—¿Siempre hacéis este interrogatorio a vuestros pasajeros? —replicó Nynaeve—. Os he ofrecido suficiente dinero para comprar un pueblo. ¡Dos pueblos! Pero si queréis más, fijad vuestro precio.

—Precio, no —siseó Elayne a su oído—. ¡Regalo!

Si Coine estaba ofendida, o si la había oído siquiera, no dio señales de ello.

—¿Por qué? —repitió.

Nynaeve apretó con fuerza la punta de la coleta, pero Elayne le puso la mano en el brazo. Tenían planeado actuar con reserva y soslayar temas comprometedores, pero las cosas que habían descubierto desde que se habían sentado a la mesa justificaban el cambio de cualquier plan. Había un tiempo para los secretos y un tiempo para la verdad.

—Perseguimos al Ajah Negro, Navegante. Sospechamos que algunas de ellas están en Tanchico. —Sostuvo la mirada furiosa de Nynaeve sin alterarse—. Hemos de encontrarlas o, en caso contrario, podrían hacer daño al Dragón Renacido. Al Coramoor.

—¡Que la Luz nos lleve a salvo a puerto! —exclamó la Detectora de Vientos. Eran las primeras palabras que pronunciaba, y Elayne la miró sorprendida. Jorin tenía el entrecejo fruncido y no miraba a nadie, pero se dirigió a la Navegante—. Podemos llevarlas, hermana. Debemos hacerlo.

Coine asintió en silencio. Elayne intercambió una mirada con Nynaeve y vio reflejadas en los ojos de su amiga las mismas cuestiones que se estaba planteando ella: ¿Por qué era la Detectora de Vientos quien decidía? ¿Por qué no la Navegante? Ella era la capitana del barco, fuera cual fuera el término que utilizaran. Por lo menos iban a conseguir pasaje, después de todo. «¿Por cuánto? —se preguntó la heredera del trono—. ¿A qué montante llegará el "regalo"? Ojalá Nynaeve no hubiera descubierto que disponemos de más de lo que ponía en aquella carta de valores. ¡Y luego es ella la que me acusa de tirar el dinero!»

La puerta se abrió y un hombre canoso, fuerte de hombros, vestido con un amplio pantalón de seda verde sujeto con un fajín, entró en el camarote revolviendo un fajo de papeles. Tenía decorada cada oreja con cuatro pendientes, y de su cuello colgaban tres pesadas cadenas de oro, entre ellas la que llevaba una cajita de perfume. La cicatriz fruncida que le marcaba una mejilla de arriba abajo y los dos cuchillos curvos metidos en el fajín le daban un aire un tanto peligroso. Se iba ajustando sobre las orejas un extraño armazón hecho con un alambre grueso que sujetaba unas lentes delante de sus ojos. Los Marinos manufacturaban los mejores catalejos, lentes para prender fuego, lupas y cosas por el estilo en algún lugar de sus islas, pero Elayne

nunca había visto un artilugio como éste. El hombre miró los papeles a través de aquellas lentes y empezó a hablar sin haber levantado la vista una sola vez.

—Coine, este idiota está dispuesto a trocar quinientas pieles de zorro de las nieves de Kandor por esos tres pequeños barriles de tabaco de Dos Ríos que conseguí en Ebou Dar. ¡Quinientas! Podemos tenerlas aquí a mediodía. —Alzó los ojos y dio un respingo—. Discúlpame, esposa, no sabía que tenías invitadas. La Luz sea con todas vosotras.

—A mediodía, esposo mío —respondió Coine—, estaremos descendiendo río abajo. A la caída de la noche, estaremos en el mar.

—¿Sigo siendo el Maestre de Cargamento, esposa, o se me ha relevado de mi puesto sin yo saberlo?

—Eres el Maestre de Cargamento, esposo, pero ahora los tratos quedan suspendidos y hay que empezar con los preparativos para zarpar. Nos dirigimos a Tanchico.

—¡Tanchico! —Los papeles se arrugaron entre sus dedos, y el hombre tuvo que hacer un denodado esfuerzo para controlarse—. Esposa… ¡No! Navegante, me dijiste que el siguiente puerto de escala era Mayene, para después enfilar hacia levante, hacia Shara. He realizado tratos teniendo presente esa ruta. A Shara, Navegante, no a Tarabon. Lo que llevo en bodegas no reportará mucho en Tanchico. ¡Tal vez nada! ¿Puedo preguntar por qué se manda al traste toda mi labor y se empobrece al *Tajador de olas*?

Coine vaciló, pero su voz seguía teniendo un tono solemne cuando habló:

—Soy la Navegante, esposo. El *Tajador de olas* zarpa cuando y hacia donde yo digo. Eso es todo por ahora.

—Como digáis, Navegante —repuso con voz ronca—. A vuestras órdenes. —Saludó llevándose la mano al corazón, y Elayne creyó advertir que Coine se encogía, y salió del camarote con la espalda tan estirada como los mástiles del barco.

—Tendré que hacer las paces con él por esto —musitó la Navegante mirando fijamente la puerta—. Aunque congraciarse con él es agradable. Casi siempre. Me saludó como un grumete, ¿te fijaste, hermana?

—Lamentamos haber ocasionado un problema, Navegante —dijo Elayne con tacto—. Y sentimos haberlo presenciado. Si ello ha sido motivo de embarazo para cualquiera os rogamos que aceptéis nuestras disculpas.

—¿Embarazo? —Coine parecía escandalizada—. Aes Sedai, soy la Navegante. Dudo que vuestra presencia haya vejado a Toram, y no pienso disculparme con él si tal es el caso. El comercio es su cometido, pero yo soy la Navegante. Tengo que reconciliarme con él porque tiene razón, y no será fácil ya que debo seguir manteniendo en secreto el motivo, y me resultó imposible pensar lo bastante rápido para darle otra razón que la que hubiera dado a un simple grumete. Esa cicatriz de su

rostro se la ganó limpiando de seanchan la cubierta del *Tajador*. Tiene otras cicatrices más viejas recibidas mientras defendía mi barco, y sólo tengo que extender la mano para tener oro en ella gracias a sus tratos comerciales. Es por lo que no puedo decirle por lo que he de compensarlo, porque merecería saberlo.

—No entiendo —dijo Nynaeve—. Os habríamos pedido que guardarais en secreto lo del Ajah Negro —asestó una severa mirada a Elayne que prometía unas palabras duras cuando estuvieran solas; la heredera del trono también tenía intención de decirle unas cuantas cosas relativas a tener tacto—, pero indudablemente tres mil coronas de oro son motivo suficiente para llevarnos a Tanchico.

—He de guardar vuestro secreto, Aes Sedai. Lo que sois y por qué viajáis. Hay muchos entre mi tripulación que consideran gafes a las Aes Sedai. Si se enteran de que no sólo llevamos Aes Sedai sino que nos dirigimos a un puerto donde quizás hay otras Aes Sedai servidoras del Padre de las Tormentas… La gracia de la Luz nos iluminó cuando encontrándonos arriba ninguno estuvo lo bastante cerca para oírme llamaros así. ¿No os ofenderéis si os pido que permanezcáis bajo cubierta el mayor tiempo posible y que no llevéis puestos vuestros anillos cuando subáis?

Por toda respuesta, Nynaeve se quitó la Gran Serpiente del dedo y la guardó en la bolsita del cinturón; Elayne hizo lo mismo, aunque más reacia, ya que le gustaba que la gente viera su anillo. Puesto que no confiaba mucho en la capacidad diplomática de su amiga a estas alturas, la heredera del trono se le adelantó:

—Navegante, os hemos ofrecido un regalo de pasaje, si lo encontráis satisfactorio. En caso contrario, ¿qué otra cosa os complacería?

Coine regresó a la mesa a echar otra ojeada a la carta de valores antes de empujar el papel hacia Nynaeve.

—Esto lo hago por el Coramoor. Os llevaré a salvo al puerto que deseáis, si la Luz quiere. Así se hará. —Se llevó los dedos de la mano derecha a la boca—. La Luz es testigo.

—Hermana —Jorin hizo un sonido estrangulado—, ¿alguna vez un Maestre de Cargamento se ha amotinado contra su Navegante?

—Pondré el regalo de pasaje de mi propio cofre. —Coine le lanzó una mirada impasible—. Y si Toram se entera de ello, hermana, te mandaré a las sentinas con Dorele. Quizá como lastre.

Se confirmó que las dos mujeres habían dejado a un lado toda formalidad cuando la Detectora de Vientos soltó una carcajada.

—Y entonces el próximo puerto que tocaras estaría en Chanchin, hermana, o en Caemlyn, porque no sabrías encontrar el mar sin mí.

La Navegante se volvió hacia Elayne y Nynaeve con aire compungido.

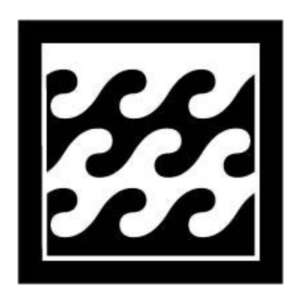
—Conforme al uso, Aes Sedai, puesto que servís al Coramoor, debería daros el trato de honor que le debo a una Navegante y una Detectora de Vientos de otro barco.

Deberíamos bañarnos juntas y beber vino dulce e intercambiar historias que nos hicieran reír y llorar. Pero he de ocuparme de los preparativos para zarpar, y…

El *Tajador* cabeceó haciendo bueno su nombre, y después golpeó contra el muelle. Elayne se sacudió atrás y adelante en la silla, y, mientras el balanceo continuaba, se preguntó si aquello era realmente mejor que irse de bruces al suelo.

Entonces, finalmente, los zarandeos cesaron y los saltos disminuyeron y se hicieron menos bruscos y pronunciados. Coine se incorporó y corrió hacia la escala, seguida de cerca por Jorin, gritando ya las primeras órdenes de comprobar los daños en el casco.

20



Vientos de tormenta

Elayne manoseó torpemente el enganche para abrir el brazo de la silla y salió disparada tras ellas, y a punto estuvo de chocar con Nynaeve en la escala. El velero se balanceaba todavía, aunque no con la violencia de antes. Sin saber si se estaban hundiendo, empujó a Nynaeve para que pasara delante y siguió empujándola para que subiera más deprisa.

La tripulación corría por la cubierta de un lado para otro comprobando los aparejos y asomándose por la borda para inspeccionar el casco mientras gritaban algo sobre terremotos. Los mismos gritos se alzaban en los muelles, pero Elayne sabía que no era tal cosa, a pesar de las mercancías caídas en los embarcaderos y que los barcos cabeceaban hasta donde permitían las tensas amarras.

Alzó la vista hacia la Ciudadela. No había movimiento en la enorme fortaleza excepto las bandadas de espantados pájaros que la sobrevolaban en círculo y el tremolar del pálido estandarte que ondeaba lenta, casi perezosamente, con la brisa. Ni una sola señal de que algo hubiera sacudido la maciza mole, pero lo ocurrido era obra de Rand. Estaba segura.

Al volverse se encontró con que Nynaeve la estaba mirando, y durante un largo instante sus ojos se encontraron.

—En buen apuro nos ha metido si ha dañado el barco —dijo la heredera del trono finalmente—. ¿Cómo vamos a llegar a Tanchico si se pone a zarandear a todos los barcos de los alrededores? —«Luz, tiene que estar bien. Si le ha pasado algo no puedo hacer nada. Se encuentra bien. Tiene que encontrarse bien.»

Nynaeve le tocó el brazo en un gesto tranquilizador.

—Esa segunda carta tuya le debe de haber escocido, desde luego. Los hombres reaccionan siempre de manera exagerada cuando dan rienda suelta a sus emociones; es el precio que tienen que pagar por contenerlas del modo que lo hacen. Puede que sea el Dragón Renacido, pero tiene que aprender que, de nombre a mujer… ¿Qué hacen ésos aquí?

«Ésos» eran dos hombres plantados en la cubierta, en medio del ajetreado ir y venir de los Marinos. Uno era Thom Merrilin, con su capa de juglar, el arpa y la

flauta enfundadas en cuero colgadas a la espalda, y un bulto a sus pies junto a una ajada arca de madera equipada con cerradura. El otro era un apuesto y esbelto teariano de mediana edad, un hombre cetrino y fibroso que se tocaba con un gorro cónico de paja y vestía una de esas chaquetas de plebeyo que se ajustaba a la cintura y después se acampanaba como una falda corta. Llevaba una maza dentada colgada de un cinturón ceñido sobre la chaqueta, y se apoyaba en una vara segmentada de madera clara y nudosa tan alta como él y no más gruesa que su pulgar. Un paquete de forma cuadrada colgaba de su hombro por la lazada del atado. Elayne lo conocía; se llamaba Juilin Sandar.

Saltaba a la vista que los hombres no se conocían a pesar de que estaban casi juntos; mostraban una actitud estirada y reticente. Pero tenían su atención puesta en lo mismo, dividida entre seguir el avance de la Navegante hacia la cubierta de popa y observar a Elayne y a Nynaeve, obviamente inquietos aunque procurando disimularlo tras un alarde de desenvoltura y seguridad en sí mismos. Thom sonreía, se atusaba el largo y blanco bigote e inclinaba levemente la cabeza cada vez que miraba a las dos jóvenes, mientras que Sandar hacía reverencias solemnes, con aplomo.

—No ha sufrido daños —anunció Coine mientras subía la escala—. Todavía podemos zarpar antes de una hora, si lo deseáis. Bueno, en el plazo de una hora si encontramos a un timonel teariano. Si no, zarparemos sin él, aunque ello signifique no poder regresar a Tear. —Siguió su mirada hacia los dos hombres—. Pidieron pasaje, el juglar a Tanchico y el rastreador a dondequiera que viajaseis vos. No puedo rechazarlos, y, sin embargo… —Sus oscuros ojos se volvieron hacia las dos mujeres —. Lo haré si me lo pedís. —Su voz dejaba traslucir una lucha entre la renuencia a romper sus costumbres y… ¿el deseo de ayudarlas? ¿De servir al Coramoor?—. El rastreador es un buen hombre a pesar de su condición de confinado en tierra. Sin ánimo de ofender, bien lo sabe la Luz. Al juglar no lo conozco, pero alguien como él tiene en sus manos animar un viaje y aliviar las horas fatigosas.

—¿Conocéis a maese Sandar? —preguntó Nynaeve.

—Dos veces ha encontrado a los que nos hurtaron, y lo hizo enseguida. Cualquier otro costeño habría tardado más tiempo para así pedir más por el trabajo. Es evidente que también lo conocéis. ¿Queréis que les niegue pasaje? —El timbre reacio seguía presente en su voz.

—Antes veamos por qué están aquí —dijo Nynaeve con un tono inexpresivo que no auguraba nada bueno para ninguno de los dos hombres.

—Quizá debería ser yo quien hable —sugirió Elayne, suave pero firmemente—. De ese modo, podrás observarlos para ver si esconden algo. —No añadió que así se evitaba que diera rienda suelta a su mal genio, pero la irónica sonrisa de Nynaeve dejó claro que había adivinado su intención.

—De acuerdo, Elayne. Los observaré. Y tú deberías fijarte en el modo en que

mantengo la calma. Ya sabes cómo te pones cuando te excitas demasiado.

Elayne no pudo menos que echarse a reír.

Los dos hombres se irguieron cuando las dos jóvenes se acercaron. Los tripulantes se afanaban a su alrededor ocupándose de los aparejos, tirando de cabos, atando algunas cosas y desatando otras siguiendo las órdenes de la Navegante. Se movían en torno a los cuatro confinados en tierra sin apenas dedicarles una ojeada.

Elayne examinó a Thom Merrilin pensativamente. Estaba segura de no haber visto al juglar antes de que apareciera en la Ciudadela, y, no obstante, incluso entonces tuvo la impresión de que había algo familiar en él. Pero tal cosa era imposible. Los juglares actuaban en pueblos, principalmente; su madre nunca tuvo uno en el palacio, en Caemlyn. Los únicos juglares que Elayne recordaba los había visto en las aldeas próximas a las fincas de su madre, y estaba segura de que este hombre canoso con rasgos de halcón no se encontraba entre ellos.

Decidió hablar primero con el rastreador. Recordaba que el hombre había insistido en ese término: lo que en cualquier otra parte era un husmeador, en Tear era un rastreador, y la diferencia parecía tener gran importancia para él.

—Maese Sandar —saludó gravemente—, tal vez no nos recordéis. Soy Elayne Trakand, y ésta es mi amiga, Nynaeve al'Meara. Tengo entendido que queréis viajar al mismo punto de destino al que nos dirigimos nosotras. ¿Puedo preguntaros por qué? La última vez que os vi, no nos hicisteis un buen servicio.

El hombre no pestañeó al oír el comentario de que quizá no se acordaba de ellas. Sus ojos lanzaron una fugaz ojeada a las manos de las mujeres y advirtieron la ausencia de anillos. Aquellos oscuros ojos lo registraban todo de manera indeleble.

—Sí os recuerdo, señora Trakand, y muy bien. Pero, si me disculpáis, la última vez que os serví lo hice acompañado de Mat Cauthon, cuando os sacamos del agua antes de que los cazones pudieran engancharos.

Nynaeve soltó un resoplido, pero apenas audible. Las habían sacado de una celda, no del agua, y las habían salvado del Ajah Negro, no de cazones. A Nynaeve en particular no le gustaba que le recordaran que habían necesitado ayuda en aquel momento. Claro que tampoco habrían estado en esa celda de no ser por Juilin Sandar. No, tal apreciación no era del todo justa. Cierta, pero no completamente justa.

—Me parece muy bien —replicó Elayne con brusquedad—, pero aún no habéis dicho por qué queréis ir a Tanchico.

Sandar respiró hondo y miró cautelosamente a Nynaeve. Elayne estaba empezando a molestarse por el hecho de que el hombre tuviera más precaución con su amiga que con ella.

—Hace menos de media hora que me despertó y me sacó de casa un hombre que conocéis, creo. Un tipo alto, con el rostro como si estuviera tallado en piedra, que se hace llamar Lan. —Las cejas de Nynaeve se enarcaron levemente—. Venía de parte

de otro hombre al que también conocéis, un… pastor, según me dijeron. Se me entregó una considerable suma de oro con el encargo de que os acompañara. A ambas. Se me advirtió que si no regresáis sanas y salvas de este viaje… Bueno, baste con decir que más me valdrá ahogarme que regresar aquí. Lan fue muy categórico, y el… pastor no lo fue menos con su mensaje. La Navegante me ha informado que no tendré pasaje a menos que estéis de acuerdo. Soy diestro en algunas cosas que podrían seros útiles. —La vara giró en sus manos velozmente y se frenó de golpe. Sus dedos tocaron el arma que llevaba colgada a la cadera, una extraña maza, semejante a una espada corta, pero sin filo y con unas muescas que estaban pensadas para atrapar la espada enemiga y partirla; de ahí el otro nombre por el que se la conocía: quiebra espadas.

—Los hombres siempre encuentran el modo de eludir lo que les dices que hagan —rezongó Nynaeve, aunque no parecía molesta.

Por su parte, Elayne frunció el ceño, enfadada. ¿Rand enviaba a Sandar? No habría leído su segunda carta cuando lo hizo. «Así lo ciegue la Luz. ¿Por que tiene que llamar así la atención? Ya no hay tiempo para mandar otra carta, y si lo hiciera seguramente sólo conseguiría desconcertarlo más. Y yo quedaría como una estúpida; es decir, más aún. ¡Maldito sea!»

—¿Y vos, maese Merrilin? —intervino Nynaeve—. ¿También el pastor nos envió a un juglar? ¿O fue el otro hombre? Tal vez para entretenernos con vuestros juegos malabares.

Thom había estado estudiando fijamente a Sandar, pero desvió la mirada sin brusquedad e hizo una elegante reverencia que sólo quedó desmerecida por el exagerado ondear de la capa de parches.

—No fue el pastor, señora al'Meara. Una dama a la que conocemos ambos me pidió, sí, me pidió que os acompañara. La misma dama que os encontró a vos y al pastor en Campo de Emond.

—¿Por qué? —preguntó Nynaeve con desconfianza.

—También yo poseo habilidades muy útiles —respondió Thom al tiempo que echaba una mirada de soslayo al rastreador—. Aparte de los juegos malabares, se entiende. He visitado Tanchico en varias ocasiones, y conozco bien la ciudad. Puedo deciros dónde encontrar una buena posada, y qué barrios son peligrosos tanto de día como de noche, y a quién sobornar para que la Fuerza Civil no se tome demasiado interés en lo que hacéis o dejáis de hacer. Son muy quisquillosos en lo de vigilar a los forasteros. Puedo ayudaros en muchas cosas.

La sensación de familiaridad cosquilleó de nuevo en la mente de Elayne. Antes de ser consciente de lo que hacía, alargó la mano y propinó un tirón al largo bigote blanco. El juglar dio un respingo, y la joven se llevó las manos a la boca y se puso roja como la grana.

—Disculpadme. Yo… No sé qué me pasó, pero tenía la sensación de haber hecho eso antes. Quiero decir… Oh, cuánto lo lamento. —«¡Luz! ¿Por qué he hecho eso? Debe de creer que soy imbécil.»

—Lo… recordaría, si fuera así —repuso el juglar, muy estirado.

Elayne confiaba en que no se hubiera ofendido, pero resultaba difícil de decir por su expresión. Los hombres se ofendían a veces cuando deberían reírse, y se reían cuando deberían ofenderse. Si iban a viajar juntos… Entonces cayó en la cuenta de que había decidido que vinieran con ellas.

—Nynaeve… —dijo.

La otra mujer entendió la pregunta no formulada, por supuesto. Estudió a los dos hombres de hito en hito, y después asintió.

—Pueden venir. Siempre y cuando accedan a hacer lo que se les mande. No estoy dispuesta a que un cabeza hueca obre a su antojo y nos ponga en peligro.

—Como ordenéis, señora al'Meara —accedió de inmediato Sandar al tiempo que hacía una reverencia.

—Un juglar es un ser libre, Nynaeve —dijo Thom—, pero prometo que no os pondré en peligro. Todo lo contrario.

—Lo que se os mande —recalcó de nuevo la antigua Zahorí—. O lo prometéis o veréis partir el barco desde el muelle.

—Los Atha'an Miere no niegan el pasaje a nadie, Nynaeve.

—¿Eso creéis? ¿Acaso sólo se le dijo al husmeador —Sandar se encogió— que necesitaba nuestro permiso? Lo mismo reza para vos, maese Merrilin.

Thom sacudió la canosa cabeza como un caballo díscolo y respiró profundamente, pero acabó asintiendo.

—Lo prometo, señora al'Meara.

—De acuerdo entonces. Asunto resuelto. Ahora id con la Navegante e informadle que he dicho que os busque a los dos un cuchitril en alguna parte si puede, fuera de nuestra vista. Vamos, moveos. Rápido.

Sandar se inclinó de nuevo y se marchó; Thom tembló visiblemente antes de ir tras él, con la espalda muy estirada.

—¿No estás siendo muy dura con ellos? —preguntó Elayne en cuanto estuvieron lo bastante lejos para no oírla, y no hizo falta que el trecho fuera grande, dado el bullicio reinante en cubierta—. Después de todo vamos a viajar juntos. «El trato considerado hace buenos compañeros de viaje.»

—Más vale que dejemos las cosas claras desde el principio, Elayne. Thom Merrilin sabe muy bien que no somos verdaderas Aes Sedai. —Bajó el tono y miró en derredor mientras hablaba. La tripulación ni siquiera las estaba mirando salvo por la Navegante, que desde las inmediaciones de la cubierta de popa escuchaba las explicaciones del alto juglar y del rastreador—. Los hombres son charlatanes y

hablan entre ellos. Siempre lo hacen. Así que Sandar también lo sabrá a no mucho tardar. Nunca se opondrían a unas Aes Sedai, pero a dos Aceptadas… Si se les da pie, los dos harán lo que crean que es mejor por mucho que nosotras digamos, y no pienso ceder en ese aspecto.

—Tal vez tengas razón. ¿Crees que saben por qué vamos a Tanchico?

—No, o de lo contrario no demostrarían tanta confianza en sí mismos. Y preferiría no decírselo hasta que no nos quede más remedio. —Le dirigió a Elayne una mirada intencionada, y no fue necesario que añadiera que por ella tampoco tendrían que habérselo dicho a la Navegante—. A ver qué te parece este refrán: «En boca cerrada no entran moscas».

—Hablas como si no confiaras en ellos. —Decidió guardar para sí el comentario de que estaba actuando como Moraine; Nynaeve no tomaría a bien esa comparación.

—¿Acaso podemos? Juilin Sandar nos traicionó en una ocasión. Sí, sí, ya sé que ningún hombre habría sido capaz de evitarlo, pero eso no cambia las cosas. Y Liandrin y las otras lo conocen. Tendremos que cambiar su aspecto con otras ropas. Quizá tenga que dejarse crecer el pelo, e incluso el bigote, como el del juglar, que le tapa gran parte de la cara. Podría funcionar.

—¿Y Thom Merrilin? Creo que podemos fiarnos de él. No sé por qué, pero lo creo.

—Admitió que vino por encargo de Moraine —reflexionó Nynaeve—. Pero ¿qué más hay que no ha confesado? ¿Qué le ha contado a él que no nos ha dicho a nosotras? ¿Su intención es ayudarnos o esconde algún otro propósito? Moraine participa en el juego utilizando tan a menudo sus propias reglas que confío en ella un tanto así más que en Liandrin. —Sostuvo el índice y el pulgar separados apenas por un centímetro—. Nos utilizará a las dos, nos exprimirá hasta la última gota, si con ello ayuda a Rand. O, más bien, si sirve para lo que ha planeado para Rand. Lo tendría sujeto a ella como un perrito faldero si pudiera.

—Moraine sabe lo que hay que hacer, Nynaeve. —Por primera vez lo admitió con renuencia. Lo que Moraine sabía que había que hacer podría muy bien precipitar el camino de Rand hacia el Tarmon Gai'don. Tal vez hacia su muerte. Rand estaba en un lado de la balanza, y el mundo, en el otro. Era absurdo, e infantil, que esos dos platillos parecieran tener el mismo peso para ella. Pero no se atrevía a mover el fiel de la balanza, ni siquiera en su fuero interno, porque no estaba segura de hacia qué lado se inclinaría—. Lo sabe mejor que él —afirmó con voz firme—. Mejor que nosotras.

—Tal vez. —Nynaeve suspiró—. Pero no me gusta.

Se soltaron las amarras de proa, donde las velas triangulares se desplegaron repentinamente, y el *Tajador* se retiró del muelle. Se extendieron más velas, grandes cuadrados y triángulos blancos, se soltaron las amarras de popa, y el barco viró en un

amplio arco hacia el centro del río, entre las embarcaciones ancladas que esperaban su turno para amarrar en los muelles, en una suave curva que terminó enfilando hacia el sur, corriente abajo. Los Marinos manejaban su velero como un maestro de equitación haría con un pura sangre. La peculiar rueda con mangos era la que hacía funcionar el timón de algún modo al girarla un marinero desnudo de cintura para arriba. Era un hombre, advirtió con alivio Elayne. La Navegante y la Detectora de Vientos estaban a un lado de la rueda; Coine impartía alguna orden de vez en cuando, en ocasiones después de consultar algo en voz baja con su hermana. Toram estuvo observando un rato con una expresión tan impasible que su rostro podría haber estado tallado de madera, y después desapareció bajo cubierta.

En el castillo de popa estaba un teariano, un tipo regordete que parecía desanimado; llevaba una chaqueta de un tono pardo amarillento, y las voluminosas mangas de color gris; se frotaba las manos con nerviosismo. Había subido a bordo en el último momento, cuando ya se retiraba la pasarela; era el timonel que se suponía tenía que guiar al *Tajador* río abajo. Según una ley teariana, ningún barco podía surcar el delta de los Dedos del Dragón sin llevar a bordo a un timonel teariano. El estado de ánimo del hombre se debía a que su presencia era una simple formalidad, puesto que si daba alguna orden los Marinos no le harían el menor caso.

Murmurando algo de ver cómo era el camarote, Nynaeve se marchó bajo cubierta, pero Elayne estaba disfrutando de la fresca brisa y de la sensación de ponerse en camino. Viajar, ver lugares que no conocía, era un placer de por sí. Nunca pensó que podría hacerlo de aquella forma. Como heredera del trono de Andor habría hecho unas cuantas visitas oficiales que se acabarían una vez que subiera al trono, pero siempre estarían sujetas a las normas de etiqueta propias de su condición. En nada parecido a aquello: Marinos descalzos y un velero con rumbo a alta mar.

La orilla del río discurría veloz a un lado del barco a medida que el sol subía en el cielo; de trecho en trecho aparecían granjas de piedra y graneros aislados que enseguida quedaban atrás, pero ningún pueblo. Tear no permitía el crecimiento de una población a orillas del río entre el mar y la ciudad, puesto que hasta la más pequeña podría convertirse en una competidora de la capital. Los Grandes Señores controlaban el tamaño de los pueblos y villas en todo el país mediante un impuesto de construcción cuya cuantía aumentaba de manera pareja al número de edificios levantados. Elayne estaba convencida de que no habrían permitido la expansión de Godan, en la bahía de Remara, de no ser por la supuesta necesidad de contar con una fuerte presencia teariana en un lugar próximo a Mayene. En cierto modo era un alivio dejar atrás a una gente tan necia; lo malo es que también había dejado atrás a un hombre necio.

El número de barcas de pesca, la mayoría pequeñas y todas rodeadas de nubes de gaviotas y diversas aves marinas, fue en aumento cuanto más al sur viajaba el

Tajador, sobre todo después de que el velero entrara en el dédalo de canales llamado Dedos del Dragón. A menudo las aves volando en lo alto y los largos palos que sujetaban redes era lo único visible aparte de grandes extensiones de juncos y espadañas que se mecían con la brisa, salpicadas de pequeñas isletas en las que crecían unos extraños árboles retorcidos con las enmarañadas raíces al aire. Muchas barcas faenaban entre los cañaverales, aunque no con redes. Elayne vio unas cuantas cerca de los brazos de agua; hombres y mujeres lanzaban líneas con anzuelos en las plantas acuáticas, y sacaban oscuros peces rayados tan largos como el brazo de un hombre.

El timonel teariano empezó a pasear con nerviosismo de un lado para otro una vez que entraron en el delta, con el sol ya alto, y rechazó con gesto altanero el cuenco de guisado de pescado, espeso y picante, y el pan que le ofrecieron. Elayne se comió su ración con apetito, y rebañó el cuenco con el último trozo de pan, a pesar de que compartía la desconfianza del teariano respecto a lo que había ingerido. Los canales, anchos y estrechos, se extendían en todas direcciones. Algunos terminaban de manera repentina, a plena vista, contra un denso muro de cañas. Era difícil adivinar si los demás no desaparecerían tan inesperadamente en el próximo recodo. Empero, Coine no aminoró la velocidad del barco ni vaciló al elegir el camino. Obviamente sabía qué canales tomar, o lo sabía el *Tajador*, pero el timonel seguía rezongando entre dientes como si esperara que en cualquier momento encallarían.

La tarde estaba avanzada cuando la desembocadura del río apareció de repente al frente, y detrás la infinita extensión del Mar de las Tormentas. Los Marinos hicieron algo con las velas y el barco se estremeció suavemente y se detuvo por completo. Fue entonces cuando Elayne reparó en una barca de remos grande que se deslizaba como un insecto de muchas patas sobre el agua; venía de una isla donde unos cuantos edificios de piedra se alzaban alrededor de una alta y estrecha torre, en lo alto de la cual había hombres empequeñecidos por la distancia; sobre sus cabezas ondeaba la bandera de Tear, tres medias lunas blancas sobre un campo rojo y oro. El timonel cogió la bolsa que Coine le tendía sin decir una palabra y descendió a la barca por una escala de cuerda. Tan pronto como estuvo a bordo, las velas se movieron otra vez y el *Tajador* hendió las primeras olas de mar abierto, levantándose levemente. Los Marinos se afanaron entre los aparejos y largaron más velas mientras el barco se deslizaba hacia el sur y el oeste con creciente velocidad que lo alejó de la costa.

Cuando la fina línea de tierra desapareció finalmente por el horizonte, todas las mujeres de los Marinos se quitaron las blusas, incluidas la Navegante y la Detectora de Vientos. Elayne no sabía dónde mirar. Todas estas mujeres andando de aquí para allí a medio vestir, sin preocuparles lo más mínimo todos los hombres que había alrededor. Juilin Sandar parecía estar pasando tan mal rato como ella, y miraba con los ojos muy abiertos a las mujeres para acto seguido bajar la vista a los pies, hasta

que finalmente se marchó casi corriendo bajo cubierta. Elayne no estaba dispuesta a tener que marcharse a la fuerza, de ese modo, así que optó por mirar al mar.

«Hay costumbres diferentes —se recordó a sí misma—. No pasa nada mientras no esperen que haga lo mismo.» La sola idea casi le hizo soltar una risa histérica. De algún modo, era más fácil pensar en el Ajah Negro que en eso. Costumbres diferentes. «¡Luz!»

El cielo se tiñó de púrpura, con un mortecino sol dorado en el horizonte. Montones de delfines escoltaban al barco, saltando y deslizándose a los costados, y más adelante un banco de relucientes peces azul plateado saltó sobre la superficie planeando con las aletas extendidas unos cincuenta pasos o más antes de zambullirse de nuevo en las olas verdegrisáceas. Elayne contó, sin salir de su asombro, una docena de vuelos antes de que desaparecieran por completo.

Pero los delfines, unas grandes formas lustrosas, eran suficientemente maravillosos, una guardia de honor que escoltaba al *Tajador* de vuelta a donde pertenecía. Estos magníficos animales los reconoció por las descripciones que había leído en libros; se decía que, si lo encontraban a uno ahogándose, lo empujaban hasta la playa. No estaba muy segura de creerlo, pero era una bonita historia. Los siguió a lo largo de la borda hacia la proa, donde jugueteaban con la ola levantada por la quilla, y vio que se giraban sobre el costado para mirarla sin perder el ritmo ni la velocidad.

Elayne había llegado casi al punto más estrecho de la proa cuando reparó en que Thom Merrilin estaba allí, contemplando a los delfines con una sonrisa un poco triste. El viento hinchaba su capa como lo hacía con las velas del aparejo, y el juglar se había descargado de los bultos del equipaje. Realmente le resultaba familiar, no cabía duda.

—¿Estáis triste, maese Merrilin?

Él la miró de reojo.

—Por favor, llamadme Thom, milady.

—De acuerdo, Thom. Pero no me digáis milady. Aquí sólo soy la señora Trakand.

—Como digáis, señora Trakand —dijo con un atisbo de sonrisa.

—¿Cómo podéis mirar a estos delfines y sentiros triste, Thom?

—Son libres —musitó el juglar en voz tan baja que Elayne no estuvo segura de haberlo oído—. No tienen que tomar decisiones, ni pagar un precio por lo que hacen. Su única preocupación es encontrar peces para comer. Y los tiburones, supongo. Y las orcas. Y probablemente un centenar de cosas más que yo ignoro. Tal vez no sea una vida tan envidiable como parece.

—¿Los envidiáis? —Él no respondió, pero la pregunta no había sido acertada, de todos modos. Necesitaba hacerlo sonreír de nuevo. No, quería hacerlo reír. Por alguna razón estaba segura de que, si lo conseguía, recordaría dónde lo había visto antes.

Eligió otro tema; uno que fuera de su agrado—. ¿Tenéis intención de escribir un poema épico para Rand, Thom? —Los poemas épicos eran cosa de bardos, no de juglares, pero un poco de halago no vendría mal—. La epopeya del Dragón Renacido. Loial piensa escribir un libro, ya sabéis.

—Quizá lo haga, señora Trakand. Quizá. Pero ni mi composición ni el libro del Ogier tendrán importancia a la larga. Nuestras historias no sobrevivirán a largo plazo. Cuando llegue la próxima Era… —Hizo un gesto, como si se encogiera, y se tiró del bigote—. Puestos a pensarlo, tal vez no quede más que un año o dos. ¿Cómo se advierte el fin de una Era? No siempre puede ser un cataclismo al estilo del Desmembramiento. Claro que, si se da crédito a las Profecías, éste sí será así. Ése es el problema con las profecías. El original está siempre en la Antigua Lengua, y puede que también en el Cántico Alto: si no se sabe de antemano lo que una cosa significa, es imposible descifrarla. ¿Hay que interpretar lo que dice literalmente o sólo es un estilo florido de decir algo completamente distinto?

—Hablabais de vuestro poema épico —le recordó, intentado volver al tema del principio, pero el juglar sacudió la canosa cabeza.

—Hablaba de cambios. Mi poema épico, si es que lo compongo, así como el libro de Loial, no serán más que una semilla, si tenemos suerte. Los que sepan la verdad de lo ocurrido morirán con el tiempo, y sus nietos recordarán algo diferente. Y los nietos de sus nietos otra cosa distinta. Dos docenas de generaciones y podrías ser vos la heroína, no Rand.

—¿Yo? —rió.

—O tal vez Mat o Lan. O incluso yo mismo. —Su sonrisa iluminó su rostro arrugado—. Thom Merrilin. No un juglar, sino ¿qué? ¿Quién sabe? No comiendo fuego, sino expulsándolo, arrojándolo como una Aes Sedai. —Hizo revolotear su capa—. Thom Merrilin, el misterioso héroe, derribando montañas y encumbrando reyes. —La sonrisa se convirtió en una carcajada—. Rand al'Thor tendrá suerte si en la próxima Era se recuerda correctamente su nombre.

Elayne supo que no se había equivocado, que no era sólo una impresión. Aquel rostro, aquella risa alegre; las recordaba. Pero ¿de dónde? Tenía que hacerlo hablar más.

—¿Ocurre siempre así? No creo que alguien dude de, digamos, que Arthur Hawkwing conquistó un imperio. Todo el mundo, o casi todo.

—¿Hawkwing, mi joven señora? Levantó un imperio, desde luego, pero ¿creéis que fue el artífice de todo lo que dicen los libros que fue obra suya? ¿O del modo en que lo cuentan? ¿Que mató a los cien mejores hombres de un ejército enemigo uno por uno? ¿Que los dos ejércitos se quedaron allí plantados mientras que uno de los generales, un rey, combatía un centenar de duelos?

—Lo pone en los libros.

—No hay tiempo entre el alba y el anochecer para que un solo hombre sostenga cien duelos, muchacha. —Elayne estuvo a punto de increparlo. ¿Cómo que «muchacha»? Era la heredera del trono de Andor, no una «muchacha», pero el juglar estaba metido de lleno en su exposición—. Y eso ocurrió hace sólo mil años. Retroceded más, a los relatos antiguos que conozco, de la Era anterior a la Era de Leyenda. ¿Combatieron realmente con lanzas de fuego Mosk y Merk? ¿Fueron de verdad gigantes? ¿Alsbet fue reina de todo el mundo, y Anla fue en realidad hermana suya? ¿De verdad fue Anla la Sabia Consejera o fue alguna otra persona? Esas preguntas tienen una respuesta tan incierta como indagar de qué clase de animal procede el marfil o qué clase de planta da seda. A no ser que proceda también de un animal.

—No conozco la respuesta a esas otras preguntas —repuso Elayne un poco tirante, ya que lo de muchacha le escocía todavía—, pero podéis preguntar a los Marinos lo del marfil y la seda.

El juglar rompió a reír otra vez —como la joven había esperado que ocurriera, aunque el único resultado fue reafirmar su convicción de que lo conocía—; pero en lugar de llamarla tonta, como Elayne suponía que haría, dijo:

—Práctica y directa al grano, igual que vuestra madre. Con los pies en el suelo y pocos pájaros en la cabeza.

La joven levantó la barbilla un poco y adoptó una expresión más distante. Una cosa es que estuviera haciéndose pasar por la señora Trakand y ésta, otra muy distinta. Era un hombre agradable y quería despejar la incógnita de dónde lo conocía, pero al fin y al cabo sólo era un juglar y no debería hablar de una reina en un tono tan familiar. Extraña, irritantemente, Thom parecía divertido. ¡Divertido!

—Los Atha'an Miere tampoco lo saben —dijo—. Sólo conocen unos cuantos kilómetros más allá del Yermo de Aiel, los alrededores de un puñado de puertos en los que se les permite atracar. Esos lugares están defendidos por altas murallas, las cuales están vigiladas tan estrechamente que ni siquiera han podido escalarlas para ver qué hay al otro lado. Si alguno de sus barcos recala en cualquier otro sitio (o lo hace otro barco que no sea suyo, pues sólo los Marinos tienen permiso para ir allí), entonces ni a esa embarcación ni a su tripulación se las vuelve a ver. Y es todo cuanto puedo deciros después de indagar y preguntar durante más años de los que me gustaría recordar. Los Atha'an Miere guardan bien sus secretos, pero no creo que tengan que ocultar gran cosa con respecto a esas tierras. Por lo que he podido saber, los cairhieninos recibieron el mismo trato cuando todavía tenían el privilegio de viajar por la Ruta de la Seda a través del Yermo. Los mercaderes de Cairhien nunca vieron otra cosa que una ciudad amurallada, y aquellos que se desviaron del camino marcado desaparecieron.

Elayne lo estaba observando con tanto interés como antes hiciera con los delfines.

¿Qué clase de hombre era éste? Tenía la impresión de que en ese rato se había reído de ella dos veces —y ahora mismo parecía mirarla con guasa, por mucho que le irritara admitirlo— pero sin embargo le hablaba con tanta seriedad como lo haría… En fin, como un padre a una hija.

—Tal vez encontréis un par de respuestas en este barco, Thom. Se dirigían hacia el este antes de que convenciéramos a la Navegante de que nos llevara a Tanchico. Por lo que dijo el Maestre de Cargamento iban a Shara, al este de Mayene. Imagino que debe de ser allende el Yermo.

El juglar la miró fijamente un momento.

—¿Shara, decís? No había oído ese nombre hasta ahora. ¿Es una nación, una ciudad o ambas cosas? A lo mejor me entero de algo más.

«¿Qué he dicho? Ha sido algo que lo ha hecho pensar —se preguntó la joven—. ¡Luz! Le he contado que convencimos a Coine para que cambiara sus planes.» Seguramente no tenía importancia, pero de todos modos se reprendió duramente por el desliz. Un comentario intrascendente a este afable viejo no entrañaría peligro, pero esas mismas palabras podrían causarle la muerte en Tanchico, y también a Nynaeve, por no mencionar al rastreador y al propio Thom. Era un hombre tan agradable…

—Thom, ¿por qué venís con nosotras? ¿Sólo porque os lo pidió Moraine?

Los hombros del juglar se estremecieron, y Elayne comprendió que se reía de sí mismo.

—En cuanto a eso ¿quién sabe? Cuando una Aes Sedai pide un favor no resulta fácil negarse. O tal vez sea por disfrutar del placer de vuestra compañía en este viaje. O quizá porque he decidido que Rand es lo bastante mayor para cuidar de sí mismo durante una temporada.

Se echó a reír a carcajadas, y Elayne no pudo menos que sumarse a su hilaridad. Era chusca la idea de que este hombre mayor, de pelo blanco, cuidara de Rand. La sensación de que podía confiar en él volvió con más fuerza que nunca cuando el juglar la miró. No porque fuera capaz de reírse de sí mismo, o no sólo por ello. Pero no habría sabido dar otra razón aparte del hecho de que, al mirar aquellos ojos azules, le resultaba imposible imaginar que este hombre le hiciera daño nunca.

Sintió de nuevo el casi irreprimible impulso de tirarle del bigote, pero se obligó a dejar quietas sus manos. Después de todo ya no era una niña. Una niña. Abrió la boca en un gesto de sorpresa y, de repente, todo se le fue de la cabeza.

—Si me disculpáis, Thom —dijo precipitadamente—. Tengo que… Por favor disculpad.

Se encaminó a paso vivo hacia la popa, sin esperar una respuesta. El juglar pensaría que el balanceo del barco le había revuelto el estómago. La frecuencia de los cabeceos del *Tajador* había aumentado en consonancia con la velocidad con que el barco surcaba las hinchadas olas; la brisa había refrescado.

Había dos hombres en la rueda del castillo de popa, pues era necesaria la fuerza de ambos para mantener el rumbo del velero. La Navegante no estaba en cubierta, pero sí la Detectora de Vientos, que se encontraba junto a la barandilla que había detrás de los dos hombres al timón, desnuda de cintura para arriba como los varones, escudriñando el cielo, donde unas nubes tormentosas se agitaban más ferozmente que el océano. Por una vez no fue la ropa de Jorin —o mejor dicho, la falta de ropa— lo que sobresaltó a Elayne. A pesar de la cárdena luz, vio con total claridad la aureola peculiar que envuelve a una mujer cuando abraza el *Saidar*. Eso era lo que había percibido, lo que la atraía hacia ella: una mujer encauzando.

Elayne se detuvo cerca del castillo de popa para observar qué hacía. Los flujos de Aire y Agua que manejaba la Detectora de Vientos eran gruesos como cables y, sin embargo, los entretejía minuciosa, casi delicadamente, y llegaban hasta donde alcanzaba la vista, como una red extendida a través del cielo. El viento sopló más y más fuerte; el esfuerzo de los hombres de la rueda se intensificó, y el *Tajador de olas* se deslizó sobre el mar como si volara. La manipulación de flujos cesó, el fulgor del *Saidar* desapareció, y Jorin se desplomó contra la barandilla, apoyada en las manos.

Elayne subió la escala en silencio, pero la mujer de los Marinos le habló en voz queda, sin volver la cabeza, cuando la otra joven estuvo lo bastante cerca para oírla:

—A mitad de mi trabajo creí advertir que me estabais observando. Pero entonces me era imposible parar; podría haberse formado una tormenta a la que ni siquiera el *Tajador* habría sobrevivido. El Mar de las Tormentas tiene un nombre muy apropiado; en él se levantan vientos bastantes peligrosos de por sí sin mi ayuda. No tenía la menor intención de hacer esto, pero Coine dijo que hemos de viajar deprisa. Por vos y por el Coramoor. —Levantó los ojos y escudriñó el cielo—. Este viento se mantendrá hasta por la mañana, si así lo quiere la Luz.

—¿Es ésta la razón de que los Marinos no transporten Aes Sedai? —preguntó Elayne, que se puso a su lado en la barandilla—. ¿Para que la Torre no descubra que las Detectoras de Viento pueden encauzar? Ahora entiendo que fuera decisión vuestra permitirnos embarcar, no de vuestra hermana. Jorin, la Torre no intentará impedíroslo. No existe una ley que prohíba encauzar a cualquier mujer, aunque no sea Aes Sedai.

—Vuestra Torre Blanca intervendrá. Procurará llegar hasta nuestros barcos, donde estamos libres de la tierra y de sus habitantes. Intentará sujetarnos a ella, apartarnos del mar. —Suspiró hondo—. La ola que ha pasado no se la puede hacer volver.

Elayne habría querido decirle que estaba equivocada, pero era cierto que la Torre buscaba mujeres y muchachas que pudieran aprender a canalizar, tanto para incrementar el número de Aes Sedai, que ahora era mucho menor comparado con otros tiempos, como por el peligro de aprender sin una guía. En realidad, una mujer a la que podía enseñársele a entrar en contacto con la Fuente Verdadera por lo general

acababa en la Torre lo quisiera o no, al menos hasta que estuviera entrenada lo bastante para no provocar su propia muerte o la de otros por accidente.

—No nos ocurre a todas —añadió Jorin al cabo de un momento—. Sólo a algunas. Enviamos a unas pocas chicas a Tar Valon para que así las Aes Sedai no vengan a buscar entre nosotras. Ningún barco cuya Detectora de Vientos es capaz de entretejerlos transportará a una Aes Sedai. Cuando os presentasteis, creí que sabíais lo mío, pero como no dijisteis nada y pedisteis pasaje confié en que no fueseis Aes Sedai a pesar de los anillos. Una esperanza absurda. Podía sentir la fuerza en las dos, y ahora la Torre lo sabrá.

—No puedo prometer que guardaré el secreto, pero haré cuanto esté en mi mano. —La mujer se merecía más—. Jorin, juro por el honor de la casa Trakand de Andor que haré todo lo posible para guardar vuestro secreto de cualquiera que pueda perjudicaros a vos y a vuestro pueblo, y que si me veo obligada a revelárselo a alguien, pondré todo mi empeño en proteger a vuestra gente de cualquier interferencia. La casa Trakand tiene influencia incluso en la Torre. —«Y haré que madre la utilice si es preciso. De un modo u otro.»

—Será como quiera la Luz —respondió Jorin, fatalista—. Todo es y todo será por la voluntad de la Luz.

—En el barco seanchan había una *damane*, ¿verdad? —La Detectora de Vientos la miró sin comprender—. Una de las mujeres cautivas que pueden encauzar.

—Vuestra perspicacia es grande para ser tan joven. Ése era el motivo de que al principio pensara que no erais Aes Sedai, la juventud; tengo hijas mayores que vos, creo. Ignoraba que aquella mujer fuera una cautiva; ojalá la hubiéramos salvado. Al principio el *Tajador de olas* sacó ventaja fácilmente al seanchan. Nos habían llegado rumores de los seanchan y sus naves de velas en varillaje, de que exigían prestar extraños juramentos y que castigaban a quienes no aceptaban. Pero entonces la… ¿*damane*? rompió dos de los mástiles y nos abordaron. Me las ingenié para iniciar varios focos de fuego en el navío seanchan, aunque manejar el Fuego para cualquier cosa más importante que encender una lámpara me resulta muy difícil, pero la Luz quiso que fuera suficiente, y Toram dirigió a la tripulación en el combate y consiguieron que los seanchan tuvieran que volver a su barco. Cortamos los cabos de abordaje, y el suyo se alejó a la deriva, envuelto en llamas. Estaban demasiado ocupados en intentar salvarlo para molestarnos cuando emprendimos la huida. Entonces lamenté verlo quemarse y hundirse, pues era un buen barco para largas travesías por aguas difíciles, creo. Ahora lo siento porque habríamos podido salvar a la mujer, la *damane*. Aunque dañó al *Tajador* quizá no lo habría hecho de ser libre. Que la Luz ilumine su alma, y que el mar la haya acogido en su seno.

Relatar lo ocurrido la había puesto triste, y Elayne creyó necesario distraerla.

—Jorin, ¿por qué cuando habláis de naves os referís a ellas como si fueran del

género masculino? La mayoría lo hace al contrario, y aunque supongo que no tiene importancia me gustaría saber el motivo.

—Los hombres os darían una respuesta distinta —contestó la Detectora de Vientos, sonriente—, hablando de fuerza y grandeza y cosas por el estilo del modo que lo hacen ellos, pero la verdad es ésta: un barco está vivo, y es como un varón, con el corazón de un hombre de verdad. —Frotó la barandilla con cariño, como si acariciara a un ser vivo que notara su caricia—. Si lo tratas bien y lo cuidas como es debido, luchará por ti contra el mar más embravecido. Luchará para mantenerte con vida aun después de que el mar le haya dado el golpe de gracia a él. Si lo descuidas, sin embargo, si haces caso omiso de las advertencias de peligro que te da, te ahogará en un mar en calma y bajo un cielo despejado.

Elayne esperaba que Rand no fuera tan voluble. «Entonces ¿por qué en un momento da saltos de alegría porque me marcho y al siguiente manda a Juilin Sandar tras de mí?» Se instó a no pensar en él. Estaba muy lejos, y no podía hacer nada respecto a él.

Echó una ojeada sobre el hombro hacia la proa. Thom se había marchado. Estaba segura de que había dado con la clave del rompecabezas del juglar justo un instante antes de percibir que la Detectora de Vientos estaba encauzando. Era algo relacionado con su sonrisa, pero, fuera lo que fuera, lo había olvidado. En cualquier caso, estaba decidida a intentarlo de nuevo antes de llegar a Tanchico aunque tuviera que forzar la situación. De todos modos, Thom no iba a ninguna parte; mañana seguiría allí.

—Jorin, ¿cuánto tardaremos en llegar a Tanchico? Me dijeron que los bergantines son los veleros más rápidos del mundo, pero ¿hasta qué punto?

—¿A Tanchico? Para servir al Coramoor no haremos ninguna escala en el camino. Quizá diez días, si soy capaz de entretejer bien los vientos y si quiere la Luz que encuentre las corrientes adecuadas. Tal vez incluso sean siete u ocho, con la gracia de la Luz.

—¿Diez días? —exclamó, sorprendida—. No es posible. —Después de todo, había visto mapas.

La sonrisa de la otra mujer traslucía orgullo y satisfacción a partes iguales.

—Como vos misma dijisteis, son los veleros más rápidos del mundo. Los segundos más veloces tardarían ese tiempo más la mitad en cualquier distancia, y a la mayoría les llevaría el doble. Las embarcaciones costeras que se ciñen al litoral y anclan en aguas someras todas las noches —resopló despectivamente—, necesitan diez veces ese tiempo.

—Jorin, ¿querríais enseñarme lo que acabáis de hacer?

La Detectora de Vientos la miró fijamente, con los oscuros ojos muy abiertos y brillantes a la menguante luz del día.

—¿Enseñaros? Pero si sois una Aes Sedai.

—Jorin, jamás he entretejido un flujo que llegara a ser ni la mitad de grueso que los que estabais manejando. ¡Y el alcance tan increíble! Estoy impresionada.

La Detectora de Vientos la contempló unos instantes más, no con desconcierto ya, sino como si intentara grabar el rostro de Elayne en su mente. Al cabo, se besó los dedos de la mano derecha y luego los puso sobre la boca de la heredera del trono.

—Si la Luz quiere y lo permite, ambas aprenderemos.

21



En el Corazón de la Ciudadela

La nobleza teariana abarrotaba la gran cámara abovedada con sus enormes columnas de piedra roja elevándose en las sombras, por encima de las lámparas doradas colgadas de cadenas. Los Grandes Señores y sus damas formaban un apretado anillo debajo de la bóveda central, con los nobles de menor grado alineados detrás en hileras e hileras que rebasaban el bosque de columnas, todos ellos ataviados con sus mejores terciopelos, sedas y encajes, amplias mangas, gorgueras y sombreros picudos, todos murmurando con inquietud de manera que el alto techo repetía el eco de un sonido que recordaba el de una bandada de nerviosos gansos. Sólo los Grandes Señores habían sido convocados aquí con anterioridad, al Corazón de la Ciudadela, y sólo lo habían hecho cuatro veces al año, conforme exigían por igual la ley y la costumbre. Ahora acudían todos, salvo los que estaban ausentes en alguna otra parte del país, a requerimiento de su nuevo señor, quien ahora hacía la ley y rompía la costumbre.

La apiñada multitud abrió paso a Moraine tan pronto como vio quién era, de modo que ella y Egwene avanzaron por el hueco abierto. La ausencia de Lan irritaba a la Aes Sedai. No era propio de él desaparecer cuando podría necesitarlo; su costumbre era velar por su seguridad como si ella fuera incapaz de defenderse sola, sin la ayuda de un Guardián. De no tener la facultad de percibir el vínculo que los unía, lo cual le permitía saber que no podía estar muy lejos de la Ciudadela, se habría preocupado.

Lan sostenía un combate tan reñido con los lazos que lo estaban atando a Nynaeve como el que sostenía siempre contra los trollocs en la Llaga; pero, por mucho que él se resistiera, esa joven lo había atado tan firmemente como en su momento lo hizo ella misma, aunque de otra manera. Empero, le iba a resultar tan imposible romper este vínculo como partir acero con las manos desnudas. No es que estuviera celosa, exactamente, pero Lan había sido su brazo armado, su escudo y su compañero durante tantos años que no estaba dispuesta a renunciar a él sin poner obstáculos. «En este asunto, he hecho lo que tenía que hacer. Ella lo tendrá si muero, pero no antes. ¿Dónde se ha metido ese hombre? ¿Qué estará haciendo?»

Una mujer con cara de caballo que llevaba un vestido rojo y gorguera de encaje,

una Señora de la Tierra llamada Leitha, retiró sus faldas con demasiada insistencia, y Moraine la miró. Simplemente la miró, sin aminorar el paso, pero la mujer se estremeció y agachó los ojos. Moraine se felicitó para sus adentros. Aceptaba que esta gente odiara a las Aes Sedai, pero no aguantaría la descarada grosería encima de los desaires velados. Además, los otros se retiraron otro paso al ver que Leitha agachaba las orejas.

—¿Estás segura de que no hizo alguna alusión a lo que piensa anunciar? —preguntó en voz queda. En medio del runrún reinante nadie que estuviera a tres pasos escucharía sus palabras, y los tearianos se encontraban ahora a esa distancia. No le gustaba que oyeran lo que hablaba.

—Ninguna —respondió Egwene en voz igualmente comedida. Por su tono parecía tan irritada como se sentía la propia Moraine.

—Han corridos rumores.

—¿Qué clase de rumores?

La muchacha no era tan experta controlando el gesto y la voz; saltaba a la vista que no había oído los comentarios de lo que ocurría en Dos Ríos. Por el contrario, apostar a que tampoco Rand lo sabía haría de su caballo un perdedor.

—Deberías procurar que se sincerara contigo. Necesita que alguien lo escuche, y le haría bien hablar de sus problemas con alguien en quien confía.

Egwene le lanzó una mirada de soslayo. Había aprendido mucho para que esos sencillos manejos funcionaran ya con ella. Aun así, Moraine había dicho algo indiscutible: que Rand necesitaba a alguien que lo escuchara y con ello aliviar el peso de su carga; podría funcionar.

—No es de los que hacen confidencias, Moraine. Oculta sus ansiedades y preocupaciones, y confía en ser capaz de solucionarlas antes de que alguien lo note. —Una expresión de cólera asomó fugazmente a su rostro—. ¡Es más obstinado que una mula!

La Aes Sedai sintió una momentánea compasión. Era comprensible que la muchacha no aceptara el hecho de que Rand paseara con Elayne del brazo, besándose en los rincones cuando creían que nadie los veía. Y Egwene todavía no sabía ni la mitad. El sentimiento de conmiseración apenas duró. Había demasiado en juego para que la chica perdiera el tiempo pendiente de algo que nunca podría ser, de todos modos.

A esas horas Elayne y Nynaeve debían de estar a bordo del bergantín, fuera de escena. Tal vez ese viaje pudiera confirmarle sus sospechas respecto a las Detectoras de Vientos, pero eso carecía de verdadera importancia. En el peor de los casos, las dos llevaban oro suficiente para comprar un barco y contratar una tripulación —cosa tal vez necesaria dados los rumores sobre Tanchico— y aún les sobraría para los sobornos, tan frecuentemente necesarios con los oficiales taraboneses. El cuarto de

Thom Merrilin estaba vacío, y sus informadores le habían dicho que iba rezongando algo sobre Tanchico cuando salía de la Ciudadela; él se encargaría de que consiguieran una buena tripulación y que encontraran a los oficiales adecuados. El supuesto plan de rescate de Mazrim Taim era el que tenía más visos de realidad de los dos, pero sus mensajes a la Amyrlin se encargarían de ello. Las dos jóvenes se ocuparían de la casi improbable eventualidad de un misterioso peligro oculto en Tanchico, y así se las había quitado de encima y las había alejado de Rand. Lo único que lamentaba era que Egwene se hubiera negado a acompañarlas. La mejor solución habría sido que las tres hubieran regresado a Tar Valon, pero tendría que conformarse con Tanchico.

—Y, hablando de obstinación, ¿sigues empeñada en seguir adelante con ese plan de viajar al Yermo?

—Sí —respondió firmemente la joven. Le hacía falta volver a la Torre, entrenar su fuerza. «¿Qué pensará de esto Siuan? Probablemente me soltará uno de sus refranes sobre barcos y peces cuando le pregunte.»

Por lo menos también se libraría de Egwene, y la chica Aiel cuidaría de ella. Tal vez las Sabias le enseñarían algo sobre el Sueño. La carta recibida había sido sorprendente, a pesar de que no podía hacer caso de la mayoría de lo que se decía en ella. El viaje de Egwene al Yermo tal vez resultara provechoso a largo plazo.

La última fila de tearianos se abrió, dejando un pequeño hueco, y Egwene y ella se encontraron ante el espacio vacío, debajo del centro de la inmensa bóveda. La inquietud de los nobles era aún más evidente allí; muchos tenían la vista clavada en los pies, como niños enfurruñados, y otros miraban al vacío sin ver nada. Era allí donde había estado guardada *Callandor* hasta que Rand la había cogido. Allí debajo de esa cúpula, sin que mano alguna la tocara durante más de tres mil años; sin que la tocara nadie hasta la llegada del Dragón Renacido. A los tearianos no les gustaba admitir la existencia del Corazón de la Ciudadela.

—Pobre mujer —musitó Egwene.

Moraine siguió la mirada de la joven. La Gran Señora Alteima, vestida y cubierta con el brillante blanco que llevaban las viudas aunque su esposo todavía respiraba, era quizá la que guardaba mejor la compostura de todos los nobles presentes. Era una mujer esbelta y poseedora de un gran encanto que incrementaba la leve sonrisa entristecida; tenía grandes ojos castaños, y el negro cabello le llegaba a mitad de la espalda; sus senos eran grandes, tal vez demasiado. Era alta, aunque Moraine admitió que tendía a juzgar ese detalle en relación con su propia talla; los cairhieninos no eran altos, y a ella se la consideraba baja incluso entre ellos.

—Sí, pobre mujer —dijo, pero sin el menor atisbo de simpatía. Era agradable comprobar que Egwene aún no era lo bastante sofisticada para percibir siempre lo que se ocultaba bajo la superficie. Con todo, la chica ya era menos maleable de lo que

tendría que haber sido durante varios años más. Habría que darse prisa en moldearla, antes de que se endureciera del todo.

Thom se había equivocado con Alteima. O quizá no quiso verlo; parecía tener una extraña renuencia a actuar contra mujeres. La Gran Señora Alteima era mucho más peligrosa que su marido o que su amante, a quienes había manipulado sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Tal vez mucho más peligrosa que cualquier otro en Tear, hombre o mujer. No tardaría en encontrar a otros a los que manipular. El estilo de Alteima era permanecer en la sombra y desde allí mover los hilos. Habría que hacer algo respecto a esta mujer.

Moraine recorrió con la mirada las filas de Grandes Señores y Señoras hasta que encontró a Estanda, ataviada con sedas amarillas y una enorme gorguera de encaje color marfil, a juego con el diminuto tocado. Una cierta severidad estropeaba la belleza de su rostro, y las esporádicas ojeadas que asestaba a Alteima eran durísimas. Entre las dos había algo más que una mera rivalidad; de haber sido hombres, haría años que una de ellas habría derramado la sangre de la otra en un duelo. Si ese antagonismo pudiera agudizarse, entonces Alteima estaría demasiado ocupada para crearle problemas a Rand.

Por un instante lamentó haber enviado lejos a Thom, ya que no le gustaba perder el tiempo en esos asuntos mezquinos. Pero el hombre ejercía demasiada influencia en Rand; el chico tenía que depender sólo de su consejo. Del suyo, y de nadie más. La Luz sabía que era un muchacho difícil sin las injerencias de otros. Thom había influido en él para que se pusiera a gobernar Tear cuando lo que necesitaba era lanzarse a empresas mayores. Pero ese asunto estaba resuelto de momento. El problema de meter en cintura a Thom podía esperar. Rand era el dilema inmediato. ¿Qué querría anunciar?

—¿Dónde está? Al parecer ha aprendido la habilidad principal de los reyes: hacer esperar a la gente.

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Egwene le lanzó una mirada sobresaltada. Controló la irritación, borrándola inmediatamente de su rostro. Rand acabaría apareciendo, y entonces se enteraría de lo que pensaba hacer. Junto con todos los demás. Faltó poco para que rechinara los dientes. Ese necio y ciego muchacho, corriendo precipitadamente en la noche sin pensar en los precipicios, sin pensar que podía arrastrar al mundo en su caída. Ojalá pudiera impedirle al menos que regresara a todo correr a su pueblo para salvarlo. Rand quería hacerlo, pero no podía permitirse ese lujo en este momento. Tal vez no lo supiera; cabía en lo posible.

Mat estaba enfrente de ellas, despeinado y con las manos metidas, desgarbadamente, en los bolsillos de su chaqueta verde de cuello alto. La llevaba a medio abotonar, como de costumbre, y sus botas estaban sucias, en marcado contraste con la exquisita elegancia que lo rodeaba. Rebulló con nerviosismo al reparar en que

lo estaba mirando, y a continuación le dedicó una de sus groseras y desafiantes sonrisas. Por lo menos estaba allí, donde podía vigilarlo. Mat Cauthon era un joven agotador para quien quisiera tenerlo controlado, y esquivaba a sus espías con una facilidad pasmosa; nunca daba señal de que supiera que estaban tras él, pero sus informadores le habían contado que parecía desvanecerse de repente cada vez que se acercaban demasiado.

—Creo que ha dormido vestido —comentó Egwene con desaprobación—. A propósito. Me pregunto dónde estará Perrin. —Se puso de puntillas para buscar por encima de las cabezas de los reunidos—. No lo veo.

Con el ceño fruncido, Moraine escudriñó la muchedumbre, pero no veía mucho más allá de la primera fila. Quizá Lan estaba de vuelta entre las columnas; sin embargo, no pensaba estirar el cuello ni ponerse a dar saltos sobre las puntas de los pies como una chiquilla nerviosa. Cuando le echara la vista encima, Lan iba a escuchar unas cuantas cosas que no olvidaría fácilmente. Con Nynaeve tirando del Guardián por un lado, y los *ta'veren* —Rand, al menos— tirando por otro, a veces se preguntaba hasta qué punto seguía siendo firme su vínculo. Por lo menos con Rand servía de algo; le daba a ella otro lazo con el que atar al joven.

—A lo mejor está con Faile —dijo Egwene—. Él nunca huiría, Moraine. Perrin tiene un gran sentido del deber.

Casi como el de un Guardián, en opinión de Moraine, motivo por el que no lo mantenía tan estrechamente vigilado como a Mat.

—Faile ha estado intentando convencerlo para que se marche, muchacha. —Sí, lo más probable es que estuviera con ella; casi siempre lo estaba—. No pongas esa cara de sorpresa. A menudo hablan, y discuten, donde los puede oír alguien.

—No me sorprende que vos lo sepáis —replicó secamente Egwene—, sólo que Perrin nunca se dejaría convencer por Faile ni por nadie de que diera la espalda a su deber.

—Tal vez ella no lo sabe con la certeza que él. —Tampoco Moraine lo habría creído al principio si no lo hubiera visto. Tres *ta'veren*, todos de la misma edad, del mismo pueblo; tenía que haber estado ciega para no darse cuenta que había una conexión entre ellos. Todo se había vuelto mucho más complicado con ese conocimiento; como querer hacer juegos malabares con las bolas de colores de Thom utilizando sólo una mano y llevando los ojos vendados. Había visto a Thom hacerlo, pero ella no quería intentarlo. No había nada que indicara cómo o en qué estaban conectados o lo que se suponía que tenían que hacer; las Profecías no mencionaban compañeros en ningún momento.

—Me cae bien —dijo Egwene—. Faile es ideal para él, justo lo que necesita. Y ella lo quiere mucho.

—Supongo que sí. —Si Faile se convertía en una molestia, tendría que mantener

una conversación con ella respecto a los secretos que no le había contado a Perrin. O encargar a uno de sus espías que lo hiciera en su lugar. Eso la pondría en su sitio.

—Lo decís como si no lo creyerais. Se aman, Moraine, ¿Es que no os dais cuenta? ¿Es que sois incapaz de reconocer un sentimiento humano cuando lo veis?

La Aes Sedai le asestó una dura mirada que la puso más recta que una vela, como era debido. La chica apenas sabía nada y creía que sabía mucho. Iba a decírselo así con tono desdeñoso cuando entre los tearianos se alzaron exclamaciones ahogadas de sobresalto e incluso de miedo.

La multitud se apartó precipitadamente, más que ansiosa, de manera que los de la primera fila obligaron sin miramientos a que los que estaban detrás retrocedieran más. Se abrió así un amplio paso al hueco central vacío, bajo la cúpula. Rand caminó por aquel corredor, la mirada fija al frente, majestuoso en su atuendo rojo con bordados dorados en las mangas de la chaqueta, y *Callandor* sujeta sobre su brazo izquierdo, como un cetro. No era sólo su presencia la que hizo que los tearianos se apartaran, sin embargo. Tras él venía alrededor de un centenar de Aiel, con lanzas y arcos aprestados; llevaban las cabezas cubiertas con los *shoufa*, y los negros velos ocultaban sus rostros a excepción de los ojos. Moraine creyó reconocer a Rhuarc en primera línea, justo detrás de Rand, pero sólo por la forma de moverse. Todos ellos formaban una masa anónima, preparada para matar. Fuera lo que fuera lo que Rand pensaba anunciar, era obvio que tenía intención de sofocar cualquier brote de resistencia antes de que tuviera la menor ocasión de consolidarse.

Los Aiel se pararon, pero Rand continuó hasta llegar al punto central, bajo la cúpula, y después recorrió con la mirada a la asamblea. Pareció sorprendido, e incluso disgustado, al ver a Egwene, pero lanzó a Moraine una exasperante sonrisa, y a Mat otra que, al ser respondida por su amigo, hizo que parecieran de nuevo los dos muchachos de antaño. Los tearianos estaban desencajados, sin saber si mirar a Rand y a *Callandor* o a los velados Aiel; tanto los unos como los otros eran como tener a la muerte en medio de ellos.

—El Gran Señor Sunamon —empezó de repente Rand en voz alta, provocando en el gordo individuo tal sobresalto que dio un brinco— me ha garantizado un tratado con Mayene que siga estrictamente las pautas marcadas de antemano por mí. Lo ha garantizado con su vida. —Se echó a reír como si hubiera hecho un chiste, y la mayoría de los nobles se sumó a su alborozo. Sunamon no, por supuesto, ya que se sentía claramente indispuesto—. Si fracasa —anunció Rand—, ha aceptado que se lo cuelgue, y se lo obligará a cumplir ese compromiso.

Las risas cesaron de golpe. El semblante de Sunamon había adquirido un enfermizo tinte verdoso. Egwene lanzó una mirada preocupada a Moraine; los dedos de la joven aferraban, crispados, la falda. La Aes Sedai aguardaba con aparente calma; Rand no había convocado a toda la nobleza de un radio de quince kilómetros

para anunciar un tratado o para amenazar a un necio gordinflón. Hizo que sus propias manos soltaran los pliegues del vestido. Rand giró sobre sí mismo, en círculo, sopesando las expresiones de los rostros que veía.

—Mediante este tratado —continuó—, muy pronto dispondremos de barcos para transportar el grano teariano hacia el oeste y encontrar nuevos mercados. —Aquello levantó murmullos aprobadores que enseguida fueron acallados—. Pero hay más. Los ejércitos de Tear van a marchar.

Estalló un gran clamor, y el tumulto de los vítores retumbó en el techo. Los hombres brincaron entusiasmados, incluso los Grandes Señores, sacudieron los puños en alto y lanzaron al aire los picudos sombreros de terciopelo. Las mujeres, sonriendo tan entusiasmadas como los hombres, besaban las mejillas de quienes marcharían a la guerra, y olisqueaban delicadamente los diminutos frasquitos de porcelana con sales aromáticas que no podían faltarle a ninguna noble teariana que se preciara de tal, fingiendo estar indispuestas por la noticia.

—¡Illian caerá! —gritó alguien.

—¡Illian caerá! —corearon cientos de voces haciéndose eco. El grito se repitió una y otra vez, convirtiéndose en un retumbo atronador—: ¡Illian caerá! ¡Illian caerá! ¡Illian caerá!

Moraine reparó en que Egwene movía los labios, y, aunque el tumulto ahogaba el sonido de sus palabras, la Aes Sedai pudo descifrarlas:

—No, Rand. Por favor, no. No lo hagas, por favor.

Al otro lado del círculo, Mat observaba con el entrecejo fruncido desaprobadoramente. Los dos jóvenes y Moraine eran los únicos que no se habían unido a la celebración, aparte de los siempre alertas Aiel y del propio Rand. La sonrisa de éste era un gesto despectivo que no se reflejaba en sus ojos. El sudor brillaba en su rostro. Moraine sostuvo la sarcástica mirada del joven y esperó. Había algo más y sospechaba que no iba a ser de su agrado.

Rand levantó la mano izquierda. El clamor se apagó poco a poco; aquellos que estaban delante chistaron ansiosamente a los que había detrás. Rand aguardó a que reinara un absoluto silencio.

—Los ejércitos partirán hacia el norte y entrarán en Cairhien. El Gran Señor Meilan estará al mando, y a sus órdenes tendrá a los Grandes Señores Gueyam, Aracome, Hearne, Maraconn y Simaan. Los ejércitos serán generosamente financiados por el Gran Señor Torean, el más acaudalado de todos, y acompañará la marcha de las tropas para vigilar que se dé un buen empleo a su dinero.

Un profundo silencio acogió su anuncio. Nadie se movía, aunque Torean parecía tener dificultades para mantenerse de pie.

Moraine no pudo menos de felicitar para sus adentros a Rand por la elección hecha. Enviando lejos de Tear a esos siete cortaba de raíz las conspiraciones más

peligrosas contra él, y ninguno de estos hombres se fiaban entre sí lo suficiente para intrigar juntos. Thom Merrilin lo había aconsejado bien; obviamente, sus espías habían pasado por alto algunas de las notas que el juglar había metido en los bolsillos de Rand. Pero lo demás… Era una locura. Esto no podía ser el resultado de una respuesta recibida al otro lado del *ter'angreal*. Imposible, de todo punto.

Saltaba a la vista que Meilan coincidía con su opinión, aunque por distintas razones. Se adelantó vacilante; era un hombre duro, difícil, pero estaba tan asustado que los ojos desorbitados mostraban blanco todo alrededor.

—Mi señor Dragón… —Enmudeció, tragó saliva, y comenzó de nuevo con un timbre algo más firme—. Mi señor Dragón, intervenir en una guerra civil es meterse en terreno pantanoso. Hay una docena de facciones compitiendo por el Trono del Sol, y otras tantas alianzas circunstanciales que se incumplen a diario. Además, los bandidos infestan Cairhien como las pulgas a un jabalí. El campesinado, esos palurdos toscos y hambrientos, han dejado arrasado todo el país. Sé por fuentes fidedignas que están comiendo hojas y también corteza de árboles. Mi señor Dragón, la metáfora de «terreno pantanoso» dista mucho de describir aquello que…

—¿No queréis extender el dominio de Tear hasta la misma Daga del Verdugo de la Humanidad, Meilan? —lo interrumpió Rand—. Eso está bien. Sé a quién quiero sentar en el Trono del Sol. No vais como conquistador, Meilan, sino como pacificador, para restaurar el orden. Y para alimentar al hambriento. Hay más grano en los depósitos actualmente de lo que Tear podría vender, y los labradores recogerán otra cosecha igualmente abundante este año, a menos que desobedezcáis mis órdenes. Las carretas lo transportarán hacia el norte, siguiendo a los ejércitos, y ese «campesinado»… esos «palurdos» ya no tendrán que seguir comiendo cortezas de árboles, milord Meilan. —El alto Gran Señor volvió a abrir la boca, y Rand inclinó a *Callandor* de manera que la cristalina punta rozó el suelo ante él—. ¿Alguna pregunta, Meilan?

El Gran Señor sacudió la cabeza al tiempo que retrocedía hacia la multitud, como si intentara esconderse.

—Sabía que no iniciaría una guerra —manifestó fieramente Egwene—. Lo sabía.

—¿Acaso crees que habrá menos muertes con esto? —murmuró la Aes Sedai. ¿Qué se traía entre manos el chico? Por lo menos no salía corriendo en ayuda de su pueblo mientras los Renegados hacían su voluntad en el resto del mundo—. Los cadáveres se apilarán igualmente, muchacha. No verás ninguna diferencia entre esto y una guerra.

Atacar Illian, y a Sammael, le habría proporcionado algo de tiempo aunque se hubiera llegado a un punto muerto. Un tiempo que necesitaba para aprender a manejar su poder y tal vez para derribar a uno de sus más feroces enemigos y para intimidar al resto. ¿Qué ganaba con esto? Paz para la tierra natal de la Aes Sedai;

erradicar la hambruna de Cairhien. En otro momento lo habría aplaudido por ello. Esta decisión humanitaria era loable, pero totalmente absurda en las circunstancias presentes. Un derramamiento de sangre inútil, en lugar de hacer frente a un enemigo que lo destruiría si veía abierto el menor resquicio. ¿Por qué? Lanfear. ¿Qué le había dicho la Renegada? ¿Qué le había hecho? Las posibilidades atenazaban con un frío mortal el corazón de Moraine. La vigilancia sobre Rand habría de ser ahora más estricta que nunca. No le permitiría que se volviera hacia la Sombra.

—Ah, sí —dijo Rand, como si acabara de recordar algo—. Los soldados no saben gran cosa sobre alimentar a la gente hambrienta, ¿verdad? Para hacer eso, estoy convencido de que es necesario el corazón tierno y compasivo de una mujer. Mi señora Alteima, lamento tener que molestaros en unos momentos tan angustiosos para vos, pero ¿querréis encargaros de supervisar la distribución de los víveres? Tendréis que alimentar a toda una nación.

«Y acumular mucho poder», pensó Moraine. Era el primer error que cometía. Aparte de dar prioridad a Cairhien en lugar de a Illian, por supuesto. Alteima regresaría a Tear en igualdad con Meilan o Gueyam, lista para iniciar nuevas conspiraciones. Haría asesinar a Rand antes, si el chico no se andaba con cuidado. Cabía la posibilidad de que se arreglara un accidente desde Cairhien.

Alteima hizo una elegante reverencia, extendiendo todo el vuelo de las blancas faldas, con tan sólo un leve atisbo de sorpresa.

—Como ordene mi señor Dragón. Será un gran placer serviros.

—Estaba seguro de ello —repuso, irónico, Rand—. Imagino que el gran amor que profesáis a vuestro esposo os aconseja no llevarlo a Cairhien con vos. Serían unas condiciones muy duras para un hombre enfermo, así que me he tomado la libertad de trasladarlo a los aposentos de la Gran Señora Estanda. Ella lo cuidará en vuestra ausencia y os lo mandará para que se reúna con vos cuando se haya recuperado.

Estanda esbozó una mueca, una tirante sonrisa de triunfo. Alteima puso los ojos en blanco y se desplomó como un fardo en el suelo. Moraine sacudió levemente la cabeza. En verdad el chico se había endurecido. Y se había vuelto más peligroso. Egwene hizo intención de dirigirse hacia la desvanecida mujer, pero la Aes Sedai la sujetó por el brazo.

—Es un simple desmayo a causa de la emoción. Reconozco los síntomas, ¿comprendes? Además, ya la están atendiendo otras señoras.

Varias damas se arremolinaban alrededor de la mujer y le daban palmaditas en las muñecas mientras otra le ponía las sales aromáticas bajo la nariz. Alteima tosió y abrió los ojos; pareció a punto de volver a desmayarse cuando vio a Estanda de pie junto a ella.

—Rand ha hecho un movimiento muy astuto —comentó Egwene con un timbre impasible—. Y muy cruel. Hace bien en estar avergonzado.

Era cierto que el joven parecía sentirse incómodo, con la vista clavada en las baldosas que había bajo sus pies. Quizá no era tan duro como pretendía.

—Pero no inmerecido, no obstante —observó Moraine. La muchacha prometía; era despierta, y enseguida cogía lo que no entendía. Sin embargo, todavía tenía que aprender a controlar sus emociones, a ver lo que era preciso hacer igual que veía lo que quería que se hiciera—. Esperemos que por hoy haya terminado de ser listo.

Muy pocos de los presentes en la gran cámara comprendían lo que había pasado, aparte de que el desmayo de Alteima había incomodado al lord Dragón. Unas pocas voces en las últimas filas lanzaron el grito de «¡Cairhien caerá!» pero nadie lo coreó.

—¡Con vuestro liderato, mi señor Dragón, conquistaremos el mundo! —clamó un joven de rasgos toscos que sujetaba a Torean. Era Estean, el hijo mayor del Gran Señor. El parecido entre ambos era obvio; el padre seguía mascullando entre dientes, aturdido.

Rand, que levantó bruscamente la cabeza, pareció sobresaltado. O tal vez furioso.

—No estaré con vosotros. Voy… Estaré ausente un tiempo.

Ni que decir tiene que tal declaración suscitó otra vez un absoluto silencio. Todos los ojos estaban pendientes de Rand, pero la atención del joven estaba totalmente centrada en *Callandor*. La multitud se encogió cuando Rand al'Thor levantó la hoja cristalina ante su rostro. El sudor le resbalaba por la cara, más copioso que antes.

—La Ciudadela guardaba a *Callandor* antes de mi llegada. Y tendrá que volver a guardarla hasta mi regreso.

De manera repentina, la espada transparente resplandeció con cegadora intensidad en sus manos. Levantándola verticalmente hasta donde le alcanzaban los brazos, la impulsó hacia abajo, y la hincó en el suelo. Unos rayos de energía azulada saltaron hacia la cúpula. La piedra retumbó atronadoramente, y entonces la Ciudadela se sacudió con violencia y lanzó al suelo a la gente, que gritaba enloquecida de terror.

Moraine apartó a Egwene de un empellón cuando los temblores resonaban todavía en la cámara y se puso de pie con esfuerzo. ¿Qué había hecho? ¿Y por qué? ¿Cómo que se iba? Esto era una pesadilla, la más horrible que podría tener.

Los Aiel ya se habían incorporado; todos los demás yacían aturdidos o hechos un ovillo en el suelo. Excepto Rand. El joven había clavado una rodilla en el suelo y sus manos todavía ceñían la empuñadura de *Callandor*, cuya hoja estaba hundida hasta la mitad en las baldosas. De nuevo volvía a ser de cristal. El sudor brillaba en el rostro de Rand, que separó lentamente las manos, dedo a dedo, rodeando todavía la empuñadura, pero sin tocarla. Por un instante Moraine pensó que iba a agarrarla otra vez, pero en lugar de ello el joven se obligó a ponerse de pie, con denuedo. La Aes Sedai estaba segura de que había tenido que hacer un gran esfuerzo de voluntad para vencer el deseo de tomar de nuevo la espada.

—Miradla mientras yo esté ausente. —Su voz sonaba más ligera, más como era

cuando lo había encontrado en el pueblo, pero no menos segura o firme que hacía unos instantes—. Miradla y recordadme. Recordad que volveré por ella. Si alguien desea ocupar mi lugar, sólo tiene que sacarla. —Agitó el dedo hacia la muchedumbre, sonriendo casi con malicia—. Pero no olvidéis el precio del fracaso.

Giró sobre sus talones y salió de la cámara, seguido por los Aiel. Con la mirada prendida en la espada clavada en el suelo del Corazón de la Ciudadela, los tearianos se pusieron en pie lentamente. La mayoría parecía a punto de salir corriendo, pero estaban demasiado asustados para hacerlo.

—¡Ese hombre! —rezongó Egwene mientras se sacudía el polvo prendido en su vestido—. ¿Es que se ha vuelto loco? —De pronto se llevó la mano a la boca—. Oh, Moraine, no es eso, ¿verdad? No está loco. Aún no.

—Quiera la Luz que no —murmuró la Aes Sedai, que tampoco era capaz de apartar la vista de la espada. Así la Luz se llevara al muchacho. ¿Por qué no había seguido siendo el dócil jovencito que había encontrado en Campo de Emond? Se obligó a ir en pos de él—. Pero pienso descubrirlo.

Casi a la carrera, las dos los alcanzaron enseguida en un amplio corredor engalanado con tapices. Los Aiel, que llevaban el velo suelto ahora pero de manera que podían levantarlo fácilmente si era preciso, se apartaron para abrirles camino sin aminorar el paso. Las observaron a ella y a Egwene sin alterar la habitual expresión impasible, pero con un asomo de cautela en los ojos, siempre presente cuando había cerca una Aes Sedai.

Moraine no entendía que su presencia los inquietara y sin embargo fueran capaces de seguir tranquilamente a Rand. No resultaba fácil profundizar en su conocimiento porque lo único que se sabía de ellos eran cosas superficiales, fragmentadas, sin importancia. No ponían ningún reparo en responder a las preguntas que se les hacía; sobre cualquier tema que carecía de todo interés para ella. Ni sus informadores ni tampoco sus espías habían conseguido escuchar a escondidas nada interesante, y ya habían renunciado por completo a ello. Sobre todo después de que una mujer apareciera atada y amordazada, colgada por los tobillos de las almenas y contemplando con ojos desorbitados la caída de ciento veinte metros que se abría bajo ella, y de que un hombre desapareciera, simplemente. El hombre en cuestión se había esfumado, pero la mujer, que rehusaba subir un escalón más arriba de la planta baja, había sido un recordatorio constante hasta que Moraine la mandó al campo.

Rand tampoco aminoró el paso cuando las dos se pusieron a su altura, una a cada lado. Del mismo modo, su mirada era cautelosa, pero de otro modo, y con un asomo de exasperada rabia.

—Creí que te habías marchado —le dijo a Egwene—. Pensaba que ibas con Elayne y Nynaeve. Y es lo que deberías haber hecho. Hasta Tanchico es menos… ¿Por qué te has quedado?

—No será por mucho tiempo. Me marcho al Yermo con Aviendha, a Rhuidean, para estudiar con las Sabias.

El joven tuvo una ligera vacilación que le hizo perder el paso cuando la muchacha mencionó el Yermo; le dirigió una mirada de incertidumbre y luego recuperó el ritmo. Ahora parecía mantener la compostura; tanto como un puchero de agua hirviendo y con la tapa bien ajustada.

—¿Te acuerdas cuando nadábamos en el Bosque de las Aguas? —musitó—. Solía quedarme flotando boca arriba en una charca, pensando que el trabajo más duro que me esperaba era arar un campo, quitando el esquilado de ovejas. Esquilar desde el alba hasta la noche, sin apenas un descanso para comer hasta que se daba la última tijerada.

—Hilar —dijo Egwene—. Lo odiaba más que fregar los suelos. Retorcer los hilos dejaba doloridos los dedos.

—¿Por qué lo hiciste? —demandó Moraine antes de que siguieran evocando recuerdos de la infancia.

Rand le lanzó una mirada de soslayo y una sonrisa lo bastante burlona para que pareciera de Mat.

—¿Habría sido mejor que la ahorcara por intentar matar a un hombre que planeaba asesinarme? ¿Habría sido más justo eso que lo que hice? —La mueca se borró de su cara—. ¿Hay justicia en algo de lo que hago? Sunamon morirá si fracasa. Porque así lo he dicho yo. Se lo merecería por el modo en que se ha enriquecido sin importarle en absoluto si su propio pueblo se muere de hambre. Pero no irá a la horca por eso, sino porque yo dije que iría. Porque lo dije.

Egwene le puso una mano en el brazo, pero Moraine no estaba dispuesta a que se saliera por la tangente.

—Sabes que no me refería a eso.

Él asintió; en esta ocasión su sonrisa tenía la escalofriante cualidad de un rictus.

—*Callandor*. Con ella en mis manos soy capaz de cualquier cosa. De cualquier cosa. Sé que puedo hacer lo que sea. Pero ahora es una carga en mis hombros. No lo entendéis, ¿verdad? —No, no lo entendía, pero le escocía que él se diera cuenta. Guardó silencio y Rand continuó—. Quizá os ayude saber qué se dice en las Profecías:

En el corazón hinca su espada,
en el corazón, para retener sus corazones.
Quien la extraiga continuará después.
¿Qué mano puede aferrar esa temible arma?

»¿Lo veis? En conformidad con las Profecías.

—Te olvidas de algo —replicó, cortante—. Asiste *Callandor* cumpliendo lo

profetizado. Las salvaguardas que la mantuvieron esperándote durante tres mil años o más han desaparecido. Ya no es La Espada que no Puede Tocarse. Yo misma podría soltarla encauzando. Y, lo que todavía es peor, cualquiera de los Renegados podría. ¿Y si regresa Lanfear? Como yo, tampoco está capacitada para utilizarla, pero sí podría llevársela. —Rand no reaccionó al oír aquel nombre. ¿Porque no la temía, en cuyo caso era un necio, o por otra razón?—. Si Sammael o Rahvin o cualquiera de los Renegados varones le pone la mano encima, será capaz de blandirla tan bien como tú. Imagina lo que supondría enfrentarte al poder al que has renunciado tan a la ligera. Imagina ese poder en manos de la Sombra.

—Casi espero que lo intenten. —Un brillo amenazador chispeó en sus ojos; parecían grises nubarrones de tormenta—. Le aguarda una sorpresa a cualquiera que trate de sacar de la Ciudadela a *Callandor* encauzando, Moraine. No penséis llevárosla a la Torre para su salvaguarda; no pude hacer la trampa selectiva. Sólo necesita el Poder para saltar y volver a colocarse, lista para funcionar otra vez. No renuncio a *Callandor* para siempre, sino sólo hasta que… —Inhaló hondo—. *Callandor* permanecerá aquí hasta que regrese por ella. El que permanezca aquí, recordándoles quién y qué soy, me garantiza que puedo volver sin contar con el respaldo de un ejército. Una especie de refugio, con gente como Alteima y Sunamon para darme la bienvenida. Eso en caso de que Alteima sobreviva a la justicia impartida entre su esposo y Estanda, y Sunamon a la mía. Luz, qué despreciable enredo.

¿No pudo hacerla selectiva o no quiso? Moraine no tenía intención de subestimar lo que era capaz de llevar a cabo Rand. Pero *Callandor* debería estar en la Torre si no la blandía como era su obligación; en la Torre, hasta que la empuñara de nuevo. ¿«Sólo hasta» qué? ¿Había querido decir hasta que volviera o era otra cosa?

—¿Y adónde vas? ¿O piensas mantenerlo en secreto? —Estaba jurando para sus adentros que no volvería a dejarlo escapar, que de algún modo se lo impediría si su intención era correr en ayuda de Dos Ríos, cuando la sorprendió con su respuesta.

—No es ningún misterio, Moraine. Es decir, ni para vos ni para Egwene. —Miró a la joven y pronunció una palabra—: Rhuidean.

Con los ojos muy abiertos, la muchacha parecía tan estupefacta como si no hubiera oído ese nombre en su vida. A decir verdad, Moraine estaba igualmente pasmada. Se alzó un murmullo entre los Aiel, pero cuando la Aes Sedai miró hacia atrás todos ellos marcaban el paso completamente impasibles. Le habría gustado ordenarles que se retiraran, pero a ella no la obedecerían, y no estaba dispuesta a pedirle a Rand que lo hiciera. No la beneficiaba pedirle favores, sobre todo cuando cabía la posibilidad de que se negara.

—No eres un jefe de clan Aiel, Rand —manifestó firmemente—, y no tienes necesidad de serlo. Tu lucha está a este lado de la Pared del Dragón. A menos ¿Se

debe esto a una respuesta en el *ter'angreal*? ¿Lo de Cairhien, y *Callandor* y Rhuidean? Ya te dije que esas respuestas podían ser enigmáticas, como jeroglíficos en clave. Quizás estés interpretándolas mal, y ello podría ser fatal. Y no sólo para ti.

—Debéis confiar en mí, Moraine. Como yo he confiado tan a menudo en vos. —Su rostro, tan impasible como los de los Aiel, era indescifrable.

—Confiaré en ti por ahora. Sólo te pido que no esperes a buscar mi guía cuando ya sea demasiado tarde. —«No te dejaré que te pases a la Sombra. He dedicado demasiado tiempo a esto para permitir algo así. Cueste lo que cueste.»

22



Fuera de la Ciudadela

Era una extraña comitiva la que encabezó Rand fuera de la Ciudadela y hacia el este, con blancas nubes ocultando el sol de mediodía y una leve brisa soplando sobre la ciudad. Por orden suya no hubo anuncio ni bandos, pero lentamente se extendió la voz de que pasaba algo especial: los ciudadanos interrumpían lo que quiera que estuvieran haciendo y se dirigían a toda prisa a cualquier lugar ventajoso desde el que observar. Los Aiel marchaban por la ciudad, saliendo de ella. Las gentes que no los habían visto llegar aquella noche, que sólo creían a medias que estaban en la Ciudadela, se agolpaban progresivamente en las calles a lo largo de la ruta, llenaban las ventanas, incluso trepaban a los tejados de pizarra o se montaban a horcajadas en los cantos de los tejados en pico. Los murmullos crecían al contar a los Aiel. Era imposible que estos pocos cientos hubieran tomado la Ciudadela. El estandarte del Dragón seguía ondeando en lo alto de la fortaleza. Todavía debían de quedar miles de Aiel en su interior. Y también el lord Dragón.

Rand cabalgaba cómodamente en mangas de camisa, seguro de que ninguno de los espectadores lo tomaría por nadie fuera de lo corriente. Un forastero lo bastante rico para tener caballo —un soberbio semental rodado de lo mejor de la cabaña teariana—, un hombre acaudalado que viajaba en extraña compañía, pero, por lo demás, sin duda un hombre corriente. Ni siquiera el cabecilla de esta extraña comitiva; ese título sin duda se lo otorgarían a Lan o a Moraine a pesar de que cabalgaban un trecho por detrás de él, justo al frente de los Aiel. El quedo murmullo atemorizado que acompañaba su paso sin duda no se alzaba por él, sino por los Aiel. Estos tearianos incluso podían tomarlo por un palafrenero que montaba el caballo de su señor. Bueno, tanto como eso, no; y menos yendo a la cabeza de la marcha. En fin, hacía un día espléndido, cálido pero no bochornoso. Y nadie esperaba que impartiera justicia ni que gobernara una nación. Podía disfrutar con el simple gozo de cabalgar en el anonimato, de disfrutar de la brisa, tan poco habitual. Durante un tiempo podía olvidar el tacto de las garzas marcadas en las palmas de sus manos contra las riendas. «Al menos durante un poco más —pensó—. Un poco más.»

—Rand —dijo Egwene—. ¿Crees realmente que estuvo bien permitir que los Aiel cogieran todas esas cosas?

Él miró hacia atrás y la vio taconear a *Niebla*, su yegua gris, para ponerla a la altura de su caballo. De alguna parte había sacado un vestido verde oscuro con la estrecha falda dividida para montar, y una cinta de terciopelo, también verde, sujetaba su cabello en la nuca.

Moraine y Lan aún cabalgaban a cierta distancia, ella en su yegua blanca, vestida con un traje de montar de seda azul y acuchillados verdes, aunque de falda normal, y el cabello recogido con una redecilla dorada; él, a lomos de su enorme caballo de batalla, con la capa de color cambiante de Guardián que probablemente arrancaba tantas exclamaciones como los Aiel. Cuando la brisa agitaba la capa, los tonos verdes, pardos y grises ondeaban sobre ella; cuando colgaba inmóvil daba la impresión de confundirse con el fondo que hubiera detrás, de manera que los ojos parecían ver a través de partes de Lan y su montura. Resultaba inquietante.

También iba Mat con ellos, hundido en la silla con aspecto resignado, procurando mantenerse apartado del Guardián y la Aes Sedai. Había elegido un castrado marrón, un animal al que llamaba *Puntos*; hacía falta un ojo experto para advertir el ancho pecho y la fuerte cruz que prometía que el aparentemente tosco *Puntos* seguramente igualaba en velocidad y resistencia a los sementales de Rand o de Lan. La decisión de Mat de acompañarlos había sido una sorpresa; Rand aún no sabía por qué. Amistad, quizá; o tal vez no. Tanto lo que hacía Mat como sus motivos no eran cosa fácil de entender.

—¿Te explicó tu amiga Aviendha lo de «el quinto»? —preguntó a Egwene.

—Me mencionó algo, pero… Rand, no creerás que ella… Que también cogió cosas, ¿verdad?

Detrás de Moraine y de Lan, detrás de Mat, detrás de Rhuarc que los dirigía, los Aiel caminaban en largas filas a ambos lados de mulas, hilera tras hilera de cuatro de frente, cargadas con bultos. Cuando los Aiel tomaban uno de los dominios de un clan enemigo en el Yermo, por costumbre —o quizá por ley, Rand no lo entendía exactamente— se llevaban un quinto de todo lo que contenía, salvo la comida. No vieron razón para no hacer lo mismo con la Ciudadela. Pero las mulas no cargaban más que con una mínima parte de una parte de un quinto de los tesoros de la Ciudadela. Rhuarc decía que la avaricia mataba más hombres que el acero. Las canastas de mimbre, sobre las que iban alfombras y cortinas enrolladas, no estaban muy cargadas. Les aguardaba el duro paso por la Columna Vertebral del Mundo, y después un viaje aún más riguroso a través del Yermo.

«¿Cuándo se lo digo? —se preguntó Rand—. Cuanto antes, ahora; tiene que ser pronto.» Moraine lo consideraría una jugada arriesgada, atrevida; tal vez hasta lo aprobaría. Tal vez. La Aes Sedai creía que ahora conocía todo su plan, y lo había

desaprobado sin andarse con rodeos; seguramente quería acabar cuanto antes con ello. Pero los Aiel… «¿Y si se niegan? Pues que se nieguen. Yo he de hacerlo.» En cuanto al quinto… No creía que hubiera sido posible impedir que los Aiel lo cogieran aunque él no hubiera estado de acuerdo, cosa que no ocurría; se lo habían ganado con creces, y le importaba un bledo despojar a los señores tearianos de lo que habían amasado exprimiendo a su pueblo durante generaciones.

—La vi enseñándole a Rhuarc un cuenco de plata —respondió a Egwene—. Por el modo en que su bolsa tintineó cuando metió el cuenco en ella, había más plata dentro. O tal vez oro. ¿Te parece mal?

—No. —Pronunció la palabra lentamente, con un leve timbre de duda, pero después su voz cobró firmeza—. Es sólo que no la había imaginado… Los tearianos no se habrían conformado con un quinto, de ser la situación al contrario. Habrían arramblado con todo lo que no fuera obra de cantería, y habrían robado las carretas para cargarlo. Sólo porque las costumbres de otros pueblos sean diferentes no significa que sean malas, Rand. Deberías saberlo.

Rand se echó a reír bajito. Era casi como en los viejos tiempos: él dispuesto a explicar por qué y cómo se había equivocado ella, y ella adelantándose a su planteamiento y echándole en cara la explicación que no había tenido oportunidad de expresar. Su caballo caracoleó unos pasos, contagiado de su estado de ánimo. Palmeó el cuello arqueado del rodado. Qué día tan estupendo.

—Buen caballo —dijo Egwene—. ¿Le has puesto nombre?

—*Jeade'en* —respondió de mala gana, perdiendo parte de su buen humor.

Le daba un poco de vergüenza el nombre, las razones de haberlo elegido. Uno de sus libros favoritos había sido siempre *Los viajes de Jain el Galopador*, y aquel gran viajero llamó a su caballo *Jeade'en* —Explorador Certero, en la Vieja Lengua— porque el animal siempre fue capaz de encontrar el camino de vuelta a casa. Era agradable pensar que *Jeade'en* lo llevaría a casa algún día. Agradable, pero poco probable, y no quería que nadie imaginara el motivo de haber elegido tal nombre. En su vida actual no había cabida para fantasías pueriles. En realidad no la había para ninguna otra cosa que no fuera el cometido que tenía marcado.

—Bonito nombre —comentó ella, como ausente. Rand sabía que también había leído el libro, y casi esperaba que reconociera el nombre, pero la joven parecía estarle dando vueltas a otro asunto, mordiéndose el labio con aire caviloso.

Él acogió de buen grado su silencio. Los arrabales de la ciudad dieron paso al campo abierto y a algunas miserables granjas desperdigadas. Ni siquiera un Congar o un Coplin, miembros de unas familias de Dos Ríos notorias por la pereza entre otras cosas, dejarían sus propiedades en el estado de abandono y descuido que había en estas toscas casas de piedra, cuyas paredes inclinadas parecían a punto de desplomarse encima de las gallinas que escarbaban la tierra. Los destartalados

graneros se recostaban contra laureles y benjuíes. Todos los techos, de pizarras medio rotas, daban la impresión de tener goteras. Las cabras balaban desconsoladamente en rediles de piedra que parecían haber sido levantados provisionalmente esa misma mañana. Hombres y mujeres descalzos, los hombros hundidos, cavaban con azadas los campos sin vallas, sin levantar siquiera la vista al paso del numeroso cortejo. Los gorjeos de tordos y zorzales en los pequeños sotos no bastaban para aliviar la opresiva sensación de tristeza.

«He de hacer algo respecto a esto. Yo… No, ahora no. Lo primero es lo primero. He hecho cuanto he podido por ellos en unas pocas semanas, pero por ahora no está en mi mano ayudarlos más.» Procuró no mirar las ruinosas granjas. ¿Estarían en tan malas condiciones los olivares del sur? Los que trabajaban en ellos ni siquiera eran propietarios de la tierra; ésta pertenecía a los Grandes Señores. «No. Piensa en la brisa. Es agradable cómo alivia el calor. Tengo que disfrutar de ello un poco más. Dentro de poco tendré que decírselo.»

—Rand, he de hablar contigo —anunció de repente Egwene. Su expresión era circunspecta; aquellos grandes ojos oscuros fijos en él guardaban una ligera reminiscencia con los de Nynaeve cuando estaba a punto de echar una reprimenda—. Respecto a Elayne.

—¿Sobre qué? —preguntó a la defensiva. Llevó la mano al bolsillo donde guardaba dos cartas arrugadas junto a un objeto pequeño y duro. De no estar escritas ambas con la misma letra elegante jamás habría creído que procedían de la misma mujer. Y después de todos esos besos y arrumacos. Era más fácil entender a los Grandes Señores que a una mujer.

—¿Por qué dejaste que se fuera así?

Perplejo, la miró de hito en hito.

—Quería marcharse. Tendría que haberla atado para impedírselo. Además, estará más segura en Tanchico que a mi lado, o al de Mat, si vamos a atraer burbujas de maldad como las llama Moraine. Y lo mismo reza para ti.

—Eso no es en absoluto a lo que me refiero. Por supuesto que quería marcharse. Y tú no tenías ningún derecho a impedírselo. Pero al menos podrías haberle dicho que deseabas que se quedara.

—Pero si quería irse —repitió, y su desconcierto aumentó al verla poner los ojos en blanco como si estuviera diciendo tonterías. Si no tenía derecho a retener a Elayne y ella deseaba marcharse, entonces ¿por qué se suponía que debía intentar convencerla de lo contrario? Sobre todo cuando estaría más segura si se iba.

—¿Estás dispuesto a revelarme tu próximo secreto? —La voz de Moraine sonó justo a su espalda—. Saltaba a la vista que te reservabas algo más. Si me lo cuentas, por lo menos podría advertirte que nos conduces hacia un precipicio.

Rand suspiró. No había advertido que ella y Lan se acercaban; y también Mat se

encontraba más cerca, aunque seguía guardando cierta distancia con la Aes Sedai. El semblante de su amigo era digno de estudio: la duda, la renuencia y una sombría resolución lo cruzaban rápida y sucesivamente, en especial cuando miraba a Moraine. Nunca lo hacía a las claras, sino de reojo.

—¿Estás seguro de que quieres venir, Mat? —le preguntó.

Su amigo se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada que denotaba inseguridad.

—¿Quién se perdería la ocasión de ver la condenada Rhuidean? —Egwene lo miró enarcando las cejas—. Oh, te pido disculpas por mi soez lenguaje, «Aes Sedai». Aunque te he oído utilizar palabras más gruesas y apostaría que por motivos más triviales. —La joven le asestó una mirada indignada, pero los rosetones que aparecieron en sus mejillas revelaban que el joven había dado en el clavo.

—Alégrate de que Mat esté aquí —le dijo Moraine a Rand con un timbre frío y contrariado—. Cometiste un grave error al dejar que Perrin se marchara, ocultándomelo. El mundo descansa sobre tus hombros, pero ellos dos tienen que apoyarte o te derrumbarás, y el mundo contigo.

Mat dio un respingo, y Rand advirtió que le faltó poco para hacer volver grupas a su castrado y salir de estampida en ese mismo instante.

—Sé cuál es mi deber —replicó. «Y sé el destino que me aguarda», pensó, pero no lo dijo en voz alta; no buscaba compasión de nadie—. Uno de nosotros tenía que ir allí, Moraine, y Perrin quería hacerlo. Estáis dispuesta a pasar por encima de todo para salvar al mundo. Yo… Hago lo que he de hacer. —El Guardián asintió, aunque no abrió la boca; Lan jamás se mostraría en desacuerdo con Moraine delante de otros.

—¿Y lo que aún no me has dicho? —insistió la Aes Sedai.

No pararía hasta que se lo hubiera sacado, y Rand no veía motivo para seguir guardando el secreto. Al menos, esta parte.

—Los Portales de Piedra —dijo, escueto—. Si tenemos suerte.

—¡Oh, Luz! —gimió Mat—. ¡Maldita Luz! ¡Y no me mires así, Egwene! ¿Suerte? ¿Es que no fue suficiente con una vez, Rand? Casi nos mataste, ¿recuerdas? No, peor que matarnos. Antes vuelvo a una de esas granjas y pido trabajo limpiando cochiqueras para el resto de mi vida.

—Puedes irte si quieres, Mat —le contestó Rand. La calma del rostro de Moraine era una máscara que ocultaba su ira, pero hizo caso omiso de la gélida mirada que intentaba frenarle la lengua. Hasta Lan parecía desaprobarlo, aunque su semblante impasible no dejaba traslucir gran cosa; el Guardián creía ante todo en el deber. Rand aceptaba cumplir con el suyo, pero sus amigos… No le gustaba obligar a la gente a hacer nada en contra de su voluntad, cuanto menos a sus amigos. Y eso podía evitarlo —. No tienes por qué venir al Yermo.

—Oh, ya lo creo que sí. Al menos… ¡Oh, así me condene! Tengo una vida y la

puedo desperdiciar como quiera, ¿no? Pues ¿por qué no así? —Mat soltó una risa nerviosa—. ¡En los jodidos Portales de Piedra! ¡Luz!

Rand frunció el entrecejo; se suponía que era él el único, a decir de los demás, que se volvería loco, pero era su amigo el que ahora parecía estar al borde de la demencia.

Egwene miró a Mat parpadeando con preocupación, pero se inclinó hacia Rand.

—Verin Sedai me contó algo sobre los Portales de Piedra, Rand. Me habló del… viaje que realizasteis. ¿De verdad te propones hacer eso?

—No tengo otra opción, Egwene. —Tenía que actuar con prontitud, y no había medio más rápido que los Portales de Piedra. Eran reliquias de una época anterior a la Era de Leyenda; al parecer, ni siquiera las Aes Sedai de la Era de Leyenda los entendían. Pero no había un camino más rápido; si funcionaba como él esperaba, claro.

Moraine había escuchado pacientemente el intercambio de frases, en especial la parte de Mat, aunque Rand no veía motivo para ello.

—Verin también me habló de ese viaje en que utilizasteis los Portales de Piedra. Sólo erais unas cuantas personas y animales, no centenares como es el caso actual; y, aunque no estuvieras a punto de matarlos a todos como dice Mat, sigue pareciéndome una experiencia que nadie querría repetir. Y tampoco salió como esperabas, además de que hizo falta una gran cantidad de Poder, casi el suficiente para matarte al menos a ti, según Verin. Incluso si dejas atrás a la mayoría de los Aiel, ¿estás dispuesto a correr ese riesgo?

—He de hacerlo —contestó mientras tanteaba la bolsita del cinturón, la pequeña forma dura que había detrás de las cartas, pero la Aes Sedai continuó como si no lo hubiera oído.

—¿Tienes siquiera la certeza de que existe un Portal en el Yermo? Verin sabe más de esto que yo, pero nunca he oído que hubiera uno allí. Y, en caso afirmativo, ¿nos situará más cerca de Rhuidean de lo que estamos ahora?

—Hace unos seiscientos años —explicó Rand—, un buhonero intentó echar un vistazo a Rhuidean. —En cualquier otro momento habría resultado una satisfacción personal darle una lección a la Aes Sedai, para variar, pero no hoy. Era mucho lo que aún desconocía—. Por lo visto, el tipo no le echó el vistazo que pretendía, ya que afirmó haber divisado una ciudad dorada en las nubes, flotando a la deriva sobre las montañas.

—No hay ciudades en el Yermo —intervino Lan—. Ni en las nubes ni en el suelo. He combatido a los Aiel, y no tienen ciudades.

—Aviendha me contó que nunca había visto una ciudad hasta que salió del Yermo —ratificó Egwene.

—Es posible —dijo Rand—. Pero el buhonero también vio otra cosa

sobresaliendo en la ladera de una de esas montañas: un Portal de Piedra. Lo describía perfectamente, y no hay nada que se les parezca, son inconfundibles. Cuando se lo describí al bibliotecario mayor de la Ciudadela lo reconoció —añadió, sin aclarar lo que buscaba yendo allí—, a pesar de no saber qué eran, lo suficiente para enseñarme cuatro en un antiguo mapa de Tear…

—¿Cuatro? —lo interrumpió Moraine, aparentemente sorprendida—. ¿Todos en Tear? Los Portales de Piedra no son tan habituales como eso.

—Cuatro —repitió Rand con certidumbre. El viejo y huesudo bibliotecario no había dudado ni un momento, ni siquiera a la hora de sacar un amarillento manuscrito en el que se hablaba de los esfuerzos realizados para «trasladar los desconocidos artefactos de una Era anterior» a la Gran Reserva. Todos los intentos habían fracasado, y los tearianos renunciaron a ello finalmente. Aquello le confirmó a Rand su autenticidad, ya que los Portales de Piedra oponían resistencia a que se los moviera —. Uno de ellos se encuentra a menos de una hora a caballo desde aquí —continuó —. En vista de su profesión, los Aiel permitieron que el buhonero se marchara con una de las mulas y toda el agua que pudiera cargar a la espalda. De algún modo logró llegar hasta un *stedding* en la Columna Vertebral de Mundo, donde conoció a un hombre llamado Soran Milo, que a la sazón estaba escribiendo un libro llamado *Los asesinos del velo negro*. El bibliotecario me trajo una deteriorada copia cuando le pedí libros sobre los Aiel. Por lo visto Milo lo basó todo en los Aiel que iban al *stedding* a comerciar, y sacó conclusiones equivocadas en casi todo, según Rhuarc, pero un Portal de Piedra solamente puede ser un Portal de Piedra. —Había examinado otros manuscritos y mapas, por docenas, estudiando supuestamente Tear y su historia, su campiña; nadie había sospechado lo que se traía entre manos ni supo lo que se proponía hasta hacía unos minutos.

Moraine aspiró el aire ruidosamente por la nariz, y *Aldieb*, su yegua blanca, brincó unos pasos, reflejando su irritación.

—Un supuesto relato de un supuesto buhonero que aseguraba haber visto una ciudad dorada flotando en las nubes —comentó—. ¿Conoce Rhuarc ese Portal de Piedra? Porque él ha estado en Rhuidean. Aun en el caso de que ese buhonero entrara en el Yermo y viera el Portal de Piedra, podría encontrarse en cualquier parte. Cuando alguien relata algo, por lo general siempre procura mejorar lo que ocurrió realmente. Vaya, una ciudad flotando en las nubes.

—¿Y cómo estáis tan segura de que no es así? —inquirió Rand. Rhuarc se había reído con ganas de todos los errores que Milo había escrito sobre los Aiel, pero fue poco explícito respecto a Rhuidean. Más bien nada explícito. El Aiel se había negado incluso a comentar los pasajes del libro relativos a ese lugar. Rhuidean, en las tierras de los Jenn Aiel, el clan que no lo es; y eso fue todo cuanto Rhuarc se avino a decir al respecto. Al parecer no se hablaba de Rhuidean.

A la Aes Sedai no le complació su frívolo comentario, pero eso traía sin cuidado a Rand. Ella misma había guardado secretos de sobra, demasiado a menudo había hecho que la siguiera sin más base que una ciega confianza. Ahora le tocaba a ella. Tenía que aprender que no era una marioneta en sus manos. «Seguiré su consejo cuando considere que es acertado, pero jamás volveré a bailar al son que toque Tar Valon.» Moriría según sus propios términos.

Egwene acercó su yegua gris un poco más y cabalgó casi rodilla con rodilla junto a él.

—Rand, ¿realmente te propones arriesgar nuestras vidas por lo que sólo es una posibilidad? Rhuarc no te aclaró nada, ¿verdad? Cuando le pregunté a Aviendha sobre Rhuidean se cerró como una ostra.

Mat parecía encontrarse mal. Rand mantuvo el gesto impasible, sin dejar que sus sentimientos se reflejaran en su semblante. No había sido su intención amedrentar a sus amigos.

—Allí hay un Portal de Piedra —se ratificó. De nuevo frotó la forma dura que guardaba en la bolsita. Tenía que funcionar.

Los mapas del bibliotecario eran antiguos, pero ello lo había ayudado en cierto sentido. Las praderas por las que cabalgaban ahora eran bosques cuando se dibujaron esos mapas, pero apenas quedaban árboles, algunos ralos sotos de robles blancos, pinos y culantrillos, árboles solitarios de una especie que no le era conocida, con los troncos nudosos y delgados. Era fácil distinguir el relieve del terreno ahora, con las colinas cubiertas de hierba en su mayor parte.

En los mapas, dos lomas altas e inclinadas, una detrás de la otra, apuntaban hacia el grupo de redondeadas colinas donde se encontraba el Portal de Piedra. Si estaban bien hechos, claro. Y si en realidad el bibliotecario había reconocido la descripción. Y si la marca verde en forma de rombo significaba antiguas ruinas como él afirmaba. «¿Por qué iba a mentir? Estoy volviéndome demasiado desconfiado. No, he de serlo. Tan receloso como una víbora e igualmente frío.» Pero no le gustaba.

Al norte sólo divisaba colinas completamente peladas de árboles y salpicadas de formas móviles que debían de ser caballos. Los rebaños de los Grandes Señores, pastando por el terreno donde antaño se alzaba la arboleda Ogier. Esperaba que Perrin y Loial hubieran partido sin contratiempos. «Ayúdalos, Perrin —pensó—. Ayúdalos porque yo no puedo.»

La arboleda Ogier significaba que las lomas inclinadas debían de estar cerca; poco después las divisó un poco hacia el sur, como dos flechas juntas, con unos pocos árboles a lo largo de las cimas que dibujaban una fina línea contra el cielo. Detrás, unas colinas redondas y bajas, cual burbujas tapizadas de verde, se sucedían unas a las otras. Había más que en el antiguo mapa; demasiadas, teniendo en cuenta que todo el conjunto abarcaba menos de dos kilómetros y medio cuadrados. Si no se

correspondían con las del mapa, ¿cuál tenía el Portal de Piedra en la ladera?

—Los Aiel son numerosos —comentó Lan quedamente—, y su vista es muy aguda.

Con un asentimiento de gratitud, Rand tiró de las riendas de *Jeade'en* y retrocedió para exponer el problema a Rhuarc. Se limitó a describir el Portal de Piedra, sin explicar qué era; ya habría tiempo de sobra para eso cuando lo encontraran. Ahora era experto en guardar secretos. De todos modos, seguramente Rhuarc no tenía ni idea de qué era un Portal de Piedra; muy pocos lo sabían a excepción de las Aes Sedai. Él mismo lo ignoraba hasta que alguien se lo dijo.

El Aiel, que caminaba junto al semental rodado, frunció levemente el entrecejo —lo que equivalía a un gesto preocupado en cualquier otro hombre— y después asintió.

—Lo encontraremos —dijo. Luego alzó la voz—: *¡Aethan Dor! ¡Far Aldazar Din! ¡Duadhe Mahdi'in! ¡Far Dareis Mai! ¡Seia Doon! ¡Sha'mad Conde!*

Mientras hablaba, miembros de las asociaciones guerreras nombradas se adelantaron trotando hasta que alrededor de una cuarta parte de los Aiel estuvo reunida en torno a él y a Rand. Escudos Rojos. Hermanos del Águila. Buscadores del Agua. Doncellas Lanceras. Ojos Negros. Hijos del Relámpago.

Rand localizó a la amiga de Egwene, Aviendha, una mujer alta y guapa con un aire serio y altanero. Fueron Doncellas quienes habían guardado su puerta, pero no creía haberla visto antes de que los Aiel se reunieran para marcharse de la Ciudadela. Le sostuvo la mirada, orgullosa como un halcón de verdes ojos, y después sacudió la cabeza y puso su atención en el jefe de clan.

«Bueno, ¿no quería volver a sentirme un hombre corriente?», pensó, un poco abatido. Los Aiel lo hacían sentirse así. Incluso al jefe de clan lo escuchaban simplemente con respeto, sin nada que se pareciese a la deferencia que exigía un lord, y con una obediencia que parecía funcionar entre iguales. Por lo tanto no podía esperar que le dieran un trato diferente.

Rhuarc impartió órdenes con pocas palabras, y los Aiel se dispersaron en abanico hacia el frente, en dirección al agrupamiento de colinas, corriendo con su habitual facilidad, algunos cubriéndose el rostro con el velo por si acaso. El resto aguardó de pie o en cuclillas junto a las mulas de carga.

Representaban a casi todos los clanes —excepto el Jenn Aiel, por supuesto; Rand no acababa de entender si el Jenn existía o no en realidad, puesto que la forma en que los Aiel lo mencionaban, y lo hacían en muy contadas ocasiones, podía interpretarse de uno u otro modo— incluidos algunos clanes entre los que existían enemistades familiares, y otros que a menudo luchaban entre sí. Lo sabía porque se lo habían contado ellos mismos; no por primera vez se preguntó qué los había mantenido unidos hasta el momento. ¿Se debería únicamente a sus profecías de la caída de la Ciudadela y la búsqueda de El que Viene con el Alba?

—Es más que eso —dijo Rhuarc, y Rand comprendió que había expresado en voz alta sus pensamientos—. La profecía nos indujo a cruzar la Pared del Dragón, y el nombre que no se pronuncia nos llevó a la Ciudadela de Tear. —El nombre al que se refería era el «Pueblo del Dragón», un apelativo secreto para los Aiel; sólo los jefes de clan y la Sabias lo conocían o lo utilizaban, al parecer muy rara vez y únicamente entre ellos—. Por lo demás… Nadie derrama la sangre de otro de la misma asociación, por supuesto, y sin embargo, mezclando Shaarad con Goshien, Taardad y Nakai con Shaido… Hasta yo podría bailar las lanzas con los Shaido si las Sabias no hubieran hecho que todos aquellos que cruzamos la Pared del Dragón prometiéramos por el juramento del agua que trataríamos a cualquier Aiel como si fuera de la misma asociación a este lado de las montañas. Incluso los viles Shaido… —Se encogió de hombros—. ¿Lo ves? Ni siquiera para mí resulta fácil.

—¿Los Shaido son enemigos tuyos? —Rand se enredó un poco con el nombre; en la Ciudadela, los Aiel se conocían por asociaciones, no por clanes.

—Hemos evitado un lance de sangre, pero entre los Taardad y los Shaido nunca ha habido amistad; los septiares se atacan a veces unos a otros, roban cabras o ganado. Pero los juramentos nos han mantenido unidos a pesar de tres enemistades de sangre y una docena de viejos rencores entre clanes o septiares. Ahora ayuda que viajemos hacia Rhuidean, aunque algunos nos dejarán antes. Nadie derramará la sangre de otro mientras viaja hacia Rhuidean o desde ésta. —El Aiel alzó el rostro hacia Rand, impasible—. Podría ocurrir que muy pronto ninguno de nosotros derramara la sangre de otro Aiel.

Imposible dilucidar si la perspectiva lo satisfacía o no.

Un grito, como el ulular de un búho, llegó de una de las Doncellas que estaba en lo alto de una colina y agitaba las manos sobre la cabeza.

—Por lo visto han encontrado tu columna de piedra —anunció Rhuarc.

Rand espoleó, anhelante, a *Jeade'en*; cuando pasó al galope ante Moraine, ésta le lanzó una mirada inescrutable y agarró bien las riendas. Egwene condujo a su yegua junto a Mat, y se inclinó en su silla, apoyándose en el pomo del arzón de él, para sostener una conversación en privado. Daba la impresión de que intentaba convencerlo para que le contara algo o para que admitiera algo, y por la vehemencia de los gestos de Mat, o era más inocente que un bebé o era un mentiroso redomado.

Rand desmontó de un salto y trepó rápidamente por la suave ladera para examinar lo que la Doncella —era Aviendha— había encontrado medio enterrado en el suelo y casi tapado por la alta hierba. Era una erosionada columna de piedra gris, de unos tres metros de longitud y alrededor de setenta y cinco centímetros de diámetro. Unos símbolos extraños cubrían la totalidad de la superficie visible, cada uno de ellos rodeado por una fina línea de marcas que Rand creía que era escritura. Aun cuando hubiera sido capaz de leerlo —si es que realmente era un lenguaje—, la grafía —si es

que lo era— hacía mucho tiempo que había dejado de ser legible. Los símbolos estaban más claros, al menos algunos de ellos; muchos podrían ser simplemente marcas de erosión dejadas por la lluvia y el viento.

Mientras arrancaba la hierba a puñados para verlo mejor, echó una ojeada a Aviendha. La mujer llevaba el *shoufa* alrededor de los hombros, dejando el corto cabello rojizo al aire, y lo observaba con dureza.

—No te caigo bien —dijo—. ¿Por qué?

Tenía que encontrar un símbolo, el único que conocía.

—¿Que no me caes bien? Podrías ser El que Viene con el Alba, un hombre predestinado. ¿Quién está en condiciones de que le caiga bien o mal alguien así? Además, tú caminas libremente, un habitante de las tierras húmedas a pesar de tus rasgos, y sin embargo te diriges a Rhuidean para recibir honores, mientras que yo…

—Mientras que tú ¿qué? —preguntó, cuando la mujer dejó la frase sin terminar. Siguió buscando cuesta arriba. ¿Dónde estaba? Dos líneas onduladas paralelas, cortadas en ángulo por un garabato. «Luz, si está enterrado, nos llevará horas darle la vuelta.» De repente se echó a reír. Nada de horas. Podía encauzar y levantar la columna del suelo; o Moraine o Egwene. Un Portal de Piedra podría resistirse a que lo trasladaran, pero indudablemente sí sería posible moverlo un poco. Aun así, encauzar no lo ayudaría a encontrar las líneas onduladas; sólo tanteando a lo largo de la piedra, palmo a palmo, lo conseguiría.

En lugar de responder, la Aiel se puso en cuclillas con las lanzas cortas cruzadas sobre las rodillas.

—Has tratado mal a Elayne. No debería importarme, pero Elayne es primera hermana de Egwene, que es mi amiga. No obstante, a Egwene todavía le gustas, así que lo intentaré por ella.

Sin dejar de buscar en la columna, Rand sacudió la cabeza. Otra vez Elayne. A veces creía que todas las mujeres pertenecían a un gremio, como ocurría con los artesanos de cualquier ciudad. Si se metía la pata con uno de ellos, los siguientes diez con los que uno se topaba lo sabían, y lo desaprobaban.

Sus dedos se detuvieron y volvieron al trozo por el que acababan de pasar. Estaba tan erosionado que casi resultaba irreconocible, pero estaba convencido de que eran las líneas onduladas. Representaban un Portal de Piedra en Punta de Toman, no en el Yermo, pero marcaban lo que había sido la base cuando estaba en pie. Los símbolos de arriba representaban mundos; los del pie, los Portales de Piedra. Con uno de los símbolos de arriba y uno de los de abajo, se suponía que uno podía viajar a determinado Portal de Piedra de un determinado mundo. Con uno de los de abajo sabía que podía llegar a uno de los Portales de Piedra de este mundo. El que estaba próximo a Rhuidean, por ejemplo. Si supiera qué símbolo lo representaba. Ahora era cuando necesitaba un golpe de suerte, que su condición de *ta'veren* pusiera a la

fortuna de su parte.

Una mano se extendió por encima de su hombro, y Rhuarc indicó con voz reacia:

—Estas dos marcas se utilizaban para representar Rhuidean en las antiguas grafías. Hace mucho tiempo ni siquiera se escribía su nombre. —Siguió con el dedo el trazado de dos triángulos, cada uno de los cuales rodeaba lo que parecía un rayo bifurcado, uno apuntando a la izquierda y el otro, a la derecha.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó Rand. El Aiel miró a otro lado—. Maldita sea, Rhuarc, tengo que saberlo. Sé que no quieres hablar de ello, pero tienes que decírmelo. Dímelo, Rhuarc. ¿Has visto en alguna ocasión algo parecido a esta piedra?

El otro hombre respiró hondo antes de responder.

—Lo he visto. —Cada palabra salió de su boca como si se la arrancaran a la fuerza—. Cuando un hombre va a Rhuidean, las Sabias y los hombres del clan esperan en las laderas de Chaendaer, cerca de una piedra como ésta. —Aviendha se puso de pie y se alejó con andares tensos; Rhuarc la siguió con la mirada, el ceño fruncido—. No sé nada más, Rand al'Thor. Que jamás encuentre sombra si miento.

Rand pasó los dedos sobre la ilegible grafía que rodeaba los triángulos. ¿Cuál de ellos? Sólo uno lo llevaría a donde quería ir; el otro tal vez lo trasladaría a la otra punta del mundo o al fondo del océano.

El resto de los Aiel se habían reunido al pie de la colina con sus mulas de carga. Moraine y los demás desmontaron y subieron la suave cuesta, llevando a sus caballos por las riendas. Mat traía también a *Jeade'en* además de su castrado, procurando mantener al *Brioso* animal bien separado de *Mandarb*, el caballo de Lan. Los dos sementales se miraban ferozmente ahora que no los montaban sus jinetes.

—Realmente no sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? —protestó Egwene—. Moraine, no se lo permitáis. Podemos cabalgar hasta Rhuidean. ¿Por qué dejáis que siga adelante con esto? ¿Por qué no decís nada?

—¿Y qué sugieres que haga? —replicó ásperamente la Aes Sedai—. No voy a cogerlo de la oreja y llevármelo a rastras. Quizás estemos a punto de comprobar hasta qué punto es útil Soñar.

—¿Soñar? —La voz de Egwene era cortante—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—¿Queréis callar las dos? —pidió Rand, obligándose a dar a su voz un tono paciente—. Estoy intentando tomar una decisión.

La joven lo miró indignada; Moraine no dejó traslucir el menor atisbo de emoción, pero lo observaba intensamente.

—¿Es preciso que lo hagamos así? —intervino Mat—. ¿Qué tienes en contra de cabalgar? —Rand se limitó a mirarlo, y él se encogió de hombros, desasosegado—. Oh, diantre. Si lo que intentas es decidir… —Cogió las riendas de los dos caballos en una mano, sacó una moneda del bolsillo, un marco de oro de Tar Valon, y suspiró—. Vaya, hombre, tenía que ser esta moneda. —La hizo pasar sobre el dorso de los dedos

—. A veces… tengo suerte, Rand. Deja que sea ella la que decida. Cara, el que apunta a tu derecha; cruz, el de la izquierda. ¿Qué dices?

—Esto es ridículo —empezó Egwene, pero Moraine la hizo callar rozándole el brazo con los dedos.

—Vale, ¿por qué no? —asintió Rand. Egwene masculló algo, pero lo único que le entendió fue «hombres» y «niños», y no sonaba halagador.

Mat impulsó con el pulgar la moneda y ésta giró en el aire, brillando mortecinamente al sol. Antes de que empezara a caer, Mat la volvió a coger y la soltó con una palmada sobre el revés de su otra mano. Entonces vaciló.

—Es una jodida tontería confiar en un lanzamiento de moneda, Rand.

Sin mirar los símbolos, Rand posó la mano sobre uno de ellos.

—Éste —dijo—. Has elegido éste. Mat miró la moneda y parpadeó.

—Es cierto. ¿Cómo lo supiste?

—Tiene que empezar a funcionar conmigo antes o después.

Ninguno de ellos entendió a qué se refería —eso saltaba a la vista— pero tampoco importaba. Levantó la mano y miró el símbolo que Mat y él habían escogido: el triángulo que apuntaba a la izquierda. El sol había pasado su cenit. Tenía que hacerlo bien. Un error, y perderían tiempo en vez de ganarlo. No quería pensar que la consecuencia fuera aun peor.

Se puso de pie, metió la mano en la bolsita del cinturón y sacó el pequeño y duro objeto que guardaba en ella, una talla de brillante piedra verde que encajaba en su mano; representaba un hombre de cara y cuerpo redondos, sentado con las piernas cruzadas, y con una espada sobre sus rodillas. Frotó con el pulgar la cabeza calva de la figurilla.

—Que todos se agrupen cerca. Todos. Rhuarc, haz que suban esas bestias de carga aquí. Todo el mundo tiene que estar lo más cerca posible de mí.

—¿Por qué? —preguntó el Aiel.

—Porque vamos a Rhuidean. —Rand hizo saltar la figurilla sobre la palma de la mano, y luego se inclinó para dar unas palmaditas en la piedra—. A Rhuidean. Ahora mismo.

Rhuarc le dedicó una larga e inexpresiva mirada; después se puso de pie mientras empezaba a llamar a los otros Aiel.

Moraine dio un paso más cuesta arriba.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad.

—Un *angreal* —respondió Rand al tiempo que le daba la vuelta sobre la palma—. Uno que funciona para los hombres. Lo encontré en la Gran Reserva cuando buscaba el umbral. Fue la espada lo que me hizo cogerlo, y entonces lo supe. Si os estabais preguntando cómo pensaba encauzar suficiente Poder para llevarnos a todos, Aiel, mulas y todo lo demás, ésta es la respuesta.

—Rand —intervino Egwene, nerviosa—, estoy segura de que crees que haces lo que es mejor, pero ¿estás seguro? ¿Tienes la certeza de que ese *angreal* es lo bastante fuerte? Yo no podría afirmar siquiera que realmente es un *angreal*. Si lo dices, te creo, pero estos objetos varían, Rand. Por lo menos, es lo que ocurre con los que las mujeres pueden utilizar. Unos son más potentes que otros, y en eso no influye ni el tamaño ni la forma.

—Por supuesto que estoy seguro —mintió. No había habido modo de probarlo; no para este propósito y no si quería evitar que la mitad de Tear descubriera que se traía algo entre manos, pero creía que serviría. Con lo pequeño que era, nadie descubriría que faltaba de la Ciudadela a menos que decidieran hacer un inventario de la Reserva, y tal cosa parecía poco probable.

—Así que te dejas a *Callandor* y te traes esto —murmuró Moraine—. Actúas como si tuvieras un amplio conocimiento de los Portales de Piedra. Más de lo que habría imaginado.

—Verin me contó bastantes cosas. —Cierto que la Aes Sedai le había hablado de ellos, pero fue Lanfear la primera que lo había instruido al respecto. Entonces la conocía como Selene, pero no tenía intención de explicarle eso a Moraine, como tampoco pensaba decirle que la mujer se había ofrecido a ayudarlo. Aparentemente, se había tomado el asunto de Lanfear con demasiada tranquilidad, incluso para ser una persona tan fría como ella, que rara vez perdía el control. Y lo estaba observando con aquella mirada escrutadora, como si lo estuviera sopesando en una balanza.

—Ten cuidado, Rand al'Thor —advirtió con su fría y melodiosa voz—. Cualquier *ta'veren* cambia el Entramado en mayor o menor grado, pero uno como tú podría desgarrar la Urdimbre de las Eras para siempre.

Rand habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. Lo que estaba planeando.

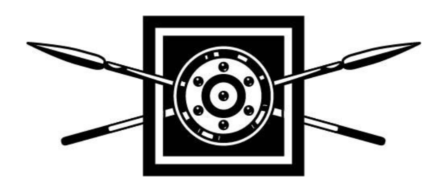
Los Aiel subieron la ladera con sus mulas de carga y cubrieron el manto de hierba conforme se arracimaban alrededor de él y del Portal de Piedra, apelotonándose hombro contra hombro, excepto Moraine y Egwene, con las que dejaron cierta distancia. Rhuarc le hizo un gesto de asentimiento como diciendo: «Hecho. Ahora todo está en tus manos».

Sopesó el pequeño *angreal* verde, y pensó decirles a los Aiel que dejaran a los animales; pero, aparte de que no sabía si accederían a ello, deseaba llegar con todos y con todo para que tuvieran el convencimiento de que lo había hecho bien y por su bien. La buena voluntad no abundaría en el Yermo. Lo observaban imperturbables, aunque algunos se habían puesto el velo. Los únicos que parecían nerviosos eran Mat, que seguía dando vueltas al marco de Tar Valon por encima de los dedos, y Egwene, en cuyo rostro había gotitas de sudor. No tenía sentido prolongar más el momento. Tenía que actuar con una rapidez de la que nadie lo imaginaba capaz.

Se sumió en el vacío y buscó el contacto con la Fuente Verdadera, aquella pálida y parpadeante luz siempre presente, justo detrás de su hombro. El Poder lo hinchió, un soplo de vida, un vendaval que arrancaría robles de raíz, una brisa estival cargada del aroma de las flores, la tenue vaharada nauseabunda de un montón de estiércol. Suspendido en la nada, enfocó el triángulo rodeado por un rayo que tenía ante sí, y abrió un canal a través del *angreal,* absorbiendo el violento torrente del *Saidin*. Debía llevarlos a todos. Tenía que funcionar. Asiendo aquel símbolo, se abrió plenamente al Poder Único, se llenó de él hasta creer que iba a estallar. Y siguió absorbiendo. Más. Más.

Fue como si el mundo desapareciera súbitamente.

23



Al otro lado de la Piedra

Egwene perdió el equilibrio y tuvo que aferrarse al cuello de *Niebla* cuando el suelo se inclinó bajo sus pies. A su alrededor los Aiel peleaban a brazo partido con las mulas, que rebuznaban y se deslizaban hacia atrás por la escarpada ladera, una pendiente rocosa pelada de vegetación. El bochorno que recordaba del *Tel'aran'rhiod* se descargó sobre ella, aplastante. El aire rielaba ante sus ojos, y el suelo le quemaba las plantas de los pies a través de las suelas de los zapatos. Sintió una dolorosa comezón en la piel cuando el sudor chorreó por cada poro; nada más empaparle el vestido, la transpiración pareció evaporarse instantáneamente.

Entre las mulas y los altos Aiel que forcejeaban, las unas para soltarse y los otros para sujetarlas, casi le tapaban el entorno, pero alcanzó a ver algunos atisbos en medio de la agitada masa de cuerpos. A menos de tres pasos de ella sobresalía en ángulo del suelo una gruesa columna de piedra gris, tan erosionada por el viento y la arena que resultaba imposible adivinar si alguna vez había sido igual a la de Tear. Bajo un sol de justicia que caía a plomo desde el cielo despejado, se recortaban las siluetas de unas montañas accidentadas, cuyas laderas de lisas placas parecían haber sido talladas con una hacha gigantesca. Sin embargo, en el centro de un largo y yerto valle, allá abajo, bullían las volutas de un denso manto de niebla; el sol abrasador debería haberla evaporado en cuestión de minutos, pero la masa de vapor continuaba ondeando, inmutable, persistente. Y de las grises volutas sobresalían los remates de torres, algunos picudos y otros que se cortaban bruscamente, como si los albañiles estuvieran trabajando todavía en ellos. .

—El buhonero tenía razón —musitó Egwene para sí—. Una ciudad en las nubes.

Aferrando con las manos crispadas las riendas de su castrado, Mat contemplaba atónito el panorama.

—¡Lo consiguió! —Se volvió hacia la joven, riendo—. Lo consiguió, Egwene, y sin que… ¡Diantres, lo consiguió! —Se abrió de un tirón el lazo del cuello de la camisa—. ¡Luz, qué calor! ¡Aquí sí que se abrasa uno de verdad!

De pronto Egwene reparó en que Rand estaba de rodillas, con la cabeza inclinada y una mano apoyada en el suelo para sostenerse. Tiró de la yegua y se abrió paso entre los Aiel y llegó junto a él cuando Lan ya lo ayudaba a ponerse de pie. Moraine también estaba a su lado, estudiando a Rand con aparente calma, si bien la ligera

tirantez en la comisura de sus labios revelaba que le habría gustado darle de bofetadas.

—Lo conseguí —jadeó Rand, mirando en derredor. Si se mantenía en pie era únicamente porque el Guardián lo sostenía; tenía la tez lívida y macilenta, como un moribundo.

—Estuviste cerca —dijo Moraine fría, muy fríamente—. El *angreal* no era bastante potente para semejante empresa. No debes volver a hacer esto. Si corres riesgos, que sean razonados y con un motivo poderoso. En ningún otro caso.

—Yo no corro riesgos, Moraine. Mat es el jugador. —Rand abrió con esfuerzo la mano derecha; el *angreal*, el hombrecillo gordo, le había hincado la punta de su espada en la palma, exactamente en la garza grabada—. Tal vez tengáis razón y hacía falta otro más potente. Un poco más, quizá… —Soltó una risa forzada—. Funcionó, Moraine, y eso es lo que importa. Los he traído a todos. Funcionó.

—Sí, eso es lo que importa —convino Lan, asintiendo.

Egwene resopló con enojo. Hombres. Uno había estado a punto de matarse, y después intentaba tomarlo a broma, como si fuera un chiste; y el otro le decía que había obrado correctamente. ¿Es que nunca maduraban?

—La fatiga que produce encauzar es distinta de cualquier otro tipo de cansancio —comentó Moraine—. Me es imposible librarte totalmente de ella cuando has canalizado tanto Poder como en esta ocasión, pero haré cuanto esté en mi mano. A lo mejor ese resto de agotamiento servirá para recordarte que seas más prudente la próxima vez.

Estaba enfadada, indiscutiblemente; su voz traslucía un inequívoco timbre de satisfacción. El brillo del *Saidar* envolvió a la Aes Sedai mientras tendía las manos para tomar la cabeza de Rand entre ellas. El joven inhaló brusca y entrecortadamente, y después se retiró con violencia, soltándose también de Lan.

—Preguntad antes, Moraine —dijo fríamente mientras guardaba el *angreal* en la bolsita del cinturón—. Preguntad antes. No soy vuestro perrillo faldero para que podáis hacer conmigo lo que queráis y cuando queráis. —Se frotó las manos para quitarse el hililllo de sangre marcado en la palma.

Egwene repitió el resoplido enojado. Infantil, desconsiderado e ingrato. Ahora se sostenía por sí mismo, aunque el cansancio todavía apagaba sus ojos; y no hacía falta comprobarlo para saber que el pequeño pinchazo de la palma había desaparecido. Una absoluta ingratitud. Lo extraño era que Lan no lo increpara por haber hablado de ese modo a Moraine.

De repente se dio cuenta de que los Aiel guardaban un completo silencio ahora que habían conseguido tranquilizar a las mulas. Miraban fijamente hacia afuera, no al valle y a la ciudad envuelta en niebla que debía de ser Rhuidean, sino a dos campamentos, uno a cada lado de su posición, que había a unos ochocientos metros

de distancia. Los dos agrupamientos de docenas y docenas de tiendas bajas y abiertas por los costados, uno de ellos el doble de grande que el otro, casi se confundían con la ladera de la montaña, pero los Aiel, con sus ropas pardas, eran claramente visibles en ambos; sostenían en sus manos lanzas cortas y arcos con las flechas prestas, y los que ya no lo habían hecho se cubrían los rostros con velos. A juzgar por su actitud parecían a punto de lanzarse al ataque.

—La paz de Rhuidean —pronunció una voz femenina desde la parte alta de la pendiente, y Egwene advirtió que la tensión desaparecía en los Aiel que la rodeaban. Los que estaban entre las tiendas empezaron a bajarse los velos, aunque la cautela siguió presidiendo su actitud.

La joven localizó un tercer campamento mucho más pequeño en una zona más alta de la montaña, unas cuantas tiendas bajas plantadas en un reducido parche de terreno nivelado. Cuatro mujeres bajaban desde ese campamento con porte digno y sosegado, vestidas con amplias faldas oscuras, blancas blusas sueltas y chales marrones o grises alrededor de los hombros a pesar del tremendo calor que empezaba a causar una sensación de mareo en Egwene; lucían numerosos collares y brazaletes de marfil y oro. Dos de ellas tenían el pelo blanco, casi del color del sol, que les llegaba hasta la cintura; lo llevaban retirado de la cara, sujeto con un pañuelo doblado atado a la frente.

Egwene reconoció a una de las mujeres de pelo blanco: Amys, la Sabia que había visto en el *Tel'aran'rhiod*. Volvió a impresionarle el fuerte contraste entre la tez curtida por el sol y el níveo cabello de la mujer; a juzgar por su apariencia no era tan mayor. La otra mujer de pelo blanco tenía el rostro lleno de arrugas, como una abuela, y otra de ellas, con el cabello entrecano, parecía tan vieja como ella. Egwene tenía la certeza de que las cuatro eran Sabias, y seguramente eran las que firmaban la carta enviada a Moraine.

Las Aiel se detuvieron a diez pasos de distancia, un poco más arriba de donde la muchedumbre se arracimaba en torno al Portal de Piedra, y la que parecía ser la mayor extendió las manos abiertas y habló con una voz de anciana, pero aun así poderosa:

—La paz de Rhuidean sea con vosotros. Los que vienen a Chaendaer pueden regresar a sus dominios en paz. El suelo no se teñirá de sangre.

Dicho esto, los Aiel de Tear empezaron a separarse, repartiendo rápidamente los animales de carga y el contenido de los cestos. Ahora no se dividieron en asociaciones; Egwene vio unirse Doncellas a distintos grupos, algunos de los cuales se pusieron en marcha de inmediato alrededor de la montaña, evitándose entre sí y a los campamentos, con paz de Rhuidean o sin ella. Otros se encaminaron hacia uno u otro agrupamiento de tiendas, donde finalmente las armas habían dejado de estar prestas.

No todo el mundo había confiado en la paz de Rhuidean; Lan soltó la empuñadura de la espada que no había llegado a desenvainar, aunque Egwene no lo había visto llevar la mano a ella, y Mat volvió a guardar apresuradamente en las mangas un par de dagas. Rand tenía los pulgares metidos en el cinturón, pero en sus ojos había una clara expresión de alivio.

Egwene buscó a Aviendha para hacerle unas cuantas preguntas antes de hablar con Amys. Seguramente la Aiel se mostraría algo más abierta respecto a las Sabias estando aquí, en su propia tierra. Localizó a la Doncella, cargada con un gran saco de yute cuyo contenido tintineaba, y dos tapices enrollados sobre el hombro, dirigiéndose a toda prisa hacia uno de los campamentos grandes.

—Tú te quedas, Aviendha —dijo en voz alta la Sabia de cabello entrecano. La Doncella se paró en seco, sin mirar a nadie.

Egwene dio un paso en su dirección, pero la detuvo Moraine.

—Será mejor que no te metas en esto. Me parece que no acogería bien tu compasión o que tomaría por tal cualquier gesto de apoyo.

Egwene no pudo menos de asentir; saltaba a la vista que Aviendha quería que la dejaran en paz. ¿Qué querrían de ella las Sabias? ¿Habría roto alguna regla, alguna ley?

En cambio a ella no le habría importado tener más compañía. Se sentía muy vulnerable plantada allí en medio, sin los Aiel a su alrededor y con todas esas personas observando desde las tiendas. En la Ciudadela los Aiel se habían mostrado corteses, cuando no amistosos; la gente de los campamentos no parecía ni lo uno ni lo otro. La tentación de abrazar el *Saidar* era muy fuerte. Encontró fuerzas para no hacerlo en la firme actitud de Moraine, serena y fría como siempre a pesar de la transpiración que le humedecía el rostro, y de Lan, tan impertérrito como las rocas que los rodeaban. Si hubiera peligro ellos lo sabrían, de modo que, si los dos aceptaban la situación, ella también. Pero aun así deseó que aquellos Aiel dejaran de mirarlos tan fijamente.

Rhuarc remontó, sonriente, el tramo de cuesta que los separaba de las Sabias.

—He vuelto, Amys, aunque apostaría que no del modo que imaginabas.

—Sabía que hoy estarías aquí, sombra de mi corazón. —Alzó las manos para acariciar el rostro del hombre, dejando que el chal resbalara por sus brazos—. Mi hermana conyugal te envía su amor.

—A esto os referíais cuando dijisteis lo de Soñar —musitó Egwene a Moraine. Lan era el único que estaba lo bastante cerca para oírla—. Por eso no os opusisteis a que Rand nos trajera aquí a través del Portal de Piedra. Ellas lo sabían, y os lo decían en la carta. No, eso no tiene sentido. Si hubieran mencionado el Portal de Piedra, no habríais intentado convencerlo de que cambiara de idea. Sin embargo, ellas sabían que apareceríamos aquí.

Moraine asintió sin apartar los ojos de las Sabias.

—Escribieron que nos reuniríamos aquí, en Chaendaer, hoy. Lo consideré… improbable, hasta que Rand mencionó los Portales. Cuando se mostró tan seguro, con una certeza que resistió mi intento de disuadirlo, de que existía uno aquí… Digamos que de repente me pareció sumamente probable que llegáramos a Chaendaer hoy.

Egwene aspiró hondo el caliente aire. Así que ésa era una de las cosas que podía hacer una Soñadora. Ardía en deseos de iniciar el aprendizaje; habría querido correr en pos de Rhuarc y presentarse a Amys —o volver a presentarse—, pero el jefe de clan y la Sabia se estaban mirando a los ojos de un modo que no admitía la intrusión de nadie.

De cada uno de los campamentos había salido un hombre. Uno de ellos era alto, ancho de hombros, con el cabello muy rojo, y de mediana edad, aunque recién entrado en ella; el otro era mayor y más moreno, igualmente alto, pero más esbelto. Se pararon a unos cuantos pasos, a uno y otro lado de Rhuarc y las Sabias. El mayor, un hombre de rostro atezado, no llevaba armas a excepción del cuchillo de hoja larga colgado del cinturón, pero el otro portaba lanzas y una adarga de cuero, y erguía la cabeza orgullosamente, con la fiera mirada prendida en Rhuarc.

Éste hizo caso omiso de él y se volvió hacia el hombre mayor.

—Te veo, Heirn. ¿Ha decidido alguno de los jefes de los septiares que ya estoy muerto? ¿Quién busca ocupar mi lugar?

—Te veo, Rhuarc. Ningún Taardad ha entrado en Rhuidean ni busca hacerlo. Amys dijo que vendría a reunirse aquí contigo, y estas otras Sabias viajaron con ella. Traje a estos hombres del septiar Jindo para asegurarme de que llegaran sanas y salvas.

Rhuarc asintió solemnemente. Egwene tuvo la sensación de que se había dicho algo importante o se había insinuado. Las Sabias no miraban al hombre de pelo rojo, ni tampoco lo hacían Rhuarc ni Heirn, pero por el creciente sonrojo de las mejillas del hombre habríase dicho que todos lo estaban observando de hito en hito. La joven miró de soslayo a Moraine, que respondió sacudiendo la cabeza de manera casi imperceptible; la Aes Sedai tampoco entendía qué estaba pasando. Lan se acercó a ambas y se inclinó para hablar en un susurro:

—Una Sabia puede ir a cualquier sitio sin correr peligro, a cualquier dominio sea del clan que sea. Creo que ni siquiera una enemistad hereditaria afecta a una Sabia. El tal Heirn vino para proteger a Rhuarc de quienesquiera que sean los del otro campamento, pero no sería honorable decirlo. —Moraine enarcó levemente la ceja, y el Guardián añadió—: No sé mucho sobre los Aiel, pero luché contra ellos a menudo antes de que nos conociéramos nosotros. Nunca me preguntaste sobre ellos.

—Remediaré ese descuido —dijo la Aes Sedai secamente.

Al volverse hacia las Sabias y los tres hombres, Egwene sufrió un leve vahído.

Lan le puso en las manos una cantimplora de cuero abierta, y la joven, agradecida, bebió un buen trago. El agua estaba tibia y olía a cuero, pero con el calor le supo tan fresca como la de un manantial. Ofreció la cantimplora medio llena a Moraine, que apenas se mojó los labios y se la devolvió. Egwene volvió a beber con ansiedad, cerrando los ojos; el agua que le cayó en la cabeza hizo que los volviera a abrir rápidamente. Lan le estaba vaciando encima otra cantimplora, y el cabello de Moraine ya estaba goteando.

—Este calor puede matarlo a uno si no se está acostumbrado a él —explicó el Guardián mientras mojaba un par de pañuelos de lino blanco que había sacado de la chaqueta.

Siguiendo sus instrucciones, Moraine y ella se anudaron las telas mojadas alrededor de la frente. Rand y Mat estaban haciendo lo mismo. Por su parte, Lan se dejó la cabeza descubierta, sin protegerla del sol; nada parecía afectar a este hombre.

El silencio entre Rhuarc y los otros Aiel se había prolongado, pero finalmente el jefe de clan se volvió hacia el hombre de cabello rojo.

—Entonces ¿es que los Shaido no tienen jefe de clan, Couladin?

—Suladric ha muerto —respondió el hombre—. Muradin ha entrado en Rhuidean. Si fracasa, entraré yo.

—No lo has pedido, Couladin —intervino la Sabia de más edad con aquella voz aguda y sin embargo fuerte—. En caso de que Muradin fracase, pídelo entonces. Somos cuatro, suficientes para decir sí o no.

—Estoy en mi derecho, Bair —replicó Couladin, iracundo. Saltaba a la vista que era un hombre que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—Estás en tu derecho a pedirlo —contestó la mujer—. Y el nuestro es responder. No creo que se te permita entrar, ocurra lo que ocurra con Muradin. Tu interior no es intachable, Couladin. —Movió el chal gris ajustándolo sobre sus angulosos hombros de un modo que sugería que había dicho más de lo que consideraba necesario.

El hombre enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¡Mi primer hermano regresará marcado como jefe de clan, y conduciremos a los Shaido a una gran gloria! ¡Vamos a…! —Cerró la boca de golpe, casi temblando.

Egwene decidió no quitarle la vista de encima si se quedaba cerca de ella. Le recordaba a los Congar y a los Coplin, en su pueblo, unos fanfarrones que siempre andaban buscando líos. De hecho, hasta ahora no había visto a ningún Aiel perder el control de un modo tan violento.

Amys parecía haberse olvidado ya de él.

—Hay alguien que vino contigo, Rhuarc —dijo. Egwene esperaba que la mujer le hablara a ella, pero los ojos de Amys se volvieron directamente hacia Rand. A Moraine no la sorprendió, obviamente, y Egwene se preguntó qué habría escrito en aquella carta de las cuatro Sabias que la Aes Sedai no había revelado.

Rand pareció desconcertado en un primer momento, pero después subió la ladera hasta llegar cerca de Rhuarc, el rostro a la altura de los de las mujeres. El sudor le pegaba la blanca camisa al cuerpo, y manchaba con oscuros parches sus calzones. Con el trapo blanco enrollado alrededor de la frente, no ofrecía, ni con mucho, un aspecto tan magnífico e imponente como en el Corazón de la Ciudadela. Hizo una extraña reverencia, con el pie izquierdo adelantado, la mano izquierda sobre la rodilla, y la derecha extendida, con la palma hacia arriba.

—Por derecho de sangre —dijo— pido permiso para entrar en Rhuidean, por el honor de nuestros antepasados y en memoria de lo que fue.

Amys parpadeó con evidente sorpresa.

—Una fórmula antigua —murmuró Bair—, pero la petición ha sido hecha. Mi respuesta es sí.

—También la mía, Bair —dijo Amys—. ¿Seana?

—Este hombre no es Aiel —intervino Couladin, enfurecido. Egwene sospechó que debía de estar iracundo casi siempre—. ¡La muerte es lo que merece por pisar este suelo! ¿Por qué lo ha traído Rhuarc? ¿Por qué…?

—¿Ahora pretendes ser una Sabia, Couladin? —inquirió Bair, cuyo gesto ceñudo hacía resaltar las arrugas de su rostro—. Ponte un vestido y ven conmigo. Veré si hay posibilidades de entrenarte. ¡Pero, hasta entonces, guarda silencio cuando una Sabia está hablando!

—Mi madre era Aiel —dijo Rand con voz tensa.

Egwene lo miró de hito en hito. Kari al'Thor había muerto cuando ella apenas había salido de la cuna, pero si la esposa de Tam hubiera sido Aiel sin duda lo habría oído comentar en algún momento. Volvió la vista hacia Moraine; la Aes Sedai observaba la escena, el semblante impasible, sosegado. Rand tenía un gran parecido con los Aiel, por su altura, sus ojos azul grisáceos y su cabello rojizo, pero esto era absurdo.

—Tu madre no —manifestó Amys lentamente—. Tu padre. —Egwene sacudió la cabeza. Este asunto estaba tomando visos de locura. Rand abrió la boca, pero Amys no lo dejó hablar—. Seana, ¿qué dices tú?

—Sí —respondió la mujer de pelo entrecano—. ¿Melaine?

La última de las cuatro, una hermosa mujer de cabello dorado, no más de diez o quince años mayor que Egwene, vaciló un momento.

—Ha de hacerse —dijo finalmente, de mala gana—. Mi respuesta es sí.

—Se ha respondido a tu petición —le dijo Amys a Rand—. Puedes entrar en Rhuidean, y… —Se interrumpió cuando Mat se adelantó presuroso e hizo una torpe imitación de la reverencia de Rand.

—También yo pido entrar en Rhuidean —anunció con voz trémula.

Las cuatro Sabias lo contemplaron fijamente mientras Rand volvía la cabeza

hacia él, sorprendido. Egwene estaba convencida de que no había nadie más conmocionado que ella en ese momento, pero Couladin la sacó de su error; con un gruñido salvaje, el Aiel levantó su lanza y arremetió contra Mat.

El brillo del *Saidar* envolvió a Amys y Melaine, y unos flujos de Aire levantaron en vilo al hombre de pelo rojo y lo lanzaron a una docena de pasos.

Egwene contemplaba la escena con los ojos muy abiertos. ¡Podían encauzar! Al menos dos de ellas. De repente comprendió el contraste de los juveniles rasgos de Amys con su blanco cabello; era algo muy semejante a la intemporalidad de las Aes Sedai. Moraine permanecía completamente inmóvil, pero Egwene adivinó que su cabeza era un hervidero de ideas. Lo ocurrido había sorprendido a la Aes Sedai tanto como a ella misma.

—Aceptáis a este forastero como uno de nosotros —argumentó Couladin con voz ronca mientras se incorporaba y se quedaba en una postura agazapada; señalaba a Rand con la lanza con la que había intentado atacar a Mat—. Si vosotras lo decís, que así sea. Al fin y al cabo no es más que un hombre de las tierras húmedas, un blando, y Rhuidean acabará con él. —La lanza se volvió hacia Mat, que estaba tratando de volver a esconder en la manga una daga sin que nadie lo advirtiera—. Pero él… La muerte es el castigo por estar aquí, y por su sacrilegio al pedir entrar en Rhuidean. Nadie que no pertenezca a la sangre puede entrar. ¡Nadie!

—Regresa a tu campamento, Couladin —ordenó Melaine fríamente—. Y tú también, Heirn. Lo mismo reza para ti, Rhuarc. Esto sólo concierne a las Sabias y sólo a los hombres que han hecho la petición. ¡Idos!

Rhuarc y Heirn asintieron y echaron a andar hacia el campamento más pequeño, hablando entre ellos. Couladin asestó una mirada furibunda a Rand y a Mat, y a las Sabias también, antes de girar bruscamente sobre sus talones y dirigirse a grandes zancadas hacia el otro campamento.

La Sabias intercambiaron una mirada que, a parecer de Egwene, era preocupada, si bien eran casi tan diestras como las Aes Sedai a la hora de mantener el gesto impasible.

—No está permitido, joven —manifestó firmemente Amys—. No sabes lo que has hecho. Regresa con los demás. —Sus ojos pasaron fugazmente sobre Egwene, Moraine y Lan, que ahora se encontraban solos con los caballos cerca del erosionado Portal de Piedra. Egwene no advirtió un atisbo de reconocimiento en aquella mirada.

—No puedo. —La voz de Mat traslucía una gran desesperación—. He llegado hasta aquí, pero eso no cuenta, no es suficiente. He de ir a Rhuidean.

—No está permitido —replicó duramente Melaine, cuyo cabello dorado se meció al sacudir la cabeza en un gesto negativo—. Por tus venas no corre sangre Aiel.

Rand no había dejado de observar intensamente a Mat durante todo ese tiempo.

—Viene conmigo —manifestó inesperadamente—. Me disteis permiso, y puede

acompañarme con vuestro consentimiento o sin él. —Sostuvo las miradas de las Sabias, no con expresión desafiante, sino resuelta, empeñado en ello, simplemente. Egwene lo conocía bajo esta faceta; no cambiaría de opinión dijeran lo que dijeran.

—No está permitido —repitió Melaine firmemente, dirigiéndose a sus compañeras. Se puso el chal sobre la cabeza—. La ley es clara: ninguna mujer entrará en Rhuidean más de dos veces; ningún hombre lo hará más de una vez; y no entrará nadie que no tenga sangre Aiel.

—Se están produciendo muchos cambios, Melaine —argumentó Seana, que sacudió la cabeza—. Las viejas costumbres…

—Él es el anunciado —intervino Bair—, y la Hora del Cambio se cierne sobre nosotros. Hay una Aes Sedai en Chaendaer, y un *Aan'allein*, con su capa cambiante. ¿Podemos seguir aferrándonos a las viejas costumbres, sabiendo los grandes cambios que se avecinan?

—No podemos —dijo Amys—. Todo está al borde del cambio. ¿Melaine? —La mujer de pelo dorado recorrió con la mirada las montañas que los rodeaban, la ciudad envuelta en niebla, allá abajo, y después suspiró y asintió en silencio—. Está hecho —dictaminó Amys, que se volvió hacia los dos jóvenes—. Vosotros —empezó, pero hizo una pausa—. ¿Con qué nombres se os conoce?

—Rand al'Thor.

—Mat. Mat Cauthon.

—Bien —asintió Amys—. Tú, Rand al'Thor, debes llegar al corazón de Rhuidean, al mismo centro. Si deseas acompañarlo, Mat Cauthon, que así sea, pero ten presente que la mayoría de los hombres que entran en el corazón de Rhuidean no regresan, y algunos cuando vuelven están locos. No podéis llevar agua ni comida, en recuerdo de nuestro peregrinaje tras el Desmembramiento. Habéis de entrar en Rhuidean desarmados, salvo por vuestras manos y vuestros corazones, en honor de los Jenn. Si tenéis armas, dejadlas en el suelo, a nuestros pies. Estarán aquí para que las recojáis a vuestro regreso. Si regresáis.

Rand desabrochó el cinturón del cuchillo y lo puso a los pies de Amys; tras una fugaz vacilación, añadió la talla de piedra verde con la figura del gordo hombrecillo.

—Eso es todo; no puedo desprenderme de más —dijo.

Mat empezó con el cuchillo del cinturón y continuó sacando dagas de las mangas, de debajo de la chaqueta, y hasta una que llevaba detrás del cuello; se formó un montón que inclusive sorprendió a las Aiel. Su actitud daba a entender que había acabado, pero miró a las mujeres y acto seguido extrajo otras dos más del borde de las botas.

—Se me habían olvidado —dijo con una sonrisa y encogiéndose de hombros. La impasible mirada de las Sabias borró su mueca.

—Están comprometidos con Rhuidean —pronunció solemnemente Amys, que

tenía los ojos prendidos más allá de los dos jóvenes.

—Rhuidean pertenece a los muertos —respondieron al unísono las otras tres.

—No hablarán con los vivos hasta que regresen —continuó.

—Los muertos no hablan con los vivos —respondieron de nuevo las tres.

—No los vemos, hasta que se encuentren otra vez entre los vivos. —Amys se cubrió los ojos con el chal, y sus tres compañeras hicieron otro tanto. Ya con los rostros tapados, pronunciaron al mismo tiempo—: Marchaos, dejad a los vivos, y no nos acoséis con recuerdos de lo que está perdido. No habléis de lo que ven los muertos.

Se quedaron calladas, manteniendo levantados los chales ante sus rostros, esperando.

Rand y Mat se miraron; Egwene habría querido acercarse a ellos, hablarles —ambos tenían esa expresión demasiado estoica de los hombres que no quieren que nadie sepa que están desasosegados o asustados— pero ello podría echar a perder la ceremonia. Finalmente, Mat soltó una risotada.

—Bueno, supongo que, al menos, los muertos sí podrán hablar entre ellos —dijo—. Me pregunto si eso reza también para… Bah, no importa. ¿Crees que será válido cabalgar?

—Me parece que no —manifestó Rand—. Creo que hemos de caminar.

—Oh, diantres, qué dolor de pies. Entonces más vale que nos pongamos en marcha cuanto antes. Nos costará media tarde sólo llegar allí. Con suerte.

Rand lanzó una sonrisa tranquilizadora a Egwene mientras echaban a andar montaña abajo, como para convencerla de que no había peligro, nada adverso. La mueca de Mat era la que tenía cuando estaba haciendo algo particularmente estúpido, como bailar en el pico de un tejado.

—No tendrás pensado llevar a cabo una… locura ¿verdad? Tengo intención de regresar vivo.

—Y yo —repuso Rand—. Y yo.

Siguieron caminando y dejó de oírselos; sus figuras continuaron empequeñeciéndose a medida que descendían la ladera. Cuando apenas se los distinguía a lo lejos, las Sabias bajaron los chales.

Arreglándose el vestido y deseando para sus adentros no estar tan sudorosa, Egwene subió la corta distancia que la separaba de ellas, llevando a *Niebla* por las riendas.

—¿Amys? Soy Egwene al'Vere. Dijisteis que tendría que…

La Sabia la cortó levantando una mano y miró hacia donde estaba Lan sujetando las riendas de *Mandarb*, *Puntos* y *Jeade'en*, detrás de Moraine y *Aldieb*.

—Esto es ahora asunto de mujeres, *Aan'allein*. Debes alejarte. Ve a las tiendas, donde Rhuarc te ofrecerá agua y sombra.

Lan esperó a que Moraine hiciera un leve asentimiento antes de inclinar la cabeza y echar a andar en la dirección por la que se había marchado Rhuarc. La capa cambiante, que colgaba a su espalda, a veces le otorgaba la apariencia de una cabeza y unos brazos flotando en el aire, sin cuerpo, a través del terreno, por delante de los caballos.

—¿Por qué lo llamáis así? —inquirió Moraine cuando el Guardián ya no podía oírlas—. «Un Hombre.» ¿Lo conocéis?

—Así es, Aes Sedai. —Amys pronunció el título de un modo que lo hacía parecer un tratamiento entre iguales—. El último de los malkieri. El hombre que no renunciará a su guerra contra la Sombra aunque su nación haya sido destruida por ella hace mucho tiempo. Hay un gran honor en él. Supe por el sueño que si vos veníais era casi seguro que también lo haría *Aan'allein*, pero no sabía que os obedece.

—Es mi Guardián —fue la escueta respuesta de Moraine.

Egwene pensó que la Aes Sedai estaba molesta a pesar de su tono sosegado, y sabía el motivo. ¿«Casi» seguro que Lan vendría con ella? Lan siempre acompañaba a Moraine; la seguiría incluso a la Fosa de la Perdición sin pestañear siquiera. Y para Egwene era casi tan interesante lo de «si vos veníais». ¿Sabían o no la Sabias que vendrían? Tal vez la interpretación del Sueño resultaba no ser tan sencilla como había imaginado. Iba a preguntarlo, pero Bair habló entonces:

—Aviendha, ven aquí.

La Doncella había permanecido apartada a un lado, en cuclillas y con los brazos alrededor de las rodillas, mirando fijamente el suelo con aire desconsolado. Se incorporó lentamente. Si Egwene no conociera bien el espíritu valeroso de la Doncella, habría dicho que estaba asustada. Aviendha subió el tramo de cuesta arrastrando los pies; cuando llegó ante las Sabias soltó el saco y los tapices enrollados a sus pies.

—Llegó la hora —dijo Bair, sin apremio, si bien en sus pálidos ojos azules no habían concesión alguna—. Has corrido con las lanzas tanto tiempo como te ha sido posible. Más de lo que deberías.

—Soy una Doncella Lancera. —Aviendha alzó la cabeza, desafiante—. No quiero ser una Sabia. ¡Y no lo seré!

Los semblantes de las Sabias se endurecieron, y a Egwene le recordaron el Círculo de Mujeres del pueblo cuando se enfrentaban a una mujer que se empeñaba en seguir adelante con alguna necedad.

—Se te ha tratado con mayor consideración de la que se me dio a mí en su día —dijo Amys con gran dureza—. También me negué a acudir cuando me llamaron. Mis hermanas de lanza rompieron las mías ante mis propios ojos, me llevaron a presencia de Bair y Coedelin atada de pies y manos, y con la piel por único vestido.

—Y una bonita muñeca bajo tu brazo —añadió secamente Bair—, para recordarte

lo infantil que eras. Según recuerdo, te escapaste nueve veces durante la primera luna.

Amys asintió con gesto sombrío.

—Me hicieron lloriquear como una criatura en cada ocasión, y sólo me escapé cinco veces el segundo mes. Me consideraba tan fuerte y dura como lo puede ser una mujer, pero no era lista; me costó medio año aprender que eras más fuerte y más dura de lo que jamás llegaría a ser yo, Bair. Finalmente aprendí cuál era mi obligación, mi deber para con el pueblo. Como te ocurrirá a ti, Aviendha. Las mujeres como tú y como yo tenemos esa obligación. No eres una niña, así que es hora de que te olvides de las muñecas, y de las lanzas, y te conviertas en la mujer que estás destinada a ser.

De repente Egwene supo por qué había sentido tanta afinidad con Aviendha desde el principio, y el motivo de que Amys y las otras quisieran convertirla en una Sabia. Aviendha podía encauzar. Al igual que ella misma y Elayne y Nynaeve —y Moraine —, era una de las pocas mujeres que no sólo podían aprender a encauzar, sino que el don era innato en ellas, de manera que eran capaces de tocar la Fuente Verdadera en un momento dado, fueran o no conscientes de ello. La expresión de Moraine seguía siendo impasible, sosegada, pero Egwene vio confirmadas sus sospechas en los ojos de la mujer. La Aes Sedai debía de haberse dado cuenta desde que había conocido a la Aiel. La joven advirtió que sentía la misma afinidad con Amys y con Melaine, pero no con Bair o con Seana. Sólo las dos primeras podían encauzar, estaba convencida de ello. También percibió lo mismo en Moraine. Era la primera vez que tenía esa sensación; la Aes Sedai era una mujer muy retraída.

Por lo visto, al menos una de las Sabias supo leer más en el rostro de Moraine.

—Teníais intención de llevárosla a la Torre Blanca —dijo Bair—, para hacerla una de las vuestras. Ella es Aiel, Aes Sedai.

—Puede ser muy poderosa si recibe el entrenamiento adecuado —repuso Moraine —. Tanto como lo será Egwene. En la Torre puede alcanzar esa fuerza.

—También nosotras podemos enseñarle, Aes Sedai. —El timbre de Melaine era suave, pero la firme mirada de sus verdes ojos denotaba desdén—. Y mucho mejor. He hablado con Aes Sedai, y en la Torre mimáis a las mujeres. La Tierra de los Tres Pliegues no es lugar para ser tolerante. Aviendha habrá aprendido lo que es capaz de hacer en el tiempo en que vosotras la tendríais todavía practicando juegos.

Egwene miró a Aviendha con preocupación; la otra mujer tenía la vista gacha, desvanecido todo rastro de desafío. Si consideraban el entrenamiento en la Torre «tolerante»… Había trabajado más duro y recibido más disciplina en el período como novicia que en toda su vida. No pudo menos de sentir una profunda compasión por la Aiel.

Amys extendió las manos, y Aviendha le entregó sus lanzas y su adarga con gesto renuente; se encogió cuando la Sabia las arrojó a un lado y repicaron al caer al suelo. Lentamente, Aviendha se quitó la caja del arco que llevaba a la espalda y la entregó, y

desabrochó el cinturón del que colgaban la aljaba y el cuchillo enfundado. Amys iba cogiendo las armas que le tendía y las desechaba como si fueran basura; en cada ocasión, Aviendha sufría una leve sacudida. Una lágrima solitaria tembló en el rabillo del ojo.

—¿Tenéis que tratarla así? —dijo Egwene, iracunda. Amys y las otras Sabias le asestaron una mirada severa, pero la joven no estaba dispuesta a dejarse intimidar—. Tratáis las cosas que ama como desperdicios.

—Así es como debe verlas —repuso Seana—. Cuando regrese, si es que vuelve, tendrá que quemarlas y esparcir las cenizas al viento. El metal se le entregará a un herrero para que haga objetos corrientes, nada de armas. Ni siquiera un cuchillo de trinchar. Hebillas o pucheros o rompecabezas para niños. Objetos que entregará con sus propias manos cuando estén forjados.

—La Tierra de los Tres Pliegues es rigurosa, Aes Sedai —intervino Bair—. Aquí todo lo débil está condenado a morir.

—El *cadin'sor*, Aviendha. —Amys señaló las armas desechadas—. Tus nuevas ropas te estarán aguardando a tu regreso.

Con gestos mecánicos, Aviendha se fue quitando chaqueta y pantalones, las flexibles botas, todo, y lo dejó en un montón. Se quedó erguida, completamente desnuda, sin mover ni un dedo de los pies aunque Egwene tenía la sensación de que los suyos debían de tener ampollas a pesar de estar calzada. Recordó el momento en que había visto cómo quemaban las ropas con las que había llegado a la Torre Blanca, un modo de cortar los lazos con su vida anterior, pero no había sido así, tan riguroso. Cuando la Aiel hizo intención de añadir al montón el saco y los tapices enrollados, Seana se los cogió.

—Esto podrás recuperarlo si regresas. En caso contrario, le será entregado a tu familia, como recuerdo.

Aviendha asintió en silencio. No parecía asustada. Tal vez reacia, furiosa, incluso hosca, pero no asustada.

—En Rhuidean —explicó Amys—, encontrarás tres anillos colocados así. —Dibujó en el aire tres líneas que se unían en el centro—. Cruza a través de cualquiera de ellos. Verás tu futuro pasar ante ti una y otra vez, con variaciones. No te guiarán totalmente, porque se desvanecerán como ocurre con los relatos oídos mucho tiempo atrás. Sin embargo, recordarás lo suficiente para conocer ciertas cosas que han de ser, por muy despreciables que te resulten, y algunas que no serán, esas esperanzas abrigadas que jamás cristalizarán. Éste es el comienzo para ser llamada Sabia. Algunas mujeres jamás vuelven de los anillos; tal vez fueron incapaces de enfrentarse a su futuro. Otras que sobreviven a los anillos no lo hacen al segundo viaje a Rhuidean, al corazón. No estás renunciando a una vida dura y arriesgada por otra más apacible, sino por una existencia mucho más ardua y peligrosa.

Lo que Amys estaba describiendo era un *ter'angreal*. ¿Qué clase de sitio era Rhuidean? Egwene sintió el apremiante deseo de bajar allí ella misma para descubrirlo. Un deseo absurdo. No había acudido a ese lugar para correr riesgos innecesarios con un *ter'angreal* del que no sabía nada.

Melaine cogió la barbilla de Aviendha e hizo que la joven volviera el rostro hacia ella.

—Posees la fuerza —dijo con reposada convicción—. Una mente firme y un corazón animoso son ahora tus armas, pero debes blandirlas con la misma seguridad con que has manejado una lanza. Recuérdalas, utilízalas, y te ayudarán a superar todos los obstáculos.

Egwene estaba sorprendida. De las cuatro Sabias, la mujer del pelo dorado era la última de la que habría esperado una muestra de compasión. Aviendha asintió y hasta se las compuso para esbozar una sonrisa.

—Llegaré a Rhuidean antes que esos hombres. No saben correr.

Cada una de las Sabias la besó en ambas mejillas mientras musitaban:

—Vuelve a nosotras.

Egwene cogió la mano de Aviendha y se la estrechó; la Aiel respondió con otro fuerte apretón. Después empezó a descender a saltos por la ladera. A ese ritmo, no sería de extrañar que alcanzara a Rand y a Mat. Egwene la siguió con la mirada, muy preocupada; esto era como la prueba para ser ascendida a la categoría de Aceptada, pero sin el entrenamiento previo como novicia, sin que hubiera nadie para consolarte después. ¿Qué le habría pasado a ella si la hubieran ascendido a Aceptada su primer día de estancia en la Torre? Sospechó que se habría vuelto loca. Nynaeve pasó de inmediato a la condición de Aceptada a causa de su fuerza, y Egwene estaba convencida de que parte de su rencor a las Aes Sedai tenía origen en su experiencia de entonces. «Vuelve a nosotras —pensó—. Ten firmeza.»

Cuando Aviendha se perdió de vista, la joven suspiró y se volvió hacia las Sabias. Tenía un propósito propio para estar aquí, y retrasar el momento no tenía sentido.

—Amys, en el *Tel'aran'rhiod* me dijisteis que debía venir para aprender. Aquí estoy.

—Prisa —dijo la mujer de pelo blanco—. Hemos actuado con prisa porque Aviendha se ha resistido demasiado tiempo contra su *toh*, porque temíamos que los Shaido se taparan con el velo, incluso aquí, si no enviábamos a Rand al'Thor a Rhuidean antes de que tuvieran tiempo de reflexionar.

—¿Pensáis que habrían intentado matarlo? —inquirió Egwene—. Pero si es él por quien enviasteis gente a través de la Pared del Dragón para encontrarlo. El que Viene con el Alba.

—Tal vez lo sea. —Bair se ajustó el chal—. Ya veremos. Si sobrevive.

—Tiene los ojos de su madre —apuntó Amys—, y muchos de sus rasgos, como

asimismo algo de su padre. Pero Couladin sólo veía sus ropas y su caballo, al igual que los otros Shaido. Y es posible que también los Taardad. Los forasteros tienen prohibido pisar este suelo, y ahora sois cinco. No, cuatro; Rand al'Thor no es forastero, da igual donde se haya criado. Pero ya habíamos dado permiso a uno para entrar en Rhuidean, lo que también está prohibido. Los cambios llegan como una avalancha, lo queramos o no.

—Tienen que venir —dijo Bair, aunque no parecía complacida—. El Entramado nos coloca donde dispone.

—¿Conocíais a los padres de Rand? —preguntó Egwene, recelosa. Dijeran lo que dijeran, ella seguía considerando a Tam y a Kari al'Thor los padres de Rand.

—Es una historia que le pertenece a él —respondió Amys—, si desea escucharla. —A juzgar por el gesto firme de su boca no pensaba decir una palabra más al respecto.

—Ven —dijo Bair—. Ahora no es menester actuar con premura. Venid, Aes Sedai. Os ofrecemos agua y sombra.

A Egwene casi se le doblaron las rodillas ante la mención de la sombra. El pañuelo ceñido a la frente estaba ya casi seco; tenía la cabeza ardiendo, y el resto de su cuerpo, poco menos. Aparentemente, Moraine agradeció tanto como ella seguir a las Sabias hasta el pequeño grupo de tiendas bajas y abiertas por los costados.

Un hombre alto, vestido con túnica y capucha blancas y calzado con sandalias, se encargó de coger las riendas de sus monturas. Su rostro de rasgos Aiel resultaba chocante bajo el profundo y claro embozo; mantenía los ojos agachados.

—Da agua a los animales —ordenó Bair antes de agacharse para entrar en la tienda baja, sin laterales, y el hombre se inclinó ante ella y se llevó una mano a la frente.

Egwene vaciló respecto a permitir que el hombre se llevara a *Niebla*, parecía estar seguro de lo que hacía, pero ¿qué podía saber un Aiel sobre caballos? Aun así, no creía que les hiciera daño, y dentro de la tienda había una tentadora penumbra. No sólo había sombra, sino que se estaba agradablemente fresco comparado con el exterior.

El techo de la tienda se levantaba en pico alrededor de un poste central, pero incluso en esa zona apenas si había espacio para estar de pie. Como para compensar los tonos pardos de las ropas que vestían los Aiel, grandes cojines rojos, con borlones dorados, yacían esparcidos sobre las alfombras de llamativos colores y lo bastante gruesas para aislar la dureza del suelo. Egwene y Moraine imitaron a las Sabias y se sentaron en el suelo, reclinadas en un codo sobre un cojín. Se habían puesto en círculo, lo bastante cerca entre sí para tocar a la mujer que tenían al lado.

Bair hizo sonar un pequeño gong de bronce, y dos muchachas entraron, inclinándose grácilmente, con bandejas de plata en las manos; también vestían

túnicas blancas con la amplia capucha echada, y mantenían la vista agachada. Se arrodillaron en el centro de la tienda, y una llenó una pequeña copa de plata con vino para cada mujer reclinada en los cojines, mientras que la otra sirvió grandes copas de agua. Sin pronunciar palabra, se retiraron haciendo reverencias, dejando las brillantes bandejas y las jarras, que tenían la superficie llena de gotitas de humedad condensada.

—Aquí hay agua y sombra —dijo Bair al tiempo que levantaba la copa de agua —, ofrecidas libremente. Que no exista cohibición ni reserva entre nosotras. Sed bienvenidas, os acogemos como a hermanas primeras.

—Que no exista cohibición ni reserva —murmuraron Amys y las otras dos. Tras tomar un sorbo de agua, las Aiel se presentaron formalmente. Bair, del septiar Haido, de los Shaarad Aiel. Amys, del septiar Nueve Valles, de los Taardad Aiel. Melaine, del septiar Jhirad, de los Goshien Aiel. Seana, del septiar Riscos Negros, de los Nakai Aiel.

Egwene y Moraine siguieron el ritual, aunque Moraine apretó los labios cuando la joven se anunció como Aes Sedai del Ajah Verde.

Como si compartir el agua y los nombres hubiera echado abajo una barrera, el ambiente en la tienda cambió de manera palpable. Sonrisas de las Aiel, una sutil distensión, y las formalidades se dejaron de lado.

Egwene agradeció más el agua que el vino. Dentro de la tienda se estaba más fresco que fuera, pero todavía el mero hecho de respirar le dejaba seca la garganta. Amys hizo un gesto, y la muchacha se sirvió una segunda copa.

Le había sorprendido la gente de blanco; era absurdo, pero la hizo comprender que se había formado la idea de que las Sabias Aiel eran igual que Rhuarc y Aviendha, guerreros. Naturalmente tenían herreros y tejedores y otros artesanos; no podía ser de otro modo, así que ¿por qué no sirvientes? Sólo que Aviendha se había mostrado desdeñosa con los criados de la Ciudadela, sin permitir que hicieran nada por ella que pudiera evitar. Estas personas, con una actitud humilde, no actuaban como Aiel en absoluto. No recordaba haber visto a nadie de blanco en los dos campamentos grandes.

—¿Sólo las Sabias tienen sirvientes? —quiso saber.

Melaine se atragantó con el vino.

—¿Sirvientes? —jadeó—. Son *gai'shain*, no sirvientes. —Lo dijo como si aquello lo explicara todo.

—¿*Gai'shain*? —Moraine frunció el entrecejo por encima de su copa de vino—. ¿Qué traducción tiene? ¿«Aquellos que están comprometidos con la paz en la batalla»?

—Son gai'shain, simplemente —dijo Amys. Entonces pareció darse cuenta de que no entendían—. Disculpadme, pero ¿no conocéis la expresión *ji'e'toh*?

—Honor y obligación —respondió al punto Moraine—. O tal vez honor y deber.

—Esas son las palabras, sí. Pero me refiero al significado. Vivimos de acuerdo con el *ji'e'toh*, Aes Sedai.

—No intentes explicarles todo, Amys —advirtió Bair—. Una vez pasé un mes tratando de explicar el *ji'e'toh* a una mujer de las tierras húmedas, y al final tenía más preguntas y dudas que al principio.

—Sí, me ceñiré a lo básico, si es que deseáis que lo explique, Moraine.

Egwene habría querido empezar a hablar del Sueño y del aprendizaje, pero, para su irritación, la Aes Sedai dijo:

—Sí, por favor.

—Seguiré la línea de gai'shain simplemente —empezó Amys—. En la danza de las lanzas, el mayor ji, u honor, se obtiene tocando a un enemigo armado sin matarlo ni causarle ningún daño.

—Es el mayor honor por la dificultad que entraña —aclaró Seana, estrechando los ojos—, y, por ende, muy rara vez llevado a cabo.

—El menor honor se obtiene con una muerte —continuó Amys—. Un niño o un necio pueden matar. El término medio es tomar un prisionero. Lo he resumido, claro. Hay muchos grados intermedios. Los gai'shain son cautivos tomados de ese modo, aunque un guerrero que ha sido tocado a veces puede exigir que se lo tome gai'shain para reducir el honor de su enemigo y su propio baldón.

—Esto lo hacen principalmente las Doncellas Lanceras y los Soldados de Piedra —intervino Seana, que se ganó una mirada cortante de Amys.

—¿Lo estoy explicando yo o tú? Prosigamos. Hay quienes no pueden ser tomados gai'shain, por supuesto: una Sabia, un herrero, un niño, una mujer embarazada o una que tenga un hijo menor de diez años. Un gai'shain procura honor a su apresador. Para el gai'shain significa servir durante un año y un día, humildemente, sin tocar un arma, sin llevar a cabo actos de violencia.

A su pesar, Egwene se sentía interesada.

—¿Y no intentan escapar? —preguntó—. Yo lo haría. —«¡No permitiré que nadie vuelva a hacerme prisionera jamás!»

Las Sabias parecían conmocionadas.

—Ha ocurrido —admitió Seana, tirante—, pero no hay honor en ello. Un gai'shain que huye será enviado de vuelta de su septiar para que empiece de nuevo el año y un día. La pérdida de honor es tan grande que un primer hermano o una primera hermana pueden sustituirlo como gai'shain para cumplir el *toh* del septiar. Incluso más de uno, si creen que la pérdida de ji es considerable.

Moraine parecía asimilarlo todo con calma, dando sorbos de agua, pero Egwene tuvo que hacer un esfuerzo para no sacudir la cabeza. Los Aiel estaban chiflados; ésa era la explicación. Pero no acabó ahí la cosa.

—Ahora algunos gai'shain convierten en arrogancia la humildad —comentó Melaine con aire desaprobador—. Creen que así obtienen honor, llevando la obediencia y la mansedumbre hasta la mofa. Es algo nuevo y absurdo. No tiene nada que ver con el *ji'e'toh*.

Bair se echó a reír, un sorprendente sonido cantarín comparado con su aflautada voz.

—Siempre ha habido necios. Cuando era una muchacha y los Shaarad y los Tomanelle se robaban ganado y cabras todas las noches, Chenda, la señora del techo de Tajo Mainde, fue derribada de un empellón por un joven Buscador de Agua del Haido durante un ataque. Vino a Valle Corvo y exigió al muchacho que la hiciera gai'shain; no permitiría que obtuviera el honor de haberla tocado porque «llevaba en la mano un cuchillo de trinchar cuando lo hizo». ¡Un cuchillo de trinchar! Afirmaba que era un arma, como si ella fuera una Doncella. El chico no tuvo más remedio que acceder a sus exigencias y hubo muchas risas a su costa. Uno no puede enviar de vuelta a su septiar a una señora del techo descalza. Antes de que se cumpliera el año y el día, el septiar Haido y el septiar Jenda intercambiaron lanzas, y el chico se encontró casado poco después con la hija mayor de Chenda. Y con su madre conyugal siendo aún su gai'shain. Trató de dársela a su esposa como parte del regalo de desposorios, y las dos mujeres clamaron que estaba intentando denigrar su honor. Poco faltó para que tuviera que tomar a su propia esposa como gai'shain. Y el problema a punto estuvo de acabar en un enfrentamiento entre Haido y Jenda otra vez antes de que se hubiera cumplido con el *toh*. —La Aiel se reía con tantas ganas que casi rodó por el suelo, y Amys y Melaine hasta lloraban de tanto reír.

Egwene no entendía bien la historia —y lo poco que comprendió no le parecía divertido en absoluto— pero se las ingenió para soltar una risita de compromiso.

Moraine soltó la copa de agua para coger la pequeña del vino.

—He oído a los hombres hablando de combates con los Aiel, pero nunca escuché nada respecto a este tema. No imaginaba a un Aiel rendirse porque lo han tocado.

—No es una rendición —dijo amablemente Amys—. Es el *ji'e'toh*.

—A nadie se le ocurriría pedir a un habitante de las tierras húmedas que lo hiciera su gai'shain —añadió Melaine—. Los extranjeros no conocen el *ji'e'toh*.

Las Aiel intercambiaron una mirada. Saltaba a la vista que se sentían incómodas, y Egwene se preguntó por qué. Oh, claro. Para los Aiel, desconocer el *ji'e'toh* debía de ser como no tener modales o carecer del sentido del honor.

—Entre nosotros hay una gran mayoría de hombres y mujeres con pundonor —dijo—. Distinguimos lo que es honroso y lo que no.

—Por supuesto que sí —murmuró Bair en un tono que ponía de manifiesto que no tenía nada que ver lo uno con lo otro.

—Me enviasteis una carta a Tear —dijo Moraine—, antes incluso de que hubiera

llegado allí. En ella decíais muchas cosas, algunas de las cuales han resultado ser ciertas, incluido el que me reuniría… que tenía que reunirme con vosotras aquí, hoy. Era casi una orden que me instaba a acudir a este sitio. Sin embargo, hace un rato dijisteis «si» venía. De todo lo que escribisteis, ¿qué sabíais con total seguridad?

Amys suspiró y dejó a un lado su copa de vino, pero fue Bair la que habló:

—Mucho es incierto, hasta para una caminante de sueños. Amys y Melaine son las mejores de nosotras, y ni siquiera ellas ven todo lo que es o todo lo que puede ser.

—El presente es mucho más claro que el futuro incluso en el *Tel'aran'rhiod* —dijo la Sabia de cabello dorado—. Lo que está ocurriendo o empieza a ocurrir resulta más fácil de ver que lo que ocurrirá o podría ocurrir. No vimos a Egwene ni a Mat Cauthon, y había la misma posibilidad de que un joven llamado Rand al'Thor viniera como que no. Si no venía, era seguro que moriría, y asimismo los Aiel. Sin embargo, ha venido y, si sobrevive a Rhuidean, al menos algunos Aiel también sobrevivirán. Eso lo sabemos. Si no hubieseis venido, él habría muerto. Si el *Aan'allein* no hubiese venido, vos habríais muerto. Y si no pasáis a través de los anillos… —Enmudeció de repente, como si se hubiera mordido la lengua.

Egwene se inclinó hacia adelante, anhelante. ¿Tenía que entrar Moraine en Rhuidean? Sin embargo, la Aes Sedai parecía no haberse dado cuenta, y Seana se apresuró a tomar la palabra con el propósito de ocultar el desliz de Melaine.

—No existe una trayectoria establecida para el futuro. El Entramado hace que el más fino hilado de encaje parezca un burdo tejido de arpillera o una cuerda enredada. En el *Tel'aran'rhiod* es posible ver diversos modos en que el futuro se puede tejer. Nada más.

Moraine tomó un sorbo de vino.

—La Antigua Lengua es complicada de traducir en ocasiones. —Egwene la miró fijamente. ¿La Antigua Lengua? ¿Y qué pasaba con los anillos, el *ter'angreal*? Pero la Aes Sedai continuó alegremente—. *Tel'aran'rhiod* significa el Mundo de los Sueños, o tal vez el Mundo Invisible. Ninguna de las dos cosas refleja fielmente el significado; es más complejo que eso. *Aan'allein*, se traduce por «Un Hombre», pero también como «El Hombre que es Todo un Pueblo», y hay otras dos o tres formas de traducirlo. Existen palabras que hemos adoptado en el lenguaje diario y nunca pensamos en su significado en la Antigua Lengua. A los Guardianes se los llama Gaidin, que quiere decir «Hermano para Batallas». Aes Sedai significa «Servidora de Todos», y Aiel, «Dedicados» en la Antigua Lengua. —Los semblantes de las Sabias parecían haberse tornado de piedra, pero Moraine continuó—. Y Jenn Aiel, los «Verdaderos dedicados», pero se queda corto. Tal vez es más aproximado los «Únicos Verdaderamente Dedicados». ¿O los únicos Aiel verdaderos? —Las miró con expresión interrogante, como si no advirtiera que la apariencia pétrea de los rostros ahora afectaba también a los ojos de las Sabias. Ninguna de ellas habló.

¿Qué intentaba Moraine? Egwene no estaba dispuesta a que la Aes Sedai echara a perder la oportunidad que tenía de aprender lo que las Sabias pudieran enseñarle.

—Amys, ¿podemos hablar del Sueño ahora?

—Esta noche habrá tiempo de sobra —respondió la mujer.

—Pero…

—Esta noche, Egwene. Serás una Aes Sedai, pero debes convertirte de nuevo en una alumna. Todavía ni siquiera eres capaz de soñar cuando quieres, o de sumirte en un sueño lo bastante ligero para contar lo que ves antes de despertar. Cuando el sol empiece a ponerse, iniciaremos el aprendizaje.

La joven agachó la cabeza y escudriñó por debajo del borde del techo de la tienda. Desde la penumbra del interior, fuera la luz rutilaba cegadoramente a través del rielante calor del aire; el sol apenas se encontraba a mitad de camino de las cumbres de las montañas.

De improviso Moraine se puso de rodillas, echó las manos hacia atrás y empezó a desabrocharse el vestido.

—Supongo que tendré que ir sin ropa, como Aviendha. —Era una afirmación, no una pregunta.

Bair lanzó una dura mirada a Melaine, que sólo la sostuvo un instante antes de bajar los ojos.

—No habría que habéroslo dicho —comentó Seana, resignada—. Pero ya no tiene remedio. Los cambios. Uno que no es de la sangre ha ido a Rhuidean, y ahora, otro más.

—¿Cambia las cosas el que se me haya dicho? —Moraine interrumpió lo que estaba haciendo.

—Tal vez mucho —repuso, renuente, Bair—, o tal vez nada. A menudo guiamos al interesado, pero no lo decimos abiertamente. Cuando os vimos en los anillos, todas las veces erais vos quien hablaba de entrar, quien exigía el derecho a hacerlo aunque no tenéis ninguno por la sangre. Ahora, una de nosotras lo ha mencionado en primer lugar, lo que significa que ya hay diferencias con lo que vimos. ¿Quién sabe qué otros efectos tendrá?

—¿Y qué visteis si no iba?

El rostro arrugado de Bair estaba impasible, pero en sus pálidos ojos azules asomaba un atisbo de compasión.

—Ya hemos dicho demasiado, Moraine. Lo que ve una caminante de sueños es lo que pasará probablemente, no indefectiblemente. Quienes saben demasiado del futuro y actúan en consecuencia, están abocados a topar con el desastre, ya sea por autocomplacencia hacia lo que creen que ha de devenir o por sus esfuerzos en cambiarlo.

—Por fortuna los anillos borran los recuerdos —dijo Amys—. Una mujer conoce

ciertas cosas, muy pocas, que ocurrirán; otras no las reconocerá hasta que llegue el momento de tomar la decisión, o tal vez ni siquiera entonces. La vida es incertidumbre y lucha, elección y cambio; si una supiera cómo está tejida su existencia en el Entramado tan bien como sabe la manera en que un hilo está tejido en una alfombra, llevaría la vida de un animal. Eso si no se volvía loca. La especie humana está hecha de incertidumbre, lucha, elección y cambio.

Moraine escuchó sin dar muestras de impaciencia, aunque Egwene sospechaba que la sentía; la Aes Sedai estaba acostumbrada a impartir lecciones, no a recibirlas. Guardó silencio mientras la joven la ayudaba a quitarse el vestido, y no pronunció una palabra hasta que, ya desnuda, se agachó al borde de las alfombras y escudriñó la ladera de la montaña, hacia la ciudad envuelta en niebla del valle.

—No permitáis que Lan me siga —dijo entonces—. Lo intentará, si me ve partir.

—Será lo que tenga que ser —repuso Bair. Su fina voz tenía un timbre frío y definitivo.

Al cabo de un momento, Moraine asintió a regañadientes y salió de la tienda a la abrasadora luz del sol. Echó a correr de inmediato, descalza, ladera abajo.

Egwene se encogió. Rand y Mat, Aviendha, y ahora Moraine, todos dirigiéndose a Rhuidean.

—¿Conse…? ¿Sobrevivirá? Si habéis soñado sobre esto, debéis de saberlo.

—Existen lugares en los que no se puede entrar cuando se está en el *Tel'aran'rhiod* —dijo Seana—. Rhuidean, los *steddings* Ogier, y unos pocos más. Lo que ocurre en ellos está oculto a los ojos de una caminante de sueños.

Había eludido responder, porque podrían haberla visto salir de Rhuidean, pero era evidente que no pensaban decirle nada más.

—Está bien. ¿He de ir yo también? —No le gustaba la idea de vivir la experiencia de los anillos; sería como volver a pasar la prueba para ascender a Aceptada. Sin embargo, si todos los demás iban allí…

—No seas absurda —la reprendió enérgicamente Amys.

—No vimos nada de este asunto para ti —añadió Bair en un tono más afable—. De hecho, no te vimos.

—Y de todos modos no te respondería que sí si lo pidieras —continuó Amys—. Necesitas nuestro permiso, y yo me negaría. Estás aquí para aprender a caminar por los sueños.

—En ese caso —dijo Egwene, recostándose en el cojín—, enseñadme. Algo habrá para que empecéis antes de que sea de noche.

Melaine la miró ceñuda, pero Bair soltó una risita cascada.

—Es tan ávida e impaciente como lo eras tú cuando por fin decidiste aprender, Amys.

La Sabia de pelo blanco asintió.

—Confío en que conserve la avidez y pierda la impaciencia por su propio bien. Atiéndeme, Egwene. Aunque no será fácil, tienes que olvidar que eres Aes Sedai si quieres aprender. Recuerda que debes escuchar y hacer lo que se te diga. Por encima de todo, no has de volver a entrar en el *Tel'aran'rhiod* hasta que una de nosotras diga que puedes. ¿Lo aceptas?

Respecto a olvidar ser una Aes Sedai no le resultaría difícil puesto que no lo era. En cuanto al resto, sonaba tan ominoso como convertirse en novicia otra vez.

—Lo acepto —contestó, esperando que su voz no denotara duda.

—Bien —dijo Bair—. Ahora te hablaré de caminar en sueños y del *Tel'aran'rhiod* en líneas generales. Cuando haya terminado, habrás de repetir cuanto te he dicho. Si te saltas algún punto, fregarás las ollas esta noche en lugar de la gai'shan. Si tu memoria es tan limitada que eres incapaz de repetir lo que digo después de oírlo por segunda vez… En fin, discutiremos eso si llega el caso. Atiende.

»Casi todo el mundo puede tocar el *Tel'aran'rhiod* pero muy pocos tienen capacidad para entrar realmente en él. De todas las Sabias, sólo nosotras cuatro caminamos en los sueños, y en vuestra Torre no ha habido una caminante de sueños desde hace casi quinientos años. No tiene que ver con el Poder Único, aunque las Aes Sedai piensen que sí. Yo no puedo encauzar, como tampoco Seana, y, sin embargo, sí caminamos en sueños tan bien como Amys o Melaine. Mucha gente roza el Mundo de los Sueños mientras duerme. Como sólo lo rozan, se despiertan con dolores o molestias en lugar de tener huesos rotos o heridas mortales. Una caminante de sueños entra completamente en el sueño, de modo que las heridas sufridas son reales al despertar. Para cualquiera que está completamente dentro del sueño, sea o no caminante de sueños, la muerte allí significa la muerte aquí. No obstante, entrar demasiado en el sueño es perder contacto con la carne; no hay vuelta, y el cuerpo muere. Se dice que hubo un tiempo en que había quienes eran capaces de entrar con su cuerpo en el sueño, y desaparecer para siempre de este mundo, completamente. Era algo maligno, porque actuaban con maldad; nunca debe intentarse, aunque creas que podrías realizarlo, porque cada vez que lo hagas perderás parte de lo que hace de ti un ser humano. Tienes que aprender a entrar en el *Tel'aran'rhiod* cuando quieras, en el grado que quieras. Has de aprender a encontrar lo que te hace falta encontrar e interpretar lo que ves; a entrar en el sueño de otra persona que está cerca a fin de ayudar a su curación; a reconocer a quienes están en el sueño de manera lo bastante completa para poder hacer daño; a…

Egwene escuchó atentamente, y lo hizo porque estaba fascinada, porque le estaban descubriendo cosas que ni siquiera se le habían pasado por la cabeza, pero, por encima de todo, porque no estaba dispuesta a acabar restregando ollas esa noche. Le parecía injusto. Fuera lo que fuera a lo que Rand, Mat y los demás tuvieran que enfrentarse en Rhuidean, nadie los iba a mandar a fregar ollas. «¡Y yo lo he

aceptado!» No era justo. Claro que no creía que los otros fueran a sacar más de Rhuidean de lo que sacaría ella de estas mujeres.

24



Rhuidean

El pequeño guijarro que Mat llevaba en la boca hacía rato que no le provocaba salivación. Lo escupió y se puso en cuclillas al lado de Rand, con la mirada fija en el muro gris de niebla que se alzaba unos treinta pasos más adelante. Niebla. Esperaba que al menos hiciera menos calor allí dentro; tampoco sería de desdeñar un poco de agua, ya que tenía los labios agrietados. Se quitó el pañuelo atado a la cabeza y se limpió la cara, pero en realidad no había mucho sudor que enjugar con la tela; debía de estar deshidratado, ya que apenas transpiraba. Tampoco estaría mal un sitio en el que sentarse. Tenía la impresión de que sus pies eran salchichas cocidas dentro de las botas; en realidad, estaba cocido por completo. La niebla se extendía a derecha e izquierda casi dos kilómetros, y se elevaba sobre sus cabezas como un imponente acantilado; un acantilado de espesa niebla en medio de un valle árido y abrasado. Tenía que haber agua allí dentro.

«¿Y por qué no se evapora? —No le gustaba la idea. Hacer el tonto con el Poder lo había traído aquí, y por lo visto tenía que volver a tontear con él—. Luz, quiero librarme del Poder y de las Aes Sedai. ¡Diablos, cómo lo ansío!» Cualquier cosa serviría para no pensar que tenía que entrar en esa niebla sin remedio.

—La mujer que vi corriendo era esa Aiel amiga de Egwene —dijo con una voz que semejaba un graznido. ¡Corriendo con este calor! Sólo de pensarlo los pies le dolían más—. Aviendha, o como quiera que se llame.

—Si tú lo dices —contestó Rand, sin dejar de estudiar la niebla. También su voz sonaba como si tuviera la boca llena de polvo; tenía el rostro quemado por el sol, y se balanceaba, inestable, a pesar de estar en cuclillas—. ¿Pero por qué iba a estar aquí, y desnuda?

Mat lo dejó estar. Rand no había visto a la mujer, ya que no había apartado la vista de la agitada niebla desde que empezaron a bajar la ladera, y no creía que Mat la hubiera visto realmente, corriendo como una posesa y manteniendo las distancias con ellos, dirigiéndose hacia esta niebla extraña. Parecía que Rand tenía tan pocas ganas como él de meterse en ella; Mat se preguntó si su aspecto era tan lamentable como el de su amigo. Se tocó la mejilla e hizo un gesto de dolor. Sí, debía de tener la misma

pinta.

—¿Vamos a pasarnos aquí fuera toda la noche? Este valle es bastante profundo, y oscurecerá dentro de un par de horas. Puede que entonces refresque, pero no me gustaría toparme con lo que quiera que merodee por aquí al caer la noche. A lo mejor, leones; he oído que los hay en el Yermo.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante, Mat? Ya oíste lo que dijeron las Sabias. Se corre el riesgo de morir ahí dentro o de volverse loco. No te costaría mucho regresar hasta las tiendas, y en las alforjas de *Puntos* dejaste cantimploras y un odre de agua.

Ojalá Rand no se lo hubiera recordado; más valía no pensar en agua.

—Diantre, pues claro que no quiero hacerlo, pero no me queda otro remedio. ¿Y tú, qué? ¿No te parece bastante ser el jodido Dragón Renacido que también tienes que ser un maldito jefe de clan Aiel? ¿Por qué has venido aquí?

—Tenía que hacerlo, Mat. No me quedaba otra salida. —Había un dejo de resignación en su voz, pero se advertía algo más: un atisbo de impaciencia. Realmente estaba loco; *deseaba* hacer esto.

—Rand, tal vez es la respuesta que le dan a todo el mundo. Me refiero a esa gente con aspecto de serpiente: ir a Rhuidean. Quizá ni siquiera tendríamos que estar aquí. —No lo creía, pero con esa niebla delante, como acechándolos…

Rand volvió la cabeza hacia él, sin decir palabra.

—En ningún momento mencionaron Rhuidean cuando hablaron conmigo, Mat —dijo al cabo.

—Oh, maldita sea —rezongó. De un modo u otro, tenía intención de encontrar la forma de entrar a través de aquel torcido marco de Tear. Con gesto ausente, sacó del bolsillo la moneda de oro de Tar Valon y empezó a girarla sobre el revés de los dedos. Esos tipos con aspecto de serpiente iban a darle unas cuantas respuestas más quisieran o no. Fuera como fuera.

Sin decir nada más, Rand se puso de pie y echó a andar hacia la niebla con pasos vacilantes, los ojos fijos al frente. Mat se apresuró a ir en pos de él.

«Maldición. Maldición. No quiero hacer esto.»

Rand se zambulló en la espesa bruma, pero Mat vaciló un momento antes de seguirlo. Después de todo, tenía que ser el Poder lo que mantenía intacta la niebla, con los bordes bullendo y agitándose pero sin avanzar ni retroceder un centímetro. El condenado Poder, y no había otra condenada opción. Aquel primer paso fue un bendito alivio, un sumergirse en el refrescante vapor; abrió la boca para que la niebla le humedeciera la lengua. Tres pasos más, y empezó a preocuparse. Ante él sólo había un gris indistinto, sin formas; ni siquiera distinguía la borrosa sombra de su amigo.

—¡Rand! —El resultado habría sido igual si no hubiera abierto la boca; el espeso

vapor pareció tragarse el sonido antes de que llegara a sus oídos. Ni siquiera estaba seguro de la dirección que llevaba, y él tenía siempre un gran sentido de la orientación. Delante podría haber cualquier cosa; o bajo sus pies, ya que no se los veía, pues la niebla lo envolvía completamente de cintura para abajo. A pesar de ello, apresuró el paso y, de repente, salió junto a Rand a una peculiar luz sin sombras.

La niebla formaba una inmensa cúpula que ocultaba el cielo, y la agitada cara interior emitía un pálido fulgor azulado. Rhuidean no era ni mucho menos tan extensa como Tear o Caemlyn, pero las calles vacías eran las más amplias que había visto en su vida, con anchas franjas de tierra en el centro, como si en algún momento hubieran crecido árboles en ellas, y había grandes fuentes con estatuas. Las calles estaban flanqueadas por inmensos edificios, extraños palacios de costados planos hechos de mármol y cristal tallado que se elevaban decenas y decenas de metros en paredes escalonadas o perpendiculares. No se veía ninguna construcción pequeña, nada que pudiera ser una simple taberna o una posada o un establo. Sólo palacios inmensos con relucientes columnas de quince metros de grosor y más de setenta de altura en color rojo o blanco o azul, e inmensas torres espirales y ahusadas, algunas de las cuales se perdían en las brillantes nubes allá arriba.

A pesar de su grandiosidad, la ciudad no había llegado a terminarse. Muchas de las gigantescas estructuras acababan en la línea irregular de una construcción abandonada. En ciertas ventanas enormes los cristales de colores representaban imágenes: hombres y mujeres mayestáticos de nueve metros de altura o más; amaneceres y cielos nocturnos estrellados. Otras eran huecos vacíos. Una obra sin concluir y abandonada mucho tiempo atrás. El agua no corría en las fuentes. El silencio envolvía la ciudad por completo, como la cúpula de niebla. La atmósfera era más fresca que fuera, pero igual de seca, y bajo los pies rechinaba la arenilla en las pálidas y suaves losas del pavimento.

De todos modos, Mat corrió hacia la fuente más próxima, por si acaso, y se inclinó sobre el blanco borde que le llegaba a la cintura. Tres mujeres desnudas, el doble de altas que él y que sostenían sobre la cabeza un extraño pez con la boca abierta, se asomaban al amplio y polvoriento pilón, que estaba tan seco como la boca de Mat.

—Por supuesto —dijo Rand a su espalda—. Debí pensar en ello antes.

Mat miró hacia atrás.

—¿Pensar en qué? —Su amigo contemplaba fijamente la fuente y una risa silenciosa le sacudía los hombros—. Contrólate, Rand. No te has vuelto loco durante el último minuto. ¿Qué es lo que deberías haber pensado?

El sonido hueco de un gorgoteo atrajo de nuevo la mirada de Mat hacia la fuente. De manera repentina, un chorro de agua tan grueso como su pierna brotó de la boca abierta del pez, y Mat se metió precipitadamente en el pilón y corrió a ponerse debajo

del surtidor con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Agua dulce y fría, tan fría que lo hizo estremecerse y más dulce que el vino. Le empapó el cabello, la chaqueta, los pantalones. Bebió hasta tener la impresión de estar a punto de ahogarse, y por fin se apartó con pasos inestables y se apoyó, jadeante, contra la pétrea pierna de una de las mujeres.

Rand seguía plantado ante la fuente, con el rostro enrojecido y los labios agrietados, riendo quedamente.

—Nada de agua, Mat. Dijeron que no podíamos traer agua, pero no mencionaron nada sobre la que ya había aquí.

—Rand, ¿es que no piensas beber?

Su amigo salió de su abstracción con un sobresalto; después se metió en el pilón, ahora lleno hasta la altura del tobillo, y chapoteó hasta ponerse donde había estado Mat; bebió como él, con los ojos cerrados y el rostro alzado para que el agua le cayera encima.

Mat lo observó preocupado. No estaba loco exactamente; todavía no. Pero ¿cuánto tiempo más se habría quedado quieto, riendo, mientras la sed le abrasaba la garganta si él no lo hubiera llamado? Lo dejó allí y salió de la fuente. Parte del agua que empapaba sus ropas había escurrido dentro de sus botas. Hizo caso omiso del ruido que hacía con cada paso; dudaba que pudiera ponerse las botas de nuevo si se las quitaba. Además, era una sensación agradable.

Examinó con los ojos entornados la ciudad mientras se preguntaba qué demonios hacía allí. Esa gente rara le había dicho que moriría si no iba, pero ¿sería suficiente el rato que llevaba en Rhuidean? «¿Tendré que hacer algo? ¿Qué?»

La pálida luz azulada no dejaba resquicio a las sombras en las calles desiertas y los palacios a medio terminar. Empezó a sentir una extraña comezón entre los omóplatos. Todas esas ventanas vacías mirándolo; todas aquellas líneas irregulares, como sierras medio desdentadas, de albañilería abandonada. Era el escondite perfecto para cualquier cosa, y en un sitio como éste, podría haber… «Cualquier tipo de criatura.» Ojalá tuviera las dagas que guardaba en las botas, al menos, pero aquellas mujeres, esas Sabias, lo habían mirado fijamente, como si supieran que las llevaba escondidas. Y habían encauzado, ya fuera una sola o todas. No era aconsejable dar un paso en falso con mujeres capaces de encauzar si uno podía evitarlo. «Maldita sea, si pudiera librarme de las Aes Sedai me daría por satisfecho y no pediría más. Bueno, por lo menos, durante bastante tiempo. Luz, me pregunto qué habrá escondido aquí.»

—El centro debe de estar en esa dirección, Mat. —Rand salía del pilón, chorreando agua.

—¿El centro?

—Las Sabias dijeron que tenía que llegar al corazón, así que debían de referirse al centro de la ciudad. —Rand se volvió a mirar a la fuente y, de pronto, el chorro

disminuyó y finalmente dejó de manar agua—. Hay un océano de agua dulce aquí debajo, a gran profundidad. Tan profundo que estuve a punto de no encontrarlo. Si pudiera hacerlo subir… Pero no hay tiempo que perder. Echaremos otro buen trago cuando nos marchemos.

Mat se apoyó en uno y otro pie con nerviosismo. «¡Necio! ¿De dónde cree que vino esa agua? Porque encauzó, naturalmente. ¿Acaso cree que ha vuelto a fluir después de sabe la Luz cuánto tiempo?»

—El centro de la ciudad, por supuesto. Ve delante.

Caminaron por en medio de la calle, por el borde de la franja de tierra; dejaron atrás más fuentes, algunas de las cuales sólo tenían el pilón de piedra y la base de mármol donde deberían haber estado las estatuas. No había nada roto en la ciudad, sólo… inacabado. Los palacios se elevaban a ambos lados cual paredes de acantilados. Tenía que haber cosas dentro, tal vez muebles, si no se habían podrido. Tal vez oro. O cuchillos. Los cuchillos no se habrían oxidado en un ambiente tan seco por mucho tiempo que llevaran allí.

«Y también podría haber un condenado Myrddraal. Luz, ¿por qué he tenido que pensar eso?» Ojalá se hubiera acordado de llevar consigo la barra cuando había dejado la Ciudadela. Tal vez habría convencido a las Sabias que era un cayado. Pensarlo ahora era inútil; se arreglaría con un árbol, si tuviera con qué cortar una buena rama y limpiarla. Otra vez «si». Se preguntó si quienquiera que hubiera construido esta ciudad habría conseguido hacer crecer árboles; había trabajado en la granja de su padre el tiempo suficiente para reconocer una tierra fértil cuando la veía, y las largas franjas que corrían por el centro de la calle eran de tierra mala, inapropiada para que creciera en ella algo más que malas hierbas, y tampoco muchas. Ni una brizna, en este momento.

Después de recorrer más de un kilómetro y medio, la calle terminó inopinadamente en una inmensa plaza rodeada de más palacios de mármol y cristal. Sorprendentemente, había un árbol en la gigantesca explanada; debía de medir unos treinta metros de altura, y extendía las gruesas y frondosas ramas sobre una vasta área cubierta por polvorientas losas blancas, cerca de lo que parecían ser unos círculos concéntricos de brillantes columnas del puro cristal, tan finas como agujas en comparación con su enorme altura, que igualaba casi la del árbol. Le habría extrañado que un árbol pudiera crecer allí, sin la luz del sol, de no estar tan absorto en la contemplación del inaudito revoltijo que abarrotaba el resto de la plaza.

Un camino despejado conducía desde cada calle que se divisaba hasta los círculos de columnas, pero en los espacios intermedios se amontonaban al azar estatuas de distintas medidas, desde tamaño natural hasta la mitad de esa altura, hechas de piedra, cristal o metal, plantadas sobre el pavimento. Entre ellas había… Al principio no supo cómo describirlo. Un anillo plano de plata, de tres metros de diámetro y tan

delgado como una cuchilla; un plinto de cristal, ahusado, de unos setenta u ochenta centímetros de altura que podría haber servido de base a una de las estatuas pequeñas; una aguja de brillante metal negro, estrecha y larga como una lanza, pero que se sostenía de pie como si hubiera echado raíces. Cientos, tal vez miles de objetos de cualquier forma y material imaginable se esparcían por la plaza con menos de cuatro metros de separación entre unos y otros.

Fue la negra aguja de metal, erecta de manera tan antinatural, lo que le hizo comprender qué debían de ser: *ter'angreal*. O cualquier otro tipo de objetos relacionados con el Poder. Al menos algunos de ellos. El marco torcido que había en la Gran Reserva de la Ciudadela también se resistió a desplomarse.

Estaba dispuesto a dar media vuelta y regresar en ese mismo instante, pero Rand siguió avanzando sin fijarse apenas en las cosas que flanqueaban el camino. Se detuvo una vez para observar fijamente dos figurillas que por su aspecto no merecían estar entre las otras cosas. Debían de medir unos treinta centímetros de altura; eran de un hombre y una mujer que tenían levantado un brazo y en la mano sostenían una esfera de cristal. Se inclinó levemente, como si fuera a tocarlas, pero se irguió con tal rapidez que Mat se preguntó si no lo habría imaginado.

El joven se quedó parado un momento antes de echar a andar apresuradamente para alcanzar a Rand. Cuanto más se acercaban a los centelleantes círculos de columnas, mayor era su tensión. Esos objetos que los rodeaban estaban relacionados con el Poder; y también las columnas. Lo sabía, sin más. Aquellos inconcebiblemente altos y estrechos fustes relucían con la azulada claridad y lo dejaba a uno deslumbrado. «Sólo dijeron que tenía que venir. Vale, pues aquí estoy. Pero no mencionaron nada sobre el condenado Poder.»

Rand se paró tan bruscamente que Mat avanzó otros tres pasos hacia las columnas antes de darse cuenta de ello. Advirtió que su amigo contemplaba el árbol de hito en hito. El árbol. Sin ser consciente de lo que hacía, Mat echó a andar hacia él, como si lo atrajera. Ningún árbol tenía aquellas hojas trifoliadas excepto uno; un árbol de leyenda.

—*Avendesora* —musitó Rand—. El Árbol de la Vida. Está aquí.

Mat llegó bajo las extendidas ramas y saltó para coger una de aquellas hojas; sus dedos extendidos se quedaron a más de medio metro de distancia de las más bajas. Se conformó con adentrarse más bajo el frondoso techo y llegar hasta el grueso tronco, en el que se apoyó. Al cabo de un momento, se dejó resbalar y se sentó recostado contra él. Los antiguos relatos eran ciertos. Sentía… satisfacción. Paz. Profundo bienestar. Hasta los pies apenas si le molestaban.

Rand tomó asiento cerca, con las piernas cruzadas.

—Puedo creer lo que cuentan los viejos relatos. Que Goethan permaneció sentado debajo de *Avendesora* durante cuarenta años para obtener sabiduría. Ahora mismo, lo

creo firmemente.

Mat recostó la cabeza en el tronco.

—Pues yo no creo que pudiera confiar en que los pájaros me trajeran la comida. Habría que levantarse antes o después. —«Pero si es más o menos una hora no estaría mal. Incluso todo el día»—. De todos modos no tiene sentido. ¿Qué clase de comida podrían traer los pájaros aquí? ¿Y qué pájaros?

—Tal vez Rhuidean no fue siempre así, Mat. Quizá… No lo sé. A lo mejor *Avendesora* estaba en otra parte entonces.

—En otra parte —murmuró Mat—. No me importaría encontrarme en cualquier otro sitio. —«Sin embargo se está… a gusto.»

—¿En otro sitio? —Rand se giró para mirar en derredor las altas y finas columnas que brillaban tan cerca—. El deber pesa más que una montaña —suspiró.

Aquello era parte de una máxima que había aprendido en la Tierras Fronterizas: «La muerte es más leve que una pluma; el deber más pesado que una montaña». A Mat le parecía una necedad, pero Rand ya se estaba incorporando, así que hizo lo mismo aunque a regañadientes.

—¿Qué crees que encontraremos aquí?

—Me parece que tengo que seguir solo a partir de ahora —respondió lentamente Rand.

—¿Qué quieres decir? He llegado hasta aquí, ¿no? No pienso dar media vuelta ahora. —«¡Aunque es exactamente lo que me gustaría hacer!»

—No me refiero a eso, Mat. Si entras ahí, o sales como jefe de clan o mueres. O vuelves loco. No creo que haya otra opción, a no ser que sean Sabias las que entren.

Mat vaciló. «Morir y renacer.» Eso era lo que le habían dicho. No tenía la menor intención de convertirse en un jefe de clan Aiel; sin duda los Aiel lo coserían a lanzazos.

—Dejaremos que decida el azar. —Metió la mano en el bolsillo y sacó el marco de Tar Valon—. Se está convirtiendo en mi moneda de la suerte. Cruz, voy contigo; cara, no entro. —Lanzó la moneda de oro al aire, antes de que Rand tuviera tiempo de hacer objeciones.

Por algún motivo no fue capaz de cogerla, y el marco tropezó con las puntas de sus dedos y cayó al suelo, donde rebotó dos veces… y cayó de canto. Miró a Rand con gesto acusador.

—¿Lo haces a propósito? ¿No puedes evitarlo?

—No. —La moneda cayó, mostrando el rostro intemporal de una mujer rodeado de estrellas—. Por lo visto te quedas fuera, Mat.

—¿Has sido…? —Ojalá Rand no encauzara estando cerca él—. Oh, diantres, si quieres que me quede aparte, lo haré. —Recogió la moneda bruscamente y volvió a guardarla en el bolsillo—. Escúchame, entra, haz lo que tengas que hacer, y regresa.

Quiero marcharme de este sitio, y no pienso quedarme aquí para siempre, tocándome las narices y esperándote. Y no creas que voy a ir tras de ti, así que será mejor que tengas cuidado.

—Jamás pensaría eso de ti, Mat.

El joven miró a su amigo con desconfianza. ¿Por qué sonreía?

—Me parece bien, siempre y cuando tengas muy claro que no voy a hacerlo. ¡Oh, lárgate de una vez y conviértete en un condenado jefe Aiel! Tienes pinta para serlo.

—No entres ahí, Mat. Ocurra lo que ocurra, no entres. —Esperó a que su amigo asintiera con un cabeceo antes de darse media vuelta.

Mat no se movió del sitio y miró cómo se alejaba entre las relucientes columnas. En el deslumbrante resplandor pareció desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. «Es una ilusión óptica —se dijo. Eso era todo—. Una condenada ilusión óptica.» Echó a andar en círculo, guardando una distancia considerable de la formación de columnas, escudriñando entre los fustes en un esfuerzo por localizar a Rand.

—¡Mucho cuidado con lo que haces, diablos! —gritó—. ¡Como me dejes solo en el Yermo con Moraine y los jodidos Aiel te estrangularé, por muy Dragón Renacido que seas! —Al cabo de un minuto añadió—: ¡No pienso entrar ahí para ayudarte si te metes en líos! ¿Me has oído? —No obtuvo respuesta. «Como no haya salido dentro de una hora…»—. Tiene que estar chiflado para haber entrado ahí —rezongó—. Bueno, pues no pienso ser yo quien le saque las castañas del fuego. Es él el que puede encauzar, así que si se mete en un avispero, que salga del lío encauzando.

«Le doy una hora de plazo.» Luego se marcharía, tanto si Rand había vuelto como si no. Sólo tenía que dar media vuelta y echar a andar. Largarse. Eso sería lo que haría. Largarse.

Con la forma que tenían aquellos finos fustes de cristal de captar y refractar la luz azulada, mirarlos con fijeza era suficiente para producirle dolor de cabeza. Les dio la espalda y desanduvo sus pasos lanzando ojeadas nerviosas a los *ter'angreal* —o lo que quiera que fueran— que llenaban la plaza. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Por qué había ido a ese lugar?

Se paró bruscamente al fijarse en uno de aquellos objetos, un gran marco de piedra roja pulida, torcido de un modo que no acababa de captar, de manera que la vista parecía resbalar al intentar seguir el contorno. Lentamente se dirigió hacia allí, pasando entre relucientes agujas facetadas tan altas como él y bajos marcos dorados llenos de lo que parecían ser láminas de cristal, sin apenas reparar en ellos, sin quitar los ojos del marco de piedra.

Era el mismo. La misma piedra roja pulida; el mismo tamaño; los mismos esquinazos retorcidos. A lo largo de ambos laterales había tres líneas de triángulos, con las puntas hacia abajo. ¿Tenía eso el de Tear? No lo recordaba; aquella vez no estaba pendiente de grabar en la memoria todos los detalles. Era el mismo; tenía que

serlo. A lo mejor no podía cruzar el otro dos veces, pero ¿y éste? Quizá se le presentaba la oportunidad de llegar hasta esa gente con pinta de serpientes y obligarlos a responder unas cuantas preguntas más.

Echó un vistazo atrás, a las columnas, con los ojos entornados para evitar los destellos. Le había dado una hora a Rand. En una hora tenía tiempo de sobra para atravesar esta cosa y regresar. Tal vez ni siquiera funcionara para él, puesto que había utilizado un umbral gemelo. «Es el mismo.» Claro que a lo mejor sí funcionaba. Sólo era necesario tener un ligero contacto con el Poder otra vez.

—Luz —rezongó—. *Ter'angreal*, Portales de Piedra, Rhuidean. Total, por una vez más ¿qué puede importar?

Pasó a través de él, a través de un cegador muro de luz, a través de un estruendo tal que aniquilaba todo sonido.

Miró en derredor, parpadeando, y se tragó una de las palabrotas más soeces que conocía. Fuera lo que fuera esto, no era el mismo sitio donde había estado la vez anterior.

El retorcido marco se encontraba en medio de una cámara inmensa que tenía forma de estrella, por lo que podía apreciar a través de un bosque de gruesas columnas con ocho estrías cuyos salientes eran amarillos y emitían un tenue resplandor; lustrosamente negras salvo por las finas líneas amarillas, se elevaban desde un opaco suelo blanco hasta perderse en la oscuridad, muy arriba. Las columnas y el suelo tenían apariencia de cristal, pero cuando se inclinó para frotar el suelo el tacto era como piedra. Piedra polvorienta. Se limpió la mano en la chaqueta. Había un olor almizclado en el aire, y sus huellas eran las únicas marcas en el polvo. No había habido nadie aquí desde hacía mucho tiempo.

Decepcionado, se volvió hacia el *ter'angreal*.

—Hacía mucho tiempo.

Mat giró velozmente sobre sus talones al tiempo que buscaba en la manga una daga que había dejado en la ladera de la montaña. El hombre que había aparecido entre las columnas no guardaba el menor parecido con la gente de aspecto de serpiente.

Era un tipo alto, más que un Aiel, y nervudo, pero con los hombros demasiado anchos para la estrecha cintura, y con la piel tan blanca como el papel más fino. Unas correas blancas tachonadas con plata le cruzaban los brazos y el torso desnudo, y una faldilla negra le llegaba a las rodillas. Tenía los ojos demasiado grandes y casi sin color, muy hundidos en el rostro de mandíbula estrecha. Llevaba el cabello, de un ligero tono rojizo, muy corto y de punta, como un cepillo, y sus orejas, muy pegadas al cráneo, se afinaban ligeramente en punta por la parte de arriba. Se inclinó hacia Mat e inhaló, abriendo la boca para coger más aire, de manera que dejó a la vista unos dientes afilados y brillantes. Daba la impresión de ser un zorro a punto de saltar

sobre una gallina acorralada.

—Mucho tiempo —repitió mientras se ponía derecho otra vez. Su voz era áspera, casi un gruñido—. ¿Te avienes a los pactos y acuerdos? ¿Llevas encima hierro o instrumentos de música o artilugios para hacer luz?

—No llevo nada de eso —respondió lentamente Mat. Éste no era el mismo sitio, pero el tipo le hacía las mismas preguntas; y se comportaba igual, hasta lo de olisquear. «Conque hurgando en mis condenadas vivencias, ¿no? Bueno, que haga lo que quiera. A lo mejor me refresca la memoria y recuerdo algunas de las que he olvidado.» Se preguntó si estaría hablando otra vez en la Antigua Lengua. Era desagradable no saberlo, ser incapaz de notar la diferencia—. Si puedes conducirme a donde sepan responderme unas cuantas preguntas, llévame. Si no, me disculparé por haberte molestado y me largaré.

—¡No! —Aquellos ojos grandes, sin apenas color, parpadearon con inquietud—. No debes irte. Ven. Te llevaré a donde podrás encontrar lo que buscas. Ven. —Retrocedió de espaldas al tiempo que hacía gestos con las manos para que lo siguiera—. Ven.

Mat echó una ojeada al *ter'angreal* y fue en pos de él. Habría querido que el tipo no le hubiera sonreído precisamente en ese momento. Tal vez lo hacía para tranquilizarlo, pero aquellos dientes… Mat decidió que jamás volvería a entregar todas sus dagas, ni a las Sabias ni a la Sede Amyrlin en persona.

El amplio marco de cinco lados parecía más la boca de un túnel, ya que el corredor que había a continuación tenía exactamente la misma forma y tamaño, con aquellas franjas amarillas suavemente brillantes que se extendían a lo largo de los vértices, marcando techo y suelo. Parecía continuar interminablemente hasta perderse en la tenebrosa lejanía, roto a intervalos por más marcos de cinco lados. El hombre de la faldilla no volvió la cabeza hasta que llegaron al pasillo, e incluso entonces se limitó a echar ojeadas sobre el hombro como para asegurarse de que Mat seguía allí. El aire ya no olía a almizcle, sino que por el contrario se notaba un leve hedor desagradable, algo que le resultaba familiar a Mat, pero que no era lo bastante claro para reconocerlo.

Al pasar frente a los primeros marcos laterales Mat echó un vistazo a ambos lados y suspiró. Al otro lado, detrás de unas columnas negras, estriadas como estrellas, un retorcido marco de piedra roja se alzaba sobre un opaco suelo blanco, con un único juego de huellas marcado en el polvo que partía del *ter'angreal* y al que precedía hacia la puerta otro de pies descalzos. Miró hacia atrás. En lugar de terminar a cincuenta pasos en otra cámara como ésta, el pasillo continuaba hasta perderse de vista, un reflejo de lo que había hacia delante. Su guía le dedicó una sonrisa con destello de afilados dientes; el tipo parecía hambriento.

Sabía que tendría que haber esperado algo así después de lo que había encontrado

al cruzar el umbral de la Ciudadela: aquellas torres trasladándose de donde deberían estar para aparecer donde, por lógica, era imposible que estuvieran. Si ocurría eso con unas torres, ¿por qué no con unas salas? «Tendría que haberme quedado allí fuera esperando a Rand, ni más ni menos. Otra más de las muchas cosas que tendría que haber hecho.» Por lo menos no le resultaría difícil volver a encontrar el *ter'angreal* si todos los marcos que había más adelante eran iguales.

Se asomó a las siguientes puertas laterales y vio las columnas negras, el *ter'angreal* de piedra roja, y el suelo blanco con sus huellas y las de su guía marcadas en el polvo. Cuando el hombre de mandíbula estrecha volvió a mirar por encima del hombro, Mat le sonrió enseñándole los dientes.

—Ni por un momento pienses que has atrapado a un niño en tu lazo. Si intentas engañarme, usaré tu pellejo para forrar mi silla de montar.

El tipo dio un respingo, abrió mucho los pálidos ojos, y después se encogió de hombros para, seguidamente, ajustarse las correas tachonadas con plata que le cruzaban el torso. Su burlona sonrisa parecía destinada a llamar la atención sobre lo que hacía. De repente a Mat se le ocurrió preguntarse de dónde habría salido ese cuero tan pálido. Desde luego, no sería de… «Oh, Luz, creo que sí lo es.» Se las compuso para no tragar saliva, aunque le costó un gran esfuerzo.

—Adelante, guíame, hijo de una cabra. Tu pellejo no merece esos adornos de plata. Llévame a donde quiero ir.

Gruñendo quedamente, el hombre apresuró el paso, con la espalda muy tiesa. A Mat le importaba un bledo si el tipo estaba ofendido, sólo que le habría gustado tener a mano una de sus dagas. «Que me aspen si dejo que un tipejo con cara de zorro y cerebro de cabra se haga un correaje con mi piel.»

No habría sabido decir cuánto tiempo llevaban caminando. El corredor no cambiaba en ningún momento, con sus paredes inclinadas y sus brillantes franjas amarillas. Cada marco lateral mostraba la misma cámara, con el *ter'angreal*, las huellas y todo lo demás. La invariable repetición hizo que Mat perdiera el sentido del tiempo, y le preocupó no saber cuánto hacía que se encontraba allí. Sin duda más de la hora que se había dado de plazo. Sus ropas sólo estaban un poco húmedas ahora, y las botas ya no hacían ruido de chapoteo al andar. Pero continuó; siguió caminando, con la mirada prendida en la espalda de su guía.

El corredor terminó bruscamente en otra puerta. Mat parpadeó. Habría jurado que un momento antes el pasillo se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sin embargo, había estado más pendiente del tipo de dientes afilados que de lo que había al frente. Miró hacia atrás y casi soltó una maldición. El corredor se alejaba hasta que las brillantes franjas amarillas parecían converger en un punto, y no se veía ningún otro umbral a los lados.

Cuando se volvió, se encontraba solo delante de una enorme puerta de cinco

lados. «Diantre, ojalá no hicieran estas cosas.» Aspiró profundamente y cruzó el acceso.

Entró en otra cámara en forma de estrella, con el suelo blanco, aunque no tan grande como la —o las— de columnas. Era una estrella de ocho puntas con un pedestal negro en cada una de ellas. Las brillantes franjas amarillas corrían a lo largo de las aristas de la sala y los pedestales. El desagradable olor era más intenso aquí, y Mat lo identificó; era el hedor del cubil de un animal salvaje. Aun así, apenas lo notó porque la cámara estaba desierta a excepción de él.

Fue girando lentamente mientras observaba con el ceño fruncido los pedestales. Tendría que haber habido alguien en ellos, quienesquiera que tuvieran que responder a sus preguntas. Lo habían engañado. Se suponía que si había podido llegar allí debería obtener respuestas.

Giró rápidamente en círculo, recorriendo con la mirada no los pedestales, sino las lisas paredes grises. La puerta había desaparecido; no había salida.

No obstante, antes de que acabara de dar la segunda vuelta ya había alguien en cada pedestal, una gente como su guía pero vestida de manera diferente. Cuatro eran hombres, y las otras, mujeres; su cabello tieso se alzaba en una cresta antes de caerles por la espalda. Todos llevaban largas faldas de color blanco que les tapaban los pies; las mujeres vestían blusas blancas que caían más abajo de las caderas, con cuellos altos de encaje y los puños fruncidos en las muñecas. Los hombres lucían aún más correas que el guía, más anchas y tachonadas con oro. Cada correaje sostenía un par de cuchillos sin funda sobre el tórax. Mat dedujo por el color que las hojas eran de bronce, pero habría dado todo el oro que poseía por tener uno de esos cuchillos.

—Habla —dijo una de las mujeres con aquella voz particular que parecía un gruñido—. Merced al antiguo pacto, se cumple un acuerdo. ¿Qué necesitas? Habla.

Mat vaciló. Eso no era lo que la gente con aspecto de serpiente había dicho. Todos lo observaban del mismo modo que unos zorros contemplarían su cena.

—¿Quién es la Hija de las Nueve Lunas y por qué tengo que casarme con ella? —Confiaba en que se contara como una sola pregunta.

Nadie respondió. Ninguno de ellos pronunció palabra. Se limitaron a contemplarlo fijamente con aquellos enormes y pálidos ojos.

—Se supone que tenéis que responder —dijo. Silencio—. Así vuestros huesos ardan y se conviertan en cenizas, ¡respondedme! ¿Quién es la Hija de las Nueve Lunas y por qué he de casarme con ella? ¿Cómo moriré y renaceré? ¿Qué significa que tengo que renunciar a la mitad de la luz del mundo? Éstas son mis preguntas. ¡Decid algo!

Silencio total, tan profundo que escuchaba su propia respiración, el latido de la sangre en los oídos.

—No pienso casarme. Y tampoco estoy dispuesto a morir, ni que vuelva a vivir ni

que no. Voy de aquí para allí con lagunas en la memoria, lagunas en mi vida, y os quedáis mirándome como idiotas. Si me fuera dado escoger, llenaría esos vacíos, pero por lo menos las respuestas a esas preguntas esclarecerían parte de mi futuro. ¡Tenéis que contestar…!

—Hecho —gruñó uno de los hombres, y Mat parpadeó.

¿Hecho? ¿Qué estaba hecho? ¿A qué se refería?

—Así se cieguen vuestros ojos —murmuró—. ¡Así se consuman vuestras almas! Sois tan retorcidos como las Aes Sedai. Bueno, pues quiero encontrar el modo de librarme de Aes Sedai y del Poder, y quiero perderos de vista y regresar a Rhuidean si no vais a responder. Abrid la puerta y dejadme…

—Hecho —dijo otro de los hombres.

—Hecho —repitió una de las mujeres.

Mat escudriñó las paredes y después lanzó una mirada furiosa a todos ellos, plantados allí, sobre los pedestales.

—¿Hecho? ¿Qué está hecho? No veo ninguna puerta. Estáis mintiendo, hijos de carnero…

—Necio —musitó una mujer con un susurrante gruñido del que los demás se hicieron eco: «necio, necio, necio».

—Muy inteligente pedir marcharte sin ajustar precio ni condiciones.

—Pero muy necio por no haber acordado primero el precio.

—Lo pondremos nosotros.

Hablaban tan deprisa que no sabía quién decía qué.

—Lo que se ha pedido, se concederá.

—El precio será pagado.

—¡Malditos! —gritó—. ¿De qué estáis hablando?

La más absoluta negrura lo envolvió. Notó algo alrededor de su garganta. No podía respirar. Aire. No podía…

25



El camino hacia la lanza

Rand no vaciló al llegar ante la primera fila de columnas y pasó a través de ellas. Ahora ya no había vuelta atrás, ni miradas a la espalda. «Luz, ¿qué es lo que se supone que tiene que pasar aquí? ¿Qué efecto tiene realmente?»

Transparentes como el más fino cristal, de unos treinta centímetros de grosor y separadas entre sí alrededor de tres pasos, las columnas formaban un bosque deslumbrante de destellos, reflejos y extraños arcos iris. El aire era más fresco, lo suficiente para que Rand deseara haber tenido una chaqueta, pero la arenilla también cubría el pulido suelo blanco. No había el más leve soplo de brisa, aunque algo hacía que el pelo y todo el vello de su cuerpo, hasta debajo de la camisa, se moviera.

Delante y hacia la derecha divisó a otro hombre vestido con las ropas grises y pardas de los Aiel; permanecía rígido e inmóvil como una estatua bajo la cambiante luz. Tenía que ser Muradin, el hermano de Couladin. Rígido e inmóvil; ocurría algo, no cabía duda. De manera sorprendente, teniendo en cuenta el intenso resplandor, Rand distinguía los rasgos del Aiel con claridad. Sus ojos estaban muy abiertos y con la mirada fija; tenía el semblante tenso y la boca temblorosa, a punto de soltar un gruñido. Lo que quiera que estuviera viendo, no era de su agrado. Pero al menos Muradin había sobrevivido hasta este momento, y, si el Aiel era capaz de hacerlo, también él podría. El hombre se encontraba cinco o seis metros más adelante, como mucho. Avanzó otro paso mientras se preguntaba cómo era posible que ni Mat ni él hubieran visto entrar al Aiel.

Caminaba guiado por unos ojos, sintiendo un cuerpo, pero sin controlarlo. El dueño de esos ojos estaba agazapado entre los peñascos de una árida ladera de montaña, bajo un sol abrasador, escudriñando atentamente, con desprecio, unas extrañas estructuras de piedra a medio construir. «¡No! Menos de a medio construir. Eso es Rhuidean, pero sin niebla y casi recién iniciadas las obras.» Era Mandein, joven para ser jefe de clan a sus cuarenta años. Se desvaneció el estado de disociación y llegó la aceptación. Era Mandein.

—Debes admitirlo —dijo Sealdre, pero por el momento no le hizo caso.

Los Jenn habían hecho cosas para sacar agua y verterla en grandes pilones de piedra. Había sostenido batallas por menos agua de la que aquellos depósitos contenían contra gente que actuaba como si el agua no tuviera importancia. Un extraño bosque de cristal se alzaba en el centro de toda aquella actividad, refulgiendo al sol y casi tan alto como los árboles más grandes que había visto en su vida, casi cinco metros de altura. Las estructuras de piedra parecían diseñadas para contener en cada una de ellas todo un dominio, todo un septiar, cuando estuvieran terminadas. Una locura. Esa Rhuidean no podría defenderse. Claro que nadie atacaría a los Jenn. La mayoría los evitaba igual que a los malditos Errantes, que vagaban en busca de canciones que, según ellos, traerían los tiempos perdidos.

Una comitiva de unas cuantas docenas de Jenn y dos palanquines transportados por ocho hombres avanzaba serpenteando desde Rhuidean hacia la montaña. Había madera suficiente en cada uno de aquellos palanquines para hacer doce sillas de jefe. Se comentaba que todavía había Aes Sedai entre los Jenn.

—Debes avenirte a lo que quiera que pidan, esposo —dijo Sealdre.

Entonces la miró, y por un instante deseó acariciar su largo y dorado cabello al ver de nuevo a la alegre muchachita que había dejado la guirnalda nupcial a sus pies pidiéndole que se casara con ella. Empero, ahora estaba seria, resuelta y preocupada.

—¿Vendrán los otros? —preguntó.

—Algunos. Casi todos. He hablado con mis hermanas en el sueño, y todas hemos soñado lo mismo. Los jefes que no acudan y los que no accedan… Sus septiares morirán, Mandein. Dentro de tres generaciones sólo serán polvo, y sus dominios y también sus ganados serán propiedad de otros septiares. Sus nombres se perderán.

No le gustaba que hablara con las Sabias de otros septiares, ni siquiera en sueños. Pero las Sabias soñaban de verdad y, cuando sabían algo, se cumplía.

—Quédate aquí —le dijo a Sealdre—. Si no regreso, ayuda a nuestros hijos e hijas a mantener unido el septiar.

Ella le acarició la mejilla.

—Lo haré, sombra de mi vida. Pero recuerda: tienes que aceptar.

Mandein hizo un ademán y un centenar de figuras con el rostro velado lo siguieron ladera abajo, desplazándose como fantasmas de peñasco en peñasco, con arcos y lanzas prestos, las ropas grises y pardas fundiéndose con el árido paisaje hasta el punto de que ni siquiera él las distinguía. Todos eran hombres; había dejado a todas las mujeres del septiar que empuñaban la lanza con los hombres que acompañaban a Sealdre. Si algo iba mal y su esposa decidía hacer alguna insensatez para salvarlo, los hombres seguramente la secundarían, pero las mujeres se encargarían de llevarla a salvo de vuelta al dominio, lo quisiera o no, para proteger tanto el dominio como el septiar. Confiaba en que lo hicieran, porque en ocasiones se mostraban tan feroces

como cualquier hombre y aun más temerarias.

La procesión de Rhuidean se había detenido en el resquebrajado llano arcilloso para cuando ellos llegaron al último tramo del declive. Hizo una señal a sus hombres para que se quedaran en esa posición y continuó solo mientras se retiraba el velo de la cara. Advirtió la presencia de otros hombres que salían a descubierto a su derecha y a su izquierda y cruzaban el abrasado suelo procedentes de distintas direcciones. ¿Cuántos? ¿Cincuenta? ¿Un centenar? Faltaban algunos rostros que había esperado ver. Como siempre, Sealdre tenía razón; había quienes no habían hecho caso del sueño de sus Sabias. Había rostros que jamás había visto, y los de hombres a los que había intentado matar y otros que habían intentado matarlo a él. Por lo menos ninguno lo llevaba velado. Matar en presencia de un Jenn era casi tan malo como matar a un Jenn. Esperaba que los demás lo recordaran también. Con que sólo uno actuara a traición bastaría para que los velos cubrieran los rostros; los guerreros que cada jefe había traído consigo bajarían de las montañas y la sangre encenagaría este suelo arcilloso. Casi esperaba sentir la punta de una lanza hundiéndose en sus costillas en cualquier momento.

A pesar de tener que estar vigilando un centenar de posibles direcciones desde donde podía llegar la muerte le costó trabajo apartar los ojos de las Aes Sedai cuando los porteadores soltaron en el suelo los ornamentados palanquines. Eran mujeres con un cabello tan blanco que casi parecía transparente, y la piel de sus rostros intemporales era tan tersa que daba la impresión de que el aire podría agrietarla. Le habían contado que el tiempo no dejaba huella en las Aes Sedai. ¿Qué edad tendrían éstas? ¿De cuántos acontecimientos habrían sido testigos? ¿Recordarían cuando su abuelo Comran encontró el *stedding* Ogier por primera vez en la Pared del Dragón y empezó a comerciar con ellos? ¿O incluso cuando el abuelo de Comran, Rhodric, condujo a los Aiel a matar a los hombres con camisas de hierro que habían cruzado la Pared del Dragón? Las Aes Sedai volvieron los ojos hacia él —unos, azules y penetrantes, y los otros muy, muy oscuros, los primeros ojos negros que veía— y tuvo la impresión de que traspasaban su cráneo y llegaban hasta sus propios pensamientos. Supo que había sido elegido, pero desconocía la razón. Merced a un gran esfuerzo de voluntad apartó los ojos de aquellas intensas miradas que lo conocían mejor que él mismo.

Un hombre demacrado y de pelo blanco, alto aunque encorvado, se adelantó de entre los Jenn; lo flanqueaban dos mujeres de pelo entrecano que podrían ser hermanas, con los mismos ojos verdes, muy hundidos, y el mismo modo de ladear la cabeza cuando miraban algo. El resto de los Jenn mantenían la vista gacha, incómodos, en lugar de mirar a los Aiel, pero no estos tres.

—Soy Dermon. —La voz del hombre era fuerte y profunda, y sus azules ojos tenían la mirada tan escrutadora y firme como la de cualquier Aiel—. Éstas son

Mordaine y Narisse. —Señaló a las dos mujeres que estaban junto a él—. Hablamos en nombre de Rhuidean y de los Jenn Aiel.

Hubo un rebullir incómodo entre los hombres que rodeaban a Mandein. A la mayoría le gustaba tan poco como a él que los Jenn se proclamaran Aiel.

—¿Por qué nos habéis convocado aquí? —demandó, aunque le quemaba la lengua tener que admitir que había sido convocado.

—¿Por qué no llevas espada? —inquirió Dermon en lugar de responder, y su pregunta provocó murmullos iracundos.

—Está prohibido —gruñó Mandein—. Hasta los Jenn deberían saber eso. —Alzó las lanzas y tocó el cuchillo que llevaba a la cintura y el arco colgado a la espalda—. Éstas son armas suficientes para un guerrero.

Los murmullos se tornaron aprobadores, incluso los de algunos hombres que habían jurado matarlo; y todavía lo harían si se les presentaba la ocasión, pero aprobaban sus palabras. Además, parecían satisfechos de que fuera él quien hablaba, estando aquellas Aes Sedai observando.

—Pero no sabéis la razón —dijo Mordaine.

—Hay muchas cosas que ignoráis —añadió Narisse—. Y, sin embargo, deberíais saberlas.

—¿Qué queréis? —preguntó Mandein.

—A ti. —Dermon recorrió con la mirada a los Aiel, de modo que aquellas dos palabras se hicieron extensivas a todos—. Quienquiera que esté destinado a lideraros ha de venir a Rhuidean y aprender de dónde procedemos y por qué no lleváis espada. Aquel que no sea capaz de aprender, no vivirá.

—Vuestras Sabias os han hablado —dijo Mordaine— o en caso contrario no estaríais aquí. Sabéis el precio que pagarán los que rehúsen.

Charendin se adelantó y miró alternativamente a Mandein y a los Jenn. Mandein había sido el causante de la larga cicatriz que le surcaba la mejilla; habían estado a punto de matarse el uno al otro en tres ocasiones.

—¿Sólo hay que ir con vosotros? —inquirió—. ¿Cualquiera de nosotros que vaya dirigirá a los Aiel?

—No. —La palabra sonó como un susurro, pero con la fuerza suficiente para llegar a todos los oídos. La pronunció la Aes Sedai de ojos oscuros que permanecía sentada en la silla del palanquín, con una manta echada sobre las piernas, como si sintiera frío a pesar del sol abrasador—. Ése vendrá después —dijo—. La piedra que nunca cae se desplomará para anunciar su llegada. Será de la sangre, pero no criado por ella, y llegará de Rhuidean al alba, y os unirá a todos con unos lazos imposibles de romper. Os llevará de regreso y os destruirá.

Algunos de los jefes de septiares hicieron intención de marcharse, pero nadie dio más de unos pocos pasos. Todos ellos habían escuchado las palabras de la Sabia de su

septiar: «Acepta o seremos aniquilados como si jamás hubiésemos existido. Acepta o nos destruiremos a nosotros mismos».

—Esto es una añagaza —gritó Charendin. La mirada de las Aes Sedai le hizo bajar el tono de voz, pero no decreció su ira—. Lo que intentáis es haceros con el control de los septiares. Pero los Aiel no doblan la rodilla ante hombre o mujer. —Sacudió la cabeza, eludiendo los ojos de las Aes Sedai—. Ante nadie —murmuró.

—No es ésa nuestra intención —aseguró Narisse.

—Nuestro tiempo se acaba —dijo Mordaine—. Llegará el día en el que ya no habrá Jenn, y sólo quedaréis vosotros para recordar a los Aiel. Debéis resistir o todo habrá sido por nada, se habrá perdido.

La impasibilidad de su voz, la tranquila convicción, acalló a Charendin, pero Mandein tenía todavía una pregunta:

—¿Por qué? Si conocéis la suerte que os aguarda, ¿por qué hacéis eso? —Señaló hacia las estructuras que se alzaban en la distancia.

—Es nuestro cometido —repuso sosegadamente Dermon—. Durante muchos años buscamos este lugar, y ahora lo preparamos, aunque no para el propósito que creíamos antaño. Hacemos lo que ha de hacerse, y mantenemos la fe.

Mandein estudió el semblante del hombre. No había asomo de temor en él.

—Eres Aiel —dijo, y cuando algunos de los otros jefes dieron un respingo, levantó la voz—. Iré con los Jenn Aiel.

—No podrás entrar armado en Rhuidean —informó Dermon.

Mandein se echó a reír ante la temeridad del hombre. Mira que pedir a un Aiel que no fuera armado. Se despojó de sus armas y dio un paso al frente.

—Condúceme a Rhuidean, Aiel. Igualaré tu valor.

Rand parpadeó a causa de las titilantes luces. *Había sido* Mandein; todavía percibía la sensación de desprecio por los Jenn convirtiéndose en admiración. ¿Eran Aiel los Jenn o no lo eran? El aspecto de éstos era muy semejante al de aquéllos: altos, ojos claros y rostros curtidos por el sol; todos ellos iban vestidos con el mismo tipo de ropa, pero sin velos. Sin embargo no portaban armas, a excepción de simples cuchillos al cinturón, adecuados para trabajar con ellos. No había Aiel sin armas.

Se había internado en las columnas más de lo que justificaría un solo paso, y estaba más cerca de Muradin. La mirada intensa del Aiel se había convertido en un horrendo ceño.

La arenilla chirrió con fuerza bajo las botas de Rand al'Thor cuando éste dio otro paso.

Se llamaba Rhodric, y casi tenía veinte años. El sol era un disco abrasador en el

cielo, pero mantuvo levantado el velo y los ojos alerta. Sus lanzas estaban prestas, una en la mano derecha, y tres sujetas junto con la pequeña adarga de piel de toro; Jeordam se encontraba tumbado sobre el llano de agostada hierba que había al sur de las colinas, donde la mayoría de los arbustos eran enclenques y estaban marchitos. El pelo del viejo era blanco, como esa cosa llamada nieve de la que hablaban los ancianos, pero su vista era penetrante, de modo que él no tendría que estar pendiente sólo de vigilar por la seguridad de los excavadores de pozos que sacaban odres llenos de agua.

Al norte y al este se alzaban las montañas, el macizo septentrional alto y escarpado y con las cimas blancas, pero empequeñecido por los colosos orientales, que daban la impresión de intentar tocar el firmamento, y tal vez lo hacían. ¿Sería, quizá, nieve aquello blanco? Nunca lo sabría. Ante esta barrera, los Jenn tendrían que decidir girar hacia el este. Habían avanzado hacia el norte siguiendo la pared montañosa durante muchos meses, arrastrando dificultosamente sus carretas tras ellos, haciendo como si desconocieran la presencia de sus escoltas Aiel, que los seguían. Aunque poca, al menos había habido agua cuando cruzaron un río. Hacía años que Rhodric no había visto una corriente que no pudiera cruzar a pie; la mayoría sólo eran lechos de arcilla resecos al alejarse de las montañas. Confiaba en que las lluvias volvieran e hicieran renacer el verde otra vez. Aún recordaba cuando el mundo era verde.

Oyó los caballos antes de verlos; eran tres hombres que cabalgaban por las pardas colinas y que vestían largas camisas de cuero tachonadas con discos metálicos. Dos de ellos llevaban lanzas. Conocía al que iba en cabeza: Garam, hijo del jefe de la villa que había a poca distancia en la dirección de donde venían, y que era más o menos de su edad. Estos hombres de ciudad estaban ciegos; no vieron al Aiel, que se movió una vez que hubieron pasado y que después volvió a la inmovilidad, casi invisible, en terreno abierto. Rhodric se bajó el velo; no habría muertes a menos que los jinetes dieran el primer paso. No lo lamentó —no exactamente— pero era incapaz de fiarse de unos hombres que vivían en casas y ciudades. Había habido muchas batallas contra gente de esa condición. Según los relatos, siempre había sido así.

Garam tiró de las riendas y levantó la mano derecha en un saludo. Era un hombre delgado, de ojos oscuros, como sus dos compañeros, pero los tres parecían duros y competentes.

—¡Hola, Rhodric! ¿Ha acabado ya tu gente de llenar los odres?

—Te veo, Garam. —Mantuvo la voz firme e inexpresiva. Lo inquietaba ver hombres a caballo, y más cuando llevaban espadas. Los Aiel tenían animales de carga, pero era algo antinatural ir montado en un caballo. Las piernas de un hombre debían de bastar para llevarlo de un lado para otro—. Falta poco. ¿Acaso tu padre nos ha retirado su permiso para que saquemos agua de sus tierras? —Ninguna otra ciudad

había dado jamás permiso hasta ahora. Para obtener agua había que luchar por ella si había hombres cerca, igual que para todo lo demás; y si había agua, entonces no faltaban hombres vigilándola. No resultaría fácil vencer a estos tres él solo. Movió los pies, dispuesto para iniciar la danza si llegaba el caso y, seguramente, para morir.

—No, no lo ha hecho —dijo Garam. Ni siquiera se había percatado del movimiento de Rhodric—. Tenemos un buen manantial en la ciudad, y mi padre dice que cuando os vayáis tendremos los pozos nuevos que habéis excavado hasta que también nos marchemos nosotros. Pero por lo visto tu abuelo quiere saber si los otros se han puesto en marcha, y lo han hecho. —Apoyó el codo en la perilla de la silla—. Dime, Rhodric, ¿son realmente del mismo pueblo que vosotros?

—Son Jenn Aiel, y nosotros, Aiel. Somos iguales, pero diferentes. No sé explicártelo mejor, Garam. —En realidad tampoco quería entenderlo él.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó Jeordam.

Rhodric saludó a su abuelo con una tranquila inclinación de cabeza; había oído una pisada, el apagado ruido de una suave bota, y lo había identificado como un Aiel. Sin embargo, los hombres de la ciudad no habían advertido que Jeordam se había aproximado, y sufrieron un sobresalto. Garam tuvo que levantar la mano para impedir que los otros dos aprestaran las lanzas. Rhodric y su abuelo esperaron.

—Al este —respondió Garam cuando consiguió tener de nuevo bajo su control al caballo—. A través de la Columna Vertebral del Mundo. —Señaló las montañas que parecían arañar el cielo.

Rhodric se encogió, pero Jeordam mantuvo una fría calma.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó.

—Por lo que sé, el fin del mundo —repuso Garam—. Ni siquiera sé si existe un paso por donde cruzar. —Vaciló—. Los Jenn llevan Aes Sedai con ellos. Docenas, según tengo entendido. ¿No os inquieta viajar tan cerca de unas Aes Sedai? Según he oído contar, el mundo fue distinto en otros tiempos, pero ellas lo destruyeron.

Las Aes Sedai ponían muy nervioso a Rhodric, pero la expresión impasible de su rostro no se alteró. Sólo eran cuatro, no docenas; en cualquier caso, suficientes para recordarle ciertas historias respecto a que los Aiel les habían fallado a las Aes Sedai de algún modo que nadie sabía. Ellas sí que debían de saberlo; apenas si habían salido de las carretas de los Jenn en el año transcurrido desde su llegada, pero cuando lo hacían contemplaban a los Aiel con tristeza. Rhodric no era el único que procuraba evitarlas.

—Vigilamos a los Jenn —dijo Jeordam—. Son ellos quienes viajan con las Aes Sedai.

Garam asintió como si tal cosa supusiera una gran diferencia, y después se inclinó hacia adelante.

—Mi padre tiene una consejera Aes Sedai —comentó en voz baja—, aunque

procura que no se sepa en la ciudad. Esa mujer dice que debemos marcharnos de estas colinas y trasladarnos al este. Afirma que los ríos secos volverán a correr, y que construiremos una gran urbe a orillas de uno. Dice muchas cosas. Se rumorea que las Aes Sedai planean construir una ciudad, y que han encontrado Ogier para que realicen las obras. ¡Ogier! —Sacudió la cabeza para arrinconar leyendas y volver a la realidad—. ¿Creéis que proyectan dirigir el mundo otra vez? Opino que deberíamos matarlas antes de que nos vuelvan a destruir.

—Haz lo que consideres mejor. —La voz de Jeordam no dejaba traslucir lo que pensaba—. He de organizar a mi gente para cruzar las montañas.

El hombre de cabello oscuro se irguió en la silla, visiblemente decepcionado. Rhodric sospechó que esperaba ayuda de los Aiel para matar a las Aes Sedai.

—La Columna Vertebral del Mundo —dijo Garam bruscamente—. También tiene otro nombre. Algunos la llaman la Pared del Dragón.

—Un nombre apropiado —repuso Jeordam.

Rhodric contempló las colosales montañas que se alzaban en la distancia. Un nombre adecuado para los Aiel. Su propio nombre secreto, no revelado a nadie, era el Pueblo del Dragón. Desconocía la razón, pero sabía que no se pronunciaba en voz alta excepto cuando alguien recibía las lanzas. ¿Qué habría al otro lado de esta Pared del Dragón? Por lo menos habría gente contra la que luchar; siempre la había. En todo el mundo sólo existían Aiel, Jenn y enemigos. Nada más. Aiel, Jenn y enemigos.

Rand inhaló profunda, entrecortadamente, y el aire hizo un ruido rasposo al penetrar por su garganta, como si hiciera horas que no respiraba. A su alrededor, unos anillos luminosos, que herían los ojos, ascendieron por las columnas. Las palabras todavía resonaban en su mente: Aiel, Jenn y enemigos; eso era el mundo. No se encontraban en el Yermo, indudablemente. Había visto —había vivido— una época anterior a la llegada de los Aiel a la Tierra de los Tres Pliegues.

Estaba más cerca de Muradin que antes. Los ojos del Aiel se movían con inquietud; parecía resistirse a dar otro paso.

Rand avanzó.

En la ladera cubierta por una capa blanca, puesto en cuclillas, Jeordam hizo caso omiso del frío y mantuvo la mirada vigilante sobre las cinco personas que caminaban trabajosamente a través de la nieve en su dirección; eran tres hombres arrebujados en capas y dos mujeres abrigadas con gruesos vestidos. El invierno debería haber pasado hacía mucho tiempo según los ancianos, aunque también contaban que las estaciones habían cambiado y ya no eran como antes. Afirmaban que la tierra se sacudía, y que se levantaban o hundían montañas como el agua de una charca cuando se arroja una

piedra. Jeordam no lo creía. Tenía dieciocho años, había nacido y crecido en las tiendas, y ésta era la única vida que conocía: la nieve, las tiendas y el deber de proteger.

Bajó el velo y se incorporó lentamente, apoyándose en la larga lanza como para no asustar a la gente de las carretas; empero, se pararon bruscamente, con la vista prendida en la lanza, en el arco colgado a su espalda y en la aljaba que pendía de su cintura. Ninguno de ellos parecía mucho mayor que el propio Jeordam.

—¿Nos necesitáis, Jenn? —preguntó, alzando la voz.

—Nos llamas así para mofarte de nosotros —repuso también a gritos un tipo alto, de nariz afilada—, pero es cierto. *Somos* los únicos Aiel de verdad. Vosotros habéis renunciado a la Filosofía.

—¡Mentira! —espetó Jeordam—. ¡Jamás he empuñado una espada! —Respiró hondo para recobrar la calma. No lo habían apostado allí para que se enfadara con los Jenn—. Si os habéis perdido, vuestras carretas están en aquella dirección. —Señaló hacia el sur con la lanza.

Una de las mujeres tocó el brazo del «nariz afilada» y le habló en voz queda. Los otros asintieron, y, finalmente, el «nariz afilada» también lo hizo, aunque a regañadientes. La mujer era hermosa; algunos mechones rubios habían escapado del oscuro chal con el que se abrigaba la cabeza.

—No estamos perdidos —dijo, volviéndose hacia Jeordam, y entonces lo miró fijamente, como si lo viera por primera vez, y se ajustó el chal.

El joven Aiel asintió; no le había parecido que lo estuvieran. Por lo general los Jenn se las arreglaban para evitar a las gentes de las tiendas aunque necesitaran ayuda. Los pocos que buscaban el contacto lo hacían únicamente llevados por la desesperación, porque no podían encontrar esa ayuda en ningún otro sitio.

—Seguidme —les dijo.

Las tiendas de su padre se encontraban a casi dos kilómetros a través de las colinas bajas, parcialmente cubiertas con la última nieve caída que se aferraba a las pendientes. Su gente observó con cautela la aparición de los recién llegados, pero no interrumpieron sus quehaceres, ya fuera cocinar o repasar las armas o lanzar bolas de nieve con los niños. Se sentía orgulloso de su septiar, formado por casi doscientas personas, el mayor de los diez campamentos diseminados al norte de las carretas. Los Jenn, sin embargo, no parecieron muy impresionados; lo irritaba que el número de Jenn fuera muy superior al de los Aiel.

Lewin, un hombre alto, canoso y de rasgos pétreos, salió de su tienda; la gente decía que nunca sonreía, y de hecho Jeordam nunca lo había visto esbozando esa mueca. Tal vez lo hiciera antes de que la madre de Jeordam muriera de fiebres, pero el joven lo dudaba.

La mujer de cabello rubio —se llamaba Morin— contó una historia muy

aproximada a la que Jeordam esperaba oír. Los Jenn habían comerciado con un pueblo, un sitio con una muralla de troncos, y después los hombres del lugar habían llegado en medio de la noche y se habían llevado lo que trocaron por la mañana e incluso más. Los Jenn tenían la idea de que podían confiar en la gente que vivía en casas, pensaban que la Filosofía los protegería. Enumeraron los muertos: padres, una madre, hermanos primeros; a los cautivos: hermanas primeras, una madre segunda, una hija. Esto último sorprendió a Jeordam; fue Morin quien habló amargamente de una hija de cinco años a la que se habían llevado para ser criada por otra mujer. Al estudiarla con más detenimiento, añadió para sus adentros varios años más a la edad que le había calculado antes.

—Los traeremos de vuelta —prometió Lewin. Cogió un puñado de lanzas que le habían tendido y las hincó boca abajo en el suelo—. Podéis uniros a nosotros si lo deseáis, siempre y cuando estéis dispuestos a defenderos a vosotros mismos y al resto. Si os quedáis, no se os permitirá regresar a las carretas. —El tipo de nariz afilada giró sobre sus talones rápidamente al oír aquello y regresó por donde habían venido. Lewin continuó; llegados a ese punto, rara vez se marchaba sólo uno—. Los que quieran venir con nosotros a ese pueblo, habrán de coger una lanza. Pero, recordad: si empuñáis la lanza para utilizarla contra hombres, tendréis que quedaros con nosotros. —En su voz y en sus ojos había una gran dureza—. Habréis muerto en cuanto se refiere a los Jenn.

Otro de los hombres vaciló, pero finalmente todos tomaron una lanza de las que estaban clavadas en el suelo. También lo hizo Morin. Jeordam la miró boquiabierto, e incluso Lewin parpadeó.

—No es necesario que cojas una lanza para quedarte —le dijo— ni para que traigamos de vuelta a tu gente. Tomar la lanza significa la voluntad y el deseo de luchar, no sólo de defenderte. Puedes soltarla; no hay desdoro en ello.

—Tienen a mi hija —dijo Morin.

Jeordam se quedó estupefacto cuando Lewin asintió sin apenas vacilar.

—Siempre hay una primera vez para todo. Que así sea. —Empezó a tocar en el hombro a ciertos guerreros, y recorrió los campamentos emplazándolos a visitar el pueblo con la muralla de troncos. Jeordam fue al primero que tocó; su padre siempre lo elegía en primer lugar desde el día en que tuvo edad suficiente para usar una lanza. El joven no habría aceptado que fuera de otro modo.

Morin estaba teniendo problemas con el arma, cuyo astil se enganchaba en sus faldas.

—No es preciso que vayas —le dijo Jeordam—. Ninguna mujer lo ha hecho nunca. Te traeremos a tu hija.

—Estoy decidida a sacar a Kirin de allí personalmente —repuso con fiereza—. No podrás impedírmelo.

Una testaruda mujer.

—En tal caso, tendrás que vestirte así. —Señaló sus propias ropas grises y pardas—. No se puede andar por el campo de noche llevando vestido. —Le cogió la lanza sin darle tiempo a reaccionar—. No es fácil aprender a manejar la lanza. —Los dos hombres que habían venido con ella, que seguían torpemente las instrucciones dadas y que casi se habían ido de bruces al suelo al intentarlo, eran prueba de ello. Jeordam encontró una hachuela, cortó el mango más de dos palmos y lo dejó con un metro y una cuarta de longitud, contando los casi treinta centímetros de la punta de acero—. Arremete con ella, nada más. Sólo embiste. El mango se utiliza también para parar ataques, pero te buscaré algo para que lo lleves en la otra mano como un escudo.

Morin lo miró de un modo extraño.

—¿Qué edad tienes? —preguntó, cosa aún más chocante. Jeordam se lo dijo, y ella se limitó a asentir, cavilosa.

—¿Alguno de esos hombres es tu esposo? —preguntó él al cabo de un momento. Los dos seguían tropezando con las lanzas.

—Mi esposo ya está de luto por Kirin. Se preocupa más de los árboles que de su propia hija.

—¿Los árboles?

—Los Árboles de la Vida. —Como el joven la seguía mirando sin comprender, Morin sacudió la cabeza—. Son tres arbolillos que crecen en barriles. Los cuidan casi tanto como a sí mismos. Cuando encuentren un lugar seguro, los plantarán; aseguran que entonces volverán los viejos tiempos. Lo dicen ellos, insisto. Muy bien, ya no soy Jenn. —Levantó la lanza recortada—. Esto será mi esposo a partir de ahora. —Lo observó fijamente y preguntó—: Si alguien te robara a tu hijo, ¿invocarías la Filosofía de la Hoja y hablarías del sufrimiento que se nos envía para probarnos? —Jeordam sacudió la cabeza, y ella continuó—: Lo imaginaba. Serás un buen padre. Enséñame cómo utilizar la lanza.

Una extraña mujer, pero hermosa. El joven tomó de nuevo la lanza y empezó a impartirle instrucciones al tiempo que lo demostraba con la práctica. Advirtió que al ser el astil más corto los movimientos resultaban más veloces y ágiles.

Morin lo observaba con aquella extraña sonrisa, pero la lanza lo tenía completamente absorto.

—Vi tu rostro en un sueño —musitó ella de improviso.

Jeordam oyó sus palabras, pero realmente no la escuchó. Con una lanza así sería más rápido que un hombre con una espada. Mentalmente estaba viendo a los Aiel derrotar a cualquier guerrero con espada. Nadie podría presentarles resistencia. Nadie.

Las luces centellearon entre las columnas de cristal, cegando casi a Rand.

Muradin se encontraba ahora a sólo un par de metros de distancia; tenía la mirada fija al frente, y una mueca contraía sus labios, de manera que enseñaba los dientes, como en un silencioso gruñido. Las columnas los estaban llevando hacia atrás, a la historia de los Aiel perdida en un remoto pasado. Los pies de Rand se movieron por voluntad propia, hacia adelante. Y hacia atrás en el tiempo.

Lewin se ajustó sobre el rostro el velo del polvo y escudriñó el pequeño campamento situado más abajo, donde los rescoldos de un moribundo fuego todavía brillaban debajo de una olla de hierro. El viento le llevó el olor de guiso medio quemado. Unos bultos cubiertos con mantas yacían alrededor de las brasas, bajo la luz de la luna. No se veían caballos. Deseó haber llevado consigo un poco de agua, pero sólo a los niños les estaba permitido beber fuera de las comidas. Recordaba vagamente un tiempo en el que había habido más agua, cuando los días no eran tan calurosos y polvorientos, y el viento no soplaba a todas horas. La noche sólo traía un ligero alivio, cambiando un turbio y abrasador sol por el frío. Se arrebujó más en la capa que estaba hecha de pieles de cabras salvajes, y que también utilizaba como manta.

Sus compañeros se acercaron agazapados, tan abrigados como él mismo, y rezongando y pateando piedras hasta que los instó a guardar silencio para no despertar a los hombres de allá abajo. No protestó; en realidad no era más diestro que los demás en esto. Los velos del polvo les ocultaban el rostro, pero sabía quién era quién. Luca, con los hombros el doble de anchos que cualquiera de ellos, a quien le gustaba gastar bromas. Gearan, larguirucho como una cigüeña y el mejor corredor de todas las carretas. Charlin y Alijha, iguales como dos gotas de agua excepto porque el primero tenía la costumbre de ladear la cabeza cuando estaba preocupado, como en aquel momento; su hermana Colline estaba allá abajo, en aquel campamento. Y también estaba Maigran, hermana de Lewin.

Cuando se encontraron las bolsas de recolección de las muchachas tiradas en el suelo, rotas en el forcejeo, todos los demás se dispusieron a llorar su pérdida y seguir adelante como se había hecho tantas veces anteriormente. Incluso el abuelo de Lewin. Si Adan se hubiera enterado de lo que planeaban los cinco, se lo habría impedido. Lo único que sabía hacer Adan era mascullar sobre mantener la fe en unas Aes Sedai a las que Lewin jamás había visto, e intentar mantener vivos a los Aiel. A los Aiel como pueblo, pero no a uno de sus miembros en particular. Ni siquiera a Maigran.

—Son cuatro —musitó Lewin—. Las chicas se encuentran a este lado del fuego. Las despertaré sin hacer ruido, y las sacaremos a hurtadillas mientras los hombres duermen.

Sus amigos se miraron entre sí y asintieron. Lewin supuso que deberían haber preparado un plan antes, pero en lo único que habían pensado fue en ir a rescatar a las

chicas y en cómo salir de las carretas sin que los vieran. No había tenido la seguridad de ser capaz de rastrear y encontrar a estos hombres antes de que llegaran al pueblo de donde procedían, un agrupamiento de toscas chozas del que los Aiel habían sido ahuyentados con piedras y palos. No habría nada que hacer si los raptores llegaban allí.

—¿Y si se despiertan? —preguntó Gearan.

—No abandonaré a Colline —espetó Charlin, adelantándose por poco a la respuesta más sosegada de su hermano:

—Vamos a llevarlas de vuelta, Gearan.

—Por supuesto —corroboró Lewin.

Luca le dio un codazo a Gearan en las costillas, y éste asintió.

Descender la inclinada pendiente en medio de la oscuridad no fue tarea fácil. Las pequeñas ramas resecas chascaban bajo sus pies; las piedras y la grava rodaban por la árida ladera, precediéndolos. Lewin tenía la impresión de que cuanto más se esforzaba por moverse en silencio, más ruido metía. Luca se cayó sobre un espino, que chascó de manera escandalosa, pero se las compuso para levantarse y soltarse de las espinas con sólo un ligero respingo. Charlin resbaló y bajó deslizándose hasta medio camino del fondo, pero abajo no se produjo ningún movimiento.

Cerca ya del campamento Lewin hizo un alto e intercambió miradas ansiosas con sus amigos antes de aproximarse de puntillas. Su propia respiración le sonaba estruendosa, tan alta como los ronquidos que llegaban de una de las formas más corpulentas. Se quedó quieto como una estatua cuando los ronquidos cesaron y uno de los durmientes rebulló; se acomodó enseguida y reanudó los ronquidos. Lewin, que había contenido la respiración, soltó el aire.

Con gran precaución se puso en cuclillas junto a una de las figuras más pequeñas y retiró la burda manta de lana, tiesa por la suciedad y el barro. Maigran lo miraba fijamente; tenía el rostro magullado e hinchado, y su vestido era poco más que unos harapos. Le puso la mano sobre la boca para que no gritara, pero ella no hizo otra cosa que seguir mirándolo fija, inexpresivamente, sin parpadear siquiera.

—Voy a abrirte en canal como a un gorrino, chico. —Una de las figuras grandes se movió, y un hombre barbudo, vestido con ropas muy sucias, se puso de pie; empuñaba un cuchillo largo que brilló débilmente con la luz de la luna y reflejó el resplandor rojizo de las brasas. El individuo propinó patadas a las otras dos figuras que tenía a uno y otro lado; de ellas salieron gruñidos y ruidos de alguien desperezándose—. Como a un gorrino. ¿Sabes soltar chillidos, chico, o lo único que tu gente sabe hacer es correr?

—Corre —instó Lewin, pero su hermana continuó mirándolo fijamente, sin reaccionar. Frenético, la cogió por los hombros y tiró de ella en un intento de hacerla moverse hacia donde los otros esperaban—. ¡Corre!

La chica salió de entre la manta rígida, casi como un peso muerto. Colline se había despertado —oía su llanto estremecido— pero se arrebujaba más en la sucia manta en lugar de incorporarse, como si quisiera esconderse bajo ella. Maigran se había quedado de pie, mirando al vacío, los ojos desenfocados.

—Por lo visto ni siquiera sabéis hacer eso. —Con una desagradable mueca, el hombre se acercó rodeando el fuego; sostenía el cuchillo bajo. Los otros empezaban a sentarse en sus mantas y a soltar risotadas, divertidos con el espectáculo.

Lewin no sabía qué hacer, pero no podía abandonar a su hermana. Sólo le quedaba morir. Quizás así le diera a Maigran una oportunidad de huir.

—¡Corre, Maigran! ¡Corre, por favor!

Ella no se movió; ni siquiera pareció oírlo. ¿Qué le habían hecho?

El hombre barbudo se acercaba, sin apresurarse, riendo entre dientes, disfrutando con ello.

—¡Nooooo! —Charlin salió corriendo de la noche y ciñó los brazos alrededor del tipo del cuchillo, que cayó al suelo con el empellón.

Los otros dos tipos se incorporaron de un salto. Uno de ellos, cuyo cráneo afeitado brillaba con la tenue luz, enarboló una espada para acuchillar a Charlin.

Lewin no supo bien cómo ocurrió. A saber cómo, se encontró con el pesado puchero de hervir agua en las manos, sujeto por el asa de hierro y balanceándolo; alcanzó aquella afeitada cabeza con un sonoro golpe. El tipo se derrumbó como si sus huesos se hubieran derretido. Desequilibrado, Lewin dio un traspié en un intento de evitar el fuego, y cayó junto a las brasas; el impacto le hizo soltar el puchero. El otro hombre, un individuo de piel cetrina y con el cabello peinado en trenzas, levantó también una espada, listo para ensartarlo. Lewin reculó de espalda, arrastrándose sobre el suelo como una araña, sin quitar los ojos de la afilada punta del arma mientras sus manos buscaban frenéticamente algo con lo que parar el golpe del hombre, un palo, cualquier cosa. Sus dedos tocaron una madera redonda; tiró de ella hacia adelante, impulsándola contra el fiero hombre. Los ojos del individuo se abrieron desmesuradamente y la espada cayó de sus dedos flojos; de su boca salió un borbotón de sangre. Lo que empuñaba Lewin no era un palo, sino una lanza.

El joven apartó las manos del astil tan pronto como se dio cuenta de lo que era. Demasiado tarde. Volvió a recular sobre los codos para evitar al hombre que se desplomaba, y se quedó mirándolo, estupefacto, tembloroso. Estaba muerto. Lo había matado él. El soplo del viento era gélido.

Al cabo de un tiempo se preguntó por qué ninguno de los otros hombres había acabado con él. Lo sorprendió ver al resto de sus amigos alrededor de los rescoldos del fuego. Gearan, Luca y Alijha, todos jadeando; y, por encima de los velos del polvo, la mirada desquiciada de sus ojos. Colline seguía emitiendo quedos sollozos debajo de la manta, y Maigran continuaba de pie, inmóvil, mirando sin ver. Charlin

estaba de rodillas, doblado hacia adelante, con las manos apretadas contra el estómago. Y los cuatro hombres, los habitantes del pueblo… La mirada de Lewin pasó de un cuerpo inmóvil a otro.

—Los… hemos matado. —A Luca le temblaba la voz—. Hemos… Que la Luz se apiade de nosotros.

Lewin fue gateando hasta donde se encontraba Charlin y lo tocó en el hombro.

—¿Estás herido?

Charlin cayó de bruces al suelo. Una roja humedad resbalaba entre sus manos, crispadas alrededor de la empuñadura del cuchillo que tenía clavado en el vientre.

—Me duele, Lewin —musitó. Sufrió un estremecimiento, y sus ojos se apagaron.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gearan—. Charlin está muerto, y nosotros… Luz, ¿qué hemos hecho? ¿Y qué haremos ahora?

—Llevaremos a las chicas a las carretas. —Lewin era incapaz de apartar los ojos de la mirada vidriosa de Charlin—. Eso haremos.

Cogieron todo lo que podría serles útil, principalmente los cuchillos y el puchero. Cosas metálicas, que eran tan difíciles de conseguir.

—No hacemos nada reprochable —dijo duramente Alijha—. Ellos lo robaron a alguien como nosotros.

Sin embargo, cuando Alijha hizo intención de coger una de las espadas, Lewin se lo impidió.

—No, Alijha. Es un arma, creada para matar personas. No tiene ningún otro uso. —Su amigo no dijo nada, y se limitó a pasar la vista sobre los cuatro cadáveres, y luego la detuvo en las lanzas que Luca estaba enrollando en mantas para hacer unas angarillas en las que transportar el cuerpo de Charlin. Lewin evitó mirar a los hombres del pueblo—. Una lanza puede traer comida a la olla, Alijha, pero no una espada. La Filosofía lo prohíbe.

Alijha continuó callado, pero Lewin tuvo la sensación de que esbozaba una mueca sarcástica tras el velo. Aun así, cuando finalmente emprendieron el regreso en medio de la noche, las espadas continuaban tiradas junto a los rescoldos casi apagados y los hombres muertos.

Fue un largo camino de vuelta a través de la oscuridad, transportando las improvisadas angarillas con el cadáver de Charlin; de vez en cuando una fuerte ráfaga de viento levantaba nubes de polvo. Maigran caminaba a trompicones, mirando fijamente al frente; no sabía dónde estaba ni quiénes eran ellos. A Colline parecía aterrorizarla incluso su propio hermano y daba un brinco, sobresaltada, cuando alguien la tocaba. No era así como Lewin había imaginado el regreso. En mente había visto a las chicas riendo, felices de regresar a las carretas; todos reían alegres. Nada de llevar el cadáver de Charlin a cuestas; nada de este profundo silencio provocado por el recuerdo de lo que habían hecho.

Las luces de las lumbres aparecieron al frente, y poco después vieron las carretas, con los arreos ya extendidos para que los hombres ocuparan su puesto al rayar el alba. Nadie abandonaba el refugio de las carretas al caer la noche, así que a Lewin le sorprendió ver tres figuras que se acercaban presurosas a ellos. El blanco cabello de Adan resaltaba en la oscuridad. Las otras dos eran Nerrine, la madre de Colline, y Saralin, madre de Maigran y suya. Lewin se bajó el velo del polvo asaltado por un presentimiento.

Las mujeres corrieron hacia sus hijas y las rodearon con los brazos mientras musitaban palabras reconfortantes. Colline se dejó envolver por el abrazo de su madre con un suspiro agradecido; Maigran no pareció advertir la presencia de Saralin, que miraba las contusiones del rostro de su hija al borde de las lágrimas.

Adan observaba a los jóvenes con el ceño fruncido, y las arrugas que la constante preocupación había dejado en su rostro se marcaron más profundamente.

—En nombre de la Luz, ¿qué ha pasado? Cuando descubrimos que os habíais marchado… —Dejó la frase en el aire al fijarse en las angarillas en las que yacía Charlin—. ¿Qué ocurrió? —volvió a preguntar haciéndose patente su miedo a la respuesta.

Lewin abrió la boca lentamente, pero Maigran se le adelantó.

—Los mataron. —Sus ojos miraban fijamente algo en la distancia, y su voz sonaba como la de una criatura—. Los hombres malos nos hicieron daño. Ellos… Entonces Lewin vino y los mató.

—No debes decir cosas así, pequeña —susurró Saralin—. Tú… —Calló y observó los ojos de su hija; después se volvió y miró con incertidumbre a Lewin—. ¿Es…? ¿Es cierto?

—Tuvimos que hacerlo —respondió Alijha, afligido—. Intentaron matarnos. Mataron a Charlin.

Adan retrocedió un paso.

—¿Habéis… matado? ¿A hombres? ¿Y el Pacto? Nosotros no hacemos daño a nadie. ¡A nadie! No hay razón alguna que justifique segar la vida de otro ser humano. ¡Ninguna!

—Raptaron a Maigran, abuelo —dijo Lewin—. Se las llevaron a ella y a Colline y les hicieron daño. Les…

—¡Ninguna razón! —bramó Adan, que temblaba de ira—. Tenemos que aceptar lo que venga. Todo el sufrimiento que nos aqueja es una prueba de nuestra fe. ¡Lo aceptamos y lo soportamos! ¡Nosotros no matamos! ¡No os habéis desviado de la Filosofía, la habéis quebrantado! Ya no sois Da´shain. Estáis corrompidos, y no permitiré que por vuestra causa se corrompan los Aiel. —Se dio media vuelta y se alejó como si los jóvenes hubieran dejado de existir. Saralin y Nerrine echaron a andar tras él conduciendo a las muchachas.

—¿Madre? —llamó Lewin, que se encogió cuando la mujer volvió la cabeza y lo miró fríamente—. Madre, por favor…

—¿Quién eres para hablarme así? Oculta tu cara para que no la vea, desconocido. Hubo un tiempo en que tuve un hijo con ese rostro, pero no quiero verlo en un asesino. —Sin añadir más condujo a Maigran en pos de los otros.

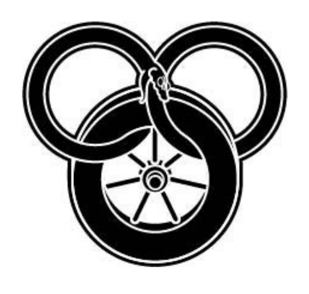
—Sigo siendo un Aiel —gritó Lewin, pero no volvieron la vista. Le pareció oír llorar a Luca. El viento sopló y levantó el polvo; el joven se cubrió el rostro—. ¡Soy un Aiel!

Unos hirientes destellos se clavaron en los ojos de Rand. El dolor de Lewin todavía le oprimía el corazón, y la pena y la rabia se debatían en el caótico tumulto de su mente. Lewin no empuñaba armas. No sabía cómo se utilizaban. Matar lo aterraba. Aquello no tenía sentido.

Ahora había llegado casi a la altura de Muradin, pero el hombre no era consciente de su presencia. La mueca del Aiel se había convertido en un terrible rictus, el sudor perlaba su rostro, y su cuerpo se estremecía como si quisiera echar a correr.

Los pies de Rand lo llevaron hacia adelante; y hacia el pasado.

26



Los Dedicados

Hacia adelante, y hacia el pasado.

Adan yacía en la arenosa oquedad estrechando contra sí a los llorosos niños de su hijo muerto, apretando sus rostros contra la raída chaqueta para que no miraran. También las lágrimas corrían por sus mejillas, pero en silencio, cuando se asomó cautelosamente por el borde. Con sus cinco y seis años, Maigran y Lewin tenían todo el derecho de llorar; a Adan le sorprendía que a él le quedaran lágrimas.

Algunas de las carretas ardían, y los muertos seguían tendidos donde habían caído. Ya se habían llevado los caballos, excepto los que todavía estaban atados a unas pocas carretas cuyo contenido habían vaciado en el suelo. Por una vez no reparó en las cosas guardadas en cajas que las Aes Sedai habían dejado a cargo de los Aiel, esparcidas desconsideradamente sobre el polvo. No era la primera vez que veía tal cosa, ni tampoco los primeros Aiel asesinados, pero en esta ocasión no le importaba. Los hombres con sus espadas, lanzas y arcos, los que habían asesinado, estaban cargando aquellas carretas vacías. Cargándolas con mujeres. Vio cómo los asesinos, en medio de risotadas, metían a Rhea, su hija, con las otras, arracimadas como animales. Era la última de sus hijos. Elwin había muerto de hambre a los diez años; Sorelle a los veinte por las fiebres que había visto anunciadas en sus sueños; Jaren, que se arrojó por un precipicio el año pasado, con sólo diecinueve, cuando descubrió que podía encauzar. Y Marind, al que había perdido esta mañana.

Quería gritar. Quería ir corriendo hasta allí e impedirles que se llevaran a la única hija que le quedaba. Impedírselo de un modo u otro. ¿Y si salía? Lo matarían, y de todas formas se llevarían a Rhea. Y quizá matarían también a los niños. Algunos de los cuerpos tirados sobre un charco de su propia sangre eran pequeños.

Maigran se aferraba a él como si temiera que la abandonara, y Lewin estaba rígido, como queriendo agarrarse con más fuerza pero conteniéndose porque se consideraba demasiado mayor para hacer algo así. Adan les acarició el cabello y mantuvo sus rostros pegados contra su pecho. Sin embargo, se obligó a seguir

mirando lo que ocurría hasta que las carretas empezaron a rodar, rodeadas por los aullantes jinetes, en pos de los caballos que casi se habían perdido de vista en dirección a las humeantes montañas que se recortaban en el horizonte.

Sólo entonces se incorporó y soltó a los niños.

—Esperadme aquí —les dijo—. No os mováis hasta que regrese.

Agarrados el uno al otro, lo miraron con aquellas caritas pálidas y llorosas y asintieron sin demasiada convicción.

Se acercó a uno de los cadáveres, el de su esposa, y le dio la vuelta suavemente. Era como si Siedre estuviera dormida, la misma expresión que veía en su rostro cada mañana al despertar. Siempre le causaba sorpresa reparar en las hebras grises que había en su cabello dorado rojizo; era su amor, su vida, siempre joven y hermosa para él. Procuró no mirar la sangre que empapaba la pechera del vestido ni la horrenda herida abierta bajo los senos.

—¿Que piensas hacer ahora, Adan? ¡Responde! ¿Qué?

Apartó el cabello del rostro de Siedre —a ella le gustaba estar aseada— y se puso de pie; se giró despacio para enfrentarse al grupo de hombres enfurecidos y asustados. Sulwin, el cabecilla del grupo, era un hombre alto, con los ojos muy hundidos; se había dejado crecer el cabello, como para ocultar que era Aiel. Varios hombres lo habían hecho. Daba igual; eso no suponía ninguna diferencia para los últimos atacantes ni para los que había habido en ocasiones anteriores.

—Pienso enterrar a los muertos y seguir adelante, Sulwin. —Sus ojos se volvieron un instante hacia Siedre—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Seguir adelante, Adan? ¿Cómo? No hay caballos, casi no queda agua ni comida. Lo único que nos han dejado son unas carretas llenas de cosas que las Aes Sedai nunca vendrán a buscar. ¿Y qué son, Adan? ¿Qué son para que tengamos que dar la vida para llevarlas a través del mundo, temerosos incluso de tocarlas? ¡Ya no podemos seguir como antes!

—¡Sí que podemos! —gritó Adan—. ¡Y lo haremos! Tenemos piernas. Tenemos espaldas. Tiraremos de las carretas si es preciso. ¡Nos mantendremos fieles a nuestro deber! —Se sobresaltó al ver que había levantado el puño apretado. El puño. Su mano tembló al abrirla y dejarla caer de nuevo al costado.

Sulwin retrocedió un paso, pero después se mantuvo firme junto a sus compañeros.

—No, Adan. Se supone que hemos de encontrar un lugar en el que vivir seguros y en paz, y eso es lo que algunos de nosotros vamos a hacer. Mi abuelo solía contarme historias que había oído de pequeño. Historias de cuando vivíamos a salvo y la gente venía a escuchar nuestras canciones. Estamos decididos a buscar ese sitio en el que vivir en paz y en el que volvamos a cantar.

—¿Cantar? —resopló Adan—. También yo he oído esos viejos cuentos de que las

canciones de los Aiel eran maravillosas, pero ni tú ni yo ni ninguno de nosotros las sabe. Las canciones y los viejos tiempos quedaron atrás, no existen ya. No renunciaremos al deber que tenemos con las Aes Sedai para perseguir un sueño que está perdido para siempre.

—Algunos de nosotros vamos a hacerlo, Adan. —Los que estaban detrás de Sulwin asintieron—. Estamos decididos a encontrar ese lugar seguro. Y también las canciones. ¡Lo lograremos!

Un fuerte golpe hizo que Adan volviera la cabeza hacia atrás. Otros compinches de Sulwin estaban descargando una de las carretas, y una caja grande y plana se había roto parcialmente, de manera que se veía parte de su contenido, lo que parecía ser un marco de pulida piedra roja. Más amigos de Sulwin descargaban otras carretas; al menos una cuarta parte de la gente se afanaba en vaciarlas de todo lo que no fuera agua o comida.

—No intentes detenernos —advirtió Sulwin.

Adan se obligó a aflojar de nuevo el puño apretado.

—No sois Aiel —dijo—. Habéis traicionado todo lo que tiene significado para nosotros. Seáis lo que seáis, ya no pertenecéis a los Aiel.

—Seguimos la Filosofía de la Hoja con tanta firmeza como tú, Adan.

—¡Marchaos! —gritó—. ¡Idos! ¡No sois Aiel! ¡Estáis pedidos! ¡Perdidos! ¡No quiero veros! ¡Marchaos!

Sulwin y los demás se atropellaron en su prisa por alejarse de él.

Se le cayó el alma a los pies al mirar las carretas, los muertos tendidos entre los desperdicios. Tantos muertos, tantos heridos gimiendo mientras los atendían. Sulwin y sus perdidos descargaban los vehículos ahora con más cuidado. Los hombres con espadas habían roto varias cajas hasta que comprendieron que no había oro ni comida dentro. La comida era más valiosa que el oro. Adan examinó detenidamente el marco de piedra, los montones de figurillas tiradas, los objetos de cristal de extrañas formas que había entre los tiestos con esquejes de sora, y que no tenían utilidad para los seguidores de Sulwin. ¿Alguna de esas cosas tenía utilidad? ¿Para esto habían mantenido su fe? Pues bien, que así fuera. Podían salvarse algunas; imposible saber cuáles consideraban más importantes las Aes Sedai, pero se podían salvar algunas.

Vio a Maigran y a Lewin agarrados a las faldas de su madre. Se alegraba de que Saralin estuviera viva para cuidar de ellos; su último hijo varón, el padre de los niños, había muerto esta mañana, con la primera flecha disparada. Algo podía salvarse; salvaría a los Aiel costara lo que costara. Se arrodilló y tomó a Siedre en sus brazos.

—Seguimos siendo fieles, Aes Sedai —musitó—. ¿Durante cuánto tiempo más habremos de serlo? —Apoyó la cabeza en el pecho de su esposa muerta y sollozó.

Las lágrimas ardían en los ojos de Rand; sus labios articularon en silencio el

nombre de Siedre. ¿La Filosofía de la Hoja? Ésa no era una creencia de las Aes Sedai. Era incapaz de pensar con claridad; de hecho casi no podía pensar. Las luces giraron más y más deprisa. A su lado, Muradin abría la boca en un alarido silencioso; los ojos del Aiel estaban desorbitados, como si presenciaran la muerte de todo. Avanzaron al mismo tiempo.

Jonai se encontraba al borde del acantilado, mirando hacia el oeste por encima del agua que brillaba al reflejar el sol. Comelle se encontraba a cien leguas en aquella dirección. Es decir, se había encontrado. Comelle se alzaba en las montañas asomadas al mar, un centenas de leguas hacia poniente, donde ahora sólo había agua. Si Alnora estuviera viva tal vez habría resultado más fácil soportarlo. Sin sus sueños, apenas sabía adónde ir y qué hacer. Sin ella no le quedaban ganas de vivir. Fue muy consciente de todos y cada uno de sus cabellos canosos mientras se daba media vuelta y desandaba el camino hacia las carretas, que esperaban a menos de dos kilómetros. Había menos vehículos ahora, y su deterioro era manifiesto. También había menos personas, unos pocos millares cuando antes eran decenas de miles, pero aun así demasiados para las carretas que quedaban. Nadie viajaba ya montado en ellas salvo los niños demasiado pequeños para caminar.

Adan le salió al encuentro al llegar a la primera carreta; era un joven alto, los azules ojos demasiado cautelosos. Jonai seguía teniendo la impresión de que si se volvía lo bastante deprisa vería a Willim. Pero a Willim lo habían mandado lejos de ellos hacía años, cuando empezó a encauzar por mucho empeño que pusiera en no hacerlo. En el mundo había todavía demasiados hombres que encauzaban, y tenían que alejar a los chicos que daban señales de ser capaces de hacerlo. No quedaba otro remedio, pero deseó tener de nuevo a sus hijos con él. ¿Cuándo había muerto Esole? Demasiado pequeña para acabar en un agujero abierto precipitadamente, consumida por una enfermedad al no haber Aes Sedai que la curaran.

—Son Ogier, padre —dijo Adan, excitado. Jonai sospechaba que su hijo había creído siempre que los relatos acerca de los Ogier sólo eran cuentos de niño—. Vienen del norte.

Adan lo condujo hasta un grupo mugriento de unos cincuenta Ogier de mejillas hundidas, ojos tristes y orejas gachas. Jonai se había acostumbrado a los rostros macilentos y agotados de su propia gente y a sus ropas sucias, pero ver lo mismo en los Ogier lo impresionó. Empero, había personas de las que tenía que ocuparse, y obligaciones contraídas con las Aes Sedai que cumplir. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía a una? Fue justo después de que Alnora muriera. Demasiado tarde para ella. La mujer curó a los enfermos que todavía seguían con vida, cogió algunos *sa'angreal*, y continuó su camino, riendo amargamente cuando él le preguntó dónde había un lugar seguro. El vestido que llevaba estaba sucio, y desgastado por el repulgo. Jonai

sospechó que la mujer no estaba en su sano juicio, porque afirmaba que uno de los Renegados no estaba atrapado completamente, o puede que no lo estuviera en absoluto; Ishamael seguía tocando el mundo, según ella. Debía de estar tan loca como los Aes Sedai varones que aún quedaban.

Arrinconó tales ideas cuando los Ogier se pusieron de pie, inestables sobre sus enormes piernas, al verlo llegar. Desde la muerte de Alnora su mente divagaba demasiado. Los Ogier tenían pan y cuencos en sus manos. Se escandalizó consigo mismo al asaltarlo una repentina y fugaz rabia porque alguien hubiera compartido sus escasos víveres. ¿Cuántos de los suyos podrían comer con lo que consumirían esos cincuenta Ogier? No. Compartir era lo correcto; la entrega voluntaria y generosa. ¿Cuántos habrían comido, un centenar? ¿Dos centenares?

—Tenéis esquejes de sora —dijo uno de los Ogier. Sus gruesos dedos acariciaron delicadamente las hojas trifoliadas de los dos retoños plantados en tiestos y atados al costado de una carreta.

—Algunos —repuso secamente Adan—. Se mueren, pero los ancianos sacan nuevos esquejes antes de que se marchiten. —No tenía tiempo para hablar de árboles. Había que ocuparse de la gente—. ¿Están las cosas mal en el norte?

—Lo están —contestó una Ogier—. Las tierras de la Llaga se han extendido hacia el sur, y hay Myrddraal y trollocs.

—Creía que habían muerto todos. —Entonces nada del norte; no podían dirigirse en aquella dirección. ¿Y al sur? El Mar de Jeren se encontraba a diez días de camino. ¿O ya no? Estaba cansado. Muy cansado.

—¿Venís del este? —preguntó otro Ogier. Rebañó el cuenco con el último trozo de pan y lo engulló—. ¿Cómo está por allí?

—Mal —contestó Jonai—. Aunque tal vez no tal mal para vosotros. Hace diez… No, doce días atrás, unas personas se llevaron un tercio de nuestros caballos antes de que pudiéramos huir. Tuvimos que abandonar varias carretas. —Haber abandonado las carretas, y lo que transportaban en ellas, le dolía. Eran cosas que las Aes Sedai habían dejado a cargo de los Aiel. Y el hecho de que no fuera la primera vez que ocurría lo hacía sentirse peor—. Casi toda la gente que encontramos nos quita algo, lo que quiere. Quizá no actúen igual con los Ogier.

—Tal vez —dijo una Ogier como si no lo creyera. Tampoco Jonai estaba muy convencido; no había ningún sitio seguro—. ¿Sabes dónde están los *steddings*, cualquiera de ellos?

—No. —Jonai la miró fijamente—. No lo sé. Pero vosotros podéis encontrarlos, no cabe duda.

—Hemos viajado tan lejos, durante tanto tiempo… —comentó otro de los Ogier del grupo.

—Y el mundo ha cambiado mucho —musitó otro tristemente.

—Creo que tenemos que encontrar un *stedding* enseguida o moriremos —dijo la Ogier que había hablado antes—. Siento en los huesos una especie de… nostalgia. Hemos de hallar un *stedding*. Es preciso.

—No puedo ayudaros en eso —comentó Jonai, triste. Sentía una gran presión en el pecho. Los cambios habidos en el mundo lo habían hecho irreconocible, y todavía seguían produciéndose más, de manera que la llanura por la que habían pasado hacía un año podía ser un macizo montañoso éste. Las tierras de la Llaga se estaban extendiendo. Los Myrddraal y los trollocs todavía vivían. Los hombres robaban; hombres cuyos rostros eran salvajes como los de los animales. Hombres que no reconocían a los Da'shain o ni siquiera sabían de su existencia. Apenas podía respirar. Los Ogier estaban perdidos. Y los Aiel también. Todo estaba perdido. La presión dio paso a un dolor agudo, y Jonai cayó de rodillas al suelo y se quedó doblado, apretándose el pecho. Sentía como si una mano le hubiera cogido el corazón y estuviera apretando con todas sus fuerzas. Adan se arrodilló junto a él, preocupado.

—Padre, ¿qué te ocurre? ¿Estás mal? ¿Qué puedo hacer?

Jonai se las arregló para agarrar a su hijo por el desgastado cuello de la camisa y acercó su rostro al de él.

—Lleva a… la gente… al sur. —Tuvo que realizar un gran esfuerzo para hablar entre los fuertes espasmos que parecían arrancarle el corazón.

—Padre, eres tú el que…

—¡Escúchame! Llévalos al… sur. Lleva… a los Aiel… a un lugar seguro. Mantén… el Pacto. Guarda lo que… las Aes Sedai nos dieron… hasta que vuelvan… por ello. La Filosofía… de la Hoja. Tienes que… —Lo había intentado. Solinda Sedai tenía que entenderlo. Lo había intentado. Alnora.

Alnora. El nombre se desvaneció; el dolor en el pecho de Rand menguó. No tenía sentido. Ningún sentido. ¿Cómo podían ser Aiel estas personas?

Las columnas emitían destellos palpitantes, cegadores. El aire rielaba, giraba en remolinos.

A su lado, Muradin abrió más la boca en un esfuerzo denodado de gritar. El Aiel se arrancó el velo, se arañó la cara, dejando profundos surcos de los que brotó sangre.

Adelante.

Jonai corrió por las calles vacías procurando no mirar los edificios derruidos y los árboles sora muertos. Todos muertos. Al menos el último de los autocarros, que habían dejado de utilizarse largo tiempo atrás, había partido. Los temblores secundarios sacudían la tierra bajo sus pies. Llevaba puesta la ropa de trabajo, su *cadin'sor*, desde luego, aunque la tarea que le habían encomendado no tenía nada que

ver con el entrenamiento que había recibido. Tenía sesenta y tres años, y por lo tanto estaba en la flor de la vida, muy joven aún para tener una sola cana, pero aun así se sentía como un viejo.

Nadie le impidió la entrada a la Antecámara de los Siervos, pues no había nadie en la gran columnata de acceso para hacer preguntas ni para dar la bienvenida. Dentro había muchas personas corriendo de un lado para otro, cargadas con papeles o con cajas, y en los ojos una expresión de ansiedad, pero nadie lo miró siquiera. En el ambiente se percibía una sensación de pánico que aumentaba con cada sacudida del suelo. Angustiado, cruzó el vestíbulo y remontó rápidamente la ancha escalinata. El barro manchaba la plateada blancura del mármol. Nadie podía perder tiempo en eso; o tal vez a nadie le importaba.

No fue necesario que llamara a la puerta que buscaba, no las grandes hojas doradas que daban acceso al salón de asambleas, sino una sencilla puerta. A pesar de ello entró en silencio, y se alegró de haberlo hecho. Media docena de Aes Sedai se sentaban en torno a la larga mesa y discutían sin que aparentemente advirtieran que el edificio se sacudía en sus cimientos. Todas eran mujeres.

Tuvo un escalofrío al preguntarse cuándo volverían a participar hombres en una reunión como ésta. Al ver lo que había sobre la mesa, el escalofrío dio paso a un estremecimiento. Una espada de cristal —tal vez un instrumento del Poder o tal vez sólo un objeto ornamental, no sabría decirlo— reposaba sobre el estandarte del Dragón de Lews Therin Verdugo de la Humanidad, que se extendía como un mantel y caía sobre el suelo. El corazón se le encogió. ¿Qué hacía eso aquí? ¿Por qué no se había destruido, y también todo recuerdo de aquel hombre maldito?

—¿De qué nos sirve tu pronóstico —decía Oselle, casi a gritos—, si no sabes cuándo? —Su largo y oscuro cabello se mecía al sacudir la cabeza con rabia—. ¡El mundo, la propia Rueda, depende de esto! ¡Del futuro!

—No soy el Creador —respondió Deindre con una calma más habitual en las Aes Sedai—. Sólo puedo decir lo que veo en mis predicciones.

—Haya paz, hermanas. —Solinda era la que hacía gala de un mayor sosiego. Su antigua túnica de camalina tenía un pálido color azul; el pelirrojo cabello, que le llegaba casi a la cintura, era casi del mismo color que el de Jonai, cuyo abuelo la había servido cuando era un muchacho; sin embargo, la mujer parecía más joven que él. Era una Aes Sedai—. Los tiempos de debates y enfrentamientos entre nosotras han quedado atrás. Jaric y Haindar estarán aquí mañana.

—Lo que significa que no podemos cometer errores, Solinda.

—Tenemos que saber…

—¿Hay alguna posibilidad de…?

Jonai dejó de prestar atención a la conversación. Ya repararían en su presencia cuando llegara el momento. No era el único que se encontraba en la habitación aparte

de las Aes Sedai. Someshta estaba sentado contra la pared, cerca de la puerta, pero aun así su cabeza llegaba más arriba que la de Jonai; era una inmensa figura que daba la impresión de estar hecha con enredaderas y hojas entretejidas. Cuando el Nym lo miró, Jonai reparó en que una fisura parda y chamuscada le surcaba el rostro y la verde hierba que era su cabello; en sus ojos color avellana había una expresión preocupada.

Cuando Jonai lo saludó con un cabeceo, se llevó la mano a la hendidura y frunció el entrecejo.

—¿Te conozco? —preguntó en un susurro.

—Soy tu amigo —contestó tristemente. Hacía años que no había visto a Someshta, pero había oído los rumores. Al parecer, casi todos los Nym habían muerto —. Me llevabas montado en tus hombros cuando era pequeño. ¿No te acuerdas?

—Cantando —musitó Someshta—. ¿Había cantos? Se han perdido tantísimas cosas. Las Aes Sedai dicen que algunas volverán. Eres un Hijo del Dragón, ¿verdad?

Jonai se encogió. Aquel nombre había ocasionado problemas que el hecho de no ser cierto no hacía menos graves. ¿Cuántos ciudadanos creían ahora que había habido un tiempo en el que, de entre todos los Aes Sedai, los Da'shain Aiel sólo habían servido al Dragón?

—¡Jonai!

Se volvió hacia el sonido de la voz de Solinda, e hincó una rodilla en el suelo cuando la mujer se acercó. Las otras seguían discutiendo, pero en un tono más comedido.

—¿Está todo dispuesto, Jonai? —preguntó.

—Absolutamente todo, Aes Sedai. Solinda Sedai… —Vaciló y luego respiró hondo antes de continuar—: Algunos de nosotros queremos quedarnos. Todavía podemos serviros.

—¿Sabes lo que les ha ocurrido a los Aiel en Tzora? —Él asintió, y la mujer suspiró mientras le acariciaba el cabello como si todavía fuera un niño—. Sí, por supuesto que lo sabes. Vosotros, los Da'shain, tenéis más coraje que… Diez mil Aiel enlazados por el brazo y cantando en un intento de recordar a un loco quiénes eran y quién había sido él, de detenerlo con sus cuerpos y con un cántico. Jaric Mondoran los mató. Permaneció allí, plantado, con la mirada ausente, como perplejo, mientras los iba matando y ellos seguían cerrando filas, sin interrumpir el canto. Me han contado que estuvo escuchando al último Aiel durante casi una hora antes de acabar con él. Y entonces Tzora ardió en una inmensa llamarada que consumió piedra y metal y cuerpos. Sólo queda una capa de cristal donde antes se alzaba la segunda urbe más grande del mundo.

—Hubo mucha gente que tuvo tiempo de huir, Aes Sedai. Los Da'shain les dieron tiempo para que escaparan. No tenemos miedo.

La mano de Solinda se crispó dolorosamente sobre su cabello.

—Los ciudadanos ya han abandonado Paaran Disen, Jonai. Además, los Da'shain todavía tienen una misión que cumplir si es que Deindre es capaz de ver lo bastante lejos en el futuro para predecirlo. En cualquier caso, tengo intención de salvar algo de lo que queda aquí, y ese algo sois vosotros.

—Como ordenéis —aceptó de mala gana—. Cuidaremos de lo que habéis puesto a nuestro cargo hasta que volváis a pedirlo.

—Sí, por supuesto. Las cosas que os hemos entregado. —Le sonrió y aflojó los dedos para volver a acariciarle el cabello antes de entrelazar las manos—. Llevaréis los… las cosas a un lugar seguro, Jonai. Moveos, no os paréis hasta que encontréis ese sitio, donde nadie pueda haceros daño.

—Como ordenéis, Aes Sedai.

—¿Cómo está Coumin? ¿Se ha calmado?

Jonai no tenía más remedio que decírselo, aunque hubiera preferido cortarse la lengua de un mordisco.

—Mi padre está escondido en alguna parte de la ciudad. Intentó convencernos para que… presentáramos resistencia. No quiso atender a razones, Aes Sedai. Se negó a escucharnos. Encontró una vieja lanza en alguna parte, y… —Fue incapaz de seguir hablando. Esperaba que la mujer se encolerizara, pero vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Mantén el Pacto, Jonai. Aunque los Da'shain pierdan todo lo demás, ocúpate de que no se aparten de la Filosofía de la Hoja. Prométemelo.

—Desde luego, Aes Sedai —respondió, conmocionado. El Pacto eran los Aiel, y los Aiel eran el Pacto; abandonar la Filosofía sería renunciar a lo que eran. Coumin eran una aberración; se contaba que ya desde niño había sido raro, en nada parecido a un Aiel, aunque nadie sabía la razón.

—Vete ya, Jonai. Quiero que mañana os encontréis lejos de Paaran Disen. Y recuerda: no os paréis. Pon a los Aiel a salvo.

Jonai hizo una reverencia sin levantar la rodilla del suelo; pero la Aes Sedai ya había vuelto a la discusión que se sostenía en la mesa.

—¿Podemos fiarnos de Kodam y sus compañeros, Solinda?

—Debemos, Oselle. Son jóvenes e inexpertos, pero apenas están afectados por la contaminación, y… En fin, no nos queda más remedio.

—Entonces haremos lo que haya de hacerse. La espada tendrá que esperar. Someshta, tenemos una misión para el último de los Nym, si aceptas. Es mucho lo que te hemos pedido, pero aún debemos pedirte más.

Jonai se marchó haciendo una reverencia mientras el Nym se ponía de pie; la cabeza casi rozaba el techo. Inmersas en sus planes, ni siquiera miraban al Da'shain, pero en cualquier caso les rindió este último homenaje; tenía el presentimiento de que

no volvería a verlas.

Abandonó apresuradamente la Antecámara de los Siervos y siguió corriendo hasta dejar atrás la ciudad y llegar a donde el gentío reunido aguardaba. Miles de carretas, colocadas en diez filas, se extendían a lo largo de dos leguas; unas cargaban víveres y barriles de agua; otras, los objetos embalados que las Aes Sedai habían confiado al cuidado de los Aiel: *angreal*, *sa'angreal* y *ter'angreal*, todos ellos artilugios que debían mantenerse fuera del alcance de hombres que perdían la razón al encauzar el Poder Único. En otros tiempos habrían dispuesto de otros medios para transportarlos: autocarros, brincadores, deslizadores, grandes volaplanos. Pero ahora tenían que conformarse con los caballos y carretas tan penosamente reunidos. Entre los transportes había gente, la suficiente para poblar una ciudad, pero quizás eran los últimos Aiel que quedaban vivos en el mundo.

Un centenar se adelantó saliéndole al paso, hombres y mujeres, los delegados que querían saber si las Aes Sedai les daban permiso para que algunos se quedaran.

—No —les contestó. Algunos fruncieron el entrecejo, reacios a seguir las instrucciones, pero él añadió—: Debemos obedecer. Somos Da'shain Aiel, y hemos de cumplir las órdenes de las Aes Sedai.

El grupo se dispersó de vuelta a las carretas, lentamente, y Jonai creyó escuchar el nombre de Coumin, pero no debía permitir que tal cosa lo incomodara. Regresó presuroso a su propia carreta, a la cabeza de una de las filas centrales. Los caballos estaban muy nerviosos a causa de los temblores que sacudían la tierra de vez en cuando.

Sus hijos ya estaban subidos al pescante: Willim, de quince años, con las riendas cogidas; y Adan, de diez, a su lado. Los dos sonreían con nerviosismo. La pequeña Esole jugaba con una muñeca, tendida sobre la lona que tapaba sus posesiones y, lo más importante, los objetos entregados a su cargo por las Aes Sedai. No había espacio para que nadie fuera montado a excepción de los muy jóvenes o los muy viejos. Una docena de vástagos de sora enraizados en macetas de barro iban sujetos detrás del pescante para ser trasplantados cuando encontraran un lugar seguro. Tal vez era una necedad transportar algo así, pero en ninguna carreta faltaban los esquejes en sus tiestos. Un recuerdo de un tiempo ya pasado; un símbolo de la bonanza de otra época venidera. La gente necesitaba tener esperanza, y símbolos.

Alnora esperaba junto al tiro, con el reluciente y negro cabello derramándose como una cascada sobre sus hombros, recordándole la primera vez que la había visto, cuando no era más que una niña. Empero, las preocupaciones habían marcado arrugas alrededor de sus ojos.

Se las ingenió para sonreír, ocultando así sus propias tribulaciones.

—Todo irá bien, amada esposa. —Ella no dijo nada, y Jonai agregó—: ¿Has soñado?

—Nada relacionado con algo inmediato —murmuró—. Toda va y todo irá bien. —Esbozó una trémula sonrisa y le acarició la mejilla—. Estando contigo, sé que así será, amado esposo.

Jonai levantó el brazo, y su señal de partida se propagó como una onda por las filas. Lentamente las carretas empezaron a moverse, y los Aiel dejaron atrás Paaran Disen.

Rand sacudió la cabeza. Era demasiado. Los recuerdos se agolpaban como un enjambre. El aire estaba cargado con un resplandor tan electrizante como un relámpago. El viento levantaba remolinos de polvo. Muradin se había abierto profundos surcos en el rostro con las uñas y ahora se las clavaba en los ojos, y tiraba para arrancárselos.

Coumin se arrodilló al borde del terreno arado; llevaba sus ropas de trabajo, una chaqueta y unos calzones sencillos, grises y pardos, y suaves botas atadas con cordones, todo muy semejante al atuendo de los otros que rodeaban el campo: diez hombres de los Da'shain Aiel, separados entre sí unos tres o cuatro metros, y un Ogier, repartidos en círculo. Veía el campo siguiente, rodeado de igual modo, detrás de los soldados con sus lanzas, encaramados a los autocarros blindados. Un deslizador zumbaba por encima de su patrulla, un mortífero insecto de metal que transportaba dos hombres. Coumin tenía dieciséis años, y las mujeres habían decidido que por fin su voz era lo bastante profunda para unirse al canto de la simiente.

Los soldados lo fascinaban, hombres y Ogier, del mismo modo que lo haría una serpiente venenosa de llamativos colores. Esa gente mataba. Su bisabuelo, Charn, aseguraba que hubo un tiempo en que no existían soldados, pero Coumin no creía tal cosa. Si no hubiera soldados, ¿quién se enfrentaría a los Jinetes de la Noche y a los trollocs? Claro que Charn afirmaba que por entonces tampoco había Myrddraal ni trollocs, cuando, según él, el Oscuro Señor de la Tumba había sido confinado, y nadie sabía su nombre y desconocía el término «guerra». Coumin era incapaz de imaginar un mundo así; la guerra venía ya de antiguo cuando él había nacido.

Le gustaba escuchar los cuentos de Charn aunque le parecieran increíbles, aunque con alguno de sus relatos se ganaba las miradas ceñudas y los sarcasmos de los más viejos, como por ejemplo cuando manifestaba haber servido a uno de los Renegados en una ocasión; y no a un Renegado cualquiera, sino a la mismísima Lanfear. O como cuando decía que había servido a Ishamael. Si Charn no podía menos de inventarse historias, por lo menos que dijera que había servido a Lews Therin, el propio gran líder. Claro que, en tal caso, todos le preguntarían por qué no estaba ahora al servicio del Dragón; pero hasta eso sería mejor que la realidad. A Coumin no le gustaba el

modo en que los ciudadanos miraban a Charn cuando el viejo decía que Lanfear no siempre había sido malvada.

Un movimiento al extremo del campo lo puso sobre aviso de que uno de los Nym se aproximaba. La gigantesca forma, a la que el Ogier más grande no le llegaría al pecho, se adentró por el campo sembrado, y Coumin no tuvo que mirar para saber que iba dejando un rastro de brotes y retoños por donde pisaba. Era Someshta, rodeado por nubes de mariposas blancas, amarillas y azules. Un murmullo de excitación se levantó de los lugareños a quienes pertenecían estos campos y que se habían reunido para presenciar lo que ocurría. Ahora cada campo tenía su Nym.

Coumin se preguntó si Someshta podría aclararle las historias que contaba Charn. Había hablado una vez con él, y el Nym tenía edad suficiente para saber si Charn decía la verdad; en realidad, Someshta era mayor que cualquiera. Se decía que los Nym no morían nunca mientras crecieran las plantas. Sin embargo, éste no era el momento de hacerle preguntas.

Como era lo apropiado, el Ogier dio comienzo al cántico con su voz de bajo, unos retumbos graves como si la propia tierra cantara. Se le unieron los Aiel, y las voces de los hombres entonaron su propia canción; aun las más graves de ellas parecían agudas comparadas con la del Ogier. Empero, ambos cánticos se conjuntaron y entrelazaron, y Someshta tomó aquellos hilos y los tejió con su danza, desplazándose por el campo con los brazos extendidos y con cadenciosas zancadas mientras las mariposas revoloteaban a su alrededor y se posaban en sus dedos tendidos.

Coumin escuchaba el canto de la simiente en los campos colindantes, oía a las mujeres tocando palmas instando a los hombres a continuar, y aquel ritmo era el pálpito de una nueva vida, pero lo percibió todo como si viniera de muy lejos. Estaba volcado en el cántico, sintiendo como si fuera parte de su propio ser, no sonidos que emitía y que Someshta tejía con la tierra y alrededor de las semillas. Semillas que ya no eran tales. Los brotes de zemais cubrían el campo, más altos allí donde habían pisado los pies del Nym. Ninguna plaga marchitaría estas plantas; ningún insecto las devoraría. Las semillas cantaban y finalmente alcanzarían una altura que duplicaría la de cualquier hombre y llenarían los graneros de la ciudad. No lamentaba el hecho de que los Aes Sedai lo hubieran rechazado cuando tenía diez años aduciendo que le faltaba la chispa. Ser entrenado como Aes Sedai habría resultado maravilloso, pero sin duda no más que la sensación de este momento.

El canto se apagó lentamente, guiado por los Aiel hacia su fin. Someshta danzó varios pasos más después de que las voces hubieran callado, y dio la impresión de que la melodía permanecía suspendida en el aire mientras el Nym siguió moviéndose. Luego se paró y todo acabó.

A Coumin le sorprendió ver que los lugareños se habían marchado, pero no tuvo tiempo de preguntarse adónde se habían ido y por qué. Las mujeres se acercaban,

riendo, para felicitarlos. Ahora era uno de los hombres, no un niño, aunque las mujeres alternaban el besarlo en los labios con revolverle el corto cabello pelirrojo.

Fue entonces cuando reparó en el soldado que estaba a unos cuantos pasos y los observaba. Había dejado en alguna parte la lanza y la capa de batalla de pañovivo, pero seguía llevando el casco, que semejaba la cabeza de un insecto monstruoso y que ocultaba su rostro tras las mandíbulas a pesar de que la visera estaba levantada. Como si cayera en la cuenta de que todavía lo tenía puesto, el soldado se quitó el yelmo, dejando a la vista el semblante de un joven moreno que no sería más de cuatro o cinco años mayor que Coumin. Los penetrantes ojos castaños del soldado se encontraron con los del Aiel, y éste se estremeció. Su semblante ponía de manifiesto que era poco mayor que él, pero aquellos ojos… También al soldado debían de haberlo escogido para iniciar su entrenamiento a los diez años. Coumin se alegró de que a los Aiel los eximieran de ser elegidos para ese adiestramiento.

Uno de los Ogier, Tomana, se aproximó con las peludas orejas tiesas e inclinadas hacia adelante en un gesto inquisitivo.

—¿Tienes noticias, hombre de guerra? Reparé en que había cierta excitación en los autocarros mientras cantábamos.

El soldado vaciló un momento.

—Bueno, supongo que puedo decírtelo aunque todavía no ha sido confirmado. Nos ha llegado la información de que Lews Therin dirigió a los Compañeros en un ataque a Shayol Ghul esta mañana al amanecer. Algo está interrumpiendo las comunicaciones, pero el informe es que la Brecha ha sido sellada, con la mayoría de los Renegados al otro lado; quizá todos ellos.

—Entonces se acabó —suspiró Tomana—. Por fin, gracias le sean dadas a la Luz.

—Sí. —El soldado miró en derredor, como si de repente se sintiera perdido—. Yo… Supongo que sí. —Se contempló las manos y después las dejó caer a los costados. Parecía abrumado—. Los lugareños estaban ansiosos por empezar a festejarlo, y si la noticia es cierta la celebración se prolongará durante días. Me pregunto si… No, no querrán que un soldado se les una a la fiesta. ¿Iréis vosotros?

—Esta noche puede que sí —respondió Tomana—, pero nos faltan visitar otras tres ciudades para terminar el recorrido marcado.

—Por supuesto. Todavía os queda trabajo. Al menos vosotros tenéis eso. —El soldado volvió a mirar a su alrededor—. De todos modos aún quedan trollocs, incluso en el caso de que los Renegados no vuelvan a aparecer. Y también Jinetes de la Noche. —Asintió y echó a andar hacia los autocarros.

Tomana no se mostraba excitado, por supuesto, pero Coumin estaba tan estupefacto como el joven soldado. ¿Que se había terminado la guerra? ¿Cómo sería el mundo sin el conflicto? De repente sintió la imperiosa necesidad de hablar con Charn.

Los alegres sonidos de la celebración le salieron al paso antes de que llegara a la ciudad: risas, cantos, el tañido de las campanas en la torre del ayuntamiento. Los lugareños bailaban por las calles, hombres, mujeres y niños. Coumin pasó entre ellos, escudriñando a un lado y a otro. Charn había preferido quedarse en una de las posadas que albergaban a los Aiel en lugar de asistir al cántico —ya ni los Aes Sedai eran capaces de procurarle mucho alivio a sus doloridas y viejas rodillas— pero sin duda sí habría salido por este motivo.

Inesperadamente, algo golpeó a Coumin en la boca y sus piernas flaquearon; se puso de rodillas antes de darse cuenta de que había caído al suelo. Se llevó la mano a la boca y la retiró manchada de sangre. Al alzar la vista se encontró con un lugareño de rostro iracundo plantado ante él, todavía con el puño apretado.

—¿Por qué me has pegado? —preguntó.

El hombre le escupió.

—Los Renegados han muerto. Muerto, ¿te enteras? Lanfear ya no os protegerá más. Arrancaremos como a malas hierbas a los que servisteis a los Renegados mientras disimulabais estar de nuestra parte, y os daremos a todos el mismo merecido que a ese viejo chiflado.

—Vamos, Toma. —Una mujer tiraba del brazo del hombre—. ¡Ven, y cierra tu condenada boca! ¿Acaso quieres que los Ogier vengan por ti?

El tipo, de repente cauteloso, dejó que la mujer se lo llevara y ambos se perdieron entre la multitud.

Coumin se incorporó trabajosamente y echó a correr sin reparar en la sangre que le resbalaba por la barbilla.

La posada estaba desierta, silenciosa. Ni siquiera estaba el posadero ni la cocinera ni sus ayudantes.

—¡Charn! ¡Charn! —llamó a voces el joven mientras recorría el edificio apresuradamente.

Quizás estaba en el patio posterior. A Charn le gustaba sentarse debajo de los manzanos que había detrás y allí contar las historias de cuando era joven.

Coumin salió corriendo por la puerta trasera, tropezó y se fue de bruces al suelo. Se había enganchado con una bota que había tirada, una de las botas rojas que Charn llevaba siempre puestas, ahora que no se unía al cántico. Algo atrajo la atención de Coumin, haciéndolo mirar hacia arriba.

El cuerpo de Charn colgaba de una cuerda enganchada a la punta del caballete del tejado; uno de sus pies estaba descalzo, seguramente a causa de las sacudidas y las patadas, y los dedos de una mano se cerraban crispados sobre la garganta en un intento de aflojar la cuerda que lo había ahorcado.

—¿Por qué? —musitó Coumin—. Somos Da'shain. ¿Por qué?

No había nadie para responderle. Con la bota apretada contra el pecho, el joven

cayó de rodillas allí mismo y siguió mirando fijamente a Charn mientras el bullicio de la celebración proseguía en la ciudad.

Rand se estremeció. La luz de las columnas era una reluciente bruma azulada que daba la impresión de algo consistente, que parecía hincarse en sus nervios a través de la piel. El viento aullaba en un vasto remolino que lo absorbía hacia adentro. Muradin había logrado ponerse el velo; por encima del paño asomaban las ensangrentadas cuencas vacías. El Aiel estaba masticando algo, y una espuma sanguinolenta le resbalaba por la barbilla y goteaba sobre su pecho. Adelante.

Charn caminaba por la amplia y abarrotada calle bajo los soras, cuyas hojas trifoliadas difundían paz y bienestar a la sombra de los plateados edificios que tocaban el cielo. Una ciudad sin soras tendría un aspecto tan desolado como el árido paisaje de las tierras agrestes. Los autocarros zumbaban apagadamente a lo largo de la calle, y un gran volaplano blanco surcaba veloz el cielo, transportando ciudadanos a Comelle o Tzora o algún otro lugar. Rara vez viajaba en volaplanos —si necesitaba ir lejos, por lo general una Aes Sedai hacía el Viaje con él— pero esta noche subiría a uno para ir a M'jinn. Hoy era su vigésimo quinto aniversario del día del nombre, y por la noche tenía intención de aceptar la última oferta de matrimonio de Nalla. Se preguntó si se sorprendería; hacía un año que le daba largas porque no deseaba casarse; ello significaría pasar al servicio de Zorelle Sedai, a quien servía Nalla, pero Mierin Sedai ya le había dado su beneplácito.

Giró en una esquina y chocó contra un hombre moreno, ancho de hombros, que lucía una estrecha barba a la última moda. El empellón lo tiró de espaldas y se golpeó la cabeza con la acera, de manera que vio lucecitas. Aturdido, se quedó tendido en el suelo.

—Mira por dónde vas —espetó el hombre de la barba, irritado, mientras se arreglaba el jubón rojo. El negro cabello, que le llegaba a los hombros, lo llevaba recogido en la nuca. También era la última moda entre quienes no habían jurado el Pacto, imitando a los Aiel.

La mujer que lo acompañaba le puso la mano en el brazo; tenía el pelo pálido, y el refulgente blanco de su vestido de camalina se tornó algo opaco a causa de su repentina turbación.

—Jom, fíjate en su pelo. Es un Aiel —dijo.

Charn metió los dedos entre el corto cabello dorado rojizo y se tanteó la cabeza para comprobar si se había abierto una brecha. Dio un tirón a la larga cola de caballo que colgaba por su nuca en lugar de sacudir la cabeza para despejar el aturdimiento. Era un simple chichón, nada más, pensó.

—Sí, lo es. —El enojo del hombre se desvaneció y dio paso a la consternación—. Disculpadme, Da'shain. Soy yo quien debería mirar por dónde va. Dejad que os ayude a levantaros. —Antes de acabar de hablar ya estaba incorporando a Charn—. ¿Os encontráis bien? Llamaré a un brincador para que os lleve a donde os dirigís.

—No estoy herido, ciudadano —repuso suavemente Charn—. De verdad, fue culpa mía. —Lo era, en efecto, por ir casi corriendo. Podría haber hecho daño al hombre—. ¿Os encontráis bien? Perdonadme, os lo ruego.

El hombre abrió la boca para protestar, como hacían siempre los ciudadanos —parecían creer que los Aiel estaban hechos de cristal hilado— pero antes de que tuviera oportunidad de decir algo el suelo se alabeó bajo sus pies. También el aire se rizó en ondas expansivas. El hombre miró en derredor, desconcertado, y echó su capa de pañovivo sobre su dama y sobre sí mismo, de manera que sus cabezas daban la impresión de flotar, incorpóreas, en el aire.

—¿Qué ocurre, Da'shain?

Otros que habían reparado en el cabello de Charn se agrupaban a su alrededor con nerviosismo y le hacían la misma pregunta, pero él hizo caso omiso, sin pensar siquiera si estaba siendo descortés. De hecho, empezó a abrirse paso a empujones entre la multitud, con los ojos fijos en el Sharom; la blanca esfera, de trescientos metros de diámetro, flotaba por encima de las cúpulas azules y plateadas de Collam Daan.

Mierin había dicho que hoy era el día; afirmaba haber encontrado una nueva fuente para el Poder Único. Los Aes Sedai, tanto hombres como mujeres, podrían tomarlo de una misma fuente, no de dos mitades separadas. Lo que varones y hembras unidos podrían llevar a cabo sería mucho más importante a partir de ahora, que dejaría de haber diferencias. Y era hoy cuando Beidomon y ella abrirían por primera vez esa conexión, la última ocasión en que hombres y mujeres trabajarían juntos manejando un Poder diferente. Hoy.

Lo que parecía una minúscula esquirla blanca se desprendió del Sharom y estalló en una llamarada negra; descendió engañosamente lenta, insignificante. Entonces un centenar de partículas brotaron todo alrededor de la inmensa esfera blanca. El Sharom reventó como un huevo y empezó a caer erráticamente, cual una infernal hoguera negra. La oscuridad se propagó por el cielo, tragándose al sol en una noche antinatural, como si la luz de aquellas llamas irradiara tinieblas. La gente gritaba por todas partes.

Con el primer estallido de fuego, Charn echó a correr hacia el Collam Daan, pero sabía que era demasiado tarde. Había jurado servir a los Aes Sedai, y llegaba demasiado tarde. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras corría.

Parpadeando para librarse de los puntos luminosos que danzaban ante sus ojos,

Rand se apretó la cabeza con las dos manos. La imagen todavía flotaba en su mente, aquella inmensa esfera, estallando en llamas negras, desplomándose. «¿Vi realmente el agujero que se abría en la prisión del Oscuro? ¿Lo vi? —Estaba al borde de las columnas de cristal, mirando hacia *Avendesora*—. Un árbol sora. Una ciudad es un territorio salvaje sin soras, y ahora sólo queda uno.» Las columnas centelleaban con el resplandor azulado que emitía la alta cúpula de niebla, pero la luz volvía a ser de nuevo simples reflejos brillantes. No había señales de Muradin; Rand dudaba que el Aiel hubiera salido del bosque de cristal; o que llegara a salir alguna vez.

De pronto algo atrajo su atención hacia las ramas inferiores del Árbol de la Vida: una figura que se mecía lentamente: era un hombre colgado de una vara suspendida entre dos ramas, con una cuerda ceñida a su garganta.

Soltando un alarido, echó a correr hacia el árbol al tiempo que entraba en contacto con el *Saidin*; la espada flameante se materializó en sus manos en el momento en que saltaba y segó la cuerda. Mat y él cayeron sobre las polvorientas losas del pavimento con un golpe sordo. La vara se desprendió del árbol y cayó ruidosamente junto a ellos; no era una vara, sino una extraña lanza con el mango negro y la hoja de una espada corta en lugar de la habitual punta, ligeramente curvada y con un solo filo, aunque a Rand le habría traído sin cuidado que estuviera hecha de oro y *cuendillar* engastados con zafiros y rubíes.

Dejó que la espada desapareciera e interrumpió el contacto con el Poder; aflojó frenéticamente la cuerda que estrangulaba a su amigo y puso el oído en su pecho. Nada. Desesperado, abrió violentamente la chaqueta y la camisa de Mat, partiendo un cordón de cuero del que colgaba un medallón de plata. Tiró a un lado el colgante y volvió a poner la oreja contra el pecho de Mat. Nada. Ni un latido. Estaba muerto. «¡No! No le habría pasado nada si no hubiera dejado que me siguiera hasta aquí. ¡No puedo dejarlo morir!»

Dio un seco empujón con el puño sobre el tórax de Mat, tan fuerte como le fue posible, y escuchó. Nada. Repitió la maniobra y escuchó. Sí. Un débil latido. Lo era. Muy tenue, muy lento. Cada vez más lento. Pero Mat seguía vivo a pesar del grueso costurón purpúreo que se marcaba alrededor de su garganta. Todavía había posibilidad de mantenerlo con vida.

Se llenó los pulmones de aire y sopló en la boca de Mat. Otra vez. Y otra. Después se puso a horcajadas sobre su amigo, agarró la cinturilla de los calzones y tiró hacia arriba, de manera que le levantó las caderas del suelo. Lo repitió tres veces, y a continuación reanudó la respiración boca a boca. Podría haber encauzado; tal vez habría conseguido algo de ese modo, pero el recuerdo de la niña en la Ciudadela lo echó atrás. Quería que Mat viviera, no que fuera una marioneta movida por el Poder. Una vez, en Campo de Emond, había visto a maese Luhhan revivir así a un muchacho al que encontraron flotando en el arroyo del manantial. De modo que siguió

insuflando aire, tirando de la cintura hacia arriba y rezando.

De repente Mat sufrió una violenta sacudida, y tosió. Rand se arrodilló a su lado mientras su amigo se llevaba las manos a la garganta y rodaba de lado, inhalando aire dolorosamente, entre jadeos.

Mat tocó el trozo de cuerda y se estremeció.

—Esos malditos… hijos… de cabra —balbució con voz ronca—. Intentaron… matarme.

—¿Quiénes? —preguntó Rand, que miró en derredor, alerta. Los palacios a medio terminar que cercaban la gigantesca plaza parecían observarlo. Rhuidean tenía que estar desierto, a excepción de ellos dos; a menos que Muradin siguiera vivo, en alguna parte.

—Los tipos… que hay al otro lado… de ese marco retorcido. —Tragó saliva con gesto de dolor, se sentó e inhaló entrecortadamente—. Hay otro aquí, Rand. —La voz le sonaba todavía como si tuviera la garganta en carne viva.

—¿Y pudiste cruzarlo? ¿Te respondieron las preguntas? —Eso podría serle útil. Necesitaba más respuestas desesperadamente. Respuestas a miles de interrogantes, no sólo a unos pocos.

—Nada de respuestas —contestó roncamente Mat—. Son unos tramposos. E intentaron matarme. —Recogió el medallón; la cabeza de zorro plateado casi le cubría la palma. Al cabo de un momento se lo guardó en el bolsillo, con una mueca —. Por lo menos saqué algo de ellos. —Acercó hacia sí la extraña lanza, y pasó los dedos por el negro astil. A lo largo de éste había una línea escrita con una extraña grafía y que estaba enmarcada a ambos extremos por sendos pájaros realizados con un metal aún más oscuro que la madera. A Rand le parecían cuervos. Había otro par grabado en la cuchilla. Mat soltó una seca risotada y se puso de pie, apoyándose en la lanza; la parte inferior de la cuchilla le llegaba a la altura de la cabeza. No se molestó en anudar el lazo de la camisa ni abotonar la chaqueta—. También me quedaré con esto. Es una broma de ellos, pero lo conservaré.

—¿Una broma?

—Sí, lo que pone en el mango:

Así queda escrito el trato; así se cierra el acuerdo.
La mente es la flecha del tiempo; jamás se borra el recuerdo.
Lo que se pidió se ha dado. El precio queda pagado.

»Una buena broma ¿sabes? Los haré rodajas con su propio ingenio si se me presenta la ocasión. Yo les daré "mente y recuerdo". —Se encogió y se llevó la mano a la cabeza—. ¡Luz, cómo me duele! Todo da vueltas y vueltas, como un millar de retazos de sueños, y cada uno de ellos se me clava en el cerebro como una aguja. ¿Crees que Moraine me procuraría algún alivio si se lo pido?

—No me cabe la menor duda —contestó Rand lentamente.

A Mat tenía que dolerle mucho para que estuviera pensando en pedir ayuda a la Aes Sedai. Echó otra ojeada al negro astil de la lanza; la mayor parte de la grafía estaba tapada por la mano de su amigo, pero no del todo. Fuera lo que fuera, no tenía la menor idea de su significado. ¿Cómo lo había sabido leer Mat? Los vacíos ventanales de Rhuidean lo contemplaban con sorna. «Todavía ocultamos muchos secretos —parecían decir—. Más de los que imaginas. Peores de lo que supones.»

—Regresemos, Mat. No me importa si tenemos que cruzar el valle en plena noche. Como dijiste, hará más fresco. No quiero permanecer un minuto más aquí.

—Me parece una excelente idea con la que estoy completamente de acuerdo. —Mat tosió—. Aunque no estaría de más echar otro trago de agua en esa fuente antes de marcharnos.

Rand mantuvo el paso de Mat, que al principio caminaba lentamente, renqueando, apoyándose en la extraña lanza como si fuera un cayado. Rand se detuvo un momento cuando pasaron delante de las dos figurillas de un hombre y una mujer que sostenían esferas de cristal, pero las dejó allí. Todavía no. Y si tenía suerte, no las necesitaría hasta dentro de mucho tiempo.

Cuando dejaron atrás la gran plaza, fue como si los palacios a medio construir los observaran amenazadoramente, con los irregulares remates semejando las murallas de una inmensa fortaleza. Rand entró en contacto con el *Saidin* a pesar de que no se veía un peligro real. No obstante lo percibía, como si tuviera clavados en la espalda unos ojos asesinos. Rhuidean continuaba silenciosa y desierta, sin resquicio para las sombras bajo el azulado fulgor de su techo de niebla. El polvo de las calles se rizó con el soplo del viento. Viento… ¡Pero si no había viento!

—Oh, maldita sea —masculló Mat—. Me parece que tenemos problemas, Rand. Esto me pasa por estar contigo. Siempre me metes en líos.

Las ondas se formaron con mayor rapidez, deslizándose y uniéndose para formar líneas más gruesas, todavía estremeciéndose.

—¿Puedes caminar más deprisa? —preguntó Rand.

—¿Caminar? ¡Rayos y truenos, puedo correr! —Mat sujetó la lanza en diagonal contra el pecho y, poniendo en práctica lo que decía, emprendió la carrera.

Trotando a su lado, Rand hizo aparecer de nuevo la espada a pesar de que no sabía si le serviría de algo contra unas ondeantes líneas de polvo ni si realmente le hacía falta. No era más que polvo. «Pues claro que no es sólo polvo, maldita sea. Se trata de una de esas burbujas, la maldad del Oscuro moviéndose errática por el Entramado, buscando a los condenados *ta'veren*. Sé que lo es.»

Alrededor, por doquier, el polvo ondeaba, se unía, se espesaba, agrupándose y amontonándose. De repente, justo delante de ellos, una forma se alzó en el pilón seco de una fuente, tan sólida como la figura de un hombre, oscura y sin rasgos, con los

dedos como afiladas garras. Saltó sobre ellos, silenciosa.

Rand se movió automáticamente —La luna saliendo sobre el agua— y la hoja de Poder ensartó aquella oscura forma. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en una espesa nube de polvo que se esparció por el suelo.

Empero, otras ocuparon su lugar; negras formas sin rasgos que salían de todas partes, sin que hubiera dos iguales, pero todas con las garras prestas, tendidas hacia ellos. Rand ejecutó diversas posturas mientras se movía entre ellas, tejiendo con el arma intrincados trazos en el aire y dejando tras de sí motas de polvo flotantes. Mat manejaba la lanza como una barra, en un borroso remolino, pero utilizaba la cuchilla como si hubiera usado aquella arma toda su vida. Las criaturas morían —o al menos volvían al polvo—, pero había muchas y eran muy rápidas. La sangre manaba del rostro de Rand, y la vieja herida del costado estaba a punto de volver a abrirse. También Mat tenía la cara y el pecho manchados de sangre. Eran demasiadas, y endiabladamente veloces.

No haces ni la décima parte de lo que ya eres capaz. Es lo que Lanfear le había dicho; Rand se echó a reír mientras ejecutaba las posturas de lucha. Aprender de uno de los Renegados. Sí, podía hacerlo, aunque no del modo que ella pretendía. ¿Por qué no? Encauzó, tejió los hilos del Poder, y lanzó un remolino al centro de cada una de las formas negras; explotaron en nubes de polvo, tan densas que lo hicieron toser. Hasta donde alcanzaba la vista, el polvo flotaba en el aire y caía lentamente al suelo.

Jadeando y tosiendo, Mat se apoyó en la lanza de astil negro.

—¿Ha sido obra tuya? —resolló mientras se limpiaba la sangre que le resbalaba sobre los ojos—. Pues ya iba siendo hora. Si sabías cómo destruirlas, ¿por qué no lo hiciste desde el principio, maldita sea?

Rand se echó a reír otra vez. «Porque no lo pensé. Porque no sabía cómo hasta que lo hice.» Sin embargo no llegó a decirlo en voz alta. El polvo acabó de caer al suelo y empezó de nuevo a ondear.

—Corre —instó—. Tenemos que salir de aquí. ¡Corre!

Se lanzaron a toda velocidad hacia el muro de niebla, descargando sus armas contra cualquier línea de polvo que tuviera cierto espesor, pateándolas, haciendo cualquier cosa para impedir que cobraran consistencia. Rand lanzó más remolinos en todas direcciones, pero el polvo esparcido empezaba a agitarse y a reunirse de inmediato, ahora incluso antes de haber tocado el suelo. Siguieron corriendo, llegaron a la niebla y la atravesaron sin disminuir la velocidad; irrumpieron en el valle bajo una mortecina luz.

Un agudo pinchazo en el costado lo martirizaba, pero Rand giró prestamente sobre sus talones, dispuesto a descargar rayos, fuego; lo que hiciera falta. Pero de la niebla no salió nada tras ellos. Tal vez el manto de bruma era una muralla infranqueable para esas oscuras formas. Tal vez las retenía al otro lado. Tal vez… No

lo sabía, y tampoco le importaba siempre y cuando esas cosas no los persiguieran.

—Que me aspen —carraspeó Mat—. Mira, va a despuntar el alba. Hemos estado toda la noche ahí dentro. No me parecía que hubiera pasado tanto tiempo.

Rand contempló el cielo. El sol no había asomado todavía tras las montañas, pero una aureola cegadoramente brillante perfilaba las escarpadas cumbres; el suelo del valle estaba cubierto de sombras alargadas. *Llegará de Rhuidean al alba, y os unirá a todos con unos lazos imposibles de romper. Os llevará de regreso y os destruirá.*

—Vamos, subamos a la montaña —dijo en voz queda—. Deben de estar esperándonos.

«Esperándome.»

27



En los Atajos

La oscuridad de los Atajos ahogaba la luz de la linterna de Perrin reduciéndola a un halo claramente definido alrededor de Gaul y de él. El crujido de la silla de montar y el acompasado rechinar de los cascos sobre el suelo de piedra también parecían frenarse al borde de la luz. No flotaba olor alguno en el aire; nada. El Aiel caminaba con fáciles zancadas junto a *Brioso* sin quitar ojo del mortecino brillo de las linternas del grupo de Loial, más adelante. Perrin se negaba a referirse a ellos como el grupo de Faile. A pesar de su mala reputación, los Atajos no parecían afectar a Gaul; por su parte, Perrin no podía menos de aguzar el oído como había estado haciendo durante los dos últimos días o lo que pasaba por ser días en este lugar de tinieblas. Serían sus oídos los que captarían primero el ruido que presagiaba que todos ellos iban a morir o quizás algo peor; el aullido de un viento donde jamás soplaba la más leve brisa salvo el *Machin Shin*, el Viento Negro que devoraba las almas. No podía evitar pensar que viajar por los Atajos era una necedad mayúscula; sin embargo, cuando la necesidad apremiaba, todo aquello que normalmente se consideraba un disparate dejaba de serlo.

La débil luz al frente se detuvo, y el joven sofrenó su caballo en medio de lo que parecía un antiguo puente de piedra —antiguo por las grietas de los antepechos y los irregulares hoyos y baches que salpicaban la calzada— que se elevaba en arco sobre la infinita negrura. Seguramente debía de tener cerca de los tres mil años, pero ahora parecía estar a punto de desplomarse.

El caballo de carga se pegó a la grupa de *Brioso*; los animales buscaban consuelo en el reconfortante contacto entre sí y giraban los ojos con intranquilidad observando el oscuro entorno. Perrin sabía cómo se sentían; la compañía de unas cuantas personas más habría aliviado en parte el agobiante peso de esta noche infinita. Con todo, no se habría aproximado más a las linternas que brillaban al frente aunque hubiera viajado solo, porque no quería arriesgarse a que se repitiera lo ocurrido en la primera isla, poco después de entrar por la puerta a los Atajos en Tear. Se rascó la rizosa barba con irritación. No sabía bien qué había esperado, pero no aquello…

La linterna se meció en la punta del palo cuando desmontó y condujo a *Brioso* y

al caballo de carga hacia la guía, una alta losa de piedra blanca cubierta de incrustaciones plateadas que formaban delicados trazos, con una vaga semejanza a enredaderas y hojas, todas ellas marcadas con picaduras, como si les hubiera salpicado ácido. No sabía leerlo, por supuesto, ya que se trataba de escritura Ogier y Loial sería quien se encargaría de ello, de modo que caminó alrededor de la isla para examinarla. No se diferenciaba de las que ya había visto, rodeada por una balaustrada de piedra blanca de simples tallas curvas y circulares que formaban un complejo diseño. La balaustrada se interrumpía a intervalos, donde arrancaban otros puentes cuyos arcos se perdían en las tinieblas, así como rampas carentes de barandillas que subían o bajaban sin que se viera qué las soportaba. Las grietas, los hoyos y los baches abundaban por doquier, como si la piedra estuviera pudriéndose. Cada vez que los caballos se movían se escuchaba un ruido rasposo, como si los cascos desprendieran arenilla de la piedra. Gaul escudriñaba la oscuridad sin dar señales de nerviosismo; claro que él ignoraba lo que podía haber por allí fuera. Perrin sí lo sabía, y demasiado bien.

Cuando Loial y los demás llegaron, Faile desmontó inmediatamente de su yegua negra y se dirigió hacia Perrin con la mirada clavada en su rostro. El joven empezaba a lamentar haberla preocupado, pero Faile no parecía alarmada en absoluto; en realidad, Perrin no habría sabido describir su expresión.

—¿Has decidido hablarme en lugar de mirarme por encima del…?

El tremendo bofetón le hizo ver las estrellas.

—¿Qué te proponías al salir hacia aquí como un jabalí lanzado a la carga? ¡No tienes la menor consideración! ¡Ni pizca!

—Te pedí que no volvieras a hacer eso —dijo Perrin tras respirar profunda, lentamente.

Los ojos de Faile, oscuros y rasgados, se abrieron de par en par como si el joven hubiera dicho algo exasperante. Perrin se frotaba la mejilla cuando la siguiente bofetada lo alcanzó por el otro lado, casi descoyuntándole la mandíbula. Los Aiel observaban la escena con interés; Loial tenía las orejas caídas.

—Te dije que no hicieras esto —gruñó Perrin.

El puño de la chica no era grande, pero el directo que le atizó en las costillas estuvo a punto de dejarlo sin aire en los pulmones y lo hizo doblarse hacia ese lado; además, se disponía a descargar otro puñetazo. Perrin soltó un hondo gruñido, la cogió por el cogote y…

Bueno, ella se lo había buscado; era culpa suya. Le había pedido que no lo abofeteara. Se lo había repetido varias veces. Se lo había buscado. A Perrin le sorprendió que no intentara sacar uno de sus cuchillos, sin embargo; debía de llevar encima tantos como el propio Mat.

Estaba furiosa, desde luego. Furiosa con Loial por intentar intervenir ya que ella

sabía valerse por sí misma, muchas gracias. Furiosa con Bain y Chiad por no haber intervenido; se quedó desconcertada cuando las dos Aiel explicaron que suponían que no quería que interfirieran en una pelea elegida por ella. «Cuando uno inicia una lucha —dijo Bain—, debe arrostrar las consecuencias, se gane o se pierda.» No obstante, no parecía estar enfadada ya con él, ni lo más mínimo, y eso lo ponía nervioso. Se había limitado a mirarlo de hito en hito, con los oscuros ojos relucientes por el velo de lágrimas, cosa que lo hizo sentirse culpable y que acabó poniéndolo furioso. ¿Por qué iba a sentirse culpable? ¿Acaso esperaba que se quedara quieto dejando que lo golpeara hasta hartarse? Faile montó en *Golondrina* y se quedó inmóvil, con la espalda muy recta, mirándolo de un modo indescifrable. Lo puso más nervioso aún; casi habría preferido que sacara uno de sus cuchillos. Pero sólo casi.

—Se mueven otra vez —avisó Gaul.

Perrin volvió al presente con un sobresalto. Sí, la otra luz se movía, pero enseguida volvió a detenerse; alguno de ellos, probablemente Loial, se había percatado de que todavía no los seguían. A Faile no le importaría que se perdiera, y las dos Aiel habían intentado convencerlo en dos ocasiones para que caminara un rato con ellas apartados del grupo. Ni siquiera hizo falta la leve sacudida de cabeza de Gaul para que Perrin rehusara. Taconeó los flancos de *Brioso* y tiró del ronzal del caballo de carga.

La losa guía estaba aun más corroída que las que habían visto hasta ahora, pero el joven pasó ante ella sin dirigirle apenas una ojeada por encima. Las luces de las otras linternas iniciaban el descenso por una de las rampas suavemente inclinadas, y las siguió con un suspiro. Odiaba las rampas. Llegó al arranque del trazado en espiral, al que flanqueaban únicamente las tinieblas, y siguió la curva descendente; al frente no se distinguía más que la tenue luz de la linterna meciéndose sobre su cabeza. Algo le decía que la caída por el borde no tenía fin. *Brioso* y el caballo de carga se mantenían en la parte central de la rampa sin necesidad de que él los instara a hacerlo, e incluso Gaul evitaba aproximarse al borde. Lo que era peor, cuando la rampa desembocó en otra isla, la única conclusión a la que podía llegarse era que se encontraba exactamente debajo de la que acababan de abandonar; se alegró de ver que Gaul miraba hacia arriba, de comprobar que no era él el único que se preguntaba qué sostenía las islas en lo alto y si tal apoyo seguía siendo seguro.

Las linternas de Loial y Faile se habían detenido de nuevo junto a la guía, de modo que frenó su montura nada más salir de la rampa. Sin embargo, en esta ocasión el grupo no prosiguió.

—Perrin —llamó Faile al cabo de unos segundos.

El joven intercambió una mirada con Gaul, y el Aiel se encogió de hombros. La muchacha no le había dirigido la palabra desde que…

—Perrin, ven. —El tono no era perentorio, pero tampoco era una amable petición.

Bain y Chiad estaban sentadas cómodamente en cuclillas junto a la guía, y Loial y Faile seguían en sus monturas, sosteniendo las lámparas por el palo. El Ogier sujetaba los ronzales de los animales de carga; sus copetudas orejas se agitaron mientras sus ojos iban de Faile a Perrin alternativamente. Por otro lado, la joven parecía completamente absorta en ajustarse los guantes de suave piel verde con dorados halcones bordados en el envés. También se había cambiado de atuendo. Era del mismo estilo que el anterior, con cuello alto y falda pantalón, pero estaba confeccionado en seda brocada de un color verde oscuro y parecía resaltar su busto. Era la primera vez que Perrin veía este vestido.

—¿Qué quieres? —preguntó, desconfiado.

Faile alzó los ojos como si le sorprendiera verlo, ladeó la cabeza con gesto pensativo y después sonrió como si acabara de recordar algo.

—Oh, sí. Quería comprobar si habías aprendido a acudir cuando te llamo. —Su sonrisa se acentuó debido, sin duda, a que le oyó rechinar los dientes.

El joven se frotó la nariz; había en el aire un débil tufo maloliente.

—Igual que si intentaras entender al sol, Perrin —dijo Gaul—. Existe, simplemente, y no hay que comprenderlo. No puedes vivir sin él, pero exige un precio. Lo mismo ocurre con las mujeres.

Bain se acercó a Chiad para susurrarle algo al oído, y las dos Aiel se echaron a reír. Por el modo en que los miraban a Gaul y a él, Perrin supuso que no le habría hecho gracia saber lo que encontraban tan divertido.

—No es por eso —retumbó Loial, cuyas orejas se agitaron con irritación. El Ogier le asestó a Faile una mirada acusadora que no la azoró ni poco ni mucho; la muchacha le dedicó una ambigua sonrisa y continuó ajustándose los guantes—. Lo siento, Perrin, pero insistió en llamarte ella. El motivo es que ya hemos llegado. —Señaló la base de la guía, donde una ancha línea blanca, interrumpida por los hoyos del suelo, se extendía no hacia un puente o una rampa, sino hacia la oscuridad—. Es la puerta a los Atajos de Manetheren, Perrin.

El joven asintió en silencio; no estaba dispuesto a sugerir que siguieran la línea para que Faile lo increpara por intentar ponerse al mando. Volvió a frotarse la nariz con gesto absorto; aquel tufo apestoso apenas perceptible resultaba irritante. No tenía intención de hacer siquiera la más leve sugerencia; si Faile quería estar al mando, que lo hiciera. Pero la joven continuaba tonteando con los guantes y esperando, obviamente, a que él dijera cualquier cosa para así hacer un comentario ingenioso. Le gustaban las ocurrencias, mientras que él prefería decir exactamente lo que pensaba. Irritado, hizo volver grupas a *Brioso* con intención de continuar sin ella y sin Loial. La línea conducía a la puerta, y sabía distinguir la hoja de *Avendesora* que la abriría.

De repente, captó el rítmico repiqueteo de pezuñas en la oscuridad, y su mente identificó de golpe el fétido olor.

—¡Trollocs! —gritó.

Gaul giró suavemente sobre sus talones e hincó una lanza en la negra cota de malla de un trolloc con hocico de lobo que se abalanzaba hacia el círculo de luz con la curva espada enarbolada; en el mismo movimiento grácil extrajo el arma y se apartó a un lado para que la enorme bestia se desplomara en el suelo. Empero, detrás venían más trollocs cual un torbellino de hocicos de cabra, colmillos de jabalí, crueles picos y cuernos retorcidos, empuñando espadas, hachas y lanzas. Los caballos corcovaron y relincharon.

Sosteniendo en alto la linterna, pues la idea de combatir a estos seres en la oscuridad le provocaba un sudor frío, Perrin buscó a tientas un arma y la descargó contra un deforme rostro hocicudo. Se sorprendió al caer en la cuenta de que había sacado el martillo de las correas que lo sujetaban a las alforjas; no obstante, aunque carecía del aguzado filo del hacha, los cinco kilos de acero forjado por el brazo de un herrero lanzaron hacia atrás al trolloc, que se tambaleó a la par que chillaba y se cubría con las garras la cara hecha papilla.

Loial arremetió con el palo de su linterna contra la cornuda cabeza de otro trolloc y el fanal se rompió; envuelta en el aceite prendido, la bestia corrió lanzando alaridos y se perdió en las tinieblas. El Ogier continuó blandiendo el sólido palo que en sus manos semejaba una fina vara, pero que al descargarse causaba secos chasquidos de huesos rotos. Uno de los cuchillos de Faile se alojó en un ojo sorprendentemente humano, encima de un hocico con colmillos. Los Aiel bailaban la danza de las lanzas y, de algún modo, habían hallado el momento de cubrirse el rostro con el velo. Perrin golpeaba una y otra vez, sin descanso, sumergido en un torbellino de muerte que se prolongó quizás un minuto, o cinco, aunque a él le pareció una hora. Empero, todos los trollocs acabaron cayendo, y aquellos que no estaban muertos se sacudían con los últimos estertores.

Perrin inhaló aire con ansiedad; sentía el brazo derecho como si el peso del martillo fuera a arrancárselo de cuajo; un lado de la cara le ardía y algo húmedo resbalaba por la mejilla, al igual que por una de las piernas, donde las armas trollocs lo habían herido. Los tres Aiel tenían como mínimo una mancha de humedad que enrojecía sus ropas pardas y grises, y a Loial le habían abierto un feo tajo en el muslo. Los ojos de Perrin pasaron veloces sobre ellos buscando a Faile. Si la habían herido… La joven estaba montada en su yegua negra, con un cuchillo empuñado y listo para ser lanzado. De hecho, la muchacha se las había ingeniado para quitarse los guantes y sujetarlos debajo del cinturón. Que Perrin viera, no tenía una sola herida. En el penetrante olor a sangre —humana, de Ogier y de trollocs— no le habría sido posible percibir la de Faile en caso de que estuviera sangrando, pero conocía bien su olor personal y no captaba el de dolor por estar herida. Sin duda, la única razón de que continuaran vivos era el brusco contraste entre la luz y la oscuridad, ya que la

primera hacía daño a los trollocs en los ojos y a las bestias les costaba adaptarse al cambio.

Sólo tuvieron un momento de respiro, justo lo suficiente para mirar en derredor. De improviso, con un rugido escalofriante, un Fado saltó al círculo de luz. Las vacías cuencas oculares presagiaban la muerte, mientras la negra espada se descargaba con la mortífera celeridad de un relámpago. Los caballos relincharon aterrados al tiempo que intentaban huir.

Gaul apenas si tuvo tiempo de interponer la adarga en el camino de aquella espada, y la negra hoja cortó limpiamente un trozo del escudo como si las rígidas capas de cuero endurecido fueran hojas de papel. Arremetió con la lanza, esquivó por los pelos una estocada y volvió a asestar un lanzazo. Varias flechas se hincaron en el torso del Myrddraal; Bain y Chiad habían metido las lanzas en el correaje que sujetaba a su espalda las fundas de los arcos de hueso, los cuales estaban utilizando ahora. Más flechas se clavaron en el pecho del Semihombre mientras la lanza de Gaul continuaba arremetiendo una y otra vez. De pronto, uno de los cuchillos de Faile se hundió en aquel rostro lívido y liso como un gusano blanco. El Fado no doblaba la rodilla, no cejaba en su empeño de matarlos; únicamente los ágiles quiebros de sus adversarios evitaron que la negra espada encontrara músculos y huesos en los que hundirse.

Sin ser consciente de ello, Perrin mostró los dientes al lanzar un sordo gruñido. Odiaba a los trollocs como un enemigo ancestral de su estirpe, pero ¿un Nonacido…? Merecía la pena morir con tal de acabar con uno de ellos. «¡Oh, sí, hincarle los dientes en la garganta!» Sin pensar siquiera que podía interponerse en el trayecto de las flechas de Bain y Chiad, obligó a *Brioso* a aproximarse al Nonacido por la espalda utilizando riendas y rodillas. En el último instante, el ser giró sobre sí mismo desentendiéndose de Gaul sin que aparentemente notara el lanzazo del Aiel, aunque la punta le entró entre los hombros y le salió por debajo de la garganta, y clavó aquella mirada vacía que provocaba el terror en cualquier hombre. Demasiado tarde. El martillo del joven se descargó y le aplastó el cráneo.

A pesar de encontrarse desplomado en el suelo y casi descabezado, el Myrddraal continuó sacudiéndose y asestando golpes con su espada forjada en Thakan'dar. *Brioso* reculó a la par que relinchaba con nerviosismo y, de repente, Perrin se sintió como si le hubieran echado un cubo de agua helada. Aquella hoja de acero negro ocasionaba heridas que hasta a las Aes Sedai les costaba mucho trabajo sanar, y él se había adelantado con absoluta despreocupación. «Hincarle los dientes en… ¡Luz, he de controlarme! ¡Como sea!»

Sus agudos oídos todavía captaban sonidos apagados en la oscuridad, al otro extremo de la isla: el repiqueteo de pezuñas, el sonido rasposo de botas, el resuello de jadeos y el murmullo gutural. Había más trollocs, cuántos no sabría decir. Lástima

que no hubieran estado vinculados al Myrddraal, aunque tal vez no se decidieran a atacar sin contar con la guía del Fado. Habitualmente los trollocs eran cobardes natos que preferían luchar contra un enemigo al que superaran en número para llevar a cabo una matanza fácil; empero, incluso sin el Myrddraal cabía la posibilidad de que se animaran a atacar de nuevo.

—La puerta —dijo—. Tenemos que salir de aquí antes de que decidan qué van a hacer sin eso. —Utilizó el martillo para señalar el cuerpo del Fado que seguía agitándose espasmódicamente. Faile hizo volver grupas a *Golondrina* con tal prontitud que dejó estupefacto al joven—. ¿No vas a discutir mi sugerencia?

—No cuando lo que dices tiene sentido —replicó ella—. Loial…

El Ogier se puso a la cabeza del grupo montado en su enorme caballo cernejudo. Perrin se situó detrás de él y de Faile, aunque de cara a la isla, martillo en mano y flanqueado por los Aiel, que llevaban los arcos aprestados. En la negrura se escuchó el apagado sonido de pezuñas y botas persiguiéndolos y los ásperos murmullos en un lenguaje demasiado tosco para ser pronunciado por un humano. Los susurros sonaban cada vez más cerca a medida que los trollocs recuperaban el coraje.

Otro sonido, semejante al susurro de seda contra seda, llegó a los oídos de Perrin y lo heló hasta los huesos. El ruido se hizo más intenso, como la respiración de un gigante, aspirando, espirando, más y más alto.

—¡Deprisa! —gritó—. ¡Rápido!

—¡Eso hago! —gruñó Loial—. Yo… ¡Ese ruido! ¿Es…? ¡Que la Luz nos ampare y la mano del Creador nos proteja! Ya se abre. ¡Se está abriendo! Tengo que salir el último. ¡Fuera, fuera! Pero no muy… ¡No, Faile!

Perrin se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro. Las hojas de una puerta aparentemente hechas de hojas frescas se estaban abriendo a un paisaje montañoso que parecía verse a través de un cristal ahumado. Loial había desmontado para sacar la hoja de *Avendesora* con la que se abría el portal, y Faile agarraba el ronzal de los animales de carga y las riendas del alto caballo del Ogier.

—¡Aprisa, seguidme! —gritó la joven temerariamente a la par que taconeaba los flancos de *Golondrina*, y la yegua teariana partió veloz hacia la abertura.

—¡Id tras ella, rápido! —instó Perrin a los Aiel—. Contra esto no podéis pelear.

Con muy buen sentido, los tres guerreros apenas vacilaron un instante antes de retroceder hacia la puerta, con Gaul tirando del ronzal del otro caballo de carga. Perrin condujo a *Brioso* junto a Loial.

—¿Hay algún modo de atrancarla para que no puedan abrirla? —le preguntó al Ogier.

El apagado murmullo de los trollocs tenía ahora un timbre excitado; las bestias también habían reconocido el sonido. Se aproximaba el *Machin Shin*, y seguir vivo significaba salir de los Atajos.

—Sí, sí. Pero vete. ¡Vamos, vete!

Perrin tiró de las riendas haciendo que *Brioso* reculara hacia el umbral; no obstante, antes de ser consciente de lo que hacía, había echado la cabeza hacia atrás y lanzaba un aullido desafiante. «¡Necio, necio, necio!» Empero, y aun cuando tenía los ojos prendidos en aquella negrura infinita, continuó azuzando a *Brioso* hacia atrás, hacia la puerta. Una oleada gélida lo cubrió cabello a cabello, y el tiempo pareció dilatarse. La sacudida física que se producía al salir de los Atajos lo asaltó, como si de una zancada hubiera pasado de un galope tendido a frenarse en seco.

Los Aiel todavía se estaban volviendo hacia la puerta mientras se desplegaban en abanico sobre la pendiente, con las flechas encajadas en los arcos, buscando posiciones entre los pinos y abetos doblados por el viento. Faile aún no había terminado de levantarse tras caer de la silla de *Golondrina*, que le daba suaves empujones con el hocico. Salir o entrar de los Atajos a galope entrañaba un gran riesgo; tenía suerte de que ni ella ni su montura se hubieran roto el cuello. El gran caballo de Loial y los animales de carga temblaban como si hubieran recibido un golpe entre los ojos. Perrin abrió la boca, pero la joven lo miró duramente, como desafiándolo a hacer cualquier comentario y, menos aun, uno que fuera compasivo. Perrin hizo una mueca irónica y, muy juiciosamente, guardó silencio.

Loial salió por la puerta violentamente, saltando a través del opaco espejo plateado como si se desprendiera de su propia imagen, y rodó por el suelo. Casi pisándole los talones aparecieron dos trollocs con cuernos y hocico de cabra uno de ellos y el otro con pico de águila y pecho emplumado; pero, antes de que acabaran de atravesar el espejo, la titilante superficie se puso negra, burbujeó y se combó, aprisionándolos.

Unas voces susurraron en la cabeza de Perrin, miles de voces balbucientes y enloquecidas que le arañaban el cráneo.

Sangre amarga. Muy amarga. Bebe la sangre y parte los huesos. Pártelos y chupa la médula. Médula amarga, dulces gritos. Gritos cantarines. Entónalos. Pequeños espíritus. Espíritus acerbos. Engúllelos. Qué dulce dolor. Y así continuaron.

Aullando, chillando como posesos, los trollocs golpeaban la negrura que burbujeaba a su alrededor, y luego clavaron las uñas en la superficie intentando librarse de ella, pero ésta seguía engulléndolos más y más hasta que sólo quedó fuera una peluda mano que se aferraba frenéticamente y después nada salvo una negrura que se combaba hacia el exterior, husmeando, buscando. Lentamente las hojas de la puerta reaparecieron y se fueron cerrando, empujando y aplastando la oscuridad hasta dejarla encerrada al otro lado. Por fin las voces que sonaban dentro de la cabeza de Perrin se callaron. Loial corrió hacia la puerta para reemplazar no una, sino dos hojas trifoliadas entre otras miles de enredadera. La puerta a los Atajos se convirtió de nuevo en piedra, en un trozo de pared tallada con minuciosidad en una ladera

escasamente arbolada. Entre las miles de hojas de enredadera ahora no había una de *Avendesora* sino dos. Loial había encajado también la hoja trifoliada de la parte interior en la cara exterior. El Ogier soltó un profundo suspiro de alivio.

—Es lo único que pude hacer —dijo—. Ahora sólo podrá abrirse desde fuera. —Dirigió a Perrin una mirada mezcla de ansiedad y firmeza—. También podría haberla clausurado para siempre si no hubiera encajado las hojas, pero no quise destruir una puerta a los Atajos, Perrin. Nosotros los creamos y los cuidamos. Tal vez algún día haya la posibilidad de limpiarlos. No podía destruirla.

—Con eso valdrá —lo animó Perrin. ¿Habrían entrado los trollocs por esta puerta o sólo habría sido un encuentro fortuito? En cualquier caso, bastaría.

—¿Eso era…? —empezó Faile, insegura, pero enmudeció y tragó saliva. Hasta los Aiel parecían impresionados.

—El *Machin Shin* —contestó Loial—. El Viento Negro. Una criatura de la Sombra o algo creado por la propia contaminación de los Atajos. Nadie lo sabe. Lo lamento por los trollocs. Hasta ellos me dan lástima.

Perrin no estaba seguro de lamentarlo; ni siquiera porque hubieran tenido una muerte tan horrible. Había visto lo que los trollocs dejaban cuando ponían las manos sobre un humano. Comían cualquier cosa siempre y cuando fuera carne, y en ocasiones les gustaba mantener con vida a su presa mientras la estaban descuartizando. No, no sentía ninguna pena por los trollocs.

Los cascos de *Brioso* hicieron rechinar la arenilla del suelo cuando Perrin lo hizo volver grupas para ver dónde se encontraban.

Unas cumbres encapotadas se alzaban todo en derredor; eran las nubes perpetuas que daban nombre al macizo: las Montañas de la Niebla. A esta altitud hacía frío, incluso en verano, sobre todo en comparación con Tear. El sol del atardecer rozaba los picos occidentales, y sus rayos se reflejaban en los arroyos que descendían para desembocar en el río que serpenteaba a lo largo del valle, allá abajo. El Manetherendrelle, se llamaba antaño, cuando su cauce corría desde las montañas hasta mucho más al oeste y al sur, pero Perrin había crecido llamando Río Blanco al tramo que fluía por la frontera sur de Dos Ríos, un trecho de rápidos espumantes que no se podían cruzar. El Manetherendrelle. Las Aguas del Hogar de la Montaña.

Allí donde había roca desnuda, tanto en el valle como en las laderas del entorno, ésta brillaba como el cristal. En tiempos hubo allí una gran urbe que se extendía por el valle y las montañas: Manetheren, la ciudad de altísimas torres y fuentes cantarinas, según los antiguos relatos de los Ogier. Desapareció sin dejar rastro excepto la indestructible puerta a los Atajos que se alzaba en la arboleda Ogier, la cual fue arrasada por el fuego hacía más de dos mil años, en pleno apogeo de la Guerra de los Trollocs, destruida por el Poder Único tras la muerte de su último rey, Aemon al'Caar al'Thorin, que cayó en su última batalla sangrienta contra la Sombra.

El Campo de Aemon, lo llamaron los hombres a aquel lugar donde ahora se alzaba el pueblo conocido como Campo de Emond.

Perrin sufrió un escalofrío. Aquello había ocurrido mucho tiempo atrás y, desde entonces, los trollocs no habían vuelto por allí hasta la Noche de Invierno, hacía más de un año, la víspera de que Rand, Mat y él se vieran obligados a huir con Moraine al amparo de la oscuridad. Tenía la sensación de que hubiera pasado mucho más tiempo. Pero tal cosa no volvería a ocurrir ahora que la puerta a los Atajos estaba clausurada. «Es de los Capas Blancas de quienes debo preocuparme, no de los trollocs.»

Una pareja de halcones de alas blancas volaba en círculo al otro extremo del valle, y la aguda vista de Perrin captó apenas el destello de una flecha ascendiendo hacia el cielo y, de repente, uno de los halcones dio una brusca voltereta y se precipitó hacia el suelo. El joven frunció el entrecejo. ¿Qué motivo tenía nadie para disparar a un halcón aquí arriba, en plenas montañas? Si fuera sobre una granja, donde había gallinas y gansos, pero ¿aquí? ¿Y qué hacía alguien en el macizo? Las gentes de Dos Ríos evitaban las montañas.

El otro halcón se lanzó en picado plegando las níveas alas hacia el punto en el que había caído su compañero, pero de repente volvió a ascender desesperadamente. Una negra nube de cuervos se levantó inesperadamente de los árboles y lo rodeó como un enjambre de abejas; cuando las negras aves se retiraron no quedaba rastro del halcón.

Perrin soltó la respiración que había estado conteniendo. Había visto cómo los cuervos y otras aves atacaban a un halcón cuando éste se acercaba demasiado a sus nidos, pero no podía creer que lo que acababa de ocurrir hubiera sido motivado por algo tan simple. Los cuervos se habían levantado más o menos de la misma zona de donde había sido disparada la flecha. Cuervos. En ocasiones la Sombra utilizaba animales como espías, por lo general ratas y otros animales carroñeros, pero en especial los cuervos. Tenía muy grabado en su mente el recuerdo de huir a toda carrera de una ingente bandada de cuervos que lo perseguían como si fueran criaturas inteligentes.

—¿Qué miras con tanto interés? —preguntó Faile al tiempo que se resguardaba los ojos con la mano para escudriñar el valle—. ¿Qué eran esos pajarracos?

—Sólo eso, pajarracos —repuso. «Tal vez no eran más que simples cuervos. Además, no voy a asustarlos a todos hasta que no esté seguro, sobre todo cuando todavía están impresionados por culpa del *Machin Shin*.»

Entonces se dio cuenta de que aún llevaba en la mano el martillo, manchado con la sangre negruzca del Myrddraal. Se tocó la costra reseca que tenía en la mejilla y que apelmazaba su corta barba. Al desmontar sintió un ardiente pinchazo en el costado y en la pierna. Sacó una camisa de las alforjas para limpiar el martillo antes de que la sangre del Fado corroyera el metal. Dentro de un momento se encargaría de descubrir si había algo que temer en las montañas; si no se trataba de simples

hombres, los lobos lo sabrían.

Faile empezó a desabotonarle la chaqueta.

—¿Qué haces? —la increpó.

—Echar una ojeada a esas heridas —replicó ella con igual brusquedad—. No me atrae la idea de que te mueras desangrado como un cochino. Eso sería muy propio de ti, morirte y dejarme el trabajo de enterrarte. No tienes ni pizca de consideración. Estate quieto.

—Gracias —musitó en voz queda, y la muchacha pareció sorprendida.

Le hizo que se desnudara del todo excepto por la ropa interior para así lavarle las heridas y untarlas con un ungüento que sacó de sus alforjas. Naturalmente, Perrin no podía verse el corte de la cara, pero le parecía que era corto y poco profundo, aunque estaba bastante cerca del ojo para resultar incómodo. La cuchillada en el costado izquierdo, sin embargo, tenía más de un palmo de largo, por encima de una costilla; y el agujero abierto por una lanza en su muslo derecho era bastante profundo. Faile tuvo que darle unos puntos en esa herida con aguja e hilo que cogió de su costurero de viaje. Perrin aguantó la cura con estoicismo y la única que se encogió con cada puntada fue la propia Faile. La muchacha estuvo mascullando entre dientes, furiosa, durante todo el proceso, en especial mientras le untaba el oscuro y picante ungüento en la mejilla, casi como si a la que la doliera fuera a ella y él tuviera la culpa; empero, le vendó el torso y el muslo con toda clase de cuidados. La suavidad de sus manos y sus furiosos rezongos creaban un sorprendente contraste que tenía desconcertado al pobre Perrin.

Mientras el joven se ponía una camisa limpia y otro par de pantalones que sacó de las alforjas, Faile estuvo examinando el corte abierto en el costado de la chaqueta; tres dedos a la derecha, y Perrin no habría salido vivo de aquella isla. Mientras pateaba con fuerza para ajustarse las botas, el joven alargó la mano hacia la chaqueta, y Faile se la tiró a la cara.

—Ni se te ocurra que voy a remendártela. Ya he cosido para ti más que de sobra, lo digo en serio. ¿Me has oído, Perrin Aybara?

—No te pedí que…

—¡Ni se te ocurra! ¡Y se acabó! —Se alejó a zancadas para ayudar a los Aiel y a Loial, que se estaban haciendo curas también. Formaban un curioso grupo, el Ogier con los pantalones de pliegues quitados; Gaul y Chiad observándose como gatos desconocidos; Faile untando el ungüento y haciendo vendajes, sin dejar de asestarle miradas furiosas. Y ahora ¿qué se suponía que tendría que haber hecho él?

Perrin sacudió la cabeza. Gaul tenía toda la razón: sería igual que intentar comprender al sol.

A pesar de saber lo que tendría que hacer, se mostraba reacio, sobre todo después de lo ocurrido en los Atajos, con el Fado. En una ocasión vio a un hombre que había

olvidado su condición humana; lo mismo podía ocurrirle a él. «Necio. Sólo tienes que aguantar unos pocos días más, hasta que te encuentres con los Capas Blancas.» Tenía que saberlo. Aquellos cuervos…

Lanzó su mente a la búsqueda de los lobos por el valle. Siempre había lobos donde no había hombres, y, si los animales estaban cerca, hablaría con ellos. Los lobos evitaban a los hombres, los eludían lo más posible, pero odiaban a los trollocs por ser criaturas antinaturales, y sentían por los Myrddraal un odio tan profundo que no tenía fondo. Si había Engendros de la Sombra rondando por las Montañas de la Niebla, los lobos se lo dirían.

Pero no encontró lobos. Ni uno. Deberían haber estado allí, en esta región agreste. Divisaba venados paciendo en el valle; quizá sólo era que los lobos no estaban lo bastante cerca. Podía comunicarse con ellos a cierta distancia, pero incluso dos kilómetros era demasiado lejos. O tal vez en las zonas montañosas había menos. Ésa podía ser la explicación.

La mirada del joven recorrió las cumbres encapotadas y se quedó fija en la otra punta del valle, de donde habían salido los cuervos. A lo mejor encontraba lobos mañana; no quería pensar en las alternativas.

28



La Torre de Ghenjei

Estando la noche tan próxima no tuvieron más remedio que acampar en la montaña, cerca de la puerta a los Atajos. En dos campamentos distintos, cosa en la que insistió Faile.

—Esto es el colmo —le dijo Loial en un retumbo disgustado—. Hemos salido de los Atajos y con ello queda cumplida mi promesa. Se acabó.

Faile adoptó aquella característica actitud de tozudez tan propia de ella, con la barbilla levantada y puesta en jarras.

—Déjalo estar, Loial —intervino Perrin—. Acamparé un poco más adelante, allí.

Loial miró de reojo a Faile, quien tan pronto como oyó que Perrin accedía a sus condiciones se había vuelto hacia las dos Aiel, y sacudió la enorme cabeza al tiempo que hacía intención de reunirse con Perrin y con Gaul. El joven le indicó que volviera atrás con una seña, confiando en que las mujeres no lo vieran.

Se retiró un corto trecho, menos de veinte pasos. La puerta a los Atajos estaría clausurada, pero quedaba el asunto de los cuervos y lo que quiera que presagiaran, así que quería encontrarse cerca por si lo necesitaban. Si Faile protestaba, allá ella. Estaba tan acostumbrado a sus protestas que le fastidiaba cuando no lo hacía.

Haciendo caso omiso de las punzadas en el costado y en la pierna, desensilló a *Brioso* y descargó los bultos del otro caballo, ató las patas de los dos animales y les ajustó al hocico el morral con unos puñados de cebada y un poco de avena. A esta altitud no crecía hierba para pacer. En cuanto a lo que sí podía haber… Por si acaso puso su arco con la aljaba cerca de la lumbre, a mano, y soltó el hacha de la correílla que la sujetaba al cinturón.

Gaul se reunió con él junto al fuego; cenaron pan, queso y tasajo, que comieron en silencio y pasándolo con agua. El sol se ocultó tras las montañas, perfilando los picos y pintando de rojo la parte inferior de las nubes. Las sombras cubrieron el valle, y el aire empezó a volverse cortante.

Perrin se sacudió las migas de las manos y sacó su gruesa capa de lana verde de las alforjas. Por lo visto se había habituado al calor más de lo que creía. Ni que decir tiene que las mujeres no estaban cenando en silencio alrededor de su lumbre de

campamento; Perrin las oía reír, y algunos retazos de la conversación que alcanzó a escuchar consiguieron que le ardieran las orejas. Las mujeres hablaban de cualquier tema, sin cohibirse. Loial se había apartado de ellas cuanto le era posible sin salirse del círculo de luz e intentaba enfrascarse en un libro. Probablemente ni siquiera se daban cuenta de que estaban azorando al Ogier; sin duda pensaban que hablaban en voz lo bastante baja para que Loial no las pudiera oír.

Rezongando entre dientes, Perrin se sentó enfrente de Gaul, al otro lado de la lumbre. Al Aiel no parecía afectarlo el frío de la noche.

—¿Sabes alguna historia divertida? —le preguntó el joven.

—¿Historias divertidas? Así, de improviso, no se me ocurre ninguna. —Los ojos de Gaul se volvieron hacia el fuego del otro campamento y hacia las risas—. Lo haría si pudiera. Entender al sol, ¿recuerdas?

Perrin soltó una risotada y cuando habló lo hizo en un tono lo suficientemente alto para que llegara hasta el otro campamento.

—Oh, sí, lo recuerdo. ¡Mujeres!

La hilaridad alrededor del otro fuego cesó unos instantes para reanudarse de inmediato. Eso les enseñaría. También los demás podían mofarse y reírse. Perrin contempló melancólicamente las llamas. Le dolían las heridas.

—Este sitio se parece más a la Tierra de los Tres Pliegues que cualquier otra zona de las tierras húmedas —comentó Gaul al cabo de un momento—. No obstante, sigue habiendo demasiada agua y los árboles son demasiado grandes y demasiado numerosos, pero no resulta tan extraño como los lugares que llamáis bosques.

La tierra era pobre aquí, donde Manetheren había perecido en el fuego, y los escasos árboles, muy desperdigados, eran achaparrados, con gruesos troncos y formas raras moldeadas por el viento, sin que ninguno de ellos llegara a los ocho metros de altura. Para Perrin aquél era el lugar más desolado que había visto.

—Ojalá conociera algún día esa Tierra de los Tres Pliegues vuestra, Gaul.

—Tal vez lo hagas, después de que hayamos acabado aquí.

—Tal vez. —No había muchas probabilidades, desde luego. En realidad, ninguna. Podría decírselo al Aiel, pero ahora no deseaba hablar de ello, ni siquiera pensarlo.

—¿Es aquí donde se alzaba Manetheren? ¿Tú perteneces a ese linaje? —preguntó Gaul.

—Sí, aquí estaba Manetheren. Y supongo que tengo esa ascendencia. —Resultaba difícil imaginar que las aldeas y las solitarias granjas de Dos Ríos eran la cuna de los últimos descendientes de Manetheren, pero así lo había asegurado Moraine. La antigua estirpe corría pujante por las venas de las gentes de Dos Ríos, había dicho la Aes Sedai—. Eso ocurrió hace mucho tiempo, Gaul. Ahora somos granjeros, pastores, no una gran nación ni unos grandes guerreros.

—Si tú lo dices. —El Aiel sonrió levemente—. Te he visto bailando la danza de

las lanzas, y también a Rand al'Thor y al que llamáis Mat. Pero si tú lo dices…

Perrin rebulló, incómodo. ¿Cuánto habría cambiado desde que se había marchado de casa? ¿Y Rand y Mat? No se refería a lo de sus ojos y a los lobos ni a la capacidad de encauzar de Rand. ¿Hasta qué punto habían cambiado en su interior? Mat era el único que parecía seguir siendo el mismo, con su forma de ser aun más reafirmada.

—¿Conoces la historia de Manetheren?

—Sabemos más de vuestro mundo de lo que pensáis —respondió el Aiel—. Y menos de lo que creemos nosotros. Mucho antes de que cruzara la Pared del Dragón había leído libros que traían los buhoneros y conocía lo que eran «barcos», «ríos» y «bosques». O eso pensaba. —La forma de pronunciar Gaul esas palabras hacía que parecieran términos de un raro idioma—. Así es como imaginaba un «bosque». —Señaló con un gesto los escasos árboles, mucho más bajos de lo que deberían ser—. Creer algo no lo convierte en realidad. ¿Qué me dices del Jinete de la Noche y de las otras criaturas del Marchitador de las Hojas? ¿Te parece una simple coincidencia que estuvieran tan cerca de esta puerta a los Atajos?

—No. —Perrin suspiró—. Divisé cuervos al fondo del valle. Quizá sólo eran eso, cuervos, pero prefiero no correr ningún riesgo, sobre todo después de lo de los trollocs.

—Sí —se mostró de acuerdo Gaul—, podrían ser Ojos de la Sombra. Cuando te preparas para lo peor cualquier sorpresa es agradable.

—No sería mala cosa recibir una grata sorpresa, para variar. —Perrin buscó mentalmente a los lobos de nuevo y tampoco ahora encontró nada—. Quizá descubra algo esta noche, quién sabe. Es posible que si ocurre algo aquí tengas que despertarme de una patada. —Se dio cuenta de que su comentario sonaba extraño, pero el otro hombre se limitó a asentir con la cabeza—. Gaul, nunca has dicho nada acerca de mis ojos ni parece que le hayas dado importancia al asunto. En realidad, no lo ha hecho ningún Aiel. —Sabía que en este momento, con el reflejo de las llamas, brillaban como oro bruñido.

—El mundo está cambiando —repuso Gaul quedamente—. Rhuarc, y también Jheran, el jefe de mi clan, así como las Sabias han procurado ocultarlo, pero estaban intranquilos cuando nos enviaron al otro lado de la Pared del Dragón para buscar a El que Viene con el Alba. Pienso que quizás ese cambio no será como siempre habíamos imaginado. No sé en qué será diferente, pero lo será. El Creador nos puso en la Tierra de los Tres Pliegues para moldearnos así como en castigo a nuestro pecado, pero ¿con qué fin? —Sacudió la cabeza bruscamente, con tristeza—. Colinda, la Sabia del dominio Aguas Termales, me dice que pienso demasiado para ser un Soldado de Piedra, y Bair, la Sabia mayor de los Shaarad, me amenaza con enviarme a Rhuidean cuando Jheran muera, tanto si quiero como si no. Comparado con eso, Perrin, ¿qué importa el color de los ojos de un hombre?

—Ojalá todo el mundo pensara así. —Finalmente había cesado el jolgorio en el otro campamento. Una de las Aiel, Perrin no sabría decir cuál de los dos, hacía la primera guardia de espaldas a la luz, y los demás se habían tumbado a dormir. Había sido un día agotador y no le costaría quedarse dormido y entrar en el sueño que necesitaba. Se tendió junto al fuego y se tapó con la capa—. Recuerda, dame una patada para despertarme si es preciso.

El sopor lo envolvió cuando Gaul todavía asentía con la cabeza, y el sueño surgió de inmediato.

Era de día y estaba solo cerca de la puerta a los Atajos, que semejaba un tramo de muro primorosamente esculpido, algo incongruente en una ladera de montaña habida cuenta de que no había señal de que los pies de ningún ser humano hubieran hollado jamás esa ladera. El cielo estaba despejado y luminoso y una suave brisa que llegaba del valle le llevó el olor a venados y conejos, codornices y palomas, agua y tierra y también árboles. Estaba en un sueño de lobos.

Por un instante la sensación de ser un lobo lo asaltó con abrumadora intensidad. Tenía patas y… ¡No! Se pasó las manos por el cuerpo, y lo alivió encontrar el suyo propio, el de un hombre, con la chaqueta y la capa. Y con el ancho cinturón del que normalmente colgaba el hacha, pero que en cambio sujetaba el mango del martillo.

Lo miró con el entrecejo fruncido y, sorprendentemente, durante un fugaz instante la imagen del hacha apareció en su lugar, insustancial y borrosa. De repente volvió a ser un martillo. El joven se humedeció los labios mientras deseaba que siguiera tal cual. El hacha podría ser una mejor arma, pero él prefería el martillo. No recordaba que hubiera ocurrido algo semejante con anterioridad, algo que cambiara, pero sabía muy poco acerca de este lugar. Si es que podía llamárselo así. Era un sueño de lobos y en tales sueños ocurrían cosas muy extrañas, sin duda tan raras como en cualquier sueño corriente.

Como si pensar en lo extraordinario hubiera servido de llamada a tales rarezas, un trozo de cielo, cerca de las montañas, se oscureció repentinamente y se convirtió en una ventana a otro lugar. Rand se encontraba en medio de un vendaval, riendo a mandíbula batiente, como un demente, con los brazos alzados, y en el viento cabalgaban pequeñas formas de colores dorados y escarlatas, como la peculiar figura del estandarte del Dragón; unos ojos ocultos observaban a Rand, quien tal vez lo sabía o tal vez no. La rara «ventana» desapareció repentinamente y fue sustituida por otra más lejana en la que Nynaeve y Elayne avanzaban con cautela por un aberrante paisaje de edificios retorcidos y sombríos, a la caza de una bestia peligrosa. Perrin no habría sabido decir por qué sabía que era peligrosa, pero no le cupo duda alguna al respecto. La visión desapareció, y otro parche oscuro se abrió en el cielo. Mat estaba parado en la bifurcación de una calzada que se extendía ante él. Lanzó una moneda al

aire, miró hacia uno de los ramales y, de repente, estaba tocado con un sombrero de ala ancha y sostenía una especie de cayado rematado por una cuchilla corta. Otra «ventana» se abrió, y en ella Egwene y otra mujer de largo cabello blanco lo miraron con sorpresa mientras a su espalda la Torre Blanca se desmoronaba piedra tras piedra. También esta imagen se desvaneció.

Perrin respiró profundamente. Había visto cosas parecidas con anterioridad aquí, en el sueño de lobos, y consideraba que tales visiones eran reales en cierto modo o guardaban algún significado. En cualquier caso, los lobos no las veían. Moraine había sugerido que el sueño de lobos era lo mismo que algo llamado *Tel'aran'rhiod* y no quiso añadir nada más. El joven escuchó en una ocasión a Egwene y a Elayne hablando sobre sueños, pero la muchacha de Dos Ríos ya sabía demasiado sobre él y sobre lobos, quizá tanto como Moraine. No era un tema del que Perrin pudiera hablar, ni siquiera con ella.

Había alguien con quien sí podría hacerlo. Ojalá encontrara a Elyas Machera, el hombre que le había presentado a los lobos. Elyas sabía sobre estas cosas. Cuando pensó en el hombre, Perrin tuvo la sensación de escuchar su propio nombre susurrado quedamente en el viento, pero al prestar atención sólo oyó el aire. Era un sonido solitario. Estaba aquí él solo.

—¡*Saltador*! —llamó. El lobo estaba muerto y, sin embargo, aquí no lo estaba. El sueño de lobos era el lugar al que venían los lobos al morir mientras esperaban volver a nacer. Para ellos era algo más que eso; parecían ser conscientes del sueño de algún modo incluso cuando estaban despiertos. Era casi tan real como lo otro—. ¡*Saltador*! —volvió a llamar, pero el lobo no acudió.

Esto era inútil. Se encontraba aquí por una razón, así que más valía que siguiera adelante. Como poco le llevaría varias horas llegar al punto donde había visto a los cuervos.

Dio un paso, el entorno se tornó borroso a su alrededor, y plantó el pie cerca de un pequeño arroyo a cuyas márgenes crecían cicutas achaparradas y sauces de montaña; en lo alto las nubes cubrían los picos del macizo. Miró, perplejo, a su alrededor. Se encontraba en el extremo opuesto del valle donde estaba la puerta a los Atajos. De hecho, estaba exactamente en el punto donde tenía intención de ir, el sitio de donde habían salido los cuervos y la flecha que había matado al halcón. Hasta ahora no le había ocurrido nada igual. ¿Estaba aprendiendo más cosas sobre el sueño de lobos —*Saltador* le decía siempre que era un ignorante— o era diferente en esta ocasión?

Fue más cauteloso en dar otro paso, pero no ocurrió nada fuera de lo normal. No había evidencia de arqueros ni de cuervos, ninguna huella, ninguna pluma, ningún olor. No sabía muy bien lo que había esperado encontrar, pero, indudablemente, no habría señales a menos que también hubieran estado en el sueño. No obstante, sí

podría encontrar lobos y ellos le dirían si había Engendros de la Sombra en las montañas. Quizá si estuviera más arriba oirían su llamada.

Fijó la mirada en el pico más alto de los que bordeaban el valle, justo rozando las nubes, y adelantó un paso. El mundo se tornó borroso y, un momento después, Perrin estaba en la ladera de la montaña, con las hinchadas nubes blancas a poco más de quince metros sobre su cabeza. Sin poder remediarlo, se echó a reír. Esto era divertido. Desde su posición alcanzaba a divisar todo el valle que se extendía allá abajo.

—¡*Saltador*!

No hubo respuesta. Se trasladó a la siguiente montaña y llamó; pasó a la siguiente, hacia el este, en dirección a Dos Ríos. Pero *Saltador* siguió sin contestar. Y, lo que era más inquietante, Perrin tampoco percibió la presencia de otros lobos. En el sueño de lobos siempre los había. Siempre.

Saltó de pico en pico a gran velocidad, llamando, buscando. Las montañas se encontraban vacías bajo él a excepción de los venados y otros animales de caza. Empero, de tanto en tanto surgían señales de la presencia de hombres, pero eran muy antiguas. Unas estatuas talladas, al doble del tamaño natural, ocupaban la casi totalidad de una ladera; en otro sitio, unas extrañas letras angulosas de unos tres metros de alto habían sido esculpidas en la cara de un risco un poco demasiado liso y escarpado. La lluvia y el viento habían erosionado los rostros de las estatuas, y unos ojos menos penetrantes que los suyos habrían tomado las letras como obra de los fenómenos atmosféricos. Las montañas y los riscos dieron paso a las Colinas de Arena, unos ondulados montículos apenas cubiertos por hierba dura y arbustos resistentes, que en tiempos eran el litoral de un gran mar, antes del Desmembramiento. Inopinadamente, Perrin vio a otro hombre en lo alto de una arenosa colina.

Estaba demasiado lejos para verlo con detalle, sólo que era un hombre alto de cabello oscuro, pero, evidentemente, no se trataba de un trolloc ni nada por el estilo. Vestía una chaqueta azul y llevaba un arco colgado a la espalda; estaba inclinado sobre algo que quedaba oculto detrás de un arbusto. Sin embargo, había algo familiar en él.

Se levantó el viento, y Perrin captó levemente su olor. Un olor frío, era la única descripción que se le ocurría. Frío y, realmente, inhumano. De repente, el joven tuvo en la mano su propio arco, con una flecha encajada, y notó el peso de la aljaba llena colgada del cinturón.

El otro hombre levantó la cabeza y lo vio. Vaciló un instante antes de darse media vuelta y convertirse en una especie de rayo que se desplazó por las colinas, alejándose.

Perrin saltó al punto donde había estado el hombre y echó una ojeada a lo que lo

había tenido ocupado; sin pensarlo, fue en su persecución dejando tras de sí el cadáver de un lobo a medio despellejar. Un lobo muerto en el sueño de lobos. Inconcebible. ¿Qué podía causar su muerte aquí? Algo maligno.

Su presa corría delante de él con zancadas que cubrían kilómetros, manteniéndose a una distancia en la que apenas resultaba visible. Dejaron atrás las colinas, cruzaron el enmarañado Bosque del Oeste con sus dispersas granjas, pasaron sobre labrantíos, por un tapiz de campos y pequeños sotos, y pasaron el pueblo Colina del Vigía. Era raro ver las casas de techos de paja que cubrían la colina sin que hubiera gente en las calles, y las granjas como si estuvieran abandonadas. Pero el joven no perdió de vista al hombre que huía delante de él. Se había acostumbrado de tal modo a esta persecución que no se sorprendió cuando en una de las zancadas llegó a la orilla meridional del río Taren y, en la siguiente, se encontró en medio de unas áridas colinas desprovistas de árboles y hierba. Siguió corriendo hacia el nordeste, por encima de arroyos y calzadas y pueblos y ríos, concentrado únicamente en el hombre que iba delante. Entonces algo centelleó al frente, reflejando el sol: una torre de metal. Su presa se dirigió velozmente hacia ella y desapareció. Dos saltos lo llevaron también a Perrin allí.

La mole medía sesenta metros de alto por doce de ancho y resplandecía como acero bruñido, semejando una sólida columna de metal. Perrin la rodeó dos veces sin encontrar abertura alguna, ni siquiera una grieta, ni la más leve marca en aquella tersa y perpendicular pared. Empero, el olor se había quedado impregnado allí, un hedor frío, inhumano. El rastro terminaba en este lugar. El hombre —si es que lo era— había entrado de algún modo, y él sólo tenía que descubrir cómo para seguirlo.

¡Detente! Fue un puro fluido emocional al que la mente de Perrin puso una palabra: detente.

Giró sobre sus talones al mismo tiempo que un lobo gris, tan alto que le llegaba a la cintura, de pelo entrecano y marcado de cicatrices, descendía del cielo de un salto. O así parecía. *Saltador* había envidiado siempre a las águilas su capacidad de volar y en este lugar podía hacerlo. Los dos pares de ojos amarillos se encontraron.

—¿Por qué he de detenerme, *Saltador*? Mató a un lobo.

Los hombres siempre matan lobos y viceversa. ¿Por qué entonces la ira te abrasa la garganta como un incendio?

—Lo ignoro —respondió lentamente Perrin—. Tal vez porque ocurrió aquí. No sabía que fuera posible matar a un lobo en este lugar. Creía que los lobos estaban a salvo en el sueño.

Perseguías a Verdugo, Joven Toro. Está aquí en su cuerpo y puede matar.

—¿En su cuerpo? ¿Quieres decir que no está soñando simplemente? ¿Cómo puede estar aquí en persona?

No lo sé. Es un recuerdo borroso de mucho tiempo atrás que regresa de nuevo,

como tantas otras cosas. Cosas oscuras que caminan ahora en el sueño. Criaturas del Colmillo del Corazón. No hay seguridad.

—Bueno, pues ahora está ahí dentro. —Perrin examinó la lisa torre de metal—. Si consigo encontrar el modo de entrar, puedo acabar con él.

Estúpido cachorro que intenta escarbar un nido de avispas de tierra. Este lugar es maligno. Todos lo saben. Y tú pretendes perseguir al mal dentro del mal. Verdugo puede matar.

Perrin se quedó pensativo. En su mente la palabra «matar» iba unida a una sensación de final absoluto, definitivo.

—*Saltador*, ¿qué le ocurre a un lobo cuando muere en el sueño?

El lobo permaneció callado un momento.

Si morimos aquí, morimos para siempre, Joven Toro. Ignoro si es igual para vosotros, pero creo que sí.

—Un lugar peligroso, arquero. La Torre de Ghenjei es un mal sitio para el ser humano.

Perrin giró velozmente sobre sus talones y levantó a medias el arco antes de ver a la mujer que se encontraba a pocos pasos; el dorado cabello trenzado le llegaba casi a la cintura, semejante al estilo de las mujeres de Dos Ríos, pero tejido de un modo más complicado. Sus ropas tenían algo extraño: una chaqueta corta de color blanco y unos pantalones amplios de algún tipo de tela fina, en un tono amarillo pálido, que iban recogidos en los tobillos, por encima de las botas cortas. La oscura capa parecía ocultar algo brillante como plata que llevaba al costado.

Al moverse la mujer, el brillo metálico desapareció.

—Tienes una vista penetrante, arquero. Ya lo pensé la primera vez que te vi.

¿Cuánto tiempo llevaría observándolo? Era vergonzoso que se hubiera aproximado a él sin que la oyera. Al menos *Saltador* podría haberle avisado. Pero el lobo estaba tendido sobre la alta hierba, con el hocico entre las patas delanteras, y lo miraba con interés.

La mujer le resultaba vagamente familiar, aunque Perrin estaba seguro de que la recordaría si la hubiera visto antes. ¿Quién era para encontrarse en un sueño de lobos? ¿O es que, como decía Moraine, este lugar era también el *Tel'aran'rhiod*?

—¿Sois una Aes Sedai?

—No, arquero. —Se echó a reír—. Sólo he venido a advertirte, contraviniendo los preceptos. Una vez que se entra en ella, no es tarea fácil salir de la Torre de Ghenjei incluso en el mundo de los hombres, y aquí es de todo punto imposible. Posees el valor de un abanderado, lo que para algunos es lo mismo que decir temeridad.

¿Imposible salir? El tipo —ese tal Verdugo— había entrado sin lugar a dudas. ¿Por qué iba a hacer algo así si luego no podía salir?

—También *Saltador* dice que es peligroso. ¿Qué es la Torre de Ghenjei?

La mujer abrió mucho los ojos y miró a *Saltador*, que seguía tumbado en la hierba sin hacer caso de la mujer y con la vista fija en Perrin.

—¿Puedes hablar con los lobos? Vaya, eso es algo perdido en leyendas hace mucho tiempo. De modo que así es como has llegado aquí. Debí suponerlo. ¿Quieres saber lo que es la torre? Es un umbral, arquero, hacia los reinos de los alfinios y los elfinios. —Dijo aquellos nombres como si Perrin tuviera que conocerlos, y, cuando el joven se quedó mirándola sin comprender, añadió—: ¿Alguna vez has jugado a «serpientes y zorros»?

—Como todos los niños. Por lo menos, en Dos Ríos se juega. Aunque dejan de hacerlo cuando son lo bastante mayores para darse cuenta de que no hay manera de ganar.

—Excepto si se rompen las reglas —dijo ella—. «Valor para fortalecer, fuego para cegar, música para aturdir, hierro para encadenar.»

—Ése es un verso del juego. No comprendo. ¿Qué tiene que ver con esta torre?

—Son los métodos para vencer a serpientes y zorros. El juego es una evocación de antiguos lances. No tiene importancia siempre y cuando te mantengas alejado de los alfinios y los elfinios. No son malignos como lo es la Sombra, pero son tan distintos de los seres humanos que podrían considerarse así. No son de fiar, arquero. Mantente alejado de la Torre de Ghenjei. Evita el Mundo de los Sueños si puedes. Cosas oscuras caminan por él.

—¿Como el hombre al que perseguía, ese tal Verdugo?

—Un nombre muy apropiado para él. Verdugo no es antiguo, arquero, pero su maldad sí. —Daba la sensación de estar apoyada en algo invisible, quizás aquella cosa plateada que sólo había entrevisto—. Me parece que te estoy contando demasiadas cosas. Para empezar, no sé por qué te he hablado. Ah, sí, claro. ¿Eres *ta'veren*, arquero?

—¿Quién sois? —Parecía saber mucho sobre la torre y el sueño de lobos. «Sin embargo le sorprendió que pudiera hablar con *Saltador*»—. Me parece que os he visto antes, en otra parte.

—Ya he quebrantado demasiados preceptos, arquero.

—¿Preceptos? ¿Qué preceptos? —Una sombra se proyectó en el suelo detrás de *Saltador* y Perrin se giró rápidamente, furioso de que los hubieran vuelto a sorprender. No había nadie allí y, no obstante, lo había visto. Era la sombra de un hombre con las empuñaduras de dos espadas asomando por encima de los hombros. Aquella imagen evocaba un esquivo recuerdo en su memoria.

—Él tiene razón —dijo la mujer, a su espalda—. No debería estar hablando contigo.

Cuando Perrin se dio la vuelta, la mujer había desaparecido. Hasta donde le

alcanzaba la vista no había más que pradera y sotos desperdigados. Y la brillante torre plateada.

Miró, ceñudo, a *Saltador*, que por fin había levantado la cabeza de las patas.

—Me extraña que no te ataquen unas ardillas —rezongó el joven—. ¿Qué piensas de ella?

¿De ella? ¿Una hembra? —Saltador se levantó y luego miró en derredor—. *¿Dónde está?*

—He hablado con ella, justo aquí, ahora mismo.

Hacías ruidos al viento, Joven Toro. Aquí no había ninguna ella. Nadie aparte de ti y de mí.

Perrin se rascó la barba con gesto irritado. La mujer había estado allí, no había estado hablando solo.

—Qué cosas más raras pasan en este sitio —se dijo—. Estaba de acuerdo contigo, *Saltador*. Me dijo que me alejara de esta torre.

Es lista. Había un atisbo de duda en la idea; *Saltador* seguía sin creer que hubiera habido ninguna «ella».

—He llegado mucho más lejos de lo que era mi intención —musitó Perrin. Le explicó a *Saltador* su necesidad de encontrar lobos en Dos Ríos o en las montañas cercanas, y lo de los cuervos y lo de los trollocs en los Atajos.

Cuando hubo acabado, *Saltador* permaneció callado un buen rato, con la peluda cola agachada y tiesa. Finalmente…

Evita tu antiguo hogar, Joven Toro. La imagen que evocó en la mente de Perrin la palabra «hogar» era la de una tierra marcada por una manada de lobos. *Ya no quedan lobos allí. Los que había y no huyeron ahora están muertos. Verdugo camina en el sueño allí.*

—He de ir a casa, *Saltador*. Es preciso.

Ten mucho cuidado, Joven Toro. El día de la Última Cacería se aproxima. Correremos juntos en ella.

—Lo haremos —respondió tristemente Perrin. Sería bonito que pudiera venir aquí cuando muriera; a veces, parecía que ya era medio lobo—. He de irme ahora, *Saltador*.

Que tengas muchas y buenas cacerías, Joven Toro, y hembras que te den muchos cachorros.

—Adiós, *Saltador*.

Abrió los ojos a las mortecinas brasas de la lumbre en la falda de la montaña. Gaul estaba sentado en cuclillas justo al borde de la luz, vigilando la noche. En el otro campamento Faile estaba despierta, haciendo su turno de guardia. La luna se asomaba sobre las montañas y convertía las nubes en sombras nacaradas. Perrin

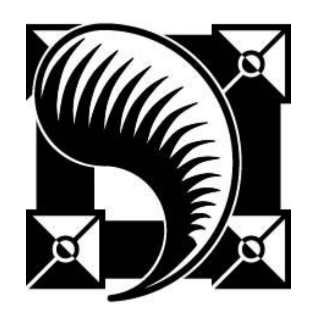
calculó que había dormido dos horas.

—Haré guardia un rato —dijo mientras retiraba la capa. Gaul asintió y se tumbó en el suelo, en el mismo sitio donde estaba—. Gaul… —El Aiel levantó la cabeza—. Puede que las cosas en Dos Ríos estén peor de lo que pensaba.

—Suele ocurrir —contestó Gaul en voz queda—. Así es la vida. —El Aiel recostó la cabeza tranquilamente, dispuesto a dormir.

Verdugo. ¿Quién sería? ¿Qué sería? Engendros de la Sombra en los Atajos, cuervos en las Montañas de la Niebla, y ese hombre llamado Verdugo en Dos Ríos. No podía ser una coincidencia por mucho que él quisiera.

29



Regreso al hogar

El trayecto hacia el Bosque del Oeste que Perrin había realizado en media docena de pasos en el sueño de lobos para salir de las montañas y atravesar las Colinas de Arena duró tres largos días a caballo. Los Aiel no tuvieron problemas para mantener el ritmo a pie, pero a los animales les resultaba muy difícil avanzar con velocidad a causa del accidentado terreno. A Perrin le picaban mucho las heridas en su proceso de curación; por lo visto el ungüento de Faile estaba funcionando.

Por lo general el viaje estuvo presidido por el silencio, que las más de las veces se rompía con el gañido de los zorros en plena caza o el grito resonante de un halcón y más de tarde en tarde por la conversación. Por lo menos no volvieron a ver cuervos. En más de una ocasión Faile estuvo a punto de acercar su yegua al caballo de Perrin para decirle algo, pero siempre se refrenó en el último momento. El joven se alegró de ello; deseaba hablar con la muchacha más que nada, pero ¿y si acababan haciendo las paces? Se reconvino para sus adentros por desear que tal cosa ocurriera. Al fin y al cabo, Faile había engañado a Loial con un ardid y a él le había jugado una mala pasada. Su presencia iba a empeorarlo todo, a hacerlo aun más difícil para él. Sin embargo, cómo deseaba volver a besarla. Pero ojalá decidiera que ya estaba harta de él y se marchara. ¿Por qué tenía que ser tan testaruda?

Faile y las dos Aiel mantenían las distancias; Bain y Chiad caminaban una a cada lado de *Golondrina* a no ser que alguna de ellas estuviera haciendo un reconocimiento del terreno. A veces las tres mujeres musitaban quedamente entre ellas tras lo cual evitaban mirarlo de manera tan manifiesta que habría tenido el mismo efecto si le hubieran tirado piedras. Loial cabalgaba con ellas a petición de Perrin, aunque saltaba a la vista que la situación le ocasionaba una profunda irritación. Sus copetudas orejas se agitaban como si el Ogier deseara no haber topado jamás con humanos. En cuanto a Gaul, por lo visto encontraba todo aquello muy divertido; cada vez que Perrin lo miraba, el Aiel parecía estar riendo para sus adentros.

Por su parte, Perrin no dejó de estar preocupado un solo momento, hasta el punto

de llevar el arco encordado y dispuesto sobre la perilla de la silla de manera continua. Se preguntaba si el tal Verdugo merodearía por Dos Ríos únicamente en el sueño de lobos o, por el contrario, lo haría también en el mundo real. El joven sospechaba que era esto último y que había sido Verdugo quien había disparado al halcón sin motivo alguno. Como si no tuviera bastantes preocupaciones con los Hijos de la Luz, ahora también debía estar alerta contra ese tipo.

Su numerosa familia vivía en una floreciente granja situada a más de medio día de camino de Campo de Emond, casi en el Bosque de las Aguas. Estaban sus padres, sus hermanas y un hermano pequeño. Petram tendría ahora nueve años y sin duda se opondría con más empeño que nunca a que lo llamaran el pequeñín; Deselle, con sus doce, estaría en pleno desarrollo; y Adora, ya con dieciséis, probablemente estaría a punto de trenzarse el cabello. También vivían allí tío Eward, hermano de su padre, y tía Magda, ambos muy fornidos y parecidos entre sí, y sus hijos. Y tía Neain, que visitaba la tumba de tío Carlin todas las mañanas, y sus hijos. Y su tía abuela, Ealsin, que nunca contrajo matrimonio, con su afilada nariz y aun más agudo olfato para enterarse de lo que se traían entre manos todos los que vivían en kilómetros a la redonda. Antes de su marcha, sólo los veía en los días festivos, ya que trabajaba como aprendiz de maese Luhhan y la granja se encontraba demasiado distante para estar yendo y viniendo a diario; además, siempre había habido trabajo pendiente en la herrería. Si los Capas Blancas buscaban a los Aybara no les costaría trabajo encontrarlos. De ellos era de quienes tenía que preocuparse, no del tal Verdugo. Un hombre solo no podía ocuparse de todo, así que había que tener prioridades, y la suya era proteger a su familia y a Faile. Ante todo. Después estaban el pueblo, los lobos y, por último, Verdugo.

El Bosque del Oeste se hallaba sobre un terreno pedregoso donde crecían afloramientos; un terreno agreste, frondoso, en el que había pocos senderos y aun menos granjas. Había recorrido estas densas florestas de pequeño, ya fuera solo o con Rand y Mat, cazando con arco o con honda, poniendo trampas para conejos o simplemente paseando. Las ardillas parloteando en los árboles, los zorzales gorjeando en las ramas e imitados por los cenzontes, los colines de espalda azul levantando el vuelo entre la maleza delante de los viajeros… Todos ellos le anunciaban el hogar. El propio aroma de la tierra levantada por los cascos de los caballos era un reencuentro.

Se habría dirigido directamente a Campo de Emond, pero en cambio se desvió hacia el norte a través del bosque y finalmente cruzaron un sendero llamado el Camino de la Cantera cuando el sol descendía hacia las copas de los árboles. Nadie en Dos Ríos sabía el porqué del nombre de Cantera, y, en cuanto a lo de Camino, poco tenía de tal, sino que era una senda desbrozada en la que no se advertía la falta de árboles hasta que se veían los profundos surcos dejados por el paso de incontables carretas y carros a lo largo de generaciones. De vez en cuando asomaban a la

superficie fragmentos del antiguo pavimento. Quizás antaño conducía a una cantera de Manetheren.

La granja que buscaba Perrin se hallaba cerca de este sendero, al otro lado de las hileras de manzanos y perales en los que maduraban los frutos. Perrin olió la granja antes de verla. El olor a calcinado no era reciente, pero la peste no desaparecería ni en el transcurso de un año.

Sofrenó al caballo al borde de los árboles y se quedó inmóvil, mirando al frente, antes de sentirse capaz de tirar del ronzal del caballo de carga y reanudar la marcha hacia lo que había sido la granja al'Thor. Únicamente seguía en pie la pared de piedra del aprisco, con la puerta del corral abierta y colgando de uno de los goznes. La chimenea cubierta de tizne arrojaba una sombra oblicua sobre las vigas calcinadas y desmoronadas de la casa. El establo y el secadero de tabaco no eran más que montones de cenizas. Las malas hierbas cubrían la plantación de tabaco y el huerto, y el jardín estaba pisoteado, con todo lo que no fueran plantas silvestres, mustio y roto.

Ni siquiera pensó en encajar una flecha en el arco. El fuego había sido hacía semanas, y las pasadas lluvias habían alisado y descolorido la madera quemada. La enredadera estranguladora necesitaba casi un mes para crecer a esa altura; incluso había tapado el arado y el rastrillo que estaban tirados al borde del campo, y bajo las pálidas y estrechas hojas se advertía la herrumbre.

Los Aiel exploraron la zona cuidadosamente, con las lanzas prestas y ojo avizor, rastreando el suelo palmo a palmo y revolviendo las cenizas con las puntas de las armas. Cuando Bain salió de las ruinas de la casa miró a Perrin y sacudió la cabeza. Al menos Tam al'Thor no había muerto allí.

«Lo saben. Lo saben, Rand. Tendrías que haber venido.» Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no poner a galope a *Brioso* todo el camino hasta la granja de su familia. Ni siquiera su resistente montura aguantaría tanto trecho sin reventar. A lo mejor esto había sido obra de los trollocs y, en tal caso, quizá su familia seguía trabajando en la granja, aún a salvo. Respiró profundamente, pero el hedor a quemado tapaba cualquier otro olor. Gaul se acercó a él.

—Quienesquiera que hicieran esto se marcharon hace mucho. Mataron algunas ovejas y espantaron al resto. Alguien vino después para reunir el rebaño y llevarlo hacia el norte. Dos hombres, creo, pero las huellas son demasiado viejas para estar seguro.

—¿Hay alguna pista de quién pudo hacerlo?

Gaul sacudió la cabeza en un gesto negativo. Podrían haber sido trollocs. Qué curioso desear algo así. Y qué estupidez. Los Capas Blancas sabían su nombre y, por lo visto, también el de Rand. «Saben cómo me llamo.» Contempló las cenizas de la granja al'Thor; *Brioso* se agitó al notar el temblor de sus manos en las riendas.

Loial había desmontado al llegar al borde de los árboles frutales, pero aun así la

cabeza rozaba las ramas. Faile condujo su montura hacia Perrin, mirándolo pensativamente.

—¿Es…? ¿Conoces a la gente que vivía aquí?

—Rand y su padre.

—Oh. Pensé que era… —El alivio y la compasión que denotaba su voz bastaron para finalizar la frase—. ¿Vive cerca tu familia?

—No —repuso, cortante, y la joven retrocedió como si la hubiera abofeteado, pero siguió mirándolo fijamente, aguardando. ¿Qué más tenía que hacer para alejarla de él? Por lo visto, más de lo que se sentía capaz, si hasta ahora no lo había conseguido.

Las sombras seguían alargándose a medida que el sol bajaba hacia las copas de los árboles. Hizo que *Brioso* volviera grupas, dándole la espalda a la muchacha en un acto de intencionada descortesía.

—Gaul, tendremos que acampar cerca de aquí esta noche. Mañana quiero ponerme pronto en marcha. —Miró con disimulo por encima del hombro y vio que Faile regresaba junto a Loial, sentada en la silla con la espalda tiesa—. En Campo de Emond sabrán… —Dónde se encontraban los Capas Blancas y así podría entregarse antes de que hicieran daño a su familia. Si es que seguían bien, si la granja en la que había nacido no estaba ya como ésta, en ruinas. No, tenía que haber llegado a tiempo para evitar tal cosa—. Sabrán cómo van las cosas.

—De acuerdo, partiremos temprano. —Gaul vaciló—. No conseguirás alejarla, Perrin. Es casi una *Far Dareis Mai*, y cuando una Doncella te ama no te la quitas de encima por mucho que corras.

—Deja que sea yo quien se preocupe por Faile. —Suavizó la voz, porque al fin y al cabo no era de Gaul de quien quería librarse—. Saldremos muy temprano, cuando todavía esté durmiendo.

Esa noche el silencio reinó en los dos campamentos instalados bajo los árboles frutales. En varias ocasiones una u otra Aiel se puso de pie y miró hacia la pequeña lumbre donde Gaul y él estaban acampados, pero lo único que se oyó fue el ulular de un búho y el piafar de los caballos. Perrin no concilió el sueño en toda la noche, y todavía la luna llena se estaba poniendo y aún faltaba una hora para que apuntaran las primeras luces del día cuando Gaul y él se alejaron a hurtadillas, el Aiel sin hacer ruido alguno con sus suaves botas y los cascos de los caballos casi igual de silenciosos. Bain, o tal vez Chiad, los vio marcharse. Perrin no sabía cuál de ellas era, pero la mujer no despertó a Faile y el joven lo agradeció.

El sol estaba bastante alto cuando por fin salieron del Bosque del Oeste, un poco más abajo de la aldea, en medio de veredas y senderos, la mayoría de los cuales estaban bordeados por setos y burdos muros bajos de piedra. El humo salía por las chimeneas de las granjas; las amas de casa se ocupaban de la primera tarea del día,

cocer el pan, a juzgar por el olor. Los hombres ya se encontraban en los campos de tabaco o de cebada, y los niños vigilaban los hatos de ovejas de cara negra en los pastos. Algunas personas los vieron pasar, pero Perrin mantuvo a *Brioso* al trote y confió en que nadie estuviera lo bastante cerca para reconocerlo o extrañarse por el curioso atuendo de Gaul o por sus lanzas.

También los vecinos de Campo de Emond habrían empezado sus tareas cotidianas, de modo que Perrin dio un amplio rodeo hacia el este que los apartó del pueblo, de las calles de tierra apisonada, de los tejados de paja apiñados en torno al Prado, donde el manantial brotaba de una afloración rocosa con bastante fuerza para derribar a un hombre y para dar origen al arroyo. Los daños sufridos durante la Noche de Invierno de hacía un año —las casas incendiadas y los techos calcinados— ya habían sido reparados. Era como si los trollocs jamás hubieran estado allí. Perrin rogó que nadie tuviera que pasar otra vez por lo mismo. La Posada del Manantial se alzaba prácticamente en la linde oriental de la aldea, entre el sólido Puente de los Carros que cruzaba la impetuosa corriente del arroyo y las antiguas ruinas de un edificio de piedra, en medio de las cuales crecía un roble inmenso. Debajo de sus gruesas ramas se colocaban mesas y sillas para que la gente se sentara en los cálidos días estivales mientras presenciaba o participaba en una partida de bolos. A esta hora de la mañana las mesas estaban vacías, por supuesto. Sólo había unas pocas casas más hacia el este. El primer piso de la posada era de cantos de río, mientras que las paredes del segundo estaban encaladas y sobresalían alrededor de todo el perímetro de la planta inferior; doce altas chimeneas se alzaban en el reluciente techado de tejas rojas, el único que había de tejas en varios kilómetros a la redonda.

Perrin ató a *Brioso* y al caballo de carga a un poste destinado a tal fin que había cerca de la puerta de la cocina y echó una ojeada al establo de techo de paja. Le llegaba el sonido de hombres trabajando en su interior, seguramente Hu y Tad, limpiando las cuadras donde maese al'Vere guardaba el tiro de fuertes corceles dhurranos que alquilaba cuando había que tirar de grandes pesos. También se oían ruidos en la parte delantera de la posada: el murmullo de unas voces en el Prado, el graznido de gansos, el traqueteo de una carreta. No descargó los caballos porque sería una corta parada la que haría. Indicó por señas a Gaul que lo siguiera y entró apresuradamente llevando consigo el arco antes de que saliera ninguno de los dos mozos de cuadra.

La cocina estaba desierta; los dos hornos de hierro y todos los hogares salvo uno estaban apagados, aunque todavía se olía en el aire el aroma a pan recién hecho. Y a pastelillos de miel. Rara vez había huéspedes en la posada, excepto cuando venían los mercaderes desde Baerlon para comprar lana y tabaco o cuando el buhonero pasaba por la aldea una vez al mes, en la época en que la nieve no hacía intransitables las calzadas; y los vecinos que iban a echar un trago o a comer algo a última hora del día

estarían muy ocupados en sus tareas cotidianas. Sin embargo, cabía la posibilidad de que hubiera alguien, de modo que Perrin recorrió de puntillas el corto pasillo que comunicaba la cocina con la sala principal, cuya puerta entreabrió una rendija para echar una ojeada dentro.

Había visto aquella sala cuadrada un millar de veces, con la gran chimenea de cantos de río que ocupaba la mitad de la longitud de la habitación y el dintel a la altura de los hombros de un hombre, la bruñida lata de tabaco y el preciado reloj de maese al'Vere sobre la repisa. De algún modo, todo le parecía más pequeño de como lo recordaba. Delante de la chimenea vio las sillas de respaldo alto, donde se reunía el Consejo del Pueblo. Los libros de Brandelwyn al'Vere se alineaban en los estantes al otro lado del hogar —hubo un tiempo en que Perrin había sido incapaz de imaginar que hubiera más libros en un solo sitio que aquellas escasas docenas de volúmenes en su mayoría ajados— y los barriles de cerveza y vino apilados contra la pared opuesta. *Mirto*, el gato amarillo de la posada, estaba tumbado encima de uno, como siempre.

A excepción de Bran al'Vere y de su esposa, Marin, que lucían largos delantales blancos y estaban ocupados limpiando la plata y el peltre de la posada encima de una mesa, la sala estaba vacía. Maese al'Vere era un hombre corpulento, con una rala mata de cabello gris; la señora al'Vere era esbelta, de aspecto maternal, y llevaba echada sobre el hombro la gruesa trenza de cabellos canosos. Bajo el aroma de rosas olía a pan horneado. Perrin los recordaba como personas risueñas, pero ahora los dos parecían absortos, y el alcalde tenía un gesto ceñudo que sin duda no tenía nada que ver con la copa de plata que estaba limpiando.

—Maese al'Vere… —Abrió la puerta y entró—. Señora al'Vere. Soy yo, Perrin.

La pareja se incorporó con tanta brusquedad que derribó las sillas; el golpe asustó a *Mirto*, que dio un salto. La señora al'Vere se llevó las manos a la boca; ella y su marido lo miraron tan atónitos como a Gaul. Fue suficiente para que Perrin se pasara el arco de una a otra mano, incómodo, sobre todo cuando maese al'Vere se dirigió a toda prisa hacia una de las ventanas delanteras —se movía con sorprendente ligereza para un hombre de sus dimensiones— y apartó las cortinas para asomarse al exterior, como si esperara encontrar más Aiel fuera.

—¿Perrin? —musitó la señora al'Vere con incredulidad—. Eres tú en verdad. Casi no te reconocí con esa barba y… el corte de la mejilla. ¿Dónde…? ¿Ha venido Egwene contigo?

El joven se tocó la herida medio curada de la cara con timidez, deseando haberse aseado o, al menos, haber dejado el arco y el hacha en la cocina. Ni se le había pasado por la cabeza que su aparición podría sobresaltarlos.

—No. Esto no tiene nada que ver con ella. Está a salvo. —Más a salvo si iba de camino a Tar Valon, quizá, que si seguía en Tear junto a Rand, pero, en cualquier caso, mucho más que aquí. Imaginó que debería decir algo más a la madre de Egwene

que un sucinto comentario—. Señora al'Vere, Egwene está preparándose para ser Aes Sedai, y Nynaeve también.

—Lo sé —respondió quedamente la mujer mientras se tocaba el bolsillo del delantal—. He recibido tres cartas suyas desde Tar Valon. Por lo que dice en ellas, tiene que haber enviado más, y Nynaeve una, al menos, pero sólo nos han llegado estas tres. Cuenta algo sobre su aprendizaje, y he de decir que parece muy duro.

—Es lo que ella desea. —¿Tres cartas? La culpabilidad hizo que se encogiera de hombros, desasosegado. Él no había escrito a nadie desde aquellas notas que dejó para sus padres y para maese Luhhan la noche en que Moraine se lo llevó de Campo de Emond. Ni una sola línea.

—Sí, eso parece, aunque no es lo que había imaginado para ella. No es algo que pueda contarle a muchas personas, ¿no te parece? En fin, dice que ha hecho amigas, buenas chicas por lo que se deduce. Elayne y Min. ¿Las conoces?

—Sí, nos conocemos. Y creo que podéis decir que son buenas personas. —¿Cuánto les habría contado Egwene en sus cartas? No mucho, eso era evidente. Dejaría que la señora al'Vere creyera lo que quisiera; no estaba dispuesto a preocuparla con asuntos en los que ella no podía hacer nada. Lo pasado, pasado estaba. Ahora Egwene no corría un peligro excesivo.

De repente cayó en la cuenta de que Gaul estaba plantado allí, a su lado, e hizo las presentaciones atropelladamente. Bran parpadeó cuando oyó que Gaul era Aiel, y miró con gesto ceñudo sus lanzas y el negro velo que colgaba del *shoufa* sobre su pecho, pero su esposa se limitó a decir:

—Sed bienvenido a Campo de Emond, maese Gaul, y a la Posada del Manantial.

—Que siempre tengáis agua y sombra, señora del techo —respondió el Aiel con solemnidad al tiempo que hacía una inclinación de cabeza—. Os pido permiso para defender vuestro techo y dominio.

La mujer apenas si vaciló antes de contestar como si aquello fuera exactamente lo que estaba acostumbrada a escuchar.

—Una generosa oferta, pero me permitiréis que lo decida cuando sea necesario.

—Como ordenéis, señora del techo. Vuestro honor es mío. —De debajo de la chaqueta Gaul sacó un salero de oro, un pequeño cuenco posado sobre el lomo de un león primorosamente tallado, que le tendió a la mujer—. Os ofrezco este pequeño regalo de huésped para vuestro techo.

Marin al'Vere lo tomó como hubiera hecho con cualquier regalo corriente, no dejando entrever su pasmo. Perrin dudaba que hubiera otra pieza igual en todo Dos Ríos y, desde luego, no de oro. En la región no circulaban muchas monedas del precioso metal, cuanto menos un adorno. Confió en que la mujer nunca descubriera que era parte del botín tomado en la Ciudadela de Tear; al menos, de allí suponía él que procedía.

—Muchacho —dijo Bran—, sé que debería darte la bienvenida a casa, pero ¿por qué has vuelto?

—Me enteré de lo de los Capas Blancas, señor —respondió Perrin con franqueza.

El alcalde y su esposa intercambiaron una mirada sombría.

—Sigo diciendo que por qué has vuelto. Tú no puedes cambiar nada, muchacho, ni impedir nada. Será mejor que te marches. Si no tienes caballo, te daré uno. Y, si lo tienes, monta en él y cabalga hacia el norte. Creía que los Capas Blancas tenían vigilado Embarcadero de Taren… ¿Fueron ellos los que te hicieron eso en la cara?

—No. No los…

—Entonces no importa. Si conseguiste pasar sus líneas para entrar puedes hacer lo mismo para salir. Han levantado su campamento principal en Colina del Vigía, pero las patrullas pueden estar por cualquier parte. Vete, muchacho.

—No te demores, Perrin —añadió la señora al'Vere en voz queda pero firme, la misma con la que conseguía que la gente hiciera lo que decía—. Ni siquiera una hora. Te prepararé un paquete para que te lleves con algo de pan reciente y queso, un poco de jamón y carne asada. Tienes que marcharte, Perrin.

—No puedo. Sabéis que van tras de mí o, en caso contrario, no insistiríais tanto en que me marchara. —Y no habían hecho comentarios sobre sus ojos; ni siquiera le habían preguntado si estaba enfermo. La señora al'Vere apenas si se había sorprendido. Lo sabían—. Si me entrego, podré pararlo, por lo menos en parte. Mi familia no… —Dio un brinco de sobresalto cuando la puerta se abrió violentamente y dio paso a Faile, seguida de Bain y de Chiad.

Maese al'Vere se pasó la mano por la calva cabeza; aun contando con que advirtiera que las ropas de las Aiel eran como las de Gaul y las relacionara con él, sólo pareció sorprenderlo un poco que fueran mujeres. Más que nada, lo que estaba era irritado por la intrusión. *Mirto* se sentó y observó con desconfianza a los desconocidos. Perrin se preguntó si el gato también lo consideraba como tal. Y también se preguntó cómo lo habrían encontrado las mujeres y dónde estaría Loial. Cualquier idea era buena con tal de evitar plantearse qué iba a hacer ahora con Faile.

La muchacha le concedió un poco de tiempo para reflexionar, plantada en jarras delante de él, en silencio. A saber cómo, se las ingenió para que funcionara ese truco que tenían las mujeres de dar la impresión de ser más altas merced a una actitud ofendida en extremo.

—¿Entregarte? ¡Entregarte! Era eso lo que habías planeado desde el principio, ¿no es verdad? ¡Pedazo de idiota! ¡Tienes menos cerebro que una piedra, Perrin Aybara! Antes sólo había músculo y pelo, pero ahora ni siquiera eso. Si los Capas Blancas van tras de ti, te colgarán si te entregas a ellos. ¿Para qué iban a buscarte?

—Porque maté a varios de los suyos. —La miró a los ojos, haciendo caso omiso del respingo que dio la señora al'Vere—. Los de la noche que te conocí y otros dos

antes de eso. Saben lo de los dos primeros, Faile, y creen que soy un Amigo Siniestro. —De todos modos, ella no habría tardado mucho en enterarse, y, ya puesto, si hubieran estado solos le habría contado el motivo. Al menos dos Capas Blancas, Geofram Bornhald y Jaret Byar, sospechaban algo de su relación con los lobos. Muy poco de lo que había realmente, pero ese poco era suficiente para ellos. Un hombre que va con lobos por fuerza tenía que ser un Amigo Siniestro. Tal vez uno de ellos, o puede que los dos, debía de estar entre los Capas Blancas que se encontraban en Dos Ríos—. Están convencidos de que lo soy.

—Eres tan Amigo Siniestro como yo —susurró duramente—. Antes lo sería el propio sol.

—Eso no importa, Faile. Haré lo que tenga que hacer.

—¡Torpón cabeza hueca! ¡No tienes que hacer semejante chifladura! ¡Cerebro de mosquito! ¡Como se te ocurra intentarlo, seré yo quien te cuelgue!

—Perrin —intervino la señora al'Vere sin alzar la voz—, ¿quieres presentarme a esta joven que tan buena opinión tiene de ti?

Faile se puso colorada como un tomate al caer en la cuenta de que había hecho caso omiso del matrimonio al'Vere, y empezó a hacer reverencias y a ofrecer toda clase de disculpas. Bain y Chiad, al igual que Gaul, pidieron permiso para defender el techo de la señora al'Vere y le entregaron un pequeño cuenco dorado con hojas talladas, y un ornamentado molinillo de pimienta hecho de plata, más grande que los dos puños de Perrin, y rematado con la talla de una criatura fantástica mitad caballo y mitad pez.

Bran al'Vere los miró de hito en hito y frunció el entrecejo, se rascó la cabeza y masculló algo entre dientes. Perrin captó la palabra «Aiel» más de una vez, pronunciada en tono incrédulo. El alcalde no paraba de mirar a través de la ventana, aunque no parecía que buscara a más Aiel. Tal vez lo que le preocupaba eran los Capas Blancas.

Marin, por otro lado, se tomó las cosas con calma, y trató a Faile, Bain y Chiad igual que lo haría con otras jóvenes viajeras que llegaran a la posada, compadeciéndose de lo agotador que era viajar, haciendo cumplidos a Faile por su atuendo tan apropiado para montar a caballo —el vestido que llevaba hoy era de seda azul oscuro— y comentando a las Aiel lo hermoso que le parecía el color y el lustre de sus cabellos. Perrin imaginaba que al menos Bain y Chiad no sabían muy bien qué pensar de ella, pero, a no tardar, con una tranquila y maternal firmeza, Marin tenía a las tres jóvenes sentadas a una mesa con toallas húmedas para que se limpiaran la cara y las manos del polvo del camino y tomando sorbitos de té que había servido de una gran tetera de rayas rojas que el muchacho recordaba muy bien.

Habría resultado chusco ver a aquellas fieras mujeres —entre las que incluía a Faile, desde luego— repentinamente ansiosas de asegurar a la señora al'Vere que

estaban muy cómodas, que si no había nada que pudieran hacer para ayudarla, que ella estaba trabajando demasiado, y todas con los ojos muy abiertos, como unas chiquillas y con tan escasas posibilidades de resistirse a la mujer como si realmente fueran criaturas. Habría sido divertido si Marin no los hubiera incluido a Gaul y a él, arrastrándolos con igual firmeza hacia la mesa, insistiendo en que se limpiaran las manos y la cara antes de tomarse una taza de té. Los labios de Gaul estuvieron curvados con un atisbo de sonrisa todo el rato; los Aiel tenían un extraño sentido del humor.

Cosa sorprendente, la mujer no miró una sola vez su arco y su hacha ni las armas de los Aiel. En Dos Ríos, rara vez la gente llevaba siquiera un arco; y, cuando tal cosa ocurría, Marin insistía en que lo dejaran en un rincón antes de sentarse a la mesa. Siempre. Pero ahora parecía como si no viera las armas.

Perrin se llevó otra sorpresa cuando Bran puso junto a su codo una copa de plata con brandy de manzana, no la pequeña medida que generalmente tomaban los hombres en la posada, poco más de un dedo, sino que la llenó por la mitad. Cuando se marchó de la aldea, le habría servido sidra, cuando no leche, o quizá vino muy aguado, media copa con la comida o una llena en días de fiesta. Resultaba gratificante que lo considerara un hombre adulto; sin embargo, sólo lo probó. Ahora estaba acostumbrado al vino, pero rara vez tomaba bebidas más fuertes.

—Perrin —dijo el alcalde mientras tomaba asiento junto a su esposa—, nadie cree que seas un Amigo Siniestro. Nadie que tenga dos dedos de frente. No hay razón para que dejes que te ahorquen.

Faile asintió enérgicamente, mostrando su conformidad, pero Perrin no le hizo caso.

—No me haréis cambiar de opinión, maese al'Vere. Los Capas Blancas me quieren a mí y, si no me cogen, se revolverán contra los primeros Aybara que encuentren. Los Capas Blancas no necesitan mucho para decidir que alguien es culpable. No son gente agradable.

—Lo sabemos —dijo suavemente la señora al'Vere.

—Perrin… —El alcalde se quedó mirando fijamente las manos plantadas sobre la mesa—. Perrin, tu familia ya no está.

—¿Que no está? ¿Queréis decir que ya han incendiado la granja y han tenido que marcharse? —La mano del joven se crispó sobre la copa—. Tenía la esperanza de llegar a tiempo, pero supongo que debí imaginarlo. Había pasado demasiado tiempo cuando me enteré. Quizá pueda ayudar a mis padres y a tío Eward en la reconstrucción. ¿Dónde están viviendo? Por lo menos, si he de irme, antes me gustaría verlos.

Bran hizo una mueca y su esposa le acarició el hombro, pero, cosa rara, sus ojos permanecieron prendidos en Perrin, desbordantes de tristeza y compasión.

—Están muertos, muchacho —barbotó Bran.

—¿Muertos? No. No puede ser… —Perrin frunció el ceño cuando sintió que algo le mojaba repentinamente la mano y miró de hito en hito la copa aplastada como si se preguntara de dónde había salido—. Lo siento. No tenía intención de… —Tiró de la machacada plata intentando enderezarla con los dedos. Así no lo conseguiría, por supuesto. Con mucho cuidado dejó la estropeada copa en medio de la mesa—. La repondré. Puedo… —Se limpió la mano en la chaqueta y, de repente, se encontró acariciando el hacha que colgaba de su cinturón. ¿Por qué lo miraba todo el mundo de esa forma tan rara?—. ¿Estáis seguro? —Su voz sonaba como si llegara de muy lejos—. ¿Adora y Deselle? ¿Petram? ¿Mi madre?

—Todos ellos —dijo Bran—. También tus tíos y primos. Todos los que vivían en la granja. Ayudé a enterrarlos, muchacho. En aquella colina baja, la de los manzanos.

Perrin se chupó el pulgar. Qué estupidez cortarse con su propia hacha.

—A mi madre le gustan las flores de los manzanos. Los Capas Blancas. ¿Por qué tuvieron que…? La luz me consuma, Petram tenía sólo nueve años. Y las chicas… —Su voz era monótona, inexpresiva. Tendría que haber dicho aquellas palabras con alguna emoción. Algún sentimiento.

—Fueron trollocs —dijo rápidamente la señora al'Vere—. Volvieron, Perrin. No como cuando tuvisteis que marcharos. No atacaron el pueblo, sino en el campo. La mayoría de las granjas aisladas, sin vecinos cerca, han sido abandonadas. Nadie sale fuera de noche, ni siquiera a un sitio cerca del pueblo. Ocurre igual en Deven Ride y en Colina del Vigía, y puede que en Embarcadero de Taren. Los Capas Blancas, a pesar de su comportamiento, son la única protección real que tenemos. Que yo sepa, han salvado a dos familias cuando los trollocs atacaron sus granjas.

—Quería… Esperaba… —No conseguía recordar qué era lo que había querido. Algo relacionado con los trollocs, pero no quería recordar. ¿Los Capas Blancas protegiendo Dos Ríos? La idea casi lo hizo reír—. ¿Y la granja de Tam, el padre de Rand? ¿Fueron también los trollocs?

La señora al'Vere abrió la boca, pero Bran se le adelantó.

—Merece que le digamos la verdad, Marin. Eso fue cosa de los Capas Blancas, Perrin. Y también lo de la granja de los Cauthon.

—Así que también la familia de Mat. La de Rand y la mía. —Extraño. Hablaba como si estuvieran comentando que a lo mejor llovía—. ¿También han muerto?

—No, muchacho. Abell y Tam se ocultan en el Bosque del Oeste, en alguna parte. Y la madre y las hermanas de Mat… también están vivas.

—¿Escondidas?

—No hay necesidad de entrar en más detalles —se apresuró a decir Marin—. Bran, tráele otra copa de brandy. Y ésta tómatela, Perrin. —Su marido siguió sentado, pero la mujer se limitó a mirarlo con gesto ceñudo y prosiguió—: Te ofrecería una

cama, pero no estarías seguro aquí. Hay quienes tal vez salgan corriendo en busca de lord Bornhald si se enteran de que estás aquí. Eward Congar y Hari Coplin les bailan el agua a los Capas Blancas como si fueran sus perros falderos, ansiosos por complacerles y decir nombres, y Cenn Buie no les anda a la zaga. También Wit Congar les iría con el cuento si Daise no se lo impidiera. Ella es ahora la Zahorí. Perrin, lo mejor es que te vayas, créeme.

El joven sacudió lentamente la cabeza; demasiado para poder asimilarlo. ¿Daise Congar la Zahorí? Esa mujer era como un toro. Capas Blancas protegiendo Campo de Emond. Hari y Eward y Wit cooperando. De los Congar y los Coplin no se podía esperar mucho más, pero Cenn Buie era miembro del Consejo del Pueblo. Lord Bornhald. Así pues, Geofram Bornhald estaba aquí. Faile lo estaba mirando; sus ojos estaban muy abiertos y húmedos. ¿Por qué estaba al borde de las lágrimas?

—Hay algo más, Brandelwyn al'Vere —intervino Gaul—. Se puede ver en vuestro rostro.

—Sí que lo hay —convino el alcalde—. No, Marin —añadió con firmeza cuando su esposa sacudió levemente la cabeza—. El chico merece saber la verdad. Toda la verdad. —La mujer entrelazó las manos y suspiró; Marin al'Vere se salía casi siempre con la suya, excepto cuando el semblante de Bran tenía esa expresión inflexible, como ahora, con las cejas fruncidas.

—¿Qué verdad? —preguntó Perrin. A su madre le gustaban las flores de los manzanos.

—En primer lugar, Padan Fain está con los Capas Blancas —dijo Bran—. Ahora se hace llamar Ordeith y no responde a su propio nombre, pero es él, por muchos aires que se dé.

—Es un Amigo Siniestro —informó Perrin con aire ausente. Adora y Deselle siempre se ponían en el pelo flores de manzano cuando llegaba la primavera—. Dicho por su propia boca. Fue él quien trajo a los trollocs en la Noche de Invierno. —A Petram le gustaba encaramarse a los manzanos y si uno no andaba con ojo le arrojaba frutos desde las ramas.

—Conque sí, ¿eh? —dijo sombríamente el alcalde—. Vaya, eso es muy interesante. Tiene cierta autoridad entre los Capas Blancas. La primera noticia que tuvimos de que estaban aquí fue después de que incendiaran la granja de Tam. Eso fue obra de Fain; iba al mando de los que lo hicieron. Tam derribó a cuatro o cinco con sus flechas antes de huir al bosque y llegó a la granja de los Cauthon justo a tiempo de impedirles que se llevaran a Abell. Sin embargo arrestaron a Natti y a las chicas. Y también a Haral y Alsbet Luhhan. Creo que Fain los habría colgado si lord Bornhald no lo hubiera prohibido. Aunque tampoco los dejó marchar. Hasta donde he podido averiguar, no les han hecho daño, pero están retenidos en el campamento de los Capas Blancas en Colina del Vigía. Por alguna razón, Fain os odia a ti, a Rand y a

Mat, y ha ofrecido cien monedas de oro por cualquiera relacionado con vosotros tres, y doscientas por Tam o Abell. Y lord Bornhald parece mostrar un particular interés en ti. Cuando la patrulla de Capas Blancas viene por aquí, él la acompaña generalmente y hace preguntas sobre ti.

—Sí, por supuesto —dijo Perrin—. Es lógico. —Perrin de Dos Ríos, el que corre con lobos, el Amigo Siniestro. Fain les habría contado todo lo demás. «¿Fain con los Hijos de la Luz?» Fue una idea que le pasó fugaz por la cabeza, como algo lejano, pero cualquier cosa era mejor que pensar en los trollocs. Crispó el gesto al mirarse las manos, y se obligó a mantenerlas quietas sobre la mesa—. Así que os protegen de los trollocs.

Marin al'Vere se inclinó hacia él, frunciendo el entrecejo.

—Perrin, necesitamos a los Capas Blancas. Sí, incendiaron la granja de Tam y la de Abell, han arrestado a gente y van por ahí como si les perteneciera todo lo que ven, pero Alsbet y Natti y los demás están ilesos; sólo los tienen retenidos, y eso es algo que podrá enmendarse de algún modo. El Colmillo del Dragón ha aparecido garabateado en unas cuantas puertas, aunque nadie, excepto los Congar y los Coplin, hace caso. Seguramente han sido ellos mismos los que han hecho la marca. Tam y Abell pueden permanecer escondidos hasta que los Capas Blancas se marchen, cosa que tendrán que hacer más tarde o más temprano. Pero, mientras haya trollocs por los alrededores, los necesitamos. Por favor, compréndelo. No es que prefiramos tenerlos a ellos antes que a ti, pero los necesitamos y no queremos que te ahorquen.

—¿Llamáis a esto protección, señora del techo? —intervino Bain—. Si pedís al león que os proteja de los lobos, sólo habréis escogido acabar en la tripa de una fiera en lugar de la de una alimaña.

—¿No podéis protegeros vosotros mismos? —añadió Chiad—. He visto luchar a Perrin y a Mat Cauthon y a Rand al'Thor, y son del mismo linaje que vosotros.

Bran soltó un borrascoso suspiro.

—Somos granjeros, gentes sencillas. Lord Luc habla de organizar a los hombres para luchar contra los trollocs, pero ello significa dejar a la familia indefensa mientras vas a acompañarlo, y a nadie le hace gracia esa idea.

—¿Quién es lord Luc? —preguntó Perrin, desconcertado.

—Vino más o menos al mismo tiempo que los Capas Blancas —contestó la señora al'Vere—. Es un cazador del Cuerno. Ya sabes, lo de la historia de la Gran Cacería del Cuerno. Lord Luc cree que el Cuerno de Valere se encuentra en algún lugar de las Montañas de la Niebla, por encima de Dos Ríos, pero renunció a su búsqueda a causa de nuestros problemas. Lord Luc es todo un caballero con unos modales exquisitos. —Se atusó el cabello a la par que esbozaba una sonrisa de aprobación, y Bran, su esposo, la miró de reojo y gruñó con acritud.

Cazadores del Cuerno. Trollocs. Capas Blancas. Dos Ríos no parecía el mismo

sitio del que se había marchado.

—Faile también es un cazador del Cuerno. ¿Conoces a ese tal lord Luc, Faile?

—Se acabó, estoy harta —anunció la joven. Perrin frunció el entrecejo al ver que se levantaba y rodeaba la mesa para ir hacia él. Faile le cogió la cabeza y le recostó la cara contra su pecho—. Tú madre ha muerto —musitó—. Tu padre ha muerto. Tus hermanas y tu hermano han muerto. Toda tu familia está muerta y no puedes hacer nada para remediarlo. Desde luego, no cambiarás nada muriendo tú también. Desahógate, llora tu pena, no la guardes dentro, donde puede enquistarse.

Perrin agarró los brazos de la joven con intención de apartarla, pero, por alguna razón, sus manos se aferraron hasta que aquel contacto fue lo único que lo sostuvo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando, sollozando contra sus senos como un niño. ¿Qué iba a pensar de él? Abrió la boca para decirle que se encontraba bien, para pedir disculpas por venirse abajo, pero lo único que consiguió articular fue:

—No pude llegar aquí antes. No pude… Yo… —Apretó los dientes y enmudeció.

—Lo sé —musitó Faile, que le acariciaba la cabeza como si fuera una criatura—. Lo sé.

Perrin quería contener el llanto, pero cuanto más lo consolaba ella, más desgarradores se hacían sus sollozos, como si sus amorosas manos propiciaran el afluir de las lágrimas.

30



Al pie del roble

Perrin no habría sabido decir cuánto tiempo estuvo llorando con la cabeza recostada contra el pecho de Faile. Por su mente pasaban imágenes de su familia como fugaces destellos: su padre sonriendo mientras le enseñaba cómo sostener un arco; su madre cantando a la par que hilaba lana; Adora y Deselle tomándole el pelo la primera vez que se afeitó; Petram mirando con los ojos grandes como platos a un juglar durante un Día Solar, mucho tiempo atrás. Imágenes de una hilera de tumbas frías y solitarias. Sollozó hasta que ya no le quedaron lágrimas. Cuando finalmente se retiró de Faile, vio que estaban ellos dos solos a excepción de *Mirto*, que se acicalaba con la lengua, en lo alto de un barril. Se alegró de que los demás se hubieran marchado y no lo hubieran visto en un estado tan lamentable. Bastante bochorno era para él la presencia de Faile, aunque, en cierto modo, se alegraba de que la joven se hubiera quedado; pero habría querido que no hubiera visto ni oído.

Faile tomó sus manos entre las de ella y se sentó en la silla de al lado. Era tan hermosa, con aquellos ojos ligeramente rasgados, grandes y oscuros, y los altos pómulos. No sabía si podría conseguir hacer las paces con ella después del modo en que la había tratado durante los últimos días. Sin duda Faile encontraría el medio de hacérselo pagar.

—¿Has renunciado a esa idea de rendirte a los Capas Blancas? —le preguntó la muchacha. En su voz no había el menor indicio que denotara que acababa de verlo llorar como un chiquillo.

—Me temo que no serviría de mucho. Haga lo que haga, no cejarán en dar caza al padre de Rand y al de Mat. Mi familia… —Se apresuró a soltar sus manos de las de ella, pero Faile le sonrió en lugar de poner mala cara—. Si me es posible, tengo que liberar a maese Luhhan y a su esposa. Y también a la madre y las hermanas de Mat. Le prometí que cuidaría de ellas. Además, haré lo que esté en mi mano respecto a los trollocs. —Quizás el tal lord Luc tenía alguna buena idea. Al menos la puerta a los Atajos estaba clausurada, así que no vendrían más por ese camino. Por encima de

todo, deseaba hacer algo contra esos monstruos—. Pero no me será posible llevar a cabo nada de eso si dejo que me cuelguen.

—Me alegro de que te des cuenta de ello —le dijo secamente—. ¿Alguna otra idea estúpida sobre alejarme de ti?

—No. —Se preparó para capear la tormenta que se avecinaba, pero Faile asintió como si aquella escueta negación fuera todo cuanto esperaba y deseaba. Era una pequeña concesión, nada por lo que mereciera la pena discutir. Se lo haría pagar con creces.

—Somos cinco, Perrin. Seis, si Loial se muestra dispuesto. Y si encontramos a Tam al'Thor y a Abell Cauthon… ¿Son tan diestros con el arco como tú?

—Más. —Tal cosa era verídica—. Mucho más.

La joven asintió ligeramente, con incredulidad.

—Con ellos somos ocho. Bueno, es un principio. A lo mejor hay otros que se nos unan. Y no olvidemos a lord Luc. Seguramente querrá ponerse al mando, pero si no es un mentecato no importará. Sin embargo, no todos los que prestan el juramento del cazador son sensatos. He conocido a algunos que creen saberlo todo, aparte de ser testarudos como mulas.

—Lo sé —dijo Perrin, y ella le asestó una mirada penetrante. Se las ingenió para contener la sonrisa—. Me refiero a que conozco a gente de esa clase. En una ocasión vi un par de tipos así, ¿recuerdas?

—Ah, aquéllos. En fin, esperemos que lord Luc no sea un embustero presuntuoso. —Sus ojos lo observaron intensamente y apretó con fuerza sus manos entre las suyas, no dolorosamente, sino como si intentara transmitirle su fortaleza—. Imagino que querrás visitar la granja de tu familia, tu casa. Te acompañaré, si me lo permites.

—Cuando me sienta capaz, Faile. —Pero no en este momento. Todavía no. Si veía esas tumbas bajo los manzanos ahora… Qué extraño. Siempre había dado por hecho que era fuerte y ahora resultaba que no lo era en absoluto. Bueno, lo de llorar como un niño se había terminado, y era hora de ponerse a hacer algo—. Lo primero es lo primero e imagino que encontrar a Tam y Abell es prioritario.

Maese al'Vere se asomó a la sala y, al ver que estaban sentados y charlando, entró.

—Hay un Ogier en la cocina —le dijo a Perrin con una expresión desconcertada —. Un Ogier. Está bebiendo té, y la taza más grande que tenemos en sus manos parece… —Puso el pulgar y el índice como si sostuviera un dedal—. Marin podrá fingir que en esta posada entran Aiel a diario, pero casi se desmayó cuando vio al tal Loial. Le preparé una doble ración de brandy que tragó como si fuera agua y le entró una tos que casi se ahoga. Generalmente, Marin sólo bebe vino, pero me parece que se habría tomado otra copa si se la hubiera dado. —Frunció los labios y simuló interesarse en una mancha inexistente en el largo delantal blanco—. ¿Te encuentras bien ya, muchacho?

—Estoy bien, señor —se apresuró a tranquilizarlo Perrin—. Maese al'Vere, no podemos seguir aquí mucho más rato. Alguien podría ir con el cuento a los Capas Blancas de que me habéis dado asilo.

—Oh, no hay muchos que harían algo así. No todos los Coplin y ni siquiera algunos de los Congar.

A pesar de su comentario, no le pidió que se quedaran.

—¿Sabéis dónde podría encontrar a maese al'Thor y a maese Cauthon?

—Normalmente, en el Bosque del Oeste —respondió lentamente Bran—. Es lo único que sé con seguridad. —Entrelazó las manos sobre el orondo vientre y ladeó la cabeza—. No vas a marcharte, ¿verdad? Bien. Le he dicho a Marin que no lo harías, pero no quiere creerme. Piensa que lo mejor es que te vayas. Lo mejor para ti, se entiende. Y, como la mayoría de las mujeres, está convencida de que si habla contigo el tiempo suficiente acabará por convencerte para que veas las cosas a su modo.

—Vaya, maese al'Vere —intervino Faile con voz dulce—, en lo que a mí respecta, opino que los hombres son seres sensatos que sólo necesitan que se les muestre una sola vez el camino más razonable para que escojan seguirlo.

El alcalde le dedicó una sonrisa divertida.

—Colijo, entonces, que aconsejarás a Perrin que se vaya. Marin tiene razón. Es lo más sensato que puede hacer si quiere evitar la horca. La única razón para quedarse es que hay ocasiones en las que un hombre no puede huir, ¿no? Bien, sin duda debes saber lo que es mejor para él. —Hizo caso omiso de la mirada agria de la joven—. Vamos, muchacho, informemos a Marin de la buena noticia. Aprieta los dientes y contén tus sentimientos, porque no renunciará a intentar hacerte cambiar de opinión.

En la cocina, Loial y los Aiel estaban sentados en el suelo, cruzados de piernas. Desde luego, en la posada no había una silla lo bastante grande para el Ogier, que estaba sentado con un brazo apoyado en la mesa y todavía era lo bastante alto para mirar cara a cara a Marin al'Vere. Bran había exagerado con lo del tamaño de la taza en manos de Loial, aunque, al mirar con más detenimiento, Perrin observó que lo que sostenía entre sus dedos era un cuenco de sopa de loza blanca.

La señora al'Vere continuaba esforzándose en aparentar que la presencia de Aiel y Ogier era algo normal e iba afanosa de un lado para otro llevando una bandeja con pan, queso y encurtidos, asegurándose de que todos comieran, pero sus ojos se abrían de par en par cada vez que se posaban en Loial a pesar de que el Ogier procuraba tranquilizarla con cumplidos sobre la comida. Sus copetudas orejas se agitaban con nerviosismo cada vez que la mujer lo miraba, y ella daba un brinco cuando las veía moverse y luego sacudía la cabeza de modo que la gruesa trenza canosa se mecía enérgicamente. De disponer de unas cuantas horas juntos, los dos habrían acabado enviando a la cama al otro presa de un ataque de nervios.

Loial soltó un retumbante suspiro de alivio al ver entrar a Perrin en la cocina y

dejó la taza —el cuenco— sobre la mesa, pero al instante su ancho rostro adoptó una expresión cariacontecida.

—Lamento tu pérdida, Perrin, y comparto tu pena. La señora al'Vere… —Sus orejas se agitaron frenéticamente aun sin mirar a la mujer, quien, por su parte, dio otro brinco—. La señora al'Vere me ha estado contando que te marcharás ahora que no hay nada que te retenga aquí. Si lo deseas, cantaré a los manzanos antes de irnos.

Bran y Marin intercambiaron una mirada sobresaltada, y de hecho el alcalde se metió un dedo en el oído y hurgó en él como si se le hubiera metido un insecto.

—Gracias, Loial, me encantará que lo hagas, pero cuando haya tiempo. Ahora mismo tengo mucho que hacer antes de irme. —La señora al'Vere soltó bruscamente la bandeja sobre la mesa y lo miró de hito en hito, pero el joven continuó exponiendo sus planes por orden: encontrar a Tam y a Abell y rescatar a las personas que los Capas Blancas tenían arrestadas. No mencionó a los trollocs, aunque también abrigaba algunos planes imprecisos para ellos. O tal vez no tan imprecisos. No estaba dispuesto a marcharse mientras quedara un trolloc o un Myrddraal vivo en Dos Ríos. Metió los pulgares en el cinturón para contener el gesto instintivo de acariciar el hacha—. No será fácil —concluyó—. Agradecería tu ayuda, Loial, pero si quieres marcharte lo comprenderé. Ésta no es tu lucha y ya te has visto envuelto en suficientes problemas por estar cerca de gente de Campo de Emond. No adelantarás mucho con tu libro aquí.

—Aquí o allí, la lucha es la misma, a mi entender —contestó el Ogier—. Además, el libro puede esperar. Tal vez haga un capítulo sobre ti.

—Te dije que iría contigo —intervino Gaul sin que le preguntara—, y no era con intención de dejarlo cuando las cosas se pusieran difíciles. Tengo una deuda de sangre contigo.

Bain y Chiad dirigieron una mirada interrogante a Faile y, cuando ésta asintió, también anunciaron su intención de quedarse.

—Sois una pandilla de estúpidos cabezotas —dijo la señora al'Vere—. Seguramente acabaréis todos en la horca, si es que vivís lo suficiente; lo sabéis, ¿no? —Cuando el grupo se limitó a mirarla sin responder, Marin se desató el delantal y se lo sacó por la cabeza—. Bien, si sois tan necios como para quedaros, más vale que os enseñe dónde podéis esconderos.

Su marido la miró sorprendido por su repentina capitulación, pero se recobró rápidamente.

—Se me ocurre que quizás el mejor sitio sería la antigua casa de enfermos, Marin. Ahora nadie va allí y creo que todavía conserva la mayor parte del tejado.

Lo que todavía se llamaba la nueva casa de enfermos, adonde se llevaba a las personas para ser atendidas si su enfermedad era contagiosa, se alzaba al este de la aldea, detrás del molino de maese Thane, desde que Perrin era un niño. La antigua, en

el Bosque del Oeste, había sido destruida casi por completo durante una violenta tormenta por aquel entonces. Perrin recordaba el edificio medio cubierto por enredaderas y zarzas, con los pájaros anidando en lo que quedaba del techo de bálago y la madriguera de un tejón debajo de la escalera posterior. Sería un buen sitio para esconderse.

La señora al'Vere asestó a Bran una mirada intensa, como si la sorprendiera que hubiera pensado en ello.

—Servirá, supongo. Al menos, por esta noche. Los llevaré allí.

—No es preciso que vayas tú, Marin. Yo puedo hacerlo si es que Perrin no recuerda el camino.

—A veces olvidas que eres el alcalde, Bran. La gente está pendiente de ti y se pregunta adónde vas y qué te traes entre manos. ¿Por qué no te quedas y si alguien se deja caer por aquí te ocupas de que se vaya pensando que no ha pasado nada fuera de lo normal? En el horno hay guisado de cordero y sopa de lentejas que sólo hay que calentar. Y no menciones a nadie la casa de enfermos, Bran. Lo mejor es que nadie se acuerde de su existencia.

—No soy idiota, Marin —replicó su marido con aire ofendido.

—Lo sé, querido. —Le dio unas palmaditas en la mejilla, pero su cariñosa actitud se tornó tensa cuando su mirada fue de Bran a los demás—. Va a ser un problema evitar que se fijen en vosotros —rezongó antes de ponerse a impartir instrucciones.

Tenían que salir en grupos pequeños para no llamar la atención. Cruzaría el pueblo sola y se reuniría con ellos en el bosque, al otro lado de la aldea. Los Aiel le aseguraron que podrían encontrar el roble hendido por un rayo que les describió y se escabulleron, sigilosos, por la puerta trasera. Perrin sabía qué árbol era, uno grande que había a kilómetro y medio del pueblo y que a pesar de que parecía que lo habían partido por la mitad con un hacha seguía vivo e incluso reverdeciendo. Estaba seguro de que sabría llegar hasta la casa de enfermos sin problemas, pero la señora al'Vere insistió en que todo el mundo se reuniera junto al roble.

—Si vas por ahí solo, Perrin, sólo la Luz sabe con lo que puedes tropezar. —Alzó los ojos hacia el Ogier, que al estar de pie ahora rozaba las vigas del techo con la cabeza, y suspiró—. Ojalá pudiéramos hacer algo con vuestra altura, maese Loial. Sé que hace calor, pero ¿no os importaría poneros la capa con la capucha echada? Incluso en estos tiempos la mayoría de la gente no tarda en convencerse de que no han visto lo que han visto si no es lo que esperan, pero si vislumbran vuestro rostro… No quiero decir con eso que no seáis muy apuesto, todo lo contrario, pero jamás pasaríais por un habitante de Dos Ríos.

La amplia sonrisa de Loial dividió en dos su semblante bajo la ancha nariz hocicuda.

—No es un día muy caluroso para llevar capa, señora al'Vere.

Marin cogió un chal ligero de punto con flecos azules y acompañó a Perrin, Faile y Loial al establo para verlos marchar y, por un momento, habríase dicho que todos sus esfuerzos por mantener en secreto su presencia se irían al traste. Cenn Buie, con su aspecto seco y retorcido como el de una raíz, estaba examinando los caballos, sobre todo el de Loial, tan grande como los dhurranos de Bran. Cenn se rascó la cabeza mientras contemplaba fijamente la enorme silla de montar.

Sus negros ojillos se abrieron como platos al ver a Loial y se quedó boquiabierto.

—¡Tr… tr… trollocs! —consiguió mascullar finalmente.

—No seas necio, Cenn Buie —lo increpó Marin, que se apartó un paso para atraer sobre sí la atención del viejo. Perrin mantuvo gacha la cabeza, como si examinara su arco, y no se movió—. ¿Acaso iba a estar tan tranquila en el patio de mi casa si hubiera trollocs? —Resopló con indignación—. Maese Loial es un Ogier, como sabrías si no fueras un viejo quisquilloso que no para de protestar por todo en lugar de mirar lo que tiene delante de las narices. Va de paso y no puede perder tiempo con tipos como tú. Más vale que te ocupes de tus asuntos y deja en paz a nuestros huéspedes. Sabes muy bien que Corin Ayellan lleva meses detrás de ti por el mal trabajo que hiciste con su techo.

Cenn articuló la palabra «Ogier» en silencio, pestañeando. Por un momento dio la impresión de que iba a defender su buen hacer como techador, pero entonces su mirada se volvió hacia Perrin y estrechó los ojos.

—¡Él! ¡Es él! Están buscándote, granuja, vagabundo, que huiste con una Aes Sedai y te has convertido en un Amigo Siniestro. Fue entonces cuando vinieron los trollocs por primera vez, y ahora has vuelto y ellos también. ¿Vas a decirme que es sólo una coincidencia? ¿Qué te pasa en los ojos? ¿Estás enfermo? Sí, debes de haber contraído alguna mala enfermedad de esas tierras lejanas y has vuelto para contagiarnos a todos, como si con lo de los trollocs no fuera suficiente. Los Hijos de la Luz te darán tu merecido, ya lo verás.

Perrin notó que Faile se ponía tensa y rápidamente puso la mano sobre su brazo cuando comprendió que estaba sacando un cuchillo. ¿En qué demonios pensaba? Cenn era un necio viejo irascible, pero no era razón para usar un cuchillo contra él. La joven sacudió la cabeza, exasperada, pero al menos lo dejó estar.

—Basta ya, Cenn —increpó Marin, cortante—. Vas a guardarte para ti lo que has visto. ¿O acaso ya has empezado a irles con cuentos a los Capas Blancas, como Hari y su hermano Darl? Abrigo ciertas sospechas del motivo de que los Capas Blancas vinieran a revolver los libros de Bran. Se llevaron seis y sermonearon a mi marido bajo su propio techo hablando de blasfemia. ¡Blasfemia, nada menos! Y todo porque no estaban de acuerdo con lo que ponía en un libro. Tienes suerte de que no te obligue a reemplazar esos libros. Estuvieron revolviéndolo todo, como comadrejas, buscando más «escritos blasfemos», según ellos, como si alguien fuera a esconder un

libro. Levantaron todos los colchones de las camas, desordenaron los armarios de la ropa blanca. Tienes suerte de que no te trajera a rastras de una oreja para que volvieras a colocarlo todo.

Cenn se fue encogiendo un poco más con cada frase hasta dar la impresión de que sus huesudos hombros estaban más altos que su cabeza.

—No les dije nada, Marin —protestó—. Sólo porque un hombre mencione que… Es decir, sólo estaba haciendo un comentario, de pasada… —Se sacudió y, aunque todavía evitaba mirarla a la cara, recobró parte de su compostura y de su habitual forma de ser—. Tengo intención de discutir esto en el Consejo, Marin. Me refiero a él. —Apuntó con el sarmentoso dedo a Perrin—. Todos estaremos en peligro mientras siga aquí. Si los Hijos descubren que lo has cobijado, podrían culparnos a todos los demás. Y entonces no serán sólo unos armarios desordenados.

—Esto es asunto del Círculo de Mujeres. —Marin se ajustó el chal sobre los hombros y se adelantó para mirar cara a cara al viejo techador. Era un poco más alto que ella, pero el repentino aire de seria formalidad le dio empaque. Cenn iba a decir algo, pero la mujer se le adelantó, cortando cualquier intento de pronunciar una sola palabra—. Asunto del Círculo, Cenn Buie. Si crees que no lo es, si te atreves siquiera a llamarme mentirosa… Más te vale dejar quieta la lengua, porque si les dices una sola palabra de un asunto del Círculo de Mujeres a alguien, incluido el Consejo del Pueblo…

—¡El Círculo no tiene derecho a interferir en los asuntos del Consejo! —gritó.

—… me ocuparé de que tu esposa te mande a dormir al granero. Y de que comas los desechos de tus vacas lecheras. ¿Crees que el Consejo tiene prioridad sobre el Círculo? Si es preciso, mandaré a Daise Congar para que te convenza de lo contrario.

Cenn se encogió, y con razón. Si Daise Congar era la Zahorí, seguramente lo obligaría a tragarse asquerosos brebajes cada día durante todo un año, y Cenn era demasiado flaco para impedírselo. Alsbet Luhhan era la única mujer de la aldea más corpulenta que Daise, y ésta tenía una vena rencorosa y un genio acorde con ella. Perrin no conseguía imaginársela como la Zahorí; sin duda a Nynaeve le daría un ataque cuando se enterara de quién la había sustituido, ya que ella misma pensaba que utilizaba el trato afable y el razonamiento.

—No es preciso ponerse desagradable, Marin —masculló Cenn con ánimo de aplacarla—. Si quieres que no diga nada, cerraré el pico; pero, con el Círculo de Mujeres o sin él, estás corriendo el riesgo de que los Hijos se nos echen encima a todos.

La señora al'Vere se limitó a arquear las cejas y, tras un instante, Cenn se escabulló rezongando entre dientes.

—Bien hecho —dijo Faile cuando el viejo desapareció por la esquina de la posada—. Me parece que tendría que tomar unas cuantas lecciones de vos. No se me

da ni la mitad de bien manejar a Perrin como habéis hecho con vuestro esposo y con ese tipo. —Le sonrió al joven para mostrarle que estaba bromeando. Al menos, es lo que Perrin esperaba que significara esa sonrisa.

—Tienes que saber cuándo hay que atarlos corto —respondió la mujer con aire ausente—, y cuándo no hay más remedio que darles rienda suelta. Si se les deja que se salgan con la suya en lo que no es importante, después es más fácil mantenerlos a raya en lo que sí lo es. —Había estado siguiendo con la mirada a Cenn, fruncido el entrecejo, sin prestar atención realmente a lo que decía, salvo, quizá, cuando añadió —: Y a algunos habría que atarlos en la cuadra y dejarlos encerrados allí.

Ni que decir tiene que Faile no necesitaba que le dieran este tipo de consejos, así que Perrin se apresuró a intervenir:

—¿Creéis que mantendrá la boca cerrada, señora al'Vere?

—Me parece que sí —contestó, vacilante—. Cenn es como un dolor de muelas que va empeorando con el paso de los años, pero no es de la ralea de Hari Coplin y los otros. —Empero, había dudado.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Perrin, y nadie discutió.

El sol estaba más alto de lo que el joven había esperado, pasado ya su cenit, lo que significaba que la mayoría de la gente se encontraría en su casa para tomar el almuerzo. Los pocos que permanecían en el exterior, principalmente niños que cuidaban ovejas o vacas, estaban enfrascados en dar buena cuenta de la comida que se habían llevado envuelta en un paño, demasiado lejos y demasiado absortos en mover los dientes para prestar atención a quienes pasaban. Con todo, Loial atrajo alguna que otra mirada a despecho de la amplia capucha que le ocultaba los rasgos. El propio Perrin, montado en *Brioso*, le llegaba al pecho al Ogier con su alta montura. Para la gente que los vio de lejos debían de parecer un adulto con dos niños a lomos de ponis. La imagen que ofrecían no era corriente, desde luego, pero Perrin confiaba en que los vieran así. Los comentarios llamarían la atención y ello era algo que tenía que evitar a toda costa hasta que hubieran rescatado a la señora Luhhan y a los demás. Ojalá Cenn no alborotara. También él llevaba echada la capucha, cosa que podía dar que hablar asimismo, pero no tanto como si alguien se fijaba en su barba y comprendía que no era un chiquillo. El ambiente casi parecía primaveral en comparación con Tear.

No tuvo dificultad en encontrar el roble hendido, las dos partes abiertas en una amplia horquilla, con la cara interior negra y endurecida como el hierro y el suelo limpio de vegetación debajo del extenso ramaje. Ir hasta allí cruzando el pueblo era un camino mucho más corto que dando un rodeo, como ellos, así que la señora al'Vere ya los estaba esperando cuando llegaron; se advertía cierta impaciencia por la forma de ajustarse el chal a los hombros. También los Aiel se encontraban allí, sentados en cuclillas sobre la cubierta de hojas de roble secas y cáscaras de bellotas

desechadas por las ardillas; Gaul estaba separado de las dos Doncellas. Los tres Aiel se observaban entre sí casi con la misma cautela con que vigilaban la espesura del entorno. Perrin estaba seguro de que habían llegado hasta el punto de reunión sin que nadie los viera, y deseó tener aquella destreza; era capaz de moverse por el bosque con bastante sigilo, pero para los Aiel daba igual que fuera bosque, labrantíos o poblaciones. Cuando no querían ser vistos, hallaban el modo de pasar completamente inadvertidos.

La señora al'Vere insistió en que hicieran el resto del trayecto a pie argumentando que la vegetación era muy densa para ir a caballo. Perrin no estaba de acuerdo con ella, pero de todas formas desmontó; sin duda resultaba muy incómodo conducir a gente montada si se iba a pie. En cualquier caso, tampoco le dio muchas vueltas, ya que tenía la cabeza llena con montones de planes. Era preciso echar un vistazo al campamento de los Capas Blancas en Colina del Vigía antes de decidir cómo rescatar a la señora Luhhan y a los otros. Y ¿dónde estarían escondidos Tam y Abell? Ni Bran ni Marin habían dicho nada concreto, tal vez porque no lo sabían. Si Tam y Abell no habían rescatado ya a los prisioneros, ello quería decir que no era una empresa fácil. Aun así, tenía que hacer algo al respecto. Y después se dedicaría por completo a los trollocs.

Hacía años que nadie del pueblo venía por aquí, de manera que el sendero se había borrado; no obstante, los grandes árboles impedían que la maleza creciera demasiado. Los Aiel, ante la insistencia de la señora al'Vere de que el grupo se mantuviera junto, avanzaron silenciosamente con los demás. Loial murmuraba aprobadoramente mientras miraba los vetustos árboles, en especial ciertos abetos y robles particularmente grandes. De vez en cuando, se escuchaba el canto de un sinsonte o un petirrojo en las ramas, y una vez Perrin captó el olor de un zorro que observaba el paso del grupo.

De repente le llegó el olor a hombre que un momento antes no estaba allí y escuchó un débil susurro de hojas. Los Aiel se pusieron en tensión, alertas, con las lanzas prestas, y Perrin llevó la mano hacia la aljaba.

—Calmaos —instó la señora al'Vere al tiempo que hacía un gesto para que bajaran las armas—. Tranquilos, por favor.

De pronto aparecieron dos hombres al frente, uno de ellos, el de la izquierda, era alto, moreno y delgado, mientras que el de la derecha era bajo, fornido y con el pelo canoso. Ambos empuñaban arcos con las flechas aprestadas, listos para levantar los brazos y disparar; las aljabas colgadas a un costado servían de contrapeso a las espadas que pendían del otro. Los dos llevaban capas que se difuminaban con la vegetación del entorno.

—¡Guardianes! —exclamó Perrin—. ¿Por qué no nos dijisteis que había Aes Sedai aquí, señora al'Vere? Maese al'Vere tampoco lo mencionó. ¿Por qué?

—Porque no lo sabe —se apresuró a explicar Marin—. No mentí cuando dije que esto era un asunto del Círculo de Mujeres. —Se volvió hacia los Guardianes, quienes no habían bajado la guardia ni un ápice—. Tomás, Ihvon, bajad esos arcos. Me conocéis y sabéis que jamás traería a nadie que tuviera malas intenciones.

—Un Ogier —dijo el hombre canoso—, tres Aiel y un hombre de ojos amarillos, el que buscan los Capas Blancas, por supuesto, y una fiera joven con un cuchillo. —Perrin lanzó una rápida ojeada a Faile, que tenía el arma presta para arrojar en cualquier momento. Estuvo de acuerdo con ella en esta ocasión. Puede que los dos hombres fueran Guardianes, pero todavía no habían hecho intención de bajar los arcos, y sus rostros parecían tallados en piedra. Los Aiel daban la impresión de estar dispuestos a bailar la danza de las lanzas sin cubrirse siquiera con el velo—. Un extraño grupo, señora al'Vere —continuó el hombre mayor—. Veremos. Ihvon… —El hombre alto asintió y desapareció en la vegetación; Perrin apenas lo oyó alejarse. Cuando querían, los Guardianes eran tan silenciosos como la propia muerte.

—¿Qué queréis decir con lo de que es un asunto del Círculo de Mujeres? —demandó el joven—. Sé que los Capas Blancas causarían problemas si se enteraran de que por aquí hay Aes Sedai, así que entiendo que no se lo hayáis dicho a Hari Coplin, pero ¿por qué guardar el secreto con el alcalde?, ¿y con nosotros?

—Porque es lo que acordamos —replicó Marin con un timbre irritado que parecía dirigido tanto a Perrin como al Guardián, que seguía sin bajar la guardia (no había otro término que describiera su actitud) y hasta incluso a las Aes Sedai—. Se encontraban en Colina del Vigía cuando llegaron los Capas Blancas. Allí nadie sabía quiénes eran, excepto el Círculo de esa población, que transfirió al nuestro la responsabilidad de ocultarlos. A todo el mundo, Perrin. Es la mejor forma de mantener un secreto: que sólo esté enterado el menor número de personas. La Luz me valga, sé de dos mujeres que han dejado de compartir el lecho con sus esposos por miedo a hablar en sueños. Accedimos a guardar el secreto.

—¿Y por qué decidisteis cambiar de opinión? —inquirió el Guardián de pelo gris en un tono duro.

—Por razones que considero buenas y suficientes, Tomás. —A juzgar por el modo en que se ajustó el chal, Perrin sospechó que Marin esperaba que las otras mujeres del Círculo, y también las Aes Sedai, compartieran su opinión. Según los rumores, el Círculo podía ser incluso más duro con sus propios miembros que con el resto del pueblo—. ¿En qué mejor sitio esconderte, Perrin, que con unas Aes Sedai? Tú ya no debes de tenerles miedo después de haberte marchado de aquí en compañía de una de ellas. Y… Bueno, no tardarás en enterarte. Tienes que confiar en mí.

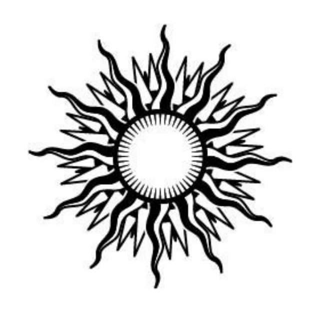
—Hay Aes Sedai y Aes Sedai —le contestó el joven. Sin embargo, las que a su juicio eran peores, las del Ajah Rojo, no se vinculaban con Guardianes, ya que no sentían el menor aprecio por los hombres. Los oscuros ojos del tal Tomás

exteriorizaban una inflexible determinación. Podían intentar atacarlo por sorpresa o, mejor aún, escabullirse, pero el Guardián clavaría certeramente la flecha en el primero que hiciera algo que no le gustara, y Perrin habría apostado a que el hombre era lo bastante diestro para encajar otro proyectil en un abrir y cerrar de ojos. Por lo visto los Aiel compartían su opinión; seguían preparados para saltar en cualquier momento hacia cualquier dirección, pero igualmente podrían quedarse en la misma postura hasta que el sol se parara en el cielo. Perrin palmeó a Faile en el hombro—. Todo irá bien —le dijo.

—Desde luego que sí —respondió, sonriente. Había guardado el cuchillo—. Si la señora al'Vere lo dice, la creo.

Perrin esperó que tuviera razón. Por su parte, ya no confiaba en la gente como solía hacer. En las Aes Sedai, no, desde luego. Y quizá ni siquiera en Marin al'Vere. Pero tal vez estas Aes Sedai querrían ayudarlo en la lucha contra los trollocs, y estaba dispuesto a fiarse de cualquiera que tomara tal postura. No obstante, ¿hasta qué punto podía fiarse de ellas? Las mujeres de la Torre Blanca hacían lo que hacían por motivos propios. Dos Ríos era el hogar para él, pero para esas mujeres muy bien podría ser una simple pieza en el tablero de damas. Empero, tanto Faile como Marin al'Vere se mostraban confiadas, mientras que los Aiel estaban a la expectativa. De momento, no parecía que tuviera mucha elección.

31



Garantías

Al cabo de pocos minutos regresó Ihvon.

—Podéis seguir adelante, señora al'Vere —fue todo cuanto dijo antes de que Tomás y él se desvanecieran entre la maleza, de nuevo sin que sonara el susurro de una sola hoja.

—Son muy buenos —murmuró Gaul, que seguía escudriñando los alrededores con desconfianza.

—Hasta un niño podría esconderse en un sitio así —le dijo Chiad al tiempo que daba un manotazo a la rama de un grosellero, pero siguió escudriñando la maleza con tanta intensidad como Gaul.

Ninguno de los Aiel parecía muy ansioso por continuar. No es que se mostraran reacios, precisamente, y, desde luego, en absoluto atemorizados, pero era evidente que no los entusiasmaba la idea. Perrin esperaba descubrir algún día qué les inspiraban las Aes Sedai a los Aiel.

—Bien, vayamos a conocer a esas Aes Sedai vuestras —le dijo a la señora al'Vere con aspereza.

La vieja casa de enfermos estaba aun más destartalada de lo que recordaba; era una amplia planta baja que se ladeaba como un hombre ebrio, con la mitad de las habitaciones a cielo raso; en una de ellas se alzaba un enorme árbol de doce metros. El bosque la rodeaba por todas partes, y una densa red de enredaderas y escaramujos cubría de verde los muros y lo que quedaba del techo de bálago; le dio la impresión de que esa cubierta vegetal era lo único que sostenía en pie al edificio. Sin embargo, la puerta delantera estaba despejada. Le llegó el olor a caballos y un débil aroma a judías con jamón pero, cosa extraña, no a humo de leña.

Ataron los animales a unas ramas bajas y siguieron a Marin al interior, donde apenas entraba luz al estar las ventanas tapadas con enredaderas. La habitación delantera era grande y no tenía muebles; en los rincones quedaba polvo y unas cuantas telarañas que habían escapado a una limpieza apresurada y obviamente superficial. Había cuatro petates de mantas extendidos en el suelo; las sillas de montar, las alforjas y unos envoltorios bien atados se apilaban contra una pared; en

un rincón, una pequeña cazuela en el hogar de piedra soltaba el olor a guiso a despecho de la ausencia de lumbre. En otro recipiente aun más pequeño parecía que hervía agua para el té, casi a punto de romper a cocer. Dos Aes Sedai los estaban esperando. Marin al'Vere se apresuró a hacer una reverencia y se lanzó a hacer las presentaciones y a dar explicaciones con nerviosismo.

Perrin recostó la mejilla contra el arco. Había reconocido a las Aes Sedai. Una de ellas era Verin Mathwin, una mujer regordeta, de rostro cuadrado, con mechones grises en el cabello castaño a pesar de la tersura de sus mejillas, propia del aspecto intemporal de las Aes Sedai. Pertenecía al Ajah Marrón y, como todas las hermanas Marrones, la mitad del tiempo parecía estar absorta en la búsqueda del conocimiento, ya fuera antiguo y perdido o actual. Empero, en ocasiones sus oscuros ojos perdían aquella vaga expresión distraída, como en este momento, que estaban prendidos en él tan penetrantes y agudos como clavos. Que él supiera con seguridad, era la única Aes Sedai, aparte de Moraine, que estaba enterada de lo que era Rand, y sospechaba que sabía de él mismo mucho más de lo que daba a entender. De nuevo aquella vaga expresión cubrió sus ojos cuando prestó atención a lo que decía Marin; pero, durante un instante, lo habían puesto en una balanza, sopesando los pros y los contras de su presencia en relación con sus propios planes. Tendría que andarse con mucho cuidado con ella.

A la otra, una mujer morena y esbelta, ataviada con un traje de montar de seda verde que ofrecía un marcado contraste con las sencillas ropas marrones y los puños de las mangas manchados de tinta de Verin, sólo la había visto una vez y no los habían presentado. Alanna Mosvani, hermana del Ajah Verde si no recordaba mal, era una bella mujer de largo y negro cabello y penetrantes ojos oscuros. También ella lo miró intensamente mientras escuchaba las explicaciones de Marin. Entonces recordó algo que le había comentado Egwene: «Algunas Aes Sedai que no deberían saber lo de Rand muestran demasiado interés en él. Elaida, por ejemplo. Y Alanna Mosvani. Me parece que no me fío de ninguna de las dos.» Quizá lo mejor sería dejarse guiar por la intuición de Egwene hasta que los acontecimientos le demostraran lo contrario.

Prestó atención a lo que se hablaba cuando Marin, todavía con un timbre aprensivo, dijo:

—Habíais preguntado por él, Verin Sedai. Me refiero a Perrin. Bueno, preguntasteis por los tres chicos, pero Perrin es uno de ellos. Me pareció que el modo más fácil de evitar que lo mataran era traerlo con vos. No había tiempo para consultarlo antes y, en estas circunstancias, lo…

—Está bien, señora al'Vere —la interrumpió la hermana Marrón en un tono tranquilizador—, hicisteis lo correcto. Ahora Perrin está en buenas manos. Y también disfrutaré de la oportunidad de saber algo más sobre los Aiel, aparte de que siempre es un placer conversar con un Ogier. Voy a explotar tus conocimientos, Loial. He

topado con cosas fascinantes en libros de tu gente.

Loial sonrió complacido; cualquier cosa relacionada con libros era un placer para él. Gaul, por otro lado, intercambió una mirada cautelosa con Bain y Chiad.

—No ocurre nada siempre y cuando no volváis a hacerlo —intervino Alanna con firmeza—. A no ser que… ¿Estás solo? —le preguntó a Perrin en un tono que exigía una pronta respuesta—. ¿Regresaron también los otros dos?

—¿Por qué estáis aquí? —inquirió a su vez el joven.

—¡Perrin! —reconvino la señora al'Vere—. ¡Cuida tus modales! Es posible que hayas cogido algunas malas costumbres en esas tierras extranjeras, pero será mejor que las olvides ahora que has vuelto a casa.

—No os preocupéis —le dijo Verin—. Perrin y yo somos viejos conocidos, y lo comprendo. —Sus oscuros ojos lo miraron un instante, relucientes.

—Nosotras nos ocuparemos de él. —Las frías palabras de Alanna dejaban abierta la posibilidad a distintas interpretaciones.

—Será mejor que regreséis a la aldea. —Verin sonrió y dio unas palmaditas a Marin en el hombro—. No nos interesa que alguien sienta curiosidad por saber qué hacéis paseando por el bosque.

La señora al'Vere asintió y se dirigió hacia Perrin; posó la mano sobre el antebrazo del joven.

—Sabes que lamento profundamente lo ocurrido y que comprendo tu pena —susurró—, pero recuerda que dejarte matar no arreglará nada. Haz lo que te digan las Aes Sedai.

El joven farfulló unas palabras ambiguas con las que no se comprometía a nada, pero que parecieron satisfacer a Marin.

—También te damos el pésame, Perrin —dijo Verin una vez que la señora al'Vere se hubo marchado—. Habríamos hecho algo de haber podido.

—Todavía no habéis contestado a mi pregunta —replicó el joven, que no quería pensar ahora en su familia.

—¡Perrin! —Faile se las ingenió para dar a su voz casi el mismo el tono de la señora al'Vere, pero él hizo caso omiso.

—¿Por qué estáis aquí? Es una increíble coincidencia. Capas Blancas y trollocs y, mira por dónde, da la casualidad de que os encontráis aquí al mismo tiempo.

—No es coincidencia en absoluto —repuso Verin—. Ah, vaya, el té está listo.

El agua dejó de cocer cuando la mujer empezó a ir de un lado para otro, echando un puñado de hierbas en el recipiente y dándole instrucciones a Faile para que sacara unas tazas de metal de uno de los bultos que había contra la pared. Alanna, con los brazos cruzados sobre el pecho, no apartó un instante los ojos de Perrin, su ardor en claro conflicto con la frialdad del rostro.

—Con cada año que pasa —continuó Verin—, encontramos menos y menos

chicas a quienes se pueda enseñar a encauzar. Sheriam cree que nos hemos pasado los últimos tres mil años extinguiendo la habilidad de la raza humana para encauzar al amansar a todos los varones que podían canalizar el Poder. Prueba de ello, según sus palabras, son los pocos hombres que encontramos ahora. Vaya, pero si en los registros de hace sólo un siglo se informaba que había dos o tres al año, y hace quinientos…

El carraspeo desaprobador de Alanna la interrumpió.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer, Verin? ¿Dejar que se volvieran locos? ¿Seguir el descabellado plan de las Blancas?

—Claro que no —contestó Verin sin alterarse—. Aun en el caso de que halláramos mujeres dispuestas a que las fecundaran varones amansados no hay ninguna garantía de que las criaturas nacidas tuvieran capacidad para encauzar o que fueran hembras. Les sugerí que, si querían aumentar el número, debían ser las propias Aes Sedai las que dieran a luz. De hecho, que lo hicieran ellas, las hermanas Blancas, ya que eran las que habían sacado el asunto a debate. A Alviarin no pareció hacerle mucha gracia mi propuesta.

—Imagino que no —rió, divertida, Alanna. El repentino destello de regocijo, rompiendo el abrasador fuego de sus oscuros ojos, resultó sorprendente—. Ojalá hubiera estado allí para ver la cara que puso.

—Su expresión fue… interesante —comentó con sorna la hermana Marrón—. Tranquilízate, Perrin. Daré cumplida respuesta a tu pregunta. ¿Quieres un poco de té?

Procurando borrar el gesto iracundo, Perrin acabó tomando asiento en el suelo, con el arco junto a él y una taza de metal llena de té fuerte en la mano. Todo el mundo se sentó en círculo en el centro de la habitación. Alanna se encargó de explicar su presencia allí, quizá para prevenir la tendencia de la otra Aes Sedai a divagar:

—Aquí, en Dos Ríos, una comarca a la que, sospecho, ninguna Aes Sedai había viajado desde hace un milenio, Moraine encontró a dos mujeres a las que no sólo se les podía enseñar a encauzar, sino que el don era innato en ellas, y supo de otra que había muerto porque fue incapaz de aprender por sí misma a controlarlo.

—Por no mencionar a tres *ta'veren* —murmuró Verin sin retirar la taza de té de sus labios.

—¿Tienes una idea —continuó Alanna— de cuántas ciudades y pueblos tenemos que visitar para encontrar a tres chicas con el talento innato? Lo sorprendente es que tardáramos tanto en venir para buscar más. El antiguo linaje es muy fuerte en Dos Ríos. Llegamos a Colina del Vigía una semana antes de que aparecieran los Hijos, y tuvimos buen cuidado de ocultar a todos quiénes éramos excepto al Círculo de Mujeres de allí. Aun así, encontramos a cuatro jóvenes a las que puede entrenarse y también a una chiquilla que creo posee el talento innato.

—No es fácil afirmarlo con seguridad —añadió Verin—. Sólo tiene doce años. Y ninguna de ellas llega, ni con mucho, al potencial de Egwene o de Nynaeve, pero con todo el hallazgo es notable. Podría haber otras dos o tres en las cercanías de Colina del Vigía. No tuvimos la posibilidad de examinar a las chicas aquí o más al sur. Y he de decir que Embarcadero de Taren resultó una desilusión, supongo que debido a una excesiva mezcla con descendientes del exterior.

Perrin tuvo que admitir que tenía sentido la explicación, pero no respondía del todo a su pregunta ni despejaba completamente sus dudas. Se movió para estirar las piernas; la herida del muslo le dolía.

—No comprendo por qué estáis escondidas aquí, de brazos cruzados, mientras los Capas Blancas arrestan a gente inocente y los trollocs merodean por todo Dos Ríos. —Perrin escuchó a Loial que rezongaba algo entre dientes sobre «enfadar a las Aes Sedai» y «nido de avispas», pero siguió machacando en lo mismo—. ¿Por qué no tomáis cartas en el asunto? ¡Sois Aes Sedai! Así me abrase la Luz, ¿por qué no hacéis nada?

—¡Perrin! —siseó Faile antes de dirigir una sonrisa de disculpa a Verin y Alanna —. Disculpadlo, por favor. Moraine Sedai lo consintió demasiado. Supongo que tiene un carácter apacible y por eso lo dejaba salirse con la suya. Por favor, no os enfadéis con él. Aprenderá a comportarse mejor. —Le asestó una mirada intensa con la que dejaba claro que el último comentario iba dirigido a él tanto o más que a las dos mujeres. Perrin respondió con otra mirada furibunda; Faile no tenía derecho a entrometerse en esto.

—¿Un carácter apacible? —repitió Verin, que parpadeó—. ¿Moraine? Es la primera noticia que tengo.

Alanna hizo un ademán para indicar a Faile que se callara.

—Está claro que no lo entiendes —le dijo a Perrin con voz tensa—. No te das cuenta de las restricciones bajo las que trabajamos. Los Tres juramentos no son meras palabras. Traje conmigo a dos Guardianes. —Las hermanas del Ajah Verde eran las únicas que se vinculaban con más de un Guardián al mismo tiempo y, por lo que Perrin sabía, había unas cuantas que tenían tres y hasta cuatro—. Los Hijos sorprendieron a Owein cruzando por campo abierto. Sentí cada flecha que le alcanzó hasta que murió. Sentí cómo moría. De haber estado allí, podría haberlo defendido, y también a mí misma, con el Poder. Pero no me está permitido utilizarlo por venganza. Los Juramentos lo prohíben. Los Hijos son casi tan viles como los hombres de peor ralea, digamos como los Amigos Siniestros, pero no lo son y, por tanto, no se puede utilizar contra ellos el Poder, salvo en defensa propia. Por más que queramos estirar la cuerda, la punta del cabo llega hasta donde llega, y nada más.

—En cuanto a los trollocs —añadió Verin—, hemos dado cuenta de varios, así como de dos Myrddraal, pero todo tiene su límite. Los Semihombres perciben, en

cierto modo, cuándo se está encauzando el Poder. Si provocamos que un centenar de trollocs se nos echen encima, poco podremos hacer al respecto excepto huir.

Perrin se rascó la barba. Debería haberlo imaginado. Había visto a Moraine luchar contra trollocs y tenía una idea bastante aproximada de lo que la Aes Sedai podía hacer y lo que no. Comprendió que había estado pensando en el modo en que Rand había acabado con todos los trollocs de la Ciudadela, sólo que él era más fuerte que cualquiera de estas dos Aes Sedai; puede que incluso más fuerte que las dos juntas. En fin, lo ayudaran o no en la empresa, tenía intención de acabar con todos los trollocs que hubiera en Dos Ríos. Después de rescatar a la familia de Mat y a los Luhhan. Si lo pensaba despacio, con cuidado, encontraría la manera de hacerlo. El condenado muslo le dolía terriblemente.

—Estás herido. —Alanna soltó la taza en el suelo, se incorporó y cruzó el trecho que la separaba de Perrin. Se arrodilló a su lado y le sujetó la cabeza entre las manos. Un cosquilleo recorrió el cuerpo del joven—. Sí, ya veo. Esto no te lo hiciste tú, afeitándote.

—Fueron los trollocs, Aes Sedai —intervino Bain—. Cuando salíamos de los Atajos en las montañas. —Chiad le dio un codazo, y la otra Doncella enmudeció.

—He clausurado la puerta —se apresuró a añadir Loial—. Nadie podrá utilizarla hasta que se abra por este lado.

—Imaginaba que era así como venían hasta aquí —murmuró Verin, casi para sí misma—. Moraine dijo que estaban utilizando los Atajos. Más pronto o más tarde eso acabará acarreándonos un grave problema.

Perrin se preguntó si la mujer sabría lo que era tener un problema.

—Los Atajos —dijo Alanna, sosteniendo todavía su cabeza—. ¡*Ta'veren*! ¡Jóvenes héroes! —Consiguió dar una entonación que sonaba a la vez aprobadora y casi una maldición.

—No soy ningún héroe —repuso Perrin, imperturbable—. Los Atajos era el modo más rápido de llegar aquí, eso es todo.

—Jamás entenderé por qué la Amyrlin permitió que vosotros tres os marcharais —continuó la hermana Verde como si Perrin no la hubiera interrumpido—. Elaida ha estado fuera de sí por vuestra causa y no es ella la única, sólo la más vehemente. Con los sellos debilitándose y la Última Batalla en puertas, sólo nos faltaba tener a tres *ta'veren* corriendo sueltos por ahí. De ser por mí, os habría tenido atados con una cuerda o incluso con el vínculo. —Perrin intentó soltarse, pero las manos de la Aes Sedai lo sujetaron con más fuerza al tiempo que la mujer sonreía—. Todavía no estoy tan cegada por la costumbre como para vincular a un hombre en contra de su voluntad. No del todo. —El joven se preguntó hasta qué punto no lo estaría ya; la sonrisa no se reflejaba en sus ojos. Alanna le rozó con los dedos el corte medio curado de la mejilla—. Ha pasado mucho tiempo desde que te hicieron esto. Hasta la

curación dejará una cicatriz ahora.

—No me hace falta estar guapo —rezongó. Lo que necesitaba era encontrarse bien para hacer lo que debía. Faile se echó a reír.

—¿Y quién te ha dicho eso? —inquirió la muchacha. Cosa sorprendente, compartió una sonrisa con Alanna.

Perrin frunció el ceño, sospechando que se estaban burlando de él; pero, antes de que tuviera ocasión de decir nada, sintió la repentina sacudida de la Curación, como un helor en las venas, y boquear fue todo cuanto pudo hacer. Los escasos segundos que transcurrieron hasta que Alanna lo soltó le parecieron interminables.

Cuando por fin fue capaz de respirar con normalidad, la hermana Verde tenía ya entre sus manos la cabeza de Bain mientras que Verin se ocupaba de Gaul y Chiad probaba a mover el brazo izquierdo atrás y adelante con expresión satisfecha.

Faile se acercó a Perrin y pasó el índice sobre su mejilla, a lo largo de la cicatriz.

—Una hermosura de marca —comentó a la par que esbozaba una leve sonrisa.

—¿Una qué?

—Oh, sólo era un comentario trivial, algo que las domani hacen.

A despecho de su sonrisa, o quizá debido a ella, el joven la miró con desconfianza. Realmente le estaba tomando el pelo, aunque no supiera exactamente cómo.

Ihvon entró, silencioso, en la habitación, le susurró algo a Alanna al oído y volvió a salir sigilosamente cuando ella musitó algo en respuesta, sin que sonara el más leve crujido en el suelo de madera. Al cabo de unos segundos, el roce de unas botas en los escalones anunció la llegada de más gente.

Perrin se incorporó de un salto cuando Tam al'Thor y Abell Cauthon aparecieron en el umbral empuñando sus arcos, con unas crecidas barbas de dos días y las ropas arrugadas de quien ha dormido al raso. Habían estado de caza; del cinturón de Tam colgaban cuatro conejos y otros tres del de Abell. Era evidente que esperaban ver a las Aes Sedai y también a los visitantes, pero miraron, atónitos, a Loial, con sus orejas copetudas, su ancha nariz hocicuda y tan alto que apenas si le llegaban al pecho. Un destello de reconocimiento asomó al semblante arrugado y franco de Tam cuando vio a los Aiel.

Sin embargo, su mirada pensativa se detuvo en ellos sólo un instante antes de fijarse en Perrin, y su reacción de sorpresa fue tan intensa como al ver a Loial. Era un hombre corpulento y fornido a despecho de tener casi todo el cabello encanecido, de los que haría falta un terremoto para tirarlo al suelo y algo más que eso para ponerlo nervioso.

—¡Perrin, muchacho! —exclamó—. ¿Está Rand contigo?

—¿Y Mat? —añadió, anhelante, Abell. Era la viva imagen canosa y envejecida de Mat, pero con los ojos más serios. No se había vuelto más grueso con la edad, y se

advertía que seguía siendo ágil.

—Se encuentran bien —le contestó Perrin—. Están en Tear. —Advirtió que Verin lo observaba por el rabillo del ojo; la Aes Sedai sabía muy bien lo que Tear significaba para Rand. Por el contrario, Alanna apenas si parecía prestarles atención —. Habrían venido conmigo, pero ignorábamos hasta qué punto iban mal las cosas aquí. —No mentía ni en lo uno ni en lo otro—. Mat se pasa el tiempo jugando a los dados… y ganando… y besando a las chicas. Rand… En fin, la última vez que lo vi vestía un lujoso atuendo y llevaba prendida del brazo a una hermosa muchacha rubia.

—Ése es mi Mat —rió Abell.

—Quizás haya sido mejor que no vinieran —comentó lentamente Tam—. Con todos esos trollocs y los Capas Blancas… —Se encogió de hombros—. ¿Sabes que los trollocs han vuelto? —Perrin asintió—. ¿Tenía razón esa Aes Sedai, Moraine? ¿Iban tras vosotros tres aquella Noche de Invierno? ¿Habéis descubierto el motivo?

La hermana Marrón asestó a Perrin una mirada de advertencia; Alanna parecía absorta buscando algo en sus alforjas, pero al joven le dio la impresión de que ahora sí estaba prestando atención a la conversación. Empero, no fue lo uno ni lo otro lo que lo hizo vacilar, sino el hecho de no saber cómo decirle a Tam que su hijo podía encauzar, que Rand era el Dragón Renacido. ¿Cómo se decía algo así a un hombre? Por consiguiente, contestó:

—Tendréis que preguntarle a Moraine. Las Aes Sedai nunca dicen más que lo estrictamente necesario.

—De eso ya me he dado cuenta —repuso secamente Tam.

Ahora sí que no cupo duda de que las dos Aes Sedai estaban escuchando con interés y de que tampoco se molestaban en disimular. Alanna miró a Tam y arqueó una ceja, y Abell rebulló inquieto, como si pensara que su amigo estaba tentando a la suerte, pero hacía falta algo más que una mirada para alterar a Tam.

—¿Os importa si hablamos fuera? —les dijo Perrin a los dos hombres—. Me gustaría respirar un poco de aire fresco. —Lo que quería era hablar con ellos sin que las Aes Sedai pudieran escucharlos y vigilarlos, pero, obviamente, no iba a decirlo a las claras.

Tam y Abell accedieron de buena gana, por lo visto tan ansiosos como él de librarse del escrutinio de Alanna y Verin, pero antes estaba el asunto de los conejos, todos los cuales le entregaron a Alanna.

—Teníamos pensado quedarnos con dos para nosotros —dijo Abell—, pero al parecer tenéis más bocas que alimentar.

—No hacía falta que trajeseis caza. —El tono de Verin daba a entender que había dicho lo mismo muchas veces con anterioridad.

—Nos gusta pagar lo que recibimos —le respondió Tam, como si también repitiera las mismas palabras de muchas otras veces—. Las Aes Sedai tuvieron la

amabilidad de hacernos una Curación —le explicó a Perrin—, y queremos tener algo a cuenta por si volvemos a necesitar de su ayuda.

El joven asintió. Comprendía muy bien que no desearan aceptar nada gratis de ellas. «Los regalos de las Aes Sedai son como el cebo para un pez» rezaba el viejo dicho, y él sabía muy bien que tal cosa era verdad. Sin embargo, daba igual si se aceptaba como regalo o se pagaba por ello; en cualquier caso, las Aes Sedai se las componían para echar el anzuelo. Verin lo estaba observando con una sombra de sonrisa, como si supiera lo que pensaba.

Cuando los tres hombres echaron a andar hacia la salida, con los arcos en la mano, Faile se incorporó para ir tras ellos. Perrin sacudió la cabeza en un gesto negativo y, sorprendentemente, la muchacha volvió a sentarse. El joven se preguntó si no estaría enferma.

Después de hacer un alto para que Tam y Abell admiraran a *Brioso* y a *Golondrina*, se alejaron un trecho bajo los árboles. El sol descendía hacia el oeste y las sombras se iban alargando. Los dos hombres mayores gastaron unas cuantas bromas sobre la barba de Perrin, pero no hicieron una sola mención respecto a sus ojos. Aunque pudiera parecer extraño, al joven no le molestó aquella omisión; tenía preocupaciones mucho más importantes que el hecho de que alguien considerara peculiares sus ojos.

A la pregunta de Abell sobre si «esa cosa» no era molesta para tomarse una sopa, el joven se rascó la barba y respondió suavemente:

—A Faile le gusta.

—Vaya, vaya —rió Tam—. Es esa chica, ¿no? Diría que es una hembra de armas tomar, muchacho. Te va a tener despierto noches enteras intentando distinguir arriba de abajo.

—Sólo hay un modo de manejar a las que son así —convino Abell—. Déjala que piense que es ella la que lleva las riendas. De esa forma, cuando se trate de algo importante y tú le lleves la contraria, hasta que haya salido de su sorpresa ya te habrá dado tiempo de arreglar las cosas a tu modo y será demasiado tarde para que te hostigue a fin de cambiarlas.

A Perrin este consejo le sonaba muy, pero que muy parecido al que la señora al'Vere le había dado a Faile para manejar a los hombres. Se preguntó si Abell y Marin habrían cambiado impresiones al respecto. No, seguramente no. Pero tal vez merecía la pena probarlo con Faile, bien que la joven parecía tener que salirse con la suya siempre.

Echó una ojeada hacia atrás; los árboles ocultaban prácticamente la casa de enfermos. Era preciso que estuvieran lejos de los oídos de las Aes Sedai, de modo que escuchó con suma atención y olisqueó profundamente. Había ardillas en las frondosas ramas, en lo alto, y un zorro había pasado por allí no hacía mucho con su

presa muerta, un conejo. Aparte de ellos tres, no percibía olor a hombre, nada que indicara la presencia de un Guardián escuchando a escondidas. Quizás estaba siendo demasiado precavido pero, tuvieran o no razones suficientemente justificadas, no podía pasar por alto la coincidencia de que las dos Aes Sedai eran mujeres a las que ya conocía, una de las cuales no merecía la confianza de Egwene mientras que de la otra no acababa de fiarse él.

—¿Estáis instalados aquí, con Verin y Alanna? —preguntó.

—Ni hablar —contestó Abell—. A ver qué hombre es capaz de dormir teniendo unas Aes Sedai bajo el mismo techo. O lo que queda de él.

—Pensamos que sería un buen sitio para esconderse —añadió Tam—, pero llegaron antes que nosotros. Creo que esos Guardianes nos habrían matado si Marin y otras mujeres del Círculo no hubieran estado también aquí en ese momento.

—Pues a mí me da la impresión de que lo único que los detuvo fue que las Aes Sedai supieran quiénes éramos —comentó Abell haciendo una mueca—. O, mejor dicho, quiénes eran nuestros hijos. Mostraron demasiado interés en vosotros, muchachos, para mi gusto. —Jugueteó con el arco, vacilante—. Esa Alanna dejó caer que erais *ta'veren*, los tres, y tengo entendido que las Aes Sedai no pueden mentir.

—No he notado señales de ello ni en Mat ni en mí —repuso, evasivo, Perrin.

Tam lo miró fijamente al advertir que no mencionaba a Rand, y el joven se dijo para sus adentros que tenía que aprender a mentir mejor y también a guardar sus secretos para sí.

—Tal vez sea porque no sabes qué indicios buscar —fue, no obstante, lo único que dijo el hombre mayor—. ¿Cómo es que viajas con un Ogier y tres Aiel?

—El último buhonero que vi me contó que había Aiel a este lado de la Columna Vertebral del Mundo —intervino Abell—, pero no le creí. Afirmó que corrían rumores de que estaban en Murandy, nada menos, o quizás en Altara. No sabía exactamente dónde, pero, en cualquier caso, muy lejos del Yermo.

—Su presencia aquí no tiene nada que ver con lo de ser o no *ta'veren* —adujo Perrin—. Loial es un amigo y vino para ayudarme. Y Gaul también es mi amigo, supongo. Bain y Chiad vinieron con Faile, no conmigo. Resulta algo complicado, pero así ha ocurrido, y, como ya he dicho, lo de *ta'veren* no tiene nada que ver.

—Sea por lo que sea, las Aes Sedai están interesadas en vosotros —insistió Abell—. Tam y yo viajamos a Tar Valon el año pasado, hasta la mismísima Torre Blanca, intentando descubrir dónde estabais metidos. Nos costó trabajo encontrar alguna que admitiera siquiera que conocía vuestros nombres, pero saltaba a la vista que estaban ocultando algo. Casi sin darnos tiempo a terminar de hacer una reverencia, la Guardiana de las Crónicas nos metió en un barco que iba río abajo tras llenarnos los bolsillos de oro y las cabezas con ambiguas palabras de garantía y seguridad. No me gusta la idea de que la Torre esté utilizando a Mat de algún modo.

Perrin habría querido asegurar al padre de su amigo que no estaba ocurriendo nada por el estilo, pero dudaba de su capacidad para soltar una mentira tan grande sin alterar el gesto. Moraine no tenía vigilado a Mat porque le gustara su sonrisa; Mat estaba enredado en las intrigas de la Torre tanto como él o puede que incluso más. Los tres estaban firmemente amarrados, y era la Torre la que sujetaba las cuerdas.

Se produjo un incómodo silencio que finalmente rompió la voz queda de Tam:

—Muchacho, respecto a tu familia… Tengo malas noticias.

—Lo sé —lo atajó Perrin con premura y los tres hombres enmudecieron de nuevo, con las miradas prendidas en sus botas. Unos segundos de silencio era todo cuanto el joven necesitaba para contener la congoja y la turbación por permitir que el dolor se exteriorizara en su rostro.

Se produjo un revoloteo de alas, y Perrin alzó la vista. Un gran cuervo se posó en un roble cercano y sus negros ojillos se clavaron en ellos. La mano del joven fue hacia la aljaba, pero todavía no había acabado de sacar una flecha cuando dos proyectiles derribaron al ave del árbol. Tam y Abell encajaron otras dos al tiempo que escudriñaban el entorno buscando más cuervos, pero no había ninguno más.

El disparo de Tam había acertado al ave en la cabeza, un tiro que no era sorprendente ni por casualidad. Perrin no había mentido cuando le dijo a Faile que estos dos hombres eran más diestros que él con el arco. No había nadie en Dos Ríos que igualara la puntería de Tam.

—Bichos asquerosos —rezongó Abell a la par que plantaba un pie encima del cuervo para sacar su flecha. Limpió la punta en la tierra y después la guardó en la aljaba—. Están por todas partes hoy en día.

—Las Aes Sedai nos advirtieron que espiaban para los Fados y hemos corrido la voz —comentó Tam—. También lo ha hecho el Círculo de Mujeres. Aun así, nadie hizo mucho caso hasta que empezaron a atacar ovejas, picándoles los ojos e incluso matando algunas. Bastante malo va a ser el esquileo este año para que lo empeoren esos carroñeros, aunque supongo que tampoco es que importe mucho. Entre los Capas Blancas y los trollocs, dudo que algún mercader venga a la comarca a comprar lana.

—Y ello ha hecho que alguien pierda la cabeza —añadió Abell—. Puede que más de uno. Hemos encontrado toda clase de animales muertos: conejos, venados, zorros e incluso un oso. Muertos y abandonados para que se pudran. La mayoría ni siquiera estaban desollados. Y es obra de un hombre, o quizá de varios; no han sido trollocs. Encontramos huellas de un tipo corpulento, pero eran demasiado pequeñas para tratarse de un trolloc. Una vergüenza y un desperdicio.

Verdugo. También estaba aquí, en el mundo real, no sólo en el sueño. Verdugo y trollocs. El hombre del sueño le había resultado familiar; Perrin escarbó con la puntera de la bota la tierra y las hojas y las echó sobre el cuervo muerto. Habría

tiempo de sobra para ocuparse de los trollocs más adelante. Toda una vida, si era preciso.

—Prometí a Mat que cuidaría de Bode y de Eldrin, maese Cauthon. ¿Será muy difícil liberarlas a ellas y a los demás?

—Mucho. —Abell suspiró y el desánimo asomó a su semblante. De repente su aspecto fue el que correspondía a su edad e incluso más—. Yo diría que imposible. Me acerqué al campamento después de que las prendieran y vi a Natti salir de la tienda donde los tienen a todos. Entre mi mujer y yo había dos centenares de Capas Blancas. Descuidé un poco la guardia, y uno de ellos me alcanzó con una flecha. Si Tam no me hubiera traído aquí para que me curaran las Aes Sedai…

—Es un campamento muy grande —dijo el otro hombre— y lo han levantado debajo de Colina del Vigía. Son setecientos u ochocientos hombres y hay patrullas día y noche, con mayor concentración en el tramo de Colina del Vigía a Campo de Emond. Si se desperdigaran un poco más nos facilitarían la cosas, pero salvo los cien hombres más o menos destacados en Embarcadero de Taren, han dejado el resto de Dos Ríos en manos de los trollocs. Por lo que he oído, la situación es grave en Deven Ride, donde parece ser que cada noche arde una nueva granja. Y otro tanto ocurre entre Colina del Vigía y el río Taren. Sacar a Natti y a los demás de allí es una empresa harto difícil, y después hay que considerar si las Aes Sedai los dejarían quedarse aquí o no. No les hace pizca de gracia que haya gente que sepa dónde están.

—Pero alguien habrá que quiera esconderlos —protestó Perrin—. No iréis a decirme que todo el mundo os ha dado la espalda ni que dan crédito a la acusación de que sois Amigos Siniestros. —Mientras hablaba, recordó a Cenn Buie.

—No, eso no —contestó Tam—, salvo unos pocos necios. Hay mucha gente que nos daría un plato de comida o nos dejaría dormir una noche en el granero o incluso en una cama, pero tienes que entender que los inquieta ayudar a personas a quienes buscan los Capas Blancas. No se los puede culpar por ello. Las cosas están muy difíciles y casi todos los hombres intentan cuidar de sus familias lo mejor que pueden. Pedirle a alguien que acoja a Natti y a las chicas, a Haral y a Alsbet… En fin, que sería mucho pedir.

—Tenía mejor opinión de la gente de Dos Ríos —murmuró Perrin, a lo que Abell respondió con una débil sonrisa.

—Casi todo el mundo se siente como si estuviera atrapado entre dos ruedas de molino, Perrin —dijo—. Y esperan fervientemente que entre los Capas Blancas y los trollocs no acaben haciéndolos harina.

—Pues en lugar de esperar deberían hacer algo. —Por un instante Perrin se sintió avergonzado. No había estado aquí y no había vivido la situación. Sin embargo, sabía que tenía razón. Mientras la gente se escondiera detrás de los Hijos de la Luz, tendría que soportar todo lo que le quisieran hacer, ya fuera requisarle libros o arrestar a

mujeres y chiquillas—. Mañana echaré un vistazo a ese campamento. Tiene que haber un modo de rescatarlos y, cuando estén libres, podremos ocuparnos de los trollocs. Un Guardián me contó una vez que los trollocs llaman al Yermo de Aiel «la Tierra de la Muerte» y estoy dispuesto a que le den ese mismo nombre a Dos Ríos.

—Perrin —empezó Tam, pero calló, aparentemente intranquilo.

El joven sabía que sus ojos reflejaban la luz bajo la sombra del roble. Su rostro parecía tallado en piedra. Tam suspiró.

—Primero nos ocuparemos de Natti y los demás, y después decidiremos qué hacer respecto a los trollocs.

—No dejes que te reconcoma, muchacho —aconsejó suavemente Abell—. El odio puede crecer hasta que no deje lugar para nada más dentro de ti.

—No hay nada que me reconcoma —le respondió el joven con un tono de voz inexpresivo—. Sólo tengo intención de hacer lo que ha de hacerse. —Pasó el pulgar por el filo del hacha. Lo que había de hacerse.

Dain Bornhald adoptó una postura erguida en la silla de montar cuando la patrulla de cien hombres que dirigía se aproximó a Colina del Vigía; empero, ya no eran un centenar. Once cuerpos envueltos en capas iban atados sobre las sillas, y otros veintitrés hombres estaban heridos. Los trollocs habían tendido una ingeniosa emboscada que habría tenido un éxito rotundo contra soldados menos preparados que los Hijos. Lo que lo preocupaba era que ésta era la tercera patrulla que sufría ataques de grupos numerosos. No eran encuentros fortuitos en una de las incursiones trollocs, sino asaltos planeados. Además, sólo iban contra las patrullas que dirigía él, ya que parecían evitar a las otras. Tal circunstancia planteaba preguntas inquietantes, y las respuestas que se le ocurrían no ofrecían soluciones.

El sol se estaba poniendo y empezaban a aparecer algunas luces en el pueblo, cuyos tejados de bálago cubrían la colina desde la cumbre hasta la base. El único techado de tejas, el de la posada del Jabalí Blanco, sobresalía por encima de los demás, en lo alto del promontorio. Cualquier otra noche habría ido allí para tomar una copa de vino a pesar del incómodo silencio que se hacía repentinamente ante la aparición de su blanca capa con el radiante sol en el pecho. Rara vez bebía, pero en ocasiones le gustaba encontrarse entre la gente y lejos de los otros Hijos; transcurrido un rato acababan olvidando hasta cierto punto su presencia y empezaban de nuevo a reír y a charlar. Cualquier otra noche, pero no ésta. Hoy quería estar solo para beber.

Había actividad entre el centenar, más o menos, de carromatos de abigarrados colores estacionados a menos de medio kilómetro del pie de la colina; hombres y mujeres vestidos con ropas de tonalidades aun más llamativas que los carromatos iban de aquí para allí comprobando los arneses y cargando cosas que habían estado esparcidas por el campamento durante semanas. Al parecer el Pueblo Errante iba a

estar a la altura de su nombre y emprendería la marcha con las primeras luces del día.

—¡Farran! —El fornido centurio taconeó su caballo y se acercó. Bornhald señaló hacia la caravana de los Tuatha'an—. Informa al Buscador que si tiene intención de poner en marcha a su gente deberá hacerlo hacia el sur. —Según sus mapas el único punto para cruzar el río era Embarcadero de Taren; pero, desde que habían cruzado la corriente, se había dado cuenta de que estaban anticuados. Mientras pudiera evitarlo, no estaba dispuesto a que nadie saliera de la comarca de Dos Ríos para quizá tender una encerrona a sus tropas—. Y otra cosa, Farran: no es preciso utilizar botas ni puños, ¿de acuerdo? Con decirlo será suficiente. El tal Raen tiene oídos.

—¡Como ordenéis, lord Bornhald! —La voz del centurio sólo dejó entrever su desencanto. Se llevó al pecho la mano enfundada en el guantelete e hizo volver grupas a su montura en dirección al campamento de los Tuatha'an. Puede que no le gustara, pero obedecería la orden; por mucho que despreciara al Pueblo Errante: Farran era un buen soldado.

La vista de su propio campamento despertó una breve sensación de orgullo en Bornhald con las largas y ordenadas hileras de tiendas blancas y las filas de estacas para atar los caballos colocadas con precisión. Incluso en este rincón del mundo abandonado de la Luz, los Hijos mantenían su férrea disciplina. Y los trollocs eran buena prueba de que la comarca estaba dejada de la mano de la Luz. El que prendieran fuego a ciertas granjas sólo significaba que algunas personas eran puras. Algunas. Los demás inclinaban la cabeza y decían «sí, mi señor», «como queráis, mi señor» para después, obstinadamente, seguir haciendo las cosas a su modo en cuanto les daba la espalda. Por si esto fuera poco, además ocultaban a una Aes Sedai. El segundo día de encontrarse en la orilla meridional del Taren habían matado a un Guardián; la capa de color cambiante era prueba suficiente de su identidad. Bornhald odiaba a las Aes Sedai por su continua injerencia con el Poder Único, como si el Desmembramiento del Mundo no hubiera sido suficiente desastre para la humanidad. Si no se las detenía, acabarían provocando otro cataclismo. Estas reflexiones acabaron de un plumazo con su momentáneo buen humor, derritiéndolo como una nieve primaveral bajo los rayos del sol.

Sus ojos buscaron la tienda en la que estaban encerrados los cautivos y de la que sólo salían de uno en uno durante un corto rato al día para hacer algo de ejercicio. A nadie se le ocurriría la idea de escapar sabiendo que dejaba atrás a los demás, aparte de que no llegaría más allá de una docena de pasos, puesto que había un centinela a cada lado de la tienda y que en un radio de diez metros rondaban otros veinte Hijos, pero prefería evitar problemas en la medida de lo posible. Un conflicto podía ser el detonante de otros. Si se hacía necesario dar un trato rudo a los prisioneros, ello podría despertar el resentimiento en el pueblo hasta el punto de tener que tomar cartas en el asunto. Byar era un necio. Él —y otros, sobre todo Farran— quería someter a

los cautivos a interrogatorio. Bornhald no era un interrogador ni le gustaba utilizar sus métodos. Y tampoco tenía intención de dejar que Farran se acercara a las chicas aun en el caso de que fueran Amigos Siniestros, como afirmaba Ordeith.

Tanto si lo eran como si no, cada vez tenía más clara la idea de que lo que deseaba realmente era poner las manos encima a un Amigo Siniestro en particular. Más que a los trollocs, incluso más que a las Aes Sedai, ansiaba atrapar a Perrin Aybara. A fuer de ser sincero, no daba crédito a los cuentos de Byar respecto a que ese hombre iba acompañado por lobos, pero el oficial había sido muy claro respecto a que el tal Aybara había conducido a su padre hacia una trampa de Amigos Siniestros, que había llevado a la muerte a Geofram Bornhald en Punta de Toman, a manos de los seachan y de sus aliadas Aes Sedai. A lo mejor si ninguno de los Luhhan hablaba pronto permitiría a Byar que lo hiciera a su modo e interrogara al herrero. Una de dos: o el hombre se venía abajo o lo hacía su esposa al presenciar el interrogatorio. Cualquiera de ellos le proporcionaría la información para encontrar a Perrin Aybara.

Cuando desmontó frente a su tienda, Byar estaba esperándolo tan tieso y flaco como un espantapájaros. Bornhald lanzó una mirada de desagrado hacia un agrupamiento de tiendas mucho más pequeño que se levantaba aparte de las demás. El viento soplaba de esa dirección, y le llegó el olor del otro campamento. No mantenían limpias las hileras de postes de las caballerías y tampoco cuidaban su propio aseo.

—Por lo que veo Ordeith ha vuelto, ¿no es así?

—Sí, mi señor Bornhald. —Byar enmudeció, y su superior le asestó una mirada interrogante—. Han informado sobre escaramuzas con trollocs en el sur. Según ellos, han sufrido dos bajas y tienen seis heridos.

—¿Quiénes son los muertos?

—Los Hijos Joelin y Gomanes, mi señor Bornhald. —La expresión del descarnado rostro de Byar no varió en ningún momento.

Bornhald se quitó los guanteletes con estudiada calma. Eran los dos soldados que había enviado para acompañar a Ordeith y estar al tanto de lo que hacía en sus correrías por el sur. Con cuidado de no levantar la voz, ordenó:

—Transmite mi saludo a maese Ordeith, Byar, y… ¡No, nada de saludos! Dile, con estas mismas palabras, que quiero que mueva su huesudo trasero y se presente de inmediato ante mí. Díselo así, Byar, y tráelo aunque tengas que arrestarlos a él y a esos sucios miserables que desprestigian a los Hijos. Ve.

Bornhald contuvo la ira hasta que se encontró dentro de la tienda, echada la lona de entrada, y entonces tiró de un manotazo los mapas y la escribanía que había sobre la mesa de campaña a la par que lanzaba un hondo gruñido. Ordeith debía de pensar que era idiota. En dos ocasiones había enviado hombres con ese tipo, y en ambas habían sido las únicas bajas sufridas en «una escaramuza con trollocs» en la que el

resto salía tan bien parado que sus heridas no eran perceptibles. Siempre al sur. El hombre estaba obsesionado con Campo de Emond. Bueno, también él habría levantado allí su campamento si no fuera por… En fin, ya no servía de nada darle más vueltas. Tenía aquí a los Luhhan, que le entregarían a Perrin Aybara de un modo u otro. Colina del Vigía era una posición estratégica mucho mejor en caso de que tuviera que desplazarse a Embarcadero de Taren repentinamente. Los intereses militares tenían prioridad sobre los personales.

Por enésima vez se preguntó por qué le habría mandado venir aquí el capitán general. La gente no parecía distinta de la que había visto en otro centenar de sitios, salvo que únicamente los vecinos de Embarcadero de Taren mostraban entusiasmo en deshacerse de sus propios Amigos Siniestros. El resto se limitaba a adoptar una actitud de hosca obstinación cuando se dibujaba el Colmillo del Dragón en alguna puerta. En un pueblo se conocía a los indeseables y los vecinos siempre estaban bien dispuestos a limpiar la población con que se los alentara un poco, y así era seguro que los Amigos Siniestros quedaban barridos junto con los otros que la gente quería quitarse de encima. Pero no aquí. El negro trazo de un afilado colmillo sobre una puerta tenía el mismo efecto que si se hubiera enjalbegado la casa. Y estaba el asunto de los trollocs. ¿Sabría Pedron Niall que aparecerían los trollocs cuando había escrito esas órdenes? ¿Cómo era posible tal cosa? Sin embargo, en caso contrario, ¿por qué había enviado suficientes Hijos para sofocar una pequeña rebelión? ¿Y por qué, en nombre de la Luz, el capitán general le había hecho cargar con este loco sanguinario?

La solapa de entrada se abrió, y Ordeith pasó pavoneándose. Su lujosa chaqueta gris tenía bordados en plata pero estaba llena de manchas. También estaba sucio su flaco pescuezo, que asomaba por el holgado cuello de la prenda dándole el aspecto de una tortuga.

—Buenas tardes tengáis, mi señor Bornhald. Una estupenda y espléndida tarde, por cierto. —El acento lugardeño era especialmente fuerte hoy.

—¿Qué les ocurrió a los Hijos Joelin y Gomanes, Ordeith?

—Qué asunto tan desgraciado y terrible, mi señor. Cuando nos topamos con los trollocs, el Hijo Gomanes, con gran bravura… —Bornhald le cruzó la cara con los guanteletes. El escuálido individuo se tambaleó, se llevó la mano a los labios partidos y miró la sangre que le manchaba los dedos. Su sonrisa ya no era burlona, sino venenosa—. ¿Habéis olvidado quién firmó mi nombramiento, petimetre? Con que sólo diga una palabra, Pedro Niall os colgará con las entrañas de vuestra madre después de haberos desollado a los dos.

—Eso será si vivís para pronunciar esa palabra, ¿no os parece? —replicó lord Bornhald.

Ordeith soltó un gruñido, agazapado y espumajeando como una alimaña rabiosa. Se sacudió lentamente y, poco a poco, se puso erguido de nuevo.

—Tenemos que colaborar. —El acento lugardeño había desaparecido, dejando paso a un tono más imperioso, más distinguido. Bornhald prefería el burlón timbre lugardeño a este otro ligeramente untuoso que apenas velaba el desprecio—. La Sombra nos rodea por doquier en este lugar. No meramente trollocs y Myrddraal. Su presencia es lo menos relevante. Aquí nacieron tres Amigos Siniestros con la misión de destruir el mundo, su linaje dirigido por el Oscuro a lo largo de mil años o más: Rand al'Thor, Mat Cauthon y Perrin Aybara. Conocéis sus nombres. En este lugar se han desatado las fuerzas que desgarrarán el mundo. Las criaturas de la Sombra deambulan por la noche, contaminan los corazones de los hombres, corrompen sus sueños. Son el azote de esta tierra. Y se apoderarán de ella. Rand al'Thor, Mat Cauthon y Perrin Aybara. —Pronunció el último nombre con suavidad casi acariciante.

Bornhald inhaló con dificultad. No sabía cómo se había enterado Ordeith de lo que buscaba aquí; simplemente, un día había revelado su conocimiento.

—Encubrí lo que hicisteis en la granja Aybara…

—Hostigadlos. —Había un atisbo de locura en aquel tono imperioso. El sudor perlaba la frente de Ordeith—. Desolladlos, y los tres acudirán.

—Lo encubrí porque no tenía más remedio. —Bornhald levantó la voz. No había podido hacer otra cosa. Si la verdad se descubría, habría de enfrentarse a algo más que miradas hoscas. Sólo le faltaba una rebelión además de los trollocs—. Pero no me haré cómplice del asesinato de mis soldados. ¿Me habéis oído? ¿Qué es lo que hacéis que tenéis que ocultarlo?

—¿Acaso dudáis que la Sombra hará cuanto sea preciso para detenerme?

—¿Qué?

—¿Lo dudáis? —Ordeith se inclinó hacia adelante, ansioso—. Ya visteis a los Hombres Grises.

Bornhald vaciló. Rodeado por cincuenta Hijos, en medio de Colina del Vigía, y ninguno había reparado en aquellos dos tipos que empuñaban dagas. Él mismo los había mirado sin verlos. Hasta que Ordeith acabó con ellos, y eso le hizo ganarse una gran reputación entre sus hombres al flaco hombrecillo. Más tarde, Bornhald enterró profundamente las dagas. Aquellas hojas parecían de acero, pero su tacto abrasaba como metal al rojo vivo. La primera tierra que cayó sobre ellas siseó y humeó.

—¿Pensáis que iban tras de vos?

—Oh, sí, mi señor Bornhald. Iban por mí. Cualquier cosa con tal de detenerme. La propia Sombra está intentándolo.

—Pero eso no aclara lo del asesinar…

—Lo que tengo que hacer ha de ser secreto. —Su susurro semejaba el siseo de una serpiente—. La Sombra puede entrar en la mente de los hombres para descubrirme. Entrar en los pensamientos y en los sueños. ¿Os gustaría morir en un

sueño? Puede ocurrir.

—Estáis loco.

—Dadme mano libre y os entregaré a Perrin Aybara. Es lo que exigen las órdenes de Pedron Niall: mano libre para mí. Y yo pondré en las vuestras a Perrin Aybara.

Bornhald guardó un largo silencio.

—No quiero veros —dijo finalmente—. Salid de aquí.

Cuando Ordeith se hubo marchado, Bornhald se estremeció. ¿Qué tramaba el capitán general con este hombre? Pero si le ponía a su alcance a Perrin Aybara… Tiró los guanteletes y empezó a rebuscar entre sus pertenencias. En alguna parte tenía un frasco de brandy.

El hombre que se hacía llamar Ordeith y que a veces incluso pensaba en sí mismo como si lo fuera realmente, se escabulló entre las tiendas de los Hijos de la Luz vigilando con cautela a los hombres de blancas capas. Eran herramientas útiles, ignorantes, pero no podía fiarse de ellos. Sobre todo de Bornhald; quizá tendría que deshacerse de él si le planteaba demasiados problemas. Byar sería mucho más fácil de manejar. Pero todavía no. Había asuntos más importantes de los que ocuparse antes. Algunos soldados lo saludaban respetuosamente cuando pasaba ante ellos, y él respondía enseñando los dientes en lo que interpretaban como una amistosa sonrisa. Necios. Todos ellos.

Sus ojos se enfocaron con ansiedad en la tienda en la que estaban retenidos los prisioneros. También ese asunto podía esperar un poco más de tiempo. De todos modos, sólo eran golosinas. Cebo. Tendría que haberse controlado en la granja Aybara, pero Cone Aybara se había reído en su cara y Joslyn lo había llamado necio hombrecillo de mente retorcida por decir que era una Amiga Siniestra. Bueno, les había dado una buena lección. Habían gritado mientras se quemaban. A despecho de sí mismo, rió quedamente entre dientes. Golosinas.

Percibía la presencia de uno de los que odiaba allá fuera, en alguna parte, al sur, en dirección a Campo de Emond. Pero ¿cuál de ellos? Daba igual. Rand al'Thor era el único realmente importante. Lo habría notado si se tratara de él. El rumor no lo había atraído todavía, pero lo haría. Habría que pasar más rumores mediante los guardias de Bornhald apostados en Embarcadero de Taren, más noticias relativas a las violentas purgas llevadas a cabo en Dos Ríos que llegaran a oídos de Rand al'Thor y le abrasaran el cerebro. Primero, al'Thor, y después, la Torre, por lo que le habían arrebatado. Recuperaría lo que era suyo por derecho.

Todo había funcionado con la precisión de un reloj, a pesar incluso de las injerencias de Bornhald, hasta que el nuevo apareció con sus Hombres Grises. Ordeith se pasó los dedos por el grasiento cabello. ¿Por qué sus sueños al menos no iban a ser sólo suyos? Ya no era una marioneta cuyos hilos manejaban Myrddraal, Renegados y hasta el propio Oscuro. Las manejaba él, y no podían impedírselo; no

podían matarlo.

—Nada puede acabar conmigo —murmuró, ceñudo—. He sobrevivido desde la Guerra de los Trollocs. —Bueno, al menos, una parte de él. Soltó una risa estentórea en la que se advertía un timbre de locura, pero, aunque lo advirtió, le dio igual.

Un joven oficial Capa Blanca lo miró con el ceño fruncido. Esta vez no había nada de amistoso en la mueca que dejaba a la vista los dientes de Ordeith, y el imberbe jovencito reculó. Ordeith siguió caminando sigilosamente.

Las moscas zumbaban sobre las tiendas de su campamento, y los ojos recelosos de los centinelas se apartaron con sobresalto de los suyos. Aquí las blancas capas estaban mugrientas, pero las espadas tenían filos aguzados y la obediencia era inmediata y sumisa. Bornhald creía que estos hombres seguían perteneciendo a su asociación, como también lo creía Pedron Niall, quien estaba convencido de que Ordeith era su perro amaestrado. Necios.

Retiró la lona de entrada de su tienda y nada más pasar al interior comprobó que su prisionero permanecía tendido en el suelo con los brazos en cruz sujetos a dos estacas lo bastante gruesas para sujetar un tiro de caballos. Las vueltas de las cadenas de grueso acero estaban tensas; había calculado cuánto haría falta para que resistieran y después utilizó justo el doble. Menos mal. Una vuelta menos, y aquellos fuertes eslabones de acero se habrían roto.

Con un suspiro, se sentó al borde del catre. Las lámparas, más de una docena, estaban ya encendidas sin dejar resquicio a las sombras. El interior de la tienda estaba tan iluminado como si fuera mediodía.

—¿Has pensado en lo que te he propuesto? Acepta y serás libre. Si rehúsas… Sé cómo hacer daño a los de tu clase. Soy capaz de hacerte gritar durante una eternidad. Muriendo eternamente. Gritando eternamente.

Las cadenas vibraron con una sacudida; las estacas profundamente clavadas en el suelo crujieron.

—De acuerdo. —La voz del Myrddraal sonaba como la piel seca de una serpiente al desecharla—. Acepto. Suéltame.

Ordeith sonrió. El Fado lo tomaba por un estúpido. Ya aprendería. Todos lo harían.

—Antes hemos de tratar el asunto de… digamos los acuerdos y compromisos, ¿no?

A medida que hablaba, el Myrddraal empezó a sudar.

32



Preguntas pendientes

Deberíamos salir pronto hacia Colina del Vigía —anunció Verin a la mañana siguiente, cuando el sol apenas apuntaba en el cielo—, así que no os entretengáis. —Perrin levantó la cabeza de las frías gachas de avena que estaba desayunando y se encontró con una mirada firme; la Aes Sedai estaba decidida a acompañarlos y no iba a admitir objeciones. Tras un instante, Verin añadió pensativamente—: No creas que esto significa que pienso ayudarte en cualquier empresa descabellada. Eres astuto, jovencito, pero no intentes ninguna de tus mañas conmigo.

Tam y Abell se quedaron con las cucharas a medio camino de la boca e intercambiaron una mirada sorprendida; saltaba a la vista que ya habían tenido sus más y sus menos con las Aes Sedai por querer actuar cada cual por su propia cuenta. Al cabo de un momento continuaron comiendo, aunque un gesto pensativo fruncía el entrecejo de los dos hombres. Ninguno de ellos expresó en voz alta objeción alguna. A pesar de todo, Tomás, que ya había guardado la capa de Guardián en las alforjas, les asestó a los tres una mirada dura, como si previera discrepancias y tuviera intención de ponerles fin sin andarse con contemplaciones. Los Guardianes hacían lo que fuera necesario para que una Aes Sedai se saliera con la suya.

Verin tenía intención de inmiscuirse, por supuesto —como hacían siempre las Aes Sedai—, pero el joven prefería tenerla a la vista que dejarla atrás sin saber qué se traía entre manos. Evitar completamente los enredos de las Aes Sedai era poco menos que imposible cuando estaban decididas a meter las narices en un asunto; en estos casos, sólo quedaba la salida de utilizarlas al tiempo que ellas lo utilizaban a uno, estar ojo avizor y confiar en ser capaz de escabullirse si decidían meterlo a uno de cabeza, como un hurón, por el agujero de una madriguera de conejos. En ocasiones el agujero que supuestamente era la entrada de una conejera resultaba ser el apostadero de un tejón, lo que ponía al hurón en una situación muy comprometida.

—Vos seréis también bienvenida —le dijo a Alanna, pero la mujer le dedicó una mirada gélida que lo enmudeció.

La hermana Verde había desdeñado las gachas de avena y se encontraba de pie ante una de las ventanas cubiertas con enredaderas, escudriñando entre la tupida cortina de hojas.

Perrin era incapaz de saber si le parecían bien sus planes de hacer una batida por los alrededores del campamento de los Capas Blancas, ya que resultaba poco menos que imposible deducirlo por su expresión. Se suponía que las Aes Sedai eran la viva imagen de una fría serenidad, y Alanna correspondía a esa descripción, pero también tenía fugaces estallidos de mal genio o reacciones imprevisibles en el momento más inesperado que recordaban el ardiente chisporroteo de un relámpago que desaparece al instante. A veces lo miraba como si, de no ser una Aes Sedai, habríase dicho que lo admiraba. En otras ocasiones daba la impresión de que lo veía como un mecanismo complicado que pensaba desmontar para estudiar su funcionamiento. En ese aspecto, incluso Verin era mejor; la mayor parte del tiempo su rostro era una máscara inescrutable que, en ocasiones, resultaba inquietante, pero al menos no le hacía preguntarse si después iba a saber cómo volver a montar las piezas.

Habría querido que Faile se quedara —no para librarse de ella, sino para mantenerla a salvo de los Capas Blancas—, pero la joven apretaba las mandíbulas en un gesto obstinado y en sus rasgados ojos había un brillo peligroso.

—Estoy deseosa de conocer parte de tu comarca. Mi padre cría ovejas. —Su tono era definitivo; no conseguiría que se quedara a menos que la atara.

Faltó poco para que Perrin se planteara hacerlo, pero el peligro que pudiera resultar de la proximidad de los Capas Blancas no parecía excesivo, ya que hoy sólo se proponía observarlos.

—Creía que era mercader —respondió.

—También cría ovejas. —Sus mejillas se tiñeron de rojo.

A lo mejor su padre no era ni mucho menos un mercader, sino un hombre pobre. Perrin no entendía que fingiera para darse importancia, pero, si eso era lo que la joven quería, él no iba a impedírselo. Empero, azorada o no, seguía mostrando aquel gesto obstinado. Recordó el método recomendado por maese Cauthon.

—No sé si habrá mucho que ver. Es posible que en algunas granjas estén esquilando, así que supongo que no será muy diferente de lo que hace tu padre. En cualquier caso, me alegrará contar con tu compañía.

Su gesto de estupor al comprender que no pensaba discutir casi hizo que mereciera la pena la preocupación de que lo acompañara. Quizás Abell sabía lo que se decía.

Sin embargo, con Loial no cabía discusión.

—Pero quiero ir —protestó el Ogier cuando le dijo que no podía—. Deseo ayudar, Perrin.

—Os quedaréis aquí, maese Loial —intervino Abell.

—Debemos evitar llamar la atención lo menos posible —añadió Tam.

Las orejas del Ogier se agacharon en un gesto abatido. Perrin se lo llevó aparte, tan lejos de los demás como lo permitía la habitación. El hirsuto cabello de Loial rozó las vigas del techo hasta que el joven le hizo una seña para que se agachara y le sonrió, como si estuviera animándolo. Era lo que esperaba que creyeran los demás.

—Quiero que vigiles a Alanna —susurró. Loial sufrió un sobresalto y Perrin lo agarró por la manga, sin borrar aquella estúpida mueca de su rostro—. Sonríe, Loial. No hablamos de nada importante, ¿verdad? —El Ogier se las ingenió para esbozar una mueca incierta. Tendría que servir—. Las Aes Sedai hacen lo que hacen movidas por sus propias razones, amigo. —Y eso como mínimo, aunque uno siempre sospechaba que había algo más—. ¿Quién sabe la idea que se le puede meter en la cabeza? Ya he tenido sorpresas de sobra desde que llegué a casa y no quiero recibir otra de ella. No te digo que le impidas hacer lo que sea, sólo que tomes buena nota de cualquier cosa que parezca fuera de lo normal.

—Oh, muchas gracias —murmuró con ironía al tiempo que erguía las orejas—. ¿No sería mejor dejarla en paz para que hiciera lo que le dé la gana? —Para él era fácil decirlo, ya que las Aes Sedai no podían encauzar dentro de un *stedding* Ogier. Perrin se limitó a mirarlo y, al cabo de un momento, Loial suspiró—. No, supongo que no. Oh, está bien. Desde luego, nunca podré quejarme de que estar contigo sea… aburrido. —Se puso erguido, se frotó la parte inferior de la nariz con un dedo, y se volvió hacia los otros—. Supongo que mi presencia podría llamar demasiado la atención. En fin, aprovecharé para trabajar un poco con mis notas. No he hecho nada en mi libro desde hace días.

Verin y Alanna intercambiaron una mirada indescifrable y después sus ojos se clavaron en Perrin con intensidad. Imposible deducir qué estaban pensando.

Lógicamente, dejaron los animales de carga; si alguien los veía levantarían comentarios porque sugerían un viaje largo, y nadie en Dos Ríos iba muy lejos de casa ni siquiera en tiempos mejores. Alanna esbozaba una sonrisa satisfecha mientras contemplaba cómo ensillaban sus monturas; a buen seguro creía que los animales y los cestos de mimbre lo obligaban a regresar a la casa de enfermos, a su alcance y al de Verin. Pues, si llegaba el caso, la Aes Sedai podía llevarse una buena sorpresa. No sería la primera vez que había tenido que abandonarlo todo y sobrevivir con lo que llevaba en la alforja. De hecho, se las había tenido que arreglar con lo que llevaba en los bolsillos de la chaqueta y en la bolsita colgada del cinturón.

Al incorporarse después de ajustar la cincha de *Brioso* sufrió un sobresalto; Verin lo estaba mirando con expresión avisada, en nada parecida a su habitual aire distraído, como si supiera lo que estaba pensando y le hiciera gracia. No le gustaba ni pizca cuando era Faile quien lo miraba así, pero que lo hiciera una Aes Sedai resultaba cien veces peor. Empero, el martillo atado con el rollo de mantas y las

alforjas sí pareció desconcertarla. Le alegró que hubiera algo que pareciera escapar a su comprensión. Por otra parte, se sentiría mejor si la mujer no se hubiera mostrado tan intrigada. ¿Qué tenía de particular un martillo para que le resultara fascinante a una Aes Sedai?

Teniendo que preparar sólo los caballos de montar, enseguida estuvieron listos para partir. La montura de Verin era un castrado castaño de aspecto tan anodino para un ojo inexperto como el atuendo de su dueña, pero su ancho pecho y fuerte grupa sugerían una resistencia que no tenía nada que envidiar al rucio de su Guardián, un animal de gran alzada, esbelto y de fieros ojos. *Brioso* resopló al otro semental hasta que Perrin le dio unas palmaditas en el cuello. El rucio era más disciplinado, aunque igualmente dispuesto a pelear si Tomás lo hubiera dejado. El Guardián controlaba a su montura con las rodillas tanto como con las riendas, y daba la impresión de que hombre y bestia eran un solo ser.

Maese Cauthon observaba el corcel de Tomás con interés, ya que por estos contornos apenas se veían caballos entrenados para la batalla, pero la montura de Verin se ganó un aprobador cabeceo del hombre con echarle una simple mirada. Era uno de los más entendidos en caballos de todo Dos Ríos, y sin duda había sido él quien había elegido su montura y la de maese al'Thor, unos animales de pelo duro, no tan altos como los otros caballos, pero robustos y con planta de veloces y resistentes.

Los tres Aiel se adelantaron con largas zancadas al grupo cuando éste inició la marcha hacia el norte y enseguida se perdieron de vista en el bosque, bajo el contraste de las largas sombras de primeras horas del día con el resplandeciente amanecer. De vez en cuando se vislumbraba un destello gris y pardo entre los árboles, seguramente a propósito para que los demás supieran que estaban allí. Tam y Abell iban a la cabeza, con los arcos cruzados sobre las perillas, seguidos de Perrin y Faile, y Verin y Tomás cerrando la marcha.

Perrin habría preferido no llevar detrás a la Aes Sedai, cuyos ojos sentía clavados en la espalda. Se preguntó si sabría lo de los lobos; una idea poco placentera. Se suponía que las hermanas Marrones tenían conocimientos de cosas ocultas, cosas de la antigua sabiduría que ignoraban los otros Ajahs. A lo mejor sabía cómo evitar que perdiera su condición humana, que lo dominara la naturaleza de lobo. Aparte de volver a encontrar a Elyas Machera, la Aes Sedai podría ser su mejor oportunidad. Todo lo que tenía que hacer era confiar en ella; aunque sin duda utilizaría todo lo que le revelara en provecho de la Torre Blanca e incluso para ayudar a Rand. El único problema era que ayudar a Rand podría no coincidir con el fin que perseguía él. Las cosas serían más fáciles si no hubiera ninguna Aes Sedai.

Cabalgaron la mayor parte del tiempo envueltos por un silencio que sólo rompían los sonidos propios del bosque, como el de las ardillas y los pájaros carpinteros y alguno que otro canto de pájaro. En cierto momento Faile miró hacia atrás

brevemente.

—No te hará daño —dijo luego con un tono suave que contrastaba con el fiero brillo de sus ojos.

Perrin parpadeó. Su comentario implicaba que estaba dispuesta a protegerlo. Contra la Aes Sedai. Nunca iba a entenderla ni prever su siguiente reacción. A veces era tan desconcertante como las propias Aes Sedai.

Salieron del Bosque del Oeste unos siete u ocho kilómetros al norte de Campo de Emond; el sol estaba ya por encima de las copas de los árboles en el este. Algunos sotos dispersos, en su mayoría de pinos y robles, salpicaban el terreno abierto que se extendía entre el grupo y los campos cercados más próximos de cebada, avena, tabaco y pastizales. Curiosamente, no se veía a nadie ni salía humo de las chimeneas de las granjas que había detrás de los campos de cultivo. Perrin conocía a las familias que vivían allí: los al'Lora en dos de las casas grandes, y los Barstere en las otras. Gente muy trabajadora. Si hubiera habido alguien en las granjas habrían estado ocupados en sus tareas desde hacía mucho rato. Gaul agitó la mano desde el borde de un soto y luego desapareció entre los árboles.

Perrin taconeó a *Brioso* y se situó junto a Tam y a Abell.

—¿No deberíamos mantenernos a cubierto el mayor tiempo posible? Seis personas a caballo llamarán la atención. —Sus monturas mantenían un trote regular.

—Mientras no nos acerquemos al Camino del Norte, no habrá mucha gente que pueda reparar en nosotros, muchacho —contestó maese al'Thor—. Casi todas las granjas cercanas al bosque están abandonadas. En cualquier caso, en estos tiempos la gente no da un paso sola en cuanto se aleja un poco del umbral de su casa. En la actualidad, ni siquiera diez jinetes juntos suscitarían más de una ojeada, aunque la mayoría de la gente viaje en carretas y sólo cuando no le queda más remedio.

—Incluso evitando dar un rodeo para mantenernos a cubierto en el bosque, tardaremos casi todo el día en llegar a Colina del Vigía —comentó maese Cauthon—. Iríamos algo más deprisa por la calzada, pero también habría más posibilidades de que topáramos con los Capas Blancas o de que alguien nos denunciara para cobrar la recompensa.

—Así es —convino Tam—. Además, por este camino contamos con amigos. Hemos pensado hacer un alto en la granja de Jac al'Seen alrededor de mediodía para darles un descanso a los caballos y estirar nosotros las piernas. Seguramente llegaremos a Colina del Vigía cuando todavía haya suficiente luz para ver.

—Habrá de sobra —comentó Perrin, abstraído; siempre había luz suficiente para él. Giró sobre la silla para echar un vistazo a las granjas que iban dejando atrás. Estaban abandonadas, pero no las habían incendiado ni saqueado por lo que alcanzaba a ver. Las cortinas seguían colgadas en las ventanas; unas ventanas que no estaban rotas. A los trollocs les gustaba destrozar cosas, y unas casas vacías tendrían

que ser muy tentadoras para ellos. Las malas hierbas crecían entre la cebada y la avena, pero los cultivos no estaban machacados—. ¿Han atacado los trollocs Campo de Emond?

—No, no lo han hecho —contestó maese Cauthon como dando las gracias por ello—. Y lo iban a pasar mal si lo hicieran, fíjate bien. La gente ha aprendido a estar ojo avizor a raíz de la Noche de Invierno de hace más de un año. Hay un arco preparado junto a cada puerta, así como lanzas y cosas por el estilo. Además, las patrullas de Capas Blancas bajan hasta Campo de Emond cada pocos días. Por mucho que odie admitirlo, mantienen alejados a los trollocs.

Perrin sacudió la cabeza.

—¿Tenéis alguna idea de cuántos trollocs hay?

—Con que sólo haya uno, ya es demasiado —gruñó Abell.

—Quizás unos doscientos —dijo Tam—. Puede que más. Sí, seguramente tienen que ser más. —Maese Cauthon parecía sorprendido—. Piénsalo, Abell. Ignoro cuántos habrán matado los Capas Blancas, pero los Guardianes afirman que entre las Aes Sedai y ellos han acabado con casi cincuenta, y con dos Fados. Aun así, no han disminuido los ataques e incendios de granjas, por lo que sabemos. Opino que tiene que haber más, pero saca tus propias conclusiones.

El otro hombre asintió tristemente.

—En tal caso, ¿por qué no han atacado Campo de Emond? —inquirió Perrin—. Si doscientos o trescientos llegaran en plena noche tendrían tiempo de incendiar todo el pueblo y huir antes de que los Capas Blancas de Colina del Vigía tuvieran noticia de lo ocurrido. Y aun más fácil les resultaría en Deven Ride. Vosotros mismos dijisteis que las patrullas no llegan tan lejos.

—Hemos tenido suerte —murmuró Abell, pero en su tono se advertía que estaba preocupado—. ¿Qué otra cosa podría ser si no? ¿Adónde quieres llegar, muchacho?

—Quiere que vos lleguéis a la conclusión de que ha de haber un motivo —intervino Faile, que se había acercado a ellos. *Golondrina* tenía suficiente alzada para que los hombres de Dos Ríos, cuyas monturas eran más bajas, la miraran sin agachar la vista; en los ojos de la joven había un brillo inflexible—. He visto los resultados de los ataques trollocs en Saldaea. Saquean todo lo que no queman, y matan o se llevan a las personas y a los animales de granja, a quienquiera o lo que quiera que no esté protegido. Pueblos enteros han desaparecido en los años malos. Buscan las víctimas más débiles, allí donde más muertes pueden ocasionar. Mi padre… —Se tragó lo que iba a decir, respiró hondo y continuó—: Perrin ha visto mucho más que vos. —Sonrió fugazmente al joven, enorgullecida—. Y sabe que tiene que haber una razón para que los trollocs no hayan atacado vuestras aldeas.

—Eso ya lo he pensado —musitó Tam—, pero no se me ocurre el porqué. Mientras tanto, la suerte es una explicación tan buena como cualquier otra.

—Tal vez sea una añagaza —sugirió Verin, que también se había reunido con ellos. Tomás se mantuvo un poco retrasado; sus oscuros ojos escudriñaban el entorno tan implacablemente como un Aiel cualquiera, aunque también vigilaba el cielo ya que cabía la posibilidad de que apareciera algún cuervo. La mirada de Verin pasó fugaz sobre Perrin y se detuvo en los dos hombres mayores—. La noticia de problemas continuos, de la presencia de trollocs, hará que muchos ojos se vuelvan hacia Dos Ríos. Indudablemente, Andor enviará soldados, así como otros países, al conocer que los trollocs están tan al sur. Eso si es que los Hijos han permitido que se corra la voz, naturalmente. Imagino que a los guardias de Morgase les haría tan poca gracia encontrar a tantos Capas Blancas aquí como encontrar trollocs.

—Guerra —murmuró Abell—. La situación por la que pasamos es mala, pero estáis hablando de guerra.

—Podría ocurrir —convino Verin, muy satisfecha consigo misma—. Oh, ya lo creo que sí. —Frunciendo el entrecejo con aire preocupado, sacó de un bolsillo una pluma de punta de acero y un pequeño libro encuadernado en tela. A continuación abrió un reducido estuche de cuero que llevaba al cinturón y que protegía un tintero y un frasquito de arena para espolvorearla sobre lo escrito. Tras limpiar la pluma en la manga con gesto ausente, empezó a garabatear en el libro a pesar de la dificultad que entrañaba escribir a lomos de un caballo. Daba la impresión de no darse cuenta de la inquietud que habían ocasionado sus palabras, y quizás así era en realidad.

Maese Cauthon musitaba una y otra vez «guerra» con expresión estupefacta, y Faile puso la mano en el brazo de Perrin para reconfortarlo.

Por su parte, maese al'Thor sólo gruñía; Perrin había oído contar que había estado en una guerra, aunque no sabía exactamente dónde o cómo, sólo que era en alguna parte lejos de Dos Ríos y que por entonces era joven; cuando regresó años más tarde trajo consigo una esposa y un niño, Rand. Muy poca gente de Dos Ríos salía de la comarca y Perrin dudaba que alguno supiera realmente lo que era una guerra, aparte de lo que oían contar a los buhoneros o a los mercaderes y sus guardias o a los conductores de carretas. Pero él sí que lo sabía. Lo había visto en Punta de Toman, y Abell tenía toda la razón: la situación actual era muy mala, pero ni de lejos podía compararse con una guerra.

Mantuvo la calma. Puede que Verin tuviera razón, pero también era posible que sólo quisiera darles en qué pensar para que dejaran de especular. Si los desmanes de los trollocs en Dos Ríos eran una añagaza, el cebo de una trampa, ésta debía de estar destinada a Rand y la Aes Sedai tenía que saberlo. Ése era uno de los problemas con las Aes Sedai: que largaban tantos «podría» y «si» que al final uno estaba seguro de que habían dicho lisa y llanamente algo que sólo habían insinuado. En fin, si los trollocs —o, más bien, quien los hubiera enviado: ¿tal vez uno de los Renegados?— planeaban tender una trampa a Rand tendrían que conformarse con él, un simple

herrero en lugar del Dragón Renacido. Además, no pensaba facilitarles la labor en lo más mínimo, porque no estaba dispuesto a meter el pie en ningún lazo.

Continuaron cabalgando en silencio el resto de la mañana. En esta zona las granjas estaban muy desperdigadas, a veces separadas por dos kilómetros o más. Todas las que vieron habían sido abandonadas, con los campos ahogados por las malas hierbas y las puertas de los graneros meciéndose con cualquier soplo de brisa. Sólo una de ellas había sido incendiada, y únicamente quedaban en pie las chimeneas cual dedos manchados de hollín levantándose de las cenizas. A las personas que murieron allí —los Ayellan, primos de los que vivían en Campo de Emond— se las sepultó cerca de los perales que había detrás de la casa. O, mejor dicho, se enterró a los pocos que encontraron. Abell sólo habló de ello tras presionarlo mucho y a Tam no hubo modo de hacerle abrir la boca. Al parecer pensaban que le impresionaría, pero el joven sabía perfectamente lo que comían los trollocs: cualquier tipo de carne. Sin ser consciente de ello, Perrin acarició el filo del hacha hasta que Faile le cogió la mano. Por alguna razón, era ella la que parecía alterada. Perrin creía que la muchacha conocía las costumbres de los trollocs mejor de lo que su reacción daba a entender.

Los Aiel se las ingeniaron para pasar inadvertidos incluso en los tramos abiertos entre arboleda y arboleda, excepto cuando querían ser vistos. En cierto momento Tam empezó a torcer hacia el este, y Gaul y las dos Doncellas también se desviaron en aquella dirección.

Como había previsto maese Cauthon, la granja de los al'Seen apareció a la vista cuando el sol estaba aún en su cenit. No había ninguna otra granja cerca, si bien se divisaban unos pocos hilillos de humo de chimeneas hacia el norte y el este. ¿Por qué seguían resistiendo en este aislamiento? Si aparecían los trollocs, su única esperanza era que, de casualidad, los Capas Blancas se encontraran por los alrededores en ese momento.

La granja todavía se veía pequeña en la distancia cuando Tam sofrenó su caballo y llamó por señas a los Aiel, a quienes sugirió que buscaran un sitio donde esperar hasta que los demás se marcharan de la granja.

—No dirán una palabra sobre Abell ni sobre mí —aclaró—, pero vosotros tres haríais que empezaran a darle a la lengua aunque con la mejor intención del mundo.

Era la forma más comedida de decirlo; los Aiel, con sus extraños atuendos y sus lanzas, y siendo dos de ellos mujeres, levantarían una polvareda de comentarios. Cada uno de ellos llevaba un conejo colgado del cinturón, junto a la aljaba, aunque para Perrin era un misterio de dónde habían sacado tiempo para cazar y a la par ir siempre por delante del grupo a caballo. De hecho, parecían menos cansados que las bestias.

—Está bien —aceptó Gaul—. Encontraré un sitio donde dar cuenta de mi comida y estar pendiente de vuestra partida.

Giró sobre sus talones y se alejó rápidamente. Bain y Chiad intercambiaron una mirada; al cabo de un instante, se encogieron de hombros y también se marcharon.

—¿No van juntos? —preguntó el padre de Mat mientras se rascaba la cabeza.

—Es una larga historia —contestó Perrin. Esa escueta respuesta era mejor que explicarle que Chiad y Gaul podían decidir en cualquier momento matarse el uno al otro por un pleito familiar. Confió en que el juramento del agua siguiera surtiendo efecto. Tenía que acordarse de preguntarle a Gaul qué era eso del juramento del agua.

La granja de los al'Seen era más o menos tan grande como las que había por todo Dos Ríos, con tres graneros y cinco cobertizos para secar el tabaco. Un redil con la valla de piedra, lleno de ovejas de cara negra, abarcaba un trecho casi tan amplio como algunos pastizales, y en unos cercados había vacas lecheras con manchas blancas, separadas del ganado vacuno negro, destinado para matanza. Los cerdos gruñían satisfechos en su cochiquera, mientras que las gallinas deambulaban por todas partes, y en un estanque de buen tamaño nadaban patos blancos.

La primera cosa extraña que advirtió Perrin fue la presencia de ocho o nueve chicos encaramados a los tejados de bálago de la casa y los graneros, equipados con arcos y aljabas. Empezaron a dar voces tan pronto como divisaron a los jinetes, y las mujeres se apresuraron a meter a los niños pequeños en la casa antes de resguardarse los ojos con la mano para ver quién venía. Los hombres se reunieron en el patio de la granja, algunos empuñando arcos y otros sujetando horcas y aventadores como si fueran armas. Demasiada gente. Eran demasiado numerosos incluso para una granja de este tamaño. Dirigió una mirada interrogante a maese al'Thor.

—Jac acogió a toda la familia de su primo Wit —explicó Tam—, porque la granja de éste se encuentra demasiado cerca del Bosque de Oeste. Y también a la de Flinn Lewin después de que su granja fuera atacada. Los Capas Blancas ahuyentaron a los trollocs antes de que ardiera algo más que los graneros, pero Flinn decidió que había llegado el momento de marcharse. Jac es un buen hombre.

Al aproximarse a la granja y reconocer a Tam y a Abell, los hombres y las mujeres se agolparon alrededor de los recién llegados sonriendo y dándoles la bienvenida mientras los viajeros desmontaban. Al ver la reacción de los mayores, los chiquillos salieron de la casa, seguidos por las mujeres que se ocupaban de ellos y por otras que debían de estar en la cocina, ya que se iban limpiando las manos en los delantales. Había representación de todas las generaciones, desde la anciana Astelle al'Seen, de pelo blanco y espalda encorvada, que utilizaba el bastón para apartar a la gente de su camino más que para caminar con él, hasta un bebé en los brazos de una fornida joven que tenía una hermosa sonrisa.

Perrin miró más allá de la sonriente joven y, al instante, sus ojos volvieron presurosos hacia ella. Cuando se había marchado de Dos Ríos, Laila Dearn era una chiquilla delgada capaz de bailar hasta agotar a tres muchachos. Sólo la sonrisa y los

ojos seguían siendo los mismos. Se estremeció. Hubo un tiempo en que había soñado con casarse con Laila y ella había dado señales de corresponder a ese deseo. En realidad, fue la joven la que se aferró más tiempo que él a esa idea. Por fortuna, estaba demasiado encantada con su bebé y con el tipo corpulento que había a su lado para prestarle mucha atención. Perrin también reconoció al hombre que estaba con ella: Natley Lewin. Así que Laila era ahora una Lewin. Qué extraño. Nat no sabía bailar. Dando gracias a la Luz por haber escapado de este embrollo, Perrin miró en derredor buscando a Faile.

La encontró jugueteando con las bridas mientras *Golondrina* le daba con el hocico en el hombro. Empero, estaba demasiado ocupada sonriendo con admiración a Wil al'Seen, un primo de la rama de Deven Ride, para hacer caso a su montura; y Wil le estaba sonriendo a su vez. Un muchacho apuesto, el tal Wil. En realidad, tenía un año más que Perrin, pero era lo bastante guapo para seguir pareciendo un muchacho. Cuando Wil bajaba a Campo de Emond a los bailes, todas las chicas lo miraban y suspiraban. Igual que estaba haciendo Faile ahora. Vale, no suspiraba, pero su sonrisa era decididamente aprobadora.

Perrin fue hacia ellos y la rodeó con un brazo mientras su otra mano descansaba sobre el hacha.

—¿Cómo te va, Wil? —preguntó con la mejor de sus sonrisas. No tenía sentido dar pie a Faile para que pensara que estaba celoso. Y no lo estaba, desde luego.

—Bien, Perrin. —Los ojos de Wil esquivaron los suyos, se detuvieron en el hacha y los retiró de inmediato al tiempo que la sonrisa se volvía forzada en su rostro—. Muy bien. —Evitando mirar de nuevo a Faile, se apresuró a reunirse con los que se apiñaban alrededor de Verin.

Faile alzó la vista hacia Perrin y frunció los labios; luego le agarró la barba con una mano y sacudió suavemente la cabeza del joven.

—Ah, Perrin, Perrin, Perrin —susurró.

El joven no estaba seguro de qué quería decir con eso, pero consideró que lo más prudente era no preguntar. Por su expresión, parecía que tampoco ella supiera muy bien si estaba enfadada o… ¿divertida? Más valía no ayudarla a decidirse.

Wil no fue el único en mirar con desconfianza sus ojos, por supuesto. En realidad, todo el mundo, grandes y pequeños, hombres y mujeres, se llevaban un sobresalto la primera vez que se fijaban en ellos. La anciana señora al'Seen le dio golpecitos con la punta del bastón, y sus oscuros y viejos ojos se abrieron como platos por la sorpresa cuando el joven gruñó; a lo mejor pensaba que no era real. Sin embargo, nadie hizo ningún comentario.

A no tardar alguien se ocupó de guardar a los caballos en uno de los graneros —Tomás condujo él mismo a su rucio; por lo visto el animal no quería que otra persona tocara las riendas— y todo el mundo, excepto los chicos encaramados a los tejados,

entraron en tropel en la casa, que quedó abarrotada. Los adultos se alinearon en la sala principal en dos filas, los Lewin y los al'Seen intercalados sin ningún orden de rango en particular, mientras que los niños estaban en brazos de sus madres o relegados a asomarse entre las piernas de los mayores que se apiñaban en los umbrales de las puertas.

Se preparó té fuerte y se proporcionó sillas de respaldo alto y asiento de enea a los recién llegados, si bien en las de Verin y Faile pusieron unos cojines bordados. Había mucha expectación en torno a Verin, Tomás y Faile. Los murmullos resonaban en la habitación como si hubiera una bandada de gansos escandalosos, y todo el mundo contemplaba a esas tres personas como si llevaran corona o fueran a hacer trucos de magia en cualquier momento. Los forasteros siempre eran motivo de curiosidad en Dos Ríos. La espada de Tomás provocó comentarios especiales en susurros apenas audibles, pero que Perrin escuchaba fácilmente. Las espadas no eran armas corrientes aquí o no lo habían sido hasta la llegada de los Capas Blancas. Algunos creían que Tomás era un Hijo de la Luz mientras que otros lo tomaban por un lord. Un chiquillo fue el que mencionó a los Guardianes, pero las risas de los mayores lo dejaron chafado.

Tan pronto como los invitados estuvieron instalados, Jac al'Seen se plantó delante de la gran chimenea de piedra; era un hombre fornido, ancho de hombros, aun con menos pelo que maese al'Vere y tan gris como el del posadero. Sobre la repisa, detrás de su cabeza y entre dos grandes copas de plata, había un reloj que denotaba su prosperidad como granjero. La cháchara se acalló cuando levantó la mano, aunque también su primo Wit, que parecía casi su gemelo salvo porque era completamente calvo, y Flinn Lewin, un tipo alto y delgado como una vara y con el pelo gris, chistaron a los suyos para que se callaran.

—Señora Mathwin, lady Faile —empezó Jac al tiempo que hacía una reverencia a cada una—, os damos la bienvenida a esta casa, de la que podéis consideraros huéspedes hasta que gustéis. Sin embargo, he de advertiros. Ya sabéis los problemas que estamos teniendo en la campiña y os convendría dirigiros directamente a Campo de Emond o a Colina del Vigía y quedaros allí. Son lugares demasiado grandes para que se atrevan con ellos. Os aconsejaría que os marchaseis de Dos Ríos, pero, según tengo entendido, los Hijos de la Luz no permiten que nadie cruce el Taren. Ignoro la razón, pero así están las cosas.

—Oh, pero hay historias tan bonitas en la campiña —dijo Verin, parpadeando con remilgo—. Me las perdería si estuviera en un pueblo. —Sin mentir realmente, se las había ingeniado para dar la impresión de que había acudido a Dos Ríos en busca de antiguos relatos, igual que había hecho Moraine cuando había llegado a la aldea, según le parecía a Perrin, le parecía mucho tiempo atrás. Su anillo de la Gran Serpiente permanecía guardado en su bolsita del cinturón, aunque Perrin dudaba que

ninguno de los lugareños conociera su significado.

Elisa al'Seen se alisó el blanco delantal y sonrió modestamente a Verin. Aunque tenía el cabello menos canoso que el de su marido, parecía mayor que la Aes Sedai, y su arrugado rostro tenía un aire maternal. Probablemente creyera que podía ser la madre de Verin.

—Es un honor tener a una erudita bajo nuestro techo, pero Jac tiene razón —dijo firmemente—. Sois realmente bienvenidas si queréis quedaros, pero cuando partáis debéis dirigiros inmediatamente a un pueblo. Viajar no es seguro hoy en día. Y lo mismo os digo a vos, mi señora —añadió, dirigiéndose a Faile—. Los trollocs no son un peligro al que dos mujeres deban enfrentarse con sólo un puñado de hombres para defenderlas.

—Lo pensaré —respondió sosegadamente Faile—. Os agradezco vuestro consejo y vuestra consideración.

Tomó un sorbo de té con idéntica despreocupación que Verin, quien se había lanzado de nuevo a escribir en el pequeño libro y sólo levantaba la vista para sonreír a Elisa y murmurar:

—Hay tantas historias en la campiña.

Faile aceptó un pastelillo de mantequilla que le ofreció una de las niñas al'Seen, que hizo una reverencia al tiempo que se ponía roja como la grana, sin apartar de Faile los ojos, contemplándola con admiración.

Perrin sonrió para sus adentros. Debido a su traje de montar de seda verde, todos habían tomado a Faile por una noble; tuvo que admitir que la joven interpretaba el papel a las mil maravillas. Cuando quería, claro está. La chiquilla no habría sentido tanta admiración si la hubiera visto en uno de sus estallidos de mal genio, cuando su lenguaje habría hecho enrojecer incluso a un carretero.

La señora al'Seen se volvió hacia su marido y sacudió la cabeza; no iban a convencer a Faile ni a Verin. Jac miró a Tomás.

—¿Podéis hacerles cambiar de opinión vos?

—Yo estoy a sus órdenes y voy a donde me manda —repuso el Guardián. Allí sentado, con la taza de té en la mano, Tomás seguía dando la sensación de estar a punto de desenvainar su espada.

Maese al'Seen suspiró y cambió su punto de mira.

—Perrin, todos nosotros te hemos visto en un momento u otro al bajar a Campo de Emond, así que te conocemos hasta cierto punto. Al menos, creíamos conocerte antes de que te escaparas el año pasado. Hemos oído algunos comentarios inquietantes, pero supongo que Tam y Abell no estarían contigo si fueran ciertos.

La esposa de Flinn, Adine, una mujer oronda con aires de autocomplacencia, resopló con desdén.

—También he oído ciertas cosas sobre Tam y Abell. Y sobre sus chicos, que se

marcharon con Aes Sedai. ¡Con una docena de Aes Sedai! Todos recordáis cómo ardió Campo de Emond hasta sus cimientos. Sólo la Luz sabe cómo consiguieron levantar cabeza después de aquello. Oí decir que secuestraron a la hija de los al'Vere.

Flinn sacudió la cabeza resignadamente y luego dirigió una mirada de disculpa a Jac.

—Si crees eso —señaló irónicamente Wit—, es que te crees cualquier cosa. Hablé con Marin al'Vere hace dos semanas y dice que su chica se marchó por propia voluntad. Y sólo había una Aes Sedai.

—¿Qué pretendes insinuar, Adine? —Elisa al'Seen se había puesto en jarras—. Vamos, suéltalo. —El firme timbre de su voz denotaba con toda claridad un reto.

—No dije que lo creyera —protestó Adine, tercamente—, sólo que lo oí comentar. Hay ciertas preguntas que tienen que plantearse. Los Hijos no se han sacado de la manga los nombres de esos tres, así porque sí.

—Si escuchas, para variar —replicó firmemente Elisa—, a lo mejor oyes la respuesta a una o dos de esas preguntas.

Adine se puso a arreglarse los pliegues de la falda, pero, aunque masculló entre dientes, no hizo más objeciones.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —preguntó Jac con un timbre de impaciencia mal disimulado. Al no hablar nadie, prosiguió—: Perrin, aquí nadie cree que seas un Amigo Siniestro, como tampoco Tam ni Abell. —Asestó una dura mirada a Adine, y Flinn puso una mano en el hombro de su esposa; la mujer guardó silencio, pero sus labios apretados manifestaron claramente lo que no expresó con palabras. Jac murmuró algo para sí mismo antes de continuar—. Aun así, Perrin, creo que tenemos derecho a saber por qué los Capas Blancas van diciendo esas cosas. Os acusan a ti, a Mat Cauthon y a Rand al'Thor de ser Amigos Siniestros. ¿Por qué?

Faile, furiosa, abrió la boca, pero Perrin le hizo un gesto con la mano para que se callara. La obediencia de la joven lo sorprendió tanto que se quedó mirándola un momento antes de tomar la palabra. A lo mejor estaba realmente enferma.

—Los Capas Blancas no necesitan ninguna razón para actuar como lo hacen, maese al'Seen. Si uno no agacha la cabeza o no se arrastra o no se aparta para darles paso, entonces tiene que ser un Amigo Siniestro. Si uno no dice o no piensa lo que quieren, entonces es que es un Amigo Siniestro. Ignoro por qué creen que lo son Rand y Mat. —Esta observación era la pura verdad. Si los Capas Blancas supieran que Rand era el Dragón Renacido, sería razón suficiente para ellos, pero era de todo punto imposible que estuvieran enterados. En cuanto a Mat, la sola idea lo desconcertaba. Tenía que deberse a los manejos de Fain—. En cuanto a mí, es porque maté a algunos de los suyos. —Cosa sorprendente, los respingos que provocó su manifestación no lo afectaron y tampoco le dio vueltas a lo que había hecho—. Ellos asesinaron a un amigo mío y también habrían acabado conmigo si no me hubiera

defendido. No veía razón para dejarles que lo hicieran. Eso es todo.

—Entiendo que no se lo permitieras —dijo lentamente Jac. A pesar de las incursiones de los trollocs, la gente de Dos Ríos no estaba acostumbrada a matar. Años atrás, una mujer había matado a su marido porque quería que otro hombre se casara con ella, y ésa fue la última vez que alguien había muerto de forma violenta en la comarca, que Perrin supiera. Hasta la noche en que los trollocs aparecieron.

—Los Hijos de la Luz son muy diestros en una cosa —intervino Verin—. Saben cómo hacer que personas que han sido vecinas durante toda la vida empiecen a sospechar las unas de las otras.

Todos los granjeros la miraron y algunos asintieron al cabo de un momento.

—Tengo entendido que hay un hombre con ellos —dijo Perrin—. Padan Fain, el buhonero.

—Sí, eso he oído —contestó Jac—. Al parecer se hace llamar por otro nombre ahora.

—Sí, Ordeith —asintió Perrin—. Pero, se llame Fain u Ordeith, él sí es un Amigo Siniestro. Él mismo lo admitió y también que fue quien trajo a los trollocs la Noche de Invierno del año pasado. Y ahora cabalga con los Capas Blancas.

—Es muy fácil para ti afirmar tal cosa —dijo, cortante, Adine Lewin—. Puedes llamar Amigo Siniestro a cualquiera.

—¿A quién creéis, pues? —intervino Tomás—. ¿A los que han llegado aquí hace unas pocas semanas, que han arrestado a gente que conocéis y que han quemado sus granjas? ¿O a un joven que nació y creció en la comarca?

—No soy un Amigo Siniestro, maese al'Seen —repitió Perrin—; pero, si queréis que me marche, lo haré.

—No —se apresuró a decir Elisa a la par que lanzaba una mirada significativa a su esposo, mientras que a Adine le asestaba otra tan gélida que la hizo tragarse lo que había estado a punto de decir—. No, puedes quedarte en esta casa todo el tiempo que quieras. —Jac vaciló pero después dio su conformidad con un gesto de asentimiento. Su esposa se acercó a Perrin y le puso las manos sobre los hombros—. Te damos nuestro pésame —musitó suavemente—. Tu padre era un buen hombre, y tu madre era mi amiga y una excelente mujer. Sé que habría querido que te quedaras con nosotros, Perrin. Los Hijos apenas vienen por aquí y, si lo hacen, los chicos apostados en el tejado nos avisarán con tiempo de sobra para que te escondas en el desván. Allí estarás a salvo.

Hablaba en serio, con el corazón en la mano, y cuando Perrin miró a maese al'Seen, el hombre volvió a asentir.

—Gracias —dijo el joven, que sentía un nudo en la garganta—, pero tengo… cosas que hacer. Hay asuntos pendientes que he de resolver.

La mujer suspiró y le dio unas palmaditas suaves.

—Por supuesto. Pero cuida que esas cosas no te hagan daño. En fin, lo menos que puedo hacer es llenarte el estómago antes de que te pongas en camino.

No había mesas suficientes en la granja para que todo el mundo se sentara para tomar el almuerzo, así que fueron pasando los platos con guiso de cordero, una rebanada de pan crujiente y la advertencia de tener cuidado para no derramarse nada encima, y todo el mundo comió en el mismo sitio en que estaba, ya fuera sentado o de pie.

Antes de que hubieran terminado entró un chico larguirucho a quien las muñecas le asomaban dos dedos por las mangas, y que empuñaba un arco más grande que él. A Perrin le pareció que era Win Lewin, pero no estaba seguro; los chicos crecían muy deprisa a esta edad.

—Es lord Luc —exclamó, excitado, el delgaducho chiquillo—. Lord Luc viene hacia aquí.

33



Otra vuelta en la urdimbre del Entramado

El propio lord llegaba pisando casi los talones del chiquillo. Era un hombre alto, ancho de hombros, de mediana edad, con un rostro de rasgos angulosos y cabello rojizo que pintaba canas en las sienes. Había un aire arrogante en sus ojos, de un color azul oscuro, y su porte denotaba que era un noble. Vestía una chaqueta verde de buen corte con discretos bordados dorados en las mangas, y sus guantes también estaban adornados con hilos de oro. Igualmente, unos realces dorados cubrían la vaina de la espada y fileteaban el lustrado cuero de las botas. De algún modo consiguió hacer magnífico el simple acto de cruzar el umbral de la puerta. Perrin sintió desprecio por él desde el mismo instante en que lo vio.

Todos los al'Seen y los Lewin se atropellaron para recibir al noble; hombres, mujeres y niños se agolparon a su alrededor dedicándole sonrisas, reverencias e inclinaciones de cabeza, quitándose la palabra de la boca unos a otros en su afán por manifestar el gran honor que para ellos era su presencia, la visita de un cazador del Cuerno. Esto era lo que más parecía entusiasmarlos. Tener bajo el propio techo a todo un lord era realmente excitante, pero si además se trataba de uno de los comprometidos por el juramento a buscar el legendario Cuerno de Valere ya era el acabóse. Perrin no creía haber visto nunca a la gente de Dos Ríos adular servilmente a nadie, pero el comportamiento de sus convecinos se aproximaba mucho a ello.

Saltaba a la vista que el tal lord Luc aceptaba aquello como el trato debido a su persona, cuando no menos. Y, además, como algo fastidioso de soportar. Los granjeros no parecían darse cuenta o, quizá, no identificaban aquella expresión levemente aburrida, la sonrisa ligeramente prepotente. Tal vez creían que así era como se comportaban los nobles. Y, efectivamente, la mayoría lo hacía, pero a Perrin lo fastidiaba ver a esta gente —su gente— aguantándolo.

Cuando el alboroto empezó a calmarse, Jac y Elisa presentaron a sus otros huéspedes —salvo a Tam y a Abell, que ya lo conocían— a lord Luc de Chiendelna, aclarando que los estaba aconsejando para que pudieran defenderse contra los trollocs, que los animaba a plantar cara a los Capas Blancas y a que se defendieran por sí mismos. Unos murmullos aprobadores sonaron en toda la habitación. Si Dos

Ríos hubiera estado eligiendo a un rey, lord Luc habría contado con el pleno respaldo de los al'Seen y los Lewin. Su aire de prepotente aburrimiento no duró mucho, sin embargo.

Nada más posar los ojos en la tersa cara de Verin, Luc se puso ligeramente tenso y su mirada bajó a las manos de la mujer tan rápidamente que muchos no lo habrían notado. Estuvo a punto de dejar caer los guantes bordados. A juzgar por la figura rechoncha y el sencillo atuendo, Verin habría pasado por una granjera más, pero era obvio que el noble sabía reconocer el rostro intemporal de una Aes Sedai cuando lo veía y, evidentemente, no le hacía mucha gracia encontrarse con una de ellas aquí. El rabillo de su ojo izquierdo se crispó con un tic nervioso al escuchar a la señora al'Seen presentarla como «la señora Mathwin, una erudita de otras tierras».

Verin le sonrió como si estuviera medio dormida.

—Es un placer —murmuró—. De la casa Chiendelna. ¿Dónde está eso? Suena como si perteneciera a las Tierras Fronterizas.

—No, no es tan importante como eso —se apresuró a contestar Luc a la par que le hacía una mínima y cautelosa reverencia—. Está en Murandy, de hecho. Es una casa menor, pero antigua.

Apenas apartó la vista de la mujer mientras duraron las presentaciones, como si lo inquietara hacerlo. A Tomás no le dedicó más que una mirada de soslayo. Debía de saber que se trataba del Guardián de «la señora Mathwin», pero aun así se desentendió de él sin ambages, tan claramente como si lo hubiera manifestado a voz en grito. Era muy raro. Por diestro que fuera con la espada, nadie era lo bastante bueno para desdeñar a un Guardián. Soberbia. Este individuo tenía arrogancia suficiente para bastarles a diez hombres, y lo demostró con Faile, en lo que atañía a Perrin.

La sonrisa que Luc le dedicó manifestaba más que confianza en sí mismo; y también era familiar y decididamente cálida. De hecho, demasiado cálida y en exceso admirativa. Tomó entre sus dos manos la de la joven y la miró a los ojos como si intentara traspasarlos y desvelar sus pensamientos. Por un instante Perrin pensó que Faile iba a mirarlo de reojo a él, pero en lugar de ello sostuvo la mirada del noble con pretendida frialdad, aunque con las mejillas arreboladas, y le hizo una ligera inclinación de cabeza.

—También yo soy una cazadora del Cuerno, mi señor —dijo. Daba la impresión de que estaba algo falta de aliento—. ¿Pensáis encontrarlo aquí?

Luc parpadeó y le soltó la mano.

—Tal vez, mi señora. ¿Quién sabe con certeza dónde puede estar el Cuerno?

Faile lo miró un poco sorprendida —y quizás un tanto desilusionada— al advertir su repentina falta de interés.

Perrin mantuvo el gesto impasible. Si Faile quería sonreír a Wil al'Seen y

sonrojarse ante necios lores, allá ella. Podía ponerse en ridículo tanto como quisiera y tontear con el primero que apareciera. Así que Luc deseaba saber dónde se hallaba el Cuerno de Valere, ¿no? Pues estaba escondido en la Torre Blanca, nada menos. Se sintió tentado de decírselo al hombre sólo para ver cómo rechinaba los dientes por la frustración.

Por otra parte, si a Luc lo había sorprendido descubrir quiénes eran los otros huéspedes de la casa al'Seen, su reacción con Perrin fue, cuando menos, peculiar. Dio un respingo al ver el rostro del joven y una expresión conmocionada asomó fugaz a sus ojos. Desapareció al instante, enmascarada tras sus aires altivos, salvo por el ligero tic nervioso en la comisura de un ojo. Lo chocante era que no tenía sentido. La sorpresa del noble no estaba motivada por los ojos amarillos de Perrin, de eso no le cupo duda alguna al joven. Más bien era como si aquel tipo lo conociera y se extrañara de encontrárselo allí; no obstante, no había visto al tal Luc hasta ahora. Más aun, habríase dicho que Luc le tenía miedo. Absurdo.

—Lord Luc fue quien nos sugirió que los chicos se apostaran en el tejado —dijo Jac—. Ningún trolloc podrá acercarse sin que esos muchachos den antes la alarma.

—¿La alarma? —repitió fríamente Perrin. ¿Y esto era un ejemplo de los consejos que les daba el gran señor?—. Los trollocs ven en la oscuridad tan bien como los gatos. Se os echarán encima y estarán derribando las puertas a patadas antes de que vuestros hijos tengan tiempo de gritar.

—Hacemos cuanto está en nuestras manos —replicó bruscamente Flinn—. Deja de asustarnos. Hay niños escuchándote. Al menos, lord Luc nos hace sugerencias útiles. Vino a nuestra casa el día antes de que los trollocs atacaran, y comprobó que los teníamos apostados correctamente. ¡Rayos y centellas! De no ser por él, los trollocs nos habrían matado a todos.

Luc no pareció escuchar la alabanza dirigida a su persona. Estaba observando fijamente a Perrin, con desconfianza, mientras manoseaba los guantes y los sujetaba debajo de la hebilla del talabarte, labrada a semejanza de la cabeza de un lobo. Por su parte, Faile lo estaba observando a él; un leve ceño fruncía su entrecejo. El noble no hizo caso de la muchacha.

—Creía que habían sido los Capas Blancas quienes os habían salvado, maese Lewin, que una de sus patrullas llegó justo a tiempo de ahuyentar a los trollocs —apuntó Perrin.

—Bueno, sí, así fue. —Flinn se atusó el canoso cabello con nerviosismo—. Pero lord Luc… Si los Capas Blancas no hubieran venido, nos habríamos… Al menos él no intenta asustarnos —murmuró.

—Así que no os asusta —dijo Perrin—. Pues los trollocs sí que me asustan a mí. Y los Capas Blancas ahuyentan a los trollocs para protegeros. Cuando pueden.

—¿Queréis que los Capas Blancas se lleven todo el mérito? —Luc clavó en

Perrin una fría mirada, como si lo hubiera pillado en un renuncio—. ¿Quién creéis que es responsable de los dibujos del Colmillo del Dragón que aparecen en las puertas de la gente? Oh, sus manos jamás se tiznan con el carbón que los hace, pero están detrás de ello. Entran a la fuerza en las casas de estas buenas gentes, haciendo preguntas y exigiendo respuestas como si les perteneciera el techo bajo el que están. Pues yo digo que estas personas son sus propios señores, no perros que lamen las botas de los Capas Blancas. Que patrullen los campos, de acuerdo, pero hay que plantarles cara a la puerta de casa y dejarles muy claro a quién pertenece la tierra que están pisando. Ésa es mi opinión. Y si vos queréis ser un perro servil de los Capas Blancas, adelante, pero no restrinjáis la libertad de esta buena gente.

Perrin sostuvo la mirada de Luc sin pestañear.

—No siento el menor aprecio por los Capas Blancas. Quieren ahorcarme, ¿o es que no os lo han dicho?

El noble parpadeó como si no lo supiera o como si lo hubiera olvidado en su afán por arremeter contra él.

—Entonces ¿a qué viene todo esto? ¿Qué os proponéis exactamente? —replicó.

Perrin le dio la espalda y fue a situarse delante de la chimenea. No tenía intención de discutir con Luc. Que los presentes escucharan; de momento, todos los ojos estaban pendientes de él. Diría lo que tenía que decir y se acabó.

—Estáis a expensas de los Capas Blancas, con la esperanza de que ahuyenten a los trollocs, confiando en que lleguen a tiempo si os atacan. ¿Por qué? Porque todos y cada uno de vosotros os aferráis a vuestras granjas u os quedáis lo más cerca posible de ellas cuando ya no tenéis más remedio que abandonarlas. Estáis desperdigados en un centenar de grupos reducidos, como racimos de uvas maduras al alcance de cualquiera. Mientras sigáis así, mientras tengáis que rezar para que los Capas Blancas puedan impedir que los trollocs os pisoteen hasta haceros vino, no tenéis más remedio que permitirles que os hagan cuantas preguntas quieran y exijan cuantas respuestas deseen. Tendréis que contemplar cómo arrestan a gente inocente. ¿O es que alguno de los presentes cree que Haral y Alsbet Luhhan son Amigos Siniestros? ¿O Natti Cauthon o sus hijas, Bodewhin y Eldrin?

Abell recorrió la estancia con la mirada, retando a cualquiera que osara insinuar siquiera una respuesta afirmativa, pero no fue preciso. Incluso Adine Lewin tenía volcada toda su atención en Perrin. Luc lo miró, ceñudo, al advertir las reacciones de la gente que abarrotaba la sala.

—Sé que no deberían haber arrestado a Natti y a Alsbet —dijo Wit—, pero eso ya se acabó. —Se pasó la mano sobre la calva cabeza a la par que lanzaba una ojeada desasosegada a Abell—. Aparte de conseguir que los dejen libres a todos, quiero decir. Que yo sepa, después de eso no se han producido más detenciones.

—¿Creéis que tal cosa significa que el problema se acabó? —repuso Perrin—.

¿De verdad creéis que van a conformarse con los Cauthon y los Luhhan? ¿O con dos granjas incendiadas? ¿A cuál de vosotros os tocará la próxima vez? Quizá porque digáis algo equivocado o simplemente como escarmiento. Podrían ser los propios Capas Blancas los que acercaran una antorcha a esta casa en lugar de los trollocs. O tal vez cualquier noche de éstas se pinte en vuestra puerta el Colmillo del Dragón. Siempre hay gente dispuesta a creer ese tipo de cosas. —Varios pares de ojos se clavaron en Adine, que rebulló con nerviosismo y hundió los hombros—. Aun en el caso de que todo se reduzca a tener que agachar la testuz ante cada Capa Blanca que aparezca, ¿acaso queréis vivir así? ¿O que vivan así vuestros hijos? Estáis a merced de los trollocs, a merced de los Capas Blancas y a merced de cualquiera que os guarde rencor. Mientras que uno de ellos os tenga cogidos, os tienen los tres. Estáis escondidos en el sótano esperando que un perro rabioso os proteja de otro, esperando que las ratas no se acerquen a escondidas en la oscuridad y os muerdan.

Jac intercambió una mirada preocupada con Flinn y con Wit, así como con el resto de los hombres presentes en la habitación.

—Si piensas que no estamos haciéndolo bien —dijo después—, ¿qué nos sugieres tú?

Perrin no esperaba esa pregunta, pues estaba convencido de que se pondrían furiosos con él, pero de inmediato empezó a exponerles sus ideas:

—Reunid a la gente. Reunid vuestros rebaños de ovejas, vuestras vacas, vuestras gallinas, todo. Reunidlos y lleváoslos a donde puedan estar a salvo. Id a Campo de Emond. O a Colina del Vigía, ya que está más cerca, aunque eso os pondría justo bajo el escrutinio de los Capas Blancas. Mientras siga habiendo veinte personas aquí y cincuenta allí, seréis piezas de caza al alcance de los trollocs. En cambio, si hay cientos de personas juntas, tendréis una oportunidad, y no será la de inclinar la cabeza ante los Capas Blancas.

Aquello sí que provocó la explosión que había esperado.

—¡Abandonar mi granja completamente! —gritó Flinn.

—¡Estás loco! —exclamó, al tiempo, Wit.

Las protestas se interpusieron unas a otras, la de hermano sobre la de hermano, las de primos entre primos.

—¿Irnos a Campo de Emond? ¡Ya estoy bastante lejos ahora para hacer algo más que echar un vistazo a los campos cada día!

—¡Las malas hierbas lo ahogarían todo!

—¡Ni siquiera ahora sé cómo me las arreglaré para la cosecha!

—¡… si las lluvias llegan…!

—¡… intentar reconstruir…!

—¡… el tabaco se pudrirá…!

—¡… sin hacer el esquileo…!

El puñetazo de Perrin sobre la repisa de la chimenea acalló sus voces.

—No he visto ningún campo arrasado, ninguna casa ni granero incendiado, a menos que hubiera gente allí. Es por la gente por lo que van los trollocs. Y, aun en el caso de que le prendieran fuego a todo, ¿qué? Se puede sembrar una nueva cosecha. Cualquier cosa hecha de piedra, argamasa y madera puede reconstruirse. Pero a esa criatura ¿podéis reconstruirla? —Señaló al bebé de Laila, y la joven lo estrechó contra sus senos mientras asestaba una mirada furibunda a Perrin, como si lo hubiera amenazado. Luego volvió los ojos hacia su esposo y hacia Flinn, pero su expresión era asustada. Se levantó un murmullo inquieto.

—Marcharnos —musitó Jac al tiempo que sacudía la cabeza—. No sé, Perrin.

—La elección es vuestra, maese al'Seen. La tierra seguirá estando aquí cuando regreséis. Eso es algo que los trollocs no pueden arrebataros. Pensad si podéis decir lo mismo respecto a vuestra familia.

Los murmullos se convirtieron en una especie de quedo zumbido. Varias mujeres se encararon con sus maridos, en especial las que tenían uno o dos críos. Ninguno de los hombres parecía presentar resistencia.

—Un plan interesante —dijo Luc, que estudiaba a Perrin. Por su expresión no había modo de saber si lo aprobaba o no—. Estaré atento para ver cómo resulta. Y ahora, maese al'Seen, he de marcharme. Sólo me detuve para ver cómo os iban las cosas.

Jac y Elisa lo acompañaron a la puerta, pero los demás estaban demasiado ocupados con sus propias discusiones para prestarle mucha atención. Luc se marchó con los labios apretados, y ello le dio que pensar a Perrin. Sin duda, las despedidas del noble resultaban tan espectaculares como las llegadas.

Jac volvió desde la puerta directo hacia el joven.

—Ese plan tuyo es audaz. He de admitir que no me entusiasma la idea de abandonar mi granja, pero lo que dices tiene sentido. Sin embargo, no sé qué pensarán de ello los Hijos. Los tengo por unos tipos desconfiados, y a lo mejor creen que todos estamos tramando algo contra ellos si nos reunimos.

—Pues que lo crean —repuso Perrin—. Un pueblo lleno de gente puede seguir los consejos de Luc y decirles que se larguen y dejen de meter las narices en los asuntos de los demás. ¿O pensáis que es mejor seguir en una posición tan vulnerable con tal de no alterar la buena voluntad de los Capas Blancas, si es que puede considerarse así?

—No. No, entiendo a qué te refieres. Me has convencido y, por lo visto, también has convencido a todo el mundo.

La apreciación de Jac parecía acertada. Los murmullos de las discusiones se estaban apagando, pero porque todos parecían estar de acuerdo. Incluso Adine, que ya estaba dando órdenes a sus hijas para que empezaran a hacer el equipaje de

inmediato. De hecho, incluso hizo un gesto aprobatorio a Perrin, aunque a regañadientes.

—¿Cuándo pensáis marcharos? —le preguntó el joven a Jac.

—Tan pronto como todo el mundo esté listo. Nos dará tiempo para llegar a la granja de Jon Gaelin, en el Camino del Norte, antes de que se ponga el sol. Le contaré a Jon lo que has dicho, y a todo el mundo en el camino a Campo de Emond. Será mejor ir allí que a Colina del Vigía. Si pretendemos sacudirnos el dominio de los Capas Blancas y no sólo de los trollocs, más vale no ponernos delante de sus narices. —Jac se rascó el ralo cabello—. Perrin, no creo que los Hijos hagan daño a Natti Cauthon y a las chicas ni a los Luhhan, pero me preocupan. Si creen que tramamos algo, ¿quién sabe lo que podrían hacer?

—Tengo intención de rescatarlos lo antes posible, maese al'Seen. Y no sólo a ellos, sino a cualquiera que hayan arrestado los Capas Blancas.

—Un plan audaz —repitió Jac—. Bien, más vale que ponga en marcha a los míos si queremos llegar a casa de Jon Gaelin al anochecer. Que la Luz te acompañe, Perrin.

—Un plan muy audaz —abundó Verin, que se acercó una vez que maese al'Seen se hubo alejado, presuroso, dando órdenes para que se sacaran las carretas y para que prepararan el equipaje que podían llevar consigo. La Aes Sedai había ladeado la cabeza y estudiaba a Perrin con sumo interés, pero no tanto como Faile, que estaba junto a ella. La joven lo miraba como si no lo conociera.

—No sé por qué a todo el mundo le ha dado por describirlo así —arguyó él—. Con el término «plan» quiero decir. El tal Luc no hacía más que soltar necedades, como lo de plantarles cara a los Capas Blancas en la puerta de casa, o lo de los niños en el tejado para detectar la aparición de los trollocs. Dos caminos directos al desastre. Lo único que hice fue hacérselo notar, nada más. Tendrían que haber tomado esta decisión desde el principio. Ese hombre… —Se calló para no admitir en voz alta lo mucho que lo irritaba Luc, y menos estando Faile presente. A lo mejor lo interpretaba mal.

—Claro —musitó suavemente Verin—. No había tenido la oportunidad de ver cómo funcionaba hasta ahora. O quizá sí, pero no me di cuenta.

—¿De qué habláis? ¿Ver funcionar qué?

—Perrin, cuando llegamos, estas personas estaban dispuestas a aguantar aquí a toda costa. Tú las hiciste entrar en razón y les contagiaste tu empuje y tu entusiasmo, pero ¿crees que si yo hubiera dicho lo mismo las habría hecho cambiar de opinión? ¿O Tam o Abell? Tú, mejor que cualquiera de nosotros, sabes muy bien lo testaruda que es la gente de Dos Ríos. Has cambiado el curso que los acontecimientos habrían seguido de no haber venido tú a la comarca. Simplemente con unas cuantas frases pronunciadas con… ¿irritación? Los *ta'veren* tejen realmente los hilos de las vidas de otras personas con su propia trama. Fascinante. Confío en tener la ocasión de

observar de nuevo a Rand.

—Sea por el motivo que sea —murmuró Perrin—, es para bien. Cuanta más gente se agrupe en un solo sitio, más seguridad habrá.

—Por supuesto. Colijo que Rand ya ha tomado la espada, ¿verdad?

El joven frunció el ceño, pero no había razón para no decírselo. Verin sabía lo de Rand y lo que significaba su presencia en Tear.

—Así es.

—Ten cuidado con Alanna, Perrin.

—¿Qué? —La costumbre de la Aes Sedai de cambiar de tema de manera repentina empezaba a desconcertarlo. Sobre todo cuando le aconsejaba hacer algo en lo que ya había pensado él y que creía mantener en secreto—. ¿Por qué?

La expresión de Verin no cambió, pero sus oscuros ojos cobraron un súbito brillo y se tornaron penetrantes.

—Hay muchos… designios en la Torre Blanca. No todos son malignos, ni mucho menos, pero a veces resulta difícil discernir el que sí lo es hasta que ya es demasiado tarde. E incluso los más benévolos permiten a menudo que se partan unos cuantos hilos en la urdimbre, que se rompan y se tiren unas cuantas cañas en la fabricación de un cesto. Un *ta'veren* sería una caña útil para casi cualquier plan posible. —De pronto, volvió a tener el aire absorto de siempre y pareció algo aturdida con el bullicio que los rodeaba; de nuevo era la estudiosa que parecía fuera de lugar en el mundo real—. Oh, vaya, maese al'Seen no es de los que pierden el tiempo, ¿eh? Iré a ver si puede prescindir de alguien un momento para que nos traigan los caballos.

Faile siguió con la mirada a la hermana Marrón mientras se alejaba y se estremeció.

—A veces las Aes Sedai me causan… inquietud —rezongó.

—¿Inquietud? A mí, la mayoría del tiempo me tienen medio muerto de miedo.

Faile soltó una queda risa y empezó a juguetear con un botón de la chaqueta del joven, mirándolo fijamente.

—Perrin, yo… He sido… Me he comportado como una estúpida.

—¿A qué te refieres? —La muchacha alzó la vista hacia él; le estaba dando tantas vueltas al botón que estaba a punto de arrancarlo de cuajo, y Perrin se apresuró a añadir—: Eres una de las personas menos estúpidas que conozco. —Cerró la boca, tragándose lo que venía a continuación: «casi siempre»; se alegró de no haberlo dicho cuando la vio sonreír.

—Es muy amable por tu parte negarlo, pero lo fui. —Dio unas palmaditas sobre el botón y empezó a colocarle la chaqueta, cosa que no hacía falta, y a alisar las solapas, que tampoco lo necesitaban—. Te comportaste de un modo tan… absurdo —dijo, hablando muy deprisa—, sólo porque ese joven me miró, y realmente es demasiado infantil, en nada parecido a ti, y pensé darte un poco de celos, sólo un

poco, fingiendo, únicamente fingiendo, sentirme atraída por lord Luc. No debí hacerlo. ¿Querrás perdonarme?

El joven intentó encontrarle algún sentido a aquel galimatías. Estaba bien que Faile pensara que Wil era infantil —si intentara dejarse crecer barba lo iba a tener difícil— pero la joven no había mencionado la forma en que respondió a la mirada del chico. Y si había fingido sentirse atraída por Luc, ¿por qué se había puesto colorada?

—Pues claro que te perdono —contestó. Un brillo peligroso asomó a los ojos de Faile—. Quiero decir, que no hay nada que perdonar. —Si hubo alguna reacción, fue que el brillo se hizo más ardiente. ¿Qué demonios quería que dijera?—. ¿Querrás perdonarme tú a mí? Cuando intenté ahuyentarte dije cosas que no habría debido decir. ¿Me perdonas?

—Oh, vaya, ¿acaso dijiste *algo* que tenga que perdonar? —inquirió dulcemente, y Perrin supo que tenía problemas—. En este momento no se me ocurre qué pudo ser, pero lo consideraré.

¿Que lo consideraría? Ahora hablaba como una noble; a lo mejor su padre trabajaba para algún lord, de modo que podía observar el estilo de hablar de las grandes señoras. Además, no entendía qué quería decir con eso, pero estaba temiendo saberlo, lo descubriera antes o después.

Fue un alivio montar de nuevo a lomos de *Brioso*, en medio del jaleo de los tiros de animales que se estaban enganchando a las carretas, la gente discutiendo sobre qué podían llevar y qué no, y los niños persiguiendo gallinas y gansos e intentando atarles las patas para cargarlos en los carros. Algunos muchachos ya conducían al ganado hacia el este y otros sacaban a las ovejas del aprisco.

Faile no hizo mención a lo que habían hablado dentro. Sólo le sonreía y comparaba el cuidado de las ovejas aquí con el modo en que se hacía en Saldaea; y, cuando una de las chiquillas le trajo un ramo de pequeñas flores silvestres de color rojo, intentó trenzar algunas en su barba, riendo ante sus esfuerzos por impedírselo. En pocas palabras, lo tenía realmente asustado. Perrin se planteó la necesidad de mantener otra charla con maese Cauthon.

—Que la Luz te acompañe —le deseó de nuevo maese al'Seen cuando se disponían a partir—, y cuida de los muchachos.

Cuatro de los jóvenes habían decidido ir con ellos; montaban unos caballos de pelo duro que no eran, ni por asomo, tan buenos como los de Tam y Abell. Perrin no sabía por qué tenía que ser él precisamente quien los cuidara. Todos eran mayores que él, aunque no por mucho. Wil al'Seen era uno de ellos, y otro, su primo Ban, uno de los hijos de Jac, el más lanzado de esa familia, y dos de los Lewin, Tell y Dannil, que se parecían tanto a Flinn que podrían pasar por ser sus hijos en lugar de sus sobrinos. Perrin había intentado convencerlos de que se quedaran con los suyos,

especialmente cuando todos dejaron muy claro que querían ayudar a rescatar a los Cauthon y a los Luhhan. Por lo visto pensaban que era algo tan sencillo como entrar a caballo en el campamento de los Capas Blancas y exigir que los soltaran. «Lanzar el guante de desafío» lo había llamado Tell, con lo que consiguió que a Perrin se le pusieran los pelos de punta. Demasiados relatos de juglares; demasiado prestar oídos a necios como Luc. Sospechaba que Wil tenía otra razón para venir, aunque actuaba como si Faile no existiera; empero, incluso considerando sólo los otros motivos no lo creía aconsejable.

Ninguno más del grupo puso objeciones. A Tam y Abell sólo les preocupaba si todos sabían hacer uso de los arcos que llevaban y si eran capaces de mantenerse sobre un caballo, y Verin se limitó a observar y a tomar notas en su pequeño libro. Tomás parecía divertido y Faile se afanaba en trenzar una guirnalda con las flores rojas que, al final, resultó que era para Perrin. Suspirando, el joven colgó la guirnalda en la perilla de la silla.

—Pondré todo mi empeño en cuidarlos, maese al'Seen —prometió.

A menos de dos kilómetros de la granja al'Seen temió que iba a perder a uno o dos allí mismo cuando Gaul, Bain y Chiad aparecieron repentinamente de un soto, corriendo a zancadas para reunirse con ellos. Wil y sus amigos vieron a los Aiel y se apresuraron a encajar flechas en los arcos; por su parte, los Aiel, sin romper el ritmo de la carrera, se taparon los rostros y aprestaron las lanzas. Costó unos minutos resolver el problema. A Gaul y a las dos Doncellas les pareció muy chusco cuando se aclaró el malentendido y se echaron a reír a mandíbula batiente, cosa que desasosegó a los Lewin y los al'Seen tanto como descubrir que los tres eran Aiel y que dos de ellos eran mujeres. Wil esbozó una sonrisa a Bain y a Chiad, y ellas intercambiaron una mirada y un breve cabeceo. Perrin ignoraba qué estaban tramando las Aiel, pero decidió dejarlo estar a menos que Wil corriera el peligro de acabar degollado; habría tiempo suficiente para impedirlo si una de las mujeres sacaba el cuchillo. Además, a lo mejor Wil aprendía un par de cosas respecto a la conveniencia de sonreír a cualquier mujer.

Perrin tenía intención de apremiar la marcha para llegar a Colina del Vigía cuanto antes, pero a unos dos kilómetros al norte de la casa de los al'Seen vio una de las granjas de las que salía humo de la chimenea. La ruta marcada por Tam estaba lo bastante alejada para que las personas de la granja aparecieran como simples figuras imprecisas; excepto para los ojos de Perrin. El joven distinguió a unos niños en el patio. Y Jac al'Seen era su vecino más próximo o, más bien, lo había sido hasta esta mañana. Vaciló y después tiró de las riendas de *Brioso* para dirigirse hacia la granja. Seguramente no serviría de nada, pero al menos debía intentarlo.

—¿Adónde vas? —preguntó Tam frunciendo el entrecejo.

—A darles el mismo consejo que a maese al'Seen. No me llevará más de un

minuto.

Tam asintió y los demás giraron con él. La mirada pensativa y escrutadora de Verin se clavó en el joven. Los Aiel se separaron del grupo a corta distancia de la granja para esperar más al norte; Gaul corría un poco apartado de las dos Doncellas.

Perrin no conocía a los Torfinn pero, para su sorpresa, una vez superada la excitación por los forasteros y después de mirar de hito en hito a Tomás, Verin y Faile, lo escucharon y empezaron a enganchar caballos a dos carretas y a un par de carros de ruedas altas antes que el grupo reanudara la marcha.

Hicieron otras tres paradas cuando la ruta los llevó cerca de granjas, en una de las ocasiones a un grupo de cinco muy próximas. La escena se repetía cada vez. La gente protestaba argumentando que no podían abandonar sus granjas, pero cuando el grupo se marchaba siempre dejaba atrás un remolino de actividad con las familias haciendo equipajes y reuniendo a los animales.

También ocurrió algo más. Perrin no pudo impedir que Wil y sus primos o los Lewin hablaran con los jóvenes de esas granjas, y su grupo se vio aumentado con trece Torfinn, al'Dai, Ahan y Marwin, todos ellos armados con arcos y montados en cualquier cuadrúpedo, desde ponis hasta pencos utilizados para arar, y todos ellos ansiosos por rescatar a los prisioneros de los Capas Blancas.

No faltaron inconvenientes, como puede imaginarse. Wil y los otros de la granja al'Seen consideraron injusto que advirtiera a los recién llegados sobre la presencia de los Aiel porque así les había echado a perder la diversión de verlos llevarse un buen susto. Sin embargo, los chicos ya estaban más nerviosos de lo que Perrin hubiera querido, y, por el modo en que escudriñaban cada arbusto y cada arboleda, era evidente que pensaban que tenía que haber más Aiel por los alrededores, por mucho que Perrin lo negara. Al principio, Wil intentó erigirse en cabecilla de los Torfinn y del resto de los chicos basándose en que había sido el primero en unirse a Perrin —al menos, uno de los primeros, admitió cuando Ban y los Lewin le asestaron una mirada furibunda— mientras que ellos se habían apuntado después.

Perrin acabó con la polémica dividiéndolos en dos grupos del mismo número, más o menos, y poniendo a Dannil y a Ban al mando de cada uno, aunque también esta decisión levantó algunas protestas al principio. Los al'Dai pensaban que los líderes debían elegirse conforme a la edad —Bili al'Dai era el mayor por un año— mientras que otros proponían a Hu Marwin aduciendo que era el mejor rastreador; otros, a Jaim Torfinn porque era el más diestro con el arco; y otros, a Kenley Ahan porque había estado en Colina del Vigía a menudo antes de la llegada de los Capas Blancas y sabía cómo moverse por el pueblo. Y todos se lo tomaban como si fueran a una fiesta o estuvieran planeando una travesura. La famosa frase de lanzar un desafío se repitió varias veces.

Finalmente, Perrin se volvió hacia ellos con fría cólera y obligó a parar a todo el

mundo en un espacio herboso situado entre dos arboledas.

—Esto no es un juego ni el baile de Bel Tine. O hacéis lo que se os diga o volvéis a vuestras casas. De todas formas, no sé hasta qué punto sois útiles y no estoy dispuesto a que me maten porque penséis que lo sabéis todo. Así que ya estáis poniéndoos en fila y cerráis el pico. Parecéis el Círculo de Mujeres reunido dentro de un armario.

Obedecieron de inmediato y se colocaron en dos filas detrás de Ban y de Dannil. Wil y Bili mostraban un gesto malhumorado, pero cualquier objeción que tuvieran se la guardaron para sí. Faile asintió aprobadoramente y Tomás hizo otro tanto. Verin observaba toda la escena con una expresión relajada e indescifrable, sin duda ratificándose en la idea de que estaba viendo a un *ta'veren* en acción. Perrin no vio la necesidad de aclararle que estaba tratando de imitar a un shienariano que conocía, un soldado llamado Ino, aunque, indudablemente, Ino habría utilizado un lenguaje más contundente.

Las granjas empezaron a aparecer con más frecuencia a medida que se acercaban a Colina del Vigía, y las distancias entre ellas fueron acortándose progresivamente hasta estar una a continuación de otra, como ocurría en las afueras de Campo de Emond, formando un mosaico de campos cercados con vallas de piedra o con setos y separados entre sí por estrechas veredas, senderos para viandantes y caminos para carretas. A pesar del retraso por haberse detenido en las cuatro granjas, todavía había algo de luz; los hombres trabajaban aún en los campos y los niños conducían de vuelta a los rebaños desde los pastizales para guardarlos en los apriscos. Ahora ya nadie dejaba fuera a sus animales.

Tam le sugirió a Perrin que no alertara a más personas, y el joven accedió aunque de mala gana. A partir de aquí, todos se trasladarían a Colina del Vigía y ello alertaría a los Capas Blancas. La aparición de unas veinte personas juntas montadas a caballo por los senderos secundarios atrajo bastantes miradas, aunque la mayoría de la gente parecía estar demasiado ocupada para dedicarles más de un vistazo. Sin embargo, tendría que hacerse más tarde o más temprano, y, cuanto antes, mejor. Mientras siguiera habiendo gente en la campiña, necesitada de la protección de los Capas Blancas, éstos tendrían una posición de fuerza en Dos Ríos a la que quizá después no estarían dispuestos a renunciar.

Perrin estuvo ojo avizor por si aparecía alguna patrulla de Capas Blancas pero, aparte de una nube de polvo sobre el Camino del Norte, en dirección al sur, no vio ninguna. Al cabo de un rato Tam sugirió que desmontaran y llevaran de las riendas a los caballos. Si iban a pie había menos posibilidades de que los localizaran, puesto que los setos e incluso los bajos muros de piedra los ocultaban un poco.

Tam y Abell conocían una arboleda desde la que se tenía una buena vista del campamento de los Capas Blancas, un denso bosquecillo de robles y abetos que

cubría unos siete kilómetros cuadrados, y a unos dos kilómetros al suroeste de Colina del Vigía, por encima de una franja de terreno despejado. Entraron, presurosos, por el sur. Perrin confiaba en que nadie los hubiera visto entrar en el bosquecillo y, al no verlos salir, se pusiera a comentarlo.

—Quedaos aquí —les dijo a Wil y a los otros jóvenes, que estaban atando sus caballos a las ramas—. Tened los arcos a mano y estad preparados para huir si oís un grito. Pero no os mováis a menos que me oigáis gritar. Y, si alguien hace el menor ruido, lo aporrearé en la cabeza como si fuera un yunque. Estamos aquí para echar un vistazo, no para provocar que los Capas Blancas se nos echen encima por andar rondando por ahí como toros ciegos.

Los jóvenes asintieron mientras toqueteaban sus arcos con nerviosismo. Tal vez empezaban a darse cuenta realmente de en qué se habían metido. Los Hijos de la Luz podían reaccionar muy mal si se encontraban con que un puñado de vecinos de Dos Ríos andaba por ahí armado y a caballo.

—¿Has sido soldado alguna vez? —preguntó Faile en voz baja y un tanto inquisitiva—. Así es como hablan algunos de los… eh, de los guardias de mi padre.

—Soy un herrero. —Perrin se echó a reír—. Pero he oído hablar a los soldados y, por lo visto, funciona.

Hasta Wil y Bili escudriñaban en derredor, inquietos y sin apenas atreverse a mover un pie.

Deslizándose de árbol en árbol, Perrin y Faile fueron en pos de Tam y de Abell hacia el lugar donde los Aiel ya estaban agazapados, cerca del linde septentrional del bosquecillo. También Verin se encontraba allí y, naturalmente, Tomás. Los arbustos creaban una fina pantalla de vegetación, suficiente para ocultarlos pero que les permitía observar a través de ella.

El campamento de los Capas Blancas se extendía al pie de Colina del Vigía como si de otro pueblo se tratara. Cientos de hombres, algunos con armaduras, se movían entre las hileras, largas y rectas, de tiendas blancas; había cinco ringleras de estacas al este y otras tantas al oeste en las que estaban atados caballos. El hecho de que los animales estuvieran desensillados y almohazados indicaba que el trabajo de las patrullas había terminado por hoy, mientras que una columna de a dos de unos cien jinetes, en perfecta formación y con las lanzas inclinadas en el mismo ángulo, se encaminaba a trote vivo en dirección al Bosque de las Aguas. A intervalos regulares por todo el perímetro del campamento había guardias con blancas capas haciendo sus recorridos con lanzas al hombro y los bruñidos cascos destellando con los últimos rayos de sol.

Perrin percibió un apagado retumbo y poco después, a lo lejos, por el oeste, aparecieron veinte jinetes que galopaban apresuradamente hacia el campamento, procedentes de la dirección en la que se encontraba Campo de Emond, la misma por

la que habían venido ellos. Unos cuantos minutos de retraso y sin duda los habrían visto. Sonó el toque de un cuerno, y los hombres se encaminaron hacia las lumbres donde se había preparado la cena.

A un lado se levantaba otro campamento mucho más pequeño, con las tiendas colocadas al tuntún; algunas de ellas estaban algo hundidas al haberse aflojado los vientos. Quienesquiera que las ocuparan, estaban ausentes ahora en su gran mayoría; los pocos caballos atados a una corta ringlera de estacas, que sacudían las colas para ahuyentar a las moscas, eran señal de que no había casi nadie allí. Capas Blancas no, desde luego. Los Hijos de la Luz mantenían una disciplina demasiado rígida en cuanto al orden para que aquel campamento fuera de ellos.

Entre el bosquecillo y los dos grupos de tiendas se extendía una amplia franja de hierba y florecillas silvestres que seguramente los lugareños utilizaban como pastizal, aunque no ahora, evidentemente. El terreno era bastante llano, de manera que los Capas Blancas galopando como aquella patrulla cubrirían el tramo en un minuto.

Abell llamó la atención de Perrin hacia el campamento grande.

—¿Ves esa tienda cerca del centro, con un hombre apostado a cada extremo? ¿La distingues? —Perrin asintió. El sol estaba bajo y proyectaba largas sombras, pero alcanzaba a verla bastante bien—. Ahí es donde tienen a Natti y las chicas. Y a los Luhhan. Los he visto salir y entrar, de uno en uno y siempre con un guardia, incluso para ir a las letrinas.

—Hemos intentado colarnos a hurtadillas tres noches —dijo Tam—, pero mantienen un estrecho cerco de vigilancia alrededor del campamento. La última vez por poco no conseguimos escapar.

Aquello iba a ser como tratar de meter la mano en un hormiguero sin recibir un picotazo. Perrin se sentó al pie de un alto roble, con el arco cruzado sobre las rodillas.

—Quiero pensar en esto un rato, maese al'Thor. ¿Querréis ocuparos de Wil y los demás chicos? Tened cuidado, no vaya a ser que a alguno de ellos se le haya ocurrido correr de vuelta a casa. Seguramente cabalgaría directamente hacia el Camino del Norte, sin pensarlo dos veces, y antes de que quisiéramos darnos cuenta tendríamos a un centenar de Capas Blancas husmeando por aquí para investigar. Si a alguno se le ha ocurrido traer algo de comida, ocupaos de que tomen lo que sea. Si tenemos que huir, podríamos pasarnos la noche sobre la silla de montar.

De pronto cayó en la cuenta de que estaba dando órdenes, pero, cuando quiso disculparse, Tam le sonrió.

—Tranquilo, Perrin —le dijo—. Ya tomaste el mando en casa de Jac. No es la primera vez que estoy a las órdenes de un hombre más joven que sabe ver qué hay que hacer.

—Y lo estás haciendo bien, Perrin —añadió Abell antes de que los dos hombres mayores se metieran de nuevo entre los árboles.

Perrin se rascó la cabeza, perplejo. ¿Que él había tomado el mando? Ahora que lo pensaba, en realidad ni Tam ni Abell habían tomado una decisión desde que habían salido de la granja al'Seen, limitándose a hacer sugerencias y dejando que él dijera la última palabra. Y tampoco ninguno de los dos había vuelto a llamarlo «muchacho».

—Interesante —dijo Verin, que había sacado su pequeño libro.

Perrin deseó tener la oportunidad de echar una ojeada a lo que escribía en él.

—¿Vais a advertirme otra vez que no cometa estupideces? —inquirió.

—Será aun más interesante ver qué harás a continuación —comentó, meditabunda, en lugar de contestar—. No diré que estás sacudiendo los cimientos del mundo, como es el caso de Rand al'Thor, pero Dos Ríos sí que se está sacudiendo.

—Me propongo liberar a los Luhhan y a las Cauthon —replicó, iracundo—. ¡Eso es todo! —Salvo los trollocs. Recostó la cabeza en el tronco del abeto y cerró los ojos —. Sólo hago lo que debo hacer. Dos Ríos seguirá igual que estaba.

—Claro —murmuró Verin.

Perrin la oyó alejarse, seguida de Tomás; los escarpines y las botas apenas sonaron sobre el manto de hojas del año anterior. Abrió los ojos. Faile seguía con la mirada a la pareja y, por su expresión, no parecía muy complacida.

—No te dejará en paz —masculló. La guirnalda de flores trenzadas que el joven había dejado colgando de la perilla estaba en su mano.

—Las Aes Sedai nunca lo hacen —contestó él.

—Imagino que planeas sacarlos esta misma noche, ¿no es así? —Sus ojos se habían vuelto hacia él y lo miraban desafiantes.

Tenía que ser ahora, porque había ido dando la voz de alarma y la gente sabía quién había hablado con ellos. A lo mejor los Capas Blancas no hacían daño a sus prisioneros, pero no era seguro. A su forma de ver, quedar a merced de los Hijos confiando en su clemencia era tan arriesgado como confiar en la bondad del caballo que te ha desmontado para que no te patee. Miró a Gaul, que asintió con la cabeza.

—Tam al'Thor y Abell Cauthon se desplazan con bastante cautela para ser hombres de las tierras húmedas, pero, en mi opinión, esos Capas Blancas son demasiado estirados para ver todo lo que se mueve en la oscuridad. Creo que esperan que sus enemigos sean muy numerosos y que lleguen por donde pueda vérselos.

Los grises ojos de Chiad contemplaron, burlones, al Aiel.

—¿Es que tienes intención de moverte como el viento, Soldado de Piedra? Será divertido ver a un Soldado de Piedra desplazándose ligero como una pluma. Cuando mi hermana de lanza y yo hayamos rescatado a los prisioneros, quizá regresemos a buscarte si estás demasiado viejo para encontrar el camino.

Bain le tocó el brazo, y Chiad miró a la pelirroja Doncella con sorpresa. Al cabo de un instante, un leve rubor asomó bajo el color tostado de sus mejillas. Las dos mujeres volvieron la vista hacia Faile, que seguía mirando fijamente a Perrin, con la

barbilla levantada y los brazos cruzados.

El joven inhaló profundamente. Si le decía a Faile que no quería que lo acompañara, entonces era casi seguro que Bain y Chiad tampoco irían. Seguían actuando de modo que dejaban muy claro que estaban con ella, no con él. Quizá Gaul y él podrían hacerlo solos, pero no había modo de impedirle que lo siguiera si se empeñaba en ir tras él.

—Te mantendrás cerca de mí —dijo firmemente—. Lo que quiero es rescatar prisioneros, no que hagan otro más.

La muchacha se dejó caer sentada a su lado, riendo, y metió el hombro debajo del brazo de Perrin.

—Eso de estar cerca de ti es una excelente idea. —Con un rápido movimiento lo coronó con la guirnalda de flores, y Bain se echó a reír.

Perrin volvió los ojos hacia arriba; atisbaba el borde de la guirnalda colgando sobre su frente. Debía de tener un aspecto ridículo, pero no se la quitó.

El sol descendió con la lentitud de una gota de miel. Abell les trajo un poco de pan y de queso —al final resultó que más de la mitad de esos héroes en ciernes no había traído nada de comer—, y tomaron su ración mientras esperaban. Llegó la noche, iluminada por una luna casi llena pero medio oculta por algunas nubes. Perrin siguió esperando. Las luces se apagaron en el campamento de los Capas Blancas y también en Colina del Vigía; el tenue fulgor del astro se reflejaba en las ventanas por todo el oscuro montículo. Perrin hizo que Tam, Faile y los Aiel se reunieran en torno a él; veía con absoluta claridad el rostro de todos. Verin se encontraba lo bastante cerca para escuchar. Abell y Tomás estaban con los otros chicos de Dos Ríos para asegurarse de que guardaban silencio.

El joven se sentía un poco incómodo dando órdenes, así que lo simplificó lo más posible. Tam tenía que ocuparse de que todo el mundo estuviera listo para emprender galope en el momento en que Perrin regresara con los prisioneros. Los Capas Blancas irían en su persecución tan pronto como descubrieran lo que pasaba, así que necesitaban un escondite. Tam conocía un sitio, una granja abandonada que había en la linde del Bosque del Oeste.

—Procurad no matar a todo el mundo, si podéis remediarlo —advirtió a los Aiel—. Los Capas Blancas montarán en cólera por perder a sus prisioneros, pero se puede desatar un infierno si además pierden hombres. —Gaul y las Doncellas asintieron como si estuvieran deseando que ocurriera. Qué gente más rara. Desaparecieron en la noche.

—Ten cuidado —le susurró Verin mientras el joven se colgaba el arco al hombro—. Ser *ta'veren* no significa que seas inmortal.

—Tomás podría sernos de ayuda, ¿sabéis?

—¿Crees acaso que uno más cambiaría el resultado? —dijo, pensativa—.

Además, tengo otras tareas para él.

Perrin sacudió la cabeza y salió del bosquecillo; no bien dejó atrás la maleza baja se echó al suelo y avanzó casi arrastrándose sobre los codos y las rodillas. Faile hizo otro tanto, siempre a su lado. La hierba y las flores silvestres eran bastante altas para ocultarlos. Perrin se alegró de que la joven no pudiera verle la cara; estaba terriblemente asustado, pero no por sí mismo, sino por lo que pudiera ocurrirle a ella.

Como si fueran otras dos sombras más proyectadas por la luna y las nubes, gatearon a través del terreno abierto y se detuvieron al hacer Perrin una señal a unos diez pasos del lugar donde los centinelas iban y venían haciendo su recorrido, con las blancas capas brillando a la luz de la luna, a corta distancia de la primera fila de tiendas. Dos de ellos se encontraron de frente casi delante de la pareja y se pararon dando una patada en el suelo.

—Sin novedad en la noche —anunció uno—. Que la Luz nos ilumine y nos proteja de la Sombra.

—Sin novedad en la noche —respondió el otro—. Que la Luz nos ilumine y nos proteja de la Sombra.

Después giraron sobre los talones y empezaron a caminar de nuevo, sin mirar a derecha ni izquierda.

Perrin aguardó hasta que cada uno de ellos hubo dado una docena de pasos; entonces tocó a Faile en el hombro y se incorporó, conteniendo la respiración. Tampoco oía la respiración de ella. Casi de puntillas, avanzaron presurosos entre las tiendas y otra vez echaron cuerpo a tierra nada más pasar la primera fila. Dentro se oía a los hombres roncar o musitar en sueños. Fuera de eso, el silencio reinaba en el campamento. El golpeteo de las botas de los centinelas se oía claramente. El olor de las lumbres apagadas impregnaba el aire, así como el de la lona de las tiendas, los caballos y los hombres.

Hizo señas a Faile para que lo siguiera. Las cuerdas de las tiendas eran una trampa para los pies en la oscuridad, pero el joven las distinguía claramente, de modo que se desplazó entre ellas marcando el camino a su compañera.

Sabía de memoria la localización de la tienda de los prisioneros y se dirigió hacia ella cautelosamente. Estaba cerca del centro del campamento; un largo trecho hasta allí y otro tanto de vuelta.

El crujido de unas botas en el suelo y un gruñido de Faile lo hicieron girar rápidamente sobre sus talones justo a tiempo de ver el remolino de una blanca capa y una corpulenta figura que se le echó encima y lo derribó; el hombre era tan fornido como maese Luhhan, y unos dedos, duros como cepos de hierro, se hincaron en su garganta mientras los dos rodaban por el suelo. Perrin plantó la palma de la mano contra la barbilla de su adversario y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás, intentando quitárselo de encima. Los dedos aumentaron la presión sobre su garganta, y el joven

empezó a descargar puñetazos contra las costillas del hombre con el único resultado de algún gruñido que otro. La sangre le palpitaba en los oídos; su visión se hizo borrosa y tuvo la sensación de que una negrura empezaba a engullirlo. Tanteó torpemente buscando su hacha, pero tenía los dedos entumecidos.

De repente, el hombre sufrió una brusca sacudida y se derrumbó sobre él. Perrin empujó el peso muerto del cuerpo, quitándoselo de encima, y respiró ansiosamente el dulce aire nocturno.

Faile tiró al suelo un grueso palo de los utilizados para hacer lumbre y se frotó la sien.

—Debió de pensar que no merecía la pena preocuparse por mí más allá de derribarme de un golpe —musitó.

—Necio —respondió también en un susurro—. Pero un necio fuerte. —Sentiría la marca de esos dedos en su cuello varios días—. ¿Estás bien?

—Por supuesto. No soy una figurilla de porcelana.

No, para ser sincero, no creía que lo fuera.

Arrastró apresuradamente el cuerpo del hombre contra el costado de una tienda donde confiaba en que nadie lo encontrara enseguida, le quitó la blanca capa y lo ató de pies y manos con las cuerdas de repuesto del arco. El pañuelo que encontró en un bolsillo del tipo le sirvió de mordaza. No estaba muy limpio, pero era culpa del individuo, no suya. Perrin levantó el arco por encima de su cabeza y se echó la capa por los hombros. Si alguno más los veía, con suerte los confundiría con unos de los suyos. La capa tenía un nudo dorado debajo del sol radiante, indicando un rango. Es decir, que era un oficial. Tanto mejor.

Ahora caminó entre las tiendas abiertamente y a buen paso. Oculto o no, podían encontrar a ese tipo en cualquier momento y dar la alarma. Faile se deslizaba ágilmente a su lado, como si fuera su sombra, escudriñando en derredor tan alerta como él mismo. Las sombras arrojadas por las nubes oscurecían incluso para él los huecos entre tienda y tienda.

Al acercarse a la de los prisioneros, avanzó más despacio para no sobresaltar a los guardias; uno de ellos estaba apostado a este extremo, y la reluciente punta de otra lanza asomaba por encima del techo picudo de la tienda.

Inopinadamente, la punta de la lanza desapareció. No se oyó nada. Simplemente, cayó.

Un instante después, dos parches de oscuridad se convirtieron en dos Aiel velados, pero ninguna de las figuras era lo bastante alta para confundirlas con Gaul. Antes de que el guardia tuviera ocasión de moverse, una de ellas saltó en el aire y le propinó una patada en el rostro. El hombre se tambaleó y se le doblaron las rodillas; la otra Doncella saltó y giró en el aire, descargando otra patada. El guardia se desplomó como un saco. Las Doncellas escudriñaron en derredor, agazapadas y con

las lanzas prestas, para comprobar si habían alertado a alguien.

Al ver a Perrin con la blanca capa faltó poco para que se le echaran encima, pero entonces repararon en Faile. Una de ellas sacudió la cabeza y le susurró algo a la otra, que pareció reírse sin hacer ruido.

Perrin se dijo que no debería sentirse malhumorado, pero Faile lo había salvado primero de ser estrangulado, y ahora de que una lanza le atravesara el hígado. Para ser alguien que supuestamente dirigía un rescate hasta ahora sólo había hecho el ridículo.

Apartó la lona de la entrada y se asomó; estaba aun más oscuro que fuera. Maese Luhhan dormía atravesado a la entrada, y todas las mujeres yacían apiñadas en la parte trasera. Perrin puso la mano sobre la boca de Haral Luhhan y, cuando el herrero abrió bruscamente los ojos, se llevó un dedo a los labios.

—Despertad a las mujeres —dijo en voz baja—. Sin hacer ruido. Os vamos a sacar de aquí.

Haral reconoció al joven y asintió.

Perrin sacó la cabeza de la tienda y le quitó la capa al guardia tendido en el suelo. El hombre respiraba —con dificultad a causa de tener rota la nariz— pero los zarandeos no lo despertaron. Tenían que darse prisa. Gaul había llegado también, con la capa de otro guardia echada sobre los hombros. Los tres Aiel vigilaban las tiendas adyacentes; Faile estaba que brincaba de impaciencia.

Cuando maese Luhhan salió con su esposa y las otras mujeres, todos ellos miraron nerviosamente en derredor; Perrin se apresuró a echar una de las capas sobre los hombros del herrero. No era precisamente de su medida —Haral Luhhan parecía estar hecho con troncos de árboles— pero tendría que servir. La otra capa cubrió a Alsbet Luhhan; no tenía la corpulencia de su marido, pero aun así era casi tan grande como muchos hombres. Al principio su redondo rostro manifestó sorpresa, pero después asintió; le quitó el yelmo cónico al guardia caído y se lo encasquetó en la cabeza, por encima de la gruesa trenza. Ataron y amordazaron a los dos guardias y los metieron dentro de la tienda.

Escabullirse por el mismo camino que habían venido era imposible. Perrin lo sabía desde el principio; aun en el caso de que los Luhhan se hubieran movido con suficiente sigilo, cosa que dudaba, Bode y Eldrin se aferraban la una a la otra, conmocionadas por el sorprendente rescate. Sólo los quedos murmullos tranquilizadores de su madre impidieron que prorrumpieran en llanto por la intensa sensación de alivio. Perrin había pensado en esto; hacían falta caballos, tanto para llevar a cabo una rápida huida del campamento como para continuar viaje después. En las ringleras de estacas había caballos de sobra.

Los Aiel se adelantaron, silenciosos como fantasmas, y a continuación fue Perrin, con Faile y las Cauthon detrás y Haral y Alsbet cerrando la marcha. Al menos, a

primera vista, parecían tres Capas Blancas escoltando a cuatro mujeres.

Había guardias en las ringleras de caballos, pero sólo en el lado opuesto a las tiendas. Después de todo, ¿para qué guardarlos de los hombres que los montaban? Aquello facilitó mucho la labor de Perrin. Sólo tuvieron que acercarse a la hilera de caballos más próxima, donde cada animal estaba atado con una simple lazada, y desatar uno por cabeza, excepto para los Aiel. La parte más difícil fue conseguir que la señora Luhhan montara a pelo; hizo falta que Perrin y Haral se emplearan a fondo para subirla. La mujer no dejaba de tirar de la falda para taparse las piernas. Natti y las chicas se encaramaron con facilidad; y ni que decir tiene que Faile también. Los guardias que se suponían estaban vigilando los caballos siguieron caminando a lo largo del recorrido marcado y avisándose que no había novedad en la noche.

—Cuando diga yo, salimos… —empezó Perrin, y entonces alguien gritó en el campamento, y después volvió a gritar con más fuerza.

Sonó el toque de un cuerno y de las tiendas empezaron a salir hombres. Tanto daba si habían descubierto que los prisioneros habían escapado o al hombre que lo atacó al principio.

—¡Seguidme! —gritó Perrin, que taconeó con fuerza los flancos del oscuro corcel que había elegido—. ¡A galope!

Fue casi una desbandada disparatada, pero el joven procuró no perder de vista a nadie del grupo. Maese Luhhan era casi tan mal jinete como su esposa, y los dos procuraban desesperadamente mantener el equilibrio mientras los caballos corrían. Bode o Eldrin, una de las dos, gritaba a pleno pulmón, ya fuera de nerviosismo o de terror. Afortunadamente, los guardias no esperaban problemas procedentes del interior del campamento. Un Capa Blanca que escudriñaba la oscuridad se volvió justo a tiempo para zambullirse de cabeza apartándose del camino de los caballos lanzados a galope al tiempo que soltaba un chillido casi tan estridente como los de la joven Cauthon. Más cuernos resonaron a sus espaldas, y varios gritos, que sonaban inequívocamente a órdenes, retumbaron en la noche mucho antes de que llegaran al abrigo del bosquecillo. Claro que tampoco era un buen escondite a estas alturas.

Tam tenía a todo el mundo montado a caballo, como Perrin le había pedido. O, más bien, ordenado. El joven pasó del corcel robado a lomos de *Brioso* sin tocar el suelo. Verin y Tomás eran los únicos que no estaban brincando de nervios sobre las sillas, y sus caballos eran también los únicos que no caracoleaban contagiados por el nerviosismo de sus jinetes. Abell intentaba abrazar a su esposa y a sus hijas, a las tres al mismo tiempo, y los cuatro reían y lloraban. Maese Luhhan trataba de estrechar todas las manos que le tendían. Aparte de los Aiel, la Aes Sedai y el Guardián, los demás estaban felicitándose unos a otros como si ya estuviera hecho todo.

—¡Vaya, Perrin, pero si eres tú! —exclamó la señora Luhhan. Su redondo rostro tenía un aspecto extraño debajo del yelmo cónico, que estaba torcido a causa de la

trenza—. ¿Qué es esa cosa que llevas en la cara, jovencito? Te estoy muy agradecida, pero no pienso consentir que te sientes a mi mesa con ese aspecto de…

—No hay tiempo para eso —la interrumpió, pasando por alto la expresión conmocionada de la mujer. No era la clase de persona a la que la gente dejaba con la palabra en la boca, pero los cuernos de los Capas Blancas resonaban con un tono distinto del de alarma; más bien era una llamada repetitiva, aguda e insistente. Una orden de algún tipo—. Tam, Abell, llevad a maese Luhhan y a las mujeres a ese escondrijo que conocéis. Gaul, tú ve con ellos. Y Faile. —Eso incluiría a Bain y a Chiad—. Y también Hu y Jaim. —Con ese grupo habría suficiente seguridad—. Moveos en silencio. El sigilo es más importante que la velocidad, al menos durante un tiempo. Vamos, partid ya.

Aquellos a los que había nombrado se pusieron en marcha hacia el oeste sin rechistar, aunque la señora Luhhan, que se agarraba a la crin de su montura con las dos manos, le lanzó una mirada penetrante en extremo. Sin embargo, el hecho de que Faile no le discutiera fue lo que lo dejó estupefacto y le dio unos segundos para caer en la cuenta de que había llamado a maese al'Thor y a maese Cauthon por sus nombres de pila.

Tanto Verin como Tomás se habían quedado atrás, y el Guardián lo miraba de hito en hito.

—¿Hay alguna posibilidad de contar con vuestra ayuda? —preguntó a la Aes Sedai.

—Quizá no del modo que esperas —contestó sosegadamente, como si en el campamento de los Capas Blancas, a poco más de un kilómetro, no se hubiera desatado un pandemónium—. Mis razones no han cambiado de ayer a hoy, pero creo que podría llover dentro de… eh… una media hora. Tal vez menos. Será todo un aguacero, espero.

Media hora. Perrin asintió con un gruñido y se volvió hacia los chicos de Dos Ríos que quedaban. Prácticamente temblando por el deseo de huir a toda prisa, sujetaban los arcos con las manos tan crispadas que tenían blancos los nudillos. Perrin confiaba en que todos ellos se hubieran acordado de traer cordaje de repuesto para los arcos, ya que iba a llover.

—Nosotros vamos a encargarnos de atraer a los Capas Blancas para que la señora Cauthon, la señora Luhhan y los demás puedan escapar y ponerse a salvo. Haremos que nos sigan hacia el sur, por el Camino del Norte, hasta que los despistemos con la lluvia y los dejemos atrás. Si alguno no quiere tomar parte en esto, más vale que se marche ahora mismo. —Unas cuantas manos manosearon con inquietud las riendas, pero todos siguieron plantados rectos en las sillas, mirándolo—. Está bien, entonces ya podéis empezar a gritar como si os hubieseis vuelto locos para que nos oigan. Gritad hasta que hayamos llegado al camino.

Dando ejemplo, Perrin se puso a bramar a pleno pulmón al tiempo que hacía volver grupas a *Brioso* y emprendía galope hacia la calzada. Al principio no las tenía todas consigo de si los jóvenes lo seguirían, pero sus salvajes aullidos ahogaron el suyo y el atronador trapaleo de los cascos de sus monturas. Si los Capas Blancas no los oían es que estaban sordos.

No todos dejaron de gritar cuando llegaron a la calzada de tierra del Camino del Norte y viraron hacia el sur galopando a tumba abierta a través de la noche. Algunos reían y lanzaban gritos. Perrin se desembarazó de la blanca capa y la dejó caer. Los cuernos sonaron de nuevo, en esta ocasión un poco más apagados.

—Perrin —llamó Wil, inclinándose sobre el cuello de su caballo—, ¿qué hacemos ahora? ¿Qué es lo siguiente?

—¡Cazar trollocs! —gritó el joven por encima del hombro.

Por el modo en que las risas se redoblaron, supuso que no le creían. Pero todavía sentía los ojos de Verin clavados en su espalda. La Aes Sedai lo sabía. El seco estampido de un trueno en la noche hizo eco del trapaleo de los cascos.

34



El que Viene con el Alba

Las sombras del amanecer se acortaron y difuminaron mientras Rand y Mat trotaban a través del árido y todavía oscuro suelo del valle, dejando atrás Rhuidean y la eterna niebla que la envolvía. El aire seco apuntaba el calor que haría durante el día, pero la verdad era que la ligera brisa le resultaba fría a Rand, que no llevaba chaqueta. No duraría mucho, empero; el sol abrasador no tardaría en caer de lleno sobre ellos. Mantenían un trote vivo con la esperanza de adelantarse a la salida del astro, pero el joven dudaba que lo consiguieran. Por mucha prisa que se dieran, no sería suficiente.

Mat trotaba con paso inseguro, dolorido; un oscuro churrete se extendía sobre la mitad de su cara. Llevaba la chaqueta abierta de manera que se veía la camisa desatada y pegada al pecho por otro manchón de sangre medio seca. De vez en cuando se tocaba con sumo cuidado el grueso verdugón que le rodeaba la garganta y que ahora estaba casi negro. Gruñía entre dientes y tropezaba a menudo, viéndose obligado a apoyarse en la extraña lanza de mango negro al tiempo que se apretaba la cabeza. Sin embargo no se quejaba, lo que era mala señal. Mat era de los que protestaban por las pequeñas incomodidades, de modo que si ahora estaba callado era porque el dolor era fuerte de verdad.

Rand sentía como si algo le estuviera hurgando en la vieja herida del costado que nunca había acabado de curarse, y los cortes del rostro y la cabeza le ardían; trotaba pesadamente, medio doblado sobre el dolorido costado, pero apenas si prestó atención a sus molestias. Era plenamente consciente de que el sol estaba saliendo a su espalda y que los Aiel esperaban en la pelada montaña que había al frente. Allí arriba había agua y sombra, y la ayuda que precisaba Mat. El sol saliente detrás y los Aiel delante. El amanecer y los Aiel.

El que Viene con el Alba. Aquella Aes Sedai que había visto —o que soñó que había visto, antes de Rhuidean— había hablado como si tuviera el don de la Predicción. «Os unirá a todos con unos lazos imposibles de romper. Os llevará de regreso y os destruirá.» Palabras pronunciadas como una profecía. Destruirlos. Las Profecías anunciaban que él desmembraría el mundo otra vez. La idea lo horrorizaba. Tal vez fuera capaz de evitar esa parte al menos, pero la guerra, la muerte y la

destrucción ya brotaban a su paso. Tear era el primer sitio que no había dejado inmerso en el caos, con hombres muriendo y pueblos ardiendo, desde hacía… Lo que le parecía una eternidad.

De pronto deseó encontrarse a lomos de *Jeade'en* y alejarse galopando tan deprisa como pudiera llevarlo el caballo. No era la primera vez que sentía el imperioso deseo de escapar. «Pero no puedo huir. Tengo que hacerlo porque no hay nadie más. O lo hago o el Oscuro vence. —Una disyuntiva peliaguda, pero era la única que había—. Mas ¿por qué habría de destruir a los Aiel? ¿Y cómo?»

Esta última idea le heló el alma. Era casi tanto como aceptar que lo haría, que debía hacerlo, y él no quería hacer daño a los Aiel.

—Oh, Luz —masculló ásperamente—. Yo no quiero destruir a nadie. —De nuevo sentía la boca como si la tuviera llena de polvo.

Mat lo miró de soslayo, en silencio; con recelo.

«Aún no estoy loco», pensó sombríamente Rand.

En la parte alta de la ladera de la montaña, los Aiel empezaban a moverse por los tres campamentos. La realidad, contemplada con desapasionamiento, era que los necesitaba. Ésa era la razón de que empezara a plantearse todo esto cuando descubrió que el Dragón Renacido y El que Viene con el Alba podían ser la misma persona. Necesitaba gente en la que confiar, que lo siguiera por algo más que por el miedo que inspiraba o por codicia o por obtener poder. Gente que no planeara utilizarlo para sus propios fines. Por ello había cumplido los requisitos exigidos, y ahora se serviría de ellos. Porque no tenía más remedio. No, todavía no estaba loco —eso creía—, pero muchos estarían convencidos de lo contrario antes de que hubiera acabado.

El sol salió y el calor cayó sobre ellos con la fuerza aplastante de un mazazo cuando aún no habían empezado a ascender la ladera de Chaendaer. Rand trepó por la abrupta vertiente todo lo deprisa que le era posible, salvando depresiones y repechos, esquivando afloramientos rocosos; su garganta ya no recordaba cuándo había tragado agua por última vez, y el sol le secaba la camisa con igual rapidez con que el sudor la humedecía. Mat tampoco necesitaba que lo acuciara nadie. Había agua allí arriba.

Bair se encontraba delante de las tiendas bajas de las Sabias sosteniendo en las manos un odre que brillaba por la humedad condensada. Rand se lamió los labios cortados, convencido de que veía relucir las diminutas gotitas.

—¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho?

La increpación, manifestada en tono perentorio, hizo que Rand se parara en seco. El hombre pelirrojo, Couladin, estaba encaramado en lo alto de un macizo peñasco de granito que afloraba en la ladera. Más personas del clan Shaido se arracimaban alrededor de la base y sus ojos se clavaban en Rand y en Mat. Algunos iban velados.

—¿De qué hablas? —contestó Rand, cuya voz se quebró a causa de la sequedad de la garganta.

Couladin abrió desmesuradamente los ojos en un gesto de agravio.

—¡De Muradin, hombre de las tierras húmedas! Entró dos días antes que vosotros y sin embargo habéis salido primero. ¡Jamás fracasaría donde vosotros habéis sobrevivido! ¡Tenéis que haberlo matado!

A Rand le pareció oír un grito procedente de las tiendas de las Sabias; pero, antes de que tuviera tiempo siquiera de parpadear, Couladin se revolvió como una serpiente y le arrojó una lanza. La siguieron otras dos disparadas desde la base del peñasco.

En una reacción instintiva, Rand entró en contacto con el *Saidin* y la llameante espada apareció en sus manos; la blandió como un remolino, ejecutando la maniobra *Torbellino en la montaña* —un nombre muy apropiado—, y partió los astiles de dos de las lanzas. Mat giró la lanza negra con el tiempo justo de desviar la tercera.

—¡Ahí tenéis la prueba! —aulló Couladin—. ¡Entraron armados en Rhuidean! ¡Está prohibido! ¡Mirad esas manchas de sangre! ¡Han matado a Muradin! —Todavía no había acabado de hablar cuando arrojó otra lanza, y esta vez fue una entre las doce que salieron disparadas.

Rand se zambulló de cabeza hacia un lado, apenas consciente de que Mat saltaba al lado contrario; antes de que tocara el suelo ninguno de los dos, las lanzas se precipitaron en el punto donde un instante antes estaba Rand de pie y chocaron unas contra otras. El joven rodó sobre sí mismo y se incorporó aprovechando el impulso; entonces vio las lanzas embebidas en el suelo rocoso, formando un círculo perfecto alrededor del punto de donde había saltado. Por un instante, hasta Couladin se quedó petrificado.

—¡Basta! —gritó Bair, que echó a correr cuesta abajo, rompiendo la extraña inmovilidad en que el tiempo parecía haberse detenido. Ni la larga falda ni su edad fueron impedimentos que estorbaran su descenso, ligero como el de una muchacha en contraste con la blancura de su cabello. Estaba furiosa—. ¡La paz de Rhuidean, Couladin! —Su fina voz sonaba como una vara de hierro—. Es la segunda vez que intentas romperla. ¡Hazlo una tercera y serás declarado proscrito! ¡Lo juro! ¡Tú y cualquiera que mueva una mano! —Se frenó delante de Rand, de cara a los Shaido, con el odre alzado como si tuviera intención de emprenderla a golpes—. ¡Y si alguien no me cree, que levante un arma! ¡Aquel que se atreva, será privado de sombra conforme al Acuerdo de Rhuidean, se le negará pertenencia a dominio, clan o tienda, y su propio septiar le dará caza como a una alimaña!

Algunos de los Shaido se apresuraron a bajarse el velo, no todos; las amenazas de la Sabia no habían disuadido a Couladin.

—¡Van armados, Bair! ¡Entraron armados en Rhuidean! ¡Eso está…!

—¡Silencio! —La Sabia agitó un puño en su dirección—. ¿Cómo te atreves a hablar de armas tú, que te disponías a romper la paz de Rhuidean y matar con el rostro sin velar? No llevaron armas con ellos, de eso doy testimonio. —De manera

deliberada le dio la espalda, pero la mirada que asestó a Rand y a Mat no era menos dura que la que había dirigido a Couladin. Hizo una mueca de desagrado al ver la extraña lanza de Mat—. ¿Encontraste eso en Rhuidean, chico?

—Me la entregaron, *anciana* —gruñó ásperamente Mat—. Pagué por ella y pienso quedarme con ella.

La mujer soltó un bufido.

—Los dos tenéis un aspecto como si os hubieseis revolcado sobre cuchillas. ¿Qué…? No, ya me lo contaréis después. —Miró la espada forjada por el Poder que sostenía Rand en la mano y se estremeció—. Líbrate de eso, y muéstrales las marcas antes de que ese necio de Couladin trate de enardecerlos otra vez. Con ese genio suyo sería capaz de arrastrar a todo su clan al destierro sin pensarlo dos veces. ¡Deprisa!

El joven se quedó mirándola un momento, sin entender. ¿Marcas? Entonces recordó lo que Rhuarc le había enseñado en cierta ocasión, la marca de un hombre que había salido vivo de Rhuidean. Hizo desaparecer la espada, desató la lazada del puño izquierdo de su camisa y se remangó hasta el codo.

Alrededor del antebrazo se enroscaba una figura igual a la del estandarte del Dragón, una criatura sinuosa de rojiza melena y con el cuerpo cubierto de escamas doradas y escarlatas. Esperaba verla allí, por supuesto, pero a pesar de todo le causó una gran impresión. La criatura parecía formar parte de su piel, como si aquel ser inexistente se hubiera metido dentro de él. No sentía nada diferente en el brazo, pero las escamas resplandecían a la luz del sol como metal bruñido; daba la impresión de que si tocaba aquella melena dorada que se extendía sobre su muñeca percibiría el tacto de cada cabello.

Levantó el brazo en el aire nada más descubrirlo para que Couladin y los suyos pudieran verlo. Un sordo murmullo se alzó entre los Shaido, y Couladin torció la boca como si soltara un gruñido inaudible. El número de Shaido fue en aumento a medida que más miembros del clan bajaban corriendo de las tiendas hasta el peñasco. Rhuarc se encontraba un poco más arriba de la ladera, junto a Heirn y a sus Jindo; observaban cautelosamente a los Shaido, y a Rand con una expectación que no menguó su brazo levantado. Lan estaba a mitad de camino entre los dos grupos, con las manos apoyadas sobre la empuñadura de la espada y en el rostro una expresión borrascosa.

Justo en el momento en que Rand empezaba a caer en la cuenta de que los Aiel esperaban algo más, Egwene y las otras tres Sabias bajaron atropelladamente la ladera y llegaron ante él. Las Sabias parecían abochornadas por haber tenido que bajar corriendo y tan furiosas como Bair. Amys asestó a Couladin una mirada que levantaba ampollas, mientras que la rubia Melaine contemplaba a Rand como si lo culpara de lo ocurrido. Seana sólo parecía dispuesta a emprenderla a mordiscos con las rocas. Egwene, que llevaba un pañuelo alrededor de la cabeza y cayendo sobre los

hombros, los miró a Mat y a él entre consternada y como si hubiera esperado que no volvería a verlos.

—Necio —rezongó Bair—. *Todas* las señales. —Echó el odre a Mat, cogió el brazo derecho de Rand y le retiró la manga dejando a la vista una réplica exacta de la criatura marcada en su brazo izquierdo. Soltó el aire que había estado conteniendo en un largo suspiro. Parecía guardar un difícil equilibrio sobre el filo de una cuchilla entre el alivio y la aprensión. No cabía duda; abrigaba la esperanza de que la segunda marca estuviera pero, a la vez, la asustaba. Amys y las otras dos Sabias hicieron eco de su suspiro. Era extraño ver asustadas a unas Aiel.

Rand estuvo a punto de echarse a reír, pero no porque le pareciera divertido. «Dos veces será marcado.» Eso era lo que decían las Profecías del Dragón. En la palma de cada mano tenía grabada una garza, y ahora, éstas. Una de las peculiares criaturas —Dragones, los llamaban las Profecías— se suponía que era para recuperar «el recuerdo perdido», e indudablemente Rhuidean había cumplido de sobra esa premisa al mostrarle la historia perdida de los orígenes de los Aiel. La otra era «por el precio que había de pagar». Se preguntó si faltaría poco para saldar esa cuenta y cuántos más tendrían que pagarla también. Aunque había procurado ser el único, siempre había habido alguien más.

Atemorizada o no, Bair no vaciló en levantar el brazo del joven y mostrarlo a la par que proclamaba en voz alta:

—Contemplad lo que jamás ha visto nadie. Ha sido elegido un *Car'a'carn*, un jefe de jefes. ¡Nacido de una Doncella ha llegado de Rhuidean con el alba, de acuerdo con la profecía, para unir a los Aiel! ¡La profecía ha empezado a cumplirse!

La reacción de los Aiel no tuvo nada que ver con lo que Rand había imaginado. Couladin lo contempló fijamente, con más odio que antes si tal cosa era posible, y después bajó del peñasco de un salto y se encaminó hacia las tiendas Shaido, donde desapareció. Los demás Shaido empezaron a dispersarse después de mirar a Rand con expresión inescrutable, y también regresaron a sus tiendas. Heirn y los guerreros del septiar Jindo hicieron otro tanto sin apenas vacilar. En cuestión de minutos sólo quedaba Rhuarc, en cuyos ojos se reflejaba una gran preocupación. Lan se dirigió hacia el jefe de clan y se reunió con él; a juzgar por su semblante, el Guardián ni siquiera había visto a Rand. El joven no sabía con certeza qué había esperado que ocurriera pero, desde luego, no esto.

—¡Que me aspen! —murmuró Mat. Hasta ese momento no parecía haberse dado cuenta de que tenía el odre en las manos. Sacó el tapón y levantó el pellejo dejando que le cayera casi tanta agua sobre el rostro como dentro de la boca. Cuando finalmente lo bajó, volvió a mirar las marcas de los brazos de Rand y sacudió la cabeza a la par que repetía—: ¡Que me aspen! —Y tendió a su amigo el odre húmedo.

Rand estaba mirando a las Aiel, consternado, pero bebió de buena gana. Tenía la garganta tan seca que pasar los primeros tragos le hizo daño.

—¿Qué os ha ocurrido? —demandó Egwene—. ¿Os atacó Muradin?

—Está totalmente prohibido hablar de lo que sucede en Rhuidean —dijo, cortante, Bair.

—No fue Muradin —repuso Rand—. ¿Dónde está Moraine? Esperaba que fuera la primera en salir a recibirnos. —Se frotó la cara; la sangre reseca se quedó pegada a su mano en oscuras escamillas—. Por una vez no me importaría que me curara sin pedir antes permiso.

—A mí tampoco —convino Mat con voz enronquecida. Se tambaleó y tuvo que sujetarse en la lanza al tiempo que se apretaba la frente con la mano—. Siento como si tuviera una rueca dentro del cerebro, girando sin parar.

—Sigue en Rhuidean, supongo. —Egwene pareció encogerse—. Pero, si vosotros habéis salido finalmente, quizá también ella lo haga. Se marchó al poco de iros. Y Aviendha. Todos llevabais ausentes mucho tiempo.

—¿Que Moraine fue a Rhuidean? —repitió Rand con incredulidad—. ¿Y Aviendha también? ¿Por qué…? —De repente su cerebro registró lo otro que había dicho la muchacha—. ¿Qué es eso de «mucho tiempo»?

—Hoy es el séptimo día —respondió Egwene—. Hace una semana que todos bajasteis al valle.

El odre se le cayó de las manos. Seana lo recogió con presteza antes de que más del preciado líquido, tan escaso en el Yermo, se desperdiciara sobre la rocosa ladera. Rand casi ni lo advirtió. Siete días. Podía haber pasado cualquier cosa en ese período. «A lo mejor están a punto de localizarme si han imaginado lo que estoy planeando. He de actuar, y rápido. Tengo que ir por delante de ellos. No he llegado tan lejos para fracasar ahora.»

Todos lo observaban fijamente, incluso Rhuarc y Mat, y la preocupación se manifestaba en sus rostros con mayor intensidad. Y también el recelo. No era de extrañar. ¿Quién podía saber lo que iba a hacer a continuación o hasta qué punto estaba aún en su sano juicio? Únicamente Lan mantuvo inalterable su gesto impasible.

—Te dije que era Aviendha, Rand. En cueros, como su madre la trajo al mundo. —La voz de Mat sonó como si tuviera la garganta en carne viva; sus piernas no parecían muy estables.

—¿De cuánto tiempo más dispone Moraine para regresar? —preguntó Rand. Si se había marchado al mismo tiempo que ellos, debería estar a punto de volver.

—Si no ha regresado al décimo día, ya no lo hará —repuso Bair—. Nadie ha vuelto después del décimo día.

Unos tres días más, quizá. Tres días más, cuando ya había perdido siete. «Pues

que vengan. ¡No fracasaré!» Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no gruñir enseñando los dientes como una alimaña.

—Podéis encauzar. O, al menos, una de vosotras puede. Vi cómo lanzabais por el aire a Couladin. ¿Querréis curar a Mat?

Amys y Melaine intercambiaron una mirada que sólo podía tildarse de pesarosa.

—Nuestros conocimientos han seguido otros caminos —dijo Amys, apesadumbrada—. Hay Sabias capaces de hacer lo que pides, hasta cierto punto, pero no nos contamos entre ellas.

—¿Qué queréis decir? —exclamó, iracundo—. Podéis encauzar como las Aes Sedai. ¿Por qué entonces no podéis curar como ellas? Para empezar, no queríais que Mat fuera a Rhuidean. ¿Es que queréis dejarlo morir por ello?

—Sobreviviré —dijo su amigo, pero sus ojos estaban transidos de dolor.

—No todas las Aes Sedai son capaces de curar bien —dijo Egwene suavemente mientras ponía la mano sobre el brazo de Rand, procurando que se tranquilizara—. Las mejores Curadoras pertenecen al Ajan Amarillo. Sheriam, la Maestra de las Novicias, no es capaz de sanar algo más serio que una contusión o un pequeño corte. No existen dos mujeres que tengan exactamente las mismas habilidades ni igual capacidad en los Talentos.

El tono de la joven lo irritó. No era un niño enrabietado al que tuviera que calmar. Miró, ceñudo, a las Sabias. Ya fuera porque no podían o porque no querían, Mat y él tendrían que esperar a Moraine. Eso si no habían acabado con ella aquellas criaturas de polvo que sin duda eran obra de otra burbuja del mal. Debería haberse disipado a estas alturas; la de Tear había desaparecido en un momento dado. «Esos seres de polvo no la habrían detenido. Encauzaría para librarse de ellos. Sabe lo que se hace, no tiene que imaginar qué hacer en cada momento, como me ocurre a mí.» Entonces ¿por qué no había vuelto todavía? Y, en primer lugar, ¿por qué había tenido que ir y por qué no la había visto? Qué pregunta tan estúpida. En Rhuidean podrían haber estado cien personas sin que se vieran unas a otras. Demasiados interrogantes y ninguna respuesta hasta que Moraine regresara. Puede que ni siquiera entonces.

—Hay hierbas y ungüentos —dijo Seana—. Resguardaos del sol y nos ocuparemos de vuestras heridas.

—Lo haremos, sí —murmuró Rand. Estaba siendo grosero pero le daba igual. ¿Por qué había ido Moraine a Rhuidean? No se fiaba de ella; seguiría intentando empujarlo en la dirección que consideraba mejor, sin importarle un bledo lo que él opinara. Estando Moraine allí, ¿quién le aseguraba que no había influido en lo que había visto o que no lo había cambiado de algún modo? Si sospechaba lo que estaba planeando…

Echó a andar hacia las tiendas Jindo —seguramente la gente de Couladin no le ofrecería un lugar donde descansar—, pero Amys lo hizo cambiar de dirección hacia

el pequeño terreno llano que había un poco más arriba, donde estaban las tiendas de las Sabias.

—Es posible que todavía no se sientan a gusto teniéndote entre ellos —dijo, a lo que Rhuarc, que caminaba al lado de la mujer, se mostró de acuerdo asintiendo con la cabeza.

—Esto no es asunto vuestro, *Aan'allein* —le dijo Melaine a Lan—. Vos y Rhuarc llevad a Matrim a…

—No —se opuso Rand—. Se quedan conmigo. —En parte lo hizo porque quería obtener algunas respuestas del jefe de clan y en parte por pura obstinación. Estas Sabias se mostraban dispuestas a guiarlo con una traílla, exactamente igual que Moraine, y no estaba dispuesto a consentirlo. Las mujeres se miraron entre sí y luego asintieron con la cabeza, como si accedieran a una petición. Pues si creían que iba a ser un niño bueno sólo porque le daban un caramelo, estaban muy equivocadas—. Me extraña que no hayáis acompañado a Moraine —le comentó a Lan, haciendo caso omiso de las Sabias y de sus gestos de asentimiento.

Una fugaz expresión de azoramiento asomó al rostro del Guardián.

—Las Sabias se las ingeniaron para ocultar su partida hasta casi el anochecer —respondió, muy estirado—. Después me… convencieron de que ir tras ella no tenía sentido. Afirmaron que aunque la siguiera no la encontraría hasta que estuviera ya de vuelta y para entonces no precisaría mi ayuda. Empero, ahora no estoy tan seguro de haber obrado bien haciéndoles caso.

—¡Hacernos caso! —resopló Melaine. Los brazaletes de oro y marfil tintinearon cuando se ajustó el chal con gesto irritado—. No puede esperarse de un hombre que actúe razonablemente. Lo más probable es que hubieseis muerto y que hubieseis provocado también su muerte.

—Melaine y yo tuvimos que sujetarlo a la fuerza gran parte de la noche hasta que empezó a atender a razones —añadió Amys. En su leve sonrisa había un atisbo de jovialidad y otro poco de ironía.

El semblante del Guardián parecía tallado en piedra. No era de extrañar si las Sabias habían tenido que utilizar el Poder con él. ¿Qué demonios estaba haciendo Moraine en Rhuidean?

—Rhuarc, ¿cómo se supone que he de unir a los Aiel? —le preguntó al jefe de clan—. No parece que quieran verme siquiera. —Levantó los brazos desnudos un momento, y las escamas de los Dragones relucieron bajo la cegadora luz del sol—. Éstos me señalan como El que Viene con el Alba, pero prácticamente todo el mundo desapareció tan pronto como los mostré.

—Una cosa es saber que la profecía se cumplirá en algún momento —respondió lentamente Rhuarc—, y otra es ver cómo empieza a cumplirse ante tus propios ojos. Se anuncia que harás de los clanes un solo pueblo otra vez, como lo éramos en el

lejano pasado, pero hemos luchado unos contra otros durante casi tanto tiempo como contra el resto del mundo. Y, para algunos de nosotros, eso no será todo.

«Os unirá a todos y os destruirá.» Rhuarc también debía de haber oído esas palabras; e igualmente los otros jefes de clan y las Sabias, si habían entrado en aquel bosque de brillantes columnas de cristal. O si Moraine no había preparado una visión especial para él.

—¿Todo el mundo ve lo mismo dentro de esas columnas, Rhuarc?

—¡No! —espetó Melaine; sus verdes ojos tenían un brillo acerado—. Guardad silencio o haced que se marchen *Aan'allein* y Matrim. Y tú también tendrías que irte, Egwene.

—No está permitido hablar de lo que ocurre dentro de Rhuidean excepto con quienes han estado allí —intervino Amys con un timbre ligeramente más suave—. Incluso en esos casos, pocos hablan de su experiencia. Y en raras ocasiones.

—Me propongo cambiar lo que está permitido y lo que no —les anunció Rand con un tono impávido—. Empezad a acostumbraros a ello. —Pilló a Egwene rezongando entre dientes que lo que le hacía falta era un buen cachete, y sonrió a la joven con sorna—. Puesto que lo ha pedido con tanta educación, Egwene puede quedarse también.

La muchacha le sacó la lengua; de repente se puso colorada al darse cuenta de lo que había hecho.

—Cambiar —repitió Rhuarc—. Sabes que trae cambios consigo, Amys. Lo que nos convierte en niños solos y asustados en la oscuridad es ignorar cuáles y cómo. Puesto que ha de ocurrir, que sea ya. No hay dos jefes de clan con los que he hablado que hayan visto exactamente las mismas cosas y a través de los mismos ojos, Rand, hasta el compartir el agua y participar en la asamblea donde se tomó el Acuerdo de Rhuidean. Si les pasa lo mismo a las Sabias, eso es algo que desconozco, pero sospecho que sí. Imagino que tiene que ver con el linaje. Creo que yo vi a través de los ojos de mis antepasados, y tú, de los de los tuyos.

Amys y las otras Sabias guardaron un sombrío silencio, iracundas. Mat y Egwene los miraban con una expresión igualmente desconcertada. Sólo Lan parecía no estar escuchando una palabra de lo que se hablaba; estaba concentrado en sí mismo, sin duda preocupado por la seguridad de Moraine.

Rand se sentía raro. Ver a través de los ojos de sus antepasados. Hacía unos meses que sabía que Tam al'Thor no era su verdadero padre, que lo habían encontrado, recién nacido, en las laderas del Monte del Dragón después de la última batalla de la Guerra de Aiel. Un recién nacido junto a su madre muerta, una Doncella Lancera. Había proclamado su ascendencia Aiel al demandar la entrada a Rhuidean, pero era ahora, en este momento, cuando su cerebro empezaba a asimilar la realidad de tal hecho. Sus antepasados. Aiel.

—Entonces, también viste Rhuidean al inicio de su construcción —musitó—. Y a las dos Aes Sedai. ¿Oíste lo que dijo una de ellas? —«Y os destruirá.»

—Lo oí. —La actitud resignada de Rhuarc era la del hombre que se ha enterado de que no hay más remedio que cortarle una pierna—. Lo sé.

—¿Qué era lo de «compartir el agua»? —cambió de tema Rand.

Las cejas del jefe de clan se arquearon por la sorpresa.

—¿No lo reconociste? Claro que no veo por qué habrías de recordarlo. No has crecido oyendo los relatos. Según las historias más antiguas, desde el día en que empezó el Desmembramiento del Mundo hasta el que entramos por primera vez en la Tierra de los Tres Pliegues, sólo hubo un pueblo que no nos atacó, que nos permitió coger agua libremente cuando la necesitamos. Nos llevó tiempo descubrir quiénes fueron. En cualquier caso, eso ya acabó. El compromiso de paz se rompió; los Asesinos del Árbol nos escupieron a la cara.

—Cairhien —murmuró Rand—. Te refieres a Cairhien y a *Avendoraldera* y a Laman, que taló el Árbol.

—Con la muerte, Laman expió su castigo. —La voz de Rhuarc carecía de inflexiones—. Los quebrantadores del juramento acabaron con la tradición. —Miró a Rand de soslayo—. Algunos, como Couladin, lo entienden como prueba de que no podemos confiar en nadie que no sea Aiel. En parte es por lo que te odia. En parte. Tendrá por mentira tu ascendencia y tus rasgos. O al menos será lo que manifieste en voz alta.

Rand sacudió la cabeza. A veces Moraine hablaba sobre la complejidad del Entramado de una Era, de la Urdimbre tejida por la Rueda del Tiempo con los hilos de las vidas humanas. Si los antepasados de los cairhieninos no hubieran permitido a los Aiel coger agua tres mil años atrás, entonces Cairhien jamás habría obtenido el derecho a utilizar la Ruta de la Seda a través del Yermo, con un retoño de *Avendesora* como prenda del compromiso. Sin esta prenda, el rey Laman no habría tenido el Árbol para cortarlo; no habría habido Guerra de Aiel; y él no habría nacido en la ladera del Monte del Dragón para ser recogido y criado en Dos Ríos. ¿Cuántos pormenores más como ése había habido que, al llevar a una decisión en un sentido u otro, afectaron el tejido del Entramado durante miles de años? Un millón de pequeños detalles ramificándose, todos cambiando el Entramado hacia nuevos diseños. Él mismo era un punto ramificándose, y tal vez Mat y Perrin también. Lo que hicieran o dejaran de hacer crearía ondas que se expandirían a lo largos de años, a lo largo de Eras.

Miró a Mat, que subía la cuesta a trancas y barrancas, sosteniéndose en su lanza, con la cabeza gacha y los ojos entrecerrados en un gesto de dolor. «El Creador no debía de estar pensando lo que hacía cuando puso el futuro sobre los hombros de tres muchachos campesinos. No puedo desentenderme de esa responsabilidad. He de

cargar con ella, cueste lo que cueste.»

Llegaron a las tiendas bajas y sin laterales de las Sabias, y las mujeres se agacharon para entrar al tiempo que murmuraban algo sobre agua y sombra. Agarraron a Mat y lo metieron tirando de él; prueba de lo mucho que le dolían la cabeza y la garganta fue que el joven no sólo obedeció sino que lo hizo en silencio.

Rand se dispuso a entrar a continuación, pero Lan le puso la mano en el hombro y lo detuvo.

—¿La viste ahí dentro? —preguntó el Guardián.

—No, Lan, lo siento. Pero si hay alguien capaz de salir a salvo de ese lugar, es Moraine.

El Guardián asintió con un gruñido y retiró la mano.

—Ten cuidado con Couladin, Rand. Conozco a los de su clase. La ambición le corroe las entrañas y sacrificaría el mundo entero con tal de alcanzar su meta.

—*Aan'allein* está en lo cierto —abundó Rhuarc—. Los dragones de tus brazos no significarán nada si mueres antes de que los demás jefes de clan conozcan su existencia. Tomaré medidas para que siempre haya algunos Jindo de Heirn cerca de ti hasta que lleguemos a Peñas Frías. E, incluso entonces, Couladin tratará de crear problemas y los Shaido al menos lo apoyarán. Puede que también lo hagan otros. La Profecía de Rhuidean dice que te criarían gentes que no pertenecen al linaje, pero cabe la posibilidad de que Couladin no sea el único que sólo vea en ti a un hombre de las tierras húmedas.

—Procuraré estar alerta y tener ojos en la espalda —contestó secamente Rand. En los relatos, cuando alguien cumplía una profecía, todo el mundo gritaba «¡Helo ahí!» o algo por el estilo y luego sólo quedaba ocuparse de los villanos. Por lo visto en la vida real no ocurría de ese modo.

Cuando entraron en la tienda Mat ya estaba sentado en un cojín rojo de borlones dorados y le habían quitado la chaqueta y la camisa. Una mujer vestida con una túnica blanca con capucha acababa de lavarle la sangre seca de la cara y empezaba a hacer lo mismo con la del pecho. Amys sujetaba un almirez de piedra entre las rodillas y mezclaba algún tipo de ungüento con el majador mientras que Bair y Seana vigilaban la cocción de unas hierbas en un puchero.

Melaine hizo una mueca de disgusto al ver a Lan y a Rhuarc entrar en la tienda, y después clavó sus verdes ojos en Rand.

—Descúbrete el torso —instó fríamente—. Los cortes de la cara no parecen importantes, pero quiero ver qué te hace ir doblado.

Golpeó un pequeño gong de bronce, y otra mujer vestida con túnica blanca entró agachándose por la parte posterior de la tienda; traía una palangana de plata con agua caliente y unos lienzos sobre el brazo.

Rand tomó asiento en un cojín y se obligó a adoptar una postura erguida.

—No es nada de lo que debáis preocuparos —le aseguró.

La mujer de blanco se arrodilló grácilmente a su lado y, rechazando la mano de Rand, que intentaba coger el paño retorcido que había mojado en la palangana, empezó a lavarle la cara con suavidad. El joven se preguntó quién sería; parecía una Aiel, pero no actuaba como tal. Sus ojos grises manifestaban una resuelta mansedumbre.

—Es una vieja herida —informó Egwene a la Sabia de cabello rubio—. Todos los intentos de Moraine para sanarla por completo han resultado infructuosos. —La mirada que asestó a Rand manifestaba que, por pura cortesía, debería haber aclarado este punto.

No obstante, por las miradas que intercambiaron las Sabias Rand sacó la conclusión de que Egwene había sido muy explícita. Una herida que una Aes Sedai había sido incapaz de curar; aquello las desconcertaba. Moraine siempre había aprovechado la ventaja de saber, aparentemente, más que él sobre sí mismo, y la relación entre ambos había sido difícil y compleja. A lo mejor no tenía tantos problemas con las Sabias si éstas no sabían a qué atenerse.

Mat hizo un gesto de dolor cuando Amys empezó a frotar los cortes del pecho con el ungüento. Si el escozor que producía era tan fuerte y desagradable como el olor que soltaba, no era de extrañar que su amigo se encogiera. Bair le tendió una copa de plata a Mat.

—Bebe, *joven*. Una infusión de ortiga y convalaria te aliviará esos dolores de cabeza.

Mat no vaciló en tomárselo de un solo trago; luego se estremeció y puso gesto de asco.

—Sabe como si lo hubieseis preparado con el cuero de mis botas. —Sin embargo, y a pesar de estar sentado, se las ingenió para hacerles una reverencia que no tenía nada que envidiar a las de los tearianos excepto por el hecho de estar desnudo de cintura para arriba, y que sólo estropeó su repentina mueca de guasa—. Os lo agradezco, Sabias. No os preguntaré si agregasteis algo más para darle ese sabor… memorable.

Las quedas risas de Bair y Seana podían estar motivadas porque, en efecto, hubieran añadido algo o por todo lo contrario, pero, al parecer, Mat había hallado como siempre el modo de ganarse el favor de las mujeres. Incluso Melaine le dedicó una fugaz sonrisa.

—Rhuarc —dijo Rand—, si Couladin tiene intención de ocasionar problemas necesito adelantarme a él. ¿Cómo he de informarles a los jefes de clan? Me refiero a mí, a esto. —Levantó los brazos con las marcas de los dragones. La mujer de blanco que estaba a su lado limpiando un largo corte que tenía en el cuero cabelludo eludió mirarlos de manera deliberada.

—No hay ningún requisito formal establecido. ¿Para qué iba a haberlo tratándose de algo que sólo ocurre una vez? Aun así, cuando es necesario tener una reunión entre jefes de clan hay lugares en los que impera algo parecido a la paz de Rhuidean. El más próximo a Peñas Frías y a Rhuidean es Alcair Dal. Allí podrías mostrar las pruebas a los jefes de clan y de septiares.

—*¿Al'cair Dal?* —intervino Mat, que lo pronunció dándole un tono sutilmente distinto—. ¿La Cuenca Dorada?

—Sí —asintió Rhuarc—. Un cañón circular, aunque no tiene nada de dorado. A un extremo hay una cornisa, y si un hombre se sube a ella a hablar lo oyen todos los que estén en el cañón sin que levante la voz.

Rand contempló con el entrecejo fruncido los dragones de sus antebrazos. Él no era el único que había sido marcado en Rhuidean. Mat ya no sólo pronunciaba unas cuantas palabras en la Vieja Lengua de vez en cuando sin saber lo que decía; ahora, a partir de Rhuidean, las entendía aunque, aparentemente, no se daba cuenta de ello. Egwene lo miraba pensativamente. Había pasado demasiado tiempo con Aes Sedai.

—Rhuarc, ¿podrías enviar mensajeros a los jefes de clan? ¿Cuánto tiempo llevará avisarles a todos para que vayan a Alcair Dal y asegurarnos que acuden todos?

—Los mensajeros tardarían semanas, y pasaría otro tanto antes de que se reuniera todo el mundo. —Rhuarc señaló a las Sabias—. Ellas pueden hablar con los jefes de clan en sus sueños en una sola noche, y también a los jefes de septiares. Y cada Sabia se ocuparía de que nadie lo considerara un simple sueño.

—Agradezco la confianza que tienes en nosotras de que podríamos mover montañas, sombra de mi corazón —dijo Amys irónicamente mientras se acercaba a Rand con el ungüento—, pero no funciona como crees. Nos llevaría varias noches hacer lo que sugieres sin apenas descansar.

Rand le cogió la mano cuando la mujer empezó a untarle la mixtura en la mejilla.

—¿Querréis hacerlo? —preguntó.

—¿Tantas ganas tienes de destruirnos? —demandó ella, y se mordió los labios, desazonada, cuando la mujer de blanco que estaba al otro lado de Rand dio un respingo.

Melaine dio dos palmadas.

—Dejadnos solos —ordenó bruscamente, y las mujeres de blanco se marcharon haciendo reverencias, llevándose los lienzos y las jofainas.

—Me pinchas y me haces saltar como si fueras un higo chumbo —lo increpó amargamente Amys—. Ahora, por mucho que se les diga, esas mujeres hablarán de lo que no deberían saber.

Se soltó la mano de un tirón y empezó a frotar el ungüento quizá con más energía de lo que era necesario. Escocía más de lo que Rand había supuesto por el olor que despedía.

—No era mi intención pincharos —dijo el joven—, pero apenas disponemos de tiempo. Los Renegados andan libres, Amys, y si descubren dónde estoy o lo que me propongo hacer… —Las Aiel no parecieron sorprendidas. ¿Lo sabrían ya?—. Todavía viven nueve. Demasiados, y los que no quieren matarme piensan que pueden utilizarme. No tengo tiempo. Si supiera un modo de traer ahora mismo aquí a los jefes de clan y conseguir que me aceptaran, lo haría.

—¿Y qué plan tienes? —El timbre de Amys era tan duro como su expresión.

—¿Querréis pedir…? No, pedir, no. ¿Querréis decir a los jefes que vayan a Alcair Dal?

Rand sostuvo la mirada de la Sabia durante unos segundos interminables; finalmente la mujer hizo un gesto de asentimiento, aunque a regañadientes.

Fuera o no de mala gana, su aceptación descargó parte de la tensión de Rand. Era imposible recuperar los siete días perdidos, pero tal vez sí podía evitar perder más. Empero, el hecho de que Moraine continuara en Rhuidean lo retenía aquí. No podía abandonarla, sencillamente.

—Conocisteis a mi madre —dijo. Egwene se inclinó hacia adelante, tan atenta como él, y Mat sacudió la cabeza.

—Sí, la conocí. —Amys dejó de frotarle la cara.

—Habladme de ella, por favor.

La Sabia se puso a untar el corte que tenía por encima de la oreja; si un gesto ceñudo hubiera podido sanarlo, no habría sido menester su ungüento.

—La historia de Shaiel —empezó finalmente—, tal como la conozco, empezó cuando yo era aún una *Far Dareis Mai*, más de un año antes de que renunciara definitivamente a la lanza. Varias de nosotras habíamos llegado casi a la Pared del Dragón explorando el territorio. Un día, vimos a una mujer, una joven de las tierras húmedas de cabello dorado, vestida con ropas de seda, que montaba una buena yegua y llevaba animales de carga. Si hubiera sido un hombre lo habríamos matado, por supuesto, pero ella iba desarmada aparte de un cuchillo que llevaba al cinturón. Algunas querían hacerla regresar a través de la Pared del Dragón desnuda… —Egwene parpadeó; por lo visto, nunca dejaba de sorprenderla la dureza de los Aiel. Amys continuó sin hacer pausa alguna—. Sin embargo, daba la impresión de que buscaba algo con gran determinación. Sentimos curiosidad y la seguimos, día tras día, sin que advirtiera nuestra presencia. Sus caballos murieron, se le terminaron los víveres y el agua, pero no dio la vuelta. Continuó a pie, caminando a trompicones, hasta que finalmente se desplomó y fue incapaz de levantarse. Decidimos darle agua y pedirle que nos contara su historia. Estaba medio muerta y pasó casi un día antes de que pudiera hablar.

—¿Se llamaba Shaiel? —preguntó Rand, aprovechando un instante de vacilación de la Sabia—. ¿De dónde era? ¿Por qué vino aquí?

—Shaiel fue el nombre que nos dio —intervino Bair—. Nunca mencionó otro durante el tiempo que la conocí. En la Antigua Lengua significa La Mujer Dedicada. —Mat asintió mostrando su conformidad, al parecer sin darse cuenta de lo que hacía; Lan lo observó pensativamente por encima del borde de la copa de plata en la que bebía agua—. Al principio había un fondo de amargura en Shaiel —finalizó la Sabia.

—Hablaba de un niño abandonado, un hijo al que amaba, y de un esposo al que no quería, pero no quiso decir dónde —reanudó el relato Amys, que se sentó en cuclillas junto a Rand—. Creo que jamás se perdonó por haber dejado al niño. Hablaba poco más que lo imprescindible. Y era a nosotras, las Doncellas Lanceras, a quienes buscaba. Una Aes Sedai llamada Gitara Moroso, que tenía el Talento de la Predicción, le había dicho que sobrevendría el desastre a su país y su gente, quizás al mundo entero, si no iba a vivir entre las Doncellas Lanceras sin revelárselo a nadie. Tenía que convertirse en una Doncella y no podría regresar a su país hasta que las *Far Dareis Mai* hubieran ido a Tar Valon. —Amys sacudió la cabeza.

»Debes comprender lo extraño que parecía tal cosa en aquellos momentos. ¿Las Doncellas en Tar Valon? Ningún Aiel había cruzado la Pared del Dragón desde el día en que se pisó la Tierra de los Tres Pliegues. Aún tenían que pasar cuatro años para que el crimen de Laman nos condujera a las tierras húmedas. Y, ciertamente, nadie que no fuera Aiel se había convertido en Doncella Lancera. Algunas pensamos que el sol la había hecho enloquecer, pero tenía una voluntad de hierro y, de algún modo, logró que accediéramos a permitirle que lo intentara.

Gitara Moroso. Una Aes Sedai con el don de la Predicción. Rand recordaba haber leído su nombre en alguna parte, pero ¿dónde? Y tenía un hermano. O hermanastro. Siempre, a medida que iba creciendo, se había preguntado qué se sentiría teniendo un hermano o una hermana. ¿Quién sería? ¿Dónde estaría? Tuvo que rechazar aquellos pensamientos porque Amys continuaba con la historia:

—Casi todas las jóvenes Aiel sueñan con convertirse en Doncella y aprender al menos las nociones básicas en el uso del arco y la lanza, así como de la lucha con pies y manos. Con todo, aquellas que dan el último paso y se esposan con la lanza descubren que no saben nada. Para Shaiel fue aun más difícil. Sabía manejar el arco bastante bien, pero nunca había corrido más de un kilómetro ni vivido con lo que encontrara. Hasta una chiquilla de diez años la superaba. Ni siquiera conocía qué plantas indican la presencia de agua. Empero, perseveró y, al cabo de un año, hizo sus votos con la lanza, se convirtió en una Doncella y fue adoptada en el septiar Chumai de los Taardad.

Y finalmente había ido a Tar Valon con las Doncellas, para morir en la ladera del Monte del Dragón. La respuesta a una pregunta que planteaba nuevos interrogantes. Ojalá hubiera visto su rostro.

—Hay en tus rasgos cosas de ella —dijo Seana como si le leyera los

pensamientos. Se había sentado cruzada de piernas y tomaba vino en una pequeña copa de plata—. De Janduin, menos.

—¿Janduin? ¿Mi padre?

—Sí. Era jefe del clan Taardad por aquel entonces, el más joven que se recuerde. Sin embargo, tenía carisma, fuerza. La gente lo escuchaba y lo seguía, hasta los que no pertenecían a su clan. Puso fin a la enemistad de sangre que existía entre Taardad y Nakai desde hacía doscientos años, y creó una alianza no sólo con los Nakai, sino con los Reyn, con los que sostenían un enfrentamiento próximo a la enemistad de sangre. También estuvo a punto de acabar con la enemistad entre Shaarad y Goshien, y seguramente lo habría conseguido si Laman no hubiera talado el Árbol. A pesar de su juventud, fue él quien dirigió a los Taardad, los Nakai, los Reyn y los Shaarad para hacer pagar con sangre a Laman su traición.

Tenía… Es decir, que también él había muerto. En el semblante de Egwene había compasión. Rand hizo caso omiso; no quería la compasión de nadie. No tenía por qué sentirse triste ni lamentar la muerte de unas personas a las que no había conocido. Y, sin embargo, así era como se sentía.

—¿Cómo murió Janduin?

Las Sabias intercambiaron una mirada incierta.

—Fue al comienzo del tercer año en busca de Laman cuando Shaiel se quedó embarazada —prosiguió, al cabo, Amys—. Conforme a las leyes, tendría que haber regresado a la Tierra de los Tres Pliegues. Una Doncella tiene prohibido portar la lanza mientras está embarazada. Pero Janduin era incapaz de prohibirle ni negarle nada; si le hubiera pedido la luna para un collar, habría intentado alcanzársela. De modo que Shaiel se quedó y, en la última batalla, a las puertas de Tar Valon, murió y la criatura desapareció. Janduin no se perdonó el no haberla obligado a obedecer la ley.

—Renunció a su puesto como jefe de clan —prosiguió Bair—, algo que jamás había ocurrido. Le dijeron que no podía hacerlo, pero él se marchó. Fue hacia el norte con los jóvenes para cazar trollocs y Myrddraal en la Llaga, algo que sólo hacen los muchachos necios y las Doncellas con menos seso que una cabra. Empero, los que regresaron contaron que lo mató un hombre. Por lo visto, Janduin afirmaba que ese hombre se parecía a Shaiel, y fue incapaz de alzar contra él la lanza cuando el hombre lo ensartó.

Entonces, había muerto. Los dos. Nunca dejaría de querer a Tam ni de pensar en él como padre, pero deseó haber visto, al menos una sola vez, a Janduin y a Shaiel.

Egwene trató de consolarlo, naturalmente, como suelen hacer las mujeres. No tenía sentido intentar hacerle entender que había perdido algo que jamás tuvo. Como recuerdo de unos padres tenía la queda risa de Tam al'Thor y, aunque más borroso, el de las suaves manos de Kari al'Thor. ¿Qué más podía querer o desear un hombre? La

muchacha se mostró decepcionada y hasta un poco molesta con él; por su parte, las Sabias parecían compartir su opinión en uno u otro grado, desde el claro ceño desaprobador de Bair al bufido y el ostentoso gesto de ajustarse el chal de Melaine. Las mujeres nunca lo entendían. Rhuarc, Lan y Mat sí, y lo dejaron en paz, como deseaba.

Por alguna extraña razón, no le apeteció comer nada cuando Melaine trajo algunas viandas, así que fue a tumbarse al borde de la tienda, recostado el codo en un cojín, desde donde podía contemplar la ladera y también la ciudad envuelta en niebla. El sol caía a plomo sobre el valle y las montañas de alrededor, abrasando las sombras. Los remolinos de aire que se colaban en la tienda parecían salidos de un horno.

Al cabo de un rato Mat se acercó, vestido con una camisa limpia. Se sentó junto a Rand, en silencio, y observó el valle allá abajo, con la extraña lanza apoyada sobre una rodilla. De vez en cuando pasaba los dedos por la escritura tallada en el negro astil.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó Rand, y Mat dio un brinco.

—Eh… ya no me duele. —Retiró las yemas de los dedos de la escritura y entrelazó las manos sobre el regazo, a propósito—. Al menos, no tanto. Fuera lo que fuera esa mezcla, funcionó.

De nuevo se sumió en el silencio, y Rand lo dejó tranquilo. Tampoco él tenía ganas de hablar. Casi percibía el paso del tiempo, los granos de arena cayendo, uno a uno, en un reloj de arena, lentamente. Pero al mismo tiempo todo parecía temblar, como si la arena estuviera a punto de irrumpir en un violento torrente. Absurdo. Debía de estar afectado por el rielante calor que ascendía de la desnuda roca de la montaña. La llegada de los jefes de clan a Alcair Del no se acortaría en un solo día aunque viera aparecer a Moraine en este mismo instante. En cualquier caso, ellos sólo eran una parte y, quizá, la menos importante de todas. Al cabo de un rato vio a Lan apostado en cuclillas en lo alto del peñasco utilizado horas antes por Couladin, sin reparar en el sol abrasador. El Guardián también escudriñaba fijamente el valle. Otro hombre que no tenía ganas de hablar.

Rand también rehusó la comida de mediodía a pesar de que Egwene y las Sabias intentaron convencerlo de que tomara algo, cada una por separado, como si siguieran un turno. Aceptaron su rechazo al alimento con bastante calma, pero cuando sugirió regresar a Rhuidean para buscar a Moraine —y también a Aviendha— Melaine explotó.

—¡Necio! ¡Ningún hombre puede ir dos veces a Rhuidean! ¡Ni siquiera tú saldrías vivo de allí! ¡Oh, muérete de hambre, si es eso lo que quieres! —Le tiró a la cabeza una rebanada de pan. Mat la atrapó en el aire y empezó a comérsela calmosamente.

—¿Por qué queréis que viva? —le preguntó Rand—. Sabéis lo que esa Aes Sedai

dijo delante de Rhuidean. Os destruiré. ¿Cómo no estáis maquinando con Couladin para matarme?

A Mat se le atragantó el pan y Egwene se puso en jarras, dispuesta a soltarle una reprimenda, pero Rand no apartó los ojos de Melaine. En lugar de responder, la Sabia le asestó una mirada furibunda y salió de la tienda.

—Todos creen que conocen la Profecía de Rhuidean, pero lo que realmente saben es lo que las Sabias y los jefes de clan les han contado durante generaciones. —Fue Bair la que habló—. Ninguna mentira, pero no toda la verdad. La verdad puede muy bien derrumbar al hombre más fuerte.

—¿Y cuál es toda la verdad? —insistió Rand.

La mujer miró de soslayo a Mat antes de contestar:

—En este caso, toda la verdad, la revelada a las Sabias y a los jefes de clan hasta ahora, es que eres nuestra perdición. Nuestra muerte y nuestra salvación. Sin ti, ni uno solo de nosotros sobrevivirá a la Última Batalla. Puede que ni siquiera lleguemos vivos a ese conflicto. Tal es la profecía y la verdad. Contigo… «Esparcirá como agua sobre la arena la sangre de quienes se llaman a sí mismos Aiel y los quebrará como ramitas secas, si bien salvará a un resto del resto y ésos vivirán.» —Sostuvo su mirada sin encogerse. Era una mujer dura de una tierra dura.

Rand rodó de nuevo sobre el costado y volvió a ensimismarse en la contemplación del valle. Todos, excepto Mat, se marcharon.

A media tarde avistó finalmente a una figura que trepaba por la ladera a trompicones, débilmente. Era Aviendha. Mat no se había equivocado: iba en cueros, como su madre la trajo al mundo. Por muy Aiel que fuera, también los rayos de sol le habían dejado señal, ya que sólo tenía curtidos el rostro y las manos, de manera que el resto del cuerpo estaba muy rojo debido a la insolación. Rand se alegró de verla. Él no le caía bien, pero sólo porque creía que había tratado mal a Elayne: el motivo más simple que cabía. No por una profecía ni por su destrucción ni por los dragones de sus brazos ni porque fuera El que Viene con el Alba: por una simple razón humana. Casi deseaba volver a sentir sobre él aquellas frías y retadoras miradas.

Cuando la joven reparó en él se quedó paralizada y en sus ojos, de una tonalidad verde azulada, no había asomo de frialdad. El ardor de su mirada hacía que el fuego del sol pareciera tibio; de ser cierto, habría quedado hecho cenizas allí mismo.

—Eh…, Rand —llamó quedamente Mat—. Yo que tú no le daría la espalda.

El joven dejó escapar un suspiro cansado. Por supuesto. Si la muchacha había entrado en las columnas de cristal, tenía que saberlo. Bair, Melaine y las otras habían tenido años por delante para acostumbrarse a la idea. Para Aviendha, por el contrario, era una herida recién abierta, sin costra todavía. «No es de extrañar que me odie.»

Las Sabias salieron, presurosas, al encuentro de Aviendha y la condujeron rápidamente hacia otra tienda. Cuando Rand volvió a verla llevaba puestas una

amplia falda marrón y una blusa blanca suelta, con un chal echado sobre los brazos. No parecía muy contenta con su nuevo atuendo. Se dio cuenta de que la estaba mirando, y la ira plasmada en su rostro —una pura rabia animal— bastó para hacerle volver la cabeza.

Las sombras empezaban a alargarse hacia las lejanas montañas para cuando Moraine apareció, trastabillando y cayendo y volviendo a incorporarse mientras subía la ladera, tan quemada como Aviendha. Rand se quedó estupefacto al reparar en que también iba desnuda. Las mujeres no estaban en sus cabales, ni más ni menos.

Lan saltó del peñasco y bajó corriendo hacia ella. La levantó en sus brazos y volvió cuesta arriba a toda prisa, puede que más rápido de lo que había bajado, a la par que maldecía y llamaba a gritos a las Sabias. La cabeza de Moraine se mecía flojamente sobre su hombro. Las Sabias salieron a su encuentro y la cogieron; tuvieron que frenar al Guardián a la fuerza, sujetándolo, para que no entrara tras ellas en la tienda. Lan se quedó fuera, paseando arriba y abajo, descargando el puño contra la palma de la otra mano.

Rand se tendió de espaldas y prendió la mirada en el techo bajo de la tienda. Se habían ganado tres días. Debería sentirse contento de que Moraine y Aviendha hubieran regresado sanas y salvas, pero lo que causaba su alivio eran aquellos tres días ganados. El tiempo lo era todo. Era preciso que eligiera el terreno que le convenía y quizá todavía tenía esa posibilidad.

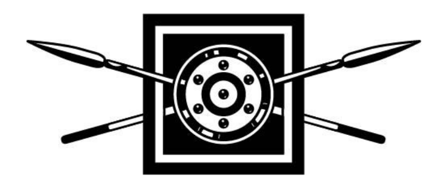
—¿Qué harás ahora? —preguntó Mat.

—Algo que debería ser de tu agrado. Voy a romper las reglas.

—A lo que me refiero es si vas a comer algo. Yo estoy hambriento.

A despecho de sí mismo, Rand se echó a reír. ¿Comer algo? Le importaba un bledo si no volvía a probar bocado. Mat lo miraba como si estuviera loco, y ello hizo que arreciaran sus carcajadas. De loco nada. Por primera vez, *alguien* iba a enterarse de lo que significaba que él fuera el Dragón Renacido. Pensaba romper las reglas de un modo que nadie esperaba.

35



Unas duras lecciones

El Corazón de la Ciudadela en el *Tel'aran'rhiod* era tal como lo recordaba Egwene en el mundo real: grandes columnas de pulida piedra roja elevándose hasta el distante techo, y, bajo la gran cúpula central, *Callandor*, hincada en las baldosas. Sólo faltaba la gente. Las lámparas doradas no estaban encendidas y, sin embargo, había una especie de luz, de algún modo mortecina e intensa al mismo tiempo, que parecía proceder de todas partes y de ninguna. Esto solía ocurrir a menudo en los ambientes interiores en el *Tel'aran'rhiod*.

Lo que Egwene no esperaba ver era la mujer que había de pie al otro lado de la fulgente espada de cristal, escudriñando las pálidas sombras entre las columnas. El modo en que iba vestida dejó perpleja a Egwene. Estaba descalza y llevaba unos amplios pantalones de seda amarilla brocada. Por encima del fajín, también en amarillo pero de un tono más oscuro, estaba desnuda salvo por unas cadenas doradas que le rodeaban la garganta. Unos pendientes pequeños de oro le decoraban las orejas en relucientes hileras y, lo más chocante de todo, era otro anillo que llevaba en la nariz y unido por una fina cadena jalonada de diminutos medallones a uno de los de la oreja izquierda.

—¿Elayne? —exclamó, boquiabierta, Egwene mientras se ajustaba el chal como si fuera ella la que llevaba descubierto el busto. La joven había elegido esta vez el atuendo de una Sabia por ninguna razón en particular.

La heredera del trono dio un brinco y, cuando se volvió hacia su amiga, el atuendo había cambiado por completo y llevaba un recatado vestido color verde pálido con cuello alto bordado y mangas largas rematadas en picos que caían sobre sus manos. Los pendientes y el aro de la nariz habían desaparecido.

—Es como se visten las mujeres de las islas de los Marinos cuando están en alta mar —se apresuró a explicar, colorada hasta la raíz del pelo—. Quería comprobar qué se sentía al ir vestida así y éste me pareció el lugar más apropiado. Después de todo, no puedo hacerlo en el barco.

—¿Y qué se siente? —preguntó Egwene con curiosidad.

—De hecho, un poco de frío. —Elayne recorrió con la mirada las columnas—. Y te da la impresión de que te están observando fijamente aun cuando no haya nadie. —De repente se echó a reír—. Pobres Thom y Juilin. La mayor parte del tiempo no

saben dónde poner los ojos. La mitad de la tripulación son mujeres.

Egwene también escudriñó las columnas y encogió los hombros con desasosiego. Daba la sensación de que hubiera alguien observando. Sin duda se debía a que eran las únicas personas que había en la Ciudadela. Nadie que tuviera acceso al *Tel'aran'rhiod* esperaría encontrar gente a quien vigilar aquí.

—¿Thom? ¿Thom Merrilin? ¿Y Juilin Sandar? ¿Están con vosotras?

—Oh, Egwene, Rand los envió. Rand y Lan. Bueno, de hecho fue Moraine la que envió a Thom, pero Rand se lo ordenó a maese Sandar. Para que nos ayuden. Nynaeve se siente muy ufana, por Lan, se entiende, aunque jamás lo admitiría.

Egwene sonrió levemente. ¿Así que era Nynaeve la que se sentía ufana? Vaya, pero si Elayne estaba radiante; y había vuelto a cambiar su vestido, esta vez con un escote mucho más bajo, sin que al parecer fuera consciente de ello. El *ter'angreal*, el anillo retorcido de piedra, ayudaba a la heredera a entrar en el Mundo de los Sueños con igual facilidad que ella, pero no otorgaba control. Eso tenía que aprenderse. Cualquier idea concisa —como por ejemplo cómo le gustaría a Rand— aún producía cambios espontáneos en Elayne.

—¿Cómo está? —El timbre de la heredera era una extraña mezcla de forzada naturalidad y aprensión.

—Bien. Eso creo.

Le hizo un informe completo de lo ocurrido: los Portales de Piedra y Rhuidean —hasta donde sabía por lo que había escuchado y lo que había deducido por el comentario de ver a través de los ojos de los antepasados—, las extrañas criaturas semejantes a la del estandarte del Dragón que marcaban los antebrazos de Rand, la revelación de Bair de que el joven era la perdición de los Aiel, la convocatoria a los jefes de clan en Alcair Dal. Amys y las otras Sabias debían de estar ocupándose de eso en este momento, y Egwene deseó fervientemente que así fuera. Incluso le contó a su amiga la extraña historia de los verdaderos padres de Rand, en resumen.

—Pero, no sé —añadió—. Desde entonces ha estado comportándose de un modo más raro que nunca. Y Mat no le anda a la zaga. No quiero decir que esté loco, pero… Ahora es tan inflexible como Rhuarc o Lan, al menos en ciertos aspectos; puede que incluso más. Creo que planea algo, algo que no quiere que sepa nadie, y tiene mucha prisa por ponerlo en marcha. Me preocupa un poco. A veces tengo la impresión de que ya no ve a la gente, sólo piezas en un tablero de damas.

Elayne no pareció preocupada en absoluto, al menos por eso.

—Él es lo que es, Egwene. Un rey o un general no puede permitirse el lujo de ver gente. Cuando un gobernante ha de tomar una decisión conveniente para la nación, sabe que en ocasiones alguien sale perjudicado por el bien general. Rand es un rey, Egwene, aunque sin una nación, a menos que contemos Tear; y, si no hace algo porque puede herir a alguien, acabará haciendo daño a todos.

Egwene bufó. Tal vez tuviera sentido lo que decía la heredera del trono, pero no por eso tenía que gustarle. Las personas eran personas y tenía que considerárselas como tal.

—Hay algo más. Algunas de las Sabias pueden encauzar. Ignoro cuántas de ellas, pero sospecho que no son pocas, en mayor o menor grado. Por lo que me ha dicho Amys, encuentran a todas las mujeres que tienen el don innato. —Ninguna Aiel moría tratando de aprender a canalizar sin saber siquiera qué estaba haciendo; no existía entre las Aiel lo que ellas conocían como espontáneas. Los hombres que descubrían su capacidad de encauzar se enfrentaban a un destino más sombrío: se encaminaban hacia el norte, a la Gran Llaga y puede que más allá, a las Tierras Malditas y Shayol Ghul. «Ir a matar al Oscuro», lo llamaban. Ninguno sobrevivía el tiempo suficiente para perder la razón—. Resulta que Aviendha es una de las que han nacido con el don. Creo que será muy fuerte, y Amys opina igual.

—Aviendha —repitió Elayne—. Por supuesto. Debí darme cuenta. Sentí la misma sensación de afinidad con Jorin nada más verla, como me ocurrió con ella. Y contigo, por supuesto.

—¿Jorin?

Elayne apretó los labios, disgustada consigo misma.

—Prometí que guardaría su secreto y, a la primera oportunidad, suelto la lengua. En fin, supongo que tú no la perjudicarás a ella ni a sus hermanas. Jorin es la Detectora de Vientos del *Tajador de olas*, Egwene. Puede encauzar, al igual que algunas de las otras Detectoras de Vientos. —Echó una ojeada a las columnas que las rodeaban y, de repente, el escote del vestido desapareció dejando paso a un cuello alto que le cubría hasta la barbilla. Se ajustó un oscuro chal de encaje que no llevaba un momento antes y que ahora le cubría el cabello y arrojaba sombras sobre su rostro —. Egwene, no debes decírselo a nadie. Jorin tiene miedo de que la Torre trate de obligarles a convertirse en Aes Sedai o controlarlas de algún modo. Le prometí que haría cuanto estuviera en mi mano para evitar que tal cosa ocurra.

—No diré una palabra —aseguró Egwene lentamente. Sabias y Detectoras de Vientos. Y, en ambos colectivos, mujeres capaces de encauzar sin que ninguna hubiera tenido que prestar los Tres Juramentos comprometiéndose a cumplirlos por la Vara Juratoria. Se suponía que el fin de esos Juramentos era que la gente confiara en las Aes Sedai o, al menos, que no temiera su poder. Sin embargo, las Aes Sedai todavía tenían que ocultar su condición las más de las veces. Las Sabias, y habría apostado a que también las Detectoras de Vientos, gozaban de una posición de prestigio en sus respectivas sociedades y del respeto de sus pueblos. Y todo ello sin necesidad de estar comprometidas para, supuestamente, no ponerlos en peligro. Era algo en lo que pensar.

—Vamos bastante adelantadas a lo que habíamos programado, Egwene. Jorin ha

estado enseñándome a trabajar con los fenómenos atmosféricos. ¡No te imaginas el tamaño de los flujos de aire que es capaz de tejer! Entre las dos estamos consiguiendo que el *Tajador de olas* viaje más deprisa que nunca, y es un navío realmente veloz de por sí. Llegaremos a Tanchico dentro de tres días o quizás en dos, según Coine. Es la Navegante, la capitana. Diez días desde Tear a Tanchico, calculo. Y eso, parándonos para hablar con todos los barcos Atha'an Miere que vemos. Egwene, los Marinos creen que Rand es su Coramoor.

—¿De veras?

—Coine ha interpretado mal parte de lo ocurrido en Tear. Para empezar, da por sentado que las Aes Sedai sirven ahora a Rand, y Nynaeve y yo pensamos que lo mejor era no sacarla de su error. Tan pronto como informe a otras Navegantes, la noticia se propagará y se pondrán al servicio de Rand. Creo que harán cualquier cosa que les pida.

—Ojalá los Aiel se mostraran tan dispuestos. —Egwene suspiró—. Rhuarc opina que algunos podrían rehusar reconocerlo, lleve o no los dragones de Rhuidean en los brazos. Uno de ellos, un tipo llamado Couladin, estoy segura de que lo mataría si se le presentara la menor oportunidad.

Elayne adelantó un paso, impetuosa.

—Tú te ocuparás de que eso no ocurra. —No era una pregunta ni una petición. En sus azules ojos había un brillo ardiente y en su mano sostenía una daga desenvainada.

—Haré absolutamente todo cuanto esté en mi mano. Rhuarc le ha puesto guardias personales.

Elayne pareció reparar por primera vez en la daga que empuñaba y tuvo un sobresalto. El arma desapareció.

—Tienes que enseñarme lo que quiera que Amys esté enseñándote a ti, Egwene. Resulta desconcertante que aparezcan y desaparezcan cosas o que de repente esté vestida con ropas distintas. Me ocurre e ignoro por qué.

—Te enseñaré, no te preocupes. Cuando tenga tiempo. —De hecho llevaba ya demasiado tiempo en el *Tel'aran'rhiod*—. Elayne, si no aparezco aquí cuando tengamos que reunirnos de nuevo, no te preocupes. Lo intentaré, pero quizá no me sea posible. No te olvides de decírselo a Nynaeve. Si no vengo, probad las noches siguientes. No me retrasaré más de una o dos, estoy segura.

—Si tú lo dices —repuso, poco convencida, Elayne—. Nos llevará semanas descubrir si Liandrin y las otras se encuentran o no en Tanchico. Thom es de la opinión que la ciudad estará sumida en el caos. —Sus ojos se desviaron hacia *Callandor*, cuya hoja estaba embebida en el suelo hasta más de la mitad—. ¿Por qué crees que hizo eso?

—Dijo que con ello tendría a los tearianos sujetos a él. Mientras la espada siga ahí, saben que va a regresar. Quizá sabe lo que dice. Eso espero.

—Oh, pensé que… Que quizás él… Bueno, que estaba furioso por algo.

Egwene la miró con el entrecejo fruncido. Esta actitud tímida no era propia de Elayne.

—¿Furioso por qué?

—Oh, por nada. Sólo era una idea. Egwene, le di dos cartas antes de marcharme de Tear. ¿Sabes cómo reaccionó?

—No, no lo sé. ¿Decías algo por lo que piensas que podría haberse enfadado?

—Por supuesto que no. —Elayne soltó una risa jovial; sonaba forzada. De repente su vestido era de lana oscura, lo bastante grueso para un invierno riguroso—. Tendría que ser una necia para escribir cosas que lo irritaran. —Su cabello se levantó en todas direcciones, como una absurda corona, pero la joven no era consciente de ello—. Al fin y al cabo, lo que intento es que se enamore de mí, sólo eso. Oh, ¿por qué tienen que ser tan complicados los hombres? ¿Por qué tienen que hacer las cosas tan difíciles? En fin, por lo menos está lejos de Berelain. —La lana se transformó de nuevo en seda, con el escote aun más bajo que al principio; el cabello le caía sobre los hombros en relucientes ondas que empañaban el brillo de la seda. Vaciló un momento y se mordió el labio inferior—. Egwene, si tienes ocasión, ¿querrás decirle que hablaba en serio cuando…? ¿Egwene? ¡Egwene!

Algo tiró de Egwene hacia atrás violentamente. El Corazón de la Ciudadela desapareció en la negrura, como si alguien la alejara bruscamente arrastrándola por el cuello de la blusa.

Egwene despertó dando un respingo; miró el techo bajo de la tienda envuelto en la noche mientras sentía el alocado palpitar de su corazón. Por los costados abiertos sólo penetraba un poco de luz de luna. Yacía bajo las mantas —en el Yermo hacía tanto frío de noche como calor durante el día, y el brasero en el que se quemaba estiércol seco, que emitía un olor dulzón, apenas proporcionaba calor—, igual que estaba cuando se había quedado dormida. Entonces ¿qué había tirado de ella, haciéndola regresar?

De repente reparó en Amys, que estaba sentada junto a ella con las piernas cruzadas, encubierta por las sombras. El rostro de la Sabia, envuelto en oscuridad, era tan sombrío y severo como la noche.

—¿Fuisteis vos, Amys? —dijo, iracunda—. No tenéis derecho a arrastrarme de ese modo. Soy una Aes Sedai del Ajah Verde… —Ahora ya le salía fácilmente la mentira—, y no tenéis derecho a…

—Al otro lado de la Pared del Dragón —la cortó la voz severa de la Sabia—, en la Torre Blanca, eres una Aes Sedai. Aquí no eres más que una ignorante alumna, una necia chiquilla que gatea por un nido de víboras.

—Sé que dije que no entraría en el *Tel'aran'rhiod* sin vos —repuso Egwene,

procurando hablar con un tono razonable—, pero…

Algo la aferró por los tobillos y la levantó en vilo en el aire; las mantas cayeron y las ropas de la joven se amontonaron en sus axilas. Se quedó colgada cabeza abajo, con el rostro a la altura del de Amys. Furiosa, se abrió al *Saidar*… en vano. Estaba bloqueada.

—Querías marcharte sola —siseó—. Se te advirtió, pero tenías que irte. —Sus ojos relucían en la oscuridad, un brillo que aumentaba más y más—. Sin preocuparte por lo que podría estar esperándote. En los sueños existen cosas que atenazan el corazón más valeroso. —Alrededor de los ojos, semejantes a unas brasas azules, el semblante de la Sabia se derritió, se alargó, y brotaron escamas donde antes había piel; sus mandíbulas se proyectaron hacia adelante, repletas de aguzados dientes—. Cosas que pueden devorar incluso el corazón más valeroso —gruñó.

Chillando, Egwene arremetió contra el escudo que le impedía tocar la Fuente Verdadera. Intentó golpear aquel rostro espantoso, aquella cosa que no podía ser Amys, pero algo le sujetó las muñecas y tiró, dejándola inerme y temblorosa en el aire. Lo único que pudo hacer fue chillar de terror cuando aquellas mandíbulas se cerraron sobre su rostro.

Gritando, Egwene se sentó bruscamente, aferrada a las mantas. Haciendo un gran esfuerzo logró cerrar la boca, pero no pudo hacer nada para contener los temblores que la sacudían violentamente. Se encontraba en la tienda. ¿O no? En las sombras, cruzada de piernas, envuelta en la aureola del *Saidar*, estaba Amys. ¿O no era ella? Desesperada, se abrió a la Fuente y a punto estuvo de ponerse a chillar otra vez al chocar de nuevo contra la barrera. Apartó bruscamente las mantas y gateó sobre las alfombras hasta donde tenía sus ropas dobladas y empezó a revolverlas. Entre ellas guardaba un cuchillo pequeño. ¿Dónde estaba? ¿Dónde? ¡Aquí!

—Siéntate —ordenó Amys con acritud—, antes de que te medicine por tener hipocondría y azogue. No te gustaría el sabor de la medicina.

Egwene se giró sobre las rodillas, sujetando el pequeño cuchillo con las dos manos, que sólo gracias a tenerlas juntas alrededor del mango no le temblaban de manera incontrolada.

—¿Sois realmente vos esta vez?

—Soy yo, ahora y también antes. Las lecciones duras son las mejores. ¿Piensas clavarme eso?

Vacilante, Egwene enfundó el cuchillo.

—No tenéis derecho a…

—¡Tengo todo el derecho! Me diste tu palabra. Ignoraba que las Aes Sedai podían mentir. Si voy a enseñarte, he de estar segura que me obedecerás. ¡No estoy dispuesta a ver cómo una alumna mía se degüella a sí misma! —Amys suspiró. El halo resplandeciente desapareció, como también la barrera que había entre Egwene y el

Saidar—. Ya no puedo mantener el escudo más tiempo. Eres mucho más fuerte que yo. En el Poder Único, se entiende. Faltó poco para que rompieras la barrera que te puse. Sin embargo, si no vas a cumplir tu palabra, no estoy segura de querer enseñarte.

—La cumpliré, Amys, lo juro. Pero he de reunirme con mis amigas en el *Tel'aran'rhiod*. También se lo prometí. Pueden necesitar mi ayuda, Amys, mi consejo. —En la oscuridad resultaba difícil adivinar qué pensaba la Sabia al quedar su rostro casi oculto por las sombras, aunque a Egwene no le pareció que su expresión se hubiera suavizado lo más mínimo—. Por favor, Amys. Me habéis enseñado mucho ya. Creo que sería capaz de localizar dónde están. Por favor, no interrumpáis vuestras enseñanzas ahora, cuando todavía me queda tanto por aprender. Haré lo que vos queráis.

—Trénzate el cabello —dijo Amys con voz inexpresiva.

—¿Que me lo trence? —repitió, desconcertada, Egwene. No le importaba hacerlo, pero ¿por qué? Ahora lo llevaba suelto, cayendo sobre los hombros, aunque no hacía mucho casi no había cabido en sí de orgullo el día en que el Círculo de Mujeres, en casa, había manifestado que ya era lo bastante mayor para llevar trenza, el estilo de peinado que todavía llevaba Nynaeve. En Dos Ríos, peinarse con trenza significaba que una joven había alcanzado la edad para considerársela una mujer.

—En dos trenzas, una sobre cada oreja. —El timbre de Amys seguía siendo frío e impasible—. Si no tienes cintas para entretejerlas con el cabello, yo te daré algunas. Así es como se peinan las niñas Aiel. Niñas demasiado pequeñas para fiarse de su palabra. Cuando me demuestres que sabes cumplir la tuya, podrás dejar de peinarte así. Pero, si vuelves a mentirme, haré que te cortes las faldas, como las de los vestidos de las chiquillas, y te haré llevar una muñeca. Cuando decidas comportarte como una mujer, se te tratará como a tal. Acepta estas condiciones o dejaré de enseñarte.

—Las aceptaré si vos accedéis a acompañarme cuando tenga que reunirme con…

—¡Acepta, *Aes Sedai*! Yo no hago tratos con chiquillas o con quienes son incapaces de mantener su palabra. Harás lo que te ordene, aceptarás lo que considere a bien ofrecer, y nada más. En caso contrario, márchate y sé la única responsable de provocar tu muerte. ¡Yo no contribuiré a que eso ocurra!

Egwene se alegró de que la tienda estuviera a oscuras, pues así su gesto ceñudo pasó inadvertido. Cierto, había dado su palabra, pero esto era muy injusto. Nadie intentaba obligar a Rand a dar rodeos para eludir unas reglas estúpidas. Bueno, a lo mejor él era diferente. En cualquier caso, no estaba segura de querer cambiar su situación por la de Rand, de preferir ser el blanco de la lanza de Couladin a someterse a los dictados de Amys. Indiscutiblemente, Mat no aguantaría las reglas de nadie, pero él, ni que fuera *ta'veren* ni que no, no tenía nada que aprender; lo único que tenía

que hacer era ser él mismo. Seguramente se negaría a aprender nada de presentarse el caso, a menos que tuviera que ver con el juego o con cruzar apuestas con tontos. Pero ella sí deseaba aprender. A veces era como una sed insaciable; por mucho que absorbiera no quedaba saciada. Con todo, le seguía pareciendo injusto. «Las cosas hay que tomarlas como son», pensó tristemente.

—Acepto —dijo—. Haré lo que me ordenéis, me conformaré con lo que queráis darme, nada más.

—Bien. —Tras una larga pausa, como queriendo comprobar si Egwene decía algo más, aunque la joven, muy juiciosamente, contuvo la lengua, Amys añadió—: Tengo intención de ser muy dura contigo, Egwene, pero no por capricho. El hecho de que pienses que ya te he enseñado mucho sólo me demuestra lo poco que sabes todavía. Posees un gran talento para caminar por los sueños y seguramente algún día nos aventajarás con creces en esta disciplina. Pero si no aprendes lo que puedo enseñarte, lo que las cuatro podemos enseñarte, jamás desarrollarás plenamente ese talento. Lo más probable es que no vivas el tiempo suficiente para conseguirlo.

—Lo intentaré, Amys. —La joven pensó que estaba actuando con bastante humildad. ¿Por qué no le decía la Sabia lo que quería oír? Si no le permitía entrar sola en el *Tel'aran'rhiod*, entonces Amys tendría que acompañarla a la siguiente reunión con Elayne. O quizá fuera Nynaeve la que acudiera a la cita la próxima vez.

—Bien. ¿Tienes algo más que decir?

—No, Amys.

La pausa fue más larga esta vez; Egwene esperó con la mayor paciencia posible, enlazando las manos sobre las rodillas.

—Bien, así que eres capaz de callar tus exigencias cuando quieres —comentó finalmente la Sabia—, aunque ello te haga rebullir como una cabra con sarna. ¿Interpreto mal los síntomas? Puedo darte un ungüento. ¿No? Está bien. Te acompañaré cuando tengas que reunirte con tus amigas.

—Gracias —respondió con remilgo la joven. Así que una cabra con sarna, ¿no? ¡Vaya!

—Por si acaso no lo escuchaste la primera vez que te lo dije, el aprendizaje no será fácil ni corto. Si crees que has trabajado estos últimos días, prepárate para emplear tiempo y esfuerzo a partir de ahora.

—Amys, aprenderé todo lo que podáis enseñarme y trabajaré tan duro como deseéis, pero entre Rand y los Amigos Siniestros… Dedicar tiempo a instruirme podría convertirse en un lujo, y mi bolsillo está vacío.

—Lo sé —admitió la Sabia con cansancio—. Ya está provocándonos problemas a nosotros. Ven, ya has perdido demasiado tiempo con tus chiquilladas. Hay asuntos de mujeres de los que tratar. Vamos, las otras están esperándonos.

Por primera vez Egwene reparó en que las mantas de Moraine estaban vacías.

Buscó su vestido, pero Amys le dijo:

—No te hará falta. Vamos muy cerca. Échate una manta sobre los hombros y sígueme. Ya he trabajado bastante para Rand al'Thor, y tendré que continuar cuando hayamos terminado.

No muy convencida, Egwene se envolvió en una manta y salió a la noche en pos de la Sabia. Hacía frío y se le puso la piel de gallina; iba brincando sobre el suelo de piedra, que en contacto con sus pies descalzos parecía un trozo de hielo. Tras el calor diurno, el ambiente de la noche resultaba tan gélido como el de Dos Ríos en pleno invierno. Veía el vaho que expulsaba al respirar por la boca y que el aire absorbía inmediatamente. A pesar del frío, el ambiente seguía siendo muy seco.

En la parte trasera del campamento de las Sabias se alzaba una tienda pequeña en la que no se había fijado hasta ahora, baja como las otras, pero cerrada todo en derredor hasta el suelo. Para su sorpresa, Amys empezó a despojarse de sus ropas y le indicó por señas que hiciera lo mismo. Apretando los dientes para que no le castañetearan, Egwene siguió el ejemplo de la Sabia lentamente. Cuando la Aiel se quedó completamente desnuda, siguió plantada en el mismo sitio como si no estuviera helando, aspirando profundamente y sacudiendo los brazos antes de agacharse y entrar en la tienda. Egwene la siguió con presteza.

Un calor húmedo la golpeó entre los ojos como el impacto de un palo. El sudor le brotó de súbito por todos los poros.

Moraine ya estaba allí, así como las otras Sabias y también Aviendha, todas ellas desnudas y sudorosas, sentadas alrededor de un caldero de hierro lleno hasta el borde con piedras cubiertas de hollín. Tanto el caldero como las piedras irradiaban calor. La Aes Sedai parecía recuperada casi por completo de su penosa experiencia, si bien había una tirantez alrededor de sus ojos que antes no estaba allí.

Mientras Egwene buscaba con cautela un sitio donde sentarse —aquí no había alfombras, sólo el rocoso suelo—, Aviendha cogió agua en el cuenco de la mano de otra vasija más pequeña que tenía a su lado y la echó en el caldero. El agua siseó y se hizo vapor, sin dejar la menor huella de humedad en las piedras. Aviendha tenía una expresión amarga; Egwene sabía cómo se sentía. También a las novicias les encomendaban tareas rutinarias en la Torre. No sabía qué le había resultado más odioso, si fregar suelos o restregar ollas. La tarea de la joven Aiel no parecía, ni con mucho, tan onerosa.

—Hemos de discutir qué hacer respecto a Rand al'Thor —empezó Bair cuando Amys se hubo sentado.

—¿Respecto a él? —inquirió Egwene, alarmada—. Tiene las marcas, es el que estabais esperando.

—Sí, lo es —dijo lúgubremente Melaine, que se retiró de la cara los largos mechones rojizos—. Hemos de procurar hallar el modo de que el mayor número

posible de los nuestros sobreviva a su llegada.

—Y, lo que es igualmente importante —intervino Seana—, tenemos que asegurarnos de que sobreviva para que cumpla la profecía. —Melaine le asestó una mirada furibunda, y Seana añadió con tono paciente—: En caso contrario, ninguno de nosotros sobrevivirá.

—Rhuarc dijo que le pondría a varios Jindo como guardia personal —apuntó quedamente Egwene—. ¿Es que ha cambiado de idea?

Amys sacudió la cabeza.

—No, no lo ha hecho. Rand al'Thor duerme en las tiendas Jindo, con cien hombres en vigilia para asegurarse de que despierte mañana. Sin embargo, a menudo los hombres ven las cosas de un modo distinto de como las vemos nosotras. Rhuarc lo seguirá, tal vez haga objeciones a las decisiones que considere equivocadas, pero no intentará guiarlo.

—¿Creéis que necesita que lo guíen? —Moraine arqueó una ceja al oír la pregunta de Egwene, pero la joven hizo caso omiso de ella—. Hasta ahora, ha hecho lo que tenía que hacer sin la guía de nadie.

—Rand al'Thor no conoce nuestras costumbres —replicó Amys—. Podría cometer un centenar de errores que pondrían a un jefe o a un clan en su contra, que harían que lo vieran como un hombre de las tierras húmedas en lugar de El que Viene con el Alba. Mi esposo es un buen hombre y un excelente jefe, pero no tiene madera de mediador porque ha sido entrenado para dirigir guerreros. Hemos de poner cerca de Rand al'Thor a alguien que pueda susurrarle al oído cuando parezca a punto de dar un paso en falso. —Hizo un gesto a Aviendha para que echara más agua en las piedras calientes; la joven obedeció con aire hosco.

—Y debemos vigilarlo —intervino Melaine—. Hemos de tener una idea de lo que se propone hacer antes de que lo lleve a cabo. La Profecía de Rhuidean ha empezado a cumplirse y no puede impedirse que llegue a su fin, ya sea de uno u otro modo, pero estoy decidida a conseguir que se salve el mayor número posible de nuestra gente. Lograrlo depende de lo que Rand al'Thor se dispone hacer.

Bair se inclinó hacia Egwene. La anciana parecía estar hecha toda ella de huesos y tendones.

—Tú lo conoces desde la infancia. ¿Confiaría en ti?

—Lo dudo —respondió la joven—. Ya no es tan confiado como solía. —Evitó mirar a Moraine.

—¿Nos lo contaría ella si le hiciera alguna confidencia? —demandó Melaine—. No pretendo crear enemistades aquí, pero Egwene y Moraine son Aes Sedai, y su objetivo puede ser distinto del nuestro.

—Antaño servimos a las Aes Sedai —expuso Bair lisa y llanamente—. Les fallamos entonces. Puede que estemos destinados a servirles de nuevo.

Melaine enrojeció, turbada. Empero, Moraine no dio señal de verlo y tampoco de haber escuchado lo que la mujer había dicho antes. Excepto por aquella tirantez alrededor de sus ojos, su expresión era tan impasible como un trozo de hielo.

—Ayudaré en lo que pueda —dijo fríamente—, pero apenas tengo influencia en Rand. De momento, está tejiendo el Entramado a su albedrío.

—En tal caso hemos de vigilarlo más estrechamente y mantener la esperanza. —Bair suspiró—. Aviendha, te reunirás con Rand al'Thor cuando despierte cada día y no te separarás de él hasta que vuelva a sus mantas por la noche. Te pegarás a él como si fueras su piel. En cuanto a tu aprendizaje, me temo que habrá de hacerse según nos lo permitan las circunstancias; será penoso para ti ocuparte de ambas cosas, pero no queda más remedio. Si hablas con él, y sobre todo si escuchas, no creo que tengas problemas para permanecer a su lado. Pocos hombres rechazarían la compañía de una bonita joven que los atiende. A lo mejor se le escapa algo.

Aviendha se había ido poniendo más rígida a medida que hablaba Bair, y, cuando por fin terminó la Sabia, espetó:

—¡No lo haré!

Un profundo silencio cayó sobre las mujeres y todos los ojos se volvieron hacia ella, pero la joven sostuvo las miradas con actitud desafiante.

—¿No lo harás? —musitó suavemente Bair—. No lo harás. —Era como si saboreara cada palabra de un modo extraño.

—Aviendha, nadie te pide que traiciones a Elayne, sólo que hables con él —intervino Egwene con intención de apaciguarla, pero, en todo caso, la antigua Doncella Lancera pareció todavía más ansiosa por encontrar un arma.

—¿Es ésta la disciplina que se imparte ahora a las Doncellas? —dijo, cortante, Amys—. En tal caso, descubrirás que la nuestra es mucho más rígida. Si existe alguna razón por la que no puedes estar cerca de Rand al'Thor, dínoslo. —La actitud desafiante de Aviendha se atenuó ligeramente, y la joven mascculló algo ininteligible. La voz de Amys adquirió un timbre cortante como el filo de un cuchillo—. ¡Habla claro!

—¡No me gusta! —barbotó Aviendha—. ¡Lo odio! ¡Lo odio!

Si Egwene no hubiera conocido a la joven habría pensado que estaba al borde de las lágrimas. Sin embargo, las palabras de Aviendha la conmocionaron; no podía decirlo en serio.

—No te estamos pidiendo que lo ames ni que lo metas en tu cama —increpó Seana con un timbre acerbo—. Te estamos mandando que escuches a ese hombre, ¡y vas a obedecer!

—Chiquilladas —resopló Amys—. ¿Qué clase de jóvenes hay hoy en el mundo? ¿Es que ninguna deja de ser una niña?

Bair y Melaine hablaron aun con más acritud; la mujer mayor amenazó con atar a

Aviendha al caballo de Rand en lugar de la silla de montar —y lo dijo como si realmente se propusiera hacerlo al pie de la letra— y Melaine sugirió que, en lugar de dormir por las noches, Aviendha podría ponerse a cavar y cerrar agujeros para que se le aclararan las ideas. Egwene comprendió que las amenazas no tenían el propósito de coaccionarla; estas mujeres esperaban que se las obedeciera y estaban dispuestas a conseguirlo. Cualquier tarea inútil que Aviendha se buscara sería por mostrarse obstinada. Pero esa tozudez pareció menguar y encogerse bajo la penetrante mirada de cuatro pares de ojos clavados en ella, de manera que la joven adoptó una postura en cuclillas más defensiva, pero siguió aguantando, sin dar su brazo a torcer.

Egwene se inclinó junto a ella y le puso la mano en el hombro.

—Me dijiste que éramos casi como hermanas, y creo que lo somos. ¿Querrás hacerlo por mí? Tómalo como si cuidaras de él en nombre de Elayne. Sé que también la aprecias a ella. Podrías comunicarle que Elayne decía en serio lo que escribió en sus cartas. A Rand le gustará saberlo.

El rostro de Aviendha se contrajo en un espasmo.

—Lo haré —aceptó, viniéndose abajo—. Lo cuidaré por Elayne. Por Elayne.

—Chiquilladas. —Amys se estremeció—. Lo vigilarás porque te lo hemos ordenado, muchacha. Si piensas que lo haces por otra razón, descubrirás que estás equivocada y será doloroso. Echa más agua. Apenas sale vapor.

Aviendha arrojó otro puñado de líquido sobre las piedras como si estuviera arremetiendo con una lanza. Egwene se alegró de ver que la joven había recuperado su espíritu combativo, pero decidió hablar con ella a solas para prevenirla. Tener carácter estaba bien, pero había ciertas mujeres —estas cuatro Sabias, por ejemplo, y Siuan Sanche— con quienes era aconsejable controlar el genio al tratar con ellas. Uno podía pasarse el día entero chillando y discutiendo con el Círculo de Mujeres, pero al final acababa haciendo lo que ellas querían y deseando haber mantenido la boca cerrada.

—Ahora que todo está arreglado —dijo Bair—, disfrutemos del vapor en silencio mientras podemos. Algunas de nosotras tenemos todavía mucho que hacer esta noche y las siguientes, si es que vamos a organizar una reunión en Alcair Dal para Rand al'Thor.

—Los hombres siempre hallan el modo de hacer trabajar a las mujeres —comentó Amys—. ¿Por qué iba a ser diferente Rand al'Thor?

El silencio se adueñó de la tienda salvo por el siseo del agua cuando Aviendha rociaba las piedras calientes. Las Sabias estaban sentadas con las manos sobre las rodillas, respirando profundamente. Realmente resultaba muy agradable, incluso relajante, aquel calor húmedo, la sensación de limpieza del resbaladizo sudor en la piel. Egwene decidió que merecía la pena perder un rato de sueño.

Empero, Moraine no parecía estar relajada. Contemplaba el humeante caldero

como si estuviera viendo algo más, a lo lejos.

—¿Fue muy malo? —musitó en un quedo susurro Egwene para no molestar a las Sabias—. Me refiero a Rhuidean.

—Los recuerdos se disipan —respondió la Aes Sedai en un tono igual de bajo. No apartó la mirada de su lejana visión, y su voz sonó casi tan gélida como para enfriar el aire caliente de la tienda—. La mayoría ya se han borrado. Algunos, ya los conocía. Otros… La Rueda gira según sus designios, y nosotros sólo somos los hilos del Entramado. He dedicado mi vida a encontrar al Dragón Renacido, a encontrar a Rand, y a prepararlo para que afronte la Última Batalla. Y me ocuparé de que sea así, cueste lo que cueste. Nada ni nadie es más importante que eso.

Sacudida por un escalofrío a despecho de estar sudando, Egwene cerró los ojos. La Aes Sedai no quería consuelo. Era un pedazo de hielo, no una mujer. Egwene se propuso recuperar la sensación de bienestar de momentos antes. Sospechaba que ocasiones como ésta se le presentarían pocas y muy de tarde en tarde en los días venideros.

36



Los buhoneros

Los Aiel levantaron el campamento a primera hora y partieron de Rhuidean cuando el sol aún no había salido y perfilaba intensamente el contorno de las lejanas montañas. Rodearon Chaendaer en tres grupos y descendieron a los accidentados llanos rotos por colinas, altas agujas pétreas y cuetos de punta roma de todas las tonalidades del gris al pardo, algunos rayados con vetas rojizas y ocres. De vez en cuando, surgía un gran arco natural conforme avanzaban al noroeste, o extrañas e inmensas losas pétreas guardando un precario equilibrio, siempre al borde de desplomarse. Dondequiera que Rand miraba, en el horizonte se dibujaba el quebrado perfil de montañas melladas. Daba la impresión de que todos los despojos del Desmembramiento del Mundo se hubieran amontonado aquí, en este lugar llamado el Yermo de Aiel. Allí donde el suelo no era arcilla resquebrajada de color amarillo o marrón o un tono intermedio, era pedregoso y estaba surcado por todas partes por cárcavas secas y hoyos. La escasa y dispersa vegetación era achaparrada, en su mayoría arbustos espinosos y plantas sin hojas y con aguzadas púas; las escasas flores, blancas, rojas o amarillas, resultaban sorprendentes en su aislamiento. De tanto en tanto surgían parches de hierba dura que cubría el suelo, y muy de tarde en tarde aparecía un árbol atrofiado que seguramente también tenía espinas o púas. Comparado con Chaendaer y el valle de Rhuidean, casi podía considerarse exuberante. El aire era tan límpido y la tierra tan árida que Rand tenía la impresión de que la vista alcanzaba a kilómetros y kilómetros de distancia.

Sin embargo, el aire no era menos seco, y el calor era igualmente implacable, con el sol semejando una masa de oro fundido en lo alto de un cielo completamente despejado. Rand se había cubierto la cabeza con un *shoufa* para resguardarse lo más posible del abrasador astro, y bebía frecuentemente del odre colgado en la silla de *Jeade'en*. Cosa extraña, llevar puesta la chaqueta lo ayudaba a aguantar el calor; no es que sudara menos, pero la camisa se mantenía húmeda debajo del rojo paño de lana, lo cual en cierto modo lo refrescaba. Mat había utilizado una tira de tela para sujetarse a la cabeza un gran pañuelo blanco, como un extraño gorro que le colgaba sobre la nuca, y a menudo se ponía la mano a modo de visera sobre los ojos para

protegerlos del cegador fulgor. Portaba la extraña arma con los cuervos grabados y la larga cuchilla como si fuera una lanza, con la punta del astil metida en el estribo.

Su grupo constaba de unos cuatrocientos Jindo; Rand y Mat cabalgaban a la cabeza, junto con Rhuarc y Heirn. Los Aiel caminaban, por supuesto, y las tiendas y parte del botín obtenido en Tear iban cargados en mulas y caballos de carga. Varias Doncellas de los Jindo se habían adelantado en abanico para explorar el terreno, mientras que los Soldados de Piedra iban detrás, como tropa de retaguardia. La columna principal iba jalonada de ojos avizores, lanzas aprestadas y arcos con las flechas encajadas en la cuerda. Supuestamente, la paz de Rhuidean debería extenderse hasta que los que habían acudido a Rhuidean estuvieran de regreso a sus dominios; pero, como Rhuarc explicó a Rand, se sabía de errores cometidos, y ni las disculpas ni los pleitos de sangre hacían que los muertos regresaran de sus tumbas. Por lo visto Rhuarc era de la opinión de que un error de ese tipo tendría lugar esta vez y, sin duda, proveniente del grupo Shaido.

Las tierras del clan Shaido se encontraban más allá de las de los Taardad Jindo, en la misma dirección desde Chaendaer, y el grupo avanzaba en paralelo, a poco menos de medio kilómetro de distancia del de ellos. Según Rhuarc, Couladin debería haber esperado otro día a que su hermano regresara. El hecho de que Rand hubiera visto a Muradin después de que se hubiera arrancado los ojos no marcaba ninguna diferencia; diez días era el plazo máximo asignado. Partir antes significaba abandonar a quienquiera que hubiera entrado en Rhuidean. No obstante, Couladin había ordenado a los Shaido desmontar las tiendas tan pronto como vio que los Jindo empezaban a poner bultos sobre los animales de carga. Ahora los Shaido avanzaban junto a ellos con sus propios exploradores y su tropa de retaguardia, aparentemente haciendo caso omiso de los Jindo, pero la distancia mantenida entre ambos grupos nunca se ampliaba en más de un centenar de pasos. Era normal tener testigos de una media docena de los septiares más grandes cuando un hombre buscaba las marcas de jefe de clan, y la gente de Couladin superaba a los Jindo al menos en dos a uno.

A mitad de camino entre los Shaido y los Taardad iban las Sabias; caminaban igual que los demás Aiel, incluidos los extraños hombres y mujeres vestidos de blanco a los que Rhuarc llamaba *gai'shain* y que se encargaban de conducir las bestias de carga. No eran sirvientes exactamente, pero Rand no acababa de entender la explicación de Rhuarc respecto a honor, obligaciones y cautivos; Heirn había sido aun más impreciso, como quien se esfuerza por explicar por qué el agua es húmeda. Rand sospechaba que ese tercer grupo era la razón de que el trecho de separación no se acortara repentina y violentamente. Moraine, Egwene y Lan cabalgaban al lado de las Sabias o, al menos, lo hacían las dos mujeres. El Guardián montaba en su caballo de guerra un poco apartado, en el lado de los Shaido, vigilándolos con tanta intensidad como escudriñaba el accidentado paisaje. A veces Moraine o Egwene o

ambas a un tiempo desmontaban para caminar un rato y conversar con las Sabias. Rand habría dado hasta su último céntimo por escuchar lo que hablaban. Miraban en su dirección con frecuencia; unas rápidas ojeadas que supuestamente él no habría debido advertir. Por alguna razón Egwene se había peinado con dos trenzas adornadas con cintas rojas, como una novia. El joven ignoraba el motivo. Había hecho un comentario al respecto ante de partir de Chaendaer —sólo mencionándolo— y ella casi le había arrancado la cabeza.

—Elayne es la mujer que te interesa.

El comentario hizo que Rand bajara la vista hacia Aviendha. La expresión desafiante había aparecido de nuevo en sus ojos azul verdosos, pero no era más que una fina capa que encubría sólo a medias una total aversión. La había encontrado esperando a la puerta de la tienda cuando despertó por la mañana y desde entonces no se había apartado más de tres pasos de él. Era evidente que las Sabias la habían enviado para espiarlo y, naturalmente, se suponía que él no tenía que darse cuenta. Era una joven hermosa y daban por sentado que era lo bastante necio para no ver más allá de sus narices. Seguramente también era la razón de que ahora vistiera faldas y no llevara más armas que un pequeño cuchillo en el cinturón. Por lo visto las mujeres pensaban que los hombres eran más simples que el asa de un cubo. Bien pensado, ninguno de los otros Aiel había comentado nada sobre el cambio de atuendo, pero incluso Rhuarc evitaba mirarla demasiado. Probablemente sabían el motivo de que estuviera allí o tenían una vaga idea del plan de las Sabias y no querían hablar de ello.

Rhuidean. Todavía no sabía por qué había ido allí la Aiel; Rhuarc había mascullado algo sobre «asuntos de mujeres», obviamente reacio a comentar el asunto delante de la joven. Habida cuenta de que Aviendha no se apartaba de él, significaba no hablar de ello ni poco ni mucho. Ahora el jefe de clan los escuchaba con atención, al igual que Heirn y todos los Jindo que estaban lo bastante cerca para oírlos. Con los Aiel nunca se sabía de seguro, pero a Rand le dio la impresión de que su expresión era divertida. Mat silbaba quedamente y hacía toda una ostentación de mirar a cualquier otra parte excepto a ellos dos. Con todo, ésta era la primera vez en todo el día que Aviendha le había dirigido la palabra.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Las amplias faldas no la estorbaban para caminar y mantenía el paso de *Jeade'en*. No era exactamente caminar: deslizarse lo describía mejor. Si hubiera sido un felino, Rand estaba seguro de que habría estado meneando la cola.

—Elayne es una mujer de las tierras húmedas, de tu propia clase. —Alzó la cabeza en un gesto arrogante. La corta cola de caballo que las guerreras Aiel llevaban atada a la nuca había desaparecido, y el pañuelo doblado que ceñía sus sienes casi le envolvía el cabello—. Exactamente la mujer que te interesa. ¿No te parece hermosa? Tiene la espalda recta, los miembros fuertes y flexibles y los labios carnosos y rojos

como granas. Su cabello parece oro hilado y sus ojos, zafiros. Su piel es más suave que la seda más fina, su busto lleno y armonioso. Sus caderas…

—Sé que es hermosa —la interrumpió precipitadamente Rand, que sentía arderle las mejillas—. ¿Qué te propones?

—Me limito a describirla. —Aviendha levantó la cabeza y lo miró, ceñuda—. ¿La has visto en el baño? No tengo que explicártelo si la has visto…

—¡Pues claro que no la he visto! —Ojalá su voz no sonara tan estrangulada. Rhuarc y los demás estaban pendientes de sus palabras y la expresión impasible de sus rostros apuntaba claramente el regocijo que disimulaban. Mat giró los ojos al tiempo que sonreía con picardía.

La Aiel se encogió de hombros y se ajustó el chal.

—Tendríamos que haberlo arreglado. Pero la he visto y actuaré como su hermana segunda. —El énfasis parecía apuntar que significaba lo mismo que si hubiera dicho tu hermana segunda; las costumbres Aiel eran raras, ¡pero esto alcanzaba la categoría de descabellado!—. Sus caderas…

—¡Basta!

La joven lo miró de soslayo.

—Es la mujer indicada para ti. Elayne ha puesto el corazón a tus pies como una guirnalda nupcial. ¿Crees que había alguien en la Ciudadela de Tear que no estuviera enterado?

—No quiero hablar más de Elayne —declaró con firmeza. Y sobre todo si su intención era seguir en la misma línea. La idea consiguió que de nuevo le ardiera la cara. ¡A esta chica no parecía importarle lo que decía ni quién la estaba escuchando!

—Haces bien en sonrojarte. Mira que dejarla a un lado cuando te había abierto su corazón… —El tono de Aviendha sonaba duro y despectivo—. Te escribió dos cartas, desnudando su alma como desnudaría su cuerpo bajo el techo de tu madre. La sedujiste para robarle besos en cualquier rincón y después la rechazaste. ¡Dijo en serio cada palabra escrita en esas cartas, Rand al'Thor! Cada palabra. Egwene me lo contó. ¿Qué intenciones tienes respecto a ella, hombre de las tierras húmedas?

Rand se pasó los dedos por el cabello y tuvo que arreglarse otra vez el *shoufa*. ¿Que Elayne había dicho en serio cada palabra escrita? ¿En las dos cartas? Eso era del todo imposible. ¡Pero si una contradecía a la otra casi punto por punto! De repente dio un respingo. ¿Que Egwene se lo había contado? ¿Respecto a las cartas de Elayne? ¿Es que las mujeres hablaban de estos asuntos entre ellas? ¿Planeaban unas con otras el mejor modo de desconcertar a un hombre?

De repente echó de menos a Min. Ella no lo hacía sentirse como un estúpido. Bueno, aparte de dos o tres veces. Y nunca lo había insultado. Vale, lo había llamado «pastor» en varias ocasiones. Pero se sentía a gusto con ella, envuelto en una especie de calidez. En ningún momento lo hacía sentirse como un completo idiota, como

Elayne y Aviendha.

Su silencio pareció irritar aun más a la Aiel, si tal cosa era posible. Mascullando entre dientes, pisando fuerte al caminar como si quisiera machacar algo o a alguien, se ajustó y se arregló el chal al menos media docena de veces seguidas. Finalmente sus rezongos cesaron y en lugar de ello se puso a mirarlo con fijeza, sin quitarle los ojos de encima en ningún momento. Como un buitre. Rand no entendía cómo era capaz de seguir andando sin tropezar y caer de bruces.

—¿Por qué me miras así? —demandó.

—Estoy escuchando, Rand al'Thor, ya que no quieres que hable. —Esbozó una sonrisa tirante, con los dientes apretados—. ¿Te gusta que esté pendiente de ti, escuchando?

Rand miró a Mat, que cabalgaba detrás de la Aiel, y su amigo sacudió la cabeza. No había quien entendiera a las mujeres. Intentó centrarse en lo que le aguardaba, pero resultaba difícil con los ojos de la mujer clavados en él. Unos hermosos ojos de no ser por que rebosaban rencor, pero habría preferido que miraran a otra parte.

Llevando la mano a modo de visera sobre los ojos para resguardarlos del intenso resplandor, Mat procuró no mirar a Rand ni a la Aiel que caminaba entre sus caballos. No entendía cómo la aguantaba su amigo. Aviendha era bastante guapa —a decir verdad, muy guapa, sobre todo ahora que llevaba algo parecido a un atuendo de mujer—, pero tenía una lengua viperina y un genio que hacía parecer manso el de Nynaeve. Se alegró de que fuera Rand el que tenía que soportarla, y no él.

Se quitó el pañuelo de la cabeza para enjugarse el sudor del rostro y después volvió a ponérselo. Empezaba a estar harto del calor y del implacable sol. ¿Es que en esta tierra no había una condenada sombra? El sudor le escocía en las heridas. Había rechazado la Curación anoche, cuando Moraine le despertó después de que, por fin, hubiera conseguido dormirse. Unos cuantos cortes eran un precio bajo con tal de evitar que alguien utilizara el Poder sobre uno, y la infusión de sabor repugnante preparada por las Sabias le había quitado el dolor de cabeza. Bueno, hasta cierto punto. Dudaba que la Aes Sedai pudiera hacer nada para remediar lo que todavía le molestaba y no tenía intención de decírselo hasta que él mismo lo hubiera entendido. Y puede que ni aun entonces. Ni siquiera quería pensar en ello.

Moraine y las Sabias lo observaban. Bueno, suponía que observaban a Rand, pero la sensación era la misma. Cosa sorprendente, la de cabello dorado, Melaine, se había subido a la grupa de *Aldieb*, detrás de Moraine; mantenía torpemente el equilibrio y se aferraba a la cintura de la Aes Sedai mientras hablaban. Por lo que sabía, los Aiel jamás montaban a caballo. Una guapa mujer, la tal Melaine, con aquellos ardientes ojos verdes; lo malo era que encauzaba. Un hombre tendría que ser un idiota redomado para enredarse con una de ellas. Rebulló en la silla de *Puntos* al tiempo que

se recordaba que a él le importaba un pimiento lo que hicieran los Aiel.

«He estado en Rhuidean. He hecho lo que me dijeron que tenía que hacer esos necios con pinta de serpiente. ¿Y qué he sacado en limpio? Esta jodida lanza, un medallón de plata y… Podría marcharme ahora. Y si tuviera una pizca de sentido común, lo haría.»

Sí, podía marcharse, intentar salir del Yermo por sí mismo antes de morir de sed o por insolación. Lo haría si Rand no siguiera tirando de él, aferrándolo. La manera más fácil de comprobarlo era intentar marcharse. Al contemplar el desolado paisaje, se encogió. Sopló una ráfaga de aire —parecía haber salido de un horno— y se levantaron pequeños remolinos de polvo amarillo del agrietado suelo. La reverberación del calor hacía rielar las montañas en lontananza. Quizá sería mejor quedarse un poco más.

Una de las Doncellas que se habían adelantado para explorar regresó trotando y se paró junto a Rhuarc, al que habló al oído. Luego lanzó una sonrisa a Mat, y el joven se afanó en quitar un cardo enganchado en la crin de *Puntos*. La recordaba muy bien: una pelirroja llamada Dorindha, más o menos de la edad de Egwene. Dorindha era una de las que lo habían embaucado para jugar al Beso de las Doncellas, y fue quien recibió la primera prenda. No es que no quisiera mirarla a los ojos y, desde luego, no porque fuera incapaz de hacerlo, pero mantener a su caballo limpio de cardos y cosas por el estilo era importante.

—Buhoneros —anunció Rhuarc cuando Dorindha volvió corriendo sobre sus pasos—. Carromatos de buhoneros que vienen en esta dirección. —No parecía complacido.

Por el contrario, Mat se sintió mucho más animado. Ésta podría ser la solución. Si sabían cómo entrar al Yermo también debían saber cómo salir de él. Se preguntó si Rand sospechaba lo que estaba pensando; se mostraba tan perturbado como cualquiera de los Aiel.

El grupo imprimió un poco más de velocidad a la marcha —y la comitiva de Couladin imitó a los Jindo y al grupo de las Sabias sin apenas vacilación; probablemente sus propias exploradoras también le habían informado—, un paso lo bastante rápido para que los caballos tuvieran que ir casi al trote. El sol no molestaba a los Aiel ni poco ni mucho, ni siquiera a los *gai'shain* con sus túnicas blancas. Era como si se deslizaran sobre el resquebrajado suelo.

Tres kilómetros más adelante tuvieron a la vista los carromatos, dieciocho vehículos avanzando en fila india. Todos iban preparados para la dureza del viaje, con ruedas de repuesto atadas en cualquier sitio. A despecho de una fina capa de polvo amarillo, los dos primeros parecían cajas pintadas de blanco sobre ruedas o pequeñas casas, con sus peldaños de madera en la parte trasera y el tubo metálico de una chimenea sobresaliendo por el tejado. Los tres últimos, arrastrados por tiros de veinte

mulas, tenían el aspecto de inmensos barriles, también blancos, y sin duda iban llenos de agua. Los carromatos intermedios eran muy semejantes a los de los buhoneros que pasaban por Dos Ríos, con ruedas altas de sólidos radios y montones de cacharros que tintineaban y cosas metidas en grandes bolsas de malla, todos colgados alrededor de las tensas cubiertas de lona con forma semicircular.

Los conductores frenaron tan pronto como divisaron a los Aiel y esperaron a que las columnas llegaran hasta ellos. Un hombre corpulento, vestido con una chaqueta gris pálido y tocado con un oscuro sombrero de ala ancha, bajó de un salto de la parte trasera del primer carromato y se quedó observándolos; de vez en cuando se quitaba el sombrero para limpiarse la frente con un pañuelo blanco. Si lo había puesto nervioso encontrarse de cara con unos mil quinientos Aiel, Mat no podía reprochárselo. Lo extraño era la expresión de los Aiel que estaban más cerca de Mat. Rhuarc, que trotaba delante del caballo de Rand, tenía un gesto sombrío; y el de Heirn era más duro que el de las propias piedras.

—No lo entiendo —dijo Mat—. Parece que os dispusierais a matar a alguien. —Eso pondría fin a sus esperanzas, indudablemente—. Creía que había tres clases de personas a las que los Aiel permitíais recorrer el Yermo: buhoneros, juglares y el Pueblo Errante.

—Los buhoneros y los juglares son bienvenidos —replicó, cortante, Heirn.

Pues si esto era una bienvenida, Mat prefería no ver a los Aiel dando otra clase de recepción.

—¿Y el Pueblo Errante? —preguntó con curiosidad. Puesto que Heirn no decía nada, añadió—: Los gitanos, los Tuatha'an.

El semblante del jefe de septiar se endureció aun más antes de volver la vista hacia los carromatos. Aviendha miró a Mat como si el joven fuera un necio. Rand condujo a *Jeade'en* cerca de *Puntos*.

—Yo que tú no mencionaría a los Aiel los gitanos —advirtió en voz baja—. Es un tema… delicado.

—Si tú lo dices. —¿Que los *gitanos* eran un tema delicado?—. A mi entender, con estos buhoneros sí que están siendo quisquillosos. Bueno, por llamarlos de algún modo. Recuerdo mercaderes que venían a Campo de Emond con menos carromatos.

—Éstos entraron al Yermo —rió Rand; *Jeade'en* sacudió la cabeza y caracoleó un poco—, pero me pregunto si saldrán de él.

La mueca sesgada de Rand no se reflejaba en sus ojos. Había veces en que Mat casi habría deseado que su amigo decidiera si estaba loco o no y acabar de una vez con la incertidumbre. Sólo casi.

A unos trescientos pasos de las carretas, Rhuarc hizo la señal de alto y Heirn y él prosiguieron solos. Al menos ésa parecía haber sido su intención, pero Rand taconeó a su semental rodado y fue tras ellos, por lo que la inevitable guardia personal de cien

Jindo también los siguió. Y, por supuesto, Aviendha, que se mantuvo tan cerca del caballo de Rand como si estuviera atada a él. Mat fue en pos del grupo. Si Rhuarc tenía intención de mandar largarse a este tipo no pensaba perder la oportunidad de irse con él.

Couladin se adelantó trotando al grupo de los Shaido. Solo. Quizá tenía la misma idea que Rhuarc y Heirn, pero Mat sospechaba que el hombre estaba haciendo notar que él iba solo mientras que Rand necesitaba un centenar de guardias. Al principio pareció que Moraine se disponía a acompañarlos también, pero hubo un intercambio de palabras entre ella y las Sabias y ninguna de ellas se movió de su sitio. Sin embargo, todas se mantuvieron alertas. La Aes Sedai desmontó y manoseó algo pequeño que brillaba, mientras Egwene y las Sabias se apiñaban a su alrededor.

A despecho de la frecuencia con que el tipo de los carromatos se había enjugado el sudor de la cara, visto desde más cerca no daba la impresión de que se sintiera intranquilo, si bien se llevó un sobresalto cuando las Doncellas aparecieron de repente como si brotaran del suelo y rodearon los carromatos. Los conductores, hombres malcarados con más cicatrices y narices rotas de lo habitual, parecían dispuestos a zambullirse debajo de los pescantes; eran simples perros callejeros comparados con los lobos Aiel. El buhonero se recobró al instante. No estaba gordo a pesar de ser tan corpulento; su volumen era muscular. Dirigió una mirada de curiosidad a Rand y Mat, montados a caballo, pero de inmediato eligió a Rhuarc como al cabecilla del grupo. Su nariz, ganchuda como un pico, y los oscuros y rasgados ojos en el atezado rostro le otorgaban una apariencia depredadora que no disminuyó cuando sonrió de oreja a oreja mientras se quitaba el sombrero haciendo un saludo.

—Me llamo Hadnan Kadere y soy buhonero —anunció—. Busco el dominio Peñas Frías, caballeros, pero comerciaré con cualquiera. Traigo muchas mercancías…

—Lleváis una ruta muy desviada de Peñas Frías o cualquier dominio —lo cortó Rhuarc, la voz cual una cuchilla de hielo—. ¿Cómo habéis llegado tan lejos de la Pared del Dragón sin disponer de un guía?

—Realmente no lo sé, caballero. —Kadere no perdió la sonrisa, si bien las comisuras de los labios se tensaron levemente—. He viajado abiertamente. Ésta es mi primera visita a una zona tan al sur de la Tierra de los Tres Pliegues. Pensé que quizás aquí no había guías.

Couladin resopló con fuerza e hizo girar una de sus lanzas con gesto ocioso. Kadere encogió los hombros como si ya sintiera la hoja de acero hincándose en su carne.

—Siempre hay guías —adujo fríamente Rhuarc—. Tenéis suerte de haber llegado tan lejos sin uno. Suerte de no haber muerto o de ir camino de regreso a la Pared del Dragón sin llevar encima más que vuestra piel. —Kadere esbozó una mueca que dejó

los dientes a la vista, y el jefe de clan continuó—: Suerte de topar con nosotros. De continuar en esta dirección un día o dos más, habríais llegado a Rhuidean.

El semblante del buhonero se puso ceniciento.

—He oído decir que… —Tuvo que hacer un alto para tragar saliva—. No lo sabía, caballeros, tenéis que creerme. Jamás haría algo así deliberadamente. Ni por accidente —se apresuró a añadir—. ¡La Luz es testigo de que jamás lo haría, caballeros!

—Mejor para vos —repuso Rhuarc—. El castigo es severo. Podéis viajar conmigo a Peñas Frías y así no volveréis a extraviaros. La Tierra de los Tres Pliegues es un lugar peligroso para quienes no la conocen.

Couladin levantó la cabeza en un gesto desafiante.

—¿Y por qué no conmigo? —dijo, cortante—. Los Shaido son los más numerosos aquí, Rhuarc. De acuerdo con la costumbre, viajará conmigo.

—¿Te has convertido en jefe de clan y no me he enterado? —El rubor encendió las mejillas del Shaido pelirrojo, pero Rhuarc no mostró el menor atisbo de satisfacción y continuó hablando con tono impasible—. El buhonero busca Peñas Frías, así que vendrá conmigo. Los Shaido que te acompañan pueden comerciar con él mientras viajamos. Los Taardad no estamos tan ansiosos de encontrar un buhonero como para acapararlo sólo para nosotros.

La expresión de Couladin se hizo más sombría; empero, moderó el tono, aunque la voz se le quebró por el esfuerzo.

—Acamparé cerca de Peñas Frías, Rhuarc. El que Viene con el Alba nos concierne a todos los Aiel, no sólo a los Taardad. Los Shaido ocuparán el lugar que les corresponde. También los Shaido seguirán a El que Viene con el Alba.

A Mat no le pasó inadvertido que Couladin no había reconocido a Rand como tal. Por su parte, Rand escudriñaba los carromatos y no parecía estar escuchando. Rhuarc guardó silencio unos instantes.

—Los Shaido serán bienvenidos a las tierras de los Taardad —dijo finalmente—, si es para seguir a El que Viene con el Alba. —También esta respuesta podía interpretarse de dos maneras.

Mientras tanto, Kadere había estado enjugándose el sudor sin parar, sin duda temiendo encontrarse en medio de una batalla entre Aiel. Subrayó la invitación de Rhuarc con un sonoro suspiro de alivio.

—Gracias, caballeros. Gracias. —Seguramente lo decía porque no lo hubieran matado—. ¿Querréis, tal vez, echar un vistazo a las mercancías que ofrezco? ¿Hay algo en especial que os gustaría?

—Después —dispuso Rhuarc—. Nos detendremos en Estancia Imre para pasar la noche y entonces podréis mostrarnos vuestras mercancías.

Couladin ya se alejaba tras escuchar el nombre de Estancia Imre, fuera lo que

fuera. Kadere hizo intención de ponerse de nuevo el sombrero.

—Quiero un sombrero —dijo Mat, acercando a *Puntos* al buhonero. Si tenía que permanecer en el Yermo un poco más de tiempo, al menos se resguardaría los ojos del condenado resol—. Pagaré un marco de oro por un sombrero como ése.

—¡Hecho! —aceptó una ronca y melodiosa voz de mujer.

Mat miró en derredor y dio un respingo. La única mujer que había a la vista, aparte de Aviendha y de las Doncellas, era la que se acercaba caminando desde el segundo carromato, pero ciertamente no encajaba con aquella voz, una de las más hermosas que había oído en su vida. Rand la miró ceñudo y sacudió la cabeza; tenía razón para hacerlo. Era una cuarta parte más baja que Kadere pero debía de pesar tanto o más que él. Los rollos de grasa casi le tapaban los oscuros ojos y ocultaban si eran rasgados o no, pero su nariz era una trompa que empequeñecía la del buhonero. Llevaba un vestido de seda de un pálido tono cremoso que se ceñía a su oronda figura, y un chal blanco de encaje cubría el áspero cabello negro que recogían unos ornamentados peinecillos de marfil; se movía con una incongruente ligereza, casi como cualquiera de las Doncellas.

—Buena oferta —abundó con aquel timbre musical—. Soy Keille Shaogi, buhonera. —Le quitó de un tirón el sombrero a Kadere y se lo tendió a Mat—. Una prenda resistente, caballero, y casi nueva. Una ganga. Necesitaréis algo así para sobrevivir en la Tierra de los Tres Pliegues. Aquí, un hombre puede morir… —Los gruesos dedos hicieron un seco chasquido—, en un suspiro. —Su risa poseía el mismo timbre profundo y acariciante de su voz—. O una mujer. Un marco de oro, dijisteis. —Al ver que el joven dudaba, sus ojillos casi enterrados en carne relucieron como los de un cuervo—. Rara vez ofrezco el mismo trato a un hombre dos veces.

Que era una mujer peculiar era lo menos que podía decirse de ella. Kadere no protestó más allá de una mueca de fastidio. Si eran socios, no cabía duda cuál de ellos era el que llevaba las riendas del negocio. Además, si el sombrero evitaba que se le cociera el cerebro, por lo que a Mat se refería valía su precio. Keille mordió el marco que el joven le entregó antes de soltar el sombrero. Por pura casualidad le estaba bien; y, aunque no tenía menos calor bajo la ancha ala, al menos sí le proporcionaba una bendita sombra. Mat guardó el pañuelo en un bolsillo de la chaqueta.

—¿Alguna cosa para los demás? —Los ojos de la fornida mujer pasaron sobre los Aiel—. Qué criatura tan bonita —murmuró al fijarse en Aviendha, a la que dedicó una mueca que podría ser una sonrisa. A Rand le habló dulcemente—: ¿Y vos, mi buen caballero? —Que de semejante rostro saliera esa voz, especialmente con aquel tono meloso, resultaba en verdad chocante—. ¿Algo que os resguarde de esta implacable tierra? —Haciendo que *Jeade'en* cambiara de posición para escrutar a los conductores, Rand negó con la cabeza. Con el *shoufa* rodeándole el rostro realmente parecía un Aiel.

—Esta noche, Keille —intervino Kadere—. Haremos tratos cuando acampemos, en un sitio llamado Estancia Imre.

—Vaya, conque eso haremos. —Observó unos instantes la columna Shaido y al grupo de las Sabias más largamente. De pronto se volvió hacia su carromato mientras decía al otro buhonero—: Entonces ¿por qué tienes a estas buenas gentes plantadas de pie aquí? Vamos, Kadere, muévete.

Rand la siguió con la mirada al tiempo que volvía a sacudir la cabeza.

Junto al vehículo de la mujer, en la parte trasera, había un juglar. Mat parpadeó, convencido de que el calor le había afectado el cerebro y estaba viendo espejismos, pero el individuo no desapareció; era un hombre de cabello oscuro que llevaba una capa de parches. Contempló con inquietud al gentío hasta que Keille lo empujó hacia la escalerilla obligándolo a subir delante de ella. Antes de dirigirse a su carromato, Kadere miró el de la mujer con una impasibilidad propia de los Aiel. Una pandilla muy rara, realmente.

—¿Viste al juglar? —preguntó Mat a Rand, que asintió con aire absorto, sin quitar ojo de la hilera de carromatos como si no hubiera visto esta clase de vehículos en toda su vida.

Rhuarc y Heirn ya regresaban hacia el lugar donde aguardaban los otros Jindo. Los cien guardias que rodeaban a Rand esperaron pacientemente, enfocando la vigilante mirada de manera alternativa en el joven y en cualquier cosa que pudiera servir de escondite incluso a un ratón. Los conductores empezaron a coger las riendas, pero Rand continuó inmóvil.

—Qué gente tan rara estos buhoneros, ¿no te parece, Rand? —comentó Mat—. Aunque supongo que hay que ser raro para venir al Yermo. O si no, fíjate en nosotros. —Esta observación consiguió que Aviendha torciera el gesto, pero Rand ni siquiera pareció escucharlo. Mat quería hacerlo hablar, que dijera algo. Cualquier cosa. Su silencio resultaba irritante—. ¿Se te había pasado por la cabeza que escoltar a un buhonero fuera tan gran honor para que Rhuarc y Couladin se lo disputaran? ¿Entiendes algo de todo este *ji'e'toh*?

—Eres un necio —murmuró Aviendha—. No tiene nada que ver con el *ji'e'toh*. Couladin intenta actuar como un jefe de clan, pero Rhuarc no puede permitirlo hasta que haya ido a Rhuidean. Los Shaido son de los que robarían los huesos a un perro; seguramente robarían los huesos y el perro, pero aun así se merecen un verdadero jefe. Y por causa de Rand al'Thor tenemos que permitir que un millar de Shaido levanten sus tiendas en nuestras tierras.

—Sus ojos —musitó Rand sin apartar la vista de los carromatos—. Un hombre peligroso.

—¿Los ojos de quién? —Mat frunció el entrecejo—. ¿De Couladin?

—Los de Kadere. Mucho sudar y ponerse pálido, pero la expresión de sus ojos no

ha cambiado un solo instante. Siempre hay que fijarse en los ojos, no en la apariencia.

—Claro, Rand. —Mat rebulló inquieto en la silla y levantó a medias las riendas como si estuviera a punto de salir a galope. Pensándolo bien, más habría valido que Rand hubiera seguido callado—. Hay que fijarse en los ojos.

La mirada escrutadora de Rand se dirigió hacia las cimas de las agujas pétreas y los cuetos más cercanos, girando la cabeza a un lado y a otro.

—El tiempo es el principal riesgo —murmuró—. El tiempo coloca las trampas. Tengo que evitar las suyas a la par que tiendo las mías.

Que Mat viera, allá arriba no había nada aparte de unos arbustos y alguno que otro árbol atrofiado. Aviendha escudriñó las alturas con el entrecejo fruncido y después miró a Rand mientras se ajustaba el chal.

—¿Trampas? —repitió Mat. «Luz, que me dé una respuesta que no sea un desvarío»—. ¿Quién está tendiendo trampas?

Por un momento Rand lo miró como si no entendiera su pregunta. Los carromatos de los buhoneros se habían puesto en marcha con una escolta de Doncellas trotando a los lados, haciendo un giro para seguir a los Jindo, que avanzaban a paso ligero; los Shaido también se habían puesto en movimiento. Otras Doncellas se adelantaron corriendo para explorar. Sólo los Aiel que rodeaban a Rand continuaban inmóviles, si bien el grupo de las Sabias remoloneaba, pendiente de ellos; por los gestos de Egwene, Mat creyó que la joven quería acercarse a ellos para ver qué pasaba.

—No puedes verlo ni sentirlo —dijo finalmente Rand, que se inclinó un poco hacia Mat y susurró, aunque lo bastante alto para que lo oyeran, como si estuviera fingiendo—: Ahora cabalgamos con el mal, Mat. Ten cuidado. —De nuevo sonreía de aquel modo sesgado, observando el paso de los carromatos.

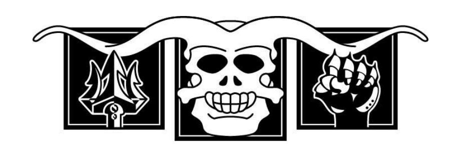
—¿Crees que el tal Kadere es maligno?

—Un hombre peligroso, Mat. Los ojos siempre los descubren. Aunque ¿quién sabe? Sin embargo, ¿qué motivo tengo para preocuparme, con Moraine y las Sabias vigilándome, pendientes de mí? Y no olvidemos a Lanfear. ¿Habrá habido algún hombre con más ojos vigilantes sobre él? —De repente se puso erguido en la silla—. Ha empezado —musitó—. Ojalá tuviera tu suerte, Mat. Ha empezado y ya no hay vuelta atrás, caiga del lado que caiga la cuchilla. —Asintiendo para sí mismo, taconeó al rodado y partió en pos de Rhuarc, con Aviendha trotando a su lado y los cien Jindo siguiéndolo.

Mat se alegró de ir en pos de él. Mejor que quedarse solo aquí, indudablemente. El sol reverberaba en el profundo azul del cielo, todavía alto. Quedaba mucho camino por delante antes del anochecer. ¿Qué había empezado? ¿A qué se refería con eso? Había empezado en Rhuidean; o, mejor dicho, en Campo de Emond la Noche de Invierno de hacía más de un año. ¿Y lo de «cabalgar con el mal» y «no hay vuelta atrás»? ¿Y Lanfear? Ahora sí que Rand caminaba por el filo de una cuchilla. No cabía

duda. Tenía que haber algún modo de salir del Yermo antes de que fuera demasiado tarde. De vez en cuando, Mat observaba los carromatos de los buhoneros. Antes de que fuera demasiado tarde. Si es que no lo era ya.

37



Estancia Imre

Todavía faltaba mucho para que el sol se metiera tras el montañoso horizonte occidental cuando Rhuarc anunció que Estancia Imre, donde tenían intención de hacer noche, se encontraba a menos de dos kilómetros más adelante.

—¿Y por qué paramos tan pronto? —preguntó Rand—. Aún quedan unas horas de luz.

Fue Aviendha, que caminaba al otro lado de *Jeade'en*, la que respondió con el tono desdeñoso que Rand ya se había acostumbrado a escuchar.

—Hay agua en Estancia Imre. Es mejor acampar cerca del agua cuando se presenta la ocasión de hacerlo.

—Y los carromatos de los buhoneros no pueden continuar mucho más —agregó Rhuarc—. Cuando las sombras se alargan, tienen que pararse o empiezan a romperse ruedas o patas de mulas. No quiero dejarlos atrás. Nuestro grupo no puede permitirse prescindir de nadie para que los vigile, mientras que Couladin sí puede.

Rand se giró sobre la silla. Flanqueados ahora por Jindo *Duadhe Mahdi'in*, Buscadores de Agua, los carromatos avanzaban pesadamente a un centenar de pasos al costado, en medio de traqueteos y levantando una nube de polvo amarillo. La mayoría de las zanjas y cárcavas eran demasiado profundas o tenían las paredes demasiado empinadas, lo que obligaba a los conductores a dar rodeos para salvarlas, de manera que la caravana se desplazaba serpenteando como una culebra borracha. En la hilera de carros sonaban maldiciones, casi todas contra las mulas, como si ellas fueran las culpables de todo. Kadere y Keille no habían salido de sus carromatos blancos.

—No —respondió Rand—, claro que no debes dejarlos atrás. —A despecho de sí mismo, soltó una queda risita.

Mat lo estaba mirando de un modo raro bajo la sombra del ala de su nuevo sombrero; le sonrió de un modo que esperaba fuera tranquilizador, pero la expresión de Mat no cambió. «Tendrá que cuidar de sí mismo —pensó—. Hay demasiado en juego aquí.»

Y, hablando de tener cuidado, reparó en el modo en que Aviendha lo observaba; llevaba el chal alrededor de la cabeza de un modo semejante a un *shoufa*. Volvió a sentarse erguido. Puede que Moraine le hubiera encargado que lo cuidara, pero tenía

la impresión de que la Aiel esperaba verlo caer. Evidentemente eso le resultaría divertido, considerando el extraño sentido del humor de los Aiel. A Rand le habría gustado pensar que Aviendha sólo estaba resentida por tener que llevar falda y estar pendiente de él, pero el brillo de sus ojos le parecía demasiado personal para que se tratara simplemente de eso.

Por una vez, Moraine y las Sabias no estaban pendientes de él. A mitad de camino entre los Jindo y los Shaido, Moraine y Egwene caminaban con Amys y las demás, y todas ellas miraban un objeto que la Aes Sedai tenía en las manos. Lo que quiera que fuera reflejó la luz del sol, que iba descendiendo hacia el ocaso, y resplandeció como una gema; estaban tan absortas como unas chiquillas con una bonita chuchería. Lan retrocedió en su caballo hacia la posición de los *gai'shain* y los animales de carga, como si le hubieran ordenado que se alejara.

La escena despertó inquietud en Rand. Estaba acostumbrado a ser el centro de atención de aquel puñado de mujeres. ¿Qué habían encontrado que les interesara más? Seguro que no sería nada de lo que pudiera alegrarse, estando por medio Moraine; y seguramente lo mismo rezaba para Amys y las otras. Todas tenían planes para él. De la única que podía fiarse era de Egwene. «Luz, espero que todavía pueda confiar en ella. —En realidad, sólo podía confiar en sí mismo—. Cuando el jabalí sale a descubierto, únicamente cuentas contigo y con tu lanza.» Esta vez, en su risa había un deje de amargura.

—¿Te parece divertida la Tierra de los Tres Pliegues, Rand al'Thor? —La sonrisa de Aviendha era una mueca enseñando los dientes—. Ríe mientras puedas, hombre de las tierras húmedas. Cuando este territorio empiece a hundirte será el justo castigo por el trato que le diste a Elayne.

¿Es que no pensaba dejar ese asunto?

—No mostraste respeto alguno por el Dragón Renacido —increpó Rand—, pero al menos deberías manifestar cierta deferencia hacia el *Car'a'carn*.

Su comentario provocó una queda risita en Rhuarc.

—Un jefe de clan no es un rey de las tierras húmedas, Rand —dijo el Aiel—, ni tampoco lo es el *Car'a'carn*. Existe respeto en el trato, bien que las mujeres generalmente muestran lo imprescindible para no romper las normas, pero cualquiera puede hablarle a un jefe. —A pesar de sus palabras, dirigió una mirada ceñuda a la mujer que caminaba al otro lado del caballo de Rand—. Aunque hay quien fuerza los límites del decoro.

Aviendha tuvo que darse cuenta de que el último comentario iba dirigido a ella; su semblante adquirió una dureza que en nada tenía que envidiar a las piedras, pero continuó caminando sin añadir nada más, con los puños apretados a los costados.

Aparecieron un par de Doncellas exploradoras que regresaban a todo correr. Saltaba a la vista que no iban juntas; una se encaminó directamente hacia los Shaido

mientras que la otra se dirigió al grupo de los Jindo. Rand la reconoció; era Adelin, una mujer rubia, atractiva pero de expresión dura, con la curtida mejilla atravesada por la fina línea pálida de una cicatriz. Había estado en la Ciudadela, aunque era mayor que las demás, unos diez años más que él. La fugaz mirada que dirigió a Aviendha antes de ponerse al lado de Rhuarc, una mezcla de curiosidad y compasión, irritó profundamente a Rand. Si Aviendha había aceptado espiar para las Sabias, ciertamente no había por qué compadecerse de ella; estar en su compañía no era tan molesto como para despertar compasión. Adelin hizo caso omiso de él, como si no existiera.

—Hay problemas en Estancia Imre —informó a Rhuarc; hablaba muy deprisa, como cortando las palabras—. No se ve a nadie. Hemos estado escondidas y no nos hemos acercado.

—De acuerdo —contestó Rhuarc—. Informa a las Sabias. —En un gesto inconsciente levantó sus lanzas mientras regresaba junto al grupo principal de Jindo.

Aviendha masculló algo entre dientes mientras daba suaves tirones a la falda, claramente deseosa de unirse al jefe de clan.

—Me parece que ya lo saben —comentó Mat al ver que Adelin corría hacia el grupo de las Sabias.

Por la agitación reinante entre las mujeres que rodeaban a Moraine, Rand pensó que su amigo tenía razón. Todas ellas parecían hablar a un tiempo; Egwene se resguardaba los ojos con una mano y su mirada iba alternativamente de Adelin a él, en tanto que se cubría la boca con la otra mano. Tendría que dejar para más tarde la pregunta de cómo se habían enterado.

—¿Qué clase de problema puede haber? —le preguntó a Aviendha, que seguía mascullando y no respondió—. Aviendha, ¿qué clase de problema? —Silencio—. ¡Rayos y truenos, mujer, podrás contestar a una simple pregunta! ¿Qué clase de problema?

La Aiel enrojeció, pero su voz carecía de inflexiones cuando respondió:

—Lo más probable es que sea una incursión para robar cabras u ovejas; cualquiera de los dos tipos de rebaño puede pastar en Imre, pero seguramente serán cabras, por el agua. Probablemente hayan sido Chareen, del septiar Montaña Blanca o del Jarra. Son los más próximos. O tal vez algún septiar de los Goshien. Los Tomanelle están demasiado lejos, creo.

—¿Habrá lucha? —Entró en contacto con el *Saidin*; el dulce caudal del Poder lo hinchió, pero también la repulsiva infección fluyó en su interior y el sudor manó de golpe por cada poro de su cuerpo—. ¡Aviendha!

—No. Si los atacantes siguieran allí Adelin lo habría dicho. A estas horas tanto los rebaños como los *gai'shain* estarán a muchos kilómetros. No podremos recuperar el hato porque hemos de acompañarte.

Rand se preguntó por qué no había mencionado el rescate de los cautivos, los *gai'shain*, pero enseguida dejó a un lado la idea. El esfuerzo de mantenerse erguido mientras estaba unido al *Saidin*, de no flaquear y ser arrastrado por la impetuosa corriente, dejaba poco espacio para pensar.

Rhuarc y los Jindo se adelantaron a todo correr al tiempo que se cubrían los rostros; Rand los siguió más despacio, por lo que se ganó repetidas ojeadas impacientes por parte de Aviendha. El joven mantuvo a *Jeade'en* al trote, poco dispuesto a meterse de cabeza en la trampa de nadie. Mat tampoco parecía tener prisa; vaciló un momento, echando una ojeada a los carromatos de los buhoneros, antes de azuzar a *Puntos* para salir al trote. Por su parte, Rand ni siquiera dedicó una mirada a las carretas.

Los Shaido se quedaron atrás, remoloneando hasta que el grupo de las Sabias reanudó la marcha. Por supuesto. Ésta era tierra de los Taardad, y a Couladin le importaba poco que se produjeran incursiones aquí. Rand confiaba en que los jefes de clan se reunieran en Alcair Dal rápidamente. ¿Cómo iba a unir a unas gentes que parecían estar luchando entre sí a cada momento? En cualquier caso, aquél era el menor de sus problemas ahora.

Cuando finalmente Estancia Imre apareció a la vista, a Rand lo sorprendió. Unos cuantos grupos dispersos de cabras blancas de pelo largo pacían en parches de hierba dura o ramoneaban las hojas de los arbustos espinosos. Al principio no reparó en el tosco edificio de piedra adosado a la base de un alto cueto; la burda estructura se confundía perfectamente con el entorno, y varios espinos habían arraigado en el techo cubierto de tierra. No era muy grande, tenía aspilleras en lugar de ventanas y, que se viera, sólo una puerta. Un instante después atisbaba otro edificio, también pequeño, alojado sobre una cornisa, unos veinte metros más arriba. Detrás de la casa de abajo arrancaba una profunda grieta que ascendía hacia la cornisa y más allá; aparentemente no había otro camino para llegar al saliente.

Rhuarc, plantado a unos trescientos pasos del cueto, a descubierto y con el velo bajado, era el único Jindo visible; ello no significaba que los otros no estuvieran allí, por supuesto. Rand paró el caballo al lado del Aiel y desmontó. El jefe de clan siguió escudriñando los edificios de piedra.

—Hay cabras —dijo Aviendha, aparentemente preocupada—. Unos asaltantes no habrían dejado animales. Faltan muchos, pero es como si se hubiera dejado que el rebaño deambulara suelto y se hubiera alejado.

—Durante días —se mostró conforme Rhuarc sin quitar ojo de los edificios—, o en caso contrario quedarían más animales. ¿Por qué no sale nadie? Tendrían que haberme visto la cara y reconocerme. —Echó a andar hacia el cueto y no hizo objeciones cuando Rand lo acompañó llevando a *Jeade'en* por las riendas. Aviendha tenía la mano sobre la empuñadura del cuchillo que llevaba al cinto, y Mat, que los

seguía en su caballo, empuñaba la extraña lanza negra como si esperara tener que utilizarla.

La puerta era de burda madera, con tablones cortos y estrechos unidos entre sí. Algunos de los sólidos refuerzos de hierro estaban rotos, partidos a hachazos. Rhuarc vaciló un momento antes de abrirla. Apenas echó un vistazo al interior antes de volverse para escudriñar el entorno.

Rand se asomó; no había nadie dentro. La luz, que penetraba en estrechos haces por las aspilleras, permitía ver la única habitación que, evidentemente, no era una vivienda, sino un lugar para que los pastores se resguardaran y se protegieran si los atacaban. No había muebles, ni siquiera mesas o sillas. Debajo de un agujero abierto en el techo, negro por el hollín, había un hogar descubierto. En la piedra gris de la amplia grieta de la parte posterior se veían tallados unos escalones. El lugar había sido allanado; catres, mantas, pucheros, todo yacía desperdigado por el suelo en medio de almohadas y cojines destrozados a cuchilladas. Algún líquido lo había salpicado todo, incluso las paredes y el techo, y se había secado.

Cuando Rand comprendió qué era, dio un respingo y la espada de Poder apareció en sus manos antes incluso de pensarlo. Sangre. Muchísima sangre. Se había cometido una escabechina aquí dentro, un acto de salvajismo como nunca había visto. Fuera no se movía nada excepto las cabras.

Aviendha salió tan deprisa como había entrado.

—¿Quién? —demandó con incredulidad; en sus verdes ojos ardía la rabia—. ¿Quién haría algo así? ¿Dónde están los muertos?

—Trollocs —murmuró Mat—. A mi entender, esto es obra de trollocs.

La Aiel bufó con aire despectivo.

—Los trollocs no entran en la Tierra de los Tres Pliegues. Al menos, no más de unos pocos kilómetros al sur de la Llaga, y sólo muy rara vez. Me han contado que la llaman la Tierra de la Muerte. Nosotros cazamos trollocs, hombre de las tierras húmedas, no a la inversa.

No se movía nada. Rand hizo desaparecer la espada y cortó el contacto con el *Saidin*. Qué duro resultaba. La dulzura del Poder casi bastaba para superar la sensación repugnante de la corrupción, y la pura exaltación era casi suficiente para que no le importara. Dijera lo que dijera Aviendha, Mat tenía razón, pero esto no era reciente; los trollocs se habían marchado. Trollocs en el Yermo, el lugar donde tenía que venir él. No era tan necio como para considerarlo una coincidencia. «Pero si ellos piensan que lo soy quizá se vuelvan descuidados.»

Rhuarc hizo una seña a los Jindo para que se acercaran; los Aiel parecieron brotar del suelo. Al cabo de un rato aparecieron los otros, los Shaido, los carromatos de los buhoneros y el grupo de las Sabias. La voz de lo que habían encontrado se corrió enseguida entre los Aiel y la tensión se hizo palpable. Se movían como si esperaran

un ataque en cualquier momento, quizás entre ellos mismos. Los exploradores se dispersaron en todas direcciones. Mientras desenganchaban las mulas, los conductores de los carromatos no dejaban de echar ojeadas en derredor, tensos, aparentemente prestos para zambullirse debajo de los carromatos al primer grito que oyeran.

Durante un rato el lugar semejó un alborotado hormiguero que hubiera sido removido. Rhuarc se aseguró de que los buhoneros alinearan las carretas al borde del campamento Jindo. Couladin se mostró furibundo ya que cualquier Shaido que quisiera hacer algún trato con los buhoneros tendría que acercarse a los Jindo, pero no discutió. Tal vez ahora hasta él se daba cuenta de que hacer objeciones podía llevar a una danza de las lanzas. Las tiendas Shaido se levantaron a menos de cuatrocientos metros, con las Sabias, como era habitual, entre ambos grupos. La Sabias examinaron el interior del edificio. También lo hicieron Moraine y Lan; pero, si llegaron a alguna conclusión, no se lo dijeron a nadie.

El agua de Estancia Imre resultó ser un minúsculo manantial en la parte posterior de la hendidura que alimentaba un estanque profundo y más o menos redondo al que Rhuarc llamaba un aljibe, y que tenía menos de dos metros de diámetro. Suficiente para los pastores, para que los Jindo llenaran algunos odres. Ningún Shaido se acercó al manantial; en tierra de los Taardad, los Jindo tenían preferencia sobre el agua. Al parecer las cabras obtenían el líquido que necesitaban de las gruesas hojas de los arbustos espinosos. Rhuarc le aseguró a Rand que habría mucha más agua en el próximo punto de acampada.

Kadere les tenía una sorpresa reservada; mientras los conductores desenganchaban los tiros y cogían cubos de los carros que acarreaban agua, el buhonero salió de su carreta acompañado por una joven de cabello oscuro, ataviada con un vestido de seda roja y escarpines del mismo color, prendas más propias para llevar en un palacio que en el Yermo. Un fino chal le cubría la cabeza casi como un *shoufa*, así como parte de la cara, si bien no servía de mucho como protección contra el sol y tampoco para ocultar el pálido y bello rostro en forma de corazón. Agarrada al fornido brazo del buhonero, se dirigió con andares seductores hacia el cuarto salpicado de sangre; Moraine y las demás mujeres se habían retirado al lugar donde los *gai'shain* estaban instalando el campamento de las Sabias. Cuando la pareja salió, la joven se estremeció delicadamente. Rand estaba seguro de que era puro fingimiento, como también estaba convencido de que había sido ella la que había pedido ver aquel matadero. Su parodia de pretendida repulsión duró apenas dos segundos, y después miró en derredor observando con interés a los Aiel.

Por lo visto, el propio Rand era objeto también de su curiosidad. Kadere se disponía a conducirla de vuelta al carromato, pero ella lo condujo hacia el joven; la seductora sonrisa de sus labios carnosos era claramente visible bajo el velo

transparente.

—Hadnan me ha estado hablando de ti —dijo con voz ronca. Iría colgada del brazo del buhonero, pero sus oscuros ojos recorrieron a Rand de arriba abajo con descaro—. Eres del que hablan los Aiel. El que Viene con el Alba.

Keille y el juglar salieron del segundo carromato y se pararon a cierta distancia, observándolos.

—Eso parece —respondió Rand.

—Qué extraño. —Su sonrisa se tornó cruelmente maliciosa—. Pensé que serías más apuesto. —Dio unas palmaditas a Kadere en la mejilla y suspiró—. Este horrible calor me agota. No tardes.

Kadere no habló hasta que la joven hubo subido la escalerilla y entró en el carromato. Había reemplazado el sombrero por un largo chal blanco que llevaba atado alrededor de la cabeza, con los picos colgando sobre la nuca.

—Debéis disculpar a Isendre, caballero. A veces es demasiado… atrevida. —Su voz sonaba apaciguadora, pero sus ojos eran los de un ave de presa. Vaciló antes de proseguir—: También he oído otros rumores. Se dice que sacasteis a *Callandor* del Corazón de la Ciudadela.

La expresión de sus ojos no cambió ni por un momento. Si sabía lo de *Callandor*, entonces estaba enterado de que él era el Dragón Renacido y que, por ende, podía encauzar el Poder Único. Pero sus ojos no cambiaron. Un hombre peligroso.

—También se dice que no hay que creer nada de lo que se oye y sólo la mitad de lo que se ve —respondió Rand.

—Una norma muy sensata —comentó Kadere al cabo de un momento—. Empero, si un hombre quiere superarse debe creer en algo. La fe y el conocimiento abren el camino hacia la grandeza. El conocimiento quizá sea lo más valioso. Todos buscamos ese tesoro. Excusadme, caballero, Isendre no es muy paciente. Tal vez tengamos otra oportunidad de hablar.

Antes de que el hombre hubiera subido tres peldaños de la escalerilla, Aviendha manifestó en un tono duro y bajo:

—Perteneces a Elayne, Rand al'Thor. ¿Miras así a todas las mujeres que se te ponen delante o sólo a las que van medio desnudas? Si me quitara la ropa, ¿me mirarías de ese modo también? ¡Perteneces a Elayne!

—Yo no le *pertenezco* a nadie, Aviendha —replicó el joven, que había olvidado que la Aiel estaba allí—. ¿Elayne? ¡Pero si es incapaz de decidir qué es lo que quiere!

—Elayne te entregó su corazón, Rand al'Thor. Si no te lo demostró ya en la Ciudadela de Tear, ¿no te dicen sus dos cartas lo que siente? Eres suyo y de ninguna otra.

Rand levantó las manos y se alejó de ella. O, más bien, lo intentó, porque Aviendha siguió pegada a sus talones cual una sombra desaprobadora.

Espadas. Los Aiel habrían olvidado por qué no usaban espadas, pero sí conservaban el desprecio por ellas. A lo mejor había encontrado el modo de que lo dejara en paz. Buscó a Lan en el campamento de las Sabias y le pidió que mirara cómo practicaba las distintas maniobras. Bair era la única de las cuatro Sabias que estaba por allí, y el gesto ceñudo de la mujer marcó más profundamente sus arrugas. Tampoco a Egwene se la veía por ninguna parte. Moraine mostraba su habitual máscara de impasible calma y una absoluta frialdad en sus oscuros ojos; imposible saber si lo aprobaba o no.

No buscaba ofender a los Aiel, de modo que se puso con Lan entre las tiendas de las Sabias y las de los Jindo. Utilizó una de las espadas de prácticas que el Guardián llevaba en su equipaje y que, en lugar de una hoja de acero, tenía un haz de varillas atadas. El peso y el equilibrio eran correctos, sin embargo, y Rand podía olvidarse de sí mismo en aquella especie de danza fluida entre postura y postura, como si la espada de prácticas cobrara vida y hubiera pasado a ser parte de él. Generalmente ocurría así, pero hoy el sol era un horno en el cielo que evaporaba la humedad corporal y consumía las fuerzas. Aviendha se sentó en cuclillas a un lado, ciñendo las rodillas contra el pecho, contemplándolo fijamente.

Por fin, falto de aliento, Rand dejó caer los brazos.

—Perdiste la concentración —le dijo Lan—. Debes aferrarte a ella incluso cuando tus músculos dejen de responderte. Si la pierdes, ése será el día que mueras. Y probablemente será a manos de un muchacho campesino que ha cogido un arma por primera vez en su vida. —Su sonrisa fue repentina, chocante en aquel rostro pétreo.

—Sí. Bueno, ya no soy un chico de pueblo, ¿verdad? —Tenían público, aunque a distancia. Los Aiel se alineaban al borde de los campamentos Shaido y Jindo. La oronda figura de Keille, envuelta en ropas color crema, resaltaba entre los Jindo; el juglar estaba a su lado, con la capa de parches de colores. ¿A cuál elegía? No quería que vieran que los estaba observando—. ¿Cómo luchan los Aiel, Lan?

—Con dureza —repuso, cortante, el Guardián—. Jamás pierden la concentración. Fíjate. —Con la espada dibujó en el arcilloso suelo resquebrajado un círculo y flechas —. Los Aiel cambian de táctica de acuerdo con las circunstancias, pero ésta es una de las que utilizan con más asiduidad. Se mueven en una columna dividida en cuatro. Cuando encuentran un enemigo, el primer grupo arremete de frente contra él, mientras que el segundo y el tercero se despliegan a ambos lados y atacan por los flancos y la retaguardia. El cuarto grupo se queda esperando como tropa de reserva, a menudo sin seguir el curso de la batalla, a excepción de su cabecilla. Cuando aparece un punto débil —una brecha, cualquier cosa— la tropa de reserva ataca allí. ¡Golpe de gracia! —Su espada se hincó en el círculo, que ya estaba partido con flechas.

—¿Y cómo se supera esa táctica tan demoledora?

—Con dificultad. Cuando surge el primer contacto, y nunca detectarás a los Aiel

hasta que lancen el ataque a menos que tengas suerte, se envía de inmediato a la caballería para que cargue contra los grupos de los flancos y así romper el cerco o, cuando menos, retrasar su maniobra. Si mantienes al grueso de tu fuerza atrás y abres brecha y arrasas el ataque de contención, entonces puedes volverte contra los otros frentes y vencerlos también.

—¿Por qué quieres aprender el modo de luchar contra los Aiel? —barbotó Aviendha—. ¿No eres El que Viene con el Alba, el que nos unirá y nos hará volver a las viejas glorias? Además, si quieres saber cómo combatir a los Aiel, pregunta a los Aiel, no a un hombre de las tierras húmedas. Su táctica no funcionará.

—Ha funcionado bastante bien con los hombres de la frontera de vez en cuando. —Las suaves botas de Rhuarc apenas hacían ruido en el endurecido terreno. El jefe de clan llevaba un odre de agua bajo el brazo—. Siempre se es comprensivo y se disculpan los excesos de alguien que sufre un desengaño, Aviendha, pero los estallidos de malhumor tienen un límite. Renunciaste a la lanza porque tienes una obligación con el pueblo y con el linaje. Sin duda llegará el día en que dirás a un jefe de clan lo que ha de hacer en lugar de lo que él querría; pero, aun en el caso de que seas la Sabia del dominio más pequeño del septiar más pequeño de los Taardad, esa obligación sigue vigente y no puede afrontarse con rabietas.

Una Sabia. Rand se sintió como un estúpido. Por eso había ido a Rhuidean, naturalmente, aunque jamás habría imaginado que Aviendha renunciara a la lanza. Ciertamente, esto explicaba por qué la habían elegido para espiarlo. De repente se preguntó si la Aiel podría encauzar. Por lo visto, Min había sido la única mujer en su vida desde aquella Noche de Invierno que no tenía el don.

Rhuarc le echó el húmedo odre. El agua templada se deslizó por su garganta como un delicioso vino frío. Aunque fue todo un alarde de fuerza de voluntad por su parte, no se mojó la cara como le habría gustado hacer, para no desperdiciar el preciado líquido.

—Pensé que a lo mejor te gustaría aprender a manejar la lanza —dijo Rhuarc cuando finalmente Rand bajó el odre medio vacío.

Por primera vez, el joven advirtió que el jefe de clan llevaba sólo dos lanzas y un par de adargas. Nada de lanzas de prácticas, si es que existía tal cosa, sino unos astiles equipados con unas afiladas puntas de acero de una cuarta de largo.

Acero o madera, sus músculos le estaban pidiendo a gritos un descanso, sus piernas lo instaban a que se sentara y su cabeza quería reposar. Keille y el juglar se habían marchado, pero los Aiel seguían observando desde los dos campamentos. Lo habían visto practicando con una despreciable espada, aunque fuera de madera. Éste era su pueblo. No los conocía, pero eran suyos, en más de un sentido. También Aviendha lo estaba observando, furibunda, como si él tuviera la culpa de que Rhuarc la hubiera reprendido. Y su presencia no tuvo que ver con la decisión que tomó, por

supuesto. Los Jindo y los Shaido estaban mirándolo; por eso lo hizo.

—El deber. Esa montaña puede volverse terriblemente pesada en ocasiones —suspiró mientras cogía una lanza y una adarga a Rhuarc—. ¿Cuándo se tiene una oportunidad de descargar ese peso durante un rato?

—Cuando se ha muerto —respondió escuetamente Lan.

Obligando a sus piernas a moverse —e intentando hacer caso omiso de Aviendha— Rand se cuadró ante Rhuarc. No tenía la menor intención de morir todavía. Ni hasta dentro de mucho tiempo.

Recostado contra una de las altas ruedas, a la sombra de uno de los carromatos de los buhoneros, Mat contempló la hilera de Jindo que observaba a Rand. Sólo veía sus espaldas. Rand era un completo estúpido; ¡mira que estar dando brincos con este calor! Cualquier hombre con dos dedos de frente buscaría un poco de sombra para resguardarse del sol y algo para beber. Cambió un poco de postura para sentarse más cómodo y bajó la vista a la jarra de cerveza que le había comprado a uno de los carreteros; hizo un gesto de asco. La cerveza no sabía bien cuando estaba tan caliente como una sopa. Bueno, por lo menos era líquido. Aparte del sombrero, sólo había comprado una pipa de caña corta, con la cazoleta de plata labrada, que ahora descansaba en un bolsillo junto con la bolsa de tabaco. Comprar no era su propósito, a no ser que se tratara de un pasaje para salir del Yermo, una mercancía que las carretas de los buhoneros no parecían tener a la venta en este momento.

Estaban haciendo buenas ventas, aunque no de cerveza. A los Aiel no parecía importarles que estuviera caliente, pero por lo visto consideraban que era demasiado floja. La mayoría eran Jindo, pero también había un constante reguero de Shaido procedentes del otro campamento. Couladin y Kadere llevaban hablando bastante rato con las cabezas juntas, aunque por lo visto no acabaron de llegar a un acuerdo porque el Aiel se marchó con las manos vacías. A Kadere no debía de gustarle perder una venta, porque siguió la marcha de Couladin con aquellos ojos de halcón, y un Jindo que quería llamar su atención tuvo que llamarlo tres veces antes de que lo oyera.

Los Aiel no parecían disponer de muchas monedas, pero los buhoneros y su gente no anduvieron remisos a la hora de aceptar cuencos de plata y figurillas de oro o hermosos tapices del botín tomado en Tear; además, de los bolsillos Aiel salieron pepitas de oro que hicieron que Mat se incorporara. Empero, no era descabellado imaginar que un Aiel que perdiera a los dados podría recurrir a sus lanzas. Se preguntó dónde estarían las minas. Allí donde un hombre era capaz de encontrar oro, otro podía hacer lo mismo. Sin embargo, debía de ser muy trabajoso lo de sacar oro en una mina. Tras echar otro trago de cerveza caliente, Mat volvió a recostarse en la rueda.

Le resultaba interesante ver lo que se vendía y lo que no y a qué precio. Los Aiel

no eran simplones que entregaran, por ejemplo, un salero de oro por un rollo de paño. Conocían el valor de las cosas y regateaban bien, aunque cada cual tenía sus propias necesidades. Los libros se acabaron de inmediato; no todos los querían, pero quienes sí los buscaban se llevaron hasta el último que transportaban las carretas. Encajes y terciopelos desaparecieron tan pronto como se sacaron de los carromatos a cambio de unas increíbles cantidades de oro y plata, y las cintas no les fueron a la zaga; por el contrario, las sedas más finas ni siquiera las tocaron. Comprar seda salía más barato en el este, oyó que le decía un Shaido a Kadere. Uno de los carreteros, un tipo fornido que tenía partida la nariz, intentó convencer a una Doncella Jindo de que comprara un brazalete de marfil tallado. La mujer sacó otro más grueso, más ancho y más ornamentado de su bolsa y le propuso al hombre jugárselos los dos a una pelea cuerpo a cuerpo. El tipo vaciló antes de rehusar, lo que demostró a Mat que el hombre era aun más necio de lo que parecía. Las agujas y los alfileres tuvieron buena acogida, pero las ollas y casi todos los cuchillos se ganaron comentarios desdeñosos; los forjadores Aiel hacían mejor trabajo. Todo cambiaba de manos, desde frascos de perfume y sales de baño a barriles de brandy. El vino y el brandy se cotizaron alto. Mat sufrió un sobresalto cuando Heirn pidió tabaco de Dos Ríos. Los buhoneros no llevaban.

Uno de los carreteros intentaba despertar el interés de un Aiel por una pesada ballesta repujada con oro sin tener éxito. La ballesta le llamó la atención a Mat, con aquellos leones dorados incrustados que por ojos tenían lo que parecían rubíes; pequeños, pero aun así, rubíes. Ni que decir tiene que un buen arco largo de Dos Ríos podía disparar seis flechas mientras un ballestero seguía tensando la cuerda para hacer un segundo disparo. Aun así, con una ballesta de ese tamaño, el alcance era mucho mayor, al menos en unos cien pasos. Con dos hombres dedicándose exclusivamente a tener cargadas las ballestas, a mano de los ballesteros, y con piqueros corpulentos para contener a la caballería…

Mat apretó los ojos en un gesto de dolor y apoyó la cabeza en los radios de la rueda. Había vuelto a ocurrir. Tenía que salir del Yermo, alejarse de Moraine, de cualquier Aes Sedai. Tal vez regresar a casa y pasar allí una temporada. A lo mejor podía llegar a tiempo para echar una mano con el problema de los Capas Blancas. «Harto difícil, a menos que utilice los jodidos Atajos u otro condenado Portal de Piedra.» De todos modos, eso no solucionaría sus problemas. Para empezar, en Campo de Emond no encontraría respuestas a lo que quería decir lo que aquellos tipos con pinta de serpientes le habían pronosticado sobre casarse con la Hija de las Nueve Lunas ni lo de morir y volver a vivir. O lo de Rhuidean.

A través de la chaqueta frotó el medallón de la cabeza de zorro de plata que llevaba colgado al cuello. La pupila del ojo del zorro era un círculo minúsculo dividido por una línea sinuosa, con uno de los lados bruñido y brillante mientras que

el otro estaba opaco. Era el antiguo símbolo de los Aes Sedai anterior al Desmembramiento. Cogió la lanza de mango negro, con dos cuervos grabados en la puntiaguda cuchilla, que había dejado apoyada a su lado, y la puso sobre sus rodillas. También era obra de Aes Sedai. Rhuidean no le había proporcionado respuestas, sino más interrogantes, y…

Antes de Rhuidean su memoria estaba llena de lagunas; había sido como recordar llegar ante una puerta por la mañana y volver a cruzarla por la tarde para marcharse, pero nada de lo que había ocurrido entre medias. Ahora había algo en ese intermedio, llenando todas aquellas lagunas. Una especie de sueños estando despierto o algo por el estilo. Era como si pudiera recordar bailes, batallas, calles y ciudades, nada de lo cual había visto realmente nunca, nada que hubiera existido, como un centenar de fragmentos de la memoria de un centenar de hombres diferentes. Quizás era mejor pensar que se trataba de sueños; empero, le parecían tan reales como sus propios recuerdos. En su gran mayoría eran batallas, y a veces se le colaban de rondón en la mente a raíz de algo, como con la ballesta. De pronto se encontraba mirando un paraje y planeando cómo tender una emboscada en ese punto o cómo defenderse contra una trampa o cómo colocar a un ejército para una batalla. Era una locura.

Sin mirarla, pasó los dedos sobre la escritura tallada en el negro astil de la lanza. Era capaz de leerla con la facilidad con que leería las líneas de cualquier libro, aunque había necesitado todo el viaje desde Chaendaer para darse cuenta de ello. Rand no había dicho nada, pero Mat sospechaba que se había descubierto allá, en Rhuidean. Ahora sabía la Antigua Lengua merced a esos sueños. «Luz, ¿qué me hicieron?»

—*Sa souvraya niende misain ye* —dijo en voz alta—. Estoy perdido en mi propia mente.

—Vaya, un erudito, considerando estos tiempos y esta Era.

Mat alzó la vista y se encontró con los oscuros y hundidos ojos del juglar, observándolo. El tipo era bastante alto, de mediana edad, y seguramente les resultaría atractivo a las mujeres; pero tenía un extraño modo de mantener la cabeza ladeada, como si intentara mirar de soslayo a su interlocutor.

—Sólo es algo que escuché una vez —dijo Mat. Tenía que ser más prudente. Si Moraine decidía enviarlo a la Torre Blanca para que lo estudiaran, jamás lo dejarían salir de allí—. Se oyen retazos de cosas aquí y allí y se recuerdan. Sé unas cuantas frases. —Con aquello se cubría las espaldas si era tan necio de cometer otro desliz.

—Me llamo Jasin Natael y soy juglar. —Natael no hizo revolotear la capa como habría hecho Thom; por su actitud, podría haber dicho que era un carpintero o un carretero—. ¿Os importa si me siento a vuestro lado? —Mat asintió, y el juglar dobló las piernas y metió por debajo la capa para sentarse sobre ella. Parecía fascinado por los Jindo y los Shaido arremolinados alrededor de los carromatos, casi todos ellos

cargados todavía con sus lanzas y adargas—. Los Aiel —musitó—. No esperaba que fueran así. Todavía me cuesta dar crédito a mis ojos.

—Yo llevo varias semanas con ellos y sigo sin acabar de creerlo —dijo Mat—. Gente extraña. Si cualquiera de las Doncellas os pide jugar al Beso de las Doncellas os aconsejo que rehuséis. Cortésmente.

Natael lo miró con desconcierto.

—Lleváis una vida muy interesante, al parecer.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Mat, cauteloso.

—No creeréis que es un secreto, ¿verdad? Pocos hombres hay que viajen en compañía de… Aes Sedai. La mujer, Moraine Damodred. Y luego está Rand al'Thor, el Dragón Renacido, El que Viene con el Alba. ¿Quién sabe cuántas profecías se supone que tiene que cumplir? Ciertamente, son unos compañeros de viaje muy poco corrientes.

Los Aiel debían de haber hablado, por supuesto. Cualquiera lo habría hecho en su lugar. Aun así, resultaba un tanto inquietante que un extraño estuviera charlando sobre Rand así, con tanta tranquilidad.

—Por ahora se las arregla bien. Si os interesa, hablad con él. En cuanto a mí, prefiero que no se acuerden.

—Tal vez lo haga. Más tarde, quizá. Hablemos de vos. Tengo entendido que fuisteis a Rhuidean, donde nadie que no sea Aiel ha entrado en los últimos tres mil años. ¿La conseguisteis allí? —Tendió la mano hacia la lanza posada sobre las rodillas de Mat, pero la dejó caer al advertir que el joven apartaba ligeramente el arma—. Bien, contadme qué visteis.

—¿Por qué?

—Soy un juglar, Matrim. —Natael tenía ladeada la cabeza de aquel modo tan inquietante, pero en su voz había un deje de irritación por tener que explicarlo. Levantó un pico de su capa de parches de colores como si fuera una prueba—. Habéis visto lo que no ha visto nadie salvo un puñado de Aiel. ¡Qué historias no podría hacer con lo que han visto vuestros ojos! Os convertiré en un héroe, si así lo queréis.

—Yo no quiero ser un maldito héroe —resopló con desdén.

Sin embargo, no había razón para guardar silencio. Amys y las demás podían parlotear cuanto quisieran sobre no hablar de Rhuidean, pero él no era Aiel. Además, le vendría bien contar con alguien de la caravana de buhoneros que le tuviera cierta buena voluntad, alguien que hablara en su favor llegado el momento.

Relató lo ocurrido desde que habían llegado a la pared de niebla hasta que habían salido, excepto algunos detalles que decidió guardar para sí. No estaba dispuesto a contarle a cualquiera lo del *ter'angreal*, el marco retorcido, y prefería olvidar lo del polvo que formaba criaturas y que había intentado matarlo. Aquella extraña ciudad de gigantescos palacios era más que suficiente como relato; y *Avendesora*.

Natael dejó enseguida de lado el Árbol de la Vida, pero hizo que Mat volviera una y otra vez sobre el resto, preguntando más y más detalles, desde qué se sentía exactamente al caminar a través de esa niebla y cuánto se tardaba en llegar a la luz sin sombras del interior, hasta las descripciones de todas y cada una de las cosas que Mat recordaba haber visto en la gran plaza, en el corazón de la ciudad. El joven hizo esto último de mala gana; un desliz, y estaría hablando sobre el *ter'angreal*, y ¿quién sabe adónde lo llevaría eso? Aun así, se terminó el último sorbo de cerveza caliente y siguió hablando hasta que la boca se le quedó seca. La verdad era que lo contaba de un modo que sonaba insulso, como si se hubiera limitado a entrar y esperar mientras Rand regresaba para después volver a salir, pero Natael parecía decidido a sacarle todos los detalles. Le recordaba a Thom; a veces, Thom se concentraba en uno como si tuviera intención de estrujarlo hasta extraer la última pizca de información.

—¿Es esto lo que se supone que tenías que hacer?

A despecho de sí mismo, Mat dio un brinco al sentir la voz de Keille, dura bajo su timbre melifluo. La mujer le ponía los pelos de punta, y además parecía dispuesta a arrancarle el corazón, y también al juglar.

Natael se incorporó precipitadamente.

—Este joven me acaba de contar las cosas más fascinantes que puedan imaginarse sobre Rhuidean. No lo creerías.

—No hemos venido aquí por Rhuidean. —Las palabras sonaron tan afiladas como su enorme y picuda nariz. Menos mal que su mirada furibunda se centraba únicamente en Natael.

—Te digo que…

—No me digas nada.

—¡No intentes hacer que me calle!

Haciendo caso omiso de Mat, echaron a andar a lo largo de las carretas mientras discutían en voz baja y gesticulaban violentamente. Cuando desaparecieron en el carromato, Keille se había encerrado en un sombrío silencio.

Mat se estremeció. Ni siquiera podía imaginar compartir alojamiento con esa mujer; sería igual que compartirlo con un oso que tiene dolor de muelas. En cuanto a Isendre, bueno… Aquel rostro, aquellos labios, aquellos andares contoneantes. Si conseguía apartarla de Kadere, quizá se interesaría por un joven héroe —las criaturas de polvo serían de tres metros de alto; le daría hasta el último detalle o suceso que recordara—, un apuesto y joven héroe más de su agrado que un remilgado buhonero viejo. Merecía la pena pensarlo.

El sol se metió tras el horizonte, y entre las tiendas surgieron focos de luz amarilla de las lumbres encendidas con ramas espinosas. Los aromas de alimentos cocinándose impregnaron el campamento: cabra asada con pimientos secos. También empezó a dejarse sentir el frío de la noche del Yermo. Era como si el sol se hubiera

llevado consigo todo el calor. Cuando había hecho el equipaje en la Ciudadela, a Mat no se le pasó por la cabeza que iba a echar en falta una buena chaqueta de paño grueso. A lo mejor los buhoneros tenían alguna. A lo mejor Natael aceptaría jugarse la suya a los dados.

Comió en la lumbre de Rhuarc con Heirn y Rand. Y, naturalmente, con Aviendha. Los buhoneros estaban allí; Natael cerca de Keille e Isendre literalmente enroscada a Kadere. A Mat se le ocurrió que tal vez sería más difícil de lo que él pensaba separar a Isendre del hombre de nariz ganchuda; y quizá no por el buhonero. Pegada o no al tipo, la joven miraba con ojos tiernos a Rand, y sólo a él. Habríase dicho que ya había cortado la marca en las orejas a su amigo, como se hace con las ovejas del rebaño para señalar quién es su propietario. Ni Rand ni Kadere parecían darse cuenta; el buhonero no le quitaba los ojos de encima a Rand. La que sí lo notó fue Aviendha, que asestó una mirada furiosa a su amigo. Al menos el fuego proporcionaba un poco de calor.

Una vez que acabaron con la cabra asada —y con una especie de gachas amarillentas y moteadas que estaban más picantes de lo que su aspecto sugería— Rhuarc y Heirn llenaron unas pipas de caña corta y el jefe de clan le pidió a Natael una canción.

El juglar parpadeó.

—Oh, claro, por supuesto. Iré a coger el arpa. —Su capa ondeó en la seca y fría brisa mientras se alejaba hacia el carromato de Keille.

Realmente el tipo era distinto de Thom Merrilin, quien no se levantaría de la cama sin llevar encima su flauta o su arpa o ambas. Mat apretó con el pulgar el tabaco de su pipa plateada y ya daba chupadas con gesto satisfecho para cuando Natael regresó y adoptó una pose propia de un rey. En eso, era igual que Thom. El juglar hizo un acorde y empezó:

El viento, cual dedos de primavera, suave.
La lluvia, cual lágrimas del cielo, suave.
Suaves, los años pasan con alegría,
sin sugerir futuras tormentas,
sin sugerir vendavales destructores,
lluvia de acero y trueno de guerra,
guerra para partir en dos los corazones.

Era *El vado de Midean*, una antigua canción. Curiosamente, trataba de

Manetheren y una batalla anterior a la Guerra de los Trollocs. Natael hizo una buena interpretación, aunque muy lejos de los grandiosos recitales de Thom, por supuesto; pero las ondulantes palabras atrajeron a una multitud de Aiel que se arracimó alrededor del borde de la luz de la hoguera. El villano Aedomon condujo a los saferis contra la confiada Manetheren, los cuales saquearon e incendiaron, arrasando cuanto encontraban a su paso, hasta que el rey Buiryn reunió a las fuerzas de Manetheren y los hombres salieron al paso de los saferis en el vado de Midean. A pesar de estar superados por un adversario mucho más numeroso, resistieron durante tres días de batallas constantes, mientras el río se teñía de rojo y los buitres ennegrecían el cielo. Al tercer día, cada vez más reducido su número y perdida la esperanza, Buiryn y sus hombres se abrieron camino luchando a través del vado, en una salida desesperada, y penetraron en las filas enemigas con la intención de rechazar a la horda matando al propio Aedomon. Pero unas fuerzas demasiado grandes para que pudieran superarlas los rodearon y cerraron la trampa. Alrededor de su rey y su estandarte del Águila Dorada, los hombres siguieron combatiendo, rehusando rendirse aun cuando se hizo evidente que el fin estaba cerca.

Natael cantó cómo su valentía conmovió incluso el corazón de Aedomon y cómo, al final, éste permitió que los que quedaban vivos se marcharan, y condujo a su ejército de vuelta a Safer en honor de aquellos valientes.

Cruzaron el agua de sangre teñida,
marcharon con las cabezas bien altas.
Sin rendir brazo ni espada,
sin rendir corazón ni alma.
El honor, por siempre suyo, es y será.
Un honor que las Eras trascenderá.

Tocó el último acorde y los Aiel mostraron su aprobación con silbidos a la par que las lanzas repicaban contra el cuero endurecido de las adargas, mientras que algunos lanzaban gritos.

No había ocurrido así, desde luego. Mat se acordaba de que… «¡Luz, no quiero!» Pero el recuerdo acudió a él a pesar suyo, y se vio aconsejando a Buiryn que no aceptara la oferta, y escuchó la respuesta de que cualquier oportunidad, por pequeña que fuera, era mejor que nada. Aedomon, con la reluciente barba negra asomando bajo la malla de acero que le velaba el rostro, hizo que sus lanceros retrocedieran y esperó hasta que ellos echaron a andar en fila y llegaron casi al vado; entonces los

arqueros escondidos aparecieron y la caballería cargó. En cuanto a que regresaran a Safer… Mat no lo creía así. El último recuerdo que tenía del vado era que trataba de mantenerse en pie, con el agua hasta la cintura y tres flechas clavadas en su cuerpo; pero había algo más tarde, un fragmento. Veía a Aedomon, ahora con la barba canosa, desplomarse de su caballo tras una lucha en un bosque, con una lanza clavada en la espalda; una lanza que había arrojado un muchacho barbilampiño y sin armadura. Esto era peor que las lagunas de antes.

—¿No os gustó la canción? —preguntó Natael.

Le costó unos segundos darse cuenta de que el hombre no le hablaba a él, sino a Rand. Rand se frotaba las manos, con la mirada prendida en la fogata.

—No sé muy bien hasta qué punto es sensato fiarse de la generosidad del adversario —dijo por último—. ¿Qué creéis vos, Kadere?

El buhonero vaciló y echó una ojeada a la mujer aferrada a su brazo.

—Yo no creo en esas cosas —dijo finalmente—. Lo mío son los beneficios, no las batallas.

Keille soltó una risa grosera. Al menos, hasta que se fijó en la sonrisa de Isendre, que era un gesto de superioridad hacia la mujer que abultaba tres veces lo que ella. Entonces sus oscuros ojos centellearon peligrosamente tras aquellos rollos de grasa.

De repente se alzaron gritos en la oscuridad, detrás de las tiendas. Los Aiel se cubrieron las caras con los velos y, un instante después, los trollocs salían en tropel de la noche, con sus rostros ahocicados y sus cabezas astadas, superando en altura a los humanos, aullando y asestando golpes con aquellas espadas semejantes a guadañas, arremetiendo con las lanzas barbadas y con tridentes, descargando tajos con las hachas rematadas con picos en la parte posterior. Los Myrddraal venían entre ellos como mortíferas serpientes carentes de ojos. Sólo transcurrió un instante, pero los Aiel lucharon como si supieran que los iban a atacar desde hacía una hora, y respondieron a la carga con otra propia, blandiendo sus lanzas.

Mat fue vagamente consciente de que Rand tenía de repente la espada de fuego en las manos, pero enseguida se vio arrastrado por la vorágine del combate, utilizando la lanza como tal y como barra, intercambiando arremetidas y tajos, haciendo girar el astil. Por una vez se alegró de los recuerdos que consideraba sueños, el modo en que el arma le resultaba familiar; y necesitaba hasta la última brizna de destreza a la que pudiera recurrir. Era una situación caótica.

Los trollocs surgían ante él y se desplomaban bajo su lanza o una de un Aiel o arrastrados en medio de la confusión de gritos y aullidos y el entrechocar metálico de las armas. Se enfrentaba a Myrddraal, las negras espadas saliendo al encuentro de su acero grabado con cuervos, descargando destellos azulados semejantes a relámpagos, y después se perdían en el tumulto. En dos ocasiones unas lanzas cortas que pasaron junto a su cabeza acabaron con los trollocs que estaban a punto de atravesarlo por la

espalda. Hincó la hoja corta de su lanza en el pecho de un Myrddraal y supo que iba a morir cuando el ser no se desplomó, sino que sonrió con sus exangües labios y la mirada de sus cuencas vacías estremeció de miedo sus huesos; alzó la negra espada. Un instante después, el Semihombre sufrió repetidas sacudidas cuando unas flechas Aiel se hincaron en él como un acerico; ese momento fue cuanto Mat necesitó para saltar hacia atrás y esquivar al ser que, mientras caía, intentaba atravesarlo con la espada.

Hubo una docena de veces que el negro astil de la lanza, duro como el hierro, paró y desvió por poco la cuchillada de un trolloc. Era un arma creada por Aes Sedai, y Mat se alegraba de ello. La cabeza de zorro de plata que colgaba sobre su pecho parecía palpitar fríamente, como para recordarle que también llevaba la marca de Aes Sedai. En este momento le importaba un bledo; si era preciso que se valiera de objetos creados por Aes Sedai para salvar la vida, estaba dispuesto a seguir a Moraine como un perrillo faldero.

Ignoraba si la lucha duró minutos u horas, pero de repente dejó de haber Myrddraal y trollocs en pie que él viera, aunque los gritos y los aullidos que sonaban en la oscuridad hablaban de una persecución. Los muertos y los moribundos alfombraban el suelo, Aiel y Engendros de la Sombra. Los Semihombres todavía se sacudían, y los gemidos de dolor llenaban el aire. De pronto se dio cuenta de que sentía los músculos como si fueran gelatina y que los pulmones le ardían. Se hincó de rodillas, jadeante, apoyado en la lanza. Las llamas habían convertido en hogueras tres de las carretas con cubiertas de lona de los buhoneros; en una de ellas el conductor aparecía ensartado en un costado por la lanza de un trolloc. También ardían algunas tiendas. Gritos provenientes del campamento Shaido y el resplandor demasiado intenso en varios puntos señalaban que también los habían atacado a ellos.

Con la espada de fuego todavía en la mano, Rand se acercó a donde Mat estaba arrodillado.

—¿Te encuentras bien?

Aviendha le pisaba los talones. En alguna parte había encontrado una lanza y una adarga, y se había cubierto el rostro con el pico del chal. Incluso con faldas tenía un aspecto mortífero.

—Oh, estoy bien —murmuró Mat, que se incorporó trabajosamente—. No hay nada como echar un baile con trollocs para irse a la cama muerto de sueño, ¿verdad, Aviendha?

La Aiel se descubrió el rostro y le dedicó una sonrisa tensa. Seguramente había disfrutado con la pelea. Mat estaba empapado de sudor; pensó que se le congelaría encima.

Moraine y Egwene aparecieron con otras dos de las Sabias, Amys y Bair, caminando entre los heridos. La convulsión de la Curación seguía a la Aes Sedai,

aunque a veces se limitaba a sacudir la cabeza y continuaba caminando.

Rhuarc se acercó mostrando un gesto sombrío.

—¿Malas noticias? —inquirió quedamente Rand.

El jefe de clan gruñó.

—¿Aparte de tener trollocs aquí, donde no debería haberlos, al menos en doscientas leguas o más? Es posible. Unos cincuenta trollocs atacaron el campamento de las Sabias, los suficientes para arrasarlo de no haber sido por Moraine Sedai y algo de suerte. No obstante, parece que los que atacaron a los Shaido eran muchos menos que los que cayeron sobre nosotros, cuando lo contrario habría sido lo lógico habida cuenta que el suyo es el campamento más grande. Casi me hace pensar que el motivo de que los atacaran no era otro que impedirles que vinieran en nuestra ayuda. No es que suponga que tal cosa pudiera ser cierta, tratándose de los Shaido, pero los trollocs y los Myrddraal no saben eso.

—Y si sabían que había una Aes Sedai con las Sabias —dijo Rand—, ese ataque a su campamento podría haber tenido el propósito de mantenerla ocupada también. Mis enemigos van conmigo, Rhuarc. Recuérdalo. Dondequiera que esté, mis enemigos no andan lejos nunca.

Isendre asomó la cabeza por el primer carromato. Un instante después Kadere bajaba de él y ella volvía a meterse dentro, cerrando la puerta pintada de blanco a su espalda. El buhonero miró en derredor la carnicería; el resplandor de las carretas incendiadas pintaba sombras ondeantes sobre su rostro. El grupo de Mat era el que más atrajo su atención; las carretas no parecían interesarle en absoluto. También Natael bajó del carromato de Keille, hablando con ella mientras bajaba la escalerilla, pero con los ojos prendidos en Mat y los otros.

—Necios —murmuró Mat, casi para sí mismo—. Esconderse dentro de las carretas, como si eso les importara a los trollocs. Podrían haber acabado asados como lechones ahí dentro.

—Siguen con vida —manifestó Rand, y Mat comprendió que su amigo los había visto también—. Eso es siempre importante, Mat: quién está vivo. Es como con los dados. No puedes ganar si no juegas, y no puedes jugar si estás muerto. ¿Quién sabe cuál es el juego de los buhoneros? —Soltó una queda risita y la espada de fuego desapareció de sus manos.

—Voy a dormir un poco —dijo Mat, que ya se marchaba—. Despertadme si los trollocs vuelven a aparecer. O, mejor aún, dejad que me maten en mis mantas. Estoy demasiado cansado para que me despierten otra vez.

Rand estaba perdiendo la chaveta, de eso no cabía duda, pensó el joven. Quizás esta noche conseguiría convencer a Keille y a Kadere de que dieran media vuelta. Si lo hacían, estaba dispuesto a irse con ellos.

Rand dejó que Moraine lo examinara mientras rezongaba para sí misma, a pesar de que no lo habían herido. Habiendo tantos otros que sí lo estaban, la Aes Sedai no podía permitirse el lujo de despojarlo de la fatiga utilizando el Poder Único.

—Esto iba dirigido contra ti —le dijo la mujer. Los gemidos de los heridos los rodeaban por doquier. Los Aiel utilizaban los caballos de carga y las mulas de los buhoneros para arrastrar los cuerpos de los trollocs hacia la negrura de la noche. Por lo visto pensaban dejar tirados a los Myrddraal donde se encontraban mientras no dejaran de moverse y sacudirse, hasta tener la seguridad de que estaban realmente muertos. Se levantó el viento, un soplo gélido y sin pizca de humedad.

—¿De veras?

Al resplandor de las fogatas, los ojos de la Aes Sedai resplandecieron antes de que la mujer diera media vuelta y lo dejara para atender a los heridos.

Egwene se acercó a Rand también, pero sólo para decirle en un quedo y feroz susurro:

—¡Sea lo que sea lo que estás haciendo para molestarla, déjalo ya! —La fugaz mirada que dirigió a Aviendha, que estaba detrás de él, dejó claro a quién se refería.

Acto seguido se marchó para ayudar a Bair y a Amys antes de que él tuviera tiempo de responder que no había hecho nada. Egwene tenía una pinta ridícula con aquellas dos trenzas adornadas con cintas. Por lo visto los Aiel pensaban lo mismo, ya que algunos sonreían después de que la joven hubiera pasado.

Tambaleándose por el desfallecimiento, tembloroso, Rand buscó su tienda. Jamás se había sentido tan cansado. A veces no encontraba nada cuando tendía las manos hacia la Fuente, y a veces el Poder no hacía lo que él quería, pero casi desde el principio la espada había aparecido sin pensarlo. Precisamente ahora… Tenía que ser por el cansancio.

Aviendha insistió en seguirlo hasta la tienda, y cuando despertó a la mañana siguiente estaba sentada fuera, con las piernas cruzadas, aunque ya sin la lanza ni la adarga. Espía o no, se alegró de verla. Al menos sabía quién y qué era y lo que sentía por él.

38



Rostros ocultos

El Jardín de las Brisas Plateadas no era en absoluto un jardín sino una gran vinatería, demasiado grande para llamarla así, realmente; estaba en la cumbre de la colina que había en Calpen, la más occidental de las tres penínsulas de Tanchico, más abajo del Gran Anfiteatro. Parte del nombre, al menos, se debía a las brisas que entraban allí donde unas columnas de mármol veteado en verde y unas balaustradas reemplazaban una pared, excepto en el piso superior. En caso de que lloviera, podían bajarse unas cortinas doradas de seda, tratadas con aceite para hacerlas impermeables. A ese lado la ladera de la colina se precipitaba bruscamente, y las mesas colocadas a lo largo de las balaustradas ofrecían una vista excelente, por encima de blancas cúpulas y agujas, de la gran bahía, que estaba abarrotada con más barcos que nunca. Tanchico necesitaba de todo, desesperadamente, y había oro que ganar… hasta que el oro y el tiempo se acabaran.

Con sus lámparas doradas y techos taraceados con bronce trabajado con cincel y pulido hasta darle un brillo dorado, sus camareras y camareros, escogidos por su gracia, belleza y discreción, el Jardín de las Brisas Plateadas había sido la vinatería más cara de la ciudad incluso antes de que surgieran los problemas. Ahora los precios eran exorbitantes. Empero, todavía acudían aquellos que manejaban grandes sumas de dinero, quienes manejaban poder e influencia o creían que lo hacían. En algunos aspectos había menos donde hacer tratos; en otros, más.

Unos muros bajos rodeaban cada mesa, creando islas esparcidas sobre las baldosas verdes y doradas. Cada muro, trabajado con la delicadeza de un encaje para que ningún curioso pudiera escuchar a escondidas, tenía justo la altura adecuada para ocultar quién se encontraba con quién a las miradas de los que pasaran por allí. A pesar de ello, los parroquianos solían acudir con máscaras, sobre todo últimamente, y algunos tenían un guardia personal pegado a su mesa, también enmascarado para evitar ser reconocidos, si el patrón era prudente. Y, según los rumores, sin lengua, para los más prudentes. Ninguno de los guardias parecía ir armado a primera vista; la propietaria del Jardín de las Brisas Plateadas, una mujer esbelta de edad indeterminada que se llamaba Selindra, ahora no permitía que se entrara con armas.

Su norma no se quebrantaba, al menos abiertamente.

Desde su mesa habitual pegada a la balaustrada, Egeanin contemplaba los barcos en la bahía, sobre todo los que zarpaban. La hacían desear encontrarse de nuevo sobre la cubierta de un velero dando órdenes. Jamás imaginó que el deber la llevaría a esto.

De manera inconsciente se arregló la máscara de terciopelo que ocultaba la mitad superior de su cara; se sentía ridícula llevando esta cosa absurda, pero era necesario para pasar inadvertida hasta cierto punto. La máscara —azul para ir a juego con el vestido de seda con alto cuello de encaje—, el propio vestido y el oscuro cabello que había dejado crecer hasta los hombros era todo lo que se sentía capaz de hacer. Pasar por tarabonesa no era preciso —Tanchico rebosaba de refugiados, muchos de ellos forasteros afectados por los conflictos— y, en cualquier caso, estaba fuera de su alcance. Estas gentes eran animales; no tenían disciplina ni orden.

Renuentemente, dio la espalda a la bahía para volverse hacia su compañero de mesa, un tipo de rostro estrecho con la sonrisa de una voraz comadreja. El raído cuello de la camisa de Floran Gelb estaba fuera de lugar en el Jardín de las Brisas Plateadas; el hombre se limpiaba las manos en la chaqueta constantemente. Egeanin siempre se encontraba aquí con los untuosos hombrecillos con los que se veía obligada a tratar. Era una especie de recompensa para ellos y un modo de mantenerlos desazonados.

—¿Qué me traéis, maese Gelb?

El hombre se limpió las manos otra vez antes de dejar sobre la mesa una burda bolsa de yute, y la miró con ansiedad. Egeanin la puso sobre el regazo antes de abrirla. Dentro había un *a'dam* de metal plateado, un collar y un brazalete unidos por una correa diestramente trabajada. Cerró la bolsa y la soltó en el suelo. Con éste eran tres los que Gelb había recuperado; más que ninguno de los otros.

—Muy bien, maese Gelb. —Una bolsita cambió de manos por encima de la mesa, y Gelb la hizo desaparecer debajo de la chaqueta como si en su interior estuviera la corona de la emperatriz en lugar de un puñado de monedas de plata—. ¿Tenéis algo más?

—Sí. Es respecto a esas mujeres, las que queríais que buscara.

Se había acostumbrado a la forma tan rápida de hablar de esta gente, pero habría querido que el tipo dejara de lamerse los labios de ese modo y no porque con ello hiciera más difícil de entender lo que decía, sino porque resultaba desagradable.

Estuvo en un tris de decirle que ya no estaba interesada, pero, después todo, este asunto era parte de la razón de que estuviera en Tanchico. Puede que ahora fuera la única razón.

—¿Qué pasa con ellas? —El hecho de que se le hubiera pasado por la cabeza la idea de zafarse de su deber provocó que empleara un tono más cortante de lo que era su intención, y Gelb se encogió.

—Creo… Creo que he encontrado a otra.

—¿Estáis seguro? Anteriormente ya ha habido… equivocaciones.

Equivocaciones era una manera suave de decirlo. Casi una docena de mujeres que guardaban un vago parecido con las descripciones no pasaron de ser una pequeña molestia que no tardó en olvidar una vez que las vio. Pero aquella noble, una refugiada de los estados arrasados por la guerra… Gelb la había raptado en la calle pensando que obtendría más beneficios si se la entregaba que si se limitaba a informar de su paradero. En su defensa, tenía que admitir que lady Leilwin guardaba un gran parecido con una de las mujeres que Egeanin buscaba, pero le había dicho a Gelb que ninguna de ellas hablaba con un acento que le resultara familiar, entre ellos el tarabonés de la noble. Egeanin no quería asesinar a la mujer, pero en Tanchico podía haber alguien que prestara oídos a su historia, de modo que Leilwin acabó, amordazada y maniatada, en uno de los botes mensajeros en plena noche; era joven y hermosa, y alguien encontraría una utilidad mejor para ella que degollarla. Sin embargo, Egeanin no estaba en Tanchico para encontrar jóvenes servidoras para la Sangre.

—Nada de equivocaciones, señora Elidar —aseguró con premura Gelb a la par que esbozaba una mueca que dejaba ver sus dientes—. Esta vez, no. Pero… necesito un poco de oro. Para asegurarme. Para acercarme lo bastante. ¿Os parece bien cuatro o cinco coronas?

—Pago por resultados —repuso firmemente Egeanin—. Después de vuestros errores, tenéis suerte de que siga haciendo tratos con vos.

Gelb se lamió los labios con nerviosismo.

—Volviendo al principio, dijisteis que tendríais algunas monedas para aquellos que realizaron ciertos trabajos *especiales*. —Un tic nervioso agitó un músculo de su mejilla; sus ojos escudriñaron fugazmente en derredor, como si temiera que alguien estuviera escuchando tras el adornado muro que rodeaba la mesa por tres lados, y su voz se redujo a un ronco susurro—. ¿Provocar problemas, por ejemplo? Me ha llegado un rumor, a través de un tipo que es guardia personal de lord Brys, respecto a la Asamblea y a la elección de una nueva Panarch. Creo que podría ser verdad. El hombre estaba borracho y, cuando se dio cuenta de lo que había dicho, casi se ensució encima. Aun en el caso de que no sea cierto, algo así desgarraría Tanchico.

—¿Creéis que es necesario pagar dinero para generar problemas en esta ciudad? —Tanchico era como una fruta podrida que caería con el primer soplo de aire. Todo estaba podrido en esta condenada tierra. Estuvo tentada de comprar su «rumor». Al fin y a la postre, se suponía que era una comerciante que adquiría todo tipo de información y que a su vez la vendía, pero tratar con Gelb la ponía enferma. Además, sus propias dudas la asustaban—. Eso es todo, maese Gelb. Sabéis cómo poneros en contacto conmigo si encontráis otro objeto como éste. —Tocó la bolsa burdamente

tejida.

En lugar de levantarse de la silla, el hombre continuó sentado, mirándola intensamente como si quisiera ver a través de la máscara.

—¿De dónde sois, señora Elidar? Esa pronunciación vuestra tan suave, uniendo las palabras… Os pido disculpas. No es mi intención ofenderos, pero no acabo de ubicaros.

—Eso es todo, Gelb. —Quizá se debió al tono imperativo que solía utilizar en el barco o puede que la máscara no ocultara su fría mirada, pero Gelb se incorporó de un brinco y se dirigió hacia la abertura del muro haciendo reverencias y mascullando disculpas.

Egeanin permaneció sentada después de que el hombrecillo se hubo marchado para darle tiempo a salir del Jardín de las Brisas Plateadas. Alguien lo seguiría fuera para comprobar que no se quedaba esperando para ir en pos de ella. Todo este acechar y ocultarse la asqueaba; casi deseó que ocurriera cualquier cosa que echara a perder su disfraz y le proporcionara la ocasión de afrontar una lucha cara a cara.

Allá abajo, en la bahía, entraba un nuevo velero, un bergantín de los Marinos con sus imponentes mástiles y sus numerosas velas. Había examinado un bergantín capturado, pero habría dado cualquier cosa por que pusieran a su mando una de estas naves; no obstante, sospechaba que se necesitaría una tripulación de Marinos para encargarse de los aparejos y sacar el mejor partido al velero. Los Atha'an Miere no se mostraban muy dispuestos a coger los remos; el resultado no sería tan bueno si tenía que comprar una tripulación. ¡Una tripulación al completo! La cantidad de oro que le llegaba a través de los botes mensajeros para que gastara a manos llenas se le estaba subiendo a la cabeza.

Cogió la bolsa de yute y empezó a incorporarse, pero volvió a tomar asiento precipitadamente cuando vio a un hombre de anchos hombros que abandonaba otra de las mesas. El cabello oscuro, largo hasta los hombros, y la barba que dejaba al descubierto el labio superior enmarcaban el redondo rostro de Bayle Domon. No llevaba máscara, por supuesto; el hombre tenía a su mando una docena de barcos costeros que entraban y salían de Tanchico y, aparentemente, le importaba poco que cualquiera supiera su paradero. Máscaras. Qué reacción más absurda la suya. Con la máscara no podía reconocerla. A pesar de todo, esperó hasta que se hubo marchado antes de abandonar la mesa. Cabía la posibilidad de que tuviera que ocuparse de él si se convertía en un peligro.

Selindra cogió el oro que le tendió con una melosa sonrisa al tiempo que hacía votos por que Egeanin siguiera otorgándole el favor de sus visitas. La propietaria del Jardín de las Brisas Plateadas llevaba el oscuro cabello tejido en docenas de trencillas y vestía ropas de seda ajustadas y casi lo bastante transparentes para emular a una joven servidora, así como uno de aquellos velos que a Egeanin le hacían desear

preguntar a las tarabonesas qué danzas sabían ejecutar. Las danzarinas de Shea llevaban unos velos muy semejantes y poco más. Empero, pensó Egeanin mientras se dirigía hacia la salida, esta mujer tenía una mente muy despierta o, en caso contrario, no habría sabido sortear los escollos de Tanchico atendiendo a todas las facciones de la ciudad sin enemistarse con ninguna de ellas.

Como para confirmar su razonamiento, un hombre alto, que llevaba una blanca capa y peinaba canas en las sienes, de rostro y ojos duros, se cruzó con Egeanin y recibió la bienvenida de Selindra. La capa de Jaichim Carridin lucía un sol radiante en el pecho con cuatro nudos dorados debajo y un cayado de pastor de color carmesí detrás. Un Inquisidor de la Mano de la Luz, un alto oficial de los Hijos de la Luz. La mera idea de la Orden escandalizaba a Egeanin; era una atrocidad que existiera un cuerpo militar que no tenía que responder de sus actos ante nadie. Sin embargo, Carridin y los pocos cientos de soldados a su mando tenían cierto poder en Tanchico, donde la mayoría del tiempo no parecía existir ningún tipo de autoridad. La Fuerza Civil ya no patrullaba las calles, y el ejército —o la parte que todavía se mantenía leal al rey— estaba demasiado ocupado en defender las fortalezas que rodeaban la ciudad. A Egeanin no le pasó inadvertido el hecho de que Selindra ni siquiera dirigiera una mirada de soslayo a la espada que colgaba en la cadera de Carridin. Definitivamente, este hombre tenía poder.

Tan pronto como pisó la calle, sus porteadores se adelantaron con el palanquín de entre los grupos que esperaban a sus señores; los guardias personales se situaron a su alrededor con las lanzas. Formaban un grupo desigual, algunos con cascos de acero y tres de ellos con coseletes reforzados con láminas imbricadas; eran hombres malcarados, posiblemente desertores del ejército, pero conscientes de que seguir con el estómago lleno y con plata en el bolsillo para gastar dependía de velar por su seguridad. Incluso los porteadores llevaban grandes cuchillos y garrotes sujetos debajo de los fajines. Nadie cuyo aspecto denotara que tenía dinero se atrevía a salir a la calle sin la protección de una guardia personal. De todos modos, aunque Egeanin hubiera decidido correr ese riesgo, su proceder habría llamado la atención.

Los guardias abrieron paso entre la multitud sin dificultad. Los tropeles de gentes se arremolinaban por los estrechos callejones que serpenteaban a través de las colinas de la ciudad y dejaban espacios despejados en torno a los palanquines rodeados de guardias. Apenas se veían carruajes; los caballos se estaban convirtiendo en un lujo.

La descripción más adecuada de la apariencia de la apiñada multitud era «agotada y frenética». Rostros cansados, ropas ajadas, expresiones desesperadas en las que todavía alentaba la esperanza a pesar de saber que no la había. Muchos se habían rendido y se acurrucaban contra las paredes o en los umbrales de las puertas aferrando a esposas, maridos, hijos; el aspecto de éstos no sólo era de cansancio, sino que sus semblantes pálidos carecían de expresión. A veces parecían salir de su

estupor lo suficiente para pedir a algún transeúnte una moneda, un mendrugo, cualquier cosa.

Egeanin mantuvo la vista al frente, confiando en que sus guardias detectaran cualquier peligro. Mirar a uno de esos mendigos significaba encontrarse rodeado por veinte desheredados más, y arrojar una moneda tenía por consecuencia que se abalanzaran otros cien clamando compasión y sollozando. De hecho, ya estaba dedicando una parte del dinero de los botes mensajeros para pagar una olla común, como si perteneciera a la Sangre. Se estremeció al pensar qué consecuencias le acarrearía si se descubría lo que era excederse a su posición. Ya puesta, podía vestirse con brocados y afeitarse la cabeza.

Se pondría fin a esta penosa situación cuando Tanchico cayera; todo el mundo tendría alimentos y cada cual ocuparía el lugar que le correspondía. Y ella podría olvidarse de vestidos y otras cosas que no le eran familiares ni por las que sentía inclinación, y de nuevo ocuparía su puesto en un barco. Al menos Tarabon, y puede que también Arad Doman, estaban listas para desmoronarse con el más leve toque, como seda quemada. ¿Por qué no actuaba la Augusta Señora Suroth? ¿Qué la detenía?

Jaichim Carridin estaba arrellanado en la silla, con la capa extendida sobre los brazos tallados, estudiando a los nobles taraboneses vestidos con chaquetas bordadas con oro, que ocupaban las otras sillas del reservado. Estaban tiesos en sus asientos, con un gesto tenso en los labios debajo de las máscaras realizadas a semejanza de halcones, leones y leopardos. De todos, él era quien más motivos tenía para estar preocupado, pero se las ingeniaba para mantener una actitud tranquila. Hacía dos meses que había recibido la noticia de que un primo había sido encontrado desollado vivo en su propio dormitorio, tres desde que su hermana menor, Dealda, había sido secuestrada en el banquete nupcial por un Myrddraal. El mayordomo de la familia era quien le había escrito, estupefacto, frenético, por la tragedia sobrevenida a la casa Carridin. Dos meses. Confiaba en que Dealda hubiera muerto rápidamente. Se decía que las mujeres perdían enseguida la razón en manos de un Myrddraal. Dos meses completos. Cualquier otro que no fuera Jaichim Carridin estaría sudando sangre.

Todos los hombres sostenían una copa de oro en la mano, pero no había sirvientes. La propia Selindra había escanciado el vino antes de marcharse asegurándoles que nadie los molestaría. De hecho, no había nadie más que ellos en esta planta, la última del Jardín de las Brisas Plateadas. Dos hombres que habían venido acompañando a los nobles —miembros de la guardia del rey, a menos que Carridin estuviera equivocado en sus apreciaciones— se encontraban apostados al pie de la escalera para garantizar que la reunión fuera privada.

Carridin sorbió un poco de vino. Ninguno de los taraboneses había catado el

suyo.

—Bien —empezó con tono ligero—, así que el rey Andric desea que los Hijos de la Luz restablezcan el orden en la ciudad. Nosotros no solemos involucrarnos en los asuntos internos de las naciones. —No lo hacían abiertamente—. En realidad, no recuerdo que se nos haya hecho una petición así nunca e ignoro lo que dirá el capitán general. —Pedron Niall diría que se hiciera lo que fuera necesario, que los taraboneses tuvieran muy claro que tenían una deuda con los Hijos y que se asegurara de que pagaran esa deuda con creces.

—No disponemos de tiempo para que pidáis instrucciones a Amador —intervino un hombre que llevaba la máscara moteada de un leopardo. Nadie había dicho su nombre, pero a Carridin no le hacía falta.

—Lo que pedimos es necesario —intervino otro, cuyo grueso bigote debajo de la máscara de un halcón le otorgaba la apariencia de un raro búho—. Debéis entender que no haríamos una petición semejante si no fuera una necesidad extrema. Debemos estar unidos, sin más divisiones, ¿verdad? Existen muchos elementos sediciosos, incluso dentro de Tanchico. Hay que suprimirlos para albergar la esperanza de imponer el orden en el campo.

—La muerte de la Panarch ha empeorado las cosas —añadió el primer individuo.

Carridin enarcó una ceja con gesto interrogante.

—¿Habéis descubierto ya quién la asesinó?

Su suposición era que el propio Andric había sido el responsable de ello porque sospechaba que la Panarch apoyaba a uno de los rebeldes que reclamaban el trono. Puede que el rey estuviera en lo cierto, pero, después de convocar a cuantos miembros le fue posible de la Asamblea de los Lores —muchos de los cuales habían salido al campo con uno u otro de los grupos rebeldes—, descubrió que se mostraban extremadamente reacios a ratificar su elección de la nueva Panarch. Incluso en el caso de que lady Amathera no hubiera estado compartiendo la cama de Andric, la elección del rey y de la Panarch era el único poder real que tenía la Asamblea, cosa a la que no parecían muy dispuestos a renunciar. Se suponía que las disensiones respecto al nombramiento de lady Amathera no debían hacerse públicas. Hasta la Asamblea se daba cuenta de que esa noticia podría provocar tumultos.

—Sin duda, alguno de esos locos seguidores del Dragón —apuntó el hombre con aspecto de búho al tiempo que se daba un fuerte tirón del bigote—. Ningún tarabonés de verdad haría daño a la Panarch, ¿verdad? —Lo dijo casi como si realmente lo creyera.

—Por supuesto —convino suavemente Carridin. Dio otro sorbo de vino—. Si he de ocuparme de la seguridad del Palacio de la Panarch para la ascensión de lady Amathera, tendrá que confirmármelo el monarca en persona. De otro modo, podría dar la impresión de que los Hijos de la Luz buscamos una posición de poder en

Tarabon cuando nuestra única intención es, como habéis dicho, poner fin a una división y alcanzar la paz bajo la Luz.

Un tipo mayor, de mandíbula cuadrada bajo la máscara de un leopardo, y mechones canosos veteando su cabello rubio, dio su opinión con voz fría:

—Me han contado que Pedron Niall busca la unidad contra los seguidores del Dragón. Una unidad bajo su mando, ¿no es así?

—El capitán general no va tras el dominio —replicó Carridin con idéntico timbre gélido—. Los Hijos servimos a la Luz, como cualquier hombre de buena voluntad.

—No debe plantearse siquiera el que Tarabon quede supeditado a Amador de uno u otro modo —intervino el primer leopardo—. ¡Ni la más remota posibilidad!

Las muestras de conformidad iracundas se extendieron por casi todas las sillas.

—Por supuesto que no —exclamó Carridin como si en ningún momento se le hubiera pasado por la cabeza semejante idea—. Si deseáis mi ayuda, la tendréis con las condiciones que os expuse al principio. Si no las aceptáis, siempre hay trabajo para los Hijos. El servicio a la Luz jamás termina, ya que la Sombra acecha en cualquier parte.

—Tendréis la confirmación que pedís firmada y sellada por el rey —dijo un hombre canoso con máscara de león; eran las primeras palabras que pronunciaba. Naturalmente, era el propio Andric, aunque se suponía que Carridin no debía darse cuenta. El rey no podía reunirse con el Inquisidor de la Mano de la Luz sin levantar tantos comentarios como el hecho de que visitara una vinatería, aunque fuera de la categoría del Jardín de las Brisas Plateadas.

—Cuando la tenga en mis manos, me ocuparé de la seguridad del Palacio de la Panarch y los Hijos suprimirán cualquier… elemento sedicioso que intente interferir en la investidura. Lo juro por la Luz —prometió Carridin.

La tensión entre los taraboneses bajó de manera notable; todos, incluido Andric, vaciaron de un trago las copas.

Así pues, en lo referente al pueblo de Tarabon serían los Hijos los responsables de las inevitables muertes, no el rey ni el ejército. Una vez que Amathera hubiera sido investida con la Corona y el Bastón del Árbol, varios miembros más de la Asamblea se unirían con los rebeldes, pero si el resto hacía público que no la habían elegido, la noticia desataría tumultos en Tanchico. En cuanto a los cuentos que propagaran los que huyeran… Bah, los rebeldes eran capaces de inventar cualquier embuste propio de unos traidores. Y el rey y la Panarch de Tarabon estarían sujetos como marionetas a unas cuerdas que él entregaría a Pedron Niall para que las moviera como le placiera.

No era un trofeo tan importante como si el rey de Tarabon hubiera controlado todavía varios miles de hectáreas alrededor de Tanchico, pero quedaban abiertas otras posibilidades. Con la ayuda de los Hijos —harían falta una o dos legiones por lo

menos, no sólo los pocos centenares de hombres que Carridin tenía ahora a su mando — aún se podía aplastar a los seguidores del Dragón, derrotar a las diversas facciones rebeldes e incluso llevar adelante con éxito la guerra con Arad Doman. Si uno y otro país todavía comprendían que luchaban entre sí. Por lo que Carridin había oído, Arad Doman estaba en peores condiciones que Tarabon.

A decir verdad, le importaba poco si Tarabon o Tanchico o el resto caían bajo el dominio de los Hijos. Había que guardar las apariencias, mantener el tipo, pero le resultaba difícil pensar en nada salvo en cuándo le llegaría el turno de que le cortaran el cuello. Ojalá fuera sólo eso. Dos meses, desde el último informe.

No se quedó a beber con los taraboneses, sino que se despidió todo lo brevemente que permitía la cortesía. Si se ofendieron, su ayuda les era demasiado necesaria para demostrar enojo. Selindra lo vio bajar la escalera, y un mozo de cuadra llegó a la puerta principal llevando su caballo al trote cuando Carridin salió a la calle. Lanzó al muchacho una moneda de cobre y espoleó el negro corcel para ponerlo a un trote vivo.

La harapienta muchedumbre que abarrotaba los sinuosos callejones se apartó precipitadamente para dejarle paso; mejor para esa chusma, ya que no estaba seguro de que se hubiera dado cuenta si arrollaba a alguien. Tampoco se perdería mucho. La ciudad estaba saturada de mendigos; apenas se podía respirar con el hedor a sudor rancio y suciedad. Tamrin tendría que expulsarlos y que así los rebeldes del campo se las entendieran con ellos.

Lo que le interesaba era el campo, no los rebeldes. De ellos era fácil ocuparse; sólo hacía falta correr la voz de que éste o aquél era un Amigo Siniestro. Y, una vez que consiguiera que algunos fueran denunciados y entregados a la Mano de la Luz, admitirían cualquier cosa y confesarían que adoraban al Oscuro, que devoraban niños, o cualquier cosa que les dijeran. Los rebeldes no durarían mucho tiempo después de eso; los pretendientes que siguieran en el campo despertarían y se encontrarían solos. Pero a los seguidores del Dragón, los hombres y mujeres que se llamaban vasallos del Dragón Renacido, no se los reprimiría con el cargo de ser Amigos Oscuros. La mayoría de la gente ya los consideraba como tal por seguir a un hombre capaz de encauzar.

El problema era el hombre al que habían jurado seguir, el hombre cuyo nombre ni siquiera conocían: Rand al'Thor. ¿Quién era? Ahí fuera había cientos de bandas de seguidores del Dragón, entre las cuales al menos dos eran lo bastante numerosas para catalogarlas como ejército, y que luchaban contra el ejército del rey —con lo que quedaba que le fuera leal al monarca—, y contra los rebeldes, que a su vez se afanaban luchando entre sí tan a menudo como contra Andric o los seguidores del Dragón; sin embargo, Carridin no tenía la menor pista de en cuál de ellas se encontraba Rand al'Thor. Podría estar en el llano de Almoth o en Arad Doman, donde

la situación era idéntica. Si ese hombre se encontraba allí, Jaichim Carridin podía considerarse hombre muerto.

En el palacio de Verana que había requisado para cuartel general de los Hijos, entregó las riendas de su montura a uno de los guardias de blanca capa y entró sin responder a sus saludos. El propietario de este abigarrado montón de pálidas cúpulas, pináculos perforados cual finos encajes y umbríos jardines era uno de los que reclamaban el Trono de la Luz, de modo que nadie había protestado por la ocupación. Y el que menos, su dueño; lo que quedaba de su cabeza todavía adornaba una pica en lo alto de la Escalera de los Traidores, en Maseta.

Por una vez, Carridin apenas dedicó una ojeada a las finas alfombras tarabonesas, a los muebles trabajados con oro y marfil ni a los patios con fuentes donde los cantarines chorros de agua recreaban un fresco sonido. Los amplios pasillos con doradas lámparas y altos techos cubiertos con delicadas volutas trazadas en pan de oro no le interesaban lo más mínimo. Este palacio no tenía nada que envidiar al más exquisito de Amadicia, aunque no era tan grande como otros; sin embargo, en este momento sólo pensaba en la botella de fuerte brandy que tenía en el cuarto que utilizaba como estudio.

Había recorrido la mitad de una lujosa alfombra realizada con motivos azules, escarlatas y dorados, con los ojos prendidos en un mueble tallado que guardaba una botella plateada con brandy, cuando de repente se dio cuenta de que no estaba solo. Cerca de los altos y estrechos ventanales que daban a uno de los jardines había una mujer ataviada con un ajustado vestido de color rojo pálido; llevaba el dorado cabello tejido en numerosas trenzas que le caían sobre los hombros. Un pequeño y tenue velo apenas si ocultaba sus rasgos. Era joven y bonita, con una boca llena y roja, y grandes ojos castaños. Por las ropas, saltaba a la vista que no era una sirvienta.

—¿Quién sois? —demandó, irritado—. ¿Cómo entrasteis aquí? Marchaos de inmediato o haré que os arrojen a la calle.

—¿Amenazas, Bors? Deberíais dar una acogida más amable a un huésped, ¿verdad?

El nombre pronunciado por la mujer le causó un gran sobresalto. Sin pensar lo que hacía, desenvainó la espada y asestó una estocada contra el cuello de la mujer.

Algo lo inmovilizó, como si el aire se hubiera tornado espeso como gelatina; algo que lo envolvía del cuello para abajo y que lo obligó a arrodillarse. Le oprimió la muñeca hasta que sonaron los huesos; su mano se abrió y la espada cayó al suelo. El Poder. La mujer estaba utilizado el Poder con él. Una bruja de Tar Valon. Y si conocía ese nombre…

—¿Recordáis una reunión en la que Ba'alzemon apareció y nos mostró los rostros de Matrim Cauthon, Perrin Aybara y Rand al'Thor? —preguntó ella mientras se acercaba. Pronunció los nombres como si los escupiera, en especial el último; sus

ojos habrían podido perforar una lámina de acero—. ¿Veis? Sé quién sois. Entregasteis vuestra alma al Gran Señor de la Oscuridad, Bors. —Su repentina risa sonó como el tintineo de campanillas.

El sudor le corría por la cara. No era sólo una despreciable bruja de Tar Valon, sino que pertenecía al Ajah Negro. El Ajah Negro. Había pensado que sería un Myrddraal el que vendría por él. Había confiado en que aún quedaba tiempo. Un poco más. Todavía no.

—He intentado matarlo —barbotó—. A Rand al'Thor. ¡Lo he intentado! Pero no consigo encontrarlo. ¡No hay manera! Me advirtieron que matarían a mi familia, uno a uno, si fracasaba, y se me prometió que sería el último. Todavía tengo primos, sobrinos, sobrinas. ¡Y me queda otra hermana! ¡Debéis darme más tiempo!

La mujer permaneció en silencio, observándolo con aquellos penetrantes ojos castaños, sonriendo con aquella boquita de rosa, escuchándole dónde podían encontrar a Vanora, dónde estaba su dormitorio, cómo le gustaba cabalgar sola por el bosque que había detrás de Carmera.

A lo mejor si gritaba acudirían algunos guardias. Quizá pudiera matarla. Abrió más la boca, y entonces aquella espesa gelatina le entró y lo obligó a separar las mandíbulas hasta que las oyó crujir. Dilató las aletas de la nariz, y el aire entró en sus pulmones; todavía podía respirar, pero no gritar. Lo único que conseguía articular eran gruñidos apagados, como cuando se oye el llanto de una mujer detrás de una pared. Cómo deseaba chillar.

—Qué divertido sois —dijo por último la mujer rubia—. Jaichim. Es un buen nombre para un perro, creo. ¿Os gustaría ser mi perro, Jaichim? Si sois un perrito bueno a lo mejor os dejo que veáis morir a Rand al'Thor un día, ¿vale?

Le costó un instante comprender el sentido de lo que acababa de decir. Si le permitía ver morir a Rand al'Thor, entonces ella no iba a… No iba a matarlo, a desollarlo vivo, a hacer las cosas horribles que había imaginado y que hacían parecer el degüello un consuelo. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras los sollozos de alivio le sacudían el cuerpo, hasta donde se lo permitía aquello que lo tenía inmovilizado. De repente la trampa desapareció y cayó a gatas, todavía sollozando. No podía parar.

La mujer se arrodilló a su lado, lo agarró por el pelo y lo obligó a levantar la cabeza.

—Ahora me prestaréis atención, ¿verdad? La muerte de Rand al'Thor es para el futuro y sólo lo veréis si sois un perrito bueno. Vais a trasladar a vuestros Capas Blancas al Palacio de la Panarch.

—¿C… cómo lo s… sabéis?

La mujer le sacudió la cabeza de lado a lado y no con delicadeza.

—Un perrito bueno no hace preguntas a su ama. Yo tiro el palo y vos vais a

recogerlo. Yo dijo que matéis, y vos matáis, ¿sí? Sí. —Su sonrisa fue un simple destello de dientes—. ¿Será difícil tomar el Palacio de la Panarch? La Legión de la Panarch está allí, un millar de hombres que duermen en los pasillos, en las salas de exposición, en los patios. Vos no contáis con tantos Capas Blancas.

—Ellos no… —Tuvo que hacer un alto para tragar saliva—. No crearán problemas. Creerán que Amathera ha sido elegida por la Asamblea. Es la Asamblea la que…

—No me aburráis con vuestras historias, Jaichim. Me importa poco si matáis a toda la Asamblea mientras que el Palacio de la Panarch esté en vuestro poder. ¿Cuándo actuaréis?

—H… harán falta tres o cuatro días para que Andric despache el compromiso por escrito.

—Tres o cuatro días —musitó para sí misma—. Muy bien. Un poco más de retraso no importa. —Carridin se estaba preguntando a qué retraso se referiría cuando sus siguientes palabras lo desestabilizaron por completo—. Mantendréis el control del palacio y despacharéis a los buenos soldados de la Panarch.

—Eso es imposible —jadeó, y la mujer le tiró de la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que no supo qué ocurriría antes, si el cuello se le rompería o si le arrancaría el cuero cabelludo. No osó presentar resistencia. Un millar de agujas se clavaban en su rostro, su tórax, su espalda, sus brazos, sus piernas. Por todas partes. Serían invisibles, pero ello no implicaba que no fueran reales.

—¿Imposible, Jaichim? —repitió ella suavemente—. Imposible es una palabra que no me gusta escuchar.

Las agujas se hincaron más profundamente; Carridin gimió. Tenía que explicárselo; lo que le pedía era realmente imposible.

—Una vez que Amathera sea investida como Panarch —jadeó con precipitación —, será ella quien controle la Legión. Si intento apoderarme del palacio los lanzará contra mí y Andric la ayudará. No podemos resistir contra la Legión de la Panarch y contra las fuerzas que Andric consiga traer de los fuertes del Anillo.

La mujer lo observó durante tanto tiempo que Carridin empezó a sudar. No osó pestañear siquiera y aun menos encogerse; aquel millar de aguijonazos se lo impedía.

—Habré de ocuparme de la Panarch —dijo ella finalmente. Los pinchazos desaparecieron, y la mujer se incorporó.

También lo hizo Carridin, esforzándose para mantener el equilibrio. A lo mejor podía llegar a un trato ahora que la mujer parecía dispuesta a escuchar razones. Las piernas le temblaban, pero procuró que su voz sonara lo más firme posible:

—Aun en el caso de que podáis influir en Amathera…

—Dije que nada de cuestionar mis palabras, Jaichim —lo cortó—. Un buen perro obedece a su ama, ¿sí? Os prometo que, si no lo hacéis, me suplicaréis que busque un

Myrddraal para que se divierta con vos. ¿Me habéis entendido?

—Os he entendido —respondió pesadamente. La mujer seguía mirándolo, en silencio, y entonces comprendió lo que esperaba—. Haré lo que ordenéis…, ama. —La fugaz sonrisa aprobadora de la mujer lo hizo enrojecer. Luego se dirigió hacia la puerta dándole la espalda, como si realmente fuera un perro; un perro sin dientes—. ¿Cómo…? ¿Cómo os llamáis?

Esta vez su sonrisa fue dulce y burlona.

—Sí, claro. Un perro debe conocer el nombre de su ama. Me llamo Liandrin. Pero ese nombre jamás deben pronunciarlo los labios de un perro. De hacerlo, me mostraré muy disgustada con vos.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Carridin se dirigió con pasos vacilantes hacia una silla de respaldo alto, taraceada con marfil, y se dejó caer en ella. No sacó el brandy; con lo revuelto que tenía el estómago, lo haría vomitar si lo bebía. ¿Qué interés podría tener la mujer en el Palacio de la Panarch? Quizá su pregunta llevaba un rumbo peligroso. Sin embargo, a pesar de que ambos servían al mismo señor, lo único que sentía hacia una bruja de Tar Valon era repulsión.

La tal Liandrin no sabía tanto como creía. Con las condiciones firmadas por el rey en su mano, podía mantener a Tamrin y al ejército lejos de su cuello merced a la amenaza de revelar el secreto, y también a Amathera. Empero, todavía cabía la posibilidad de que levantaran a la chusma. Y al capitán general no le gustaría en absoluto todo este asunto; a lo mejor pensaba que iba buscando poder personal. Carridin hundió la cara en las manos e imaginó a Niall firmando la orden para darle muerte. Sus propios hombres lo arrestarían y lo colgarían. Si pudiera arreglar la muerte de la bruja… Pero ella le había prometido protegerlo de los Myrddraal. Deseó ponerse a llorar otra vez. Ni siquiera estaba aquí y esa bruja lo tenía tan atrapado como si llevara grilletes en los tobillos y un lazo corredizo en el cuello.

Tenía que haber alguna salida, pero mirara hacia donde mirara siempre encontraba otra trampa.

Liandrin recorrió los pasillos como un fantasma, eludiendo fácilmente a sirvientes y Capas Blancas. Cuando salió por la pequeña puerta trasera que daba a un angosto callejón a espaldas del palacio, el alto y joven guardia que estaba allí la observó con una mezcla de alivio e intranquilidad. Su pequeño truco de hacer receptivo a sus sugerencias a alguien con una débil descarga de Poder no había sido preciso con Carridin, pero sí convenció a este necio de que debía permitirle entrar. Sonriente, le hizo una seña para que se inclinara un poco más; el larguirucho patán sonrió como si esperara un beso; una mueca que se crispó en su alargado rostro cuando la fina hoja del cuchillo penetró a través de su ojo.

La hermana Negra saltó hacia atrás ágilmente mientras el guardia se desplomaba

como si fuera un saco. Ahora no hablaría de ella ni siquiera por casualidad. En la mano sólo le había quedado una pequeña mancha de sangre. Deseó tener la habilidad de Chesmal para matar con el Poder o incluso el menor talento de Rianna. Qué curioso que la habilidad de utilizar el Poder para acabar con una vida parando un corazón o haciendo arder la sangre en las venas estuviera tan estrechamente ligada con la Curación. Ella sólo era capaz de curar arañazos y contusiones, aunque la traía sin cuidado estar limitada en ese terreno.

Su palanquín, lacado en rojo y con incrustaciones de marfil y oro, la esperaba al final del callejón, así como sus guardias personales, una docena de hombretones cuyos rostros recordaban el de unos lobos hambrientos. De vuelta ya en las calles, abrieron paso entre la muchedumbre con facilidad, azuzando con las lanzas a cualquiera que no se apartara con suficiente premura. Todos ellos estaban al servicio del Gran Señor de la Oscuridad, por supuesto, y si no sabían exactamente quién era ella, sí sabían que habían desaparecido otros hombres que no la habían servido adecuadamente.

La casa que las otras hermanas Negras y ella habían ocupado —un edificio de dos plantas con el tejado plano y las paredes enlucidas— se levantaba en la ladera de una colina de Verana, la península más oriental de Tanchico, y pertenecía a un mercader que también era vasallo del Gran Señor. Liandrin habría preferido un palacio, y quizás algún día ocuparía el palacio del rey, en Maseta; había crecido mirando con envidia los palacios de los lores, pero ¿por qué conformarse con uno de ellos? No obstante, a despecho de sus preferencias, lo sensato era permanecer ocultas todavía durante un tiempo. Era imposible que las necias de Tar Valon sospecharan que se encontraban en Tanchico, pero desde luego la Torre no habría renunciado a darles caza, y las perritas falderas de Siuan Sanche podían estar husmeando por cualquier parte.

Los portones se abrieron a un pequeño patio; las únicas ventanas que daban a él eran las del piso superior. Liandrin dejó allí a los guardias y los porteadores y entró a buen paso. El mercader les había proporcionado unos pocos sirvientes, todos ellos vasallos del Gran Señor, según les aseguró, pero apenas suficientes para atender a once mujeres que casi nunca salían de la casa. Una sirvienta, una mujer robusta y atractiva que llevaba el oscuro cabello peinado con trenzas, llamada Gyldin, estaba fregando las baldosas rojas y blancas del vestíbulo cuando entró Liandrin.

—¿Dónde están las demás? —preguntó.

—En la sala principal. —Gyldin señaló las dobles puertas en arco que había a la derecha, como si Liandrin no supiera dónde estaba la estancia.

Liandrin apretó los labios. La mujer no había hecho una reverencia ni había utilizado un título respetuoso. Cierto, no sabía quién era Liandrin, pero sí sabía que era alguien lo bastante poderoso para dar órdenes y para hacer salir de la casa a ese

gordo mercader inclinando la cabeza y llevando a su familia a cualquier cuchitril.

—Se supone que deberías estar limpiando y no ahí plantada sin hacer nada, ¿verdad? ¡Bien, pues, ponte a limpiar! Hay polvo por todas partes. ¡Si encuentro una sola mota esta tarde, estúpida, haré que te zurren a modo con un cinto! —Cerró la boca bruscamente. Llevaba tanto tiempo copiando la forma de hablar de los nobles y poderosos que a veces olvidaba que su padre había vendido fruta en una carretilla; empero, cuando la dominaba la ira le salía el lenguaje de cualquier plebeyo. Demasiada tensión. Demasiada espera—. ¡A trabajar! —espetó una vez más antes de dirigirse a la sala, donde irrumpió bruscamente y cerró de un portazo a su espalda.

No estaban todas allí, cosa que incrementó su irritación, pero eran suficientes. Eldrith Johndar se hallaba sentada a una mesa adornada con incrustaciones de piedras, debajo de un tapiz, y tomaba notas de un deteriorado manuscrito; de vez en cuando limpiaba la punta de la pluma en la manga de su oscuro vestido de lana, con gesto abstraído. Marillin Gemalphin estaba sentada junto a uno de los estrechos ventanales, con los azules ojos contemplando perezosamente la cantarina fuentecilla que había en el pequeño patio mientras rascaba las orejas de un gato amarillo, sin que al parecer se diera cuenta de los pelos que el animal estaba soltando en su vestido de seda verde. Ella y Eldrith eran hermanas Marrones, pero, si Marillin descubría alguna vez que Eldrith era la razón de que desaparecieran continuamente los gatos callejeros que recogía, habría problemas.

Habían sido hermanas Marrones. A veces resultaba difícil recordar que ya no lo eran o que ella misma hubiera dejado de ser una Roja. Mucho de lo que las había señalado claramente como miembros de sus antiguos Ajahs seguía estando presente en cada una de ellas a pesar de que pertenecían al Negro. Por ejemplo, las antiguas Verdes: Jeane Caide, de piel bronceada y cuello de cisne, se ponía los vestidos de seda más finos y ajustados que podía encontrar —el de hoy era blanco— y comentaba, riendo, que tendría que conformarse con estos atuendos puesto que no había nada disponible en Tarabon con lo que atraer las miradas de los hombres. Jeane era oriunda de Arad Doman; las domani tenían mala fama por sus escandalosos vestidos. Asne Zeramene, con sus oscuros y rasgados ojos y prominente nariz, tenía un aspecto casi pacato con el vestido de color gris pálido, de corte sencillo y cuello alto, pero en más de una ocasión Liandrin la había oído lamentarse de haber dejado atrás a sus Guardianes. Y en cuanto a Rianna Andomeran… El oscuro cabello con el llamativo mechón blanco en la sien izquierda enmarcaba un semblante que reflejaba la fría y arrogante certidumbre que era el sello personal de una Blanca.

—Ya está hecho —anunció Liandrin—. Jaichim Carridin trasladará a sus Capas Blancas al Palacio de la Panarch y lo mantendrá para nosotras. Todavía no sabe que tendremos invitados, por supuesto. —Hubo unas cuantas sonrisas torcidas; el hecho de cambiar de Ajah no había cambiado los sentimientos de estas mujeres hacia los

hombres que odiaban a las mujeres capaces de encauzar—. Ocurrió algo interesante. Creía que había ido a matarlo por no haber asesinado todavía a Rand al'Thor.

—Eso no tiene sentido —dijo Asne, ceñuda—. Tenemos que dominarlo, controlarlo, no matarlo. —De pronto soltó una risa suave, baja, y se recostó en la silla —. Si hay algún modo de controlarlo, no me importaría vincularlo a mí. Es un joven bien parecido, por lo poco que vi.

Liandrin resopló con desdén; no sentía el menor aprecio por los hombres. Rianna sacudió la cabeza, preocupada.

—Sí que tiene sentido, pero la conclusión es inquietante. Las órdenes que recibimos de la Torre eran muy claras y es evidente que Carridin tiene otras. La única explicación que se me ocurre es que existen disensiones entre los Renegados.

—Los Renegados —rezongó Jeane al tiempo que se cruzaba de brazos, de manera que la fina seda blanca se ciñó sobre sus senos de un modo aun más revelador—. ¿De qué valen las promesas de que dominaremos el mundo cuando el Gran Señor regrese si antes acabamos aplastadas en las contiendas entre Renegados? ¿Alguna de vosotras cree que tenemos la menor posibilidad de vencer a cualquiera de ellos?

—Con el fuego compacto. —Asne miró en derredor; en sus oscuros y rasgados ojos había una expresión desafiante—. El fuego compacto destruiría incluso a un Renegado. Y tenemos los medios para producirlo. —Uno de los *ter'angreal* que habían sacado de la Torre, una vara ahusada, negra, de unos tres palmos de largo, tenía esa utilidad. Ninguna de ellas sabía la razón de que les hubieran ordenado cogerla, ni siquiera la propia Liandrin. Y ocurría lo mismo con la mayoría de los *ter'angreal*, que se habían llevado porque así se lo habían ordenado, sin explicar las razones; claro que algunos mandatos había que cumplirlos, sin más. Liandrin habría deseado poder apoderarse al menos de un *angreal*.

Jeane soltó un bufido.

—Eso si alguna de nosotras supiera cómo utilizarlo. ¿O es que has olvidado que en la prueba que hicimos estuve a punto de morir y que abrí un agujero en los dos costados del barco antes de poder pararlo? Valiente servicio nos habría hecho si nos hubiéramos ahogado antes de llegar a Tanchico.

—¿Y para qué necesitamos el fuego compacto? —dijo Liandrin—. Si podemos controlar al Dragón Renacido, entonces serán los Renegados quienes tendrán que plantearse cómo enfrentarse a nosotras. —De repente reparó en la presencia de otra persona en la habitación. Era Gyldin, que frotaba una silla de respaldo bajo que había en un rincón—. ¿Qué haces aquí, mujer?

—Limpiando. —La sirvienta de oscuras trenzas se irguió con despreocupación—. Me dijisteis que limpiara.

Faltó poco para que Liandrin la atacara con el Poder. Recordó a tiempo que Gyldin no sabía que eran Aes Sedai. ¿Qué habría oído la mujer? Nada de

importancia, seguramente.

—Ve al cocinero —ordenó con una fría cólera—, y dile que tiene que atizarte unos vergajazos. ¡Con ganas! Y no probarás bocado hasta que no quede pizca de polvo. —Otra vez le había pasado. La mujer la había hecho hablar de nuevo como una plebeya.

Marillin se puso de pie y frotó la trufa del gato con su nariz antes de entregarle el animal a Gyldin.

—Ocúpate de que se coma un plato de crema después de que el cocinero te haya azotado. Y también un poco de cordero. Córtaselo en trocitos pequeños. Al pobrecito ya no le quedan dientes. —Gyldin la miró fijamente, sin pestañear, y Marillin preguntó—: ¿Hay algo que no hayas entendido?

—Lo he entendido todo. —Gyldin tenía los labios apretados. A lo mejor había comprendido por fin que era una criada y no su igual.

Liandrin esperó un momento después de que la mujer se hubo marchado, con el gato en los brazos, y entonces abrió bruscamente las puertas. El vestíbulo estaba vacío; Gyldin no se había quedado para escuchar a escondidas. No confiaba en ella; claro que, pensándolo bien, no recordaba que hubiera nadie en quien confiara.

—Lo que tenemos que hacer es ocuparnos de lo que nos concierne —dijo, cortante, mientras cerraba las puertas—. Eldrith, ¿has encontrado alguna pista en esas páginas? ¡Eldrith!

La rolliza mujer dio un brinco de sobresalto y miró en derredor, parpadeando. Era la primera vez que había levantado la cabeza de aquel amarillento y ajado manuscrito; pareció sorprenderla ver a Liandrin.

—¿Qué? ¿Pista? Oh, no. Ya es bastante difícil conseguir entrar en la biblioteca real, así que, si saco aunque sólo sea una página, los bibliotecarios se darán cuenta de inmediato. Sin embargo, si me deshago de ellos jamás encontraré nada. Ese lugar es un laberinto. No, encontré esto en una librería, cerca del palacio del rey. Es un interesante tratado sobre…

Haciendo uso del *Saidar*, Liandrin desparramó las páginas sobre el suelo.

—A menos que sea un tratado sobre cómo controlar a Rand al'Thor, puede convertirse en cenizas. ¿Qué has descubierto respecto a lo que buscamos?

Eldrith parpadeó al mirar las hojas esparcidas.

—Bueno, está en el Palacio de la Panarch.

—Eso ya lo descubriste hace dos días.

—Y tiene que ser un *ter'angreal*. Para controlar a alguien que puede encauzar hace falta el Poder, y, puesto que se trata de un uso específico, significa que ha de ser un *ter'angreal*. Lo encontraremos en la sala de exhibición o quizás entre la colección de la Panarch.

—Algo nuevo, Eldrith. —Liandrin tuvo que esforzarse para que el tono de su voz

no fuera tan estridente—. ¿Has descubierto algo que sea nuevo? Cualquier cosa.

La mujer de rostro redondo parpadeó con incertidumbre.

—En realidad… no.

—Da igual —intervino Marillin—. Dentro de pocos días, una vez que hayan investido a su preciosa Panarch, podremos empezar a buscar y, aunque tengamos que examinar hasta el último candelabro, lo encontraremos. Estamos a punto de conseguirlo, Liandrin. Le pondremos a Rand al'Thor una correa al cuello y luego le enseñaremos a rodar por el suelo y también a sentarse sobre las patitas traseras.

—Oh, sí —exclamó Eldrith, sonriendo con agrado—. Con una correa.

Liandrin confió en que fuera así. Estaba harta de esperar, de estar escondida. Que el mundo supiera quién era. Que hincara la rodilla en el suelo ante ella, como se le había prometido cuando había roto unos juramentos previos para prestar otros nuevos.

Egeanin supo que no se encontraba sola en el momento en que entró en su pequeña casa por la puerta de la cocina, pero soltó despreocupadamente la máscara y la bolsa de yute sobre la mesa y se dirigió hacia el cubo de agua que había junto a la chimenea de ladrillos. Al tiempo que se inclinaba para coger el cucharón de cobre, metió rápidamente la mano derecha en el hueco dejado al quitar dos ladrillos, detrás del cubo; se giró a la par que se erguía, sosteniendo una pequeña ballesta. Medía poco más de treinta centímetros, así que apenas tenía alcance ni fuerza de impacto, pero siempre estaba cargada y la afilada punta de la saeta de acero, impregnada con algo oscuro, causaba una muerte instantánea.

Si el hombre que estaba recostado despreocupadamente en el rincón vio la ballesta, no dio señales de ello. Era un tipo de cabello claro y ojos azules, de mediana edad y bien parecido, aunque demasiado delgado para su gusto. Era evidente que la había visto cruzar el estrecho patio a través de la ventana enrejada junto a la que estaba apostado.

—¿Creéis que soy una amenaza para vos? —dijo él, al cabo de un momento.

Egeanin reconoció el acento de su tierra, pero no bajó la ballesta.

—¿Quién sois?

Por toda respuesta, el hombre metió dos dedos con mucho cuidado en la bolsita del cinturón y sacó algo pequeño y plano. Egeanin le indicó con un gesto que lo dejara sobre la mesa y retrocediera.

Hasta que el hombre no estuvo de nuevo en el rincón, no se acercó a coger lo que había dejado. Sin quitarle ojo ni dejar de apuntarle con la ballesta, levantó el objeto para poder mirarlo. Era una pequeña placa de marfil bordeada de oro que llevaba grabado un cuervo y una torre. Los ojos del ave eran cuentas de obsidiana negra. Un cuervo, emblema de la familia imperial; la Torre de los Cuervos, símbolo de la

justicia imperial.

—Normalmente esto sería suficiente —le dijo—, pero nos encontramos lejos de seachan, en una tierra donde lo raro está a la orden del día. ¿Qué otra prueba podéis darme?

Con una sonrisa divertida, el hombre se quitó la chaqueta, desanudó la cinta de la camisa y se la sacó por la cabeza. En ambos hombros tenía el tatuaje de un cuervo y una torre.

Casi todos los Buscadores de la Verdad llevaban los cuervos además de la torre, pero ni siquiera alguien que hubiera osado robar la insignia de un Buscador tendría esa marca. Se suponía que el dibujo de los cuervos era exclusivo de la familia imperial. Existía una vieja historia referente a dos necios jóvenes nobles, un hombre y una mujer, que se hicieron tatuar estando ebrios, hacía unos trescientos años. Cuando la emperatriz se enteró, ordenó llevarlos ante la Corte de las Nueve Lunas y los puso a fregar suelos. Este hombre podría ser uno de sus descendientes, ya que la marca del cuervo era permanente.

—Os pido disculpas, Buscador —dijo al tiempo que bajaba la ballesta—. ¿Por qué estáis aquí?

No le preguntó cómo se llamaba; cualquier nombre que él le diera podría o no ser el suyo.

El hombre dejó que le sostuviera la insignia mientras volvía a ponerse la camisa y la chaqueta sin prisa. Un sutil recordatorio. Egeanin era una capitana de barco y él una propiedad, pero también un Buscador y, por ende, merced a la autoridad que le otorgaba la ley, podía interrogarla. También tenía la prerrogativa de mandarla a comprar la cuerda con la que atarla mientras la interrogaba y estar seguro de que volvería con ella. Huir de un Buscador era un delito. Rehusar cooperar con un Buscador, también. A Egeanin no se le había pasado por la cabeza en toda su vida cometer un acto delictivo, del mismo modo que jamás había pensado cometer traición contra el Trono de Cristal. Empero, si le hacía las preguntas equivocadas, si exigía las respuestas equivocadas… La ballesta continuaba sobre la mesa, a su alcance, y Cantorin estaba muy lejos. Unas ideas descabelladas. Peligrosas.

—Estoy al servicio de la Augusta Señora Suroth y del *Corenne*, por encargo de la emperatriz —dijo el hombre—. Compruebo los progresos de los espías que la Augusta Señora ha situado en estas tierras.

¿Comprobando? ¿Qué era lo que había que comprobar, y precisamente por un Buscador?

—No me ha llegado información respecto a esto con los botes mensajeros.

La sonrisa del hombre se hizo más amplia. Los tripulantes de esas embarcaciones no hablarían con un Buscador, por supuesto. Sin embargo, el hombre respondió mientras anudaba la cinta de la camisa.

—No hay que poner en riesgo a los botes mensajeros con mis idas y venidas. He cogido pasaje en los barcos de un contrabandista local, un tipo llamado Bayle Domon. Su flota hace escala en todos los puertos de Tarabon y de Arad Doman.

—He oído hablar de él —respondió sosegadamente—. ¿Va todo bien?

—Ahora sí. Me alegro de que vos, al menos, comprendieseis las instrucciones correctamente. Entre los demás, sólo lo hicieron los Buscadores. Es lamentable que no haya más Buscadores con los *Hailene*. —Se echó la chaqueta sobre los hombros y cogió la insignia que sostenía Egeanin—. El hecho deplorable de que algunas *sul'dam* hayan desertado ha ocasionado una situación embarazosa. Esas deserciones no deben hacerse del dominio público. Es mucho mejor que se crea que han desaparecido, simplemente.

Egeanin mantuvo el gesto impasible sólo porque apenas dispuso de tiempo para pensar. Por lo que le habían contado, en el desastre de Falme habían dejado abandonadas a muchas *sul'dam*, así que era posible que algunas hubieran desertado. Las instrucciones que tenía de la propia Augusta Señora Suroth eran que mandara de vuelta a cualquiera que encontrara, lo quisiera o no; y, si tal cosa no era posible, entonces había que deshacerse de esa persona. Esta última le había parecido la alternativa en caso extremo. Hasta ahora.

—Lamento que en estas tierras no conozcan el cultivo del *kaf* —dijo el hombre —. Incluso en Cantorin sólo la Sangre tiene todavía *kaf* . O así era al menos cuando me marché. A lo mejor han llegado barcos de aprovisionamiento desde seachan tras mi partida. En fin, habrá que conformarse con el té. Preparadme uno —ordenó mientras tomaba asiento a la mesa.

Egeanin tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no tirarlo de la silla. Este hombre era propiedad. Pero también un Buscador, no debía olvidarlo. Preparó té, se lo sirvió y se quedó de pie junto a su silla, con la tetera en la mano para mantener llena la taza. La sorprendió que no le pidiera ponerse un velo y danzar encima de la mesa.

Finalmente tuvo permiso para sentarse después de traer pluma, tinta y papel, aunque tuvo que ponerse a dibujar mapas de Tanchico y sus defensas, así como de cualquier otra ciudad y villa sobre la que supiera el menor detalle. Enumeró las diferentes fuerzas enfrentadas en el campo, todo cuanto sabía acerca de su número y a quién apoyaban, y lo que había deducido acerca de sus tendencias.

Cuando hubo terminado, el Buscador lo guardó todo en un bolsillo, le indicó que enviara el contenido de la bolsa de yute con el próximo barco mensajero, y se marchó, sonriendo divertido de nuevo, tras anunciarle que a lo mejor regresaba dentro de unas semanas para comprobar sus progresos otra vez.

Egeanin se quedó sentada largo rato después de que el hombre se hubo ido. Todos los mapas que había dibujado, hasta la última lista que había hecho, eran duplicados

de papeles enviados ya con los botes mensajeros hacía mucho tiempo. Hacer que lo repitiera todo mientras la miraba podría haber sido un castigo por obligarlo a que le enseñara sus tatuajes. Los Guardias de la Muerte hacían ostentación de sus cuervos; por el contrario, los Buscadores rara vez los mostraban. Tenía que haber sido por eso. Al menos no había bajado al sótano antes de que ella llegara. ¿O sí?

Aparentemente, nadie había tocado la resistente cerradura de hierro de la puerta que había en el pasillo detrás de la cocina, pero se decía que los Buscadores sabían cómo abrir cerraduras sin usar llaves. Sacó la llave de la bolsita del cinturón, abrió y bajó los estrechos peldaños.

Encima de una repisa había una lámpara que alumbraba el sótano. Un suelo de tierra y cuatro paredes de ladrillos, un hueco vacío de cualquier cosa que pudiera servir para escapar. Flotaba un tenue olor del cubo de aguas sucias. Al otro lado de la lámpara había una mujer sentada sobre unas burdas mantas de lana, con aire abatido; su vestido estaba sucio. Levantó la cabeza al oír los pasos de Egeanin y en sus oscuros ojos asomó una expresión temerosa y suplicante. Era la primera *sul'dam* que Egeanin había encontrado. La primera y la única. Después de hallar a Bethamin, Egeanin había dejado de buscar. Y, desde entonces, la *sul'dam* había estado en este sótano mientras los botes mensajeros iban y venían.

—¿Ha bajado alguien aquí? —preguntó Egeanin.

—No. Oí pasos arriba, pero… No. —Bethamin tendió las manos hacia ella—. Por favor, Egeanin, todo esto es una equivocación. Me conoces desde hace diez años. Quítame esto.

Un collar plateado le rodeaba el cuello; iba unido por una gruesa cadena, también plateada, a un brazalete del mismo metal que colgaba de una clavija, encima de su cabeza. Ponérselo había sido casi por casualidad, simplemente un medio de tenerla segura durante unos instantes. Y entonces se las había arreglado para derribar a Egeanin y había echado a correr para huir.

—Si me lo traes, lo haré —replicó, enfadada, Egeanin. Estaba furiosa con muchas cosas, no con Bethamin—. Trae aquí el *a'dam* y te lo quitaré.

Bethamin se estremeció y dejó caer las manos.

—Es una equivocación —musitó—. Un terrible error. —Pero no hizo intención de coger el brazalete. Su primer intento de escapar la había dejado postrada en el suelo de la planta de arriba, retorciéndose, sacudida por las arcadas; y Egeanin se había quedado estupefacta.

Las *sul'dam* controlaban a las *damane*, las mujeres que podían encauzar, mediante un *a'dam*. Eran las *damane* las que encauzaban, no las *sul'dam*. Sin embargo, un *a'dam* sólo controlaba a una mujer capaz de encauzar; a ninguna otra persona, mujer u hombre —los muchachos jóvenes con tal habilidad eran ejecutados, naturalmente—: sólo a una mujer que podía encauzar. Las mujeres que tenían esta habilidad y

llevaban puesto el collar no podían alejarse más que unos cuantos pasos del brazalete, que iba en la muñeca de una *sul'dam* para completar el vínculo.

Egeanin se sintió muy cansada mientras subía los peldaños y volvía a cerrar aquella puerta. Le apetecía tomarse un té, pero lo poco que había dejado el Buscador se había quedado frío y no tenía ganas de preparar más. Se sentó y sacó el *a'dam* de la bolsa de yute. Para ella no era más que un objeto de plata; no podía utilizarlo ni el *a'dam* podía hacerle daño a ella a no ser que alguien la golpeara con él.

Incluso vincularse con un *a'dam* hasta ese punto, rechazando la capacidad de éste para controlarla, bastaba para provocarle un escalofrío en la espina dorsal. Las mujeres capaces de encauzar eran animales peligrosos más que personas. Eran quienes habían provocado la Devastación del Mundo. Había que controlarlas o convertirían a todos en su propiedad. Eso era lo que le habían enseñado, lo que se había enseñado en seachan durante un millar de años. Qué extraño que algo así no ocurriera aquí, en estas tierras. No. Era una idea que seguía un curso estúpido, peligroso.

Volvió a guardar el *a'dam* en la bolsa y limpió los cacharros del té para tranquilizar su mente. Le gustaba el orden y sentía una pequeña satisfacción dejando la cocina arreglada. Sin darse cuenta de lo que hacía, preparó otra tetera para ella. Volvió a la mesa y echó miel en la taza de té, que estaba oscuro y tan fuerte como podía prepararlo. No era *kaf* , pero tendría que conformarse.

A pesar de sus protestas, a pesar de sus súplicas, Bethamin podía encauzar. ¿Les ocurriría igual a otras *sul'dam*? ¿Sería ésa la razón de que la Augusta Señora quisiera que mataran a todas las que habían dejado en Falme? Eso era inconcebible. Imposible. Las pruebas anuales que se llevaban a cabo en todo seachan encontraban hasta la última chiquilla con la habilidad innata de encauzar: se las quitaba de todos los registros de ciudadanos y familiares, y se las llevaba para ponerles el collar y convertirlas en *damane*. Las mismas pruebas encontraban a las chicas que podían aprender a llevar el brazalete de *sul'dam*. Ninguna mujer escapaba de las pruebas anuales hasta que era lo bastante mayor para que hubiera empezado a encauzar si poseía la chispa. Entonces ¿cómo iba a confundirse por *sul'dam* a una chica que era *damane*? Empero, aquí estaba Bethamin, en el sótano, retenida por el *a'dam* como si estuviera sujeta a un ancla.

Una cosa era segura: las posibilidades que apuntaba esto eran potencialmente mortíferas. Involucraba a la Sangre y a los Buscadores. Puede que incluso al Trono de Cristal. ¿Osaría la Augusta Señora Suroth ocultar semejante conocimiento a la emperatriz? Una simple capitana de barco podía morir aullando de dolor por dirigir una mirada ceñuda a quien no debía, o pasar a ser una propiedad por el capricho de alguien. Tenía que descubrir algo más si quería escapar a la Muerte de las Diez Mil Lágrimas. Para empezar, ello significaba repartir más dinero entre Gelb y otros

hurones furtivos como él, encontrar más *sul'dam* y comprobar si un *a'dam* las retenía. Más allá de eso… Era como si navegara por escollos que no aparecían en las cartas y sin tener un marinero lanzando la sonda desde la proa.

Pasó los dedos sobre la ballesta, que seguía sobre la mesa, con la letal saeta encajada; entonces supo que había otra cosa que era segura: no permitiría que el Buscador la matara. No por el mero hecho de ayudar a la Augusta Señora Suroth a guardar un secreto. Y puede que tampoco por ninguna otra razón. Ésa era una idea rayana en la traición, pero no se le fue de la cabeza.

39



Una copa de vino

Cuando Elayne subió a cubierta con sus pertenencias cuidadosamente empaquetadas, el sol poniente empezaba a rozar el agua más allá de la bocana del puerto de Tanchico, y se estaban amarrando las últimas guindalezas para atracar el *Tajador de olas* a un muelle en el que se alineaban otras naves, uno más entre los muchos espigones que había a lo largo de esta península, la más occidental de la ciudad. Parte de la tripulación plegaba las últimas velas sobre las vergas. Detrás de los largos muelles, la ciudad se extendía sobre colinas, con sus blancas cúpulas y brillantes chapiteles rematados por bruñidas veletas. A un par de kilómetros, más o menos, divisó un muro alto y redondo; el Gran Anfiteatro, si no recordaba mal.

Se colgó el hatillo en el mismo hombro en el que cargaba la escribanía de cuero y fue a reunirse con Nynaeve junto a la pasarela, con Coine y Jorin. Casi resultaba chocante ver a las dos hermanas completamente vestidas otra vez, con las brillantes blusas de seda brocada que hacían juego con los amplios pantalones. Ahora no le llamaban la atención los pendientes ni los aros de la nariz ni la fina cadena de oro que cruzaba sobre la mejilla de cada mujer.

Thom y Juilin se mantenían a cierta distancia, con sus bultos; tenían cierto aire sombrío. Nynaeve había estado en lo cierto. Habían sacado una conclusión equivocada respecto a este viaje, y cuando dos días atrás se les reveló su verdadero propósito, o al menos en parte, sufrieron un sobresalto e intentaron hacerlas cambiar de opinión. Ninguno de los dos parecía pensar que dos jóvenes fueran lo bastante competentes —¡*competentes*!— para buscar al Ajah Negro. La amenaza de Nynaeve de trasladarlos a otro barco de los Marinos que navegaba en dirección contraria había cortado de raíz sus objeciones. O, más bien, cuando Toram y una docena de tripulantes se mostraron dispuestos a meterlos en un bote que los cruzara hasta el otro barco. Elayne los estudió con detenimiento; la actitud hosca apuntaba una rebelión. Sus problemas con estos dos no habían acabado.

—¿Hacia dónde os dirigiréis ahora, Coine? —estaba preguntando Nynaeve cuando Elayne llegó a su lado.

—A Dantora y las Aile Jafar —contesto la Navegante—, y seguidamente a Cantorin y las Aile Somera para propagar la nueva sobre el Coramoor, si así lo quiere la Luz. Pero he de dejar a Toram que haga tratos aquí o si no, estallará.

Su esposo estaba en los muelles, sin sus extraños lentes, el torso desnudo y todos los aderezos de oro, hablando seriamente con unos hombres vestidos con pantalones fruncidos y chaquetas adornadas con bordados en los hombros. Los tanchicenses se cubrían con un gorro cilíndrico y un velo transparente sobre el rostro. Los velos resultaban ridículos, sobre todo en los hombres con espesos bigotes.

—Que la Luz os procure un viaje seguro —deseó Nynaeve al tiempo que se colocaba mejor el equipaje cargado a la espalda—. Si antes de que zarpéis descubrimos algún peligro que pudiera amenazaros, os mandaremos aviso.

Coine y su hermana se mostraban extraordinariamente tranquilas. Enterarse de la existencia del Ajah Negro no parecía haberlas amedrentado; era el Coramoor, Rand, quien importaba. Jorin se besó las puntas de los dedos y luego los posó sobre los labios de Elayne.

—Si la Luz lo quiere, volveremos a encontrarnos.

—Si la Luz lo quiere —respondió Elayne, que repitió el gesto de la Detectora de Vientos. Aún le resultaba extraño, pero esta forma de saludo era un honor porque sólo se utilizaba entre familiares próximos o amantes. Iba a echar de menos a la mujer de los Marinos. Había aprendido mucho y a su vez había enseñado un poco; ciertamente, ahora Jorin era capaz de tejer Fuego mucho mejor que antes.

Cuando llegaron al final de la pasarela, Nynaeve soltó un suspiro de alivio. Una poción aceitosa que Jorin le administró había conseguido calmarle el estómago tras dos días de navegación, pero a pesar de ello Nynaeve se había pasado toda la travesía con los ojos y la boca apretados, hasta que Tanchico estuvo a la vista.

Sin necesidad de instrucciones, sus dos escoltas tomaron posiciones, Juilin al frente, con el hatillo a la espalda, la fina vara sujeta en ambas manos y los oscuros ojos alertas. Por su parte, Thom ocupó la retaguardia, consiguiendo de algún modo ofrecer un aspecto peligroso a pesar de su cabello blanco, su leve cojera y su capa de juglar.

Nynaeve frunció los labios brevemente, pero no dijo nada, actitud que Elayne estimó juiciosa por su parte. Apenas habían recorrido cincuenta pasos a lo largo del muelle de piedra cuando ya había visto otros tantos hombres de mala catadura que los estudiaban con los ojos entrecerrados, así como tanchicenses y otros moviendo cajones y fardos. Sospechaba que cualquiera de ellos la habría degollado de buena gana con la esperanza de que su vestido de seda apuntara que su bolsa llevaba dinero. No la asustaban, pues era capaz de ocuparse de dos o tres, de eso estaba segura. Empero, Nynaeve y ella habían guardado en el bolsillo sus anillos de la Gran Serpiente y sería inútil fingir que no estaban relacionadas con la Torre Blanca si

encauzaban delante de un centenar de hombres. Mejor sería que Juilin y Thom mostraran un aire tan feroz como les fuera posible. Para ser sincera, no le habría importado contar con otros diez hombres como ellos. De repente, sonó un vozarrón en la cubierta de uno de los barcos más pequeños:

—¡Diantre, pero si sois vos! —Un hombre robusto, de rostro redondo, vestido con una chaqueta de seda verde, saltó al muelle haciendo caso omiso de la vara levantada de Juilin y miró de hito en hito a Nynaeve y a ella. La barba sin bigote lo señalaba como un illiano, así como su acento. A Elayne le resultaba vagamente familiar.

—¿Maese Domon? —dijo al cabo de un momento Nynaeve, que propinó un fuerte tirón a su trenza—. ¿Bayle Domon?

—Ajá —asintió el hombre—. Jamás pensé que volvería a veros. Yo… esperé todo lo posible en Falme, pero llegó un momento en que o largaba velas o mi barco habría ardido.

Ahora lo reconoció Elayne. Había aceptado sacarlas de Falme, pero el caos se desató en aquella ciudad antes de que pudieran llegar al barco. A juzgar por su chaqueta, las cosas le habían ido bien desde entonces.

—Es un placer volver a veros —dijo fríamente Nynaeve—, pero, si nos disculpáis, tenemos que ocuparnos de encontrar alojamiento en la ciudad.

—Eso no será fácil. Tanchico está a reventar, hasta la línea de flotación. Pero conozco un sitio donde mi intervención podría procuraros algo. Me era imposible esperar más en Falme, pero de algún modo me siento en deuda con vos. —Domon hizo una pausa y frunció el entrecejo con inquietud—. ¿El que estéis aquí quiere decir que ocurrirá igual que en Falme?

—No, maese Domon —contestó Elayne al ver que Nynaeve vacilaba—. Por supuesto que no. Y aceptaremos gustosas vuestra ayuda.

Casi esperaba que Nynaeve protestara, pero la otra mujer se limitó a asentir pensativamente y presentó a los hombres. La capa de Thom hizo que Domon enarcara las cejas, pero el atuendo teariano de Juilin originó un gesto ceñudo que fue correspondido con otro igual. Aun así, ninguno de los dos hombres hizo ningún comentario; a lo mejor eran capaces de olvidar la enemistad entre Illian y Tear al encontrarse en Tanchico. En caso contrario, tendría que hablar seriamente con ellos.

Domon les contó lo que le había ocurrido desde el suceso de Falme mientras los acompañaba muelle abajo; efectivamente, las cosas le habían ido realmente bien.

—Dirijo una docena de buenos barcos costeros de los que tienen noticia los recaudadores de impuestos de la Panarch —comentó riéndose—. Y otros cuatro de navegación por alta mar de los que no saben nada.

Difícilmente podía haber obtenido tantos beneficios en tan corto tiempo por medios honrados, y a Elayne la escandalizó oírle hablar del tema abiertamente, en un

muelle lleno de hombres.

—Sí, hago contrabando y obtengo unas ganancias que jamás habría imaginado. Un décimo de la sisa en los bolsillos de los hombres de aduana consigue cerrarles la boca y que miren a otro lado.

Dos tanchicenses, con los habituales gorros redondos y los velos, pasaron junto al grupo con las manos a la espalda. Los dos llevaban al cuello una pesada llave de bronce colgando de una cadena gruesa; tenía aspecto de una insignia de funcionarios. Saludaron a Domon con un cabeceo, con familiaridad. Thom parecía divertido, pero Juilin asestó una mirada furibunda tanto a Domon como a los dos tanchicenses. Como buen rastreador de ladrones, sentía la lógica antipatía por quienes burlaban la ley.

—Sin embargo, no creo que dure mucho —comentó Domon cuando los funcionarios se hubieron alejado—. Las cosas están aun peor en Arad Doman, y eso que aquí andan muy mal. Puede que el lord Dragón no despedace todavía el mundo, pero sí ha destruido Arad Doman y Tarabon.

Elayne hubiera querido responderle con acritud, pero habían llegado al final del muelle y observó en silencio cómo contrataba palanquines, porteadores y una docena de hombres de rostros duros que iban armados con garrotes. También al final del muelle había guardias con espadas y lanzas que tenían aspecto de mercenarios, no de soldados. Al otro lado de la ancha calle que se extendía a lo largo de la hilera de muelles, cientos de rostros demacrados, frustrados, miraban fijamente a los guardias. A veces los ojos echaban un rápido vistazo a los barcos, pero principalmente se mantenían prendidos en aquellos hombres que les impedían llegar a las naves. Elayne se estremeció al recordar lo que Coine le había contado sobre montones de gente asaltando su velero, desesperados por comprar pasaje para cualquier lugar fuera de Tanchico. Cuando aquellos ojos anhelantes se volvían hacia los barcos, la necesidad ardía en ellos. Elayne se sentó muy tiesa, intentando no mirar a ninguna parte, mientras el palanquín avanzaba balanceándose entre la muchedumbre, a la que apartaban las puntas de los garrotes de los hombres contratados. No quería ver aquellos rostros. ¿Dónde estaba su rey? ¿Por qué no se ocupaba de ellos?

Domon los condujo a una posada encalada, debajo del Gran Anfiteatro; sobre el portón había un letrero en el que se leía el nombre del establecimiento: El Patio de los Tres Ciruelos. El único patio que Elayne vio era el que había a la entrada de la posada, rodeado de un alto muro y pavimentado con baldosas. El establecimiento tenía tres plantas, sin una sola ventana en el piso bajo, y las que había arriba lucían un caprichoso enrejado. Dentro, hombres y mujeres abarrotaban la sala, la mayoría vestidos con ropas tanchicenses, y el zumbido de las voces casi ahogaba la melodía que arrancaba un macillo de las cuerdas de un salterio.

Nynaeve dio un respingo nada más ver a la posadera, una hermosa mujer poco

mayor que ella, con los ojos castaños, el dorado cabello tejido en trencillas y un velo sobre el rostro que no ocultaba una boca llena en forma de corazón. Elayne también se llevó un sobresalto, pero la mujer no era Liandrin. Se llamaba Rendra y saltaba a la vista que conocía bien a Domon. Sonrió dando la bienvenida a Elayne y a Nynaeve, concedió mucha importancia al hecho de que Thom fuera juglar y les ofreció las últimas dos habitaciones a un precio que Elayne sospechó inferior a lo establecido. La heredera se aseguró de que la que tenía la cama más amplia fuera para Nynaeve y para ella; ya había dormido con la antigua Zahorí anteriormente y sabía que su amiga no dejaba quietos los codos.

Rendra también les proporcionó comida en un reservado, que les sirvieron dos hombres jóvenes con el rostro cubierto por un velo. Elayne se quedó mirando fijamente su plato de cordero asado con puré de manzana sazonado con especias y una clase de judías largas y de color amarillo. Se sentía incapaz de probar bocado al recordar aquellos rostros hambrientos. Por su parte Domon daba buena cuenta de su ración; él y su contrabando y su oro. Tampoco Thom ni Juilin se mostraron renuentes a la hora de llenarse el estómago.

—Rendra —dijo en voz queda Nynaeve—, ¿hay alguien en esta ciudad que ayude a los pobres? Podría conseguir un buen puñado de oro si ello sirviera de ayuda.

—Podéis contribuir al comedor popular de Bayle —respondió la posadera al tiempo que sonreía a Domon—. Evade los impuestos, pero se ha marcado sus propios tributos. Por cada corona que da de soborno, destina dos para la sopa y el pan de los pobres. Incluso me ha convencido para que contribuya, y yo también pago mis tasas.

—Es menos costoso que los impuestos oficiales —murmuró Domon a la defensiva—. Saco buenos beneficios, así la Fortuna me clave su aguijón si no es cierto.

—Es encomiable que os guste auxiliar a la gente, maese Domon —dijo Nynaeve cuando Rendra y los sirvientes salieron. Thom y Juilin se levantaron para comprobar si realmente se habían marchado. Haciendo una reverencia a medias, Thom dejó que Juilin abriera la puerta; el pasillo estaba desierto. Nynaeve continuó—: También nosotras podríamos necesitar vuestra ayuda.

El cuchillo y el tenedor del illiano se pararon a medio cortar un trozo de cordero.

—¿De qué modo? —preguntó el hombre, desconfiado.

—No lo sé exactamente, maese Domon. Tenéis barcos. Debéis tener hombres. Es posible que necesitemos contar con ojos y oídos. Algunas hermanas del Ajah Negro podrían encontrarse en Tanchico, y hemos de descubrir si es así. —Nynaeve se llevó a la boca el tenedor lleno de judías como si lo que acababa de decir fuera el comentario más corriente. Últimamente hablaba a cualquiera del Ajah Negro.

Domon la miró boquiabierto y después su mirada incrédula fue hacia Thom y Juilin, que volvían a tomar asiento en ese momento. Cuando los dos hombres

asintieron, apartó su plato a un lado y hundió la cabeza en los brazos cruzados. Estuvo a punto de ganarse un porrazo de Nynaeve a juzgar por el modo en que la antigua Zahorí apretó los labios, y Elayne no la habría culpado por ello. ¿Por qué necesitaba que los dos hombres le confirmaran algo que había dicho ella? Finalmente, Domon volvió a ponerse erguido.

—Va a ocurrir otra vez. Lo mismo que en Falme. A lo mejor ha llegado el momento de que líe el petate y me largue de aquí. Si llevo los barcos que tengo a Illian, también allí seré un hombre acomodado.

—Dudo que encontréis agradable Illian —replicó Nynaeve con voz firme—. Tengo entendido que ahora es Sammael quien gobierna, aunque no de manera oficial. No disfrutaríais de vuestra riqueza bajo la sombra de uno de los Renegados. —A Domon casi se le salieron los ojos de las órbitas, pero ella prosiguió—. Ya no hay ningún sitio que sea seguro. Podéis huir como un conejo, pero no encontraréis dónde esconderos. ¿No sería mejor que hagáis cuanto esté en vuestras manos para defenderos como un hombre?

Nynaeve estaba siendo muy dura; siempre forzaba la mano con la gente. Elayne sonrió y apretó el brazo de Domon para animarlo.

—No queremos obligaros a hacer nada, maese Domon, pero vuestra ayuda podría sernos realmente necesaria. Os tengo por un hombre valeroso o, de otro modo, no nos habríais esperado tanto tiempo en Falme. Os estaríamos muy agradecidas.

—Sois muy buenas en estas lides —rezongó el capitán—. Una maneja la vara de un carretero y la otra, la dulzura engatusadora de una reina. Oh, está bien. Ayudaré en lo que pueda, pero no os prometo que me quedaré esperando a que ocurra otra Falme.

Thom y Juilin se pusieron a interrogarlo sobre Tanchico mientras comían. Juilin lo hizo de una manera más indirecta, sugiriendo preguntas a Thom respecto a qué barrios frecuentaban ladrones, rateros y cortabolsas y quién compraba las mercancías robadas. El rastreador sostenía que este tipo de gente sabía más de lo que pasaba en una ciudad que las propias autoridades. Por lo visto, no quería hablar directamente con el illiano, y Domon resoplaba con desdén cada vez que respondía una de las preguntas del teariano que le planteaba Thom. De hecho, no las respondía hasta que Thom se las hacía. Las del propio Thom no tenían sentido, considerando que venían de un juglar. Preguntaba sobre nobles y facciones, sobre quién estaba aliado con quién y a quién se oponía, qué intenciones declaradas tenía quién, qué consecuencias habían tenido sus acciones y si los resultados habían sido diferentes de los que supuestamente buscaban. No era la clase de preguntas que Elayne habría esperado de él en absoluto, ni siquiera después de las conversaciones que habían sostenido en el *Tajador de olas*. Thom se había mostrado bien dispuesto a hablar con ella e incluso parecía disfrutar con ello, pero, de algún modo, cada vez que la joven creía que estaba a punto de descubrir algo sobre su pasado, era justo en ese momento cuando él

se buscaba las mañas para salirse por la tangente o dejarla con la palabra en la boca. Domon respondió a Thom con más presteza que a Juilin. En cualquier caso, sin embargo, daba la impresión de que conocía Tanchico muy bien, tanto a sus nobles y sus oficiales como sus bajos fondos; por la forma que hablaba habríase dicho que apenas había diferencia entre unos y otros.

Una vez que los dos hombres terminaron de exprimir cuanta información pudieron sacarle, Nynaeve llamó a Rendra, le pidió pluma, tinta y papel e hizo una lista con la descripción de todas las hermanas Negras. Domon sostuvo en la mano las hojas con gesto cauteloso y las miró, ceñudo e inquieto, como si fueran las propias mujeres, pero prometió que encargaría a todos los hombres que tenía en puerto que mantuvieran bien abiertos los ojos. Cuando Nynaeve le recordó que deberían tener muchísimo cuidado, se echó a reír como si le hubiera advertido que no se atravesara con su propia espada.

Juilin salió casi pisándole los talones, haciendo girar su vara y argumentando que la noche era el mejor momento para encontrar ladrones y gente que vivía de ellos. Nynaeve anunció que se retiraba a su habitación —*su* habitación— para descansar un rato. Parecía moverse con cierta inestabilidad y, de repente, Elayne comprendió el motivo: se había acostumbrado al balanceo del *Tajador de olas* y ahora estaba teniendo problemas con un suelo que no se movía. El estómago de la antigua Zahorí no era un compañero de viaje agradable.

Elayne siguió a Thom a la sala, donde el juglar había prometido a Rendra que actuaría. Tuvo la suerte de encontrar asiento en una mesa libre y varias miradas frías bastaron para hacer cambiar de opinión a los hombres que de repente empezaron a mostrarse deseosos de sentarse allí. Rendra le llevó una copa de plata con vino, y la joven fue dando sorbos mientras escuchaba a Thom tocar el arpa y cantar canciones de amor tales como *El viento que agita el sauce* y *La primera rosa de verano*, o divertidas tonadas como *Sólo una bota* o *El viejo ganso gris*. La concurrencia las acogió de buen grado, palmeando las mesas para aplaudir. Al cabo de un rato, también Elayne se sumó a los aplausos. Sólo se había tomado la mitad de la copa, pero un apuesto y joven camarero le sonrió y volvió a llenársela. Todo era extrañamente excitante. En toda su vida sólo había estado en la sala de una posada media docena de veces, y nunca para beber vino y disfrutar de un espectáculo como la gente corriente.

Haciendo ondear su capa para que los parches de múltiples colores lucieran ostentosamente, Thom contó relatos —*Mara y los tres reyes traviesos*, así como varios cuentos sobre Anla, la Sabia Consejera— y recitó muchas estrofas de *La Gran Cacería del Cuerno*, haciéndolo con tal maestría que fue como si en la sala los caballos piafaran, las trompetas resonaran y hombres y mujeres lucharan, amaran y murieran. Continuó cantando y recitando hasta bien entrada la noche, haciendo sólo

alguna pausa para mojarse la garganta con un sorbo de vino mientras los parroquianos le pedían más con entusiasmo. La mujer que había estado tocando el salterio estaba sentada en un rincón, con el instrumento sobre sus rodillas y una expresión amargada en la cara. La gente arrojaba monedas a Thom con frecuencia —el juglar ya había reclutado a un chiquillo para que las recogiera— y no parecía probable que hubieran recompensado su música con tanta prodigalidad.

A Thom se le daba bien todo, el arpa, la flauta y, especialmente, los relatos. Bueno, al fin y a la postre era un juglar; no obstante, daba la sensación de que había algo más que eso. Elayne habría jurado que ya le había oído recitar *La Gran Cacería*, pero en Cántico Alto, no en el Llano. ¿Cómo era posible tal cosa? Sólo era un simple juglar viejo.

Finalmente, a altas horas de la noche, Thom hizo una reverencia a la par que ondeaba la capa, y se dirigió a la escalera seguido de un sonoro palmoteo sobre las mesas. Elayne golpeó la suya con tanto entusiasmo como los demás.

Se levantó para seguirlo, se tambaleó y se dejó caer pesadamente en el asiento; miró con el ceño fruncido la copa de vino. Estaba llena. Apenas había bebido pero, por alguna razón, se sentía mareada. Sí. Aquel agradable joven con esos dulces ojos castaños se la había rellenado… ¿cuántas veces? Bah, qué más daba. Nunca bebía más de una copa de vino. Nunca. Tenía que ser por encontrarse en tierra firme después de viajar en el *Tajador de olas*. Estaba reaccionando igual que Nynaeve. Eso era todo.

Se incorporó con cuidado —rehusando la agradable oferta de ayudarla del joven de ojos dulces— y se las arregló para subir la escalera a pesar de que todo se movía a su alrededor. No se detuvo en el segundo piso, donde estaba el cuarto que compartía con Nynaeve, y subió al tercero; llamó a la puerta de Thom. El juglar abrió despacio y se asomó con cautela. Durante un momento Elayne creyó ver que empuñaba un cuchillo, pero el arma desapareció rápidamente. Qué extraño. La joven le agarró un lado del largo bigote.

—Lo recuerdo —dijo. Su lengua no se movía como era debido y las palabras sonaban confusas—. Me sentaba en tus rodillas y te tiraba del bigote… —Tiró, como para demostrarlo, y él hizo un gesto de dolor—. Y mi madre se recostaba en tu hombro y se reía.

—Creo que deberíais ir a vuestro cuarto —dijo el juglar mientras intentaba soltarle la mano—. Os vendría bien dormir un poco.

Elayne se resistió a soltarlo. De hecho, lo hizo retroceder hacia el interior de la habitación, tirando del bigote.

—Mi madre también se sentaba en tus rodillas. Lo vi. Lo recuerdo.

—Tienes que dormir, Elayne. Te sentirás mejor por la mañana. —Consiguió que le soltara el bigote e intentó llevarla hacia la puerta, pero la joven se escabulló por un

lado. La cama no tenía postes. Si hubiera habido un poste al que agarrarse, quizá la habitación habría dejado de moverse atrás y adelante.

—Quiero saber por qué madre se sentaba en tus rodillas. —Thom retrocedió un paso y su gesto le hizo darse cuenta de que alargaba la mano para cogerle el bigote otra vez—. Eres un juglar. Mi madre no se sentaría en las rodillas de un juglar.

—Vete a la cama, pequeña.

—¡No soy una niña! —Dio una patada al suelo, enfadada, y estuvo a punto de caerse. El suelo estaba más abajo de lo que parecía—. No soy una niña. Tienes que decírmelo. ¡Ahora!

Thom suspiró y sacudió la cabeza.

—No siempre fui un juglar —dijo al fin fríamente—. Hubo un tiempo en que era bardo. Bardo de la corte. En Caemlyn, para ser preciso. El bardo de la reina Morgase. Eras una niña y no recuerdas bien las cosas, eso es todo.

—Eras su amante, ¿no es cierto? —La expresión dolida de sus ojos fue respuesta suficiente—. ¡Lo eras! Siempre supe lo de Gareth Bryne o, al menos, lo imaginé. Pero siempre confié en que se casaría con él. Gareth Bryne, tú y ahora ese tal lord Gaebril al que, según Mat, mira con ojos de cordero, y… ¿Cuántos más? ¿Cuántos? ¿En qué es distinta de Berelain, si mete en su cama a cualquier hombre que le llama la atención? No es diferente… —La vista se le borró momentáneamente y sintió un zumbido en la cabeza. Le costó un instante advertir que la había abofeteado. ¡*Abofeteado*! Se puso erguida, deseando que Thom no se balanceara—. ¿Cómo te atreves? Soy la heredera del trono de Andor, y no…

—Eres una cría que se ha tragado un odre de vino y que tiene un acceso de cólera —replicó duramente Thom—. ¡Y si alguna vez vuelvo a oírte decir algo así de Morgase, ebria o sobria, te pondré sobre mis rodillas y te azotaré, ni que encauces ni que no! ¡Morgase es una buena mujer, tanto como la que más!

—¿De veras? —La voz le temblaba y comprendió que estaba llorando—. ¿Entonces por qué ha…? ¿Por qué…? —No supo cómo, pero se encontró con la cara enterrada en la chaqueta de Thom mientras él le acariciaba el cabello.

—Porque se está muy sola siendo reina —respondió quedamente—. Porque la mayoría de los hombres que se acercan a una reina ven poder, no a una mujer. Yo vi una mujer y ella lo supo. Supongo que Bryne vio lo mismo que yo, y también ese tal Gaebril. Tienes que entenderlo, criatura. Todo el mundo necesita a alguien en su vida, alguien que lo quiera y a quien querer. Hasta una reina.

—¿Por qué te marchaste? —balbució ahogadamente contra su pecho—. Me hacías reír. Lo recuerdo. Y también la hacías reír a ella. Y me llevabas montada en tus hombros.

—Es una larga historia. —Suspiró dolorosamente—. Te la contaré otro día… si me lo pides. Con suerte, mañana te habrás olvidado de esto. Es hora de que te vayas a

la cama, Elayne.

La condujo hacia la puerta, y la joven aprovechó la ocasión para tirarle del bigote otra vez.

—Así —dijo con satisfacción—. Solía tirarte así.

—Sí que lo hacías. ¿Podrás bajar la escalera tú sola?

—Por supuesto que sí. —Le asestó una de sus miradas más arrogantes, pero Thom parecía más dispuesto que nunca a seguirla al pasillo. Para demostrar que no había necesidad de ello, echó a andar con toda clase de cuidados hasta el arranque de la escalera. Él seguía con el entrecejo fruncido, mirándola preocupado desde el umbral, cuando empezó a bajar los peldaños.

Por suerte no trastabilló hasta que se perdió de vista, pero pasó de largo la puerta de su cuarto y tuvo que volver, tambaleándose. Ese puré de manzana no debía de estar bien; sabía que no tendría que haber comido tanto. Lini decía siempre… No conseguía recordar qué era lo que decía Lini, pero tenía algo que ver con comer demasiado dulce.

Había dos lámparas encendidas en la habitación, una sobre la mesilla redonda que había junto al lecho, y la otra en la repisa enyesada de la chimenea de ladrillos. Nynaeve estaba tendida en la cama, encima del cobertor, completamente vestida. Con los codos bien separados, advirtió Elayne. Dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—Rand debe de pensar que estoy loca, Thom es un bardo y Berelain no es mi madre, después de todo. —Nynaeve le dirigió una mirada muy rara—. Por alguna razón, me siento un poco mareada. Un guapo joven de dulces ojos se ofreció a ayudarme a subir la escalera.

—Apuesto a que sí —murmuró Nynaeve como si escupiera cada palabra. Se levantó y rodeó los hombros de Elayne con el brazo—. Acércate un momento aquí. Hay algo que creo que deberías ver. —Parecía ser un balde extra de agua que estaba al lado del lavabo—. Aquí. Nos arrodillaremos las dos para que puedas mirar.

Elayne lo hizo así, pero en el balde sólo vio su imagen reflejada en el agua. Se preguntó por qué estaría sonriendo de ese modo. Y entonces la mano de Nynaeve se plantó en su nuca y al momento tenía la cabeza metida en el agua.

Agitando las manos, intentó incorporarse, pero el brazo de Nynaeve era como una barra de hierro. «Se supone que tienes que contener la respiración cuando estás debajo del agua. Elayne lo sabe, pero tú no recuerdas cómo.» Todo cuanto pudo hacer fue agitar los brazos, borbotear y atragantarse.

Nynaeve le levantó la cabeza; el agua le resbaló por la cara y Elayne llenó los pulmones de aire.

—¿Cómo te… atreves? —jadeó—. Soy… la heredera de… —Consiguió soltar un grito antes de que la cabeza volviera a sumergirse en el cubo con un chapoteo. Agarrar el balde con las dos manos y empujar no le sirvió de nada. Golpear el suelo

con los pies, tampoco. Iba a ahogarse. Nynaeve iba a ahogarla.

Después de lo que le pareció una Era, volvió a encontrarse fuera del agua. Unos empapados mechones le caían sobre la cara.

—Creo —manifestó con una voz lo más firme que pudo— que voy a vomitar.

Nynaeve bajó la palangana de porcelana blanca que había en el lavabo justo a tiempo, y sujetó la cabeza de Elayne mientras la joven arrojaba todo lo que había ingerido en su vida. Un año más tarde —bueno, quizá sólo fueran horas, pero a ella le pareció así de largo— Nynaeve le lavó la cara, le enjugó la boca, mojó sus manos y sus muñecas. Empero, en su voz no había el más leve atisbo solícito.

—¿Cómo puedes haber hecho algo así? ¿Cómo se te ha podido ocurrir hacer esto? ¡Puedo esperar de un estúpido hombre que beba hasta no tenerse en pie, pero tú! Y esta noche, además.

—Sólo me tomé una copa —murmuró Elayne. Incluso con lo que el joven le sirvió para rellenarla no podía haber tomado más de dos. Imposible.

—Una copa del tamaño de un frasco —bufó Nynaeve mientras la ayudaba a ponerse de pie o, mejor dicho, la levantaba casi a pulso—. ¿Puedes aguantar sin dormirte? Voy a buscar a Egwene, y todavía no confío en mi capacidad de volver del *Tel'aran'rhiod* sin que alguien me despierte.

Elayne la miró, parpadeando. Habían buscado, sin éxito, a Egwene todas las noches desde que había desaparecido tan bruscamente en el encuentro que habían tenido en el Corazón de la Ciudadela.

—¿Aguantar sin dormirme? Nynaeve, me toca a mí ir a buscarla, y será mejor que lo haga yo. Sabes que no puedes encauzar a menos que estés furiosa, y… —Advirtió que la otra mujer estaba rodeada por el halo del *Saidar*. Y llevaba un rato así, le parecía recordar. Sentía la cabeza como si se la hubieran rellenado con lana, y las ideas tuvieran que abrirse paso entre medias. Apenas percibía la Fuente Verdadera —. Sí, más vale que vayas tú. No me dormiré.

Nynaeve la miró con el ceño fruncido pero, al cabo, asintió. Elayne quiso ayudarla a desnudarse, pero sus dedos no funcionaron muy bien cuando le tocó desabrochar aquellos pequeños botones. Rezongando entre dientes, Nynaeve se las arregló para hacerlo sola. Una vez que estuvo vestida sólo con la ropa interior, metió el anillo de piedra retorcido en el cordón de cuero que llevaba al cuello, junto con el sello de un hombre, pesado y de oro. Era el anillo de Lan; Nynaeve lo llevaba siempre entre sus senos.

Elayne arrimó una pequeña banqueta de madera junto a la cama mientras Nynaeve se volvía a tender. Se sentía bastante adormilada, pero estando sentada en eso no podría quedarse dormida. El problema era evitar caerse al suelo.

—Calcularé una hora y te despertaré.

Nynaeve asintió y cerró los ojos, aferrando los anillos con las dos manos. Al cabo

de un tiempo su respiración se hizo más profunda y regular.

El Corazón de la Ciudadela estaba desierto. Nynaeve había dado una vuelta completa alrededor de *Callandor*, que centelleaba sobre las baldosas, escudriñando la penumbra entre las columnas antes de darse cuenta de que aún vestía sólo la ropa interior y el cordón de cuero colgaba sobre sus senos con los dos anillos. Frunció el ceño y, un instante después, llevaba puesto un vestido de Dos Ríos de buena lana marrón así como unos zapatos fuertes. Al parecer a Elayne y Egwene les resultaba fácil dominar esto de los atuendos, pero a ella no. Había pasado más de un mal rato en anteriores visitas al *Tel'aran'rhiod*, en especial después de tener ciertos pensamientos sobre Lan, pero cambiar de ropa deliberadamente requería concentración. El simple hecho de recordar al Guardián fue suficiente para que su vestido se tornara de seda y tan transparente como el velo de Rendra. Habría causado sonrojo incluso a Berelain. Y, naturalmente, Nynaeve se puso roja como la grana al pensar que Lan la viera de esta guisa. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para conseguir que volviera el vestido de lana marrón.

Lo que era peor, su cólera se había disipado (¿Es que esa necia chica no sabía lo que pasaba cuando se bebía demasiado vino? ¿Es que nunca había estado sola en la sala de una posada? Bueno, posiblemente no), y en lo que a ella concernía era como si la Fuente Verdadera no existiera. Quizá no tuviera importancia. Inquieta, escudriñó el bosque de enormes columnas rojas girando sobre sí misma. ¿Qué habría hecho que Egwene desapareciera tan bruscamente?

El silencio reinaba en la Ciudadela, con esa quietud hueca de algo vacío. Nynaeve percibía el pulso de la sangre en sus oídos y, sin embargo, sentía un cosquilleo entre los omóplatos, como si alguien la estuviera observando.

—Egwene… —Su llamada levantó ecos entre las columnas—. ¡Egwene!

Nada. Al frotarse las manos en la falda reparó en que tenía aferrado un rugoso palo con un grueso nudo en un extremo. De mucho iba a servirle. En todo caso, una espada le sería más útil —por un instante el palo cobró parcialmente la forma de una espada—, pero tampoco sabía cómo manejarla. Se daba risa y pena. Aquí, un bastón era tan buen arma como una espada, es decir, prácticamente inútiles ambos. Encauzar era la única defensa real; o eso, o huir. Lo cual sólo le dejaba una alternativa por el momento.

La sensación de que había unos ojos observándola despertaba en ella el deseo de salir huyendo, pero no estaba dispuesta a darse por vencida tan rápidamente. Empero ¿qué podía hacer aquí? Egwene no estaba; se encontraba en alguna parte del Yermo. Elayne había hablado de Rhuidean, fuera lo que fuera ese lugar.

Entre un paso y el siguiente se halló de repente en la ladera de una montaña, con un sol abrasador saliendo por encima de mellados riscos, al otro lado de un valle que

se extendía allá abajo, convirtiendo el seco aire en el aliento de un horno. El Yermo. Estaba en el Yermo. En un primer momento la sorprendió que el sol hubiera salido, pero después razonó que el Yermo se encontraba lo bastante distante en el este para que estuviera amaneciendo cuando todavía era de noche en Tanchico. De cualquier modo, esos detalles no tenían importancia en el *Tel'aran'rhiod*. Con sol y con oscuridad, no parecía guardar relación con lo que pasaba en el mundo real, por lo que había llegado a deducir.

Unas sombras pálidas y alargadas cubrían todavía la mitad del valle pero, cosa curiosa, un denso banco de niebla bullía allá abajo sin que aparentemente menguara al recibir los abrasadores rayos de sol. De la niebla sobresalían grandes torres, algunas de ellas incompletas, por lo que alcanzaba a ver. Una ciudad. ¿En el Yermo?

Estrechó los párpados y atisbó a una persona en el valle. Era un hombre, aunque todo lo que pudo distinguir en la distancia era alguien que llevaba calzones y una chaqueta de un color azul fuerte. Desde luego, no era un Aiel. Caminaba al borde del muro de niebla y de vez en cuando se paraba para dar golpecitos con el índice en las blancas volutas. No estaba segura, pero le pareció que la mano se frenaba en seco, como si chocara contra algo. A lo mejor no era niebla.

—Debes irte de aquí —instó urgentemente una voz de mujer—. Si ése te ve, puedes darte por muerta o algo peor.

Nynaeve dio un brinco de sobresalto y giró al tiempo que levantaba el garrote con tanta precipitación que estuvo a punto de perder pie.

La mujer que se encontraba un poco más arriba de la ladera vestía una chaqueta corta de color blanco y unos amplios pantalones, amarillo pálido, sujetos por unas botas cortas. Un golpe de viento agitó su chaqueta. Fue su largo cabello rubio, trenzado en un complicado estilo, y el arco plateado que llevaba en las manos lo que hizo que los labios de Nynaeve pronunciaran con incredulidad un nombre:

—¿*Birgitte*? —Birgitte, heroína de cien relatos y su arco de plata con el que jamás fallaba. Birgitte, una de los héroes muertos que la llamada del Cuerno de Valere haría volver de la tumba para combatir en la Última Batalla—. No es posible. ¿Quién sois?

—No hay tiempo, mujer. Tienes que irte antes de que te vea. —Con un movimiento fluido sacó una flecha de la aljaba que llevaba a la cintura, la encajó en el arco y tensó la cuerda, apoyándola contra la oreja. Apuntaba directamente al corazón de Nynaeve—. ¡Vete!

Nynaeve huyó.

No supo cómo lo hizo, pero de repente se encontraba en el Prado, en Campo de Emond, contemplando la Posada del Manantial, con sus chimeneas y sus tejas rojas. Los techados de bálago rodeaban el Prado, donde el manantial brotaba de un afloramiento rocoso. El sol estaba alto aquí, aunque Dos Ríos se encontraba bastante al oeste del Yermo. Empero, una profunda sombra se cernía sobre el pueblo a pesar

del cielo despejado.

Sólo dispuso de un instante para preguntarse cómo se las arreglarían sin ella antes de que captara un leve movimiento por el rabillo del ojo, un destello plateado y una mujer que se escabullía por una esquina de la casa de Ailys Candwin, detrás de la Posada del Manantial. Birgitte.

Nynaeve no vaciló. Echó a correr hacia uno de los puentes de transeúntes que cruzaban la estrecha e impetuosa corriente. Sus zapatos resonaron sobre las planchas de madera.

—Volved aquí —gritó—. ¡Volved y contestadme! ¿Quién era ése? ¡Volved u os vais a enterar lo que es ser una heroína! ¡Os voy a dar tantos porrazos que creeréis que habéis estado en una batalla legendaria!

Al girar en la esquina de la casa de Ailys, Nynaeve estaba convencida sólo a medias de que vería a Birgitte, pero lo que no esperaba encontrarse era un hombre con capa oscura trotando hacia ella a menos de cien pasos por la calle de tierra. Se quedó sin respiración. Lan. No, no era él, pero tenía el mismo corte de cara, los mismos ojos. El hombre se detuvo, levantó el arco y disparó. A ella. Gritando, Nynaeve se lanzó hacia un lado a la par que se esforzaba denodadamente por regresar del sueño.

Elayne se incorporó de un brinco y tiró la banqueta cuando Nynaeve chilló y se sentó en la cama con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre, Nynaeve? ¿Qué ha pasado?

La otra mujer se estremeció.

—Se parecía a Lan. Se parecía a Lan e intentó matarme. —Se llevó la temblorosa mano al brazo izquierdo, donde un corte superficial, unos dedos más abajo del hombro, sangraba—. Si no hubiera saltado a un lado, me habría traspasado el corazón.

Elayne se sentó al borde de la cama y examinó el corte.

—No es profundo. Lo lavaré y te lo vendaré. —Ojalá supiera Curar; intentarlo sin saber cómo podría ser incluso peor. Por fortuna, no era más que un arañazo largo. Eso por no mencionar que todavía sentía la cabeza como si fuera de gelatina. Una temblorosa gelatina—. No era Lan, tranquilízate. Quienquiera que fuera, no era Lan.

—Ya lo sé —replicó Nynaeve con acritud. Le contó lo que había pasado con el mismo tono de voz furioso. No sabía si el hombre que le había disparado en Campo de Emond y el que había visto en el Yermo eran la misma persona. Lo de Birgitte ya era de por sí bastante increíble.

—¿Estás segura? —preguntó Elayne—. ¿Birgitte?

—De lo único que estoy segura es de que no encontré a Egwene —suspiró—. Y que no pienso volver allí esta noche. —Se golpeó el muslo con el puño—. ¿Dónde se

habrá metido? ¿Qué le habrá pasado? Si se topó con ese tipo del arco… ¡Oh, Luz!

Elayne tuvo que pensar un minuto; estaba muerta de sueño y las ideas le iban y le venían.

—Dijo que a lo mejor no acudía a la cita que teníamos. Tal vez por eso tuvo que marcharse tan deprisa. El motivo de que no pueda acudir… Quiero decir… —Lo que decía no parecía tener mucho sentido, pero era incapaz de expresarse con más claridad.

—Eso espero —dijo, cansada, Nynaeve. Miró a Elayne y añadió—: Será mejor que te vayas a la cama. Parece que estás a punto de desplomarte.

Elayne agradeció que la ayudara a desnudarse. Recordaba vagamente haber vendado el brazo a Nynaeve, pero la cama resultaba tan tentadora que casi no podía pensar en otra cosa. Con suerte, por la mañana la habitación habría dejado de dar vueltas. El sueño le llegó tan pronto como recostó la cabeza en la almohada.

Al despertar a la mañana siguiente deseó estar muerta.

El sol apenas había salido, de modo que Elayne se encontró sola en la sala de la posada mirando fijamente una taza que Nynaeve le había dejado en la mesa antes de ir a buscar a la posadera. Cada vez que respiraba olía el contenido y su nariz intentaba cerrarse. Sentía la cabeza como si… Imposible explicarlo. Si alguien le hubiera ofrecido cortársela se lo habría agradecido.

—¿Os encontráis bien?

Dio un brinco al oír la voz de Thom y contuvo a duras penas un gemido.

—Sí, gracias. —Hablar le causaba dolorosos pinchazos en la cabeza. Thom se atusó el bigote con incertidumbre—. Vuestros relatos de anoche fueron maravillosos, Thom. Al menos, lo que recuerdo de ellos. —De algún modo logró soltar una risita timorata—. Me temo que no recuerdo mucho aparte de sentarme aquí para escucharos. Parece ser que el puré de manzanas que comí no estaba en buenas condiciones. —No estaba dispuesta a admitir que había tomado tanto vino como para ponerse enferma; todavía no tenía idea de cuánto había sido. Y tampoco de que hubiera hecho el ridículo en esta sala. Eso por encima de todo. El juglar pareció creerla, a juzgar por el gesto de alivio con que se sentó en una silla.

Nynaeve regresó y le tendió un paño húmedo al tiempo que tomaba asiento. También le acercó más la taza con el repugnante preparado. Elayne apretó, aliviada, el paño húmedo sobre la frente.

—¿Alguno de vosotros ha visto a maese Sandar esta mañana? —preguntó la antigua Zahorí.

—No durmió en nuestro cuarto —contestó Thom—, cosa por la que me siento agradecido habida cuenta del tamaño de la cama.

Como si sus palabras lo hubieran invocado, Juilin entró por la puerta principal; el cansancio se reflejaba en su rostro y llevaba la chaqueta arrugada. Debajo del ojo

izquierdo había un moretón, y se notaba que se había peinado el corto cabello negro pasándose los dedos por él, pero sonrió al reunirse con ellos.

—En esta ciudad los ladrones son tan numerosos como las ranas en un cañaveral y hablan de lo que sea si se les ofrece una copa. He charlado con dos hombres que afirman haber visto a una mujer con un mechón blanco en la sien izquierda. A uno de ellos, le creo.

—Así que están aquí —dijo Elayne, pero Nynaeve sacudió la cabeza.

—Tal vez. Habrá más mujeres que tengan un mechón blanco en el cabello.

—El hombre no supo calcular la edad que tendría —añadió Juilin a la par que disimulaba un bostezo tapándose la boca con la mano—. Intemporal, según él. Incluso chanceó comentando si no sería una Aes Sedai.

—Vais demasiado deprisa —le recriminó Nynaeve con voz tirante—. No nos haréis ningún bien si nos las echáis encima.

—Tengo mucho cuidado. —Juilin había enrojecido y tenía un gesto sombrío—. No me apetece lo más mínimo que Liandrin vuelva a ponerme las manos encima. No hago preguntas, sólo charlo. A veces sobre mujeres que conocía. Dos hombres picaron con lo del mechón blanco, y ninguno de ellos sospechó que se tratara de algo más que un simple comentario en una conversación despreocupada para acompañar una cerveza barata. Puede que esta noche algún otro caiga en mi red, sólo que en esta ocasión a lo mejor el comentario es sobre una frágil mujer de Cairhien con unos enormes ojos azules. —Ésa tenía que ser Temaile Kinderode—. Poquito a poco iré reduciendo los lugares donde se las ha visto hasta que sepa dónde están. Las encontraré para vos.

—O lo haré yo. —Thom lo dijo como si estuviera convencido de que esto sería lo más probable—. En vez de relacionarse con ladrones, ¿no es más lógico que estén entremetiéndose en asuntos de nobles y políticos? Algún lord de esta ciudad empezará a hacer algo que hasta ahora no había hecho nunca, y me llevará hasta ellas.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada fijamente, y Elayne pensó que en cualquier momento uno de ellos retaría al otro a una lucha. Hombres. Primero, Juilin y Domon, y ahora Juilin y Thom. Probablemente Thom y Domon se enredarían en una pelea a puñetazos para acabar de completarlo. Hombres. Era el único comentario que se le ocurría.

—A lo mejor Elayne y yo tenemos éxito sin necesitaros al uno ni al otro —intervino, cortante, Nynaeve—. Empezaremos a buscar hoy mismo. —Una rápida mirada de reojo a la heredera del trono y añadió—: Al menos, lo haré yo. Es posible que Elayne necesite descansar un poco más de la… travesía.

La joven soltó lentamente el paño húmedo sobre la mesa, cogió la taza con las dos manos y se la llevó a la boca. El líquido gris verdoso sabía todavía peor de lo que olía. Estremecida de asco, se obligó a seguir tragando. Cuando le llegó al estómago la

joven tuvo la sensación de ser una capa sacudida por un vendaval.

—Dos pares de ojos ven más que uno —le dijo a Nynaeve mientras soltaba la taza vacía en la mesa con bastante energía para que sonara la loza.

—Y un centenar de pares pueden ver incluso más —se apresuró a añadir Juilin—. Y si es verdad que ese congrio illiano manda a sus hombres a investigar, contaremos con ese centenar como mínimo sumando a los ladrones y cortabolsas.

—Yo… Nosotros encontraremos a esas mujeres si tal cosa es posible —intervino Thom—. No es menester que os mováis de la posada. En esta ciudad se percibe un gran peligro aunque Liandrin no esté en ella.

—Además de que, si están aquí, os conocen a las dos —agregó Juilin—. Más vale que permanezcáis en la posada, donde no puedan veros.

Elayne los miró sin salir de su sorpresa. Un instante antes habían cruzado las miradas como si fueran cuchillos, y ahora estaban hombro con hombro. Nynaeve estaba en lo cierto al decir que les causarían problemas. Bueno, pues la heredera del trono de Andor no pensaba esconderse detrás de maese Juilin Sandar y maese Thom Merrilin. Abrió la boca para decírselo así, pero Nynaeve se le adelantó:

—Sí, tenéis razón —admitió, sosegada. Elayne la miró con absoluta incredulidad; Thom y Juilin parecían sorprendidos y, al mismo tiempo, asquerosamente satisfechos de sí mismos—. Nos conocen a las dos. Creo que me ocuparé de eso esta mañana. Ah, aquí viene la señora Rendra con nuestro desayuno.

Thom y Juilin intercambiaron una mirada desconcertada, pero no podían decir nada estando delante la posadera, que les sonreía a través del transparente velo.

—¿Qué hay de lo que os pedí? —inquirió Nynaeve mientras la mujer le servía un cuenco de gachas de avena.

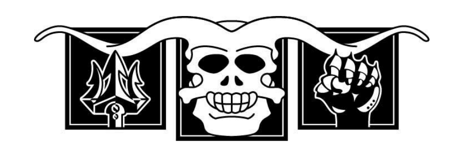
—Ah, sí. No habrá problema para encontrar ropa que os esté bien a las dos. En cuanto al cabello, con lo hermoso y largo que lo tenéis, no costará mucho recogéroslo —dijo, tocándose sus trenzas rubias.

Las expresiones en los rostros de Juilin y Thom arrancaron una sonrisa a Elayne. Sin duda estaban preparados para enfrentarse a cualquier argumento en contra, pero no habían preparado una defensa para el caso de que no se les hiciese el menor caso. De hecho, el malestar y el dolor de cabeza ya se le estaban pasando; por lo visto, la repugnante medicina de Nynaeve empezaba a surtir efecto. Mientras la antigua Zahorí y Rendra hablaban sobre precios, cortes y tejidos —la posadera abogaba por unos duplicados de sus ajustados atuendos habituales, el de hoy de un tono verde pálido, a lo que Nynaeve se oponía pero sin demasiada convicción—, Elayne tomó una cucharada de gachas de avena para quitarse el mal gusto de boca. Entonces se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Había un problema que ninguna de ellas había mencionado todavía y del que Thom y Juilin no sabían nada. Si el Ajah Negro se encontraba en Tanchico, entonces

también existía lo que quiera que ponía en peligro a Rand. Algo capaz de someterlo con su propio Poder. Encontrar a Liandrin y a las demás no era suficiente: también tenían que dar con aquello. De repente, se volvió a quedar sin apetito.

40



Cazador de trollocs

El agua que quedaba del chaparrón caído a primera hora de la mañana goteaba de las hojas de los manzanos; un pinzón recorría a saltitos una rama donde maduraban los frutos que no se cosecharían este año. El sol estaba alto, pero lo ocultaban unos nubarrones grises. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, Perrin probó la tensión de la cuerda del arco con gesto ausente; las cuerdas, prietamente retorcidas y untadas con cera, tenían tendencia a aflojarse con el tiempo húmedo. La tormenta provocada por Verin para ocultarlos de sus perseguidores la noche del rescate había sorprendido incluso a la Aes Sedai por su violencia; de hecho, en los seis días transcurridos desde entonces se habían descargado otros tres fuertes aguaceros. Creía que eran seis días. Desde aquella noche no había pensado realmente; sólo se había dejado llevar por los acontecimientos a medida que se presentaban, reaccionando de acuerdo con las circunstancias. La parte plana de la hoja del hacha se le estaba clavando en el costado, pero apenas si era consciente de ello.

Unos montículos bajos y cubiertos de hierba señalaban las generaciones de Aybara enterradas allí. Las estelas más antiguas de madera agrietada, con fechas casi ilegibles que se remontaban a trescientos años atrás, se alzaban a la cabecera de unas tumbas que no se distinguían del resto del suelo. Lo que se le clavaba como un puñal en el corazón eran esos otros montículos de tierra asentada por las lluvias entre la que asomaban restos de hierba. Generaciones de Aybara enterradas aquí, pero sin duda nunca se habían abierto catorce fosas al mismo tiempo. La de tía Neain, un poco más arriba de la de tío Carlin, con las de sus dos hijos al lado. La de la tía abuela Ealsin, en fila con tío Eward y tía Magde y sus tres hijos; y siguiendo la hilera, las de sus padres y Adora, Deselle y el pequeño Petram. Una larga fila de montículos de tierra pelada y mojada en la que todavía asomaban pegotes de la vieja hierba recientemente removida. Contó al tacto las flechas que le quedaban en la aljaba. Diecisiete. Se le habían estropeado muchas, que había recogido sólo para aprovechar las puntas de acero. No tenía tiempo para hacer más él mismo; tendría que ver al flechero de Campo de Emond enseguida. Buel Dowtry hacía buenas flechas, mejor incluso que Tam.

Un débil susurro de hojas a su espalda le hizo olisquear el aire.

—¿Qué ocurre, Dannil? —preguntó sin mirar hacia atrás.

Hubo un respingo, un instante de desconcertada sorpresa, antes de que Dannil Lewin respondiera:

—La dama está aquí, Perrin. —Ninguno de ellos se había acostumbrado a que Perrin supiera quién era quién antes de verlos o en la oscuridad, pero a éste había dejado de importarle ya si lo que hacía les parecía raro.

Miró por encima del hombro con el entrecejo fruncido. Dannil parecía algo más delgado que antes; los granjeros no podían alimentar a tantos a la vez, con lo que las horas de comida se habían convertido en un festín o en pasar hambre, dependiendo del resultado de la caza. La mayoría de las veces era lo segundo.

—¿La dama?

—Lady Faile. Y también lord Luc. Vienen de Campo de Emond.

Perrin se incorporó ágilmente y echó a andar con largas zancadas que obligaron a Dannil a apretar el paso para no quedarse atrás. Se las ingenió para no mirar la casa; las vigas abrasadas y las chimeneas ennegrecidas que habían sido el hogar en el que creció. Sí que escudriñó los árboles buscando a los centinelas apostados más cerca de la granja. Estando tan próxima al Bosque de las Aguas, la zona contaba con numerosos robles y pinabetes altos, así como fresnos y laureles de buen tamaño. El espeso follaje ocultaba bien a los chicos —las ropas de granja eran buenas para camuflarse— de modo que incluso a él le costó trabajo localizarlos. Tendría que hablar con ellos después; se suponía que debían avisar si alguien se acercaba, aun en el caso de que se tratara de Faile y del tal Luc.

El campamento, instalado en un soto amplio donde en tiempos Perrin fingía encontrarse en terrenos agrestes, era un refugio tosco y provisional metido entre la maleza baja, con mantas atadas entre los árboles a modo de cobijos y otras extendidas en el suelo, entre las pequeñas lumbres de cocinar. También aquí el agua goteaba de las ramas. La mayoría de los casi cincuenta hombres que había en el campamento, todos ellos jóvenes, se estaba dejando crecer la barba, ya fuera para imitar a Perrin o porque era desagradable afeitarse con agua fría. Eran buenos cazadores —había mandado a casa a los que no lo eran— pero no estaban acostumbrados a pasar más de un par de noches al raso. Y menos aun a las cosas que les inducía a hacer.

Justamente en este momento estaban plantados alrededor de Faile y Luc, mirándolos boquiabiertos, y sólo cuatro o cinco llevaban el arco en la mano. El resto de los arcos estaban tirados junto a los petates; y las más de las veces ocurría lo mismo con las aljabas. Luc jugueteaba ociosamente con las riendas de un gran semental negro; su pose indolente era la personificación de la arrogancia, con su roja chaqueta y sus azules ojos, haciendo caso omiso de los hombres que lo rodeaban. El olor de Luc se destacaba de los otros, frío y aislado, como si no tuviera nada en común con los que se hallaban a su alrededor, ni siquiera la condición de humano.

Faile corrió al encuentro de Perrin con una sonrisa, la estrecha falda pantalón

haciendo el sonido susurrante del roce de seda contra seda. Emitía un tenue aroma a jabón de hierbas que se mezclaba con el suyo propio.

—Maese Luhhan me dijo que a lo mejor te encontraría aquí.

Perrin tenía pensado preguntarle a qué demonios había venido, pero en lugar de eso se encontró estrechándola entre sus brazos, con el rostro hundido en sus cabellos.

—Me alegro de verte. Te he echado de menos —musitó.

Ella se apartó sólo lo suficiente para levantar la cara y mirarlo.

—Pareces cansado.

El joven pasó por alto el comentario de Faile; no disponía de tiempo para estar cansado.

—¿Llevaste a todo el mundo a Campo de Emond?

—Sí, están en la Posada del Manantial. —Sonrió inopinadamente—. Maese al'Vere encontró una vieja alabarda y asegura que si los Capas Blancas los quieren, tendrán que pasar sobre su cadáver. Todo el mundo está ya en Campo de Emond: Verin y Alanna, los Guardianes. Fingiendo ser otro tipo de gente, claro está. Y también está Loial. Fue toda una sensación, incluso más que Bain y Chiad. —La sonrisa se borró y dio paso a un gesto ceñudo—. Me pidió que te diera un mensaje. Alanna desapareció en dos ocasiones sin advertir a nadie, y una de las veces, sola. Loial me dijo que Ihvon pareció sorprenderse cuando descubrió que se había ausentado. También me advirtió que no debía decírselo a nadie más. —Lo miró intensamente—. ¿Qué significa eso, Perrin?

—Nada, tal vez. Sólo que no es seguro que pueda fiarme de ella. Verin me puso sobre aviso también, pero ¿puedo fiarme de Verin? ¿Dices que Bain y Chiad están en Campo de Emond? Entonces supongo que él está enterado de su presencia. —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Luc. Unos cuantos jóvenes se habían acercado al noble y le hacían tímidas preguntas a las que él contestaba sonriendo con aires de superioridad.

—Nos han acompañado —respondió lentamente Faile—. Ahora están explorando los alrededores del campamento. No creo que tengan muy buena opinión de tus centinelas. ¿Por qué no quieres que Luc sepa lo de las Aiel?

—He estado hablando con gente a la que quemaron sus casas. —Luc estaba demasiado lejos para oírle pero, aun así, mantuvo el tono bajo—. Contando la casa de Flinn Lewin, Luc estuvo en cinco el mismo día del ataque o el anterior.

—Perrin, ese hombre es un necio arrogante en algunos aspectos. He oído comentar que deja entrever que tiene derecho al trono de una de las Tierras Fronterizas, a pesar de que a nosotros nos dijo que era de Murandy. Sin embargo, no puedes pensar en serio que sea un Amigo Siniestro. Dio algunos buenos consejos en Campo de Emond. Cuando dije que todo el mundo está allí, lo dije literalmente. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Han llegado cientos y cientos de personas del

norte y del sur, de todas direcciones, con su ganado y sus rebaños de ovejas, todos hablando de la advertencia de Perrin Ojos Dorados. Tu pequeña aldea se está preparando para defenderse si es preciso, y Luc ha estado en todas partes estos últimos días.

—¿Perrin qué? —repitió, encogiéndose. Procurando cambiar de tema, comentó —: ¿Del sur? Pero si esto es lo más al sur que he llegado. No he hablado con ningún granjero que viva dos kilómetros más abajo del arroyo del manantial.

Faile le tiró de la barba y se echó a reír.

—Las noticias se propagan, mi buen general. Tengo la impresión de que la mitad de esa gente espera que los organices en un ejército para perseguir a los trollocs todo el camino hasta la Gran Llaga. Se contarán historias sobre ti en Dos Ríos durante los próximos mil años. Perrin Ojos Dorados, cazador de trollocs.

—¡Luz! —rezongó.

Cazador de trollocs. Hasta ahora pocos eran los que había dado caza para justificar tal apelativo. Dos días después de liberar a los Luhhan y las otras tres mujeres, al día siguiente de que Verin y Tomás siguieron solos su propio camino, él y los quince jóvenes de Dos Ríos que por entonces lo acompañaban llegaron a las ruinas de una granja que todavía humeaban. Después de enterrar lo que encontraron entre las cenizas, no fue difícil seguir el rastro de los trollocs entre Gaul y él. El penetrante hedor de las bestias no había tenido tiempo de disiparse; no para su aguzado sentido del olfato. Algunos de los chicos vacilaron cuando comprendieron que había hablado en serio cuando dijo lo de ir a la caza de trollocs. Si la persecución se hubiera alargado, sospechaba que la mayoría se habría escabullido al primer descuido, pero el rastro los condujo a un soto que había a menos de cinco kilómetros. Los trollocs no se habían molestado en poner centinelas —no los acompañaba ningún Myrddraal que les impusiera disciplina—, y los hombres de Dos Ríos sabían cómo acechar en silencio. Treinta y dos trollocs perecieron, la mayoría en sus sucias mantas, atravesados por flechas antes de que tuvieran tiempo de lanzar un grito y menos aún empuñar espada o hacha. Dannil, Ban y los demás tenían ganas de celebrar su gran victoria; hasta que descubrieron lo que había en la enorme olla de hierro apoyada en las cenizas de la lumbre. Casi todos se apartaron para vomitar y más de uno sollozó sin reparos. Fue Perrin quien cavó la fosa; sólo una, ya que no había modo de saber qué parte había pertenecido a quién. A pesar del frío que sentía en su interior, dudaba que hubiera podido soportarlo si lo hubiera sabido.

Al día siguiente, ya tarde, nadie vaciló cuando captó otro rastro fétido, si bien hubo alguno que otro murmullo preguntándose qué iban siguiendo. Eso hasta que Gaul encontró las huellas de pezuñas y de botas demasiado grandes para ser de hombres. Otro soto, cerca del Bosque de las Aguas, cobijaba a cuarenta y un trollocs y a un Fado; esta vez sí había centinelas, aunque casi todos roncaban a pierna suelta

en sus puestos. Habría dado igual si todos hubieran estado despiertos. Gaul mató a los que lo estaban, deslizándose entre los árboles como una sombra, y, para entonces, el grupo de Dos Ríos había aumentado a casi treinta hombres. Además, los que no habían visto la olla habían oído hablar de ella; gritaron al tiempo que disparaban, con una satisfacción no mucho menos salvaje que los aullidos guturales de los trollocs. El Myrddraal vestido de negro fue el último en morir; tenía tantas flechas clavadas que semejaba un puerco espín. Nadie osó recuperar ninguna flecha de aquel cuerpo, ni siquiera cuando finalmente dejó de sacudirse.

Aquella tarde se descargó la segunda tormenta y el fuerte aguacero cayó durante horas mientras los negros nubarrones cubrían el cielo y estallaban rayos y truenos. Desde entonces, Perrin no había captado el hedor de los trollocs y la lluvia había arrastrado cualquier huella en el suelo. Se habían pasado la mayoría del tiempo eludiendo las patrullas de los Capas Blancas que, a decir de todos, eran mucho más numerosas que antes. Los granjeros con los que habló Perrin le contaron que las patrullas parecían más interesadas en encontrar a los prisioneros evadidos y a quienes los habían liberado que en buscar trollocs.

Ahora eran bastantes los hombres que se habían reunido alrededor de Luc. El noble era lo bastante alto para que su cabello rojizo sobresaliera por encima de las otras cabezas de pelo más oscuro. Parecía estar hablando y ellos escuchando. Y asintiendo.

—Veamos qué es lo que tiene que decir —comentó, sombrío, Perrin.

Los hombres de Dos Ríos les abrieron paso a Faile y a él con sólo alguno que otro codazo. Estaban pendientes de las palabras del noble, quien, efectivamente, soltaba una perorata.

—… así que el pueblo es un lugar seguro ahora. Se ha reunido mucha gente para defenderlo. He de decir que disfruto durmiendo bajo techo cuando puedo. Y la señora al'Vere, en la posada, sirve comidas muy sabrosas. Su pan es de lo mejor que he comido nunca. En verdad no hay nada comparable al pan recién hecho y la mantequilla recién batida, y poner los pies en alto por la tarde mientras se saborea una buena jarra de vino o la estupenda cerveza negra de maese al'Vere.

—Lord Luc nos estaba diciendo que deberíamos ir a Campo de Emond, Perrin —comentó Kenley Ahan mientras se frotaba la nariz enrojecida con el envés de la sucia mano. No era él el único que no había podido lavarse tan a menudo como habría sido su gusto, y tampoco el único que había cogido un resfriado.

Luc le sonrió a Perrin del modo que habría hecho a un perro al que esperaba ver hacer alguna gracia.

—El pueblo es bastante seguro, pero siempre se necesitan más espaldas fuertes.

—Estamos cazando trollocs —adujo fríamente Perrin—. No todo el mundo ha abandonado sus granjas todavía, y cada grupo que encontramos y matamos significa

que no arderán otras granjas y que más gente tendrá oportunidad de ponerse a salvo.

Wil al'Seen soltó una risotada. Ahora no estaba tan guapo con aquella nariz hinchada y roja y con la rala barba de seis días.

—No hemos *olido* trollocs desde hace días. Sé razonable, Perrin. A lo mejor los hemos matado ya a todos.

Hubo murmullos de conformidad con sus palabras.

—No es mi intención sembrar discordias. —Luc extendió las manos en un gesto inocente—. Sin duda habréis tenido muchos éxitos aparte de los que ya han llegado a nuestros oídos. Cientos de trollocs, supongo. Podría ser que hubieseis ahuyentado a todos. Os aseguro que en Campo de Emond seríais recibidos como héroes. Y lo mismo debe rezar en Colina del Vigía para los que viven por allí. ¿Hay alguien de Deven Ride? —Wil asintió y Luc le palmeó el hombro con gesto amistoso—. Recibidos como héroes, no me cabe duda.

—El que quiera volver a casa, puede hacerlo —anunció Perrin con voz impasible. Faile le lanzó una mirada admonitoria; ésta no era la forma en que actuaría un general. Pero el joven no quería a su lado a nadie que no deseara estar allí. Para empezar, no quería ser un general—. Yo opino que el trabajo no está hecho todavía, pero la elección es vuestra.

Nadie aceptó la oferta, si bien Wil, al menos, pareció dispuesto a hacerlo, pero otros veinte bajaron la vista al suelo y removieron las hojas caídas el año anterior con la punta de la bota.

—Bien —dijo Luc en tono coloquial—, si no hay más trollocs a los que perseguir, quizá sea el momento de que volváis vuestra atención a los Capas Blancas. No están muy contentos de que los hombres de Dos Ríos hayáis decidido defenderos vosotros mismos. Y, por lo que he oído, tienen intención de colgaros, en particular a vuestro grupo, como proscritos por haberles robado a sus prisioneros.

Se intercambiaron miradas anhelantes entre muchos de los jóvenes.

Fue en ese momento cuando Gaul se abrió paso a codazos entre la muchedumbre, seguido de cerca por Bain y Chiad. Y no es que los Aiel tuvieran necesidad de empujar a nadie, ya que los hombres se apartaban tan pronto como se daban cuenta de quiénes eran. Luc observó a Gaul pensativamente, con el entrecejo fruncido, puede que con expresión desaprobadora; el Aiel le sostuvo la mirada con gesto pétreo. Wil, Dannil y los demás se alegraron al ver a los Aiel; la mayoría todavía creía que cientos más de ellos se escondían en alguna parte de los bosques. Nunca se planteaban el motivo de que tantos Aiel se mantuvieran ocultos, y, por supuesto, Perrin nunca sacaba el tema a colación. Si creer que había unos cientos de Aiel de refuerzo los ayudaba a mantener el coraje, bienvenida fuera esa creencia.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Perrin. Gaul llevaba ausente desde el día anterior; se movía tan deprisa como un hombre a caballo, y con mayor rapidez en los

bosques, además de que podía ver más.

—Trollocs —respondió el Aiel como si informara sobre la presencia de ovejas—, avanzando desde el sur hacia aquí a través de ese Bosque de las Aguas de nombre tan apropiado. No son más de treinta y creo que tienen intención de acampar al borde de la fronda y atacar esta noche. Todavía quedan hombres aferrados a sus tierras, más al sur. —Esbozó una sonrisa lobuna—. No me vieron. Los cogeríamos por sorpresa.

Chiad acercó la cabeza a Bain.

—Se mueve bastante bien para ser un Soldado de Piedra —susurró lo bastante alto para que se la oyera a veinte pasos—. Apenas hace más ruido que un toro cojo.

—¿Y bien, Wil? —preguntó Perrin—. ¿Quieres ir a Campo de Emond? Podrás afeitarte y quizás encontrar una chica a la que besar mientras estos trollocs se toman la cena esta noche.

Wil se puso rojo como la grana.

—Esta noche estaré dondequiera que estés tú, Perrin Aybara —replicó con voz dura.

—Nadie piensa volver a casa si todavía quedan trollocs por los alrededores, Perrin —abundó Kenley.

Perrin miró a los demás y sólo encontró gestos de asentimiento.

—¿Y qué me decís vos, Luc? Estaríamos encantados de tener con nosotros a todo un lord y un cazador del Cuerno. Podríais enseñarnos cómo se hace.

Una tensa mueca curvó ligeramente los labios de Luc; una grieta en un pedazo de roca que no se reflejó en aquellos fríos ojos azules.

—Me temo que las defensas de Campo de Emond todavía necesitan de mis conocimientos. He de ocuparme de proteger a vuestra gente en caso de que los trollocs aparezcan por allí en mayor número que esos treinta. O tal vez los Hijos de la Luz. Mi señora Faile… —Tendió una mano para ayudarla a montar, pero la joven sacudió la cabeza.

—Me quedo con Perrin, lord Luc.

—Lástima —murmuró el noble a la par que se encogía de hombros como diciendo que no cabía explicación para el gusto de las mujeres. Se puso los guantes adornados con cabezas de lobo bordadas y subió ágilmente a la silla del semental negro—. Que tengáis suerte, maese Ojos Dorados. Espero que todos la tengáis.

Tras hacer una leve reverencia a Faile, hizo volver grupas ostentosamente al alto corcel y lo espoleó poniéndole a galope, de manera que muchos de los hombres tuvieran que saltar para quitarse de su camino.

Faile miraba, ceñuda, a Perrin y su gesto anunciaba una reprimenda por sus rudos modales cuando estuvieran solos. El joven se quedó escuchando el trapaleo de los cascos del caballo de Luc hasta que dejó de oírlo en la distancia, y entonces se volvió hacia Gaul.

—¿Podemos adelantarnos a los trollocs, estar esperándolos en alguna parte antes de que lleguen adondequiera que tengan intención de acampar?

—Si nos ponemos en camino ahora mismo, sí —respondió Gaul—. Avanzan en línea recta y sin prisa. Un Jinete de la Noche va con ellos. Pero sería más fácil sorprenderlos entre sus mantas que si están despiertos. —Lo que quería decir era que los jóvenes de Dos Ríos podrían hacerlo mejor en esas condiciones; no se olía el miedo en él.

Sí que se percibía claramente en algunos de los chicos, pero ninguno sugirió que un enfrentamiento con trollocs despiertos y alerta, y un Myrddraal como propina, quizá no fuera el mejor plan. Levantaron el campamento tan pronto como Perrin dio la orden, apagaron las fogatas y esparcieron las cenizas, recogieron los pocos pucheros que tenían y montaron en la variada gama de monturas, entre las que había caballos de arar y ponis. Con los centinelas —Perrin se recordó que tenía que hablar con ellos— eran casi setenta; sin duda suficientes para poner una emboscada a treinta trollocs. Ban al'Seen y Dannil seguían dirigiendo una mitad del grupo cada uno, ya que era el mejor modo de evitar discusiones, con Bili al'Dai, Kenley y otros a la cabeza de unos diez. También Wil; por lo general no era un mal tipo, si conseguía quitarse a las chicas de la cabeza.

Faile condujo a *Golondrina* muy cerca de *Brioso* cuando emprendieron camino hacia el sur, con los Aiel corriendo por delante.

—Verdaderamente no te fías ni un pelo de él —dijo la muchacha—. Crees que es un Amigo Siniestro.

—Confío en ti, en mi arco y en mi hacha —respondió. El semblante de Faile traslucía tristeza y complacencia por igual, pero era la pura verdad.

Durante dos horas Gaul los guió hacia el sur antes de virar hacia el Bosque de las Aguas, una maraña de inmensos robles y pinos, espesos laureles y abetos cónicos, altos fresnos de copa redonda y sauces negros, y debajo la espesa maleza de arbustos y enredaderas. Un millar de ardillas escandalizaba en las ramas, y tordos, pinzones y mirlos revoloteaban por doquier. Perrin olía venados y conejos, y también zorros. Abundaban los arroyuelos, así como charcas y estanques rodeados de juncos que salpicaban el suelo del bosque, a menudo escondidos pero a veces al descubierto, la mayoría con unos diez pasos de diámetro pero algunos con casi cincuenta. El suelo estaba empapado después de las abundantes lluvias caídas y el agua rezumada sonaba bajo los cascos de los caballos.

Gaul se detuvo entre un estanque grande rodeado de sauces y un estrecho reguero de un paso de ancho, unos tres o cuatro kilómetros en el interior del bosque. Los trollocs llegarían aquí si mantenían el mismo rumbo. Los tres Aiel desaparecieron entre los árboles para asegurarse de ello y volver para ponerlos sobre aviso cuando se aproximaran.

Perrin dejó a Faile y a una docena de jóvenes a cargo de los caballos y desplegó al resto en una cerrada curva, un lazo que se cerraría cuando los trollocs entraran en él. Después de comprobar que cada hombre estaba bien escondido y sabía lo que tenía que hacer, se apostó en el fondo del lazo, junto a un roble que tenía un tronco de casi dos metros de grosor.

Soltó la correílla que sujetaba el hacha, puso una flecha en el arco y esperó. Una leve brisa soplaba de manera intermitente en su dirección, de manera que olería a los trollocs mucho antes de que aparecieran a la vista. Vendrían directo hacia él. Volvió a tocar el hacha y siguió esperando. Pasaron los minutos. Pasó una hora. ¿Cuánto más tendrían que esperar a que aparecieran los Engendros de la Sombra? Si pasaban mucho más tiempo en esta humedad habría que cambiar las cuerdas de los arcos.

Los pájaros desaparecieron un momento antes de que las ardillas se quedaran silenciosas. Perrin aspiró profundamente y frunció el entrecejo. Nada. Con esta brisa no podía dejar de percibir el olor de los trollocs al mismo tiempo que lo habían advertido los animales.

Una bocanada de aire errabunda le trajo el pútrido hedor, como a sudor y podredumbre de siglos. Giró sobre sus talones y gritó:

—¡Están a nuestra espalda! ¡Replegaos hacia mí! ¡Dos Ríos a mí! —Detrás. Los caballos—. ¡Faile!

Los gritos y los chillidos irrumpieron todo en derredor, aullidos y salvajes bramidos. Un trolloc con cuernos de carnero salió a descubierto a menos de veinte pasos y levantó un largo arco curvado. Perrin tensó la cuerda y disparó en un solo movimiento grácil; tan pronto como la flecha salió surcando el aire, llevó la mano hacia la aljaba para coger otro proyectil. Su disparo acertó al trolloc entre los ojos, y el monstruo aulló antes de desplomarse. Y la flecha de la bestia, del tamaño de una lanza pequeña, se hundió en el costado de Perrin con la fuerza de un martillazo.

Dando un respingo de dolor, el joven se dobló sobre sí y dejó caer arco y flecha. Las lacerantes punzadas se extendían como ondas desde el astil de emplumado negro, que se estremecía cada vez que el joven respiraba; y cada estremecimiento era una nueva oleada de dolor.

Dos trollocs más saltaron sobre su compañero muerto, uno con hocico lobuno y otro con cuernos de carnero, unas figuras cubiertas con cotas de malla negra, mucho más altas que Perrin y el doble de corpulentas. Se abalanzaron contra él aullando y enarbolando las curvas espadas.

El joven se obligó a incorporarse y, apretando los dientes, partió el astil, tan grueso como su pulgar; aferró el hacha y salió a su encuentro. Aullando como un lobo, advirtió vagamente. Aullando con una rabia que ponía una película roja en sus ojos. Lo sobrepasaban con mucho en altura y sus armaduras tenían pinchos en codos y hombros, pero blandió el hacha en un remolino frenético, como si quisiera talar un

árbol con cada golpe. Por Adora. Por Deselle.

—¡Por mi madre! —bramó—. ¡Así os abrase la Luz! ¡Por mi madre!

De repente se dio cuenta de que estaba descargando tajos en los cuerpos caídos en el suelo. Gruñendo, se obligó a parar, estremecido por el esfuerzo tanto como por el fuerte dolor en el costado. Ya no se oían tantos gritos. Y aun menos chillidos. ¿Quedaba alguien más aparte de él?

—¡Replegaos hacia mí! ¡Dos Ríos a mí!

—¡Dos Ríos! —gritó frenéticamente alguien, en algún punto del húmedo bosque.

—¡Dos Ríos! —llegó otra voz.

Dos. Sólo dos.

—¡Faile! —llamó desesperado—. ¡Oh, Luz! ¡Faile!

Un atisbo de negrura entre los árboles anunció la presencia de un Myrddraal antes de que Perrin lo viera claramente, con la armadura de negras escamas a semejanza de una serpiente y la negra capa colgando inmóvil a pesar de la carrera. Al acercarse, frenó a un paso seguro, sinuoso; sabía que Perrin estaba herido, sabía que era una presa fácil. En su lívido semblante, la mirada sin ojos se clavó en él transmitiendo el miedo como una ponzoña.

—¿Faile? —repitió con sorna. Su voz sonaba como cuero quemado al resquebrajarse—. Tu Faile tenía un sabor delicioso.

Bramando, Perrin se arrojó contra él. Una espada de hoja negra detuvo el primer hachazo. Y el segundo. Y un tercero. El rostro del ser, blanco como un gusano de tumba, tenía una expresión concentrada, pero se movía como una víbora, como un relámpago. De momento sólo estaba a la defensiva. De momento. Perrin sentía la sangre resbalándole por el costado, que le ardía como si tuviera clavado un hierro candente. No podía mantener este ritmo mucho tiempo y, cuando las fuerzas lo abandonaran, esa espada encontraría su corazón.

Un pie le resbaló en el barro pisoteado bajo sus botas, la espada del Fado se echó hacia atrás y… El borroso centelleo de un acero medio degolló al Myrddraal, de modo que la cabeza sin ojos cayó sobre un hombro al tiempo que brotaba un surtidor de sangre negra. Arremetiendo con la espada ciegamente, el Fado se tambaleó hacia adelante, trastabillando, rehusando morir por completo, procurando instintivamente seguir matando.

Perrin se apartó a trompicones de su camino, pero ahora tenía puesta toda la atención en el hombre que limpiaba su espada con un puñado de hojas, fríamente. La capa de colores cambiantes de Ihvon colgaba sobre su espalda.

—Alanna me envió a buscarte. Estuve a punto de no conseguirlo a costa del modo en que os habéis estado moviendo, pero setenta caballos siempre dejan huellas. —El moreno y delgado Guardián se mostraba tan sereno como si estuviera encendiendo la pipa delante de la chimenea—. Los trollocs no estaban vinculados con eso… —

Señaló al Myrddraal con la espada; había caído, pero seguía asestando cuchilladas al tuntún—. Lástima. Pero si consigues reunir a tu gente puede que no se atrevan a atacaros sin que un Semihombre los azuce. Calculo que eran unos cien, pero ahora son unos cuantos menos, ya que habéis reducido su número un poco. —Empezó a escudriñar tranquilamente los árboles en derredor, y sólo la espada empuñada sugería una situación fuera de lo normal.

Durante un breve instante Perrin se quedó boquiabierto. ¿Que Alanna lo buscaba? Justo a tiempo de salvarle la vida. Se sacudió para salir de su estupor y volvió a vocear:

—¡Dos Ríos a mí! ¡Por amor de la Luz, reuníos conmigo! ¡Aquí! ¡Reuníos! ¡Aquí!

Esta vez siguió llamando hasta que los rostros familiares empezaron a aparecer entre los árboles. Unos rostros llenos de sangre las más de las veces. Unos rostros conmocionados, con la mirada fija en el vacío. Unos hombres sostenían a otros, y algunos habían perdido sus arcos. Los Aiel estaban entre ellos, aparentemente ilesos salvo porque Gaul cojeaba ligeramente.

—No vinieron como esperábamos —fue cuanto dijo el Aiel, y lo hizo con la actitud tranquila de quien comenta que la noche había sido más fría o que había llovido más de lo esperado.

Faile apareció de improviso con los caballos. O, más bien, con la mitad de los caballos, incluidos *Brioso* y *Golondrina*, así como diez o doce hombres de los que había dejado con ella. Tenía un corte en la cara, pero estaba viva. Intentó abrazarla, mas la joven le apartó los brazos murmurando, encorajinada, algo sobre el astil roto de la flecha mientras le retiraba la capa para ver dónde la tenía clavada.

Perrin observó a los hombres que lo rodeaban. Ya habían dejado de llegar, pero faltaban otras caras. Kenley Ahan. Bili al'Dai. Teven Marwin. Se obligó a pronunciar para sus adentros los nombres de los ausentes; se obligó a contarlos. Veintisiete. No habían aparecido veintisiete.

—¿Habéis traído a todos los heridos? —preguntó con voz apagada—. ¿Queda alguien ahí fuera?

La mano de Faile tembló ligeramente en su costado; su expresión, al mirar la herida con el entrecejo fruncido, era una mezcla de preocupación y cólera. Tenía todo el derecho a estar furiosa. Jamás debió meterla en esto.

—Sólo los muertos —respondió Ban al'Seen con una voz tan sombría como su rostro.

Wil parecía estar mirando, ceñudo, algo que quedaba fuera del alcance de la vista.

—Vi a Kenley —manifestó—. Su cabeza estaba en el codo de una rama de roble, pero el resto del cuerpo se encontraba tirado al pie del árbol. Lo vi. Ahora ya no le molestará el resfriado. —Estornudó y pareció sobresaltarse.

Perrin suspiró profundamente y enseguida deseó no haberlo hecho; tuvo que apretar los dientes para aguantar el dolor del costado. Faile, con un pañuelo de seda envuelto en la mano, intentaba sacarle la camisa de los calzones. Le retiró las manos a despecho del gesto ceñudo de ella; ahora no había tiempo para ocuparse de heridas.

—Que los heridos monten a caballo —ordenó cuando pudo hablar—. Ihvon, ¿nos seguirán el rastro? —El bosque estaba demasiado silencioso—. ¡Ihvon! —El Guardián apareció llevando por las riendas a un castrado gris oscuro de ojos fieros. Perrin repitió la pregunta.

—Tal vez. O tal vez no. Sin nadie que los dirija, los trollocs matan a quien es presa fácil. Sin un Semihombre, probablemente buscarán una granja en lugar de enfrentarse a alguien que puede responder con flechas. Asegúrate de que todo aquel que puede sostenerse en pie lleve un arco con una flecha encajada incluso si no tiene fuerza para disparar. De ese modo es posible que decidan que no merece la pena pagar un precio tan alto para divertirse.

Perrin se estremeció. Si los trollocs atacaban, tendrían más diversión que en un baile del Día Solar. Ihvon y los Aiel eran los únicos que estaban en condiciones de luchar. Y Faile; los oscuros ojos de la muchacha brillaban de rabia. Tenía que ponerla a salvo.

El Guardián no ofreció su caballo para los heridos, cosa que tenía sentido. Seguramente el animal no permitiría que nadie más lo montara, además de que un caballo de guerra con su amo en la silla resultaría un arma formidable en caso de que los trollocs volvieran. Perrin intentó que Faile montara en *Golondrina*, pero ella se lo impidió.

—Los heridos, dijiste —argumentó suavemente—. ¿Recuerdas?

Con gran disgusto de Perrin, insistió en que subiera a lomos de *Brioso*. El joven esperaba que los demás protestaran, después de haberlos arrastrado a este desastre, pero nadie dijo una palabra. Había suficientes caballos para los que no podían andar y los que no podrían caminar un largo trecho —a regañadientes, tuvo que admitir que él se encontraba entre estos últimos— así que terminó subiendo a su montura. La mitad de los otros jinetes tuvieron que aferrarse, encogidos, a sus caballos. Él se mantuvo erguido, aunque para ello tuvo que apretar los dientes.

Aquellos que iban caminando o avanzando a trompicones, así como algunos de los que cabalgaban, sujetaban arcos como si de ellos dependiera su vida. También Perrin empuñaba uno, al igual que Faile, aunque el joven dudaba que la muchacha fuera capaz de tensar un arco largo de Dos Ríos. Lo que contaba ahora era la apariencia; el fingimiento que quizá los pusiera a salvo. Como Ihvon, alertas cual serpientes enroscadas, los Aiel se adelantaron como siempre, sigilosos, las lanzas sujetas al correaje que llevaban a la espalda, con el estuche del arco, y éste aprestado en las manos. Los demás, incluido él, formaban un triste vestigio en nada parecido al

orgulloso grupo que había conducido hasta allí, tan seguro de sí mismo y tan lleno de orgullo. Empero, el engaño funcionó a las mil maravillas. Durante los dos primeros kilómetros a través de la fronda, las errabundas brisas le llevaron el hedor a trolloc, el olor de la persecución, del acecho. Después, la peste de las bestias fue perdiendo intensidad hasta desaparecer por completo cuando los trollocs se quedaron atrás, engañados por un espejismo.

Faile caminaba al lado de *Brioso*, con una mano sobre la pierna de Perrin como si quisiera sujetarlo. De vez en cuando alzaba la vista hacia él y le dedicaba una sonrisa animosa, aunque la preocupación marcaba arrugas en su frente. Perrin le devolvía las sonrisas lo mejor que podía, procurando hacerle creer que se encontraba bien. Veintisiete. Los nombres de los ausentes pasaban una y otra vez por su cabeza sin que él pudiera evitarlo. Colly Garren y Jared Aydaer; Dael al'Taron y Ren Chandin. Veintisiete jóvenes de Dos Ríos que había matado con su estupidez. Veintisiete.

Tomaron la ruta más directa para salir del Bosque de las Aguas, que dejaron atrás en algún momento de la tarde. No era fácil calcular la hora con el cielo todavía encapotado de grises nubarrones y el paisaje envuelto en una especie de penumbra. Ante ellos se extendían altos pastos salpicados aquí y allí por arboledas, algunas ovejas desperdigadas y unas cuantas granjas en la distancia. No salía humo de ninguna chimenea; si hubiera habido alguien en esas casas, la lumbre del hogar estaría cocinando algo caliente. El rastro de humo más próximo debía de estar a ocho kilómetros por lo menos.

—Deberíamos encontrar una granja para pasar la noche —dijo Ihvon—. Un lugar a cubierto, en caso de que vuelva a llover. Un fuego. Comida. —Miró a los hombres de Dos Ríos y agregó—: Agua y vendajes.

Perrin se limitó a asentir con la cabeza. El Guardián sabía mejor que él lo que convenía hacer. Hasta el viejo Bili Congar embotado con cerveza lo sabría mejor. Dejó que *Brioso* siguiera los pasos del castrado gris de Ihvon.

Apenas habían recorrido otros dos kilómetros cuando Perrin captó el débil sonido de música, de violines y flautas entonando alegres melodías. Al principio creyó que estaba soñando, pero también los demás lo oyeron e intercambiaron miradas incrédulas y después sonrisas de alivio. La música significaba que había gente; y, a juzgar por el sonido, gente alegre que estaba celebrando algo. El que otros tuvieran algo que celebrar bastó para levantarles en parte el ánimo.

41



Con los Tuatha'an

Un montón de carromatos apareció al frente, ligeramente hacia el sur, como pequeñas casas sobre ruedas, altas cajas pintadas y lacadas con fuertes tonalidades rojas, azules, verdes y amarillas, formando entre todas un amplio e irregular círculo en torno a unos cuantos robles de gruesas ramas. La música venía de allí. Perrin había oído comentar que había gitanos, el Pueblo Errante, en Dos Ríos, pero no los había visto hasta entonces. A corta distancia, los caballos, con las patas trabadas, pastaban en la alta hierba.

—Dormiré en cualquier otra parte —anunció fríamente Gaul, cuando vio que Perrin tenía intención de dirigirse hacia los carromatos, y se alejó a saltos sin añadir una palabra más.

Bain y Chiad hablaron en voz baja y timbre apremiante con Faile. Perrin escuchó lo suficiente para deducir que intentaban convencerla de que pasara la noche con ellas en algún abrigado soto y no con «los Errantes». La idea de hablar con los gitanos parecía espantarlas, cuanto más comer o dormir entre ellos. Los dedos de Faile se tensaron sobre su pierna mientras la joven rehusaba sosegada pero firmemente. Las dos Doncellas fruncieron el entrecejo; en sus azules ojos había una mirada de preocupación, pero antes de que los carromatos del Pueblo Errante estuvieran más cerca salieron trotando en pos de Gaul. Sin embargo, habían recobrado parte de su espíritu animoso, puesto que Perrin oyó a Chiad hacer la sugerencia a su compañera de inducir a Gaul a participar en algún juego llamado el Beso de las Doncellas. Las dos se echaron a reír mientras se alejaban.

Había hombres y mujeres trabajando en el campamento, cosiendo, recomponiendo arneses, cocinando, lavando ropas y niños, alzando uno de los carromatos para cambiarle una rueda. Otros niños corrían y jugaban o danzaban con las melodías que media docena de hombres arrancaban de violines y flautas. De los más ancianos a los más pequeños, todos los gitanos llevaban ropas de colores aun más llamativos que los de los carromatos, en una combinación que hacía daño a la vista y que debía haberse escogido con los ojos tapados. Ningún hombre en su sano juicio habría llevado prendas de tonalidades ni de lejos parecidas a aquéllas, y

tampoco muchas mujeres.

A medida que el desastrado grupo fue acercándose a los carromatos, el silencio se adueñó del campamento y la gente dejó sus quehaceres para observarlos con expresión preocupada, las mujeres estrechando en sus brazos a los bebés y los niños corriendo a esconderse detrás de los adultos para después asomarse alrededor de una pierna u ocultar la cara a medias tras una falda. Un hombre enjuto, de cabello corto y gris, se adelantó e hizo una grave reverencia, con las dos manos sobre el pecho. Vestía una chaqueta de cuello alto, azul fuerte, y unos pantalones amplios de color verde chillón metidos en las botas de caña alta.

—Bienvenidos a nuestras fogatas. ¿Conocéis la canción?

Por un momento, mientras procuraba no encorvarse sobre el costado herido, Perrin fue incapaz de hacer nada más que mirarlo de hito en hito. Conocía a este hombre, el Mahdi, o Buscador, de este grupo. «¿Qué probabilidades hay? —se preguntó—. De todos los gitanos que deambulan por el mundo, ¿qué probabilidades hay de que me encuentre con los que conozco?» Las coincidencias lo ponían nervioso; cuando el Entramado causaba una coincidencia, la Rueda parecía forzar acontecimientos. «Empiezo a razonar como una maldita Aes Sedai.» Le era imposible responder a la reverencia con otra, pero recordaba las frases rituales:

—Vuestra acogida calienta mi espíritu, Raen, así como vuestras fogatas calientan el cuerpo, pero no conozco la canción.

Faile e Ihvon le lanzaron una mirada estupefacta, pero no tanto como las de los jóvenes de Dos Ríos. A juzgar por los murmullos que oyó intercambiar a Ban, Tell y los otros, les acababa de proporcionar otro motivo sobre el que hablar.

—Entonces seguiremos buscando —entonó el enjuto hombre—. Como era en un principio, así seguirá siendo, con tal que conservemos la memoria para buscar y encontrar. —Recorrió con la mirada los rostros ensangrentados que tenía ante sí; al ver las armas, se encogió y apartó los ojos de ellas. El Pueblo Errante no tocaba nada que considerara un arma—. Bienvenidos a nuestras fogatas. Os proporcionaremos agua caliente, vendajes y ungüentos. Sabes mi nombre —añadió, observando atentamente a Perrin—. Por supuesto. Tus ojos.

Mientras hablaba, la mujer de Raen se había acercado junto a él; era una mujer regordeta, canosa, pero con las mejillas tersas y un palmo más alta que su marido; vestía una blusa roja, falda de un fuerte color amarillo y un chal de flecos verdes que hacían daño a la vista, pero rebosaba humanidad y su actitud era maternal.

—¡Perrin Aybara! —exclamó—. Me pareció reconocer tu cara. ¿Está Elyas contigo?

—No, no lo he visto desde hace mucho tiempo, Ila.

—Lleva una vida de violencia —intervino Raen tristemente—. Como tú. Una vida violenta está manchada aunque sea larga.

—Vamos, Raen, no intentes convertirlo a la Filosofía de la Hoja mientras lo tienes ahí plantado —instó enérgicamente Ila, aunque sin malos modales—. ¿No ves que está herido? Lo están todos.

—¿En qué estaría pensando? —se reprendió Raen. Levantó la voz—: Venid. Venid y ayudadlos. Están heridos. Acercaos.

Hombres y mujeres se reunieron alrededor de los recién llegados rápidamente y ofrecieron palabras de consuelo mientras ayudaban a los heridos a bajar de los caballos, los conducían hacia los carromatos o los transportaban si era necesario. A Wil y algunos otros pareció preocuparles que los separaran, pero no a Perrin. Los Tuatha'an eran completamente ajenos a la violencia. No levantarían la mano contra nadie ni siquiera para defender sus vidas.

Perrin no tuvo más remedio que aceptar la ayuda de Ihvon para desmontar. Bajarse de la silla le provocó unas agudas punzadas de dolor que arrancaban de su costado.

—Raen —dijo, un poco falto de aliento—, no deberíais estar aquí. Luchamos contra trollocs a menos de ocho kilómetros de este lugar. Lleva a tu gente a Campo de Emond. Allí estaréis a salvo.

Raen vaciló —y pareció sorprenderlo el tener ese instante de duda— antes de sacudir la cabeza negativamente.

—Aunque quisiera hacerlo, la gente no querría, Perrin. Procuramos no acampar cerca de poblaciones, por pequeñas que sean, y no sólo porque los lugareños nos acusen falsamente de robarles cualquier cosa que hayan perdido o de intentar convertir a sus hijos a la Filosofía. Allí donde los hombres han construido más de diez casas juntas, hay una violencia latente. Los Tuatha'an sabemos esto desde el Desmembramiento. La seguridad está en nuestros carromatos y en no pararnos en un sitio, buscando siempre la canción. —Su expresión se tornó acongojada—. En todas partes se habla de actos violentos, Perrin. No sólo aquí, en tu Dos Ríos. Flota sobre el mundo un aire de cambio, de destrucción. Tenemos que encontrar la canción enseguida o, en caso contrario, no creo que lo hagamos nunca.

—La encontraréis —aseguró Perrin sosegadamente. Tal vez aborrecían la violencia demasiado para que un *ta'veren* influyera en sus vidas; quizá ni siquiera un *ta'veren* era lo bastante fuerte para imponerse a la Filosofía de la Hoja. También a él le había resultado atractiva en un tiempo—. Espero de todo corazón que la encontréis.

—Lo que ha de ser, será —dijo Raen—. Todas las cosas mueren cuando les llega su hora. Puede que incluso las canciones.

Ila rodeó a su esposo con el brazo en un gesto reconfortante aunque en sus ojos había tanta tristeza como en los de él.

—Venid —pidió, procurando ocultar su inquietud—, tenemos que llevarte dentro. Los hombres sois capaces de seguir hablando aunque se os hayan prendido fuego las

chaquetas. —A Faile le dijo—: Eres muy hermosa, pequeña. Deberías tener cuidado con Perrin. Siempre lo he visto en compañía de bonitas jóvenes.

Faile asestó a Perrin una mirada impasible, pensativa, que enseguida procuró encubrir. El joven consiguió llegar por su propio pie hasta el carromato de Raen —pintado de amarillo con rayas rojas, los mismos colores alternados en los radios de las ruedas y en los baúles atados a los costados, y que estaba en el centro del campamento, cerca de una lumbre de cocina—; pero, cuando plantó el pie en el primer peldaño de madera de la escalerilla posterior, las rodillas se le doblaron. Ihvon y Raen tuvieron que subirlo casi en volandas al interior del vehículo, con Faile e Ila pisándoles los talones, y lo tendieron en la cama construida en la parte delantera del carro, y que apenas dejaba el hueco suficiente para una puertecilla corredera por la que se llegaba al pescante.

Verdaderamente era como una casa pequeña, incluso con el detalle de las cortinas, rosa pálido, en las dos ventanas que había a cada lado. Perrin yació inmóvil mirando el techo. También aquí los gitanos utilizaban abigarrados colores; el techo estaba lacado en un azul cielo, en tanto que los armarios altos eran verdes y amarillos. Faile le desabrochó el cinturón y le quitó el hacha y la aljaba mientras Ila rebuscaba en uno de los armarios. A Perrin no parecía interesarle nada de lo que hacían.

—Pueden sorprender a cualquiera —dijo Ihvon—. Aprende de ello, Perrin pero no te lo tomes muy a pecho. Ni siquiera Artur Hawkwing ganó todas las batallas.

—Artur Hawkwing. —Perrin intentó reír, pero la risa se convirtió en un gemido de dolor—. Sí —jadeó—, ciertamente no soy Artur Hawkwing, ¿verdad?

Ila miró ceñuda al Guardián —o, más bien, a su espada; por lo visto le parecía todavía peor que el hacha de Perrin— y se acercó a la cama con un paquete de vendajes doblados. Después de sacar la camisa del joven del astil de la flecha se encogió por la impresión.

—Me parece que no tengo los conocimientos precisos para sacar esto. Está profundamente embebida.

—Y es barbada —aclaró Ihvon en un tono coloquial—. Los trollocs no usan arcos muy a menudo; pero, cuando lo hacen, las flechas son barbadas.

—Salid de aquí —ordenó firmemente la regordeta mujer mientras se volvía hacia el Guardián—. Y tú también, Raen. Atender a los enfermos no es asunto de hombres. ¿Por qué no vas a ver si Moshea ha puesto ya la rueda a ese carromato?

—Buena idea —convino el Mahdi—. Puede que mañana queramos ponernos en camino. Hemos tenido un duro viaje este último año —le confesó a Perrin—. Primero, hasta Cairhien, después otra vez de vuelta a Ghealdan, y a continuación hacia el norte, a Andor. Sí, creo que saldremos mañana.

Cuando la puerta roja se cerró tras él e Ihvon, Ila se volvió hacia Faile, preocupada.

—Si es barbada, dudo que pueda sacarla ni poco ni mucho. Si no queda más remedio, lo intentaré, pero si hay alguien cerca que tenga más conocimientos que yo sobre estas cosas…

—Hay alguien en Campo de Emond —le aseguró Faile—. Pero ¿será conveniente dejarla sin sacar hasta mañana?

—Probablemente más que si tengo que cortar para extraerla. Puedo preparar un brebaje para el dolor y mezclar un ungüento para la infección.

—¡Hola! —gruñó Perrin, que las miraba enfadado—. ¿Os acordáis de mí? Estoy aquí mismo, así que dejad de hablar como si no os oyera.

Las dos mujeres lo observaron en silencio un momento.

—Haz que se esté quieto —le dijo Ila a Faile—. Si quiere hablar que lo haga, pero no dejes que se mueva. Podría agravar la herida.

—Me ocuparé de ello —contestó la joven.

Perrin apretó los dientes e hizo cuanto pudo para ayudarlas a quitarle la camisa y la chaqueta, pero fueron ellas las que hicieron casi todo el trabajo. Se sentía tan débil como un trozo de hierro mal forjado, presto para doblarse con la menor presión. Diez centímetros de astil roto sobresalían casi encima de la última costilla, asomando a través de una hendidura fruncida con una gruesa capa de sangre seca. Lo obligaron a recostar la cabeza en la almohada, no queriendo que viera la cura. Faile le lavó la herida mientras que Ila preparaba el ungüento con un majador y almirez de piedra; una piedra lisa, suave y gris, el primer objeto que veía en el campamento gitano que no tenía un color vivo. Untaron el ungüento alrededor de la flecha y lo vendaron para sujetar el emplasto.

—Raen y yo dormiremos debajo del carromato esta noche —dijo la mujer Tuatha'an mientras se limpiaba las manos. Miró con el entrecejo fruncido el astil que sobresalía del vendaje y sacudió la cabeza—. Hubo un tiempo en que creí que acabaría encontrando la Filosofía de la Hoja. Era un chico apacible.

—La Filosofía de la Hoja no es para todo el mundo —arguyó Faile suavemente, pero Ila volvió a sacudir la cabeza.

—Es para todos —contestó con idéntica suavidad y un leve dejo de tristeza— si la conocieran.

Entonces se marchó y Faile tomó asiento al borde de la cama; le enjugó el rostro con un paño doblado. Por alguna razón, transpiraba abundantemente.

—He cometido un grave error —dijo Perrin al cabo de un rato—. No, eso es demasiado suave. No sé la palabra exacta para calificar lo que he hecho.

—No cometiste ningún error —lo contradijo con firmeza—. Hiciste lo que te pareció indicado en ese momento. Y lo era. No imagino cómo pudieron atacarnos por detrás. Gaul no es de los que se equivocan respecto a la posición de un enemigo. Ihvon tenía razón, Perrin. A cualquiera pueden sorprenderlo los acontecimientos

cuando surgen cambios imprevistos. Mantuviste unido a todo el mundo. Nos sacaste de allí.

El joven sacudió enérgicamente la cabeza, con lo que el dolor del costado empeoró.

—Ihvon nos sacó. Lo único que hice yo fue conseguir que mataran a veintisiete hombres —dijo amargamente mientras intentaba sentarse para mirarla a la cara—. Algunos de ellos eran amigos míos, Faile, y murieron por mi culpa.

Faile apoyó el peso sobre sus hombros para obligarlo a tenderse otra vez. Prueba de lo débil que estaba fue la facilidad con que lo consiguió.

—Habrá tiempo de sobra para eso por la mañana —argumentó con firmeza, mirándolo a los ojos—, cuando tengamos que subirte otra vez a tu caballo. No fue Ihvon quien nos sacó de allí. Aparte de él y tú, me parece que le importaba poco si los demás salíamos con vida o no. Esos hombres se habrían desperdigado en todas direcciones de no ser por ti y les habrían dado caza a todos. No se habrían mantenido juntos por Ihvon, un extraño. En cuanto a tus amigos… —Suspirando, volvió a sentarse—. Perrin, mi padre dice que un general puede ocuparse de los vivos o llorar por los muertos, pero nunca las dos cosas.

—Yo no soy un general, Faile. Soy un estúpido herrero que creyó que podía utilizar a otras personas para que lo ayudaran a hacer justicia o quizá para cobrarse venganza. Y todavía lo deseo, pero ya no quiero usar a nadie más.

—¿Acaso crees que los trollocs van a marcharse sólo porque has decidido que tus motivos no son puramente desinteresados? —Su tono indignado le hizo levantar la cabeza, pero la joven lo obligó a recostarse de nuevo en la almohada casi con rudeza —. ¿Son por ello menos viles? ¿Necesitas una razón más altruista para luchar contra ellos que el simple hecho de que sean unas bestias sanguinarias? Hay otra cosa que dice mi padre: el peor pecado que puede cometer un general no es decidir una táctica equivocada ni perder una batalla, sino abandonar a los hombres que dependen de él.

Alguien llamó a la puerta y un gitano joven y apuesto, vestido con una chaqueta a rayas rojas y verdes, asomó la cabeza. Lanzó una sonrisa a Faile que rebosaba encanto personal y luego miró a Perrin.

—El abuelo me dijo que eras tú y me pareció recordar que Egwene comentó que procedía de esta comarca. —De repente frunció el entrecejo, desaprobadoramente—. Tus ojos. Por lo que veo has emulado a Elyas y corres con lobos, después de todo. Estaba seguro de que nunca adoptarías la Filosofía de la Hoja.

Perrin lo conocía; era Aram, el nieto de Raen y de Ila. Sonreía igual que Wil.

—Vete, Aram. Estoy cansado.

—¿Ha venido Egwene?

—Egwene es ahora una Aes Sedai, Aram —gruñó—, y te arrancaría el corazón con el Poder Único si le pidieras que bailara contigo. ¡Vete!

El joven gitano parpadeó y cerró la puerta con premura. Perrin dejó caer la cabeza en la almohada.

—Sonríe demasiado —rezongó—. No soporto a los hombres que sonríen cada dos por tres.

Faile hizo un ruido ahogado, y Perrin la observó con desconfianza. Se estaba mordiendo el labio inferior.

—Tengo algo en la garganta —se disculpó ella con voz estrangulada al tiempo que se incorporaba raudamente. Se dirigió hacia la ancha repisa que había a los pies de la cama, donde Ila había estado preparando el ungüento, y permaneció de espaldas mientras vertía agua de una jarra roja y verde en un cubilete azul y amarillo—. ¿Te apetece beber algo? Ila ha dejado estos polvos que alivian el dolor. Te ayudarían a dormir.

—No quiero polvos —replicó—. Faile, ¿quién es tu padre?

Notó que la espalda de la joven se ponía rígida. Al cabo de un momento, se dio media vuelta con el cubilete en las dos manos y una expresión inescrutable en los rasgados ojos.

—Mi padre es Davram de la casa Bashere, lord de Bashere, de Tyr y de Sidona, Guardián de la Frontera de la Llaga, Defensor de la Tierra Interior, mariscal de la reina Tenobia. Y su tío.

—¡Luz! ¿Y todo eso que contaste sobre que era un mercader de maderas o un tratante de pieles? Si no recuerdo mal, en otra ocasión era un criador de ovejas.

—No mentí —replicó, cortante, aunque su tono se suavizó al añadir—: Únicamente callé parte de la verdad. Las haciendas de mi padre producen buenas maderas, pieles y ovejas y varias cosas más. Y sus administradores venden los productos, así que es verdad que comercia. En cierto modo.

—¿Y por qué no me lo contaste abiertamente? Ocultaste cosas. Mentiste. ¡Eres una noble! —La miró ceñudo, acusadoramente. No se había esperado algo así. Que su padre fuera un pequeño mercader o un soldado retirado, tal vez, pero no esto—. Luz, ¿qué haces viajando de aquí para allí como una cazadora del Cuerno? Y no me vengas con que el señor de Bashere y todos los demás títulos te envió en busca de aventuras.

Sin soltar el cubilete, Faile volvió a tomar asiento en la cama, a su lado. Lo miró intensamente.

—Mis dos hermanos mayores murieron, Perrin. Uno, luchando contra los trollocs y el otro, al caer de su caballo en una cacería. Eso me convirtió en la mayor, lo que significaba que tenía que aprender comercio y llevar los libros de cuentas. Mientras mis hermanos más pequeños aprendían a ser soldados, mientras se preparaban para una vida de aventuras, tuve que aprender a dirigir las haciendas. Es la obligación del mayor. ¡El deber! Resulta monótono, pesado y aburrido. Estás enterrado entre papeles

y rodeado de amanuenses y burócratas.

»La gota que colmó el vaso fue cuando padre se llevó con él a Maedin, que es dos años menor que yo, a la Frontera de la Llaga. En Saldaea a las chicas no les enseñan el manejo de la espada ni las artes de la guerra, pero padre designó a un viejo veterano de su primer cuerpo de tropas como mi guardia personal. Evan, así se llama, se mostró más que dispuesto a enseñarme el manejo de cuchillos y la lucha cuerpo a cuerpo. Creo que le divertía. Fuere como fuere, cuando padre se llevó a Maedin acababa de llegar la noticia de que se había convocado la Gran Cacería del Cuerno, así que me marché. Escribí una carta a madre explicándolo y… me fui. Llegué a Illian justo a tiempo de prestar el juramento del cazador. —Cogió el paño y enjugó de nuevo el sudoroso rostro del joven—. Realmente deberías dormir un poco.

—Deduzco, pues, que eres lady Bashere o algo por el estilo, ¿no? ¿Cómo llegó a gustarte un simple herrero?

—La palabra es «amar», Perrin Aybara. —El timbre firme de su voz marcaba un raro y agudo contraste con la suave gentileza con que el paño se movía sobre su cara —. Y, a mi entender, no eres un simple herrero. —El paño se detuvo de repente—. Perrin, ¿qué quiso decir ese tipo con lo de que corres con lobos? También Raen mencionó al tal Elyas.

El joven se quedó paralizado, conteniendo la respiración. Acababa de reprocharle a ella que le había ocultado cosas. Esto le pasaba por encolerizarse y no pensar antes de hablar. Cuando se golpea con el martillo con precipitación, por lo general uno acababa aplastándose el pulgar. Soltó lentamente el aire y se lo contó todo. Cómo había conocido a Elyas Machera y cómo descubrió que podía hablar con los lobos. Cómo sus ojos habían cambiado paulatinamente de color y se habían agudizado sus sentidos de la vista, del olfato y del oído, igual a los de un lobo. Le contó lo del sueño de los lobos. Y lo que le ocurriría si en algún momento llegaba a olvidarse de su condición humana.

—Resulta tan fácil… A veces, sobre todo en los sueños, olvido que soy un hombre y no un lobo. Si en alguna de esas ocasiones no recuerdo mi verdadera condición lo bastante deprisa, si pierdo ese control, seré realmente un lobo. No quedará nada de mí. —Calló, esperando verla encogerse, retroceder.

—Si es verdad que tienes un oído tan fino —comentó ella con voz sosegada—, habré de tener mucho cuidado con lo que digo cuando estés a poca distancia.

Perrin le aferró la mano para que dejara de enjugarle el rostro.

—¿Has entendido algo de lo que te he contado? ¿Qué pensarán tus padres, Faile? Un herrero medio lobo. ¡Luz, eres una dama!

—He entendido hasta la última palabra. Padre lo aprobará. Repite cada dos por tres que la sangre de nuestro linaje se está aguando, no como en los viejos tiempos. Sé que me considera terriblemente blanda. —Le dedicó una sonrisa cuya ferocidad no

desmerecía la de cualquier lobo—. Por supuesto, madre siempre ha querido que me case con un rey que parta a los trollocs en dos con su espada. Supongo que se conformará con tu hacha, pero ¿no te importaría decirle que eres el rey de los lobos? No creo que haya nadie que venga a disputarte ese trono. A decir verdad, me parece que para madre será bastante lo de partir trollocs, pero sí que le gustaría lo otro.

—¡Luz! —rezongó roncamente. Lo decía como si hablara en serio. No. Verdaderamente hablaba en serio. Aun en el caso de que sólo hablara medio en serio, el joven se planteó si no sería mejor un encuentro con trollocs que conocer a sus padres.

—Toma. —Le puso el cubilete de agua en los labios—. Parece que tienes seca la garganta.

Perrin bebió y se atragantó con el horrible gusto del líquido. ¡Faile había echado los polvos de Ila! Trató de no tragar más, pero la joven le llenó la boca y sólo tenía dos salidas: o se lo bebía o se ahogaba. Cuando por fin fue capaz de apartar el cubilete, Faile había conseguido que se tomara más de la mitad. ¿Por qué las medicinas tenían que saber tan horribles? Sospechaba que las mujeres lo hacían a propósito y habría apostado a que las que se tomaban ellas no sabían tan mal.

—Te dije que no quería esa porquería. ¡Puaj!

—¿De veras? No debí oírte. En cualquier caso, lo dijeras o no, necesitas dormir. —Le acarició el rizoso cabello—. Duerme, mi querido Perrin.

El joven tenía intención de insistir en que se lo había dicho y que estaba seguro de que ella lo había oído, pero las palabras parecieron enredársele en la lengua y los ojos se le cerraron sin que pudiera hacer nada para mantenerlos abiertos. Lo último que escuchó fueron sus quedos murmullos:

—Duerme, mi rey lobo. Duerme.

42



Una hoja desaparecida

Perrin se encontraba cerca de los carromatos de los Tuatha'an bajo la radiante luz del sol, solo, y en su costado no había flecha ni dolor. Entre los carros se amontonaban pilas de leña, listas para encender las fogatas, debajo de las ollas que colgaban de trípodes, y en las cuerdas había ropa tendida; sin embargo no se veía gente ni animales. Perrin no llevaba puestas chaqueta ni camisa, sino un chaleco de herrero de cuero que le dejaba los brazos al aire. Podría haber sido cualquier sueño, excepto porque era consciente de que no lo era; y conocía la sensación del sueño de lobos, la realidad y la solidez que existían en él, desde la alta hierba alrededor de sus botas hasta la brisa que soplaba del oeste y revolvía su rizoso cabello y agitaba los dispersos fresnos y pinabetes. Empero, los multicolores carromatos de los gitanos no parecían reales; tenían un aire insustancial, como si en cualquier momento fueran a desaparecer. Los gitanos nunca permanecían mucho tiempo en un mismo sitio. Ninguna tierra los retenía.

Preguntándose hasta qué punto lo retenía a él su tierra, apoyó la mano en el hacha; bajó la vista, sorprendido. En la correílla del cinturón colgaba el pesado martillo de herrero. Frunció el entrecejo; hubo un tiempo en que habría hecho tal elección, pero ya no, desde luego. El hacha. Había escogido el hacha. De repente, la cabeza del martillo cobró la hechura de una hoja con forma de media luna por un lado y por el otro rematada con un pico; acto seguido volvió a ser un sólido cilindro de acero, y vuelta a la hoja aguzada. Los cambios alternativos cesaron finalmente, quedando la forma del hacha, y Perrin soltó el aire muy despacio. Era la primera vez que le ocurría algo así. Aquí podía cambiar cosas a voluntad, fácilmente; al menos, en lo que le atañía a él.

—Y quiero el hacha —manifestó con firmeza—. El hacha.

Miró en derredor y sólo alcanzó a ver una granja hacia el sur, donde un venado pastaba en el campo de cebada que rodeaba un burdo muro de piedra. No percibía a los lobos y tampoco llamó a *Saltador*. El gran lobo gris podía o no venir o quizá ni siquiera lo oyera, pero sí era muy posible que Verdugo se encontrara por los alrededores, en alguna parte. Una aljaba repleta de flechas se materializó

repentinamente, colgada del cinturón en el lado contrario del hacha, y en sus manos apareció un sólido arco largo en el que había encajada una saeta. Llevaba el brazo izquierdo protegido por un largo brazal de cuero. Salvo el venado, no se movía nada por el entorno.

—No creo que despierte pronto —mascullό para sí. Fuera lo que fuera el brebaje que Faile le había dado, había tenido un efecto instantáneo sobre él; lo recordaba con tanta claridad como si hubiera estado observando por encima del hombro de la joven —. Valiéndose de engaños para que me lo tomara, como si fuera un bebé —gruñó—. ¡Mujeres!

Dio una de aquellas largas zancadas —el paisaje pasó a su alrededor como un borrón de colores— y entró en el patio de la granja. Dos o tres gallinas corrieron espantadas, como si ya se hubieran vuelto salvajes. El aprisco estaba vacío y los dos establos de techo de bálago estaban cerrados a cal y canto. Aunque en las ventanas seguía habiendo visillos, la granja de dos pisos tenía aire de estar deshabitada. Si esto era un fiel reflejo del mundo real —y por lo general el sueño de lobos lo era, aunque de un modo extraño— la gente de la granja se había marchado hacía días. Faile tenía razón: su advertencia había trascendido más allá de los lugares que había visitado.

—Faile —musitó, pensativo. Hija de un noble. No, algo más que un noble. Un lord por partida triple, además de ser mariscal y tío de una reina—. ¡Luz, eso la convierte en prima de una reina! —Y amaba a un simple herrero. Las mujeres eran criaturas asombrosamente extrañas.

Con el propósito de comprobar hasta dónde se había propagado la noticia, avanzó en zigzag más de la mitad del camino a Deven Ride, recorriendo casi dos kilómetros con cada zancada, retrocediendo y yendo a derecha e izquierda. La mayoría de las granjas que vio estaban igualmente vacías; únicamente una de cada cinco mostraban señales de hallarse habitadas, con las puertas y las ventanas abiertas, la colada tendida, muñecas o aros o caballitos de madera tirados alrededor de los patios. Los juguetes en especial hicieron que se le encogiera el estómago. Aun en el caso de que esta gente no hubiera dado crédito a su advertencia, había suficientes casas incendiadas a su alrededor, vigas caídas y carbonizadas, chimeneas ennegrecidas levantándose sobre los escombros como dedos esqueléticos, para que comprendieran el peligro que corrían.

Se agachó y recogió una muñeca de cara sonriente que tenía un vestido con florecitas bordadas; alguna mujer amaba lo suficiente a su hijita para hacer ese minucioso trabajo de costura. Parpadeó desconcertado. La misma muñeca seguía tirada en la escalera de piedra de donde la había recogido. Al alargar la mano hacia ella, la que tenía en la otra desapareció.

Por el rabillo del ojo advirtió unos fugaces trazos negros en el cielo que lo sacaron repentinamente de su estupefacción. Una bandada de veinte o treinta cuervos

volaba hacia el Bosque del Oeste, en dirección a las Montañas de la Niebla, donde había visto por primera vez a Verdugo. Los siguió fríamente con la mirada hasta que se convirtieron en motas negras en la distancia y entonces fue tras ellos.

Las largas y rápidas zancadas, de ocho kilómetros cada una y que convertían en un borrón el paisaje a su alrededor salvo el momento que separaba la zancada anterior de la siguiente, lo transportaron a través del frondoso y abrupto Bosque del Oeste, de las Colinas de Arena cubiertas de matojos y, por último, a las montañas encapotadas donde abetos, pinos y árboles caducos poblaban cañadas y laderas, hasta el mismo valle donde había visto por primera vez al hombre que *Saltador* llamó Verdugo, a la pendiente en la que apareció en el viaje desde Tear.

La puerta del Atajo estaba allí, cerrada con la hoja de *Avendesora* que semejaba una más entre la miríada de enredaderas minuciosamente labradas. Algunos árboles dispersos, retorcidos y nudosos por la acción del viento, salpicaban los parches de tierra existentes entre la roca vidriada donde Manetheren había ardido. Los rayos de sol centelleaban en las aguas del Manetherendrelle, allá abajo. Una leve brisa que llegaba del valle le llevó el olor de venados, conejos, zorros. No se movía nada hasta donde alcanzaba la vista.

A punto de marcharse, se frenó. La hoja de *Avendesora*. *Una* hoja. Loial había clausurado la puerta a los Atajos poniendo las dos a este lado del acceso. Se volvió y notó que se le erizaba el vello en la nuca. La puerta a los Atajos estaba abierta, y las masas gemelas de vegetación viva se agitaban con la brisa, enmarcando la opaca superficie plateada; su reflejo rielaba en ella. «¿Cómo es posible? —se preguntó—. Loial cerró la maldita puerta.»

Sin ser consciente de ello, salvó la distancia que lo separaba del acceso y, en una fracción de segundo, se encontró ante la puerta a los Atajos. No había ninguna hoja trifoliada entre la maraña vegetal de las caras interiores de la puerta. Producía una sensación extraña pensar que en este momento, en el mundo real, alguien —o algo— estaba pasando justo por donde se encontraba él. Tocó la opaca superficie y gruñó. Tanto habría dado si fuera un espejo; sus dedos se deslizaron como lo habrían hecho sobre un pulido cristal.

Por el rabillo del ojo atisbó la repentina aparición de la hoja de *Avendesora* en su lugar, por la parte interior, y saltó hacia atrás en el mismo momento en que la puerta a los Atajos empezaba a cerrarse. Alguien —o algo— había salido o entrado. «Ha salido. Tiene que ser eso.» No quiso pensar que más trollocs y Fados llegaban a Dos Ríos. Las dos mitades de la puerta se tocaron y de nuevo adquirió la apariencia de vegetación tallada en piedra.

La única advertencia que tuvo fue la sensación de que lo estaban observando. Saltó hacia un lado —una imagen vista a medias de algo negro surcando el aire donde un momento antes estaba su pecho; una flecha— y, sumergiéndose en un borrón

multicolor producto de una larga zancada, apareció en otra ladera lejana; volvió a saltar, dejando atrás el valle de Manetheren, para reaparecer en una arboleda de enormes abetos durante un fugaz instante antes de saltar por tercera vez. Huyendo, se dijo para sus adentros, furioso; recordó la configuración del valle y el atisbo de la flecha. Había venido de esa dirección, de modo que tuvo que haber salido de…

Un último salto lo llevó de vuelta a la ladera que asomaba a la tumba de Manetheren, agazapado entre los retorcidos y escasos árboles y con el arco aprestado para disparar. Verdugo tenía que estar allí abajo, en alguna parte. Tenía que estar más abajo…

Sin pensarlo, Perrin se alejó de un salto y las montañas se convirtieron en un borrón gris, pardo y verde.

—Por poco —gruñó. Casi había cometido el mismo error que en el Bosque de las Aguas, dando por hecho que un enemigo actuaría como le convenía a él, que se encontraría donde él quería que estuviera.

Esta vez corrió tan deprisa como pudo y llegó en tres zancadas relampagueantes al borde de las Colinas de Arena, confiando en que su maniobra hubiera pasado inadvertida. A continuación dio un amplio rodeo para regresar a la zona alta de la misma montaña, allí donde el aire era frío y se notaba enrarecido y los escasos árboles eran gruesos troncos apenas más altos que un arbusto, separados entre sí por cincuenta pasos o más; era el sitio donde un hombre se apostaría para localizar a otro que intentara escabullirse de una flecha disparada.

Y allí estaba su presa, un centenar de pasos más abajo; un hombre alto, de cabello oscuro, agazapado junto a un afloramiento rocoso de granito, con el arco a medio tensar en las manos, examinando la zona inferior de la pendiente con ansiosa paciencia. Ésta era la primera vez que Perrin veía bien al hombre; un centenar de pasos no era mucha distancia para su aguzada vista. La chaqueta de cuello alto del tal Verdugo tenía el estilo de las Tierras Fronterizas y su rostro guardaba suficiente parecido con el de Lan para hacerse pasar por hermano del Guardián. Sólo que Lan no tenía hermanos ni, que Perrin supiera, ningún pariente vivo; además, aunque los hubiera tenido, no habrían estado aquí. Sin embargo, era un hombre de las Tierras Fronterizas. Tal vez shienariano, aunque llevaba el cabello demasiado largo; los hombres de ese país se lo afeitaban totalmente, excepto una cola de caballo. Lo llevaba sujeto en la nuca, atado con un cordón de cuero trenzado, exactamente igual que Lan. Tampoco podía ser de Malkier; el Guardián era el último malkieri vivo.

De dondequiera que procediera, Perrin no sintió el menor remordimiento cuando tensó el arco y apuntó la flecha a la espalda de Verdugo. Ese hombre había intentado matarlo con argucias, ya que un tiro pendiente abajo podía considerarse una emboscada.

Tal vez se entretuvo demasiado o quizá Verdugo percibió su fría mirada, pero el

caso es que de repente se convirtió en un borrón al desplazarse como un rayo, en zigzag, hacia el este.

Mascullando una maldición, Perrin lo persiguió plantándose de tres zancadas en las Colinas de Arena y con una más en el interior del Bosque del Oeste. Allí, entre los robles y la densa maleza, Verdugo se desvaneció como una sombra.

Perrin se detuvo y escuchó. Las ardillas y los pájaros habían enmudecido. Olisqueó profundamente. Un pequeño rebaño de venados había pasado por allí no hacía mucho. También se percibía un débil vestigio de otro olor; un olor humano, pero demasiado frío, demasiado implacable para pertenecer a un hombre, un aroma que despertaba en él una sensación familiar, como si tuviera que recordarlo porque le era conocido. Verdugo se encontraba cerca, en alguna parte. El aire estaba tan quieto como silencioso el bosque; no soplaba la más ligera brisa que le revelara de dónde provenía el olor.

—Un buen truco el de cerrar la puerta a los Atajos, Ojos Dorados.

Perrin se puso en tensión, aguzando el oído al máximo. Imposible deducir de qué dirección venía aquella voz en este frondoso bosque.

—Si supieras cuántos Engendros de la Sombra murieron allí intentando salir de los Atajos, tu corazón se alegraría. El *Machin Shin* se dio un gran banquete en esa puerta, Ojos Dorados. Sin embargo, el truco no funcionó tan bien como esperabas. Ya lo viste: la puerta vuelve a estar abierta.

Allí, a la derecha. Perrin se deslizó entre los árboles con tanto sigilo como cuando cazaba en este bosque.

—Al principio sólo fueron unos pocos centenares, Ojos Dorados, justo los suficientes para tener en jaque a esos necios Capas Blancas y conseguir que el traidor muriera. —El tono de Verdugo sonó colérico—. Así me consuma la Sombra si ese hombre no tiene más suerte que la Torre Blanca. —Se echó a reír inopinadamente—. Pero tu presencia, Ojos Dorados, fue toda una sorpresa. Quieren clavar tu cabeza en una pica, y con tal de dar contigo destrozarán tu precioso Dos Ríos de punta a cabo como la reja del arado desbroza la tierra. ¿Qué tienes que decir a eso, Ojos Dorados?

Perrin se quedó muy quieto junto al nudoso tronco de un gran roble. ¿Por qué hablaba tanto el hombre? De hecho ¿por qué se había puesto a hablar? «Está conduciéndome directamente hacia él.»

Pegó la espalda contra el grueso tronco y escudriñó la floresta en derredor. Ni un movimiento. Verdugo quería que se acercara, sin duda para hacerlo caer en una trampa. Y él ansiaba encontrarlo y degollarlo de oreja a oreja, bien que posiblemente sería él quien acabaría muerto. Si ocurría tal cosa, nadie se enteraría de que la puerta a los Atajos estaba abierta y que los trollocs vendrían a cientos o tal vez a miles. No podía seguirle el juego a Verdugo.

Esbozando una sonrisa en la que no había alegría salió del sueño de lobos

instándose a sí mismo a despertarse, y…

Faile le ceñía los brazos al cuello y sus blancos y pequeños dientes le mordisqueaban la barba mientras los violines de los gitanos desgranaban una tonada salvaje y apasionada en torno a las fogatas. «Son los polvos de Ila. ¡No puedo despertar!» Dejó de tener conciencia de que se trataba de un sueño. Riendo, levantó a Faile en sus brazos y la llevó hacia la oscuridad, donde la hierba era blanda.

Despertar resultó un largo proceso entrelazado con el sordo dolor que atenazaba su costado. La luz del día penetraba por las pequeñas ventanas. Una luz brillante. Era por la mañana. Intentó sentarse y cayó hacia atrás a la par que soltaba un gemido.

Faile se incorporó bruscamente de la pequeña banqueta en la que estaba sentada; a juzgar por sus ojos, no había conciliado el sueño.

—Estáte quieto —dijo—. Bastante te has movido mientras dormías. No me he pasado toda la noche impidiendo que rodaras de lado y acabaras hincándote del todo ese astil para que ahora lo consigas estando despierto.

Ihvon estaba plantado de pie junto al marco de la puerta, recto como una oscura estaca.

—Ayúdame —pidió. Hablar le hacía daño, pero también le dolía al respirar—. Tengo que llegar a las montañas, a la puerta a los Atajos.

Faile le puso la mano en la frente, frunciendo el entrecejo.

—No tiene fiebre —murmuró. Luego, en un tono más fuerte, añadió—: A donde vas a ir es a Campo de Emond, donde una de las Aes Sedai podrá curarte. No pienso permitir que te mates tratando de cabalgar hasta las montañas con una flecha clavada en el costado, ¿me has oído? Y si vuelvo a escuchar una sola palabra sobre montañas o puertas a los Atajos, haré que Ila prepare algún brebaje que te haga dormir otra vez y te llevaremos en unas angarillas. En realidad me estoy planteando si no sería lo más conveniente.

—¡Los trollocs, Faile! ¡La puerta a los Atajos está abierta otra vez! ¡Tengo que detenerlos!

La joven no vaciló lo más mínimo antes de sacudir la cabeza en un gesto negativo.

—No puedes hacer nada al respecto en el estado en que te encuentras. Vas a Campo de Emond.

—¡Pero…!

—Nada de peros, Perrin Aybara. Ni una sola palabra más.

Perrin rechinó los dientes. Lo peor era que Faile tenía razón. Si era incapaz de levantarse de la cama por sí mismo, ¿cómo iba a aguantar en la silla hasta el lejano valle de Manetheren?

—Bien, a Campo de Emond —aceptó, condescendiente, pero Faile siguió

refunfuñando algo sobre «testarudo». ¿Qué demonios quería? «Accedí de buenas maneras. ¡Ella sí que es cabezota!»

—Así que habrá más trollocs —musitó Ihvon, meditabundo. No le preguntó cómo lo sabía. Después sacudió la cabeza, como desestimando la presencia de las bestias—. Les diré a los demás que ya has despertado. —Salió del carromato cerrando la puerta tras de sí.

—¿Es que soy el único que ve el peligro? —rezongó Perrin.

—Lo que yo veo es una flecha clavada en tu cuerpo —replicó firmemente Faile.

Su recordatorio hizo que fuera consciente del agudo dolor y contuvo un gemido a duras penas. Faile asintió con gesto satisfecho. ¡Satisfecho!

Perrin quería levantarse y ponerse en camino de inmediato; cuanto antes lo curaran antes se ocuparía de que la puerta a los Atajos volviera a cerrarse y, esta vez, de manera permanente. Faile insistió en darle de desayunar una especie de espesa papilla de verdura, adecuada para un bebé sin dientes, cucharada a cucharada, con frecuentes pausas para limpiarle la barbilla. No dejó que se lo comiera él solo, y cada vez que protestó o le pidió que se diera más prisa, le hizo que se tragara las palabras metiéndole en la boca la cuchara llena de papilla. Para cuando la joven se puso a cepillarle el pelo y a peinarle la barba, Perrin se había sumido en un digno mutismo.

—Estás muy guapo cuando te enfurruñas —comentó ella. ¡Y le pellizcó la nariz!

Ila, que aquella mañana llevaba una blusa verde y una falda azul, subió al carromato llevando la chaqueta y la camisa de Perrin; las dos prendas estaban limpias y remendadas. Para mayor irritación del joven, tuvo que dejar que las dos mujeres lo ayudaran a sentarse para ponerle las dos prendas, la camisa sin meter del todo y la chaqueta sin abotonar.

—Gracias, Ila —dijo mientras pasaba los dedos sobre los minuciosos zurcidos—. Es un buen trabajo de costura.

—Ya lo creo —convino la mujer—. A Faile se le da muy bien coser.

La muchacha se puso colorada, y él sonrió al recordar la fiereza con que le había dicho que jamás le remendaría la ropa. Empero, el brillo de sus ojos hizo que contuviera la lengua. A veces guardar silencio era lo más juicioso.

—Gracias, Faile —dijo, no obstante, con seriedad.

El sonrojo de la joven se hizo más intenso. Una vez que lo pusieron de pie, Perrin consiguió llegar hasta la puerta con relativa facilidad, pero tuvo que dejar que las dos mujeres lo sujetaran mientras bajaba los peldaños de madera. Afortunadamente los caballos estaban ensillados y todos los jóvenes de Dos Ríos se habían agrupado, con los arcos colgados a la espalda. Todos tenían limpias las caras y las ropas, y sólo se veían unos pocos vendajes.

Además, saltaba a la vista que la noche pasada con los Tuatha'an les había levantado el ánimo, incluso a aquellos que todavía parecían demasiado débiles para

ser capaces de caminar más de cien pasos. El abatimiento que se reflejaba en sus ojos el día anterior no era más que una sombra ahora. Wil llevaba prendida de cada brazo a una bonita muchacha gitana, y Ban al'Seen, al que el vendaje en la cabeza hacía que el oscuro pelo semejara un cepillo de punta, iba cogido de la mano con otra, sonriendo tímidamente. Casi todos los demás sostenían cuencos llenos de una espesa sopa de verduras de la que daban buena cuenta con las cucharas.

—Está bueno, Perrin —dijo Dannil, que entregó el cuenco vacío a una gitana. La mujer hizo un gesto como preguntando al larguirucho joven si quería más, y él sacudió la cabeza, aunque comentó—: Me gusta tanto que creo que por mucho que comiera nunca me hartaría, ¿y tú?

—Estoy lleno —repuso con acritud Perrin. Verduras hechas puré con caldo de carne. ¡Puf!

—Las muchachas gitanas bailaron anoche —intervino Tell, el primo de Dannil, con los ojos abiertos como platos—. Todas las mujeres solteras ¡y hasta algunas de las casadas! Tendrías que haberlo visto, Perrin.

—He visto bailar a las gitanas en otras ocasiones, Tell.

Al parecer el tono de su voz no dejó muy claro qué había sentido al observarlas, ya que Faile dijo secamente:

—Lo que has visto es la tiganza, ¿no? Algún día, si eres un chico bueno, tal vez baile la *sa'sara* para ti y te mostraré lo que es una danza de verdad.

Ila dio un respingo al reconocer el nombre, y el rubor de Faile fue tan intenso que le ardió la cara más que la rabia que tenía por dentro.

Perrin frunció los labios. Si esa danza, la *sa'sara*, hacía que el corazón latiera aun con más fuerza que con el sinuoso ondear de caderas de las gitanas en la tiganza, como la había llamado, definitivamente estaría más que encantado de ver bailarla a Faile. Puso gran cuidado en no mirarla.

Raen llegó en ese momento; llevaba la misma chaqueta de un tono verde chillón, pero los pantalones de ese día eran del color rojo más rojo que Perrin había visto en toda su vida. La combinación le dio dolor de cabeza.

—En dos ocasiones has visitado nuestras hogueras, Perrin, y de nuevo te marchas sin la fiesta de despedida. Tienes que volver pronto para que podamos organizarla.

Apartó a Faile y a Ila —por lo menos era capaz de sostenerse en pie por sí solo— y puso la mano en el hombro del enjuto gitano.

—Venid con nosotros, Raen. Nadie os hará daño en Campo de Emond. En el peor de los casos, estaríais más seguros que aquí fuera, en campo abierto, con los trollocs merodeando por la zona.

Raen vaciló, pero enseguida se sacudió, como desechando la idea.

—No sé cómo consigues que siquiera me plantee una posibilidad así —rezongó. Luego se volvió y levantó la voz—: Oíd, Perrin nos pide que vayamos con él a su

pueblo, donde estaremos a salvo de los trollocs. ¿Quién quiere acompañarlo? —Los rostros, conmocionados, lo miraron de hito en hito. Algunas mujeres atrajeron hacia sí a los niños, y éstos se escondieron entre sus faldas, como si la sola noción los asustara—. ¿Te das cuenta, Perrin? Para nosotros, la seguridad radica en moverse constantemente, no metiéndonos en pueblos. Te aseguro que no pasaremos dos noches en el mismo sitio y que viajaremos todo el día antes de volver a detenernos.

—Puede que eso no baste, Raen.

El Mahdi se encogió de hombros.

—Tu preocupación me conmueve, pero estaremos a salvo, si la Luz lo quiere.

—La Filosofía de la Hoja no se limita a no actuar con violencia —agregó suavemente Ila—, sino a aceptar lo que venga. La hoja cae a su debido tiempo, sin protestar. La Luz nos protegerá y nos guardará sanos y salvos durante el tiempo que nos corresponde.

Perrin habría querido discutir con ellos, pero tras aquellos rostros afables y compasivos yacía una firmeza inamovible, y supo que antes lograría que Bain y Chiad —¡e incluso Gaul!— se pusieran vestidos y renunciaran a sus lanzas, que conseguir que estas personas cedieran un centímetro en su postura.

Raen estrechó a Perrin la mano y ésta fue la señal para que las gitanas empezaran a besar y abrazar a los muchachos de Dos Ríos, y a Ihvon también, y los gitanos les estrecharon las manos a la par que reían, se despedían y deseaban un viaje seguro a todo el mundo, confiando en que pronto volverían a visitarlos.

No todos los hombres gitanos participaron en la despedida. Aram se quedó apartado, con la frente fruncida en un gesto meditabundo y las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. La última vez que Perrin lo vio apreció en el joven una vena de acritud, un rasgo inusitado en un gitano.

Los hombres no se contentaron con estrechar la mano a Faile, sino que la abrazaron. Perrin mantuvo el semblante sereno cuando algunos de los jóvenes mostraron demasiado entusiasmo al hacerlo; sólo rechinó ligeramente los dientes y hasta consiguió esbozar una sonrisa. Todas las mujeres que lo abrazaron a él no eran mucho más jóvenes que Ila. La razón podía ser Faile, que se las arreglaba de algún modo para tenerlo vigilado en todo momento como un mastín a pesar de que ella dejaba que cualquier delgaducho y estrafalario gitano la rodeara con los brazos y la aplastara contra sí. Cualquier mujer que no tuviera hebras grises en el cabello se encontraba con la fiera mirada de la muchacha y elegía a cualquier otro. Entre tanto, Wil repartía besos a todas las mujeres del campamento. Igual que Ban, para quien no resultaba un impedimento su nariz. Hasta Ihvon parecía estar disfrutando el momento. A Faile le habría estado bien empleado si alguno de esos tipos le partía una costilla en uno de esos achuchones.

Finalmente los gitanos se apartaron, salvo Raen e Ila, dejando un hueco alrededor

de las gentes de Dos Ríos. El enjuto y canoso hombre hizo una ceremoniosa reverencia, con las manos sobre el pecho.

—Vinisteis en paz. Partid en paz. Nuestras fogatas siempre os recibirán con la paz. La Filosofía de la Hoja es paz.

—Que la paz os acompañe siempre —respondió Perrin—, a vosotros y a todo vuestro pueblo. —«Quiera la Luz que sea así»—. Yo hallaré la canción o tal vez la halle otro, pero alguien la cantará el año próximo o en los años venideros. —Se preguntó si alguna vez habría existido esa canción o si los Tuatha'an habrían iniciado su interminable viaje buscando alguna otra cosa. Elyas le había dicho que no sabían qué canción era, sólo que sabrían reconocerla cuando la hallaran. «Que al menos hallen la seguridad»—. Como fue en un tiempo, será de nuevo en este mundo sin fin.

—Mundo sin fin —respondió en voz queda y solemne el gitano—. El mundo y el tiempo que no cesan.

Se repartieron unos cuantos abrazos y apretones de manos más mientras Ihvon y Faile ayudaban a Perrin a subir al caballo. Wil recogió los últimos besos, al igual que Ban. ¡Ban! ¡Con esa nariz! A otros, los que estaban peor heridos, casi los auparon en volandas a sus monturas, y los gitanos agitaron las manos como si despidieran a unos viejos vecinos que parten a un largo viaje.

Raen se acercó para estrechar de nuevo la mano de Perrin.

—¿No reconsideraréis vuestra decisión? —preguntó el joven—. Recuerdo haberte oído decir una vez que la maldad andaba suelta por el mundo. Bueno, pues ahora es peor, Raen, y está aquí.

—Que la paz sea contigo, Perrin —se limitó a contestar Raen, sonriente.

—Y contigo —respondió tristemente.

Los Aiel no aparecieron hasta que estuvieron dos kilómetros más al norte del campamento de los gitanos; Bain y Chiad lanzaron una rápida ojeada a Faile antes de salir trotando por delante del grupo, como era su costumbre. Perrin ignoraba qué habrían temido que le hubiera ocurrido a la muchacha por estar en compañía de los Tuatha'an.

Gaul se aproximó a *Brioso* y mantuvo el paso con sus largas zancadas. El grupo avanzaba despacio ya que la mitad de los hombres iban a pie. Al igual que otras veces, el Aiel observó a Ihvon como calibrándolo y luego desvió los ojos hacia Perrin.

—¿Está bien tu herida?

No. Le dolía a rabiar y cada paso del caballo movía la condenada punta de flecha.

—Estoy bien —respondió, sin embargo, esforzándose para no rechinar los dientes —. A lo mejor celebramos un baile esta noche en Campo de Emond. ¿Y tú? ¿Pasaste una buena noche jugando al Beso de las Doncellas? —Gaul tropezó y faltó poco para que se fuera de bruces al suelo—. ¿Qué ocurre?

—¿A quién oíste sugerir lo de ese juego? —preguntó en voz baja el Aiel, manteniendo fija la mirada al frente.

—A Chiad. ¿Por qué?

—Chiad —murmuró Gaul—. Es Goshien. ¡Goshien! A nuestro regreso debería llevarla como *gai'shain* a Aguas Termales. —Las palabras eran iracundas, pero no así su tono de voz—. Chiad.

—¿Quieres decirme qué ha pasado?

—Un Myrddraal no es tan artero como una mujer —manifestó el Aiel—. Y un trolloc combate con más honor. —Al cabo de un momento añadió con un timbre fiero —: Y una cabra tiene más seso. —Aceleró el paso y corrió a reunirse con las Doncellas. No les habló, por lo que Perrin pudo ver, sino que se limitó a reducir la marcha para caminar a su lado.

—¿Entiendes algo? —le preguntó a Ihvon.

El Guardián sacudió la cabeza y Faile bufó.

—Si se propone buscarles las cosquillas, lo colgarán por los talones de una rama hasta que se le bajen los humos —manifestó.

—¿Lo has entendido tú? —le preguntó Perrin. La joven siguió caminando sin mirarlo ni responder, por lo que dedujo que tampoco se había enterado de nada—. Me parece que voy a tener que encontrar el campamento de Raen otra vez. Ha pasado mucho tiempo desde que vi bailar la tiganza. Fue una experiencia… interesante.

Faile masculló algo entre dientes, pero Perrin la entendió: «A lo mejor te vendría bien acabar también colgado por los talones». El joven sonrió.

—Claro que no me hace falta. Prometiste bailar la *sa'sara* para mí. —Las mejillas de la muchacha se tiñeron de rojo—. ¿Es tan interesante como la tiganza? Lo digo porque, si no, no merece la pena.

—¡Pedazo de zoquete, paquete de músculos sin pizca de cerebro! —lo insultó, asestándole una mirada furibunda—. Muchos hombres han puesto sus corazones y sus fortunas a los pies de mujeres que bailaron la *sa'sara*. Si madre sospechara que sé esa… —Cerró la boca bruscamente, como si hubiera dicho más de lo que se proponía, y giró de nuevo la cabeza hacia el frente; el bochorno de la mortificación teñía de rojo su tez desde la raíz del pelo hasta el cuello del vestido.

—Entonces no hay razón para que la bailes —adujó él en voz queda—. Mi corazón y mi fortuna, tal como son, ya están a tus pies.

Faile trastabilló un paso y después soltó una suave risita mientras apretaba la mejilla contra la caña de la bota.

—Eres demasiado listo para mí —murmuró—. Algún día bailaré para ti y haré que la sangre te arda en las venas.

—Eso es algo que consigues ya —contestó, y la muchacha volvió a reír. Pasó el brazo por debajo del estribo y le apretó la pierna contra sí mientras caminaba.

Al cabo de un rato ni siquiera imaginar a Faile bailando —extrapoló la danza de las gitanas, deduciendo que debía de ser mucho más insinuante— logró hacerle olvidar el dolor del costado. Cada paso de *Brioso* era un tormento. Mantuvo el torso recto porque parecía que de ese modo le dolía un poco menos. Además, no quería echar a perder el espíritu animoso que la estancia con los Tuatha'an había insuflado al grupo. También los otros heridos se mantenían erguidos en las sillas, hasta aquellos que el día anterior habían ido doblados sobre el cuello de los caballos. Y Ban, Dannil y los demás caminaban con las cabezas bien altas. No estaba dispuesto a ser él el primero que se viniera abajo. Wil empezó a silbar *De regreso del desfiladero de Tarwin*, y otros tres o cuatro se le unieron. Al cabo de un tiempo, Ban se puso a cantar con una voz clara y profunda:

Allí me espera mi hogar,
y la chica que dejé atrás.
El mejor tesoro que me espera
y el que deseo encontrar.
Sus ojos risueños y su dulce sonrisa,
sus tobillos torneados y sus cálidos brazos,
sus besos ardientes, ¡oh, qué inmenso gozo!
En mi cabeza no cabe que haya mayor tesoro.

Varias voces más se fueron uniendo en el segundo verso hasta que todos acabaron cantando, incluso Ihvon. Y Faile. Aunque Perrin no, por supuesto; eran muchas las veces que le habían dicho que cantaba como una rana cuando alguien la pisa. Hubo incluso algunos que marcharon al ritmo de la tonada.

Oh, el desfiladero de Tarwin he visto,
y las feroces hordas de trollocs.
He aguantado la carga de los Fados,
y al filo de la muerte he caminado.
Pero una chica atractiva me está esperando
para bailar y darme un beso bajo el manzano…

Perrin sacudió la cabeza. Ayer estaban prestos para huir y esconderse. Hoy cantaban sobre una batalla tan antigua que no había dejado más recuerdo en Dos Ríos que esta canción. A lo mejor se estaban convirtiendo en soldados. No les quedaría más remedio que hacerlo si él no conseguía cerrar la puerta a los Atajos.

Las granjas aparecieron con mayor frecuencia, más juntas entre sí, y al cabo caminaron por los caminos de tierra que corrían entre setos o bajos muros de piedra. Las granjas estaban desiertas. Aquí nadie se aferraba a la tierra.

Llegaron al Antiguo Camino que enfilaba hacia el norte desde el Río Blanco, o el Manetherendrelle, atravesando Deven Ride en dirección a Campo de Emond, y por fin empezaron a ver ovejas en los pastizales; grandes hatos, como si se hubieran juntado los rebaños de una docena de familias, con diez pastores cuidando de ellas cuando lo habitual era que hubiera uno, y la mitad de ellos eran hombres hechos y derechos. Los pastores, armados con arcos, los observaron mientras pasaban cantando a pleno pulmón, sin saber muy bien qué conclusión sacar.

Perrin se quedó pasmado al ver Campo de Emond, y a los demás tuvo que ocurrirles lo mismo ya que el cántico perdió intensidad y por último cesó por completo.

Los árboles, vallas y setos más próximos al pueblo habían desaparecido. Hasta hacía poco, las casas que estaban en la parte más occidental se alzaban entre la vegetación, al borde del Bosque del oeste. Los robles y los abetos que había entre las casas seguían allí, pero ahora la linde de la fronda se había retirado quinientos pasos, a tiro de arco, y aún se oía el golpeteo de las hachas a medida que los hombres seguían talando árboles para ensanchar más la franja despejada. Hilera tras hilera de estacas, a la altura de la cintura y clavadas en el suelo en ángulo, rodeaban el pueblo a escasa distancia de las casas y presentaban una empalizada continua de afiladas puntas, a excepción del hueco por el que pasaba la calzada. Detrás del cercado, a intervalos, había hombres haciendo guardia, algunos luciendo partes de viejas armaduras o coseletes de cuero sobre los que se habían cosido herrumbrosos discos de metal; unos pocos iban tocados con antiguos yelmos abollados y todos empuñaban venablos o alabardas rescatadas de los desvanes u hoces acopladas en largos palos. Otros hombres y chiquillos se habían encaramado a los tejados de bálago, equipados con arcos; se pusieron de pie cuando divisaron a Perrin y a los demás y gritaron algo a la gente que estaba abajo.

A un lado del camino, detrás de la estacada, había un artilugio de madera, con cuerdas gruesas y retorcidas; a poca distancia se amontonaba una pila de pedruscos más grandes que la cabeza de un hombre. Ihvon advirtió que Perrin observaba el armatoste con el ceño fruncido.

—Catapultas —dijo el Guardián—. Seis, de momento. Los carpinteros supieron lo que tenían que hacer una vez que Tomás y yo se lo explicamos. La estacada

contendrá las cargas de trollocs y de Capas Blancas, sea cual fuere. —Por su tono coloquial habríase dicho que hablaba sobre el tiempo que iba a hacer.

—Te informé que tu pueblo se estaba preparando para defenderse. —Faile hablaba con un fiero orgullo, como si fuera su aldea—. Gente dura, para una tierra tan blanda. Casi podrían pasar por saldaeninos. Moraine decía siempre que la sangre de Manetheren seguía siendo muy fuerte aquí.

Perrin sólo fue capaz de mover la cabeza, atónito.

Las calles de tierra aplastada estaban tan abarrotadas como las de una ciudad, los huecos entre las casas aparecían ocupados con carretas y carromatos, y a través de puertas y ventanas abiertas se veía más gente. La muchedumbre se apartaba ante Ihvon y los Aiel, y los comentarios en susurros los acompañaron a lo largo de la calle.

—Es Perrin Ojos Dorados.

—Perrin Ojos Dorados, sí.

Perrin deseó que dejaran de decir eso. Estas personas, o al menos algunas de ellas, lo conocían. ¿Por qué actuaban de este modo? Ahí estaba Neysa Ayellan, con su cara de caballo, la misma que le había dado unos buenos azotes en el trasero cuando, teniendo diez años y secundando la idea de Mat, le habían robado una de sus tartas de grosellas. Y allá estaba Cilia Cole, todavía agradablemente rellenita, con sus grandes ojos y sonrosadas mejillas, la primera chica a la que había besado. Y Pel Aydaer, calvo y con la pipa entre los dientes, el que le había enseñado cómo atrapar truchas con las manos. Y Daise Congar, una mujer tan corpulenta que hacía parecer menuda a Alsbet Luhhan, y su marido Wit, un tipo flaco, al que, como siempre, hacía sombra. Y todos lo miraban de hito en hito mientras cuchicheaban con los de fuera poniéndolos al día por si acaso no sabían quién era. Cuando el viejo Cenn Buie se subió un chiquillo sobre los hombros y lo señaló al tiempo que hablaba con entusiasmo al crío, Perrin no pudo menos que gemir. Se habían vuelto todos locos.

Los vecinos fueron en pos del grupo y a sus flancos, formando una columna de la que se alzaba el runrún de los murmullos. Las gallinas se escabullían entre los pies de la gente. Los mugidos de terneros y los chillidos de los cerdos en los corrales instalados detrás de las casas competían con el ruido organizado por los humanos. Las ovejas abarrotaban el Prado, y las vacas lecheras, blancas y negras, pacían en compañía de bandadas de gansos grises y blancos.

En el centro del Prado se alzaba un gran poste en cuyo extremo ondeaba perezosamente un estandarte con la testa de un lobo rojo. Perrin miró a Faile, pero la joven sacudió la cabeza, tan sorprendida como él.

—Un símbolo.

Perrin no había notado que Verin se acercaba, pero ahora sí que escuchó susurrar «Aes Sedai» a su paso. Ihvon no parecía sorprendido. Los vecinos la contemplaban

con temeroso respeto.

—La gente necesita de símbolos —continuó Verin, que puso la mano sobre la cruz de *Brioso*—. Cuando Alanna les contó a algunos aldeanos lo mucho que los trollocs temen a los lobos, a todo el mundo le pareció una gran idea lo de este estandarte. ¿No piensas lo mismo, Perrin? —Le pareció advertir en su voz cierto atisbo de acritud. Los oscuros ojos de la Aes Sedai lo observaban fijamente. ¿Como un pájaro mirando a un gusano?

—Me pregunto qué pensará de eso la reina Morgase —comentó Faile—. Esta región forma parte de Andor, y a los soberanos no les hace gracia que en su reino ondeen estandartes extraños.

—Ésas son sólo unas líneas trazadas en un mapa —respondió Perrin. Se alegraba de haberse detenido; la punta de flecha no parecía dolerle tanto al estar inmóvil—. Yo ignoraba que supuestamente formábamos parte de Andor hasta que fui a Caemlyn, y dudo que mucha gente de la región lo sepa.

—Los gobernantes tienen tendencia a dar crédito a los mapas, Perrin. —El tono seco de Faile era evidente—. Cuando era una niña, había comarcas de Saldaea que no habían visto a los recaudadores de impuestos en cinco generaciones. En el momento en que mi padre pudo dedicar su atención a otros asuntos que no fueran la Llaga, Tenobia tomó las medidas oportunas para que se enteraran de quién era su reina.

—Esto es Dos Ríos —dijo él, sonriente—, no Saldaea. —Al parecer, allá arriba eran gentes muy fieras. Cuando volvió el rostro hacia Verin su sonrisa desapareció en un gesto ceñudo—. Creía que estabais ocultando vuestra… condición. —Todavía no había decidido qué era más preocupante, si que estuvieran allí unas Aes Sedai ocultando quiénes eran, o que se mostraran abiertamente como tales.

Verin acercó la mano a un par de centímetros del astil roto que sobresalía de su costado. Sintió un cosquilleo en la zona dolorida.

—Oh, vaya, qué herida tan fea —murmuró Verin—. Está alojada en una costilla y hay un poco de infección a pesar de ese ungüento. Creo que aquí hace falta Alanna. —Parpadeó y retiró la mano; también el cosquilleo desapareció—. ¿Qué decías de ocultar? Ah, sí. Con el alboroto que hay ahora organizado aquí, no nos habría sido posible permanecer escondidas. Supongo que podríamos habernos marchado, pero tú no querrías que hubiéramos hecho eso, ¿verdad? —De nuevo apareció en sus ojos aquella expresión intensa, como la de un ave de presa.

Perrin vaciló un momento y luego soltó un suspiro.

—No, supongo que no —respondió.

—Vaya, me alegra oírte decir eso —sonrió la Aes Sedai.

—¿Por qué vinisteis aquí realmente, Verin?

Ella no dio señales de haberlo oído. O no quiso hacerlo.

—Lo que tenemos que hacer ahora es curarte. Y también atender a esos otros

muchachos. Alanna y yo nos ocuparemos de lo más grave, pero…

Los jóvenes que iban con él estaban tan estupefactos como Perrin por lo que habían encontrado en el pueblo. La mayoría miraba a Verin, sin embargo, con los ojos muy abiertos y con patente inquietud; sin duda habían escuchado susurrar las palabras «Aes Sedai». Y advirtió que tampoco él escapaba de aquellas miradas intranquilas por estar hablando con una Aes Sedai como si fuera cualquier mujer del pueblo.

Verin les sostuvo la mirada con calma y, de repente, sin que aparentemente hubiera puesto los ojos en ella, alargó la mano hacia un lado y agarró a una chiquilla de unos diez o doce años que se encontraba entre la multitud. La niña, que llevaba el oscuro cabello recogido con cintas azules, se puso rígida por la impresión.

—¿Conoces a Daise Congar, pequeña? —preguntó Verin—. Bien, pues ve a buscarla y dile que hay hombres heridos que necesitan los cuidados de una Zahorí. Y dile que se dé prisa, que no me haga perder la paciencia con su costumbre de darse aires. ¿Lo has entendido? ¡Hale, ve pitando!

Perrin no reconoció a la niña, pero evidentemente ella sí conocía a Daise porque se encogió el escuchar el mensaje que tenía que darle. Empero, Verin era una Aes Sedai y, tras sopesar un momento cuál de los dos era más temible, la chiquilla corrió a cumplir el encargo.

—Y Alanna se ocupará de ti —dispuso Verin, que volvió a clavar en él aquella mirada fija.

Perrin deseó que sus palabras no sonaran como si tuvieran un doble sentido.

43



Ocuparse de los vivos

Verin cogió las riendas de *Brioso* y lo condujo ella misma a la Posada del Manantial entre la muchedumbre, que se apartaba para darles paso y después volvía a cerrar el hueco abierto tras ellos. Dannil, Ban y los otros los seguían, ya fuera a caballo o a pie, ahora con sus parientes mezclándose entre ellos. A pesar de la sorpresa por los cambios acaecidos en Campo de Emond, los muchachos se aferraron a su orgullo para continuar caminando a pesar de cojear o para sentarse con la espalda erguida en las sillas; se habían enfrentado a los trollocs y habían vuelto a casa. Pero las mujeres pasaban las manos sobre hijos, sobrinos y nietos, a menudo conteniendo las lágrimas, y sus quedos gemidos crearon un sordo murmullo apenado. Los hombres procuraban ocultar su preocupación tras sonrisas enorgullecidas, repartiendo palmaditas en la espalda y lanzando exclamaciones por las barbas que se habían dejado crecer, si bien, las más de las veces, sus abrazos acababan convirtiéndose en una excusa para reclinar la cabeza en un hombro. Las novias repartían besos y gritaban, tanto de felicidad como de pena; y los hermanos y hermanas pequeños alternaban sollozos con miradas estupefactas a un hermano al que todo el mundo parecía considerar un héroe.

Pero fueron otras las voces que Perrin no habría querido escuchar:

—¿Dónde está Kenley? —La señora Ahan era una mujer guapa, con algunos mechones blancos entremezclados en la pulcra trenza de cabello negro, pero su frente se arrugó en un gesto de temor mientras recorría con la mirada las caras de los jóvenes y los ojos la esquivaban—. ¿Dónde está mi hijo?

—¡Bili! —llamó el anciano Hu al'Dai con incertidumbre—. ¿Alguien ha visto a Bili al'Dai?

—¡Hu…!

—¡Jared…!

—¡Tim…!

—¡Colly…!

Delante de la posada, Perrin casi se cayó de la silla en su prisa por desmontar y

huir de aquellos nombres; ni siquiera vio de quién eran las manos que lo sostuvieron.

—¡Metedme en la posada! —instó con voz ronca—. ¡Llevadme dentro!

—¡Teven…!

—¡Haral…!

—¡Had…!

La puerta se cerró dejando fuera aquellas llamadas gemebundas y los gritos de la madre de Dael al'Taron pidiendo que alguien le dijera dónde se encontraba su hijo.

«En la olla de unos trollocs —pensó Perrin mientras lo sentaban en una silla de la sala—. En la tripa de algún trolloc, donde lo conduje yo, señora al'Taron. Donde lo conduje yo. —Faile le sujetaba la cabeza con las dos manos y lo observaba llena de preocupación—. Hay que ocuparse de los vivos. Ya lloraré por los muertos después. Después.»

—Estoy bien —le dijo—. Sólo me he mareado un poco al desmontar. Nunca he sido un buen jinete.

Al parecer, no le creyó.

—¿Podéis hacer algo? —preguntó la joven a Verin.

La Aes Sedai sacudió la cabeza sosegadamente.

—Creo que será mejor que no haga nada, pequeña. Es una lástima que ninguna de las dos seamos Amarillas, pero Alanna es una Curadora mucho más diestra que yo. Mis Talentos van en otras direcciones. Ihvon la traerá enseguida. Ten paciencia, pequeña.

La sala de la posada se había convertido en una especie de armería. A excepción del hueco frente a la chimenea, todas las paredes servían de apoyo a un gran número de picas de todo tipo, con alguna que otra alabarda entremezclada entre ellas, así como varas rematadas por extrañas cuchillas, muchas de ellas picadas y descoloridas allí donde se había limpiado la herrumbre. Y, lo más sorprendente, junto a la escalera había un barril que contenía espadas amontonadas, la mayoría sin funda y todas diferentes. Sin duda se habían revuelto todos los desvanes en diez kilómetros a la redonda para sacar estas reliquias que dormían hacía generaciones bajo una gruesa capa de polvo. Perrin jamás habría imaginado que en todo Dos Ríos había más de cinco espadas. Por lo menos, antes de que los Capas Blancas y los trollocs llegaran.

Gaul se buscó un hueco apartado, cerca de la escalera que conducía a las habitaciones de la posada y a la vivienda de los al'Vere, y desde allí observó a Perrin aunque era obvio que estaba pendiente de Verin y de todos sus movimientos. Al otro lado de la sala, observando a Faile y todo lo demás, las dos Doncellas apoyaron las lanzas en el doblez del codo y adoptaron una postura aparentemente relajada pero que a la vez daba la impresión de que estuvieran en equilibrio sobre las puntas de los pies. Los tres muchachos que habían entrado a Perrin se dirigieron hacia la puerta sin dejar de contemplar con los ojos muy abiertos a él, a la Aes Sedai y a los Aiel, y se

quedaron allí de pie.

—Los otros —dijo Perrin—. Necesitan…

—Se ocuparán de ellos —lo interrumpió suavemente Verin, que tomó asiento a otra mesa—. Querrán estar con sus familias. Es mucho mejor sentirse rodeado por los seres queridos.

Perrin sintió una punzada de dolor —la imagen de las tumbas debajo de los manzanos surgió repentinamente en su mente—, pero la rechazó. «Hay que ocuparse de los vivos,» se recordó con dureza.

La Aes Sedai sacó pluma y papel y empezó a hacer anotaciones en el pequeño libro con mano firme. El joven se preguntó si le importaría que hubieran muerto tantos muchachos de Dos Ríos mientras él siguiera vivo y así utilizarlo en los planes que la Torre Blanca tenía para Rand.

Faile le apretó la mano, pero se dirigió a la Aes Sedai.

—¿No deberíamos subirlo a una habitación?

—Todavía no —espetó, irritado, Perrin. Verin levantó la vista y abrió la boca, pero él se le adelantó, repitiendo con firmeza—. Todavía no. —La Aes Sedai se encogió de hombros y volvió a su ocupación—. ¿Sabe alguien dónde está Loial?

—¿El Ogier? —preguntó uno de los tres muchachos que estaban junto a la puerta. Dav Ayellan era más fornido que Mat, pero tenía la misma expresión risueña en los ojos, así como la misma apariencia desgreñada que Mat. En otros tiempos, la travesura que a Mat no se le ocurría, la discurría Dav, si bien era Mat quien llevaba la voz cantante—. Está fuera, con los hombres que están talando los árboles del Bosque del Oeste. Habríase dicho que estábamos matando a su hermano cada vez que talábamos un árbol, pero él corta tres por cada uno que talan los demás con esa monstruosa hacha que maese Luhhan le ha hecho. Si lo necesitas, vi que Jaim Thane corría a decirles que habéis llegado, así que apuesto a que vendrán todos para verte. —Hizo un gesto de dolor al mirar el astil roto y se llevó la mano a su propio costado como un acto reflejo—. ¿Te duele mucho?

—Bastante —repuso, cortante, Perrin. Venían para verlo. «¿Es que soy un juglar para causar tanta sensación?»—. ¿Y qué hay de Luc? No es que quiera verlo, pero ¿está aquí?

—Me temo que no. —El otro joven, Elam Dowtry, se rascó la larga nariz. La espada que colgaba en su cadera resultaba incongruente con su atuendo de granjero; la empuñadura del arma había sido forrada recientemente con badana sin curar, y el cuero de la vaina estaba pelado a trozos—. Lord Luc está buscando el Cuerno de Valere o tal vez dando caza a trollocs.

Dav y Elam eran —o habían sido— amigos de Perrin, compañeros de cacería y pesca, ambos más o menos de su edad, pero sus sonrisas excitadas los hacían parecer más jóvenes. Mat o Rand, cualquiera de los dos, habría pasado por ser cinco años

mayor como poco. Seguramente ocurría igual con él.

—Espero que regrese pronto —continuó parloteando Elam—. Me ha estado enseñando a manejar la espada. ¿Sabías que es un cazador del Cuerno? Y un rey, si hace valer sus derechos. De Andor, por lo que he oído contar.

—En Andor gobiernan reinas —murmuró Perrin, absorto, encontrando la mirada de Faile—, no reyes.

—Así que no está aquí —dijo la joven. Gaul cambió ligeramente de postura; daba la impresión de estar dispuesto a ir en busca de Luc. Sus azules ojos semejaban pedazos de hielo. A Perrin no lo habría sorprendido que Bain y Chiad se cubrieran con el velo en ese mismo instante.

—No —intervino Verin con gesto ausente, ya que era evidente que estaba más atenta a sus anotaciones que a lo que decía—. No es que no haya sido de ayuda en ocasiones, pero siempre se las compone para ocasionar problemas cuando está aquí. Ayer, sin contar con nadie, se puso a la cabeza de una delegación y le salió al paso a una patrulla de Capas Blancas. Les dijo que Campo de Emond estaba cerrado para ellos. Al parecer les advirtió que no se acercaran a menos de quince kilómetros. No siento la menor simpatía por los Capas Blancas, pero supongo que no acogieron muy bien esa actitud. No es sensato enfrentarse a ellos más de lo estrictamente necesario. —Miró, ceñuda, lo que había escrito y se frotó la nariz sin percatarse de que dejaba una mancha de tinta en ella.

A Perrin lo traía sin cuidado que los Capas Blancas se molestaran por lo que fuera.

—Ayer —susurró. Si Luc había regresado al pueblo el día anterior no era probable que tuviera algo que ver con que los trollocs no vinieran por donde se suponía que lo harían. Cuanto más pensaba en el resultado de la emboscada más se convencía de que los trollocs los estaban esperando y más ganas tenía de culpar de ello a Luc—. «Desearlo no hace que la piedra se vuelva queso» —rezongó—. Pero me sigue oliendo a queso podrido.

Dav y los otros dos jóvenes intercambiaron una mirada desconcertada. Perrin imaginó que lo que decía debía de sonar a jeringonza.

—En su mayoría eran un puñado de Coplin —dijo el tercer muchacho con una voz sorprendentemente profunda—. Darl, Hari, Dag y Ewal. Y Wit Congar. Daise le montó un buen escándalo por haber ido.

—Creía que todos eran partidarios de los Capas Blancas —comentó Perrin mientras pensaba que la voz de bajo del muchacho le resultaba familiar. Era dos o tres años más joven que Elam y que Dav, pero les sacaba unos cuantos centímetros y tenía los hombros anchos a pesar de su rostro delgado.

—Oh, sí. —El joven se echó a reír—. Ya sabes cómo son. Tienen una tendencia innata a respaldar cualquier cosa que signifique problemas para alguien. Desde que

lord Luc empezó a dar discursos, todos ellos son partidarios de marchar hacia Colina del Vigía y decirles a los Capas Blancas que se marchen de Dos Ríos. O, más bien, son partidarios de que los demás, no ellos, marchen hacia allí con esa embajada, porque me da la impresión de que tienen pensado quedarse en la retaguardia.

Si ese rostro estuviera más relleno y se alzara un palmo menos del suelo…

—¡Ewin Finngar! —exclamó Perrin. Imposible. Ewin era un chiquillo rechoncho de voz chillona, un pesado que intentaba meter baza cuando los chicos mayores se reunían. Este muchacho llegaría a ser tan alto o más que él cuando dejara de crecer—. ¿Eres tú?

Ewin asintió, sonriendo de oreja a oreja.

—Hemos seguido de cerca tus pasos, Perrin —dijo, con aquella sorprendente voz de bajo—, combatiendo con trollocs y viviendo toda clase de aventuras por el mundo, según cuentan. Todavía puedo llamarte Perrin, ¿no?

—¡Luz, pues claro que sí! —bramó. Estaba más que harto de todo ese asunto de Ojos Dorados.

—Ojalá me hubiera ido con vosotros el año pasado. —Dav se frotó las manos con ansiedad—. Mira que regresar a casa acompañado por Aes Sedai, Guardianes y un Ogier. —Lo dijo como si fueran trofeos—. Lo único que hago es cuidar vacas y ordeñarlas, una día tras otro. Y esquilar y cortar madera. Menuda suerte tienes.

—¿Qué se siente con tantas aventuras? —intervino Elam, falto de aliento—. Alanna Sedai dice que todos estuvisteis en la Gran Llaga y he oído comentar que habéis visto Caemlyn y Tear. ¿Cómo es una ciudad? ¿De verdad son diez veces más grandes que Campo de Emond? ¿Habéis entrado en un palacio? ¿Hay Amigos Siniestros en las ciudades? ¿Es cierto que la Llaga está llena de trollocs, Fados y Guardianes?

—¿Te hizo un trolloc esa cicatriz? —Ni que sonara grave o no ahora, la voz de Ewin tuvo un leve timbre chillón debido sin duda a la excitación—. Ojalá tuviera yo una. ¿Has visto alguna reina o algún rey? Me parece que preferiría ver a una reina, pero también un rey sería genial. ¿Cómo es la Torre Blanca? ¿Es tan grande como un palacio?

Faile sonrió, divertida, pero Perrin parpadeó, aturdido por la avalancha de preguntas. ¿Es que habían olvidado a los trollocs de la Noche de Invierno o que ahora mismo estaban por los alrededores? Elam aferraba la empuñadura de la espada como si quisiera partir hacia la Llaga en ese mismo momento; Dav estaba de puntillas, con los ojos relucientes, y Ewin parecía a punto de agarrar a Perrin por el cuello de la camisa. ¿Aventuras? Eran unos estúpidos. Empero, temía que se avecinaban tiempos muy duros, más de lo que Dos Ríos había conocido jamás. No los perjudicaría disfrutar de ilusiones un poco más hasta que descubrieran la verdad.

El costado le dolía mucho, pero procuró responderles. Los desilusionó saber que

nunca había estado en la Torre Blanca ni había visto a ninguna reina ni rey. Suponía que a Berelain podía considerársela una reina, pero estando Faile delante consideró prudente no mencionarla. También hubo otras cosas que soslayó: Falme, el Ojo del Mundo, los Renegados, *Callandor*. Eran temas peligrosos que, inevitablemente, llevaban al Dragón Renacido. Sin embargo, sí pudo contarles algo sobre Caemlyn y Tear, y sobre las Tierras Fronterizas y la Llaga. Era curioso el modo en que aceptaban ciertas cosas y otras no. Por ejemplo, devoraron todo lo relativo al paisaje corrompido de la Llaga que parecía pudrirse ante los propios ojos mientras uno lo miraba, y lo de los soldados shienarianos con las cabezas afeitadas salvo la cola de caballo, y los de los *steddings*Ogier donde las Aes Sedai no podían utilizar el Poder Único y en los que los Fados eran reacios a entrar. Pero en lo referente al tamaño de la Ciudadela de Tear o la inmensidad de las ciudades…

—Principalmente —dijo acerca de sus supuestas aventuras— me he limitado a procurar que nadie me partiera la cabeza. Eso significa correr aventuras. Y encontrar un lugar donde dormir por la noche y algo para comer. Se pasa bastante hambre cuando se viven aventuras, y también frío o incomodidad por estar empapado o ambas cosas a la vez.

Eso no les gustó mucho; o quizá tampoco lo creyeron, como el hecho de que la Ciudadela fuera tan grande como un monte. Se recordó que antes de marcharse de Dos Ríos sabía tan poco como ellos sobre el mundo. Esa noción no le sirvió de mucho. Él nunca había tenido esa expresión tan embobada, con los ojos como platos. ¿O sí? Hacía calor en la sala y se habría quitado con gusto la chaqueta, pero moverse le parecía un esfuerzo excesivo.

—¿Y Rand y Mat? —inquirió Ewin—. Si todo se reduce a pasar hambre y estar mojado y tener frío, ¿por qué no han vuelto también?

Tam y Abell habían entrado en la posada; los dos hombres llevaban arcos, y Tam una espada colgada al cinto también. Resultaba curioso que el arma encajara bien en la imagen de Tam a pesar de su chaqueta de granjero. En consecuencia, Perrin se limitó a repetir lo mismo que había dicho anteriormente: Mat de parranda en tabernas y jugando a dados o cartas y persiguiendo chicas, y Rand con su elegante chaqueta y una hermosa joven de cabellos rubios colgada de su brazo. Habló de Elayne como si tuviera sólo el título de lady, sospechando que jamás creerían que era la heredera del trono de Andor, y comprobó que tenía razón cuando mostraron incredulidad respecto a que fuera una noble. Con todo, parecieron satisfechos con su explicación; era el tipo que cosas que querían oír. Además, su incredulidad desapareció cuando Elam señaló que Faile era una gran dama, también con el título de lady, y parecía estar muy pendiente de Perrin. Aquello hizo que Perrin sonriera; se preguntó qué dirían si supieran que en realidad era prima de una reina.

Por algún motivo, a Faile ya no parecía divertirle la conversación. Se volvió hacia

los jóvenes asestándoles una mirada que en nada tenía que envidiar a la más arrogante de Elayne, una expresión gélida y la espalda muy erguida.

—Ya lo habéis acosado de sobra con vuestras preguntas. Está herido. Salid de aquí ahora mismo.

Sorprendentemente, se apresuraron a hacer unas torpes reverencias —Dav adelantó una pierna en una postura tan absurda que su aspecto resultó ridículo—, balbucieron unas disculpas —¡a ella, no a él!— y se volvieron hacia la puerta para salir. Su marcha se retrasó con la llegada de Loial, que se agachó para cruzar el umbral y aun así rozó el dintel con el greñudo cabello. Contemplaron al Ogier casi como si fuera la primera vez que lo veían, luego miraron de soslayo a Faile y se apresuraron a salir. Esa fría e imperiosa mirada de la joven funcionaba, y de qué modo.

Cuando Loial se puso derecho, la cabeza le quedó a poca distancia del techo. En los inmensos bolsillos de su chaqueta se marcaban, como siempre, los bultos cuadrados de unos libros, pero en la mano llevaba un hacha enorme. El mango era tan largo como alto era el Ogier, y la hoja, con forma de machado, era al menos tan grande como el hacha de guerra de Perrin.

—Estás herido —dijo con voz retumbante tan pronto como puso los ojos en Perrin—. Me dijeron que habías vuelto, pero no que estuvieras herido. Habría venido más deprisa de saberlo.

El aspecto del hacha hizo que Perrin diera un respingo. Entre los Ogier «poner un mango largo a tu hacha» significaba tener mucha prisa o estar enfadado; por alguna razón, para los Ogier las dos cosas eran más o menos lo mismo. Loial parecía enfadado, con las copetudas orejas echadas hacia atrás y el entrecejo fruncido de forma que las largas cejas le colgaban hasta las mejillas. Sin duda se debía a que estaba cortando árboles. Perrin quería hablar a solas con él para enterarse de si había visto algo más respecto a los manejos de Alanna. O de Verin. Se frotó la cara y se sorprendió encontrarla seca; tal y como se sentía, debería estar sudando.

—Y además es testarudo —dijo Faile, que se volvió hacia Perrin con la misma mirada imperiosa utilizada con Dav, Elam y Ewin—. Tendrías que estar acostado. ¿Dónde se ha metido Alanna, Verin? Si es ella la que debe curarlo, ¿dónde está?

—Ya vendrá. —La Aes Sedai no levantó la vista de lo que estaba haciendo. Leía el pequeño libro con gesto meditabundo, frunciendo la frente, y sostenía la pluma en alto sobre la página.

—¡Debería seguir guardando cama!

—Ya tendré tiempo para eso después —adujo Perrin con firmeza. Le sonrió para suavizar sus palabras, pero lo único que consiguió fue que la expresión de la joven se tornara preocupada y que rezongara entre dientes «cabezota». No podía preguntarle al Ogier nada sobre Alanna delante de Verin, pero sí otra cosa igualmente importante—.

Loial, la puerta a los Atajos está abierta y están saliendo más trollocs por ella. ¿Cómo es eso posible?

Las cejas del Ogier se hundieron aun más y las orejas se agitaron.

—Es culpa mía, Perrin —retumbó, pesaroso—. Puse las dos hojas de *Avendesora* en el exterior. Eso dejaba clausurada la puerta por dentro, pero, desde fuera, cualquiera podía abrirla. Los Atajos han permanecido en la oscuridad durante generaciones, pero nosotros los construimos y no tuve valor para destruir la puerta. Lo lamento, Perrin. La culpa es sólo mía.

—Dudo mucho que pueda destruirse una puerta a los Atajos —comentó Faile.

—No era exactamente destruirla lo que quise decir. —Loial se apoyó en el largo mango del hacha—. En cierta ocasión, según Damelle, hija de Ala, nieta de Soferra, menos de quinientos años después del Desmembramiento se destruyó una puerta a los Atajos porque se encontraba próxima a un *stedding* que había sido absorbido por la Llaga. En la actualidad hay dos o tres puertas perdidas en la Llaga. Sin embargo, escribió que fue muy difícil y requirió el esfuerzo aunado de trece Aes Sedai con un *sa'angreal*. Sobre otro intento del que escribió, con sólo nueve Aes Sedai durante la Guerra de los Trollocs, ocasionó tal destrozo en la puerta que acabaron hechas… —Se interrumpió y agitó las orejas con apuro mientras se frotaba la ancha nariz con los nudillos. Todos estaban pendientes de él, incluso Verin y los Aiel—. A veces me exalto demasiado. La puerta a los Atajos, sí. No puedo destruirla; pero, si retiro las dos hojas de *Avendesora*, morirán. —Se encogió ante la sola idea de hacerlo.

»El único modo de que la puerta volviera a abrirse sería que los Mayores trajeran el Talismán del Nacimiento de Plantas. Aunque supongo que una Aes Sedai podría abrirle un agujero. —Esta vez se estremeció. Para él, destrozar una de esas puertas debía de parecerle tan espantoso como desgarrar un libro. Al cabo de un momento, su semblante había recobrado el gesto estoico—. Iré ahora mismo.

—¡No! —objetó Perrin, bruscamente. Era como si la punta de la flecha palpitara dentro de él, pero en realidad había dejado de dolerle. Estaba hablando demasiado y tenía seca la garganta—. Hay trollocs allá arriba, Loial. También pueden meter en una olla a un Ogier.

—Pero, Perrin, yo…

—No, Loial. ¿Cómo vas a escribir ese libro tuyo si haces que te maten?

—Soy el responsable de que esté abierta, Perrin. —Las orejas del Ogier no paraban de retorcerse.

—La responsabilidad es mía —lo contradijo suavemente—. Me dijiste lo que pensabas hacer y yo no sugerí otra cosa. Además, a juzgar por los saltos que das cada vez que se menciona a tu madre, prefiero no encontrarme en la difícil situación de tener que enfrentarme a ella si te ocurre algo. Iré yo tan pronto como Alanna utilice la Curación para sacarme esta flecha. —Se pasó la mano por la frente y miró, ceñudo,

sus dedos. Ni gota de sudor—. ¿Podéis darme un poco de agua?

Faile llegó junto a él en un instante y sus fríos dedos se posaron sobre la frente del joven.

—¡Está ardiendo de fiebre! Verin, no podemos esperar más a Alanna. ¡Tenéis que…!

—Estoy aquí —anunció la morena Aes Sedai, que apareció por la puerta trasera de la sala con Marin al'Vere y Alsbet Luhhan pisándole los talones e Ihvon inmediatamente detrás de ellas. Perrin percibió el cosquilleo del Poder antes incluso de que la mano de Alanna reemplazara a la de Faile. La mujer añadió con voz fría y serena—: Llevadlo a la cocina. Aquella mesa es lo bastante grande para que se tumbe en ella. Deprisa. No queda mucho tiempo.

A Perrin le daba vueltas la cabeza y de repente cayó en la cuenta de que Loial había dejado el hacha apoyada junto a la puerta y que lo había cogido en brazos.

—La puerta a los Atajos es asunto mío, Loial. —«Luz, qué sed tengo»—. Es mi responsabilidad.

Verdaderamente la punta de flecha no le hacía tanto daño como antes, pero sí le dolía todo el cuerpo. Loial lo llevaba a alguna parte, agachándose para pasar por unas puertas. Allí estaba la señora Luhhan, que se mordía los labios y que tenía los ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar. Se preguntó por qué. Ella no lloraba nunca. También la señora al'Vere parecía muy preocupada.

—Señora Luhhan —musitó—, madre me ha dicho que puedo ser aprendiz de maese Luhhan. —No. Eso había ocurrido mucho tiempo atrás. Fue… ¿Cuándo fue? Era incapaz de recordarlo.

Estaba tendido sobre algo duro y Alanna hablaba con alguien:

—… las lengüetas están hincadas en el hueso además de en los músculos, y la cabeza de flecha está desviada. Tengo que colocarla en línea con la entrada del impacto y sacarla de un tirón. Si la conmoción no lo mata, entonces podré Curar los daños que haga así como los anteriores. No hay otro modo. Ahora está al mismo borde de la muerte.

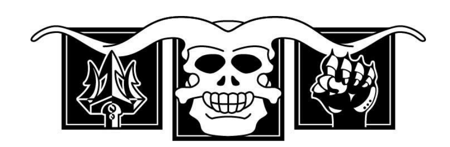
Nada de lo que decía tenía que ver con él. Faile le sonrió, temblándole los labios; tenía la cara al revés. ¿De verdad había pensado en algún momento que su boca era demasiado ancha? Era perfecta. Deseó acariciarle la mejilla, pero la señora al'Vere y la señora Luhhan le tenían sujetas las muñecas por alguna razón y se apoyaban con todo su peso. También había alguien tumbado sobre sus piernas, y las enormes manos de Loial le agarraban los hombros, pegándoselos contra la mesa. La mesa. Sí. Era la mesa de la cocina.

—Muerde fuerte, amor mío —dijo la voz de Faile desde muy lejos—. Va a dolerte.

Quiso preguntarle qué iba a dolerle, pero Faile le puso en la boca un palo

envuelto con cuero. Percibía el olor a badana, el aroma de la madera y la fragancia de ella. ¿Querría acompañarlo a cazar corriendo a través de infinitas praderas tras innumerables rebaños de venados? Un gélido frío lo recorrió de la cabeza a los pies; vagamente, reconoció la sensación del Poder Único. Y entonces llegó el dolor. Oyó cómo se partía el palo entre sus dientes antes de que la negrura lo envolviera todo.

44



La tormenta desatada

Perrin abrió lentamente los ojos y contempló un blanco techo encalado. Tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba en una cama con columnas, tendido sobre un colchón de plumas y tapado con una manta, la cabeza recostada en un almohadón de plumón de ganso. Una miríada de aromas cosquilleaban en su nariz: las plumas y la lana de las ropas de la cama, un ganso asándose, pan y pastelillos de miel cociéndose. Estaba en una de las habitaciones de la Posada del Manantial. Con una brillante luz inequívocamente matinal entrando a raudales por las ventanas con visillos blancos. Era por la mañana. Se tanteó el costado. Sus dedos tocaron piel lisa, intacta, pero se sentía más débil de lo que había estado desde que había recibido el flechazo. Empero, era un bajo precio y un trueque beneficioso. Tenía la garganta seca como un estropajo.

Cuando se movió, Faile se incorporó de un salto de la silla que estaba junto a la pequeña chimenea de piedra, apartando a un lado una manta roja. Se había cambiado de ropa y llevaba un traje de montar más oscuro; a juzgar por las arrugas de la tela, había dormido en esa silla.

—Alanna dijo que necesitabas dormir —comentó. Fue hacia la jarra blanca que había en la mesilla, a un lado de la cama, y vertió agua en una copa que le acercó a los labios para que bebiera—. Tienes que quedarte tumbado otros dos o tres días, sin moverte, hasta que hayas recuperado las fuerzas.

Hablaba con un timbre normal, salvo por una ligera tensión en la voz que le costó trabajo percibir, así como cierta crispación en el rabillo de los ojos.

—¿Qué ocurre?

Ella soltó la copa con cuidado en la mesilla y se alisó el vestido.

—Nada. ¿Qué va a pasar? —Ahora la tensión en la voz era más patente.

—Faile, no me mientas.

—¡No miento! —replicó bruscamente—. Mandaré que te suban algo para desayunar. Y tienes suerte de que lo haga, después de llamarme…

—¡Faile! —Pronunció el nombre con tanta severidad como pudo y ella vaciló. Su aire más arrogante, con la barbilla bien alta, dio paso a un gesto preocupado que enseguida borró para adoptar nuevamente el aire altanero. Perrin buscó su mirada y la sostuvo, firmemente; no iba a escabullirse con uno de sus trucos de dama altiva. Con

él no iba a funcionar eso. Al cabo, Faile suspiró.

—Supongo que tienes derecho a saberlo —admitió—. Pero vas a continuar en la cama hasta que Alanna y yo digamos que puedes levantarte. Loial y Gaul no están.

—¿Que no están? —Parpadeó, desconcertado—. ¿Qué quieres decir? ¿Se han marchado?

—En cierto modo, sí. Los centinelas los vieron salir esta mañana con las primeras luces del día y entrar trotando en el Bosque del Oeste. A ninguno de ellos le pareció raro; naturalmente, nadie intentó detenerlos, siendo un Ogier y un Aiel. Me he enterado hace menos de una hora. Iban hablando de árboles, Perrin, de cómo los Ogier cantan a los árboles.

—¿Árboles? —gruñó Perrin—. ¡Es a esa condenada puerta a los Atajos a donde se dirigen! Maldita sea, le dije que no fuera… ¡Los matarán antes de que lleguen allí!

Apartó bruscamente la manta y bajó las piernas por el borde de la cama; se tambaleó ligeramente al ponerse de pie. Entonces reparó en que estaba desnudo, completamente. Ni siquiera llevaba puesta la ropa interior. Pero si esperaban mantenerlo enjaulado y envuelto en mantas, estaban muy equivocadas. Vio que su ropa estaba doblada ordenadamente sobre la silla que había junto a la puerta, con las botas al lado y el hacha colgando del cinturón de un gancho en la pared. Fue hacia allí con pasos inciertos y empezó a vestirse tan deprisa como pudo.

—¿Qué haces? —demandó Faile—. ¡Vuelve a meterte en la cama! —Tenía un puño en la cadera y con la otra mano señaló imperiosamente el lecho, como si con ese gesto del índice pudiera transportarlo allí.

—No pueden haber llegado muy lejos —le dijo—. Van a pie. Gaul no monta a caballo y Loial ha manifestado siempre que se fía más de sus pies que de cualquier cuadrúpedo. Con *Brioso*, los habré alcanzado a mediodía como mucho.

Se metió la camisa por la cabeza y la dejó suelta, sin meter los faldones por el pantalón. Luego se sentó —o más bien se dejó caer— en la silla para ponerse las botas.

—¡Estás loco, Perrin Aybara! ¿Qué probabilidades tienes de encontrarlos en ese bosque?

—Soy bastante bueno en lo de seguir rastros, ¿sabes? Los encontraré. Le sonrió, pero ella no se dejó engatusar.

—¡Puedes morir, necio velludo! Mírate. Apenas puedes tenerte en pie. ¡Te caerás de la silla antes de que hayas recorrido un kilómetro!

Disimulando el esfuerzo que le suponía, se puso de pie y pateó con fuerza para meterse bien las botas. *Brioso* haría todo el trabajo; él solamente tenía que sujetarse.

—Tonterías. Estoy fuerte como un toro. Y deja de intentar mangonearme. —Se metió la chaqueta y cogió el cinturón y el hacha.

Faile lo agarró por el brazo cuando abría la puerta y salió a la rastra, esforzándose

en vano por hacerlo volver a la habitación.

—A veces tienes menos seso que un mosquito —jadeó—. ¡Menos! Perrin, debes escucharme. Tienes que…

El cuarto estaba al principio del estrecho pasillo, a pocos pasos de la escalera que bajaba a la sala, y fue allí donde las fuerzas lo traicionaron. Cuando dobló la rodilla para bajar el primer escalón, siguió doblándose y se fue de bruces mientras intentaba en vano agarrarse a la barandilla, arrastrando en la caída a Faile. Rodaron y rodaron escalera abajo hasta llegar al final de los peldaños, donde chocaron contra el barril. Faile quedó tendida cuan larga era encima de él. El barril se bamboleó y giró sobre sí mismo, haciendo que chocaran entre sí las espadas que había dentro, hasta que finalmente se paró con un último golpetazo.

Perrin tardó unos segundos en recuperar la respiración y el habla.

—¿Estás bien? —preguntó, anhelante. La joven permanecía tendida sobre su pecho, inmóvil. La sacudió suavemente—. Faile, ¿estás…?

Ella levantó lentamente la cabeza y retiró unos mechones que le caían sobre la cara. Lo miró intensamente.

—Y tú ¿estás bien? Porque si lo estás, a lo mejor te doy un puñetazo.

Perrin resopló; probablemente Faile se había hecho menos daño que él. Con toda clase de precauciones se tanteó la zona del costado donde había tenido clavada la flecha, pero no estaba en peores condiciones que el resto de su cuerpo. Claro que el resto de su cuerpo debía de estar repleto de magulladuras, de la cabeza a los pies.

—Quítate de encima, Faile. Tengo que ir a recoger a *Brioso*.

En lugar de eso, la muchacha lo agarró por el cuello de la camisa con las dos manos y se acercó tanto a él que sus narices casi se tocaban.

—Escúchame, Perrin —dijo, apremiante—. Tú… no… puedes… encargarte… de… todo. Si Loial y Gaul han ido a cerrar la puerta a los Atajos, debes dejar que lo hagan. Tu sitio está aquí. Aun en el caso de que estuvieras lo bastante fuerte… ¡y no lo estás! ¿Me has oído? ¡No lo estás!…, aun así, no debes ir tras ellos. ¡No puedes hacerlo todo tú!

—Vaya, ¿qué hacéis ahí los dos tirados? —preguntó Marin al'Vere, que salió por la puerta que comunicaba la cocina con la sala, limpiándose las manos en el blanco delantal. Tenía las cejas tan arqueadas que parecía que iban a salírsele de la frente—. Al oír ese alboroto, esperaba encontrarme con trollocs, pero no con este espectáculo. —Su tono era entre escandalizado y divertido.

Perrin se dio cuenta de que, al estar Faile tendida sobre él y teniendo los dos las cabezas tan juntas, debían de parecer una pareja a punto de besarse. Y en el suelo de la sala de la posada.

Faile se puso colorada y se incorporó apresuradamente, limpiándose el polvo del vestido.

—Es más testarudo que un trolloc, señora al'Vere. Le dije que estaba demasiado débil para levantarse. Tiene que regresar de inmediato a la cama. Y tiene que aprender que él no puede hacerlo todo, sobre todo cuando ni siquiera tiene fuerzas para bajar una escalera sin caerse.

—Oh, querida, de ese modo no conseguirás nada —argumentó la señora al'Vere, sacudiendo la cabeza. Luego se acercó más a la joven y habló en un quedo susurro, pero Perrin escuchó cada palabra—. De pequeño era un niño al que resultaba fácil manejar casi siempre si se hacía del modo adecuado, pero si uno intentaba obligarlo a algo entonces se mostraba tan terco como cualquier oriundo de Dos Ríos. Los hombres no cambian mucho realmente, sólo se hacen más altos. Si vas y le dices lo que *debe* y lo que *no debe hacer*, seguramente echará las orejas hacia atrás y plantará los pies en el suelo, como una mula. Fíjate en mí. —Marin se volvió hacia él con una gran sonrisa, haciendo caso omiso de su gesto ceñudo—. Perrin, ¿no te parece que uno de mis estupendos colchones de plumas es mejor que ese duro suelo? Te subiré un trozo de empanada de riñones tan pronto como te hayamos metido en la cama. Debes de estar hambriento después de no haber cenado anoche. Anda, vamos, ¿por qué no me dejas que te ayude a levantarte?

Apartando con brusquedad sus manos, Perrin se incorporó por sí mismo. Bueno, más o menos, ya que necesitó la ayuda de la pared. Estaba seguro de que se había machacado la mitad de los músculos. ¿Como una mula? En toda su vida había sido tozudo.

—Señora al'Vere, ¿queréis decir a Hu o a Tad que ensillen a *Brioso*?

—Cuando estés mejor —respondió la posadera mientras intentaba llevarlo hacia la escalera—. ¿No crees que te vendría bien un poco más de reposo?

Faile le cogió el otro brazo.

—¡Trollocs! —El grito en el exterior llegó apagado a través de las paredes, coreado por docenas de voces—. ¡Trollocs! ¡Trollocs!

—Eso no te concierne a ti hoy —manifestó la señora al'Vere en un tono a la vez firme y tranquilizador que le hizo rechinar los dientes—. Las Aes Sedai se encargarán del asunto adecuadamente. Dentro de un día o dos estarás otra vez en forma. Ya lo verás.

—Mi caballo —repitió mientras intentaba soltarse. Lo tenían bien agarrado por las mangas de la chaqueta y lo único que consiguió fue zarandearlas atrás y adelante—. Por el amor de la Luz, ¿queréis dejar de tirar de mí y soltarme para que pueda ir a coger mi caballo? Soltadme, maldita sea.

Faile lo miró a la cara, suspiró y le soltó el brazo.

—Señora al'Vere, ¿queréis encargar a alguien que ensille su caballo y lo traiga a la puerta?

—Pero, querida, realmente necesita…

—Por favor, señora al'Vere —pidió Faile firmemente—. Y mi yegua también.

Las dos mujeres se miraron como él no existiera. Finalmente, la señora al'Vere asintió con la cabeza.

Perrin la miró ceñudo mientras cruzaba la sala y desaparecía por la puerta de la cocina, en dirección al establo. ¿Qué diferencia había entre lo que había dicho Faile y lo que había dicho él? Se volvió hacia la joven.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

En lugar de responderle, Faile empezó a meterle la camisa por los pantalones mientras rezongaba entre dientes. Naturalmente, se suponía que él no oía lo bastante bien para entender lo que mascullaba.

—Así que no tengo que decir «debes», ¿no es eso? Cuando está tan obcecado que no ve las cosas como son, he de convencerlo con dulzura y sonrisas, ¿no? —Le asestó una mirada en la que, indudablemente, no había nada de dulzura, pero enseguida cambió el gesto inesperadamente y le sonrió tan melosa que casi lo hizo recular.

»Amor mío —ronroneó a la par que le colocaba bien la chaqueta—, sea lo que sea lo que está ocurriendo ahí fuera, espero que te mantengas firme en tu silla y tan lejos de los trollocs como te sea posible. Realmente todavía no estás en condiciones de enfrentarte a un trolloc, ¿verdad? Tal vez mañana. Por favor, recuerda que eres un general, un líder y un símbolo para tu gente tan real como ese estandarte que ondea en el Prado. Si estás en pie, donde puedan verte los tuyos, les levantarás el ánimo. Y resulta mucho más fácil ver lo que es preciso hacer y dar órdenes si no estás involucrado en la lucha. —Recogió el cinturón caído en el suelo y se lo ciñó a la cintura, tras lo cual colocó con cuidado el hacha a un costado. ¡Y además parpadeó con coquetería!—. Di que lo harás así, por favor. Por favor.

Tenía razón. No duraría ni dos minutos contra un trolloc. Y seguramente ni dos segundos contra un Fado. Y, por mucho que le fastidiara admitirlo, no aguantaría un kilómetro en la silla si iba en busca de Loial y Gaul. «Estúpido Ogier. Eres escritor, no un héroe.»

—De acuerdo —dijo. Fue incapaz de resistirse a un impulso malicioso. Una pequeña venganza por la forma en que ella y la señora al'Vere habían hablado como si él no estuviera y por ese modo de parpadear como si él fuera idiota—. No puedo negarte nada cuando me sonríes con tanta dulzura.

—Me alegro. —Sin dejar de sonreír, le sacudió la chaqueta quitándole motitas de polvo que no había—. Porque, si no lo haces y te las compones para sobrevivir, te haré lo mismo que tú me hiciste a mí el primer día de viaje por los Atajos. No creo que estés todavía lo bastante fuerte para impedírmelo. —Aquella sonrisa se alzó hacia él, toda mieles y dulzura—. ¿Me entiendes?

A pesar de sí mismo, Perrin no pudo menos de soltar una queda risita.

—Lo pones de un modo que casi parece mejor dejar que me maten.

A ella no pareció hacerle gracia su broma.

Hu y Tad, los larguiruchos mozos de cuadra, trajeron a *Brioso* y a *Golondrina* a la puerta delantera a poco de salir ellos. Todo el mundo parecía haberse reunido al otro lado del pueblo, más allá del Prado, donde seguían las vacas y los gansos y aquel estandarte rojo con la cabeza de un lobo ondeando con la brisa matinal. Tan pronto como Faile y él hubieron montado en los caballos, los mozos de cuadra echaron a correr en aquella dirección sin pronunciar palabra.

Fuera lo que fuera lo que pasaba, no se trataba de un ataque, evidentemente. Había mujeres y niños entre la multitud, y los gritos de «¡trollocs!» se habían apagado, dejando lugar a un runrún que hacía eco a los escandalosos gansos. Cabalgó al paso, lentamente, a fin de no tambalearse sobre la silla; Faile mantenía a *Golondrina* muy cerca, vigilándolo. Si ya había cambiado de opinión sin razón aparente, muy bien podía hacerlo otra vez, y Perrin no quería discutir más sobre si debía o no estar allí.

En la cuchicheante muchedumbre parecía encontrarse todo Campo de Emond, los vecinos del pueblo y los granjeros, todos entremezclados, apelotonados, pero les abrieron paso a Faile y a él cuando vieron quiénes eran. Su nombre entró a formar parte de los murmullos, generalmente unido al apodo «Ojos Dorados». También escuchó la palabra «trollocs», pero en un tono más perplejo que temeroso. A lomos de *Brioso* tenía una buena perspectiva por encima de las cabezas.

La arracimada masa de gente se extendía desde las últimas casas hasta la empalizada de afiladas estacas. La linde del bosque, a casi seiscientos pasos de distancia a través de una franja repleta de tocones casi a ras de suelo, estaba silenciosa y no había en ella hombres con hachas. Dichos hombres formaban un anillo de torsos desnudos y sudorosos en la multitud que rodeaba a Alanna, Verin y dos hombres. Jon Thane, el molinero, se limpiaba una mancha de sangre que tenía en las costillas con el enjuto rostro inclinado sobre el pecho para ver lo que hacían sus manos. Alanna, que había estado inclinada sobre el otro hombre, se irguió; era un tipo de cabello canoso al que Perrin no conocía y que se incorporó de un brinco y dio un paso como si no acabara de creer que podía hacerlo. Él y el molinero miraban a la Aes Sedai con sobrecogimiento.

La muchedumbre estaba demasiado apiñada alrededor de las Aes Sedai para dejar hueco a *Brioso* y *Golondrina*, pero había algunos claros en torno a Ihvon y Tomás, que estaban un poco apartados, con sus caballos de guerra. La gente no quería acercarse demasiado a aquellos animales de fiera mirada que parecían estar esperando a la primera oportunidad que se les presentara para soltar un mordisco o una coz.

Perrin consiguió llegar junto a Tomás sin demasiadas dificultades.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un trolloc. Sólo uno. —A despecho del tono coloquial del canoso Guardián,

sus ojos no se volvieron hacia Perrin y Faile, sino que permanecieron atentos por igual a Verin y a la linde del bosque—. Generalmente no son muy listos estando solos. Taimados sí, pero no listos. El grupo de taladores lo ahuyentó antes de que tuviera oportunidad de hacer algo más que herir levemente a uno de ellos.

Las dos Aiel salieron de la fronda corriendo, con las cabezas cubiertas con los *shoufas* y los rostros tapados por los velos de modo que no supo distinguir quién era quién. Frenaron un poco para meterse entre las afiladas estacas y después se abrieron paso ágilmente entre la multitud, que se apartaba para dejarles paso tanto como se lo permitían las apreturas. Para cuando llegaron junto Faile ya se habían retirado los velos. La joven se inclinó para escuchar lo que le decían.

—Unos quinientos trollocs —informó Bain—, aproximadamente dos o tres kilómetros detrás de nosotras. —Su voz era reposada, pero los ojos azul oscuro chispeaban de ansiedad, al igual que los grises de Chiad.

—Justo lo que había imaginado —comentó tranquilamente Tomás—. El que estaba solo seguramente se separó de la tropa para encontrar algo de comida. Creo que el resto no tardará en aparecer.

Las Doncellas asintieron con la cabeza.

—Entonces deberían marcharse de aquí —dijo Perrin, señalando con preocupación a la multitud—. ¿Por qué no les habéis mandado que despejen la zona?

Fue Ihvon, que se acercó con el rucio, quien respondió:

—Tu gente no hace mucho caso a los forasteros, sobre todo si tiene la ocasión de observar el trabajo de una Aes Sedai. Te sugiero que intentes hacérselo entender tú.

Perrin estaba seguro de que habrían podido imponer cierto orden de habérselo propuesto en serio. Por lo menos Verin y Alanna. «Entonces ¿por qué han esperado a que me ocupe yo si aguardaban la aparición de los trollocs?» Habría sido fácil achacarlo a su influencia como *ta'veren*; fácil y peligroso. Ni Ihvon ni Tomás iban a dejar que los trollocs los mataran —y tampoco Alanna ni Verin— esperando que un *ta'veren* les dijera qué había que hacer. Las Aes Sedai lo estaban manipulando, poniendo en peligro a todo el mundo, incluso a sí mismas. Pero ¿con qué propósito? Sus ojos buscaron los de Faile, y la joven hizo un leve gesto de asentimiento, como si supiera lo que estaba pensando.

Ahora no tenía tiempo para consideraciones. Recorrió la multitud con la mirada y localizó a Bran al'Vere hablando con Tam al'Thor y Abell Cauthon. El alcalde llevaba una larga pica sobre el hombro y se cubría la cabeza con un yelmo abollado. Un coselete de cuero con discos metálicos cosidos ceñía prietamente su corpachón.

Los tres hombres alzaron los ojos hacia él cuando Perrin condujo a *Brioso* entre la muchedumbre en su dirección.

—Bain dice que los trollocs vienen hacia aquí y los Guardianes opinan que nos atacarán pronto. —Tuvo que hablar a gritos para hacerse oír sobre el constante runrún

de las voces. Algunos de los que estaban cerca lo escucharon y enmudecieron; el silencio se fue extendiendo a medida que corría la voz de «trollocs» y «ataque».

—Sí. —Bran parpadeó—. Tenía que llegar, ¿no es cierto? Sí, bien, ya sabemos lo que tenemos que hacer. —Por su aspecto, con las costuras del coselete a punto de reventar y el casco bamboleándose con sus gestos de asentimiento, tendría que haber resultado cómico, pero la imagen que daba era de resolución. Alzó la voz y anunció—: Perrin dice que los trollocs no tardarán en aparecer. Todos a vuestros puestos, deprisa. Vamos, vamos, moveos.

La multitud empezó a dispersarse, las mujeres conduciendo a los niños de vuelta a las casas y los hombres desplegándose en todas direcciones. Sin embargo, la confusión pareció aumentar en lugar de ir a menos.

—Me ocuparé de que los pastores regresen —le dijo Abell a Perrin y acto seguido se perdió entre la muchedumbre.

Cenn Buie se abrió paso entre la gente utilizando una alabarda, al frente de un Hari Coplin de gesto avinagrado, de su hermano Darl y del viejo Bili Congar, que trastabillaba como si a esa hora de la mañana estuviera ya de cerveza hasta las orejas, cosa que probablemente era cierta. De los tres, Bili era el que empuñaba la lanza con más pinta de estar dispuesto a usarla. Cenn se tocó la frente en una especie de saludo a Perrin, gesto que repitieron varios hombres más y que al joven lo hizo sentirse incómodo. Que Dannil y los otros chicos lo trataran como a su cabecilla era una cosa, y otra muy distinta que lo hicieran estos hombres que le doblaban la edad o incluso más.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Faile.

—Ojalá supiera qué se traen entre manos Verin y Alanna —murmuró—. Y no me refiero a hace un momento.

Dos de las catapultas que los Guardianes habían mandado construir estaban a este extremo del pueblo, unos artilugios más altos que un hombre, un conjunto de sólidos maderos y gruesas cuerdas retorcidas. Desde sus caballos, Ihvon y Tomás supervisaban a los hombres que bajaban los robustos brazos accionando las manivelas. Las dos Aes Sedai estaban más interesadas en los pedruscos de seis u ocho kilos cada uno que se cargaban en los receptáculos cóncavos que remataban los brazos.

—Lo que intentan es convertirte en un líder —respondió en voz baja Faile—. Y, a mi modo de ver, es para lo que naciste.

Perrin resopló. Para lo que había nacido era para ser herrero.

—Estaría mucho más tranquilo si supiera por qué quieren que lo sea. —Las Aes Sedai lo estaban mirando, Verin con la cabeza ladeada, como un pájaro, y Alanna más directamente y esbozando una leve sonrisa. ¿Querrían las dos lo mismo y por la misma razón? Ése era uno de los problemas con las Aes Sedai, que siempre

planteaban más preguntas que respuestas.

El orden se instauró con sorprendente rapidez. A lo largo del extremo occidental del pueblo un centenar de hombres se situó detrás de las afiladas estacas, con una rodilla en el suelo, manoseando con nerviosismo alabardas o improvisadas picas hechas con hoces o guadañas atadas a palos. Alguno que otro llevaba yelmo o partes de armaduras. Detrás de ellos, un grupo que los doblaba en número había formado dos líneas; éstos manejaban los largos arcos de Dos Ríos y cada uno llevaba dos aljabas colgadas del cinturón. Varios muchachitos llegaron corriendo de las casas portando montones de flechas que los hombres clavaron en el suelo, delante de los pies. Tam parecía estar al mando de ellos; recorría las filas dirigiendo unas palabras a cada hombre, pero Bran marchaba a su lado y también les daba ánimos. Perrin vio que allí no lo necesitaban.

Para su sorpresa, Dannil, Ban y el resto de los jóvenes que habían estado con él en los bosques llegaron trotando y se agruparon a su alrededor, todos equipados con arcos. Formaban un grupo en cierto modo chocante. Obviamente, las Aes Sedai habían curado a los más gravemente heridos, dejando a los demás al cuidado de los ungüentos y remedios de Daise, de manera que aquellos que ayer apenas podían sostenerse en las sillas ahora caminaban llenos de vigor, mientras que Dannil, Tell y otros seguían cojeando o llevaban vendajes. Si su presencia lo sorprendió, lo que traían con ellos lo irritó. Leof Torfinn, a quien el vendaje de la cabeza hacía resaltar más los hundidos ojos, llevaba el arco colgado a la espalda y portaba un largo palo con una versión más pequeña del estandarte orlado con una franja roja y la cabeza de lobo.

—Creo que lo ha hecho una de las Aes Sedai —respondió Leof cuando Perrin le preguntó de dónde había salido—. Milli Ayellan se lo entregó al padre de Wil, pero Wil no quería llevarlo.

Wil al'Seen hundió ligeramente los hombros.

—Tampoco yo habría querido cargar con eso —replicó secamente Perrin. Todos se echaron a reír como si hubiera hecho un chiste, incluso Wil, al cabo de un momento.

La empalizada de afiladas estacas ofrecía un aspecto bastante temible, pero, por otro lado, parecía un insignificante obstáculo que no frenaría la carga de los trollocs. A lo mejor sí los paraba, pero de todos modos Perrin no quería que Faile estuviera allí por si acaso. No obstante, cuando la miró, advirtió que de nuevo tenía esa expresión en los ojos, como si supiera lo que estaba pensando. Y no le hacía gracia. Si trataba de apartarla de allí iba a discutir y a gritar sin atender a razones. En su actual estado de debilidad, seguramente ella tendría más posibilidades de llevarlo de vuelta a la posada que al contrario. Por el aire fiero que ofrecía a lomos de la yegua, saltaba a la vista que se disponía a *defenderlo* si los trollocs abrían brecha en la empalizada.

Comprendió que tendría que conformarse con estar pendiente de ella y protegerla si llegaba el caso.

De repente la joven sonrió y Perrin se rascó la barba, desasosegado. A lo mejor era verdad que le leía los pensamientos.

Pasó el tiempo y el sol siguió subiendo, caldeando la atmósfera. De vez en cuando una mujer preguntaba a voces desde una casa qué estaba pasando. Aquí y allí algunos hombres empezaban a sentarse, pero Tam o Bran los hacían ponerse de pie antes de que hubieran tenido tiempo de doblar las piernas y los instaban a ocupar de nuevo su puesto en la línea. Bain había dicho que estaban a dos o tres kilómetros como mucho. Las dos Aiel estaban sentadas cerca de la estacada, entretenidas en una especie de juego que consistía en lanzar un cuchillo para clavarlo en el palmo de tierra que había entre ambas. Si los trollocs tenían intención de atacar, ya deberían haber aparecido. Para Perrin empezaba a resultar un esfuerzo mantenerse erguido en la silla, pero, consciente de la vigilante mirada de Faile, mantuvo la espalda recta.

Sonó el toque de un cuerno, desgarrado y estridente.

—¡Trollocs! —gritaron media docena de voces, y las bestiales figuras con negras cotas de malla irrumpieron en avalancha del Bosque del Oeste aullando mientras corrían a través de la franja despejada de árboles y agitando curvas espadas y hachas, lanzas y tridentes. Detrás venían tres Myrddraal montados en caballos endrinos y galopaban atrás y adelante como si empujaran la carga de los trollocs. Las negras capas colgaban inmóviles por mucho que sus monturas corrieran o giraran. El toque del cuerno sonaba insistentemente, penetrante, perentorio.

Una veintena de flechas salió volando tan pronto como aparecieron los primeros trollocs, de modo que el disparo de más alcance se quedó corto en casi cien pasos.

—¡Esperad, becerros estúpidos, cerebros de mosquito! —gritó Tam. Bran sufrió un sobresalto y lo miró con estupefacción, igual que los vecinos y amigos de Tam; algunos mascullaron algo sobre no estar dispuestos a aguantar ese tipo de lenguaje ni con ataque de trollocs ni sin él. Pero Tam pasó por alto sus protestas y continuó—: ¡No disparéis hasta que dé la orden, como os enseñé! —Luego, como si no hubiera centenares de aullantes trollocs cargando contra ellos, Tam se volvió tranquilamente hacia Perrin—. ¿A trescientos pasos?

El joven asintió de inmediato, sorprendido de que le pidiera opinión a él. Trescientos pasos. ¿Cuánto tardaría un trolloc en cubrir esa distancia? Soltó la correílla que sujetaba el hacha al cinturón. Ese maldito cuerno no dejaba de sonar y sonar. Los lanceros se agazapaban detrás de la estacada, como obligándose a no retroceder. Las Aiel se habían cubierto los rostros con los velos.

La oleada negra continuó avanzando en medio del griterío, toda ella cabezas cornudas y rostros con hocicos o picos, cuerpos enormes que superaban en varios palmos al hombre más alto, una aullante masa sedienta de sangre. Quinientos pasos.

Cuatrocientos. A medida que avanzaban empezaron a desplegarse al frente. Corrían tan deprisa como caballos. ¿No se habrían equivocado las Aiel al calcular su número en quinientos sólo? Así, a primera vista, daba la impresión de que eran millares.

—¡Preparados! —advirtió Tam, y doscientos arcos se alzaron. Los jóvenes que estaban con Perrin formaron rápidamente delante de él imitando a sus mayores y cerrando filas bajo aquel estúpido estandarte.

Trescientos pasos. Ahora Perrin distinguía los deformes rostros de los trollocs, crispados en un gesto rabioso y frenético, con tanta claridad como si los tuviera delante.

—¡Disparad! —gritó Tam. Las cuerdas de los arcos chasquearon a la par, semejando el sonido de un gigantesco látigo. Las dos catapultas también lanzaron su carga, emitiendo un seco ruido.

Las flechas llovieron sobre los trollocs y muchas de las figuras monstruosas cayeron, pero algunas volvieron a incorporarse y continuaron avanzando a trompicones, empujadas por los Fados. El toque del cuerno se entremezclaba con sus gritos guturales instándolos a matar. Las piedras de las catapultas se precipitaron sobre sus filas y explotaron en llamas y fragmentos afilados que desgarraron carne y huesos entre la masa de atacantes. Perrin no fue el único que sufrió un sobresalto; así que esto era lo que las Aes Sedai habían estado haciendo en las catapultas. Se preguntó qué ocurriría si a alguien se le caía una de esas piedras mientras intentaba cargarla en el receptáculo cóncavo del brazo.

Otra andanada de flechas surcó el aire, seguida de otra y otra y otra… También volaron piedras de las catapultas, aunque a un ritmo más espaciado. Las terribles explosiones destrozaban a los trollocs en tanto que las afiladas puntas de flecha no dejaban de llover sobre ellos. Pero seguían corriendo en medio de aullidos salvajes, cayendo y muriendo, pero siempre avanzando. Ahora ya estaban cerca, lo suficiente para que los arqueros se desplegaran y en lugar de disparar al aire lo hicieran apuntando al blanco escogido. También ellos gritaban con rabia, en la cara de la muerte, mientras disparaban.

Y de pronto no quedaba ningún trolloc de pie. Sólo un Fado, ensartado por tantas flechas que parecía un erizo, continuaba caminando a trompicones, ciegamente. Los relinchos del agonizante caballo del Myrddraal se mezclaban con los gemebundos bramidos de los trollocs moribundos. El cuerno, por fin, había enmudecido. Aquí y allí, en la franja plagada de tocones, un trolloc se incorporaba con dificultad y se replegaba. Y, como una música de fondo, Perrin oía los jadeos de los hombres, que resollaban como si hubieran corrido quince kilómetros. Su propio corazón palpitaba alborotadamente en su pecho.

De pronto alguien lanzó un clamoroso «¡hurra!» que fue como una señal para que los hombres empezaran a brincar y a gritar eufóricamente mientras agitaban al aire

los arcos o lo que quiera que tuvieran en las manos y lanzaban gorros al aire. Las mujeres salieron corriendo de las casas, riendo y aclamando, junto con los niños, y todos lo celebraron y bailaron con los hombres. Algunos se acercaron a Perrin corriendo para estrecharle la mano.

—Nos has conducido a una gran victoria, muchacho —dijo Bran, mirándolo sonriente. Llevaba el casco echado hacia atrás, en precario equilibro sobre la coronilla—. Aunque supongo que ya no debería llamarte así. Una gran victoria, Perrin.

—Yo no hice nada —protestó él—. Sólo he estado sentado en el caballo. Fuisteis vosotros. —Bran, como todos los demás, no atendía a razones, y Perrin, azorado, se mantuvo erguido y simuló inspeccionar el campo de batalla hasta que por fin lo dejaron en paz.

Tam no se había sumado a la celebración; permanecía cerca de la estacada, observando a los trollocs. Tampoco los Guardianes se habían unido al alborozo general. Las formas cubiertas con cotas negras alfombraban el suelo entre los tocones. Debía de haber unas quinientas, puede que menos. Unos cuantos habían retrocedido hacia la línea de árboles. Ninguno de los trollocs caídos se encontraba a menos de cincuenta pasos de las afiladas estacas. Perrin localizó a otros dos Fados retorciéndose en el suelo. Con ésos, estaban los tres avistados por las Aiel. Más pronto o más tarde acabarían admitiendo que estaban muertos.

Los vecinos de Dos Ríos lanzaron un clamoroso vítor por él:

—¡Perrin Ojos Dorados! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

—Tenían que saberlo —murmuró. Faile lo miró con expresión interrogante—. Los Semihombres tenían que saber que esto no funcionaría. Fíjate. Hasta yo soy capaz de verlo ahora, así que ellos debieron saberlo desde el principio. Si éstas eran todas las tropas que tenían, ¿por qué vinieron al completo? Si hubieran sido el doble habríamos tenido que luchar contra ellos en la estacada. Y con el doble más, habrían tenido oportunidad de entrar al pueblo.

—Tienes buen ojo para estas cosas —manifestó Tomás, que había acercado su caballo a ellos—. Esto no fue más que una prueba para ver si rompíais filas al ver el ataque y puede que para comprobar vuestra rapidez para reaccionar o cómo están organizadas las defensas o tal vez algo que no se me ocurre, pero no cabe duda de que ha sido una prueba. Ahora ya lo saben. —Señaló al cielo, donde un solitario cuervo sobrevolaba el campo de batalla. Un cuervo normal se habría posado para darse un festín con los muertos, pero esta ave dio una última vuelta completa sobre la franja despejada y después se dirigió hacia el bosque—. El próximo ataque no se producirá de inmediato. Vi que dos o tres trollocs alcanzaban el bosque, de modo que la noticia de lo ocurrido se propagará entre ellos. Los Semihombres tendrán que recordarles que temen más a los Myrddraal que a la muerte. Sin embargo, el ataque se

producirá e indudablemente será mucho más fuerte que éste. Hasta qué punto, dependerá de cuántos Semihombres han venido por los Atajos.

—¡Luz! —exclamó Perrin—. ¿Y si hubiera un millar?

—No es probable —intervino Verin, que se acercó y dio unas palmaditas en el cuello al corcel de Tomás. El caballo de guerra aceptó sus caricias con la mansedumbre de un poni—. Por lo menos, todavía no. Ni siquiera un Renegado podría desplazar un grupo numeroso a través de los Atajos con seguridad, creo. Un hombre solo se arriesga a morir o a volverse loco entre las puertas cerradas a los Atajos, pero, digamos, un millar de hombres o un millar de trollocs atraerían al *Machin Shin* en cuestión de minutos como atraería un cuenco de miel a un monstruoso avispón. Lo más probable es que viajen en grupos de diez o veinte, cincuenta como mucho, y a intervalos espaciados. Por supuesto, queda pendiente la cuestión de cuántos grupos están trayendo y cuánto tiempo dejan transcurrir entre un grupo y el siguiente. En cualquier caso, perderán algunos. Cabe la posibilidad de que los Engendros de la Sombra atraigan menos que los humanos al *Machin Shin*, pero… Ummmm. Fascinante idea. Me pregunto… —Verin palmeó la pierna de Tomás del mismo modo que había hecho con su caballo y se dio media vuelta, perdida ya en profundas reflexiones. El Guardián taconeó a su montura y fue tras la Aes Sedai.

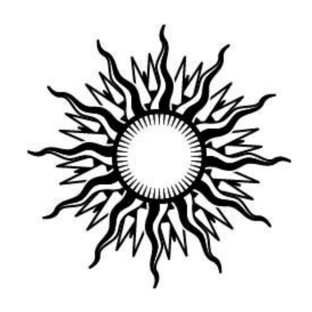
—Si se te ocurre acercarte siquiera un paso hacia el Bosque del Oeste —dijo calmosamente Faile—, te llevaré de vuelta a la posada por una oreja y te ataré a la cama yo misma.

—Ni se me había pasado por la cabeza —mintió Perrin, que hizo volver grupas a *Brioso*, de manera que dejó el bosque a su espalda. Un hombre y un Ogier tenían posibilidad de pasar inadvertidos y llegar a salvo a las montañas. Quizá. La puerta a los Atajos tenía que quedar clausurada permanentemente para que Campo de Emond tuviera una oportunidad de sobrevivir—. Tú me disuadiste de ello, ¿recuerdas? —Otro hombre podría encontrarlos sabiendo hacia dónde se dirigían. Tres pares de ojos mantendrían una vigilancia más eficaz que dos, sobre todo si el tercero era el suyo y, desde luego, aquí no estaba haciendo nada provechoso. Un espantapájaros con sus ropas y montado en *Brioso* haría el mismo servicio.

De repente, alzándose sobre la alborozada algarabía que lo rodeaba, escuchó otros gritos más penetrantes, un clamor procedente del sur, cerca del Antiguo Camino.

—¡Dijo que no volverían tan pronto! —gruñó, y clavó los talones en los ijares de *Brioso*.

45



La espada del gitano

Seguido de cerca por Faile, Perrin cruzó el pueblo a galope y encontró a los hombres del flanco sur apiñados, escudriñando a través del campo despejado de árboles y murmurando entre sí, algunos de ellos con los arcos medio tensados. Dos carromatos cerraban la brecha abierta en la empalizada para el Antiguo Camino. La baja valla de piedra más próxima, que rodeaba una plantación de tabaco, se alzaba a quinientos pasos, de modo que en la franja de tierra que había entre medias no quedaba ningún obstáculo más alto que los rastrojos. A corta distancia, las flechas brotaban del suelo como malas hierbas. En la lejanía se elevaban espesas volutas de humo en una docena de sitios distintos, algunas de las negras columnas tan anchas que sólo podían deberse a que los campos estuvieran ardiendo.

Allí estaban Cenn Buie y Hari y Darl Coplin. Bili Congar rodeaba con un brazo los hombros de su primo Wit, el huesudo esposo de Daise, que, a juzgar por su gesto, habría querido que Bili no estuviera tan cerca para que no le echara encima el aliento. Ninguno de ellos olía a miedo, sólo a excitación. Aparte de Bili, por supuesto, que apestaba a cerveza. Al verlo llegar, por lo menos diez hombres intentaron explicarle al mismo tiempo qué había ocurrido, algunos en un tono más alto que otros.

—Los trollocs también nos acosaron por aquí —gritó Hari Coplin—, pero los rechazamos, ¿verdad?

Hubo murmullos ratificando sus palabras, pero también hubo igual número de miradas poco convencidas entre los hombres, que cargaron el peso en uno y otro pie de forma alternativa, con azoramiento.

—Aquí también ha habido héroes —manifestó a voz en grito Darl—. Los que estabais en el lado del bosque no habéis sido los únicos. —Más corpulento que su hermano, Darl tenía la misma cara de comadreja que todos los Coplin, el mismo gesto avinagrado en la boca, como si acabara de dar un mordisco a un caqui verde. Cuando creyó que Perrin no lo estaba mirando, le asestó una mirada rencorosa, y no porque lamentara realmente no haber estado afrontando el ataque del bosque. Darl, Hari y casi todos los miembros de su familia generalmente encontraban el modo de verse como las víctimas de algún engaño en cualquier situación.

—¡Esto se merece un trago! —anunció Bili, que sufrió un desengaño cuando nadie secundó su propuesta.

Una cabeza asomó por encima de la distante valla y volvió a agacharse con presteza, aunque, antes de que desapareciera, Perrin tuvo tiempo de atisbar una chaqueta de color amarillo intenso.

—No son trollocs —gruñó, indignado—. ¡Son gitanos! Habéis estado disparando a unos Tuatha'an. Quitad esas carretas de ahí y apartadlas a un lado. —Se puso de pie en los estribos, hizo bocina con las manos y gritó—: ¡Podéis salir! ¡Nadie os hará daño! He dicho que apartéis esas carretas —espetó a los hombres que estaban a su alrededor, mirándolo de hito en hito. ¡Mira que confundir a unos gitanos con trollocs! —. E id a recoger vuestras flechas, porque las necesitaréis realmente antes o después. —Lentamente, algunos empezaron a moverse para obedecerle, y Perrin volvió a gritar—: ¡Nadie os hará daño! ¡Vamos, salid!

Las carretas se movieron hacia los lados en medio de chirridos que indicaban unos ejes faltos de grasa. Entre tanto, varios Tuatha'an vestidos con ropas de colores chillones saltaron por encima de la valla, y a éstos los siguieron otros pocos más; se encaminaron hacia el pueblo con un trote vacilante, al parecer tan temerosos de lo que les aguardaba al frente como a lo que quiera que hubiera a sus espaldas. Se agruparon en una piña al ver a los hombres que salían corriendo del pueblo, y faltó poco para que dieran media vuelta cuando los vecinos de Dos Ríos llegaron cerca de ellos y empezaron a recoger las flechas hincadas en el suelo mientras los observaban con curiosidad. Con todo, siguieron avanzando hacia la aldea.

A Perrin se le helaron las entrañas al verlos. Eran alrededor de veinte adultos, entre hombres y mujeres, algunos con niños en brazos, y otro puñado de chiquillos a pie, todos ellos con las llamativas ropas desgarradas y manchadas de tierra. Y también algunos con sangre, comprobó a medida que se acercaban. Y ésos eran todos de… ¿cuántos habían ido en la caravana? Al menos estaba Raen, que caminaba como si estuviera aturdido, guiado por Ila; la mujer tenía una contusión oscura e hinchada en un lado de la cara. Por lo menos ellos habían sobrevivido.

Los Tuatha'an se detuvieron a corta distancia de la barricada y contemplaron con inquietud las puntiagudas estacas y a los numerosos hombres armados. Algunos niños se aferraron a las piernas de los mayores y ocultaron el rostro. Olían a miedo, a terror. Faile desmontó de un salto y corrió hacia ellos, pero aunque Ila la abrazó no avanzó un solo paso más. Pareció que la mujer mayor recibía consuelo de la joven.

—No os haremos daño —repitió Perrin. «Tendría que haberlos obligado a venir. Así me abrase la Luz, ¡debí obligarlos!»—. Bienvenidos a nuestras fogatas.

—Gitanos. —Hari apretó la boca en un gesto de desprecio—. ¿Para qué nos hace falta un puñado de gitanos ladrones? Se llevan todo lo que no esté clavado al suelo.

Darl abrió la boca, sin duda para apoyar a Hari; pero, antes de que tuviera tiempo

de decir nada, se alzó una voz entre la multitud:

—¡Igual que haces tú, Hari! Sólo que además te llevarías los clavos.

Algunas risitas hicieron que Darl cerrara la boca de golpe, pero no fueron muchos los que rieron el chiste, y los que sí lo hicieron miraron a los sucios Tuatha'an y bajaron la vista con gesto de desagrado.

—¡Hari tiene razón! —gritó Daise Congar, que se abrió paso a empujones, apartando sin miramiento a los hombres—. ¡Los gitanos roban, pero no son sólo cosas! ¡También roban niños! —Siguió avanzando hasta llegar junto a Cenn Buie y sacudió su grueso índice delante de las narices del viejo, que retrocedió tanto como se lo permitían las apreturas; Daise le sacaba más de un palmo y pesaba bastante más que él—. Se supone que formas parte del Consejo del Pueblo, pero si no haces caso a la Zahorí haré que el Círculo de Mujeres se encargue de esto y nos ocuparemos de solucionar el problema.

Algunos de los hombres rezongaron y asintieron con la cabeza. Cenn se rascó el ralo cabello, mirando de reojo a la Zahorí.

—Eh… Bueno, Perrin… —balbució con su voz rasposa—, los gitanos tienen mala reputación, tú lo sabes, y… —Se interrumpió bruscamente a la par que saltaba hacia atrás cuando Perrin hizo volver grupas a *Brioso* para encarar a la gente de Dos Ríos.

No pocos tuvieron que apartarse precipitadamente ante el corcel pardo, pero al joven lo trajo sin cuidado.

—No rechazaremos a nadie —manifestó con voz tensa—. ¡A nadie! ¿O acaso pretendéis enviar ahí fuera a unos niños, al alcance de los trollocs? —Uno de los chiquillos Tuatha'an rompió a llorar, aterrorizado, y Perrin se increpó para sus adentros por haber dicho aquello, pero Cenn se había puesto rojo como un pimiento e incluso Daise parecía avergonzada.

—Por supuesto que los acogemos —manifestó bruscamente el viejo techador, que se volvió hacia Daise, tan encrespado como un gallo de pelea dispuesto a enfrentarse a un mastín—. ¡Y si quieres meter en esto al Círculo de Mujeres, el Consejo del Pueblo os pondrá a todas en vuestro sitio! ¡No lo dudes!

—Siempre fuiste un viejo tonto, Cenn Buie —resopló Daise—. ¿Es que piensas que vamos a permitir que rechacéis a unos niños estando ahí fuera los trollocs? —Cenn abrió la boca para protestar; pero, antes de que tuviera ocasión de decir una sola palabra, la Zahorí plantó la mano en su escuálido pecho y lo apartó de un empujón. Esbozando una sonrisa, Daise se dirigió hacia los Tuatha'an y rodeó con su brazo los hombros de Ila en un gesto de ánimo—. Venid conmigo y me ocuparé de que tengáis un buen baño caliente y un lugar donde descansar. Todas las casas están abarrotadas, pero encontraremos sitio para todos. Venid.

Marin al'Vere se abrió paso entre la multitud junto con Alsbet Luhhan, Natti

Cauthon, Neysa Ayellan y otras mujeres y cogieron a los niños o echaron el brazo protectoramente alrededor de las mujeres Tuatha'an, instándolas a acompañarlas mientras asestaban miradas ceñudas a los hombres de Dos Ríos para que les hicieran paso. Y no es que ahora se resistiera nadie, pero llevó un poco de tiempo que la apiñada multitud se apartara para abrirles un camino.

Faile lanzó una mirada de admiración a Perrin, pero el joven sacudió la cabeza. Esto no tenía nada que ver con su condición de *ta'veren*; las gentes de Dos Ríos podrían necesitar que les indicaran de vez en cuando el comportamiento correcto, pero sabían reaccionar en consonancia cuando era así. Hasta Hari Coplin, que observaba cómo las mujeres conducían a los gitanos hacia el interior del pueblo, ya no tenía una expresión tan agria como antes. Bueno, al menos, un poquito menos agria. Era absurdo esperar que ocurrieran milagros.

Al pasar tambaleándose junto a Perrin, Raen alzó la vista hacia el joven.

—La Filosofía de la Hoja es el estilo de vida correcto. Todas las cosas mueren cuando les llega su hora, y… —Enmudeció sin acabar la frase, como si no pudiera recordar qué iba a decir.

—Llegaron anoche —informó Ila, que hablaba con dificultad debido a la hinchazón de la cara. Sus ojos estaban casi tan vidriosos como los de su marido—. Los perros nos habrían ayudado a escapar, pero los Hijos los mataron a todos y… No se pudo hacer nada.

Detrás de ella venía Aram, tiritando bajo su chaqueta de rayas amarillas, contemplando fijamente a los hombres armados. Casi todos los niños Tuatha'an lloraban ahora.

Perrin observó con el ceño fruncido el humo que se alzaba hacia el sur. Girándose sobre la silla alcanzó a ver más columnas negras al norte y al este. Aun en el caso de que el humo procediera de las granjas abandonadas, los trollocs habían estado muy ocupados durante la noche. ¿Cuántos harían falta para incendiar tantas granjas contando incluso con que fueran corriendo de una a otra y sin perder más tiempo que el necesario para arrojar una antorcha en una casa vacía o un campo abandonado? Seguramente tantos como los que habían matado hoy. ¿Y qué conclusiones podían sacarse de esto respecto al número de trollocs que había en Dos Ríos? No parecía muy probable que una sola banda fuera la responsable de todos los incendios además de la destrucción de la caravana del Pueblo Errante.

Al posar los ojos de nuevo en el grupo de Tuatha'an que las mujeres conducían hacia el interior del pueblo, sintió una punzada de remordimiento. Habían presenciado cómo asesinaban a familiares y amigos anoche y aquí estaba él, reflexionando fríamente sobre el número de enemigos. Oía los murmullos de algunos hombres que intentaban determinar de qué granja salía cada columna de humo. Para todas estas personas aquellos incendios representaban enormes pérdidas, grandes

dificultades para rehacer sus vidas si tenían ocasión de hacerlo, no sólo números. Su presencia no era necesaria aquí, de modo que, ahora que Faile estaba ocupada en ayudar a los gitanos, era el momento de ir en pos de Loial y Gaul. Maese Luhhan, que llevaba el delantal de herrero encima del chaleco, agarró a *Brioso* por el freno.

—Perrin, tienes que ayudarme. Los Guardianes quieren que forje más piezas para tener más de esas catapultas, pero tengo a veinte hombres pegados a los talones insistiendo en que les repare algunas piezas de armaduras que sus necios tatarabuelos compraron a unos necios guardias de mercaderes.

—Me gustaría echaros una mano, pero he de ocuparme de otro asunto que requiere mi presencia —se disculpó Perrin—. De todos modos, no estaría muy suelto en el trabajo. Apenas he hecho nada en una forja durante este último año.

—Luz, no me refería a eso. Nada de que trabajaras con el martillo. —El herrero hablaba como escandalizado—. Cada vez que echo con cajas destempladas a uno de esos cabezas de chorlito, lo tengo de nuevo en la herrería al cabo de diez minutos esgrimiendo otro argumento. No me dejan trabajar. A ti te harían caso.

Si pasaban por alto lo que les dijera maese Luhhan, Perrin dudaba mucho que le obedecieran a él. Aparte de pertenecer al Consejo del Pueblo, Haral Luhhan era lo bastante corpulento para levantar en vilo a casi cualquier hombre de Dos Ríos y echarlo a patadas si era preciso. Sin embargo, lo acompañó a la improvisada forja que maese Luhhan había instalado en un cobertizo provisional levantado a toda prisa cerca del Prado. Seis hombres se arremolinaban en torno a los yunques salvados de la herrería incendiada por los Capas Blancas mientras que otro se entretenía en manejar el enorme fuelle, hasta que el herrero lo hizo apartarse de los largos mangos a fuerza de gritos. Para sorpresa de Perrin los hombres le hicieron caso cuando les dijo que se fueran, sin necesidad de recurrir a una arenga para doblegarlos al deseo de un *ta'veren* sino simplemente aduciendo que maese Luhhan estaba muy ocupado. Indudablemente, el herrero habría podido hacer exactamente lo mismo, pero estrechó la mano de Perrin mientras le daba las gracias una y otra vez antes de ponerse a trabajar.

Perrin se inclinó en la silla de *Brioso* para coger por el hombro a un vecino, un granjero calvo llamado Get Eldin, y le pidió que se quedara para echar a cualquier otro que intentara interrumpir a maese Luhhan. Get debía de triplicarle la edad, pero el hombre de rostro arrugado y curtido se limitó a asentir y tomó posiciones cerca de donde Haral descargaba el martillo sobre el hierro caliente. Ahora podía marcharse, antes de que Faile regresara.

Empero, no bien acababa de hacer volver grupas a *Brioso* cuando apareció Bran con la lanza cargada al hombro y el casco sujeto debajo del brazo.

—Perrin, tiene que haber un modo más rápido de avisar a los pastores para que se refugien en el pueblo si vuelven a atacarnos. Aunque utilizó a los corredores más

veloces, Abell sólo había conseguido que llegaran menos de la mitad cuando los trollocs salieron del bosque.

Eso fue fácil de resolver; tuvo la suerte de acordarse de una vieja y herrumbrosa corneta que Cenn Buie tenía colgada en una pared de su casa y se estableció una señal de tres toques largos que oiría hasta el pastor más alejado del pueblo. Esto, cómo no, dio pie al tema de acordar otras señales tales como ordenar que todos los que no combatían se refugiaran en sus casas si se esperaba un ataque. Lo que condujo, naturalmente, a la pregunta de cómo saber cuándo se avecinaba un ataque. Resultó que Bain, Chiad y los Guardianes se mostraron bien dispuestos para patrullar, aunque cuatro no eran suficientes. De modo que hubo que encontrar a los más expertos en los bosques y a los mejores rastreadores y proporcionarles caballos para que pudieran llegar a Campo de Emond antes que cualquier grupo de trollocs que localizaran.

Después de eso, tuvo que encargarse de calmar a Buel Dowtry. El viejo y encanecido flechero, que tenía una nariz casi tan afilada como una punta de flecha, sabía de sobra que la mayoría de los granjeros solía fabricar sus propias saetas, pero se oponía firmemente a que nadie lo ayudara aquí en el pueblo, como si fuera capaz por sí solo de mantener llenas todas las aljabas. Perrin no habría sabido decir cómo se las ingenió para aplacar el malhumor de Buel, pero cuando se marchó había conseguido, de algún modo, dejar al hombre enseñando alegremente a un puñado de chiquillos a atar y pegar los penachos de plumas de ganso.

Eward Candwin, el robusto tonelero, le planteó un problema diferente. Con tantas personas necesitando agua, tenía pendientes de hacer tantos cubos y barriles que tardaría semanas en fabricarlos él solo. No le llevó mucho tiempo a Perrin encontrar ayudantes de confianza que supieran al menos cómo biselar las duelas, pero siguieron llegando más personas planteando preguntas y problemas que, por lo visto, pensaban que sólo Perrin sabía cómo solucionar, desde organizar la incineración de los cadáveres de los trollocs hasta si sería seguro volver a sus granjas para salvar lo que se pudiera. A esto último respondió con un «no» rotundo cada vez que se lo preguntaron —y casi siempre lo hacían hombres y mujeres que miraban ceñudos las columnas de humo que se elevaban sobre el campo—, pero a otros interrogantes se limitaba a preguntar a esa persona cuál le parecía que era la mejor solución y lo animaba a hacer lo que había sugerido. Rara vez tuvo que discurrir una solución por sí mismo; la gente sabía qué hacer, sólo que tenía la estúpida idea de que debía preguntarle a él.

Dannil, Ban y los otros lo encontraron e insistieron en acompañarlo a todas partes con aquel condenado estandarte, como si con el grande que ondeaba en el Prado no fuera suficiente, hasta que los mandó a proteger a los hombres que habían vuelto a la línea del Bosque del Oeste para talar más árboles. Al parecer, Tam —¡Tam, quién lo

habría dicho!— les había contado una historia sobre una tropa llamada los Compañeros, en Illian, unos soldados que cabalgaban con el general de un ejército illiano y que se lanzaban a combatir allí donde la batalla estaba más reñida. Por lo menos se llevaron el estandarte. Perrin se sentía como un necio con aquella cosa ondeando tras él.

A media mañana llegó Luc —la viva estampa de la arrogancia— respondiendo con leves inclinaciones de cabeza a las escasas aclamaciones que le dirigieron, aunque era un misterio la razón de que alguien quisiera aclamarlo. Traía consigo un trofeo que sacó de una bolsa de cuero y que hincó en una pica al borde del Prado para que todo el mundo pudiera mirarlo boquiabierto: la cabeza sin ojos de un Myrddraal. Con una actitud modesta, aunque teñida con cierto aire de superioridad, dejó caer que había matado al Fado cuando topó con una banda de trollocs. Un admirado séquito lo acompañó para mostrarle la escena de la batalla —habían dado en llamarlo así— sostenida en el pueblo, donde los caballos arrastraban los cadáveres de trollocs hacia grandes piras de las que ya se alzaban negras nubes de humo apestoso. Luc se mostró adecuadamente admirado, como correspondía, y sólo hizo una o dos críticas al modo en que Perrin había dispuesto a sus hombres; así era como lo contaban las gentes de Dos Ríos, con Perrin situando las tropas y dando órdenes, cosa que no había hecho en ningún momento.

Luc dedicó al joven una altanera sonrisa de aprobación.

—Lo hiciste muy bien, muchacho. Tuviste suerte, desde luego, pero existe lo que se llama la suerte del principiante, claro está.

Cuando se marchó a su habitación en la Posada del Manantial, Perrin hizo que bajaran la cabeza clavada en la pica y la enterraran. No era precisamente una cosa que la gente debiera ver, especialmente los niños.

Las preguntas se sucedieron conforme avanzaba el día hasta que, de repente, cayó en la cuenta de que el sol estaba en su cenit; no había comido nada y su estómago se lo estaba recordando de un modo sonoro que no dejaba lugar a dudas.

—Señora al'Caar —respondió, cansado, a la mujer que estaba plantada junto al estribo—, supongo que los niños pueden jugar en cualquier parte, siempre y cuando haya alguien vigilándolos para que no vayan más allá de las últimas casas. ¡Luz, mujer, eso lo sabéis mejor que yo, porque sabéis más de niños! Si no ¿cómo os las arreglasteis para criar a vuestros cuatro hijos? —El más pequeño de ellos tenía seis años más que el propio Perrin.

Nela al'Caar frunció el ceño y sacudió la cabeza con tanta energía que la canosa coleta se meció sobre su hombro. Por un momento, Perrin creyó que iba a darle un bofetón por hablarle de ese modo, y casi deseó que lo hiciera, Al menos diferiría de la actitud de todo el mundo, que quería saber lo que él creía que debía hacerse sobre esto o aquello.

—Por supuesto que sé mucho de niños —replicó la mujer—. Sólo quería asegurarme de hacer las cosas del modo que quieres. Bien, entonces así lo haremos.

Perrin suspiró y esperó a que la mujer se diera media vuelta para hacer volver grupas a *Brioso* en dirección a la Posada del Manantial. Dos o tres personas lo llamaron, pero hizo caso omiso. Del modo que quería que se hiciera. ¡Vaya! ¿Qué le pasaba a esta gente? Los habitantes de Dos Ríos no actuaban así. Y los de Campo de Emond, menos aun. Les gustaba dar su opinión en todo y hacer las cosas a su modo. Discusiones con el Consejo del Pueblo y entre los miembros del Consejo acababan a golpes a la primera ocasión que se presentaba. Y, aunque el Círculo de Mujeres creía que llevaban sus asuntos con más circunspección, lo cierto es que no había un solo hombre en el pueblo que no supiera interpretar lo que apuntaba el aspecto de las mujeres, ceñudas y con las coletas casi tan erizadas como las colas de unos gatos rabiosos.

«¿Que qué quiero? —se dijo, furioso—. Lo que quiero es algo de comer, un sitio donde nadie me esté machacando con preguntas.» Al desmontar frente a la puerta de la posada se tambaleó y pensó que podría añadir una cama a la lista. No era más que mediodía, *Brioso* había hecho todo el trabajo, y ya se sentía completamente agotado. A lo mejor Faile tenía razón, después de todo. Quizá lo de ir tras Loial y Gaul era realmente una mala idea.

Cuando entró en la sala, la señora al'Vere le echó una ojeada y lo hizo sentarse en una silla sonriéndole maternalmente.

—Olvídate durante un rato de organizar las cosas y dar órdenes —le dijo con firmeza—. Campo de Emond puede sobrevivir durante una hora por sí mismo mientras comes algo.

Se marchó presurosa antes de que Perrin tuviera tiempo de contestar que Campo de Emond podía sobrevivir perfectamente sin él.

La sala estaba casi vacía. Natti Cauthon se encontraba sentada a una mesa enrollando vendas que iba apilando en un montón delante de ella, pero también se las componía para no perder de vista a sus hijas, que estaban al otro lado de la sala, aunque las dos eran lo bastante mayores para llevar el pelo trenzado en una coleta. La razón era bien sencilla: Bode y Eldrin se habían sentado con Aram y engatusaban al joven gitano para que comiera. De hecho, le estaban dando de comer y hasta le limpiaban la barbilla. Por el modo en que sonreían al chico, a Perrin lo sorprendió que Natti no se hubiera sentado ya con ellas, ni que llevaran trenza ni que no. El joven era apuesto, suponía; tal vez más que Wil al'Seen. Al menos Bode y Eldrin parecían ser de esa opinión. Por su parte, Aram sonreía de vez en cuando —eran unas muchachitas bastante guapas; tendría que haber estado ciego para no darse cuenta, y Perrin dudaba mucho que a Aram se le pasara por alto ninguna chica bonita—, pero rara vez tragaba bocado sin que su mirada pasara sobre las lanzas y picas apoyadas

contra las paredes. Para un Tuatha'an debía de ser un espectáculo horrible.

—La señora al'Vere dice que por fin te has cansado de estar subido al caballo —comentó Faile, saliendo por la puerta de la cocina. Sorprendentemente, llevaba puesto un delantal blanco igual al de Marin, tenía las mangas recogidas hasta los codos y sus manos estaban manchadas de harina. Como si se diera cuenta en ese momento, se quitó el delantal, se limpió precipitadamente las manos en él y lo echó sobre el respaldo de una silla—. Nunca había horneado pan —manifestó al tiempo que se bajaba las mangas y se reunía con él—. Es muy divertido hacer la masa del pan. A lo mejor me apetece hacerlo otra vez algún día.

—Pues si no preparas masa y la horneas ¿dónde vamos a conseguir el pan? —comentó él—. No estoy dispuesto a pasarme toda la vida viajando de aquí para allí pagando comidas en posadas o alimentándome con lo que consiga capturar con lazos, trampas y honda.

Faile sonrió como si hubiera dicho algo muy divertido aunque el joven no habría sabido decir qué había de gracioso en sus palabras aunque en ello le hubiera ido la vida.

—La cocinera se encargará de eso, por supuesto —respondió ella—. En realidad, lo hará una pinche, supongo, aunque la cocinera supervisará su trabajo.

—La cocinera —rezongó a la par que sacudía la cabeza—. O una de las pinches. Sí, claro. ¿Cómo no se me ocurrió?

—¿Qué pasa, Perrin? Pareces preocupado. No creo que las defensas puedan resultar más seguras sin una muralla.

—No es eso, Faile. Eso de Perrin Ojos Dorados está llegando demasiado lejos. No sé qué piensan que soy, pero no dejan de preguntarme qué hacer y si todo está bien cuando ellos saben muy bien lo que tienen que hacer o lo deducirían con pensarlo durante dos minutos.

La joven lo observó un momento, estudiando pensativamente su rostro con aquellos oscuros y rasgados ojos.

—¿Cuántos años hace que la reina de Andor gobernó esta comarca realmente? —preguntó después.

—¿La reina de Andor? Pues no lo sé. Quizás hace un siglo. O puede que dos. ¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—Estas personas no recuerdan cómo han de tratar a una reina. O a un rey. Están intentando descifrarlo, así que tienes que ser paciente con ellos.

—¿Un rey? —repitió débilmente. Dejó caer la cabeza sobre los brazos apoyados en la mesa—. ¡Oh, Luz!

Faile rió quedamente y le revolvió el pelo.

—Bueno, quizás un rey no. Dudo mucho que Morgase lo consintiera. Pero sí un líder. Y, desde luego, sí que aceptaría de buen grado a un hombre que le devuelve

unas tierras que su trono no ha controlado desde hace un siglo o más. Indudablemente, haría lord a ese hombre. Perrin de la casa Aybara, lord de Dos Ríos. Suena bien.

—En Dos Ríos no necesitamos ningún lord —gruñó sin levantar la cabeza—. Ni reyes ni reinas. ¡Somos hombres libres!

—También los hombres libres pueden necesitar alguien a quien seguir —adujo suavemente Faile—. La mayoría quiere creer en algo mayor que ellos mismos, en algo más ancho que sus propios campos. Por eso existen las naciones, Perrin, y los pueblos. Hasta Raen e Ila se ven a sí mismos como parte de algo más grande que sus propios carromatos. Han perdido sus carretas y a casi toda su familia y amigos, pero otros Tuatha'an continúan buscando la canción, y ellos volverán a buscarla porque pertenecen a algo más que a unos cuantos carromatos.

—¿A quién pertenecen éstas? —preguntó Aram de improviso.

Perrin levantó la cabeza. El joven gitano estaba de pie y miraba con incertidumbre las lanzas apoyadas en la pared.

—Pertenecen a cualquiera que quiera una, Aram. Nadie va a herirte con ellas, créeme. —No estaba seguro de que Aram diera crédito a sus palabras a juzgar por el modo en que empezó a caminar lentamente alrededor de la sala, con las manos metidas en los bolsillos y mirando de soslayo las lanzas y las picas.

Perrin se alegró de dedicarse a comer cuando Marin le trajo un plato con carne de pato en lonjas, acompañada con nabos, guisantes y pan crujiente. O, mejor dicho, se habría puesto a comer, pero Faile le colocó una servilleta bordada con flores debajo de la barbilla y le quitó de las manos el cuchillo y el tenedor. Por lo visto le parecía divertido darle de comer igual que Bode y Eldrin habían hecho con Aram. Las chicas Cauthon lo miraron y se echaron a reír; también Natti y Marin esbozaban sendas sonrisas. Perrin no le encontraba la gracia, pero aceptó de buen grado que Faile le diera de comer aunque él habría podido hacerlo más fácilmente, ya que tenía que estirar el cuello para coger lo que la joven pinchaba con el tenedor.

El lento deambular de Aram no cesó hasta haber dado tres vueltas completas a la sala; entonces se paró al pie de la escalera y miró fijamente el barril que contenía las espadas de diversos tipos. Alargó la mano y sacó una de las armas, que sostuvo con torpeza. La empuñadura, forrada con cuero, era lo bastante larga para que la agarrara con las dos manos.

—¿Puedo usar ésta? —preguntó.

A Perrin se le atragantó el bocado y casi se ahogó.

Alanna apareció en lo alto de la escalera, con Ila; la Tuatha'an parecía cansada, pero la contusión de la cara había desaparecido.

—… lo mejor es dormir —estaba diciendo la Aes Sedai—. Lo que lo tiene postrado es la conmoción sufrida por su mente, y eso no puedo curarlo.

Los ojos de Ila se posaron en su nieto y en lo que sostenía en las manos, y gritó como si la hoja del arma la hubiera atravesado.

—¡No, Aram! ¡Nooo! —Estuvo a punto de caer en su precipitación por bajar la escalera y arrojarse sobre Aram para intentar arrancarle la espada de las manos—. No, Aram —jadeó, falta de aliento—. No debes hacerlo. Suéltala. Recuerda la Filosofía de la Hoja. ¡No debes! ¡Por favor, Aram, por favor!

El joven gitano se movía a su alrededor, esquivándola torpemente mientras procuraba evitar que le quitara la espada.

—¿Por qué no? —gritó, furioso—. ¡Mataron a mi madre! ¡Los vi! Podría haberla salvado si hubiera tenido una espada. ¡La habría salvado!

Sus palabras fueron como un puñal que atravesara el pecho de Perrin. Un gitano empuñando una espada era algo antinatural que le ponía los pelos de punta, pero aquellas palabras… Su madre.

—Dejadlo en paz —instó con más dureza de lo que era su intención—. Todo hombre tiene derecho a defenderse, a defender a su… Está en su derecho.

Aram se volvió hacia él y levantó el arma.

—¿Me enseñarás cómo utilizarla?

—No sé manejarla —respondió Perrin—. Pero puedo encontrar a alguien que te adiestre en su manejo.

—Los trollocs se llevaron a mi hija. —Las lágrimas se deslizaban por el rostro crispado de Ila y los sollozos le sacudían el cuerpo—. Y a todos mis nietos salvo uno, y ahora me lo arrebatas tú. Se ha convertido en un Errante por tu culpa, Perrin Aybara. En el fondo de tu ser ya eres un lobo y harás lo mismo de él. —Le dio la espalda y remontó los peldaños ciegamente, sin dejar de sollozar.

—¡Podría haberla salvado! —le gritó Aram—. ¡Abuela! ¡Podría haberla salvado! —La mujer no miró atrás y, cuando desapareció en el descansillo, el muchacho se apoyó pesadamente contra la barandilla, sollozando—. La habría salvado, abuela. La habría…

Perrin advirtió que Bode lloraba también, con la cara hundida entre las manos, y las otras mujeres lo miraban, ceñudas, como si hubiera hecho algo malo. No. Todas no. Alanna lo observaba desde lo alto de la escalera con la indescifrable calma de las Aes Sedai, y el semblante de Faile era igualmente impasible.

Se limpió la boca, tiró la servilleta sobre la mesa y se incorporó. Todavía estaba a tiempo de decirle a Aram que soltara la espada y que fuera a pedirle perdón a Ila. Todavía estaba a tiempo de decirle… ¿Qué? ¿Qué quizá la próxima vez no estaría presente para presenciar cómo morían sus seres queridos? ¿Que tal vez cuando regresara se encontraría con sus tumbas?

Le puso la mano en el hombro, y Aram dio un respingo a la par que aferraba con más fuerza la espada, como si temiera que fuera a quitársela. El joven gitano exudaba

un olor a emociones impetuosas, a miedo, odio y una insondable tristeza. Errante, lo había llamado Ila. La expresión de sus ojos era la de un hombre perdido.

—Lávate la cara, Aram. Después ve en busca de Tam al'Thor y le dices de mi parte que te enseñe a manejar la espada.

Lentamente, el otro joven alzó el rostro.

—Gracias —balbució al tiempo que se limpiaba las lágrimas con la manga de la chaqueta—. Gracias. Jamás olvidaré esto. Jamás. Lo juro. —Inesperadamente, levantó el arma para besar la recta cuchilla; el pomo de la empuñadura era una cabeza de lobo hecha de bronce—. Lo juro. ¿No es así como se hace?

—Supongo que sí —respondió tristemente Perrin, que se preguntó por qué se sentía apesadumbrado. La Filosofía de la Hoja era una idea hermosa, como un sueño de paz, pero, al igual que un sueño, no podía perdurar cuando se desataba la violencia. Y no sabía de ningún lugar donde no la hubiera. La Filosofía de la Hoja era un sueño para otro hombre en otro tiempo. Quizás en alguna otra Era—. Ve, Aram. Tienes mucho que aprender en muy poco tiempo.

Todavía dándole las gracias, el joven gitano ni siquiera se entretuvo en lavarse la cara llorosa y salió corriendo de la posada, sosteniendo la espada ante sí con las dos manos.

Consciente del entrecejo fruncido de Eldrin, de la postura en jarras de Marin y del gesto enojado de Natti, por no mencionar los sollozos de Bode, Perrin regresó a la silla. Alanna ya no estaba en lo alto de la escalera y Faile lo miró en silencio mientras él cogía el cuchillo y el tenedor.

—¿Lo desapruebas? —le preguntó en voz queda—. Un hombre está en su derecho de defenderse, Faile. Incluso Aram. Nadie puede obligarlo a seguir la Filosofía de la Hoja si él no quiere.

—No me gusta verte sufrir —repuso ella muy bajito.

El cuchillo se detuvo a medio cortar un trozo de carne. ¿Sufrir? Ese sueño no era para él.

—Sólo estoy cansado —contestó, sonriendo, aunque dudaba que Faile le creyera.

Antes de que tuviera tiempo de llevarse otro trozo de carne a la boca, Bran asomó la cabeza por la puerta principal. Volvía a llevar puesto el casco.

—Unos jinetes se aproximan por el norte, Perrin. Muchos, y tengo la impresión de que son Capas Blancas.

Faile salió presurosa de la sala al tiempo que Perrin se levantaba de la silla, y cuando el joven estuvo fuera, montado en *Brioso*, con el alcalde mascullando entre dientes qué iba a decirles a los Capas Blancas, la muchacha apareció por la esquina de la posada a lomos de su negra yegua. Mucha gente había abandonado sus quehaceres para correr hacia el norte del pueblo, pero Perrin no tenía ninguna prisa. Era muy probable que los Hijos de la Luz vinieran a arrestarlo. Seguramente era la

razón de su presencia allí. No estaba dispuesto a permitir que se lo llevaran encadenado, pero tampoco deseaba pedirle a la gente que luchara contra los Capas Blancas por causa suya. Fue en pos de Bran y se unió a la nutrida columna de hombres, mujeres y niños que cruzaban el Puente de los Carros sobre el arroyo del manantial; los cascos de *Brioso* y *Golondrina* resonaron en las gruesas planchas de madera. A lo largo del cauce crecían unos cuantos sauces altos. El puente era el arranque del Camino del Norte, que llevaba a Colina del Vigía y más allá. Para entonces, las lejanas columnas de humo se habían reducido a tenues volutas a medida que los incendios se consumían.

Allí donde el camino salía del pueblo, encontró un par de carretas cerrando el paso y hombres agrupados detrás de una barrera de afiladas estacas que empuñaban arcos, picas o armas improvisadas y que olían a excitación. Murmuraban entre sí y todos se apelotonaban para ver lo que venía por el camino: una larga columna de jinetes con blancas capas que dejaban una nube de polvo tras de sí. Los hombres llevaban yelmos cónicos y bruñidas armaduras que relucían con el sol de la tarde, y empuñaban largas lanzas que llevaban inclinadas en un ángulo uniforme. Al frente cabalgaba un hombre joven de semblante severo y porte rígido que le resultó familiar a Perrin. Con la llegada del alcalde, los murmullos se acallaron y creció la expectación. O tal vez fue la llegada de Perrin lo que hizo enmudecer a los hombres.

A unos doscientos pasos de la estacada, el hombre de semblante severo levantó una mano, y la columna se detuvo a medida que la orden se transmitía a lo largo de las filas. A continuación se adelantó con media docena de Capas Blancas como escolta y recorrió con la mirada las carretas, las afiladas estacas y los hombres que había detrás. Su porte lo habría señalado como un hombre importante aunque no hubiera llevado los nudos de rango bajo el sol resplandeciente que adornaba su capa.

Luc había aparecido de alguna parte, esplendoroso con sus ropas rojas con bordados de oro, sobre su semental negro. Quizá fuera lógico que el oficial Capa Blanca se dirigiese a él, aunque sus oscuros ojos siguieron observando, escrutadores.

—Soy Dain Bornhald —anunció mientras frenaba su montura—, capitán de los Hijos de la Luz. ¿Habéis preparado esto para nosotros? Tenía entendido que Campo de Emond era amigo de los Hijos, ¿no? En realidad sería un pueblo de la Sombra si está cerrado para los Hijos de la Luz.

Así que era Dain Bornhald, no Geofram. Tal vez, un hijo de este último. Tanto daba. Perrin suponía que cualquiera de los dos trataría de arrestarlo. En ese momento la mirada de Bornhald pasó sobre él y volvió velozmente para quedarse fija en Perrin. Dio la impresión de que el hombre sufría una sacudida, y su mano fue rápidamente hacia la espada mientras sus labios se tensaban en un gruñido silencioso. Por un instante, Perrin creyó que el hombre estaba a punto de cargar, lanzando su caballo contra la estacada, para llegar hasta él. El oficial parecía sentir un odio personal hacia

Perrin. Al observarlo con más detenimiento, se advertía cierta flojedad en los músculos del rostro y en sus ojos había un brillo que Perrin había visto en los de Bili Congar. Casi le pareció percibir el olor a brandy.

El hombre de rostro descarnado que estaba junto a Bornhald le resultó aun más familiar. Perrin no olvidaría jamás aquellos ojos hundidos, como negros carbones ardientes. Alto, enjuto y duro como un yunque, Jaret Byar observaba a Perrin con una expresión de odio tan evidente que no dejaba lugar a dudas. Bornhald sería o no un fanático, pero Byar lo era indiscutiblemente.

Por lo visto Luc tuvo el buen juicio de no intentar usurpar el puesto de Bran; de hecho, parecía inmerso en la observación de la columna de Capas Blancas a medida que la nube de polvo se posaba y dejaba a la vista más y más filas de jinetes extendiéndose por el camino. Para disgusto de Perrin, Bran le lanzó una mirada —al aprendiz de herrero— esperando que asintiera con la cabeza antes de responder. ¡Era el alcalde! Ni a Bornhald ni a Byar les pasó por alto el silencioso intercambio.

—Campo de Emond no está cerrado expresamente para vosotros —repuso Bran, plantado muy erguido y con la lanza apoyada en el suelo e inclinada hacia un lado—. Hemos decidido defendernos nosotros mismos y así lo hemos hecho esta mañana. Si queréis ver nuestro trabajo, mirad allí. —Señaló hacia el humo que se alzaba de las piras donde ardían los cadáveres de trollocs. Un repugnante olor dulzón a carne quemada flotaba en el aire, pero nadie excepto Perrin parecía advertirlo.

—¿Habéis matado unos cuantos trollocs? —dijo Bornhald con desdén—. Vuestra suerte y pericia me asombran.

—¡No fueron pocos! —gritó alguien entre la multitud de Dos Ríos—. ¡Fueron centenares!

—¡Hubo una batalla! —gritó otra voz, a la que se sumaron docenas que chillaban furiosas al mismo tiempo.

—¡Combatimos contra ellos y vencimos!

—¿Dónde estabais vosotros?

—¡Sabemos defendernos solos, sin ayuda de Capas Blancas!

—¡Viva Dos Ríos!

—¡Viva Dos Ríos y viva Perrin Ojos Dorados!

—¡Ojos Dorados!

—¡Viva Ojos Dorados!

Leof, que tendría que haber estado vigilando a los leñadores, empezó a ondear el estandarte con la cabeza de lobo.

La mirada de Bornhald, ardiente de odio, los abarcó a todos, pero Byar hizo que su alazán se adelantara al tiempo que lanzaba un gruñido.

—¿Creéis que vosotros, granjeros, sabéis lo que es una batalla? —bramó—. ¡Anoche uno de vuestros pueblos quedó casi arrasado por los trollocs! ¡Esperad a que

vengan en gran número y entonces desearéis que vuestras madres no hubieran besado jamás a vuestros padres! —Enmudeció a un leve gesto de Bornhald, como un perro bien amaestrado obedeciendo a su amo, pero sus palabras habían acallado a la gente de Dos Ríos.

—¿Qué pueblo? —La voz de Bran sonó digna y preocupada a partes iguales—. Todos nosotros conocemos a gente de Colina del Vigía y de Deven Ride.

—A Colina del Vigía ni siquiera se han acercado —replicó Bornhald—, y no sé nada de Deven Ride. Pero esta mañana un jinete me trajo la noticia de que Embarcadero de Taren ha dejado de existir a todos los efectos. Si tenéis amigos allí, sabed que mucha gente escapó a través del río. —Su semblante se crispó una fracción de segundo—. Yo mismo he perdido casi cincuenta buenos soldados.

La noticia provocó algunos murmullos de repulsa; a nadie le gustaba oír este tipo de cosas, pero, por otro lado, ninguno de los presentes conocía a nadie en Embarcadero de Taren. Probablemente ni siquiera habían viajado tan lejos.

Luc hizo que su semental se adelantara y el animal lanzó un mordisco a *Brioso*. Perrin sujetó con firmeza las riendas de su montura antes de que los dos caballos empezaran a pelearse, pero Luc no parecía advertirlo o quizá no le importaba.

—¿Embarcadero de Taren? —repitió con voz impasible—. ¿Decís que los trollocs atacaron anoche Embarcadero de Taren?

—Eso es lo que he dicho, sí. —Se encogió de hombros—. Por lo visto los trollocs han decidido finalmente atacar los pueblos. Qué providencial que en esta aldea estuvieseis advertidos con tiempo para levantar estas fantásticas defensas. —Su mirada pasó sobre la estacada y los hombres que había detrás antes de detenerse en Perrin.

—¿Estuvo ese hombre llamado Ordeith en Embarcadero de Taren anoche? —preguntó Luc.

Perrin lo miró atentamente. Ignoraba que Luc conociera a Padan Fain ni el nombre que utilizaba ahora. Empero, la gente hablaba, sobre todo cuando alguien a quien conocían como un buhonero regresaba con una posición de autoridad entre los Capas Blancas.

La reacción de Bornhald fue tan extraña como la pregunta. Sus ojos relucieron con tanto odio como el que antes había mostrado hacia Perrin, pero su semblante se tornó pálido y se frotó los labios entreabiertos con el dorso de la mano, como si hubiera olvidado que llevaba puesto un guantelete reforzado con acero.

—¿Conocéis a Ordeith? —preguntó a su vez, inclinándose en la silla hacia donde estaba Luc.

Ahora fue Luc quien se encogió de hombros con actitud indiferente.

—Lo he visto aquí y allí desde mi llegada a Dos Ríos. Un individuo de aspecto desaliñado y el de los que lo acompañan no lo es menos. Es el tipo de hombre cuya

negligencia podría llegar al punto de permitir que un ataque de trollocs prosperara. ¿Estaba allí? En tal caso, sólo cabe esperar que muriera por su insensatez. Si no ha muerto, lo lógico es que lo tuvieseis aquí, bajo vuestra estricta vigilancia.

—Ignoramos dónde está —espetó Bornhald—. ¡Y tampoco nos importa! ¡No he venido aquí para hablar de Ordeith! —Su caballo se encabritó cuando adelantó la mano bruscamente, señalando a Perrin—. Te arresto con el cargo de Amigo Siniestro. Serás conducido a Amador y allí serás procesado bajo la Cúpula de la Verdad.

Byar contempló a su capitán con incredulidad. Tras la barrera que separaba a los Capas Blancas de los hombres de Dos Ríos se alzaron murmullos coléricos al tiempo que picas, podaderas y arcos empezaban a levantarse. Los Capas Blancas que estaban más lejos comenzaron a desplegarse en una línea reluciente cumpliendo las órdenes de un tipo tan corpulento como maese Luhhan y colocaron las lanzas en los soportes que tenían las sillas para de inmediato aprestar unos arcos cortos, indicados para utilizarlos a caballo. A esa distancia poco más podían hacer que cubrir la retirada de Bornhald y los hombres de su escolta, si es que conseguían escapar; pero el capitán no parecía ser consciente del peligro ni de nada, salvo de Perrin.

—No habrá arrestos —declaró Bran bruscamente—. Lo hemos decidido. No habrá más arrestos sin pruebas de algún delito, y han de ser pruebas que nosotros consideremos como tal. No podréis demostrarme nada que me convenza de que Perrin es un Amigo Siniestro, así que ya podéis bajar la mano.

—Traicionó a mi padre, que murió en Falme —gritó Bornhald. La cólera lo hacía temblar—. ¡Lo traicionó a los Amigos Siniestros y a las brujas de Tar Valon que asesinaron a un millar de Hijos de la Luz con el Poder Único!

Byar asintió enérgicamente a las palabras de su capitán. Algunos vecinos de Dos Ríos rebulleron con inquietud; se había propagado la noticia de lo que Verin y Alanna habían hecho aquella mañana, y, a medida que se extendía, fue aumentando la importancia y la extensión de sus actos. Pensaran lo que pensaran de Perrin, un centenar de historias sobre Aes Sedai, casi todas ellas falseadas, hacían fácil de creer que hubieran matado a mil Capas Blancas. Y, si creían eso, acabarían creyendo todo lo demás.

—Yo no traicioné a nadie —intervino Perrin levantando la voz para que todos pudieran oírlo—. Si vuestro padre murió en Falme, los que lo mataron fueron los seachan. Ignoro si son Amigos Siniestros, pero sí sé que utilizan el Poder Único en las batallas.

—¡Embustero! —escupió Bornhald—. ¡Los seachan son un cuento urdido por la Torre Blanca para ocultar sus viles mentiras! ¡Eres un Amigo Siniestro!

Bran sacudió la cabeza y ladeó un poco el casco para rascarse el ralo cabello canoso.

—No sé nada de esos… ¿seachan? Bueno, no sé nada acerca de ellos, pero lo que

sí sé es que Perrin no es un Amigo Siniestro y que vos no vais a arrestar a nadie.

Perrin comprendió que la situación se estaba haciendo más peligrosa a cada momento. También lo advirtió Byar, que tiró del brazo de Bornhald al tiempo que le susurraba algo, pero el capitán no quería, o tal vez no podía, echar marcha atrás ahora, cuando tenía a Perrin ante sus ojos. También Bran y la gente de Dos Ríos habían adoptado una actitud inflexible; seguramente ni siquiera dejarían que los Capas Blancas se lo llevaran aunque se confesara culpable de todo lo que le acusaba Bornhald. A menos que alguien hiciera algo, y rápido, la situación iba a estallar como los fuegos de artificios de los Iluminadores.

Perrin detestaba pensar con prisas. Loial tenía razón al decir que la precipitación conducía a hacer daño a las personas. Sin embargo, creyó tener una salida para este conflicto.

—¿Estaríais dispuesto a aplazar mi arresto, Bornhald, hasta que la amenaza de los trollocs haya acabado? No voy a ir a ningún sitio mientras tanto.

—¿Y por qué habría de posponerlo? —El odio tenía cegado al hombre. Si seguía por ese camino, iban a morir muchos hombres, incluido él, probablemente, y no se daba cuenta. Pero era inútil hacérselo notar.

—¿No habéis reparado en todas las granjas que han ardido esta mañana? —dijo en cambio Perrin. Hizo un gesto señalando todas las volutas de humo—. Mirad a vuestro alrededor. Vos mismo lo dijisteis. Los trollocs ya no se conforman con atacar una o dos granjas cada noche. Se disponen a arrasar pueblos. Si intentáis regresar a Colina del Vigía, puede que no lleguéis. Habéis tenido suerte de llegar hasta tan lejos sin percance. Pero si os quedáis aquí, en Campo de Emond… —Bran se volvió a mirarlo y otros hombres gritaron su oposición a voz en grito; Faile adelantó a su yegua y lo cogió del brazo, pero Perrin hizo caso omiso de todos—, sabréis dónde me encuentro, y vuestros soldados serán bienvenidos para reforzar nuestras defensas.

—¿Estás seguro de lo que dices, Perrin? —inquirió Bran, que agarró el estribo del caballo.

—¡No, Perrin! —dijo con urgencia Faile desde el otro lado—. Es un riesgo demasiado grande. No debes… Quiero decir, por favor no… ¡Oh, así la Luz me abrase! ¡No *debes* hacer esto!

—No permitiré que luchen hombres contra hombres si puedo evitarlo —le respondió firmemente—. No vamos a facilitarles la labor a los trollocs.

Faile le soltó el brazo con tanta brusquedad que casi se lo levantó. Mirando ceñuda a Bornhald, sacó una piedra de amolar de su bolsita y un cuchillo de alguna parte y empezó a afilar la hoja con un suave sonido que producía escalofríos.

—Hari Coplin no va a saber a qué atenerse ahora —comentó Bran, irónico. Enderezó el casco, se volvió hacia los Capas Blancas, y plantó el extremo romo de su lanza en el suelo—. Ya habéis oído sus condiciones. Ahora, escuchad las mías. Si

entráis en Campo de Emond, no prenderéis a nadie sin el permiso del Consejo del Pueblo, cosa que no obtendréis, así que será mejor que no hagáis ningún arresto. No entraréis en casa de nadie a menos que se os lo pida. No crearéis problemas, y participaréis en la defensa donde y cuando se os diga. ¡Y no quiero ver ni el más ligero atisbo del símbolo del Colmillo del Dragón! ¿Aceptáis? Si no lo hacéis, podéis volver por donde habéis venido.

Byar miraba al fornido alcalde como si una oveja se hubiera levantado sobre sus patas traseras y los retara a pelear. Bornhald no apartó los ojos de Perrin un solo momento.

—De acuerdo —dijo finalmente—. ¡Hasta que la amenaza de los trollocs haya terminado! —Hizo volver grupas a su corcel y galopó de vuelta hacia donde aguardaba la columna, con la blanca capa ondeando tras él.

Mientras el alcalde ordenaba que se retiraran los carros, Perrin advirtió que Luc lo observaba fijamente. El tipo estaba sentado en la silla inclinado hacia adelante; la mano reposaba lánguidamente sobre la empuñadura de la espada y había una expresión divertida en sus azules ojos.

—Creí que os opondríais —dijo Perrin—, habida cuenta del modo en que habéis hablado a la gente contra los Capas Blancas.

Luc extendió suavemente las manos.

—Si estas personas quieren tener entre ellas a los Capas Blancas, allá ellas. Pero tú deberías ser más prudente, joven Ojos Dorados. Conozco bien lo que significa acoger a un enemigo en casa. Su arma te ensarta más deprisa cuando lo tienes cerca. —Con una risa, condujo a su semental entre la multitud, de vuelta al pueblo.

—Tiene razón —adujo Faile, que seguía afilando el cuchillo—. A lo mejor el tal Bornhald mantendrá su palabra respecto a no arrestarte, pero ¿quién va a impedir que uno de sus hombres te clave una espada por la espalda? No deberías haber hecho esto.

—No quedaba más remedio —respondió—. Es mejor que hacerles el trabajo a los trollocs.

Los Capas Blancas empezaban a entrar por el hueco abierto, con Bornhald y Byar a la cabeza. Los dos lo miraron con puro odio, y los otros, que marchaban de dos en dos… Unos ojos duros en unos semblantes pétreos se volvían para contemplarlo fríamente cuando pasaban ante él. No había odio en ellos, pero al mirarlo veían a un Amigo Siniestro. Y, por lo menos, Byar era capaz de cualquier cosa.

Había tenido que hacerlo, pero se le ocurrió que quizá no era tan mala idea dejar que Dannil, Ban y los otros lo siguieran a todas partes como querían. No le iba a ser posible dormir tranquilo sin que hubiera alguien de guardia a su puerta. Guardias. Como cualquier necio señor. En fin, por lo menos Faile estaría contenta. Con todo, ojalá consiguiera hacerles olvidar en alguna parte aquel dichoso estandarte.

46



Velos

La muchedumbre se apiñaba en las confinadas y sinuosas calles de Calpen, alrededor del Gran Anfiteatro; el humo de incontables lumbres de cocina que se elevaba por encima de sus altos muros blancos explicaba el motivo. El acre olor a humo, a comida guisándose y a sudor rancio impregnaba el aire húmedo de la mañana, y el llanto de niños y los vagos murmullos que siempre van asociados con grandes masas de gente bastaban para ahogar los penetrantes chillidos de las gaviotas que planeaban en el cielo. Hacía mucho tiempo que los comercios de esta zona habían cerrado sus puertas de manera definitiva.

Asqueada, Egeanin se abrió paso entre la multitud. Era espantoso que el orden estuviera deteriorado hasta el punto de que los refugiados indigentes hubieran ocupado los anfiteatros, donde vivían, comían y dormían sobre las gradas de piedra. Era tan nefasto como el hecho de que sus dirigentes permitieran que se murieran de hambre. Debería haberse alegrado por ello —esta desalentada chusma no tenía posibilidades de resistirse al *Corenne*, y entonces el orden volvería a instaurarse—, pero detestaba ver tanta degradación.

La apatía de las desarrapadas personas que había a su alrededor era tal que no les llamaba la atención la presencia de una mujer vestida con un traje de montar azul que, a pesar de su corte sencillo, era de buena seda y estaba limpio. Entre la multitud se distinguían algunos hombres y mujeres con ropas que en su momento habían sido buenas pero que ahora estaban en un estado lamentable, así que tal vez no destacaba demasiado como para llamar la atención. Los pocos que parecieron observar su vestimenta como indicativo de una bolsa con dinero, cambiaron de idea disuadidos por la destreza con que sostenía el sólido bastón, tan alto como ella. Hoy no había tenido más remedio que dejar atrás tanto a los guardias como a los porteadores del palanquín. Con semejante despliegue de hombres, Floran Gelb se habría dado cuenta de que lo seguían. Al menos, el vestido que llevaba, con la falda pantalón, le daba libertad de movimientos.

En medio del gentío era fácil no perder de vista al hombre con cara de comadreja, a pesar de tener que sortear de vez en cuando grandes carros que las más de las veces

iban tirados por hombres sudorosos en lugar de estarlo por animales. Gelb y sus siete u ocho compañeros, todos ellos tipos de mala catadura, caminaban en una piña y se abrían paso sin contemplaciones, dejando tras de sí una estela de juramentos. Aquellos individuos la enfurecían. Gelb tenía el propósito de volver a llevar a cabo un secuestro. Había encontrado a otras tres mujeres desde que le había enviado el oro que le había pedido; pero, aunque apenas guardaban parecido con las descripciones de la lista que le había proporcionado, tuvo que escuchar sus quejas cuando las rechazó. No debería haberle pagado por la primera mujer que secuestró en la calle. Por lo visto, la codicia y el aliciente del oro le habían hecho olvidar el agrio rapapolvo que le soltó junto con la bolsa de monedas.

Unos gritos a su espalda le hicieron girar la cabeza hacia atrás al tiempo que aferraba el bastón con más fuerza. Como ocurría siempre que estallaba una pelea, se había abierto un pequeño claro en la multitud. Un hombre vestido con una andrajosa chaqueta amarilla que había conocido mejores tiempos se encontraba de rodillas en la calle, aullando de dolor y sosteniéndose el brazo derecho, que estaba doblado en un ángulo anormal. Cernida protectoramente sobre él, una llorosa mujer, con un vestido verde hecho jirones, le gritaba al tipo embozado tras un velo que ya se perdía entre la multitud:

—¡Sólo pidió una moneda! ¡Sólo una moneda!

La muchedumbre volvió a cerrar filas alrededor de la pareja. Con una mueca tensa, Egeanin giró la cabeza de nuevo al frente y soltó una maldición que atrajo más de una mirada sobresaltada. Gelb y sus hombres habían desaparecido. Se abrió paso hacia una pequeña fuente de piedra donde el agua salía por la boca de un pez de bronce, a un lado de una vinatería de techo plano; apartó con brusquedad a un par de mujeres que estaban llenando cacharros y se encaramó al caballete de la pared haciendo caso omiso de sus airadas protestas. Desde allí podría ver por encima de las cabezas de la multitud. Las abarrotadas calles se extendían en todas direcciones, serpenteando entre las colinas. Los recodos y los edificios enjalbegados reducían su campo visual a menos de cien pasos, pero en tan corto espacio de tiempo Gelb no podía haber llegado mucho más lejos.

De repente lo divisó, metido en un profundo zaguán que estaba a unos treinta pasos, pero puesto de puntillas para escudriñar calle abajo. No le resultó difícil localizar a los otros, recostados en los edificios a uno y otro lado de la calle, procurando pasar inadvertidos. No eran los únicos que se apoyaban en las paredes de las casas; pero, mientras que los otros mostraban desaliento, sus rostros de narices rotas y llenos de cicatrices denotaban expectación.

Así que el secuestro iba a llevarse a cabo aquí. Naturalmente, nadie se entremetería, como había ocurrido cuando a aquel hombre le rompieron el brazo. Pero ¿quién sería? Si Gelb había encontrado por fin a alguna de las mujeres de la

lista, Egeanin podía marcharse y esperar a que el hombre viniera a vendérsela, comprobar si un *a'dam* realmente retenía a otra *sul'dam* además de Bethamin. Empero, no estaba dispuesta a encontrarse otra vez en la disyuntiva de dejar que degollaran a una infortunada mujer o mandarla en los barcos mensajeros para ser vendida.

Había muchas mujeres subiendo la calle hacia donde se escondía Gelb, la mayoría con aquellos velos transparentes y el cabello trenzado. Tras una breve ojeada, Egeanin descartó a dos que iban en palanquines y rodeadas de guardias; los rufianes de Gelb no se enzarzarían con grupos tan nutridos ni harían frente a espadas con sus puños. Quienquiera que fuera su objetivo, no llevaría más de dos o tres hombres de escolta, si es que los llevaba, y ninguno de ellos armado. Esto encajaba con todas las demás mujeres que divisaba, ya fueran vestidas con harapos o con ropas de campesina o con los atuendos ajustados que estaban de moda entre las tarabonesas.

De repente, dos de aquellas mujeres, que iban hablando entre ellas, aparecieron por una esquina y llamaron la atención de Egeanin. Con el cabello peinado con finas trenzas y los velos transparentes sobre el rostro parecían tarabonesas, pero se advertía que no encajaban allí. Aquellos vestidos escandalosamente ajustados, uno verde y el otro azul, eran de seda, no de lino o de fina lana. Las mujeres que vestían así iban en palanquines, no a pie, especialmente en este barrio. Y no llevaban duelas de barril a guisa de garrotes.

No prestó apenas atención a la de cabello rubio rojizo y observó atentamente a la otra. Sus oscuras trenzas eran inusitadamente largas, casi hasta la cintura. A esta distancia, la mujer guardaba un gran parecido con una *sul'dam* llamada Surine, pero no era ella. Esta mujer no le llegaba a Surine a la barbilla.

Mascullando entre dientes, Egeanin se bajó de un salto y empezó a abrirse paso a empujones entre la ajetreada masa de gente que había entre Gelb y ella. Con suerte llegaría hasta él a tiempo de impedir el secuestro. El muy necio. ¡Ese avaricioso cara de comadreja!

—Deberíamos haber alquilado unos palanquines, Nynaeve —repitió Elayne, que se preguntó por centésima vez cómo se las arreglaban las tarabonesas para hablar sin que el velo se les metiera en la boca. Escupió la prenda y añadió—: Me parece que vamos a tener que utilizar estos palos.

Un individuo de rostro enjuto que caminaba hacia ellas se paró cuando Nynaeve levantó la duela de barril con gesto amenazador.

—Para eso son —repuso. La mirada feroz que asestó al tipo contribuyó sin duda a la repentina falta de interés del hombre. La antigua Zahorí manoseó las trenzas que caían sobre sus hombros y soltó un gruñido irritado; Elayne se preguntó si Nynaeve acabaría acostumbrándose a no tener una gruesa trenza de la que tirar—. Y los pies

sirven para caminar. ¿Cómo íbamos a buscar y a preguntar si nos llevaran cargadas como cerdos a un mercado? Me sentiría como una completa idiota yendo en una de esas estúpidas sillas. De todos modos, prefiero confiar en mi discernimiento que en unos hombres a los que no conozco.

Elayne estaba segura de que Bayle Domon les habría proporcionado hombres de confianza. Los Marinos lo habrían sido, sin duda; deseó que el *Tajador de olas* no hubiera zarpado, pero la Navegante y su hermana estaban impacientes por llevar la noticia sobre el Coramoor a Dantora y Cantorin. Aun así, habría agradecido la compañía de veinte guardias personales.

Más que notarlo, percibió que algo rozaba la bolsa de dinero que llevaba colgada del cinturón; la aferró con una mano y giró sobre sus talones al tiempo que levantaba la duela. La multitud se retiró un poco a su alrededor, pero no vio señales del supuesto ratero. Al menos todavía sentía las monedas dentro de la bolsa. Se había habituado a llevar el anillo de la Gran Serpiente y el *ter'angreal* de piedra en un cordón colgado al cuello, emulando a Nynaeve, después de la primera vez que estuvo a punto de perder la bolsa de dinero, donde antes los guardaba. De hecho, en los tres días que llevaba en Tanchico ya le habían desaparecido tres. Sí, veinte guardias personales habrían sido lo adecuado. Y un carruaje, con cortinas en las ventanas. Reanudó la caminata calle arriba junto a Nynaeve.

—Entonces no deberíamos llevar estos vestidos —comentó—. Todavía recuerdo cuando me hiciste poner las ropas de una granjera.

—Son un buen disfraz —replicó secamente Nynaeve—. Nos confundimos con los demás.

Elayne soltó un quedo bufido. Unas ropas sencillas habrían servido mejor para ese propósito. Nynaeve no admitiría jamás que habían empezado a gustarle las sedas y los vestidos bonitos, pero Elayne habría querido que no lo llevara a tales extremos. En efecto, todo el mundo las tomaba por tarabonesas, al menos hasta que hablaban; sin embargo, a pesar del cuello alto de encaje que le llegaba a la barbilla, con este ajustado vestido de seda verde tenía la sensación de ir enseñando más que con cualquier otro atuendo que había llevado en su vida y, en especial, más que cualquiera que hubiera lucido en público. Por otro lado, Nynaeve caminaba calle adelante como si nadie les echara una sola ojeada. Bueno, a lo mejor era así —pese a cómo les sentaban esos vestidos—, pero tenía la impresión de que la gente las miraba.

Habría sido igual llevar sólo sus prendas interiores. El rubor tiñó sus mejillas y procuró no pensar en el modo en que la seda se pegaba a su cuerpo. «¡Basta ya! Es un vestido completamente decoroso. ¡Lo es!»

—¿Esa tal Amys no te dijo nada que pueda servirnos de ayuda?

—Ya te he contado lo que dijo. —Elayne suspiró. Nynaeve la había tenido en vela

hasta altas horas hablando de la Sabia Aiel que había aparecido con Egwene en el *Tel'aran'rhiod* la noche pasada, y durante el desayuno había empezado con el mismo tema. Egwene, peinada por alguna razón con dos trenzas y asestando a la Sabia miradas hoscas, había dicho poco más que Rand estaba bien y que Aviendha cuidaba de él. Había sido Amys la que más había hablado o, más bien, le había soltado un sermón sobre los peligros que acechaban en el Mundo de los Sueños, con lo que había conseguido que Elayne se sintiera como si tuviera diez años otra vez y Lini, su niñera, la hubiera sorprendido escabullándose de la cama para robar unos dulces; luego siguieron advertencias sobre la concentración y el control de sus pensamientos si tenía que entrar al *Tel'aran'rhiod*. ¿Cómo podía uno controlar lo que pensaba?

—Estaba convencida de que Perrin se encontraba con Rand y Mat. —Aparte de la aparición de Amys, esta noticia había sido la mayor sorpresa. Por lo visto, Egwene creía que el joven viajaba con ellas dos.

—Él y esa chica se habrán marchado a algún sitio donde pueda dedicarse a ser herrero y vivir en paz —adujo Nynaeve, pero Elayne sacudió la cabeza.

—Lo dudo mucho. —Se había formado cierta opinión sobre Faile y, si no se equivocaba de medio a medio, esa joven no se conformaría con ser la esposa de un herrero. De nuevo tuvo que escupir para quitarse el velo pegado a la boca. Qué cosa más incómoda y absurda.

—En fin, esté donde esté —siguió Nynaeve, que de nuevo se manoseaba las trenzas—, espero que se encuentre bien y a salvo, pero, puesto que no está aquí, no puede ayudarnos. ¿Se te ocurrió preguntarle a Amys si sabía algún modo de valerse del *Tel'aran'rhiod* para…?

Un hombre corpulento y calvo, vestido con una desgastada chaqueta marrón, salió entre la multitud dando empellones e intentó rodearla con los fornidos brazos. Nynaeve enarboló la duela que llevaba apoyada al hombro y le propinó un estacazo tan fuerte en el rostro que lo mandó trastabillando hacia atrás y cubriéndose la nariz que debía de habérsele roto al menos por segunda vez.

Elayne todavía no se había recobrado del susto cuando otro hombre, tan grande con el anterior y luciendo un enorme bigote, la apartó de un empujón para alcanzar a Nynaeve. Entonces olvidó su miedo. Apretó los dientes con rabia y, en el momento en que las manos del tipo tocaban a su amiga, le descargó un tremendo estacazo en la cabeza con su duela. Las piernas del individuo se doblaron y cayó de bruces cuan largo era.

El gentío se apartó ya que nadie quería verse implicado en los problemas de otros. Ni que decir tiene que ninguno de los presentes se ofreció a ayudarlas. Y necesitaban ayuda, comprendió Elayne. El hombre al que Nynaeve había golpeado seguía de pie, con la boca torcida en una mueca salvaje mientras se limpiaba la sangre que le

brotaba de la nariz y abría y cerraba las manos como si quisiera estrangularla. Por si fuera poco, no estaba solo. Otros siete hombres se estaban desplegando en abanico para cortarles cualquier salida, todos ellos, excepto uno, igualmente corpulentos, con los rostros marcados con cicatrices y unas manos que parecían haber aporreado piedras durante años. Un tipo flaco, de rostro descarnado, que sonreía como un zorro nervioso, los azuzaba entre resuellos:

—No dejéis escapar a esta mujer. Os aseguro que vale buenas monedas de oro. ¡De oro!

Sabían quiénes eran. Esto no se trataba de un simple robo; se disponían a deshacerse de Nynaeve y a raptar a la heredera del trono de Andor. Notó que Nynaeve abrazaba el *Saidar* —si el ataque no la ponía lo suficientemente furiosa para encauzar, entonces no haría nada—, y también ella se abrió a la Fuente Verdadera. El Poder Único entró a raudales en ella, un dulce flujo que la colmó de la cabeza a los pies. Unos pocos flujos de Aire entretejidos por cualquiera de las dos bastarían para encargarse de estos rufianes.

Pero ni ella ni Nynaeve encauzaron. Entre las dos podían dar una buena tunda a estos tipos como deberían haber hecho sus madres a su debido tiempo; empero, no se atrevían a utilizar al Poder Único a no ser que no les quedara más remedio.

Si alguna hermana del Ajah Negro se encontraba al alcance de la vista, bastante se habían traicionado ya con el halo brillante del *Saidar*. Encauzar lo necesario para tejer esos pocos flujos de Aire las delataría a una Negra que estuviera en otra calle a más de cien pasos de distancia, dependiendo de su capacidad perceptiva y su poder. Esto era lo que más habían estado haciendo ellas dos durante los últimos cinco días, caminando por la ciudad tratando de percibir a una mujer que encauzara, confiando en que su percepción las guiara hacia Liandrin y las demás.

También había que tener en cuenta a la muchedumbre. Unas pocas personas seguían pasando por ambos lados, apretándose contra las paredes de los edificios, mientras que el resto se arremolinaba, buscando otros caminos para marcharse de allí. Sólo unos pocos dieron señales de haber visto a las mujeres en peligro, limitándose a esquivar la mirada, avergonzados. Pero, si veían a esos hombretones salir lanzados por el aire impulsados por algo invisible…

En la actualidad, ni las Aes Sedai ni el Poder Único gozaban de las simpatías de las gentes de Tanchico, debido a los rumores atrasados sobre lo ocurrido en Falme y a los más recientes respecto a que la Torre Blanca respaldaba a los seguidores del Dragón que había en la campiña. Estas personas lo mismo podían salir huyendo al ver utilizar el Poder Único como podían reaccionar como una chusma enloquecida y atacarlas en masa. Aunque Nynaeve y ella fueran capaces de evitar que las descuartizaran allí mismo, cosa de la que no estaba segura, después no habría manera de ocultar lo ocurrido. El Ajah Negro sabría que había Aes Sedai en Tanchico antes

de la puesta de sol.

Poniéndose espalda contra espalda con Nynaeve, Elayne aferró con fuerza la duela; sintió unas ganas locas de echarse a reír. Si la antigua Zahorí volvía a hacer la menor insinuación de salir solas a las calles —a pie— se iba a enterar de lo que se sentía cuando a una le metían la cabeza en un balde de agua. Por lo menos, ninguno de estos brutos parecía ansioso por ser el siguiente en terminar con la cabeza abierta como el tipo tirado en los adoquines de la calle.

—Vamos —instó el tipo de rostro estrecho, agitando las manos—. ¡Vamos! ¡Sólo son dos mujeres! —Sin embargo, él no daba un paso para acercarse—. Moveos. Sólo la necesitamos a ella. Vale mucho oro, os digo.

De repente sonó un golpe seco y uno de los rufianes cayó de hinojos, sujetándose, atontado, la cabeza partida, y una mujer de cabello oscuro y semblante severo, vestida con un traje de montar azul, pasó veloz junto al tipo, giró bruscamente y asestó un puñetazo en la boca a otro, lo zancadilleó con su bastón y después le soltó una patada en la cabeza mientras caía.

El hecho de recibir ayuda era de por sí sorprendente, y aun más de quién procedía, pero Elayne no iba a ponerle peros. Nynaeve se apartó de su espalda a la par que lanzaba un bramido, y se abalanzó al grito de «¡Adelante el León Blanco!» para dar un palo con todas sus fuerzas al bruto que tenía más cerca. El tipo levantó los brazos para protegerse; parecía terriblemente asustado.

—¡Adelante el León Blanco! —volvió a entonar la antigua Zahorí el grito de guerra de Andor, y el matón dio media vuelta y huyó con el rabo entre las piernas.

Riendo sin poder remediarlo, Nynaeve giró sobre sí misma buscando a otro al que apalear, pero sólo quedaban dos de pie, ya que el resto o había huido o estaba tirado en el suelo. El primer tipo al que había roto la nariz se disponía a escapar, y Nynaeve descargó un último golpe en la espalda con todas sus fuerzas. La mujer de rostro severo había enganchado de algún modo el brazo y el hombro del otro con su bastón, haciéndolo acercarse y ponerse de puntillas al mismo tiempo; el tipo debía de sacarle más de un palmo y pesar el doble que ella, pero la mujer descargó fríamente el puño tres veces contra la barbilla del bruto en una rápida sucesión. El tipo puso los ojos en blanco, pero, mientras se desplomaba, Elayne vio al hombre de cara estrecha incorporarse; le goteaba sangre de la nariz y tenía los ojos medio vidriosos, pero a pesar de todo sacó un cuchillo del cinturón y se abalanzó contra la espalda de la mujer.

Sin pensar lo que hacía, Elayne encauzó. Un puño de Aire lanzó al hombre y a su cuchillo en una voltereta hacia atrás. La mujer de rostro severo giró velozmente sobre sí misma, pero el hombre se escabulló a gatas un trecho hasta que pudo levantarse y sumergirse entre la multitud varios metros más arriba de la calle. La gente se había parado para contemplar la desigual pelea, aunque nadie había levantado una mano

para ayudar excepto la mujer de pelo oscuro, que ahora las miraba a Nynaeve y a ella con incertidumbre. Elayne se preguntó si habría advertido que el delgaducho individuo había sido derribado aparentemente por nada.

—Os doy las gracias —dijo Nynaeve un poco falta de resuello mientras se acercaba a la mujer y se arreglaba el velo—. Creo que deberíamos marcharnos de aquí. Sé que la Fuerza Civil no patrulla mucho por estas calles, pero no me gustaría tener que explicar esto si apareciera por casualidad. Nuestra posada no está lejos. ¿Queréis acompañarnos? Una taza de té es lo menos que puedo ofrecer a alguien que nos ha ayudado en esta ciudad olvidada de la Luz. Me llamo Nynaeve al'Meara, y ésta es Elayne Trakand.

Fue patente la vacilación de la mujer. Se había dado cuenta.

—Yo… Eh… Me gustaría, sí. Os acompañaré. —Hablaba de un modo raro, uniendo las palabras, que resultaba difícil de entender, pero que, al mismo tiempo, sonaba familiar. Realmente era una mujer atractiva, y el oscuro cabello, que le rozaba los hombros, hacía que su piel pareciera aún más clara de lo que era. Tenía los rasgos un poco duros para considerársela una belleza. Sus azules ojos rebosaban firmeza, como si estuviera acostumbrada a dar órdenes. Por su modo de vestir, quizás era una mercader—. Me llamo Egeanin.

Las siguió sin vacilar por la calle lateral más cercana. La multitud empezaba a agolparse alrededor de los hombres caídos. Elayne sospechaba que cuando esos tipos volvieran en sí se encontrarían despojados de todo cuanto llevaban encima de valor, incluidas sus ropas y sus botas. Le habría gustado saber cómo habían descubierto su identidad, pero era de todo punto imposible llevarse a uno de ellos para interrogarlo. Definitivamente iban a tener guardias personales de ahora en adelante, por mucho que dijera Nynaeve.

Egeanin no se mostraba vacilante en absoluto, pero era evidente que estaba inquieta. Elayne lo notaba en sus ojos.

—Lo visteis, ¿no es cierto? —inquirió. La mujer dio un traspié y Elayne no necesitó más para ver confirmadas sus sospechas, de modo que se apresuró a añadir —: No os haremos daño. Y menos después de haber acudido en nuestra ayuda. —Otra vez se vio forzada a escupir el velo que se le había metido en la boca. Nynaeve no parecía tener este problema—. No tienes por qué mirarme con ese ceño, Nynaeve. Ella vio lo que hice.

—Lo sé —repuso la antigua Zahorí con brusquedad—. Y obraste correctamente, pero no estamos en el cómodo palacio de tu madre, a salvo de oídos curiosos. —Su gesto abarcó a la gente que las rodeaba. Entre el bastón de Egeanin y sus duelas, la mayoría se apartaba de su camino lo más posible. Luego se dirigió a Egeanin—. La mayor parte de los rumores que hayáis escuchado no son ciertos. Muy pocos lo son. No tenéis que tener miedo de nosotras, pero sabréis comprender que hay ciertos

asuntos de los que preferimos no hablar aquí.

—¿Miedo de vosotras? —Egeanin parecía sobresaltada—. No se me pasó por la cabeza que debiera tenerlo. Guardaré silencio hasta que queráis hablar.

Fue fiel a su palabra y caminaron sin decir nada entre los murmullos de la multitud todo el camino hasta la parte inferior de la península, donde estaba El Patio de los Tres Ciruelos. A Elayne le dolían los pies de tanto andar.

Un puñado de hombres y mujeres ocupaban la sala a pesar de ser tan temprano, tomando vino o cerveza. La mujer del salterio estaba hoy acompañada por un hombre delgado que tocaba la flauta. Juilin se hallaba sentado a una mesa cerca de la puerta, fumando en una pipa de cañón corto. Cuando ellas se habían marchado aún no había regresado de su diaria incursión nocturna. Elayne se alegró al ver que, por una vez, no tenía un nuevo corte o contusión; lo que llamaban los bajos fondos de Tanchico debían de ser aun más duros que la cara que la ciudad mostraba al mundo. Su única concesión a la vestimenta de Tanchico había sido reemplazar su sombrero de paja por uno de aquellos gorros cónicos de fieltro oscuro, que llevaba encasquetado en la coronilla.

—Las he encontrado —dijo mientras se levantaba del banco y se destocaba; entonces se dio cuenta de que no venían solas. Miró a Egeanin con los ojos entrecerrados y le dedicó una breve inclinación de cabeza, que la mujer respondió con otra igual y una mirada no menos desconfiada.

—¿Las habéis encontrado? —exclamó Nynaeve—. ¿Estáis seguro? Hablad, hombre. ¿Os habéis tragado la lengua?

¡Y era ella la que se permitía advertir a los demás para no hablar delante de la gente!

—Debería haber dicho que encontré dónde estaban. —No volvió a mirar a Egeanin, pero escogió cuidadosamente las palabras—. La mujer del mechón blanco me condujo a una casa donde se albergaba con varias mujeres más, aunque a pocas de ellas se las ha visto en el exterior. Los vecinos creen que eran mujeres acaudaladas que han huido del campo. Apenas queda nada allí, salvo unos restos de comida en la despensa. Incluso los criados se han marchado. Pero por detalles aquí y allí yo diría que se fueron ayer muy tarde o a primera hora de la noche. Dudo que tengan miedo alguno al mundo nocturno de Tanchico.

Nynaeve sujetaba un puñado de trenzas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Entrasteis en la casa? —preguntó con una voz sin inflexiones. Elayne creyó que estaba a punto de enarbolar la duela que sostenía contra un costado.

Por lo visto, Juilin era de su misma opinión, ya que echó una fugaz ojeada a la duela.

—Sabéis muy bien que no corro ningún riesgo con ellas —dijo—. Cuando una

casa está vacía tiene algo que lo denota, por muy grande que sea. No se puede atrapar ladrones durante tanto tiempo como yo si no se aprende a ver las cosas como ellos.

—¿Y si habéis disparado una trampa? —Nynaeve hablaba en un siseo—. ¿Incluye vuestro gran *talento* el percibir celadas? —El atezado rostro de Juilin adquirió un leve tinte grisáceo; se humedeció los labios como si fuera a explicarse o a defenderse, pero Nynaeve lo cortó—: Hablaremos de esto más tarde, maese Sandar. —Sus ojos se desviaron levemente hacia Egeanin. Al parecer, por fin se había percatado de que había otros oídos atentos—. Decidle a Rendra que tomaremos el té en la habitación La Caída de las Flores.

—La sala La Caída de las Flores —corrigió suavemente Elayne, ganándose una mirada airada de Nynaeve. Las noticias traídas por Juilin la habían puesto de mal humor.

—¡Necio! —gruñó la antigua Zahorí—. Deberíamos haber dejado a esos dos en el muelle de Tear.

—¿Es vuestro sirviente? —preguntó Egeanin.

—Sí —replicó, cortante, Nynaeve al tiempo que Elayne respondía:

—No.

Las dos mujeres se miraron, Nynaeve todavía con gesto ceñudo.

—Bueno, podría considerárselo así en cierto sentido —musitó Elayne mientras Nynaeve mascullaba entre dientes:

—Supongo que no lo es, pensándolo bien.

—Eh… entiendo —comentó Egeanin.

Rendra se acercó sorteando las mesas a paso vivo y con una sonrisa en su boca llena debajo del velo. Elayne habría querido que no se pareciera tanto a Liandrin.

—Ah, estáis muy hermosas esta mañana. Vuestros vestidos son magníficos. Preciosos. —Lo dijo como si ella no hubiera tenido nada que ver con la elección de la tela y el corte. El suyo era de un tono rojo tan fuerte como para no desentonar entre los gitanos y, definitivamente, impropio para lucirlo en público—. Pero habéis vuelto a meteros en problemas, ¿verdad? Por eso el buen Juilin tiene ese enorme ceño. No deberíais preocuparlo tanto. —El destello en sus grandes ojos castaños delató que Juilin había encontrado a alguien con quien coquetear—. Venid, tomaréis el té al fresco y en privado. Y, si tenéis que salir otra vez, me permitiréis que os proporcione porteadores y guardias, ¿verdad? La hermosa Elayne no habría perdido tantas bolsas de dinero si hubieseis llevado la protección adecuada. Pero ahora no hablaremos de esos asuntos. Vuestro té está casi listo. Venid.

En opinión de Elayne, debía de ser un arte que se enseñaba a las tarabonesas; sin duda tenían que aprender el modo de hablar sin comerse el velo.

La sala La Caída de las Flores, situada al final de un pasillo, era una habitación pequeña y sin ventanas, con una mesa baja y sillas talladas y los mullidos asientos

tapizados en rojo. Nynaeve y Elayne comían allí con Juilin o con Thom o con los dos, cuando Nynaeve no estaba furiosa con ellos. Las paredes de ladrillos enlucidos, en las que había pintado todo un plantío de ciruelos con una lluvia de flores en plena caída, eran lo bastante gruesas para evitar que unos oídos indiscretos escucharan lo que se hablaba dentro. Elayne se arrancó prácticamente el velo y lo arrojó sobre la mesa antes de tomar asiento; ni siquiera las tarabonesas intentaban comer o beber llevando puestas esas cosas. Nynaeve se limitó a soltar uno de los extremos sujeto al cabello.

Rendra siguió charlando sin parar mientras las servía, pasando de un tema a otro sin pausa, desde recomendarles una nueva modista que podría hacerles vestidos a la última moda con la seda más fina que imaginarse pudieran —sugirió a Egeanin que visitara a la mujer y en respuesta obtuvo una fría mirada que no la azoró lo más mínimo— hasta que deberían hacer caso a Juilin puesto que la ciudad era demasiado peligrosa para que una mujer saliera sola incluso de día, o aconsejarles el uso de un jabón perfumado que les daría un brillo increíble a sus cabellos. A veces Elayne se preguntaba cómo podía dirigir una posada tan próspera cuando no parecía pensar en otra cosa que no fueran sus ropas y sus cabellos. Que lo hacía, era obvio; lo que desconcertaba a la heredera del trono era el cómo. Por supuesto, sus vestidos eran bonitos; pero no del todo *apropiados*. El sirviente que trajo el té y las tazas de porcelana azul, así como unos pequeños pastelillos en una bandeja, era el esbelto joven de ojos oscuros que había rellenado de vino la copa de Elayne aquella bochornosa noche. Y lo había intentado de nuevo en más de una ocasión, aunque para sus adentros Elayne había jurado que nunca volvería a beber más de una copa. Un hombre apuesto, pero le dedicó una de sus más frías miradas, de modo que el joven se marchó presuroso de la habitación de buen grado.

Egeanin, que había estado observando con atención, se mantuvo en silencio hasta que Rendra se hubo ido también.

—No sois lo que esperaba —les dijo entonces, balanceando la taza con las puntas de los dedos de un modo extraño—. La posadera parlotea de frivolidades como si fueseis hermanas suyas y tan necias como ella, y lo permitís. El hombre de piel atezada (una especie de sirviente, creo) se burla de vosotras. El chico del servicio os contempla con ojos hambrientos, y lo permitís. Sois… Aes Sedai, ¿no es verdad? —Sin esperar respuesta, clavó los penetrantes ojos azules en Elayne—. Y vos sois…, sois de sangre noble. Nynaeve se refirió al palacio de vuestra madre.

—Ese tipo de cosas no tiene importancia en la Torre Blanca —respondió, mohína, Elayne, que se limpió las miguitas del pastel que le habían caído en la barbilla. Era un dulce que tenía muchas especias; puede que demasiadas—. Si una reina fuera a aprender allí, tendría que fregar suelos como cualquier otra novicia y obedecer con presteza.

Egeanin asintió con la cabeza lentamente.

—De modo que así es como gobernáis. Dominando a los gobernantes. ¿Van muchas reinas a recibir ese… adiestramiento?

—Ninguna, que yo sepa. —Elayne se echó a reír—. Aunque en Andor es una tradición que la heredera del trono vaya. En realidad, acuden muchas nobles, aunque por lo general no quieren que se sepa, y la mayoría se marcha sin haber conseguido siquiera percibir la Fuente Verdadera. Sólo era un ejemplo.

—¿Sois también de la… nobleza? —preguntó Egeanin a Nynaeve, que resopló con desdén.

—Mi madre era ama de casa, una granjera, y mi padre cuidaba ovejas y cultivaba tabaco. Muy poca gente del lugar de donde procedo puede vivir sin la venta de lana y tabaco. ¿Y qué me decís de vuestros padres, Egeanin?

—Mi padre era soldado, y mi madre, la… Una oficial de un barco. —Tomó un sorbo del té sin endulzar mientras las estudiaba a ambas—. Estáis buscando a alguien —dijo finalmente—. A esas mujeres de las que habló el hombre de piel atezada. Yo me dedico, entre otras cosas, a comprar rumores e información. Tengo fuentes que me hacen confidencias. Tal vez podría ayudaros. No os cobraría por el servicio, únicamente pediría a cambio que me contaseis más cosas sobre las Aes Sedai.

—Ya habéis hecho mucho por nosotras —se apresuró a responder Elayne, que aún recordaba a Nynaeve contándole casi todo a Bayle Domon—. Os estoy agradecida, pero no podemos aceptar más de vos. —Tanto informar a esta mujer acerca del Ajah Negro como permitir que se involucrara en el asunto quedaba completamente descartado—. No podemos, de verdad.

Nynaeve, que iba a hablar cuando Elayne se le adelantó, miró a su amiga con ferocidad.

—Estaba a punto de decir lo mismo —manifestó fríamente, aunque después continuó con más afabilidad—. Nuestra gratitud incluye responder a vuestras preguntas, Egeanin. Hasta donde nos sea posible, claro está. —Seguramente se refería a que había muchos interrogantes para los que no tenían respuesta, pero Egeanin lo interpretó de otro modo.

—Por supuesto. No pretendo fisgonear en asuntos secretos de vuestra Torre Blanca.

—Mostráis mucho interés por las Aes Sedai —comentó Elayne—. No percibo la habilidad en vos, pero quizá podríais aprender a encauzar.

Faltó poco para que Egeanin dejara caer la taza de porcelana.

—¿Es que… se puede aprender? Ignoraba que… No. Yo no quiero aprender.

Su agitación entristeció a Elayne. Incluso entre las personas que no tenían miedo a las Aes Sedai seguía habiendo demasiadas que temían tener algo que ver con el Poder Único.

—¿Qué es lo que deseáis saber, Egeanin?

Antes de que la mujer tuviera ocasión de hablar, llamaron a la puerta y entró Thom, luciendo la capa marrón que había tomado por costumbre ponerse cuando salía. Indudablemente, llamaba menos la atención que la prenda llena de parches multicolores de un juglar. De hecho, le daba un aire muy digno, con aquella mata de cabello blanco, aunque debería peinársela más. Imaginándolo más joven, Elayne creyó que podía ver lo que había atraído a su madre. Pero ello no lo absolvía de haberse marchado, por supuesto. Relajó el rostro antes de que él advirtiera el ceño fruncido.

—Me dijeron que no estabais solas —dijo a la par que lanzaba a Egeanin una precavida mirada casi idéntica a la de Juilin; los hombres siempre sospechaban de quien no conocían—. Pensé que os gustaría saber que los Hijos de la Luz rodearon el Palacio de la Panarch esta mañana. Empiezan a correr rumores sobre el asunto por todas las calles. Al parecer, lady Amathera será investida como Panarch mañana.

—Thom —manifestó Nynaeve—, a menos que la tal Amathera sea Liandrin, me importa poco si la nombran Panarch, reina y Zahorí de todo Dos Ríos.

—Lo interesante —agregó Thom, que se acercó cojeando a la mesa— es que, según los rumores, la Asamblea rechazó la elección de Amathera. La rechazó. Así pues, ¿cómo es que va a ser investida? Estas cosas tan peculiares merecen tenerse en cuenta, Nynaeve.

—Estamos manteniendo una conversación privada, Thom —adujo la antigua Zahorí cuando el juglar hizo intención de tomar asiento en una silla—. Sin duda encontraréis la sala principal más en consonancia. —Tomó un sorbo de té, observándolo sobre el borde de la taza, obviamente esperando que se marchara.

Thom enrojeció y se incorporó sin haber llegado a sentarse, pero no se marchó de inmediato.

—Haya o no cambiado de opinión la Asamblea, esto provocará tumultos. En la calle se cree todavía que Amathera fue rechazada. Si insistís en seguir saliendo, no podréis ir solas. —Se dirigía a Nynaeve, pero Elayne tuvo la impresión de que estuvo a punto de ponerle la mano en el hombro—. Bayle Domon está muy atareado en ese pequeño cuarto cerca de los muelles, arreglando sus asuntos por si acaso tiene que salir corriendo, pero ha accedido a proporcionaros cincuenta hombres escogidos, tipos duros habituados a las peleas y diestros con un cuchillo o una espada.

Nynaeve abrió la boca, pero Elayne se adelantó:

—Os lo agradecemos, Thom, a vos y a maese Domon. Por favor, decidle que aceptamos su amable y generosa oferta. —Buscando la mirada impasible de Nynaeve, agregó con doble intención—: No querría que me secuestraran en la calle a plena luz del día.

—No, por supuesto —convino Thom—. Ninguno de nosotros querría que ocurriera tal cosa. —Elayne creyó escuchar «pequeña» en un susurro al final de la

frase, y esta vez sí le tocó el hombro, levemente, apenas un roce de los dedos—. De hecho, los hombres ya están fuera, esperando en la calle. Estoy intentando encontrar un carruaje; esas sillas de mano son demasiado vulnerables. —Al parecer comprendía que había ido demasiado lejos trayendo los hombres de Domon antes de que hubieran accedido, por no mencionar lo del carruaje sin haberles preguntado primero, pero las observó como un viejo lobo expectante, con las espesas cejas fruncidas—. Si os ocurriera algo, yo tendría que lamentarlo… personalmente. El carruaje estará aquí tan pronto como encuentre un tiro, cosa que está resultando harto difícil.

Con los ojos muy abiertos, era evidente que Nynaeve estaba en un tris de soltarle un rapapolvo que nunca olvidaría, y a Elayne no le habría importado contribuir con una reprimenda más suave. ¡Mira que llamarla pequeña!

El juglar aprovechó su vacilación para hacer una reverencia que no habría desentonado en ningún palacio y salió de la habitación cuando todavía estaba a tiempo de hacerlo.

Egeanin había soltado la taza y las observaba, consternada. Elayne supuso que no habían dado una buena imagen de Aes Sedai permitiendo que Thom les impusiera sus decisiones.

—He de irme —anunció la mujer, que se levantó y cogió el bastón apoyado contra la pared.

—Pero aún no habéis hecho vuestras preguntas —protestó Elayne—. Responderos a ellas es lo menos que os debemos.

—En otra ocasión —decidió Egeanin tras pensarlo brevemente—. Si me lo permitís, volveré en otro momento. Necesito conocer más sobre vuestra institución. No sois como había imaginado.

Le aseguraron que podía ir a verlas cuando quisiera e intentaron convencerla para que se quedara a terminar el té y los dulces, pero ella se mostró inflexible en su intención de partir.

Tras haberla acompañado hasta la puerta y cerrar tras ella, Nynaeve se giró puesta en jarras.

—¿Secuestrarte? ¡Por si lo has olvidado, Elayne, te recuerdo que era a mí a la que esos hombres querían coger!

—Para quitarte de en medio y así poder atraparme —dijo Elayne—. Por si lo has olvidado, soy la heredera del trono de Andor. Mi madre los habría hecho ricos con tal de recuperarme.

—Tal vez —masculló, poco convencida—. En fin, por lo menos no tenían nada que ver con Liandrin. Esas brujas no mandarían a un puñado de brutos para que nos metieran en un saco. ¿Por qué los hombres hacen las cosas siempre sin preguntar? ¿Será que al crecerles pelo en el pecho se les ablanda el cerebro?

El repentino cambio de tema no desconcertó a Elayne.

—De todos modos, así no tendremos que preocuparnos de encontrar guardias personales. Porque imagino que estarás de acuerdo en que los necesitamos, a pesar de que Thom se haya excedido en sus atribuciones.

—Supongo que sí. —A Nynaeve le costaba mucho admitir que estaba equivocada. Por ejemplo, en creer que esos hombres iban detrás de ella—. Elayne, ¿te das cuenta de que todavía no hemos sacado nada en claro salvo que hay una casa abandonada? Si Juilin o Thom cometen un desliz y se delatan… Hemos de encontrar a las hermanas Negras sin que lo sospechen o jamás tendremos ocasión de seguirlas hasta lo que quiera que sea esa cosa peligrosa para Rand.

—Lo sé —contestó pacientemente—. Ya lo hemos discutido.

—Aún no tenemos la menor pista de qué puede ser o dónde está —comentó la antigua Zahorí, frunciendo la frente.

—También lo sé, Nynaeve. —Elayne se recordó que debía ser paciente y suavizó el tono de voz—. Las encontraremos. Tienen que cometer algún desliz, y entre los rumores recogidos por Thom, los comentarios de los ladrones de Juilin y los marineros de Bayle Domon nos enteraremos.

El gesto de Nynaeve se tornó pensativo.

—¿Reparaste en los ojos de Egeanin cuando Thom mencionó a Domon?

—No. ¿Crees que lo conoce? ¿Por qué iba a ocultar algo así?

—Lo ignoro —contestó, enojada—. La expresión de su rostro no varió, pero sus ojos… Estaba sobresaltada. Lo conoce, seguro. Me pregunto qué… —Alguien llamó a la puerta suavemente—. ¿Es que va a pasar todo Tanchico por esta habitación? —gruñó a la par que la abría bruscamente.

Rendra dio un respingo al ver el gesto tormentoso de Nynaeve, pero su sempiterna sonrisa reapareció de inmediato.

—Disculpad que os moleste, pero abajo hay una mujer que pregunta por vos. No por el nombre, pero os ha descrito a la perfección. Dice que cree que os conoce. Es… —Su boca roja y llena se tensó levemente en una mueca—. Olvidé preguntarle su nombre. Esta mañana no hago nada a derechas. Es una mujer bien vestida que ya no es joven, pero tampoco madura. No es tarabonesa. —Se estremeció ligeramente—. Tiene un aire severo. Cuando la vi, me recordó a mi hermana mayor cuando éramos niñas y estaba planeando atarme las trenzas a un arbusto.

—¿Nos habrán encontrado ellas antes? —musitó Nynaeve.

Elayne abrazó la Fuente Verdadera sin pensarlo y tuvo un estremecimiento de alivio al saberse capaz de hacerlo, que no la habían dejado aislada sin darse cuenta. Si la mujer que estaba abajo pertenecía al Ajah Negro… Pero si lo era, ¿por qué anunciarse? A pesar de todo, le habría gustado ver también el halo del *Saidar* en Nynaeve. Ojalá supiera encauzar sin tener que estar furiosa.

—Hacedla entrar —dijo Nynaeve, y Elayne percibió que su amiga era plenamente

consciente de su desventaja y que estaba asustada. Mientras Rendra se marchaba, Elayne empezó a tejer flujos de Aire gruesos como cables y listos para inmovilizar, así como flujos de Energía para cortar el acceso de otra persona a la Fuente. Si esta mujer guardaba el más ligero parecido con una de la lista, si intentaba encauzar…

La mujer que entró en la sala La Caída de las Flores y que vestía un atuendo de brillante seda negra de un estilo desconocido no era alguien a quien Elayne hubiera visto con anterioridad y, desde luego, no estaba en la lista de hermanas que habían huido junto a Liandrin. El oscuro cabello le caía suelto sobre los hombros y enmarcaba un rostro de rasgos atractivamente enérgicos; sus ojos eran grandes y tan oscuros como el pelo y tenía la tez suave, pero no con la intemporalidad propia de una Aes Sedai. Sonriendo, cerró la puerta tras de sí.

—Disculpadme, pero creí que erais… —De repente, el brillo del *Saidar* la rodeó y…

Elayne cortó el contacto con la Fuente Verdadera. Había algo dominante, imperativo, en aquellos negros ojos, en el halo que la envolvía con el claro resplandor del Poder Único. Era la mujer más regia que Elayne había visto en su vida, y la joven se apresuró a hacer una reverencia sin poder remediarlo al tiempo que se avergonzaba de haber considerado… ¿Qué era lo que había pensado hacer? Pensar era un arduo trabajo.

La mujer las observó unos instantes y luego asintió con gesto satisfecho; se dirigió a la mesa y tomó asiento en la silla de la cabecera.

—Venid aquí, donde pueda veros mejor —instó con un timbre perentorio—. Acercaos. Sí, eso es.

Elayne se dio cuenta entonces de que estaba de pie junto a la mesa, mirando a la fulgurante mujer de oscuros ojos. Esperaba que eso fuera lo correcto. Al otro lado de la mesa, Nynaeve tenía aferrado un puñado de trenzas, pero contemplaba a la visitante con una ridícula expresión de embeleso que casi hizo reír a Elayne.

—Más o menos lo que había imaginado —dijo la mujer—. Poco más que unas chiquillas y, obviamente, ni siquiera medio entrenadas. Fuertes, sin embargo. Lo bastante para ser más que una simple molestia. En especial tú. —Clavó en Nynaeve los ojos—. Probablemente llegues a ser importante algún día, pero te has cerrado a ti misma, ¿no es así? Nosotras te lo habríamos impedido aunque hubieras gritado y pataleado.

Nynaeve seguía aferrando el puñado de trenzas, pero la sonrisa de infantil complacencia por el elogio dejó paso a un avergonzado temblor en los labios.

—Siento haberme cerrado —musitó, casi sollozando—. Me da miedo… todo ese poder… el Poder Único… ¿Cómo puedo…?

—Guarda silencio a menos que te pregunte algo —ordenó con firmeza la mujer —. Y no te pongas a llorar. Lo que sientes al verme es alegría, éxtasis. Sólo deseas

complacerme y responder con sinceridad a mis preguntas.

Nynaeve asintió enérgicamente con la cabeza y su sonrisa se hizo aun más embelesada. Elayne comprendió que ella estaba haciendo lo mismo. No le cabía duda de que podía responder las preguntas primero. Cualquier cosa para complacer a esta mujer.

—Bien. ¿Estáis solas? ¿Hay alguna otra Aes Sedai con vosotras?

—No —contestó rápidamente Elayne a la primera pregunta, y casi sin pausa respondió a la segunda—: No hay más Aes Sedai con nosotras. —Quizá debería añadir que realmente ellas no eran Aes Sedai, pero no le había preguntado eso. Nynaeve le asestó una mirada feroz, irritada porque se le había adelantado. Ahora tenía blancos los nudillos de tanto apretar el puñado de trenzas.

—¿Por qué estáis en esta ciudad? —inquirió la mujer.

—Buscamos hermanas Negras —repuso precipitadamente Nynaeve al tiempo que lanzaba una mirada triunfante a Elayne.

La atractiva mujer se echó a reír.

—Así que por eso no os había sentido encauzar hasta hoy. Muy juicioso por vuestra parte mantener la discreción siendo dos contra once. También yo he seguido esa táctica siempre. Sólo los necios se hacen notar y salen a descubierto, pero los puede derribar una araña oculta en las grietas; una araña que no ven hasta que ya es demasiado tarde. Contadme todo cuanto hayáis descubierto sobre esas hermanas Negras, todo lo que sepáis sobre ellas.

Elayne lo soltó todo, compitiendo con Nynaeve para ser la primera. No había mucho que contar, sin embargo: sus descripciones; los *ter'angreal* que habían robado; los asesinatos cometidos en la Torre Blanca y la sospecha de que todavía quedaran otras Negras allí; su ayuda a uno de los Renegados en Tear antes de que la Ciudadela cayera; su huida a esta ciudad buscando algo peligroso para Rand.

—Estuvieron todas escondidas en esa casa —finalizó, jadeante, Elayne—, pero se marcharon anoche.

—Al parecer estuvisteis muy cerca —musitó lentamente la mujer—. Muy cerca. *Ter'angreal*. Sacad todo lo que llevéis en los bolsillos y las bolsitas y ponedlo sobre la mesa. —Las dos jóvenes lo hicieron así, y la mujer toqueteó las monedas, los útiles de costura, los pañuelos y cosas por el estilo—. ¿Tenéis algún *ter'angreal* en vuestros dormitorios? ¿O algún *angreal* o *sa'angreal*?

Elayne era consciente del anillo de piedra retorcido que colgaba entre sus senos, pero no había sido ésa la pregunta.

—No —contestó. En sus cuartos no tenían ningún objeto de ésos.

Apartó todas las cosas que había esparcido sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla.

—Rand al'Thor —musitó, hablando más para sí misma—. Así que ése es su

nombre esta vez. —Su semblante se crispó en una fugaz mueca—. Un hombre arrogante que apesta a piedad y bondad. ¿Sigue siendo igual? No, no os molestéis en responderme a eso. Es una pregunta fútil. De modo que Be'lal ha muerto. Y el otro deduzco que era Ishamael. Con toda su pretensión de estar sólo medio atrapado, a cualquier precio… Cuando lo volví a ver le quedaba menos humanidad que a cualquiera de nosotros; sospecho que casi se creía el mismo Gran Señor de la Oscuridad. Con todos sus tres mil años de maquinaciones, y acaba pereciendo a manos de un muchacho sin adiestramiento. Mi método es mejor. Suavemente, en las sombras. Algo para controlar a un hombre que encauza. Sí, tenía que ser eso. —Sus ojos se tornaron penetrantes mientras estudiaba primero a la una y luego a la otra—. Bien, ¿y qué hago con vosotras?

Elayne esperó pacientemente. Nynaeve esbozaba una sonrisa tonta, expectante; tenía pinta de boba sujetando el puñado de trenzas.

—Sois demasiado fuertes para desperdiciar vuestro potencial; tal vez me seáis útiles algún día. Me encantaría ver los ojos de Rahvin el día que se te enfrente sin estar ya bloqueada —le dijo a Nynaeve—. Si pudiera, os apartaría de esa búsqueda vuestra. Lástima que la influencia en este estado de sugestión sea tan limitada. Empero, con lo poco que habéis aprendido, estáis demasiado retrasadas para poneros al día ahora. Imagino que tendré que recogeros más adelante y ocuparme de vuestro… nuevo adiestramiento. —Se puso de pie y, de repente, Elayne sintió un cosquilleo en todo el cuerpo. Su cerebro pareció vacilar; no era consciente de nada salvo la voz de la mujer, que retumbaba en sus oídos, desde muy lejos—. Recogeréis vuestras cosas de la mesa y cuando las hayáis guardado en su sitio no os acordaréis de nada de lo ocurrido, excepto que vine creyendo que erais unas amigas del campo y que estaba equivocada, que me tomé una taza de té y me marché.

Elayne parpadeó y se preguntó por qué estaba atando la bolsita en el cinturón. Nynaeve se miraba las manos con el entrecejo fruncido mientras ataba las cintas de su propia bolsita.

—Una mujer agradable —dijo la heredera del trono a la par que se frotaba la frente. Le empezaba a doler la cabeza—. ¿Dijo cómo se llamaba? No lo recuerdo.

—¿Agradable? —Nynaeve levantó la mano y se dio un fuerte tirón a las trenzas; la miró como si se hubiera movido por voluntad propia—. Creo… que no nos lo dijo.

—¿De qué estábamos hablando cuando entró? —Egeanin acababa de marcharse. ¿De qué hablaban?

—Lo que recuerdo es lo que estaba a punto de decir. —La voz de Nynaeve había cobrado firmeza—. Tenemos que encontrar a las hermanas Negras sin levantar sus sospechas o nunca tendremos la oportunidad de seguirlas hasta lo que quiera que sea esa cosa peligrosa para Rand.

—Lo sé —convino pacientemente Elayne. ¿No había dicho lo mismo ya? No,

claro que no—. Ya lo hemos discutido.

En las arqueadas puertas que daban al exterior desde el pequeño patio de la posada, Egeanin se paró y observó a los hombres de gesto duro, descalzos y en su mayoría con el torso al aire, que holgazaneaban entre los demás desocupados a este lado de la calle. Por su aspecto, no dudarían en utilizar los sables que colgaban de sus cinturones o que llevaban metidos en los fajines, pero ninguno de esos rostros le era familiar. Si alguno de ellos estaba en el barco de Bayle Domon cuando ella lo había capturado en Falme, no lo recordaba. Si ése era el caso, sólo cabía esperar que ninguno de ellos relacionara a una mujer con traje de montar con otra vestida con armadura que había apresado su nave.

De repente advirtió que tenía sudorosas las palmas de las manos. Aes Sedai. Mujeres que podían manejar el Poder y que no estaban atadas a correas como era lo debido. Había estado sentada a la misma mesa con ellas, había hablado con ellas. No eran en absoluto como había imaginado; no conseguía apartar esa idea de su mente. Podían encauzar y, por ende, eran un peligro para el orden y debían ser atadas. Sin embargo… Nada que ver con lo que había imaginado. Y podía *aprenderse*. ¡Aprenderse! Mientras no topara con Bayle Domon, que la reconocería indudablemente, tendría ocasión de volver. Tenía que saber más. Ahora más que nunca.

Deseando llevar una capa con embozo, aferró firmemente el bastón y echó a andar calle adelante abriéndose paso entre la multitud. Ninguno de los marineros la miró con interés; ella no les quitó ojo para asegurarse.

No reparó en el hombre de pelo claro vestido con un sucio atuendo tanchicense que estaba acurrucado en la fachada encalada de una vinatería, al otro lado de la calle. Sus azules ojos, por encima del sucio velo y del frondoso bigote pegado al labio superior con cola, la siguieron un rato antes de volver hacia El Patio de los Tres Ciruelos. Se puso de pie y cruzó la calle haciendo caso omiso del repugnante modo con el que la gente se rozaba contra él. Egeanin había estado a punto de descubrirlo cuando se cegó lo bastante para romper el brazo a aquel necio. Uno de la Sangre, como se consideraban tales cosas en estas tierras, rebajado a mendigar y sin honor suficiente para abrirse las venas. Repugnante. Tal vez pudiera descubrir algo más de lo que la mujer se traía entre manos en esta posada una vez que comprendieran que disponía de más dinero de lo que sugerían sus ropas.

47



Una visión que se cumple

Los papeles esparcidos sobre el escritorio de Siuan Sanche tenían poco interés para ella, pero la mujer perseveró. Por supuesto, otras se ocupaban de la rutina diaria de la Torre Blanca con objeto de dejar a la Sede Amyrlin libre para ocuparse de las decisiones importantes, pero siempre había tenido la costumbre de comprobar una o dos cosas al azar cada día, sin previo aviso, y ahora no iba a romperla. No permitiría que las preocupaciones la distrajeran. Todo discurría según lo planeado. Se ajustó el chal rayado y mojó la pluma cuidadosamente en el tintero, punteando otra suma total corregida.

Hoy examinaba unas listas de compras de cocina y el informe del albañil respecto a una ampliación en la biblioteca. La cantidad de pequeños peculados que la gente creía que podía colar inadvertidamente siempre la sorprendía; como también la sorprendía el gran número que escapaba a la comprobación de las mujeres que supervisaban estos asuntos. Por ejemplo, Laras debía de pensar que comprobar las cuentas era una tarea que estaba por debajo de su posición desde que su título se había cambiado oficialmente de simple jefa de cocina al de Maestra de las Cocinas. Por otro lado, Danelle, la joven hermana Marrón que se suponía debía controlar a maese Jovarin, el albañil, seguramente estaría entretenida con los libros que el individuo le buscaba continuamente. Era la única explicación de que no hubiera puesto en tela de juicio el número de obreros que Jovarin afirmaba haber contratado, cuando los primeros cargamentos de piedra de Kandor acababan de llegar al Puerto del Norte. Con una cuadrilla tan numerosa habría podido reconstruir toda la biblioteca. Sencillamente, Danelle era demasiado distraída hasta para una hermana Marrón. Tal vez el castigo de un corto período de trabajo en una granja la despabilaría. A Laras sería más difícil imponerle una disciplina; no era Aes Sedai, de modo que su autoridad con las ayudantes de cocina, los pinches y las fregonas podría verse mermada por poco que se descuidaran. Claro que podían enviarla al campo para tomarse un «descanso». Sí, eso funcionaría…

Con un bufido de irritación, Siuan bajó la pluma e hizo una mueca al ver la

mancha de tinta que había hecho en la página de columnas de totales pulcramente anotadas.

—Mira que perder el tiempo decidiendo si mando o no a Laras a arrancar malas hierbas —rezongó—. ¡Está demasiado gorda para agacharse!

No era el peso de Laras lo que había despertado su malhumor, y lo sabía; la mujer era igual de gorda que siempre, o eso parecía, y sus kilos de más nunca habían interferido en la dirección de las cocinas. No había noticias. Eso era lo que la tenía tan nerviosa como una ave pescadora a la que le han arrebatado su presa. Un solo mensaje de Moraine informando que el chico al'Thor tenía en su poder a *Callandor* y desde entonces, hacía semanas, nada, aunque los rumores en la calle empezaban a sonar con su nombre correcto. Y todavía nada.

Levantó la tapa de un cofrecillo de madera negra tallada en el que guardaba los papeles más secretos y rebuscó dentro. Una pequeña guarda tejida alrededor del cofrecillo aseguraba que ninguna mano salvo la suya pudiera abrirlo.

El primer papel que sacó era un informe respecto a que la novicia que había visto la llegada de Min había desaparecido de la granja a la que se la había enviado, y la propietaria de la granja también. Apenas se daban casos de novicias que se escaparan, pero el que también la granjera hubiera desaparecido resultaba inquietante. Habría que encontrar a Shara, por supuesto, ya que no había hecho suficientes progresos en su adiestramiento para dejarla marchar sin más, pero no había una razón de peso para guardar el informe en el cofre. No se mencionaba el nombre de Min ni la razón por la que se había enviado a la novicia a cuidar coles, pero a pesar de ello volvió a guardarlo donde estaba antes. Corrían unos tiempos en los que se debía tener ciertas precauciones que en cualquier otro momento habrían sido absurdas.

Una descripción de una reunión multitudinaria en Ghealdan para oír a ese hombre que se llamaba a sí mismo el Profeta del lord Dragón. Al parecer su verdadero nombre era Masema. Extraño. Era un nombre shienariano. Casi diez mil personas habían acudido a oírle hablar desde la ladera de una colina, proclamando el retorno del Dragón, una alocución que terminó con una batalla campal con soldados que intentaban dispersar a los asistentes. Aparte del hecho de que, por lo visto, los soldados habían sido los que se llevaron la peor parte, lo interesante era que el tal Masema conocía el nombre de Rand al'Thor. Definitivamente, ese papel volvió al cofre.

Un informe de que aún no se había descubierto el paradero de Mazrim Taim. No había razón para guardar esto aquí. Otro referente a que las condiciones en Arad Doman y Tarabon habían empeorado. Barcos que desaparecían a lo largo de la costa del Océano Aricio. Rumores de incursiones tearianas en Cairhien. Estaba cogiendo la costumbre de guardarlo todo en este cofre; ninguno de estos últimos tenían que mantenerse en secreto. Dos hermanas habían desaparecido en Illian, y otra, en

Caemlyn. Se estremeció, preguntándose dónde estarían los Renegados. Demasiados de sus espías habían dejado de informar. Ahí fuera había escorpinas y ella estaba nadando en la oscuridad. Ah, ahí estaba; el pequeño trozo de papel, fino como seda, susurró al desenrollarlo.

La honda ha sido utilizada. El pastor blande la espada.

La Antecámara de la Torre había votado como ella esperaba, unánimemente y sin necesidad de forzar la mano y mucho menos recurrir a su autoridad. Si un hombre había tomado *Callandor*, tenía que ser el Dragón Renacido, y ese hombre debía ser guiado por la Torre Blanca. Tres Asentadas de tres Ajahs diferentes habían propuesto que la Antecámara mantuviera en estricto secreto todos los planes, antes incluso de que lo sugiriera ella; la sorpresa fue que una de ellas era Elaida. Claro que, tratándose de las Rojas, era evidente que procurarían tener bien sujeto con todos los cabos posibles a un hombre que encauzaba. El único problema fue impedir que saliera una delegación hacia Tear para tenerlo bajo control, aunque enseguida se solucionó cuando les comunicó que la información le había llegado de una Aes Sedai que ya se las había ingeniado para permanecer cerca del hombre.

Pero ¿qué estaba haciendo ahora? ¿Por qué no había enviado más información Moraine? La impaciencia en la Asamblea era tal en estos días que casi podían verse saltar chispas en el aire. Siuan contuvo el malhumor. «¡Condenada mujer! ¿Por qué no ha enviado más noticias?»

La puerta se abrió violentamente y Siuan levantó la cabeza, furiosa, mientras más de una docena de mujeres entraban en su estudio encabezadas por Elaida. Todas llevaban los chales, la mayoría con flecos rojos, pero la fría Alviarin, una Blanca, estaba al lado de Elaida, y Joline Maza, una esbelta Verde, las seguía de cerca junto con la regordeta Shemerin, del Amarillo, y Danelle, cuyos grandes ojos azules no mostraban en absoluto una expresión distraída. De hecho, Siuan vio como mínimo una mujer de cada Ajah excepto el Azul. Algunas parecían nerviosas, pero la mayoría mostraban una inflexible determinación, mientras que los ojos de Elaida denotaban severidad y confianza en sí misma, incluso triunfo.

—¿Qué significa esto? —espetó Siuan al tiempo que cerraba el cofre negro con un seco golpe. Se incorporó prestamente y rodeó el escritorio. ¡Primero Moraine, y ahora esto!—. Si tiene que ver con temas tearianos, Elaida, tendríais que saber que no conviene involucrar a más hermanas. ¡Y también que no deberíais entrar aquí como si fuera la cocina de vuestra madre! ¡Disculpaos y salid de aquí antes de que os haga desear que fueseis de nuevo una ignorante novicia!

Su fría cólera tendría que haberlas hecho salir corriendo; pero, aunque algunas

rebulleron con inquietud, ninguna hizo intención de dirigirse hacia la puerta. De hecho, la pequeña Danelle la contemplaba con gesto burlón. Y Elaida alargó tranquilamente la mano y le arrebató el chal de rayas que Siuan llevaba sobre los hombros.

—Ya no necesitaréis esto —dijo—. Nunca fuisteis digna de llevarlo, Siuan.

La impresión había dejado muda a Siuan. Esto era una locura. Era imposible. Furiosa, quiso entrar en contacto con el *Saidar* y se llevó la segunda sorpresa desagradable. Había una barrera entre ella y la Fuente Verdadera, como un muro de grueso cristal. Miró a Elaida con incredulidad.

Como para mofarse de ella, el resplandor del *Saidar* brotó en torno a la otra Aes Sedai. Indefensa, sintió cómo la Roja tejía flujos de Aire a su alrededor, desde los hombros hasta la cintura, aprisionándole fuertemente los brazos contra los costados. Apenas podía respirar.

—¡Debéis de estar loca! —jadeó con voz enronquecida—. ¡Debéis de estarlo todas vosotras! ¡Soltadme!

Ninguna respondió; casi parecía que hacían caso omiso de ella. Alviarin empezó a revolver los papeles que había sobre la mesa, con rapidez pero sin precipitación. Entretanto, Joline, Danelle y otras cogían los libros que había en los atriles de lectura y los sacudían para comprobar si caía algo de entre sus páginas. La hermana Blanca soltó un quedo siseo de exasperación al no encontrar en la mesa lo que buscaba, y entonces levantó la tapa del cofrecillo negro. De forma instantánea, el cofre estalló en una bola de fuego.

Alviarin retrocedió de un brinco a la par que soltaba un chillido y sacudía la mano, donde ya empezaban a levantarse ampollas.

—Estaba protegido —masculló, tan cerca de encolerizarse como podía estar una Blanca—. Una guarda tan pequeña que no la percibí hasta que era demasiado tarde.

Del cofre y su contenido sólo quedaba un montoncillo de ceniza gris sobre un trozo de mesa chamuscado. El semblante de Elaida no denotó decepción.

—Os prometo, Siuan, que me diréis hasta la última palabra de lo que ha ardido, para quién iban dirigidas y con qué propósito.

—¡Debéis de estar poseída por el Dragón! —espetó Siuan—. Os desollaré por esto, Elaida. ¡A todas vosotras! ¡Tendréis suerte si la Antecámara de la Torre no vota que seáis neutralizadas!

La leve sonrisa de Elaida no se reflejaba en sus ojos.

—La Antecámara se reunió hace menos de una hora, con el número de hermanas suficiente de acuerdo con nuestras leyes, y por voto unánime, como se requiere, se decidió que ya no sois la Amyrlin. Estamos aquí para hacer cumplir tal resolución.

Siuan sintió un frío espantoso en el estómago y una vocecilla gritó en un rincón de su mente: «¿Qué saben? Luz, ¿cuánto saben? ¡Necia! ¡Necia y ciega mujer!».

Empero, mantuvo el gesto impasible. Ésta no era la primera vez que estaba acorralada contra la pared. Sólo era una chiquilla de quince años, sin más arma que una pequeña navaja para cortar el cebo, cuando cuatro rufianes de mala catadura y con el estómago lleno de vino barato la habían arrastrado hasta un callejón. Si había conseguido salir con bien de aquello, esto sería más fácil. Es lo que se dijo para sus adentros.

—¿Suficientes para cumplir las leyes? —replicó con sorna—. El mínimo, imagino, y la mayoría amigas vuestras y aquellas sobre las que tenéis influencia o que podéis intimidar. —El hecho de que Elaida hubiera sido capaz de convencer incluso a un número relativamente reducido de Asentadas, bastaba para dejarle seca la boca, pero no iba a exteriorizarlo—. Cuando se reúna la Antecámara al completo, con todas las Asentadas, os daréis cuenta de vuestro error. ¡Demasiado tarde! Jamás ha habido una rebelión en la Torre; de aquí a mil años utilizarán vuestra suerte como ejemplo para las novicias de lo que les ocurre a las rebeldes. —Algunos atisbos de duda asomaron a varios rostros; por lo visto, Elaida no tenía tan bien controlada su conspiración como pensaba—. Es hora de dejar de querer abrir un agujero en el casco y empezar a achicar agua. Incluso vos estáis a tiempo de mitigar vuestro agravio, Elaida.

La Roja esperó con gélida tranquilidad hasta que hubo acabado de hablar. Entonces cruzó el rostro de Siuan con un tremendo bofetón que la hizo trastabillar y puso relucientes chispas ante sus ojos.

—Estáis acabada —manifestó Elaida—. ¿Acaso creísteis que yo, que nosotras, íbamos a permitir que destruyerais la Torre? ¡Sacadla de aquí!

Siuan dio un traspié cuando dos de las Rojas la empujaron hacia adelante. Nada más recuperar el equilibrio les asestó una feroz mirada, pero echó a andar. ¿A quién necesitaba poner sobre aviso? Fueran cuales fueran los cargos que se hubieran presentado contra ella, podría refutarlos si le daban tiempo. Incluso cualquier cargo relacionado con Rand; sólo podían esgrimir contra ella rumores, y había participado en el Gran Juego demasiado tiempo para que la derrotaran con algo tan poco consistente. A menos que tuvieran a Min; su presencia podía dar carácter de realidad a los rumores. Rechinó los dientes. «¡Así me fulmine la Luz, haré picadillo a esta panda de intrigantes y utilizaré los trozos para cebo!»

Al salir a la antesala volvió a tropezar, pero esta vez no fue porque la hubieran empujado. Había abrigado la esperanza de que Leane no se hubiera encontrado en su puesto, pero la Guardiana estaba como ella, con los brazos pegados contra los costados, moviendo la boca furiosamente pero sin emitir sonidos ya que se lo impedía una mordaza de Aire. Hacía un rato que había percibido el uso del Poder, seguramente cuando inmovilizaron a Leane, pero no le llamó la atención ya que en la Torre flotaba constantemente la sensación de mujeres encauzando.

Empero, no fue ver a Leane lo que le hizo dar un traspié, sino el alto y delgado

hombre de pelo canoso que estaba tendido en el suelo con un cuchillo sobresaliendo en su espalda. Alric había sido su Guardián durante casi veinte años, sin protestar nunca cuando sus obligaciones los mantenían enclaustrados en la Torre, sin murmurar cuando su condición de Guardián de la Amyrlin lo obligaba a viajar a leguas de distancia de ella, algo que a ningún Gaidin le gustaba.

Se aclaró la garganta, pero aun así su voz sonó enronquecida al hablar:

—Os desollaré y pondré vuestro pellejo extendido y salado a secar al sol por esto, Elaida. ¡Lo juro!

—En vuestro lugar me preocuparía más por vuestro propio pellejo, Siuan —repuso la Roja, que se aproximó a ella para mirarla fijamente a los ojos—. Hay mucho más en todo esto de lo que se ha descubierto hasta ahora. Lo sé. Y vais a decirme hasta el último y más pequeño detalle. Hasta el último. —El hecho de que las siguientes palabras las pronunciara en voz queda, para que sólo las escuchara ella, resultó más amedrentador que todas sus duras miradas—. Lo prometo, Siuan. ¡Llevadla abajo!

Sosteniendo en los brazos el abultado paquete de seda azul, Min entró a buen paso por la Puerta Norte; era casi mediodía, y adoptó la sonrisa afectada, destinada a los guardias con la insignia de la Llama de Tar Valon en su pecho, al tiempo que movía las largas faldas verdes con la coquetería apropiada a Elmindreda. Mantuvo su representación unos instantes antes de darse cuenta de que no había guardias. En el torreón de guardia con forma de estrella, la pesada puerta reforzada con bandas de hierro se encontraba abierta de par en par; el propio torreón parecía desierto. Imposible. Ninguna puerta al recinto de la Torre quedaba jamás sin vigilancia. A mitad de camino del blanco y recto pináculo que era la Torre propiamente dicha, vio penachos de humo elevándose entre los árboles. Parecían salir de los alojamientos de los jóvenes que estudiaban bajo la dirección de los Guardianes. A lo mejor el fuego había atraído a los guardias de la puerta.

Sintiéndose todavía algo intranquila, echó a andar por el sendero de tierra que atravesaba la zona arbolada del recinto, llevando bajo el brazo la abultada pieza de seda. Realmente no quería otro vestido, pero ¿cómo iba a rehusar cuando Laras le puso una bolsita con monedas de plata en las manos y le dijo que las utilizara para comprar esta seda que la oronda mujer había visto?; afirmaba que era justo el color indicado para resaltar el cutis de «Elmindreda». Que quisiera o no resaltar su cutis era menos importante que tener contenta a Laras y conservar su buena disposición hacia ella.

El repiqueteo metálico de espadas chocando contra espadas llegó a sus oídos a través de los árboles. Los Guardianes debían de tener a sus alumnos practicando con más intensidad de lo habitual.

Todo esto era irritante. Laras y sus consejos de belleza; Gawyn y sus bromas; Galad dedicándole halagos sin ser consciente del efecto que su rostro y su sonrisa tenían en el pulso de una mujer. ¿Sería así como Rand la quería? ¿Acabaría por fijarse en ella si llevara vestidos y le sonriera con afectación como una niñata sin seso?

«No se lo merece —se dijo, furiosa. Todo era culpa suya. Ahora no estaría aquí, llevando un estúpido vestido y sonriendo como una idiota si no fuera por él—. ¡Me visto con chaqueta y calzones, y se acabó! ¡Quizá me ponga un vestido alguna vez, pero no para atraer la mirada de ningún hombre! Apuesto a que ahora mismo estará mirando embobado a alguna teariana que irá mostrando la mitad de sus senos por el escote. También yo puedo llevar un vestido así. A ver qué piensa cuando me vea con esta seda azul. Haré que corten el escote hasta… —¿Pero en qué estaba pensando? ¡Ese hombre le había quitado el juicio! ¡La Sede Amyrlin la tenía aislada aquí, como una inútil, y Rand al'Thor le tenía sorbidos los sesos!—. ¡Así lo abrase la Luz! ¡Así lo ciegue por hacerme esto a mí!»

El estruendoso entrechocar de las espadas volvió a resonar en la distancia y Min se frenó en seco cuando una horda de jóvenes salió en tropel de los árboles un poco más adelante; todos estaban armados con lanzas y espadas, y Gawyn iba a la cabeza del grupo. Reconoció a otros cuantos entre los alumnos de los Guardianes. En alguna otra parte del recinto se alzaba el clamoroso griterío de hombres encolerizados.

—¡Gawyn! ¿Qué ocurre?

El joven giró velozmente sobre sus talones al oír su voz. Sus azules ojos rebosaban preocupación y temor, y su semblante era una máscara de determinación para no dejarse vencer por esas sensaciones.

—Min. ¿Qué haces…? Sal del recinto, Min. Es peligroso estar aquí.

Un puñado de jóvenes siguió corriendo, pero la mayoría se quedó esperando a Gawyn con impaciencia. Min tenía la impresión de que estaban presentes casi todos los alumnos de los Guardianes.

—¡Dime qué pasa, Gawyn!

—La Amyrlin ha sido depuesta esta mañana. ¡Márchate, Min!

El paquete de seda se le cayó de las manos.

—¿Depuesta? ¡Eso no puede ser! ¿Cómo? ¿Por qué? En nombre de la Luz, ¿por qué?

—¡Gawyn! —llamó uno de los jóvenes, y fue coreado por otros al tiempo que hacían gestos con las armas—. ¡Gawyn! ¡El Jabalí Blanco! ¡Gawyn!

—Ahora no tengo tiempo —respondió precipitadamente—. Se han desatado combates por doquier. Dicen que Hammar intenta liberar a Siuan Sanche. He de ir a la Torre, Min. ¡Márchate, por favor!

Se dio media vuelta y echó a correr hacia la Torre seguido por los otros, todos con

las armas enarboladas y algunos gritando todavía:

—¡Gawyn! ¡El Jabalí Blanco! ¡Gawyn! ¡Adelante los Cachorros!

Min los siguió con la mirada.

—No me aclaraste de qué lado estás, Gawyn —susurró.

El estruendo de la lucha iba en aumento, más claro ahora que prestaba atención, y los gritos y chillidos, el entrechocar de acero contra acero, parecían venir de todas direcciones. El clamor le puso la piel de gallina e hizo que sus rodillas temblaran; esto no podía estar pasando, no aquí. Gawyn tenía razón. Lo más seguro y lo más sensato sería marcharse del recinto de la Torre inmediatamente. Sólo que era imposible prever cuándo la dejarían entrar de nuevo, si es que se lo permitían; además no se le ocurría qué podía hacer que resultara provechoso.

—¿Y qué puedo hacer dentro? —se preguntó, ferozmente.

Pero no se volvió hacia la puerta. Dejó el paño de seda tirado donde estaba y se metió rápidamente entre los árboles buscando un lugar seguro donde esconderse. No creía que nadie ensartara a «Elmindreda» como a un ganso —estremecida, deseó no haber hecho tal comparación—, pero no tenía sentido correr riesgos inútiles. Tarde o temprano la lucha tendría que acabar y, para entonces, habría de decidir cómo actuar.

En la profunda oscuridad de la celda, Siuan abrió los ojos, se movió ligeramente, hizo un gesto de dolor y se quedó quieta. ¿Sería todavía por la mañana? El interrogatorio se había prolongado largo tiempo. Procuró olvidar el dolor compensándolo con el lujo de seguir viva. La áspera piedra que tenía debajo le rozaba los verdugones y las contusiones que tenía en la espalda, y el sudor le escocía en todos ellos —se sentía como un amasijo de dolor desde las rodillas a los hombros— y además la hacía tiritar con el frío ambiente. «Al menos podrían haberme dejado la ropa interior.» El aire olía a polvo rancio y a moho. Era una de las celdas más profundas. Nadie había sido confinado aquí desde los tiempos de Artur Hawkwing. Desde Bonwhin.

Hizo una mueca en medio de las tinieblas; ningún descuido. Apretando los dientes, se incorporó con trabajo hasta quedar sentada en el suelo de piedra y tanteó a su alrededor buscando una pared en la que apoyarse. Notó la frialdad de los bloques de piedra contra su espalda. «Cosas sencillas —se exhortó—. Piensa en las pequeñas cosas. Calor. Frío. Me pregunto cuándo me traerán algo de agua, si es que me la traen.»

Sin poder evitarlo, buscó a tientas su anillo de la Gran Serpiente. No estaba en su dedo. Tampoco es que esperara encontrarlo; creía recordar el momento en que se lo habían arrancado. Al cabo de un tiempo las cosas se habían tornado confusas. Afortunadamente. El triunfo de no revelar un retazo aquí, otro allí. Entre medias, aullando respuestas, ansiosa de contestar con tal de que pararan aunque sólo fuera unos instantes, aunque sólo… Se rodeó con los brazos para contener los temblores;

no sirvió de mucho. «Mantendré la calma. No estoy muerta. He de recordar eso por encima de todo. No estoy muerta.»

—¿Madre? —La voz temblorosa de Leane llegó de algún lugar en la oscuridad—. ¿Estáis despierta, madre?

—Lo estoy —suspiró Siuan. Había albergado la esperanza de que hubieran liberado a Leane, expulsándola de la ciudad. Sintió una punzada de culpabilidad por el consuelo que le proporcionaba la presencia de la otra mujer compartiendo la celda —. Lamento haberte metido en esto, hi… —No. No tenía derecho a llamarla así ahora—. Lo lamento, Leane.

Hubo un largo silencio.

—¿Estáis…? ¿Estáis bien, madre?

—Llámame Siuan, Leane. Sólo Siuan. —A despecho de sí misma intentó abrazar el *Saidar*. Nada. Para ella no existía. Solo había un gran vacío en su interior. Nunca jamás. Toda una vida con un norte y ahora estaba sin timón, a la deriva en un mar mucho más tenebroso que esta celda. Se retiró bruscamente una lágrima, furiosa por haber permitido que se derramara—. Ya no soy la Sede Amyrlin, Leane. —Parte de la ira asomó a su voz—. Supongo que Elaida será nombrada en mi lugar. Si es que no lo ha sido ya. ¡Juro que algún día alimentaré a los cazones con esa mujer!

La única respuesta de Leane fue un largo y desmoralizado suspiro. El chirrido de la llave en la oxidada cerradura hizo levantar la cabeza a Siuan; a nadie se le había ocurrido engrasarla antes de arrojarlas a Leane y a ella dentro, y el herrumbroso mecanismo se resistía a girar. Con inflexible determinación, se obligó a ponerse de pie.

—Incorpórate, Leane. Arriba.

Al cabo de un momento oyó a la otra mujer hacerle caso, mascullando entre dientes a la par que soltaba quedos gemidos.

—¿De qué servirá? —comentó en voz un poco más alta Leane.

—Por lo menos no nos encontrarán tiradas en el suelo, hechas un ovillo y sollozando. —Procuró que su voz sonara firme—. Podemos luchar, Leane. Mientras tengamos vida, podemos luchar. —«¡Oh, Luz, me neutralizaron! ¡Me neutralizaron!»

Obligándose a dejar la mente en blanco, apretó los puños y hundió los dedos de los pies en las irregularidades del suelo de piedra. Deseó que el ruido que hacía su garganta no sonara tan parecido a un quejido.

Min soltó los hatillos en el suelo y se echó la capa hacia atrás para girar la llave con las dos manos. Era el doble de larga que su mano y estaba tan oxidada como la cerradura y como el resto de las llaves metidas en el gran aro de hierro. La atmósfera era fría y húmeda, como si el verano no llegara a tanta profundidad.

—Aprisa, muchacha —murmuró Laras, que sostenía la linterna y lanzaba ojeadas

a uno y otro lado del oscuro pasaje de piedra. Resultaba difícil imaginar que la mujer, con todas sus papadas, hubiera sido una belleza nunca, pero Min la veía muy hermosa ahora.

Peleándose con la llave, sacudió la cabeza. Se había topado con Laras cuando se escabullía hacia su cuarto para buscar el sencillo traje de montar gris que llevaba puesto ahora y unas cuantas cosas más. De hecho, la oronda mujer estaba buscándola, muerta de preocupación por «Elmindreda», manifestando con grandes aspavientos la suerte que había tenido de estar a salvo y dispuesta a encerrarla en su cuarto hasta que todo hubiera pasado para que siguiera así. Todavía no sabía cómo se las había compuesto Laras para sonsacarle lo que se proponía hacer y aún no se había recuperado de la impresión cuando la mujer anunció, de mala gana, que la ayudaría. «Según sus palabras, una osada jovencita siguiendo los dictados de su corazón. En fin, espero que pueda… ¿Cómo lo expresó? Ah, sí: mantenerme apartada de la olla de hacer escabeche.» La maldita llave no giraba; apoyó todo su peso para hacer que se moviera.

A decir verdad, le estaba agradecida a Laras en más de un sentido. Min albergaba serias dudas de que hubiera sido capaz de prepararlo todo por sí misma o encontrar todo lo necesario, al menos tan deprisa. Aparte de… Aparte de que cuando topó con Laras ya empezaba a llamarse necia por haber pensado siquiera en hacer esto y que podía estar sobre un caballo cabalgando hacia Tear mientras tenía la oportunidad, antes de que alguien decidiera añadir su cabeza a las que ya decoraban la fachada principal de la Torre. Sospechaba que si hubiera huido jamás se lo habría perdonado. Sólo por eso le estaba lo bastante agradecida a Laras para no hacer la menor objeción cuando la mujer agregó algunos bonitos vestidos al hatillo que ella había preparado ya. Siempre quedaba la posibilidad de que los polvos y los coloretes se «perdieran» en alguna parte. «¿Por qué no gira esta maldita llave? A lo mejor Laras puede…»

La llave cedió de repente y giró con un chasquido que le hizo temer a Min que se hubiera roto algo. Pero, cuando empujó la burda puerta de madera, se abrió. Recogió rápidamente los hatillos y entró en la desnuda celda de piedra. Se frenó en seco, desconcertada.

La luz de la linterna alumbraba a dos mujeres que sólo tenían encima oscuras contusiones y rojos verdugones y que se resguardaron los ojos de la deslumbrante luz, pero, por un momento, Min no estuvo segura de que fueran las que buscaba. Una era alta y con la piel cobriza; la otra era más baja, más robusta y tenía la piel más clara. Sólo las caras parecían las mismas —o casi— y sin ningún golpe ni moratón, de modo que tendría que haber estado segura. Pero la intemporalidad que era la marca de las Aes Sedai parecía haber desaparecido; habría calculado que estas mujeres tenían sólo seis o siete años más que ella como mucho, y que no eran Aes Sedai. Esta idea la hizo enrojecer. No veía visiones ni halos a su alrededor; siempre

había imágenes y aureolas en torno a las Aes Sedai. «Déjate de tonterías», se increpó.

—¿Dónde…? —empezó una de ellas, desconcertada, e hizo una pausa para aclararse la garganta—. ¿Cómo conseguiste esas llaves? —Era la voz de Siuan Sanche.

—Es ella. —Laras parecía no dar crédito a sus ojos. Dio un golpecito con el grueso índice a Min—. ¡Aprisa, muchacha! Soy demasiado vieja y lenta para correr aventuras.

Min le lanzó una mirada sorprendida; la mujer había insistido en acompañarla, había dicho que no la dejaría sola. Min habría querido preguntarle a Siuan por qué las dos parecían de repente mucho más jóvenes, pero no había tiempo para frivolidades. «Me he acostumbrado demasiado al papel de Elmindreda.»

Entregó un hatillo a cada una de las mujeres desnudas y habló con rapidez:

—Aquí tenéis ropas. Vestíos tan deprisa como podáis. Ignoro cuánto tiempo tenemos. Hice creer al guardia que lo recompensaría con unos cuantos besos si me permitía pasar para vengarme de una mala pasada que me habíais hecho, y, mientras estaba distraído, Laras se acercó por detrás y le atizó en la cabeza con un rodillo. No sé cuánto tiempo estará desmayado. —Se acercó a la puerta y escudriñó, preocupada, el pasillo, en dirección al cuarto de guardia—. Será mejor que nos demos prisa.

Siuan ya había deshecho su hatillo y empezaba a ponerse las ropas que había en él. Excepto la ropa interior de lino, todo lo demás era de sencillo paño de lana en tonos marrones, propios de cualquier granjera que hubiera acudido a la Torre Blanca para hacer una consulta a las Aes Sedai, aunque las faldas partidas para montar a caballo se salían de lo normal. Laras había hecho la mayor parte del trabajo de costura; Min se había pasado la mayor parte del tiempo pinchándose con la aguja. Leane también estaba cubriendo su desnudez, pero parecía más interesada en el cuchillo corto que colgaba de su cinturón que en el propio atuendo.

Tres mujeres con ropas sencillas tenían ciertas posibilidades de salir de la Torre sin llamar la atención. Varios peticionarios y gente que buscaba ayuda habían quedado atrapados en la Torre cuando estalló la lucha; lo peor que podía ocurrir es que llevaran a empujones hasta la calle a otras tres que habían salido de su escondite y trataban de escabullirse. Siempre y cuando nadie las reconociera. Los rostros jóvenes de las otras mujeres les serían de ayuda. Nadie confundiría a un par de muchachas —al menos en apariencia— con la Sede Amyrlin y la Guardiana de las Crónicas. La antigua Amyrlin y la antigua Guardiana, se recordó Min para sus adentros.

—¿Sólo un guardia? —dijo Siuan, que hizo un gesto de dolor al ponerse las gruesas medias—. Qué extraño. Vigilarían mejor a un ratero. —Miró a Laras mientras se ponía los burdos zapatos—. Es reconfortante ver que alguien no cree los cargos que se me imputan, sean los que sean.

La rolliza mujer frunció el entrecejo y agachó la cabeza, de manera que añadió otra papada más a las tres habituales.

—Soy leal a la Torre —dijo hoscamente—. Esos asuntos no me conciernen. Sólo soy una cocinera. Esta estúpida chiquilla me ha hecho volver a unos días en que era una jovencita igualmente estúpida. Creo, al veros, que es hora de que recuerde que ya no soy la esbelta muchachita de antaño. —Puso bruscamente la linterna en la mano de Min.

La joven la agarró por el grueso brazo cuando se daba media vuelta.

—Laras, no nos delataréis, ¿verdad? Ahora no, después de todo lo que habéis hecho.

El redondo rostro de la mujer se ensanchó con una sonrisa entre nostálgica y triste.

—Oh, Elmindreda, cómo me recuerdas a mí cuando tenía tu edad. Haciendo cosas estúpidas y estando a punto de que me colgaran. No te traicionaré, pequeña, pero he de irme de aquí. Cuando toque la Segunda enviaré a una chica con vino para el guardia. Si para entonces no ha vuelto en sí ni ha sido descubierto, habréis dispuesto de más de una hora. —Se volvió hacia las otras dos mujeres y de repente mostró el gesto ceñudo que Min había visto que adoptaba para dirigirse a las pinches y otras ayudantes de cocina.

»¡Más vale que utilicéis bien esa hora! ¿Me oís? Según tengo entendido, piensan poneros en los fregaderos para así utilizaros como ejemplo. Todo eso me trae sin cuidado, ya que esos asuntos son para Aes Sedai, no para cocineras, y para mí es lo mismo una Amyrlin que otra, pero si por culpa vuestra cogen a esta muchacha, tened por seguro que os arrancaré el pellejo a tiras desde la salida hasta la puesta de sol cuando no estéis con la cabeza metida en ollas grasientas o limpiando orinales. Desearéis que os hubieran cortado la cabeza antes de que haya acabado con vosotras. Y dudo que crean que he ayudado en nada. Todo el mundo sabe que sólo me ocupo de mis cocinas. ¡No lo olvidéis y daos prisa! —La sonrisa volvió a su rostro y pellizcó a Min en la mejilla—. Haz que se apresuren, pequeña. Oh, cómo voy a echar de menos vestirte. Qué criatura tan bonita. —Tras darle un último y vigoroso pellizco, salió de la celda y se alejó casi trotando.

Min se frotó la mejilla con irritación; detestaba que Laras hiciera eso. Esa mujer era tan fuerte como un caballo. ¿Que había estado a punto de que la colgaran? ¿Qué clase de «chica animada» había sido Laras?

Mientras se ponía con toda clase de cuidados el vestido, Leane soltó un bufido.

—¡Y pensar que pueda hablaros de ese modo, madre! —Sacó la cabeza por la abertura del cuello, con gesto ceñudo—. Me sorprende que haya prestado ayuda si piensa así.

—Pero ayudó —adujo Min—. Recordadlo. Creo que mantendrá su palabra de no

delatarnos. Estoy segura.

Leane volvió a bufar. Siuan se echó la capa sobre los hombros.

—La diferencia, Leane, está en que ya no poseo ese título. Y en que mañana tú y yo podríamos convertirnos en dos de sus fregonas. —Leane entrelazó las manos para evitar que le temblaran y esquivó mirarla. Siuan prosiguió en un tono sosegado y seco —. También sospecho que Laras mantendrá su palabra sobre… otras cosas. Así que, aunque no te importe si Elaida nos cuelga como un par de tiburones atrapados en una red para que el mundo nos vea, sugiero que no te quedes parada. En lo que a mí respecta, detestaba las ollas grasientas cuando era niña, y estoy segura de que me ocurriría igual ahora.

Con gesto sombrío, Leane empezó a atarse las cintas del vestido campesino. Siuan se volvió hacia Min.

—Puede que no te muestres tan ansiosa por ayudarnos cuando te diga que nos han… neutralizado a las dos. —Su voz no tembló, pero sí sonó tensa por el esfuerzo de pronunciar la palabra, y en sus ojos asomó una expresión dolida y perdida. Fue una sacudida comprender que toda su calma era una fachada—. Cualquiera de las Aceptadas podría atarnos a las dos como a unos corderitos, Min. Hasta la mayoría de las novicias podrían.

—Lo sé —contestó Min, con cuidado de que en su voz no sonara el menor atisbo de compasión. La compasión podría hacer añicos la poca entereza que todavía le quedaba a la otra mujer, y necesitaba que ambas mantuvieran la serenidad—. Se anunció en todas las esquinas de la ciudad y se pusieron carteles en cada hueco donde pudieron clavar un papel. Pero seguís vivas. —Leane soltó una amarga risa que Min pasó por alto—. Será mejor que nos vayamos. Ese guardia podría volver en sí o alguien podría venir a comprobar cómo está.

—Adelante, Min —dijo Siuan—. Estamos en tus manos.

Un instante después, Leane hizo una breve inclinación de cabeza y se puso rápidamente la capa. En el cuarto de guardia, al final del oscuro corredor, el único vigilante yacía despatarrado boca abajo en el suelo polvoriento. El yelmo que le habría ahorrado un buen dolor de cabeza estaba sobre la burda mesa de tablones, junto a la única linterna que proporcionaba luz a la estancia. Parecía que respiraba con normalidad. Min apenas le dedicó una mirada por encima, aunque esperó que no estuviera malherido; no había intentado aprovecharse de su oferta.

Hizo que Siuan y Leane se apresuraran hacia la puerta del otro lado, hecha con gruesos tablones y reforzada con tiras de hierro, y de allí empezaron a remontar la estrecha escalera de piedra. Tenían que darse prisa. Hacerse pasar por peticionarias no las salvaría de un interrogatorio por venir de las celdas.

No vieron más guardias ni a nadie más mientras subían de las entrañas de la Torre, pero Min siguió conteniendo el aliento hasta que llegaron a la pequeña puerta

que conducía a la Torre propiamente dicha. La entreabrió sólo lo suficiente para asomar la cabeza y escudriñar a ambos lados del corredor.

En las paredes de mármol blanco, con franjas de frisos, había candeleros dorados. A la derecha, dos mujeres se perdieron de vista sin mirar atrás. La seguridad de sus pasos las señalaba como Aes Sedai aunque Min no viera sus rostros; en la Torre, incluso una reina caminaba con vacilación. Por el lado contrario, media docena de hombres se alejaban; indudablemente eran Guardianes a juzgar por sus movimientos felinos y las capas que se confundían con el entorno. Esperó hasta que los Guardianes hubieron desaparecido también antes de deslizarse por la puerta hacia el pasillo.

—Todo despejado, podéis salir. Llevad puestas las capuchas y mantened las cabezas inclinadas. Simulad cierto temor. —Por su parte, no tenía que disimularlo. Habida cuenta del silencio con que las dos mujeres la siguieron, imaginó que tampoco ellas tenían que disimular.

Los pasillos de la Torre rara vez estaban muy transitados, pero ahora parecían encontrarse desiertos. De vez en cuando, alguien aparecía un instante adelante de las tres mujeres o por un corredor lateral; pero, ya fueran Aes Sedai, Guardianes o sirvientes, todos llevaban mucha prisa e iban demasiado absortos en sus asuntos para reparar en nadie. La Torre también estaba silenciosa.

Entonces pasaron por un cruce de pasillos donde unas oscuras manchas de sangre seca salpicaban las baldosas verde claro. Dos manchas se extendían un trecho, como si hubieran arrastrado cuerpos. Siuan se paró para mirarlas.

—¿Qué ha ocurrido? —demandó—. ¡Dímelo, Min!

Leane aferraba la empuñadura del cuchillo que llevaba en el cinturón y echaba ojeadas en derredor como si esperara un ataque.

—Hubo lucha —contestó, de mala gana, Min. Había albergado la esperanza de que las dos mujeres estuvieran fuera del recinto de la Torre, incluso fuera de la ciudad, antes de que se enteraran de esto. Las condujo dando un rodeo a las oscuras manchas, empujándolas cuando intentaron mirar hacia atrás—. Empezó ayer, justo después de prenderos, y no terminó hasta hace unas dos horas. No completamente.

—¿Te refieres a los Gaidin? —exclamó Leane—. ¿Los Guardianes han luchado unos contra otros?

—Guardianes, guardias, todo el mundo. Empezó cuando unos hombres que decían ser albañiles, entre doscientos y trescientos, intentaron apoderarse de la Torre nada más anunciarse vuestro arresto.

—¡Danelle! —Siuan frunció el ceño—. Debí darme cuenta que era algo más que no prestar atención a su trabajo. —Su rostro se crispó de tal modo que Min creyó que iba a romper a llorar—. Artur Hawkwing no lo consiguió, pero lo hicimos nosotras mismas. —Aunque estuviera al borde de las lágrimas, su voz sonó fiera—. Que la Luz nos ayude, hemos destruido la Torre. —Su largo suspiro pareció dejarla sin

aliento; y también pareció consumir toda su ira—. Supongo —añadió al cabo de un momento— que debería alegrarme de que alguien de la Torre me apoyara, pero casi desearía que no lo hubieran hecho. —Min procuró mantener el semblante impasible, pero aquellos penetrantes ojos azules sabían interpretar hasta el menor parpadeo de los suyos—. ¿O no lo hicieron, Min?

—Algunos. —No tenía intención de decirle todavía cuán pocos habían sido, pero debía impedir que Siuan pensara que contaba con partidarios dentro de la Torre—. Elaida no aguardó a descubrir si el Ajah Azul os apoyaría o no. No queda ninguna Azul viva en la Torre, que yo sepa.

—¿Sheriam? —inquirió Leane con ansiedad—. ¿Anaiya?

—Lo ignoro. Tampoco quedan muchas Verdes. Al menos en la Torre. Los otros Ajahs se dividieron, de uno u otro modo, aunque la mayoría de las Rojas sigue aquí. Que yo sepa, todos los que se opusieron a Elaida o han huido o están muertos. Siuan… —Sonaba raro llamarla así, y Leane rezongó algo en voz baja, pero dirigirse a ella con el título de madre ahora sería casi una burla—. Siuan, los cargos que se os imputan aducen que vos y Leane arreglasteis la huida de Mazrim Taim. Logain escapó durante la refriega y os culpan también de ello. No os acusaron abiertamente de ser Amigas Siniestras, imagino que sería casi como decir que sois del Ajah Negro, pero les faltó poco. Sin embargo, creo que todo el mundo supo entender la insinuación.

—Ni siquiera admitirán la verdad —musitó Siuan—: que se proponen hacer exactamente aquello por lo que me han derribado.

—¿Amigas Siniestras? —murmuró, perpleja, Leane—. ¿Que nos han llamado…?

—¿Y por qué no? —susurró Siuan—. Después de todo lo que han hecho no hay nada a lo que no se atrevan.

Con los hombros hundidos, dejaron que Min las condujera. La joven habría querido que sus rostros no reflejaran tanto desaliento.

A medida que se acercaban a la puerta exterior, empezó a respirar con más tranquilidad. Tenía caballos escondidos en la zona arbolada del recinto, no muy lejos de una de las puertas occidentales. Todavía estaba por ver si les sería o no fácil salir a caballo, pero hasta que llegaran a los animales no quería plantearse el siguiente paso hacia la libertad. Seguramente los guardias de la puerta no darían el alto a tres mujeres. Se repitió esto mismo una y otra vez.

La puerta hacia la que se dirigían apareció un poco más adelante; era pequeña, hecha con sencillos paneles y daba a un sendero apenas transitado, justo enfrente del arco donde este corredor desembocaba en el amplio pasillo que recorría todo el perímetro de la Torre; entonces vio a Elaida, que venía por ese pasillo hacia donde estaban ellas.

Min cayó de hinojos en las baldosas del suelo, con la cabeza inclinada y el rostro

oculto bajo la capucha; el corazón le latía tan desbocado que temió que se le saliera por la boca. «Sólo soy una peticionaria, nada más. Una simple mujer que no tiene nada que ver con lo que ha ocurrido. ¡Oh, Luz, ayúdame!» Levantó la cabeza justo lo suficiente para atisbar por el borde de la capucha, casi esperando ver a Elaida observándola con maligna satisfacción.

Elaida pasó ante ella sin dedicarle una ojeada, con la ancha estola de rayas de la Sede Amyrlin alrededor de sus hombros. Alviarin iba tras ella, luciendo la estola de la Guardiana de las Crónicas, blanca como correspondía a su Ajah. Otra docena de Aes Sedai seguían de cerca a Alviarin, en su mayoría hermanas Rojas, aunque Min vio dos chales con flecos amarillos, uno con flecos verdes y otro, marrones. Seis Guardianes flanqueaban la procesión llevando las manos sobre las empuñaduras y con una mirada alerta. Aquellos ojos pasaron sobre las tres mujeres arrodilladas y las descartaron como sospechosas.

Min reparó en que las tres estaban de rodillas y entonces comprendió que había albergado el temor de que Siuan y Leane se arrojaran al cuello de Elaida. Las dos mujeres tenían la cabeza levantada sólo lo suficiente para ver pasar la comitiva corredor adelante.

—Han sido pocas las mujeres neutralizadas —musitó Siuan como si hablara consigo misma—, y ninguna ha sobrevivido mucho tiempo, pero se dice que un modo de aferrarse a la vida es encontrar algo que se desea con tanta intensidad como encauzar. —La expresión perdida de sus ojos había desaparecido—. Al principio creí que ansiaba destripar a Elaida y colgar su pellejo a secar al sol. ¡Ahora sé que no hay nada que desee con más intensidad que llegue el día en que pueda decirle a esa sanguijuela que vivirá una larga vida para dar ejemplo a otras de lo que le ocurre a quien me llama Amiga Siniestra!

—Y Alviarin —añadió Leane con voz tensa—. ¡Y Alviarin!

—Temí que me percibieran —continuó Siuan—, pero ahora ya no hay nada que puedan percibir. Al parecer, ésa es una ventaja de haber sido… neutralizada. —Leane sacudió la cabeza con rabia, y Siuan continuó—: Debemos utilizar cualquier ventaja que se nos presente, y estar agradecidas por tenerlas. —Esto último sonó como si intentara convencerse a sí misma.

El último Guardián desapareció por el recodo del pasillo, a lo lejos, y Min tragó saliva para aliviar el nudo que se le había puesto en la garganta.

—Ya hablaremos de ventajas después —comentó con voz ronca, y tuvo que tragar de nuevo—. Ahora tenemos que llegar hasta los caballos. Lo que acaba de ocurrir tiene que ser lo *peor* que podía pasarnos.

En efecto, mientras salían apresuradamente de la Torre al sol de mediodía, parecía que lo peor tenía que haber pasado ya. Una columna de humo elevándose al cielo despejado, en el lado este del recinto, era la única señal de los tumultos acaecidos. En

la distancia se movían grupos de hombres, pero ninguno dedicó más que una mirada de soslayo a las tres mujeres que pasaban, presurosas, ante la biblioteca, cuya construcción emulaba grandes olas petrificadas. Un sendero conducía hacia el oeste a través de un bosquecillo de robles y abetos que podría haberse encontrado lejos de cualquier ciudad. Min apretó el paso al localizar tres monturas ensilladas que seguían atadas en el mismo sitio en que Laras y ella las habían dejado, en un pequeño claro rodeado de melojos y abedules.

Siuan se dirigió directamente hacia una resistente y peluda yegua dos palmos más baja que las otras.

—Una montura adecuada para mis circunstancias actuales —comentó—. Y parece la más mansa. Nunca fui muy buena amazona. —Acarició el belfo de la yegua, que hociqueó su mano—. ¿Cómo se llama, Min? ¿Lo sabes?

—Es *Bela*. Pertenece a…

—A Egwene. —Gawyn salió de detrás del ancho tronco de un abedul, con la mano sobre la larga empuñadura de su espada. Las manchas de sangre que le surcaban el rostro eran exactamente iguales a las que había visto Min en su visión el día que llegó a Tar Valon—. Sabía que te traías algo entre manos cuando vi su yegua, Min. —El cabello rubio rojizo del joven estaba apelmazado por la sangre y sus azules ojos tenían una mirada algo velada, pero avanzó hacia ellas ágilmente, con la gracia felina de un gato. Un gato acechando ratones.

—Gawyn —empezó Min—, nosotras…

Su espada salió de la vaina en un visto y no visto, y la punta de la cuchilla retiró la capucha de Siuan; el filo se pegó de inmediato contra el cuello de la mujer. El respingo de Siuan se oyó claramente, pero se mantuvo con la mirada fija en el joven, en apariencia tan serena como si siguiera llevando la estola.

—¡No, Gawyn! —jadeó Min—. ¡No debes! —Dio un paso hacia él, pero el joven levantó bruscamente la mano y la hizo detenerse. Estaba tan tenso como un cable de acero, listo para saltar en cualquier momento. Min advirtió que Leane había colocado su capa de manera que ocultaba una de sus manos, y rogó para que la antigua Guardiana no cometiera la necedad de sacar el cuchillo que llevaba en el cinturón.

Gawyn estudió el rostro de Siuan y después asintió lentamente con la cabeza.

—Sois vos. No estaba seguro, pero lo sois. Este… disfraz no puede… —Min no advirtió que hiciera el menor movimiento, pero el súbito gesto de la mujer abriendo más los ojos reveló que el filo había aumentado la presión contra su garganta—. ¿Dónde están mi hermana y Egwene? ¿Qué habéis hecho con ellas?

No era aquel rostro cubierto de sangre ni los ojos medio velados ni el cuerpo tan tenso que casi temblaba ni la mano levantada como si hubiera olvidado que la tenía en alto lo que más asustaba a Min, sino el hecho de que hablara sin alzar el tono en ningún momento y que no hubiera emoción en su voz. Sólo detonaba cansancio, un

cansancio mayor del que había notado Min en nadie jamás.

—La última vez que supe de ellas, estaban bien y a salvo. —La voz de Siuan era igualmente desapasionada—. Ignoro dónde se encuentran ahora, pero ¿acaso preferirías que estuvieran aquí, en medio de esta violencia?

—Nada de juego de palabras de Aes Sedai —repuso con suavidad el joven—. Decidme dónde estaban, sin rodeos, para que sepa que sois sincera.

—En Illian —respondió sin vacilación Siuan—. En la propia ciudad. Están estudiando con una Aes Sedai llamada Mara Tomanes y deberían seguir allí.

—No en Tear —murmuró Gawyn. Por un momento pareció considerarlo. Repentinamente añadió—: Dicen que sois una Amiga Siniestra, lo que equivale a decir que pertenecéis al Ajah Negro ¿Es cierto?

—Si realmente crees eso —manifestó sosegadamente Siuan—, entonces usa esa espada y córtame la cabeza.

Min estuvo a punto de chillar al advertir que los nudillos del joven se ponían blancos sobre la empuñadura. Lentamente, alargó la mano y apoyó los dedos sobre la muñeca extendida de Gawyn, con cuidado para que no pensara que intentaba otra cosa que no fuera tocarlo. Fue como posar los dedos sobre una piedra.

—Gawyn, tú me conoces y sabes que jamás ayudaría al Ajah Negro. —Los ojos del joven no se apartaron un solo instante del rostro de Siuan ni pestañearon—. Gawyn, Elayne la apoya a ella y todo lo que ha hecho. Tu propia hermana, Gawyn. —La carne que tocaba seguía siendo pétrea—. También Egwene cree en ella. —Notó temblar la muñeca bajo sus dedos—. Lo juro, Gawyn. Egwene la cree.

Sus ojos se desviaron momentáneamente hacia la muchacha antes de volver sobre Siuan.

—Dadme una razón para que no os lleve de vuelta arrastrando por el cuello.

Siuan sostuvo la intensa mirada del joven con mucha más calma de la que sentía Min.

—Podrías hacerlo y supongo que mi resistencia no sería mayor que la de un gatito. Ayer era una de las mujeres más poderosas del mundo. Tal vez la más poderosa de todas. Reyes y reinas acudían a mi llamada aun en el caso de que odiaran la Torre y lo que representa. Hoy me temo que no tendré siquiera algo que llevarme a la boca esta noche y que habré de dormir debajo de unos arbustos. En el plazo de un día he pasado de ser la mujer más poderosa del mundo a una persona que espera encontrar una granja donde pueda ganarme la vida trabajando en los campos. Sea lo que sea lo que crees que he hecho, ¿no te parece castigo suficiente?

—Tal vez —repuso al cabo de un instante. Min soltó la respiración contenida al ver que retiraba la espada y la enfundaba con movimientos gráciles—. Pero no es por eso por lo que os dejaré partir. Elaida todavía podría hacer que os cortaran la cabeza, y no puedo permitir tal cosa. Quiero que lo que guardáis en ella esté ahí, a mi

disposición, si alguna vez lo necesito.

—Gawyn, ven con nosotras —pidió Min. Un espadachín adiestrado por los Guardianes podría ser de gran ayuda en los próximos días—. De ese modo, la tendrás a mano para responder a tus preguntas. —Los ojos de Siuan le asestaron una fugaz ojeada sin apartarse del todo del rostro del joven y sin mostrar exactamente indignación; a pesar de ello, Min insistió—. Gawyn, Egwene y Elayne creen en ella. ¿Es que no puedes hacer lo mismo?

—No me pidas más de lo que soy capaz de dar —adujo en voz queda—. Os conduciré a la puerta más cercana. No habríais salido nunca sin mi ayuda. Es todo cuanto puedo hacer, Min, y es más de lo que debería. Se ha ordenado tu arresto, ¿lo sabías? —Sus ojos volvieron hacia Siuan—. Si algo les ocurriera —dijo con aquella voz inexpresiva—, a Egwene o a mi hermana, os encontraré por mucho que os escondáis y me ocuparé de que tengáis su misma suerte. —Bruscamente se alejó una docena de pasos y se quedó plantado con los brazos cruzados y la cabeza gacha, como si no soportara mirarlas más tiempo.

Siuan hizo intención de llevarse una mano al cuello, donde una fina línea roja en la pálida piel indicaba el punto en el que la cuchilla había presionado.

—He vivido con el Poder demasiado tiempo —manifestó un tanto temblorosa—. Había olvidado lo que se siente ante alguien que puede cogerte y sacudirte como un trapo. —Entonces miró a Leane, como si la viera por primera vez, y se tocó el rostro como si no estuviera segura de su aspecto—. Por lo que he leído, se supone que tarda más en desvanecerse, pero quizás el rudo trato de Elaida tiene algo que ver con ello. El muchacho lo ha llamado disfraz, y puede que sirva como tal. —Subió a lomos de *Bela* torpemente y agarró las riendas como si la peluda yegua fuera un fogoso corcel.

»Al parecer, es otra ventaja de haber sido… He de aprender a decir esa palabra sin encogerme. He sido neutralizada. —Pronunció lenta y deliberadamente la frase y después asintió—: Ya está. Si el aspecto de Leane es indicativo del mío, debo de parecer por lo menos quince años más joven, tal vez más. Conozco mujeres que pagarían mucho dinero por conseguir esto. Una tercera ventaja. —Lanzó una ojeada a Gawyn, que seguía dándoles la espalda, pero aun así bajó el tono de voz—. Junto con, digámoslo así, una mayor soltura para tener una lengua mendaz. No me había acordado de Mara desde hacía años. Era una amiga de mi infancia.

—¿Envejeceréis a partir de ahora como cualquier mujer corriente? —preguntó Min mientras montaba en la silla. Mejor eso que comentar la mentira de la mujer. Mejor que recordar que ahora *podía* mentir. Leane se subió a la tercera yegua con fácil agilidad y la hizo girar sobre sí misma para probar su brío; saltaba a la vista que no era la primera vez que montaba a caballo.

—A decir verdad no lo sé —respondió Siuan, sacudiendo la cabeza—. Ninguna mujer neutralizada ha vivido el tiempo suficiente para comprobarlo. Pero yo tengo

esa intención.

—¿Pensáis partir de una vez o vais a seguir perdiendo el tiempo en charlas? —preguntó ásperamente Gawyn que, sin esperar respuesta, echó a andar entre los árboles.

Azuzaron sus monturas en pos del joven; Siuan se echó más el embozo sobre el rostro. Sirviera o no de disfraz, al parecer no estaba dispuesta a correr riesgos. También Leane se había tapado con la capucha lo más posible. Al cabo de un momento, Min las imitó. ¿Que Elaida quería *arrestarla*? Ello significaba que sabía quién era realmente «Elmindreda». ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Cuánto tiempo hacía que había ido de aquí para allí tranquilamente, convencida de que tenía engañados a todos, mientras que la Roja vigilaba sus movimientos y se mofaba de su estupidez? La idea era aterradora.

En el momento en que alcanzaban a Gawyn en el sendero de grava, aparecieron unos veinte jóvenes caminando hacia ellos, algunos quizá unos cuantos años mayores que Gawyn y otros poco más que adolescentes. Min sospechó que algunos de éstos ni siquiera se afeitaban todavía. Empero, todos llevaban espadas colgadas del cinturón o a la espalda y tres o cuatro lucían petos. Varios tenían vendajes ensangrentados y las ropas de casi todos estaban manchadas de sangre. Sus miradas eran tan inexpresivas como la de Gawyn. Al verlo se detuvieron y saludaron golpeándose el pecho con el puño. Sin pararse, Gawyn respondió con un leve cabeceo, y los jóvenes se alinearon detrás de las yeguas.

—¿Los estudiantes? —murmuró Siuan—. ¿También tomaron parte en la lucha?

Min asintió manteniendo el gesto impasible.

—Han dado en llamarse a sí mismos los Cachorros.

—Un nombre de batalla —suspiró Siuan.

—Algunos son sólo chiquillos —murmuró Leane.

Min no pensaba contarles que los Guardianes de los Ajahs Azul y Verde habían planeado liberarlas antes de que fueran neutralizadas y que su intento podría haber tenido éxito si Gawyn no hubiera incitado a los estudiantes, «chiquillos» incluidos, y los hubiera conducido a la Torre para impedirlo. El enfrentamiento había sido uno de los más sangrientos, discípulos contra maestros y sin cuartel, sin piedad.

Las altas hojas tachonadas en bronce de la Puerta de Alindrelle estaban abiertas pero fuertemente vigiladas. Algunos guardias lucían la Llama de Tar Valon en su pecho; otros llevaban chaquetas de paisano pero con petos y yelmos disparejos. Guardias y tipos que habían llegado disfrazados como albañiles. Tanto unos como otros tenían un aspecto duro y resuelto, de estar habituados al uso de las armas, pero se mantenían separados y se miraban entre sí con desconfianza. Un oficial canoso se adelantó en el grupo de guardias de la Torre, cruzado de brazos, y observó el avance de Gawyn y los demás.

—¡Traed útiles para escribir! —instó Gawyn—. ¡Deprisa!

—Vaya, debéis de ser esos Cachorros de los que me han hablado —comentó el hombre mayor—. Un bonito puñado de gallitos de pelea, pero tengo orden de no dejar salir a nadie del recinto de la Torre, firmada por la Sede Amyrlin en persona. ¿Quién te crees que eres para revocarla?

El joven levantó lentamente la cabeza.

—Soy Gawyn Trakand de Andor —anunció suavemente—. Y me propongo que estas mujeres emprendan viaje o mataros. —Los Cachorros cerraron filas tras él desplegándose para situarse frente a los guardias, con las manos en las empuñaduras, sin parpadear, tal vez sin importarles que los superaran en número.

El canoso oficial rebulló con inquietud y uno de sus hombres murmuró:

—Es el que dicen que mató a Hammar y a Coulin.

Un instante después, el oficial hizo un brusco gesto con la cabeza señalando la torre de guardia, y uno de sus hombres entró corriendo y regresó con una escribanía portátil, en una de cuyas esquinas había un pequeño braserillo donde se calentaba una barrita de cera roja. Gawyn dejó que el hombre sostuviera la escribanía mientras él garabateaba rápidamente unas líneas.

—Con esto podréis pasar por el puesto de guardia del puente —dijo mientras vertía un poco de cera derretida debajo de su firma y después apretaba su sello encima con fuerza.

—¿Mataste a Coulin? —inquirió Siuan en un frío timbre acorde con su antigua posición—. ¿Y a Hammar?

A Min se le puso el corazón en un puño. «¡Callaos, Siuan! ¡Recordad quién sois ahora y guardad silencio!»

Gawyn giró bruscamente sobre sus talones para mirar a las tres mujeres con una expresión abrasadora en sus azules ojos.

—Sí —ratificó, chirriando los dientes—. Eran mis amigos y los respetaba, pero tomaron partido por… Por Siuan Sanche, y tuve que… —Soltó violentamente el papel que había sellado en la mano de Min—. ¡Idos! ¡Partid antes de que cambie de idea! —Palmeó la grupa de la yegua de la joven y corrió a hacer otro tanto con las otras dos al tiempo que la montura de Min daba un salto hacia las puertas abiertas—. ¡Idos!

Min dejó que la yegua cruzara la gran plaza que rodeaba el recinto de la Torre a trote vivo, con Siuan y Leane siguiéndola de cerca. La plaza se encontraba vacía, como también las calles que desembocaban en ella. El trapaleo de los cascos de sus monturas sobre los adoquines producía un sonido hueco que levantaba eco. Los que no hubieran huido ya de la ciudad, estaban escondidos. Leyó el papel que le había entregado Gawyn mientras marchaban. El pegote de cera roja llevaba impresa la imagen de un jabalí cargando.

—Aquí sólo dice que tenemos permiso para marcharnos. Podríamos utilizarlo para subir a un barco además de cruzar el puente. —La idea de ir por un camino que nadie imaginaba, ni siquiera Gawyn, se le antojó acertada. Realmente no creía que el joven cambiara de parecer, pero en las condiciones en que se encontraba podía quebrarse como un metal mal templado si recibía un golpe.

—Sí, puede ser una buena idea —abundó Leane—. Siempre consideré a Galad el más peligroso de esos dos, pero ya no estoy tan segura. Hammar y Coulin… —Tuvo un escalofrío—. Un barco nos llevaría más lejos y más deprisa que estas yeguas.

—No. —Siuan sacudió la cabeza—. La mayoría de las Aes Sedai que hayan huido habrán cruzado los puentes, no cabe duda. Es el modo más rápido de salir de la ciudad si alguien te persigue, más que esperar mientras la tripulación de un barco suelta amarras. Debo quedarme cerca de Tar Valon si quiero recogerlas.

—No os seguirán —adujo Leane en un tono monótono cargado de significado—. Ya no tenéis derecho a la estola. Ni siquiera al chal o el anillo.

—Puede que ya no lleve la estola —replicó Siuan con un timbre igualmente impasible—, pero todavía sé cómo dirigir a una tripulación para afrontar una tormenta. Y, puesto que no puedo llevarla, habré de asegurarme de que eligen a la mujer adecuada para que me sustituya. No permitiré que Elaida eluda el castigo que se merece autoproclamándose Amyrlin. Tendrá que ser una mujer fuerte en el Poder, una mujer que vea las cosas como son.

—¡Entonces, tenéis intención de seguir con lo del… *Dragón*! —increpó Leane.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Enroscarme y dejarme morir?

Leane se estremeció como si la hubiera abofeteado, y continuaron trotando en silencio durante un rato. Todos aquellos fabulosos edificios a su alrededor, como riscos esculpidos por el aire, y olas y grandes bandadas de pájaros, se alzaban amenazadoramente en torno a ellas al estar vacías las calles. Un individuo salió corriendo por una esquina, más adelante, escabullándose de umbral en umbral como si estuviera explorando el camino para las tres mujeres; su presencia no menguó la sensación de soledad, sino que la acentuó.

—¿Acaso podemos hacer otra cosa? —comentó finalmente Leane, que iba hundida en la silla como un saco de grano—. Me siento tan… vacía. Es como si estuviera hueca.

—Busca algo con lo que llenar ese vacío —repuso con firmeza Siuan—. Cualquier cosa. Cocinar para los hambrientos, cuidar de los enfermos, encontrar esposo y llenar de niños una casa. Yo voy a procurar que Elaida no se salga con la suya. Casi podría perdonarla si de verdad lo hubiera hecho porque creyera que había puesto en peligro a la Torre. Casi. Pero la envidia la ha corroído desde el día en que me nombraron Amyrlin en vez de a ella. Eso es lo que la ha motivado tanto como cualquier otra razón, y por ello estoy decidida a derribarla. Eso es lo que me llena a

mí, Leane. Eso, y el hecho de que Rand al'Thor no debe caer en sus manos.

—Quizás eso me baste. —La mujer de tez cobriza no parecía muy convencida, pero adoptó una postura más erguida. A la vista de su patente destreza como amazona y la precariedad con que Siuan se mantenía en la silla, daba la impresión de ser ella la líder—. Pero ¿por dónde empezar? Tenemos tres yeguas, las ropas que llevamos puestas y lo que quiera que Min tenga en su bolsa de dinero. No es mucho para desafiar a la Torre.

—Me alegro de que no te decidieras por lo del marido y los hijos. Encontraremos otras… —Siuan hizo una mueca y rectificó lo que iba a decir—. Buscaremos a las Aes Sedai que huyeron, buscaremos lo que sea necesario. Quizá tengamos más de lo que crees, Leane. Min, ¿qué dice ese pase que Gawyn nos dio? ¿Menciona a tres mujeres? Vamos, muchacha, responde.

Min volvió la cabeza y le asestó una mirada feroz. Siuan no quitaba los ojos del hombre que corría más adelante, un tipo corpulento de cabello oscuro, bien vestido con ropas de tonos marrones. La mujer se comportaba como si aún fuera la Amyrlin. «Bueno, quería que recobrara la firmeza, ¿no?»

Siuan volvió hacia ella aquellos penetrantes ojos azules y la contempló fijamente; de algún modo no le parecieron tan temibles como antes.

—«Las portadoras de este salvoconducto tienen permiso para salir de Tar Valon con mi autoridad» —citó de memoria Min—. «Quien se lo impida responderá de ello ante mí.» Firmado…

—Sé cómo se llama —espetó Siuan—. Seguidme. —Clavó los talones en los ijares de *Bela* y faltó poco para que saliera despedida de la silla cuando la peluda yegua inició un galope corto. Se sostuvo, sin embargo, bamboleándose torpemente a la par que azuzaba al animal con los talones otra vez para que fuera más deprisa.

Min intercambió una mirada sobresaltada con Leane, y las dos emprendieron galope tras ella. El hombre miró a su espalda al oír el trapaleo de los cascos y echó a correr, pero Siuan le cortó el camino con *Bela*; el tipo se apartó de la yegua dando un brinco al tiempo que gruñía. Min llegó junto a ellos a tiempo de oír decir a Siuan:

—No esperaba encontraros aquí, Logain.

Min se quedó boquiabierta. Sin duda era él. Aquellos ojos desesperados en un rostro antaño apuesto, enmarcado por los oscuros rizos que caían sobre sus anchos hombros, eran inconfundibles. Justo la persona con la que menos les interesaba encontrarse, un hombre al que la Torre querría atrapar con tanto empeño como a Siuan.

Logain se dejó caer de rodillas en el suelo como si sus fatigadas piernas no pudieran seguir sosteniéndolo.

—Ya no puedo hacer daño a nadie —adujo cansinamente, con la mirada prendida en los adoquines de la calle—. Sólo quería marcharme para morir en paz en algún

sitio. Si supieseis lo que se siente al haber perdido… —Leane tiró de las riendas ferozmente mientras el hombre dejaba la frase inconclusa; volvió a empezar sin advertirlo—. Todos los puentes están guardados y no dejan pasar a nadie. No me conocen, pero no me permitieron cruzar. Lo he intentado en todos. —De pronto se echó a reír, débilmente, pero como si fuera realmente divertido—. Lo he intentado en todos.

—Creo que deberíamos marcharnos —insinuó Min—. Probablemente desea evitar a quienes seguramente están buscándolo.

Siuan le asestó una mirada que casi la hizo tirar de las riendas para recular, toda ella ojos gélidos y expresión dura. Ojalá le hubiera quedado un poco de esa inseguridad que demostraba un rato antes.

El hombretón levantó la cabeza y las observó atentamente, una tras otra, y frunció el entrecejo.

—No sois Aes Sedai. ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí?

—Soy la persona que puede sacaros de Tar Valon —repuso Siuan—. Y que quizás os dé la oportunidad de vengaros del Ajah Rojo. Os gustaría ajustarles las cuentas a quienes os capturaron, ¿no es cierto?

Un estremecimiento sacudió al hombre de pies a cabeza.

—¿Qué he de hacer? —preguntó lentamente.

—Seguidme. Seguidme y recordad que soy la única en el mundo que os proporcionará la ocasión para que os venguéis.

Allí, de rodillas, Logain las estudió con la cabeza echada hacia atrás, examinando un rostro tras otro, y después se incorporó con los ojos prendidos en Siuan.

—Soy vuestro hombre —respondió, lacónico.

La cara de Leane traslucía igual estupefacción que la que sentía Min. ¿Qué utilidad podía tener para Siuan un hombre cuya cordura era incierta y que antaño se había proclamado a sí mismo, falsamente, como el Dragón Renacido? ¡Lo menos que podía pasar era que se revolviera contra ellas para robarles las monturas! Contemplando su gran estatura, la anchura de sus hombros, Min creyó aconsejable tener a mano sus cuchillos. De repente, por un momento, aquel brillante halo dorado y azul refulgió alrededor de su cabeza presagiando una gloria venidera tan seguro como la primera vez que la joven lo había visto. Min se estremeció. Visiones. Imágenes.

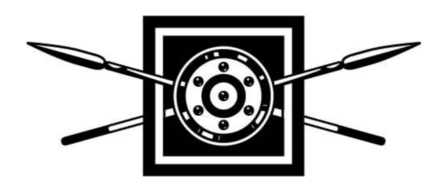
Miró por encima del hombro hacia la Torre, al inmenso pináculo blanco que dominaba la ciudad, intacto y recto en apariencia pero en realidad tan destrozado como si estuviera reducido a escombros. Por un momento, sólo un instante, se permitió pensar en las imágenes que había percibido, destellando alternativa y fugazmente alrededor de la cabeza de Gawyn: Gawyn arrodillado a los pies de Egwene, con la cabeza inclinada; Gawyn rompiéndole el cuello a Egwene. Como si

cualquiera de las dos visiones pudieran hacerse realidad en el futuro.

Las imágenes que veía rara vez tenían un significado tan claro como aquellas dos, y nunca había percibido esa fluctuación de una a otra, repetidamente, como si ni siquiera el don premonitorio supiera con certeza cuál de ellas sería el verdadero futuro. Y, lo que era peor, tenía casi la absoluta seguridad de que había sido ella, con sus actos de hoy, quien había puesto a Gawyn en la disyuntiva de esas dos posibilidades.

A despecho del sol, volvió a temblar. «Lo hecho, hecho está.» Lanzó una ojeada a las dos mujeres —las antiguas Aes Sedai— y advirtió que ambas observaban a Logain como si fuera un sabueso entrenado, feroz, posiblemente peligroso, pero útil. Siuan y Leane hicieron girar sus yeguas en dirección al río, con Logain caminando entre medias. Min los siguió a cierta distancia. «Luz, espero que mereciera la pena.»

48



Una oferta rechazada

¿Es ése el tipo de mujer que te gusta? —preguntó Aviendha con un timbre despectivo.

Rand bajó la vista hacia la joven, que caminaba pegada al estribo de *Jeade'en*. Vestía la amplia falda y llevaba el chal marrón echado sobre la cabeza. Los grandes ojos de la muchacha, azul verdosos, se alzaron fugazmente hacia él denotando su deseo de tener todavía la lanza que había empuñado durante el ataque de los trollocs y por lo que se había ganado un buen rapapolvo de las Sabias.

A veces le hacía sentirse incómodo que Aviendha fuera a pie mientras que él cabalgaba, pero había intentado caminar con la joven y sus pies se lo agradecieron cuando volvió a subir al caballo. De vez en cuando —muy raramente— conseguía que montara detrás de él, en la grupa de *Jeade'en*, argumentando que tenía tortícolis a fuerza de llevar agachada la cabeza para hablar con ella. Resultó que montar a caballo no violaba exactamente ninguna costumbre, pero el desprecio por no utilizar las propias piernas para trasladarse de un lugar a otro bastó para que la Aiel fuera caminando la mayor parte del tiempo. Una simple risa de otro Aiel, sobre todo si era una Doncella aunque ésta estuviera mirando hacia otro lado, bastaba para que Aviendha desmontara de *Jeade'en* en un abrir y cerrar de ojos.

—Es blanda, Rand al'Thor. Débil —argumentó la Aiel.

El joven miró hacia atrás, al cuadrado carromato blanco que marchaba al frente de la caravana de buhoneros; los vehículos avanzaban cual una serpiente a través del polvoriento y accidentado paisaje, escoltados hoy de nuevo por Doncellas Jindo. Isendre iba en el pescante, con Kadere y el carretero, sentada en el regazo del corpulento hombre; su mejilla descansaba sobre el hombro del buhonero, que sostenía una pequeña sombrilla de seda azul para que la sombra los resguardara a ambos del sol abrasador. Kadere, que lucía una chaqueta blanca, no dejaba de enjugarse el sudor de su piel con un gran pañuelo, al parecer más afectado por el calor que la joven, cuyo ajustado vestido hacía juego con la sombrilla; un chal vaporoso le cubría la cabeza y también parte del rostro. Rand no estaba lo bastante cerca para tener la certeza, pero le pareció que los oscuros ojos de la mujer estaban prendidos en él. Por lo general daba la impresión de estar observándolo de manera continua, pero a Kadere no parecía importarle.

—No creo que Isendre sea blanda —respondió en voz queda mientras se ajustaba el *shoufa* alrededor de la cabeza, ya que mantenía a raya al abrasador sol hasta cierto punto. Se había resistido a ponerse otras prendas Aiel aunque fueran mucho más adecuadas para este clima que su chaqueta de lana roja. A pesar de su ascendencia, a pesar de las marcas en los antebrazos, él no era Aiel y no fingiría serlo. Tuviera lo que tuviera que hacer, debía conservar esa mínima muestra de decoro—. No, yo no diría eso.

En el pescante del segundo carromato, la gruesa Keille y el juglar, Natael, estaban discutiendo otra vez. Natael llevaba las riendas, aunque no conducía tan bien como el carretero que solía hacer ese trabajo. De cuando en cuando también miraban a Rand; unas rápidas ojeadas antes de enzarzarse de nuevo en la discusión. Claro que, pensándolo bien, todos lo miraban: la larga columna de Jindo que avanzaba al lado opuesto de él; las Sabias que iban detrás, con Moraine, Egwene y Lan. Entre la columna más numerosa y distante de los Shaido, Rand creyó ver cabezas vueltas hacia él también. Ni lo sorprendía ahora ni lo había sorprendido antes. Era El que Viene con el Alba, y todo el mundo quería saber qué se proponía hacer. Muy pronto lo sabrían.

—Blanda —repitió Aviendha—. Elayne no lo es. Le perteneces, y no deberías intercambiar miradas acariciadoras con esa pelandusca de piel lechosa. —Sacudió la cabeza ferozmente, mascullando casi para sí misma—: Nuestras costumbres la conmocionan. No podría aceptarlas. ¿Y qué me importa a mí si puede o no? ¡No quiero tener nada que ver con esto! ¡No puede ser! ¡Si estuviera en mi mano, te tomaría como *gai'shain* y te entregaría a Elayne!

—¿Y por qué iba a tener Isendre que aceptar las costumbres Aiel?

La mirada que le echó, con los ojos muy abiertos, era tan estupefacta que casi lo hizo reír. De inmediato la joven frunció el ceño, como si hubiera dicho algo exasperante. Desde luego, era tan difícil entender a las mujeres Aiel como a todas las demás.

—Indiscutiblemente tú no eres blanda, Aviendha. —Debía tomarlo como un halago, ya que a veces era tan áspera como una piedra de amolar—. Explícame otra vez lo de señora del techo. Si Rhuarc es jefe del clan de los Taardad y jefe del dominio Peñas Frías, ¿cómo se entiende que el dominio pertenezca a su esposa y no a él?

La joven le asestó una mirada feroz a la par que movía los labios al rezongar algo entre dientes.

—Porque ella es la *señora del techo*, cabeza dura. ¡Un hombre no puede poseer un techo como tampoco una tierra! A veces, los hombres de las tierras húmedas parecéis bárbaros ignorantes.

—Pero si Lian es la señora del techo de Peñas Frías porque es la esposa de

Rhuarc…

—¡Eso es distinto! ¿Es que nunca lo vas a entender? ¡Hasta un niño lo comprende! —Respiró hondo y se ajustó el chal alrededor del rostro. Era una mujer bonita, si se exceptuaba que casi siempre lo miraba como si hubiera cometido algún crimen contra ella, aunque Rand ignoraba qué podía ser. Bair, la Sabia de cabello blanco y tez tan curtida como un trozo de cuero, aunque mostrándose tan reacia como siempre a hablar de Rhuidean, finalmente le había contado a regañadientes que Aviendha no había entrado en las columnas de cristal; al parecer, no lo haría hasta que estuviera preparada para convertirse en una Sabia. Entonces ¿por qué lo odiaba de ese modo? Era un misterio que le habría gustado esclarecer.

»Lo enfocaré por otro lado —rezongó la Aiel—. Cuando una mujer va a casarse, si aún no posee un techo, su familia le construye uno. El día de su boda su nuevo esposo la aparta de su familia llevándola cargada sobre su hombro mientras sus hermanos sujetan a las hermanas de la desposada, pero al llegar al umbral la suelta en el suelo y le pide permiso para entrar. El techo es *de ella*. La novia puede…

Estas charlas instructivas habían sido los ratos más agradables que había disfrutado en los once días con sus noches transcurridos desde el ataque de los trollocs. Al principio, Aviendha no se había mostrado muy dispuesta a hablar, aparte de alguna que otra invectiva por el supuesto mal trato que Rand le estaba dando a Elayne, y a la que siempre seguía otra embarazosa perorata destinada a convencerlo de que Elayne era la mujer perfecta. Así había sido hasta que, al mencionar a Egwene de pasada, Aviendha se había encerrado en un hosco mutismo; su silencio no le resultó difícil de sobrellevar, pero deseó que al menos dejara de mirarlo fijamente. Antes de que transcurriera una hora, un *gai'shain* había venido a buscar a la joven Aiel.

Ignoraba qué le habían dicho las Sabias, pero regresó temblando de rabia y exigió —¡exigió!— que le dejara enseñarle las costumbres y modo de vida de los Aiel. Sin duda albergaban la esperanza de que revelara algo de sus planes por la clase de preguntas que hiciera. Después de las viperinas sutilezas de Tear, los ingenuos métodos de espionaje de las Sabias resultaban un cambio estimulante. Aun así, era indiscutible la conveniencia de aprender todo lo posible sobre los Aiel, y hablar con Aviendha resultaba agradable, sobre todo cuando la joven parecía olvidar que lo despreciaba por la razón que fuera. Naturalmente, cada vez que se daba cuenta de que estaban charlando como dos personas normales en lugar de dominador y sometida, tenía tendencia a reaccionar con uno de sus iracundos arrebatos, como si la hubiera engatusado haciéndola caer en una trampa.

Aun con estos inconvenientes, sus conversaciones eran agradables, en especial comparándolas con el resto del viaje. De hecho, empezaba a encontrar divertidas sus rabietas, aunque tuvo el sentido común de no exteriorizarlo. Al menos, con su idea

fija de que era un hombre al que odiaba, no lo veía como El que Llega con el Alba o como el Dragón Renacido. Sólo como Rand al'Thor. En cualquier caso, ella tenía las ideas claras, sabía lo que pensaba de él. No como Elayne, que primero escribía una carta que lo ruborizaba hasta la raíz del pelo, y a continuación le mandaba otra, el mismo día, que le hacía preguntarse si le habrían crecido cuernos y colmillos como a un trolloc.

Min era la única mujer que conocía que no lo había aturullado con sus reacciones. Pero se encontraba en la Torre —al menos, estaba a salvo— y ése era un sitio que tenía intención de evitar a toda costa. A veces pensaba que la vida sería mucho más sencilla si pudiera olvidarse completamente de las mujeres. Para embrollar más las cosas, Aviendha había empezado a colarse en sus sueños, como si con Min y Elayne no tuviera bastante. Las mujeres le hacían un lío, perturbaban su estado emocional, y ahora necesitaba tener la mente despejada. Despejada y fría.

Advirtió que estaba mirando otra vez a Isendre. La mujer le hizo un saludo moviendo ligeramente los dedos por detrás de la oreja de Kadere; Rand estaba seguro de que sus carnosos labios sonreían bajo el fino chal. «Oh, sí. Es peligrosa. He de ser duro y frío como el acero. Y astuto.»

Once jornadas, camino de la duodécima, y no había habido ningún cambio. Días y noches del mismo paisaje de extrañas formaciones rocosas, agujas de piedra de cima truncada, cerros que se elevaban de una tierra abrasada y quebrada en la que se entrecruzaban montañas aparentemente dispuestas al azar. Días de un sol calcinante y de vientos ardientes; noches de frío gélido que se metía en los huesos. Todo lo que crecía allí parecía tener púas o espinas; o un tacto urticante que picaba a rabiar. Aviendha decía que algunas de esas plantas eran venenosas; la lista de éstas era mucho más larga que la de las comestibles. La única agua existente era la de manantiales o aljibes ocultos, si bien la joven señaló ciertas plantas de las que, practicándoles un profundo agujero, rezumaba lentamente una humedad que alcanzaba para mantener con vida a uno o dos hombres; y otras que podían masticarse para extraer un amargo líquido de la pulpa.

Una noche, los leones mataron a dos de los animales de carga de los Shaido; cuando los ahuyentaron, sus rugidos estuvieron resonando en la oscuridad hasta que desaparecieron en las hondonadas. Un carretero pisó a una pequeña serpiente de color marrón mientras montaban el campamento la cuarta noche. Más tarde, Aviendha le dijo que era una «dos pasos», y el ofidio hizo honor a su nombre, porque el pobre tipo gritó e intentó correr hacia los carromatos aunque vio que Moraine cabalgaba hacia él; cayó de bruces al segundo paso, muerto antes de que la Aes Sedai hubiera desmontado de su yegua blanca. Aviendha enumeró una larga lista de serpientes, arañas y lagartos venenosos. ¡Lagartos venenosos! Una vez encontró uno y se lo mostró: medía unos sesenta centímetros, era grueso y tenía unas franjas amarillas a

todo lo largo de sus broncíneas escamas. Como si fuera lo más normal del mundo, la joven lo sujetó contra el suelo pisándolo con la suave bota, ensartó la ancha cabeza del animal con su cuchillo y después lo alzó para que Rand pudiera ver el espeso fluido que goteaba de los afilados colmillos. Un *gara*, le explicó, podía atravesar una bota de un mordisco; también podía matar a un toro. Pero había otros peores, por supuesto. El *gara* era lento y realmente no resultaba peligroso a menos que uno fuera lo bastante necio para pisarlo. Cuando la joven desprendió al lagarto de su cuchillo con una sacudida, los colores amarillo y broncíneo del animal casi se mimetizaron con la parda tierra agrietada. Oh, sí. Uno tenía que ser necio para no pisar algo tan evidente.

Moraine repartía su tiempo entre las Sabias y Rand, generalmente intentando, al estilo de las Aes Sedai, intimidarlo para que revelara sus planes. «La Rueda gira según sus designios —le había dicho aquella misma mañana con un tono fríamente tranquilo y el intemporal semblante sereno, pero sus oscuros ojos clavaron en él una mirada abrasadora por encima de la cabeza de Aviendha—, pero un necio puede estrangularse a sí mismo con los hilos del Entramado. Ten cuidado y no tejas un lazo corredizo para tu cuello.» Había adquirido una capa de color muy claro, casi como las blancas ropas de los *gai'shain*, que refulgía con el sol, y debajo del amplio embozo llevaba un níveo pañolón, doblado y mojado, ceñido sobre la frente.

—No tejo nudos corredizos para mi cuello. —Se echó a reír, y ella hizo volver grupas a *Aldieb* tan bruscamente que la yegua casi derribó a Aviendha, y regresó a galope junto al grupo de las Sabias, con la capa ondeando tras de sí.

—Es una estupidez irritar a una Aes Sedai —rezongó la joven Aiel mientras se frotaba el hombro dolorido—. No te consideraba un hombre necio.

—Bien, pues, habrá que ver si lo soy o no —respondió, perdidas las ganas de reír. ¿Un hombre necio? Había ciertos riesgos que uno tenía que correr—. Habrá que verlo.

Egwene rara vez se apartaba de las Sabias y pasaba casi tanto tiempo caminando junto a ellas como a lomos de *Niebla*; de vez en cuando montaba a una de ellas detrás, en la grupa de la yegua gris, durante un rato. Finalmente Rand había deducido que de nuevo se estaba haciendo pasar por Aes Sedai. Amys y Bair, Seana y Melaine parecían haberlo aceptado como cierto, igual que los tearianos, aunque ni mucho menos del mismo modo que ellos. A veces, una u otra discutía con ella en voz tan alta que casi entendía sus palabras desde más de cien pasos de distancia. El trato con Aviendha era muy semejante, aunque con esta última parecía más una intimidación que una discusión; claro que, en ocasiones, también sostenían con Moraine lo que daban la impresión de ser acaloradas disputas. Sobre todo la rubia Melaine.

Por fin la décima mañana Egwene dejó de llevar las dos coletas, aunque fue el colofón de un raro acontecimiento. Las Sabias estuvieron hablando con ella durante

mucho más tiempo que nunca, apartadas de los demás, mientras los *gai'shain* recogían las tiendas y Rand ensillaba a *Jeade'en*. Si no hubiera conocido tan bien a la joven, habría pensado que la postura de Egwene, con la cabeza inclinada, era una actitud de mansedumbre, pero semejante término sólo podría aplicársele si se la comparaba con Nynaeve. Y tal vez con Moraine. De repente, Egwene batió palmas, se echó a reír y fue abrazando a una Sabia tras otra para de inmediato destrenzarse el cabello.

Cuando le preguntó a Aviendha qué estaba pasando —la encontró, como siempre, sentada fuera de su tienda, esperándolo—, la joven Aiel se limitó a mascullar agriamente:

—Han decidido que ya es mayor y… —Enmudeció bruscamente, le asestó una mirada severa, se cruzó de brazos y prosiguió en tono frío—: Es asunto de las Sabias, Rand al'Thor. Pregúntaselo a ellas si quieres, pero prepárate para oír que no te incumbe.

¿Que Egwene ya era mayor para qué? ¿Para soltarse el cabello? No tenía sentido. Aviendha se negó en rotundo a añadir nada más acerca de ese tema; en cambio, desprendió un trocito de liquen grisáceo de una roca y empezó a describir cómo utilizarlo de emplasto sobre una herida. Estaba aprendiendo a usar las mañas de las Sabias muy deprisa; demasiado para su gusto. Aparentemente, las mismas Sabias apenas le prestaban atención; claro que no tenían necesidad de hacerlo. Para eso estaba Aviendha colgada a su cuello el día entero, por decirlo de algún modo.

El resto de los Aiel, por lo menos los Jindo, fueron mostrándose un poco menos distantes cada día, quizá sintiéndose algo menos incómodos con lo que significaba para ellos El que Viene con el Alba; pero Aviendha era la única que hablaba realmente con él. Lan acudía cada mañana para hacer las prácticas con la espada, y Rhuarc para enseñarle el manejo de las lanzas y la extraña lucha cuerpo a cuerpo de los Aiel, utilizando las manos y los pies. El Guardián sabía algo de esta disciplina, de modo que se apuntaba a las prácticas. En el grupo de la caravana, casi todos evitaban a Rand, especialmente los carreteros, que se habían enterado de que era el Dragón Renacido y, por ende, un hombre que encauzaba. En una ocasión sorprendió a uno de esos hombres observándolo de hito en hito; habríase dicho que estaba mirando al mismísimo Oscuro. Pero no ocurría lo mismo con Kadere ni con el juglar.

Casi todas las mañanas, cuando se ponían en marcha, el buhonero se acercaba montado en una de las mulas que habían tirado de las carretas incendiadas por los trollocs, con un pañuelo grande y blanco atado a la cabeza de modo que le caía sobre la nuca y que hacía resaltar más su broncínea tez. Trataba a Rand con toda deferencia, pero con aquellos ojos, tan fríos e impasibles, su ganchuda nariz más semejaba un pico de águila.

—Mi señor Dragón —empezó a decir la mañana siguiente al ataque, y a

continuación se enjugó el sudor de la cara con el sempiterno pañuelo y rebulló en la ajada silla que había encontrado en alguna parte para la mula—. Si puedo llamaros así.

Los restos carbonizados de las tres carretas empezaban a perderse en la distancia, al sur, y con ellos las tumbas de dos de los hombres de Kadere y de muchos Aiel. Los cadáveres de los trollocs habían sido sacados a rastras de los campamentos y se dejaron a merced de los carroñeros, unos animales de grandes orejas que emitían un chillido corto, penetrante y repetitivo —Rand no estaba seguro de si eran unos zorros muy grandes o unos perros pequeños; tenían rasgos de unos y otros— y buitres con las puntas de las alas rojas, algunos de los cuales todavía sobrevolaban en círculo la zona como si les diera miedo aterrizar en medio de la trifulca organizada por sus congéneres.

—Llamadme como gustéis —respondió Rand.

—Mi señor Dragón, he estado pensando en lo que dijisteis ayer. —Kadere miró en derredor como si temiera que alguien lo estuviera escuchando, aunque Aviendha estaba con las Sabias, y los oídos más cercanos estaban en su caravana, a cincuenta pasos o más de distancia. De todos modos, bajó el tono de voz hasta casi un susurro y siguió limpiándose el sudor. Empero, sus ojos no denotaron cambio alguno—. Lo que dijisteis sobre que el conocimiento es valioso y abre el camino hacia la grandeza. Es cierto.

Rand estuvo mirándolo en silencio largos instantes, sin pestañear, manteniendo el gesto impasible.

—Lo dijisteis vos, no yo —adujo finalmente.

—Bueno, quizá lo hiciera. Pero sigue siendo verdad, ¿no, mi señor Dragón? —Rand asintió con la cabeza y el buhonero siguió hablando, todavía en susurros y mirando a uno y otro lado para sorprender a los posibles indiscretos—. Sin embargo, puede haber peligro en ello. En dar más que en recibir. Un hombre que vende lo que sabe no sólo debe conocer su precio, sino cómo protegerse. Medidas de seguridad y protección contra… las repercusiones. ¿No estáis de acuerdo?

—¿Sabéis algo que queráis… vender, Kadere?

El corpulento individuo miró, ceñudo, hacia la caravana. Keille se había bajado del carromato para ir caminando un rato a pesar del creciente calor; hoy llevaba un atavío blanco y un chal de encaje, también blanco, sujeto con los peinecillos al oscuro cabello. De vez en cuando lanzaba una ojeada a los dos hombres que cabalgaban juntos, si bien la distancia hacía imposible descifrar su expresión. Seguía resultando chocante que alguien tan grueso se moviera con aquella ligereza. Isendre se había subido al pescante del primer carromato y los observaba sin disimulo, inclinada hacia un lado para asomarse por la esquina del blanco vehículo que se mecía y saltaba con las irregularidades del terreno.

—Esa mujer acabará siendo mi muerte —rezongó Kadere—. Quizá podamos hablar más tarde, mi señor Dragón, si os parece bien. —Taconeó con fuerza a la mula y se dirigió al trote hacia el carromato que iba en cabeza; se encaramó al pescante con sorprendente agilidad y ató las riendas de la mula al aro de hierro que había en la esquina de la gran caja del vehículo. Isendre y él desaparecieron dentro y no volvieron a salir hasta que se detuvieron para pasar la noche.

Volvió al día siguiente, y otros más, cuando veía que Rand estaba solo, siempre haciendo insinuaciones sobre algo que sabía y que podría vender por el precio adecuado, siempre y cuando hubiera seguridades que le cubrieran la espalda. Una vez llegó incluso a decir que todo —asesinato, traición, cualquier cosa— podía perdonarse a cambio del conocimiento, y dio la impresión de ponerse más nervioso cuando Rand no se mostró de acuerdo con él. Fuera lo que fuera que quería venderle, por lo visto quería la protección incondicional de Rand por todas las fechorías que hubiera cometido durante su vida.

—No sé si deseo comprar información —le dijo Rand en más de una ocasión—. Siempre está la cuestión del precio, ¿verdad? Y hay ciertos precios que podría no estar dispuesto a pagar.

Natael hizo un aparte con él aquella primera noche, después de que se prendieron las fogatas y el olor de los alimentos cocinándose empezó a extenderse entre las bajas tiendas. El juglar parecía casi tan nervioso como Kadere.

—He pensado mucho en vos —dijo, mirando de reojo a Rand, con la cabeza ladeada—. Deberíais tener una gran obra épica que relatara vuestra historia. El Dragón Renacido. El que Viene con el Alba. El personaje de quién sabe cuántas profecías, en esta Era y en otras. —Se ajustó la capa, cuyos parches de colores titilaban con la brisa. El ocaso era corto en el Yermo; la noche y el frío caían rápidamente y al mismo tiempo—. ¿Qué sentís respecto a vuestro destino profetizado? He de saberlo, si tengo que componer esa oda heroica.

—¿Que qué siento? —Rand miró en derredor al campamento, a los Jindo que se movían entre las tiendas. ¿Cuántos de ellos habrían muerto antes de que hubiera cumplido lo que debía hacer?—. Cansancio. Me siento cansado.

—No es una emoción gloriosa —rezongó Natael—. Pero lógica, habida cuenta de vuestro destino. El mundo sobre vuestros hombros, la mayoría de la gente ansiosa por mataros a la menor oportunidad, y el resto unos necios que piensan utilizaros para alcanzar poder y gloria.

—¿En qué grupo estáis, Natael?

—¿Yo? Sólo soy un juglar. —El hombre levantó el borde de la capa como para demostrarlo—. No me cambiaría por vos ni por todo el oro del mundo, considerando el destino que eso implica. Muerte o locura o ambas cosas. «Su sangre en las rocas de Shayol Ghul…» Eso es lo que dice *El Ciclo Karaethon*, las Profecías del Dragón,

¿no? Que debéis morir para salvar a unos necios que soltarán un suspiro de alivio cuando muráis. No, no lo aceptaría ni por todo vuestro poder y más.

—Rand —llamó Egwene, que salió de la creciente oscuridad envuelta en su pálida capa y con la capucha echada—, venimos a ver qué tal has aguantado después de la Curación y tras un día entero bajo ese calor.

Moraine iba con ella, el rostro oculto bajo la amplia capucha de su capa blanca, y también Bair, Amys, Melaine y Seana, con las cabezas cubiertas con chales oscuros, todas observándolo, sosegadas y frías como la noche. Incluso Egwene. Todavía no tenía la intemporalidad de las Aes Sedai, pero sí los ojos de una.

Al principio no reparó en Aviendha, que venía detrás de las otras. Por un instante creyó ver compasión en su semblante; pero, si lo hubo, se desvaneció tan pronto como advirtió que la miraba. Imaginaciones. Realmente estaba cansado.

—Hablaremos en otro momento —manifestó Natael, dirigiéndose a Rand pero observando a las mujeres de aquel modo peculiar, de reojo. Hizo una ligerísima reverencia y se alejó.

—¿Te incomoda el futuro, Rand? —inquirió Moraine en voz baja cuando el juglar se hubo marchado—. Las profecías utilizan un lenguaje florido, ambiguo, que no siempre significa lo que parece decir.

—La Rueda gira según sus designios —respondió—. Haré lo que tenga que hacer. Recordadlo, Moraine. Lo que tenga que hacer. —Pareció satisfecha con su contestación, pero con las Aes Sedai nunca se sabía de cierto. No se sentiría tan satisfecha cuando lo supiera todo.

Natael regresó la noche siguiente, y a la otra, y a la otra, siempre hablando del relato épico que compondría, pero siempre sacaba una vena morbosa, hurgando en el tema de cómo pensaba afrontar Rand lo de la locura y la muerte. Por lo visto, su composición tendría un estilo trágico. Ni que decir tiene que Rand no sentía el menor deseo de airear sus temores ante nadie; lo que guardaban su corazón y su cabeza debía seguir enterrado allí. Finalmente, el juglar pareció hartarse de oírle decir «Haré lo que tenga que hacer», y dejó de ir a su encuentro. Diríase que no quería componer su obra épica a menos que rebosara de atormentadas emociones y sufrimiento. Parecía frustrado cuando se alejó la última vez, con la capa ondeando violentamente tras él.

Era un tipo extraño, pero, guiándose por Thom Merrilin, así debían de ser todos los juglares. Indudablemente Natael mostraba otros rasgos propios de juglares. Por ejemplo, no cabía duda alguna de que tenía una gran opinión de sí mismo. A Rand no le importaba si el hombre se dirigía a él utilizando títulos o no, pero hablaba a Rhuarc, e incluso a Moraine las pocas veces que coincidía con la mujer, como si fueran sus iguales. Y eso era un calco de Thom. Además, dejó de actuar para los Jindo y empezó a pasar casi todas las noches en el campamento de los Shaido. Los

Shaido eran más, le dijo a Rhuarc como si eso lo explicara todo. Un público más numeroso. Su gesto no les gustó a los Jindo, pero Rhuarc no podía hacer nada al respecto. En la Tierra de los Tres Pliegues, a un juglar se le permitía todo, excepto el asesinato, sin pedirle explicaciones.

Aviendha pasaba las noches con las Sabias y en ocasiones caminaba con ellas durante el día una o dos horas, rodeada por las mujeres, incluso Moraine y Egwene. Al principio, Rand pensó que le estarían aconsejando cómo manejarlo, cómo sacarle lo que querían saber. Entonces, un día, cuando el aplastante sol estaba en su cenit, una bola de fuego, tan grande como un caballo, surgió repentinamente delante del grupo de las Sabias y se alejó rodando y saltando, dejando un surco calcinado a través de la yerma tierra hasta que, finalmente, perdió intensidad, parpadeó y desapareció.

Algunos de los carreteros tiraron con mano firme de las riendas de los asustados tiros, los pararon y se pusieron de pie en los pescantes para observar, intercambiando exclamaciones atemorizadas e imprecaciones malsonantes. Los murmullos cundieron entre los Jindo, que observaron fijamente, igual que los Shaido, pero las dos columnas de Aiel continuaron avanzando sin apenas hacer una pausa. Donde hubo una evidente excitación fue en el grupo de Sabias. Las cuatro rodearon a Aviendha, hablando todas al mismo tiempo y agitando mucho los brazos. Moraine y Egwene, que llevaban sus monturas por las riendas, intentaron meter baza; sin escuchar realmente las palabras, Rand supo lo que les dijo Amys sin andarse con rodeos y sacudiendo furiosamente el dedo: que no se metieran donde no las llamaban.

Rand volvió a sentarse en la silla y contempló el rastro ennegrecido que se extendía, recto como una flecha, a lo largo de casi un kilómetro. Enseñar a encauzar a Aviendha. Por supuesto. Eso era lo que estaban haciendo. Se limpió el sudor de la frente con el revés de la mano; el sol no era el causante de la transpiración. Cuando la bola de fuego cobró vida, él había intentado entrar en contacto con la Fuente Verdadera; fue como tratar de sacar agua con un colador torcido. Todos sus esfuerzos por llegar al *Saidin* fueron en vano. Lo mismo podía ocurrirle un día que necesitara el Poder desesperadamente. Tenía que aprender y no tenía un maestro que le enseñara. Debía aprender no sólo porque el Poder pudiera matarlo antes de tener que preocuparse de que lo volviera loco si no sabía cómo manejarlo; debía aprender porque tenía que utilizarlo. Aprender a utilizarlo; utilizarlo para aprender. Empezó a reírse tan fuerte que algunos Jindo lo miraron con inquietud.

Habría disfrutado con la compañía de Mat en cualquier momento de aquellos once días y noches, pero Mat nunca estaba cerca de él más que un par de minutos, siempre con la amplia ala de su sombrero bien calada para resguardarse los ojos, la lanza de mango negro cruzada sobre la perilla de la silla de *Puntos*, con sus extrañas marcas de cuervos y su punta forjada por el Poder, como una cuchilla corta y curvada.

—Si el sol te tuesta más el rostro te convertirás realmente en un Aiel —le habría dicho, riéndose, o—: ¿Tienes intención de pasarte el resto de la vida aquí? Al otro lado de la Pared del Dragón hay todo un mundo. Vino, mujeres… ¿Recuerdas que existen esas cosas?

Pero Mat evidenciaba claramente una gran inquietud y se mostraba aun más reacio que la Sabias a hablar de Rhuidean y de lo que les había ocurrido allí. Su mano se crispaba sobre el negro astil ante la sola mención de la ciudad envuelta en niebla, y aseguraba no recordar nada de su periplo a través del *ter'angreal*, si bien se contradecía a continuación al añadir:

—No te acerques a esa cosa, Rand. No tiene nada que ver con el que hay en la Ciudadela. Te engañan. ¡Maldita sea, ojalá no lo hubiera visto nunca!

La única vez que Rand mencionó la Antigua Lengua, espetó:

—¡Así te ciegue la Luz, no sé nada sobre la jodida Antigua Lengua!

Y regresó a galope a la caravana de los buhoneros. Allí era donde Mat pasaba la mayor parte del tiempo, jugando a los dados con los carreteros —hasta que éstos se dieron cuenta de que ganaba muchísimas más veces de las que perdía, usaran los dados de quien fuera—, entablando largas conversaciones con Kadere o Natael a la primera oportunidad y persiguiendo a Isendre. Era obvio lo que pretendía desde la primera vez que le sonrió mientras se tocaba el ala del sombrero, la mañana siguiente al ataque de los trollocs. Hablaba con ella casi todas las noches todo el tiempo que podía, y se hirió las manos de tal modo cuando cogió unas flores blancas de un arbusto espinoso que casi no pudo sujetar las riendas durante dos días, aunque rehusó que Moraine lo Curara. No es que Isendre lo animara, pero tampoco podía decirse que su lenta y sensual sonrisa estuviera calculada para ahuyentarlo. Kadere lo advirtió y no dijo nada, pero a veces sus ojos seguían a Mat como los de un buitre. Otros hacían comentarios.

Una tarde, a última hora, mientras se quitaban los arreos a las mulas, las tiendas empezaban a montarse y Rand estaba desensillando a *Jeade'en*, Mat e Isendre se quedaron de pie en la exigua sombra de una de las carretas con techo de lona. Estaban muy juntos. Rand sacudió la cabeza y los observó mientras almohazaba al caballo. El sol brillaba bajo en el horizonte, y las altas agujas de piedra proyectaban largas sombras sobre el campamento.

Isendre toqueteó el diáfano chal como si estuviera pensando quitárselo, sonriente, los llenos labios un poco fruncidos, como ofreciéndose al beso. Alentado, Mat sonrió con seguridad y se acercó aun más. La mujer dejó caer la mano y sacudió lentamente la cabeza, pero sin borrar aquella invitadora sonrisa. Ninguno de los dos oyó acercarse a Keille, cuyos pies apenas hacían ruido a pesar de su corpulencia.

—¿Es eso lo que deseáis, caballero? ¿A ella? —La pareja se apartó dando un brinco al escuchar su voz meliflua, y ella soltó la risa cantarina, tan chocante en su

rostro—. Os ofrezco un trato, Matrim Cauthon. Un marco de Tar Valon, y es vuestra. Una moza así no puede valer más de dos, así que es un buen trato.

Mat torció el gesto; era evidente que habría querido estar en cualquier parte menos allí.

Isendre, empero, se giró lentamente hacia Keille; recordaba un jaguar enfrentándose a un oso.

—Has ido demasiado lejos, vieja —musitó; por encima del velo, sus ojos tenían una expresión dura—. No aguantaré otra inconveniencia. Ten cuidado. A menos que te guste la idea de quedarte aquí, en el Yermo.

Keille sonrió ampliamente, si bien la expresión de regocijo no llegó a sus negros ojos, que relucían como trozos de obsidiana tras sus rollizas mejillas.

—¿Lo harías?

Isendre asintió, tajante.

—Un marco de Tar Valon —masculló con un timbre duro como el hierro—. Me encargaré de que tengas un marco de Tar Valon cuando te abandonemos a tu suerte. Ojalá pudiera verte intentando bebértelo. —Le dio la espalda y se encaminó hacia el primer carromato, sin contonearse como solía hacer, y desapareció en el interior.

Keille la siguió con la mirada, la expresión del redondo rostro inescrutable, hasta que la blanca puerta se cerró tras ella. Luego, repentinamente, se volvió hacia Mat, que estaba a punto de escabullirse.

—Pocos hombres han rehusado una oferta hecha por mí, y, mucho menos, dos veces. Deberíais tener cuidado, no vaya a ser que se me meta en la cabeza hacer algo al respecto. —Riendo de buena gana, alzó la mano y le pellizcó la mejilla con sus gruesos dedos lo bastante fuerte para que el joven hiciera un gesto de dolor. Después se volvió hacia donde estaba Rand—. Decídselo vos, mi señor Dragón. Tengo la impresión de que sabéis algo del peligro que hay en menospreciar a una mujer. Esa chica Aiel que os sigue a todas partes y os mira ferozmente. He oído que pertenecéis a otra. A lo mejor es que se siente menospreciada.

—Lo dudo, señora —replicó, cortante—. Aviendha me hincaría un cuchillo en las costillas si creyera que he pensado en ella de ese modo.

La rolliza mujer estalló en carcajadas. Mat se encogió al ver que alzaba la mano hacia su cara otra vez, pero Keille se limitó a darle un suave cachete en el mismo carrillo que le había pellizcado antes.

—¿Lo veis, caballero? Despreciad la oferta de una mujer y puede que ella no lo tome a mal, pero… —Hizo un gesto pasándose el dedo por el cuello—. El cuchillo. Ésa es una lección que todos los hombres pueden aprender. ¿No es así, mi señor Dragón?

Ahogándose de la risa, se alejó presurosa para comprobar el trabajo de los hombres que se ocupaban de las mulas.

—Están *todos* locos —rezongó Mat mientras se frotaba la mejilla y se marchaba también.

Pero no renunció a perseguir a Isendre.

Así habían transcurrido los once días, camino del duodécimo, a través de esta tierra yerma y abrasada por el sol. En dos ocasiones vieron otras estancias, pequeñas y burdas construcciones de piedra muy semejantes a Estancia Imre, levantadas para una fácil defensa contra la pared perpendicular de una aguja o un cerro. En una de ellas había trescientas ovejas o más, y hombres a los que sobresaltó tanto conocer la noticia sobre Rand como la de que los trollocs estaban en la Tierra de los Tres Pliegues. La otra se encontraba vacía; no asaltada y saqueada, sólo sin utilizar. En varias ocasiones Rand divisó a lo lejos cabras u ovejas o ganado de color pálido y largos cuernos. Aviendha le dijo que los rebaños pertenecían a los dominios del septiar cercano, pero el joven no atisbó gente y, por supuesto, ninguna estructura que mereciera el nombre de dominio.

Y así había llegado el duodécimo día, otro más, con las anchas columnas de Jindo y Shaido flanqueando el grupo de las Sabias, y la caravana de los buhoneros avanzando en medio de bamboleos, con Keille y Natael discutiendo e Isendre, sentada en el regazo de Kadere, mirando a Rand.

—… y así es —dijo Aviendha a la par que asentía con la cabeza—. Por fuerza tienes que entender ya lo de señora del techo.

—Realmente, no —admitió el joven. Se dio de cuenta de que llevaba un rato escuchando el sonido de su voz, no lo que decía—. Sin embargo, estoy seguro de que funciona bien.

Ella lo miró irritada.

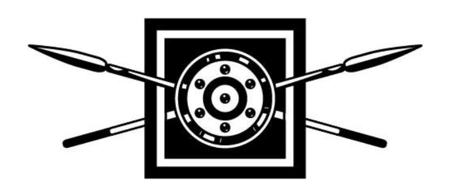
—Cuando te cases —dijo, con voz tensa—, con esos dragones en tus brazos que demuestran tu ascendencia, ¿seguirás las costumbres de tu sangre o exigirás poseer todo salvo el vestido que lleve puesto tu esposa, como cualquier salvaje de las tierras húmedas?

—Eso no es así ni mucho menos —protestó—, y cualquier mujer de donde yo vengo le abriría la cabeza al hombre que pensara de ese modo. En cualquier caso, ¿no crees que eso es algo que habremos de decidir entre la mujer con quien decida casarme y yo?

Si tal cosa era posible, el gesto hosco de la joven Aiel se hizo más intenso. Para gran alivio de Rand, Rhuarc se acercó trotando desde la cabeza de la columna Jindo.

—Ya hemos llegado —anunció el Aiel, sonriendo—. El dominio Peñas Frías.

49



El dominio Peñas Frías

Fruncido el entrecejo, Rand miró en derredor. Unos dos kilómetros al frente se levantaba un apiñado grupo de riscos altos y escarpados, o tal vez era un único peñón desgajado por las fisuras. A la izquierda, el paisaje se extendía en parches de hierba dura y plantas con púas y sin hojas, arbustos espinosos y árboles bajos dispersos, a través de áridas colinas y hondonadas quebradas, pasando inmensas columnas pétreas hacia las dentadas montañas en lontananza. A la derecha, el panorama era igual, salvo por que el suelo arcilloso, amarillento y agrietado, era más llano y las montañas se encontraban más próximas. Habría podido pasar por cualquier otra zona del Yermo que Rand había visto desde que dejaron atrás Chaendaer.

—¿Dónde? —preguntó.

Rhuarc miró a Aviendha, que contemplaba a Rand como si hubiera perdido el juicio.

—Ven. Dejemos que sean tus propios ojos los que te descubran Peñas Frías. —Bajándose el *shoufa* sobre los hombros, el jefe de clan se dio media vuelta y se encaminó a largos pasos, con la cabeza descubierta, hacia el desgarrado muro rocoso que había al frente.

Los Shaido se habían detenido ya y se movían de aquí para allí empezando a instalar las tiendas. Heirn y los Jindo fueron en pos de Rhuarc al trote, con sus mulas de carga, descubriéndose las cabezas y lanzando gritos ininteligibles, en tanto que las Doncellas que escoltaban la caravana de buhoneros apremiaban a voces a los carreteros para que avanzaran más deprisa y siguieran a los Jindo. Una de las Sabias se remangó la falda hasta las rodillas y corrió para reunirse con Rhuarc —a Rand le pareció que era Amys, por el blanco cabello; Bair no habría podido moverse con tanta agilidad—, pero el resto del grupo de Sabias mantuvo el mismo paso. Durante un breve instante dio la impresión de que Moraine iba a adelantarse también, hacia Rand; después vaciló mientras discutía con otra de las Sabias. Finalmente, la Aes Sedai, que todavía llevaba la cabeza cubierta con el chal, tiró de las riendas de su yegua y la hizo retroceder hasta ponerla a la misma altura que la montura gris de Egwene y el negro semental de Lan, delante de los *gai'shain*, que tiraban de las bestias de carga. Sin embargo, el grupo se encaminaba hacia la misma dirección que Rhuarc y los otros.

Rand se inclinó para tender la mano a Aviendha y subirla al caballo. Cuando la joven Aiel negó con la cabeza, arguyó:

—Si van a seguir haciendo tanto ruido, no podré oírte estando ahí abajo. ¿Y si cometo un estúpido error propio de un cabeza hueca en caso de que no escuche tus consejos?

Mascullando entre dientes, Aviendha lanzó una rápida ojeada a las Doncellas que flanqueaban la caravana de buhoneros; después suspiró y agarró la mano de Rand. El joven la alzó en vilo, haciendo caso omiso de su indignado chillido, y la subió a la grupa de *Jeade'en*, detrás de la silla. Cada vez que había intentado montar por sí misma, Aviendha había estado a punto de derribarlo. Le dio unos segundos para que se acomodara las pesadas faldas, aunque el borde le quedaba por encima de las suaves botas, altas hasta las rodillas, y después taconeó al rodado para ponerlo a medio galope. Era la primera vez que Aviendha cabalgaba a más velocidad que al paso, y le ciñó los brazos a la cintura para agarrarse.

—Si me haces quedar como una necia delante de mis hermanas, hombre de las tierras húmedas… —gruñó, amenazadora, contra su espalda.

—¿Por qué van a pensar que eres necia? He visto a Bair, Amys y las otras montar a veces detrás de Moraine o de Egwene para hablar.

—Tú aceptas los cambios más fácilmente que yo, Rand al'Thor —adujo al cabo de un momento, y el joven no supo qué conclusión sacar de su comentario.

Cuando tuvo a *Jeade'en* a la altura de Rhuarc, Heirn y Amys, un poco más adelante que los aulladores Jindo, lo sorprendió ver a Couladin corriendo junto a ellos, también con el rojo cabello descubierto. Aviendha tiró del *shoufa* de Rand para bajárselo sobre los hombros.

—Tienes que entrar a un dominio con la cara descubierta, a la vista. Ya te lo dije. Y hacer ruido. Nos han divisado hace mucho rato y sabrán quiénes somos, pero es la costumbre, el modo de demostrar que uno no intenta apoderarse del dominio por sorpresa.

Él asintió, pero guardó silencio. Ni Rhuarc ni ninguno de los tres que iban con él gritaban, y tampoco Aviendha. Además, los Jindo hacían ruido de sobra para que se escuchara en kilómetros a la redonda.

La cabeza de Couladin se giró hacia él. El desprecio asomó fugaz a su atezado rostro. Y algo más. Rand podía esperar odio y desdén, pero ¿regocijo? ¿Qué era lo que le resultaba divertido?

—Estúpido Shaido —rezongó Aviendha a su espalda. Quizá tenía razón; a lo mejor el regodeo era por verla montada a caballo. Pero Rand no creía que fuera ése el motivo.

Mat se acercó galopando, dejando tras de sí una nube de polvo amarillo, con el sombrero bien calado y la pica derecha, apoyada sobre el estribo como una lanza.

—¿Qué lugar es éste, Rand? —preguntó en voz alta para hacerse oír sobre los gritos—. Lo único que dijeron esas mujeres fue que nos moviéramos más deprisa. —Rand le respondió, y el joven frunció el entrecejo mientras miraba la rocosa cara del peñón—. Teniendo víveres se podría defender este dominio durante años, supongo, pero no tiene punto de comparación con la Ciudadela o Tora Harad.

—¿Tora qué? —preguntó Rand.

Mat subió y bajó los hombros antes de responder:

—Nada, sólo es algo que oí una vez. —Se puso de pie sobre los estribos para mirar hacia atrás, por encima de las cabezas de los Jindo, a la caravana de buhoneros—. Al menos siguen con nosotros. Me preguntó cuánto tiempo se quedarán para comerciar y cuándo partirán.

—No antes de Alcair Dal. Rhuarc dice que es una especie de feria en la que se reúnen los jefes de clan, aunque sólo sean dos o tres. Viniendo los doce, no creo que Kadere y Keille quieran perdérselo.

A Mat no pareció gustarle la noticia.

Rhuarc dirigía la marcha encaminándose directamente hacia la fisura más ancha de la escarpada pared de piedra, unos diez o doce pasos de abertura en la parte más ancha; era un angosto paso, sombrío a causa de la gran altura de los verticales murallones laterales, que se internaba más y más, oscuro e incluso fresco, serpenteando bajo la estrecha franja de cielo. Resultaba extraño encontrarse en un espacio con tanta sombra. Los gritos de los Aiel sonaron con mayor intensidad al amplificarse con la reverberación en los murallones pardos; cuando de repente cesaron, el silencio, roto sólo por el trapaleo de los cascos de las mulas y los chirridos de las ruedas de los carromatos, resultó ensordecedor.

Rodearon otro recodo, y la fisura se abrió bruscamente a un ancho cañón, largo y casi recto. Por doquier se alzó el clamor de agudos ululatos emitidos por cientos de mujeres. Una gran muchedumbre se alineaba en el camino, mujeres con amplias faldas y chales envueltos a la cabeza, y hombres con chaquetas y calzones pardos, el *cadin'sor*, y también Doncellas Lanceras agitando los brazos a modo de bienvenida, golpeando ollas o cualquier cosa que hiciera ruido.

Rand estaba boquiabierto y no sólo por el pandemónium. Las paredes del cañón eran verdes, en estrechas terrazas que trepaban hasta casi la mitad de los murallones. Luego se dio cuenta de que no todas eran terrazas realmente. Casas pequeñas, de techos planos, hechas con piedra o con arcilla amarilla, parecían amontonarse prácticamente unas sobre otras en apretados agrupamientos entre los que serpenteaban veredas, y cada techo era un vergel de judías, calabazas, pimientos, melones y otras plantas que le eran desconocidas. Por todos lados corrían gallinas de plumaje más rojo que las que el joven conocía, así como una rara especie de ave de corral, con las plumas salpicadas de *Puntos* grises. Los niños, en su mayoría vestidos

como los adultos, y los *gai'shain* con sus ropajes blancos se movían entre las hileras de plantas acarreando grandes cántaros de barro con los que regaban algunos planteles. Siempre le habían dicho que los Aiel no tenían ciudades, pero sin duda esto podía considerarse al menos una villa de gran tamaño, aunque era la más chocante que había visto en su vida. El estrépito era tal que renunció a hacer las muchas preguntas que se le venían a la cabeza, como por ejemplo qué eran aquellas frutas redondas, demasiado rojas y brillantes para confundirlas con manzanas, que crecían en unas matas bajas de hojas verde pálido; o aquellos rectos tallos de hojas anchas y jalonados por largos y gruesos brotes rematados con penachos amarillos. Había sido granjero muchos años para que no le llamaran la atención estas cosas.

Rhuarc y Heirn aminoraron la marcha, al igual que Couladin, aunque sólo a un paso vivo y metieron las lanzas en el correaje que sujetaba el estuche del arco a la espalda. Amys se adelantó corriendo, riendo como una chiquilla, mientras los hombres continuaban a una marcha regular a través del cañón y entre la multitud apiñada a ambos lados, acompañados por los agudos gritos de las mujeres del dominio que vibraban en el aire y que casi apagaban el estrépito de las ollas golpeando entre sí. Rand los siguió, como Aviendha le había dicho que hiciera. Mat parecía a punto de darse media vuelta y salir de allí a galope.

Al otro extremo del cañón, la pared se inclinaba hacia adentro, creando una profunda y oscura depresión. Según Aviendha, el sol nunca llegaba a la parte trasera, y las rocas de esa zona, siempre frescas, le daban nombre al dominio. Delante de las sombras, Amys estaba con otra mujer en lo alto de un ancho peñasco gris cuya parte superior alisada servía como plataforma.

La otra mujer era esbelta a pesar de las amplias faldas y llevaba sujeto con un pañuelo el cabello rubio, con algunas hebras blancas en las sienes, que le caía en ondas hasta más abajo de la cintura. Parecía mayor que Amys, aunque sin duda era mucho más hermosa; unas cuantas arrugas finas se marcaban en las comisuras de sus grises ojos. Iba vestida igual que Amys, con un sencillo chal marrón sobre los hombros, y sus collares y brazaletes de oro y marfil tallado no eran más valiosos ni mejores, pero se trataba de Lian, la señora del techo del dominio Peñas Frías.

Los agudos ululatos se fueron apagando hasta cesar por completo cuando Rhuarc se detuvo delante del peñasco, un paso más adelante que Heirn y que Couladin.

—Pido permiso para entrar en tu dominio, señora del techo —anunció en un tono alto y audible a todos.

—Lo tienes, jefe de clan —respondió ceremoniosamente la mujer rubia en un tono igualmente alto. Sonriendo, añadió con una voz mucho más cálida—: Siempre lo tienes, sombra de mi corazón.

—Te doy las gracias, señora del techo de mi corazón. —Tampoco aquello sonaba muy ceremonioso.

—Señora —dijo Heirn mientras se adelantaba—, te pido permiso para alojarme bajo tu techo.

—Lo tienes, Heirn —respondió Lian al fornido hombre—. Bajo mi techo hay agua y sombra para ti. El septiar Jindo siempre es bienvenido aquí.

—Te doy las gracias, señora del techo. —Heirn palmeó a Rhuarc en el hombro y se marchó para reunirse con los suyos. Al parecer, el ceremonial Aiel era breve y directo al grano.

Pavoneándose, Couladin se adelantó.

—Pido permiso para entrar en tu dominio, señora del techo.

Lian parpadeó y lo miró ceñuda. Un murmullo se alzó detrás de Rand, un runrún atónito que salió de centenares de gargantas. El aire se cargó repentinamente de peligro. Mat lo percibió, indudablemente, ya que toqueteó su lanza y se giró ligeramente para ver qué hacia la masa de Aiel.

—¿Qué ocurre? —inquirió Rand en voz baja, por encima del hombro—. ¿Por qué no responde nada la mujer?

—Couladin ha hecho la petición como si fuera un jefe de clan —cuchicheó Aviendha con incredulidad—. Ese hombre es un necio. ¡Debe de estar loco! Si ella lo rechaza, habrá problemas con los Shaido, y tal vez lo haga, por su actitud insultante. No será un conflicto de sangre, ya que no es su jefe de clan por muchos aires que se dé, pero sí habrá problemas. —Entonces, de repente, el tono de su voz se endureció —. No has escuchado nada de lo que te he explicado, ¿verdad? ¡No has prestado atención! Ella podría haber negado el permiso incluso a Rhuarc, y él tendría que haberse marchado. Ello habría significado la ruptura del clan, pero está en su derecho de hacerlo. Hasta puede negárselo a El que Viene con el Alba, Rand al'Thor. ¡Entre nuestro pueblo, las mujeres tienen poder, no como vuestras mujeres de las tierras húmedas, que han de ser reinas o nobles o bailar para un hombre si quieren comer!

Rand sacudió levemente la cabeza. Cada vez que estaba a punto de reprocharse lo poco que había aprendido sobre las costumbres Aiel, Aviendha decía algo que evidenciaba cuán poco sabía ella sobre cualquier otro pueblo que no fuera el suyo.

—Me gustaría presentarte algún día al Círculo de Mujeres de Campo de Emond. Será… interesante oírte explicarles lo poco poderosas que son. —La sintió rebullir contra su espalda para ver su rostro, de modo que puso gran cuidado en mantener una expresión apacible—. Tal vez también te expliquen ellas unas cuantas cosas.

—Tienes mi permiso —empezó Lian, y Couladin se hinchó como un pavo real— para alojarte bajo mi techo. Se te buscará un lugar con sombra y agua.

Cientos de bocas soltaron exclamaciones ahogadas que, en conjunto, levantaron un sonoro respingo generalizado. El hombre de cabello rojo se estremeció como si lo hubiera golpeado, con el rostro congestionado por la rabia. Pareció no saber cómo reaccionar. Adelantó un paso, desafiante, con los ojos prendidos en Lian y en Amys y

los brazos cruzados, como para mantener las manos lejos de las lanzas. Después giró sobre sus talones y se encaminó a grandes zancadas hacia la multitud, lanzando miradas furibundas a uno y otro lado, como retando a que alguien pronunciara una palabra. Finalmente se detuvo casi en el mismo punto de donde había salido y observó de hito en hito a Rand. Sus azules ojos semejaban brasas ardientes.

—Como si fuera alguien sin familia ni amigos —susurró Aviendha—. Lo ha acogido como a un mendigo. El peor insulto que podía hacerle, pero personal, sin agraviar en lo más mínimo a los Shaido. —De pronto, inopinadamente, le asestó un puñetazo tan fuerte en las costillas que Rand soltó un gruñido—. Muévete, hombre de las tierras húmedas. ¡Haz honor a los conocimientos que he puesto en tus manos y actúa en consecuencia, porque todos saben que he sido yo quien te ha estado instruyendo! ¡Muévete!

Pasando una pierna por encima del cuello de *Jeade'en*, Rand desmontó y se dirigió hacia donde estaba Rhuarc. «No soy Aiel. Y no los entiendo ni puedo permitirme el lujo de tomarles aprecio. No puedo.»

Ninguno de los hombres lo había hecho, pero él se inclinó ante Lian porque así era como lo habían educado.

—Señora del techo, te pido permiso para alojarme bajo tu techo.

Oyó que Aviendha daba un respingo. Se suponía que tendría que haber dicho la otra frase, el mismo formulismo utilizado por Rhuarc. El jefe de clan estrechó los ojos, preocupado, sin apartar la vista de su esposa. Por su parte, Couladin esbozó una mueca despectiva. Los suaves murmullos de la multitud sonaban desconcertados.

La señora del techo contempló fijamente a Rand, con más intensidad incluso que anteriormente a Couladin, recorriendo con la mirada su figura, desde el cabello hasta las botas y a la inversa, deteniéndose en el *shoufa* echado sobre los hombros de una roja chaqueta que jamás habría llevado puesta un Aiel. Lanzó una mirada interrogante a Amys, que asintió.

—Semejante modestia es meritoria en un hombre —dijo lentamente Lian—. Los varones rara vez poseen esa virtud. —Extendiendo la amplia y oscura falda, hizo una torpe reverencia, ya que no era costumbre entre las mujeres Aiel, pero reverencia al fin y al cabo, en respuesta a la de él—. El *Car'a'carn* tiene permiso para entrar en mi dominio. Para el jefe de jefes siempre hay agua y sombra en Peñas Frías.

Se alzó de nuevo el clamor de los ululatos lanzados por las mujeres reunidas entre la multitud, pero Rand ignoraba si era por él o por la ceremonia. Couladin le asestó una larga e intensa mirada de implacable odio antes de darse media vuelta y echar a andar hacia la multitud, empujando rudamente a Aviendha al pasar junto a la joven cuando ésta desmontaba torpemente del semental rodado; enseguida se perdió entre el gentío, que empezaba a dispersarse.

Mat se detuvo a mitad de bajar de su caballo para seguir al hombre con la mirada.

—No le des la espalda a ese tipo, Rand —advirtió quedamente—. Lo digo en serio.

—Todo el mundo me aconseja lo mismo —repuso Rand. Los buhoneros ya se preparaban para iniciar los tratos en el centro del cañón y a la entrada. Moraine y el resto de las Sabias se aproximaban recibidas por unos cuantos ululatos y el golpeteo de ollas, pero la acogida distaba mucho de igualar a la ofrecida a Rhuarc—. No es él por quien debo preocuparme. —Los peligros que lo acechaban no venían de los Aiel. «Moraine a un lado y Lanfear al otro. ¿Qué peligro mayor puede haber para mí?» Era tan absurdo que casi le daba risa.

Amys y Lian habían bajado del peñasco y, para sorpresa de Rand, Rhuarc rodeó con uno y otro brazo los talles de las dos mujeres. Ambas eran altas, como parecían ser casi todas las Aiel, pero ninguna de ellas sobrepasaba el hombro del jefe de clan.

—Ya conoces a mi esposa Amys —le dijo a Rand—. Ahora te presento a mi esposa Lian.

Rand se dio cuenta de que se había quedado boquiabierto y cerró rápidamente la boca. Después de que Aviendha le dijera que la señora del techo de Peñas Frías era la esposa de Rhuarc y que se llamaba Lian, el joven llegó a la conclusión de que había interpretado mal todo aquel «sombra de mi corazón» y demás lindezas intercambiadas entre el Aiel y Amys. Además, en aquel momento tenía otras cosas en la cabeza. Pero esto…

—¿Las *dos*? —balbució Mat—. ¡Luz! ¡Dos, nada menos! ¡Que me aspen! ¡O es el tipo más afortunado del mundo o el mayor necio desde su creación!

—Tenía entendido —empezó Rhuarc arrugando la frente— que Aviendha te estaba enseñando nuestras costumbres. Por lo visto se ha dejado fuera unas cuantas cosas.

Inclinándose para mirarla por detrás de su esposo —y el de Amys— Lian enarcó una ceja en un gesto interrogante a la otra mujer.

—Nos pareció la solución ideal que fuera ella la que le informara de cuanto necesitaba saber —adujo la Sabia secamente—. Así él aprendía y al mismo tiempo evitábamos que la muchacha intentara volver con las Doncellas cada vez que le dábamos la espalda. Ahora parece que habré de sostener una charla con ella en un sitio tranquilo. Sin duda le ha estado enseñando el lenguaje de señas de las Doncellas o cómo ordeñar a un *gara*.

Aviendha se ruborizó violentamente y sacudió la cabeza con irritación; su cabello, rojizo oscuro, le había crecido hasta las orejas, lo suficiente para mecerse como unos flecos por debajo del pañuelo ceñido a la frente.

—Había temas de los que hablar más importantes que de matrimonios. De todas formas, no presta atención.

—Ha sido una buena maestra —se apresuró a intervenir Rand—. He aprendido

mucho sobre vuestras costumbres y de la Tierra de los Tres Pliegues gracias a ella. —¿Lenguaje de señas?—. Cualquier error que cometa es culpa mía, no suya. —¿Cómo se ordeña a un lagarto venenoso de más de medio metro de largo?—. Ha sido una buena maestra, repito, y me gustaría que siguiera siéndolo, si no hay inconveniente ni va contra ninguna norma. —«¡En nombre de la Luz! ¿Por qué he dicho eso?» La joven era bastante agradable a veces, cuando se olvidaba de sí misma, pero el resto del tiempo era como tener un abrojo debajo de la camisa. Sin embargo, al menos así sabría a quién habían puesto las Sabias para tenerlo vigilado mientras permaneciera aquí.

Amys lo observó fijamente con aquellos ojos azul claro tan penetrantes como los de una Aes Sedai. Claro que ella podía encauzar; su rostro parecía simplemente más joven de lo que correspondería a su edad, no intemporal, pero por lo demás podía ser tan Aes Sedai como cualquier mujer de la Torre Blanca.

—A mí me parece un buen arreglo —dijo.

Aviendha abrió la boca, encrespada de rabia, pero la volvió a cerrar, hoscamente, cuando la Sabia volvió hacia ella aquella mirada impasible. Seguramente habría pensado que lo de pasar todo el día con él terminaría al llegar a Peñas Frías.

—Debes de estar cansado después del viaje —le dijo Lian a Rand con una expresión maternal en sus grises ojos—. Y también hambriento. Ven. —Su cálida sonrisa incluyó a Mat, que seguía retirado y empezaba a echar ojeadas a los carromatos de los buhoneros—. Venid bajo mi techo.

Tras recoger las alforjas, Rand dejó a *Jeade'en* al cuidado de una mujer *gai'shain*, que también se encargó de *Puntos*. Mat echó un último vistazo a los carromatos antes de echarse al hombro las alforjas y seguirlos.

El techo de Lian, su casa, se encontraba en el nivel más alto del lado oeste, con la escarpada pared del cañón elevándose muchos cientos de pasos por encima. A pesar de ser la morada del jefe de clan y de la señora del techo, desde fuera su aspecto era el de un modesto rectángulo de grandes adobes amarillos, con ventanucos sin cristales que cubrían unos sencillos visillos blancos; tenía un huerto sobre el techo plano y otro delante, en la pequeña terraza separada de la casa por un estrecho camino pavimentado con piedras planas de color gris. Con espacio suficiente para dos habitaciones, quizá. Salvo por el gong de bronce cuadrado que colgaba junto a la puerta, era muy semejante al resto de las estructuras que Rand alcanzaba a ver, y, desde esa posición ventajosa, a sus pies se extendía el valle en toda su extensión. Una casa pequeña y sencilla. Dentro, la cosa cambiaba.

La parte de los adobes era una amplia estancia, solada con baldosas de color marrón rojizo. Pero no era eso todo. Detrás, excavadas en la roca, había más habitaciones de altos techos y sorprendentemente frescas, con anchos vanos en arco y lámparas de plata que desprendían un aroma que recordaba sitios verdes. Rand sólo

vio una silla, de respaldo alto y lacada en rojo y dorado, con apariencia de tener muy poco uso; la silla del jefe, la llamó Aviendha. Aparte del mueble, no había apenas madera, salvo unas cuantas cajas y arcones pulidos o lacados, y atriles bajos sobre los que reposaban libros abiertos; el lector tendría que tumbarse en el suelo. Unas alfombras de complejos diseños cubrían los suelos, y otras pequeñas, de brillantes colores, se amontonaban aquí y allí; Rand reconoció algunos diseños de Tear, Cairhien y Andor, incluso de Illian y Tarabon, en tanto que otros le eran desconocidos: anchas franjas irregulares en las que no se repetía un color o cuadrados huecos entrelazados, en tonalidades grises, marrones y negras. En marcado contraste con la monótona monocromía fuera del valle, había una gama de colores fuertes por todas partes: tapices que Rand estaba seguro de que procedían del otro lado de la Columna Vertebral del Mundo —quizá llegados del mismo modo que los de Tear— y cojines de todos los tamaños y tonalidades, a menudo adornados con borlas o con flecos o con ambas cosas, de seda roja o dorada. Aquí y allí, en nichos excavados en las paredes, se exhibía un jarrón de fina porcelana o un cuenco de plata o una talla de marfil, a menudo de extraños animales. Así que éstas eran las «cuevas» de las que los tearianos hablaban con tanto desprecio. Podría haber tenido la exagerada ostentación de Tear —o de los gitanos— pero en cambio tenía un aire digno, refinado y sencillo a la par.

Tras dedicarle una leve mueca a Aviendha para demostrarle que sí había prestado atención, Rand sacó de las alforjas un «regalo de huésped» para Lian, un león de oro exquisitamente labrado. Era parte del botín tomado en Tear y se lo había comprado a un Buscador de Agua Jindo, pero si él era el gobernante de Tear quizá podría interpretarse como un robo a sí mismo. Tras un instante de vacilación, Mat también sacó un regalo, un collar teariano de flores de plata, sin duda de la misma procedencia original y probablemente comprado para Isendre.

—Exquisito —dijo, sonriente, Lian, contemplando el león—. Siempre me ha gustado la orfebrería teariana. Rhuarc me trajo dos piezas hace muchos años. —En un tono apropiado a un ama de casa que recordara ciertas bayas dulces particularmente finas, le dijo a su marido—: Las cogiste de la tienda de un Gran Señor justo antes de que Laman fuera decapitado, ¿no es así? Lástima que no llegaseis a Andor. Siempre he querido tener una pieza de plata andoreña. También el collar es precioso, Mat Cauthon.

Mientras la oía colmar de elogios los regalos, Rand disimuló su impresión. A pesar de sus faldas y sus ojos maternales, era tan Aiel como cualquier Doncella Lancera.

Para cuando Lian terminó, las otras Sabias llegaron con Moraine, Lan y Egwene. La espada del Guardián mereció una única mirada de desaprobación, pero la señora del techo le dio la bienvenida afectuosamente cuando Bair lo llamó *Aan'allein*.

Empero, eso no fue nada con la acogida que dedicó a Egwene y a Moraine.

—Honráis mi techo, Aes Sedai. —El tono de Lian daba a entender que esas palabras no expresaban ni por asomo sus sentimientos; faltó poco para que les hiciera una reverencia—. Se dice que servíamos a las Aes Sedai antes del Desmembramiento del Mundo y que les fallamos, y por ello fuimos enviados aquí, a la Tierra de los Tres Pliegues. Vuestra presencia apunta que quizá nuestro pecado no estuviera más allá del perdón.

Por supuesto. Ella no había entrado en Rhuidean; al parecer, la prohibición de hablar sobre lo que ocurría en Rhuidean con cualquiera que no hubiera estado allí incluía también las confidencias entre esposo y esposa. Y entre hermanas conyugales o comoquiera que se llamara el parentesco que existía entre Amys y Lian.

Moraine intentó dar también un regalo de huésped a Lian, unos pequeños frasquitos de cristal y plata con perfumes traídos desde Arad Doman, pero la señora del techo extendió las manos.

—Vuestra sola presencia es un regalo de huésped de un valor inapreciable, Aes Sedai. Aceptar algo más sería una deshonra para mi techo y para mí. No soportaría la vergüenza. —Parecía hablar completamente en serio y preocupada de que Moraine insistiera en darle el perfume. Toda una revelación de la importancia en relación con el *Car'a'carn* y una Aes Sedai.

—Como gustéis —dijo Moraine, que volvió a guardar los frasquitos en la bolsa del cinturón. Era la personificación de una gélida serenidad con su vestido de seda azul y la blanca capa, cuya capucha llevaba retirada—. Vuestra Tierra de los Tres Pliegues sin duda verá más Aes Sedai. Nunca habíamos tenido motivo para venir, hasta ahora.

A Amys no pareció gustarle mucho todo aquello, y la pelirroja Melaine miró a Moraine como un gato de verdes ojos que se pregunta si debería hacer algo con un gran perro que se ha colado de rondón en su patio de granja. Bair y Seana intercambiaron miradas de preocupación, pero su reacción fue mucho más comedida que la de las dos que podían encauzar.

Unos *gai'shain* —hombres y mujeres airosos por igual, con sus ropajes y capuchas blancos y los ojos agachados en una expresión sumisa tan extraña en unos rostros Aiel— cogieron las capas de Moraine y Egwene, trajeron toallas húmedas para las manos y la cara, y pequeñas copas de plata con agua para beberla ceremoniosamente, y por último una comida servida en cuencos de plata y bandejas dignas de un palacio, pero que se comió en cacharros de cerámica vidriada en azul. Todo el mundo comió tendido en el suelo, donde unas baldosas blancas formaban una especie de mesa, con las cabezas juntas y cojines debajo del pecho, formando con sus cuerpos como los radios de una rueda, entre los cuales entraban los *gai'shain* para dejar más platos.

Mat no paraba de rebullir, moviéndose a uno y otro lado sobre sus cojines, pero Lan se acomodó como si hubiera comido así toda su vida, y Moraine y Egwene casi parecían estar cómodas. Sin duda habían practicado en las tiendas de las Sabias. A Rand le resultó incómodo, pero la comida en sí era lo bastante peculiar para tener ocupada casi toda su atención.

Un estofado de carne de cabra, oscuro, sazonado con especias y acompañado con pimientos troceados era desconocido pero no particularmente extraño, y los guisantes eran guisantes en cualquier parte, igual que la calabaza. No podía decirse lo mismo del pan amarillo, arrugado y áspero; o de las largas judías de un fuerte tono rojo que se mezclaban con las verdes; o de un plato de pepitas amarillas y trocitos de una pulpa roja a las que Aviendha llamó *zemai* y *t'mat*; o una fruta dulce, bulbosa, con una dura piel verde que según la joven Aiel crecía de unas de aquellas plantas sin hojas y llenas de púas, llamada *kardon*. Todo era muy sabroso, sin embargo.

Seguramente habría disfrutado más la comida si Aviendha no hubiera estado aleccionándolo sobre todo. Excepto sobre hermanas conyugales. Eso quedó para Amys y Lian, tendidas una a cada lado de Rhuarc y sonriéndose la una a la otra tanto como a su esposo. Si las dos se habían casado con él para que no se rompiera su amistad, era obvio que ambas lo amaban. Rand no se imaginaba a Elayne y a Min llegando a un acuerdo semejante; se preguntó por qué se le había pasado siquiera por la cabeza tal idea. El sol debía de haberle reblandecido el cerebro.

Pero si Aviendha dejó esa explicación a otras, sí que lo hizo con *todo* lo demás con tanto detalle que resultaba irritante. A lo mejor pensaba que era idiota por no saber nada respecto a hermanas conyugales. Apoyada sobre el costado derecho para mirarlo, sonreía casi con dulzura mientras le decía que la cuchara podía utilizarse para comer el estofado o las *zemai* y el *t'mat*, pero el brillo de sus ojos delataba que sólo la presencia de las Sabias impedía que le arrojara a la cabeza un cuenco.

—No sé qué te he hecho —dijo Rand quedamente. Era muy consciente de la presencia de Melaine tendida a su lado, aunque parecía ensimismada en la conversación que mantenía en voz baja con Seana. Bair intervenía de vez en cuando, pero el joven creía que tenía puesto el oído en lo que hablaban Aviendha y él—. Pero si tan odioso te resulta ser mi maestra, no tienes que hacerlo. Fue una ocurrencia que tuve en ese momento. Estoy seguro de que Rhuarc o las Sabias encontrarán a cualquier otra persona.

Las Sabias la encontrarían, indudablemente, si se quitaba de encima a la espía que le habían puesto.

—No me has hecho nada… —Le enseñó los dientes; si eso era una sonrisa, dejaba mucho que desear—, y nunca lo harás. Se puede estar tendido como sea más cómodo para comer, y hablar con los que están alrededor. Excepto aquellos de nosotros que tenemos que enseñar en lugar de compartir la comida, por supuesto. Se

considera cortés conversar con las dos personas que están a tu lado. —Por detrás de ella, Mat miró a Rand y puso los ojos en blanco, con evidente alivio de poder ahorrarse aquello—. A menos que te veas obligado a mirar a alguien en particular, si tienes que enseñarle. Toma la comida con la mano derecha, a no ser que tengas que tumbarte sobre ese codo, y…

Era una tortura, y Aviendha parecía disfrutar con ello. Los Aiel daban gran importancia a la entrega de regalos. A lo mejor si le hacía uno…

—… todos charlan un rato después de haber comido, a no ser que uno de nosotros tenga que enseñar en lugar de conversar, y…

Un soborno. Mirándolo bien, era muy injusto tener que sobornar a quien, además, te estaba espiando; pero, si Aviendha tenía intención de continuar con esta actitud, merecería la pena con tal de tener un poco de paz.

Cuando los *gai'shain* se llevaron la comida sobrante y trajeron copas con un vino oscuro, Bair clavó en Aviendha una mirada severa desde el lado opuesto de las baldosas blancas, y la joven se sumió en un hosco silencio. Egwene se incorporó sobre las rodillas para darle unas palmaditas por encima de Mat, pero no pareció servir de mucho su gesto. Al menos, gracias a la Luz, se había callado. Egwene le asestó una dura mirada; una de dos: o sabía lo que estaba pensando o consideraba que él tenía la culpa de que Aviendha estuviera enfurruñada.

Rhuarc sacó su pipa de cañón corto y la bolsa de tabaco, llenó la cazoleta y apretó con el pulgar, y después le pasó la bolsa a Mat, que también había cogido la suya repujada con plata.

—Algunos se han tomado muy a pecho las nuevas sobre ti, Rand al'Thor y, al parecer, han reaccionado con rapidez. Lian me ha dicho que se tiene noticia de que Jheran, el jefe de clan de los Shaarad Aiel, y Bael, de los Goshien, ya se encuentran en Alcair Dal. Erim, de los Chareen, va de camino hacia allí. —Dejó que una esbelta joven *gai'shain* le encendiera la pipa con una ramita prendida. Por el modo en que se movía, con una gracilidad más briosa, distinta de la de los otros hombres y mujeres vestidos de blanco, Rand dedujo que había sido una Doncella Lancera hasta hacía muy poco. Se preguntó cuánto tiempo podría seguir cumpliendo de su año y un día de servicio, mansa y humilde.

Mat sonrió a la mujer cuando ésta se arrodilló para encenderle la pipa; la mirada de sus verdes ojos, desde las profundidades de la capucha blanca, no fue en absoluto mansa y bastó para borrar de golpe la mueca en el rostro del joven. Irritado, se giró, apoyándose sobre el vientre, y expulsó una tenue bocanada de humo azul. Lástima que no viera la expresión satisfecha que asomó al rostro de la joven ni la rapidez con que desapareció, reemplazada por un fuerte sonrojo, ante la severa mirada de Amys; la muchacha de ojos verdes se escabulló, avergonzada hasta un punto increíble. ¿Y qué opinaba de todo esto Aviendha, que tanto odiaba haber tenido que renunciar a la

lanza, y que aún se veía a sí misma como hermana de lanza de cualquier Doncella, fuera del clan que fuera? Pues siguió con una mirada ceñuda a la joven *gai'shain* mientras salía, del mismo modo que la señora al'Vere habría mirado a alguien que hubiera escupido en el suelo. Qué gente tan rara. A la única que vio denotar cierta compasión en su gesto fue a Egwene.

—Los Goshien y los Shaarad —murmuró, fijos los ojos en su copa de vino. Rhuarc le había explicado que cada jefe de clan llevaría consigo unos cuantos guerreros a la Cuenca Dorada, como guardia de honor, e igual harían los jefes de septiar. En conjunto, ello significaba alrededor de mil hombres de cada clan. Había doce clanes. Doce mil hombres y Doncellas en total, todos sujetos a su extraño código de honor y dispuestos a danzar las lanzas en cuanto un gato estornudara. Puede que incluso fueran más, debido a la feria. Alzó la vista—. Existe un conflicto de sangre entre ellos, ¿no es así? —Tanto Rhuarc como Lan asintieron—. Sé que dijiste que una especie de compromiso semejante a la paz de Rhuidean impera en Alcair Dal, Rhuarc, pero he visto hasta dónde frena esa paz a Couladin y a los Shaido. Tal vez sea mejor que parta hacia allí cuanto antes. Si los Goshien y los Shaarad se enzarzan en una pelea, el conflicto se extenderá. Y quiero a *todos* los Aiel respaldándome, Rhuarc.

—Los Goshien no son Shaido —intervino Melaine con timbre cortante a la par que sacudía la roja melena como una leona.

—Ni tampoco los Shaarad. —La voz aguda de Bain sonó menos fuerte que la de la mujer más joven, pero igualmente terminante—. Jheran y Bael tal vez intenten matarse el uno al otro antes de que regresen a sus dominios, pero no en Alcair Dal.

—Aunque eso no responde la propuesta de Rand al'Thor —dijo Rhuarc—. Si llegas a Alcair Dal antes de que lo hayan hecho todos los jefes, los que vengan después lo considerarán un ultraje a su honor. No es un buen modo anunciar que eres el *Car'a'carn* llevando el deshonor a unos hombres a los que vas a pedir que te sigan. Los Nakai son los que vienen de más lejos. Tardarán un mes en llegar a Alcair Dal.

—Menos —adujo Seana a la par que sacudía la cabeza enérgicamente—. He caminado en los sueños de Alsera dos veces, y dice que Bruan tiene intención de ir corriendo todo el camino desde el dominio Shiagi. Menos de un mes.

—Es decir, como mínimo falta un mes para tu partida —le dijo Rhuarc a Rand—. Serán tres días de viaje hasta Alcair Dal. Tal vez cuatro. Para entonces todos estarán allí.

Un mes. Rand se frotó la mejilla. Demasiado tiempo. Demasiado, y no había otra opción. En los relatos, las cosas pasaban siempre como las planeaba el héroe y cuando quería que ocurrieran. En la vida real rara vez sucedía así, ni siquiera para un *ta'veren* con profecías trabajando a su favor. En la vida real era el logro casual y la esperanza, y suerte si al rebuscar se encontraba un trozo de pan cuando lo que se

necesitaba era una hogaza entera. Empero, parte de su plan seguía el rumbo que él esperaba. La parte más peligrosa.

Moraine, tendida entre Lan y Amys, tomaba sorbos de vino lentamente, con los párpados cerrados como si durmiera. Rand no creía que fuera así. Ella lo veía todo, lo oía todo. Pero ahora no había nada que tuviera que decir que ella no debería escuchar.

—¿Cuántos se resistirán, Rhuarc? ¿Cuántos se opondrán a mí? Hasta ahora sólo has apuntado la posibilidad, pero no has dicho nada definitivo.

—Es que no lo sé con certeza —respondió el jefe de clan sin soltar la boquilla de la pipa que sujetaba con los dientes—. Cuando les muestres los dragones, te reconocerán. No hay modo de imitar los dragones de Rhuidean. —¿Se habían movido levemente los ojos de Moraine?—. Eres el anunciado por la profecía. Yo te apoyaré, y también Bruan, y Dhearic, de los Reyn Aiel. ¿Los demás…? Sevanna, la esposa de Suladric, traerá a los Shaido puesto que el clan está sin jefe. Es joven, a pesar de su condición de señora del techo de un dominio, y sin duda no le complacerá mucho tener que conformarse con ser dueña sólo de un techo y no de todo un dominio cuando se escoja a alguien para reemplazar a Suladric. Además, Sevanna es tan taimada y tan poco fiable como cualquier Shaido. Pero, aun en el caso de que no ocasione problemas, ya sabes que Couladin sí lo hará; actúa como si fuera un jefe de clan y algunos Shaido podrían seguirlo a pesar de que no haya entrado en Rhuidean. Los Shaido son lo bastante necios para hacer algo así. Han, de los Tomanelle, puede decidir en cualquiera de los dos sentidos. Es un hombre enojadizo, difícil de conocer y aun más difícil de tratar, y… —Se interrumpió cuando Lian musitó en voz queda:

—¿Pero es que los hay de otra clase?

Rand dudaba mucho que Rhuarc supuestamente tuviera que haber escuchado el comentario. Amys se tapó la boca para ocultar una sonrisa mientras que su hermana conyugal se llevaba la copa de vino a los labios con cara inocente, como si no hubiera abierto la boca.

—Como decía —continuó Rhuarc mientras miraba resignadamente a sus dos esposas—, no es algo de lo que pueda estar seguro. La mayoría te seguirá. Quizá todos, incluso los Shaido. Hemos esperado tres mil años al hombre que lleva dos dragones. Cuando muestres tus brazos, nadie dudará que eres el enviado para unirnos. —Y para destruirlos; pero eso no lo dijo—. La cuestión es cómo decidirán reaccionar. —Se golpeó suavemente los dientes con la boquilla de la pipa—. ¿No cambiarás de opinión respecto a ponerte el *cadin'sor*?

—¿Y mostrarles qué, Rhuarc? ¿Un fingido Aiel? Ya puestos, disfrazamos también a Mat. —El aludido casi se atragantó con la pipa—. No pienso disimular. Soy lo que soy, y tendrán que aceptarme así. —Rand levantó los brazos lo justo para que al deslizarse hacia atrás las mangas de la chaqueta quedaran a la vista las cabezas leonadas de los dragones en el envés de sus muñecas—. Éstos demostrarán quién soy.

Si no es suficiente prueba, nada lo es.

—¿Cuándo piensas «dirigir las lanzas de nuevo a la guerra»? —preguntó inesperadamente Moraine, y Mat se atragantó otra vez, se quitó la pipa de la boca bruscamente y la miró de hito en hito. Los oscuros ojos de la Aes Sedai ya no estaban velados por los párpados.

Los puños de Rand se crisparon con una sacudida hasta que los nudillos crujieron. Intentar ser astuto con ella resultaba peligroso; debería saberlo desde hacía mucho tiempo. La mujer recordaba hasta la última palabra que oía, la clasificaba, la analizaba y la desmenuzaba hasta que sabía exactamente su significado.

Se puso de pie lentamente. Todas las miradas convergían en él. Egwene frunció la frente en un gesto aun más preocupado que el de Mat, pero los Aiel se limitaron a observar. Hablar de guerra no los preocupaba. Rhuarc parecía… preparado. Y el semblante de Moraine era la viva imagen de una fría calma.

—Si me disculpáis —dijo—, voy a caminar un rato.

Aviendha se incorporó sobre las rodillas, y Egwene se puso de pie, pero ninguna de las dos lo siguió.

50



Trampas

Fuera, en el camino pavimentado con piedras que separaba la casa de adobes amarillos del huerto de la terraza, Rand se quedó contemplando el cañón que se extendía allá abajo, viendo poco más que las sombras de la tarde alargándose por el fondo. Ojalá hubiera podido confiar en que Moraine no iba a ponerlo en manos de la Torre atado con una correa; pero no albergaba duda alguna de que lo haría, sin usar el Poder una sola vez, si le daba la menor ocasión. Esa mujer era capaz de meter a un toro por el agujero de un ratón sin que se diera cuenta. Podía utilizarla. «Luz, somos tal para cual. Usar a los Aiel. Usar a Moraine. Si pudiera confiar en ella…»

Se encaminó hacia la entrada del cañón, descendiendo cada vez que encontraba una vereda que bajaba hacia allí. Todas eran estrechas, pavimentadas con pequeñas piedras, y en escalones algunas de las más empinadas. Resonaba el débil eco del martilleo en varias forjas. No todos los edificios eran casas. A través de una puerta abierta vio a varias mujeres trabajando en telares; en otra, a una platera manejando sus pequeños martillos y escoplos; en una tercera, un hombre sentado en el torno de alfarero, modelando la arcilla, y los hornos encendidos tras él. Todos los hombres y los muchachos, salvo los más pequeños, vestían el *cadin'sor*, la chaqueta y los calzones de tonos pardos, pero se apreciaban ciertas diferencias sutiles en el atuendo de guerreros y artesanos: el cinturón del cuchillo más pequeño o a veces ninguno; un *shoufa* sin el complemento del negro velo. Empero, observando el modo en que el herrero sostenía la lanza a la que acababa de poner una punta de más de un palmo de largo, Rand no dudó ni por un momento que el hombre sabría usar el arma con la misma destreza con que la había forjado.

Los caminos no estaban muy transitados, pero sí que había bastante gente fuera. Los niños reían, corrían y jugaban; advirtió que las crías más pequeñas llevaban palos a guisa de lanzas tan frecuentemente como muñecas. Los *gai'shain* acarreaban cántaros de barro con agua sobre la cabeza o limpiaban de malas hierbas los huertos, a menudo bajo la dirección de un muchachito de diez o doce años. Hombres y mujeres se ocupaban de sus tareas cotidianas; en realidad, no había gran diferencia

con lo que habrían hecho si hubieran estado en Campo de Emond, ya fuera barrer a la puerta de una casa o reparar una pared. Los niños apenas le dedicaban una ojeada a pesar de la chaqueta roja y las botas de gruesas suelas; en cuanto a los *gai'shain*, con su actitud de humildad autoimpuesta y su empeño por permanecer en un segundo plano, no había modo de saber si reparaban o no en él. Pero los adultos, artesanos o guerreros, hombres o mujeres, lo miraban con un aire especulativo, un asomo de expectante incertidumbre.

Los niños pequeños iban descalzos y con ropas muy semejantes a las de los *gai'shain*, pero de colores pardos como los del *cadin'sor*, no blancas. Las niñas también iban descalzas y con vestidos cortos que a veces no les tapaban las rodillas. Hubo algo que le llamó la atención en las niñas: de todas las edades hasta, más o menos, los doce años, llevaban el cabello peinado en dos coletas, sobre las orejas, y trenzado con cintas de brillantes colores. Exactamente igual que las que Egwene había llevado hasta hacía poco. Tenía que ser una coincidencia. Seguramente había dejado de peinarse así porque las Sabias debieron de explicarle que era como llevaban el pelo las niñas Aiel. En cualquier caso, era absurdo que estuviera pensando en un tema tal pueril. En este momento era el trato con otra mujer de lo que tenía que ocuparse: Aviendha.

En el suelo del cañón, los buhoneros comerciaban con los Aiel que se apiñaban alrededor de las carretas de techo de lona. Al menos, lo hacían los conductores; y también Keille, que hoy lucía un chal de encaje azul sujeto con los peinecillos, y llevaba a cabo tratos en voz alta. Kadere, con una chaqueta de color crema, estaba sentado en un barril a la sombra de su carromato blanco y se enjugaba el sudor de la cara, sin hacer el menor esfuerzo por vender nada. Divisó a Rand e hizo intención de incorporarse, pero contuvo el impulso rápidamente. A Isendre no se la veía por ninguna parte, pero, para sorpresa de Rand, sí que estaba Natael, cuya capa de parches multicolores había atraído a un numeroso grupo de chiquillos entre los que había varios adultos. Por lo visto, el acicate de contar con un auditorio más numeroso lo había inducido a abandonar a los Shaido. O tal vez Keille no quería que estuviera donde no podía ver lo que hacía. A pesar de lo absorta que estaba en su trabajo, encontraba tiempo para lanzar una mirada ceñuda al juglar cada dos por tres.

Rand evitó las carretas. Por las preguntas hechas a los Aiel, descubrió dónde se habían ido los Jindo: cada cual, hombre o mujer, al techo de su respectiva sociedad, aquí, en Peñas Frías. El Techo de las Doncellas se encontraba a mitad de camino de la pared este del cañón, todavía iluminada por el sol, y era un rectángulo de piedra grisácea y con huerto en el techo que sin duda era el doble de grande de lo que parecía desde fuera. Y no es que tuviera oportunidad de mirar dentro. Un par de Doncellas, apostadas en cuclillas a la puerta y empuñando lanzas y adargas, le cerraron el paso entre divertidas y escandalizadas de que un hombre quisiera entrar, si

bien una de ellas accedió a transmitir su mensaje.

Al cabo de pocos minutos, las Doncellas Jindo y Nueve Valles que habían estado en la Ciudadela salieron. Y también todas las demás Doncellas del septiar Nueve Valles que se encontraban en Peñas Frías, las cuales se amontonaron a ambos lados del camino y se encaramaron al techo, entre las hileras de vegetales, para observar sonrientes, como si esperaran ver un espectáculo divertido. Detrás vinieron hombres y mujeres *gai'shain* para servirles un té oscuro y fuerte en pequeñas tazas; fuera cual fuera la regla que impedía el paso de hombres al Techo de las Doncellas por lo visto no contaba para los *gai'shain* varones.

Después de que Rand hubo examinado varias ofertas, Adelin, la Jindo de cabello rubio con la fina cicatriz en la mejilla, sacó un ancho brazalete de marfil con un minucioso trabajo de rosas talladas. Le pareció que le iría bien a Aviendha; quienquiera que hubiera sido el artífice de la talla, había resaltado cuidadosamente las espinas entre los capullos.

Adelin era alta incluso para la media Aiel, de modo que Rand sólo le sacaba un palmo. Cuando se enteró de para qué lo quería —o casi, ya que el joven se limitó a decir que era un regalo para agradecer a Aviendha sus enseñanzas, no un soborno para suavizar el mal genio de la mujer a fin de que se le hiciera más soportable tenerla cerca—, Adelin miró en derredor a las otras Doncellas. Todas habían dejado de sonreír y sus rostros se habían tornado inexpresivos.

—No te pondré ningún precio por esto, Rand al'Thor —dijo al tiempo que soltaba el brazalete en la mano del joven.

—¿Está mal? —preguntó. ¿Cómo se lo tomaría la Aiel?—. No quiero agraviar a Aviendha en ningún aspecto.

—No será un agravio para ella. —Llamó a una *gai'shain* que llevaba tazas de loza y una jarra sobre una bandeja de plata. Sirvió té en dos tazas y le tendió una—. Recuerda el honor —dijo, antes de beber en su taza.

Aviendha nunca le había mencionado nada parecido. Inseguro, tomó un sorbo de amargo té y repitió:

—Recuerda el honor. —Parecía que era lo más seguro decir para evitar un desliz. Para su sorpresa, la Doncella lo besó ligeramente en ambas mejillas.

Otra Doncella mayor, con el cabello gris pero todavía de fiera apariencia, se plantó delante de él.

—Recuerda el honor —dijo, y bebió.

Rand tuvo que repetir el ritual con cada una de las Doncellas presentes, aunque llegó un momento en que sólo se llevó la taza a los labios para rozar los labios con el té, sin beber. Las ceremonias Aiel eran breves y directas al grano, pero cuando había que repetir la misma hasta la saciedad con unas setenta mujeres, incluso tomar el más pequeño sorbo podía acabar llenándolo a uno hasta las orejas. Para cuando pudo

escapar, las sombras trepaban hacia la parte alta del cañón.

Encontró a Aviendha cerca de la casa de Lian, sacudiendo enérgicamente una alfombra de rayas azules que había colgado en una cuerda; había más apiladas cerca, formando un montón colorido. Apartándose los mechones húmedos de sudor que le caían sobre la frente, la Aiel lo contempló con aire inexpresivo cuando le tendió el brazalete y le dijo que era un regalo a cambio de sus enseñanzas.

—He dado brazaletes y collares a amigas que no llevaban la lanza, Rand al'Thor, pero yo jamás he llevado uno. —Su voz no tenía la menor inflexión—. Esas cosas tintinean y hacen ruidos que te delatan cuando hay que ser silenciosa. Se te enganchan cuando has de moverte rápido.

—Pero ahora puedes llevarlo puesto que vas a ser una Sabia.

—Sí. —Giró el brazalete de marfil entre los dedos como si no supiera qué hacer con él y luego, bruscamente, metió la mano por él y levantó la muñeca para mirarlo. Habríase dicho que estaba contemplando un grillete.

—Si no te gusta, Aviendha… Adelin dijo que no ofendería tu honor. Incluso pareció aprobarlo. —Refirió el ceremonial del té y la joven apretó los ojos con fuerza y se estremeció—. ¿Qué ocurre?

—Creen que intentas despertar mi interés. —Rand jamás habría imaginado que la voz de Aviendha pudiera sonar tan impávida. Sus ojos estaban vacíos de toda emoción—. Te han dado su aprobación, como si yo empuñara la lanza todavía.

—¡Luz! Es fácil sacarlas de su error. Iré y… —Se interrumpió al advertir el abrasador destello de sus ojos.

—¡No! Aceptaste su aprobación ¿y ahora la rechazarías? ¡Eso sí que dañaría mi honor! ¿Acaso crees que eres el primer hombre que intenta despertar mi interés? Ahora hay que dejar que crean lo que quieran creer. No tiene importancia. —Hizo una mueca y cogió el sacudidor con las dos manos—. Vete. —Echó una ojeada al brazalete y añadió—: Realmente no sabes nada, ¿verdad? No sabes nada. No es culpa tuya. —Era como si estuviera repitiendo algo que le hubieran dicho o como si intentara convencerse a sí misma—. Lamento haberte estropeado la comida, Rand al'Thor. Por favor, vete. Amys me ha ordenado que limpie todas estas alfombras y esteras, tarde lo que tarde. Si sigues ahí plantado, hablando, me llevará toda la noche.

Le dio la espalda y descargó violentamente el sacudidor en la alfombra de rayas, de modo que el brazalete brincó en su muñeca.

Rand ignoraba si la disculpa de la Aiel se debía al regalo o a una orden de Amys —aunque sospechaba que era esto último—, pero lo sorprendente es que parecía sentirlo de verdad cuando lo dijo. No estaba contenta, eso desde luego, si se juzgaba por el seco gruñido que acompañaba cada palo que daba a la alfombra pero no había expresado odio ni una sola vez. Turbación, espanto, incluso furor, pero no odio. Eso era mejor que nada. A lo mejor acababa comportándose de un modo civilizado.

Al entrar en la estancia de baldosas marrones de la casa de Lian, las Sabias, que estaban hablando, enmudecieron al verlo.

—Te mostraré tu habitación —dijo Amys—. Los demás ya están en las suyas.

—Gracias. —Echó una ojeada hacia atrás, a la puerta, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Amys, ¿le habéis dicho a Aviendha que se disculpe conmigo por lo de la comida?

—No. ¿Lo ha hecho? —Sus azules ojos se quedaron pensativos un instante; a Rand le pareció que Bair contenía una sonrisa—. Jamás le habría ordenado algo así, Rand al'Thor. Una disculpa forzada no es una disculpa.

—Lo único que se le dijo fue que sacudiera alfombras hasta que sudara un poco de mal genio —comentó Bair—. Cualquier otra cosa ha salido de ella misma.

—Y no con la esperanza de escapar a su tarea —añadió Seana—. Tiene que aprender a controlar la cólera. Una Sabia ha de tener controladas sus emociones, no a la inversa. —Con una ligera sonrisa, lanzó una mirada de soslayo a Melaine. La mujer rubia apretó los labios y aspiró con fuerza por la nariz.

Estaban intentando convencerlo de que Aviendha iba a ser una compañía maravillosa de ahora en adelante. ¿Es que pensaban que estaba ciego?

—Debo deciros que lo sé. Lo de ella. Me refiero a que le habéis mandado que esté conmigo para que me espíe.

—No sabes tanto como crees —repuso Amys. Igual que una Aes Sedai, palabras ambiguas que guardaban significados ocultos que pretendía mantener en secreto para él.

Melaine se ajustó el chal mientras lo miraba de arriba abajo, como evaluándolo. Rand sabía algo sobre Aes Sedai; si esta mujer fuera una de ellas, pertenecería al Ajah Verde.

—He de admitir —dijo la Sabia—, que al principio pensamos que no verías más que una joven bonita, y tú eres lo bastante apuesto para que ella hubiera encontrado tu compañía más placentera que la nuestra. No contábamos con su lengua. Ni con otras cosas.

—Entonces ¿por qué estáis tan ansiosas de que siga conmigo? —En su voz hubo más indignación de lo que hubiera querido—. No podéis pensar que le revelaré nada que no quiera que sepáis.

—¿Y por qué la dejas que se quede? —inquirió lentamente Amys—. Si rehusaras su compañía, ¿cómo íbamos a obligarte a aceptarla?

—Al menos así sé quién es la espía. —Tener a Aviendha controlada debía de ser mucho mejor que estar preguntándose cuál de los Aiel lo estaba vigilando. Sin la joven, seguramente acabaría sospechando incluso que el comentario más fortuito de Rhuarc fuera un intento de sonsacarlo. Claro que, mirándolo bien, no había manera de estar seguro de que no lo fuera. Rhuarc estaba casado con una de estas mujeres, las

Sabias. De repente se alegró de no haber hecho más confidencias al jefe de clan. Y también le entristeció haberlo considerado. ¿Por qué habría dado por hecho que los Aiel eran menos retorcidos que los Grandes Señores tearianos?—. Me parece bien dejarla donde está.

—Entonces nos parece bien a todos —dijo Bair.

Rand observó a la acartonada mujer con cautela. En su voz había advertido cierta inflexión, como si supiera algo que él ignoraba.

—No descubrirá lo que queréis.

—¿Lo que queremos? —espetó Melaine; su largo cabello se meció al sacudir la cabeza—. La profecía anuncia que sólo una parte de una parte se salvará. Lo que queremos, Rand al'Thor, *Car'a'carn*, es salvar a cuantos podamos de los nuestros. A pesar de tu linaje, de tus rasgos, no hay en ti sentimiento alguno hacia nosotros. Haré que reconozcas nuestra sangre como la tuya aunque para ello tenga que poner…

—Creo —la interrumpió suavemente Amys— que le gustará ver su cuarto ahora. Parece cansado. —Dio una seca palmada, y una esbelta *gai'shain* apareció—. Muestra a este hombre la habitación que se ha preparado para él. Y llévale todo lo que necesite.

Dejándolo plantado en medio de la estancia, las Sabias se encaminaron hacia la puerta; Bair y Seana asestaron a Melaine una mirada tan dura como la que habrían lanzado las componentes del Círculo de Mujeres a alguien a quien tuvieran intención de pedirle cuentas sin muchos miramientos. Melaine hizo caso omiso y, cuando la puerta se cerraba tras ellas, iba murmurando algo sobre «hablar seriamente con esa necia chica».

¿Con qué chica? ¿Con Aviendha? Pero si ya estaba haciendo lo que querían. ¿Se referiría a Egwene? Sabía que estaba estudiando algo con las Sabias. ¿Y qué estaba dispuesta a «poner» Melaine a fin de hacerle que «reconociera su sangre como suya»? ¿Cómo era posible que poniendo algo él decidiera que era Aiel? «¿Poner una trampa, quizá? ¡Estúpido! No lo diría a las claras si fuera ésa su intención. ¿Qué otras cosas se pueden poner? Huevos, en el caso de las gallinas», pensó, riendo suavemente. Estaba cansado. Demasiado para plantearse interrogantes ahora, después de pasar doce días y parte de un decimotercero sobre un caballo, aguantando un calor de justicia; no quería pensar cómo se sentiría si hubiera tenido que recorrer esa misma distancia a pie y al mismo paso. Aviendha debía de tener las piernas de duro acero. Oh, cómo deseaba tenderse en una cama.

La *gai'shain* era bonita a pesar de la fina cicatriz que arrancaba encima de uno de sus ojos, de color azul claro, hasta la raíz del cabello, tan pálido que casi parecía plateado. Otra Doncella, sólo que no lo era de momento.

—¿Queréis seguirme, por favor? —musitó, bajando los ojos.

El dormitorio no era exactamente lo que en el resto del mundo se entendía como

tal. Y, naturalmente, la «cama» consistía en un grueso jergón extendido sobre una pila de alfombrillas de brillantes colores. La *gai'shain* —se llamada Chion— se quedó estupefacta cuando le pidió agua para lavarse, pero Rand estaba harto de baños de vapor. Apostaría a que Moraine y Egwene no habían tenido que sentarse en una tienda llena de vapor para poder estar limpias. A pesar de su reacción casi escandalizada, Chion le llevó agua caliente en un cántaro marrón que utilizaban para regar el huerto, y un gran cuenco blanco a guisa de palangana. Rand la echó sin demasiadas contemplaciones cuando se ofreció a lavarlo ella. ¡Qué gente tan extraña, todos ellos!

El cuarto no tenía ventanas y estaba iluminado por lámparas de plata colgadas de unos soportes en las paredes, pero sabía que fuera aún no podía haber oscurecido cuando terminó de asearse. Le daba igual. Sólo dos mantas en el jergón, y ninguna de ellas gruesa. Sin duda, otra muestra de la reciedumbre Aiel. Recordando las frías noches pasadas en la tienda, volvió a vestirse, excepto la chaqueta y las botas, antes de apagar las lámparas y meterse bajo las mantas en medio de una oscuridad absoluta.

A pesar de su cansancio, no podía dejar de rebullir y pensar. ¿Qué era lo que pensaba poner Melaine? ¿Por qué a las Sabias no les importaba que supiera que Aviendha era su espía? Aviendha. Una hermosa mujer, aunque más arisca que una mula con los cascos magullados por las piedras. Su respiración se hizo más profunda y regular, y sus pensamientos se tornaron imprecisos. Un mes. Demasiado tiempo. Ninguna opción. Honor. Isendre sonriendo. Kadere observando. Trampa. Poner una trampa. ¿La trampa de quién? ¿Qué trampa? Trampas. Si pudiera confiar en Moraine. Perrin. Casa. Seguramente Perrin estaría nadando en…

Con los ojos cerrados, Rand braceó en el agua. Agradablemente fresca. Y tan húmeda. Era como si hasta ahora no se hubiera dado cuenta de lo grato que era estar mojado. Alzó la cabeza y miró en derredor a los sauces que crecían a un lado del estanque y al gran roble que había en el otro, extendiendo sus gruesas y umbrosas ramas sobre el agua. El Bosque de las Aguas. Era agradable estar en casa. Tenía la sensación de haber estado fuera; dónde, no estaba muy claro, pero tampoco importaba. En Colina del Vigía. Sí. Nunca había llegado más lejos. Fresco y mojado. Y solo.

De repente, dos cuerpos saltaron al agua con las rodillas pegadas al pecho y al caer levantaron grandes salpicaduras que lo cegaron. Se sacudió el agua de los ojos y se encontró con Elayne y Min sonriéndole, una a cada lado, asomando sólo sus cabezas por encima de la superficie verde pálido. Dos brazadas lo habrían llevado hasta cualquiera de las dos mujeres. Apartándolo de la otra. No podía amarlas a ambas. ¿Amar? ¿Por qué le había venido esa palabra a la cabeza?

—No sabes a quién amas.

Giró sobre sí mismo, chapoteando. Aviendha estaba en la orilla, pero vestida con el *cadin'sor*, no con falda y blusa. Tampoco observándolo con ferocidad. Sólo mirándolo.

—Ven al agua —le dijo—. Te enseñaré a nadar.

Una risa musical lo hizo volver la cabeza hacia la otra orilla. La mujer que estaba allí, sin que nada cubriera su pálida desnudez, era la más hermosa que había visto en su vida, con grandes ojos oscuros que con sólo mirarlos hacían que le diera vueltas la cabeza. Tenía la impresión de que la conocía.

—¿Debo permitirte que me seas infiel aunque sólo sea en tus sueños? —dijo ella. De algún modo, Rand supo con certeza que Elayne, Min y Aviendha ya no estaban allí. Esto empezaba a ser muy raro.

Durante unos largos instante, la mujer lo contempló, inconsciente por completo de su desnudez. Lentamente, se puso de puntillas, echó los brazos hacia atrás, y se zambulló de cabeza en el estanque. Cuando salió a la superficie, su brillante cabello negro no estaba mojado. Aquello lo sorprendió durante un fugaz momento. Después llegó junto a él —¿había nadado o simplemente apareció allí?— y lo ciñó con brazos y piernas. El agua estaba fría; su carne, ardiente.

—No puedes huir de mí —musitó. Aquellos oscuros ojos parecían mucho más profundos que el estanque—. Te haré disfrutar de tal modo que no puedas olvidarlo, dormido o despierto.

¿Dormido o…? Todo ondeó y se tornó borroso. Ella se estrechó más contra él y el entorno dejó de ser borroso, recuperando su cristalina precisión. Todo volvía a ser igual que antes: los juncos llenando un extremo del estanque; al otro, los robles y los pinos creciendo casi al mismo borde del agua.

—Te conozco —dijo lentamente Rand. Tenía que conocerla o no dejaría que le estuviera haciendo esto—. Pero no… Esto no está bien. —Intentó soltarse, pero nada más retirarle un brazo ella volvía a ceñirlo a su cuerpo.

—He de marcarte. —Había un deje fiero en la voz de la mujer—. Primero, esa insulsa y empalagosa Ilyena, y ahora… ¿Cuántas mujeres albergas en tus pensamientos?

De repente, sus pequeños dientes se hundieron en su cuello. Rand soltó un grito y la apartó rudamente. Se llevó la mano al cuello. Le había desgarrado la piel; estaba sangrando.

—¿Es así como te diviertes cuando me pregunto adónde has ido? —dijo, desdeñosamente, una voz masculina—. ¿Por qué voy a reprimirme en nada si tú arriesgas de este modo nuestro plan?

De forma repentina, la mujer estuvo de nuevo en la orilla, vestida con un atuendo blanco, la estrecha cintura ajustada por un ceñidor tejido con plata, y el negro cabello adornado con estrellas y medias lunas plateadas. El suelo se elevaba ligeramente tras

ella hasta un bosquecillo de fresnos, en un suave montículo. No recordaba haber visto fresnos antes. La mujer estaba plantada ante un… un borrón impreciso. Un manchón denso, gris, del tamaño de un hombre, que flotaba en el aire. Todo esto era… malo, de algún modo.

—¿Arriesgar? —se mofó ella—. Tienes tanto miedo al riesgo como Moghedien, ¿verdad? Preferirías actuar sigilosamente, como hace la Araña. Si no te hubiera sacado de tu agujero seguirías agazapado, esperando robar algunas migajas.

—Si eres incapaz de controlar tus… apetitos —dijo la mancha borrosa con voz de hombre—, ¿por qué voy a asociarme contigo? Si he de correr riesgos, quiero una recompensa mayor que la de tirar de las cuerdas de una marioneta.

—¿Qué quieres decir? —replicó ella amenazadoramente.

La mancha titiló; de algún modo, Rand lo interpretó como una vacilación, la inquietud de haber hablado más de la cuenta. Y entonces, de repente, la mancha borrosa desapareció. La mujer lo miró —Rand seguía metido en el estanque, sumergido hasta el cuello—, apretó los labios en un gesto de irritación y se desvaneció.

Se despertó sobresaltado y permaneció inmóvil, contemplando la oscuridad. Un sueño. Pero ¿un sueño normal o algo más? Sacó una mano de debajo de las mantas y se tanteó el lado del cuello; notó marcas de dientes y un hilillo de sangre. Fuera la clase de sueño que fuera, la mujer había estado en él. Lanfear. Él no la había *soñado*. Y ese otro, un hombre. Una fría sonrisa curvó sus labios. «Trampas por doquier. Lazos tendidos para unos pies incautos. He de tener cuidado con dónde piso ahora.» Tantas trampas. Todo el mundo estaba tendiéndolas.

Soltó una queda risa y se giró para dormirse de nuevo. De pronto se quedó paralizado, conteniendo la respiración. No estaba solo en el cuarto. «Lanfear.»

Frenéticamente, buscó el contacto con la Fuente Verdadera. Por un breve instante temió que el propio miedo lo hiciera fracasar. Entonces se sintió flotar en la fría calma del vacío, henchido por el impetuoso río del Poder. Se incorporó de un salto a la par que encauzaba. Las lámparas se prendieron de golpe.

Aviendha estaba sentada, cruzada de piernas, junto a la puerta, boquiabierta y mirando alternativamente, con los ojos desorbitados, las lámparas y las ataduras para ella invisibles que la envolvían por completo. No podía mover siquiera la cabeza; Rand había esperado encontrar a alguien de pie, y el tejido inmovilizador se extendía muy por encima de la Aiel. Soltó inmediatamente los flujos de Aire.

Aviendha se puso de pie atropelladamente, a punto de perder el chal en su precipitación.

—No…, no creo que llegue a acostumbrarme a… —Señaló las lámparas—. En un hombre.

—Ya me has visto encauzar el Poder con anterioridad. —La ira rezumaba a través de la superficie del vacío que lo rodeaba. Mira que colarse a hurtadillas en su cuarto aprovechando la oscuridad, dándole un susto de muerte. Tenía suerte de que no le hubiera hecho daño, matándola por accidente—. Harás bien en acostumbrarte. Soy El que Viene con el Alba, quieras o no admitirlo.

—Eso no es parte…

—¿Por qué estás aquí? —la interrumpió fríamente.

—Las Sabias hacen turnos velando por tu seguridad desde fuera. Pretendían seguir haciéndolo desde… —Dejó la frase sin terminar, y el rubor le tiñó las mejillas.

—¿Desde dónde? —La joven siguió mirándolo, sin responder, mientras el sonrojo aumentaba hasta adquirir un tono carmesí—. Aviendha, ¿desde dón…? —Caminantes de sueños. Claro, ¿cómo no se le había ocurrido?—. Desde dentro de mis sueños —espetó duramente—. ¿Cuánto tiempo llevan espiando dentro de mi cabeza?

La joven soltó un hondo y prolongado suspiro.

—Se suponía que no debía contártelo. Si Bair se entera… Seana dijo que esta noche era muy peligroso. No lo entiendo. Soy incapaz de entrar en el sueño sin la ayuda de una de ellas. Lo único que sé es que había algo peligroso esta noche, y por eso están haciendo turnos a la puerta de este techo. Todas están muy preocupadas.

—Todavía no has contestado mi pregunta.

—Ignoro por qué estoy aquí —murmuró—. Si necesitas protección… —Echó un vistazo al cuchillo corto que llevaba en el cinturón y rozó la empuñadura. El brazalete de marfil pareció despertar su irritación; se cruzó de brazos de manera que el aderezo quedó bajo su axila—. No podría protegerme muy bien con un cuchillo tan pequeño, y Bair dice que si vuelvo a coger una lanza sin que nadie me esté atacando utilizará mi piel para hacerse un odre. Para empezar, no sé por qué he de pasar la noche en vela para protegerte. Por tu culpa estuve sacudiendo alfombras hasta hace menos de una hora. ¡A la luz de la luna!

—No era eso lo que te he preguntado. ¿Desde cuándo…? —Enmudeció bruscamente. Había algo en el aire, una sensación inquietante. De maldad. Podrían ser imaginaciones suyas, retazos del sueño. Quizá.

Aviendha dio un respingo cuando la espada llameante cobró vida en sus manos, la hoja ligeramente curva marcada con la garza. Lanfear lo había acusado de utilizar sólo una décima parte de su potencial, pero hasta esa décima parte era producto de suposiciones y manipulación torpe. *Desconocía* incluso esa décima parte de lo que podía hacer. Por el contrario, sí sabía usar la espada.

—Ponte detrás de mí. —Percibió sólo por encima que la joven desenvainaba el cuchillo mientras él salía del cuarto descalzo, sin hacer ruido gracias a las alfombras. Curiosamente, la temperatura no era más fría que cuando se había acostado. Quizá las paredes de piedra conservaban el calor, ya que cuanto más avanzaba más aumentaba

el frío.

A esta hora, hasta los *gai'shain* debían de haberse acostado. Los pasillos y las habitaciones estaban vacíos y silenciosos, la mayoría escasamente iluminados por las espaciadas lámparas que todavía ardían. Aquí, donde unas lámparas apagadas significaba una total oscuridad en pleno día, siempre se dejaban algunas encendidas. La sensación seguía siendo vaga, pero no desaparecía. Maldad.

Se paró en seco, bajo el amplio vano del arco que daba a la estancia de baldosas marrones de la entrada. Una lámpara de plata prendida en cada extremo de la habitación proporcionaban una tenue luz. En medio del cuarto había un hombre alto de pie, con la cabeza inclinada sobre la mujer que abrazaba, y a la que había envuelto en su negra capa; la cabeza de ella se echó hacia atrás, y la blanca capucha cayó mientras él hundía el rostro en su cuello. Chion tenía los ojos casi cerrados y en su boca había una sonrisa extasiada. Una sensación de embarazo se deslizó a través de la superficie del vacío. Entonces el hombre levantó la cabeza.

Unos ojos negros se clavaron en Rand, excesivamente grandes en aquel rostro lívido, consumido; la boca fruncida, de labios enrojecidos, se abrió en una parodia de sonrisa que dejó a la vista unos dientes afilados. Chion se desplomó en el suelo cuando la negra capa se abrió y se extendió en unas anchas alas semejantes a las de un murciélago. El Draghkar pasó sobre la mujer tendiendo las manos horrendamente lívidas hacia Rand; los largos y delgados dedos estaban rematados con garras. Empero, el peligro no estaba en las garras ni en los dientes. Era el beso del Draghkar lo que mataba y algo peor.

Su canto hipnótico y arrullador se aferró estrechamente en torno al vacío. Aquellas alas, oscuras y correosas, se movieron para envolverlo mientras el monstruo se le acercaba. Un fugaz destello de estupefacción asomó a los enormes ojos del Draghkar antes de que la espada forjada con el Poder hendiera su cráneo hasta el puente de la nariz.

Una hoja de acero se habría atascado, pero la cuchilla de fuego salió fácilmente mientras el monstruo caía. Rand contempló a la criatura tendida a sus pies desde el corazón del vacío. Aquella canción. De no haber estado aislado de emociones, manteniéndose distante y desapasionado, esa canción lo habría engatusado, apoderándose de su mente. Indudablemente, el Draghkar creía que lo había hecho cuando él se aproximó tan de buena gana.

Aviendha pasó a su lado corriendo y puso una rodilla en el suelo junto a Chion; buscó el pulso de la *gai'shain* en el cuello.

—Está muerta —dijo mientras acababa de cerrar los párpados entreabiertos de la mujer—. Tal vez sea lo mejor. Los Draghkar absorben el espíritu antes de consumir la vida. ¡Un Draghkar! ¡Aquí! —Todavía agachada, le asestó una mirada feroz—. Trollocs en Estancia Imre y ahora un Draghkar aquí. Has traído malos tiempos a la

Tierra de los Tres… —Soltó un grito y se arrojó de bruces sobre Chion al verlo enarbolar la espada.

Una barra de fuego sólido que salió de la cuchilla pasó silbando por encima de la Aiel y ensartó el pecho del Draghkar que acababa de aparecer en el umbral de la puerta principal. Estallando en llamas, el Engendro de la Sombra reculó trastabillando y lanzando aullidos; llegó hasta el camino dando traspiés a la par que batía las alas prendidas.

—Despierta a todo el mundo —ordenó sosegadamente Rand. ¿Habría presentado resistencia Chion? ¿Cuánto tiempo la habría sostenido su honor? Daba igual. Los Draghkar morían con más facilidad que los Myrddraal, pero, a su modo, eran más peligrosos—. Si sabes cómo hacerlo, da la alarma.

—El gong que hay junto a la puerta…

—Yo me encargaré. Despiértalos. Puede que haya más que esos dos.

Aviendha asintió y regresó corriendo hacia el interior de la casa al tiempo que gritaba:

—¡A las lanzas! ¡Despertad y a las lanzas!

Rand salió al exterior cautelosamente, presta la espada, el Poder hinchiéndolo, enardeciéndolo. Asqueándolo. Quería reír, vomitar. La noche era gélida, pero apenas era consciente del frío.

El Draghkar prendido fuego yacía despatarrado en el huerto de la terraza, apestando a carne quemada, sumando la luz de las bajas llamas al resplandor de la luna. En el camino, un poco más abajo, estaba tirada Seana, con el largo cabello gris extendido como un abanico, mirando sin ver el cielo con los ojos fijos, muy abiertos. El cuchillo del cinturón yacía a su lado, pero no había tenido ninguna posibilidad de defensa contra un Draghkar.

En el momento en que Rand cogía el mazo forrado de cuero que estaba colgado junto al gong, estalló un pandemónium en la boca del cañón de gritos humanos y aullidos trollocs, del estruendo metálico de armas chocando entre sí, de chillidos. Golpeó con fuerza el gong y el profundo toque levantó ecos en las paredes de la garganta; casi de inmediato sonó otro gong, y a continuación se sumaron más y el clamor de docenas de gargantas gritando:

—¡A las lanzas!

En el fondo del cañón resonaron gritos confusos en torno a la caravana de los buhoneros. Aparecieron rectángulos de luz al abrirse puertas en los carromatos cuadrados que destacaban blancos a la luz de la luna. Alguien, una mujer, chillaba enfurecida allá abajo, pero Rand no distinguió quién era.

Sobre su cabeza sonó el batir de alas y Rand, gruñendo ferozmente, levantó la incandescente espada; el Poder Único ardía dentro de él y en la hoja del arma crepitó el fuego. El Draghkar cernido explotó en pedazos candentes que se precipitaron al

oscuro fondo del cañón.

—Toma —dijo Rhuarc. Los ojos del jefe de clan brillaban duramente por encima del negro velo; estaba completamente vestido y empuñaba lanzas y adarga. Detrás de él venía Mat, sin chaqueta y con la cabeza descubierta, la camisa metida a medias en los calzones, parpadeando por el desconcierto y sosteniendo el negro astil de la pica con las dos manos.

Rand cogió el *shoufa* que le tendía Rhuarc, pero lo dejó caer. Una figura con alas de murciélago cruzó volando bajo la luna y a continuación se zambulló en picado en el extremo opuesto del cañón, para desaparecer en las sombras.

—Vienen a por mí, así que dejemos que me vean la cara —dijo. El Poder lo hinchió; la espada que sostenía en las manos irradió con tal intensidad que semejó un sol en miniatura, iluminándolo—. No darán conmigo si no saben dónde estoy. —Riendo porque no podían entender la chanza, echó a correr hacia el estruendo de la batalla.

Mat sacó de un tirón la lanza hincada en el hocico jetudo de un trolloc y se agazapó al tiempo que escudriñaba la oscuridad de la boca del cañón apenas iluminada por la luna, buscando otro. «¡Así te consuma la Luz, Rand! —Ninguna de las figuras que se movían era lo bastante grande para ser un trolloc—. ¡Siempre me estás metiendo en estos jodidos líos!» Los heridos exhalaban quedos gemidos. Una figura oscura que le pareció Moraine se arrodilló junto a un Aiel caído. Las bolas ígneas que arrojaba la Aes Sedai eran impresionantes, casi tanto como esa espada de Rand que escupía barras de fuego. El arma seguía brillando, de modo que su amigo estaba rodeado por un círculo de luz. «Lo que tendría que haber hecho era quedarme entre las mantas. Hace un frío de mil demonios y nada de esto me incumbe.» Se acercaron más mujeres Aiel, vestidas con faldas, para prestar ayuda a los heridos. Algunas de ellas llevaban lanzas; seguramente no combatían de manera habitual, pero puesto que la batalla había estallado en el dominio no estaban dispuestas a quedarse cruzadas de brazos.

Una Doncella se detuvo junto a él, con el velo bajado, pero las sombras le impidieron verle el rostro.

—Danzas bien con tu lanza, jugador. Malos tiempos éstos, si los trollocs atacan Peñas Frías. —Echó un vistazo a la figura que Mat suponía era Moraine—. Se habrían abierto paso al interior del cañón de no ser por la Aes Sedai.

—No eran bastantes para lograr esa empresa —repuso sin pensar—. Su acción tenía por objeto desviar la atención hacia aquí. —«¿Y que así los Draghkar tuvieran expedito el camino para llegar hasta Rand?»

—Sí, creo que tienes razón —admitió lentamente la Doncella—. ¿Eres un líder en estrategias de batalla entre los hombres de las tierras húmedas?

Mat se maldijo para sus adentros por no mantener cerrada la boca.

—No. Una vez leí un libro de tácticas de guerra —repuso mientras se alejaba. «Condenados fragmentos de los recuerdos de otros hombres.» Tal vez los buhoneros estuvieran dispuestos a marcharse después de lo ocurrido.

Cuando se detuvo junto a las carretas, sin embargo, ni a Keille ni a Kadere se los veía por ningún sitio. Los carreteros estaban apiñados en un grupo y se pasaban jarros de algo que olía como el excelente brandy que habían estado vendiendo mientras mascullaban tan alterados como si en realidad los trollocs se hubieran acercado a su posición. Isendre se encontraba en lo alto de la escalerilla del carromato de Kadere, mirando ceñuda al vacío. Hasta con las cejas fruncidas estaba hermosa. Mat se alegró de que al menos sus recuerdos de mujeres fueran los suyos propios.

—Los trollocs están muertos —le dijo a la mujer, apoyándose en la lanza para estar seguro de que ella reparaba en el arma. «Sería absurdo arriesgarme a que me partan la crisma si no saco algo provechoso de ello.» Empero, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para dar la impresión de estar cansado—. Ha sido un combate duro, pero ahora estáis a salvo.

Isendre bajó la mirada hacia él, con el rostro impasible y los ojos relucientes bajo la luz de la luna como dos trozos de azabache. Sin decir una palabra se dio media vuelta y entró en el carromato cerrando la puerta tras de sí. Con un golpazo.

Mat soltó un largo suspiro decepcionado y se alejó de las carretas. ¿Qué había que hacer para impresionar a esta mujer? Lo que deseaba ahora mismo era una cama en la que tumbarse. Volver a meterse entre las mantas y que Rand se ocupara de los malditos trollocs y los condenados Draghkar. Parecía que *disfrutaba* haciéndolo, con esa forma de reír.

Rand estaba subiendo por la pared del cañón con el brillo de esa espada rodeándolo como una lámpara en medio de la noche. Aviendha apareció y corrió a su encuentro con la falda remangada más arriba de las rodillas; entonces se paró. Se soltó la falda, arregló los pliegues y echó a andar al lado de Rand mientras se cubría la cabeza con el chal. Él no dio señales de advertir su presencia; el semblante de la Aiel estaba tan impasible como un pedazo de roca. Eran tal para cual.

—Rand —llamó una sombra que corría, con la voz de Moraine, casi tan melodiosa como la de Keille, pero fría. Rand se volvió y esperó, y la mujer frenó la carrera antes de que se la viera claramente al entrar en el círculo de luz que no habría desmerecido en ningún palacio—. La situación se está volviendo cada vez más peligrosa, Rand. El ataque a Estancia Imre podría haber estado dirigido a los Aiel. No era muy probable, pero cabía esa posibilidad. Sin embargo, esta noche los Draghkar iban por ti sin lugar a dudas.

—Lo sé. —Así, sin más, tan tranquilo como ella pero con más frialdad.

Moraine apretó los labios; sus manos caían demasiado inmóviles a los costados. Evidentemente, no estaba muy contenta.

—Forzar las cosas para que se cumpla una profecía puede resultar extremadamente peligroso. ¿No aprendiste eso en Tear? El Entramado se teje a tu alrededor, pero cuando tratas de tejerlo ni siquiera tú puedes dominarlo. Si fuerzas demasiado el Entramado, aumentará la presión y puede estallar en pedazos. ¿Quién sabe cuánto tardará en estabilizarse para centrarse de nuevo en ti o qué ocurrirá mientras tanto?

—Una explicación tan clara como todas las vuestras —repuso Rand, cortante—. ¿Qué queréis, Moraine? Es tarde y estoy cansado.

—Quiero que confíes en mí. ¿O es que piensas que ya sabes todo lo que hay que saber apenas un año después de que salieras de tu aldea?

—No, aún no lo sé todo. —Ahora su voz tenía un timbre divertido; a veces, Mat dudaba que estuviera tan cuerdo como aparentaba—. ¿Queréis que confíe en vos, Moraine? De acuerdo. Vuestros Tres Juramentos os impiden mentir. Decid lisa y llanamente que, os cuente lo que os cuente, no intentaréis detenerme, que no me pondréis ningún tipo de impedimento. Decid que no trataréis de utilizarme para los fines de la Torre. Decidlo sin sutilezas equívocas para que así sepa que es verdad.

—No haré nada que obstaculice el cumplimiento de tu destino. He dedicado mi vida a ello. Pero no prometeré quedarme de brazos cruzados viendo cómo pones la cabeza en el tajo del verdugo.

—No es suficiente, Moraine. No es suficiente. No obstante, aunque pudiera confiar en vos, tampoco lo haría aquí. La noche tiene oídos. —Había gente moviéndose por doquier en la oscuridad, si bien no había nadie tan cerca como para escucharlos—. Hasta los sueños tienen oídos.

Aviendha tiró del chal para echárselo más sobre la cara; por lo visto, hasta una Aiel era sensible al frío. Rhuarc entró en el círculo de luz, con el negro velo colgando por un extremo.

—Los trollocs era una maniobra de distracción para los Draghkar, Rand al'Thor. Demasiado pocos para tratarse de otra cosa. Creo que el objetivo de los Draghkar eras tú. El Marchitador de las Hojas te quiere muerto.

—El peligro aumenta —repitió quedamente Moraine.

El jefe de clan la miró de soslayo antes de proseguir:

—Moraine Sedai tiene razón. Habiendo fracasado los Draghkar, me temo que los próximos serán los Sin Alma, lo que vosotros llamáis Hombres Grises. Quiero ponerte una guardia personal de continuo. Por alguna razón, las Doncellas se han ofrecido voluntarias para esta tarea.

El frío debía de estar afectando a Aviendha, que tenía los hombros encorvados y se había cruzado de brazos ciñéndose prietamente.

—Si ellas quieren, de acuerdo —dijo Rand. Bajo aquel aire de profunda frialdad se advirtió un atisbo de incomodidad. Mat no lo culpaba; él no volvería a ponerse en

manos de las Doncellas ni por toda la seda de los barcos de los Marinos.

—Vigilarán mejor que cualquier otro grupo —aseguró Rhuarc— al haber pedido encargarse de este cometido. Empero, no tengo intención de dejarlo sólo en sus manos. Tendré en guardia a todo el mundo. Tengo la corazonada de que los siguientes serán los Sin Alma, pero eso no significa que no haya algo más, como por ejemplo diez mil trollocs en lugar de unos pocos centenares.

—¿Qué hay de los Shaido? —Mat habría querido morderse la lengua cuando todos lo miraron. A lo mejor no se habían dado cuenta de que estaba allí hasta este momento. Sin embargo, ya que había hablado, tanto daba si exponía el resto de su idea—. Sé que no les tienes simpatía; pero, si realmente piensas, Rhuarc, que puede haber un ataque más numeroso, ¿no sería mejor tenerlos aquí dentro que fuera?

El jefe de clan gruñó; tratándose de él, eso equivalía a un juramento malsonante en cualquier otro hombre.

—No metería en Peñas Frías a casi un millar de Shaido aunque fuera el mismísimo Arrasador de la Hierba el que viniera hacia aquí. En cualquier caso, no podría hacerlo. Couladin y los Shaido recogieron las tiendas al caer la noche. Se han ido y ¡en buena hora! Envié corredores para estar seguro de que salían de territorio Taardad sin llevarse unas cuantas cabras u ovejas con ellos.

La espada desapareció en las manos de Rand y la repentina ausencia de luz fue como quedarse ciego. Mat apretó los párpados con fuerza para adaptarse antes al cambio, pero cuando volvió a abrir los ojos el entorno estaba en penumbra a pesar de la luz de la luna.

—¿Hacia dónde se fueron? —preguntó Rand.

—Al norte —respondió Rhuarc—. Obviamente Couladin se propone salirle al paso a Sevanna, en su camino hacia Alcair Dal, para ponerla en tu contra. Y tal vez lo consiga. La única razón por la que puso su corona nupcial a los pies de Suladric en lugar de los de él fue que deseaba desposarse con un jefe de clan. Pero ya te dije que debías esperar conflictos por parte de ella. A Sevanna la encanta causar problemas. Tampoco es que importe demasiado. Si los Shaido no te siguen, no será una gran pérdida.

—Pienso ir a Alcair Dal. Ahora —manifestó firmemente Rand—. Me disculparé con cualquier jefe que se sienta deshonrado por llegar tarde, pero no estoy dispuesto a que Couladin esté allí antes que yo más tiempo del estrictamente imprescindible. No se conformará con poner en mi contra a Sevanna, Rhuarc. Darle todo un mes para sus manejos es un lujo que no puedo permitirme.

—Quizá tengas razón —admitió el jefe de clan al cabo de un momento—. Traes el cambio contigo, Rand al'Thor. Al alba, entonces. Escogeré a diez Escudos Rojos como mi guardia de honor, y las Doncellas serán la tuya.

—Cuando apunte el día, pienso partir con todo aquel que pueda empuñar una

lanza o disparar un arco, Rhuarc.

—La costumbre…

—No hay costumbres en las que se me incluya, Rhuarc. —Se podrían haber quebrado piedras con la voz de Rand o crear una capa de escarcha sobre un vino—. He de instaurar costumbres nuevas. —Soltó una áspera risotada. Aviendha estaba conmocionada, e incluso Rhuarc parpadeó, estupefacto. Sólo Moraine se mantuvo impasible, con aquella mirada especulativa en los oscuros ojos—. Convendría que alguien avisara a los buhoneros —continuó Rand—. No querrán perderse la feria, pero si no hacen que esos tipos dejen de beber, estarán demasiado borrachos para conducir las carretas. ¿Y tú qué dices, Mat? ¿Piensas venir?

Indiscutiblemente, no iba a permitir que los buhoneros partieran sin él ya que eran el único medio que tenía para salir del Yermo.

—Oh, cuenta con ello, Rand. Estoy contigo. —Lo peor de todo fue la sensación de que decir aquello era ser consecuente. «¡El maldito *ta'veren* tirando de mí! ¿Cómo se las ingenió Perrin para librarse de ello? ¡Luz, cómo me gustaría estar con él ahora!»—. Supongo que lo estoy.

Cargándose la lanza al hombro echó a andar camino arriba, hacia la parte alta de la pared del cañón. Todavía había tiempo para echar un sueñecito al menos. A su espalda sonó la queda risita de Rand.

51



Revelaciones en Tanchico

Elayne movió torpemente los dos finos palitos lacados en rojo intentando colocarlos correctamente entre sus dedos. «Son *sursa*, no palitos —se recordó—. Una manera estúpida de comer, los llamen como los llamen.»

Al otro lado de la mesa, en la sala La Caída de las Flores, Egeanin miraba ceñuda sus propios *sursa*, uno en cada mano, enhiestos como si fueran pinchos. Nynaeve sostenía los suyos del modo que les había enseñado Rendra, pero hasta el momento todo lo que había conseguido llevarse a la boca era un trocito de carne y unos pedacitos de pimientos troceados; sus ojos denotaban una firme determinación. Sobre la mesa había numerosos cuencos pequeños, cada uno de ellos lleno de finos trozos de carne y vegetales, algunos con salsas de distinto color. Elayne pensó que podrían tardar el resto del día en terminar esta comida. Dirigió una agradecida mirada a la posadera cuando la mujer se inclinó sobre su hombro para colocarle los *sursa* adecuadamente.

—Vuestro país está en guerra con Arad Doman —dijo Egeanin en un tono que sonaba enfadado—. ¿Por qué entonces servís platos de vuestros enemigos?

Rendra se encogió de hombros a la par que hacía un mohín bajo el velo; hoy llevaba uno de un tono rojo muy pálido, y cuentas del mismo color entretejidas con las finas trenzas, que creaban un suave repiqueteo al chocar entre sí cada vez que movía la cabeza.

—Es la última moda. Empezó hace cuatro días, en el Jardín de las Brisas Plateadas, y ahora casi todos los clientes piden los platos domani. Creo que quizá se deba a que, puesto que no podemos conquistarlos a ellos, al menos sí nos apropiamos de su estilo de comida. A lo mejor en Bandar Eban comen cordero con salsa dulce y manzanas glaseadas, ¿no os parece? Dentro de otros cuatro días será otra cosa. Hoy en día la moda cambia rápidamente, y si alguien azuza al populacho contra esto… —Volvió a encogerse de hombros.

—¿Creéis que habrá más disturbios? —preguntó Elayne—. ¿Por el tipo de

comida que se sirve en las posadas?

—Los ánimos están exaltados en las calles —repuso Rendra al tiempo que extendía las manos en una actitud fatalista—. ¿Quién sabe qué hará que se encienda de nuevo la chispa? El tumulto de anteayer fue motivado por un rumor de que Maracru se había pronunciado a favor del Dragón Renacido o que había caído en manos de los seguidores del Dragón o de los rebeldes; lo mismo daba que fuera por una cosa o por otra. Pero ¿acaso se puso el populacho en contra de las gentes de Maracru? No. Se desmandaron en las calles, sacaron a rastras a las personas que iban en carruajes y después prendieron fuego a la Gran Cámara de la Asamblea. Tal vez llegue la noticia de que el ejército ha ganado una batalla, o la ha perdido, y el populacho se levante contra aquellos que sirven platos domani. O puede que incendie almacenes en los muelles de Calpen. ¿Quién sabe?

—Una total anarquía —rezongó Egeanin, que cogió firmemente los *sursa* con la mano derecha. A juzgar por la expresión de su semblante, habríase dicho que eran dagas que pensaba utilizar para ensartar el contenido de los cuencos. Un trocito de carne escapó de los *sursa* de Nynaeve cuando estaba a un par de centímetros de su boca; gruñendo, lo recogió con brusquedad de su regazo y limpió la falda de seda con la servilleta.

—Ah, el orden. —Rendra se echó a reír—. Recuerdo lo que era. Quizá volvamos a tenerlo algún día, ¿no? Algunos creyeron que la Panarch Amathera haría que la Fuerza Civil reanudara sus cometidos, pero, yo que ella, recordando los gritos y abucheos del populacho en la calle el día de la investidura… Los Hijos de la Luz mataron a muchos de los alborotadores. Quizás eso haya acabado con los disturbios, aunque también puede significar el estallido del próximo, y éste será mucho peor que los anteriores. Yo que la Panarch, tendría a la Fuerza y a los Hijos cerca de mí. En fin, ésta no es la conversación más indicada para disfrutar una comida. —Examinó la mesa, asintió en un gesto de aprobación que hizo tintinear las cuentas trenzadas en el pelo, y se dirigió a la puerta; allí se paró y esbozó una sonrisa—. La moda es comer los platos domani con los *sursa*, y, por supuesto, uno sigue lo que está de moda, pero… Aquí no hay nadie que os vea, ¿verdad? Por si acaso os apetece, hay cucharas y tenedores debajo de aquella servilleta. —Señaló la bandeja a un extremo de la mesa —. Buen provecho.

Nynaeve y Egeanin esperaron hasta que la puerta se cerró tras la posadera; entonces intercambiaron una sonrisa y alargaron las manos hacia la bandeja con increíble rapidez. Aun así, Elayne se las compuso para ser la primera en coger cuchara y tenedor; las otras dos mujeres no habían tenido que comer nunca en unos pocos minutos entre clases y tareas de novicia.

—Es bastante sabroso —comentó Egeanin después de saborear el primer bocado —, cuando una consigue llevarse algo a la boca.

Nynaeve coreó sus risas. En los siete días transcurridos desde que habían conocido a la mujer de cabello oscuro, penetrantes ojos azules y extraña pronunciación arrastrando las palabras, las dos amigas habían acabado cogiéndole aprecio. Era un agradable cambio respecto a la cháchara insustancial de Rendra sobre peinados, ropas y cuidados de la piel, o con las miradas en la calle de gente que parecía capaz de degollar por una moneda de cobre. Ésta era la cuarta visita que les hacía desde su primer encuentro, y Elayne había disfrutado con ellas. Admiraba los modos directos de Egeanin y su aire de independencia. Puede que la mujer sólo fuera una pequeña comerciante de cualquier mercancía que le llegara a las manos, pero no tenía nada que envidiar a Gareth Bryne en cuanto a decir lo que pensaba y no doblegarse ante nadie.

Aun así, Elayne habría querido que sus visitas no fueran tan frecuentes. O, más bien, que Nynaeve y ella no estuvieran tanto tiempo en El Patio de los Tres Ciruelos para que Egeanin las encontrara allí. Los disturbios casi continuos habidos desde la investidura de Amathera hacían de todo punto imposible andar por la ciudad a pesar de la escolta de aguerridos marineros que Domon les había proporcionado. Hasta Nynaeve había admitido que no era seguro salir a la calle después de huir de una lluvia de piedras grandes como puños. Thom mantenía su promesa de buscarles un carruaje y un tiro, pero Elayne ignoraba hasta qué punto se estaba esforzando el juglar para conseguirlos. Juilin y él mostraban una satisfacción irritante porque Nynaeve y ella se vieran recluidas en la posada. «Ellos regresan con contusiones y sangrando y sin embargo no quieren que nosotras nos hagamos daño en un dedo del pie si tropezamos», pensó, molesta. ¿Por qué los hombres tenían que velar por la seguridad de las mujeres más que por la suya propia? ¿Por qué pensaban que las heridas que sufrían ellos importaban menos que las de una mujer?

Por el sabor de la carne, Elayne sospechó que Thom debería buscar en las cocinas si quería encontrar caballos. La noción de estar comiendo carne de caballo le revolvió el estómago, y eligió el contenido de un cuenco en el que sólo había verdura: trocitos de unas setas oscuras, pimientos rojos y una especie de brotes plumosos aderezados con una salsa picante.

—¿De qué hablaremos hoy? —preguntó Nynaeve a Egeanin—. Nos habéis hecho casi todas las preguntas que se me ocurren. —Al menos, casi todas las que sabía cómo responder—. Si queréis saber más sobre las Aes Sedai, tendréis que ir a la Torre como novicia.

Egeanin dio un respingo involuntariamente, como hacía con cada palabra que relacionaba el Poder con ella. Removió el contenido de uno de los cuencos, mirándolo absorta.

—No habéis puesto un especial empeño en ocultarme que estáis buscando a alguien —dijo lentamente—. Unas mujeres. Si ello no implica inmiscuirme en

vuestros secretos, me ofrecería…

Se interrumpió al sonar una llamada en la puerta y, sin aguardar respuesta, Bayle Domon entró en la habitación; en su rostro redondo pugnaban la satisfacción y la inquietud.

—Las he encontrado —empezó, y entonces sufrió un sobresalto al ver a Egeanin—. ¡Vos!

Inopinadamente, Egeanin derribó la silla al incorporarse con brusquedad y lanzó un puñetazo al estómago de Domon con tal rapidez que apenas se vio el movimiento. De algún modo, el capitán consiguió agarrarle la muñeca con su manaza, giró —hubo un momento relampagueante en el que ambos parecieron querer zancadillear al otro, además del intento de Egeanin de golpear al hombre en la garganta— y, de repente, la tuvo tendida en el suelo boca abajo, con el pie plantado en su hombro y sujetando el brazo de la mujer hacia atrás, contra su rodilla. A pesar de ello, Egeanin se las había compuesto para desenvainar su cuchillo.

Elayne tejió flujos de Aire alrededor de la pareja antes de que fuera consciente de haber abrazado el *Saidar*, y los dejó inmovilizados.

—¿Qué significa esto? —demandó con un timbre gélido.

—¿Cómo osáis, maese Domon? —La voz de Nynaeve sonaba igualmente fría—. ¡Soltadla! —Con un timbre más afectuoso y preocupado añadió—: Egeanin, ¿por qué intentasteis golpearlo? ¡Os he dicho que la soltéis, Domon!

—No puede, Nynaeve. —Elayne habría deseado que su compañera fuera capaz al menos de ver los flujos sin tener que estar furiosa. Además, Egeanin era quien había actuado con violencia en primer lugar—. ¿Por qué, Egeanin?

La mujer de cabello oscuro seguía tendida, con los ojos cerrados y la boca apretada; aferraba con tanta fuerza la empuñadura del cuchillo que sus nudillos estaban blancos. La mirada de Domon fue de Elayne a Nynaeve; la extraña barba del illiano estaba erizada. La única parte de su cuerpo que Elayne había dejado con movimiento era la cabeza.

—¡Esta mujer es seachan! —gruñó.

La heredera del trono intercambió una mirada sobresaltada con Nynaeve. ¿Egeanin una seachan? Imposible. No podía ser.

—¿Estáis seguro? —preguntó la antigua Zahorí lenta, quedamente. Parecía tan estupefacta como se sentía Elayne.

—Jamás olvidaría su cara —repuso con firmeza Domon—. Es capitán de barco. Fue ella la que nos llevó a Falme a mi barco y a mí, como cautivos de los seachan.

Egeanin no hizo intención de negarlo y se limitó a seguir aferrando el cuchillo con todas sus fuerzas. Una seachan.

«¡Pero me cae bien!» Con cuidado, Elayne retiró los flujos hasta que la mano con la que Egeanin sujetaba el cuchillo quedó libre hasta la muñeca.

—Soltadlo, Egeanin —dijo mientras se arrodillaba a su lado—. Por favor. —Al cabo de un momento, los dedos de la mujer se abrieron y Elayne cogió el cuchillo. A continuación se apartó y soltó la totalidad de los flujos—. Dejad que se levante, maese Domon.

—Es una seachan, señora —protestó el capitán—, y tan dura como una estaca de hierro.

—Dejad que se levante.

Rezongando entre dientes, el illiano soltó la muñeca de Egeanin y se retiró rápidamente de la mujer, como si esperara que volviera a atacarlo. Empero, Egeanin —la seachan— se limitó a ponerse de pie. Hizo movimientos giratorios con el hombro magullado por la bota de Domon al tiempo que su mirada pensativa fue del capitán a la puerta; luego, alzó la cabeza y esperó con un aire de absoluta calma. Resultaba difícil no admirarla.

—Seachan —gruñó Nynaeve. Agarró un puñado de las finas trenzas, miró de un modo raro su mano y luego las soltó; pero su entrecejo continuaba fruncido y la expresión de sus ojos seguía siendo dura—. ¡Seachan! Ganándoos insidiosamente nuestra amistad. Creía que todos habíais regresado a vuestro lugar de origen. ¿Por qué estáis aquí, Egeanin? ¿Nuestro encuentro fue realmente una casualidad? ¿Por qué nos buscabais? ¿Os proponíais llevarnos con engaños a algún sitio donde vuestras repugnantes *sul'dam* pudieran ponernos sus correas al cuello? —Los ojos de Egeanin se abrieron con sorpresa—. Oh, sí —le dijo Nynaeve con tono cortante—. Sabemos lo de los seachan y vuestras *sul'dam* y *damane*. Sabemos más incluso que vos. Encadenáis a mujeres que encauzan como haríais con animales, pero las otras que utilizáis para controlarlas también pueden encauzar, Egeanin. Por cada mujer que encauza que habéis encadenado como a un animal, pasáis junto a otras diez o veinte cada día sin daros cuenta.

—Lo sé —respondió lacónicamente Egeanin, y Nynaeve se quedó boquiabierta.

Elayne creyó que sus propios ojos se le iban a salir de las órbitas.

—¿Lo sabéis? —Aspiró hondo y continuó con un timbre chillón, incrédulo—: Egeanin, creo que mentís. No me he encontrado con muchos seachan y nunca los he visto más de unos pocos minutos, pero conozco a quien sí ha tenido trato con vosotros. Los seachan ni siquiera odiáis a las mujeres que encauzan. Las consideráis animales, así que no os lo tomaríais con tanta tranquilidad si realmente lo supieseis. Seguramente ni siquiera lo creeríais.

—Las mujeres que llevan el brazalete pueden aprender a encauzar —manifestó Egeanin—. Yo ignoraba que pudiera aprenderse, porque siempre se me dijo que una mujer encauzaba o no encauzaba, pero cuando me contasteis que las jóvenes que no han nacido con ello reciben instrucción y guía para lograrlo, lo deduje. ¿Puedo sentarme?

Lo preguntó con fría tranquilidad. Elayne asintió; Domon levantó la silla derribada y se puso detrás de la mujer mientras ésta tomaba asiento. Egeanin le dedicó una mirada por encima del hombro y dijo:

—No resultasteis un adversario tan… difícil la última vez que nos encontramos.

—Entonces teníais veinte soldados con armaduras sobre el puente de mi nave y una *damane* preparada para hacerla pedazos con el Poder. El hecho de que pueda pescar un tiburón desde una barca no significa que esté dispuesto a luchar con él en el agua. —Inopinadamente, sonrió a la mujer y se frotó el costado donde Egeanin debía de haberle dado un puñetazo sin que Elayne lo advirtiera—. Tampoco vos sois un adversario tan fácil como imaginé que seríais sin la armadura y la espada.

El mundo de la mujer, tal y como lo entendía ella, debía de haberse vuelto del revés, pero se lo estaba tomando con una actitud muy práctica. A Elayne no se le ocurría qué podría poner su propio mundo patas arriba de una manera tan radical, pero esperaba que si alguna vez se encontraba en esa situación fuera capaz de hacerle frente con la tranquila reserva de Egeanin. «Tengo que conseguir que deje de caerme bien. Es una seachan, y los suyos me habrían atado con correa como a un perro si hubieran tenido oportunidad. Luz, ¿qué ha de hacer uno para que alguien deje de gustarle?»

Por lo visto, Nynaeve no estaba teniendo ese problema. Plantó los puños sobre la mesa y se inclinó hacia Egeanin con tanto ímpetu que las finas trenzas se mecieron encima de los cuencos de comida.

—¿Por qué estáis en Tanchico? Pensé que todos habíais huido después de lo de Falme. ¿Y por qué habéis intimado con nosotras con las mañas arteras de una serpiente que entra en un nido para comerse los huevos? ¡Si creéis que podéis atarnos con vuestras correas, os aconsejo que lo penséis mejor!

—En ningún momento fue ésa mi intención —repuso Egeanin fríamente—. Lo único que quería era conocer más cosas sobre las Aes Sedai. Yo… —Por primera vez pareció vacilar, insegura de sí misma. Apretó los labios, miró a Nynaeve y a Elayne alternativamente y sacudió la cabeza—. No sois como imaginaba. La Luz me asista, pero… me caéis bien.

—Os caemos bien. —Nynaeve lo dijo de un modo que parecía un delito—. Eso no responde a ninguna de mis preguntas.

La seachan vaciló de nuevo; entonces levantó la cabeza, como desafiándolas a hacer lo que les diera la gana.

—Dejamos en tierra varias *sul'dam*, en Falme. Algunas desertaron tras el desastre, y nos enviaron a varios para hacerlas regresar. Sólo he dado con una de ellas, pero descubrí que un *a'dam* la sometía. —Al advertir que Nynaeve apretaba los puños, se apresuró a añadir—: La dejé en libertad anoche y si ello se descubre lo pagaré muy caro, pero después de hablar con vosotras, me sentí incapaz de… —Hizo

una mueca antes de continuar—: Sabía que Bethamin era una *sul'dam* y descubrí que un *a'dam* la retenía, que ella podía… Eso fue lo que me llevó a querer veros después de que Elayne se dio a conocer. Tenía que saber, que entender, lo de las mujeres que pueden encauzar. —Inhaló hondo—. ¿Qué pensáis hacer conmigo? —Sus manos, enlazadas en el regazo, no temblaron.

Nynaeve abrió la boca con expresión iracunda, pero la volvió a cerrar lentamente. Elayne entendía su conflicto. En este momento debía de odiar a Egeanin, pero ¿qué iban a hacer con ella? No estaba claro que hubiera cometido ningún delito en Tanchico y, de todos modos, la Fuerza Civil no parecía muy interesada en otra cosa que no fuera salvar su propio pellejo. La mujer era seachan, había utilizado *sul'dam* y *damane*, pero, por otro lado, afirmaba haber dejado libre a la tal Bethamin. En consecuencia ¿por qué crimen debían castigarla? ¿Por hacer preguntas que ellas habían respondido voluntariamente? ¿Por hacer que le tomaran aprecio?

—Me gustaría desollaros viva —gruñó Nynaeve. De manera inesperada volvió la cabeza hacia Domon—. ¿Dijisteis que las habéis encontrado? ¿Dónde?

El capitán rebulló con incomodidad y lanzó una mirada significativa a Egeanin a la par que enarcaba las cejas.

—No creo que sea una Amiga Siniestra —manifestó Elayne al ver que Nynaeve vacilaba.

—¡Por supuesto que no lo soy! —La expresión en los ojos de la seachan era indignada y ofendida.

Cruzándose de brazos como para evitar agarrarse las trenzas, Nynaeve asestó una mirada feroz a la mujer antes de dedicar otra, acusadora, a Domon, como si todo este lío fuera culpa suya.

—No hay ningún sitio donde podamos encerrarla —dijo finalmente—, y desde luego Rendra exigiría una explicación. Adelante, maese Domon.

—Uno de mis hombres —explicó el capitán tras echar una última ojeada indecisa a Egeanin— vio a dos de las mujeres de vuestra lista en el Palacio de la Panarch. La de los gatos y la saldaenina.

—¿Estáis seguro? —inquirió Nynaeve—. ¿En el Palacio de la Panarch? Preferiría que hubieseis sido vos personalmente quien las hubiera visto. Hay más mujeres aparte de Marillin Gemalphin a las que les gustan los gatos. Y Asne Zeramene no es la única mujer procedente de Saldaea incluso aquí, en Tanchico.

—¿Una mujer de rostro estrecho, ojos azules, con la nariz ancha, que da de comer a los gatos en una ciudad donde se los comen? ¿Y en compañía de otra con esa nariz saldaenina y los ojos rasgados? A mí no me parece una pareja tan corriente como para equivocarlas con otras, señora al'Meara.

—No, no lo es —se mostró de acuerdo—. Pero ¿en el Palacio de la Panarch? Maese Domon, en caso de que lo hayáis olvidado, ¡quinientos Capas Blancas guardan

ese lugar a las órdenes de un Inquisidor de la Mano de la Luz! Al menos Jaichim Carridin y sus oficiales deben de saber reconocer a unas Aes Sedai a primera vista. ¿Creéis que seguirían allí si supieran que la Panarch da asilo a Aes Sedai?

El capitán abrió la boca, pero no pronunció una sola palabra. El razonamiento de Nynaeve caía por su propio peso.

—Maese Domon —intervino Elayne—, ¿qué estaba haciendo uno de vuestros hombres en el Palacio de la Panarch?

El capitán se tiró de la barba con gesto apurado y se frotó el labio superior rasurado.

—Veréis, es de todos conocido que a la Panarch Amathera le gustan las cerecillas, de esas blancas que pican tanto. Y, sea o no sensible a los regalos, los encargados de aduanas sabrán quién les dio uno y ellos sí se mostrarán más accesibles.

—¿Regalos? —dijo la heredera del trono adoptando un aire de reprobación—. En los muelles fuisteis más sincero al llamarlos sobornos.

Sorprendentemente, Egeanin se giró en la silla y también le asestó una mirada desaprobadora.

—Así la Fortuna me clave su aguijón —rezongó el hombre—. ¿Me pedisteis acaso que renunciara a mi negocio? Tampoco lo habría dejado aunque hubieseis utilizado a mi anciana madre para pedírmelo. Un hombre tiene derecho a ganarse la vida.

Egeanin resopló con desprecio y se puso muy erguida.

—Sus manejos no son de nuestra incumbencia, Elayne. —El timbre de Nynaeve sonaba exasperado—. Me importa un bledo si soborna a toda la ciudad o si hace contrabando con… —Un toque en la puerta la interrumpió. Tras echar una mirada de advertencia a los demás, instó con brusquedad a Egeanin—: Quedaos ahí sentada sin moveros. —Luego alzó la voz—. Adelante.

Juilin asomó la cabeza, cubierta con aquel estúpido gorro cilíndrico, y miró ceñudo, como siempre, a Domon. Tener un corte en su atezada mejilla, seca ya la sangre, tampoco era inusitado; actualmente, las calles eran más peligrosas de día que lo que habían sido de noche al principio.

—¿Puedo hablar en privado con vos, señora al'Meara? —pidió, al reparar en Egeanin, sentada a la mesa.

—Oh, entrad —ordenó sin contemplaciones la antigua Zahorí—. Después de todo lo que ha oído ya, no importa si se entera de algo más. ¿También vos las habéis encontrado en el Palacio de la Panarch?

Mientras cerraba la puerta tras de sí, Juilin asestó a Domon una mirada indescifrable y apretó los labios. El contrabandista sonrió enseñando demasiado los dientes. Por un instante dio la impresión de que iban a enzarzarse a golpes.

—Así que el illiano se me ha adelantado —rezongó Juilin con acritud. Hizo caso

omiso de Domon y se dirigió a Nynaeve—. Os dije que la mujer del mechón blanco me conduciría hasta ellas. Ése es un rasgo muy característico. Y también vi allí a la domani, desde lejos por supuesto. No soy tan necio como para meterme a nadar entre un banco de cazones. Empero, considero imposible que haya otra domani, aparte de Jeane Caide, en todo Tarabon.

—¿Queréis decir que, efectivamente, están en el Palacio de la Panarch? —exclamó Nynaeve.

La expresión en el semblante de Juilin no cambió, pero sus oscuros ojos se abrieron un poco más y se desviaron un instante hacia Domon.

—Así que no tiene prueba de ello —comentó con satisfacción.

—Sí que la tenía. —Domon evitó mirar al teariano—. Si no la aceptasteis antes de que este pescador entrara, señora al'Meara, no es culpa mía.

Juilin se puso tenso, pero Elayne se adelantó antes de que el rastreador tuviera oportunidad de decir nada.

—Los dos las encontrasteis y trajisteis pruebas. Seguramente ninguna de ellas habría bastado sin el respaldo de la otra. Ahora sabemos con seguridad que están allí gracias a los dos.

Si tal cosa era posible, ambos parecieron más descontentos que antes. Desde luego, los hombres se comportaban a veces como verdaderos necios.

—El Palacio de la Panarch. —Nynaeve se dio un fuerte tirón a un puñado de trenzas, aunque de inmediato las echó a la espalda sacudiendo la cabeza—. Lo que quiera que sea que buscan tiene que estar allí. Sin embargo, si lo tienen ya en su poder, ¿por qué siguen en Tanchico? El palacio es inmenso, así que cabe la posibilidad de que no lo hayan encontrado todavía. ¡Aunque tampoco sirve de mucho si nosotras estamos fuera mientras que ellas están dentro!

Thom, como era habitual en él, entró sin llamar y abarcó a todos los presentes con una sola ojeada.

—Señora Egeanin —murmuró a la par que hacía una elegante reverencia que ni siquiera su leve cojera deslució—. Nynaeve, si pudiéramos hablar en privado, traigo importantes noticias.

La reciente magulladura que lucía en la curtida mejilla irritó más a Elayne que el nuevo desgarrón que había en su fina chaqueta marrón. Era demasiado viejo para afrontar el peligro de las calles de Tanchico. Mirándolo bien, el peligro de las calles de cualquier ciudad. Iba siendo hora de que hiciera algunas gestiones para proporcionarle un agradable retiro, en algún lugar cómodo y seguro. Se acabaron los vagabundeos de juglar de pueblo en pueblo. Ella se ocuparía personalmente de que fuera así. Por su parte, Nynaeve le dirigió una mirada penetrante.

—Ahora no tengo tiempo para eso. Las hermanas Negras están en el Palacio de la Panarch y, por lo que sé, Amathera las está ayudando a registrarlo desde el sótano

hasta el desván.

—Lo supe hace apenas una hora —comentó el juglar sin dar crédito a sus oídos —. ¿Cómo os…? —Miró a Domon y a Juilin, quienes seguían exhibiendo el gesto enfurruñado de unos niños que querían el pastel entero, sin compartir con el otro.

Saltaba a la vista que Thom descartaba a cualquiera de los dos como la fuente de información de Nynaeve, y Elayne sintió ganas de reír. El juglar presumía tanto de estar al corriente de todo lo que pasaba por los bajos mundos y de todas las intrigas de las altas esferas…

—La Torre tienes sus propios medios, Thom —le respondió con un aire frío y misterioso—. Es mejor no tomarse un excesivo interés en los métodos de las Aes Sedai. —Él frunció las blancas y espesas cejas en un gesto de incertidumbre. Una reacción muy satisfactoria. La heredera del trono reparó en que Juilin y Domon también la observaban con gesto ceñudo y, de repente, enrojeció sin poder evitarlo. Si hablaban, ella quedaría en ridículo. Al final hablarían; los hombres eran así. Lo mejor era echarle tierra al asunto cuanto antes y confiar—. Thom, ¿habéis oído algo que apunte que Amathera es Amiga Siniestra?

—Nada. —Se dio un tirón del bigote con gesto irritado—. Por lo visto no ha visto a Andric desde que se puso la Corona del Árbol. Tal vez los disturbios de las calles hacen demasiado peligroso desplazarse entre el palacio del rey y el de la Panarch. O tal vez es que se ha dado cuenta de que ahora tiene tanto poder como el monarca y ha dejado de mostrarse tan complaciente con él. No se sabe con certeza de qué lado está su lealtad. —Tras echar una rápida ojeada a la mujer sentada en la silla agregó—: Me siento agradecido por la ayuda que la señora Egeanin os prestó con aquellos ladrones, pero hasta ahora pensaba que era una simple amistad. ¿Puedo preguntar quién es para haberla metido en esto? Me parece recordar que amenazasteis con arrancar el pellejo a tiras a quien se fuera de la lengua, Nynaeve.

—Es una seachan —le contestó la antigua Zahorí—. Cerrad la boca antes de que os traguéis una mosca, Thom, y sentaos. Podemos comer mientras tratamos de decidir qué hacer.

—¿Delante de ella? —preguntó el juglar—. ¿De una seachan? —Se había enterado de ciertas cosas ocurridas en Falme a través de Elayne y, naturalmente, había oído los rumores que corrían por Tanchico; observó a Egeanin como si se preguntara dónde escondía los cuernos.

Por su parte, Juilin tenía los ojos tan desorbitados que cualquiera habría dicho que lo estaban estrangulando; también debía de haber oído los comentarios que había en la ciudad sobre los seachan.

—¿Sugerís que le pida a Rendra que la encierre en la bodega? —inquirió calmosamente Nynaeve—. Eso levantaría comentarios ¿no os parece? En fin, estoy convencida de que tres hombretones fuertes de pelo en pecho son capaces de

protegernos a Elayne y a mí si por casualidad se sacara de la manga un ejército seachan. Sentaos, Thom, o comed de pie, como gustéis, pero dejad de mirarnos como si fuéramos bichos raros. Sentaos todos. Me propongo comer antes de que se quede frío.

Así lo hicieron, Thom tan descontento aparentemente como Juilin y Domon. A veces las maneras intimidatorias de Nynaeve funcionaban. A lo mejor también daba resultado con Rand tratarlo así de cuando en cuando.

Elayne apartó a Rand de su mente, decidiendo que era hora de contribuir con algo útil.

—Veo de todo punto imposible que las hermanas Negras estén en el Palacio de la Panarch sin que Amathera lo sepa —empezó mientras arrimaba su silla y se sentaba—. A mi modo de entender, eso apunta tres posibilidades. Una, que Amathera es una Amiga Siniestra. Dos, cree que son Aes Sedai. Y tres, que es su prisionera. —Por alguna razón, el gesto de aprobación de Thom le produjo una cálida sensación. Qué tonta era. Aunque el hombre conociera el Juego de las Casas, no era más que un necio bardo que había renunciado a todo para convertirse en un juglar—. En cualquier caso, las ayudaría a encontrar lo que buscan, pero, desde mi punto de vista, si cree que son Aes Sedai podríamos ganarnos su apoyo diciéndole la verdad. Y, si la tienen prisionera, también lo lograríamos liberándola. Ni siquiera Liandrin y sus compañeras podrían quedarse en el palacio si la Panarch ordena que se marchen, y eso nos dejaría el camino libre para registrarlo nosotras.

—El problema radica en descubrir si es aliada de ellas, una víctima del engaño o una cautiva —adujo Thom mientras gesticulaba con el par de *sursa*. ¡Sabía cómo utilizarlos a la perfección!

—El verdadero problema —intervino Juilin, sacudiendo la cabeza—, es llegar hasta ella, sea cual sea su situación. Jaichim Carridin tiene quinientos Capas Blancas rodeando el palacio como unas gaviotas hambrientas vigilando los muelles. La Legión de la Panarch tiene apostados casi el doble de hombres, y hay otros tantos de la Fuerza Civil. Pocas fortalezas cuentan con una vigilancia tan nutrida.

—No vamos a luchar contra ellos —comentó secamente Nynaeve—. Dejad de pensar con el vello del pecho. Esta situación requiere utilizar el cerebro, no los músculos. Tal y como yo lo veo…

La discusión se alargó durante toda la comida y continuó hasta después de que el último cuenco quedara completamente vacío. Hasta Egeanin contribuyó con algunos comentarios convincentes tras guardar silencio un rato durante el que no comió ni pareció estar prestando atención. Tenía una mente muy despierta, y Thom no anduvo remiso en aceptar algunas de las sugerencias con las que estaba de acuerdo, bien que rechazaba de plano aquellas con las que no coincidía; exactamente igual que trataba a todo el mundo. Hasta Domon, cosa harto sorprendente, apoyó a Egeanin cuando

Nynaeve quiso que la mujer no interviniera en la conversación:

—Lo que dice tiene sentido, señora al'Meara, y sólo un necio rechazaría una idea sensata, venga de quien venga.

Por desgracia, saber dónde se encontraban las hermanas Negras no servía de mucho al ignorar si Amathera las respaldaba o no. Por no mencionar que no tenían la más ligera idea de qué era lo que buscaban. Al final, casi dos horas de discusión no los condujo a nada útil salvo unas cuantas sugerencias respecto a cómo enterarse de la situación de Amathera, lo cual, por lo visto, tendría que llevarse a cabo a través de los hombres del grupo y de sus redes de contactos extendidas por Tanchico.

Ninguno de los tres necios varones quería dejarlas solas con una seachan, hasta que Nynaeve se enfureció lo bastante para inmovilizarlos a los tres con flujos de Aire delante de la puerta, donde se habían quedado parados sin acabar de decidirse a salir.

—¿Es que dudáis —inquirió fríamente, envuelta en el halo del *Saidar*—, que cualquiera de nosotras sea capaz de responderle igual si nos hace «¡uh!»?

No los soltó hasta que todos asintieron con la cabeza, la única parte del cuerpo que podían mover.

—Sabéis poner firme a la tripulación —comentó Egeanin tan pronto como la puerta se cerró tras ellos.

—¡Cerrad el pico, seachan! —Nynaeve se cruzó de brazos; al parecer había renunciado a dar tirones a las numerosas trenzas cuando estaba enfadada—. ¡Sentaos y guardad silencio!

La espera resultó frustrante, sin otra cosa que hacer que contemplar los ciruelos y la caída de las flores pintados en las paredes sin ventanas, paseando de un lado a otro de la sala o viendo cómo paseaba Nynaeve mientras Thom, Juilin y Domon estaban fuera haciendo esto o lo otro. Pero todavía era peor cuando cada uno de ellos regresaba a intervalos para informar que un rastro se había perdido o que otro contacto se había interrumpido, limitarse a escuchar lo que ellos habían descubierto y verlos marcharse de nuevo a toda prisa.

La primera vez que Thom regresó —con un segundo moretón purpúreo en la otra mejilla—, Elayne sugirió:

—¿No sería mejor que estuvieseis aquí, Thom, donde os enteraríais de lo que Juilin o Domon vengan a informar? Podríais evaluar esos datos mucho mejor que Nynaeve o yo.

El juglar sacudió la canosa mata de pelo ridículamente alborotada, mientras Nynaeve soltaba un bufido que debió de oírse en el pasillo.

—Tengo una pista que apunta a una casa en Verana, donde al parecer Amathera iba a escondidas algunas noches antes de que la nombraran Panarch.

Y se marchó antes de que Elayne tuviera tiempo de decir nada más. La siguiente vez que volvió, cojeando más de lo habitual e informando que la casa pertenecía a la

antigua niñera de Amathera, Elayne le habló con la máxima firmeza:

—Thom, quiero que os sentéis. Vais a quedaros aquí. No pienso consentir que os hagan daño.

—¿Daño? Pequeña, en mi vida me he sentido mejor. Decidle a Juilin y a Bayle que por lo visto hay una mujer llamada Cerindra en alguna parte de esta ciudad que presume de saber todos los secretos de Amathera.

Y salió renqueando, con la capa ondeando tras él; en la prenda había también un desgarrón nuevo. Viejo estúpido, testarudo, cabezota.

En cierto momento llegó a través de las gruesas paredes de la sala el clamor de gritos brutales y chillidos procedentes de la calle. Rendra entró atropelladamente en la sala cuando Elayne acababa de decidir que saldría para ver qué estaba pasando.

—Una pequeña refriega ahí fuera —informó la posadera—, pero podéis estar tranquilas. Los hombres de Bayle Domon se están encargando de que no nos afecte, ¿sabéis? No quería que os preocupaseis.

—¿Una refriega aquí? —dijo, cortante, Nynaeve. La vecindad de la posada había sido una de las contadas zonas de la ciudad en las que había reinado la calma hasta el momento.

—Nada de que lo tengáis que preocuparos —insistió Rendra—. Quizá buscan comida, así que les diré dónde está el comedor popular de Domon y se marcharán.

El alboroto cesó al cabo de un rato, y Rendra les mandó un poco de vino. Elayne no se dio cuenta de que el sirviente era el joven de bonitos ojos castaños hasta que éste salió con gesto malhumorado. El tipo empezaba a reaccionar a sus miradas más frías como si fueran sonrisas. ¿Es que el muy necio creía que ella tenía tiempo ahora para reparar en su presencia?

Esperando y paseando, paseando y esperando. Cerindra resultó ser una doncella a la que habían despedido por robo; no se sentía en absoluto agradecida por que no la hubieran metido en prisión y estaba más que dispuesta a hacer cualquier acusación contra Amathera que alguien le sugiriera. Por otro lado, un tipo que afirmaba tener pruebas de que Amathera era una Aes Sedai del Ajah Negro también sostenía que los mismos documentos demostraban que el rey Andric era el Dragón Renacido. También resultó que el grupo de mujeres con las que Amathera solía reunirse en secreto eran unas amigas a las que Andric detestaba, y el impresionante descubrimiento de que había financiado varios barcos de contrabando no condujo a nada. Casi todos los nobles salvo el propio rey estaban implicados con el contrabando. Todas las pistas acababan igual. Lo peor que Thom consiguió descubrir fue que Amathera había convencido a dos apuestos y jóvenes nobles de que cada cual era el amor de su vida y Andric un simple medio para alcanzar un objetivo. Por otra parte, había concedido audiencias en el Palacio de la Panarch a varios lores, tanto en privado como en compañía de varias mujeres a las que se identificó como Liandrin y

otras de la lista, y que supuestamente había pedido y aceptado su consejo en ciertas decisiones. ¿Aliada o cautiva?

Cuando Juilin regresó, más de tres horas después de que se hubiera puesto el sol, haciendo girar una fina vara de madera segmentada y mascullando algo sobre un tipo de pelo claro que había intentado robarle, Thom y Domon ya se encontraban hundidos en sendas sillas, desanimados, junto a Egeanin.

—Esto va a ser una repetición de Falme —gruñó Domon sin dirigirse a nadie en particular. El sólido garrote que había conseguido en alguna parte estaba sobre la mesa, delante de él; ahora también llevaba en el cinto una espada—. Aes Sedai. El Ajah Negro. Intrigas con la Panarch. Si mañana no descubrimos algo, estoy decidido a marcharme de Tanchico. ¡Pasado mañana seguro, aunque me pida que me quede mi propia hermana!

—Mañana —musitó cansadamente Thom, que tenía apoyados los codos en la mesa y las mejillas sobre los puños—. Estoy demasiado agotado para pensar con claridad. Sin darme cuenta, me he encontrado prestando atención a un criado de la lavandería del Palacio de la Panarch que afirmaba que había oído a Amathera entonar canciones malsonantes, de las que se escuchan en las peores tabernas del puerto. Y le estaba dando crédito.

—Por lo que a mí respecta —dijo Juilin, que giró la silla para sentarse a horcajadas—, pienso seguir investigando esta noche. He encontrado a un techador que asegura que la mujer cuya compañía frecuenta era otra de las doncellas de Amathera. Según él, la Panarch despidió sin previo aviso a todas sus doncellas la misma tarde que fue investida en su cargo. Me acompañará para que hable con ella después de que termine unos asuntos suyos en la casa de un mercader.

Nynaeve se dirigió a la cabecera de la mesa, puesta en jarras.

—No iréis a ninguna parte esta noche, Juilin. Los tres haréis turnos de guardia ante nuestra puerta.

Naturalmente, los tres hombres protestaron a la par:

—Tengo que atender mi propio negocio y emplear los días haciendo indagaciones para vos, y ahora, además…

—Señora al'Meara, esta mujer es la primera persona que he encontrado que ha visto a Amathera desde su nombramiento y…

—Nynaeve, me será de todo punto imposible enterarme de ningún rumor mañana y, mucho menos, seguirle la pista si me paso toda la noche en vela jugando a…

La antigua Zahorí dejó que se desahogaran. Cuando ya no les quedaron más argumentos y, evidentemente, creían que la habían convencido, manifestó:

—Puesto que no disponemos de ningún otro sitio donde encerrar a la seachan, tendrá que dormir con nosotras. Elayne, ¿querrás pedirle a Rendra que prepare un jergón? En el suelo será suficiente.

Egeanin le dirigió una intensa mirada, pero no dijo nada. Los tres hombres estaban bien pillados; o se negaban de plano, faltando a su palabra de hacer lo que dijera Nynaeve, o seguían discutiendo, con lo que quedarían como unos niños llorones. Pusieron mala cara, farfullaron… y finalmente accedieron.

A Rendra le sorprendió que pidieran sólo un jergón, pero aceptó el cuento de que Egeanin temía arriesgarse a salir a la calle de noche. Sin embargo, se ofendió al ver que Thom se sentaba en el pasillo, a la puerta del cuarto de las mujeres.

—Esos tipos no consiguieron entrar por mucho que lo intentaron. Además, os dije que se irían al comedor popular, ¿no? Los huéspedes de El Patio de los Tres Ciruelos no necesitan guardias personales en sus cuartos.

—Estamos seguras de que es así —contestó Elayne mientras intentaba sacarla de la habitación empujándola suavemente—. Lo que pasa es que Thom y los otros se preocupan por nosotras. Ya sabéis cómo son los nombres.

El juglar le lanzó una mirada de halcón bajo aquellas blancas y espesas cejas, pero Rendra soltó un bufido, como demostrando que, efectivamente, lo sabía, y dejó que Elayne cerrara la puerta. De inmediato, Nynaeve se volvió hacia Egeanin, que estaba extendiendo el jergón al lado opuesto de la cama.

—Quitaos las ropas, seachan. Quiero estar segura de que no lleváis otro cuchillo escondido.

Calmosamente, Egeanin se puso erguida y se desvistió, quedándose en ropa interior. Nynaeve registró a fondo las prendas y a continuación insistió en hacer lo mismo con Egeanin, y sin andarse con contemplaciones. El no encontrar nada no pareció apaciguarla.

—Las manos a la espalda, seachan. Elayne, átala.

—Nynaeve, no creo que…

—Inmovilízala con el Poder, Elayne —increpó duramente la antigua Zahorí—, o haré tiras su vestido y las usaré para atarla de pies y manos.

—Realmente, Nynaeve, estando Thom ahí fuera…

—¡Es una seachan! ¡Una seachan, Elayne! —Hablaba como si odiara a la mujer de cabello oscuro por una ofensa personal, lo que no tenía sentido. Había sido Egwene quien había caído en sus manos, no Nynaeve. El gesto firme de su mandíbula ponía de manifiesto que iba a hacerlo a su modo, ya fuera con el Poder o con cualquier tipo de ataduras que encontrara.

Egeanin ya había puesto las manos juntas a la espalda, resignada pero no sumisa. Elayne tejió un flujo de Aire alrededor de las muñecas de la mujer y lo ató; al menos resultaría menos incómodo que las tiras del vestido. Egeanin flexionó ligeramente las manos, tanteando las ataduras que no podía ver, y se estremeció. Tan imposible de romper como si fueran argollas de acero. Se encogió de hombros y se tendió torpemente en el jergón, dándoles la espalda. Nynaeve empezó a desabrocharse el

vestido.

—Déjame el anillo, Elayne.

—¿Estás segura, Nynaeve? —Lanzó una mirada significativa hacia Egeanin. La seachan no parecía estar prestándoles atención.

—No saldrá corriendo para delatarnos. —Hizo una pausa para sacarse el vestido por la cabeza, se puso un fino camisón tarabonés de seda y tomó asiento al borde del lecho para quitarse las medias—. Es la noche acordada. Egwene nos espera a una de las dos, y me toca a mí. Se preocupará si no aparece ninguna.

Elayne sacó el cordón de cuero que llevaba al cuello, debajo del vestido. El anillo de piedra, con sus motas y rayas de colores marrones y rojos, colgaba junto a la serpiente dorada mordiéndose la cola. Desató el cordón, le entregó a Nynaeve el *ter'angreal* y, tras volver a anudarlo, se lo colgó de nuevo al cuello. Nynaeve ensartó el anillo de piedra junto al suyo de la serpiente dorada y al pesado sello de oro de Lan, y luego dejó que cayeran entre sus senos.

—Dame una hora después de que me haya dormido —instruyó mientras se tendía sobre la colcha azul—. No creo que nos lleve más tiempo. Y no le quites ojo de encima a la seachan.

—¿Qué puede hacer si está atada, Nynaeve? —Elayne vaciló antes de añadir—: No creo que intentara hacernos daño si la soltáramos.

—¡Ni se te ocurra! —Nynaeve levantó la cabeza para clavar una mirada dura en la espalda de Egeanin y después volvió a recostarse en la almohada—. Una hora, Elayne. —Cerró los párpados y rebulló para encontrar una postura cómoda—. Tiempo de sobra para lo que hemos de hablar —murmuró.

Ocultando un bostezo tras la mano, la heredera del trono arrimó el taburete bajo a los pies de la cama, desde donde podía vigilar a Nynaeve y también a Egeanin, aunque a ésta no parecía necesario. La seachan yacía hecha un ovillo en el jergón, con las manos bien atadas. Había sido un día agotador si se tenía en cuenta que no habían salido de la posada. Nynaeve ya musitaba algo en sueños; con los codos bien separados del cuerpo, por supuesto. Egeanin levantó la cabeza y miró por encima del hombro.

—Creo que me odia.

—Dormíos. —Elayne contuvo otro bostezo.

—Vos no me odiáis.

—No lo deis por seguro —replicó firmemente—. Os estáis tomando todo esto con mucha calma. ¿Cómo podéis estar tan tranquila?

—¿Tranquila? —La mujer movió las manos involuntariamente, torciendo las ataduras de Aire—. Estoy tan aterrada que me pondría a llorar. —Por su voz, no daba esa impresión. Empero, parecía ser sincera.

—No os haremos daño, Egeanin. —Dijera lo que dijera Nynaeve, ella se ocuparía

de que fuera así—. Dormíos.

Al cabo de un momento, Egeanin reclinó la cabeza. Una hora. Era justo no preocupar a Egwene sin necesidad, pero habría preferido dedicar esa hora al problema que tenían entre manos en lugar de vagar inútilmente por el *Tel'aran'rhiod*. Si no lograban descubrir si Amathera estaba prisionera de las Negras o aliada con ellas… «Deja de darle vueltas a eso; porque lo piense no voy a dar con la solución.» Una vez que lo supieran con certeza, ¿cómo iban a entrar en palacio con todos aquellos soldados y Capas Blancas vigilándolo, por no mencionar a Liandrin y a las demás?

Nynaeve había empezado a roncar suavemente, cosa que negaba con más acaloramiento que lo de sacar los codos. Egeanin debía de dormir también a juzgar por el ritmo regular y profundo de su respiración. Bostezando tras la palma de la mano, Elayne rebulló en el duro taburete de madera y se puso a planear cómo colarse en el Palacio de la Panarch.

52



Necesidad

Durante un momento Nynaeve permaneció de pie en el Corazón de la Ciudadela sin ver la sala ni pensar en el *Tel'aran'rhiod* en absoluto. Egeanin era seachan. Una de aquellas viles personas que habían puesto un collar a Egwene en el cuello y habían intentado ponerle otro a ella. Sólo pensarlo la hacía sentir un vacío en el estómago. Seachan, y se había abierto camino sibilinamente en sus sentimientos. Desde que había salido de Dos Ríos tener amigos había sido un bien escaso; encontrar ahora una nueva amiga y perderla así…

—La odio por eso más que por otra cosa —gruñó, cruzándose de brazos—. ¡Hizo que le tomara afecto y no puedo dejar de sentir aprecio por ella, y la odio por eso! —gritó en voz alta; no tenía sentido—. Me da lo mismo si digo cosas incomprensibles. —Soltó una risita queda y sacudió la cabeza tristemente—. Se supone que soy una Aes Sedai, ¿no? —Pero eso no justificaba estar distraída como una jovencita estúpida.

Callandor resplandecía; la espada de cristal se erguía sobre las baldosas, debajo de la gran bóveda, y las hileras de inmensas columnas de piedra roja se perdían a lo lejos en aquella extraña luz difusa que provenía de todas partes. Fue fácil recordar la sensación de que la vigilaban, de imaginarlo otra vez. Si es que habían sido imaginaciones antes. Si es que lo eran ahora. Allí podía estar escondida cualquier persona, cualquier cosa. Un grueso palo se materializó en sus manos mientras escudriñaba entre las columnas. ¿Dónde estaba Egwene? Era muy propio de esa chiquilla hacerla esperar. En este lóbrego lugar. Por lo que sabía, cualquier ser podía estar a punto de saltar sobre…

—Un extraño vestido, Nynaeve.

Conteniendo un grito a duras penas, giró sobre sus talones bruscamente haciendo un repiqueteo metálico, con el corazón en la boca. Egwene se encontraba de pie al otro lado de *Callandor*, acompañada por dos mujeres vestidas con amplias faldas y oscuros chales sobre las blusas; el blanco cabello, sujeto con pañuelos doblados en la

frente, les llegaba a la cintura. Nynaeve tragó saliva confiando en que ninguna de las tres se hubiera dado cuenta, y se esforzó por respirar con normalidad de nuevo. ¡Mira que acercarse sigilosamente a ella, dándole un susto de muerte!

Reconoció a una de las Aiel por las descripciones que le había hecho Elayne; el rostro de Amys era demasiado joven para corresponder al color de su cabello, pero por lo visto lo había tenido casi plateado desde que era una niña. La otra, delgada y huesuda, tenía unos ojos azul pálido que destacaban en el rostro curtido y arrugado. Ésa tenía que ser Bair. La más dura de las dos en opinión de Nynaeve ahora que las veía; y no es que Amys pareciera muy… ¿Vestido extraño? ¿Había hecho un tintineo metálico al girarse?

Bajó la vista y dio un respingo. El vestido que llevaba guardaba una vaga semejanza con los de Dos Ríos; eso en caso de que las mujeres de Dos Ríos llevaran ropas confeccionadas con cota de malla y piezas de armadura iguales a las que había visto en Shienar. ¿Cómo se las apañaban los hombres para correr y saltar y montar a caballo llevando puestas estas cosas? Le hundía los hombros como si pesara cincuenta kilos. El garrote era de hierro ahora y la punta estaba afilada como un espigón de brillante acero. Sin necesidad de tocarse la cabeza supo que llevaba algún tipo de yelmo. Enrojeciendo hasta la raíz del pelo, se concentró y lo cambió por un vestido de Dos Ríos hecho con lana, y por un bastón de caminante. Resultaba agradable llevar de nuevo una única trenza, colgando sobre su hombro.

—Las ideas incontroladas son molestas cuando se camina por los sueños —manifestó Bair en una voz tenue pero firme—. Tenéis que aprender a controlarlas si os proponéis seguir con esto.

—Soy capaz de controlar mis ideas muy bien, gracias —replicó, tajante, Nynaeve—. Yo… —No sólo la voz de Bair era tenue. Las dos Sabias parecían… como difusas, y Egwene, con un vestido de montar azul pálido, casi transparente—. ¿Qué os ocurre? ¿Por qué tenéis ese aspecto?

—Intenta entrar al *Tel'aran'rhiod* mientras estás medio dormida sobre una silla de montar y lo entenderás —repuso secamente Egwene. Su imagen pareció fluctuar—. Es por la mañana en la Tierra de los Tres Pliegues y estamos viajando. Tuve que convencer a Amys para que me dejara acudir a la cita, pues temía que os asustarais si no aparecía.

—Ya es una tarea difícil sin ir a caballo —dijo Amys—, y más sumida en un sueño ligero, cuando lo que se desea es estar despierta. Egwene todavía no lo domina bien.

—Pero lo haré —aseguró la joven, irritada y resuelta. Siempre era demasiado impetuosa y testaruda en su deseo de aprender; si estas Sabias no la sujetaban por una oreja, seguramente se precipitaría en todo tipo de problemas.

Nynaeve dejó a un lado su preocupación por Egwene cuando la joven empezó a

contarle el ataque de trollocs y Draghkar al dominio Peñas Frías; que Seana, una Sabia y caminante de sueños, se encontraba entre las víctimas habidas; que Rand apremiaba a los Taardad Aiel hacia la reunión en el tal Alcair Dal, por lo visto saltándose todas las costumbres, enviando mensajeros para que acudieran más septiares. El muchacho no había confiado a nadie sus intenciones, los Aiel estaban con los nervios de punta y Moraine estaba que echaba las muelas. La frustración de la Aes Sedai debería haberla alegrado —había deseado que Rand fuera capaz de escapar de la influencia de esa mujer— pero Egwene tenía un gesto de honda preocupación.

—Ignoro si lo impulsa la locura o el propósito —terminó Egwene—. Creo que podría soportarlo tanto si fuera lo uno como lo otro, pero sabiéndolo. Nynaeve, admito que no es la profecía ni Tarmon Gai'don lo que me tiene angustiada ahora mismo. Quizá te parezca absurdo, pero le prometí a Elayne que cuidaría de él y no sé cómo hacerlo.

La antigua Zahorí caminó alrededor de la espada de cristal para llegar junto a la joven y rodearla con el brazo. Al menos su tacto era sólido a pesar de que parecía una imagen reflejada en un espejo borroso. La cordura de Rand. No podía hacer nada respecto a eso ni decirle nada que le sirviera de consuelo. Egwene era la que estaba allí, con él.

—Lo mejor que puedes hacer por Elayne es decirle a Rand que lea lo que le escribió. A veces la veo preocupada por eso; no quiere hablar de ello, pero creo que tiene miedo de haber dicho más de lo que debía. Si ese chico cree que está completamente entontecida, seguramente se sentirá igual, lo que no la perjudicará en lo más mínimo. Por lo menos tenemos algunas nuevas positivas en Tanchico. —Cuando las explicó, sin embargo, no parecían justificar siquiera lo de «algunas».

—Así que todavía no sabéis qué es lo que buscan —comentó Egwene después de que terminara—. Pero, aunque lo supieseis, están sobre ello y todavía pueden encontrarlo antes.

—No si yo puedo impedirlo. —Nynaeve clavó en las Sabias una mirada firme, impávida. Por lo que Egwene le había contado sobre la renuencia de Amys y las demás de ofrecer nada salvo advertencias, iba a necesitar una gran firmeza para tratar con ellas. Las imágenes de las dos mujeres eran tan tenues que un soplido un poco fuerte las haría desaparecer como un jirón de niebla—. Elayne piensa que sabéis todo tipo de trucos con los sueños. ¿Hay algún modo de que pueda entrar en el sueño de Amathera para descubrir si es una Amiga Siniestra?

—Estúpida chica. —El largo cabello de Bair se meció cuando la Sabia sacudió la cabeza—. Sí, una estúpida chica, aunque seáis Aes Sedai. Entrar en el sueño de otro es muy peligroso a menos que os conozca y os esté esperando. Es su sueño, no esto. Allí, la tal Amathera lo controlará todo. Incluso a vos.

Había estado tan convencida de que ésta era la solución que descubrir lo contrario

le causó una gran irritación. ¿Y eso de «estúpida chica»?

—No soy ninguna chica —espetó. Habría querido tirarse de la trenza, pero en lugar de ello apretó el puño contra su costado; por alguna razón, el gesto de tirar de la coleta le causaba un extraño malestar últimamente—. Fui la Zahorí de Campo de Emond antes de… convertirme en Aes Sedai. —Ahora apenas vacilaba al decir esta mentira—. Yo les decía cuándo debían sentarse o callarse a mujeres tan mayores como vosotras. Si sabéis cómo ayudarme, hacedlo en lugar de soltar rezongos *estúpidos* sobre si esto o aquello es peligroso. Sé reconocer el peligro cuando lo veo.

Inesperadamente, advirtió que la única trenza se había dividido en dos, una sobre cada oreja, y que estaban tejidas con cintas de colores que terminaban en grandes lazos. Su falda se había acortado de tal modo que se le veían las rodillas; llevaba una blusa blanca y suelta como las de las Sabias, y sus zapatos y medias habían desaparecido. ¿De dónde había salido *esto*? En ningún momento había pensado llevar puesto nada semejante. Egwene se tapó la boca con la mano precipitadamente. ¿Era un gesto de estupefacción? Debía de serlo porque, naturalmente, no iba a estar sonriendo.

—Las ideas incontroladas —dijo Amys— pueden ser realmente molestas, Nynaeve Sedai, hasta que se aprende. —A despecho de su tono afable, las comisuras de sus labios apuntaban una sonrisa divertida apenas encubierta.

Nynaeve logró mantener el gesto impasible merced a un gran esfuerzo de voluntad. Imposible que esas mujeres tuvieran algo que ver con el nuevo atuendo. «¡No pueden haberlo hecho!» Puso todo su empeño en realizar el cambio, y le costó un gran trabajo, como si algo la mantuviera vestida así ni que quisiera ni que no. Sus mejillas se congestionaron más y más. De repente, justo en el momento en que estaba a punto de rendirse y pedir consejo, e incluso ayuda, sus ropas y su cabello volvieron a ser como antes. Movió los dedos de los pies dentro de los zapatos, satisfecha. Tenía que haber sido una idea peregrina que se le había pasado por la cabeza sin darse cuenta. En cualquier caso, no pensaba manifestar en voz alta ninguna de sus sospechas; las mujeres, incluso Egwene, ya tenían una expresión en exceso divertida. «No he venido aquí para participar en una absurda competición. No pienso darles esa satisfacción.»

—Si no debo entrar en su sueño, ¿puedo entonces traerla al *Tel'aran'rhiod*? He de encontrar un modo de hablar con ella.

—No os enseñaríamos eso aunque supiéramos cómo hacerlo —dijo Amys al tiempo que se ajustaba el chal con aire malhumorado—. Lo que pedís es malo, Nynaeve Sedai.

—La mujer se encontraría tan indefensa aquí como vos en su sueño. —La tenue voz de Bair sonaba dura como una barra de hierro—. Desde el primer caminante de sueños se ha transmitido la norma de que a nadie se lo debe llevar a un sueño. Se dice

que eso era lo que hacía la Sombra en los últimos días de la Era de Leyenda.

Bajo aquellas duras miradas, Nynaeve cambió el peso de uno a otro pie con nerviosismo; cayó en la cuenta de que su brazo rodeaba a Egwene y no lo movió. No estaba dispuesta a permitir que la joven pensara que las Sabias la habían inquietado. Y no lo habían hecho. Si revivía los días en que la llevaban a rastra ante el Círculo de Mujeres antes de que fuera elegida Zahorí, no se parecía en nada con encontrarse frente a las Sabias. Firmeza, era el término que describía el modo en que la contemplaban. Borrosas o no, estas mujeres podían contender mirada contra mirada con Siuan Sanche. En especial Bair. No es que la intimidaran, pero comprendía lo acertado de mostrarse razonable.

—Tanto Elayne como yo necesitamos ayuda. El Ajah Negro está a punto de apoderarse de algún objeto capaz de hacer daño a Rand. Si lo encuentran antes que nosotras, es muy probable que lo controlen. Necesitamos hallarlo antes. Si hay algo que podáis hacer para ayudarnos, algo que podáis aconsejarme… Cualquier cosa.

—Aes Sedai —dijo Amys—, tenéis la facilidad de hacer que una petición de ayuda suene como una exigencia. —Nynaeve apretó los labios. ¿Exigencia? ¡Pero si casi les había suplicado! Empero, la Aiel no pareció advertir el gesto de la antigua Zahorí. O quizá prefirió hacer como si no lo hubiera visto—. Sin embargo, un peligro para Rand al'Thor… No podemos permitir que la Sombra consiga tal cosa. Hay un modo.

—Es peligroso. —Bair sacudió enérgicamente la cabeza—. Esta joven sabe menos de lo que Egwene sabía cuando vino a nosotras. Demasiado peligroso para ella.

—Entonces, a lo mejor yo podría… —empezó Egwene.

—No. —Las dos Sabias la atajaron al tiempo.

—Tú vas a terminar tu adiestramiento. Tienes muchas ganas de sobrepasar el límite de tus conocimientos —adujo Bair, cortante, a la par que Amys manifestaba con idéntica dureza:

—No estás en Tanchico, no conoces el lugar y no tienes la necesidad de Nynaeve. Ella es la cazadora.

Bajo aquellos ojos acerados, Egwene se sometió, aunque a regañadientes. Las dos Sabias intercambiaron una mirada. Finalmente, Bair se encogió de hombros y se cubrió la cabeza con el chal; era evidente que se lavaba las manos en todo lo referente a este asunto.

—Es peligroso —repitió Amys. Del modo en que hablaban daba la impresión de que hasta respirar era peligroso en el *Tel'aran'rhiod*.

—¡Yo…! —Enmudeció cuando la mirada de Amys se tornó aun más dura, algo que no habría creído posible. Manteniendo firme la imagen de sus ropas como eran (por supuesto ellas no tenían nada que ver con eso, sólo que parecía sensato

asegurarse de seguir vestida igual) cambió lo que iba a decir—: Tendré cuidado.

—No es posible —afirmó, impasible, Amys—, pero no conozco otro modo. La necesidad es la clave. Cuando hay demasiadas personas en un dominio, se tiene que dividir el septiar, y la necesidad es por el agua y el nuevo dominio. Si no se conoce un emplazamiento con agua, a alguna de nosotras se nos puede pedir que lo busquemos. La clave entonces es la necesidad de un valle o cañón apropiado, no muy distante del primero, que tenga agua. Concentrarse en esa necesidad nos lleva cerca de lo que queremos. Concentrarse de nuevo en la necesidad nos aproxima aun más. Cada paso nos va acercando más al objetivo hasta que, finalmente, no sólo uno está en el valle, sino de pie junto al lugar donde se encontrará agua. Para vos puede ser más difícil porque no sabéis exactamente qué buscáis, aunque el acicate de lo imperioso de esa necesidad podría compensarlo. Además, ya tenéis una idea aproximada de dónde se encuentra, en ese palacio.

»El peligro —la Sabia se inclinó ligeramente hacia ella y pronunció las palabras con un tono tan duro como su mirada—, es éste, y debéis estar alerta: cada paso se da a ciegas, con los ojos cerrados. No sabréis dónde vais a aparecer cuando los abráis. Encontrar agua no sirve de mucho si se está plantada junto a un nido de víboras. Los colmillos de un áspid matan con igual rapidez en el Mundo de los Sueños que en el de la vigilia. Creo que esas mujeres de las que nos ha hablado Egwene son capaces de matar con mayor rapidez que una serpiente.

—Yo hice eso —exclamó Egwene. Nynaeve notó que daba un respingo cuando los ojos de las Aiel se volvieron hacia ella—. Antes de conoceros —se apresuró a añadir—. Antes de que fuéramos a Tear.

Necesidad. Nynaeve sentía algo más de aprecio por las Aiel ahora que una de ellas le había proporcionado algo que podía utilizar.

—Debéis vigilar de cerca a Egwene —les dijo a la par que ceñía el brazo un poco más alrededor de la joven para demostrarle que sus palabras estaban dictadas por el cariño—. Tenéis razón, Bair. Siempre intenta hacer más de lo que sabe. Siempre ha sido así. —Por alguna razón, Bair arqueó una de sus blancas cejas mirándola a ella.

—Yo no lo veo así —intervino Amys secamente—. Ahora es una alumna dócil y disciplinada ¿verdad, Egwene?

La joven apretó los labios en un gesto obstinado. Estas Sabias no la conocían bien si pensaban que a una mujer de Dos Ríos se la podía describir como dócil y disciplinada. Por otro lado, Egwene no había replicado, y eso era nuevo en ella. Por lo visto, estas Sabias eran unas mujeres tan duras como las Aes Sedai.

La hora de la que disponía se estaba terminando y la impaciencia por probar el nuevo método bullía en su interior; si Elayne la despertaba, podría tardar horas en volver a dormirse.

—Dentro de siete días una de nosotras estará aquí para volver a reunirse contigo

—manifestó.

—De acuerdo —asintió Egwene—. Dentro de siete días Rand se habrá mostrado a los jefes de clan como El que Viene con el Alba y tendrá a todos los Aiel apoyándolo. —Las Sabias rebulleron ligeramente y Amys se ajustó de nuevo el chal, pero la muchacha no lo advirtió—. Sólo la Luz sabe lo que se propone hacer a continuación.

—Siete días —repitió Nynaeve—. Para entonces, Elayne y yo nos habremos apoderado de lo que quiera que Liandrin y su cuadrilla van buscando. —O, lo que también podía ocurrir, lo tendría en su poder el Ajah Negro. Así que las Sabias no estaban tan seguras como Egwene de que los Aiel siguieran a Rand en sus planes. No había certidumbre en nada. Empero, no tenía sentido hacer que Egwene cargara con más dudas—. Cuando cualquiera de nosotras dos vuelva a verte, las habremos cogido por las orejas y las habremos metido en sacos para enviarlas a la Torre, donde serán juzgadas.

—Procura tener cuidado, Nynaeve. Sé que en ti eso es difícil, pero de todos modos inténtalo. Dile a Elayne lo mismo de mi parte. No es tan… osada como tú, pero en ocasiones no te anda muy a la zaga.

Amys y Bair pusieron una mano sobre cada hombro de la muchacha y las tres desaparecieron.

¿Que procurara tener cuidado? Chiquilla estúpida. Ella siempre lo tenía. ¿Qué había estado a punto de decir Egwene en vez de «osada»? Nynaeve se cruzó de brazos para evitar tirarse de la trenza. Quizá fuera mejor no saberlo.

Entonces cayó en la cuenta de que no le había contado a la muchacha lo de Egeanin. Tal vez era mejor no remover el recuerdo de su cautividad. A ella no se le habían olvidado las pesadillas que Egwene había sufrido durante semanas después de que la liberaran, despertando al gritar que no la encadenarían con la correa. Sí, era mejor dejarlo estar. Otra cosa sería si Egwene tuviera que conocer a la seachan. «¡Así la Luz la fulmine! ¡Así la reduzca a cenizas! ¡Maldita Egeanin!»

—Estoy desaprovechando el tiempo —dijo en voz alta. Las palabras levantaron eco entre las columnas. Ahora que las otras mujeres se habían marchado, la sala tenía un aire más agorero, más como un lugar adecuado para observadores ocultos y para cosas dispuestas a saltarle a uno encima. Era hora de marcharse.

Antes, sin embargo, cambió el peinado a un manojo de trencillas recogidas en una cola de caballo, y el atuendo por un vestido de seda verde oscura cuyos pliegues se le pegaban al cuerpo. Un velo transparente le cubría la boca y la nariz y se agitaba levemente cuando respiraba. Con una mueca, agregó cuentas de jade entretejidas en las finas trenzas. En caso de que cualquiera de las hermanas Negras estuviera utilizando alguno de los *ter'angreal* robados para entrar en el Mundo de los Sueños y la viera en la Palacio de la Panarch, creerían que sólo era una tarabonesa que tenía un

sueño normal. Varias la conocían de vista, no obstante. Levantó unas cuantas trencillas entretejidas con cuentas y sonrió. Un pálido rubio dorado. Hasta ahora no había caído en la cuenta de que tal cosa era posible. «Me pregunto qué aspecto tendré. ¿Podrán reconocerme a pesar de todo?»

De repente un espejo de pie apareció al lado de *Callandor*. En el cristal, sus oscuros ojos se desorbitaron por la impresión y su boca llena se quedó abierta. ¡Tenía la cara de Rendra! Los rasgos fluctuaron pasando de los suyos a los de la posadera, mientras los ojos y el cabello cambiaban rápidamente de oscuros a claros; Nynaeve hizo un esfuerzo y mantuvo fijos los de Rendra. Ahora ya no la reconocerían. Y Egwene pensaba que no sabía ser precavida.

Cerró los párpados y se concentró en Tanchico, en el Palacio de la Panarch, en la necesidad. Algo peligroso para Rand, para el Dragón Renacido. Necesidad… A su alrededor, el *Tel'aran'rhiod* fluctuó; lo percibió, como una especie de tirón, y abrió los ojos con ansiedad para ver dónde estaba.

Era un dormitorio, y tan grande como seis juntos de El Patio de los Tres Ciruelos, las blancas paredes adornadas con frisos pintados, y lámparas doradas colgadas del techo por cadenas del mismo color. Las altas columnas de la cama se extendían en ramas y hojas cinceladas que formaban el techo. Una mujer de mediana edad se encontraba pegada contra una de las columnas de los pies de la cama, con la espalda rígida; era realmente bonita, con el mismo estilo de boca llena que Nynaeve había adoptado. Sobre las oscuras trenzas reposaba una corona de doradas hojas trifoliadas entre rubíes y perlas, con una piedra de la luna tan grande como un huevo de gallina en el centro; alrededor del cuello colgaba una amplia estola que le llegaba hasta las rodillas y en la que había bordados árboles. Aparte de la corona y la estola su cuerpo sólo estaba cubierto por una brillante película de sudor.

Sus ojos trémulos estaban prendidos en una mujer que se encontraba tumbada cómodamente en un diván bajo. Esta mujer estaba de espaldas a Nynaeve, tan traslúcida como Egwene lo estaba antes. Era de talla baja y constitución menuda, con el oscuro cabello cayendo suelto en ondas sobre los hombros. El vestido de falda amplia, de seda amarillo pálido, no era en absoluto tarabonés. Nynaeve no tuvo que verle la cara para saber que tenía aspecto zorruno y grandes ojos azules, ni necesitó percibir las ataduras de Aire que sujetaban a la mujer contra la columna para saber que se trataba de Temaile Kinderode.

—… aprender tanto cuando utilicéis vuestros sueños en lugar de perder el tiempo durmiendo —estaba diciendo Temaile con su acento cairhienino, riéndose—. ¿No os estáis divirtiendo? ¿Qué puedo enseñaros a continuación? Ah, ya sé. «He amado a un millar de marineros». —Agitó el índice en actitud admonitoria—. Aseguraos de que aprendéis toda la letra a la perfección, Amathera. Sabéis que no me gustaría tener que… ¿Qué miráis boquiabierta?

De repente, Nynaeve reparó en que la mujer sujeta a la cama —¿Amathera? ¿La Panarch?— tenía fijos los ojos en ella. Temaile se movió lánguidamente como si fuera a girar la cabeza.

Nynaeve cerró los ojos de golpe. Necesidad.

Cambio.

Se recostó pesadamente contra la estrecha columna e inhaló aire como si hubiera corrido treinta kilómetros, sin preguntarse siquiera dónde se encontraba. El corazón le palpitaba desbocado. Hablando de aparecer en el nido de unas víboras. Temaile Kinderode. La hermana Negra Amico les había contado que esa mujer disfrutaba haciendo daño; qué no haría para que una componente del Ajah Negro lo comentara. Y ella sin ser capaz de encauzar ni una pizca de Poder. Podría haber acabado decorando la otra columna de la cama, junto a Amathera. «¡Luz! —Se estremeció al imaginarlo—. ¡Tranquilízate, mujer! Ya has salido de allí y aunque Temaile te viera sólo sería un atisbo de una mujer rubia que desaparecía, una simple tarabonesa que en sus sueños había entrado un instante en el *Tel'aran'rhiod*.» Seguramente Temaile no había sido consciente de su presencia el tiempo suficiente para percibir que podía encauzar; aunque no pudiera hacerlo voluntariamente, la habilidad seguía siendo perceptible para alguien que compartía esa capacidad. Sólo un instante. Con suerte, no lo bastante para advertirlo.

Al menos, ahora sabía la situación de Amathera. Saltaba a la vista que la Panarch no era una aliada de Temaile. Este método de búsqueda ya había dado sus frutos. Pero no lo necesario. Haciendo todo lo posible por controlar la respiración, miró en derredor.

Hileras de finas columnas blancas se extendían a lo largo y ancho de una inmensa sala de planta casi cuadrada, con baldosas blancas suavemente pulidas y relieves dorados en el alto techo. Un grueso cordón de seda blanca se extendía alrededor de toda la sala sujeto a unos postes de oscura madera pulida, de aproximadamente un metro de alto, excepto en aquellos puntos donde había puertas en arcos de doble punto. Pedestales y mostradores abiertos se alineaban en las paredes, y esqueletos de unas bestias peculiares así como más mesas de exhibición ocupaban el hueco central, rodeados también por el cordón. Por la descripción de Egwene, era la sala principal de exposición del palacio. Lo que buscaba debía de estar en esta estancia. El siguiente paso no sería tan a ciegas como el primero; aquí, desde luego, no habría víboras ni Temaile.

Una atractiva mujer apareció de repente junto a una caja de cristal con cuatro patas talladas que había en el centro de la sala. No era tarabonesa; el oscuro cabello le caía suelto sobre los hombros, pero no era eso lo que había dejado boquiabierta a Nynaeve. El vestido de la mujer parecía de niebla, a veces plateada y opaca, y a veces gris y tan tenue que se le transparentaba claramente el cuerpo. Desde dondequiera

que se hubiera soñado aquí, sin duda poseía una gran imaginación para concebir algo así. Ni siquiera las escandalosas vestimentas de la domani, de las que tanto había oído hablar, debían de ser tan descocadas.

La mujer miró sonriente la caja de cristal y continuó caminando por la sala; se detuvo en el lado opuesto para examinar algo que Nynaeve no alcanzaba a ver, algo oscuro que había sobre un pedestal de piedra blanca.

Nynaeve frunció el entrecejo y soltó el puñado de trenzas rubias que tenía aferrado. La mujer desaparecería en cualquier momento; pocas personas dormidas permanecían en el *Tel'aran'rhiod* mucho tiempo. Además, no importaba que esa mujer la viera; estaba segura de que no era ninguna de las hermanas Negras de la lista. Y, sin embargo, le resultaba… Nynaeve reparó en que de nuevo se había agarrado las trenzas. Esa mujer… Por propia voluntad, su mano dio un fuerte tirón de las coletas, y Nynaeve se la miró con desconcierto; tenía los nudillos blancos y la mano le temblaba. Era casi como, si al pensar que esa mujer… El brazo le temblaba descontrolado, como si tratara de arrancarle el pelo de cuajo. «¿Por qué, en nombre de la Luz?»

La mujer vestida de niebla seguía plantada frente al lejano pedestal blanco. Los temblores se propagaron por el brazo de Nynaeve hacia el hombro. Nunca había visto a esa mujer, estaba segura, y, no obstante… Trató de abrir los dedos; el único resultado fue que se crisparon y tiraron con más fuerza. Por supuesto que jamás la había visto. Temblando de pies a cabeza, se estrechó con el otro brazo. Por supuesto que… Los dientes le empezaron a castañetear. La mujer parecía… Oh, cómo quería llorar. La mujer…

Un aluvión de imágenes estalló en su mente; salió lanzada violentamente hacia atrás y fue a chocar con la columna que había a su espalda, como si aquellas imágenes tuvieran fuerza física; los ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas. Entonces volvió a verlo todo: la sala de La Caída de las Flores y aquella atractiva y fuerte mujer envuelta por el halo del *Saidar*. A Elayne y a ella parloteando como niñas, peleando por ser la primera en responder, soltando todo lo que sabían. ¿Cuánto le habían contado? Resultaba difícil recordar los detalles, pero sí que se había callado algunas cosas. No porque quisiera, ya que le habría contado todo a la mujer, habría hecho lo que le hubiera pedido. Sus mejillas ardieron por la vergüenza y la ira. Si le había ocultado algunas cosillas fue sólo porque estaba tan… ¡ansiosa! por responder a la última pregunta que le había hecho que se saltaba ciertos detalles.

«No tiene sentido —le dijo una vocecita en lo más recóndito de su mente—. Si es una hermana Negra a la que no conozco, ¿por qué no nos entregó a Liandrin? Podría haberlo hecho. Habríamos ido tras ella como corderillos.»

La fría cólera no la dejaba escuchar. Una hermana Negra la había hecho bailar como una marioneta y después le dijo que lo olvidara. Le ordenó que olvidara. ¡Y ella

había obedecido! Bien, pues ahora se iba a enterar esa mujer lo que era hacerle frente estando presta y advertida.

Antes de que tuviera tiempo de alcanzar la Fuente Verdadera, Birgitte apareció repentinamente junto a la siguiente columna, vestida con la corta chaqueta blanca y amplios pantalones amarillos, recogidos en los tobillos. Birgitte o alguna mujer soñando que era esa heroína, con el dorado cabello peinado en una compleja trenza. Se llevó un dedo a los labios y señaló a Nynaeve; después apuntó hacia la puerta de doble arco que había tras ellas. En los azules ojos había una expresión apremiante. Y desapareció.

Nynaeve sacudió la cabeza. Fuera quien fuera esa mujer, no tenía tiempo que perder. Se abrió al *Saidar* y se volvió, henchida al máximo de Poder Único y de justa cólera. La mujer vestida de niebla ya no estaba allí. ¡No estaba! ¡Y todo por culpa de esa necia de cabello dorado que la había distraído! A lo mejor ella sí seguía por aquí, esperándola. Envuelta en el Poder, cruzó el umbral de doble arco que la mujer le había señalado.

En efecto, la encontró allí, esperando en un pasillo cubierto por una rica alfombra, donde las lámparas apagadas emitían un aroma a aceite perfumado. Ahora sostenía un arco de plata y una aljaba con flechas plateadas colgada a la cintura.

—¿Quién eres? —demandó, furiosa, Nynaeve. Le daría la oportunidad de explicarse y después le enseñaría una lección que no olvidaría fácilmente—. ¿La misma necia que me disparó en el Yermo, afirmando que era Birgitte? ¡Estaba a punto de dar una lección de buenos modales a una hermana del Ajah Negro cuando por tu culpa se escabulló!

—Soy Birgitte —contestó la mujer, apoyándose en el arco—. Al menos, ése es el nombre por el que me reconocerías. Y la lección podrías haberla recibido tú, tanto aquí como en la Tierra de los Tres Pliegues. Recuerdo las vidas que he vivido como si fueran libros releídos hasta la saciedad, las más antiguas con menos precisión que las más próximas, pero recuerdo bien cuando luché al lado de Lews Therin y jamás olvidaré el rostro de Moghedien, como tampoco el de Asmodean, el hombre al que estabas vigilando en Rhuidean.

¿Asmodean? ¿Moghedien? ¿Esa mujer era uno de los Renegados? Una aquí, en Tanchico. ¡Y otro en Rhuidean, en el Yermo! Egwene podría habérselo advertido si sabía algo. Y ahora no había modo de avisarle hasta dentro de siete días. La rabia —y el *Saidar*— la inundaron.

—¿Qué haces aquí? Sé que todos aparecéis cuando el Cuerno de Valere os llama, pero estás…

Dejó la frase en el aire, un tanto azorada por lo que había estado a punto de decir, pero la otra mujer la finalizó por ella:

—¿Muerta? Aquellos de nosotros vinculados con la Rueda no estamos muertos

del mismo modo que los demás. ¿Dónde mejor podemos esperar hasta que la Rueda nos teja en otras vidas nuevas que en el Mundo de los Sueños? —Birgitte se echó a reír de repente—. Empiezo a hablar como si fuera una filósofa. En casi todas las vidas que alcanzo a recordar nací como una sencilla muchacha que toma el arco. Soy arquera, nada más.

—Eres la heroína de mil relatos de leyenda —dijo Nynaeve—. Y vi lo que tus flechas hicieron en Falme. El encauzamiento de las seachan no te afectaba. Birgitte, nos enfrentamos a casi una docena de hermanas del Ajah Negro y, por lo visto, también con una Renegada. Nos vendría bien tu ayuda.

La otra mujer hizo una mueca, entre avergonzada y triste.

—No puedo, Nynaeve. Me es imposible tocar el mundo físico a no ser que el Cuerno me llame de nuevo. O que la Rueda vuelva a tejerme en su entramado. Si lo hiciera en este momento, te encontrarías con una criatura prendida al pecho de su madre. En cuanto a Falme, el Cuerno nos había emplazado; no estábamos allí como vosotros, físicamente. Ésa es la razón de que el Poder no nos afectara. Aquí, todo es parte del sueño, y el Poder Único podría destruirme igual que a ti. Con más facilidad aun. Ya te lo he dicho: soy una arquera, una antigua guerrera, nada más. —La complicada trenza dorada se meció al sacudir la cabeza—. No sé por qué te estoy explicando esto. Ni siquiera debería hablar contigo.

—¿Por qué no? Ya hemos hablado en anteriores ocasiones. Y Egwene me contó que te había visto. Porque eras tú, ¿verdad? —Nynaeve frunció el entrecejo—. ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Es que sabes las cosas así, sin más?

—Sé lo que veo y lo que oigo. Te he estado observando y escuchando cada vez que he podido encontrarte. A ti y a las otras dos mujeres y al joven que va con lobos. Según los preceptos, no podemos hablar con nadie que sepa que se encuentra en el *Tel'aran'rhiod*. Empero, el mal camina por los sueños igual que por el mundo físico; vosotros, los que lo combatís, me atraéis. Aun cuando soy consciente de que apenas puedo hacer nada, me encuentro deseando ayudaros. Pero no me es posible. Viola los preceptos; preceptos que me han sostenido durante tantos giros de la Rueda que en mis más antiguos y borrosos recuerdos sé que ya he vivido un centenar o un millar de vidas. Hablar contigo viola preceptos tan poderosos como la ley.

—Lo hace —dijo una severa voz masculina.

Nynaeve dio un brinco y a punto estuvo de atacar con el Poder. El hombre tenía la piel atezada y era musculoso; las largas empuñaduras de dos espadas asomaban por encima de los hombros. Dio unos pasos desde donde había aparecido hacia Birgitte. Por lo que sabía sobre la arquera, aquellas espadas bastaban para identificar al hombre como Gaidal Cain, pero si bien la rubia Birgitte era hermosa como se la describía en las leyendas, no ocurría lo mismo con él. De hecho, quizás era el hombre más feo que Nynaeve había visto en su vida, con aquel rostro ancho y aplastado, la

enorme nariz y la boca fina y demasiado grande. Birgitte le sonrió, sin embargo; la caricia de sus dedos en la mejilla del guerrero indicaba algo más que aprecio. Fue sorprendente constatar que era más bajo que la arquera. Debido a su constitución fornida y sus poderosos movimientos, daba la sensación de ser más alto de lo que realmente era.

—Casi siempre hemos estado vinculados —le explicó Birgitte a Nynaeve, sin apartar los ojos de Cain—. Por lo general, él nace antes que yo, de modo que sé que mi momento se acerca cuando no logro encontrarlo, y la mayoría de las veces lo odio a primera vista en el mundo físico, aunque también solemos acabar siendo amantes o casándonos. Una historia sencilla, pero creo que la hemos hilado en mil variantes.

Cain hacía como si Nynaeve no existiera.

—Los preceptos existen por una razón, Birgitte. Romperlos nunca ha traído otra cosa que conflictos y problemas. —Su voz era realmente severa, en nada parecida a la del hombre de los relatos.

—Quizá soy incapaz de quedarme al margen mientras el mal lucha —adujo la arquera en tono quedo—. O tal vez se deba simplemente a que anhelo encarnarme de nuevo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nacimos. La Sombra se alza de nuevo, Gaidal. Y lo hace aquí. Tenemos que combatirla. Ésa es la razón de que estemos vinculados a la Rueda.

—Cuando el Cuerno nos llame, lucharemos. Cuando la Rueda nos teja, lucharemos. ¡Pero hasta entonces no! —La miró furioso—. ¿Has olvidado lo que te prometió Moghedien cuando seguimos a Lews Therin? La vi, Birgitte. Sabrá que estás aquí.

La arquera se volvió hacia Nynaeve.

—Os ayudaré en lo que esté en mi mano, pero no esperes mucho. El *Tel'aran'rhiod* es mi único mundo, y aquí puedo hacer menos aun que tú.

Nynaeve parpadeó; que ella hubiera visto, el atezado y fornido hombre no se había movido, pero de repente se encontraba a dos pasos de distancia y pasaba una piedra de amolar a lo largo del filo de una de sus espadas, con un suave chirrido. Evidentemente, en lo que a él concernía, Birgitte estaba hablando con el aire.

—¿Qué puedes contarme de Moghedien, Birgitte? Tengo que saber qué he de hacer para hacerle frente.

Todavía apoyada en el arco, Birgitte frunció el entrecejo en un gesto pensativo.

—Enfrentarse a Moghedien es difícil y no sólo porque sea Renegada. Se mantiene escondida y no corre riesgos. Ataca únicamente cuando ve debilidad y sólo se mueve a la sombra. Si teme salir derrotada, huirá; no es de las que luchan hasta las últimas consecuencias, ni siquiera si ello significa la oportunidad de alzarse con la victoria. Tener posibilidades no es suficiente para Moghedien. Pero no la subestimes. Es como una serpiente enroscada entre la hierba alta que espera el momento oportuno para

atacar y con menos compasión incluso que un ofidio. Ante todo no la subestimes. Lanfear siempre reclamó el *Tel'aran'rhiod* como su propio terreno, pero Moghedien la supera en las cosas que es capaz de hacer aquí, si bien no posee su fuerza en el mundo físico. Creo que no correría el riesgo de enfrentarse a Lanfear.

Nynaeve se estremeció; el miedo batallaba contra la ira que le permitía mantener el vínculo con el Poder. Moghedien. Lanfear. Con qué tranquilidad hablaba esta mujer de las Renegadas.

—Birgitte, ¿qué fue lo que Moghedien te prometió?

—Sabía quién era aunque yo misma lo ignoraba. Desconozco cómo se enteró. —La arquera lanzó una ojeada a Cain, que parecía absorto en su espada, pero a pesar de ello bajó el tono de voz—. Me prometió que me haría llorar en soledad mientras la Rueda siga girando. Lo dijo como un hecho fehaciente que todavía no había ocurrido.

—¿Y aun así estás dispuesta a ayudar?

—En la medida de mis posibilidades, Nynaeve. Recuerda que te advertí que no esperaras demasiado. —De nuevo volvió la vista hacia el hombre que afilaba la espada—. Volveremos a encontrarnos, Nynaeve. Si eres prudente y sobrevives. —Levantó el arco de plata y se dirigió hacia Cain; echándole el brazo sobre los hombros, le susurró algo al oído. Fuera lo que fuera lo que le dijo, cuando desaparecieron Cain reía de buena gana.

Nynaeve sacudió la cabeza. Prudencia. Todo el mundo le decía que tuviera cuidado. Una heroína legendaria que se había comprometido a ayudar, sólo que era poco lo que podía hacer. Y una de las Renegadas en Tanchico.

Recordar a Moghedien, lo que esa mujer le había hecho, reavivó su cólera hasta el punto de que el Poder Único vibró dentro de sí como el propio sol. De repente, se encontró de nuevo en la gran sala donde estaba antes, casi deseando que la mujer hubiera regresado. Pero la inmensa estancia se hallaba vacía a excepción de ella. La rabia y el Poder rugían en su interior de tal modo que pensó que su piel empezaría a tostarse y a calcinarse. Moghedien o cualquiera de las hermanas Negras podían percibir su presencia con mayor facilidad si estaba henchida del Poder que en caso contrario, pero aun así no interrumpió el contacto con la Fuente Verdadera. Casi ansiaba que la encontraran para tener la oportunidad de atacarlas. Seguramente Temaile continuaba en el *Tel'aran'rhiod*. Si volvía a aquel dormitorio podría arreglar cuentas con ella de una vez por todas. Y en tal caso pondría sobre aviso a las demás. La impotencia la hizo bramar de rabia.

¿Por qué habría sonreído Moghedien? Se dirigió hacia el estuche de cristal, una amplia caja colocada sobre una mesa tallada, y miró dentro. Seis figurillas desparejadas formaban un círculo debajo del cristal. Una mujer desnuda, de un palmo de alto, guardando equilibrio sobre la punta de un pie, bailando, toda ella líneas en movimiento, y un pastor, de unos diez o doce centímetros, tocando el caramillo, con

el cayado apoyado en el hombro y una oveja a sus pies, eran tan distintos entre sí como con las otras figurillas. Empero, no le cupo duda de lo que había hecho sonreír a la Renegada.

En el centro del círculo, una peana lacada en rojo sostenía un disco tan grande como la mano de un hombre; una línea sinuosa lo dividía en dos mitades, una de ellas de un blanco tan reluciente como la nieve, y la otra, negra como la pez. Estaba hecho de *cuendillar*, estaba segura; ya había visto otros semejantes, y sólo se habían fabricado siete. Era uno de los sellos de la prisión del Oscuro, un foco para uno de los cerrojos que lo retenían fuera del mundo, en Shayol Ghul. Éste era quizá un descubrimiento tan importante como lo que quiera que fuera que amenazaba a Rand. Había que apoderarse de él para que el Ajah Negro no lo tuviera a su alcance.

De pronto reparó en su imagen reflejada en la tapa de la caja; era del más puro cristal, sin burbujas, y proyectaba una imagen tan clara como un espejo, aunque un poco menos nítida. Los pliegues de seda verde oscuro envolvían su cuerpo de modo que marcaban cada curva de los senos, de las caderas y de los muslos. Las largas trenzas trigueñas, salpicadas de cuentas de jade, enmarcaban un rostro de grandes ojos castaños y una boca llena. El brillo del *Saidar* no se reflejaba, por supuesto. Disfrazada así ni siquiera ella misma se reconocía, pero era casi tanto como llevar un cartel colgado que pusiera «Aes Sedai».

—Sé actuar con prudencia —murmuró. Empero, siguió abierta al *Saidar* un poco más. El Poder que la henchía era como un torrente de vida que le corría por los miembros, todo el placer experimentado en su vida rezumando por cada poro de su cuerpo. Al final, la sensación de ridículo fue suficiente para quitar hierro a su ira y permitirle interrumpir el contacto con la Fuente Verdadera. O tal vez apagara lo bastante su cólera para que le resultara imposible mantenerlo abierto.

Fuera por la razón que fuera, ello no la ayudaba en su cometido. Lo que buscaba tenía que encontrarse aquí, en esta gran sala, entre todos esos mostradores. Apartando a duras penas los ojos de lo que parecía el esqueleto de un lagarto de nueve metros de largo y con hileras de dientes, cerró los párpados. Necesidad. Peligro para el Dragón Renacido, para Rand. Necesidad.

Cambio.

Estaba de pie, por dentro del cordón de seda blanco que recorría el perímetro de la sala, con el borde de un pedestal de piedra blanca rozando su vestido. Lo que había encima —un collar y dos brazaletes de metal negro— no parecía ser peligroso a primera vista, pero esto era lo más cerca que podía estar de cualquier cosa. «No a menos que me siente sobre ello», pensó con ironía.

Alargó la mano para tocarlo —*dolor, pena, sufrimiento*— y la retiró bruscamente, dando un respingo; aún percibía aquellas sensaciones básicas en su cerebro. No le cupo ni la más leve duda: esto era lo que buscaba el Ajah Negro. Y si seguía sobre el

pedestal en el *Tel'aran'rhiod* significaba que también lo estaba en el mundo de vigilia. Las había derrotado. El pedestal de piedra blanca.

Giró sobre sí misma rápidamente y miró hacia la caja de cristal que contenía el sello de *cuendillar*, localizando el lugar donde había visto a Moghedien por primera vez. La Renegada había estado parada ante este pedestal, contemplando el collar y los brazaletes. Moghedien tenía que saberlo, pero…

Todo en derredor se tornó borroso, empezó a girar y desapareció.

—Despierta, Nynaeve —musitó Elayne a la par que contenía un bostezo y sacudía a la mujer dormida por los hombros—. Tiene que haber pasado ya una hora, y me gustaría dormir un poco. Despierta o te meteré la cabeza en el balde de agua.

Los ojos de Nynaeve se abrieron de par en par, clavados fijamente en ella.

—Si sabe lo que es, ¿por qué no se lo ha dado a las hermanas Negras? Y si ellas saben quién es, ¿por qué tiene que mirarlo en el *Tel'aran'rhiod*? ¿Se está ocultando de ellas también?

—¿De qué hablas?

Con las trenzas meciéndose al incorporarse para recostar la espalda en el cabecero de la cama, Nynaeve tiró del camisón de seda hacia abajo para colocárselo.

—Te diré de qué estoy hablando.

Elayne fue abriendo la boca más y más a medida que la antigua Zahorí le explicaba el resultado que había tenido su encuentro con Egwene. Buscar la necesidad. Moghedien. Birgitte y Gaidal Cain. El collar y los brazaletes de metal negro. Asmodean en el Yermo. Uno de los sellos de la prisión del Oscuro en el Palacio de la Panarch. Elayne se dejó caer al suelo y se recostó pesadamente contra el lado del colchón mucho antes de que Nynaeve llegara a lo de Temaile y la Panarch, que relató al final como si acabara de recordarlo. Y lo de cambiar de apariencia, enmascarándose como Rendra. Si Nynaeve no hubiese estado tan terriblemente seria, la heredera del trono habría pensado que era uno de los cuentos fantásticos de Thom.

Egeanin, que se había sentado cruzada de piernas y con las manos sobre las rodillas, tenía una expresión de incredulidad. Elayne confió en que la antigua Zahorí no organizara un escándalo por haberle soltado las muñecas a la mujer.

Moghedien. Ésa era la parte más terrible. Una de las Renegadas en Tanchico. Una de las Renegadas tejiendo el Poder alrededor de ellas dos, haciendo que le contaran todo. Elayne no recordaba lo más mínimo. La mera idea fue suficiente para que se llevara las manos al estómago, repentinamente revuelto.

—No sé si Moghedien —«Luz, ¿de verdad entró aquí y nos hizo…?»— se está ocultando de Liandrin y las otras, Nynaeve. Eso encajaría con lo que Birgitte —«Luz, ¡Birgitte dándole consejos!»— te contó de ella.

—Sea lo que sea lo que trama Moghedien, tengo intención de ajustar cuentas con

ella. —La voz de Nynaeve sonaba tensa. Se dejó caer contra el cabecero de madera con flores talladas—. En cualquier caso, tenemos que sacar el sello de allí además del collar y los brazaletes.

—¿Cómo pueden ser peligrosas unas joyas para Rand? —Elayne sacudió la cabeza—. ¿Estás segura? ¿Son una especie de *ter'angreal*? ¿Qué aspecto tienen exactamente?

—Tienen el aspecto de un collar y unos brazaletes —espetó la otra mujer, exasperada—. Dos brazaletes articulados hechos con algún metal negro, y un collarín ancho como un collar negro de… —Sus ojos se volvieron hacia Egeanin, pero no tan rápidos como los de Elayne.

Impasible, la mujer de cabello oscuro se puso de rodillas para sentarse sobre los talones.

—Nunca he oído hablar de un *a'dam* hecho para un hombre o con el aspecto que habéis descrito. Nadie intenta controlar a un hombre capaz de encauzar.

—Ésa es exactamente su utilidad —dijo lentamente Elayne. «Oh, Luz, supongo que albergaba la esperanza de que no existiera tal objeto.» Por lo menos Nynaeve lo había encontrado primero; al menos tenían la oportunidad de impedir que lo utilizaran contra Rand.

Nynaeve estrechó los ojos al reparar en las muñecas sueltas de Egeanin, pero no hizo ningún comentario.

—Moghedien tiene que ser la única que lo sabe. De lo contrario, no tiene sentido. Si podemos encontrar el modo de entrar en el palacio, podremos coger el sello y el… lo que quiera que sea. Y si de paso podemos sacar también a Amathera, Liandrin y sus brujas se encontrarán cercadas por la Legión de la Panarch, la Fuerza Civil y puede que hasta por los Capas Blancas. Les será imposible romper un cerco así ni siquiera encauzando. El problema está en entrar sin que nos descubran.

—Le he estado dando vueltas a eso —dijo Elayne—, pero me temo que los hombres nos van a crear dificultades intentando impedírnoslo.

—Tú déjamelos a mí —resopló Nynaeve—. Les…

El estruendo de unos golpes sonó en el pasillo; un hombre gritó. De forma tan repentina como se había iniciado, el ruido cesó. Era Thom el que estaba de guardia a la puerta.

Elayne corrió a abrir la puerta al tiempo que abrazaba el *Saidar*. Nynaeve la siguió pisándole los talones, y también Egeanin.

Thom empezaba a incorporarse del suelo, con una mano en la cabeza. Juilin con su vara y Bayle Domon con el garrote estaban plantados junto a un hombre de cabello claro que yacía boca abajo a sus pies, inconsciente.

Elayne se acercó presurosa a Thom e intentó ayudarlo a levantarse. El juglar le dedicó una sonrisa agradecida, pero le apartó las manos obstinadamente.

—Me encuentro bien, pequeña. —¿Que se encontraba bien? ¿Con ese chichón en la frente?—. El tipo venía andando por el pasillo y, de repente, me soltó una patada en la cabeza. Supongo que iba tras mi bolsa de dinero. —Así, como si nada. Habiendo recibido una patada en la cabeza y aún así decía que estaba bien.

—Habría logrado su propósito si no me hubiera acercado para ver si Thom quería que lo relevara —comentó Juilin.

—Si no lo hubiera decidido yo —rezongó Domon.

Para variar, la hostilidad entre ambos parecía menos enquistada de lo habitual. Elayne tardó sólo un instante en comprender la razón. Nynaeve y Egeanin habían salido al pasillo en camisón. Juilin las contemplaba de un modo aprobador que le habría ocasionado problemas si Rendra hubiera estado allí, aunque al menos procuraba disimularlo. Por el contrario, Domon no hacía ningún esfuerzo por enmascarar su franca apreciación de la seachan, cruzándose de brazos y frunciendo los labios de un modo insultante mientras la miraba de arriba abajo.

La situación se hizo evidente enseguida para las otras dos mujeres, pero sus reacciones no pudieron ser más dispares. Nynaeve, con el fino camisón de seda, asestó al rastreador una mirada gélida y regresó, muy tiesa, al dormitorio, desde donde asomó la cabeza por el marco de la puerta, con un leve rubor en las mejillas. Egeanin, cuyo camisón de lino era más largo y menos revelador que el de Nynaeve —Egeanin, que había mostrado una fría serenidad mientras la hacían prisionera, que luchaba como un Guardián— abrió desmesuradamente los ojos y, roja como la grana, dio un respingo de espanto. Elayne la miró sorprendida cuando la seachan soltó un chillido avergonzado y regresó de un salto a la habitación.

Las puertas se empezaron a abrir en el pasillo y se asomaron cabezas que desaparecieron al instante acompañadas por portazos al ver a un hombre despatarrado en el suelo y a otros plantados de pie junto a él. Los ruidos de muebles arrastrándose revelaron que la gente se atrincheraba en sus cuartos poniendo camas o armarios contra las puertas.

Al cabo de unos instantes, Egeanin se asomó por el cerco de la puerta, en el lado opuesto a Nynaeve, todavía ruborizada hasta la raíz del cabello. Realmente Elayne no lo entendía. La seachan estaba en camisón, cierto, pero éste la tapaba casi tanto como lo hacía el vestido tarabonés que llevaba ella. Empero, Juilin y Domon no tenían ningún derecho a comérsela con los ojos. Asestó a los dos hombres una mirada tan cortante que los habría puesto en su sitio de inmediato.

Por desgracia, Domon estaba demasiado ocupando riendo y frotándose el labio superior para darse cuenta. Por lo menos Juilin sí lo advirtió, aunque soltó un hondo suspiro, como hacían los hombres cuando consideraban que se los trataba de un modo injusto. Evitando los ojos de Elayne, se inclinó para dar la vuelta al tipo de pelo claro. Era un hombre apuesto, esbelto.

—Conozco a este individuo —exclamó Juilin—. Es el que intentó robarme. O eso pensé —añadió lentamente—. No creo en las casualidades. Salvo que el Dragón Renacido esté en la ciudad.

Elayne intercambió una mirada desconcertada con Nynaeve. El extraño no debía de estar al servicio de Liandrin; el Ajah Negro jamás contrataría rufianes callejeros. La heredera del trono volvió los ojos hacia Egeanin en una mirada interrogante. La de Nynaeve era más imperiosa.

—Es un seachan —dijo Egeanin al cabo de un momento.

—¿Un intento de rescate? —murmuró secamente la antigua Zahorí, pero la otra mujer sacudió la cabeza.

—No pongo en duda que me buscara a mí, pero no para rescatarme, creo. Si sabe, o simplemente sospecha, que he dejado libre a Bethamin, querría… hablar conmigo. —Elayne sospechó que era algo más que hablar, cosa que confirmó Egeanin al añadir —: Lo mejor sería cortarle el cuello. Podría intentar crearos problemas a vos también si piensa que sois amigas mías o si descubre que sois Aes Sedai.

El corpulento illiano la miró conmocionado, y Juilin se quedó boquiabierto. Por su parte, Thom asintió con la cabeza con una inquietante expresión pensativa.

—No estamos aquí para degollar seachan —dijo Nynaeve como si tal cosa pudiera cambiar más adelante—. Bayle, Juilin, llevadlo al callejón que hay en la parte posterior de la posada. Para cuando vuelva en sí, será afortunado si conserva encima la ropa interior. Thom, buscad a Rendra y decidle que nos lleve té bien cargado a la sala La Caída de las Flores. Y preguntadle si tiene algo de corteza de sauce; os prepararé algo para la cabeza. —Los tres hombres se quedaron mirándola de hito en hito—. ¡Vamos, moveos! —espetó—. ¡Tenemos que hacer planes!

Casi no le dio tiempo a Elayne a entrar antes de cerrar con un tremendo portazo. Luego empezó a meterse el vestido por la cabeza; Egeanin manoseó torpemente el suyo, con premura, como si los hombres todavía estuvieran mirándola.

—Lo mejor es no hacerles caso, Egeanin —dijo Elayne. Resultaba raro estar aconsejando a una mujer mayor que Nynaeve; pero, por muy competente que la seachan fuera en otros menesteres, saltaba a la vista que sabía poco sobre los hombres —. Si no, se crecen. Ignoro el porqué —admitió—, pero así es. Ibais cubierta decorosamente, de veras.

Egeanin sacó la cabeza por el cuello del vestido.

—¿Decorosamente? No soy ninguna muchacha de la servidumbre. ¡Ni una danzarina shea! —Su gesto ceñudo dio paso a una expresión perpleja—. Sin embargo, es bastante bien parecido. Nunca había pensado en él bajo ese aspecto.

Preguntándose qué sería una danzarina shea, Elayne se acercó a ella para ayudarla a abrochar los botones.

—Rendra no se quedará al margen si permitís a Juilin que coquetee con vos —

comentó.

La mujer de cabello oscuro le lanzó una mirada sobresaltada por encima del hombro.

—¿El rastreador? Yo me refería a Bayle Domon. Un hombre bien plantado, pero contrabandista —suspiró con pesar—. Un transgresor de la ley.

Elayne llegó a la conclusión de que había gustos para todo; por ejemplo, Nynaeve amaba a Lan, y el Guardián tenía unos rasgos pétreos y era demasiado intimidante, pero ¿Bayle Domon? ¡Pero si era casi tan ancho como alto, corpulento como un Ogier!

—Con ese tipo de cháchara me recuerdas a Rendra, Elayne —espetó Nynaeve, que se esforzaba denodadamente en abrocharse el vestido, con las dos manos a la espalda—. Si has terminado de charlotear acerca de los hombres, ¿te importaría pasar por alto los comentarios acerca de la nueva costurera que sin duda has encontrado? Tenemos que hacer planes. Si esperamos hasta que nos hayamos reunido con ellos, intentarán encargarse del asunto, dejándonos a un lado, y no estoy de humor para andar perdiendo tiempo en ponerlos en su sitio. ¿Aún no has terminado con ella? No me vendría mal un poco de ayuda.

Tras acabar de abrochar el último botón de Egeanin, la heredera del trono se dirigió hacia Nynaeve con aire frío. Ella no charloteaba de hombres y de ropa. No era, ni de lejos, como Rendra. Nynaeve apartó las trenzas a un lado y miró con el entrecejo fruncido a la joven cuando ésta tiró bruscamente del vestido para abrocharlo. La triple hilera de botones en la espalda era necesaria, no un adorno. Para sus adentros, Elayne pensaba que Nynaeve era la que seguía los consejos de Rendra respecto a la última moda de los corpiños prietos, pero luego decía que eran otras las que perdían el tiempo pensando en ropa. Desde luego, ella tenía muchas otras cosas en las que pensar.

—He estado dándole vueltas al modo de entrar en el palacio sin que adviertan nuestra presencia, Nynaeve. Podemos ser invisibles.

A medida que exponía su idea, el ceño de la antigua Zahorí se fue borrando. También ella había concebido un plan para colarse en el palacio. Cuando Egeanin hizo unas sugerencias, Nynaeve apretó los labios, pero las ideas de la seachan eran atinadas y ni siquiera ella podía rechazarlas porque sí. Cuando estuvieron listas para bajar a la sala de La Caída de las Flores, ya habían trazado y acordado un plan, y no estaban dispuestas a permitir que los hombres lo alteraran ni un ápice. Moghedien, el Ajah Negro o quienquiera que estuviera al mando en el Palacio de la Panarch, se iba a quedar sin sus trofeos antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando.

53



El precio de una despedida

Sólo tres velas y dos lamparillas alumbraban la sala principal de la Posada del Manantial, ya que tanto las primeras como el aceite escaseaban. Las lanzas y otras armas se habían retirado de las paredes; el barril que contenía viejas espadas se hallaba vacío. Las lámparas estaban encima de dos mesas que se habían juntado frente a la alta chimenea de piedra, donde Marin al'Vere, Daise Congar y otras componentes del Círculo de Mujeres estaban repasando las listas de las escasas reservas de víveres que quedaban en Campo de Emond. Perrin intentaba no escuchar.

En otra mesa, Faile se entretenía afilando uno de sus cuchillos haciendo un monótono siseo al pasar la piedra de amolar por la hoja. Sobre el tablero, delante de la joven, había un arco, y de su cintura colgaba una aljaba repleta de flechas. Al final había resultado que era una arquera bastante aceptable, pero Perrin confiaba en que la joven no descubriera nunca que ese arco era de un chiquillo; Faile no podría tensar un arco largo de Dos Ríos hecho para un hombre, aunque no quisiera admitirlo.

Desplazando un poco el hacha a fin de que no se le hincara en el costado, trató de centrarse de nuevo en lo que estaba discutiendo con los hombres que había con él alrededor de la mesa. No todos ellos tenían puesta la atención donde deberían.

—Ellas tienen lámparas —rezongaba Cenn—, y nosotros tenemos que conformarnos con velas de sebo. —El sarmentoso viejo dirigió una mirada resentida al par de bujías metidas en candelabros de bronce.

—Déjalo ya, Cenn —pidió, cansado, Tam mientras sacaba la pipa y la bolsa de tabaco que llevaba metidas debajo del talabarte—. Por una vez, deja de chinchar.

—Si necesitamos leer o escribir —intervino Abell en un tono menos paciente que sus palabras—, tendremos lámparas. —Llevaba un vendaje sobre la frente.

Como para recordar al techador que él era el alcalde, Bran se colocó bien el medallón plateado con una balanza que colgaba sobre su amplio tórax.

—Ocúpate del asunto que tenemos entre manos, Cenn. No pienso consentir en que hagas perder el tiempo a Perrin con tus historias.

—Sólo dije que deberíamos tener lámparas —protestó Cenn—. Perrin puede decirme si le hago perder el tiempo.

El joven suspiró; la noche intentaba cerrarle los párpados. Deseó que fuera otro quien representara al Consejo del Pueblo, como Haral Luhhan o Jon Thane o Samel Crawe o cualquiera menos Cenn, con sus quejas. Claro que, en ocasiones, querría que uno de estos hombres se volviera hacia él y le dijera: «Éstos son asuntos del alcalde y el Consejo, jovencito. Vuélvete a la forja y ya te diremos lo que tienes que hacer». En lugar de eso, se preocupaban por no hacerle perder tiempo, respetuosos con él. Tiempo. ¿Cuántos ataques habían tenido en los siete días transcurridos desde el primero? Ya había perdido la cuenta.

El vendaje en la frente de Abell lo irritaba. Ahora las Aes Sedai sólo Curaban las heridas más graves; si un hombre podía ir tirando, que aguantara. Tampoco es que hubiera habido muchas heridas graves hasta ahora; pero, como Verin comentaba irónicamente, hasta las fuerzas de una Aes Sedai tenían un límite. Por lo visto, el truco de las piedras de las catapultas desgastaba tanta energía como la Curación. Por una vez, Perrin no quería que le recordaran los límites de la fuerza de una Aes Sedai. Pocos malheridos. Todavía.

—¿Cómo andamos de flechas? —preguntó. Eso era sobre lo que se suponía tenía que estar pensando.

—Bastante bien —respondió Tam, que prendió la pipa con una de las velas—. Todavía podemos recuperar la mayoría de las que disparamos, por lo menos cuando hay luz del día. Los trollocs se llevan a la rastra montones de cadáveres de los suyos durante la noche (carne para llenar las ollas, imagino) y ésas las perdemos.

Los otros hombres también estaban sacando sus pipas de bolsitas o bolsillos de las chaquetas; Cenn masculló algo sobre que había olvidado la bolsa de tabaco. Rezongando, Bran le pasó la suya y, al inclinarse, la calva coronilla le brilló con la luz de la vela.

Perrin se frotó los ojos. ¿Qué se suponía que tenía que preguntar a continuación? Ah, sí, las estacadas. Ahora se combatía en las estacadas en casi todos los ataques, sobre todo de noche. ¿Cuántas veces habían estado los trollocs a punto de saltar las defensas? ¿Tres? ¿Cuatro?

—¿Tiene todo el mundo una lanza o algún tipo de pica ahora? ¿Qué nos queda para hacer más? —El silencio le respondió y el joven bajó la mano. Todos tenían los ojos fijos en él.

—Ya preguntaste lo mismo ayer —dijo suavemente Abell—. Y Haral te contestó que no quedaba una sola horca o guadaña en todo el pueblo que no se hubiera utilizado para hacer un arma. En realidad, tenemos más armas que manos para empuñarlas.

—Sí, por supuesto. Se me había olvidado. —Un fragmento de la conversación sostenida por el Círculo de Mujeres captó su atención:

—… no hay que dejar que se enteren los hombres —decía en voz queda Marin,

como si repitiera una advertencia hecha otras veces.

—Por supuesto que no —resopló Daise, aunque en un tono igualmente bajo—. Si los muy necios se enteran de que las mujeres estamos a media ración, insistirán en comer la misma cantidad, y no podemos…

Perrin cerró los párpados e intentó cerrar los oídos. Por supuesto. Los hombres combatían. Los hombres tenían que conservar las fuerzas. Simple. Al menos, ninguna mujer tenía que luchar todavía. Excepto las dos Aiel, claro está, y Faile, pero la joven era lo bastante lista para quedarse en segundo plano cuando llegaba el momento de arremeter con las lanzas entre las estacas de las barricadas. Tal era el motivo de que él hubiera buscado ese arco para ella. Tenía el corazón de una tigresa y más coraje que dos hombres juntos.

—Creo que es hora de que te vayas a la cama, Perrin —sugirió Bran—. No puedes seguir así, durmiendo a ratos, una hora aquí y otra allí.

El joven se rascó la barba enérgicamente e intentó dar la impresión de estar alerta y despejado.

—Dormiré después. —Cuando hubiera terminado todo—. ¿Los hombres están durmiendo suficiente? He visto a algunos sentados cuando tendrían que…

La puerta principal se abrió violentamente y entró el delgaducho Dannil Lewin, con el arco en la mano y muy agitado. Llevaba una de las espadas del barril colgada a la cadera; Tam había estado impartiendo clases cuando tenía tiempo, y a veces uno de los Guardianes también dedicaba un rato a ello.

Antes de que Dannil tuviera oportunidad de abrir la boca, Daise espetó:

—¿Qué modales son ésos, Dannil Lewin? ¿Es que te has criado en una cuadra?

—Desde luego, podrías tratar mi puerta con más cuidado. —Marin repartió su intencionada mirada entre el delgaducho joven y Daise, como recordándole a la otra mujer que, al fin y a la postre, la puerta era suya.

Dannil agachó la cabeza y carraspeó.

—Os pido disculpas, señora al'Vere —se apresuró a decir—. Perdonad, Zahorí. Lamento haber irrumpido así, pero traigo un mensaje para Perrin. —Se dirigió, presuroso, hacia la mesa ocupada por los hombres, como si temiera que las mujeres volvieran a detenerlo con más reproches—. Los Capas Blancas han traído a un hombre que quiere hablar contigo, Perrin. Dice que no hablará con nadie más. Está malherido, y lo han dejado a la entrada del pueblo. No creo que pudiera llegar hasta la posada.

Perrin se obligó a levantarse.

—Ya voy. —Por lo menos, no se trataba de otro ataque. Por la noche eran peores.

Faile cogió su arco y se reunió con él antes de que llegara a la puerta. Y Aram se puso de pie, vacilante, de un rincón en sombras al pie de la escalera. Estaba siempre tan callado que a veces Perrin olvidaba que el joven estaba allí. Tenía una pinta rara

con esa espada colgada a la espalda sobre la sucia chaqueta de rayas amarillas, tan propia de un gitano, con los ojos brillantes, sin parpadear, y el semblante carente de expresión. Ni Raen ni Ila habían dirigido la palabra a su nieto desde el día en que cogió aquella espada. Y tampoco a Perrin.

—Si vas a venir, adelante —instó, y Aram se plantó detrás de él. Lo seguía como un sabueso siempre que no estuviera incordiando a Tam, Ihvon o Tomás para que le enseñaran a manejar la espada. Era como si hubiera reemplazado a su familia y a su pueblo con Perrin. Éste habría preferido no cargar con esa responsabilidad, pero las cosas eran como eran.

La luna derramaba su luz sobre los tejados de bálago. En pocas casas se veía más de una luz encendida. El silencio reinaba en el pueblo. Alrededor de unos treinta Compañeros montaban guardia fuera de la posada con sus arcos, y todos los que habían podido encontrar una, también llevaban espada; todo el mundo había adoptado ese nombre, y Perrin se encontró utilizándolo también con gran disgusto por su parte. La razón de los guardias apostados en la posada o allí donde estuviera Perrin se encontraba en el Prado, que ya no estaba lleno de ovejas y vacas. Las fogatas brillaban por encima del manantial, más allá de donde se alzaba ese estúpido estandarte con la cabeza de lobo que ahora coleaba fláccido; las lumbres, con su resplandor, parecían charcos de luz en medio de la oscuridad, rodeados de pálidas capas en las que se reflejaba la luz de la luna.

Nadie había querido acoger en casa a los Capas Blancas; todas las viviendas estaban ya bastante abarrotadas, y, de todos modos, Bornhald no deseaba separar a sus hombres. El oficial parecía pensar que el pueblo se volvería contra él y sus soldados en cualquier momento; si seguían a Perrin, entonces tenían que ser Amigos Siniestros. Ni siquiera los ojos del joven alcanzaban a distinguir los rostros alrededor de las fogatas, pero le pareció sentir la mirada fija de Bornhald, resentida, al acecho.

Dannil ordenó a diez Compañeros que escoltaran a Perrin, todos ellos hombres jóvenes que tendrían que haber estado divirtiéndose y pasándolo bien, pero que ahora estaban listos para velar por su seguridad, con los arcos prestos. Aram no se unió a los jóvenes a los que Dannil dirigía por la oscura calle de tierra; él estaba con Perrin y con nadie más. Faile caminaba al lado del joven, los oscuros ojos relucientes a la luz de la luna, escudriñando los alrededores como si ella fuera su única protección.

Allí donde el Antiguo Camino entraba en Campo de Emond, las carretas que cerraban el acceso habían sido retiradas para dejar pasar a la patrulla de Capas Blancas, veinte hombres equipados con lanzas y armaduras, montados en corceles tan inquietos como sus jinetes. En la noche destacaban claramente a los ojos de cualquiera, y la mayoría de los trollocs veía en la oscuridad tan bien como el propio Perrin, pero los Capas Blancas insistían en sus patrullas. A veces sus reconocimientos por los alrededores habían servido para advertir a tiempo de los ataques y quizá su

hostigamiento tenía a los trollocs algo desconcertados. Empero, no habría estado mal que él supiera qué se traían entre manos antes de que estuviera hecho.

Un puñado de aldeanos y granjeros, equipados con piezas de armaduras y unos cuantos yelmos herrumbrosos, se apiñaba alrededor de un hombre vestido como un campesino que yacía en el camino. Se apartaron para dejarles paso a Faile y a él, y Perrin se agachó sobre una rodilla junto al hombre.

El olor a sangre era muy fuerte y el sudor brillaba en el rostro del herido, iluminado por la luna. Una flecha trolloc, con el astil tan grueso como un pulgar y apariencia de una pequeña lanza, estaba alojada en el pecho del hombre.

—Perrin… Ojos Dorados —balbució con voz ronca y respirando trabajosamente —. He… de… llegar… hasta… Perrin… Ojos Dorados.

—¿Alguien ha ido a llamar a una de las Aes Sedai? —demandó el joven mientras incorporaba al herido con el mayor de los cuidados, sosteniéndole la cabeza sobre su brazo. No prestó atención a la respuesta; dudaba que el herido aguantara hasta que llegara una Aes Sedai—. Soy Perrin.

—¿Ojos Dorados? No… te veo… bien. —Sus ojos desorbitados miraban con expresión extraviada el rostro del joven; si hubiera visto algo, por poco que fuera, el hombre tendría que haber advertido sus ojos, que brillaban amarillos en la oscuridad.

—Soy Perrin Ojos Dorados —respondió de mala gana.

El hombre lo agarró por el cuello de la camisa y tiró hacía sí con sorprendente fuerza.

—Ya… venimos. Me enviaron… para decírtelo. Estamos… en cami… —Su cabeza cayó hacia atrás, ahora con la mirada fija en la nada.

—Que la Luz acoja su alma —musitó Faile mientras se colgaba el arco al hombro.

Al cabo de un momento Perrin soltó los dedos crispados del hombre que permanecían aferrados a su camisa.

—¿Alguien lo conoce? —Los vecinos de Dos Ríos se miraron entre sí y sacudieron la cabeza. Perrin alzó la vista hacia los Capas Blancas montados—. ¿Dijo algo más mientras lo traíais hacia aquí? ¿Dónde lo encontrasteis?

Jaret Byar lo contempló fijamente desde lo alto del caballo; con su rostro descarnado y los ojos hundidos era la viva imagen de la muerte. Los otros Capas Blancas miraron hacia otra parte, pero Byar se empeñaba en buscar los ojos amarillos de Perrin en todo momento, especialmente de noche, cuando brillaban. El oficial masculló algo entre dientes —Perrin oyó «Engendro de la Sombra»— y taconeó los costillares de su montura. La patrulla entró en el pueblo a medio galope, tan ansiosa de alejarse de Perrin como de los trollocs. Aram los siguió con la mirada, los ojos inexpresivos, con una mano sobre el hombro para rozar con las puntas de los dedos la empuñadura de la espada.

—Dijeron que lo encontraron a cinco o seis kilómetros al sur. —Dannil vaciló antes de añadir—: También dijeron que los trollocs están desperdigados en pequeños grupos, Perrin. Quizá se han dado por vencidos finalmente.

Perrin soltó al forastero en el suelo. «Ya venimos.»

—Mantened la vigilancia. Tal vez alguna familia que todavía siguiera en su granja por fin haya decidido venir al pueblo. —Dudaba mucho que nadie hubiera podido sobrevivir en el campo durante tanto tiempo, pero cabía la posibilidad—. Tened cuidado no vayáis a disparar contra nadie por error. —Se tambaleó ligeramente al incorporarse y Faile le puso una mano en el brazo.

—Deberías estar en la cama, Perrin. Tienes que dormir algo.

El joven sólo la miró. Tendría que haberla hecho quedarse en Tear. De un modo u otro. Si lo hubiera pensado bien, habría encontrado la manera.

Uno de los corredores, un chiquillo de pelo rizoso que apenas le llegaba al pecho, se abrió paso entre los hombres de Dos Ríos y tiró a Perrin de la manga. El joven no lo conocía; había muchas familias granjeras.

—Algo se mueve en el Bosque del Oeste, lord Perrin. Me enviaron para advertiros.

—No me llames así —dijo Perrin secamente. Si no paraba a los chicos, los Compañeros empezarían a usarlo también—. Ve y diles que voy hacia allí.

El chico se alejó corriendo.

—A donde tienes que ir es a la cama —insistió firmemente Faile—. Tomás está capacitado para ocuparse de cualquier ataque.

—No es ningún ataque o en caso contrario el muchacho lo habría dicho y alguien estaría soplando la corneta de Cenn.

La joven se colgó de su brazo y trató de conducirlo hacia la posada, de modo que Perrin la llevó a rastras cuando echó a andar en dirección contraria. Tras unos minutos de fútiles intentos, Faile se dio por vencida y simuló que únicamente iba agarrada de su brazo. Sin embargo, rezongó entre dientes. Todavía pensaba que hablaba en voz tan baja que él no podía escucharla. Empezó con «majadero», «cabezota» y «músculos sin cerebro», pero los improperios fueron subiendo de tono. Formaban una curiosa procesión: Faile dirigiéndole invectivas, Aram pegado a sus talones y los diez Compañeros rodeándolo como una guardia de honor. Si no hubiera estado tan cansado, se habría sentido como un completo idiota.

Había centinelas apostados en pequeños grupos a lo largo de la estacada, vigilando en la noche, cada uno con un chico mensajero. En el extremo occidental del pueblo todos los hombres que montaban guardia se habían reunido en la parte interior de la barricada, toqueteando con nerviosismo las lanzas y los arcos mientras escudriñaban en dirección al Bosque del Oeste. A pesar de la luz de la luna, la fronda tenía que ser un manto de negrura para sus ojos.

La capa de Tomás hacía que partes de su cuerpo dieran la sensación de desvanecerse en la noche. Bain y Chiad estaban con él; por alguna razón, las dos Doncellas se habían apostado todas las noches a este extremo de Campo de Emond desde que Loial y Gaul se habían marchado.

—No te habría molestado —dijo el Guardián a Perrin—, pero parece que sólo hay uno ahí fuera, y pensé que a lo mejor tú podías…

Perrin asintió. Todos estaban enterados de su agudeza visual, sobre todo en la oscuridad. Las gentes de Dos Ríos parecían considerarlo algo especial, algo que lo señalaba como un estúpido héroe. No tenía la menor idea de lo que pensaban de ello los Guardianes o las Aes Sedai, y esta noche estaba demasiado cansado para que le importara. Siete días ¿y cuántos ataques?

El lindero del Bosque del Oeste se encontraba a unos quinientos pasos. Incluso para sus agudos ojos, los árboles sólo eran una línea en medio de sombras. Algo se movió; algo lo bastante grande para ser un trolloc, una corpulenta figura que iba cargada con… El bulto levantó un brazo. Un humano. Una alta sombra transportando a un humano.

—¡No dispararemos! —gritó. Quería reír; de hecho, se dio cuenta de que se estaba riendo—. ¡Adelante! ¡Ven aquí, Loial!

La borrosa figura empezó a acercarse a una velocidad superior a la carrera de cualquier humano y enseguida se concretó en el Ogier que trotaba rápidamente con Gaul cargado a cuestas.

Los hombres de Dos Ríos lanzaron gritos de ánimo, como si se tratara de una carrera de competición.

—¡Corre, Ogier! ¡Rápido, rápido!

A lo mejor sí que era una carrera; más de un ataque había venido de esa fronda.

A corta distancia de la estacada, Loial se frenó en seco; apenas había espacio para sus gruesas piernas para cruzarla de costado. Cuando llegó al otro lado de la estacada, soltó al Aiel en el suelo y él se dejó caer. Jadeando, recostó la espalda contra el seto, con las copetudas orejas hundidas en un gesto de agotamiento. Gaul brincó a pata coja hasta que también se sentó, y Bain y Chiad se ocuparon, afanosas, en examinar su muslo izquierdo, donde los calzones estaban desgarrados y oscurecidos con sangre seca. Sólo le quedaban dos lanzas y la aljaba estaba completamente vacía. También el hacha de Loial había desaparecido.

—Necio Ogier —rió, afectuoso, Perrin—. Mira que marcharte así. Debería dejar que Daise Congar te azotara por desertor. Al menos estás vivo. Y has regresado. —Su voz perdió fuerza al decir esto último. Estaba vivo y de vuelta en Campo de Emond.

—Lo hicimos, Perrin —jadeó Loial en un retumbo agotado—. Hace cuatro días cerramos la puerta a los Atajos. Harán falta los Mayores o las Aes Sedai para volver a abrirla.

—Me llevó cargado casi todo el trecho desde las montañas —dijo Gaul—. Un Jinete de la Noche y unos cincuenta trollocs nos persiguieron durante los tres primeros días, pero Loial los dejó atrás. —Mientras hablaba trataba de apartar a las Doncellas pero sin mucho éxito.

—Estáte quieto, Shaarad —espetó Chiad—, o alegaré haberte tocado estando armado y tendrás que escoger el modo de restaurar tu honor. —Faile soltó una risa complacida. Perrin no lo comprendió, pero el comentario acabó con la resistencia del imperturbable Aiel, que se deshizo en disculpas y balbuceos y dejó que las Doncellas se ocuparan de su pierna herida.

—¿Te encuentras bien, Loial? —preguntó Perrin—. ¿Estás herido?

El Ogier se incorporó con evidente esfuerzo y durante un instante se tambaleó como si fuera un árbol a punto de caer. Sus orejas seguían colgando fláccidas.

—No, no estoy herido, Perrin, sólo cansado. No te preocupes por mí. Llevo mucho tiempo fuera del *stedding* y las visitas no son suficientes. —Sacudió la cabeza como si estuviera desvariando y su ancha mano cubrió por completo el hombro de Perrin—. Me sentiré mucho mejor después de dormir un rato. —Bajó la voz, hasta donde un Ogier podía hacerlo, lo que significaba una especie de sonoro zumbido de abejorro—. Las cosas están muy mal ahí fuera, Perrin. Fuimos detrás de las últimas bandas montaña abajo la mayor parte del camino. Cerramos la puerta, pero me temo que debe de haber miles de trollocs en Dos Ríos y quizás unos cincuenta Myrddraal.

—Ni mucho menos —anunció Luc en voz alta. Había llegado a galope procedente del Camino del Norte. Sofrenó su negro corcel en seco y el semental se levantó sobre los cuartos traseros y piafó—. Sin duda eres experto en cantar a los árboles, Ogier, pero luchar contra trollocs es completamente distinto. Calculo que ahora quedan menos de un millar, una fuerza considerable, desde luego, pero nada que estas sólidas defensas y estos valerosos hombres no puedan mantener a raya. Ahí tienes otro trofeo, lord Perrin Ojos Dorados. —Riendo, lanzó un abultado saco de tela hacia el joven. La parte inferior brillaba con una oscura humedad a la luz de la luna.

Perrin lo cogió en el aire y lo arrojó a una considerable distancia por encima de la estacada a pesar de su peso. Cuatro o cinco cabezas de trollocs, sin duda, y quizás alguna de Myrddraal. El noble traía sus trofeos todas las noches, al parecer sin perder la esperanza de que los exhibieran para que todo el mundo pudiera verlos. Un puñado de Coplin y Congar le habían dado una fiesta la noche que llegó con un par de cabezas de Fados.

—¿Tampoco yo sé nada sobre combatir? —demandó Gaul mientras se incorporaba con esfuerzo—. Yo afirmo que hay varios miles.

Los dientes de Luc relucieron blancos al sonreír.

—¿Cuántos días has pasado en la Llaga, Aiel? Yo he estado muchos. —Tal vez era más una mueca agresiva que una sonrisa—. Muchos. Puedes creer lo que quieras,

Ojos Dorados. El interminable discurrir de los días traerá lo que traiga, como siempre lo ha hecho. —Tiró de las riendas haciendo que el semental se levantara sobre las patas traseras para dar media vuelta y se alejó galopando entre las casas y los árboles que antaño habían sido la linde del Bosque del Oeste. Los hombres de Dos Ríos rebulleron con inquietud y lo siguieron con la mirada mientras se perdía en la noche.

—Está equivocado —dijo Loial—. Gaul y yo vimos lo que vimos. —Las comisuras de la boca caídas, las cejas colgando sobre las mejillas, todo su semblante era fiel reflejo del agotamiento que sentía. No era de extrañar si había cargado con Gaul durante tres o cuatro días.

—Has hecho mucho, Loial —manifestó Perrin—. Tú y Gaul, los dos. Algo muy importante. Me temo que tu dormitorio está abarrotado con media docena de gitanos ahora, pero la señora al'Vere te preparará un jergón. Es hora de que disfrutes de ese descanso que tanto necesitas.

—Y lo mismo reza para ti, Perrin Aybara. —Algunas nubes que se desplazaban rápidamente en el cielo proyectaron sombras sobre la prominente nariz y los marcados pómulos de Faile. Era tan hermosa… Pero su voz era tan firme como la de un oficial—. Si no te acuestas ahora mismo, haré que Loial te lleve a rastras. Casi no te tienes en pie.

Gaul estaba teniendo problemas para caminar con su pierna herida, y Bain lo sujetaba por un lado; el Aiel intentó impedir que Chiad lo agarrara por el otro, pero la Doncella masculló algo como «*gai'shain*» en tono amenazador que provocó la risa de Bain, y el Aiel dejó que las dos lo ayudaran aunque empezó a farfullar furiosamente para sí. Fuera cual fuera la baza que jugaba a favor de las Doncellas, lo cierto es que tenía a Gaul en un brete. Tomás palmeó a Perrin en el hombro.

—Vete, hombre —dijo—. Todo el mundo necesita dormir. —Él parecía estar en bastante buena forma como para aguantar otros tres días sin ello.

Perrin asintió y dejó que Faile lo condujera hacia la Posada del Manantial seguidos por Loial, los Aiel, Aram, y Dannil y los diez Compañeros rodeándolos. No supo cuándo se quedaron atrás los demás, pero en cierto momento Faile y él se encontraron solos en su cuarto del segundo piso de la posada.

—Hay familias enteras que tienen que arreglarse con una habitación como ésta —rezongó. Una vela ardía sobre la repisa de piedra del pequeño hogar. Otros se arreglaban sin bujías, pero Marin encendía ésta tan pronto como oscurecía para que así nadie lo molestara—. Puedo dormir fuera con Dannil, Ban y los otros.

—No seas tonto —dijo Faile de manera que sonó afectuosa—. Si Alanna y Verin tienen una habitación para cada una, lo lógico es que tú la tengas también.

El joven advirtió entonces que le había quitado la chaqueta y que empezaba a desatar las cintas de la camisa.

—No estoy tan cansado como para no poder desnudarme yo mismo. —La empujó

suavemente hacia el pasillo.

—Quítate toda la ropa —ordenó ella—. Toda. ¿Me has oído? No se puede dormir como es debido estando vestido como tú pareces creer.

—Lo haré —prometió. Cuando por fin consiguió cerrar la puerta, se quitó las botas antes de apagar la vela de un soplido y tenderse en la cama. A Marin no le gustaría que manchara la colcha con el calzado sucio.

Miles, según Gaul y Loial. Empero, ¿cuánto podían haber visto ocultándose en su camino a las montañas y huyendo a todo correr en el de vuelta? Tal vez un millar como mucho, de acuerdo con el cálculo de Luc, pero Perrin era incapaz de confiar en el noble por muchos trofeos que trajera. Desperdigados, según los Capas Blancas. ¿A qué distancia podían aproximarse con aquellas armaduras brillantes y albas capas que destacaban en la oscuridad como linternas?

Tal vez había un modo de descubrirlo por sí mismo. Había evitado el sueño de lobos desde su última visita; el deseo de dar caza al tal Verdugo surgía impetuoso dentro de él cada vez que pensaba en regresar allí, y su deber y responsabilidad se encontraban aquí, en Campo de Emond. Ahora, sin embargo… El sueño se apoderó de él cuando aún seguía planteándoselo.

Se encontraba en el Prado bañado por el sol crepuscular; algunas nubes se deslizaban veloces por el cielo. No había ovejas ni reses alrededor del alto astil donde el estandarte con la cabeza de lobo flameaba impulsado por una suave brisa, si bien un moscardón pasó zumbando delante de su cara. Tampoco había gente entre las casas techadas con bálago. Unas pequeñas pilas de leña seca colocadas sobre cenizas señalaban las fogatas de los Capas Blancas; en el sueño de lobos rara vez había visto algo quemándose, sólo lo que estaba preparado para ser prendido o lo que ya había ardido. Ni un solo cuervo en el cielo.

Mientras escudriñaba en derredor buscando a las aves, un trozo del cielo se oscureció y se convirtió en una ventana a otro lugar. Egwene estaba en medio de una multitud de mujeres, con una expresión de miedo en los ojos; lentamente, las mujeres se arrodillaron a su alrededor. Una de ellas era Nynaeve, y también le pareció ver el cabello rubio rojizo de Elayne. Aquella ventana desapareció y fue reemplazada por otra. Mat estaba desnudo y atado, mostrando los dientes en un gruñido; tenía los brazos hacia atrás, doblados por los codos alrededor del astil negro de una extraña lanza que tenía cruzada contra la espalda, y un medallón plateado, con la cabeza de un zorro, colgaba sobre su pecho. Mat desapareció y fue reemplazado por Rand. O, al menos, a Perrin le pareció que era él. Iba vestido con harapos y una burda capa, y un vendaje le cubría los ojos. También desapareció esta tercera ventana y el cielo volvió a ser sólo cielo, excepto por las nubes.

Perrin se estremeció. Estas visiones del sueño de lobos nunca parecían tener

relación con nada conocido. Tal vez aquí, donde las cosas podían cambiar con tanta facilidad, la preocupación por sus amigos se concretaba en imágenes. Fuera lo que fuera, estaba perdiendo el tiempo angustiándose por ellas.

No lo sorprendió descubrir que llevaba un largo chaleco de cuero propio de los herreros, sin camisa; pero, cuando se llevó la mano al cinturón, se encontró con el martillo, no con el hacha. Se concentró en la larga hoja en forma de media luna y en el grueso pincho que la equilibraba. Era lo que necesitaba; el martillo cambió lentamente, como resistiéndose, pero cuando el hacha apareció colgada finalmente de la fuerte presilla de cuero, el metal continuó centelleando amenazadoramente. ¿Por qué se le resistía con tanto empeño? Sabía lo que quería. En la otra cadera apareció una aljaba repleta, y un arco largo en su mano; en el antebrazo izquierdo se materializó un brazal de cuero.

Tres zancadas que convirtieron el paisaje en una borrosa mancha lo llevaron donde supuestamente se alzaban los campamentos más próximos de los trollocs, a unos cinco kilómetros del pueblo. La última trancada lo situó en medio de una docena, más o menos, de altos montones de leña apilada sobre viejas cenizas, en un campo de cebada pisoteada, los troncos mezclándose con sillas rotas, patas de mesa e incluso una puerta. Grandes calderos de hierro negro se hallaban preparados para ser colgados encima de las lumbres. Calderos vacíos, naturalmente, aunque Perrin sabía qué se trocearía para llenarlos y qué se ensartaría en los gruesos espetones tendidos sobre algunas fogatas. ¿A cuántos trollocs alimentarían estos calderos? No había tiendas y las mantas que aparecían desperdigadas por doquier, sucias y apestando al sudor rancio de las bestias, no facilitaban ninguna pista, ya que muchos trollocs dormían como animales, tumbados en el suelo sin taparse o incluso excavando un hoyo en el que meterse.

En zancadas más pequeñas que únicamente cubrían setenta u ochenta metros cada una y en las que el entorno sólo quedaba algo borroso, rodeó Campo de Emond, de granja en granja, de pastizal a campo de cebada y de tabaco, a través de dispersos sotos, a lo largo de caminos de carretas y veredas, encontrando siempre más y más agrupamientos de fogatas listas para ser encendidas a medida que ampliaba los círculos en una espiral creciente. Demasiadas. Centenares de hogueras. Eso sólo podía significar varios millares de trollocs. Cinco mil o diez mil o veinte mil, tanto daba, ya que para Campo de Emond no suponía gran diferencia si todos atacaban a la vez.

Más al sur las señales de trollocs desaparecían; al menos, señales de su inmediata presencia. Pocas granjas y establos se habían salvado del fuego. Donde antes crecía cebada o tabaco ahora sólo quedaban rastrojos calcinados; en otros, los cultivos aplastados, pisoteados, se marchitaban. Sin más razón que el gusto por destruir; hacía mucho tiempo que la gente había huido cuando se destruyó la mayor parte. En cierto

momento, se plantó en medio de grandes montones de ceniza; en algunas ruedas de carromato todavía quedaban atisbos de vivos colores aquí y allí. La contemplación del lugar donde se había llevado a cabo la destrucción de la caravana de los Tuatha'an lo afectó incluso más que lo de las granjas. La Filosofía de la Hoja debería tener una oportunidad de ser. En alguna parte. Pero no aquí. Obligándose a no mirar, saltó hacia el sur un par de kilómetros.

Finalmente llegó a Deven Ride: hileras de casas techadas con bálago alrededor de un prado y un estanque alimentado por un manantial rodeado con piedras, el agua rebosando por los canales de desagüe que el tiempo había hecho más profundos de lo que eran originalmente. La posada que se alzaba junto al prado, El Ganso y la Flauta, también tenía el techo de bálago si bien era un poco más grande que la Posada del Manantial, a pesar de que Deven Ride debía de tener aun menos visitantes que Campo de Emond. Desde luego, el pueblo no era mayor. Carros y carretas colocados junto a las casas hablaban de granjeros que habían huido aquí con sus familias. Más carros cerraban las calles y los huecos entre las casas todo en derredor del perímetro de la aldea. Esas precauciones habrían sido insuficientes para contener un solo ataque de los sufridos por Campo de Emond en los últimos siete días.

En una espiral de tres vueltas alrededor de la aldea, Perrin encontró únicamente media docena de campamentos trollocs. Los suficientes para mantener a la gente dentro del pueblo, inmovilizarla hasta que se hubieran encargado de Campo de Emond. Después los trollocs caerían sobre Deven Ride a capricho de los Fados. A lo mejor discurría algún modo de avisar a estos campesinos; si huían hacia el sur, cabía la posibilidad de que hallaran un paso por el que cruzar el Río Blanco. Incluso intentar cruzar el salvaje Bosque de las Sombras, más abajo del río, era mejor que quedarse esperando la muerte.

El dorado sol no se había movido ni un centímetro. Aquí, el tiempo transcurría de un modo diferente.

Corrió hacia el norte lo más deprisa que pudo y pasó Campo de Emond convertido en un manchón de colores. Encaramada en el redondo promontorio, Colina del Vigía, al igual que Deven Ride, tenía cegados los huecos entre las casas con carros y carretas. Un estandarte ondeaba perezosamente con la brisa en lo alto del astil que había frente al Jabalí Blanco, en la cima del otero: una roja águila volando, sobre campo azul. El Águila Roja había sido el emblema de Manetheren; tal vez Alanna o Verin habían narrado viejos relatos durante su estancia en Colina del Vigía.

También aquí encontró pocos campamentos trollocs, los suficientes para tener encerrados a los aldeanos. En esta población era más sencillo encontrar una salida que intentar cruzar el Blanco, con sus interminables trechos de rápidos.

Siguió corriendo hacia el norte, hacia Embarcadero de Taren, a la orilla del Tarendrelle, al que siempre había llamado río Taren. Las casas eran altas y estrechas,

construidas sobre elevados cimientos de piedra para evitar los desbordamientos anuales del Taren, cuando se producía el deshielo en las Montañas de la Niebla. Casi la mitad de aquellos altos cimientos sostenían sólo montones de ceniza y vigas carbonizadas bajo la inalterable luz crepuscular. Aquí no había carretas ni señales de defensas. Ni campamentos trollocs. Quizá no quedaba nadie en este pueblo.

Al borde del agua había un sólido muelle de madera, del que partía una gruesa soga que pendía en un arco a través de la caudalosa corriente. La cuerda pasaba a través de unos aros de hierro de una barcaza plana, atracada junto al muelle. El transbordador continuaba allí, todavía utilizable.

Un salto lo transportó a través del río, donde los surcos de ruedas marcaban la orilla y había enseres desperdigados: sillas, espejos de pie, arcones e incluso unas cuantas mesas y un armario con pájaros tallados en las puertas; todas las cosas que los aterrados vecinos habían intentado salvar y que después habían abandonado para huir más deprisa. Estarían propagando la noticia de lo que estaba ocurriendo aquí, en Dos Ríos. A estas alturas algunos habrían llegado a Baerlon, unos ciento sesenta kilómetros más al norte, así como a los pueblos y aldeas existentes entre Baerlon y el río. La noticia propagándose. En otro mes llegaría hasta Caemlyn y a oídos de la reina Morgase y su Guardia Real y su poder para reunir ejércitos. Un mes, con suerte. Y otro tanto para venir hasta aquí, una vez que Morgase se convenciera de que era verdad. Demasiado tarde para Campo de Emond. Puede que para todo Dos Ríos.

Aun así, no tenía sentido que los trollocs hubieran dejado escapar a nadie. O, al menos, los Myrddraal; los trollocs no veían más allá del momento presente. Habría apostado a que la primera tarea de los Fados habría sido destruir el transbordador. No podían tener la certeza de que en Baerlon no hubiera soldados suficientes para venir contra ellos.

Se agachó para recoger una muñeca con la cara de madera pintada, y una flecha pasó zumbando sobre su cabeza, donde un momento antes estaba su torso.

Incorporándose, remontó de un salto el empinado bancal y se desplazó un centenar de metros hacia el interior del bosque, y allí se agazapó debajo de un roble; a su alrededor, el suelo de la fronda estaba cubierto de matorrales y árboles derribados por las crecidas y tapizados por las plantas trepadoras.

Verdugo. Perrin tenía una flecha encajada en el arco, y se preguntó si la habría sacado de la aljaba o simplemente la había hecho aparecer con un pensamiento. Verdugo.

A punto de dar un nuevo salto, se detuvo. Verdugo sabría aproximadamente su ubicación; él había seguido la borrosa forma del hombre con bastante facilidad; aquella especie de relámpago de colores era claramente visible si uno se quedaba parado en un sitio. Ya eran dos las ocasiones en las que había seguido el juego al otro y casi había perdido. Esta vez dejaría que Verdugo jugara solo. Esperó.

Unos cuervos sobrevolaron las copas de los árboles, buscando y comunicándose con graznidos. Ni el menor movimiento que lo delatara; ni un pestañeo. Únicamente se movían sus ojos, escudriñando el bosque a su alrededor. Una bocanada de aire errabunda le trajo un olor frío, humano pero sin serlo, y sonrió. Empero, no se oía ningún ruido salvo los cuervos; el tal Verdugo era bueno acechando. Pero él no estaba acostumbrado a que nadie le diera caza. ¿Qué más habría pasado por alto Verdugo además de los olores? Seguramente no esperaba que él se hubiera quedado en el mismo sitio donde lo había llevado el salto. Los animales huían del cazador; incluso los lobos huían.

Un atisbo de movimiento y, por un fugaz instante, apareció un rostro por encima de un pino caído, a unos cincuenta pasos. La luz oblicua lo iluminó claramente. Cabello oscuro y ojos azules; un rostro anguloso, de rasgos duros, como cincelados, que recordaban poderosamente los de Lan. Salvo porque en ese fugaz instante Verdugo se lamió los labios dos veces; tenía la frente arrugada y sus ojos escudriñaban rápidamente de aquí a allí, con nerviosismo. Lan no habría exteriorizado preocupación aunque se hubiera encontrado solo contra un millar de trollocs. Sólo un momento, y la cara desapareció de nuevo. Los cuervos volaban en círculo sobre los árboles, como si compartieran la inquietud de Verdugo, temerosos de descender por debajo de las copas.

Perrin esperó y vigiló, inmóvil. Silencio. Sólo el frío olor le ratificaba que no se encontraba solo con los cuervos.

El rostro de Verdugo volvió a aparecer, asomándose alrededor del grueso tronco de un roble, a su izquierda. Treinta pasos. Los robles no dejaban crecer nada a su alrededor, excepto unas pocas setas y plantas débiles que brotaban en el humus de la hojarasca acumulada debajo de sus ramas. Lentamente, el hombre salió a descubierto, sin que sus botas hicieran el más leve ruido.

En un solo movimiento, Perrin apuntó y disparó. Los cuervos graznaron con alarma y Verdugo giró velozmente sobre sus talones, de modo que la flecha se clavó en su pecho, pero no a través del corazón. El hombre aulló, aferrando el astil con las dos manos; una lluvia de plumas negras empezó a caer cuando los cuervos batieron frenéticamente las alas. Y Verdugo se desvaneció, él y su grito a la vez, haciéndose tenue, traslúcido, hasta desaparecer del todo. Los graznidos de los cuervos cesaron bruscamente, como cortados por un cuchillo; la flecha que había traspasado al hombre cayó al suelo. También los cuervos desaparecieron.

Con una segunda flecha aprestada y a medio disparar, Perrin soltó lentamente el aire y aflojó la cuerda tensa del arco. ¿Así era como uno moría aquí? ¿Desvaneciéndose, simplemente, para siempre?

—Por lo menos he acabado con él —murmuró. Y se había dejado llevar, desviándose de su propósito. Verdugo no era parte del motivo por el que había venido

al sueño de lobos. Al menos los lobos estarían a salvo ahora. Los lobos y puede que otros.

Salió del sueño…

… y despertó contemplando el techo, con la camisa pegada al cuerpo por el sudor. La luz de la luna penetraba a través de las ventanas. Se oía el sonido de violines tocando en alguna parte del pueblo una canción gitana. No luchaban, pero habían encontrado el modo de ayudar levantando el ánimo a la gente.

Perrin se sentó lentamente y se calzó las botas en la penumbra. ¿Cómo hacer lo que debía hacer? Sería difícil. Tenía que ser astuto. Lo malo es que no estaba seguro de que hubiera sido astuto alguna vez en su vida. Se puso de pie y pateó para que las botas le entraran del todo.

Unos gritos en el exterior y el trapaleo de unos cascos alejándose lo llevaron rápidamente hacia la ventana más próxima y abrió las hojas. Los Compañeros se arremolinaban abajo, en la calle.

—¿Qué pasa ahí?

Treinta rostros se alzaron hacia él.

—Era lord Luc, lord Perrin —gritó Ban al'Seen—. Estuvo a punto de arrollar a Wil y a Tell. Creo que ni siquiera los vio. Iba doblado sobre la silla, como si estuviera herido, y azuzando a ese semental suyo como si en ello le fuera la vida, lord Perrin.

Perrin se tiró de la barba. Luc no estaba herido cuando lo habían visto antes. Luc… ¿y Verdugo? Imposible. El hombre de cabello oscuro al que llamaba Verdugo podía pasar por hermano de Lan; por el contrario, si Luc, con su rojizo cabello, guardaba algún parecido con alguien era con Rand. Los dos hombres no podían ser más distintos. Y, sin embargo… Ese olor frío. No olían igual, pero ambos tenían un olor helado, apenas humano. A sus oídos llegaron los ruidos de carros apartándose en el arranque del Antiguo Camino, y gritos metiendo prisa. Aunque Ban y los Compañeros corrieran no alcanzarían ya al hombre. El ruido del galope tendido se perdió hacia el sur.

—Ban —llamó—, si Luc vuelve a aparecer, quiero que sea detenido y puesto bajo la vigilancia en ese mismo momento. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¡Y no me llames eso! —Tras lo cual cerró la ventana con un golpazo.

Luc y Verdugo; Verdugo y Luc. ¿Cómo podían ser el mismo? Imposible. Aunque, mirándolo bien, menos de dos años atrás él no creía en trollocs y Fados. Ya tendría tiempo de preocuparse de ello si alguna vez le ponía las manos encima a ese tipo. Ahora tenía que ocuparse de Colina del Vigía y Deven Ride y… Todavía se podía salvar a algunos. No tenía que morir todo el mundo en Dos Ríos.

De camino a la sala principal, hizo una pausa en lo alto de la escalera. Aram se levantó del último peldaño, observándolo, esperando para seguirlo dondequiera que fuera. Gaul yacía sobre un jergón cerca de la chimenea, con un ancho vendaje

alrededor del muslo izquierdo, aparentemente dormido. Faile y las dos Doncellas estaban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, cerca de él, hablando en voz baja. Había otro jergón mucho más grande tendido al otro extremo de la habitación, pero Loial estaba sentado en un banco, con las piernas estiradas para que le cupieran debajo de la mesa, casi doblado sobre el tablero y garabateando con frenesí a la luz de una vela. Sin duda estaba poniendo por escrito lo que había ocurrido en el viaje para cerrar la puerta a los Atajos. Y, si Perrin conocía al Ogier, éste daría todo el crédito a Gaul, como si el Aiel lo hubiera hecho todo. Por lo visto Loial no creía que nada de lo que hacía él pudiera calificarse de valeroso ni que mereciera la pena escribirlo. Aparte de ellos, no había nadie más en la sala. Todavía se oía la música de violines; le pareció reconocer la canción. Ahora no era una tonada gitana, sino *Mi amor es una rosa silvestre*.

Faile alzó la vista hacia Perrin cuando el joven bajó el primer escalón y se levantó garbosamente para ir a su encuentro. Aram volvió a sentarse en su sitio cuando Perrin no hizo intención de ir hacia la puerta.

—Tienes la camisa húmeda —apuntó Faile con tono acusador—. Has dormido con ella puesta, ¿verdad? Y no me extrañaría que ni siquiera te hubieras quitado las botas. No hace ni una hora que te dejé en el cuarto, así que ya estás subiendo otra vez y te vuelves a acostar antes de que te desplomes.

—¿Viste marcharse a Luc? —preguntó. La joven apretó la boca, pero a veces no hacerle caso era la única salida, porque se las ingeniaba muy bien para salir victoriosa cuando discutía con ella.

—Hace unos minutos pasó corriendo por aquí y salió disparado por la puerta de la cocina —dijo Faile finalmente, pero su tono dejaba muy claro que todavía no había terminado con él y con el asunto de la cama.

—¿Parecía estar herido?

—Sí —respondió lentamente—. Daba traspiés y se aferraba algo en el pecho, debajo de la chaqueta. Quizás un vendaje. La señora Congar está en la cocina, pero por lo que oí faltó poco para que la arrollara. ¿Cómo lo sabes?

—Lo soñé. —Los rasgados ojos de la muchacha relucieron con un brillo peligroso. ¿En qué estaba pensando? Ella sabía lo del sueño de lobos, y no podía esperar que se lo explicara estando presentes Bain y Chiad, por no mencionar a Aram y a Loial. Bueno, seguramente el Ogier no se enteraría; estaba tan absorto en sus apuntes que ni siquiera se habría dado cuenta si hubiera entrado un rebaño de ovejas en la sala—. ¿Cómo está Gaul?

—La señora Congar le dio algo para que durmiera y le puso un emplasto en la pierna. Cuando las Aes Sedai se despierten por la mañana, alguna de las dos lo Curará, si es que lo consideran grave.

—Ven y siéntate aquí, Faile. Quiero que hagas algo por mí. —La joven lo observó

con desconfianza, pero dejó que la condujera hasta una silla. Cuando se hubieron sentado, Perrin se inclinó sobre la mesa y procuró darle a su voz un timbre serio, pero no apremiante; esto último, por ningún concepto—. Quiero que lleves un mensaje a Caemlyn de mi parte. De paso, puedes informar a Colina del Vigía de cómo es la situación aquí. De hecho, lo mejor sería que cruzaran el Taren hasta que todo haya acabado. —Sí, aquello sonaba convenientemente despreocupado, como un comentario añadido sin pensar—. Quiero que le pidas a la reina Morgase que nos envíe algunos soldados de su Guardia Real. Sé que lo que te estoy pidiendo es peligroso, pero Bain y Chiad te ayudarán a llegar a Embarcadero de Taren a salvo, y el trasbordador sigue allí.

Chiad se incorporó y lo miró con ansiedad. ¿Por qué estaba la Aiel nerviosa?

—No tendrás que abandonarlo —le dijo Faile a la Doncella.

Al cabo de un momento, la Aiel asintió y volvió a sentarse junto a Gaul. ¿Chiad y Gaul? ¡Pero si eran enemigos encarnizados! Esta noche nada tenía sentido.

—Hay un largo trecho hasta Caemlyn —continuó quedamente Faile. Tenía los ojos clavados en los de él, pero su rostro estaba tan impasible que habría pasado por una talla de madera—. Semanas de viaje a caballo, además del tiempo que tarde en llegar hasta Morgase y luego convencerla. Después, varias semanas más para regresar con la Guardia Real.

—Podemos resistir fácilmente durante ese tiempo —respondió. «Así me abrase la Luz si no soy capaz de mentir tan bien como Mat»—. Luc tenía razón. No debe de haber más de un millar de trollocs ahí fuera. El *sueño*, ¿comprendes? —Ella asintió. Por fin había entendido—. Podemos aguantar aquí durante bastante tiempo, pero entre tanto esas bestias estarán incendiando cosechas y haciendo sólo la Luz sabe qué. Necesitaremos a la Guardia Real para librarnos de ellos definitivamente, y tú eres la persona idónea para hablar con una reina siendo prima de una y todo lo demás. Faile, sé que lo que te pido es peligroso… —No tanto como quedarse—, pero una vez que hayas llegado al trasbordador, tendrás expedito el camino.

No oyó que Loial se acercaba hasta que el Ogier dejó el libro de anotaciones delante de Faile.

—No he podido evitar escucharos, Faile. Si vas a Caemlyn, ¿te importaría llevarte esto? Me gustaría que lo dejaras a buen recaudo hasta que me sea posible ir a recogerlo. —Acomodando las páginas casi con ternura, añadió—: En Caemlyn imprimen muchos buenos libros. Discúlpame por haberos interrumpido, Perrin. —Pero sus enormes ojos estaban fijos en la joven, no en él—. Faile es un nombre que te va como anillo al dedo. Deberías volar libre, como un halcón. —Dio unas palmaditas a Perrin en el hombro y murmuró en un ronco retumbo—: Debe volar libre —y después se dirigió al jergón, donde se tumbó de cara a la pared.

—Está muy cansado —arguyó Perrin procurando que las palabras del Ogier

parecieran un simple comentario. ¡Ese tonto podía estropearlo todo!—. Si partes esta noche, estarás en Colina del Vigía al romper el alba. Tendrás que virar hacia el este; allí hay menos trollocs. Esto es muy importante para mí… Para Campo de Emond, quiero decir. ¿Lo harás?

Faile lo miró intensamente, en silencio, durante tanto tiempo que el joven se preguntó si no pensaba contestarle. Sus ojos chispeaban. Entonces se incorporó y se sentó en sus rodillas a la par que le acariciaba la barba.

—Le hace falta un corte. Me gustas con barba, pero no quiero que te llegue hasta el pecho. —Faltó poco para que Perrin abriera la boca de par en par. Faile tenía la costumbre de cambiar de tema, pero casi siempre lo hacía cuando la discusión empezaba a decantarse a favor de él. Los dedos de la joven se crisparon entre su barba; sacudió la cabeza como si estuviera discutiendo para sus adentros consigo misma.

»Iré —dijo finalmente—, pero con una condición. ¿Por qué me lo tienes que poner siempre tan difícil? En Saldaea no habría sido yo quien lo pidiera. Mi precio es… Una boda. Quiero casarme contigo —terminó con apuro.

—Y yo contigo. —Sonrió—. Podemos pronunciar la promesa de matrimonio ante el Círculo de Mujeres esta noche, pero me temo que las nupcias tendrán que esperar un año. Cuando regreses de Caemlyn… —Faltó poco para que le arrancara un puñado de pelos de la barba.

—¡Te convertirás en mi esposo esta noche o no me marcharé hasta que lo seas! —manifestó en un timbre bajo y fiero.

—Si hubiera algún modo, lo haría —protestó él—. Daise Congar me partiría la cabeza si pretendiera ir contra las costumbres. Por el amor de la Luz, Faile, tú ve a llevar el mensaje y me casaré contigo el primer día que sea posible. —Lo haría. Si es que llegaba ese día.

De repente, Faile parecía estar pendiente de su barba, acariciándola, sin mirarlo a los ojos. Empezó a hablar lentamente, pero después fue cogiendo velocidad como un caballo desbocado:

—Yo… Bueno, hice una pequeña mención… De pasada, claro, no sé cómo salió la conversación… Sólo mencioné a la señora al'Vere cómo hemos estado viajando juntos y me dijo, y la señora Congar estuvo de acuerdo con ella… ¡No pienses que he estado hablando con todo el mundo! En fin, dijo que probablemente nosotros… seguramente podíamos considerarnos comprometidos según vuestras costumbres, y que el año es sólo para que la pareja esté segura de que realmente se lleva bien… Cosa que ocurre con nosotros, como todo el mundo puede ver, y… En fin, que aquí estoy, actuando con el atrevimiento de una descarada domani cualquiera o una de esas impúdicas tearianas… Si vuelves a pensar una sola vez en Berelain… Oh, Luz, estoy farfullando como una idiota y tú ni siquiera…

La interrumpió besándola con toda la intensidad que le dictaba el corazón.

—¿Quieres casarte conmigo? —pidió, falto de aliento, cuando retiró los labios de los suyos—. ¿Esta noche?

Debía de haberla besado mejor de lo que pensaba, ya que tuvo que repetir su petición seis veces mientras ella reía como una chiquilla, pegada contra su cuello y requiriéndole que volviera a decirlo, hasta que pareció entenderlo.

Y así fue como, antes de que transcurriera media hora, se encontraba arrodillado junto a ella en la sala principal, delante de Daise Congar y Marin al'Vere, Alsbet Luhhan y Neysa Ayellan, y todas las componentes del Círculo de Mujeres. Habían despertado a Loial para que, junto con Aram, actuaran como sus testigos, en tanto que Bain y Chiad eran las de Faile. No había flores para ponerles en el cabello, pero Bain, guiada por Marin, anudó una larga cinta roja de esponsales alrededor del cuello del joven, y Loial entrelazó otra en el cabello de Faile con sorprendente destreza y suavidad a pesar de sus descomunales dedos. A Perrin le temblaban las manos cuando tomó entre ellas las de Faile.

—Yo, Perrin Aybara, juro amarte, Faile Bashere, mientras aliente en mí un soplo de vida. —«Mientras viva y aun después»—. Todo cuanto poseo en este mundo, te lo entrego. —«Un caballo, un hacha, un arco. Y un martillo. Muy poco como regalo para una novia. Te doy mi vida, mi amor. Es todo lo que tengo»—. Te acompañaré y te guardaré, te confortaré y te cuidaré, te protegeré y te ampararé durante todos los días de mi vida. —«No puedo guardarte junto a mí; lo único que puedo hacer para protegerte es alejarte de mí»—. Soy tuyo, por siempre y para siempre.

Al finalizar, sus manos temblaban visiblemente. Faile cambió la postura de las manos para coger las de él entre las suyas.

—Yo, Zarina Bashere… —Eso fue una sorpresa; ella odiaba ese nombre—, juro amarte, Perrin Aybara…

En ningún momento sus manos acusaron el más leve temblor.

54



Dentro del palacio

Sentada en la parte trasera de un carro de ruedas altas, que traqueteaba cuesta arriba por una sinuosa calle tanchicense tirado por cuatro hombres sudorosos, Elayne frunció el entrecejo por encima del mugriento velo que la cubría desde los ojos hasta la barbilla y balanceó los pies descalzos con irritación. Cada brinco sobre los adoquines la sacudía hasta la coronilla y cuanto más se agarraba a los burdos tablones del costado del carro, tanto peor. Aparentemente para Nynaeve no resultaba tan molesto; brincaba igual que ella, pero, por su gesto pensativo, absorto, no parecía darse cuenta. Y Egeanin, apretada contra Nynaeve al otro lado, el rostro cubierto con un velo y el cabello peinado en finas trenzas que le llegaban a los hombros, aguantaba fácilmente todas las sacudidas, sin descruzar los brazos. Finalmente, Elayne imitó a la seachan; así no podía evitar chocar contra Nynaeve, pero a partir de entonces ya no tuvo la sensación de que los dientes se le iban a partir al chocar entre sí.

Habría ido caminando de buen grado a pesar de estar descalza, pero Bayle Domon había dicho que sería chocante hacerlo; la gente se preguntaría por qué una mujer no iba montada en el carro cuando había sitio de sobra, y lo que menos les interesaba era llamar la atención. Claro que a él no lo estaban zarandeando como si fuera un saco de patatas; el capitán iba a pie, delante del carro, con diez de los veinte marineros que había traído consigo como escolta. Un mayor número habría resultado sospechoso, según él, aunque Elayne imaginaba que Domon no habría llevado tantos si las otras dos mujeres y ella no hubieran venido.

El cielo despejado seguía siendo gris, aunque las primeras luces empezaban a apuntar antes de que partieran; las calles aún estaban casi vacías y el silencio sólo era roto por el traqueteo del carro y los chirridos de los ejes. Cuando el sol saliera por el horizonte la gente empezaría a aventurarse por las calles, pero ahora las pocas personas que veía eran grupos de hombres vestidos con pantalones de pliegues y oscuros gorros cilíndricos, que se escabullían con el aire furtivo de quien no está tramando nada bueno al abrigo de la oscuridad. El trozo de lona vieja echado sobre la carga del carro iba bien colocado para que cualquiera viera que sólo cubría tres

grandes cestos; sin embargo, a pesar de estas precauciones, alguno que otro de esos grupos hacía una pausa como una jauría de perros, los rostros velados alzándose a la par, los ojos girando para seguir el paso del carro. Por lo visto, veinte hombres armados con sables y garrotes eran demasiados para hacerles frente, porque todos acababan reanudando la marcha a buen paso.

Las ruedas brincaron en un gran agujero donde los adoquines habían sido arrancados en uno de los tumultos, y Elayne notó cómo bajaba la caja del carro; estuvo a punto de morderse la lengua cuando su trasero y el carro volvieron a reunirse con un golpe seco. ¡Vaya con Egeanin y su cruzarse de brazos! La heredera del trono se agarró al borde inferior y miró, ceñuda, a la seachan. Entonces vio que la mujer tenía los labios apretados y que también estaba agarrada al borde con las dos manos.

—No se parece en nada a estar sobre la cubierta de un barco —comentó Egeanin a la par que se encogía de hombros.

Nynaeve hizo una ligera mueca e intentó retirarse de la seachan, aunque la heredera del trono no veía la forma de que lo consiguiera a menos que se sentara en su regazo.

—Voy a tener unas palabras con maese Bayle Domon —refunfuñó la antigua Zahorí con intención, como si lo del carro no hubiera sido idea suya. Otra sacudida la obligó a callarse cuando sus dientes chocaron entre sí.

Las tres llevaban ropas de lana burda de tonos parduscos y no muy limpias, unos vestidos de campesinas pobres, como sacos sin forma comparados con las sedas ajustadas que tanto gustaban a Rendra. Se suponía que eran refugiadas del campo que se ganaban el pan como podían. El gesto de alivio de Egeanin al ver los vestidos fue patente y casi tan chocante como su presencia en el carro. Esto último jamás se le habría pasado a Elayne por la cabeza.

Había habido bastantes discrepancias —así lo llamaron los hombres— en la sala de La Caída de las Flores, pero Nynaeve y ella habían desestimado con argumentos de peso la mayoría de sus necias objeciones y del resto habían hecho caso omiso, simplemente. Las dos tenían que entrar en el Palacio de la Panarch lo antes posible, y ahí fue donde Domon planteó una nueva objeción, ésta no tan absurda como las demás:

—No podéis entrar solas en palacio —murmuró el barbudo contrabandista, sin levantar la vista de sus puños plantados sobre la mesa—. Decís que no encauzaréis a menos que os veáis forzadas a hacerlo para así no poner sobre aviso a esas Aes Sedai Negras. —Ninguna de ellas había considerado necesario mencionar a la Renegada—. Por lo tanto, os harán falta brazos fuertes que blandan garrotes si llega el caso. Y unos ojos vigilando para guardaros las espaldas tampoco estarían de más. Allí me conocen los sirvientes, ya que también hice regalos a la antigua Panarch. Os acompañaré. —Sacudió la cabeza al tiempo que rezongaba—: Me habríais hecho poner el cuello en

el tajo del verdugo por haberos dejado plantadas en Falme. ¡Que la Fortuna me clave su aguijón si no es así! Bien, pues ahora tengo la oportunidad de enmendar mi falta, así que no me lo podéis negar. Os acompañaré.

—Sois un necio, illiano —había dicho despectivamente Juilin antes de que Nynaeve o ella tuvieran tiempo de abrir la boca para contestar—. ¿Creéis que los taraboneses van a permitiros deambular por el palacio a vuestro antojo? ¿A un desaliñado contrabandista de Illian? Yo conozco bien las mafias de la servidumbre, sé cómo agachar la cabeza y hacer que cualquier noble vano y caprichoso crea… —Carraspeó y continuó precipitadamente, sin mirar a Nynaeve ¡ni a ella!—. Soy yo quien debe acompañarlas.

—¡Todos sabéis lo que tenéis que hacer! —replicó, cortante, Nynaeve—. ¡Y no podréis hacerlo si intentáis tenernos vigiladas como si fuéramos un par de gansos que se llevan a vender al mercado! —Respiró hondo y continuó con un tono más apacible—: Si hubiera una forma de que pudieseis venir con nosotras admitiría de buen grado vuestra ayuda, aunque sólo fuera por contar con más ojos para buscar, pero no es posible. Hemos de ir solas y no hay nada más que decir.

—Yo puedo acompañaros —propuso inesperadamente Egeanin desde el rincón de la sala donde Nynaeve y ella la habían obligado a quedarse. Todos se volvieron hacia ella; la seachan les sostuvo la mirada con firmeza aunque con el entrecejo fruncido, como si no estuviera muy segura de sí misma—. Esas mujeres son Amigas Siniestras y deben ser llevadas ante la justicia.

Elayne se había quedado estupefacta ante tal propuesta, pero Nynaeve, con los labios blancos de tanto apretarlos, pareció dispuesta a emprenderla a golpes con ella.

—¿Pensáis que vamos a fiarnos de vos, seachan? —dijo fríamente—. Antes de que nos marchemos os habremos dejado encerrada a buen recaudo en el sótano por mucho que dé que hablar a…

—Juro por mi esperanza de un nombre de más alto linaje —la interrumpió Egeanin, cruzando las manos sobre el corazón— que no os traicionaré en modo alguno, que os obedeceré y os guardaré la espalda hasta que hayáis salido del Palacio de la Panarch sanas y salvas. —Entonces hizo tres reverencias seguidas, solemnemente. Elayne no tenía la más ligera idea de qué significaba «esperanza de un nombre de más alto linaje», pero la seachan lo había dicho de un modo que sonaba a voto vinculante.

—Puede hacerlo —admitió Domon lentamente, con renuencia. Miró a Egeanin y sacudió la cabeza—. Que la Fortuna me clave su aguijón si hay más de dos o tres de mis hombres por los que apostaría contra ella.

Nynaeve contempló, ceñuda, la mano que aferraba un puñado de trenzas y luego, deliberadamente, dio un fuerte tirón.

—Nynaeve —adujo Elayne con firmeza—, tú misma dijiste que te gustaría contar

con otro par de ojos y, en lo que a mí respecta, no puedo estar más de acuerdo con ello. Además, dado que hemos de hacer esto sin encauzar, no me importaría la compañía de alguien que puede encargarse de un guardia fisgón si llega el caso. No soy muy ducha en tumbar hombres a puñetazos, y tú tampoco. Por el contrario, recuerda cómo lucha ella.

La antigua Zahorí asestó una mirada malhumorada a Egeanin, otra igual a Elayne y una tercera, furibunda, a los hombres, como si hubiesen sido ellos quienes hubieran maquinado todo el asunto a sus espaldas. Pero acabó por asentir.

—De acuerdo. Maese Domon, eso significa que necesitaremos tres atuendos, no dos —había zanjado la cuestión Elayne—. Y ahora, será mejor que los tres os marchéis. Queremos ponernos en marcha al despuntar el alba.

El tirón del carro al frenar sacó a la heredera del trono de sus reflexiones.

Unos Capas Blancas a pie hacían preguntas a Domon; en este punto, la calle desembocaba en una plaza que daba a la fachada posterior del Palacio de la Panarch y que era mucho más pequeña que la que había delante de la fachada principal. Más allá, la gran estructura de blanco mármol se elevaba en esbeltas torres orladas con adornos de cantería tan delicados como encaje y albas bóvedas rematadas con agujas doradas o veletas. A ambos lados arrancaban avenidas mucho más amplias que la mayoría de las restantes calles de la ciudad, y también más rectas.

El acompasado y lento golpeteo de unos cascos sobre los adoquines anunció la llegada de otro jinete, un hombre alto tocado con un bruñido yelmo y una reluciente armadura debajo de la blanca capa, que lucía el emblema de un sol radiante y un cayado carmesí. Elayne agachó la cabeza; los cuatro nudos de rango que aparecían debajo de la insignia le advirtieron que aquél era Jaichim Carridin. El hombre no la había visto nunca, pero si advertía que lo estaba observando podría preguntarse el porqué. El lento trapaleo continuó plaza adelante sin hacer una pausa.

También Egeanin había inclinado la cabeza, pero Nynaeve siguió con la mirada al Inquisidor, fruncida la frente.

—Ese hombre está muy preocupado por algo —murmuró—. Espero que no haya oído…

—¡La Panarch está muerta! —gritó una voz varonil desde algún lugar al otro lado de la plaza—. ¡La han matado!

Imposible saber quién había gritado o desde dónde. Las calles que Elayne divisaba desde su posición se encontraban cortadas por Capas Blancas montados a caballo.

Miró hacia atrás, a la calle por la que habían subido, y deseó que los guardias se dieran más prisa y acabaran de interrogar a Domon. La gente empezaba a arremolinarse un poco más abajo, en la primera esquina, y observaba atentamente la plaza. Al parecer, Thom y Juilin habían hecho un buen trabajo la noche anterior

propagando los rumores. Ahora sólo cabía esperar y confiar en que la situación no estallara sorprendiéndolas en la calle. Si se desataba un disturbio en este momento… Lo único que impedía que las manos le temblaran era que las tenía aferradas al borde del carro. «Luz, el populacho aquí fuera y el Ajah Negro, y tal vez Moghedien, dentro… Estoy tan asustada que tengo la boca seca.» Nynaeve y Egeanin contemplaban cómo iba creciendo la muchedumbre apiñada un poco más abajo, sin pestañear y, mucho menos, temblar. «No seré cobarde. ¡No lo seré!»

El carro echó a andar de nuevo y la heredera del trono soltó un suspiro de alivio. Pasaron unos segundos antes de que cayera en la cuenta de que había escuchado hacer lo mismo a las otras dos mujeres.

Al llegar a unas puertas no mucho más anchas que el carro, volvieron a interrogar a Domon unos hombres de yelmos puntiagudos y petos repujados con un árbol dorado. Eran soldados de la Legión de la Panarch. Esta vez las preguntas no se alargaron tanto; a Elayne le pareció ver que una bolsita de dinero cambiaba de manos y, al cabo de un momento, ya habían entrado y el carro traqueteaba a través del patio burdamente pavimentado que daba a las cocinas. Excepto Domon, los marineros se quedaron fuera, con los guardias.

Tan pronto como el carro se detuvo, Elayne bajó de un salto y plantó en el suelo los pies descalzos; los toscos adoquines eran realmente duros. Costaba trabajo creer que la fina suela de una chinela supusiera tanta diferencia. Egeanin se encaramó de pie en el carro para pasarles los cestos; Nynaeve se cargó el primero a la espalda, con una mano sujetando el borde por encima del hombro y la otra puesta hacia atrás, soportando el peso. Unas largas cerecillas blancas, algo mustias tras el viaje desde Saldaea, llenaban los cestos casi hasta el borde.

Mientras Elayne se cargaba el suyo, Domon llegó a la parte posterior del carro y simuló examinar las cerecillas.

—Por lo visto los Capas Blancas y la Legión de la Panarch están a punto de enzarzarse a golpes —murmuró mientras toqueteaba los pimientos—. Ese teniente dijo que la Legión se habría encargado personalmente de proteger a la Panarch si no fuera porque la mayor parte de la tropa ha sido trasladada a las fortificaciones del Anillo. Jaichim Carridin tiene acceso a la Panarch, pero no el capitán de la Legión. Y no están muy conformes con que haya tantos guardias de la Fuerza Civil dentro de palacio. Un hombre desconfiado pensaría que alguien quiere que los cuerpos militares de la Panarch estén más preocupados de vigilarse entre ellos que de cualquier otra cosa.

—Es bueno saberlo —musitó Nynaeve sin mirar al capitán—. Siempre he pensado que uno puede enterarse de cosas muy útiles escuchando los cotilleos de los hombres.

Domon gruñó malhumorado.

—Os llevaré adentro; después tengo que regresar con mis hombres para asegurarme de que no queden atrapados entre el populacho. —Todos los marineros de todos los barcos que Domon tenía en puerto se encontraban repartidos por las calles alrededor del palacio.

Cargándose uno de los cestos a la espalda, Elayne siguió a las otras dos mujeres, que caminaban detrás de Domon; llevaba la cabeza agachada y hacía muecas de dolor a cada paso que daba hasta que llegaron a las baldosas pardo rojizas de la cocina. Los olores a condimentos, carnes y salsas llenaban la estancia.

—Cerecillas para la Panarch —anunció el capitán—. Regalo de Bayle Domon, un buen patrón de barco de esta ciudad.

—¿Más cerecillas? —dijo una mujer fornida, con el oscuro cabello peinado con trencillas, un delantal blanco y el sempiterno velo, sin apenas levantar la vista de una bandeja de plata en la que estaba colocando una servilleta blanca entre platos de fina porcelana de los Marinos. Había al menos una docena o más de mujeres con delantales en la cocina, así como un par de muchachos que hacían girar los espetones en los que se asaban jugosas piezas de carne sobre seis lumbres, pero saltaba a la vista que la jefa de cocina era ella—. Ahora no tengo tiempo para ocuparme de vos.

Elayne mantuvo la vista fija en el suelo mientras seguía a Nynaeve y a Egeanin; estaba sudando y no era por el calor de las lumbres y los hornos. Una mujer delgada, que llevaba un vestido de seda verde que no era de corte tarabonés, estaba de pie junto a una de las anchas mesas y rascaba las orejas a un escuálido gato gris mientras el animal lamía la crema de un plato de porcelana. Lo del gato, así como su afilado rostro y ancha nariz, delataban quién era la mujer: Marillin Gemalphin, antaño del Ajah Marrón y ahora del Negro. Si levantaba la vista del gato, si reparaba en ellas, no sería necesario que encauzaran para que supiera que dos de ellas podían hacerlo; a tan corta distancia, la mujer podía percibir la habilidad.

El sudor le goteaba a Elayne por la nariz para cuando cerró la puerta de la despensa a sus espaldas, con un golpe de la cadera.

—¿La viste? —demandó en voz baja, a punto de dejar caer el cesto al suelo. El calado ornamental practicado en la parte alta de las paredes enjalbegadas permitía que entrara un poco de luz de la cocina. Hileras de altas estanterías cubrían el suelo de la amplia habitación, cargadas con sacos y bolsas de verduras y grandes jarros con especias. Había barriles y cubas por doquier, y una docena de corderos aliñados y el doble de gansos colgaban de unos ganchos. Según el bosquejo del plano que habían hecho entre Domon y Thom, éste era el almacén de víveres más pequeño del palacio —. Es indignante —dijo—. Sé que Rendra tiene la despensa llena, pero al menos compra lo que necesita. Esta gente se está dando banquetes mientras que…

—Arrincona tu preocupación hasta que puedas hacer algo al respecto —instó Nynaeve en un cortante susurro. Había soltado su cesto en el suelo y se estaba

quitando el tosco vestido de campesina. Egeanin ya estaba en ropa interior—. Claro que la vi. Si quieres que entre aquí para ver a qué viene tanto jaleo, sigue hablando.

Elayne bufó indignada ya que apenas había hecho ruido, pero lo dejó estar. Se quitó el vestido y sacó los pimientos del cesto y lo que iba escondido debajo. Entre otras cosas, había un vestido de fina lana blanca y un ceñidor verde; en la parte izquierda del corpiño, cerca del hombro, tenía bordado un árbol de ramas extendidas sobre la silueta de una hoja trifoliada. El mugriento velo fue sustituido por otro limpio, hecho de lino tan fino que casi semejaba seda. Unas chinelas blancas de suelas acolchadas fueron recibidas con agrado por sus pies, doloridos a causa del paseo desde el carro hasta la cocina.

La seachan había sido la primera en desnudarse, pero fue la última en ponerse el vestido blanco, sin dejar de rezongar todo el rato cosas como «indecente» y «chica de servicio» que no tenían sentido. En realidad, eran vestidos de criadas, y la idea era que la servidumbre podía ir a cualquier sitio y que en el palacio había tantas criadas y doncellas que nadie repararía en tres más. En cuanto a lo de indecente… Elayne recordó sentirse un tanto intimidada al tener que llevar las ropas de estilo tarabonés en público, pero se había acostumbrado enseguida; además, esta fina lana no se ajustaba tanto como la seda. Al parecer, Egeanin tenía unas ideas muy rígidas respecto a la modestia.

Finalmente, sin embargo, la mujer acabó de atarse el último lazo y los vestidos campesinos quedaron guardados en los cestos y cubiertos con los pimientos.

Cuando salieron, Marillin Gemalphin se había ido de la cocina, aunque el escuálido gato seguía lamiendo crema encima de la mesa. Elayne y sus dos compañeras echaron a andar hacia la puerta que llevaba al interior del palacio.

Una de las ayudantes de cocina miraba al gato con el ceño fruncido y los puños plantados en las orondas caderas.

—Cómo me gustaría estrangular a este animal —rezongó, y las pálidas trenzas se agitaron al sacudir la cabeza con rabia—. ¡Él se hincha de crema, y porque yo me pongo una gotita en el desayuno, ahora estoy a pan y agua!

—Considérate afortunada de que no te hayan puesto en la calle o estés meciéndote en la cuerda de una horca. —La voz de la cocinera no denotaba compasión—. Si la dama dice que has robado, entonces has robado, aunque sea la crema de sus gatos, ¿no? ¡Eh, vosotras!

Elayne y sus compañeras se quedaron paralizadas al oír el grito.

La mujer de trenzas oscuras agitó un cucharón de madera en su dirección.

—¿Creéis que podéis entrar en mi cocina y poneros a pasear como si estuvieseis en un jardín, puercas perezosas? Habéis venido por el desayuno de lady Ispan, ¿no? Si no lo tenéis allí cuando despierte, vais a aprender a dar brincos. ¿Y bien? —Señaló la bandeja de plata en la que había estado trabajando antes y que ahora se hallaba

cubierta con un paño blanco como la nieve.

No podían decir nada; si alguna de ellas abría la boca, las primeras palabras que pronunciaran las delatarían como forasteras. Reaccionando con rapidez, Elayne hizo una reverencia propia de una sirvienta y cogió la bandeja; una criada cargada con algo se suponía que estaba haciendo alguna tarea y no era probable que nadie la parara para preguntarle o para mandarle hacer otra cosa. ¿Lady Ispan? No era un nombre infrecuente en Tarabon, pero había una Ispan en la lista de las hermanas Negras.

—Ah, conque tienes ganas de tomarme el pelo, ¿no, pequeña arpía? —bramó la corpulenta mujer, y empezó a rodear la mesa blandiendo el cucharón de madera con gesto amenazador.

No había nada que Elayne pudiera hacer sin descubrirse, salvo quedarse quieta y dejar que la golpeara o echar a correr. La heredera del trono salió de la cocina cargada con la bandeja como alma que lleva el diablo, con Nynaeve y Egeanin pisándole los talones. Los gritos de la cocinera las siguieron, aunque, afortunadamente, no así la mujer. A Elayne le entraron ganas de reír histéricamente al imaginarse a las tres corriendo por el palacio y perseguidas por la mujerona. ¿Tomándole el pelo? Estaba segura de haberle hecho la reverencia que las sirvientas le habían hecho a ella miles de veces.

Más despensas se alineaban a lo largo del estrecho pasillo que se alejaba de la cocina, así como altos armarios empotrados para escobas y bayetas, baldes y jabones, manteles y servilletas y un sinfín de cosas más. Nynaeve encontró en uno de ellos un sacudidor de alfombras de aspecto sólido, y Egeanin cogió un montón de toallas dobladas de otro, y en un tercero, un contundente majador de piedra de un mortero. Ocultó el majador entre las toallas.

—Un garrote viene bien en ocasiones —dijo cuando Elayne enarcó una ceja—. Sobre todo cuando nadie espera que uno lo lleve.

Nynaeve resopló pero no dijo nada. Desde que había accedido a que la seachan las acompañara, no le había hecho el menor caso a la mujer.

Ya más dentro de palacio, los pasillos se ensancharon y se hicieron más altos, con las blancas paredes adornadas con frisos y los techos con relucientes arabescos dorados. Sobre los suelos de baldosas blancas se extendían largas alfombras de vivos colores. Unas lámparas doradas sobre soportes también dorados irradiaban luz y emitían el olor de aceite perfumado. A veces, los corredores se abrían a patios rodeados de columnatas a los que se asomaban balcones resguardados tras el delicado trabajo de filigranas de piedra. El agua cantaba y burbujeaba en grandes fuentes, en las que nadaban peces rojos, blancos y dorados bajo unas plantas acuáticas de enormes flores blancas. Nada que ver con la ciudad al otro lado de los muros.

De vez en cuando se cruzaban con otros sirvientes, hombres y mujeres vestidos

de blanco, con el árbol y la hoja bordados en la pechera, ocupándose afanosos de sus quehaceres; u hombres con las chaquetas grises y los yelmos de acero de la Fuerza Civil, armados con bastones o garrotes. Nadie les habló ni les prestó atención; eran tres criadas ocupadas en sus tareas.

Finalmente llegaron a la estrecha escalera de servicio que estaba dibujada en el plano.

—Recordad —susurró Nynaeve—, si hay guardias a su puerta, marchaos. Si no está sola, marchaos. Ella no es la razón más importante por la que estamos aquí. —Inhaló hondo y se obligó a mirar a Egeanin—. Si dejáis que le ocurra algo malo…

Se oyó el lejano toque de una trompeta en el exterior y un momento después sonó un gong dentro de palacio y voces dando órdenes llegaron por el pasillo. Durante un instante, hombres con cascos de acero pasaron corriendo por el otro extremo del corredor.

—Quizá no tengamos que preocuparnos por que haya guardias a su puerta —comentó Elayne. La revuelta había comenzado en las calles, inducida por los rumores propagados por Thom y Juilin e incitada por los marineros de Domon. La heredera del trono lamentaba que hubiera sido necesario recurrir a ello, pero los disturbios atraerían al exterior a la mayoría de los guardias de palacio; a todos ellos, con un poco de suerte. Las gentes que estaban allí fuera no lo sabían, pero estaban luchando para salvar a su ciudad del Ajah Negro y al mundo, de la Sombra.

—Egeanin debería ir contigo, Nynaeve. Tienes el cometido más importante del plan y si una de nosotras necesita que le cubran la espalda, eres tú.

—¡No necesito a ninguna seachan! —Se puso al hombro el sacudidor como si fuera un garrote y echó a andar pasillo adelante. Realmente, con aquel paso marcial no daba la imagen de una criada.

—¿No deberíamos continuar con nuestro cometido? —dijo Egeanin—. La revuelta no los tendrá ocupados a todos durante mucho tiempo.

Elayne asintió con la cabeza. Nynaeve había desaparecido ya por el recodo del pasillo.

La escalera era estrecha y estaba oculta en la pared a fin de que se viera lo menos posible a la servidumbre. Los corredores del segundo piso eran muy semejantes a los del primero, excepto porque los umbrales de doble arco igual podían dar a una balconada que a una habitación. A medida que avanzaban hacia el ala oeste de palacio disminuía el número de sirvientes y los pocos con los que se cruzaron apenas les dirigieron una mirada. Cosa sorprendente, el pasillo que conducía a los aposentos de la Panarch se hallaba desierto; no había ningún guardia delante de las anchas puertas de doble arco, adornadas con un árbol tallado. En cualquier caso, y a pesar de lo que le dijera a Nynaeve, Elayne no tenía pensado retroceder aunque los hubiera habido, pero ello facilitaba las cosas.

Un instante después no estuvo tan segura de que fuera así; podía percibir a alguien encauzando en aquellos aposentos. No eran flujos poderosos, pero no cabía la menor duda de que se estaba tejiendo el Poder o se mantenía lo ya tejido. Pocas mujeres sabían cómo atar los flujos tejidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Egeanin.

Elayne se dio cuenta entonces de que se había detenido.

—Una de las hermanas Negras está ahí dentro —¿Una o más? La única certeza era que se estaba encauzando. Se aproximó más a las puertas. ¡Una mujer estaba cantando! La heredera del trono pegó la oreja a la hoja de madera y escuchó unas palabras roncas, amortiguadas, pero claramente comprensibles:

Mis senos son redondos y también mis caderas.
Puedo dejar tumbada a toda una tripulación.

Sobresaltada, retrocedió con un respingo y los platos de porcelana se deslizaron en la bandeja, debajo del blanco mantel. ¿Se habría equivocado de habitación? No. Se sabía de memoria el plano. Además, en todo el palacio las únicas puertas talladas con el árbol conducían a los aposentos de la Panarch.

—Entonces tendremos que dejarla —dijo Egeanin—. No podéis hacer nada sin alertar a las otras de vuestra presencia.

—Tal vez sí pueda. Si perciben que encauzo, creerán que es la que quiera que está ahí dentro.

Con la frente fruncida y mordiéndose el labio inferior, la heredera del trono se preguntó cuántas habría en la habitación. Ella era capaz de realizar al menos tres o cuatro cosas a la par con el Poder, algo que sólo Egwene y Nynaeve podían igualar. Evocó una lista de reinas andorianas que habían demostrado valor al afrontar un gran peligro, hasta que cayó en la cuenta de que en esa lista entraban todas las soberanas de Andor. «Algún día seré reina; puedo ser tan valiente como ellas.» Preparándose para actuar, pidió:

—Abrid las puertas de un empujón, Egeanin.

La seachan vaciló.

—Dad un empellón a las puertas. —Su propia voz la sorprendió. Sin proponérselo, sonaba queda, sosegada, imperativa. Y Egeanin asintió con la cabeza, casi haciendo una reverencia, y al punto propinó un fuerte empujón a las puertas, que se abrieron de par en par.

Mis muslos son fuertes como la cadena de un ancla.
Mi beso es cual ardiente llamarada…

La cantante, una mujer de cabello oscuro peinado en trenzas y vestida con un

vestido tarabonés de seda roja, sucio y arrugado, inmovilizada hasta el cuello con flujos de Aire, enmudeció bruscamente al abrirse las hojas de madera con un violento portazo. Otra mujer de apariencia frágil, ataviada con un vestido cairhienino de cuello alto y en color azul pálido, que estaba arrellanada en un mullido diván, dejó de mover la cabeza, con la que seguía el ritmo de la canción, y se incorporó velozmente; la mueca complacida de su semblante zorruno dio paso a una expresión iracunda.

El brillo del *Saidar* envolvía ya a Temaile, pero no tuvo la menor oportunidad. Horrorizada por lo que veía, Elayne abrazó la Fuente Verdadera y descargó violentamente los flujos de Aire, tejiéndolos alrededor de la mujer desde los hombros a los tobillos, a la par que creaba un escudo de Energía que interpuso entre la mujer y la Fuente Verdadera. El halo que rodeaba a Temaile desapareció y la mujer salió lanzada hacia atrás como si hubiera sido pateada por un caballo desbocado; los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó, inconsciente, sobre la alfombra verde y dorada, a tres pasos del diván. La mujer de cabello oscuro dio un respingo cuando los flujos que la inmovilizaban se desvanecieron; se palpó el cuerpo con incredulidad a la par que su mirada iba de Temaile a Elayne y de ésta a Egeanin.

Atando el tejido que inmovilizaba a Temaile, Elayne entró apresuradamente en los aposentos, y sus ojos buscaron a otras hermanas Negras. A su espalda, Egeanin cerró las puertas. No parecía que hubiera nadie más.

—¿Estaba sola? —demandó a la mujer de rojo, la Panarch, por la descripción de Nynaeve, que también había hecho cierta referencia a una canción.

—¿No estáis… con ellas? —preguntó Amathera, vacilante, reparando en las ropas que llevaban—. ¿Sois también Aes Sedai? —Parecía deseosa de no creerlo a pesar de la evidencia de lo ocurrido con Temaile—. ¿Pero no estáis con ellas?

—¿Había alguien más? —inquirió Elayne, y Amathera dio un respingo.

—No. Estaba sola. Ella… —La Panarch hizo una mueca—. Las otras hacen que me siente en el trono y pronuncie las palabras que ellas me dictan. Les divierte que imparta justicia a veces, y otras que dicte sentencias terriblemente injustas, que promulgue leyes que generarán conflictos durante generaciones si no tengo posibilidad de revocarlas. ¡Pero ella…! —La boca llena se crispó en un gruñido silencioso—. Es a la que han puesto para que me vigile, y me hace padecer sin otra razón que verme llorar. Me hace comer una bandeja entera de cerecillas blancas y no me deja beber una sola gota de agua hasta que le suplico de rodillas mientras ella se ríe de mí. En mis sueños, me sube por los tobillos a lo alto de la Torre del Alba y me deja caer. Será un sueño, pero parece real, y cada vez deja que llegue más cerca del suelo. ¡Y cómo se ríe! Me obliga a aprender bailes lascivos y canciones obscenas, y se ríe cuando me dice que antes de que se marchen me hará cantar y danzar para entretener a los… —Gritando como un felino lanzado al ataque, saltó sobre la mujer inmovilizada y empezó a golpearla violentamente con los puños.

Egeanin, cruzada de brazos delante de las puertas, parecía dispuesta a dejarla continuar, pero Elayne tejió flujos de Aire alrededor de la cintura de Amathera y, para su sorpresa, fue capaz de levantarla en vilo y apartarla de la mujer ya inconsciente. Tal vez las enseñanzas de Jorin sobre cómo manejar los gruesos flujos de Poder habían aumentado su fuerza.

Amathera asestó una patada a Temaile y volvió su feroz mirada hacia Elayne y Egeanin cuando su pie no dio en el blanco.

—¡Soy la Panarch de Tarabon y me propongo aplicar la justicia a esta mujer! —Su boca llena tenía una fea mueca. ¿Es que había perdido el sentido de sí misma, de su posición? ¡Era una dirigente, una igual al rey!

—Soy la Aes Sedai encargada de vuestro rescate —manifestó fríamente Elayne. Entonces reparó en que todavía sostenía la bandeja y se apresuró a soltarla en el suelo. Amathera ya parecía tener dificultad en ver más allá de estos trajes de sirvientas sin que también ayudara la dichosa bandeja. El rostro de Temaile estaba enrojecido; cuando volviera en sí tendría muchos moretones aunque, sin duda, menos de los que merecía. La heredera del trono habría querido que hubiera un modo de llevarse a Temaile, de someter al menos a una de ellas a la justicia de la Torre—. Hemos venido, corriendo un riesgo considerable, a sacaros de aquí. Entonces podréis recurrir al capitán de la Legión de la Panarch, a Andric y a su ejército para expulsar a estas mujeres. Tal vez tengamos la suerte de poder llevar a algunas ante la justicia, pero primero debemos poneros fuera de su alcance.

—No necesito a Andric —murmuró Amathera, y Elayne habría jurado que estuvo a punto de añadir «ahora»—. Hay soldados de mi Legión rodeando el palacio, lo sé. No me han dejado hablar con ninguno de ellos, pero, cuando me vean y oigan mi voz, harán lo que haya que hacer, ¿no? Las Aes Sedai no podéis utilizar el Poder Único para hacer daño… —No acabó la frase y miró, ceñuda, a la inconsciente Temaile—. Al menos no podéis utilizarlo como un arma, ¿cierto? Sé que es así.

Elayne se sorprendió a sí misma tejiendo finos flujos de Aire alrededor de cada una de las trenzas de Amathera, que se levantaron tiesas como cuerdecillas, y la necia mujer no tuvo más remedio que ponerse de puntillas y seguir hacia donde tiraban de ella. Elayne la hizo caminar así hasta que la tuvo justo delante de ella, los oscuros ojos desorbitados e indignados.

—Vais a escucharme, Panarch Amathera de Tarabon —empezó con un timbre gélido—. Si tratáis de salir caminando para llegar hasta vuestros soldados como si no ocurriera nada, lo más probable es que las compinches de Temaile os apresen y os pongan en sus manos de nuevo atada como un paquete. Lo que es peor, descubrirán que mis compañeras y yo estamos aquí, y eso es algo que no puedo permitir. Vamos a salir con todo sigilo y, si no accedéis a ello, os pondré una mordaza y os dejaré al lado de Temaile para que os encuentren sus amigas. —Tenía que haber un modo de

llevarse también a la hermana Negra—. ¿Me habéis entendido?

Amathera asintió levemente, hasta donde se lo permitían las trenzas tirantes. Egeanin hizo un ruido aprobador.

Elayne soltó los flujos, y los talones de la mujer bajaron de nuevo sobre la alfombra.

—Veamos si encontramos algo que podáis poneros que nos sirva para escabullirnos sin llamar la atención.

Amathera volvió a asentir, pero su boca tenía ahora un gesto resentido. Elayne confió en que a Nynaeve las cosas no le estuvieran resultando tan complicadas.

Nynaeve entró en la gran sala de exposición, con su multitud de finas columnas, moviendo el plumero; sin duda a esta colección había que limpiarle el polvo continuamente y nadie repararía en una mujer ocupada en una tarea rutinaria. Miró en derredor, y sus ojos se sintieron atraídos hacia el esqueleto de un animal que parecía un caballo de largas patas con un cuello que situaba el cráneo a seis metros del suelo. La vasta cámara parecía desierta.

De todos modos, alguien podía entrar en ella en cualquier momento, como por ejemplo las criadas que se ocuparan de su limpieza o Liandrin y todas sus compinches dedicadas a la búsqueda. Sosteniendo el plumero de manera manifiesta por si acaso, se dirigió presurosa hacia el pedestal de piedra blanca en que se exhibía el collar y los brazaletes negros. No se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que soltó el aire al ver que el objeto seguía allí. El mostrador con los costados de cristal en el que estaba el *cuendillar* se encontraba bastantes metros más adelante, pero lo primero era lo primero.

Pasó por encima del cordón de seda blanco y tocó el ancho y articulado collar. *Sufrimiento. Angustia. Aflicción.* Las sensaciones la atenazaron; el deseo de llorar resultaba abrumador. ¿Qué clase de objeto podía absorber todo aquel dolor? Retiró la mano y contempló con ira el negro metal. Creado para controlar a un hombre capaz de encauzar. Liandrin y sus hermanas Negras dispuestas a utilizarlo para dominar a Rand, convertirlo a la Sombra, obligarlo a servir al Oscuro. Alguien de su pueblo controlado y utilizado por unas Aes Sedai. Del Ajah Negro, pero tan Aes Sedai como Moraine, con sus maquinaciones. «¡Estoy pensando como un asqueroso seachan y es culpa de Egeanin!»

La incongruencia de esta última idea se abrió paso en su mente y entonces comprendió que se estaba encolerizando deliberadamente, lo bastante para encauzar. Abrazó la Fuente Verdadera y el Poder la llenó. En ese momento, una criada con el emblema del árbol y la hoja trifoliada en el hombro entró en la sala de columnas.

Temblando por el ansia de encauzar, Nynaeve esperó e incluso levantó el plumero con el que limpió el collar y los brazaletes. La sirvienta echó a andar por las pálidas

baldosas; se marcharía dentro de un momento y entonces ella podría… ¿Qué? Coger el objeto y guardárselo en un bolsillo, pero…

¿Acaso se marcharía la criada? «¿Por qué he pensado que se iría en lugar de quedarse para limpiar?» Miró de reojo a la mujer que se dirigía hacia ella. Claro. No lo había pensado porque no llevaba escoba ni bayeta ni plumero ni siquiera un trapo. «Sea lo que sea a lo que ha venido, no puedo entretenerme mu…»

De repente vio el rostro de la mujer con claridad. Enérgicamente atractivo, enmarcado por oscuras trenzas, sonriendo casi amistosamente, pero sin prestarle realmente atención. Y, desde luego, sin denotar el menor atisbo de amenaza. No era el mismo semblante, pero sabía quién era.

Antes de pensarlo, atacó tejiendo un flujo de Aire duro como un martillo para aplastar aquella cara. En un instante el brillo del *Saidar* envolvió a la mujer, sus rasgos cambiaron —ahora los más regios en cierto modo y más orgullosos que recordaba de Moghedien; y también una expresión de sobresalto, sorprendida de no haber podido acercarse sin levantar sospechas—, y el flujo lanzado por Nynaeve fue hendido como con una afilada cuchilla. La joven se tambaleó con la sacudida del flujo, semejante a un látigo, y tan sólida como un golpe físico. La Renegada contraatacó con un complejo tejido de Energía entremezclada con Agua y Aire. Nynaeve ignoraba qué efecto tenía, pero trató de cortarlo como había visto hacer a la otra mujer, con un afilado tejido de Energía. Durante una fracción de segundo sintió amor, devoción, dedicación plena por la magnífica mujer que se dignaba permitirle…

El complejo tejido se dividió, y Moghedien sufrió una leve vacilación. Un leve resquicio de aquellas sensaciones permanecía en la mente de Nynaeve, como el recuerdo reciente de un deseo de obedecer, de complacer y arrastrarse ante ella, una repetición de lo ocurrido en su primer encuentro; la certeza avivó su cólera. El escudo, afilado como una cuchilla, que Egwene había utilizado para neutralizar a Amico Nagoyin cobró vida, más un arma que un escudo, y se descargó sobre Moghedien. Quedó detenido, un tejido de Energía forcejeando contra otro tejido de Energía, muy cerca de cortar el contacto de Moghedien con la Fuente de manera definitiva. De nuevo se produjo el contragolpe de la Renegada, golpeando como un hacha con el propósito de cortar el contacto de Nynaeve del mismo modo. Para siempre. Desesperadamente, la antigua Zahorí consiguió pararlo.

De pronto fue consciente de que bajo su ardiente ira estaba aterrorizada. Frenar el intento de la otra mujer para neutralizarla a la par que trataba de hacer lo mismo con ella requería de todo lo que tenía. El Poder ardió en su interior hasta tal punto que pensó que se consumiría en una llamarada; las rodillas le temblaban por el esfuerzo de mantenerse en pie. Y todo ello dirigido a esas dos cosas; ni siquiera podía retirar lo suficiente para encender una vela. El hacha de Energía de Moghedien cobraba y perdía consistencia alternativamente, pero tal cosa importaba poco si la mujer

conseguía descargar el golpe; Nynaeve no veía diferencia en el resultado tanto si la neutralizaba o simplemente —¡*simplemente*!— le cortaba el contacto con la Fuente, dejándola así a su merced. El hacha de Energía rozó el canal por el que fluía el Poder desde la Fuente hacia su interior como un cuchillo suspendido sobre el cuello extendido de un pollo. La comparación no podía ser más acertada, y deseó no haberla imaginado. En lo más recóndito de su mente una vocecilla farfulló: «Oh, Luz, no se lo permitas. ¡No se lo permitas! ¡Por favor, Luz, eso no!»

Durante un instante consideró la posibilidad de renunciar a su intento de cortar el contacto de Moghedien —para empezar, tenía que esforzarse al máximo para mantenerlo afilado, como si los flujos se resistieran a conservar la agudeza—, interrumpirlo y emplear toda su fuerza en repeler el ataque de Moghedien, incluso cortarlo. Pero, si lo intentaba, la otra mujer ya no tendría que defenderse y estaría en condiciones de sumar esa fuerza a su propio ataque. Y era una de las Renegadas, no una simple hermana Negra; una mujer que había sido Aes Sedai en la Era de Leyenda, cuando los Aes Sedai estaban capacitados para llevar a cabo cosas que resultaban inimaginables en la actualidad. Si Moghedien descargaba toda su fuerza contra ella…

Si entonces hubiera entrado un hombre —o una mujer sin capacidad de encauzar — sólo habría visto a dos mujeres contemplándose fijamente por encima del cordón de seda blanco desde una distancia inferior a los tres metros. Dos mujeres observándose en medio de la vasta sala repleta de objetos extraños. No habrían visto nada que indicara que se sostenía un duelo; ni saltos ni estocadas como harían los hombres, nada roto ni aplastado, sólo dos mujeres plantadas de pie. Empero, era un duelo, y quizás a muerte. Contra una Renegada.

—Todo mi plan cuidadosamente maquinado echado a perder —dijo de manera repentina Moghedien, con un timbre colérico, los dedos crispados sobre la falda con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos—. Como mínimo tendré que realizar un esfuerzo incalculable para lograr que todo vuelva a estar como antes, y quizá no sea posible. Oh, ten por seguro que te lo haré pagar muy caro, Nynaeve al'Meara. Éste había sido un escondite tan cómodo y acogedor, y esas ciegas mujeres que tienen a su alcance varios objetos muy útiles aunque no lo sepan… —Sacudió la cabeza y sus labios se tensaron dejando a la vista los dientes, como en un gruñido silencioso—. Creo que esta vez te llevaré conmigo. Ya sé en qué te usaré: como un escabel. Tendrás que ponerte a cuatro patas para que así monte a caballo apoyándome en tu espalda. O puede que te regale a Rahvin. Ése siempre devuelve los favores. Ahora tiene una bonita reina para divertirse, pero las mujeres hermosas fueron siempre la debilidad de Rahvin. Le gusta tener dos o tres o cuatro a la vez, haciendo antesala. ¿Te gustaría eso? ¿Pasar el resto de tu vida compitiendo por los favores de Rahvin? Oh, no dudes que querrías obtenerlos una vez que te haya puesto las manos encima;

tiene sus pequeños trucos. Sí, creo que te entregaré a Rahvin.

La ira hinchió a Nynaeve. El sudor le resbalaba por la cara, y sus piernas temblaban como si fueran a fallarle en cualquier momento, pero la ira le dio fuerzas. Enfurecida, consiguió aproximar más su arma de Energía para cortar el canal que conectaba a Moghedien con la Fuente Verdadera antes de que la mujer volviera a frenarla.

—Así que has descubierto esta pequeña joya que hay a tu espalda. —Comentó Moghedien en un instante de precario equilibrio de fuerzas. Sorprendentemente, su voz sonaba casi coloquial—. Me pregunto cómo lo hiciste. No importa. ¿Viniste para llevártelo o tal vez para destruirlo? Esto es imposible, porque no es metal sino una variante de *cuendillar*. Ni siquiera el fuego compacto puede destruirlo. Y, si tu intención era utilizarlo, tiene… desventajas, digámoslo así. Si se pone el collar a un hombre que encauza, la mujer que lleve los brazaletes podrá obligarlo a hacer todo cuanto desee, cierto, pero eso no impedirá que pierda la razón, además de que es un canal con flujos dobles, en ambas direcciones, una especie de intercambio. Al final, el hombre empezará a ser capaz de controlarte a ti también, de modo que se acaba sosteniendo un pulso a todas horas. Aparte de que resulta muy desagradable cuando se ha vuelto loco. Naturalmente, se pueden pasar los brazaletes a otras, de modo que ninguna esté sometida a una exposición excesiva, pero ello significa confiar lo bastante en alguien para ponerlo en sus manos. Los hombres tienen una naturaleza tan violenta que resultan unas armas excelentes. También cabe la posibilidad de que cada brazalete lo lleve una mujer si hay alguna en la que confíes lo bastante; eso aminora de manera considerable la filtración contaminante, según tengo entendido, pero también merma el control aun en el caso de que las dos trabajéis perfectamente de acuerdo. Al final, os encontraréis peleando por controlarlo, cada una de vosotras necesitará que él os quite el brazalete tanto como él necesita que le quitéis el collar. —Ladeó la cabeza y enarcó una ceja con gesto interrogante—. Espero que comprendas adónde lleva esta línea de razonamiento: controlar a Lews Therin, o Rand al'Thor como ahora se llama, sería muy útil, pero ¿merece la pena el precio que hay que pagar? Ahora comprenderás por qué he dejado el collar y los brazaletes donde están.

Temblando para contener el Poder, para mantener tejidos los flujos, Nynaeve frunció el entrecejo. ¿Por qué le estaba contando todo esto la Renegada? ¿Pensaría que daba lo mismo que lo supiera puesto que iba a alzarse con la victoria? ¿Por qué de repente había cambiado la ira por la conversación? También había sudor en el rostro de Moghedien. Mucho, de hecho, empapando su ancha frente y deslizándose por sus mejillas.

De pronto, la verdad se abrió paso en la mente de Nynaeve: la voz de Moghedien no sonaba tensa por la ira, sino por el esfuerzo. No iba a descargar sobre ella toda su

fuerza: ya lo había hecho. Estaba realizando un esfuerzo tan arduo como ella. Fue consciente de que estaba enfrentándose a una Renegada y no sólo no había acabado desplumada como un pollo para ir a la cazuela, sino que no había perdido una sola pluma. ¡Estaba combatiendo contra una Renegada, de tú a tú! ¡Lo que ahora intentaba Moghedien era distraerla, ganar tiempo mientras buscaba un resquicio en su resistencia antes de que su propia fuerza flaqueara! Ojalá supiera cómo hacer lo mismo, antes de que desapareciera la suya propia.

—¿Te preguntas cómo lo he descubierto? —continuó la mujer—. El collar y los brazaletes fueron construidos después de que me… En fin, no hablaremos de eso ahora. Una vez que estuve libre, lo primero que hice fue indagar sobre aquellos últimos días. Mejor dicho, últimos años. Existía mucha información fragmentada aquí y allí que no tenía sentido para quien no supiera por dónde empezar. La Era de Leyenda. Un nombre singular el que le disteis a mi época, pero ni en vuestros relatos más fantásticos se apunta la mitad siquiera de la realidad. Había vivido más de doscientos años cuando se produjo la Perforación y aún era joven según los cómputos de los Aes Sedai. Vuestras «leyendas» no son más que pálidas imitaciones de lo que podíamos llevar a cabo, ¿Por qué…?

Nynaeve había dejado de prestar oídos a la mujer. Un modo de distraerla. Aunque se le ocurriera algo que decirle, Moghedien estaría en guardia contra el método que ella misma estaba utilizando. No podía malgastar esfuerzo ni para tejer el más fino flujo, como le ocurría a… ¡Como le ocurría a Moghedien! Una mujer de la Era de Leyenda; una mujer muy acostumbrada a utilizar el Poder Único, habituada a hacer casi todo con el Poder antes de ser encerrada. Escondida desde que había quedado libre. ¿Hasta qué punto se había acostumbrado a hacer cosas sin el Poder?

Nynaeve dejó que sus rodillas se doblaran ligeramente, como si le fallaran las piernas, soltó el plumero y se agarró al pedestal blanco para sostenerse. No necesitaba disimular demasiado, para ser sincera.

Moghedien sonrió y adelantó otro paso.

—… viajar a otros mundos, incluso mundos en el firmamento. ¿Sabes que las estrellas son…? —Tan segura de sí misma, con esa sonrisa. Tan triunfal.

Nynaeve cogió el collar haciendo caso omiso de las abrumadoras sensaciones dolorosas que la atenazaron y lo lanzó con todas sus fuerzas en un solo movimiento. '

La Renegada sólo tuvo tiempo de dar un respingo antes de que el ancho collarín negro la golpeara entre los ojos. No fue un impacto fuerte y, desde luego, no lo bastante para dejarla sin sentido, pero no lo esperaba. El control de Moghedien sobre el tejido de los fluidos vaciló, levemente, sólo un instante. Empero, el equilibrio entre ambas cambió. El escudo de Energía se deslizó entre Moghedien y la Fuente Verdadera, y el dorado halo que la envolvía desapareció.

Los ojos de la mujer se desorbitaron. Nynaeve esperaba que se abalanzara a su

cuello; es lo que habría hecho ella. En cambio, Moghedien se remangó las faldas hasta las rodillas y echó a correr.

Sin necesidad de seguir defendiéndose, a Nynaeve apenas le costó un pequeño esfuerzo tejer Aire alrededor de la mujer que huía, y la Renegada se quedó paralizada instantáneamente, mientras daba un paso.

Nynaeve se apresuró a atar los flujos. Lo había conseguido. «Me he enfrentado a una Renegada y la he vencido», pensó con incredulidad. Contemplando a la mujer atada desde el cuello hasta los tobillos, petrificada como si fuera de piedra, incluso viéndola inclinada hacia adelante, apoyada sólo sobre un pie, no acababa de dar crédito a sus ojos. Al examinar lo que había hecho, comprobó que no había sido una victoria tan completa como habría deseado. El escudo había perdido su borde afilado antes de llegar a su destino, de manera que Moghedien estaba capturada y aislada, pero no neutralizada.

Procurando no correr, avanzó hasta ponerse frente a la otra mujer. Moghedien aún tenía un aspecto regio, pero de una reina muy asustada; se lamía los labios, y sus ojos miraban a uno y otro lado velozmente, con desesperación.

—Si… si me liberas, po… podríamos llegar a un a… acuerdo. Es mucho lo que p… puedo enseñarte… —balbució.

—Así que un escabel para subir al caballo, ¿no? —la interrumpió bruscamente Nynaeve a la par que tejía una mordaza de Aire que se ciñó a la boca de la mujer, obligándola a mantener muy abiertas las mandíbulas—. ¿No es eso lo que dijiste? Creo que es una idea excelente. Me gusta montar a caballo. —Le sonrió; la Renegada tenía los ojos tan desorbitados que parecían a punto de salirse de las órbitas.

¡Un escabel, desde luego! Una vez que Moghedien hubiera sido sometida a juicio en la Torre y neutralizada —no había otro castigo posible para una Renegada— seguramente se la pondría a trabajar en las cocinas, los jardines o los establos, excepto en las ocasiones en que sería exhibida para demostrar que ni siquiera una Renegada podía escapar a la justicia, y se le daría el mismo trato que a cualquier sirvienta aparte de tenerla vigilada. Pero no estaba de más dejar que pensara que era tan cruel como ella. Que lo pensara hasta que se la…

La boca de Nynaeve se crispó. Moghedien no iba a ser juzgada. No ahora, en cualquier caso. No a menos que encontrara el modo de sacarla del Palacio de la Panarch. La otra mujer creyó que el gesto crispado presagiaba algo malo para ella y las lágrimas manaron de sus ojos; movió la boca, intentando articular las palabras a pesar de la mordaza.

Asqueada consigo misma, Nynaeve regresó con pasos inseguros hacia donde estaba caído el collar y lo metió rápidamente en la bolsa que colgaba de su cinturón para que las oscuras emociones sólo la rozaran. Hizo lo mismo con los brazaletes, que transmitían las mismas sensaciones de dolor y sufrimiento. «Estaba dispuesta a

atormentarla permitiendo que creyera que iba a hacerlo. Sin duda lo merece, pero no me corresponde a mí. No es mi modo de ser. ¿O sí? ¿Es que no soy mejor que Egeanin?»

Giró bruscamente sobre sus talones, furiosa por haberse planteado siquiera tal pregunta, y pasó junto a Moghedien en su camino hacia el mostrador de cristal. Tenía que haber algún modo de llevar a esta mujer a juicio.

Había siete figurillas en el mostrador. Siete, en lugar de seis, pero no el sello.

Por un instante sólo fue capaz de mirar fijamente; una de las figurillas, un extraño animal que semejaba un cerdo pero con un hocico largo y redondo y las pezuñas tan anchas como las gruesas patas, ocupaba el lugar del sello, en el centro del mostrador. De repente, estrechó los ojos. No estaba realmente allí; la figurilla estaba tejida de Aire y Fuego, con filamentos tan minúsculos que hacían que los hilos de una telaraña parecieran cables. Incluso concentrándose, le costaba trabajo percibirlos. Dudaba que Liandrin ni cualquiera de las otras hermanas Negras pudieran verlos. Un finísimo flujo de Aire, cortante y fugaz, cobró vida y el gordo animal desapareció, surgiendo a la vista el sello negro y blanco sobre el soporte lacado en rojo. Moghedien, la maestra del encubrimiento, lo había ocultado a plena vista. Un filamento de Fuego practicó un agujero en el cristal, derritiéndolo, y el sello también fue a parar a la bolsa, que ahora abultaba bastante y le tiraba del cinturón a causa del peso.

Dirigió una mirada ceñuda a la mujer inmovilizada sobre la punta de un pie e intentó discurrir algún modo de llevársela también. Pero a Moghedien no podía meterla en su bolsa, y estaba segura de que, aun en el caso de ser capaz de levantar en vilo a la mujer, hacerlo atraería muchas miradas. Con todo, mientras se encaminaba hacia una de las puertas de doble arco, no pudo evitar echar ojeadas hacia atrás a cada paso. Si hubiera alguna forma. Haciendo una última pausa, dirigió una mirada pesarosa desde el umbral y luego se volvió para salir de la sala.

La puerta se abría a un patio con una fuente llena de plantas acuáticas. Al otro lado de la fuente, una mujer esbelta, de piel cobriza, que llevaba un vestido tarabonés de tono cremoso que habría hecho enrojecer a Rendra, estaba levantando una vara negra, ahusada, de tres palmos de largo. Nynaeve reconoció a Jeane Caide y, sobre todo, reconoció la vara.

Desesperadamente se arrojó hacia un lado con tanta fuerza que se deslizó sobre las suaves baldosas blancas hasta que chocó contra una de las finas columnas, donde se frenó violentamente. Una barra de fuego tan gruesa como una pierna surcó el lugar en el que estaba de pie un momento antes; fue como si el aire se hubiera convertido en metal fundido y surcó todo el espacio a través de la inmensa sala de exposición; allí donde tocaba, las piezas se convertían en humo, los objetos de valor inestimable desaparecían como si jamás hubieran existido. Arrojando flujos de Fuego tras ella ciegamente, con la esperanza de alcanzar algo, cualquier cosa, en el patio, Nynaeve

se internó en la sala gateando. A una altura de poco más de un metro, la barra incandescente se desplazó hacia los lados, abriendo un surco en ambas paredes; entre todo lo que encontró a su paso, mostradores, pedestales y esqueletos de animales se hicieron añicos y cayeron. Las columnas cortadas se estremecieron; algunas se desplomaron, pero lo que cayó bajo aquella terrible espada se desintegró antes de aplastar mostradores y pedestales. La mesa con los costados de cristal se vino abajo antes de que el incandescente haz desapareciera, dejando la imagen de una barra roja impresa en los ojos de Nynaeve; las figuras de *cuendillar* fueron las únicas que cayeron en una pieza bajo aquel rayo abrasador y rebotaron en el suelo.

Al parecer, Moghedien tenía razón: ni siquiera el fuego compacto podía destruir el *cuendillar*. La negra vara era uno de los *ter'angreal* robados; Nynaeve recordaba la advertencia añadida en la lista con una escritura firme: «Produce fuego compacto. Peligroso y casi imposible de controlar».

Moghedien parecía estar intentando gritar a través de la invisible mordaza, agitando la cabeza a uno y otro lado frenéticamente, debatiéndose contra las ataduras de Aire, pero Nynaeve no le dedicó más que una mirada de pasada. Tan pronto como el fuego compacto desapareció, se incorporó lo suficiente para atisbar hacia la parte posterior de la sala, a través de la brecha abierta a lo largo de la pared. Junto a la fuente, Jeane Caide se tambaleaba con una mano en la cabeza y la vara a punto de resbalar de entre los dedos de la otra. Sin embargo, antes de que Nynaeve tuviera oportunidad de arremeter contra ella, la mujer ya había aferrado de nuevo la vara ahusada con firmeza; el fuego compacto salió disparado de la punta y destruyó cuanto encontraba a su paso a través de la cámara.

Nynaeve se zambulló en el suelo y gateó todo lo deprisa que pudo en medio del estruendo de columnas y tabiques desplomándose. Jadeante, salió a un pasillo cuyas dos paredes habían sido atravesadas. Imposible saber hasta dónde había alcanzado el fuego compacto; tal vez a través de todo el palacio. Girándose sobre una alfombra sembrada de cascajo, se asomó cautelosamente por el borde del marco.

El fuego compacto había desaparecido de nuevo. El silencio reinaba en la destrozada sala de exposición, salvo cuando algún trozo de pared cedía y se desplomaba sobre el suelo lleno de cascotes. No había señal de Jeane Caide, aunque se había derrumbado un tramo de la pared del fondo lo bastante grande para ver el patio con la fuente. No tenía la menor intención de ir a comprobar si el *ter'angreal* había acabado con la mujer que lo había utilizado. Respiraba trabajosamente y los brazos y las piernas le temblaban de tal modo que se alegró de seguir tumbada en el suelo un momento más. Encauzar consumía energía al igual que realizar cualquier trabajo: cuanto más se utilizaba, más energía se gastaba; y cuanto más cansada se estaba, menos se podía encauzar. En este momento no estaba segura de ser capaz de enfrentarse a Jeane Caide aunque la domani estuviera debilitada.

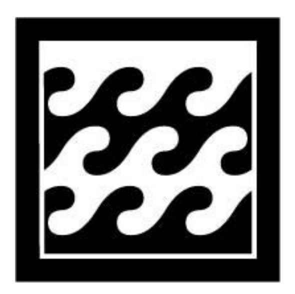
Qué necia había sido. Combatiendo con Moghedien de aquel modo con el Poder, sin pensar que encauzar con tanta intensidad pondría en alerta a todas las hermanas Negras que estuvieran en palacio. Podía considerarse afortunada de que la domani no hubiera aparecido con el *ter'angreal* cuando todavía estaba enzarzada con la Renegada. Lo más probable era que las dos hubieran muerto antes de que supieran que Jeane estaba allí.

De repente miró ante sí con incredulidad. ¡Moghedien había desaparecido! El fuego compacto no había llegado a menos de tres metros de donde se encontraba, pero la Renegada ya no estaba allí. Imposible. La tenía rodeada con el escudo.

—¿Y cómo sé yo lo que es posible y lo que no? —rezongó—. También era imposible que derrotara a una Renegada y lo hice.

Seguía sin ver a Jeane Caide. Se incorporó y corrió deprisa hacia el punto de encuentro acordado con sus compañeras. Si Elayne no había topado con problemas, todavía podían salir de allí a salvo.

55



En lo profundo

Había un hervidero de sirvientes a lo largo de los pasillos por los que Nynaeve corría, haciendo preguntas a gritos, frenéticos. No percibirían el encauzamiento, pero sí que habían sentido cómo el palacio había sido medio destruido. Nynaeve se abrió paso entre ellos como una criada más atenazada por el pánico.

El *Saidar* se desvaneció a su alrededor a medida que corría por los pasillos y a través de los patios. Mantener la ira resultaba difícil cuando la intranquilidad por Elayne crecía de manera paulatina. Si el Ajah Negro la había encontrado… A saber qué más tenían en su poder aparte del *ter'angreal* de fuego compacto. La lista que les habían proporcionado no indicaba la utilidad de todos ellos.

En cierto momento vio a Liandrin, con sus pálidas trenzas, y a Rianna, con aquel mechón blanco en el negro cabello, bajando a toda prisa un tramo de la ancha escalera de mármol; no vislumbró el brillo del *Saidar* alrededor de las dos mujeres, pero por el modo en que los sirvientes gritaban y se apartaban de un salto de su camino, se iban abriendo paso con el Poder. Se alegró de no haber intentado mantenerse en contacto con la Fuente Verdadera, ya que la habrían localizado entre la multitud de inmediato por el halo y, hasta que hubiera descansado un poco, no estaba en condiciones óptimas para enfrentarse a ninguna de ellas y mucho menos con las dos a un tiempo. Ya tenía lo que había ido a buscar. Lo otro tendría que esperar.

La muchedumbre había ido disminuyendo hasta desaparecer para cuando llegó al estrecho pasillo del ala oeste del palacio, que era el punto de encuentro. Las otras mujeres la esperaban junto a una pequeña puerta tachonada de bronce que atrancaba un gran cerrojo de hierro. Amathera estaba con ellas, muy tiesa; se cubría con una capa de fino lino, echado el embozo. El vestido blanco de la Panarch habría pasado por el atuendo de una criada si uno no se fijaba bien en él y advertía que era de seda, aunque el velo de lino que no ocultaba su rostro era ciertamente igual que los de la servidumbre. El sonido de gritos llegaba apagado a través de la puerta; por lo visto, la algarada continuaba en pleno apogeo. Ahora sólo cabía esperar que los hombres estuvieran haciendo el resto de la parte del plan que se les había asignado.

Haciendo caso omiso de Egeanin, Nynaeve estrechó a Elayne en un breve abrazo.

—Estaba tan preocupada… ¿Tuviste algún problema?

—Ni el más mínimo —contestó la heredera del trono. Egeanin rebulló ligeramente y la mujer más joven le lanzó una mirada admonitoria antes de añadir—: Amathera nos planteó algún pequeño inconveniente, pero lo solucionamos.

—¿Inconveniente? —Nynaeve frunció el entrecejo—. ¿Y qué motivo podíais tener para causar dificultades? —Esta última pregunta se la dirigió a la Panarch, que mantuvo alta la barbilla, rehusando mirar a nadie. Elayne parecía igualmente reacia a sostener la mirada de su compañera, de modo que fue la seachan la que respondió:

—Trató de escabullirse para levantar a sus soldados y expulsar de palacio a las Amigas Siniestras. Después de haberle advertido que no lo hiciera.

La antigua Zahorí seguía empeñada en no mirar a Egeanin.

—No pongas ese ceño, Nynaeve —dijo Elayne—. La alcancé enseguida y sostuvimos una pequeña charla. Creo que ahora está totalmente de acuerdo conmigo.

Un tic nervioso crispó una mejilla de la Panarch.

—Lo estoy, Aes Sedai —corroboró con precipitación—. Haré exactamente lo que vos digáis y os proporcionaré salvoconductos con los que incluso los rebeldes os dejarán paso libre sin poneros impedimentos. No hace falta… sostener ninguna otra pequeña charla.

Elayne asintió como si todo aquello tuviera sentido e hizo un gesto a la mujer para que guardara silencio, a lo que la Panarch obedeció prontamente; quizá con un gesto un tanto hosco, pero a lo mejor sólo se debía a la forma de su boca. En cualquier caso, saltaba a la vista que había habido extraños tejemanejes y se proponía llegar al fondo del asunto. Después. El angosto pasillo seguía vacío en ambas direcciones, pero los gritos de pánico todavía resonaban en el interior del palacio. Al otro lado de la pequeña puerta, el populacho continuaba voceando.

—¿Y qué te ha pasado a ti? —inquirió Elayne, que arrugó la frente—. Se suponía que tenías que encontrarte aquí hace media hora. ¿Has sido tú la causante de este alboroto? Percibí a dos mujeres encauzando suficiente Poder para sacudir el palacio en sus cimientos. Tuviste que ser tú. Tuve que contener a Egeanin para que no fuera a buscarte.

¿Egeanin? Nynaeve vaciló y luego se obligó a tocar el hombro de la seachan.

—Gracias. —Daba la impresión de que Egeanin no entendía bien qué había hecho, pero inclinó levemente la cabeza—. Moghedien me encontró y, por estar absorta buscando el modo de llevarla a juicio, Jeane Caide estuvo a punto de dejarme sin cabeza con el fuego compacto. —Elayne dejó escapar un pequeño chillido, de modo que la antigua Zahorí se apresuró a tranquilizarla—. En realidad no llegó a acercarse a mí.

—¿Dices que capturaste a Moghedien? ¿A una de las *Renegadas*?

—Sí, pero después escapó. —Se acabó. Ya había admitido todo. Consciente de que todos los ojos estaban fijos en ella, rebulló con intranquilidad. No le gustaba cometer errores, sobre todo cuando había sido ella la que había hecho hincapié en que no se cometieran—. Elayne, sé lo que dije respecto a ser cautelosas, pero cuando la tuve en mis manos lo único que pensé era cómo llevarla a juicio. —Respiró profundamente y adoptó un tono de disculpa, cosa que odiaba hacer. ¿Dónde se habían metido esos estúpidos hombres?—. Lo puse todo en peligro porque me olvidé de la misión que teníamos, pero por favor, no me regañes.

—No lo haré, siempre y cuando seas más prudente en el futuro —dijo firmemente la heredera del trono. Egeanin carraspeó—. Oh, sí —añadió con premura. La espera parecía estar causando mella en la joven, cuyos pómulos presentaban rojeces—. ¿Encontraste el collar y los brazaletes?

—Aquí los tengo. —Palmeó la bolsita colgada del cinturón. El griterío en el exterior parecía ir en aumento, y también el que resonaba en los pasillos. Liandrin debía de estar poniendo el palacio patas arriba para descubrir qué había ocurrido—. ¿Por qué tardan tanto esos hombres?

—Mi Legión… —empezó Amathera. Elayne la miró, y la mujer cerró la boca bruscamente. Fuera lo que fuera lo que hubieran hablado, debía de haber sido muy serio. La Panarch hizo un puchero, como una niña que teme que la manden a la cama sin cenar.

Nynaeve volvió los ojos hacia Egeanin, pero la seachan tenía la mirada fija en la puerta. Había intentado ir a buscarla. «¿Por qué no me deja que la odie? ¿Tan diferente soy de ella?»

De repente la puerta se abrió bruscamente. Juilin sacó dos ganzúas de la cerradura y se incorporó de la postura agachada en la que había estado. La sangre le corría por un lado de la cara.

—Aprisa. Tenemos que alejarnos de aquí antes de que la situación se nos vaya de las manos.

Nynaeve pasó ante el rastreador con los ojos desorbitados, preguntándose qué consideraría él «irse de las manos». Los marineros de Bayle Domon, por lo menos unos trescientos, formaban un semicírculo de dos filas alrededor de la puerta. El propio Domon estaba allí, enarbolando un garrote y dándoles ánimos a voz en grito para hacerse oír sobre el atronador tumulto que resonaba en la amplia calle. Los hombres empujaban, forcejeaban y bramaban formando una masa en ebullición que los marineros apenas lograban contener con sus bastones y garrotes. Aunque la gente no estaba realmente interesada en ellos. Esparcidos entre la multitud, pequeños grupos de Capas Blancas montados descargaban golpes de espada sobre los apiñados hombres que los acosaban con horcas, duelas de barril o simplemente con las manos. Andanadas de piedras llovían sobre ellos y a veces un casco salía despedido por un

impacto, pero el rugido del tumulto ahogaba el ruido metálico. Un solitario caballo de un Capa Blanca relinchó de repente y se encabritó; cayó hacia atrás y enseguida se levantó sobre sus patas, pero en su grupa ya no estaba el jinete. Había más corceles sin jinetes aquí y allí, entre la turba. ¿Esto era lo que habían organizado sólo para cubrir su retirada? Procuró recordarse el motivo —la mano sobre la bolsa tanteó el bulto del sello de *cuendillar*, el collar y los brazaletes— pero costaba trabajo no olvidarlo. Sin duda ahí fuera estaban muriendo hombres.

—¿Queréis moveros de una vez, mujeres? —gritó Thom al tiempo que hacía señas para que fueran hacia él. Tenía un corte ensangrentado sobre una de las espesas cejas, tal vez causado por una piedra, y su capa marrón ahora ya no servía ni para el ropavejero—. Si la Legión de la Panarch deja de huir y decide dar media vuelta, esto puede ponerse feo.

Amathera soltó una exclamación de estupor un instante antes de que Elayne la empujara firmemente para que avanzara. Nynaeve y Egeanin fueron detrás y, tan pronto como las tres mujeres hubieron salido, los marineros formaron un ceñido cerco a su alrededor y empezaron a abrirse camino forcejeando, alejándose del palacio. Nynaeve tenía dificultades para guardar el equilibrio, empujada y zarandeada por los mismos hombres que intentaban protegerla. En cierto momento, Egeanin resbaló y estuvo a punto de caer, pero Nynaeve le agarró el brazo y la ayudó a recuperar la estabilidad, por lo que se ganó una sonrisa agradecida. «No somos tan diferentes —pensó—. No iguales, pero tampoco tan diferentes una de la otra.» Esta vez no tuvo que obligarse a sonreír a la seachan para darle ánimos.

La alborotada multitud ocupaba varias calles alrededor del palacio, pero una vez que consiguieron salir del tumulto encontraron los estrechos y sinuosos callejones casi vacíos. Los que no participaban en la revuelta, se mostraban lo bastante sensatos para mantenerse alejados de la algarada. Los marineros abrieron el cerco un poco más, dejando más espacio a las mujeres. Empero, cualquier tipo malcarado que volvía los ojos en su dirección fue respondido con duras miradas. Las calles de Tanchico seguían siendo las calles de Tanchico, cosa que, en cierto modo, sorprendió a Nynaeve. Tenía la impresión de que había pasado semanas dentro del palacio; sin duda la ciudad tendría que haber cambiado.

Cuando el clamor quedó amortiguado en la distancia, Thom se las arregló para hacer una elegante reverencia a Amathera sin romper el ritmo de sus pasos renqueantes.

—Es un honor, Panarch —manifestó—. Si puedo serviros en algo, sólo tenéis que decirlo.

Sorprendentemente, Amathera lanzó una mirada de soslayo a Elayne, apretó levemente los labios, y respondió:

—Me confundís con otra persona, caballero. Sólo soy una pobre refugiada del

campo a quien han rescatado estas buenas mujeres.

Thom intercambió una mirada estupefacta con Juilin y Domon; pero, cuando abrió la boca para decir algo, Elayne se le adelantó:

—¿Podemos continuar hacia la posada, Thom? Éste no es el lugar más apropiado para hablar.

Nada más llegar a El Patio de los Tres Ciruelos, se quedaron estupefactos cuando Elayne presentó a la Panarch a Rendra como Thera, una refugiada sin dinero que necesitaba un jergón y quizás algún trabajo para ganarse el sustento. La posadera se encogió de hombros resignadamente; pero, mientras conducía a «Thera» hacia las cocinas, ya le iba diciendo lo bonito que tenía el cabello y lo hermosa que estaría con el vestido apropiado.

Nynaeve no habló hasta que todos los demás hubieron entrado en la sala La Caída de las Flores y se cerró la puerta tras ellos.

—¿Thera? ¡Y ella te siguió el juego! ¡Elayne, Rendra la pondrá a servir mesas en la sala principal!

—Sí, probablemente. —Elayne no parecía sorprendida. Se dejó caer en una silla a la par que soltaba un suspiro; se descalzó y empezó a darse masajes en los pies—. No me fue difícil convencer a Amathera de que debería estar escondida unos cuantos días. No hace mucho sonaban los gritos de «La Panarch ha muerto» o «Muerte a la Panarch». Creo que ver la revuelta también influyó. No quiere depender de Andric para recuperar su trono; desea que sean sus propios soldados quienes lo hagan aunque para ello tenga que esconderse hasta poder ponerse en contacto con el capitán de la Legión. Me parece que Andric se va a llevar una sorpresa con ella. Lo malo es que él no la sorprenda a su vez. Esa mujer se lo merece. —Domon y Juilin intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza en un gesto de no entender nada. Por el contrario, Egeanin asintió en silencio como si ella, al menos, lo comprendiera y lo aprobara.

—Pero ¿por qué? —demandó Nynaeve—. Admito que estés molesta con ella porque tratara de escabullirse, pero ¿esto? Además, ¿cómo es que tuvo ocasión de intentarlo estando vosotras dos vigilándola? —Los ojos de Egeanin se volvieron hacia ella tan rápida y fugazmente que Nynaeve no estuvo segura de haber visto el gesto realmente.

La heredera del trono se frotó la planta de un pie. Tenía que dolerle, porque sus mejillas estaban enrojecidas.

—Nynaeve, esa mujer no tiene ni idea de cómo vive la gente corriente. —¡Como si ella lo supiera!—. Parece albergar un sincero interés por la justicia, en mi opinión, pero sin embargo no la incómoda que en el palacio hubiera víveres para todo un año. ¡Le mencioné los comedores populares y no sabía a qué me refería! Le vendrá bien pasar unos cuantos días trabajando para ganarse el pan. —Estiró las piernas por debajo de la mesa y movió los dedos de los pies descalzos—. Oh, qué agradable. En

fin, tampoco creo que pase muchos, si es que quiere reunir a la Legión de la Panarch para expulsar de palacio a Liandrin y las otras. Una pena, pero las cosas son como son.

—Bueno, es que tiene que hacerlo —adujo firmemente Nynaeve. Era agradable sentarse, aunque no comprendía la preocupación de la joven con sus pies. Apenas si habían caminado hoy—. Y cuanto antes mejor. Necesitamos a la Panarch, pero no en la cocina de Rendra. —No creía que tuvieran que preocuparse por Moghedien. La mujer había tenido oportunidades de sobra para salir a descubierto después de haberse liberado. Eso era algo que todavía la desconcertaba; debía de haber fijado mal el escudo. Sin embargo, si Moghedien no había hecho intención de enfrentarse a ella, cuando sin duda sabía que estaba casi exhausta, no le parecía muy probable que fuera tras ellas. Sobre todo tratándose de algo que aparentemente consideraba de poco valor. Empero, no podía decirse lo mismo de Liandrin. Si la hermana Negra descubría lo ocurrido, iría a darles caza.

—Puede que la justicia de la heredera del trono haga innecesaria la de la Panarch —murmuró Thom—. Había hombres entrando en tropel por aquella puerta cuando nos marchábamos y creo que algunos ya se habían abierto paso por la fachada principal. Vi humo saliendo por varias ventanas. Para esta noche quedará poco más que unas ruinas calcinadas. Entonces no serán necesarios los soldados para dar caza al Ajah Negro y, en consecuencia, «Thera» tendrá esos pocos días para aprender la lección que queréis que aprenda. Algún día seréis una magnífica reina, Elayne de Andor.

La sonrisa satisfecha de la joven se borró al mirar al juglar. Se levantó de la silla y se dirigió descalza hacia Thom a la par que rebuscaba en sus bolsillos; sacó un pañuelo y, a pesar de sus protestas, enjugó la sangre que el hombre tenía en la frente.

—Estaos quieto —le dijo en un tono que parecía el de una madre atendiendo a su revoltoso hijo.

—¿Podemos al menos ver eso por lo que hemos arriesgado el cuello? —pidió el juglar una vez que se hizo evidente que Elayne iba a hacer su santa voluntad.

Nynaeve abrió la bolsa que colgaba de su cinturón y vació el contenido sobre la mesa: el disco blanco y negro que contribuía a mantener cerrada la prisión del Oscuro y el collar y los brazales de metal negro que le provocaron una oleada de pesadumbre antes de que los hubiera soltado. Todo el mundo se arrimó para contemplar más de cerca los objetos.

—En cierta ocasión tuve una cosa como ésta. —Domon rozó con los dedos el disco.

Nynaeve dudaba mucho que tal cosa fuera cierta. Sólo se habían creado siete, de los cuales había tres rotos, por mucho que estuvieran hechos con *cuendillar*. Otro se encontraba en poder de Moraine. Para conservarlo en una pieza. ¿Hasta qué punto

servirían cuatro sellos para mantener cerrado Shayol Ghul? Una idea escalofriante.

Egeanin tocó el collar y apartó los brazaletes. Si percibía las sensaciones encerradas en ellos, no lo demostró. Quizá la percepción iba unida a la capacidad de encauzar.

—No es un *a'dam* —manifestó la seachan—. Los *a'dam* están hechos con plata y en una sola pieza.

Nynaeve deseó que la mujer no hubiera mencionado esa palabra. «Pero ella nunca llevó puesto el brazalete de uno de ellos. Y dejó en libertad a esa pobre mujer de la que nos habló. La tal Bethamin era una de las que controlaba a otras mujeres con un *a'dam*.» Egeanin había demostrado más compasión de la que ella habría tenido en su lugar.

—Al menos es tan semejante a un *a'dam* como lo somos vos y yo, Egeanin. —La mujer pareció sobresaltarse pero, al cabo de un momento, asintió. No eran tan diferentes. Dos mujeres, cada cual haciendo las cosas lo mejor que sabía.

—¿Tenéis intención de seguir persiguiendo a Liandrin? —Juilin tomó asiento, con los brazos cruzados sobre la mesa, y estudió los objetos que había en ella—. Aunque tenga que huir de Tanchico seguirá estando libre. Y también las demás. Sin embargo, estos objetos parecen ser demasiado importantes para dejarlos en cualquier lugar. No soy más que un rastreador de delincuentes, pero opino que habría que llevarlos a la Torre Blanca para tenerlos guardados a buen recaudo.

—¡No! —Su vehemencia sobresaltó a la propia Nynaeve. Y también a los demás a juzgar por el modo en que la miraron. Lentamente, recogió el sello y volvió a guardarlo en la bolsa—. Esto irá a la Torre, pero eso otro… —No quería volver a tocar aquel artefacto negro. Si se llevaba a la Torre, las Aes Sedai podían decidir utilizarlo con el mismo propósito que el Ajah Negro: controlar a Rand. ¿Haría algo así Moraine? ¿O Siuan Sanche? No correría el riesgo—. Es algo demasiado peligroso para arriesgarse a que vuelva a caer en manos de Amigos Siniestros. Elayne, ¿puedes destruirlo? Fundir el collar y los brazaletes, quiero decir. Me importa poco si abrasas la mesa, pero ¡destrúyelos!

—Entiendo lo que quieres decir —manifestó la heredera del trono, haciendo una mueca de aversión. Nynaeve lo dudaba mucho, ya que Elayne confiaba plenamente en la Torre. Sin embargo, también confiaba en Rand.

La antigua Zahorí no vio el brillo del *Saidar*, por supuesto, pero por la intensidad con que la joven miraba los repulsivos objetos supo que estaba encauzando. Los brazaletes y el collar continuaron sobre la mesa, inalterables. Elayne frunció el entrecejo; su mirada cobró aun mayor intensidad. Bruscamente, sacudió la cabeza. Alargó una mano con gesto vacilante y después la cerró sobre uno de los brazales para cogerlo. Lo soltó de nuevo a la par que lanzaba un grito ahogado.

—Transmite… Está rebosante de… —Inhaló hondo antes de proseguir—: Hice lo

que me pediste, Nynaeve. Con el Fuego que tejí a su alrededor se habría derretido un mazo de hierro, pero esto no está siquiera caliente.

Así que Moghedien no había mentido. Sin duda creía que no tenía necesidad de hacerlo al dar por hecho que saldría victoriosa del enfrentamiento. «¿Cómo se liberó esa mujer?» ¿Qué podían hacer con el maldito objeto? Desde luego, no estaba dispuesta a dejar que cayera en manos de nadie.

—Maese Domon, ¿conocéis una zona muy profunda en el mar?

—Sí, señora al'Meara —respondió lentamente el capitán.

Con cautela, procurando aislarse de las sensaciones que transmitían, Nynaeve empujó el collar y los brazaletes hacia Domon.

—Entonces, arrojadlos allí, donde nadie puede volver a sacarlos a la superficie.

Al cabo de un instante, el hombre asintió.

—Lo haré. —Los guardó en el bolsillo de su chaqueta con premura, haciéndose patente su desagrado hacia un objeto relacionado con el Poder—. En la zona más profunda del mar que conozco, cerca de Aile Somera.

Egeanin tenía fija la vista en el suelo, con el ceño fruncido, pensando sin duda en la partida del illiano. Nynaeve no había olvidado que la seachan se había referido a él como «un hombre bien plantado». Ella se sentía como liberada, con ganas de reír. La misión casi había concluido; tan pronto como Domon zarpara, el odioso collar y los brazaletes habrían desaparecido para siempre. Entonces podrían dirigirse hacia Tar Valon, y después… Después, de vuelta a Tear o adondequiera que se encontrara al'Lan Mandragoran. Enfrentarse a Moghedien, ser consciente de lo cerca que había estado de morir o algo peor, hacía mayor su afán de reencontrarse con él y solucionar su situación. Era un hombre que tenía que compartir con la mujer a la que odiaba, pero si Egeanin era capaz de ver con afecto a un hombre al que una vez había tomado prisionero —y, desde luego, no cabía duda de que Domon correspondía a ese interés — y si Elayne podía amar a un hombre sobre el que pendía la amenaza de la locura, entonces también ella tendría que ser capaz de encontrar algún modo de gozar de lo que Lan estuviera en condiciones de ofrecerle.

—¿Bajamos a la sala a comprobar qué tal está soportando «Thera» lo de ser una criada? —sugirió.

Muy pronto partirían para Tar Valon. Muy pronto.

56



Ojos Dorados

En la sala principal de la Posada del Manantial reinaba el silencio, roto sólo por el rasgueo de la pluma de Perrin. En silencio y vacía excepto por él y por Aram. La luz de la mañana, ya avanzada, creaba dibujos dorados debajo de las ventanas. De la cocina no salían olores de alimentos preparándose; no había fuegos encendidos en ningún hogar del pueblo e incluso las ascuas se habían apagado cubriéndolas con cenizas. No tenía sentido dar la ventaja de tener un fuego a mano. El gitano —a veces Perrin se preguntaba si era acertado pensar en Aram de ese modo ya, pero un hombre no podía dejar de ser lo que era, ni que llevara espada ni que no— estaba de pie, apoyado contra la pared, cerca de la puerta principal, observándolo. ¿Qué esperaba? ¿Qué quería? Mojó la pluma en el pequeño tintero de piedra, apartó la tercera hoja y empezó a escribir en la cuarta.

Ban al'Seen entró por la puerta, arco en mano, y se frotó con inquietud la gran nariz.

—Los Aiel están de vuelta —anunció en voz queda, pero sus pies se movían como si fuera incapaz de mantenerlos quietos—. Los trollocs vienen por el norte y el sur. Son millares, lord Perrin.

—No me llames eso —dijo Perrin con aire ausente y miró la página con el ceño fruncido. No se le daban bien las palabras. No sabía cómo expresar las cosas con la galanura que gustaba a las mujeres. Volvió a mojar la pluma y agregó unas líneas:

No te pediré perdón por lo que hice. No sé si me perdonarías, pero no te pediré que lo hagas. Tu persona es para mí más preciosa que la propia vida. Jamás pienses que te he abandonado. Cuando el sol brilla sobre ti, es mi sonrisa. Cuando escuchas la brisa agitándose entre las flores de los manzanos, es mi voz susurrándote que te quiero. Mi amor es tuyo para siempre.

Perrin

Durante un instante consideró lo que había escrito. No decía suficiente, aunque tendría que servir. Las palabras no eran las más adecuadas pero le faltaba tiempo para encontrar otras mejores.

Esparció arena con cuidado sobre la tinta húmeda y dobló las páginas. Estuvo a punto de escribir «Faile Bashere» en la parte exterior, aunque se acordó a tiempo y puso «Faile Aybara». Entonces cayó en la cuenta de que ignoraba si en Saldaea la mujer tomaba el apellido de su esposo; había lugares donde no lo hacían. En fin, se había casado con él en Dos Ríos y tendría que amoldarse a sus costumbres.

Dejó la carta en el centro de la repisa de la chimenea, donde quizá llegara a sus manos finalmente, y ajustó la cinta roja de esponsales por detrás del cuello de la camisa, de manera que cayera sobre las solapas como era debido. Se suponía que tenía que llevarla puesta siete días, siendo el modo de anunciar a todo aquel que lo viera que estaba recién casado.

—Lo intentaré —musitó a la carta en voz queda. Faile había tratado de anudarle una en la barba; ojalá le hubiera dejado hacerlo.

—¿Perdón, lord Perrin? —dijo Ban, que no dejaba de mover los pies—. No oí bien.

Aram se mordía los labios con fuerza y tenía los ojos muy abiertos, con expresión asustada.

—Es hora de empezar la faena del día —dijo Perrin. A lo mejor le llegaba la carta. Tal vez. Recogió el arco que tenía sobre la mesa y se lo colgó a la espalda. El hacha y la aljaba ya estaban colgadas de su cinturón—. ¡Y no me llames eso!

Los Compañeros esperaban montados a caballo delante de la posada; Wil al'Seen portaba ese estúpido estandarte con la cabeza de lobo, el largo astil apoyado en el estribo. ¿Cuánto tiempo hacía que Wil se había negado a llevar ese trasto? Los supervivientes de aquellos que se habían unido a él el primer día ahora guardaban celosamente un turno. Wil, con el arco a la espalda y la espada en la cadera, tenía un aire tan orgulloso que resultaba ridículo.

Mientras Ban subía a su montura, Perrin le oyó decir:

—Este hombre es tan frío como un estanque en invierno. Como el hielo. Quizás hoy el ataque no sea tan malo.

Apenas le prestó atención. Las mujeres estaban congregadas en el Prado. Formaban en cinco o seis filas alrededor del alto mástil en el que la roja cabeza de lobo ondeaba con la brisa. Cinco o seis filas, hombro contra hombro, empuñando armas hechas con guadañas, y horcas y machados, incluso grandes cuchillos de cocina.

Con la garganta constreñida, montó en *Brioso* y fue hacia ellas. Los niños formaban una apretada piña dentro del círculo de mujeres. Todos los niños de Campo de Emond.

Condujo al caballo lentamente alrededor de las filas, sintiendo los ojos de las mujeres siguiéndolo; y los de los niños. Olor a miedo y a preocupación; los niños lo manifestaban en sus rostros demacrados, pero el olor venía de todos. Sofrenó al corcel donde estaban Marin al'Vere, Daise Congar y el resto de las componentes del Círculo de Mujeres. Alsbet Luhhan sostenía sobre el hombro uno de los martillos de su marido, y el yelmo del Capa Blanca que había conseguido la noche de su rescate le cubría la cabeza, un tanto ladeado a causa de la gruesa trenza. Neysa Ayellan empuñaba un cuchillo de trinchar de hoja muy larga en una mano, y llevaba otros dos metidos por el cinturón.

—Lo hemos planeado así —dijo Daise, mirándolo como si esperara una objeción que no estaba dispuesta a admitir. Sostenía una horca, atada a un astil casi tres palmos más alto que ella, en posición vertical ante sí—. Si los trollocs abren brecha por cualquier sitio, los hombres vais a estar muy ocupados, así que nosotras sacaremos a los niños. Los mayores saben lo que tienen que hacer, y todos han jugado al escondite en el bosque. Será suficiente para mantenerlos a salvo hasta que puedan salir.

Los mayores. Chicos y chicas de trece y catorce años llevaban cargados a los niños que todavía no caminaban atados a la espalda y a otros algo mayores agarrados de las manos. Las chicas que tenían más de esa edad se encontraban entre las filas de mujeres; Bode Cauthon aferraba un machado con las dos manos, y su hermana Eldrin, una jabalina de ancha punta. Los chicos con más de catorce años estaban con los hombres o sobre los tejados de bálago, empuñando arcos. Los gitanos se encontraban dentro del círculo, con los niños. Perrin miró de reojo a Aram, que estaba de pie junto al estribo. Los gitanos no lucharían, pero cada adulto tenía a dos bebés sujetos a la espalda y otro más en brazos. Raen e Ila, enlazado el brazo el uno en torno al otro, no lo miraron. Lo suficiente para mantenerlos a salvo hasta que pudieran salir.

—Lo lamento. —Tuvo que dejar de hablar para aclararse la garganta. No había sido su intención que las cosas llegaran a este extremo. Por mucho que lo pensara, no se le ocurría qué más podría haber hecho. Ni siquiera entregarse a los trollocs habría detenido la matanza y los incendios. El final habría sido el mismo—. No fue justo lo que hice con Faile, pero no tenía más remedio. Por favor, comprendedlo. Tenía que hacerlo.

—No seas necio, Perrin —replicó Alsbet en tono enérgico, pero el redondo rostro sonreía con afecto—. No soporto oírte decir tonterías. ¿Crees que esperábamos que actuaras de otro modo?

Marin, con una enorme hacha de carnicero en una mano, alzó la otra para darle unas palmaditas en la rodilla.

—Cualquier hombre merecedor de prepararle la comida habría hecho lo mismo —dijo.

—Gracias. —Luz, qué ronca le sonaba la voz. Dentro de un momento se pondría a dar hipidos y a lloriquear como una niñita. Pero por más que lo intentaba no conseguía quitarse el nudo de la garganta. Debían de creer que era tonto—. Gracias. No debí engañaros, pero ella no se habría ido si lo hubiera sospechado.

—Oh, Perrin. —Marin se echó a reír. Y lo hizo con todas sus ganas, a pesar de oler a miedo; ojalá tuviera la mitad de coraje que ella—. Sabíamos lo que te proponías antes de que la montaras en su yegua, y no estoy segura de que ella no lo supiera también. Las mujeres acabamos haciendo lo que no queremos con tal de complaceros a los hombres. Ahora, vete y haz lo que tienes que hacer. Esto es asunto del Círculo de Mujeres —agregó firmemente.

De algún modo se las compuso para devolverle la sonrisa.

—Sí, señora —dijo, al tiempo que inclinaba la cabeza como saludando a un superior—. Os pido disculpas. Sé a qué atenerme y no voy meter la nariz en vuestros asuntos.

Las mujeres que estaban a su alrededor rieron suavemente mientras él hacía volver grupas a *Brioso*. Reparó en que Ban y Tell cabalgaban detrás de él, con el resto de los Compañeros siguiéndolos en fila, a continuación de Wil y el estandarte. Llamó a los dos jóvenes con un ademán.

—Si las cosas se ponen feas hoy —dijo, cuando los tuvo uno a cada lado—, los Compañeros tienen que volver aquí y ayudar a las mujeres.

—Pero…

—¡Haréis lo que yo os diga! —cortó la protesta de Tell—. ¡Si las cosas van mal, sacaréis a las mujeres y los niños! ¿Entendido?

Asintieron; de mala gana, pero lo hicieron.

—¿Y tú? —preguntó en voz baja Ban.

—Aram —llamó Perrin, haciendo caso omiso del otro joven—, tú irás con los Compañeros.

El joven gitano, que caminaba entre *Brioso* y la peluda montura de Tell, ni siquiera alzó la vista hacia él.

—Yo iré donde tú vayas —respondió, lacónico, pero en un tono que no admitía discusión; iba a hacer lo que quisiera, dijera él lo que dijera.

Perrin se preguntó si los verdaderos lores tendrían alguna vez problemas como el suyo.

En el extremo occidental del Prado, los Capas Blancas ya estaban montados todos a caballo, las capas con el emblema del sol resplandeciente, los yelmos y armaduras rutilantes, las puntas de las lanzas centelleando, en una larga columna de a cuatro que se extendía hasta las primeras casas. Debían de haberse pasado gran parte de la noche puliendo y abrillantando. Dain Bornhald y Jaret Byar hicieron girar a sus caballos para ponerse de cara a Perrin. Bornhald se mantenía erguido en la silla, pero olía a

brandy. El semblante descarnado de Byar se endureció con una rabia aún más profunda de lo habitual cuando sus ojos se posaron en Perrin.

—Creí que estaríais en vuestros puestos a estas alturas —dijo el joven.

Bornhald, con la mirada fija en la crin de su caballo, no respondió.

—Nos marchamos de aquí, Engendro de la Sombra —escupió al cabo de un momento Byar. Un murmullo iracundo se alzó entre los Compañeros, pero el hombre de ojos hundidos hizo caso omiso de ellos, al igual que del gesto de Aram de llevar la mano hacia atrás, a la empuñadura de la espada—. Nos abriremos paso hasta Colina del Vigía a través de tus amigos y nos reuniremos con el resto de nuestros hombres.

Se marchaban. Más de cuatrocientos soldados y se marchaban. Eran Capas Blancas, pero, al fin y al cabo, soldados montados, no granjeros. Soldados que habían aceptado —¡Bornhald lo había aceptado!— respaldar a los hombres de Dos Ríos cuando la lucha fuera más encarnizada. Si Campo de Emond esperaba tener una oportunidad, tenía que convencer a estos hombres para que se quedaran. *Brioso* sacudió la cabellera y relinchó como si percibiera el estado de ánimo de su jinete.

—¿Todavía creéis que soy un Amigo Siniestro, Bornhald? ¿Cuántos ataques habéis visto hasta ahora? Esos trollocs han intentado matarme con tanto empeño como a cualquier otro.

Bornhald levantó lentamente la cabeza; sus ojos, medio vidriosos, tenían una expresión obsesionada. Las manos, protegidas con los guanteletes reforzados con acero en el envés, se abrieron y se cerraron sobre las riendas de manera inconsciente.

—¿Crees que a estas alturas no sé que estas defensas se prepararon sin estar tú? No son obra tuya, ¿verdad? No mantendré a mis hombres aquí para presenciar cómo alimentas con tus propios convecinos a los trollocs. ¿Piensas bailar encima de sus cuerpos apilados cuando todo haya acabado, Engendro de la Sombra? ¡Pues no bailarás sobre los nuestros! ¡Tengo intención de vivir el tiempo suficiente para verte ante la justicia!

Perrin palmeó el cuello de *Brioso* para tranquilizar al animal. Tenía que conseguir que estos hombres se quedaran.

—¿Me queréis? Muy bien. Cuando todo haya acabado, cuando los trollocs estén muertos, no me resistiré si intentáis arrestarme.

—¡No! —gritaron al tiempo Ban y Tell, y detrás de ellos crecieron las voces disconformes. Aram alzó la vista hacia Perrin, conmocionado.

—Una promesa vana —se mofó Bornhald—. ¡Te propones que todo el mundo muera aquí excepto tú!

—Jamás lo sabréis si os marcháis, ¿no os parece? —Perrin dio a su voz un timbre duro y despectivo—. Yo mantendré mi promesa, pero si os vais jamás me volveréis a encontrar. ¡Huid, si es eso lo que queréis! ¡Huid, e intentad olvidar lo que ocurre aquí! Tanta palabrería sobre proteger a la gente de los trollocs. ¿Cuántos han muerto a

manos de los trollocs cuando ya estabais en Dos Ríos? Mi familia no fue la primera y, ciertamente, no será la última. ¡Huid! O quedaos, si podéis recordar que sois hombres. Si necesitáis un ejemplo de coraje, mirad a esas mujeres, Bornhald. ¡Cualquiera de ellas es más valerosa que todos vosotros juntos, puñado de Capas Blancas!

Bornhald se estremeció como si cada palabra fuera un golpe; Perrin creyó que el hombre acabaría cayéndose del caballo. Manteniéndose erguido con esfuerzo, el oficial lo miró de hito en hito.

—Nos quedaremos —dijo con voz ronca.

—Pero, mi señor Bornhald —protestó Byar.

—¡Sin menoscabo! —le gritó Bornhald—. ¡Si hemos de morir aquí, moriremos sin menoscabo! —Giró la cabeza hacia Perrin; estaba espumeando—. Nos quedaremos. ¡Pero al final te veré muerto, Engendro de la Sombra! ¡Por mi familia, por mi padre, te veré muerto! —Haciendo dar media vuelta a su montura violentamente, regresó al trote hacia la columna de soldados. Byar enseñó los dientes a Perrin en un gruñido sordo antes de ir en pos de su oficial.

—¿Piensas mantener esa promesa? —inquirió Aram con ansiedad—. No puedes hacerlo.

—Tengo que comprobar cómo están los demás —dijo Perrin. No había muchas posibilidades de que viviera lo suficiente para cumplirla—. No queda mucho tiempo.

Taconeó a *Brioso* en los ijares, y el caballo salió al trote en dirección al extremo occidental del pueblo.

Detrás de la afilada estacada que daba al Bosque del Oeste, los hombres aguardaban empuñando las picas, alabardas y lanzas fabricadas por Haral Luhhan, que también estaba allí, vestido con su chaleco de herrero y empuñando una guadaña acoplada al extremo de un astil de más de dos metros. Tras ellos se encontraban los hombres armados con arcos, formados en filas interrumpidas por cuatro catapultas; Abell Cauthon recorría lentamente las líneas para dirigir algunas palabras a cada hombre.

Perrin frenó a su caballo al lado de Abell.

—Al parecer se aproximan por el norte y el sur —informó en voz queda—, pero de todos modos estad ojo avizor.

—Estaremos atentos. Y lo tengo todo preparado para enviar a la mitad de mis hombres a cualquier punto donde sea necesaria su presencia. No van a encontrar fácil hacer carne con los hombres de Dos Ríos. —La sonrisa de Abell recordaba poderosamente la de su hijo.

Para azoramiento de Perrin, los hombres lo aclamaron a su paso, seguido por los Compañeros y con el estandarte pegado a sus talones.

—¡Ojos Dorados! ¡Ojos Dorados! —Y de vez en cuando—: ¡Lord Perrin!

Tendría que haber sido más firme para cortar aquello desde el principio.

En el sur, Tam estaba al cargo de los hombres; la expresión de su semblante era más severa que la de Abell y caminaba casi como un Guardián, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada. Aquellos movimientos lobunos, implacables, resultaban chocantes en el fornido y canoso granjero. Empero, sus palabras no se diferenciaron mucho de las de Abell:

—Nosotros, los de Dos Ríos, somos más duros de lo que la mayoría imagina —manifestó sosegadamente—. Ten por seguro que hoy quedará demostrado nuestro pundonor.

Alanna estaba junto a una de las seis catapultas que había en este lado, gesticulando sobre una enorme piedra que iba a ser cargada en el extremo cóncavo del brazo. Ihvon se encontraba a lomos de su caballo, cerca de ella, con su capa de Guardián de color cambiante, esbelto como una cuchilla de acero y alerta como un halcón; era evidente que había elegido su posición (dondequiera que estuviera Alanna) y su objetivo en la lucha (sacarla de allí con vida a cualquier precio). Apenas le dedicó una mirada a Perrin, pero la Aes Sedai hizo una pausa, con las manos suspendidas sobre la piedra, y sus ojos siguieron a Perrin mientras pasaba. El joven notó sobre él su mirada evaluándolo, sopesándolo y juzgándolo. También lo siguieron los vítores.

En el punto donde la estacada se extendía más allá de las pocas casas al este de la Posada del Manantial, Jon Thane y Samel Crawe compartían el mando de los hombres. Perrin les dijo lo mismo que a Abell y, de nuevo, obtuvo una respuesta similar. Jon, que llevaba una cota de malla en la que se veían algunos agujeros con herrumbre, había visto el humo de su molino incendiado, y Samel, con su cara de caballo y larga nariz, estaba seguro de haber divisado humo en la dirección donde estaba su granja. Ninguno de los dos esperaba un día fácil, pero tanto el uno como el otro mostraban una determinación inquebrantable.

Perrin había decidido situarse en el flanco norte durante la lucha. Acarició la cinta que colgaba sobre una solapa y miró hacia Colina del Vigía, la dirección tomada por Faile, y se preguntó por qué habría elegido el flanco norte. «Vuela libre, Faile. Vuela lejos, corazón mío.» Imaginó que éste era un sitio tan bueno como cualquier otro para morir.

Se suponía que Bran estaba al mando aquí, con su casco metálico y su jubón con discos metálicos cosidos encima, pero dejó de pasar revista a los hombres a lo largo de la barricada a fin de hacer una reverencia a Perrin tan profunda como se lo permitía su prominente cintura. Gaul y Chiad estaban preparados, las cabezas envueltas en los *shoufa* y los rostros ocultos hasta los ojos bajo los negros velos. Codo con codo, reparó Perrin; fuera lo que fuera lo que había pasado entre ellos, por

lo visto habían superado el pleito de sangre que existía entre sus clanes. Loial sostenía un par de machados que parecían diminutos entre sus enormes manos; las orejas copetudas estaban dirigidas hacia adelante en un gesto fiero, y su ancho rostro mostraba una expresión severa.

«¿Crees que huiría? —le había dicho a Perrin cuando éste sugirió que podría escabullirse al abrigo de la noche, en pos de Faile. Sus orejas estaban caídas por el cansancio, pero también en un gesto dolido—. Vine contigo, Perrin, y me quedaré hasta que tú te marches. —Y entonces se había echado a reír de repente, un profundo y estruendoso sonido que casi hizo tintinear los platos—. Quizás alguien cuente mi historia algún día. A nosotros no nos interesan esas cosas, pero supongo que podría haber un héroe Ogier. Es broma, Perrin. Vamos, ríete, que he hecho un chiste. Anímate, hombre, haremos chistes, nos reiremos e imaginaremos a Faile volando libre.»

—No es ninguna broma, Loial —musitó el joven mientras pasaba con el caballo a lo largo de las filas de hombres, procurando no escuchar sus vítores—. Eres un héroe lo quieras o no.

El Ogier le dedicó una ancha y tensa sonrisa antes de volver la vista hacia el terreno despejado al otro lado de la barricada. Unos palos a los que se les había pelado la corteza marcaban el terreno a intervalos de cien pasos hasta los quinientos; más allá se extendían labrantíos, campos de tabaco y cebada, la mayoría pisoteados en ataques anteriores, y setos y vallas bajas de piedra, y bosquecillos de melojos, pinos y robles.

Cuántos rostros conocidos entre estas filas de hombres a la espera. El robusto Eward Candwin y Paet al'Caar, empuñando picas. El canoso Buel Dowtry, el flechero, estaba junto a los arqueros, por supuesto. Más allá se encontraba el fornido y canoso Jac al'Seen y su calvo primo Wit, y el sarmentoso Flinn Lewin, larguirucho como todos los varones de su familia. Jaim Torfinn y Hu Marwin, unos de los primeros en seguirlo; no se habían unido a los Compañeros, como si el hecho de haberse perdido la emboscada en el Bosque de las Aguas hubiera abierto una brecha entre ellos y los demás. Elam Dowtry, Dav Ayellan y Ewin Finngar. Hari Coplin y su hermano Darl, y el viejo Bili Congar. Berin Thane, el hermano del molinero, y el grueso Athan Dearn y Kevrin al'Azar, cuyos nietos ya tenían hijos mayores; y Tuck Padwhin, el carpintero, y…

Se obligó a dejar de contarlos y cabalgó hacia donde estaba Verin junto a una de las catapultas bajo la atenta vigilancia de Tomás, montado en su rucio. La rellena Aes Sedai observó un instante a Aram antes de volver sus penetrantes ojos hacia Perrin con una ceja enarcada, como preguntándole por qué la molestaba.

—Estoy un poco sorprendido de encontraros todavía aquí a vos y a Alanna —le dijo el joven—. Ir a la búsqueda de jovencitas que pueden encauzar no debe ser tan

importante como para que merezca la pena morir. Ni tampoco mantener una cuerda atada a un *ta'veren*.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? —Entrelazó las manos sobre la cintura y ladeó la cabeza con gesto pensativo—. No —dijo al cabo—. No creo que podamos marcharnos todavía. Eres tan digno de estudio como Rand, a tu modo. Y también el joven Mat. Si pudiera dividirme en tres, me pegaría a cada uno de vosotros sin separarme de día ni de noche aunque para ello tuviera que desposaros.

—Yo ya tengo esposa. —Sonaba raro. Raro y estupendo. Tenía una esposa y estaba a salvo.

—Sí, la tienes —dijo la Aes Sedai rompiendo su breve ensoñación—. Pero no sabes lo que significa haberte casado con Zarina Bashere, ¿verdad? —Alzó la mano para tocar el hacha que llevaba colgada a la cintura y examinarla—. ¿Cuándo vas a cambiar esto por un martillo?

Sin quitarle ojo a la Aes Sedai, Perrin hizo retroceder un paso a *Brioso*, apartando así el hacha de la mano de Verin, antes de darse cuenta de lo que hacía. ¿Lo que significaba haber desposado a Faile? ¿Renunciar al hacha? ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué era lo que sabía esta mujer?

—¡ISAM! —El clamor gutural retumbó en el aire y aparecieron los trollocs cruzando los campos a la carrera para después detenerse en la distancia de alcance de los arcos cual una marea de negras cotas de malla que se extendían a todo lo largo del pueblo. Todos ellos sobrepasaban en varios palmos la altura de un hombre y los doblaban en corpulencia. Eran millares: grandes rostros deformados por picos y hocicos, cabezas con cuernos o con crestas de plumas, pinchos sobresaliendo en codos y hombros, espadas de hoja ancha y curva como guadañas y hachas con aguzados picos como contrapeso, picas con las puntas retorcidas como ganchos y tridentes barbados, un mar aparentemente infinito de crueles armas. Detrás de ellos, los Myrddraal galopaban arriba y abajo sobre corceles negros como la noche, envueltos en las brunas capas que colgaban inmóviles aunque galoparan o caracolearan sobre sus monturas.

—¡ISAM!

—Interesante —murmuró Verin.

A Perrin no le pareció el término más adecuado. Ésta era la primera vez que los trollocs pronunciaban una palabra inteligible, aunque no tenía la menor idea de lo que significaba.

Acariciando su cinta de esponsales, se obligó a cabalgar tranquilamente hacia el centro de Dos Ríos. Los Compañeros formaron detrás de él, con el estandarte de la cabeza de lobo ondeando al impulso de la brisa. Aram tenía empuñada la espada con las dos manos.

—¡Estad preparados! —gritó Perrin. Por increíble que le pareciera, su voz sonó

firme.

—¡ISAM!

Y la negra marea empezó a avanzar aullando como bestias.

Faile estaba a salvo. Era lo único que importaba. No se permitió mirar los rostros de los hombres que se extendían a ambos lados de él. Oyó los mismos aullidos hacia el sur. Por dos frentes a la vez. Tampoco esto lo habían intentado hasta ahora. Faile estaba a salvo.

—¡A cuatrocientos pasos! —A todo lo largo de las filas los arcos se alzaron a la par. La aullante masa seguía aproximándose, las largas piernas acortando distancias con gran rapidez. Más cerca—. ¡Disparad!

El seco chasquido de las cuerdas de los arcos quedó ahogado por el clamor de los trollocs, pero una lluvia de proyectiles emplumados se elevó hacia el cielo, voló en una trayectoria arqueada y se precipitó sobre la horda de mallas negras. Las piedras de las catapultas estallaron en ardientes bolas de fuego y aguzados fragmentos en medio de las apretadas filas enemigas. Muchos trollocs cayeron. Perrin los vio desplomarse y ser pisoteados bajo botas y pezuñas. Incluso cayeron algunos Myrddraal. Empero, la negra ola continuó avanzando, cubriendo huecos y brechas, aparentemente sin sufrir merma.

No hubo necesidad de dar la orden de disparar otra andanada. La segunda siguió a la primera tan deprisa como los hombres pudieron encajar otra flecha en los arcos, y la nueva andanada surcó el aire antes de que la anterior hubiera llegado al suelo. Y a ésta la siguió una tercera; y luego una cuarta y una quinta. El fuego explotaba entre los trollocs con tanta rapidez como los hombres de las catapultas eran capaces de tensar los brazos, mientras Verin galopaba de una catapulta a otra y se inclinaba en la silla sobre las piedras cargadas. Y las enormes y aullantes bestias continuaban acercándose, gritando en una lengua incomprensible para Perrin, pero ávidas de sangre; de sangre y carne humana. Los hombres apostados tras la estacada se aprestaron a la lucha, levantando sus armas.

Perrin sintió frío dentro de sí. Alcanzaba a ver el tramo de campo que la carga trolloc había dejado tras de sí sembrado ya de sus muertos y moribundos, pero no parecía que fueran menos los que continuaban de pie. *Brioso* piafó con nerviosismo, aunque el joven no distinguió el relincho del animal de los aullidos de los trollocs. El hacha se deslizó suavemente de la presilla de cuero y su mano se cerró sobre el mango; la gran hoja en forma de media luna y el grueso pincho de contrapeso centellearon con la luz del sol. Todavía no era mediodía. «Mi corazón es tuyo para siempre, Faile.» No creía que en esta ocasión las estacadas pudieran…

Sin disminuir la velocidad de la carrera, la primera fila de trollocs chocó contra las afiladas estacas; los rostros deformados por picos y hocicos de las bestias se crisparon en chillidos de dolor al ensartarse, empujadas por los que venían detrás y

que trepaban por encima de sus espaldas; algunos de ellos cayeron entre las estacas, pero enseguida eran reemplazados por otros, en una sucesión constante. Una última andanada de flechas se descargó a quemarropa, y acto seguido entraron en liza picas y alabardas y lanzas improvisadas, ensartando y arremetiendo contra los corpachones cubiertos con malla negra, mientras los arqueros disparaban lo mejor que podían a los rostros inhumanos por encima de las cabezas de sus amigos y los muchachos disparaban también desde los tejados de bálago, y todo ello en medio de la vorágine, la muerte, el ensordecedor rugido de gritos y aullidos. Lenta, inexorablemente, el frente de Dos Ríos se pandeó hacia atrás en una docena de puntos. Si cedía en cualquier parte…

—¡Atrás! —bramó Perrin.

Un trolloc con hocico de jabalí, herido y sangrando ya, se abrió paso entre las filas de hombres, aullando y arremetiendo con su gruesa y curva espada. El hacha de Perrin le hendió el cráneo hasta el hocico. *Brioso* intentaba recular, y sus relinchos quedaban ahogados con el fragor.

—¡Atrás! —gritó Perrin. Darl Coplin cayó, aferrándose un muslo atravesado por una pica gruesa como una muñeca; el viejo Bili Congar intentó arrastrarlo hacia atrás al tiempo que blandía torpemente una jabalina; Hari Coplin descargó su alabarda para defender a su hermano a la par que lanzaba un grito aparentemente mudo—. ¡Retroceded hacia las casas!

No supo si algunos lo escucharon y transmitieron la orden o si la imparable acometida de los trollocs los empujó, pero lo cierto es que lentamente, paso a paso, los humanos retrocedieron. Al lado del Ogier, Bran arremetía, sombrío, con su pica; había perdido el casco de acero y la sangre le corría entre los ralos mechones grises. Desde lo alto de su semental, Tomás mantenía un hueco despejado alrededor de Verin. La Aes Sedai, que tenía el cabello completamente despeinado, había perdido su caballo; de sus manos salían disparadas bolas de fuego, y los trollocs a los que acertaba explotaban en llamas como si estuvieran impregnados de aceite. No era suficiente para contenerlos. Los hombres de Dos Ríos retrocedieron más, empujando y apiñándose alrededor de *Brioso*. Gaul y Chiad luchaban espalda contra espalda; a la Aiel sólo le quedaba una lanza, y él asestaba golpes con el ancho cuchillo. Atrás. Los hombres se habían abierto hacia el oeste y al este en una curva para impedir que los trollocs los rodearan por los flancos y descargaban una lluvia de flechas. No era suficiente. Se retrocedió más.

De repente, una inmensa figura con cuernos de carnero trató de desmontar a Perrin al tiempo que se esforzaba por montarse detrás de él. *Brioso* coceó y se vino abajo, incapaz de soportar el doble peso. Con la pierna apresada y a punto de romperse, Perrin se esforzó para descargar el hacha hacia atrás al tiempo que se debatía contra unas manos tan grandes como las de un Ogier que intentaban cerrarse

en torno a su garganta. El trolloc aulló cuando la espada de Aram se hundió en su cuello. Cuando la bestia se desplomaba todavía sobre Perrin, soltando un surtidor de sangre, el joven gitano giró suavemente sobre sí y atravesó a otro trolloc.

Con un gruñido de dolor, Perrin pateó para salir de debajo de la bestia y del caballo; su esfuerzo se vio facilitado por *Brioso*, que se levantó a trompicones, pero no había tiempo para volver a montar. Nada más apartarse, rodando sobre sí mismo, los cascos de un corcel negro patearon el punto donde un instante antes estaba su cabeza. El rostro de un Fado, lívido y carente de ojos, retorcido en una mueca, se inclinó sobre él en el momento en que intentaba incorporarse, y la negra espada se descargó con fuerza, rozándole el pelo, mientras se agachaba de nuevo. Sin parar mientes, Perrin blandió el hacha y cercenó una de las patas del caballo. Montura y jinete cayeron a la vez; cuando todavía se estaban desplomando, el joven hundió su hacha en el punto donde el Semihombre debería haber tenido los ojos.

Sacó de un tirón el arma a tiempo de ver los pinchos de la horca que manejaba Daise Congar hundiéndose en el cuello de un trolloc con hocico de cabra. La bestia aferró el mango con una mano a la par que arremetía contra la mujer con una lanza barbada, pero Marin al'Vere, sin perder los nervios, le descargó un golpe en el muslo con su hacha de carnicero; la pierna cedió, y la mujer, con igual frialdad, le partió la columna por la base del cuello. Otro trolloc levantó en el aire a Bode Cauthon por la coleta; la joven, con la boca desencajada en un chillido de terror, hundió su machado en el hombro del ser al mismo tiempo que su hermana, Eldrin, le ensartaba el pecho con su jabalina y la canosa Neysa Ayellan le hincaba uno de los anchos cuchillos de carnicero.

De un extremo a otro de la línea, hasta donde Perrin alcanzaba a ver, había mujeres combatiendo. Su presencia era la única razón por la que el frente aguantaba, aunque obligado a retroceder casi contra sus casas. Mujeres entre hombres, hombro con hombro; algunas sólo eran muchachitas, aunque también algunos de aquellos «hombres» todavía no usaban la navaja de afeitar. Y algunos jamás lo harían. ¿Dónde estaban los Capas Blancas? ¡Y los niños! Si las mujeres estaban aquí, no quedaba nadie para sacar a los pequeños. «¿Dónde se han metido los malditos Capas Blancas?» Si aparecieran ahora, todavía podrían aguantar varios minutos más; los suficientes para sacar a los niños.

Un muchachito, el mismo corredor de cabello oscuro que había ido a buscarlo la noche anterior, lo agarró del brazo mientras se volvía para localizar a los Compañeros. Ellos tendrían que ocuparse de abrir un camino para llevarse a los niños. Les daría la orden y él se quedaría aquí para hacer lo que pudiera.

—¡Lord Perrin! —gritó el chiquillo para hacerse oír en medio del estruendo—. ¡Lord Perrin!

El joven se soltó de un tirón y después cogió al crío debajo de un brazo; tenía que

estar con los demás niños. Repartidos entre las prietas filas que se extendían entre las casas, Ban, Tell y los otros Compañeros disparaban sus arcos desde lo alto de sus monturas por encima de las cabezas de hombres y mujeres. Wil había clavado el astil del estandarte en el suelo para tener libres las manos y disparar también su arco. A saber cómo, Tell había conseguido coger a *Brioso*, y las riendas del semental pardo estaban atadas a la silla de Tell. El chiquillo podría ir a lomos de *Brioso*.

—¡Lord Perrin! ¡Escuchadme, por favor! ¡Maese al'Thor dice que alguien está atacando a los trollocs! ¡Lord Perrin!

Perrin había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Tell, cojeando sobre la pierna magullada, cuando las palabras del chiquillo penetraron en su mente. Metió el mango del hacha entre el cinturón para coger al chico por las axilas y levantarlo ante sí.

—¿Atacándolos? ¿Quiénes?

—No lo sé, lord Perrin. Maese al'Vere me dijo que os informara que le pareció oír gritar a alguien «Deven Ride».

Aram agarró a Perrin por el brazo y, sin decir una palabra, señaló con su espada ensangrentada. Perrin se volvió hacia donde apuntaba el arma a tiempo de ver una lluvia de flechas cayendo sobre los trollocs. Desde el norte. Otra andanada surcaba ya el aire, alcanzando la cúspide de su trayectoria en arco.

—Vuelve con los otros niños —ordenó al tiempo que soltaba al chiquillo en el suelo. Tenía que subirse a algún sitio alto para poder ver—. ¡Ve! ¡Lo hiciste muy bien, pequeño! —añadió mientras corría torpemente hacia *Brioso*. El chiquillo corrió hacia el interior del pueblo sonriendo de oreja a oreja. Cada paso que daba Perrin le ocasionaba un dolor lacerante en la pierna; quizás estaba rota, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso.

Agarrando las riendas que Tell le lanzó, subió a la silla. Y se preguntó si estaba viendo lo que quería ver y no la realidad.

Bajo el estandarte de un águila roja, al borde de donde habían estado los labrantíos, se extendían largas filas de hombres con ropas campesinas que disparaban sus arcos metódicamente. Y junto al estandarte estaba Faile a lomos de *Golondrina*, con Bain pegada al estribo. Tenía que ser Bain, tras aquel negro velo, y veía claramente el rostro de Faile. Parecía excitada, temerosa, aterrada y eufórica. Estaba preciosa.

Los Myrddraal intentaban hacer dar media vuelta a algunos trollocs con el propósito de lanzar una carga contra los hombres de Colina del Vigía, pero sus esfuerzos eran en vano. Incluso los pocos trollocs que obedecieron y dieron media vuelta, cayeron muertos antes de haber recorrido cincuenta metros. Un Fado y su caballo cayeron, pero no derribados por flechas, sino por las manos y las picas de los aterrados trollocs. Ahora las bestias estaban retrocediendo y a poco fue una

desbandada, huyendo de los disparos de ambos lados, una vez que los hombres de Campo de Emond tuvieron espacio para utilizar también sus arcos. Trollocs cayendo; Myrddraal desplomándose. Era una carnicería, pero Perrin apenas lo vio. Faile.

El mismo chiquillo de antes apareció junto a su estribo.

—¡Lord Perrin! —gritó, esta vez para hacerse oír por encima de los vítores, de los gritos de alegría y alivio que lanzaron hombres y mujeres cuando los últimos trollocs que no habían conseguido llegar fuera del alcance de los arcos cayeron. No lo habían conseguido muchos, creía Perrin, aunque casi era incapaz de pensar. Faile. El chiquillo le tiró de la pernera del calzón—. ¡Lord Perrin! ¡Maese al'Vere dice que os informe que los trollocs están huyendo! ¡Y es «Deven Ride» lo que gritan! ¡Los hombres, quiero decir, los he oído!

Perrin se inclinó para revolver el rizoso cabello del crío.

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—Jaim Aybara, lord Perrin. Soy vuestro primo, creo. O algo parecido.

Perrin apretó los ojos un instante para contener las lágrimas. Cuando los abrió, su mano temblaba todavía sobre la cabeza del chiquillo.

—Bien, primo Jaim, algún día contarás a tus hijos lo ocurrido hoy. Se lo contarás a tus nietos, a tus tataranietos.

—No voy a tener hijos —manifestó Jaim con gran resolución—. Las chicas son horribles. Se ríen de uno y no les gusta hacer nada que merezca la pena hacer y uno nunca entiende lo que dicen.

—Llegará el día en que descubrirás que son todo lo contrario a horribles. Parte de lo que has dicho no cambiará, pero eso, sí. —Faile.

Jaim no parecía muy convencido, pero entonces su expresión se animó y una ancha sonrisa alegró su semblante.

—¡Veréis cuando cuente que lord Perrin me ha llamado primo! —Y salió corriendo para decírselo a Had, que también tendría hijos y a todos los demás chicos que los tendrían igualmente algún día.

El sol estaba en su cenit. Una hora, quizá. Todo había pasado en una hora. Pero a él le parecía toda una vida.

Brioso se puso al paso, y entonces se dio cuenta de que debía de haberlo taconeado en los costados. La gente que seguía jaleando se apartó para dejar paso al caballo, pero él apenas oía sus vítores. Había grandes brechas allí donde los trollocs habían abierto huecos a fuerza de su número ingente. Salió por una de ellas, pisoteando un montón de cadáveres de las bestias sin ser consciente de ello. Los cuerpos de trollocs, asaeteados como alfileteros, alfombraban el trecho de campo abierto y aquí y allí un Fado acribillado con flechas se sacudía todavía en el suelo. Perrin no vio nada. Sólo tenía ojos para una persona: Faile.

La joven se adelantó a las filas de hombres de Colina del Vigía, haciendo una

breve pausa para decirle a Bain que no la siguiera, y cabalgó a su encuentro. Montaba con tanta gracia como si la negra yegua fuera parte de su ser, erguida y esbelta, guiando a *Golondrina* con sus rodillas más que con las riendas, que sujetaba despreocupadamente con una mano. La roja cinta de esponsales seguía entretejida a su cabello, y las puntas colgaban más abajo de sus hombros. Tenía que encontrar flores para ella.

Durante un instante, aquellos ojos rasgados lo observaron con fijeza y su boca… Imposible que se sintiera insegura, pero tenía ese olor.

—Dije que me iría —empezó finalmente, manteniendo muy erguida la cabeza. La yegua se desplazó hacia un lado, con el cuello arqueado, y Faile la dominó sin que aparentemente fuera consciente de ello—. No dije hasta dónde. No puedes decir lo contrario.

Él no podía decir nada. Era tan hermosa… Sólo quería mirarla, verla así, bella, viva, junto a él. Olía a sudor reciente con un leve atisbo a jabón perfumado. Perrin no sabía si reír o llorar. Tal vez las dos cosas. Quería inhalar todo su aroma y llenarse los pulmones con él.

—Estaban dispuestos, Perrin —continuó, fruncido el entrecejo—. Lo estaban, de veras. Apenas tuve que decirles nada para convencerlos de que vinieran. Los trollocs casi no los han molestado, pero veían el humo. Bain y yo viajamos muy rápido y llegamos a Colina del Vigía bastante antes de que amaneciera, y nos pusimos en marcha tan pronto como salió el sol. —Su ceño cambió por una sonrisa anhelante y enorgullecida. ¡Qué sonrisa tan hermosa! Sus oscuros ojos chispeaban.

»Me siguieron, Perrin. ¡A mí! Tenobia nunca ha dirigido hombres en la batalla. Quiso hacerlo una vez, cuando yo tenía ocho años; pero padre sostuvo una charla con ella a solas en sus aposentos y, cuando él cabalgó de regreso a la Llaga, ella se quedó en palacio. —Con una mueca pesarosa, agregó—: Creo que tú y yo utilizamos los mismos métodos a veces. Tenobia lo exilió, pero por entonces sólo tenía dieciséis años y el Consejo de los Lores se las ingenió para hacer que cambiara de idea al cabo de unas pocas semanas. Se pondrá verde de envidia cuando se lo cuente. —De nuevo hizo una pausa, esta vez respirando hondo y plantando un puño en la cadera.

»¿No piensas decir nada? —exclamó con impaciencia—. ¿Vas a quedarte ahí sentado como un zoquete peludo? No dije que me marcharía de Dos Ríos. Eso lo dijiste tú, no yo. ¡Y no tienes derecho a estar enfadado porque no cumpliera lo que nunca te prometí! ¿Qué me dices de ti, intentando alejarme porque pensabas que ibas a morir? Volví para que…

—Te quiero. —Era todo lo que podía decir pero, curiosamente, pareció ser suficiente. Las dos palabras apenas habían salido de sus labios cuando ella hizo avanzar a la yegua lo suficiente para poder rodearlo con un brazo y apoyar la cabeza en su pecho, estrechándolo con tanta fuerza como si quisiera partirlo en dos. Perrin le

acarició el cabello con ternura, sintiendo su tacto de seda. Sintiéndola a ella.

—Tenía tanto miedo de no llegar a tiempo —dijo ella, ahogada la voz al hablar con la boca pegada contra su chaqueta—. Los hombres de Colina del Vigía marcharon tan deprisa como pudieron, pero cuando llegamos y vi a los trollocs luchando entre las casas, y había tantos, como si el pueblo estuviera enterrado bajo una avalancha negra, y no te localizaba a ti… —Inhaló temblorosamente y soltó despacio el aire. Cuando volvió a hablar, su voz estaba más serena. Un poco—. ¿Llegaron los hombres de Deven Ride?

Perrin dio un respingo y su mano dejó de acariciarle el cabello.

—Sí, lo hicieron. ¿Cómo lo sabes? ¿También lo arreglaste tú?

Faile empezó a temblar; Perrin tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba riéndose.

—No, corazón mío, aunque lo habría hecho si hubiese podido. Cuando aquel hombre llegó con el mensaje «Ya venimos», pensé, deseé que fuera eso lo que significaba. —Echando un poco la cabeza hacia atrás lo miró seriamente—. No podía decírtelo, Perrin. No podía hacerte albergar esperanzas por una corazonada mía. Habría sido muy cruel si… No te enfades conmigo, Perrin.

Él se echó a reír y, levantándola en vilo de su silla, la pasó a su caballo; la sentó de lado, ante sí. Ella protestó entre risas y le rodeó el cuello con los brazos.

—Nunca, nunca jamás me enfadaré contigo. Lo ju…

Faile lo hizo callar poniéndole los dedos sobre los labios.

—Mi madre dice que lo peor que le hizo mi padre fue jurarle que nunca se enfadaría con ella. Le costó un año obligarlo a que se retractara, y afirma que le estaba costando la vida cumplir lo prometido desde mucho antes. Te enfadarás conmigo, Perrin, y yo contigo. Pero si quieres hacerme otra promesa como regalo de boda, jura que no lo ocultarás cuando lo estés. No puedo afrontar lo que no me dejes ver, esposo. Esposo —repitió con tono satisfecho, acurrucándose contra él—. Me gusta cómo suena.

A Perrin no le pasó por alto el hecho de que Faile no había dicho que ella se lo haría saber cuando estuviera enfadada; a juzgar por anteriores experiencias, tendría que descubrirlo por la vía más difícil al menos la mitad de las veces. Y tampoco había prometido no volver a tener secretos para él. Pero, ahora mismo, no importaba nada mientras la tuviera a su lado.

—Te lo diré cuando esté enfadado, esposa —prometió. Faile lo miró de soslayo, como si no estuviera segura de cómo interpretar eso. «Nunca llegarás a entenderlas, primo Jaim, pero tampoco te importará.»

De repente fue consciente de todos los trollocs muertos a su alrededor, cual un negro campo lleno de espigas emplumadas, y de los Myrddraal sacudiéndose todavía, resistiéndose a morir por completo. Lentamente, hizo volver grupas a *Brioso*. Un

matadero de Engendros de la Sombra extendiéndose centenares de pasos en todas direcciones. Algunas cornejas recorrían ya el campo a saltos y los buitres sobrevolaban la zona en círculo formando una espesa nube. Pero ningún cuervo. Lo mismo ocurría al sur, según Jaim; Perrin veía a los buitres al otro lado del pueblo. No bastaba para compensar la vida de Deselle o de Adora o del pequeño Petram o de… No bastaba. Nunca sería bastante. Nada podía compensar su pérdida. Estrechó a Faile contra sí, tan fuerte que la joven gruñó, pero cuando hizo intención de aflojar su cerco, ella le agarró los brazos y apretó con igual fuerza para que siguieran donde estaban. Ella sí bastaba.

La gente salía en tropel de Campo de Emond; Bran cojeaba y utilizaba su pica como bastón; Marin, sonriente, lo rodeaba con un brazo; a Daise la abrazaba su marido, Wit; y Gaul y Chiad iban de la mano, con los velos ya bajados. Loial llevaba las orejas caídas por el cansancio, y Tam tenía sangre en la cara. Flinn Lewin se mantenía en pie gracias sólo a que, Adine, su mujer, lo sostenía: casi todos tenían sangre y vendajes provisionales puestos con apresuramiento. Pero salían juntos, formando una multitudinaria piña; Elam y Dav, Ewin y Aram, Eward Candwin y Buel Dowtry, Hu y Tad, los caballerizos de la Posada del Manantial, Ban y Tell y los Compañeros, cabalgando todavía con el estandarte. Esta vez no vio los rostros ausentes, sólo los de aquellos que todavía seguían allí. Verin y Alanna, en sus caballos, con Tomás e Ihvon cabalgando a pocos pasos. El viejo Bili Congar agitando una jarra que sin duda contenía cerveza o, mejor aún, brandy. Y Cenn Buie, tan sarmentoso como siempre, aunque con magulladuras; y Jac al'Seen, con un brazo alrededor de su esposa, y sus hijos e hijas a su alrededor, acompañados por sus esposas y esposos. Raen e Ila, todavía con los bebés cargados a la espalda. Y más. Rostros que no conocía; hombres que debían de venir de Deven Ride y de las granjas de los alrededores. Niños corriendo entre los adultos, riendo.

Se abrieron en abanico a ambos lados y, al unirse con los hombres de Colina del Vigía, formaron un amplio círculo que los dejó a Faile y a él en el centro. Todo el mundo evitaba a los moribundos Fados, pero era como si nadie viera a los Engendros de la Sombra que yacían por doquier, sólo a la pareja montada en *Brioso*. Los contemplaron en silencio, largamente, hasta que Perrin empezó a ponerse nervioso. «¿Por qué no habla nadie? ¿Por qué me miran tan fijamente?»

Entonces aparecieron los Capas Blancas, saliendo a caballo del pueblo, despacio, en la larga y reluciente columna de a cuatro, con Dain Bornhald y Jaret Byar a la cabeza. Todas las blancas capas, de la primera a la última, relucían como recién lavadas; todas y cada una de las lanzas brillaban, inclinadas en el mismo ángulo. Se levantó un sordo murmullo iracundo, pero la gente se apartó para dejarlos entrar en el círculo.

Cuando Bornhald se encontró frente a Perrin, levantó una mano enguantada, y la

columna se detuvo con un tintineo de bridas y crujidos de sillas.

—Se acabó, Engendro de la Sombra. —La boca de Byar se crispó en un remedo de gruñido sordo, pero el semblante de Bornhald siguió inalterable y no alzó la voz —. La amenaza de los trollocs ha terminado aquí. Según lo convenido, te arresto ahora por Amigo Siniestro y por asesino.

—¡No! —Faile se giró bruscamente para mirar a Perrin con ojos iracundos—. ¿A qué se refiere con eso de «convenido»?

Sus palabras casi quedaron ahogadas por el clamor que se alzó en derredor.

—¡No! ¡No!

—¡No os lo llevaréis!

—¡Ojos Dorados!

Sin apartar los ojos de Bornhald, Perrin levantó una mano y el silencio se hizo poco a poco. Cuando todos se hubieron callado, habló:

—Dije que no me resistiría si ayudabais. —Sorprendente, lo tranquila que sonaba su voz; por dentro, una fría cólera empezó a crecer, imparable—. Si ayudabais, Capa Blanca. ¿Dónde estabais?

El oficial no respondió. Del círculo formado por la multitud se adelantó Daise Congar, con Wit, que se agarraba a ella como si estuviera dispuesto a no soltarla jamás. A decir verdad, también el fornido brazo de la mujer estaba ceñido alrededor de los hombros de Wit. Ofrecían una extraña imagen, con Daise plantando su horca firmemente en el suelo, sobrepasando en más de un palmo a su marido y agarrándolo como si quisiera protegerlo.

—Estaban en el Prado —anunció en voz alta—, todos alineados y sentados en sus caballos, tan compuestos como muchachitas arregladas para un baile del Día Solar. No se movieron. Por eso nosotras vinimos a las barricadas… —Un feroz murmullo de conformidad se alzó entre las mujeres— cuando vimos que estaban a punto de rebasaros. ¡Y ellos se quedaron plantados allí, como boñigas en un corral!

Bornhald no apartó la mirada de Perrin un solo instante; ni siquiera pestañeó.

—¿Crees que iba a confiar en ti? —dijo con desprecio—. Tu plan fracasó sólo porque estos otros llegaron, ¿no? Y tú no has tenido nada que ver con eso. —Faile se agitó; sin quitar ojo al oficial, Perrin puso un dedo en los labios de su mujer en el momento en que ésta abría la boca. Lo mordió, y con ganas, pero no dijo una palabra. Por fin la voz de Bornhald empezó a subir de tono—. Te veré ahorcado, Engendro de la Sombra. ¡Conseguiré que te cuelguen cueste lo que cueste! ¡Te veré muerto aunque el mundo estalle en llamas! —Esto último fue más un grito que una frase.

La espada de Byar salió un palmo de la vaina; un fornido Capa Blanca que estaba detrás de él —Farran, creía recordar Perrin que se llamaba— la desenvainó por completo, exhibiendo una sonrisa complacida en contraste con la mueca de Byar.

Se quedaron paralizados cuando sonó el golpeteo de las flechas al ser sacadas de

las aljabas, y los arcos se levantaron alrededor de todo el círculo; con las cuerdas tensadas, los arqueros llevaron el emplumado hasta la oreja, cada proyectil apuntando a un Capa Blanca. A lo largo de la ancha columna, las sillas crujieron cuando los hombres rebulleron con nerviosismo sobre ellas. Bornhald no demostraba miedo, y tampoco olía a ello; su olor era todo odio. Sus febriles ojos recorrieron el círculo de las gentes de Dos Ríos que rodeaban a sus hombres, y después los volvió hacia Perrin, abrasadores y rebosantes de odio.

Perrin hizo un gesto, y la tensión de las cuerdas se aflojó a regañadientes y los arcos se bajaron lentamente.

—No habríais ayudado en ningún caso. —Su voz era fría como hierro, dura con un yunque—. Desde que vinisteis a Dos Ríos, la ayuda que habéis prestado ha sido casi accidental. Nunca os preocupó realmente si mataban a la gente o quemaban sus casas mientras que pudieseis encontrar a alguien a quien acusar de Amigo Siniestro. —Bornhald se estremeció, aunque sus ojos seguían ardiendo—. Es hora de que os marchéis. Pero no sólo de Campo de Emond. Es hora de que reunáis a vuestros Capas Blancas y abandonéis Dos Ríos. Ya, Bornhald. Marchaos ya.

—Te veré colgado algún día —musitó el oficial. Hizo una señal brusca con la mano para que la columna lo siguiera y taconeó a su montura como si quisiera arrollar a Perrin.

El joven apartó a *Brioso*; quería que estos hombres se marcharan, no que hubiera más muertes. Dejaría que el hombre tuviera un último gesto de desafío, tanto daba.

Bornhald no volvió la cabeza, pero el demacrado Byar asestó una mirada de puro odio a Perrin, y Farran pareció observarlo como si lamentara algo. Los demás mantuvieron la vista al frente mientras pasaban en medio del tintineo de los arreos y el trapaleo de cascos. En silencio, el círculo se abrió para dejarlos pasar, y la columna marchó hacia el norte.

Un puñado de diez o doce hombres se aproximaron hacia Perrin, algunos con piezas disparejas de antiguas armaduras, todos sonriendo con nerviosismo, cuando los últimos Capas Blancas pasaron de largo. Perrin no los conocía. Uno de ellos era un tipo de nariz ancha y rostro tan curtido que parecía un trozo de cuero. Llevaba la canosa cabeza al descubierto pero lucía una oxidada cota de malla que le llegaba hasta las rodillas, aunque el cuello de una chaqueta de campesino asomaba por el reborde. Hizo una torpe reverencia.

—Soy Jerinvar Barstere, mi señor Perrin, aunque todo el mundo me llama Jer. —Hablaba muy deprisa, como si temiera que lo interrumpiera—. Disculpad que os moleste. Algunos de nosotros nos ocuparemos de seguir a los Capas Blancas, si os parece bien. Muchos deseamos regresar a casa, aunque no lleguemos antes de que anochezca. Hay otros tantos Capas Blancas en Colina del Vigía, pero no quisieron venir. Tenían orden de mantenerse en el campamento, dijeron. Una pandilla de

necios, si queréis saber mi opinión, y estamos más que hartos de tenerlos por allí, metiendo las narices en las casas de la gente e intentando que acusemos a nuestros vecinos de algo.

»Nosotros los acompañaremos para asegurarnos de que salen de Dos Ríos, si os parece bien. —Miro tímidamente a Faile, hundiendo la ancha barbilla en el pecho, pero su torrente de palabras no cesó—. Perdonad, mi señora Faile. No era mi intención molestaros a vos y a vuestro señor. Sólo quería que supiera que estamos con él. Tenéis una excelente mujer, mi señor. Una excelente mujer. Sin ánimo de ofenderos, mi señora. Bien, todavía hay luz y charlando no se esquilan ovejas. Perdonad por haberos molestado, mi señor Perrin. Disculpad, mi señora Faile. —Volvió a hacer una reverencia, imitada por los demás, y el grupo partió dirigido por Jer, que los iba regañando—: No tenemos tiempo para molestar al lord y a su dama. Todavía queda trabajo pendiente.

—¿Quién era ése? —inquirió Perrin, un tanto aturdido por la parrafada; Daise y Cenn juntos no hablaban tanto—. ¿Lo conoces, Faile? ¿De Colina del Vigía?

—Maese Barstere es el alcalde de Colina del Vigía, y los otros son el Consejo del Pueblo. El Círculo de Mujeres de Colina del Vigía enviará una delegación encabezada por su Zahorí una vez que estén seguros de que no es peligroso viajar. Según dijeron, para «ver si el tal lord Perrin es adecuado para Dos Ríos», pero todas querían que les enseñara cómo hacer una reverencia ante ti, y la Zahorí, Edelle Gaelin, va a traerte algunas de sus tartas de manzanas en conserva.

—¡La Luz me valga! —farfulló. Se estaba extendiendo. Sabía que debería haber cortado por lo sano desde el principio—. ¡No me llaméis así! —les gritó a los hombres que se alejaban—. ¡Soy un herrero! ¿Me oís? ¡Un herrero!

Jer Barstere se volvió para saludar agitando una mano y asintió con la cabeza para después azuzar a los otros a que caminaran más deprisa.

Riendo bajito, Faile le dio un tirón de la barba.

—Eres un necio encantador, milord Herrero. Ya es tarde para dar marcha atrás. —De repente, su sonrisa se tornó realmente maliciosa—. Esposo, ¿hay alguna posibilidad de que puedas estar a solas con tu mujer a no mucho tardar? ¡Parece que el matrimonio me ha vuelto tan descarada como una desvergonzada domani! Sé que debes de estar cansado, pero…

Se interrumpió y soltó un corto chillido a la par que se aferraba a su chaqueta cuando él taconeó a *Brioso* y lo puso a galope en dirección a la Posada del Manantial. Por una vez, los vítores que lo siguieron no molestaron a Perrin.

—¡Ojos Dorados! ¡Lord Perrin! ¡Ojos Dorados!

Desde la gruesa rama de un frondoso roble al borde del Bosque Oscuro, Ordeith contemplaba fijamente Campo de Emond, situado un par de kilómetros al sur. Imposible. «Hostigarlos. Castigarlos.» Todo había ido a pedir de boca, según el plan.

Incluso Isam le había hecho el juego. «¿Por qué dejó de traer trollocs el muy necio? ¡Tendría que haber traído los suficientes para que Dos Ríos quedara cubierto como si hubiera caído un negro enjambre sobre la región!» La baba goteaba de sus labios, pero no lo advirtió, como tampoco que su mano estaba toqueteando el cinturón. «¡Acosarlos hasta que sus corazones reventaran! ¡Desmenuzarlos como si fueran terrones de tierra!» ¡Todo planeado para atraer a Rand al'Thor hacia sí y que sus afanes quedaran en esto! Dos Ríos había salido indemne, sin apenas un rasguño. Unas pocas granjas incendiadas y unos cuantos campesinos despedazados vivos para las ollas trollocs no contaban, no habían tenido trascendencia. «¡Quiero a Dos Ríos arrasado, calcinado de modo que el fuego perdure en la memoria de los hombres durante un milenio!»

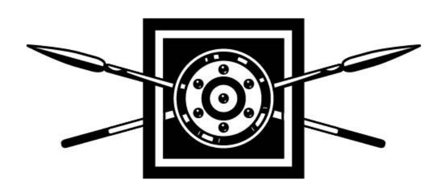
Estudió el estandarte que ondeaba sobre el pueblo y el otro que lo hacía no muy lejos de él. Una cabeza de lobo escarlata sobre blanco bordeado en rojo, y un águila también roja. Rojo por la sangre que Dos Ríos debía derramar para hacer aullar de dolor a Rand al'Thor. Manetheren. «Ése pretende ser el estandarte de Manetheren.» Alguien les había hablado del antiguo reino, ¿verdad? ¿Qué sabrían estos necios de las glorias de Manetheren? «Manetheren, sí.» Había más de una forma de hostigarlos. Se rió tan fuerte que estuvo a punto de caerse del roble antes de reparar en que no estaba agarrado con las dos manos, que una aferraba el cinturón donde debería haber colgado una daga. La risa se convirtió en un gruñido salvaje mientras miraba esa mano. La Torre Blanca guardaba lo que le había sido robado. Lo que era suyo por derecho; un derecho tan antiguo como la Guerra de los Trollocs.

Saltó al suelo y se encaramó a su caballo antes de mirar a sus compañeros. Sus sabuesos. Los aproximadamente treinta Capas Blancas que quedaban ya no llevaban níveas esas prendas, por supuesto. Las deslustradas armaduras mostraban puntos de herrumbre, y Bornhald no habría reconocido aquellos tétricos y recelosos semblantes, sucios y sin afeitar. Los humanos miraban a Ordeith, suspicaces pero temerosos, sin dirigir la vista hacia el Myrddraal que había entre ellos, con su rostro lívido como un gusano de tumba, carente de ojos, tan inexpresivo como los suyos propios. El Semihombre temía que Isam lo descubriera; a Isam no le había complacido en absoluto que en el asalto a Embarcadero de Taren se dejara escapar a tanta gente para que propagara la noticia de lo que estaba sucediendo en Dos Ríos. Ordeith soltó una risita al imaginar mortificado a Isam. Ése era un problema del que se ocuparía en otro momento, si es que el hombre aún vivía.

—Hacia Tar Valon —espetó. A galope tendido para llegar al trasbordador antes que Bornhald. El estandarte de Manetheren ondeando de nuevo en Don Ríos al cabo de varios siglos. Cómo lo había hostigado el Águila Roja en aquel lejano pasado—. ¡Pero primero, a Caemlyn! —«¡Que los acosen y los castiguen!» Que Dos Ríos pagara primero, y después Rand al'Thor, y después…

Riendo, galopó hacia el norte a través del bosque sin mirar atrás para ver si los demás lo seguían. Lo harían. No tenían ningún otro sitio adonde ir ahora.

57



Ruptura en la Tierra de los Tres Pliegues

El abrasador sol vespertino cocía el Yermo, arrojando sombras entre las montañas que se alzaban al frente, hacia el norte. Las secas colinas pasaban bajo los cascos de *Jeade'en*, altas y bajas, como olas en un océano de arcilla resquebrajada, dejando atrás kilómetros de terreno ondulado. Las montañas habían atraído los ojos de Rand desde que se habían hecho visibles el día antes. No había nieve en las cumbres ni eran tan altas como las Montañas de la Niebla y, mucho menos, como la Columna Vertebral del Mundo, pero los dentados picos rocosos en tonos pardos y grises, con algunas vetas amarillas o rojas o con franjas de *Puntos* relucientes, presentaban unas paredes tan escarpadas que uno pensaría probar antes a cruzar a pie la Pared del Dragón. Suspirando, buscó una postura más cómoda en la silla y se ajustó el *shoufa* con el que se cubría la cabeza. En aquellas montañas se encontraba Alcair Dal. Pronto, de un modo u otro, habría un final; o un principio. Tal vez las dos cosas. Muy pronto, quizá.

La rubia Adelin caminaba a buen paso delante del semental rodado, y otras nueve *Far Dareis Mai* de rostros curtidos formaban un amplio anillo en torno a él, todas empuñando lanzas y adargas, con los arcos guardados en los estuches que colgaban a la espalda y los negros velos sueltos sobre el pecho, a mano para levantarlos en cualquier momento. Era la guardia de honor de Rand. Los Aiel no le daban ese nombre, pero las Doncellas iban a Alcair Dal por el honor de Rand. Tantas diferencias, y él ni siquiera sabía distinguir realmente a la mitad de ellas aunque las tuviera ante sus ojos.

Por ejemplo, el comportamiento de Aviendha hacia las Doncellas y el de éstas hacia la joven. La mayoría del tiempo, como era el caso ahora, Aviendha caminaba junto a su caballo con los brazos cruzados sobre el chal que le cubría los hombros; bajo el oscuro pañuelo que le tapaba la cabeza, sus verdes ojos estaban fijos en las montañas que se alzaban al frente y rara vez cambiaba más de un par de palabras con las Doncellas, pero eso no era lo extraño. Sus brazos cruzados; ahí estaba el quid del asunto. Las Doncellas sabían que llevaba el brazalete de marfil y, sin embargo, daba la impresión de que pretendían no verlo; y ella no se lo quitaba, pero escondía la muñeca cada vez que pensaba que una de ellas podía estar mirándola.

—Tú no tienes asociación —le había dicho Adelin cuando él sugirió que

cualquier otro grupo que no fueran las Doncellas Lanceras podía actuar como su escolta. Cada jefe, ya fuera de clan o de septiar, iría acompañado por hombres de la asociación a la que había pertenecido antes de convertirse en jefe—. No tienes asociación, pero tu madre fue una Doncella. —La mujer rubia y las otras nueve *Far Dareis Mai* no habían mirado a Aviendha, que estaba a unos cuantos pasos de distancia, en la sala de entrada al techo de Lian; es decir, no la habían mirado *directamente*—. A lo largo de incontables años, las Doncellas que no renunciaron a la lanza entregaron sus recién nacidos a la Sabias para que los criaran otras mujeres, sin saber dónde iban los pequeños ni si eran niños o niñas. Ahora el hijo de una Doncella ha regresado con nosotros y lo conocemos. Iremos a Alcair Dal por tu honor, hijo de Shaiel, Doncella de los Chumai Taardad.

En su semblante había una expresión tan resuelta —en los de todas ellas, incluida Aviendha— que Rand temió que tendría que bailar las lanzas si rehusaba.

Cuando aceptó, lo hicieron pasar de nuevo por el ritual de «Recuerda el honor», en esta ocasión con cierto tipo de bebida llamada *oosquai*, hecha con *zemai*, y tuvo que apurar una pequeña copa de plata con cada una de ellas. Diez Doncellas, diez copitas. El brebaje tenía aspecto de agua ligeramente teñida de marrón y casi el mismo sabor, pero era más fuerte que un brandy añejo. Después había sido incapaz de caminar derecho y tuvieron que llevarlo a la cama, riéndose, a pesar de sus protestas; y no es que fueran muchas, ya que todas ellas empezaron a hacerle cosquillas y lo dejaron sin resuello de tanto reír. Todas menos Aviendha. Y no porque se hubiera marchado, ya que se quedó y observó todo el episodio con rostro tan impertérrito como un trozo de granito. Cuando finalmente Adelin y las otras lo metieron entre las mantas y se marcharon, Aviendha se sentó a la puerta, extendiendo las oscuras y gruesas faldas, y estuvo contemplándolo con gesto glacial hasta que se quedó dormido. Al despertar, la joven seguía allí, todavía observándolo. Y rehusó hablar de las Doncellas o del *oosquai* o de lo ocurrido; en lo que a ella concernía, era como si no hubiera pasado nada. Rand ignoraba si las Doncellas se habrían mostrado tan reticentes a hablar del asunto con él porque no se lo preguntó; ¿cómo podía uno mirar a la cara a diez mujeres y preguntarles por qué lo habían emborrachado y habían hecho un juego divertido de desnudarlo y meterlo en la cama?

Tras él, venían los Taardad. No sólo los Taardad Nueve Valles y Jindo, sino los Miadi y los Cuatro Rocas, los Chumai y los Agua Sangrienta, y más, conformando anchas columnas que flanqueaban los carromatos traqueteantes de los buhoneros y el grupo de Sabias; las hileras se extendían a lo largo de más de tres kilómetros a través del rielar del aire caliente que desprendía el suelo, rodeadas por exploradores y corredores. Cada día se les iban uniendo más que acudían en respuesta a los mensajeros enviados por Rhuarc el primer día: un centenar de hombres y doncellas aquí; trescientos allí; quinientos allá, dependiendo del tamaño del septiar y de cuántos

precisaba cada dominio para mantener la seguridad.

En la distancia, al suroeste, otro grupo se aproximaba corriendo, dejando a su paso un rastro de polvo; quizá pertenecían a algún otro clan que se dirigía a Alcair Dal, pero Rand no lo creía probable. Hasta ahora sólo estaban representados dos tercios de los septiares, pero calculaba que tras él venían ya más de quince mil Taardad Aiel. Un ejército en marcha que seguía creciendo. Casi un clan al completo acudiendo a una reunión de jefes, violando todas las costumbres.

De repente *Jeade'en* coronó una elevación y allí abajo, en una larga y ancha hondonada, estaba la feria dispuesta para la reunión, y en las colinas del lado opuesto, los campamentos de los jefes de clanes y septiares que ya habían llegado.

Repartidos entre las doscientas o trescientas tiendas bajas y sin laterales, todas muy espaciadas entre sí, se alzaban pabellones del mismo material pardo grisáceo pero lo bastante altos para estar de pie dentro de ellos, con mercancías expuestas sobre mantas a la sombra: brillante cerámica vidriada, alfombras de llamativos colores y joyería de plata y oro. En su mayor parte era artesanía Aiel, pero también habría cosas traídas de fuera del Yermo, incluidos quizá seda y marfil traídos del lejano este. Nadie parecía estar comerciando; los pocos hombres y mujeres que se veía estaban sentados en uno u otro pabellón y, por lo general, solos.

De los cinco campamentos esparcidos por las elevaciones alrededor de la feria, cuatro de ellos parecían igualmente desiertos, con sólo unas pocas docenas de hombres o Doncellas moviéndose entre las tiendas que habrían podido albergar hasta un millar de personas. El quinto campamento era el doble de grande que cualquiera de los otros, y en él se veían cientos de personas y seguramente habría otras tantas dentro de las tiendas.

Rhuarc remontó la elevación trotando detrás de Rand, con sus diez *Aethan Dor*, o Escudos Rojos, seguido por Heirn con sus diez *Tain Shari*, o Descendientes Verdaderos, y de otros cuarenta jefes de septiar con sus escoltas de honor, todos ellos equipados con lanzas y adargas, arcos y aljabas. Constituían una fuerza formidable, superior a la que había tomado la Ciudadela de Tear. Algunos Aiel que estaban en los campamentos y entre los pabellones oteaban hacia la cumbre de la colina, y no a los Aiel reunidos allí, sospechó Rand, sino a él, un hombre a caballo. Algo rara vez visto en la Tierra de los Tres Pliegues. Les mostraría más cosas no vistas antes de haber acabado.

La mirada de Rhuarc se detuvo en el campamento más grande, donde más Aiel vestidos con el *cadin'sor* salían a montones de las tiendas, todos mirando en su dirección.

—Shaido, si no me equivoco —dijo Rhuarc quedamente—. Couladin. No eres el único que rompe la costumbre, Rand al'Thor.

—Quizás obré bien al romperla. —Rand se quitó el *shoufa* que le cubría la cabeza

y lo metió en el bolsillo de la chaqueta, encima del *angreal*, la estatuilla de un hombre de rostro redondo, con una espada cruzada sobre las rodillas. El sol empezó a abrasarle el cráneo, demostrándole la gran protección que había sido el trozo de tela —. Si hubiéramos venido según la costumbre…

Los Shaido corrían a paso largo hacia las montañas, dejando tras de sí lo que en apariencia eran tiendas vacías. Y causando cierto revuelo en los otros campamentos y en la feria; los Aiel dejaron de contemplar al hombre a caballo para seguir con la mirada a los Shaido.

—¿Podrías haberte abierto paso hacia Alcair Dal contra un número superior en dos veces o más, Rhuarc?

—¡No antes de la caída de la noche! —contestó el jefe de clan lentamente—. Ni siquiera contra esos perros ladrones Shaido. ¡Esto es algo más que una violación de la costumbre! ¡Hasta los Shaido deberían demostrar más honor!

Unos iracundos murmullos de conformidad se alzaron entre los otros Taardad que estaban en la cumbre de la colina. Excepto las Doncellas; por alguna razón, se habían reunido alrededor de Aviendha, apartadas a un lado, y conversaban seriamente entre sí. Rhuarc le dijo unas cuantas palabras en voz baja a uno de sus Escudos Rojos, un tipo de ojos verdes cuyo rostro parecía que hubiera sido utilizado para clavar las estacas de una valla, y el hombre volvió corriendo colina abajo, dirigiéndose rápidamente hacia los Taardad que se aproximaban.

—¿Esperabas algo así? —preguntó Rhuarc a Rand tan pronto como el Escudo Rojo se hubo marchado—. ¿Es por eso por lo que convocaste al clan en pleno?

—No exactamente esto, Rhuarc. —Los Shaido empezaron a formar en filas delante de una estrecha brecha de las montañas; se estaban velando los rostros—. Pero no había otra explicación para que Couladin se marchara en plena noche excepto que estuviera ansioso por estar en otro sitio, y ¿dónde mejor que aquí, ocasionándome problemas? ¿Están los otros ya en Alcair Dal? ¿Por qué?

—La oportunidad que representa una reunión de jefes no es de desdeñar, Rand al'Thor. Se discute sobre disputas de límites, derechos de apacentamiento y una docena de cosas más. Y de agua. Si dos Aiel de distintos clanes se encuentran, hablarán de agua. Tres de tres clanes, y discutirán sobre agua y apacentamiento.

—¿Y cuatro? —inquirió Rand. Ya había cinco clanes representados, y con los Taardad sumaban seis.

Rhuarc vaciló un instante, sopesando, de manera inconsciente, una de sus cortas lanzas.

—Cuatro danzarán las lanzas. Pero eso no debería ocurrir aquí.

Los Taardad se apartaron para dejar que pasaran las Sabias, cubiertas las cabezas con los chales, seguidas por Moraine, Lan y Egwene a caballo. Egwene y la Aes Sedai llevaban unos paños blancos alrededor de las sienes, en imitación a los

pañuelos de cabeza de las Aiel, aunque los suyos estaban humedecidos. También venía Mat, montado en su corcel, pero separado, con la lanza de astil negro cruzada sobre el pomo de la silla. Su sombrero de ala ancha arrojaba sombras sobre su rostro; sus ojos estudiaban lo que había al frente.

El Guardián asintió para sí mismo cuando vio a los Shaido.

—Eso podría haber desembocado en una situación desagradable —dijo suavemente. Su semental negro giró los ojos hacia el rodado de Rand; sólo eso, y Lan estaba pendiente de las filas Aiel apostadas delante de la grieta, pero dio unas palmaditas tranquilizadoras en el cuello a *Mandarb*—. Aunque ahora creo que no.

—No, ahora no —convino Rhuarc.

—Si quisieras… permitirme entrar contigo. —Excepto por aquella leve tirantez, la voz de Moraine sonaba tan serena como siempre; sus rasgos intemporales traslucían una fría calma, pero sus oscuros ojos contemplaron a Rand como si su sola mirada pudiera obligarlo a ceder.

El largo y blanco cabello de Amys, que salía por debajo del chal, se meció cuando la mujer sacudió la cabeza.

—No es decisión suya, Aes Sedai. Esto compete a los jefes, es un asunto de hombres. Si dejamos que entréis ahora en Alcair Dal, la próxima vez que se reúnan las Sabias o las señoras del techo algún jefe de clan querrá meter la nariz en lo que no le concierne. Ellos piensan que nosotras nos inmiscuimos en sus asuntos y a menudo intentan entrometerse en los nuestros. —Dedicó a Rhuarc una fugaz sonrisa con la que expresaba que no lo incluía a él; el inexpresivo rostro de Rhuarc reveló a Rand que el jefe de clan pensaba lo contrario.

Melaine se ajustó el chal bajo la barbilla, mirando de hito en hito a Rand. Si no estaba de acuerdo con Moraine, al menos sí desconfiaba de lo que pudiera hacer. Rand apenas había dormido desde que habían partido de Peñas Frías; si se habían asomado a sus sueños, sólo habrían visto pesadillas.

—Ten cuidado, Rand al'Thor —dijo Bair como si hubiera leído sus pensamientos—. Un hombre cansado comete errores. Y tú no te puedes permitir cometer ninguno hoy. —Se bajó el chal alrededor de los hombros y su fina voz casi adoptó un timbre furioso—. Nosotros no podemos permitirnos que cometas errores. Los Aiel no pueden permitírselo.

La llegada de más jinetes a la cima de la colina atrajo las miradas hacia ellos. Entre los pabellones, varios cientos de Aiel, los hombres con *cadin'sor* y las mujeres de largos cabellos con faldas, blusas y chales, conformaban una muchedumbre pendiente de ellos. Su atención se centró en otro punto cuando el polvoriento carromato blanco de Kadere apareció detrás del tiro de mulas, a la derecha, con el fornido buhonero al pescante, vestido con su chaqueta de color crema, e Isendre toda envuelta en seda blanca, sosteniendo una sombrilla a juego. A continuación venía el

carromato de Keille, con Natael conduciendo a su lado; después, las carretas de techos de lona y por último los tres grandes carros de agua, como inmensos barriles sobre ruedas y tirados por largos troncos de mulas. Todos miraron a Rand conforme los carromatos pasaban ante él traqueteando, en medio de los chirridos de ejes sin engrasar; Kadere e Isendre, Natael con su capa de parches de juglar, el corpachón de Keille envuelto en ropas níveas, y con un chal de encaje, también blanco, sujeto con los peinecillos de marfil. Rand palmeó el cuello arqueado de *Jeade'en*. Allá abajo, en la feria, hombres y mujeres empezaban a salir al encuentro de los carromatos que se aproximaban. Los Shaido esperaban. Muy pronto ya.

Egwene adelantó su yegua gris hasta ponerse a la altura de *Jeade'en*; el semental rodado intentó arrimarse a *Niebla* y se ganó un mordisco por ello.

—No me has dado una sola oportunidad de hablar contigo desde que salimos de Peñas Frías, Rand. —Él no dijo nada; ahora era una Aes Sedai y no sólo porque ella se hiciera pasar por tal. Se preguntó si también ella lo habría espiado en sus sueños. Tenía el rostro tenso y sus negros ojos parecían cansados—. No te encierres en ti mismo, Rand. No luchas tú solo. Otros también luchan por ti.

Frunciendo el entrecejo, el joven procuró no mirarla. Las palabras de Egwene le habían traído a la cabeza Campo de Emond y Perrin, pero no creía probable que ella supiera adónde había ido Perrin.

—¿A qué te refieres? —instó finalmente.

—Yo lucho por ti —respondió Moraine antes de que Egwene tuviera ocasión de abrir la boca—, igual que lo hace Egwene. —Las dos mujeres intercambiaron una fugaz mirada—. Hay gente que lucha por ti sin saberlo igual que tú tampoco tienes conocimiento de ellos. No te das cuenta de lo que significa que fuerces el tejido de la Urdimbre de las Eras, ¿verdad? Las ondas de tus actos, las ondas de tu propia existencia, se extienden a través del Entramado para cambiar el tejido de los hilos de vidas que ni siquiera tienes conciencia de que existen. La batalla dista mucho de ser sólo tuya. Empero, estás en el centro de este tejido del Entramado. En caso de que fracases y caigas, todos fracasan y caen. Ya que no puedo ir contigo a Alcair Dal, deja que Lan te acompañe. Un par de ojos más que guardarán tu espalda.

El Guardián se giró levemente en la silla y la miró, ceñudo; con los Shaido velados para matar no debía de estar muy dispuesto a dejarla sola.

Rand imaginó que la mirada que Moraine había dirigido a Egwene no debería haberla visto él. Así que las dos guardaban secretos no compartidos con él. Egwene tenía ojos de Aes Sedai, oscuros e indescifrables. Aviendha y las Doncellas habían vuelto a su lado.

—Que Lan se quede con vos Moraine. Las *Far Dareis Mai* guardan mi honor.

Las comisuras de los labios de la Aes Sedai se tensaron, pero al parecer eso había sido exactamente lo que debía decir en lo que concernía a las Doncellas. Adelin y las

demás esbozaron amplias sonrisas.

Allá abajo, los Aiel se agrupaban alrededor de los carreteros mientras éstos empezaban a desenganchar los tiros de mulas. No todos tenían puesta su atención en los Aiel. Keille e Isendre se observaban con fijeza la una a la otra desde sus carromatos en tanto que Natael hablaba con tono urgente a la primera y Kadere hacía lo propio con la segunda, hasta que, finalmente, cesó el duelo de miradas. Las dos mujeres llevaban tiempo comportándose así. De ser hombres, Rand imaginaba que habrían llegado a las manos hacía mucho.

—Estáte alerta, Egwene —advirtió Rand—. Todos vosotros, estad en guardia.

—Ni siquiera los Shaido molestarían a unas Aes Sedai —le contestó Amys—, como tampoco nos molestarían a Bair, Melaine o a mí. Algunas cosas están más allá incluso de los Shaido.

—¡Estad en guardia! —No había sido su intención ser tan brusco. Hasta Rhuarc lo miró fijamente. No lo comprendían y él no osaría decírselo. Todavía no. ¿Quién sería el primero en hacer saltar su trampa? Tenía que hacerles correr ese riesgo al igual que lo corría él.

—¿Y yo, Rand? —intervino inopinadamente Mat mientras hacía rodar sobre sus nudillos una moneda de oro, al parecer sin ser consciente de ello—. ¿Tienes algo que objetar a que te acompañe?

—¿Quieres hacerlo? Creía que te quedarías con los buhoneros.

Mat miró, ceñudo, los carromatos que estaban abajo y luego a los Shaido alineados delante de la grieta de la montaña.

—No creo que sea tan fácil salir de aquí si haces que te maten. ¡Así me abrase! Siempre te las ingenias para meterme en los fregados de un modo u… *Dovienya* —rezongó, una palabra que Rand ya le había oído pronunciar otras veces y que según Lan significaba «suerte» en la Antigua Lengua, y lanzó la moneda al aire. Cuando intentó recogerla, rebotó en sus dedos y cayó al suelo. A saber cómo, inverosímilmente, la moneda cayó de canto y empezó a rodar pendiente abajo; brincó sobre las fisuras de la agrietada arcilla, centelleando con la luz del sol, y luego llegó hasta los carromatos donde, finalmente, cayó sobre un lado y se paró—. ¡Rayos y truenos, Rand! —gruñó—. ¡Me gustaría que no hicieras eso!

Isendre recogió la moneda y la toqueteó mientras alzaba la vista hacia la cima de la colina. Los otros miraban también: Kadere, Keille y Natael.

—Puedes venir —dijo Rand—. Rhuarc, ¿no es ya el momento?

El jefe de clan miró hacia atrás.

—Sí, casi lo es… —A su espalda, unas flautas empezaron a tocar una lenta melodía—. Ya.

Un cántico se unió a las flautas. Los muchachos Aiel dejaban de cantar cuando llegaban a la edad viril, salvo en ocasiones muy específicas. Los Aiel adultos sólo

entonaban los cantos de batalla y de duelo por los muertos después de tomar la lanza. Indudablemente había voces de Doncellas en aquellos cánticos armónicos y fragmentados, pero las profundas voces masculinas las tapaban.

Prestas las lanzas… mientras el sol suba a su cenit.
Prestas las lanzas… mientras el sol baje a su ocaso.

A menos de un kilómetro, a derecha e izquierda, aparecieron en dos anchas columnas los Taardad corriendo al ritmo de su canto, las lanzas aprestadas, los rostros velados, en filas aparentemente interminables, desplazándose hacia las montañas.

Prestas las lanzas… ¿Quién teme a la muerte?
Prestas las lanzas… ¡Nadie que yo conozca!

En los campamentos de los clanes y en la feria, los Aiel contemplaban los acontecimientos con estupefacción; algo en su actitud le hizo comprender a Rand que guardaban silencio. Algunos carreteros se habían quedado paralizados, como pasmados; otros dejaron que las mulas se escaparan y se zambulleron debajo de las carretas. Y Keille e Isendre, Kadere y Natael observaban fijamente a Rand.

Prestas las lanzas… mientras la vida siga su curso.
Prestas las lanzas… hasta que la vida llegue a su fin.

—¿Vamos? —No esperó el cabeceo de asentimiento de Rhuarc para taconear a *Jeade'en* a un paso vivo colina abajo, con Adelin y las otras Doncellas formando un anillo a su alrededor. Mat vaciló un momento antes de azuzar a *Puntos* e ir en pos de ellos, pero Rhuarc y los jefes de septiar Taardad, cada cual con sus diez hombres de escolta, se pusieron en marcha a la par que el rodado. Una vez, a mitad de camino a las tiendas de la feria, Rand volvió la cabeza hacia la cumbre de la colina. Moraine y Egwene seguían en sus caballos, con Lan. Aviendha estaba con las tres Sabias. Todos mirándolo. Casi había olvidado lo que era que no hubiera gente observándolo.

Al acercarse a la altura de la feria, una delegación salió a su encuentro, diez o doce mujeres vestidas con faldas y blusas y luciendo mucho oro, plata y marfil; y un número igual de hombres con ropas en los colores pardos de los *cadin'sor* sólo que desarmados a excepción de un cuchillo en el cinturón, que en casi todos los casos eran más pequeños que el que Rhuarc llevaba. Aun así, y haciendo caso omiso de los Taardad velados que penetraban por el este y el oeste, se situaron en una formación que obligó a Rand y a los demás a detenerse.

Prestas las lanzas… La vida es sólo un sueño.
Prestas las lanzas… Todos los sueños acaban.

—No esperaba esto de ti, Rhuarc —dijo un hombre de constitución robusta, con el cabello gris. No estaba grueso (Rand no había visto un solo Aiel gordo) y su corpulencia era musculosa—. ¡Hasta con los Shaido fue una sorpresa, pero tú!

—Los tiempos cambian, Mandhuin —respondió el jefe de clan—. ¿Cuánto hace que están aquí los Shaido?

—Llegaron al amanecer. Quién sabe por qué viajaron durante la noche. —Mandhuin frunció ligeramente el ceño al mirar a Rand y ladeó la cabeza hacia Mat—. En efecto, son tiempos extraños, Rhuarc.

—¿Quiénes más están aparte de los Shaido? —preguntó Rhuarc.

—Los Goshien llegaron primero, y a continuación los Shaarad. —El hombretón hizo una mueca al pronunciar el nombre de sus enemigos, y todo sin dejar de estudiar a los dos hombres de las tierras húmedas—. Los Chareen y los Tomanelle vinieron después. Y los últimos, los Shaido, como ya he dicho. Sevanna convenció a los jefes para que se reunieran hace sólo un rato. Bael no veía razón para hacerlo hoy y tampoco algunos de los otros.

Una mujer de cara ancha, de mediana edad, con el cabello de un color rubio más pálido que el de Adelin, se puso en jarras haciendo tintinear escandalosamente los brazaletes de marfil y oro. Llevaba tantos de éstos, y también collares, como Amys y su hermana juntas.

—Oímos que El que Viene con el Alba había salido de Rhuidean, Rhuarc. —Miraba, ceñuda, a Rand y a Mat. Toda la delegación lo hacía—. Oímos que el *Car'a'carn* sería anunciado hoy, antes de que hubieran llegado todos los clanes.

—Entonces alguien os reveló una profecía —dijo Rand. Tocó los flancos del rodado con los tacones; la delegación se apartó de su camino.

—*Dovienya* —murmuró Mat—. *Mia Dovienya nesodhin soende*. —Lo que quiera

que significara, sonaba como un ferviente deseo.

Las columnas Taardad habían llegado a ambos lados de los Shaido y se volvieron para situarse de cara a ellos, a unos cuantos centenares de pasos, todavía velados, todavía cantando. En realidad, no hicieron ningún movimiento que pudiera considerarse amenazador, sólo se limitaron a quedarse allí. Superaban en quince o veinte veces el número de Shaido, y las voces se elevaban armónicamente.

Prestas las lanzas… hasta que la sombra se extinga.
Prestas las lanzas… hasta que el agua se seque.
Prestas las lanzas… ¿Cuánto tiempo ausente del hogar?
Prestas las lanzas… ¡Hasta que muera!

Al acercarse más con el caballo a los velados Shaido, Rand vio que Rhuarc se llevaba la mano hacia su propio velo.

—No, Rhuarc. No estamos aquí para luchar con ellos. —Lo que quería decir era que esperaba que no se llegara a eso, pero el Aiel lo interpretó de un modo diferente.

—Tienes razón, Rand al'Thor. No merecen ese honor los Shaido. —Dejó el velo colgando y levantó la voz—. ¡Los Shaido no merecen ese honor!

Rand no volvió la cabeza para mirar, pero tuvo la sensación de que tras él los velos se estaban bajando.

—¡Oh, rayos y truenos! —rezongó Mat—. ¡Rayos, truenos y centellas!

Prestas las lanzas… hasta que el sol se enfríe.
Prestas las lanzas… hasta que el agua corra libre.
Prestas las lanzas…

Las filas Shaido rebulleron con inquietud. Les hubieran dicho lo que les hubieran dicho Couladin y Sevanna, sabían contar. Danzar las lanzas con Rhuarc y los que iban con él era una cosa, aunque fuera en contra de todas las costumbres; enfrentarse a suficientes Taardad como para que los arrastraran como una avalancha era otra muy distinta. Poco a poco se apartaron, dejando un amplio hueco, para que Rand pasara con el caballo.

Rand soltó un suspiro de alivio. Adelin y las otras Doncellas, al menos, avanzaron

con la vista fija al frente, como si los Shaido no existieran.

Prestas las lanzas… mientras respire.
Prestas las lanzas… mi acero refulge.
Prestas las lanzas…

El canto se redujo a un murmullo tras ellos cuando entraron en el ancho cañón de escarpadas paredes, profundo y umbroso conforme se adentraba serpenteando en las montañas. Durante varios minutos, los sonidos que se oyeron fueron la trápala de los cascos sobre la piedra y el susurro de las suaves botas Aiel. El pasaje desembocó bruscamente en Alcair Dal.

Rand comprendió por qué se daba el nombre de cuenca al cañón, aunque no había nada de dorado en él. Conformado como una media esfera casi perfecta, sus grises paredes se elevaban en perpendicular por todo el perímetro excepto en la zona del fondo, donde se curvaban hacia adentro, a semejanza de una gran ola a punto de romper. Grupos de Aiel salpicaban las pendientes, con las cabezas y los rostros descubiertos; los grupos eran mucho más numerosos que los clanes presentes. Los Taardad que habían venido acompañando a los jefes de septiar se dispersaron hacia uno u otro de aquellos grupos. Según Rhuarc, el agruparse por asociaciones en vez de clanes contribuía a mantener la paz. Sólo sus Escudos Rojos y las Doncellas continuaron con Rand y los jefes Taardad.

Los otros jefes de septiar estaban sentados por clanes, cruzados de piernas frente a una profunda cornisa que había debajo de la pared voladiza. Seis grupos reducidos, uno de ellos de Doncellas, se encontraban entre los jefes de septiar y la cornisa. Supuestamente, éstos eran los Aiel que habían venido en honor a los jefes de clan. Seis, aunque sólo estaban representados cinco clanes. Sevanna habría llevado a las Doncellas, bien que Aviendha se había apresurado a señalar que ella jamás había sido *Far Dareis Mai*, pero el sobrante… En ese grupo había once hombres, no diez como en el resto. Rand sólo tuvo que ver la parte posterior de una cabeza de cabello pelirrojo para saber con certeza que era Couladin.

En la propia cornisa se encontraba una mujer de cabello dorado que lucía tantas joyas como la que habían encontrado en las tiendas de la feria, con un chal gris en torno a los brazos —Sevanna, por supuesto— y cuatro jefes de clan, ninguno de ellos armado salvo por el largo cuchillo del cinturón; uno de ellos era el hombre más alto que Rand había visto en su vida. Bael de los Goshien Aiel, por la descripción dada por Rhuarc; el tipo debía de sacar al propio Rhuarc al menos un palmo de alto.

Sevanna estaba hablando y, a causa de la peculiar configuración del cañón, sus palabras se escuchaban claramente en todas partes.

—… permitirle hablar! —Su voz sonaba tensa e iracunda. Erguida la cabeza, intentaba dominar la cornisa a pura fuerza de voluntad—. ¡Exijo mis derechos! Hasta que haya sido elegido un nuevo jefe, yo represento a Suladric y a los Shaido. ¡Estoy en mi derecho!

—Representas a Suladric hasta que se escoja un nuevo jefe, señora del techo. —El hombre canoso que había hablado en tono irascible era Han, jefe de clan de los Tomanelle. Tenía el rostro tan curtido como un trozo de cuero viejo, y superaba la media de estatura de los hombres de Dos Ríos; empero, para ser Aiel, era bajo, aunque fornido—. No me cabe duda de que conoces bien los derechos de una señora del techo, pero quizá no tanto los de un jefe de clan. Sólo aquel que ha entrado en Rhuidean puede hablar aquí, así como tú, que lo haces en representación de Suladric. —Han no parecía contento por esto último, aunque bien mirado daba la impresión de que estuviera contento rara vez—. Pero las caminantes de sueños han informado a nuestras Sabias que a Couladin se le negó el derecho a entrar a Rhuidean.

El aludido gritó algo, claramente iracundo pero ininteligible; al parecer, la acústica del cañón sólo funcionaba desde la cornisa. Pero Erim, de los Chareen, cuyo cabello tenía igual número de hebras blancas que de pelirrojas, lo cortó sin contemplaciones.

—¿Es que no tienes respeto a las costumbres y a la ley, Shaido? ¿No tienes honor? Aquí debes guardar silencio.

Unos cuantos ojos en las pendientes se volvieron para ver quiénes eran los recién llegados. Una serie de codazos hizo que más ojos se volvieran hacia allí, donde dos forasteros montados a caballo iban a la cabeza de los jefes de septiar, uno de los jinetes seguido de cerca por Doncellas. ¿Cuántos Aiel lo estaban mirando desde las escarpadas paredes? ¿Tres mil? ¿Cuatro mil? ¿Más? Ninguno de ellos hizo el menor sonido.

—Nos hemos reunido aquí para oír un gran anuncio —intervino Bael—, cuando todos los clanes hayan llegado. —Su cabello, rojizo oscuro, también estaba encanecido; no había hombres jóvenes entre los jefes de clan. Su gran estatura y su profunda voz atrajeron las miradas hacia él—. Cuando todos los clanes hayan llegado. Si de lo único que quiere hablar Sevanna ahora es de que se permita tomar la palabra a Couladin, regresaré a mis tiendas y esperaré.

Jheran, de los Shaarad, que tenían un pleito de sangre con los Goshien de Bael, era un hombre más delgado, con grandes mechones blancos en su cabello castaño claro; más delgado en el sentido que lo es una cuchilla de acero. Habló sin dirigirse a ningún jefe en particular.

—Yo digo que no volvamos a nuestras tiendas. Ya que Sevanna nos ha hecho

venir, discutamos lo que es sólo un poco menos importante que el anuncio que esperamos: el agua. Deseo discutir sobre el agua de Estancia de la Sierra.

Bael se volvió hacia él con actitud amenazadora.

—¡Necios! —espetó Sevanna—. ¡Yo haré que acabe la espera! Yo…

Fue entonces cuando los que estaban en la cornisa advirtieron la presencia de los recién llegados. Sumidos en un profundo silencio los contemplaron mientras se aproximaban; los jefes de clan con el ceño fruncido y Sevanna con una expresión tormentosa. Era una mujer bonita, apenas entrada en la edad madura y que parecía más joven en contraste con los hombres que ya la habían pasado con creces, pero el gesto de su boca denotaba codicia. Los jefes tenían un aire solemne, digno, incluso Han, a pesar de la curva desabrida de sus labios, en contraste con la mirada calculadora que asomaba a los ojos, verde claro, de la mujer. A diferencia de todas las Aiel que Rand había visto, ella llevaba la blusa blanca desabrochada de modo que mostraba un buen trozo del moreno escote, realzado por los numerosos collares. Rand habría identificado a los jefes de clan por su digna compostura; en cambio, si Sevanna era una señora del techo no se parecía en nada a Lian.

Rhuarc caminó directamente hacia la cornisa, entregó sus lanzas y su adarga, su arco y su aljaba a los Escudos Rojos que lo acompañaban, y se subió al saliente. Rand entregó las riendas a Mat, que masculló «Que nos sonría la suerte» mientras contemplaba a los Aiel que los rodeaban; Adelin hizo un gesto animoso a Rand, quien pasó directamente desde la silla del caballo a la cornisa. Un murmullo de estupefacción se alzó por todo el cañón.

—¿Qué te propones, Rhuarc, trayendo aquí a este hombre de las tierras húmedas? —demandó Han, ceñudo—. Si no lo matas, al menos haz que baje de donde sólo un jefe de clan puede estar.

—Este hombre, Rand al'Thor, ha venido para hablar con los jefes de clan. ¿No os informaron las caminantes de sueños que vendría conmigo?

Las palabras de Rhuarc provocaron un murmullo más sonoro en los oyentes.

—Melaine me dijo muchas cosas, Rhuarc —intervino Bael lentamente mientras observaba a Rand con desconfianza—. Que El que Viene con el Alba había salido de Rhuidean. ¿No estarás insinuando que este hombre…? —Dejó la frase inconclusa, denotando su incredulidad.

—Si este hombre de las tierras húmedas puede hablar —se apresuró a intervenir Sevanna—, entonces también puede hacerlo Couladin. —Entonces levantó una mano suave y Couladin trepó a la cornisa, el rostro congestionado por la ira.

—¡Baja, Couladin! —lo increpó Han, que le había salido al paso—. ¡Bastante malo es que Rhuarc haya violado la costumbre para que tú también la rompas!

—¡Es hora de acabar con costumbres caducas! —gritó el pelirrojo Shaido mientras se quitaba la chaqueta parda. No era preciso gritar, pero no bajó el tono a

pesar de que sus palabras retumbaban en las paredes del cañón—. ¡Yo soy El que Viene con el Alba! —Se subió las mangas hasta los codos y levantó los puños al aire. Alrededor de cada antebrazo se enroscaba una criatura serpentina con escamas carmesí y doradas, zarpas de brillo metálico rematadas con cinco garras doradas, y las cabezas coronadas por melenas también doradas descansando en el envés de las muñecas. Dos dragones perfectos—. ¡Yo soy el *Car'a'carn*!

El clamor retumbó como un trueno; los Aiel saltaban y gritaban con regocijo. Los jefes de septiar también se habían puesto en pie; los Taardad estaban apiñados con gesto preocupado, en tanto que los otros gritaban tan alborozados como el resto.

Los jefes de clan se habían quedado estupefactos, incluso Rhuarc. Adelin y las nueve Doncellas levantaron las lanzas como si esperaran tener que utilizarlas en cualquier momento. Echando una ojeada a la grieta por la que se salía del cañón, Mat se encajó más el sombrero y condujo a los dos caballos más cerca de la cornisa, haciendo un gesto subrepticio a Rand para que volviera a su montura.

Sevanna sonrió con engreimiento a la par que se ajustaba el chal, en tanto que Couladin caminaba hacia el borde de la cornisa con los brazos en alto.

—¡Yo traigo cambios! —gritó—. ¡Según la profecía, traigo tiempos nuevos! ¡Cruzaremos de nuevo la Pared del Dragón y recuperaremos lo que era nuestro! ¡Los hombres de las tierras húmedas son blandos, pero ricos! ¡Todavía recordaréis las riquezas que trajimos la última vez que entramos en las tierras húmedas! ¡En esta ocasión, lo cogeremos todo! ¡Esta vez…!

Rand dejó de prestar atención a la arenga del hombre, sumido en un tumulto interior. Había barajado toda una serie de variantes de lo que podría ocurrir, pero esto jamás lo habría imaginado. «¿Cómo?» La palabra siguió resonando dentro de su cabeza; no entendía que pudiera mantenerse tan tranquilo. Lentamente, se quitó la chaqueta; vaciló un momento antes de sacar del bolsillo el *angreal*, que guardó debajo de la cinturilla de los calzones. Tiró al suelo la chaqueta y caminó hacia el centro de la cornisa, donde empezó a desatar calmosamente las cintas de los puños de la camisa. Las mangas se deslizaron hacia los codos cuando levantó los brazos por encima de la cabeza.

A los reunidos les costó unos segundos reparar en los dragones enroscados en torno a sus brazos, relucientes a la luz del sol. El silencio se hizo paulatinamente, pero al cabo fue total. Sevanna se quedó boquiabierta; ignoraba esto. Obviamente, Couladin no había previsto que Rand lo siguiera tan pronto y no le había contado que otro hombre llevaba las marcas también. «¿Cómo?» Debía de haber creído que disponía de tiempo sobrante; una vez que se hubiera proclamado como el *Car'a'carn*, Rand habría sido rechazado como un farsante. «Luz, ¿cómo?» Si la señora del techo del dominio Comarda estaba estupefacta, los jefes de clan no lo estaban menos, excepto Rhuarc. Dos hombres marcados como, según la profecía, sólo podía estarlo

uno.

Couladin seguía con su soflama, agitando los brazos para asegurarse de que todos los vieran.

—… no nos conformaremos con las tierras de los quebrantadores del juramento! ¡Nos apoderaremos de todas las naciones que existen hasta el Océano Aricio! Los hombres de las tierras húmedas no pueden oponer resistencia… —De repente fue consciente del silencio que había sustituido a los gritos de antes. Y supo qué lo había causado. Sin volverse a mirar a Rand, gritó—: ¡Es un hombre de las tierras húmedas! ¡Mirad sus ropas! ¡Es un extranjero!

—Un extranjero, sí —convino Rand. No levantó la voz, pero el cañón la llevó a todos los rincones, a los oídos de todo el mundo. El Shaido pareció sorprenderse un instante, pero después sonrió con gesto triunfal… hasta que Rand continuó—: ¿Qué dice la Profecía de Rhuidean? «Será de la sangre.» Mi madre fue Shaiel, una Doncella de los Taardad Chumai. —«¿Quién era ella realmente? ¿De dónde venía?»—. Mi padre fue Janduin, del septiar Montaña de Hierro, jefe de clan de los Taardad. —«Mi padre es Tam al'Thor. Él me encontró, me crió, me amó. Ojalá te hubiera conocido, Janduin, pero Tam es mi padre»—. «Será de la sangre, pero no criado por ella.» ¿Adónde mandaron la Sabias a buscarme? ¿Entre los dominios de la Tierra de los Tres Pliegues? No. Os enviaron a través de la Pared del Dragón, donde me criaron. Según lo anuncia la profecía.

Bael y los otros tres asentían lentamente, aunque de mala gana; todavía quedaba el asunto de Couladin luciendo también los dragones, y sin duda preferían que fuera uno de los suyos. El semblante de Sevanna había recuperado la firmeza; llevara quien llevara las verdaderas marcas, era evidente a quién respaldaba ella.

La confianza en sí mismo de Couladin no flaqueó un solo momento; miró con claro desprecio a Rand. Era la primera vez que lo miraba.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se pronunció por primera vez la Profecía de Rhuidean? —Al parecer, todavía pensaba que era necesario gritar—. ¿Quién sabe cuánto han cambiado las palabras? Mi madre fue *Far Dareis Mai* antes de renunciar a la lanza. ¿Hasta dónde ha cambiado el resto? ¿O ha sido cambiado a propósito? Se dice que hubo un tiempo en que servimos a las Aes Sedai. ¡Pues yo digo que su intención es volver a dominarnos como esclavos! ¡Este extranjero fue elegido porque se parece a nosotros! ¡No es de nuestro linaje! ¡Vino con las Aes Sedai, que lo conducían por una correa! ¡Y las Sabias les dieron la bienvenida como si fueran hermanas primeras! Todos habéis oído decir que las Sabias pueden hacer cosas increíbles. ¡Las caminantes de sueños utilizaron el Poder Único para alejarme de este extranjero! ¡Usaron el Poder Único como se dice que lo hacen las Aes Sedai! ¡Las Aes Sedai han traído a este extranjero aquí para dominarnos valiéndose de un impostor! ¡Y las caminantes de sueños las han ayudado!

—¡Esto es una locura! —Rhuarc se adelantó y llegó junto a Rand, desde donde contempló a la todavía silenciosa asamblea—. Couladin nunca entró en Rhuidean. Oí que las Sabias lo rechazaban. Rand al'Thor sí entró. Yo lo vi partir de Chaendaer y lo vi regresar, marcado como podéis comprobar.

—¿Y por qué me rechazaron? —bramó Couladin—. ¡Porque las Aes Sedai les dijeron que lo hicieran! ¡Rhuarc no os ha dicho que una de las Aes Sedai bajó de Chaendaer con este extranjero! ¡Así es como regresó con los dragones! ¡Merced a la brujería Aes Sedai! ¡Mi hermano Muradin murió al pie de Chaendaer, asesinado por este extranjero y por la Aes Sedai Moraine, y las Sabias, obedeciendo a las Aes Sedai, los dejaron en libertad, sin recibir castigo alguno! ¡Cuando cayó la noche, entré en Rhuidean! ¡No me mostré como quien soy hasta ahora porque éste es el lugar adecuado para que el *Car'a'carn* se muestre! ¡Yo soy el *Car'a'carn*!

Mentiras arregladas con los retazos justos de verdad. El hombre era la viva imagen de la seguridad victoriosa, convencido de que tenía respuesta para todo.

—¿Dices que entraste en Rhuidean sin permiso de las Sabias? —inquirió Han con gesto severo.

El alto Bael tenía la misma expresión desaprobadora, cruzado de brazos; Erim y Jheran no les andaban a la zaga. Al menos, los jefes de clan todavía vacilaban. Sevanna aferró su cuchillo del cinturón y asestó una mirada furibunda a Han, como si quisiera hundirle la hoja en la espalda. Empero, también Couladin tenía respuesta a esto:

—¡Sí, sin su permiso! ¡El que Viene con el Alba trae cambios! ¡Es lo que dice la profecía! ¡Las costumbres inútiles deben cambiar, y así lo haré! ¿Acaso no he llegado aquí al alba?

Los jefes de clan estaban vacilando, a punto de inclinar la balanza a favor del Shaido; igual que el resto de los miles de Aiel que observaban, todos ellos de pie ahora, callados, esperando. Si Rand no los convencía, seguramente jamás saldría vivo de Alcair Dal. Mat señaló otra vez la silla de *Jeade'en*, pero su amigo ni siquiera se molestó en sacudir la cabeza. Había una cuestión que debía tener en cuenta, algo más importante que salir de allí con vida: necesitaba a esta gente, necesitaba su lealtad. Tenía que contar con personas que lo siguieran porque creían en él, no para utilizarlo ni por lo que pudiera darles. Era preciso.

—Rhuidean —dijo. La palabra pareció llenar el cañón—. Afirmas que entraste en Rhuidean, Couladin. ¿Qué viste allí?

—Todos saben que Rhuidean es algo de lo que no debe hablarse —replicó.

—Podemos hacer un aparte —intervino Erim—, y hablar en privado para que así puedas decirnos…

—No hablaré de ello con nadie —lo cortó el Shaido, rojo por la ira—. Rhuidean es un lugar sagrado y sagrado fue lo que vi. ¡Yo soy sagrado! —Volvió a levantar los

brazos con los dragones—. ¡Esto me hace sagrado!

—Yo caminé entre columnas de cristal que se alzan junto a *Avendesora*. —Rand habló en voz queda, pero sus palabras llegaron a todos los rincones—. Vi la historia de los Aiel a través de los ojos de mis antepasados. ¿Qué viste tú, Couladin? Yo no tengo miedo a hablar. ¿Y tú?

El Shaido temblaba de rabia; su tez estaba casi tan colorada como su cabello. Bael y Erim intercambiaron una mirada incierta, y otro tanto hicieron Jheran y Han.

—Tenemos que retirarnos para discutir esto —murmuró Han.

Couladin no pareció advertir que había perdido la ventaja que tenía con los cuatro jefes, pero Sevanna sí que se dio cuenta.

—Rhuarc le ha contado esas cosas —escupió—. ¡Una de las esposas de Rhuarc es una caminante de sueños, una de las que ayudaron a las Aes Sedai! ¡Rhuarc se lo ha contado!

—Rhuarc jamás haría algo así —replicó con aspereza Han—. Es un jefe de clan y un hombre de honor. ¡No hables de lo que no sabes, Sevanna!

—¡Yo no tengo miedo! —gritó Couladin—. ¡Ningún hombre podrá decir que tengo miedo! ¡También yo vi con los ojos de mis antepasados! ¡Vi nuestra llegada a la Tierra de los Tres Pliegues! ¡Vi nuestra gloria! ¡La gloria que recuperaré para nuestro pueblo!

—Vi la Era de Leyenda —anunció Rand—, y el principio del viaje de los Aiel a la Tierra de los Tres Pliegues. —Rhuarc lo cogió del brazo, pero él se zafó con un tirón. Este momento estaba predestinado desde la primera vez que los Aiel se habían reunido delante de Rhuidean—. Vi a los Aiel cuando se los llamaba los Da'shain Aiel y seguían la Filosofía de la Hoja.

—¡No! —El clamor se alzó en el cañón por doquier como un trueno—. ¡No! ¡No! —Repetido por millares de gargantas. Las lanzas se agitaban en el aire y las puntas reflejaban la luz del sol. Incluso algunos de los jefes de los septiares Taardad gritaban. Adelin tenía los ojos alzados hacia Rand y lo miraba fijamente, conmocionada. Mat le gritaba a su amigo algo que se perdió en el pandemónium, y señalaba frenéticamente la silla de *Jeade'en*.

—¡Embustero! —La configuración del cañón propagó el bramido de Couladin, una mezcla de cólera y triunfo, por encima de los gritos de la multitud. Sacudiendo frenéticamente la cabeza, Sevanna alargó las manos hacia él. A estas alturas debía de sospechar, al menos, que él era el impostor, pero si conseguía que se callara todavía podían alzarse con la victoria. Como esperaba Rand que ocurriera, Couladin la apartó de un empellón. El hombre sabía que Rand había estado en Rhuidean, y conocía la falsedad de su propia historia, pero esto era inconcebible para el Aiel—. ¡Ha demostrado que es un impostor! ¡Sus propias palabras lo han traicionado! ¡Siempre hemos sido guerreros! ¡Siempre! ¡Desde el principio de los tiempos!

El clamor aumentó y las lanzas se agitaron, pero Bael y Erim, Jheran y Han permanecían sumidos en un pétreo silencio. Ahora lo sabían. Sin percatarse de sus miradas, Couladin agitó los brazos marcados con dragones hacia la asamblea de los Aiel, exultante, embriagado por la adulación.

—¿Por qué? —preguntó quedamente Rhuarc, que seguía al lado de Rand—. ¿No entendiste por qué no hablamos de Rhuidean? Afrontar que en un tiempo fuimos tan diferentes de todo lo que creemos, que fuimos igual que los despreciados Errantes a los que vosotros llamáis Tuatha'an… Rhuidean mata a aquellos que son incapaces de asumirlo. Sólo uno de cada tres hombres que entran en Rhuidean sale con vida. Y ahora lo has dicho en voz alta, para que todos lo oigan. Ya no se parará aquí, Rand al'Thor. Se propagará. ¿Cuántos serán lo bastante fuertes para soportarlo?

«Os llevará de regreso y os destruirá.»

—Traigo el cambio conmigo —dijo tristemente Rand—. Nada de paz, sino tumulto. —«La destrucción me sigue por dondequiera que vaya. ¿Habrá algún lugar que no desbarate a mi paso?»—. Lo que haya de ser, será, Rhuarc. No puedo cambiarlo.

—Lo que ha de ser, será —musitó al cabo de un momento el Aiel.

Couladin seguía caminando de un lado a otro de la cornisa, arengando a los Aiel sobre gloria y conquistas, inadvertido de los ojos de los jefes de clan, clavados en su espalda. Sevanna no miraba a Couladin; sus ojos, verde pálido, estaban prendidos en los jefes de clan, tenía los labios tensos, en un gruñido mudo, y su pecho subía y bajaba por la alterada respiración. Tenía que saber lo que significaba que los jefes contemplaran fijamente y en silencio al Shaido.

—Rand al'Thor —pronunció Bael en voz alta, y el nombre se abrió paso como un cuchillo entre los gritos de Couladin y cortó el clamor de la multitud como una afilada hoja. Hizo un alto para aclararse la garganta mientras movía la cabeza como si buscara una salida a todo esto. Couladin se volvió, cruzado de brazos en una actitud de confianza en sí mismo, sin duda esperando una sentencia de muerte para el extranjero de las tierras húmedas. El alto jefe de clan inhaló profundamente—. Rand al'Thor es el *Car'a'carn*. Rand al'Thor es El que Viene con el Alba.

Los ojos de Couladin se desorbitaron con incredulidad y furia.

—Rand al'Thor es El que Viene con el Alba —anunció Han, cuyo rostro curtido mostraba igualmente renuencia.

—Rand al'Thor es El que Viene con el Alba. —Esa vez fue Jheran quien hizo la manifestación, sombrío.

—Rand al'Thor es El que Viene con el Alba —pronunció a continuación Erim.

—Rand al'Thor —dijo Rhuarc— es El que Viene con el Alba. —En un tono tan bajo que ni siquiera la configuración del cañón transmitió sus palabras más allá de la cornisa, añadió—: Y que la Luz se apiade de nosotros.

Durante un instante que pareció alargarse infinitamente, el silencio continuó. Entonces Couladin saltó de la cornisa gruñendo como una fiera, cogió una lanza de uno de sus *Seia Doon*, y la arrojó directamente contra Rand. Empero, mientras él bajaba, Adelin subió de un salto; la punta de la lanza atravesó la piel de toro de la adarga extendida de la Aiel, haciéndola girar sobre sí por el impacto.

El caos estalló por doquier en el cañón, hombres gritando y empujando. Las otras Doncellas Jindo saltaron al lado de Adelin y formaron un escudo delante de Rand. Sevanna se había bajado del saliente para gritarle algo a Couladin con tono urgente, agarrándolo del brazo mientras él intentaba conducir a sus Shaido Ojos Negros contra las Doncellas que se interponían entre Rand y él. Heirn y una docena más de jefes de septiares Taardad se unieron a Adelin, prestas las lanzas, pero otros chillaban a voz en grito. Mat se encaramó a la cornisa, con la lanza de mango negro y hoja con cuervos grabados aferrada en ambas manos a la par que bramaba lo que debían de ser maldiciones en la Antigua Lengua. Rhuarc y los otros jefes de clan levantaron las voces en un vano intento de restaurar el orden. El cañón hervía como un caldero. Rand vio velos levantados. Una lanza centelleó al arremeter. Y otra más. Tenía que detener esto.

Buscó el contacto con el *Saidin* y el Poder Único fluyó dentro de él hasta que creyó que iba a estallar si es que antes no ardía; la infecta ponzoña se propagó por todo su cuerpo y pareció que lo helaba hasta la médula de los huesos. La idea flotó fuera del vacío, envuelta en el frío. Agua. Precisamente aquí, donde tanto escaseaba, de la que los Aiel siempre hablaban. Incluso en este ambiente tan seco había algo de humedad. Encauzó, sin saber realmente lo que estaba haciendo, tanteando a ciegas.

El seco estampido de un trueco retumbó sobre Alcair Dal, y el viento sopló de todas direcciones, aullando a través de los bordes del cañón, sofocando los gritos de los Aiel. Las ráfagas de aire trajeron consigo más y más partículas de agua minúsculas, acumulándolas, hasta que ocurrió algo que ningún hombre había visto jamás. Una fina llovizna empezó a caer. El vendaval, en lo alto, aullaba y se arremolinaba. Los relámpagos restallaban en el cielo. Y la lluvia se hizo más y más intensa hasta convertirse en una tromba de agua que azotaba la cornisa, pegándole el cabello al cráneo y la camisa a la espalda, emborronando todo lo que había a más de cincuenta pasos.

De repente, la lluvia dejó de caer sobre él; una cúpula invisible se expandió a su alrededor, empujando hacia fuera a Mat y a los Taardad. A través del agua que corría a mares por los laterales alcanzó a distinguir borrosamente a Adelin, que aporreaba la barrera imperceptible, tratando de abrirse paso hasta él.

—¡Eres un grandísimo necio que por jugar con otros necios has echado a rodar todos mis planes y mis esfuerzos!

El agua le resbalaba por la cara cuando se volvió para mirar de frente a Lanfear.

El vestido blanco, ceñido con el cinturón de plata, estaba completamente seco, y en las negras ondas de su cabello no se veía una sola gota entre las estrellas y las medias lunas plateadas. Aquellos grandes ojos negros lo contemplaban con furia, y la rabia crispaba su hermoso semblante.

—No esperaba que te mostraras todavía —dijo él quedamente. El Poder lo llenaba todavía; cabalgaba sobre los violentos torrentes, aferrándose con una desesperación que su voz no traslucía. Ya no hizo falta que absorbiera para que entrara en él; sólo tuvo que dejar que penetrara hasta que sintió que sus huesos se quebrarían, deshaciéndose en cenizas. Ignoraba si la mujer podía aislarlo mientras el *Saidin* rugía dentro de sí, pero dejó que lo hinchiera para prevenir tal posibilidad—. Sé que no estás sola. ¿Dónde está él?

Los hermosos labios de Lanfear se apretaron.

—Sabía que acabaría delatándose al aparecer en tu sueño. Me habría sido posible arreglar las cosas si su pánico no…

—Lo supe desde el principio —la interrumpió—. Lo esperaba desde el día que partí de la Ciudadela de Tear. Aquí fuera, donde cualquiera podía ver que estaba centrado en Rhuidean y en los Aiel. ¿Acaso creíste que no iba a esperar que alguno de vosotros viniera tras de mí? Pero la trampa es mía, Lanfear, no vuestra. ¿Dónde está él? —Las últimas palabras sonaron como un frío grito. Las emociones bordeaban de manera incontrolable el vacío que lo envolvía, ese vacío que no era tal, esa vacuidad rebosante de Poder.

—Si lo sabías —espetó la mujer—, ¿por qué lo espantaste con tu charla de cumplir tu destino o de hacer «lo que debías hacer»? —El desprecio otorgaba a sus palabras la dureza de la piedra—. Traje a Asmodean para que te enseñara, pero siempre fue de los que pasan de un plan a otro si el primero resulta difícil. Ahora cree que ha encontrado algo mejor para sí mismo en Rhuidean. Y se ha marchado para cogerlo mientras tú sigues aquí. Couladin, los Draghkar, todo era para mantener ocupada tu atención mientras él se aseguraba. ¡Todos mis planes convertidos en humo sólo por tu testarudez! ¿Tienes idea de lo difícil que será volver a convencerlo? Y tiene que ser él. ¡Demandred o Rahvin o Sammael te matarían antes que enseñarte a levantar una mano, a menos que te tuvieran dominado como un perro sumiso!

Rhuidean. Sí. Por supuesto. Rhuidean. ¿A cuántas semanas al sur? Empero, él había hecho algo una vez. Si pudiera recordar cómo…

—¿Y lo dejaste ir? ¿Después de tanta palabrería sobre ayudarme?

—Abiertamente, no, fue lo que dije. ¿Qué podría encontrar en Rhuidean que me mereciera la pena revelar mis propósitos? Cuando aceptes colaborar conmigo, habrá tiempo de sobra. Recuerda lo que te dije, Lews Therin. —Su voz adoptó un timbre seductor; aquellos labios llenos se curvaron, y los oscuros ojos intentaron arrastrarlo a unos negros estanques sin fondo—. Dos grandiosos *sa'angreal*. Con ellos, juntos los

dos, podemos desafiar… —Esta vez se interrumpió ella misma.

Rand había recordado. Con el Poder *dobló* la realidad, plegó un pequeño fragmento de lo que era. Una puerta se abrió dentro de la cúpula, delante de él. Era la única manera de describirlo. Una abertura a la oscuridad, hacia otro lugar.

—Por lo que veo, recuerdas unas cuantas cosas. —La mujer observó el umbral y su mirada, repentinamente desconfiada, se volvió de nuevo hacia él—. ¿Por qué estás tan nervioso? ¿Qué hay en Rhuidean?

—Asmodean —dijo, sombrío. Vaciló un instante. No vislumbraba nada a través de la cúpula empapada. ¿Qué estaría pasando ahí fuera? Y Lanfear. Si pudiera recordar cómo había aislado a Egwene y a Elayne. «Si pudiera obligarme a matar a una mujer que sólo me está mirando con el ceño fruncido. ¡Es una de las Renegadas!» Aquí fue tan incapaz de hacerlo como lo había sido en la Ciudadela.

Cruzando el umbral, la dejó en la cornisa y cerró tras de sí. Sin duda ella sabía cómo hacer otro acceso, pero el proceso la entretendría.

58



Las trampas de Rhuidean

La oscuridad lo envolvió una vez que la puerta hubo desaparecido, pero aunque la negrura se extendía en todas direcciones él veía. No tenía sensación de calor o frío a pesar de estar mojado; ninguna sensación. Sólo la conciencia de existir. Al frente, ascendían unos escalones de piedra, lisos y grises, cada uno de ellos sustentado en el vacío, elevándose en arco hasta perderse de vista. Había visto esto, o algo parecido, con anterioridad; de algún modo supo que lo conducirían a donde tenía que ir. Subió por la inverosímil escalera y, a medida que avanzaba dejando las húmedas huellas de sus pies, los peldaños desaparecían tras él. Sólo los que tenía delante permanecían, esperando para llevarlo adonde debía ir. Así había ocurrido también anteriormente.

«¿Los he creado yo con el Poder o existen de algún otro modo?»

Al cobrar forma esta idea, la piedra gris empezó a desvanecerse bajo sus pies y los peldaños al frente titilaron. Se concentró en ellos desesperadamente, en la piedra gris y real. ¡Real! El titileo cesó. Ahora ya no eran tan sencillos, sino pulidos y con un caprichoso remate esculpido en los bordes que le parecía recordar haber visto antes en alguna parte.

Sin importarle dónde lo había visto —ni muy seguro de si era prudente pensar demasiado tiempo en ello— ascendió a todo correr, remontando los peldaños de tres en tres a través de las infinitas tinieblas. Lo llevarían a donde quería ir, pero ¿cuánto tardaría? ¿Cuánta ventaja le llevaba Asmodean? ¿Sabría el Renegado algún otro modo más rápido de viajar? Ése era el problema, que los Renegados tenían todos los conocimientos mientras que lo único que tenía él era desesperación.

Al mirar al frente se encogió. Los peldaños se habían acomodado a sus largas zancadas y ahora había amplios huecos entre medias que requerían esos saltos para salvarlos sobre un negro vacío tan profundo como… ¿Cómo qué? Podía suceder que una caída aquí nunca tuviera fin. Se obligó a hacer caso omiso de las brechas, a mantener la carrera. La vieja herida del costado, nunca curada del todo, empezó a darle punzadas de las que era consciente de un modo vago. Empero, si las percibía, envuelto como estaba en el *Saidin*, es que la herida estaba a punto de abrirse. «No

hagas caso.» El pensamiento flotó hasta él a través del vacío. No podía perder esta carrera aunque el esfuerzo lo matara. ¿Es que esta escalera nunca dejaría de ascender? ¿Hasta dónde habría llegado ya?

De pronto divisó una figura a lo lejos, delante y a su izquierda; parecía un hombre con chaqueta y botas rojas, parado sobre una reluciente plataforma plateada que se deslizaba a través de la oscuridad. Rand no tuvo que verlo con más detalle para estar seguro de que era Asmodean. El Renegado no corría como un campesino medio agotado, sino que se dejaba llevar por lo que quiera que fuera aquello.

Rand se paró en seco sobre uno de los peldaños de piedra. No tenía ni idea de qué era esa plataforma, brillante como metal bruñido, pero… Los escalones que había ante él desaparecieron. El trozo de piedra sobre el que se encontraba empezó a desplazarse hacia adelante más y más rápido. Ningún viento acariciaba su rostro como indicación de que se estaba desplazando; nada en aquellas vastas tinieblas señalaba movimiento alguno, excepto el hecho de que empezaba a acortar distancias con Asmodean. Ignoraba si esto lo estaba llevando a cabo con el Poder; sucedía y nada más. El escalón se tambaleó y Rand se obligó a dejar a un lado los interrogantes. «Todavía no sé bastante.»

La soltura del hombre de cabello oscuro denotaba que se sentía a sus anchas, con una mano en la cadera y los dedos de la otra rozando su barbilla en actitud pensativa. Unas chorreras de encaje caían sobre su pecho, y unos puños, también de encaje, le cubrían la mitad de las manos. La chaqueta roja de cuello alto era algo más brillante que un satén y tenía un corte extraño, con dos faldones posteriores que le colgaban casi hasta las corbas. Lo que parecían hilos negros, como finos cables de acero, salían del hombre y desaparecían en la envolvente oscuridad. Rand estaba seguro de haberlos visto antes.

Asmodean volvió la cabeza y Rand se quedó boquiabierto. Los Renegados podían cambiar sus rasgos o, al menos, hacer que los demás los vieran distintos; Lanfear lo había hecho delante de él, pero el rostro que estaba contemplando era el de Jasin Natael, el juglar. Había estado seguro de que se trataba de Kadere, con aquellos ojos de depredador que jamás cambiaban de expresión.

Asmodean lo vio en ese mismo momento y dio un respingo. La plataforma plateada del Renegado se desplazó mucho más deprisa hacia adelante y, de pronto, una enorme lámina de fuego, como una rebanada de una monstruosa llama, de más de mil metros de altura por otros tantos de anchura, se precipitó en dirección a Rand.

El joven encauzó contra ella desesperadamente; a punto de alcanzarlo, estalló de repente en fragmentos que salieron volando lejos de él y desaparecieron con un parpadeo. Empero, apenas había desaparecido la primera cortina de fuego cuando surgió otra que se abalanzó sobre él. Destruyó ésa y apareció una tercera, que también hizo pedazos sólo para ver la aproximación de una cuarta. Rand estaba

seguro de que Asmodean se estaba alejando a pesar de que con todas esas llamas no lo divisaba. La cólera atravesó como un cuchillo la superficie del vacío y Rand encauzó.

Una oleada de fuego envolvió la cortina carmesí que se precipitaba sobre él y continuó desplazándose hacia adelante arrastrándola consigo no como una delgada rodaja, sino como violentos y ondulantes goterones sacudidos por vientos huracanados. Rand temblaba por el ímpetu del rugiente Poder que lo henchía; la ira contra Asmodean hincaba sus garras en la superficie del vacío.

En la incandescente superficie apareció un agujero. No, no era un agujero exactamente. Asmodean y su brillante plataforma se encontraban en el centro de aquel hueco, sobre el que la onda abrasadora se deslizaba como si la repeliera algo. El Renegado había creado alguna especie de escudo a su alrededor.

Rand se obligó a hacer caso omiso de la distante rabia que percibía fuera del vacío. Sólo tocaba el *Saidin* estando envuelto en una fría calma; admitir la existencia de la cólera haría pedazos el vacío. Las oleadas de fuego desaparecieron al dejar de encauzar. Tenía que alcanzar al hombre, no matarlo.

El peldaño de piedra se desplazó con mayor rapidez a través de la oscuridad, y la distancia con Asmodean fue acortándose.

La plataforma del Renegado se frenó bruscamente; un agujero luminoso se abrió frente a ella y el hombre lo atravesó de un salto. El brillante objeto desapareció y la puerta empezó a cerrarse.

Rand lanzó el Poder contra la puerta; tenía que mantenerla abierta, porque una vez que se hubiera cerrado no sabría adónde había huido Asmodean. El hueco dejó de achicarse, permaneciendo como un cuadrado de cegadora luz del sol, lo bastante amplio para cruzarlo. Tenía que mantenerlo así, llegar a él antes de que Asmodean se hubiera alejado demasiado…

En el instante que pensó en frenar, el escalón se detuvo en seco, pero él se precipitó hacia adelante y se zambulló a través del agujero. Algo enganchó uno de sus pies y, de pronto, se encontró rodando sobre un duro suelo hasta quedarse parado hecho un ovillo, sin resuello.

Boqueando para coger aire, se obligó a ponerse de pie de inmediato a fin de no quedar indefenso un solo momento. El Poder Único lo llenó de vida y de infección; percibía las contusiones tan distantes como su afán por respirar, como el polvo amarillento que cubría sus ropas húmedas. Empero, al mismo tiempo era plenamente consciente de cada bocanada de aire abrasador, de cada grano de arena, de cada diminuta grieta en el arcilloso suelo reseco. El sol ardiente ya estaba absorbiendo la humedad de su camisa y sus calzones. Se encontraba en el Yermo, en el valle a los pies de Chaendaer, a menos de cincuenta pasos de la brumosa Rhuidean. La puerta había desaparecido.

Dio un paso hacia la cortina de niebla y se detuvo; levantó el pie izquierdo. El tacón de la bota había sido rebanado limpiamente. Eso era el tirón que había sentido, el de la puerta cerrándose. Percibió, lejana, la sensación de un escalofrío a pesar del calor reinante. No se le había pasado por la imaginación que fuera tan peligroso. Los Renegados lo sabían todo. Asmodean no se le escaparía.

Se arregló las ropas con gesto sombrío y encajó mejor la figura del hombrecillo con su espada debajo de la cinturilla de los calzones; luego corrió hacia la niebla y se sumergió en ella. Lo envolvió un manto gris; el Poder que lo henchía no servía de nada para mejorar la falta de visibilidad aquí, y corrió a ciegas.

Se zambulló de cabeza bruscamente en la última zancada que lo sacó de la niebla y rodó sobre la áspera capa de arenilla que cubría las baldosas del pavimento. Allí tendido, vio tres bandas brillantes a las que la extraña luz de Rhuidean confería una tonalidad azul plateado y que se extendían de izquierda a derecha, suspendidas en el aire. Cuando se puso de pie comprobó que estaban a la altura de su cintura, pecho y cuello, y que eran tan finas que de canto resultaban invisibles. Vio cómo habían sido creadas y colocadas, aunque no lo entendiera. Eran duras como el acero y tan cortantes que, en comparación, una cuchilla afilada parecería una pluma. Si se hubiera precipitado contra ellas lo habrían partido en tres pedazos. Un pequeño impulso de Poder y las bandas plateadas se convirtieron en polvo. Fuera del vacío, una fría cólera; dentro, una imperturbable determinación y el Poder Único.

El azulado fulgor de la cúpula de niebla arrojaba su luz sin sombras sobre los palacios de mármol y cristal medio acabados y las altísimas torres ahusadas y en espiral que atravesaban las nubes. Y en la ancha avenida, más adelante, vio a Asmodean corriendo ante las secas fuentes, en dirección a la gran plaza en el corazón de la ciudad.

Rand se abrió más a la Fuente Verdadera —le resultó extrañamente difícil; asió el *Saidin* y tiró de él hacia sí hasta que el flujo de Poder irrumpió violentamente en su interior—, encauzó y de la cúpula de nubes salieron unos inmensos relámpagos, pero no se descargaron sobre Asmodean, sino delante del Renegado; unos brillantes y centenarios pilares rojos y blancos, de quince metros de diámetro y centenares de palmos de altura, explotaron y se vinieron abajo sobre la avenida, cegándola con cascotes y nubes de polvo.

Desde los grandes ventanales de cristales de colores, las imágenes mayestáticas de hombres y mujeres parecían contemplar a Rand con reproche.

—Tengo que detenerlo —les dijo; tuvo la sensación de que su voz resonaba en sus propios oídos.

Asmodean se paró y miró hacia atrás desde los escombros apilados. El polvo que flotaba en la atmósfera no lo rozaba, sino que se apartaba, repelido por una especie de burbuja de aire transparente que rodeaba al hombre.

El fuego rugió en torno a Rand cuando el propio aire se inflamó como una llamarada, pero se desvaneció antes de que el joven comprendiera cómo lo había hecho. Sus ropas estaban secas y calientes, notaba el pelo chamuscado y el polvo carbonizado se desprendía con cada zancada que daba. Asmodean trepaba a gatas por los cascotes que obstruían la calle; delante de él se descargaron más rayos, que lanzaron al aire grandes fragmentos de pavimento e hicieron añicos muros de cristal de los palacios, que se precipitaron en su camino.

El Renegado no se detuvo y, a la par que se perdía de vista, los relámpagos cayeron de las brillantes nubes sobre Rand, descargándose a ciegas pero con intención de matar. Mientras corría, Rand tejió un escudo a su alrededor. Sobre él rebotaron esquirlas de piedra, en tanto que Rand esquivaba los chisporroteantes rayos azules y saltaba sobre los agujeros que se abrían en el pavimento. El aire estaba electrizado y Rand notó que el vello de los brazos se le ponía de punta y hasta se movía su cabello.

Había algo tejido en la barrera de columnas desplomadas y rotas. Reforzó el escudo a su alrededor. Enormes fragmentos rojos y blancos explotaron cuando se disponía a trepar sobre las ruinas; fue un estallido de luz cegadora que hizo volar los grandes cascotes. A salvo dentro de su burbuja, Rand lo atravesó corriendo, sólo vagamente consciente del retumbo de edificios derrumbándose. Tenía que detener a Asmodean. Esforzándose —y fue un arduo esfuerzo— arrojó más rayos al frente, bolas de fuego que irrumpían desde el suelo, desgarrándolo; cualquier cosa con tal de parar al Renegado. Lo estaba alcanzando. Entró en la plaza sólo una docena de pasos detrás de él. Trató de incrementar su velocidad a la par que redoblaba sus esfuerzos por frenar a Asmodean, y éste no cejaba en su intento de huir al tiempo que procuraba matarlo.

Los *ter'angreal* y otros objetos valiosos por los que los Aiel habían dado la vida para llevarlos hasta allí salían arrojados al aire por el impacto de relámpagos o eran derribados violentamente por aullantes remolinos de fuego; los fabricados con plata y cristal estallaban en pedazos, y los de metal se desplomaban cuando el suelo se sacudía y se abría en grandes grietas.

Asmodean miró frenéticamente en derredor y corrió, arrojándose sobre lo que, a juzgar por su aspecto, cualquiera habría pensado que era lo más insignificante entre todo aquel caos de fragmentos desperdigados y objetos derribados: la figurilla de un hombre esculpida en piedra blanca, de un palmo de largo, tendido sobre la espalda y sosteniendo una esfera de cristal en una mano levantada. Asmodean la cogió con las dos manos al tiempo que lanzaba un grito de triunfo.

Un instante después, también la aferraron las manos de Rand. Durante una fracción de segundo miró al Renegado a la cara; tenía la misma apariencia que cuando se hacía pasar por juglar excepto por la salvaje desesperación en sus oscuros

ojos, un hombre maduro bien parecido, nada que apuntara su condición de Renegado. El fugaz instante pasó y ambos buscaron alcanzar a través de la figurilla, del *ter'angreal*, uno de los dos *sa'angreal* más poderosos que habían sido creados.

Vagamente, Rand fue consciente de una gigantesca estatua medio enterrada en el lejano Cairhien, y de la inmensa esfera que sostenía en la mano, reluciente como el sol, palpitando con el Poder Único. Y el Poder que había en su interior se hinchó como todos los mares del mundo en plena tempestad. Con esto podría hacer cualquier cosa, incluso haber curado a aquella niñita muerta. La infección crecía de forma pareja, enroscándose en cada partícula de su ser, filtrándose por cualquier resquicio hasta su alma. Deseó gritar con todas sus fuerzas; deseó estallar. Sin embargo, se limitó a absorber la mitad de lo que el *sa'angreal* desprendía mientras la otra mitad se vertía en Asmodean.

Forcejearon, tirando hacia uno y hacia otro, tropezando en los fragmentos esparcidos de los *ter'angreal*. Ninguno de los dos se permitía ceder un ápice ni levantar un solo dedo de la estatuilla por miedo a que el otro aprovechara la debilidad para arrebatársela. Empero, mientras rodaban y rodaban, chocando una vez contra un marco de piedra roja que, a saber cómo, todavía seguía en pie, después contra una estatua de cristal tendida sobre un costado, intacta, de una mujer desnuda estrechando a un niño contra sus senos, mientras luchaban por apoderarse del *ter'angreal*, la batalla se sostenía también a otro nivel.

Martillos de Poder lo bastante grandes para allanar montañas y cuchillas que habrían atravesado el núcleo de la tierra se descargaron sobre Rand; tenazas invisibles intentaban arrancarle la mente del cuerpo, desgarrarle el alma. Hasta la última pizca de Poder que era capaz de absorber la volcaba en rechazar aquellos ataques. Estaba seguro de que cualquiera de ellos podía destruirlo sin dejar rastro de él, como si jamás hubiera existido. Adónde iban a parar, lo ignoraba; el suelo brincaba bajo ellos, zarandeándolos mientras bregaban, arrojándolos al aire en un revoltijo de músculos forcejeantes. Percibió vagamente el fragor de unos colosales retumbos, de miles de sibilantes zumbidos, como una música sincopada: eran las columnas de cristal que vibraban y se estremecían. No podía preocuparse por ellas.

Todas las noches pasadas en vela empezaban a pasarle factura, además de la carrera que se había dado subiendo peldaños. Estaba cansado y, si lo notaba encontrándose dentro del vacío, quería decirse que estaba al borde del agotamiento total. Todavía sacudido por la agitada tierra, reparó en que ya no tiraba del *ter'angreal* para arrebatárselo a Asmodean: sólo lo sujetaba. Muy pronto le fallarían las fuerzas. Aun en el caso de que se las ingeniara para mantener aferrada la estatuilla de piedra, tendría que cortar el contacto con el *Saidin* o de lo contrario lo arrollaría en su impetuosa corriente y lo destruiría con tanta seguridad como lo haría Asmodean. Era incapaz de envolver otro hilo alrededor del *ter'angreal*; el Renegado y él estaban

igualados, cada uno de ellos con la mitad de lo que el gran *sa'angreal* de Cairhien podía absorber. Asmodean jadeaba, crispando la boca en un sordo gruñido; el sudor goteaba de la frente del Renegado y le resbalaba por las mejillas. También el otro hombre estaba cansado, pero ¿tanto como él?

La agitada tierra levantó a Rand y lo puso encima un instante, y con idéntica rapidez hizo lo mismo con Asmodean, pero en ese breve segundo Rand notó algo apretado entre los dos. La figurilla del hombre gordo con la espada, que seguía metida debajo de la cinturilla de sus calzones. Algo insignificante equiparado con el inmenso Poder que estaban manejando; un vaso de agua comparado con un vasto río o un océano. Ni siquiera sabía si era posible utilizarlo estando vinculado al gran *sa'angreal*. ¿Y si pudiera? Asmodean enseñó los dientes, pero no en un gruñido, sino en un remedo de sonrisa; creía que estaba venciendo. Tal vez era así. A Rand le temblaban los dedos, debilitándose su agarre en torno al *ter'angreal*; estaba llegando al límite y tuvo que emplearse a fondo para permanecer conectado con el *Saidin* a pesar del nexo que lo unía al inmenso *sa'angreal*.

No había vuelto a ver aquellas cosas raras semejantes a cables negros alrededor de Asmodean desde que había salido del espacio oscuro, pero sí podía visualizarlas en el vacío, situarlas mentalmente en torno al Renegado. Tam le había enseñado que el vacío era una ayuda para tirar con el arco, para hacerse uno con él, con la flecha y con el blanco. Siguió el mismo proceso y se hizo uno con aquellos cables negros imaginados. Apenas reparó en el ceño fruncido de Asmodean; el hombre debía de estar preguntándose por qué su semblante había adquirido tal sosiego; siempre había surgido ese instante de calma antes de que la flecha saliera volando. Buscó el contacto a través del pequeño *angreal* que llevaba en la cintura, y fluyó más Poder dentro de él. No perdió tiempo en regocijarse; al fin y al cabo era un flujo minúsculo junto a lo que contenía su cuerpo, y éste era su golpe final. En él emplearía lo que le restaba de fuerza. Le dio la forma de una espada de Poder, una espada de Luz, y arremetió; ser uno con la espada, uno con los cables imaginados.

Los ojos de Asmodean se desorbitaron y el hombre soltó un aullido nacido del más profundo terror; el Renegado se estremeció como un gong al ser golpeado. Durante un instante dio la impresión de desdoblarse en dos personas iguales, separándose una de la otra; después volvieron a unirse. Asmodean cayó de espaldas, los brazos en cruz, el pecho agitado por la convulsiva respiración y los ojos contemplando fijamente la nada, como perdidos.

Mientras el Renegado se desplomaba, Rand perdió el contacto con el *Saidin* y el Poder lo abandonó. Apenas si tuvo fuerzas para apretar el *ter'angreal* contra su pecho y rodar sobre sí para alejarse de Asmodean. Ponerse de rodillas fue como escalar una montaña; se acurrucó sobre la figurilla del hombre con la esfera de cristal.

El suelo había dejado de sacudirse. Las columnas de cristal continuaban en pie, de

lo cual se alegró profundamente, ya que destruirlas habría sido igual que borrar de un plumazo la historia de los Aiel; y, aunque el suelo debajo de *Avendesora* estaba alfombrado de hojas trifoliadas, sólo se había roto una de las ramas del gran árbol. Pero el resto de Rhuidean…

El aspecto de la plaza era como si un gigante furioso lo hubiera cogido todo y lo hubiera esparcido en todas direcciones. La mitad de los grandes palacios y torres no eran más que montones de escombros, algunos de ellos desparramados por la plaza; inmensas columnas volcadas habían roto otras, y paredes desplomadas, y huecos vacíos donde antes estaban los grandes ventanales de colores. Una fisura de quince metros de ancho se extendía a todo lo largo de la ciudad. Pero la destrucción no acababa ahí. La cúpula de niebla que había ocultado a Rhuidean durante tantos siglos se estaba disipando; la parte interior ya no relucía y el inclemente sol se derramaba a través de los grandes agujeros abiertos en la cubierta de nubes. A lo lejos, el pico Chaendaer ofrecía un aspecto diferente, más bajo, y al otro lado del valle la altitud de algunas montañas había disminuido sin lugar a dudas. En un punto donde antes se alzaba una montaña, ahora se extendía un abanico de rocas y tierra que ocupaba el extremo norte del valle.

«Destruyo. ¡Siempre destruyo! Luz ¿acabará esto algún día?»

Asmodean rodó sobre el vientre y se apoyó en las manos y las rodillas. Sus ojos encontraron a Rand y al *ter'angreal* y dio la impresión de que iba a gatear hacia ellos.

Rand habría sido incapaz de crear una chispa con el Poder, pero había aprendido a luchar antes de su primera pesadilla de encauzamiento. Alzó un puño con gesto amenazador.

—Ni se te ocurra.

El Renegado se quedó quieto, tambaleándose por la extenuación. Su semblante estaba demacrado, pero la desesperación y el deseo libraban una batalla en él; el odio y el temor centelleaban en sus ojos.

—Me gusta ver luchar a los hombres, pero vosotros dos ni siquiera podéis sosteneros en pie. —Lanfear apareció en el radio visual de Rand, examinando la devastación—. Habéis hecho un trabajo a conciencia. ¿Percibís los vestigios? Este lugar estaba protegido de algún modo, pero ni siquiera habéis dejado suficiente para que pueda deducir cómo. —Sus oscuros ojos centellearon de repente y la mujer se arrodilló delante de Rand, fija la mirada en lo que él aferraba en la mano—. Así que es eso tras lo que iba. Creía que se habían destruido todos. Del único que he visto sólo quedaba la mitad; una bonita trampa para alguna incauta Aes Sedai. —Alargó la mano, y Rand apretó más los dedos en torno a la figurilla. La sonrisa de la mujer no se reflejaba en sus ojos—. Sí, claro, guárdalo. Para mí sólo es una estatuilla. —Se puso de pie y se limpió el polvo de la falda aunque la nívea tela no tenía una sola mota pegada. Cuando reparó en que él la estaba observando, dejó de escudriñar la

plaza sembrada de escombros y ensanchó la sonrisa—. Lo que has utilizado es uno de los dos *sa'angreal* de los que te hablé. ¿Notaste la *inmensidad* de su poder? Me he preguntado qué se sentiría. —Al parecer no era consciente del ansia que traslucía su voz—. Con ellos, tú y yo juntos, podemos deponer al propio Gran Señor de la Oscuridad. Podemos, Lews Therin. ¡Los dos juntos!

—¡Ayúdame! —Asmodean se arrastró hacia ella, tambaleándose, con el rostro alzado transido de temor—. No imaginas lo que ha hecho. Tienes que ayudarme. No habría venido aquí si no fuera por ti.

—¿Y qué ha hecho? —resopló—. Derrotarte como a un perro, sin castigarte ni la mitad de lo que mereces. Tú jamás estuviste destinado a la grandeza, Asmodean, sólo a seguir a quienes son grandes.

De algún modo Rand consiguió ponerse de pie, todavía sujetando la figurilla de piedra y cristal contra su pecho. No podía seguir de rodillas en presencia de la mujer.

—Vosotros, los *Elegidos* —sabía que zaherirla era peligroso, pero fue incapaz de contenerse—, entregasteis vuestras almas al Oscuro. Permitisteis que se prendiera a vosotros. —¿Cuántas veces había revivido su batalla con Ba'alzemon? ¿Cuántas veces antes de empezar a sospechar lo que eran aquellos hilos negros?—. Le corté los vínculos con el Oscuro, Lanfear. ¡Los corté!

Los ojos de la mujer se desorbitaron por la impresión y fueron de él a Asmodean, que había empezado a sollozar.

—Nunca imaginé que tal cosa fuera posible. ¿Por qué lo hiciste? ¿Planeabas hacerlo volver a la Luz? No has cambiado nada en él.

—Sí, sigue siendo el mismo hombre que se entregó a la Sombra voluntariamente —convino Rand—. Me contaste lo poco que os fiáis los *Elegidos* unos de otros. ¿Durante cuánto tiempo habría podido mantenerlo en secreto? ¿Cuántos de vosotros no sospecharíais que lo había hecho él mismo de un modo u otro? Me alegro de que pensaras que era imposible; a lo mejor los demás creen lo mismo. Tú me diste la idea, Lanfear. Un hombre que me enseñara a controlar el Poder. Pero no permitiré que me instruya un hombre vinculado al Oscuro. Ahora eso no es preciso. Seguirá siendo el mismo hombre, pero ahora no tiene mucho donde elegir, ¿verdad? Puede quedarse y enseñarme, esperar que me alce con la victoria y ayudarme a obtenerla. O puede quedarse al margen confiando en que el resto de vosotros no aproveche la oportunidad como excusa para volverse contra él. ¿Cuál de las dos opciones crees que escogerá?

Asmodean, a gatas todavía en el suelo, miraba a Rand con ojos enloquecidos; después tendió una mano suplicante hacia Lanfear.

—¡Ellos te creerán! ¡Puedes decirles lo que ha ocurrido! ¡No estaría en esta situación si no fuera por ti! ¡Tienes que decírselo! ¡Soy fiel al Gran Señor de la Oscuridad!

También Lanfear miraba a Rand de hito en hito. Que él recordara, era la primera vez que parecía insegura.

—¿Hasta qué punto recuerdas, Lews Therin? ¿Cuánto hay de ti y cuánto del pastor? Ésta es la clase de plan que habrías concebido cuando… —Respiró hondamente y volvió la cabeza hacia Asmodean—. Sí, claro que me creerán cuando les cuente que te aliaste con Lews Therin. Todos saben que saltas hacia donde crees que está la mayor ventaja. Ahí tienes, Lews Therin, otro pequeño regalo para ti. —Asintió para sí misma con satisfacción—. Ese escudo permitirá el paso de un chorrillo, suficiente para que te enseñe. Se disipará con el tiempo, pero no podrá desafiarte durante meses y, para entonces, sí que no tendrá más opción que permanecer contigo. Nunca fue muy bueno en romper escudos; para ello hay que estar dispuesto a aceptar el dolor, y él jamás fue capaz.

—¡NOOOO! —Asmodean gateó hacia ella—. ¡No puedes hacerme esto! ¡Por favor, Mierin! ¡Por favor!

—¡Me llamo Lanfear! —La ira afeó sus bellos rasgos, y el hombre flotó en el aire, con los brazos y las piernas extendidos; las ropas se apretaron contra su cuerpo y la carne de su rostro se deformó, extendiéndose como mantequilla bajo el impacto de una roca.

Rand no podía dejar que lo matara, pero estaba demasiado agotado para entrar en contacto con la Fuente Verdadera sin ayuda; apenas la notaba, un apagado brillo en el borde de la percepción. Por un instante sus manos se crisparon alrededor del hombre de piedra con la esfera de cristal. Si se conectaba de nuevo con la Fuente a través del gigantesco *sa'angreal* de Cairhien, el inmenso Poder podría destruirlo. En lugar de ello, buscó el contacto a través del pequeño *angreal* guardado en su cintura; con él era un débil chorro, un hililllo fino como un cabello en comparación con lo otro, pero estaba demasiado exhausto para absorber más. Lo arrojó entre los dos Renegados, confiando en que, cuando menos, distrajera a la mujer.

Una barra de fuego blanco, de tres metros de alto, hendió el aire entre la pareja cual un manchón borroso surcado por pequeños relámpagos azules, y abrió un surco de un metro de amplitud a todo lo ancho de la plaza, una grieta con los bordes pulidos en la que relucía la tierra y la piedra fundidas; el haz candente impactó en el muro veteado en verde de un palacio y explotó, pero el estruendo quedó ahogado en el retumbo del mármol desplomándose. A un lado del surco ardiente, Asmodean cayó al pavimento, hecho un ovillo, tembloroso, sangrando por la nariz y los oídos; al otro, Lanfear trastabilló hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe, y después se giró hacia Rand. El joven se tambaleó, debilitado por el esfuerzo realizado, y volvió a perder contacto con el *Saidin*.

La rabia desfiguró los rasgos de la mujer tan profundamente como antes había hecho con los de Asmodean. Rand estuvo al borde de la muerte durante un instante.

Después, la furia se desvaneció con sorprendente rapidez enterrada bajo una seductora sonrisa.

—No, no debo matarlo después de habernos esforzado tanto. —Se acercó más y alargó la mano para acariciarle el cuello, donde el mordisco que le había dado en el sueño se estaba curando; Rand no había querido que Moraine se enterara—. Todavía llevas mi marca. ¿Habré de hacerla permanente?

—¿Hiciste daño a alguien en Alcair Dal o en los campamentos?

Lanfear no perdió la sonrisa un solo momento, pero su caricia cambió y, de manera repentina, los dedos parecieron prestos a desgarrarle la garganta.

—¿A quién te refieres? Creía que ya te habrías dado cuenta de que no amas a esa pequeña campesina. ¿O es esa Aiel de jade?

Una víbora. Una mortífera víbora que lo amaba —«¡La Luz me asista!»—, y a la que no sabía cómo detener si decidía morder, ya fuera a él o a cualquier otro.

—No quiero que nadie salga herido. Todavía las necesito. Puedo utilizarlas. —Era doloroso decir algo así; sobre todo por el fondo de verdad que había en ello. Pero valía la pena un poco de dolor con tal de mantener los colmillos de Lanfear lejos de Egwene y de Moraine, lejos de Aviendha y de cualquiera cercano a él.

Echando hacia atrás la hermosa cabeza, Lanfear soltó una risa que sonaba como campanillas.

—Aún recuerdo cuando eras demasiado blando para utilizar a nadie. ¡Tortuoso en la batalla, duro como una roca y arrogante como las montañas, pero franco y tierno de corazón como una muchachita! No, no he hecho daño a tus preciosas Aes Sedai ni a tus preciosos Aiel. Yo no mato sin un motivo, Lews Therin. Ni siquiera hiero sin un motivo.

Rand puso buen cuidado en no mirar a Asmodean; lívido, respirando con dificultad, el hombre se había incorporado un poco apoyándose en una mano mientras que con la otra se limpiaba la sangre de la boca y la barbilla.

Lanfear se volvió lentamente, recorriendo con la mirada la gran plaza.

—Habéis destruido esta ciudad con tanta efectividad como cualquier ejército. —Pero, aunque pretendiera disimularlo, no eran los palacios desmoronados lo que contemplaba, sino la derruida plaza con los desperdigados despojos de *ter'angreal* y quién sabía qué más. Las comisuras de sus labios estaban tensas cuando se volvió de nuevo hacia Rand; en sus oscuros ojos había una chispa de rabia contenida.

—Utiliza bien sus enseñanzas, Lews Therin. Los otros siguen ahí fuera. Sammael con su envidia hacia ti, Demandred con su odio y Rahvin con su sed de poder. Su ansia por derribarte no disminuirá sino que se incrementará cuando descubran que tienes eso.

Su mirada pasó fugaz sobre la figurilla que el joven sostenía en las manos; hubo un instante en que Rand creyó que la mujer estaba considerando arrebatárselo, y no

para alejar a los otros de él, sino porque con ese *ter'angreal* quizá sería demasiado poderoso para dejarse manejar por ella. En este momento no estaba seguro de poder impedírselo aunque sólo utilizara las manos. Lanfear sopesó brevemente la conveniencia de dejárselo en su poder y seguidamente hasta dónde llegaba su agotamiento. Por mucho que hablara del amor que le profesaba, no querría estar muy cerca de él cuando recobrara la energía suficiente para utilizar el objeto. Volvió a escudriñar la plaza con una rápida ojeada, los labios prietos, y luego, inopinadamente, se abrió una puerta a su lado, pero no un umbral a las tinieblas, sino a lo que parecía ser la estancia de un palacio en mármol esculpido y con colgaduras de seda blanca.

—¿Cuál de ellas eras? —preguntó Rand cuando la mujer daba un paso hacia el acceso. Lo miró por encima del hombro sonriendo casi con coquetería.

—¿Crees que aguantaría ser la gorda y fea Keille? —Sus manos recorrieron la esbelta redondez de su figura para dar más énfasis a sus palabras—. ¿Pensaste que era Isendre, la delgada y hermosa Isendre? Imaginé que si recelabas en algún momento tus sospechas recaerían en ella. Mi orgullo es suficientemente fuerte para soportar un poco de gordura cuando es necesario. —La sonrisa se convirtió en una mueca—. Isendre creyó que estaba tratando con unos simples Amigos Siniestros. No me sorprendería si en este mismo momento se encontrara en un gran apuro intentando explicar a unas cuantas mujeres Aiel por qué muchos de sus collares y brazaletes de oro están en el fondo de su arcón. En realidad algunos los robó ella misma.

—¡Creí oírte decir que no habías hecho daño a nadie!

—Ahora muestras tu corazón tierno. Cuando quiero yo también sé mostrar la ternura de una mujer. Creo que no podrás salvarla de recibir unos buenos vergajazos que le dejen verdugones. Es lo menos que se merece por las miradas que me ha estado echando. Sin embargo, si regresas enseguida, podrás evitar que la expulsen llevando sólo un odre de agua para salir de esta tierra agostada. Por lo visto, estos Aiel son muy severos con los ladrones. —Soltó una risa divertida y sacudió la cabeza con asombro—. Tan distintos de como eran. Podías abofetear a un Da'shain y lo único que hacía era preguntar qué había hecho mal. Otra bofetada y preguntaba si te había ofendido. No cambiaba de actitud aunque estuvieras golpeándolo todo el día. —Asestó a Asmodean una mirada despectiva y añadió—: Aprende bien y deprisa, Lews Therin. Mi intención es que gobernemos juntos, no que Sammael te mate o que Graendal te incorpore a su colección de jóvenes apuestos. Aprende bien y deprisa —repitió antes de cruzar el umbral a la cámara de mármol y sedas blancas. El acceso dio la impresión de girarse de lado, estrechándose, y desapareció.

Rand respiró hondo por primera vez desde que la mujer había aparecido. Mierin. Un nombre que recordaba de su peregrinaje al pasado entre las columnas de cristal, el de la mujer que había encontrado la prisión del Oscuro en la Era de Leyenda y que había abierto un agujero en ella. ¿Sabía lo que era? ¿Cómo había escapado de aquel

infierno de destrucción que él había presenciado? ¿Se habría entregado ya al Oscuro por entonces?

Asmodean intentaba incorporarse con gran esfuerzo, aunque se tambaleó y estuvo a punto de caer otra vez. Ya había dejado de sangrar, pero tenía marcados unos rojos regueros desde los oídos hasta el final del cuello, y un restregón oscuro entre la boca y la barbilla. La chaqueta roja estaba sucia y rota, con las blancas puntillas desgarradas.

—El vínculo que me unía al Gran Señor era lo que me permitía tocar el *Saidin* sin que me afectara la locura —dijo con voz ronca—. Lo único que has conseguido es hacerme tan vulnerable como tú. Podrías dejarme marchar. En realidad no soy un buen maestro, y ella me escogió sólo porque… —Apretó los labios, consciente de haber hablado más de la cuenta.

—Porque no hay nadie más —concluyó Rand la frase, y se dio media vuelta.

Cruzó la ancha plaza tambaleándose ligeramente, buscando un camino entre los amontonados objetos destrozados. Asmodean y él habían salido lanzados a mitad de camino entre el bosque de columnas de cristal y *Avendesora*. Pedestales de cristal yacían contra estatuas de hombres y mujeres derribadas, algunas hechas pedazos y otras sin una desportilladura. Un gran aro plano de metal plateado había sido lanzado sobre unas sillas de metal y piedra; objetos de formas extrañas, metálicos o de cristal, se mezclaban en un montón junto con fragmentos desprendidos; y un mango de metal negro, semejante a una lanza, se erguía erecto en un equilibrio inverosímil en lo alto de la pila. Toda la plaza estaba en esas condiciones.

Lejos del gran árbol, tras revolver un poco en el amasijo de restos, Rand encontró lo que buscaba. Apartó a puntapiés unos trozos de lo que parecían ser tubos de cristal en espiral, retiró una silla sencillamente tallada y fabricada con cristal azul, y cogió una figurilla de un palmo de alto que representaba una mujer de semblante sereno, esculpida en piedra blanca, que sostenía una esfera transparente en una mano. Intacta. Tan inútil para él como para cualquier hombre del mismo modo que la figura masculina lo era para Lanfear. Consideró la conveniencia de romperla. Sin duda, un golpe contra el pavimento haría añicos la esfera de cristal.

—Eso es lo que estaba buscando. —Asmodean lo había seguido sin que Rand se percatara de ello. Tambaleándose ligeramente se restregó la boca ensangrentada—. Te arrancará el corazón de cuajo con tal de apoderarse de ello.

—O te lo arrancará a ti por ocultárselo. A mí me ama. —«La Luz me asista. ¡Es como ser amado por una loba rabiosa!» Al cabo de un momento colocó la estatuilla femenina en el doblez del brazo, junto con la masculina. Podría ser de utilidad. «Y no quiero destruir nada más.»

Al mirar en derredor contempló algo más que la destrucción de objetos. La niebla casi había desaparecido de la derruida ciudad; sólo quedaban unos cuantos jirones de

nubes flotando entre los edificios que todavía se sostenían en pie bajo el sol poniente. El suelo del valle se inclinaba marcadamente hacia el sur ahora, y el agua corría desde la fisura que cruzaba la ciudad, ya que la grieta era tan profunda que había llegado al océano oculto en el subsuelo. De hecho, el extremo más bajo del valle empezaba a llenarse. Un lago. Posiblemente acabaría llegando hasta la ciudad formando un lago de unos cinco kilómetros de largo en una tierra donde una charca de tres metros de diámetro era vital para la gente. Ahora vendrían a vivir en este valle. Casi podía ver las montañas del entorno organizadas en terrazas de cultivos. Cuidarían a *Avendesora*, el último árbol sora. Puede que incluso reconstruyeran Rhuidean. El Yermo tendría una ciudad. Quizá viviera para verlo.

Con la ayuda del *angreal*, el grueso hombrecillo con su espada, pudo abrir un umbral a la oscuridad. Asmodean lo cruzó con renuencia e hizo un gesto despectivo cuando apareció un sencillo escalón de piedra con la anchura justa para caber los dos en él. Seguía siendo el mismo hombre que se había entregado al Oscuro. Sus miradas de reojo, calculadoras, eran un recordatorio suficiente si es que Rand necesitaba de alguno.

Sólo se hablaron en dos ocasiones mientras el peldaño flotaba a través de las tinieblas.

—No puedo llamarte Asmodean —dijo Rand una vez. El otro hombre se estremeció.

—Mi nombre es Joar Addam Nesossin —dijo por último. Su actitud era la de alguien que se ha quedado completamente a descubierto o tal vea que ha perdido algo.

—Tampoco puedo usar ése. ¿Quién sabe qué indicio puede quedar de tu nombre en alguna parte? La idea es evitar que cualquiera te mate por ser uno de los Renegados. —Y evitar que alguien supiera que tenía a un Renegado por maestro—. Creo que tendrás que seguir siendo Jasin Natael. El juglar del Dragón Renacido. Ésa es una buena excusa para tenerte cerca.

Natael se encogió y puso mal gesto, pero no dijo nada.

—Lo primero que me enseñarás —añadió al cabo de un rato Rand— es cómo proteger mis sueños para que nadie acceda a ellos.

El hombre se limitó a asentir, la expresión sombría. Rand comprendió que le causaría problemas, pero no serían tan grandes como los derivados de la ignorancia.

El escalón frenó y se detuvo, y Rand volvió a *doblar* la realidad. El umbral se abrió en la cornisa de Alcair Dal.

Había parado de llover, aunque el suelo del cañón, oscurecido por las sombras de la tarde, estaba todavía mojado y hecho un barrizal por los pies de los Aiel. Menos Aiel que antes; puede que hasta una cuarta parte menos. Pero no estaban luchando. Moraine, Egwene, Aviendha y las Sabias, que se habían unido a los jefes de clan,

observaban fijamente la cornisa; los hombres conversaban con Lan. Apartado un trecho, Mat se encontraba en cuclillas, con el sombrero de ala ancha bien calado y la lanza de mango negro apoyada en un hombro; a su alrededor, de pie, se hallaban Adelin y las otras Doncellas. Contemplaron, boquiabiertos, a Rand atravesando el umbral y sus ojos se abrieron aun más cuando vieron que lo seguía Natael, con la chaqueta roja destrozada. Mat se incorporó de un brinco, esbozando una sonrisa, y Aviendha levantó ligeramente la mano en su dirección. Los Aiel que ocupaban el cañón observaban en silencio.

—Adelin, ¿querrás mandar a alguien a la feria y decirles que dejen de azotar a Isendre? —pidió Rand antes de que ninguno de ellos tuviera ocasión de hablar—. No es tan ladrona como piensan.

La mujer rubia parecía estupefacta, pero de inmediato dirigió unas palabras a una de las Doncellas, que salió corriendo.

—¿Cómo lo sabías? —exclamó Egwene.

—¿Dónde has estado? —demandó al mismo tiempo Moraine. Sus grandes y oscuros ojos iban de él a Natael, perdida su calma habitual.

¿Y las Sabias? La rubia Melaine parecía dispuesta a arrancarle las respuestas con sus propias manos. Bair, muy ceñuda, daba la impresión de tener intención de sacárselas a varazos. Y Amys se ajustaba el chal y se atusaba el pálido cabello, sin acabar de decidir si estaba preocupada o aliviada.

Adelin le tendió su chaqueta, todavía mojada. Rand envolvió las dos figurillas de piedra en la prenda. Moraine también las miraba con profundo interés. Rand ignoraba si la Aes Sedai sospechaba siquiera qué eran, pero tenía intención de ocultarlas a los ojos de los demás lo mejor posible. Si no confiaba en el alcance de sus actos con el poder de *Callandor*, ¿cuánto menos con el del gran *sa'angreal*? Esperaría hasta haber aprendido más sobre cómo controlarlo; y controlarse a sí mismo.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió, y la Aes Sedai apretó la boca al ver que pasaba por alto su pregunta. Tampoco Egwene parecía muy complacida.

—Los Shaido se han marchado con Sevanna y Couladin —informó Rhuarc—. Todos los que se han quedado te reconocen como el *Car'a'carn*.

—Los Shaido no fueron los únicos que huyeron. —El rostro curtido de Han se crispó con una mueca amargada—. Algunos de mis Tomanelle también se marcharon. Y Goshien, y Shaarad y Chareen.

Jheran y Erim asintieron, casi tan hoscos como Han.

—No con los Shaido —retumbó Bael—, pero se fueron. Harán correr la noticia de lo sucedido aquí, de lo que revelaste. Eso no estuvo bien. ¡Vi hombres arrojar sus lanzas y echar a correr!

«Os unirá a todos con unos lazos imposibles de romper y os destruirá.»

—Ningún Taardad se marchó —señaló Rhuarc, no con orgullo sino como un

simple hecho—. Estamos preparados para ir a donde quieras conducirnos.

A donde quisiera conducirlos. Los problemas no habían acabado con los Shaido, con Couladin y Sevanna. Recorriendo con la mirada las paredes del cañón donde aguardaban los Aiel vio semblantes trastornados, por mucho que hubieran decidido quedarse. ¿Cómo se sentirían los que se habían ido? Empero, los Aiel sólo eran el medio para alcanzar un fin. Tenía que recordarlo. «He de ser aun más duro que ellos.»

Jeade'en esperaba junto a la cornisa, al lado del corcel de Mat. Rand hizo una seña a Natael para que permaneciera cerca de él y subió a la silla, con el bulto envuelto en la chaqueta bien cogido debajo del brazo. El antiguo Renegado, crispada la boca, se acercó para situarse junto al estribo izquierdo. Adelin y las Doncellas que quedaban de su guardia de honor bajaron de un salto para formar alrededor de ellos y, sorprendentemente, Aviendha se bajó de la cornisa para ocupar su sitio habitual, junto al estribo derecho. Mat montó en la silla de *Puntos* de un salto.

Rand miró hacia atrás a los que seguían en el saliente, todos ellos observando, aguardando.

—Será un largo camino de regreso —empezó. Bael giró la cabeza hacia otro lado—. Largo y sangriento. —Los rostros de los Aiel no alteraron su expresión. Egwene hizo intención de tender una mano en su dirección; en sus ojos había dolor, pero él hizo como si no lo viera—. Cuando el resto de los jefes de clan lleguen, empezará.

—Empezó hace mucho tiempo —musitó Rhuarc—. La cuestión es dónde y cómo termina.

Rand no tenía respuesta a eso. Hizo volver grupas al rodado y cabalgó despacio a través del cañón, rodeado por su peculiar séquito. Los Aiel se apartaban para dejarle paso, mirándolo fijamente, aguardando. El frío de la noche empezaba ya a dejarse notar.

Y, cuando la sangre roció la tierra donde
nada crecía, brotaron los Vástagos del Dragón,
el Pueblo del Dragón, armado para danzar con la muerte.
Y él los condujo fuera de las tierras yermas, e hicieron temblar
al mundo con la batalla.

Extraído de *La Rueda del Tiempo*, de Sulamein so Bhagad,
Cronista Mayor de la Corte del Sol, Cuarta Era.

GLOSARIO



Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la Fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede, iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias.

a'dam: Un objeto, compuesto de un collar y un brazalete unidos mediante una

correa de metal plateado, que puede utilizarse para controlar, en contra de su voluntad, a cualquier mujer que posea la habilidad de encauzar la energía. El collar lo lleva la *damane*, y el brazalete, la *sul'dam*. (Véanse *damane*, seachan y *sul'dam*.)

Adelin: Doncella Lancera del septiar Jindo, de los Taardad Aiel, que viajó a la Ciudadela de Tear.

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la Época de Locura, todos los Aes Sedai supervivientes son mujeres. Con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de un consejero Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la indefinición de la edad en sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse Ajah; Sede Amyrlin y Época de Locura)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar, lo cual ha dado origen al dicho «actuar como un Aiel de rostro velado» para describir a alguien que se comporta de manera violenta. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada. Sus flautistas los acompañan en las batallas con música de danzas, y los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza de las lanzas». (Véanse también asociaciones guerreras Aiel y Yermo de Aiel)

Aile Jafar: Grupo de las islas de los Marinos situado al oeste de Tarabon.

Aile Somera: Grupo de las islas de los Marinos situado al oeste de Punta de Toman.

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; cada Aes Sedai, con la sola excepción de la Sede Amyrlin, pertenece a un Ajah concreto. Éstos se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que pretenden utilizar el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a la profundización en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para enfrentarse a los Señores del Espanto cuando llegue el Tarmon Gai'don. Corren rumores sobre la existencia de un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro.

Alanna Mosvani: Una Aes Sedai del Ajah Verde.

al'Meara, Nynaeve: Una mujer que había sido Zahorí del Campo de Emond, pueblo situado en Dos Ríos, en el reino de Andor, y que ahora es una de las Aceptadas.

al'Thor, Rand: Un joven del Campo de Emond que es *ta'veren*. Antes fue pastor de ovejas. Ahora se ha proclamado como el Dragón Renacido.

al'Thor, Tam: Granjero y pastor de Dos Ríos que en su juventud partió para hacerse soldado, y a su regreso trajo consigo una esposa (Kari, ahora fallecida) y un hijo (Rand).

al'Vere, Egwene: Una joven del Campo de Emond. Actualmente se está formando para acceder a la condición de Aes Sedai.

Alviarin: Una Aes Sedai del Ajah Blanco.

Amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprenda a encauzarlo enloquecerá a causa de la infección que afecta al *Saidin* y probablemente producirá horribles daños utilizando el Poder después de haber perdido el juicio. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento.

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías y segunda madre de Aviendha.

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad superior a la que podrían utilizar sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también encauzar, *sa'angreal* y *ter'angreal*.)

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conocen algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado.

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la

actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido y contra Tarabon. La mayoría de los mercaderes domani son mujeres, y el dicho «dejar que un hombre haga tratos con una domani» se utiliza para referirse a alguien que se empeña en hacer una estupidez mayúscula. Las domani tienen fama —o más bien mala fama — por su belleza, su seductor encanto y sus escandalosos atuendos.

Aram: Un apuesto joven, miembro del pueblo Tuatha'an.

Artur Hawkwing: Véase Hawkwing, Artur.

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las asociaciones guerreras, tales como los Soldados de Piedra (Shae'en M'taal), los Escudos Rojos (*Aethan Dor*), los Buscadores de Agua (Duahde Mahdi'in) o las Doncellas Lanceras (*Far Dareis Mai*). Cada Agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra actúan como tropas de retaguardia durante una retirada, mientras que las Doncellas Lanceras realizan el cometido de exploradoras. Los clanes Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. Así, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse Aiel, Yermo de Aiel y *Far Dareis Mai*.)

Atha'an Miere: Véase Marinos, los.

Avendesora: En la Antigua Lengua, el Árbol de la Vida, mencionado en innumerables historias y leyendas que lo ubican en diversos lugares.

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de *Avendesora*. Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y *Avendesora*. (Véase Guerra de Aiel)

Aviendha: Una mujer del septiar Agua Amarga de los Taardad Aiel.

Aybara, Perrin: Un joven de Campo de Emond, antaño aprendiz de herrero. Es *ta'veren*. (Véase también *ta'veren*.)

Ba'alzemon: En el idioma trolloc «Corazón de la Oscuridad». Existe la creencia, errónea, de que éste es el nombre que dan los trollocs al Oscuro. (Véanse Oscuro y trollocs.)

Bain: Una mujer del septiar Roca Negra de los Shaarad Aiel. Una Doncella Lancera.

Bair: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Haido de los Shaarad Aiel.

Birgitte: Legendaria heroína de relatos, renombrada por su belleza casi en igual medida que por su valentía y su destreza como arquera. Utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro. Está entre los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. Se la vincula siempre con Gaidal Cain, un

legendario espadachín. (Véanse también Cain, Gaidal; y Cuerno de Valere)

Bornhald, Dain: Un capitán de los Hijos de la Luz.

Buscadores de la Verdad: Una organización de carácter policial y de espionaje al servicio del Trono Imperial de seachan. Aunque la mayoría de sus miembros son propiedad de la familia imperial, gozan de amplios poderes. Incluso un miembro de la Sangre (un noble seachan) puede ser arrestado por negarse a responder a las preguntas de un Buscador o por no colaborar plenamente con esta organización. La determinación de este último cargo corresponde a los propios Buscadores, y sólo está sujeta a la revisión de la emperatriz.

Byar, Jaret: Un oficial de los Hijos de la Luz.

cadin'sor: Atuendo de los guerreros Aiel, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo».

Caemlyn: La capital de Andor.

Cain, Gaidal: Un famoso espadachín mencionado en leyendas y en la historia, al que siempre se vincula con Birgitte y del que se dice que era tan apuesto como hermosa era ella. Se dice que era invencible cuando pisaba su suelo natal. Es uno de los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. (Véanse también Birgitte y Cuerno de Valere.)

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) ha provocado una guerra civil entre las casas nobles que se disputan el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado que está elevándose sobre un fondo azul cielo.

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. El que fuera retirada de la cámara llamada el Corazón de la Ciudadela, junto con la caída de la fortaleza, fue uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y de la proximidad del Tarmon Gai'don. (Véanse también Dragón Renacido, el; *sa'angreal* y Ciudadela de Tear, la.)

caminante de sueños: Término con que los Aiel denominan a la mujer capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod*.

Capas Blancas: Véanse Hijos de la Luz.

Carridin, Jaichim: Un Inquisidor de la Mano de la Luz y comandante de los Hijos de la Luz.

Cauthon, Abell: Un granjero de Dos Ríos, padre de Mat Cauthon. Está casado con Natti; las hijas del matrimonio se llaman Eldrin y Bodewhin, a la que se conoce por el diminutivo Bode.

Cauthon, Mat: Un joven de Campo de Emond que es *ta'veren*. Su nombre de pila completo es Matrim.

Chaendaer: Una montaña del Yermo de Aiel, al pie de la cual se extiende el valle de Rhuidean. (Véanse Yermo de Aiel, el y Rhuidean.)

Chiad: Una Doncella Lancera del septiar Río Pedregoso de los Goshien Aiel, quienes mantienen rencillas hereditarias con los Shaarad.

Cien Compañeros, los: Los cien varones Aes Sedai, seleccionados entre los más poderosos de la Era de Leyenda, que, encabezados por Lews Therin Telamon, libraron el combate final de la Guerra de la Sombra y sellaron de nuevo la prisión del Oscuro. El contraataque del Oscuro contaminó el *Saidin* y, a consecuencia de ello, los Cien Compañeros enloquecieron e iniciaron el Desmembramiento del Mundo. (Véanse Época de Locura; Desmembramiento del Mundo; Fuente Verdadera y Poder Único)

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías de utilización que reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único disponen de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. En la Era de Leyenda el dominio de la Energía se manifestaba igualmente en hombres y mujeres, pero los varones tenían más habilidad en el manejo de la Tierra y el Fuego, en tanto que el Agua y el Aire eran vías que con frecuencia encauzaban mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche a manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón. La Ciudadela contiene una colección de *angreal* y *ter'angreal* que rivaliza con la de la Torre Blanca y que, a decir de algunos, fue reunida para tratar de disminuir el relumbre de la posesión de *Callandor*.

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales.

Congar, Daise: Una mujer de Dos Ríos que es la actual Zahorí de Campo de Emond. Está casada con Wit Congar.

Couladin: Un ambicioso hombre del septiar Domai de los Shaido Aiel. Pertenece a la asociación guerrera Seia Doon, los Ojos Negros.

Crónicas, Guardiana de las: Aes Sedai que ostenta la máxima autoridad después de la Sede Amyrlin, para la cual trabaja como secretaria. Es elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre y a menudo pertenece al mismo Ajah que la Amyrlin. Otra forma de tratamiento menos formal para referirse a ella es la Guardiana. (Véanse Ajah y Sede Amyrlin.)

cuendillar: Una sustancia indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza que intente romperla, incrementando así su dureza. También se la conoce como piedra del corazón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores han prestado juramento en Illian.

damane: En la Antigua Lengua, literalmente «Las Atadas con Correa». Es el término con el que los seachan denominan a las mujeres capaces de encauzar y a quienes mantienen prisioneras mediante el uso del *a'dam*. Cada año se realizan pruebas a muchachas jóvenes a todo lo ancho del territorio seachan, que se repiten hasta que alcanzan la edad en la que se manifiesta el don innato. Al igual que con los muchachos que se revelan capaces de encauzar (y a los cuales se ajusticia), los nombres de las *damane* quedan reflejados en un registro familiar y son borrados de las listas de ciudadanos, como se hace al fallecer cualquier otra persona, dándoselas por muertas a todos los efectos. A las mujeres con la capacidad de encauzar pero a las que todavía no se las ha hecho *damane*, se las llama marath'*damane*, que significa literalmente «Las que Deben Atarse con Correa». (Véanse *a'dam*, seachan y *sul'dam*.)

Damodred, lord Galadedrid: Hermanastro de Elayne y Gawyn al ser los tres hijos del príncipe Taringail Damodred. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai, capaces de valerse del Poder Único hasta un grado ahora desconocido, modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos las tierras habitadas. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo. (Véanse Época de Locura y Cien Compañeros, los.)

din Jubai Ala Blanca, Jorin: Una mujer de los Atha'an Miere, el pueblo de los Marinos. Detectora de Vientos del bergantín *Tajador de olas*.

din Jubai Vientos Borrascosos, Coine: Una mujer de los Atha'an Miere, el pueblo de los Marinos. Navegante del bergantín *Tajador de olas*.

Domon, Bayle: Capitán de barco oriundo de Illian que en una ocasión fue hecho prisionero por los seachan. Actualmente medra con el contrabando en Tarabon y Arad Doman que siguen en pie de guerra. En tiempos coleccionista de antigüedades, es un hombre que siempre salda sus deudas.

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra, hace unos tres mil años o más. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse Dragón Renacido y Dragón, Profecías del)

Dragón, falso: Así se llama a los diversos hombres que han pretendido ser el Dragón Renacido. Algunos han provocado guerras en las que se han visto involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las profecías relativas al Renacimiento del Dragón. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Guaire Amalasan (AL 939-943) y Logain (997 NE). (Véanse Dragón Renacido y Guerra del Segundo Dragón.)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en El Ciclo Karaethon, predicen que el Oscuro volverá a liberarse para extender su mano sobre el mundo, y que Lews Therin Telamon, el Dragón, responsable del Desmembramiento del Mundo, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla contra la Sombra. Según las Profecías, el Dragón salvará al mundo y volverá a desmembrarlo. (Véase Dragón, el.)

Dragón Renacido: De acuerdo con las Profecías, el hombre en el que ha reencarnado Lews Therin Verdugo de la Humanidad. (Véanse Dragón, el; Dragón, falso y Dragón, Profecías del.)

Egeanin: Una mujer seachan, capitana de barco rebajada de servicio.

Elaida: Aes Sedai del Ajah Rojo que en otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Elayne de la casa Trakand: Hija de la reina Morgase y heredera del trono de Andor. Ha accedido al grado de Aceptada. Su emblema es un lirio dorado.

encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase Poder Único.)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren*.)

Época de Locura: Los años transcurridos después de que el contraataque del Oscuro contaminara la mitad masculina de la Fuente Verdadera, cuando los varones Aes Sedai enloquecieron y desmembraron el mundo. Se desconoce la duración exacta de este período, aun cuando existe la creencia de que se prolongó casi un siglo. Únicamente finalizó por completo con la muerte del último varón Aes Sedai. (Véanse Cien Compañeros, Fuente Verdadera y Poder Único)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse Cien Compañeros, Fuente Verdadera y Poder Único)

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen; pero, si llegan a desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Faile: En la Antigua Lengua «halcón». Seudónimo adoptado por Zarina Bashere, una joven de Saldaea.

Far Dareis Mar: Literalmente «Doncellas Lanceras». Una asociación guerrera Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le es permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar teniendo un hijo a su cuidado. Los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») (Véanse también Aiel y asociaciones guerreras Aiel)

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina (*Saidin*) y una mitad femenina (*Saidar*), las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin*; únicamente una mujer puede absorber el *Saidar*. Desde el inicio de la Época de Locura, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase Poder Único.)

Gaidin: Literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase Guardián)

Galad: Véase Damodred, lord Galadedrid.

Gaul: Un Aiel del septiar Imran de los Shaarad, que mantienen rencillas hereditarias con los Goshien. Es un Soldado de Piedra.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Su emblema es un jabalí blanco.

Gelb, Floran: Antiguo marinero con buenas razones para evitar a Bayle Domon.

Gran Cacería del Cuerno, la: Ciclo de historias que narra la legendaria búsqueda del Cuerno de Valere, llevada a cabo entre los años transcurridos desde el fin de la Guerra de los Trollocs y el inicio de la Guerra de los Cien Años. Llevaría muchos días relatar la totalidad del ciclo. (Véase Cuerno de Valere.)

Gran Llaga, la: Una región situada en los confines del norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Grandes Señores de Tear: El consejo de Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No se compone de un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte componentes a tan sólo seis. No confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. El vínculo no le indica, sin embargo, a qué distancia se halla ni en qué dirección. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a establecer la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase Aes Sedai.)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera*, cuatro clanes de los Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en

dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Avendoraldera* y Cairhien.)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo, y el Poder Único fue utilizado como arma. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro. (Véanse Cien Compañeros, los y Dragón, el)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al mando de su imperio que ésta acarreó. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se desmoronó, dando lugar a la actual distribución de naciones. (Véase Hawkwing, Artur.)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria.

Guerra del Poder: Véase Guerra de la Sombra.

Guerra del Segundo Dragón: La contienda librada (AL 939-943) contra el falso Dragón Guaire Amalasan. En el transcurso de esa guerra un joven rey llamado Artur Paendrag Tanreall, posteriormente conocido como Artur Hawkwing, alcanzó una posición preponderante sobre el resto de los soberanos.

Hawkwing, Artur: Rey legendario (reinó entre AL 943-994) que unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase Guerra de los Cien Años.)

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella.

Hija de la Noche: Véase Lanfear.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que

mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase interrogadores.)

Hombre Gris: Alguien que ha entregado voluntariamente su alma para convertirse en un asesino al servicio de la Sombra. Los Hombres Grises tienen un aspecto tan anodino que con frecuencia nadie suele reparar en su presencia. La gran mayoría de los Hombres Grises son, como su nombre indica, varones, pero un reducido número de ellos son mujeres. También se los conoce como los Sin Alma.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre.

Isendre: Una bella y misteriosa mujer que viaja por el Yermo de Aiel.

Juego de las Casas: Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza y a la simulación, al aparentar apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente. También conocido como el Gran Juego y por su nombre en la Antigua Lengua: Da'es Daemar.

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ascender a la condición de Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea

cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, suele ser eludido por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Kadere, Hadnan: Un buhonero que viaja por el Yermo de Aiel. Un hombre que sabe vender, siempre y cuando dé con el precio justo.

kaf : Una bebida seachan, estimulante y de color oscuro, que se toma muy caliente y que a veces se endulza pero, generalmente, no.

Keille Shaogi: Véase Shaogi, Keille.

Lan, al'Lan Mandragoran: Un Guardián, vinculado a Moraine. Rey no coronado de Malkier, Dai Shan y el último señor superviviente malkieri. (Véanse Guardián; Moraine y Malkier.)

Lanfear: En la Antigua Lengua, «Hija de la Noche». Una de las Renegadas, tal vez la más poderosa después de Ishamael. A diferencia de los demás Renegados, fue ella quien eligió este nombre. Se dice que estuvo enamorada de Lews Therin Telamon y que profesaba un profundo odio por su esposa, Ilyena. (Véanse Renegados y Dragón, el.)

Laras: Maestra de las Cocinas de la Torre Blanca, centro del poder de las Aes Sedai, en Tar Valon. Una mujer con unos conocimientos sorprendentes y un pasado chocante.

Leane: Una Aes Sedai del Ajah Azul, Guardiana de las Crónicas. (Véanse Ajah; Crónicas, Guardiana de las.)

legua: Unidad de longitud equivalente a 5,5 Km.

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase Dragón, el.

Liandrin: Una Aes Sedai de Tarabon que pertenecía al Ajah Rojo. Se sabe que forma parte del Ajah Negro.

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne, y anteriormente de Morgase, su madre.

Logain: Un hombre que pretendía ser el Dragón Renacido; ha sido amansado y está preso en la Torre Blanca de Tar Valon.

Loial hijo de Arent, nieto de Halan: Un Ogier del *stedding* Shangtai. Autor en ciernes de un libro sobre el Dragón Renacido.

Luhhan, Haral: Herrero de Dos Ríos y miembro del Consejo del Pueblo de Campo de Emond. Su esposa Alsbet es miembro del Círculo de Mujeres.

Llaga, la: Véase Gran Llaga, la.

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de los Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte

más delgada hacia arriba.

Malkier: Una nación que formaba antaño parte de las Tierras Fronterizas, ahora consumida por la Llaga. La enseña de Malkier era una grulla dorada volando.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante las Guerra de los Trollocs. (Véase Guerra de los Trollocs.)

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo del mar. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de vida. Habitantes de las islas del Océano Aricio y del Mar de las Tormentas, viven poco tiempo en dichas islas, ya que pasan la mayor parte de su vida en sus barcos. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. Su riqueza e independencia deriva de su conocimiento de los emplazamientos de los bancos de peces clavo, los cuales rivalizan en importancia económica con los olivares de Tear, Illian y Tarabon. De los peces clavo y las aceitunas se extrae la casi totalidad del aceite consumido por las lámparas. El título del dirigente de Mayene es «el Principal»; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo.

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel.

Merrilin, Thom: Un juglar muy poco corriente.

Min: Una joven que posee la capacidad de leer señales relacionadas con las personas en las aureolas que a veces percibe en torno a ellas.

Moraine: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Del linaje de la casa Damodred, aunque no en la línea sucesoria del trono, se crió en el Palacio Real de Cairhien.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor a cruzar corrientes de agua. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

Natael, Jasin: Un juglar que viaja por el Yermo de Aiel.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Son tan contados los casos de neutralización que las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Oficialmente, la neutralización es la consecuencia del juicio y la sentencia por un delito. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos.

Niall, Pedron: Capitán general de los Hijos de la Luz. (Véase Hijos de la Luz)

Ogier: 1) Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings*. Su alejamiento de estos *steddings*después del Desmembramiento del Mundo (en una época que los Ogier denominan el Exilio) tuvo como consecuencia lo que se conoce con el nombre de Añoranza; un Ogier que permanece demasiado tiempo fuera del *stedding*, enferma y muere. Rara vez abandonan los *steddings*y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Aunque se los tiene por un pueblo pacífico y les cuesta llegar a enfurecerse, algunas narraciones antiguas afirman que lucharon junto a los humanos en la Guerra de los Trollocs y los describen como implacables enemigos. Valoran sobremanera el conocimiento, y sus libros e historias contienen a menudo información que la humanidad ha perdido ya. La esperanza media de vida de un Ogier es tres o cuatro veces superior a la de un humano. 2) Cualquier individuo perteneciente a dicha raza no humana. (Véanse Desmembramiento del Mundo; *stedding* y Cantor de Árboles)

Ordeith: En la Antigua Lengua, «Ajenjo». Seudónimo adoptado por un hombre que actúa como consejero del capitán general de los Hijos de la Luz.

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión de Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin*, el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda.

Oscuro, nombrar al: El hecho de pronunciar el verdadero nombre del Oscuro (Shai'tan) atrae su atención, lo que acarrea inevitablemente desgracias y mala suerte. Por ese motivo, se utilizan innumerables eufemismos, entre los que se encuentran el Oscuro, Padre de las Mentiras, Cegador de la Vista, Señor de la Tumba, Pastor de la Noche, Ponzoña del Corazón, Ponzoña del Alma, Colmillo del Corazón, Viejo Siniestro, Arrasador de la Hierba y Marchitador de las Hojas. Los Amigos Siniestros

lo llaman Gran Señor de la Oscuridad. Con frecuencia se aplica la expresión «nombrar al Oscuro» a las personas que parecen abrir sus puertas al infortunio.

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas puede llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguirlo uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de la Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado un cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos, y que está producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin*. (Véase encauzar; Cinco Poderes, los; Época de Locura y Fuente Verdadera.)

Pueblo Errante: Véase Tuatha'an.

Rendra: Una mujer de Tarabon. Posadera de El Patio de los Tres Ciruelos.

Renegados, los: Nombre otorgado a los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres todavía se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage.

Rhuarc: Un Aiel, jefe del clan de los Taardad Aiel.

Rhuidean: Un lugar en el Yermo de Aiel al que debe ir cualquier hombre que aspire a convertirse en jefe de clan y cualquier mujer que quiera ser una Sabia. A los hombres sólo se les permite entrar una vez, mientras que las mujeres pueden hacerlo en dos ocasiones. Sólo un hombre de cada tres sobrevive a la experiencia de Rhuidean, en tanto que la media entre las mujeres es considerablemente superior en ambas visitas. La ubicación de este lugar es un secreto celosamente guardado por los Aiel, y la muerte es el castigo prescrito para cualquier forastero que entre en Rhuidean, si bien a unos pocos afortunados (como buhoneros o juglares) sólo se los despoja de sus ropas y se les entrega un odre de agua, concediéndoles la posibilidad de intentar salir del Yermo en esas condiciones.

Rueda del Tiempo: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los

cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de una Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto que permite que un individuo pueda encauzar, sin sufrir daños, una gran cantidad de Poder Único. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal*, pero cien veces más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Son vestigios de la Era de Leyenda, cuyo método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal*, también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal*.

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Por lo general sólo hay una Sabia para cada clan o dominio de septiar. Se dice que algunas Sabias poseen habilidades extraordinarias para la curación, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos.

Saidar, *Saidin*: Véase Fuente Verdadera.

Sandar, Juilin: Un rastreador de Tear.

sa'sara: Una danza saldaenina extremadamente indecorosa que sigue interpretándose a pesar de haber sido declarada ilegal por varias reinas de Saldaea. En los registros históricos saldaeninos figuran tres guerras, dos rebeliones e innumerables uniones o rencillas hereditarias entre las casas nobles, así como incontables duelos provocados por mujeres al danzar la *sa'sara*. Supuestamente, una rebelión quedó sofocada cuando la reina derrotada la bailó para el victorioso general, que la desposó y le devolvió el trono. Este suceso no figura en las crónicas oficiales de la historia, y todas las reinas de Saldaea lo han negado sistemáticamente.

Seana: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Riscos Negros de los Nakai Aiel.

seachan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada por el bien y la seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar. 2) La tierra de donde proceden los seachan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitaliciamente

por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos formal para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes de trollocs y Amigos Siniestros. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Sevanna: Una mujer del septiar Domai de los Shaido Aiel. Viuda de Suladric, que fue jefe del clan Shaido y, por ende, señora del techo del dominio Comarda hasta que sea elegido un nuevo jefe.

Shaogi, Keille: Una buhonera que viaja por el Yermo de Aiel. Una mujer que abriga planes aun más grandes que ella misma.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, donde está encarcelado el Oscuro.

Sin Alma: Véase Hombre Gris.

Siuan Sanche: La hija de un pescador teariano que, de acuerdo con las leyes de Tear, fue embarcada con destino a Tar Valon antes de la segunda puesta de sol después de que se descubriera que tenía potencial para encauzar. Ascendida a la Sede Amyrlin en el 985 NE. Anteriormente era del Ajah Azul.

Soñadora: Véase Talentos.

stedding: Tierra natal de un Ogier. Muchos *steddings*fueron abandonados desde el Desmembramiento del Mundo. Están protegidos, de alguna manera indescifrable hoy en día, de forma que ningún Aes Sedai puede encauzar el Poder Único, ni siquiera detectar la existencia de la Fuente Verdadera, en el interior de sus límites. Los intentos de esgrimir el Poder Único desde fuera del *stedding* no surten efecto dentro de sus márgenes. Ningún trolloc entra por propia voluntad en un *stedding* e incluso los Myrddraal lo hacen únicamente impelidos por una extrema necesidad y con la mayor de las aprensiones. Los propios Amigos Siniestros, si están enteramente dedicados al servicio del Oscuro, se sienten incómodos dentro de un *stedding*.

sul'dam: Literalmente, Asidora de la Correa. Es el término seachan para designar a una mujer que ha superado las pruebas que demuestran que es capaz de llevar el brazalete de un *a'dam* y controlar, por consiguiente, a una *damane*. A las jóvenes seachan se les hacen pruebas para esta habilidad al mismo tiempo y a la misma edad que se realizan para las *damane*. En seachan se considera un honor desempeñar este cometido, que confiere una posición respetable en la sociedad. Existen muchas más *sul'dam* que *damane*. (Véanse *a'dam*; *damane* y seachan)

sursa: Pareja de finos palillos que se utiliza en Arad Doman como utensilio para comer, en lugar del tenedor.

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. El más conocido es, por supuesto, la Curación. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), se han perdido. Otros como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod*, el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas.

ta'maral'ailen: En la Antigua Lengua, «Trama del destino». Un gran cambio en el Entramado de una Era, centrado alrededor de una o varias personas que sean *ta'veren*. (Véanse Entramado de una Era y *ta'veren*.)

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio, cuya capital es Tanchico. En otros tiempos un país con un gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores, está ahora en decadencia por los estragos de una guerra civil y las contiendas entabladas contra Arad Doman y los pueblos partidarios del Dragón Renacido.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse Dragón, Profecías del y Cuerno de Valere)

ta'veren: Una persona en torno a la que la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la totalidad de los hilos de las vidas, para formar una Trama del Destino. (Véase Entramado de una Era.)

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear son tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase Ciudadela de Tear.)

Telamon, Lews Therin: Véase Dragón, el.

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará.

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de

Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal*, cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. (Véanse *angreal* y *sa'angreal*.)

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar.

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana. Están divididos en bandas de carácter tribal, entre las principales de las cuales se encuentran los Dha'vol, Dhai'mon y Ko'bal. Perversos por naturaleza, matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente pueden confiar en ellos quienes les infunden temor.

Tuatha'an: Un pueblo nómada también conocido como los gitanos y el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja. Se cuentan entre los pocos que pueden cruzar el Yermo de Aiel sin ser molestados, pues los Aiel evitan todo contacto con ellos.

Urdimbre de una Era: Véase Entramado de una Era.

Verin Mathwin: Una Aes Sedai del Ajah Marrón.

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo, y al que los Aiel llaman la Tierra de los Tres Pliegues. Son pocos los forasteros que se aventuran en él, ya que los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, aunque los Aiel evitan todo contacto con estos últimos, a los que llaman «los Errantes». No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres por sus conocimientos como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Generalmente la importancia de su posición se consideraba equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. La Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, Sabia o Indagadora.